historia del mundo

pijoan



pijoan

historia del mundo

1

salvat





TOMO PRIMERO

14. Expansión de Egipto

15. Primeras civilizaciones de Mesopotamia

16. Los semitas en Mesopotamia. Babilonia

17. Asiria

18. Establecimiento de los semitas en Palestina. El Decálogo

19. Los profetas hebreos anteriores a la cautividad

20. Los navegantes y mercaderes fenicios. Invención del alfabeto

21. Grandeza y decadencia de los hititas

22. Los arios en Persia

23. Los arios en la India

24. Emigraciones arias en el Océano Pac fico

25. Los pueblos turanios. La China desde sus orígenes hasta Confucio

26. Extensión y cultura de las razas negras y hamíticas

PIJOAN

HISTORIA DEL MUNDO

1

SALVAT



historia del mundo



Nombre de Seti I en escritura jeroglífica. Relieve procedente de su tumba.

pijoan

historia del mundo

1

SALVAT

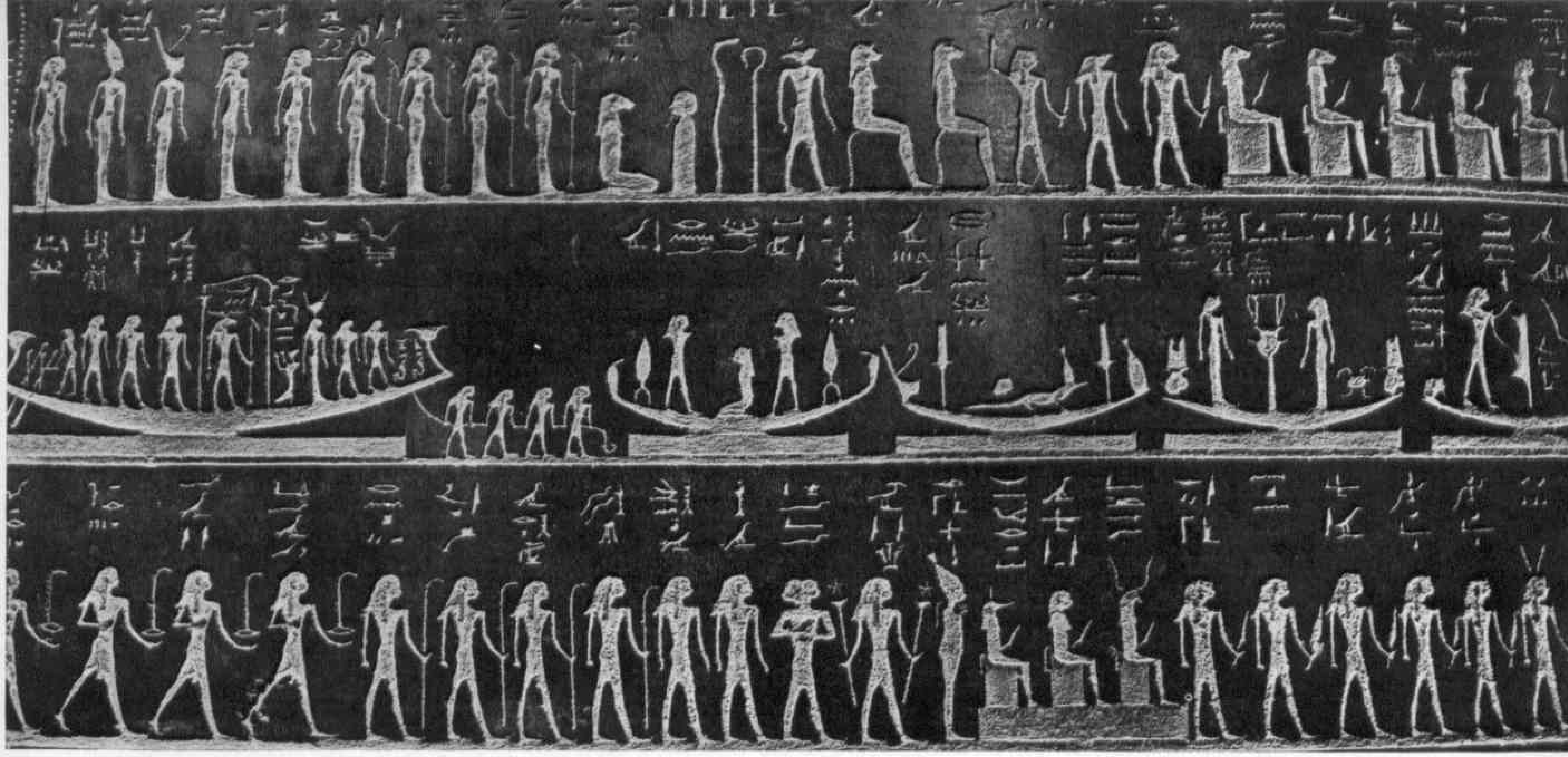
BARCELONA - MADRID
BUENOS AIRES - MEXICO - CARACAS - BOGOTA - RIO DE JANEIRO

Primera edición . . 1926-1930
Segunda edición . . 1950
Tercera edición . . 1952
Cuarta edición . . 1955
Quinta edición . . 1960
Sexta edición . . . 1961
Séptima edición . . 1962
Octava edición . . 1963
Novena edición . . 1965

Depósito Legal B. 3.467

N.º R.º B. 59. — 65 (1)

Imprenta Hispano-Americana, S. A. — Barcelona
PRINTED IN SPAIN



Escenas grabadas en el sarcófago de T'Aho, sacerdote de la época saíta. (Louvre, París.)

PREFACIO

Al presentar la novena edición de la Historia del Mundo de Pijoan estimamos que la obra ha quedado suficientemente avalada por la acogida que el público lector dispensó a las ocho ediciones precedentes. No queremos, pues, hacer hincapié en sus cualidades, ni ella necesita de panegíricos. Pero debemos hacer constar que la principal preocupación en la concepción de esta Historia ha sido hacer que responda a los deseos del público hispanoamericano; porque podemos estar bien seguros de que ninguna de las modernas grandes historias de la Humanidad satisface nuestras necesidades. Nuestro modo de ser requiere algo menos árido y metódico que los compendios alemanes y anglosajones. Claro está que en ellos los hechos históricos están tejidos y entretejidos con mucho mayor complicación que en los capítulos de este libro. Pero, en compensación, al reducir en él la Historia a una serie de cuadros de acción intensa, el lector no se sentirá aturdido por un aluvión de fechas y acontecimientos, sino que, serenamente, comprenderá el esquema simplificado del trabajo del espíritu sobre la faz de la Tierra y podrá, analizando en detalle. percibir sus más variadas facetas y el engranaje de la obra de la Creación. Donde se dice facetas se debiera decir tentáculos, porque cada acción de un hombre o de una raza recibe influencias misteriosas de todas las demás acciones que la han precedido y se extienden en ramificaciones tentaculares a todas las demás funciones del espíritu. Todo depende de todo, procede de todo lo demás y contribuye a crearlo... Pero no hay inteligencia humana capaz de comprender tan prodigioso concierto; y por ello se hace necesario, al menos para nosotros, los latinos, reducir los fenómenos a símbolos representativos, y la Historia, a una serie de hechos más o menos trascendentales.

Esta idea creemos que es lo más original de la obra: su principal defecto, tal vez, y su mérito también. Ha preocupado más lo que se tenía que omitir que lo que precisaba consignar; porque es del todo evidente que la mejor manera de estropear completamente esta obra sería dar cabida en ella a todo lo que le falta. Así, pues, nada más fácil que encontrar lagunas en el relato, que, premeditadamente, se ha compuesto fragmentario, episódico, casi anecdótico. Pero ha de tenerse en cuenta que esta obra se ha escrito para el público en general a fin de enterarle de lo más capital de los problemas de la Historia de la Humanidad. No es la farragosa obra de consulta que nos asesorará sobre determinado punto en discusión, sino la amena exposición de períodos, culturas o movimientos ideológicos que nos hará meditar sobre ellos y deducir nuestras propias conclusiones.

La obra se divide en cinco volúmenes:

El primero contiene una descripción de las primeras edades de nuestro planeta, considerado como un astro en el espacio, las primeras razas y sus emigraciones, hasta dejar el mundo completamente ocupado.

El segundo volumen comprende un estudio de la civilización clásica y sus relaciones con el Próximo Oriente, con los esfuerzos de organización política de cada grupo étnico como ciudad y nación.

El tercer volumen, la propagación de las ideas de conciencia universal: el confucianismo, el budismo, el cristianismo y el islamismo, con la Historia de los pueblos de Europa y Asia durante la llamada Edad Media. En él no aparecen mapas de fronteras ni series de monarcas en listas cronológicas: las verdaderas fronteras de este volumen son las del espíritu, donde, entre la tierra y el cielo, se dieron las batallas que decidieron la suerte de la Humanidad.

Hubiera sido muy fácil componer, o copiar, gráficos, por ejemplo, del área de los territorios ocupados por los Plantagenet en Francia, mostrando sus avances y retrocesos cada veinte años; se hubiera podido trazar la histórica progresión de los reinos españoles de la Reconquista, dar nombres de monarcas que reinaron varios días, o varios años, y aglomerar fechas de batallas; pero todo hubiera sido en perjuicio de lo fundamental y que, verdaderamente, ha dejado un rastro que llega hasta nosotros. Algunos de los episodios políticos dejados de mencionar no son, realmente, más que recaídas que recuerdan la Edad de la Piedra: luchas feudales para derribar un jefe y levantar otro, igualmente despótico, en su lugar, sin producir nada que signifique un cambio. Como un cuerpo vivo, y con unidad sorprendente, la Humanidad pasa por experiencias que parecen fatales, ineludibles, a toda la especie. Unos pueblos llegan a su Edad Media antes que otros, mas para todos llega un día en que la vida presente no parece sino la antesala de otra vida, mejor o peor. El deseo de razonar este hecho y asegurárselo con argumentos y pruebas lleva a todas las razas a un mismo estado mental y análogas organizaciones políticas y religiosas.

El cuarto volumen comprende la renovación de las ideas científicas con la invención de la imprenta, el período de los grandes viajes marítimos, descubrimiento de América y exploración del mar Pacífico, la Reforma y la Contrarreforma, el *Siglo de las Luces,* la Revolución francesa y sus consecuencias hasta la implantación de los principios constitucionales. Los episodios que se exponen son las aventuras del género humano desde los años

que precedieron a la invención de la imprenta hasta los albores de la Química cuantitativa y la Física experimental. En política, este volumen puede reducirse a un solo párrafo: es la lucha del espíritu democrático, que empieza a adquirir conciencia en los pueblos europeos, contra el absolutismo real, empeñado en mantenerse cuando ya su misión había terminado. En el tomo tercero hemos asistido a la implantación del poder real legítimo, de nuevo cuño, moderno en aquella razón, a pesar de su tendencia al absolutismo. Fue la consecuencia de la creación de las nacionalidades; fue impuesto por los pueblos y por ellos defendido para acabar ambos, reyes y pueblos, con el Imperio caduco sostenido por el decadente feudalismo. Pero lo que era *moderno* y necesario en el siglo XIV resultaba ya anacrónico en el siglo XVII. Los *de arriba* se empeñan en mantenerse cuando sus derechos han prescrito por la única ley que en definitiva reconocen los pueblos, que es su soberana voluntad. Esta es la causa por la que apenas se menciona la guerra de los Treinta Años y se dedica sólo un párrafo a Marlborough, al príncipe Eugenio, a Vendôme y a otros capitanes que acaso contribuyeron a modificar las fronteras materiales, pero que para nuestra Historia no cuentan más que el derribo de una casa en una gran urbe o el cambio de un mueble en una estancia. Aquellas guerras caprichosas, aquel repartirse los Estados por los príncipes absolutos, no pudo por menos que hacer comprender a los pueblos que la misión de los reyes, que era defender las naciones contra la liga internacional de los grandes bajo la égida del Imperio, había terminado. Y así, un día el pueblo, cuando aún estaba medio adormilado, de un manotazo aplastó aquella mosca del absolutismo que le incomodaba, aunque con el golpe tuvo que lastimarse un poco sus propias carnes.

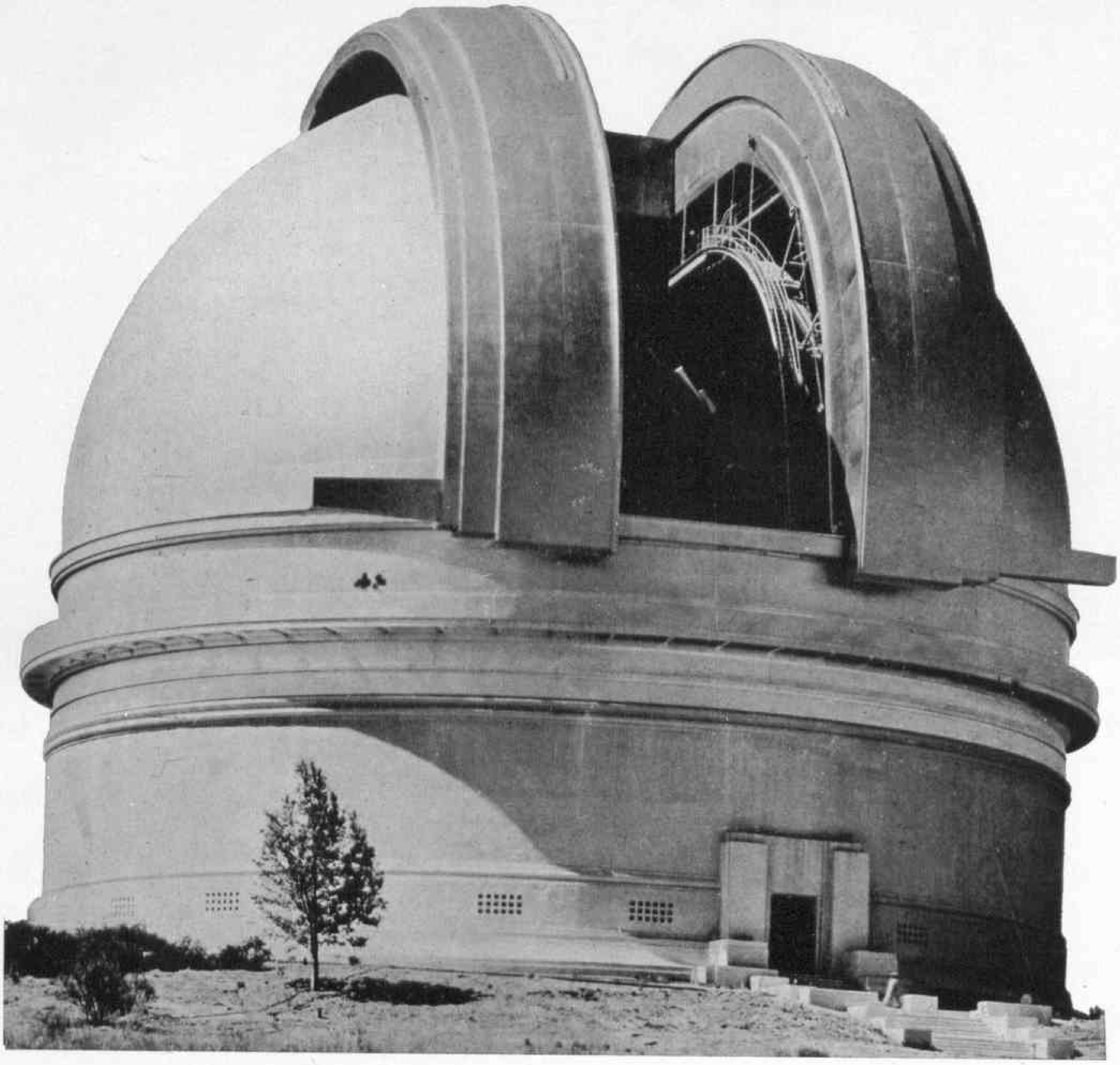
Y el quinto —el último para nosotros— expone en síntesis la Historia de los últimos cien años: la historia de Europa y América desde los inicios del industrialismo moderno hasta nuestros días, con toda la complicación de la sociedad moderna y sus adelantos en todas las ramas del saber; la banca, el comercio, con las grandes rutas internacionales de tráfico; los grandes trabajos de ingeniería, los canales y puertos gigantescos, la aviación, las organizaciones científicas modernas, los museos y bibliotecas; el esfuerzo filantrópico, Cruz Roja, *Salvation Army,* Sociedad de las Naciones; los partidos populares, la crisis del parlamentarismo y de las ideas monárquicas después de la llamada Gran Guerra; la crisis dolorosa de la segunda Guerra Mundial y sus consecuencias, la *guerra fría,* la constante inquietud ante un futuro que nadie se atreve a predecir; y al lado de ello, el asombroso avance de la técnica, ahorrando al hombre esfuerzos y horas de trabajo, a punto de transportarlo a otros planetas, pero enseñándole al mismo tiempo que cada vez está más lejos el límite de lo que él puede llegar a conocer.

El primer volumen compendia experiencias humanas que llenaron miles y miles de años. El segundo se ocupa en describir los acontecimientos de un período de quince siglos. El tercero comprende tan sólo un milenio. El cuarto resume la actividad y el pensamiento de cuatro o cinco centurias. El quinto expone lo acaecido en un siglo. Esta es la principal lección de nuestro relato: la del progreso acelerado. No sólo por ser reciente la etapa final ha llenado un volumen. Es que realmente tiene tanto o más trascendencia que las etapas anteriores. Sabemos que en las edades prehistóricas habían de transcurrir miles de años para cambiar la hechura de los útiles

de piedra. En la Edad Media las modas, la popularidad de ciertas canciones, pongamos por caso, duraban a veces un siglo. Ahora la maquinaria envejece cada tres años.

La Historia confirma que el progreso es algo predestinado, ya que los cambios no pueden evitarse ni anticiparse. Hay que esperar *la venida,* especie de Pentecostés que produce la espasmódica sacudida hacia la transformación social y moral. Pero cuando ésta llega, la metamorfosis no se realiza en un solo punto de donde se contagia a los vecinos y de éstos a otros y a toda la Humanidad, sino que el fenómeno de la mutación es análogo y simultáneo en varios lugares de la Tierra.

Las estadísticas nos demuestran que en los países civilizados los hombres tienen un promedio de vida muy superior al de sus abuelos. Las enfermedades infecciosas han sido prácticamente dominadas. El factor cantidad está asegurado para el género humano; ahora empieza a preocuparse de la calidad. El ideal del hombre futuro es un ser consciente de sus limitaciones y capacidades, que viva armoniosamente y muera sin terror. Se vive frenéticamente porque se cree que la vida es corta; pero la vida no es corta ni es larga si se hace universal y eterna, si se vive, no la vida de uno, sino la de la Humanidad.



Cúpula del gran observatorio del Monte Palomar, California.

INDICE DE CAPITULOS



Galaxia de la constelación del *Triángulo.*

1 NUESTRO PLANETA ANTES DE LA APARICION DE LA VIDA

La Tierra que habitamos forma parte de un grupo de diez astros principales, conocido con el nombre de sistema solar, pues el Sol está en su centro. Los otros nueve son los planetas. El Sol es una estrella de regular magnitud; sin ser de las mayores que flotan por el espacio sideral, no puede ser despreciado ni por nosotros ni por nadie que acaso pueda contemplarlo desde las regiones celestes. Muchos pueblos de la Tierra han adorado al Sol, considerándolo como el principio activo de la vida; según los griegos, Helios recorría con su carro, tirado por cuatro caballos, la redondez del cielo, derramando luz. Hoy tenemos un concepto más exacto del Sol, conocemos mejor su verdadera naturaleza, y sabemos mucho más de su composición y estructura. Su misma historia nos es conocida. La historia del Sol, el patriarca del sistema solar, el padre de nuestro planeta, nos ha sido explicada con detalles inesperados por sus hermanos astrales, los otros soles, o sea las estrellas. Las estrellas, algunas en formación todavía, otras ya en decadencia, como empieza a estarlo nuestro Sol, han explicado su historia y la de todos los soles del Universo. Las estrellas, indiscretas, se han rendido a la curiosidad humana, y principalmente con la ayuda del telescopio, el espectroscopio y la cámara fotográfica, se les ha arrancado su secreto. Actualmente tenemos otros medios de información con la astrofísica y la astroquímica, pero conviene empezar por los tres primeros, que han sido los únicos empleados hasta hace treinta años.

En primer lugar, el telescopio, porque es el aparato tradicional; el vulgo no puede imaginarse a un astrónomo sin el largo tubo con que examina la bóveda del cielo. Y en verdad todavía el telescopio es el aparato

más necesario para estos estudios, pero no el único ni el que da más sutiles informaciones. Los modernos telescopios gigantescos, algunos con lentes o espejos de más de dos metros de diámetro, no llegan a aproximar tanto las estrellas que aparezcan a nuestros ojos con sus formas esféricas. A excepción de los planetas, las estrellas son siempre puntos más o menos grandes y brillantes, que nunca aparecen con silueta bien delimitada. El telescopio consigue hacernos ver dobles estrellas que a simple vista parecen únicas, aclara otras que son apenas visibles y permite observar muchas más que no se verían. Algunas que tienen existencia efímera se las ve aparecer, crecer y desaparecer gradualmente o por explosión en el intervalo de pocos días o años. Otras que parecen nebulosas, como nubes de gases, con el telescopio se descomponen en un enjambre innumerable de pequeños puntos de luz. El telescopio revela que no son gaseosas, sino multitud de estrellas asociadas.

Da todavía el telescopio no pocas informaciones acerca de la distancia y verdadera magnitud de las estrellas por el estudio de lo que se llama *paralaje,* pero su información resulta incompleta y está sujeta a los errores que puede cometer el observador. Los modernos telescopios son aparatos admirables, pero nunca pueden aproximar los cuerpos celestes como aquel que pretendían que habría de ser la maravilla de una primera Exposición Universal de París, que se llegó a anunciar que debía hacernos ver la Luna como si estuviera a pocos metros del observador. No, no se ha llegado ni con mucho a nada de esto; el más poderoso telescopio no puede aproximarnos la Luna más que para verla como un paisaje que estuviese a una distancia de doscientos kilómetros. Poco podríamos distinguir de la estructura física, de la naturaleza de los terrenos, de la vida, si la hubiere, en un valle que distara doscientos kilómetros de la cumbre donde nos halláramos. Y esto es todo lo más que, en los momentos actuales, pueden darnos los telescopios más potentes, en las condiciones atmosféricas más favorables y para el astro más cercano a nuestro

Galaxia esferoidal junto a la Osa Mayor.



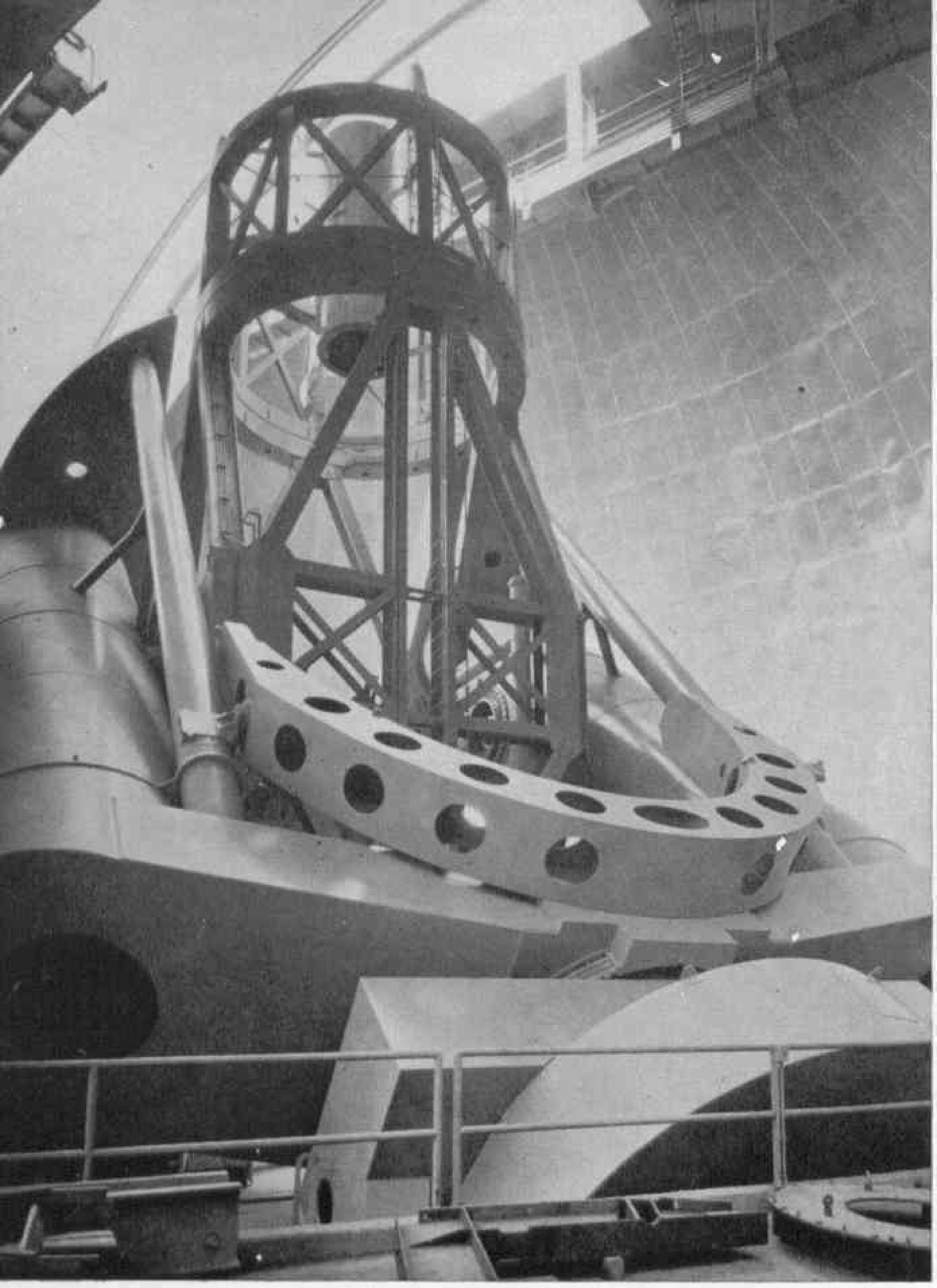


Galaxia irregular del *Camaleopardo*.

planeta, que es nuestro satélite, la Luna, situado «tan sólo» a 384.404 kilómetros.

El segundo precioso auxiliar de la exploración de los cielos es el espectroscopio. Vamos a dar una ligera idea de sus principios para los no iniciados en estas materias. Ya desde los tiempos de Newton sabíamos que, cuando la luz atraviesa un prisma triangular de cristal, se descompone en los siete colores del arco iris, formando una faja luminosa que va del rojo al violeta y se llama *el espectro* de la luz. Además, ya en los primeros años del siglo XIX, Fraunhofer descubrió que esta banda de los siete colores del espectro está interrumpida por rayas obscuras y brillantes que siempre aparecen en los mismos lugares y que señaló con letras del alfabeto para distinguirlas unas de otras. Pero Fraunhofer no pudo adivinar cuál era la razón de estas rayas del espectro. Notó, sí, que en el espectro formado por la luz de los planetas aparecían las mismas rayas del espectro del Sol, y que no eran iguales a las que aparecían en el de otras estrellas, pero no llegó a descubrir por qué.

Con el tiempo se observó que estas rayas del espectro correspondían a cuerpos simples que en estado incandescente y gaseoso rodeaban al Sol, formando una atmósfera colorada llamada *cromosfera*. Si se quemaba, por ejemplo, en una llama de gas del alumbrado un poco de sal común o cloruro de sodio, se veía aparecer en el espectro producido por la llama una raya amarilla en el lugar señalado por Fraunhofer en el espectro solar con la letra D. Esta raya del



El gran telescopio Halle, de 5 metros de diámetro en su espejo, instalado en Monte Palomar.

sodio, examinada con un fuerte aumento, se ve como se resuelve en dos, muy cerca la una de la otra. Algunos cuerpos, al reducirse a vapor incandescente en la llama, producen varias rayas en el espectro: el estroncio, por ejemplo, da, entre otras, dos líneas rojas y una azul; si vemos, pues, aparecer en el espectro de la luz de una estrella las rayas del estroncio, podemos afirmar que allí existe este cuerpo, lo mismo que aquí en la Tierra. El análisis espectral es, por lo tanto, un verdadero análisis químico, que nos pone de manifiesto la constitución de los cuerpos gaseosos e incandescentes estelares. Un espectroscopio, ya se comprende, consiste en uno o varios prismas colocados cerca del plano focal de un telescopio, observándose la luz descompuesta por medio de un ocular. En lugar de los prismas, pueden emplearse también las llamadas redes

de difracción, que son unas placas metálicas con líneas grabadas en las que, al resbalar sobre ellas, los rayos de luz se descomponen también en los colores del espectro.

Por último, tenemos la cámara fotográfica. Las primeras fotografías estelares no se hicieron hasta el año 1882, en el observatorio del Cabo de Buena Esperanza. Brillaba entonces un gran cometa en el cielo y se intentó fotografiarlo; pero la luz del cometa no era bastante intensa para permitir de él una fotografía instantánea, y el movimiento de rotación de la Tierra era un inconveniente para que pudiera mantenerse la placa expuesta por algún rato. Se decidió aplicar la cámara a un telescopio que, como la mayoría de los instrumentos ecuatoriales, se movía por medio de un aparato de relojería en sentido inverso al movimiento de la Tierra, y se obtuvo una maravillosa fotografía. Hoy el sistema se ha perfeccionado con la fabricación de placas de sensibilidad diferente: unas, extremadamente lentas, sirven para fotografiar el Sol; otras, muy sensibles, se utilizan para las estrellas, y aun se ha conseguido impresionar fotografías de muchas de ellas cuya luz, por pertenecer a la región ultraviolada del espectro, no se percibe por nuestros órganos de la visión.

Para coordinar los estudios, en 1887 se decidió, por una conferencia reunida en París, proceder a la fotografía de la esfera celeste, dividiéndose el trabajo entre dieciocho observatorios, que tenían que fotografiar cada uno una parte de dicha esfera. Cada una de estas dieciocho zonas debe producir un millar de placas. Con estas fotografías se formará un catálogo de las estrellas; cada observatorio de los dieciocho que hacen este mapa celeste fijará, en sus mil placas, medio millón de estrellas por lo menos. Aparte esta Carta general del Cielo, en todos los observatorios, cuando la atmósfera está clara, se hacen hoy día fotografías astronómicas. El telescopio gira con su cámara fotográfica, que recibe impresiones que duran horas: al día siguiente el astrónomo, en su mesa de trabajo, compara esta

placa con las otras anteriores, verifica sus cálculos y realiza, así, sus mayores descubrimientos. Por lo demás, la fotografía es un precioso auxiliar de la espectroscopia, pues permite reproducir fielmente las imágenes de los espectros y con detalles que muchas veces serían invisibles por la observación directa.

Con estos casi elementales instrumentos de información, telescopio, espectroscopio y fotografía, conseguimos ya puntualizar que las estrellas se hallan a distancias enormes: la más cercana al sistema solar, la α de la constelación del Centauro, está a una distancia de cuarenta billones de kilómetros. Para comprender lo que representa esta distancia, nos valdremos de una comparación: supongamos que reducimos el tamaño de la Tierra al de una bala de fusil; el Sol, en la misma proporción, será como una esfera de un metro y medio de diámetro, y en la misma proporción también, la α del Centauro, que es una estrella doble, se reducirá a dos estrellas gemelas del mismo tamaño que el Sol, dando vueltas alrededor del centro común de gravedad, pero su distancia de la Tierra, aun después de esta reducción, será todavía de 40.000 kilómetros. ¡Qué intensidad luminosa será la de esta α del Centauro, que siendo sólo una bola doble de un metro y medio de diámetro resultaría visible a la distancia de 40.000 kilómetros!

Hasta hace poco, la Humanidad creía que todas las estrellas que se ven desde la Tierra eran eternas o que no se podía fijar su edad. Se habían observado durante miles de años y no se notaba cambio ni en su brillo ni en el lugar que ocupan en el espacio. Recientemente, los astrónomos han convenido en que las estrellas son de muy diferentes edades. Algunas son permanentes, pero otras cambian de color y de forma y hasta las hay que desaparecen como si se descompusieran en polvo. Lo que nos ha procurado mayor información sobre el carácter de las estrellas es su color. Las azuladas serían las de más alta temperatura; las rojas habrían empezado su enfriamiento, y las amarillas estarían en vías de apagarse;

Galaxia espiral de los *Perros de caza.*



Nebulosa o galaxia de *Orión* fotografiada con el telescopio de 254 cm. Exposición, tres horas. (El centro se ha reducido en intensidad para dejar ver el detalle de las regiones brillantes.)

lo mismo que una barra de hierro puesta en un horno a gran temperatura pasa del azul al rojo y al amarillo.

Nuestro Sol, que es la estrella que podemos estudiar más de cerca, es de luz roja. Emite calor, que calculamos por el que llega a la Tierra. Un centímetro cuadrado de nuestro planeta recibe dos calorías por minuto. Con esta base, y conociendo el área de expansión de los rayos solares llegamos a establecer que el Sol emite calor que es cinco millones de veces más intenso que el que podemos producir nosotros con reacciones químicas.

Hacemos también cálculos sobre cómo se produce la energía solar, que será con poca diferencia la misma en todas las estrellas. El Sol está constituido por acumulación de gases, cuya mitad es hidrógeno. Con la gran temperatura que tiene el Sol, el hidrógeno se convierte en helio; cuatro átomos de hidrógeno se reducen a uno de helio y en esta metamorfosis se originan luz, calor y energía que llegan hasta nosotros. Por la cantidad de hidrógeno que todavía contiene el Sol, podemos aventurar que continuará brillando cien billones de años. Efectuamos cálculos análogos para descubrir la edad y posible longevidad de otras estrellas rojas. A las estrellas azuladas, por quemarse más de prisa y suponiendo que la mitad esté compuesta también de hidrógeno, podemos concederles tan sólo como término de vida el de unos veinte millones de años.

No es éste el lugar de explicar los nuevos métodos empleados desde hace años para establecer el carácter de las estrellas y las distancias a la Tierra y entre unas y otras. Además de los instrumentos ya señalados, telescopio, espectroscopio y fotografía, se han empleado grandes reflectores que han permitido, por de pronto, descubrir que el sistema solar (el Sol y sus planetas) forma parte de la nebulosa de la Vía Láctea.

El centro de esta enorme aglomeración estelar se encuentra en un punto cercano a la constelación del Sagitario, y el Sol y sus planetas ocupan un modesto lugar en un extremo de la Vía Láctea. Así, en lugar

Galaxia espiral, de perfil, con condensaciones. *Constelación de Andrómeda.*
Galaxia espiral con núcleo, vista de perfil. *Cabellera de Berenice.*

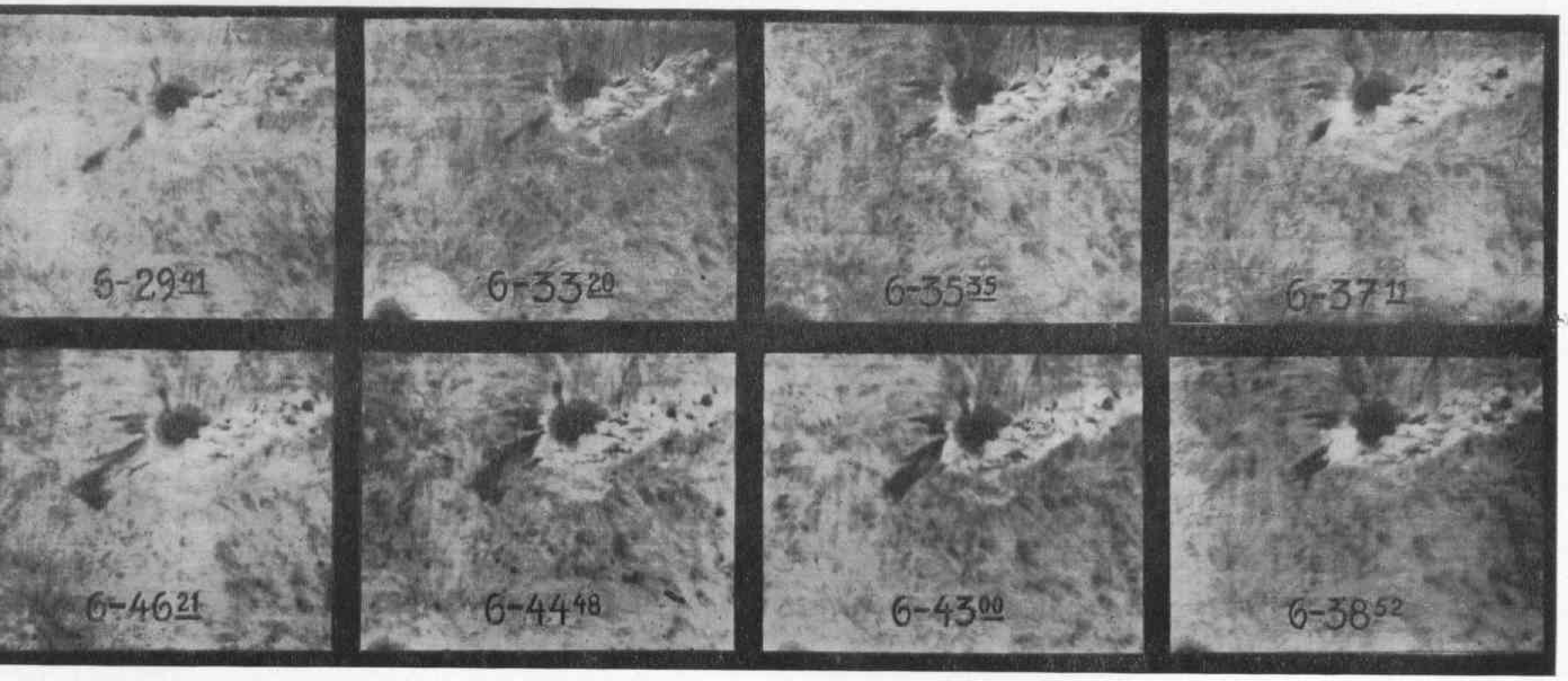






de ser nuestro Sol el centro del Universo, está en uno de los muchos grupos estelares que llamábamos nebulosas y que hoy, por parecerse de tantos modos a la Vía Láctea, preferimos llamar *galaxias*. El lector tendrá que acostumbrarse al empleo de la palabra galaxia en lugar de nebulosa, porque nebulosa sugiere a nuestra mente algo así como una nube de vapores, cuando las galaxias no son otra cosa que unas portentosas asociaciones de estrellas.

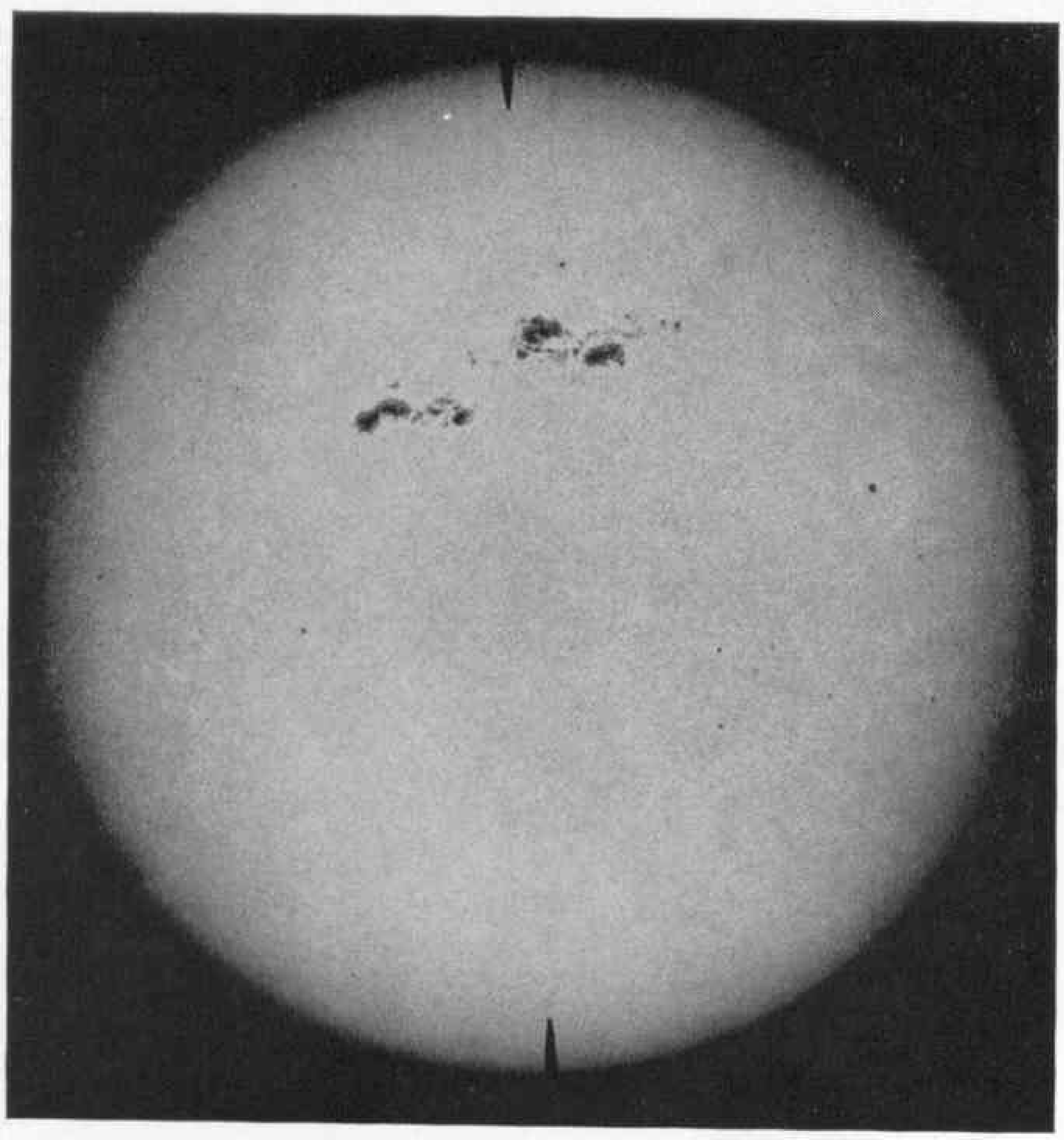
Con el telescopio de doscientas pulgadas (500 centímetros) en Monte Palomar, California, se puede explorar el cielo hasta una distancia de dos billones de años de luz. El año de luz, que es la unidad astronómica creada para evitar las cifras de distancias celestes acompañadas de gran nú-



Historia de una mancha solar. Desde las 6-29 hasta las 6-46 de la mañana.

mero de ceros y la incomodidad de efectuar operaciones con ellas, representa el número de kilómetros que recorre la luz en un año. Y como la luz va a una velocidad de 300.000 kilómetros por segundo, de ello se deduce que un año de luz equivale a unos nueve

Fotografía directa que muestra manchas del Sol.



billones de kilómetros. Un múltiplo de esta unidad astronómica de distancia es el *parsec,* igual a 3,26 años de luz, o sea a unos 30 billones de kilómetros.

Ahora bien, cuando decimos que la nebulosa o galaxia que ya conocieron los antiguos griegos con el mítico nombre de Andrómeda, y que en las noches claras y sin luna se puede ver desde la Tierra a simple vista, está a unos 1.500.000 años de luz, queremos indicar simultáneamente que la distancia que la separa de nosotros es superior a los 13,5 trillones de kilómetros y que la luz que de ella nos llega en el momento en que la contemplamos hace unos 1.500.000 años que partió de la galaxia.

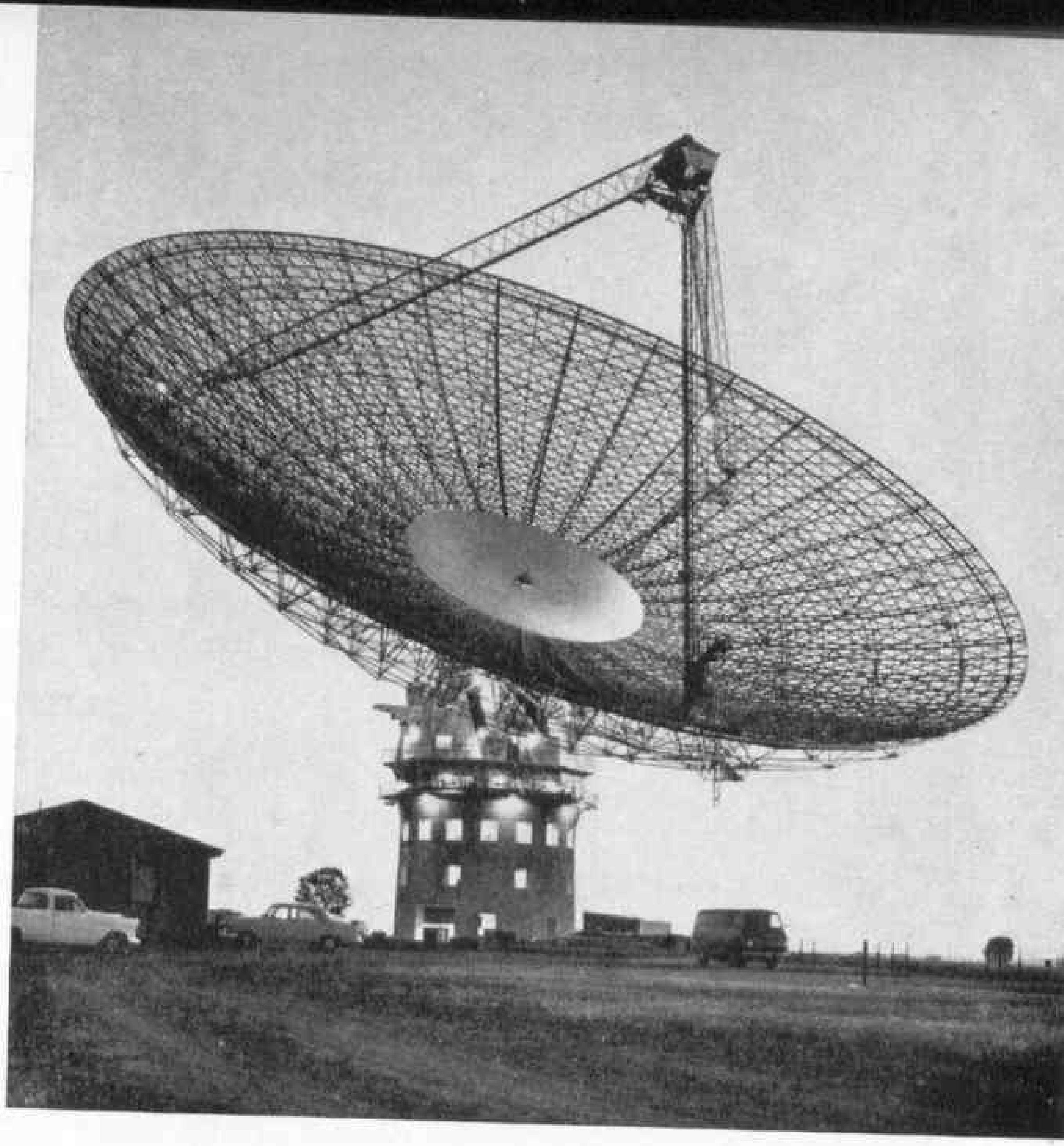
El resultado de la exploración de los cielos con el telescopio de 500 centímetros supera cuanto podía esperarse. Podemos distinguir en los cielos más de un billón de galaxias. ¿Acaso soñamos? Cuando se piensa que estas galaxias son asociaciones de estrellas y que dada la distancia las vemos como eran hace billones de años, se llega a pensar si son meras alucinaciones, y los cálculos que hacemos, juegos de matemáticos sin contacto con la realidad. Este libro va a tratar de un insignificante corpúsculo en la galaxia de la Vía Láctea, el

astro que llamamos Mundo porque creíamos que era casi el Todo, o el centro del Todo. Va a explicar los acontecimientos que han sucedido en este mundo por espacio de pocos siglos... y aquí en este mundo apagado, pobre, sus habitantes — los hombres — ambicionan llegar a descubrir lo que hay más allá, siempre más allá; hasta el confín de los cielos...

Todavía más: los astrónomos no sólo confirman la existencia de las galaxias estelares, sino que pretenden explicar su formación, su edad y su futuro. Ya no se trata de estrellas, sino de galaxias. Se acepta hoy que en un principio fueron materia informe que por leyes físicas bien conocidas empezaron a girar tomando la forma de rueda espiral, que con el tiempo se concentraron en disposición almendrada y que por fin adquirieron el aspecto de un cuerpo sólido o gaseoso con núcleo.

La galaxia de la Vía Láctea, en la cual el sistema solar está incluido, tiene la forma almendrada.

Enardecidos por lo que han podido observar en las galaxias, los astrónomos están actualmente intentando calcular cómo empezó el Universo, en el caso de que empezara; cómo la materia difusa en el espacio se concentró en galaxias y dónde termina el Universo, si es que tiene fin. Parece absurdo que el hombre se proponga estos problemas, pero se ufana de haber encontrado la solución de algunos. ¿Fue creada la materia o existió siempre? Aristóteles propuso la existencia de una materia primordial, sin los accidentes de Tiempo y Espacio, substancia sin forma que llamó *hyle*. Como Aristóteles, algunos astrónomos modernos prefieren que la materia sea infinita y eterna, no se conforman a que empezara, por muy remoto que se haga su origen. Es imposible, increíble, imaginar espacios enteramente vacíos. El filósofo Emmanuel Kant a mediados del siglo XVIII presentó dos soluciones, sin llegar a preferir ninguna. Ambas formaban lo que Kant llamó una antinomia. El libro de Kant, que pasó inadvertido, llevaba el título de *Ensayo sobre la constitución y origen mecánico del Universo. Tratado de acuerdo con los principios de Newton*. Kant se salvó con argumentos filosóficos. Llegó a decir — anticipándose a nuestros días — que el Tiempo y el Espacio son meros instrumentos del pensar humano. Escribió esta frase que todavía hoy causa asombro: «Nuestra inteligencia no deduce las leyes de la naturaleza, impone las suyas a la naturaleza...» Y como los hombres vivimos con la realidad sensible del Espacio y el Tiempo, imponemos éstos al Universo. Abandonando por un momento estas disquisiciones filosóficas, hemos de explicar al lector que hoy se han averiguado algunos puntos que parecen acercarnos al conocimiento del origen y el fin del Universo.



Radiotelescopio de Parkes, Australia.

Por lo que se refiere al Tiempo, los astrónomos están de acuerdo en que lo que existe hoy existió hace ya cinco billones de años. Es posible que existiera antes, pero no podemos asegurarlo. Por lo que se refiere al Espacio, la dificultad de fijar sus límites se desvaneció en el momento en que se demostró que la luz no viaja en línea recta, sino que avanza siguiendo una línea curva, y entonces el Espacio invisible forzosamente

habrá de ser limitado, porque la luz retorna nuevamente a su lugar de origen.

Aceptando, pues, que todo se halla incluido en una inmensa esfera que sería el último confín del Universo, todavía cabe preguntarse qué puede haber más allá, en el seno del vacío. Este enigma está siendo aclarado porque se ha descubierto que en los espacios interestelares flotan, muy esparcidos, átomos de hidrógeno. Así es que, por lo menos en el vacío casi absoluto, entre las galaxias, hay algo y este algo es activo, pues envía radiaciones a la Tierra. Con aparatos receptores que son como el radar de los cielos se perciben efectos de emisión de estos átomos cuando chocan entre sí. Debe de haber otros en el vacío más allá de las últimas galaxias.

Estos átomos vagabundos que se encuentran solitarios en el espacio interestelar y que imaginamos también en el ultraestelar, serían la materia sin forma. Hoy no hacen más que emitir energía cuando se convierten en helio, aprovechándose de otros átomos que se descomponen. Hasta se ha llegado a sustentar la teoría de que la creación continúa, que el cosmos no está terminado, sino que sigue creciendo con nueva materia. Lo que aceptan en la actualidad la mayoría de los astrónomos es que la materia difusa empezó con puros átomos que se fueron congregando para formar las galaxias con sus núcleos o estrellas.

Abandonando las regiones estelares y el más allá de las galaxias, regresemos a nuestro mundo y expongamos las teorías emitidas para explicar su creación. Además de la dogmática de la creación por la voluntad divina, con un simple acto, hay que recordar las modernas teorías físicas.

Fue Kant quien, en el libro ya citado, en el año 1755 lanzó ya la idea de que la Tierra, como dice el *Génesis* (la materia, como se dice en términos científicos), en un principio era fría y sin forma, y que concentrándose por su propia gravitación, dio origen a condensaciones estelares: la nebulosa solar. Se formaron uno o varios núcleos predominantes en la masa todavía informe. Uno de estos núcleos, que acabó por ser nuestro Sol, con millones de años, empezaría un movimiento de rotación, y al girar desprendió planetas y satélites.

Con lo dicho se comprende que Kant intentó por primera vez, y con una teoría que aún resiste a la crítica, explicarse el estado actual del Universo por simple aplicación de las leyes de la mecánica.

En 1796, Laplace, sin conocer el libro de Kant, publicó un tratado general de astronomía y en un apéndice anticipó sus ideas de formación estelar, conocidas por sistema de Laplace, o hipótesis de la nebulosa. En ésta, reduciéndola a la mayor brevedad posible, se supone una masa caótica de vapores o gases, que, no estando influida sensiblemente por ninguna causa exterior, toma la forma esférica. No siendo rigurosamente homogénea esta masa ni perfectamente geométrica su forma, debió de adquirir con el tiempo, y de acuerdo con las leyes de la atracción, un movimiento de rotación, que se iniciaría al contraerse la masa por enfriamiento, como consecuencia de la ley de la conservación de las áreas. Este aumento de velocidad angular dio por resultado un aumento de fuerza centrífuga en las regiones periféricas de la nebulosa, resultando de ello el desprendimiento de anillos ecuatoriales de la masa o condensación central. Estos anillos, a su vez, por efecto de no ser absoluta la homogeneidad, se disgregaron y toda su materia constitutiva se reunió en una masa globular, dotada también de movimientos de rotación por la diferencia de velocidad lineal entre las regiones exteriores e interiores. La masa central, con el tiempo, debió de ser el Sol, y las masas anulares los planetas. Sujetos éstos, a su vez, al mismo proceso mecánico, dieron lugar a la formación de los satélites.

Durante el siglo XIX no se hizo más que reproducir las teorías de Laplace sin discutirlas, pero se han suscitado muchas contradicciones entre la teoría y la realidad.

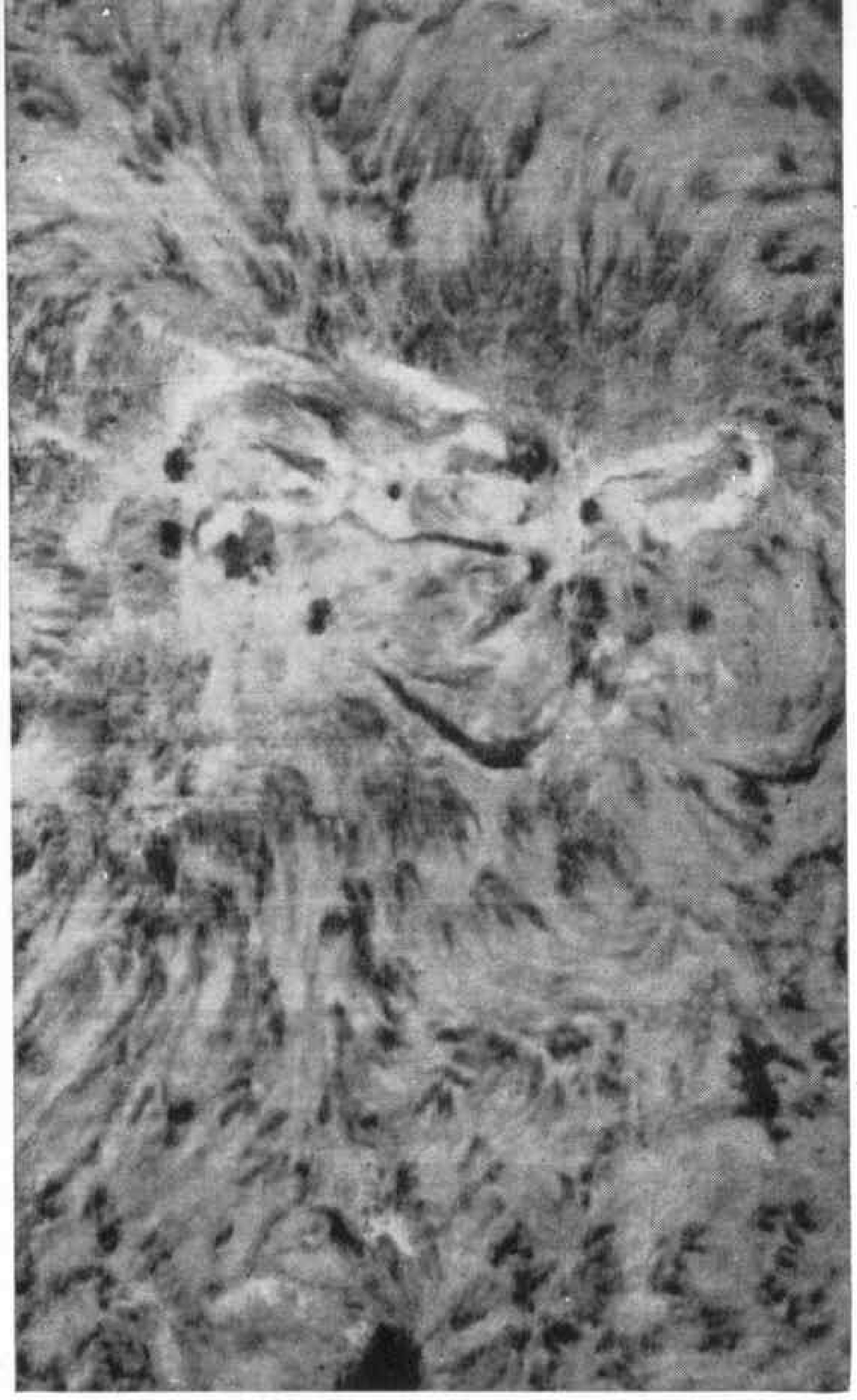
Es verdad que los planetas del sistema solar giran todos en la misma dirección y en órbitas elípticas, con el Sol en uno de

sus focos, y todas en un mismo plano, poco más o menos. Pero sería de esperar que si los planetas se desprendieron del núcleo central o Sol por el movimiento de rotación únicamente, el Sol debería girar todavía con una gran velocidad y tener una forma esferoidal con un ensanchamiento en su ecuador. Y, sin embargo, el Sol es perfectamente esférico y se mueve con lentitud mucho mayor de lo que le correspondería.

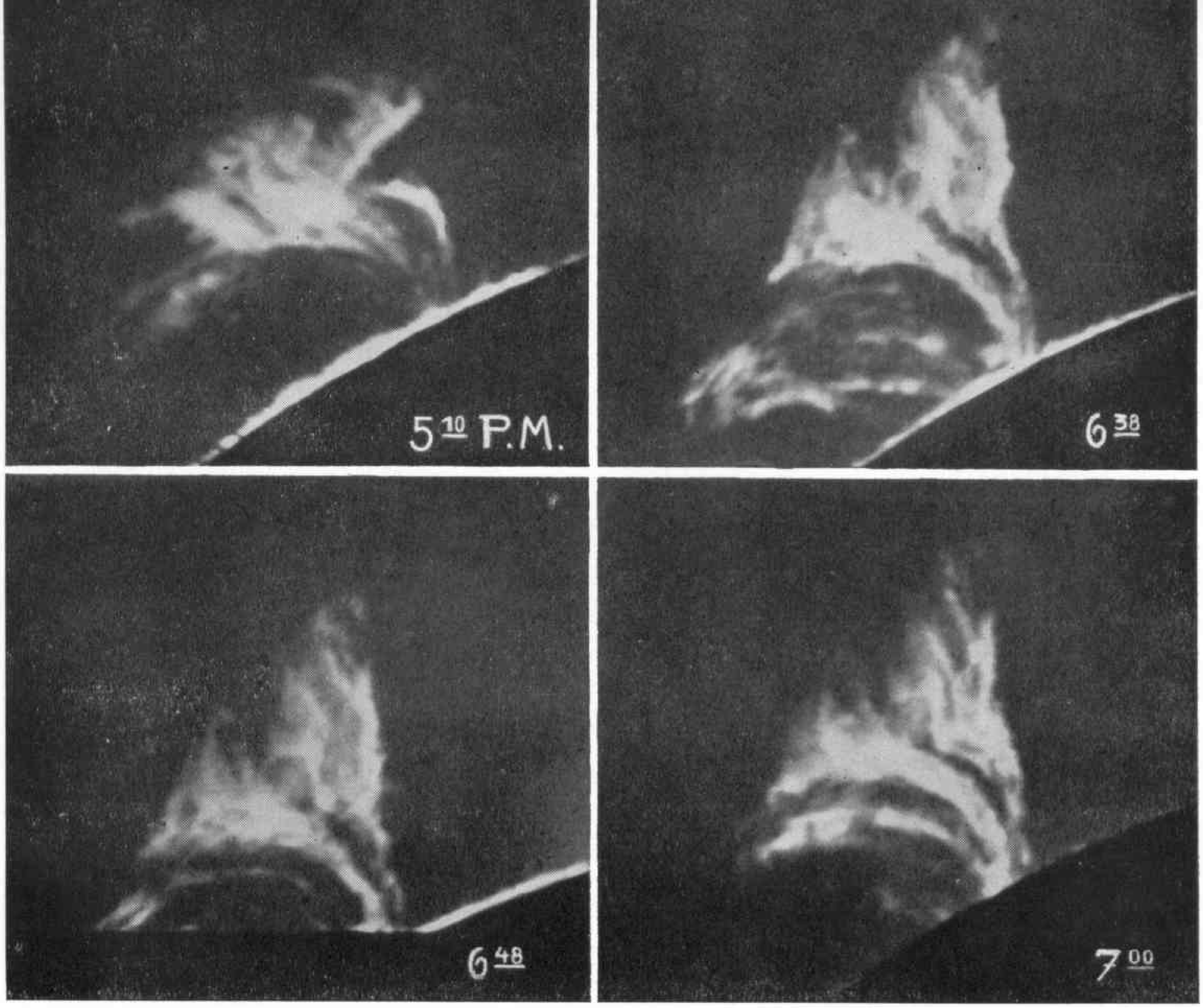
Más aún, los satélites de Urano y Neptuno se mueven en sentido contrario al de la mayoría de los demás, y sus órbitas son casi perpendiculares a las de sus progenitores. El primer satélite de Marte gira alrededor de éste en menos de la tercera parte del tiempo que emplea el mismo en dar una vuelta alrededor de su eje, lo cual tiende a desvirtuar las ideas que informan la teoría de Laplace. Las zonas interiores del anillo de Saturno giran también con velocidad angular mayor que la del propio planeta. Por todas estas razones el sistema propuesto por Laplace tenía que modificarse y por esto mismo se añadieron nuevas hipótesis.

Tratando de perfeccionar la teoría de Laplace, Chamberlin y Moulton, a principios de nuestro siglo, aceptaron la idea de una primitiva nebulosa como origen del sistema solar que se fue condensando en un núcleo central, que es el Sol. Pero agregaron a la hipótesis mecanicista de Laplace el que la primitiva nebulosa solar debió de ser influida fuertemente por la proximidad de astros que con sus atracciones enormes dislocaron la nebulosa solar, como la atracción de la Luna provoca las mareas. La nebulosa solar así expansionada adquirió un movimiento de rotación extraordinariamente rápido y en su masa se formaron núcleos, que serían con el tiempo los planetas. A la fuerza centrífuga propuesta por Laplace como única causa para la emisión de anillos, que después serán satélites o planetas, Chamberlin y Moulton agregaron fuerzas de atracción sideral, que realmente pueden ser de efectos considerables.

A las dos explicaciones clásicas: la mecanicista de Kant y Laplace y la astronómica de Chamberlin y Moulton, actualmente se superpone la radiactiva, o la de los efectos atómicos, que en las estrellas han de ser enormes. A menudo el Sol lanza chorros de materia incandescente, algunos de los cuales alcanzan 450.000 kilómetros de altura, elevándose con velocidades de 300 kilómetros y más por segundo. Esto indica la existencia, todavía en el interior del Sol, de un enorme poder explosivo. Resulta evidente, pues, que el Sol en sus primeros tiempos debía de emitir grandes cantidades de materia gaseosa, en forma de surtidor, y si esto coincidía con el paso cerca de él, en aquel instante, de un astro de considerable masa que desviase aquel surtidor, en lugar de caer sobre el Sol otra vez, los gases podían flotar en el espacio sin ser recuperados por la masa solar. El conjunto de todas estas



Remolinos de la materia solar.



Historia de una protuberancia solar de 180.000 kilómetros de altura.

perturbaciones sufridas por el Sol constituyó la nebulosa espiral de que hablábamos antes; allí aparecieron los núcleos que con el tiempo habrían de ser los planetas; la Tierra y la Luna eran un núcleo doble, separado ya desde el principio.

Es curioso observar que, cuanto más exacto conocimiento vamos teniendo de nuestro Sol, más verosímil nos parece esta teoría.

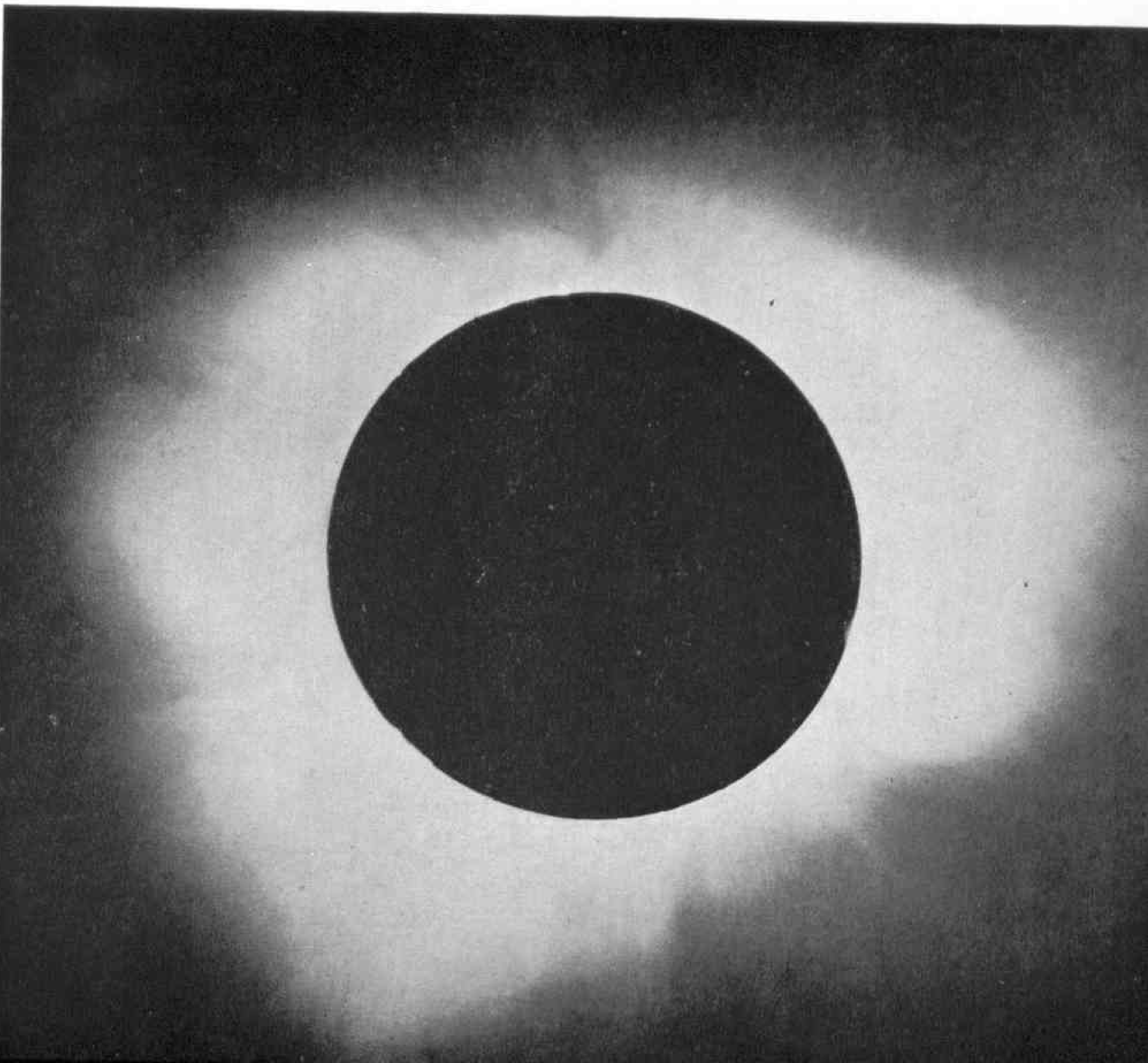
El Sol es todavía una estrella en actividad; ya a simple vista se distinguen manchas que se forman rápidamente y desaparecen al cabo de corto tiempo, probando la condición inestable de su materia. Estas manchas, de dimensiones a veces enormes y como vórtices de torbellinos, hasta hace poco creíamos que eran producidas por enfriamientos temporales, pero actualmente hemos reconocido que las agitaciones de la masa solar y sus erupciones formidables pueden explicarse mejor por explosiones atómicas debidas a la transformación del hidrógeno en helio. En lo que va de siglo se ha conseguido fotografiar la superficie del Sol con sus chorros de luz filamentosos, torrentes agitados de materia en ebullición. Y, por fin, en los eclipses totales aparece la corona o atmósfera solar con sus irregulares radiaciones.

Pues si todavía hoy el Sol lanza estos surtidores de centenares de kilómetros de altura, ¿qué no debía de hacer cuando la masa estaba concentrándose en uno o varios núcleos? Las erupciones atómicas del Sol, acompañadas y provocadas por las fuerzas de atracción y dislocación que otros soles que pasaban cercanos ejercieron sobre

la masa solar, esparcieron la cantidad de materia que con el tiempo se acumularía en los planetas.

Lo que sí parece seguro es que la materia cósmica del sistema planetario fue, en un principio, una nebulosa espiral o giratoria con uno o varios núcleos, y que una vez separados éstos, que son los planetas, comenzaron un trabajo de crecimiento con la absorción de núcleos menores, meteoritos y masas gaseosas perdidas en los espacios interestelares. Cada núcleo o planeta, al girar alrededor del Sol, fue acumulando todo lo que encontraba en su órbita. Los hijos del Sol barrieron materialmente el espacio, lo limpiaron de escollos con que podrían tropezar más tarde, cuando la vida exigiera cierta estabilidad en el planeta.

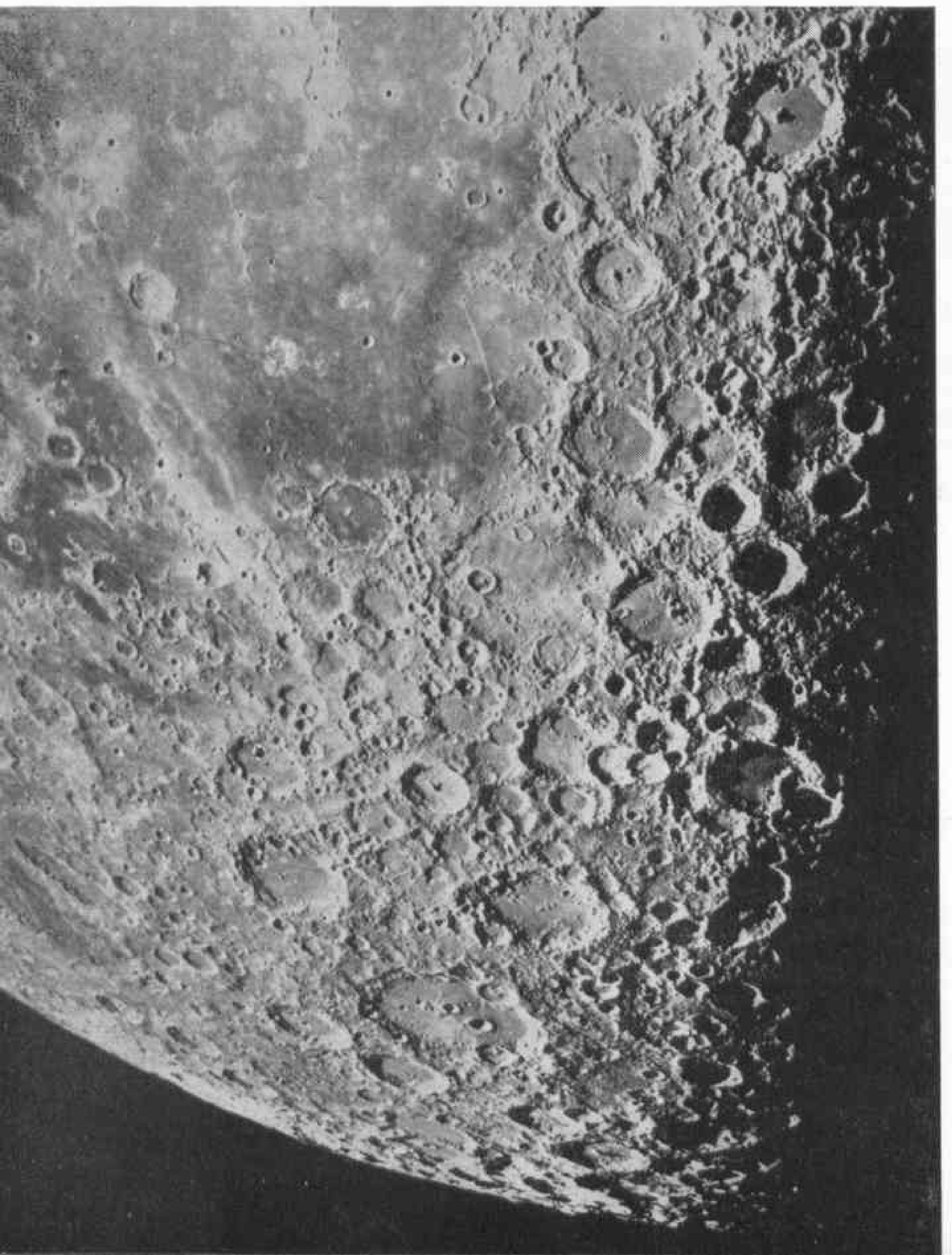
Así fueron creciendo los planetas; así creció nuestro Globo. Los corpúsculos, al ser atraídos por la Tierra, se hacían incandescentes; grandes masas chocarían con la Tierra, como ocurre con los meteoritos. En su composición, la Tierra es semejante a los meteoritos; sus principales componentes son el hierro, el níquel, el silicio y otros metales. Es fácil, pues, que al fundirse la masa de meteoritos y gases de la nebulosa se produjeran torbellinos de materia ígnea, los cuales con su radiación se enfriaron, formando las primitivas rocas. Del mismo modo que, al fundirse el hierro, las escorias flotan sobre el metal, que fluye líquido, asimismo las rocas serían la escoria que cubriría el interior de la masa, en la que predominan los metales. La escoria es de composición química parecida a la de las rocas basálticas. Los silicatos menos densos flotarían en esta masa medio pastosa. Los más pesados, que son los basaltos, formarían como una especie de primera capa más profunda, recubiertos por una segunda costra de granito. La Tierra tendría así, en un principio, una capa casi uniforme constituida por rocas, de unos cien kilómetros de espesor, poco más o menos.



Corona solar fotografiada durante un eclipse total.

Una atmósfera de gases, en los que predominaba el carbono, debía de rodear nuestro Globo con grandes cantidades de vapor de agua. La atmósfera, saturando la roca, virgen todavía, facilitaría enormemente su fusión: el granito se funde a 1.500 grados centígrados, pero si está saturado de vapor de agua se consigue fundirlo a la mitad de esta temperatura. Esta primitiva atmósfera de la Tierra se hace hoy intervenir eficazmente para precipitar su formación. La luz del Sol de estos primeros días del mundo debió de ser tamizada por este manto de vapores espesos, y el planeta debió de aparecer reluciente, como aparecen todavía Júpiter y Saturno. Mientras tanto, en su movimiento alrededor del Sol, la Tierra continuaba atrayendo y absorbiendo materia del espacio; ésta entraba en la atmósfera espesa del planeta llenándola de relámpagos, en nada comparables con las chispas eléctricas que tanto nos asustan. La bóveda de vapores brillaría con formidables llamaradas de materia encendida que caía de los cielos. De cuando en cuando, corpúsculos de regulares dimensiones debían de chocar y penetrar la masa central hasta grandes profundidades. Con velocidad creciente cada uno de estos corpúsculos, atraído por la masa terrestre, debía de acercarse, atravesar, provocando una explosión enorme, la masa de nubes y vapores, y, dejando en pos un torbellino de fuego, hundirse en la masa medio fundida de nuestro planeta.

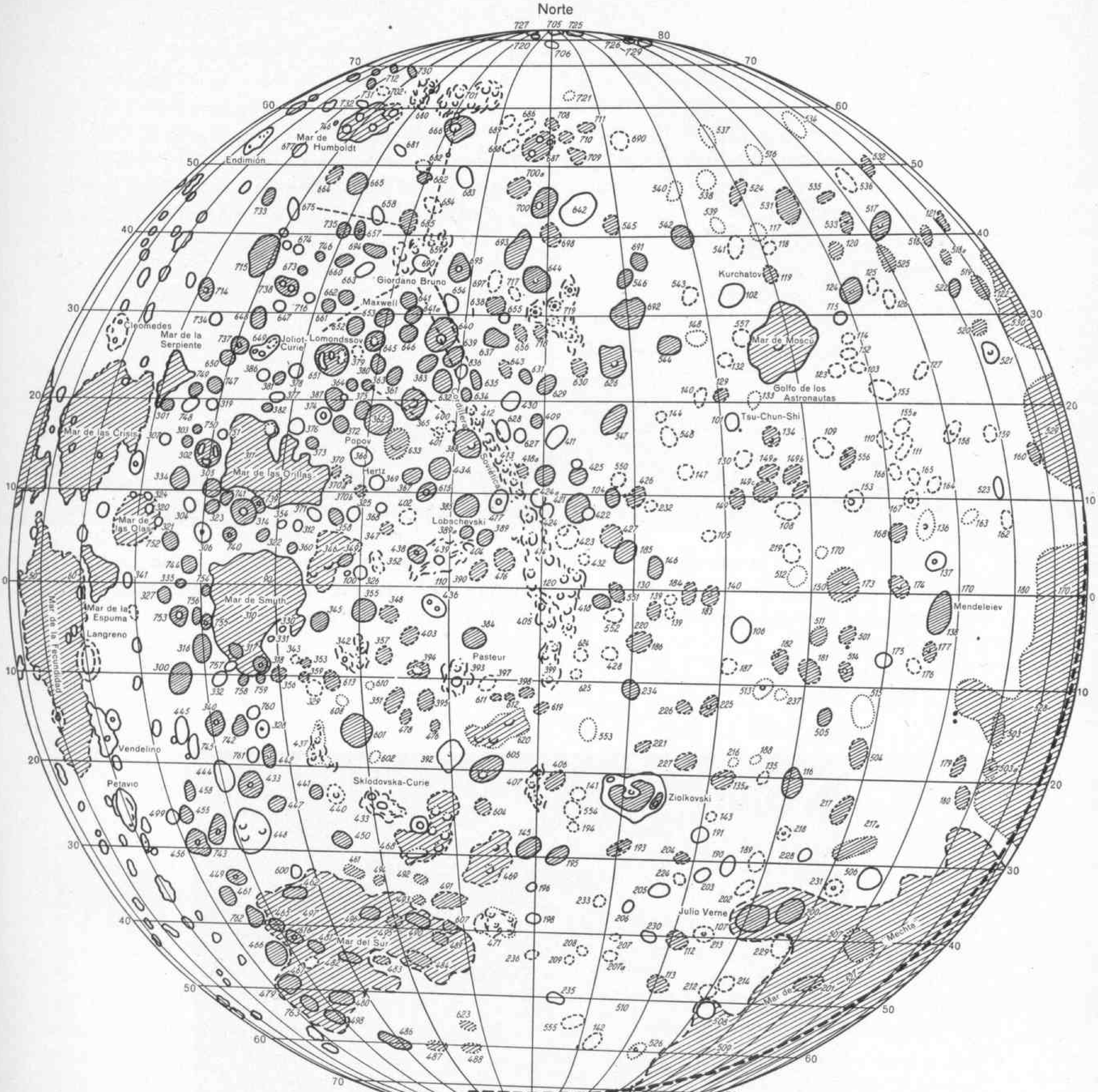
Parte austral de la Luna.



Poco a poco, creciendo su masa, crecería asimismo el peso o la presión que cargaba sobre el núcleo semifundido. Esta compresión debió de desarrollar calor, pero al mismo tiempo haría crecer lo que llamamos el punto de fusión, dando a la Tierra mayor rigidez. Hoy no sabemos exactamente si el centro de la Tierra es sólido o líquido; de todos modos, durante las mareas, manifiesta una rigidez como si fuera macizo. Es cierto que la temperatura aumenta con la profundidad, pero crece también la presión de la masa enorme de la costra, y con la presión aumenta al mismo tiempo la resistencia a la fusión.

Si quedan dudas acerca de que el verdadero centro de la Tierra llegase a ser del todo líquido, es casi seguro que una capa exterior, al menos de una cuarta parte de su radio, debió de ser pastosa o líquida. La atmósfera, saturada de vapor de agua, debía de producir lluvia desde sus capas superiores; pero ésta, en un principio, no pudo llegar a la superficie de la costra terrestre; antes de llegar a la Tierra debía de ser proyectada otra vez, como vapor, a las capas más altas de la atmósfera.

Por fin la costra se enfrió lo suficiente para recibir en ella los diluvios de agüa que caían sin cesar. Las rocas primitivas, con esta erosión, se disgregaron de prisa, pero no tanto que no durara millones de años el proceso de su descomposición, que no ha terminado aún. Donde las escorias basálticas estaban en mayoría, por ser más



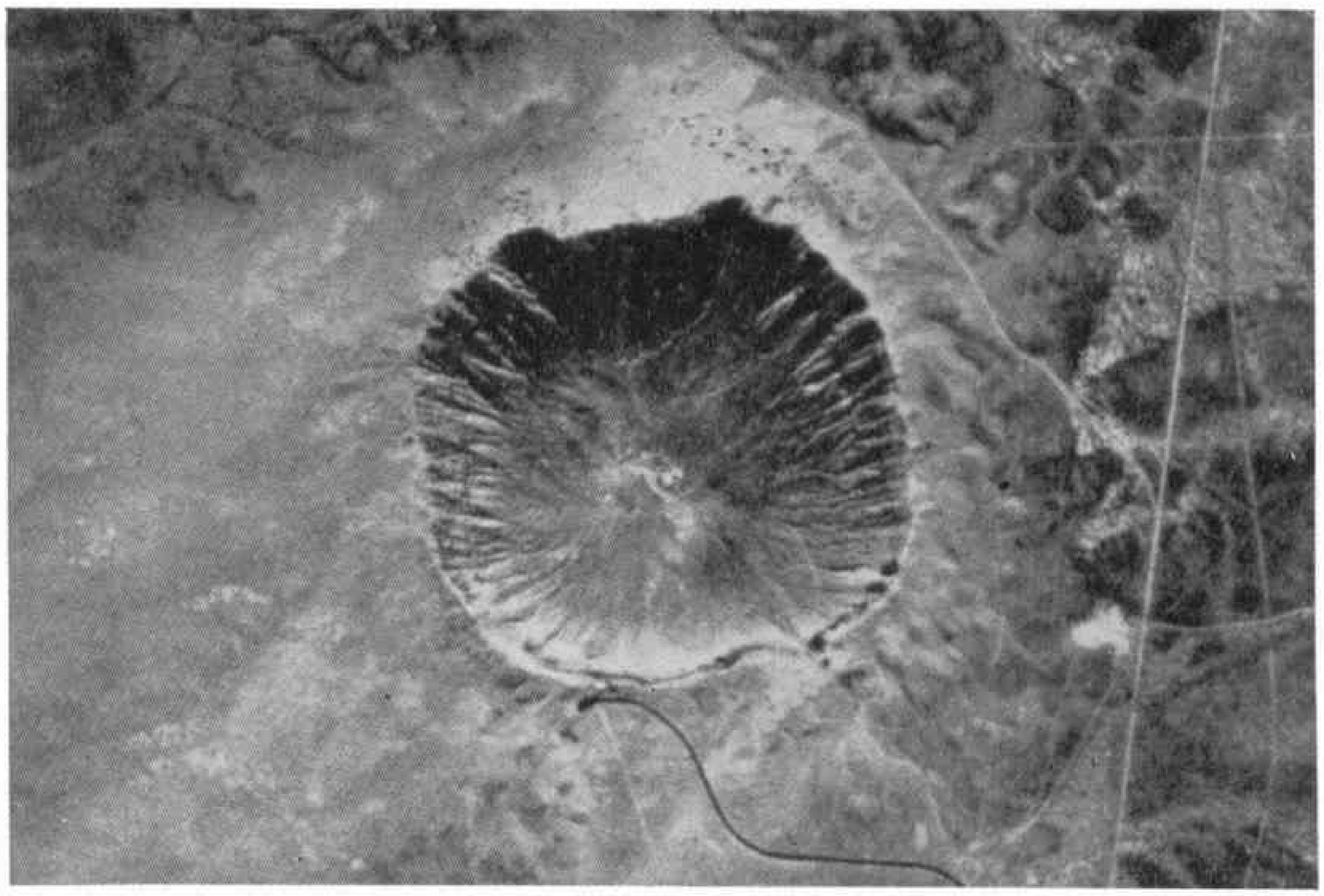
Accidentes perfectamente reconocibles, con límites claros. Accidentes con límites poco claros. Accidentes cuyos límites todavía han de precisarse. Accidentes que aparecen más obscuros que su contorno. Accidentes que aparecen más claros que su contorno. – – – Rayos claros. ▬ ▬ ▬ Límites visibles. Las cifras indican el número de catálogo del accidente.

Topografía de la cara oculta de la Luna, según la fotografía obtenida por el Lunik III ruso en octubre de 1959.

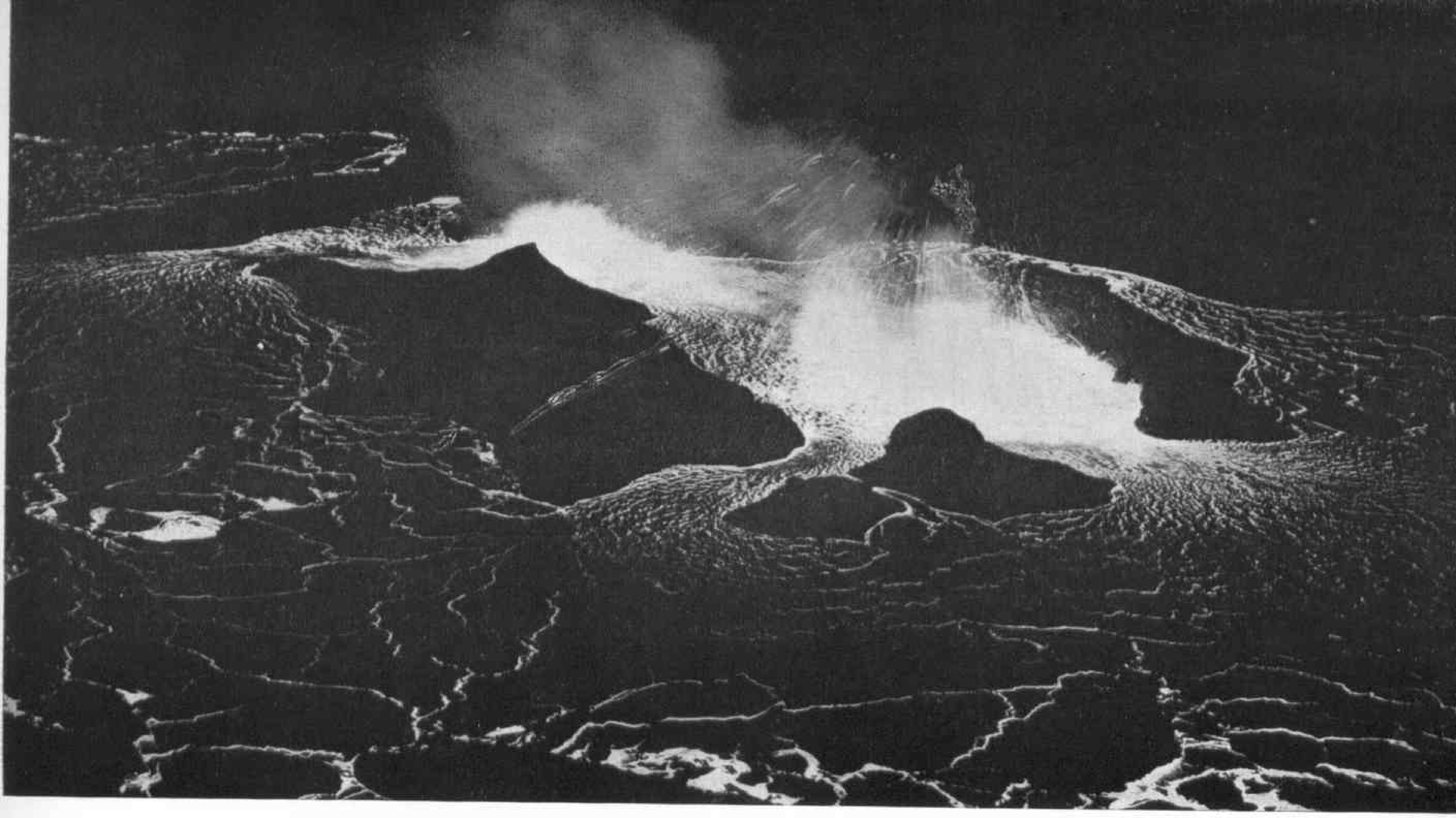
pesadas se hundió la superficie, formándose las cavidades que debía llenar el océano. Se ha demostrado que las rocas del fondo de los mares son más pesadas que las que constituyen los continentes y cordilleras. El peso de la masa de agua, sumado al de la costra de rocas del fondo de los mares, tiene que ser igual al peso de la costra de la Tierra más el peso de las montañas o relieves. Aun los que opinan que el centro de la Tierra, por su rigidez, debe de ser sólido, aceptan una zona viscosa o medio fluida entre la costra exterior y el centro del mundo, solidificado por la presión. Sobre esta zona fluida descansan las rocas que soportan tanto el fondo de los océanos como los continentes, y para que se mantenga su equilibrio, el peso debe ser igual en cada punto del planeta.

He aquí la Tierra dispuesta ya para emprender sus grandes destinos; pronto sobre ella aparecerá el mayor de los misterios: la vida. En este libro nos proponemos contar su historia hasta los tiempos presentes; en cuanto a su porvenir, las estrellas son aún las únicas que de él pueden enterarnos. El cuerpo celeste más cercano a nosotros es un astro muerto, frío, como lo será la Tierra cuando llegue su hora. La Luna, a la que hace poco la astronáutica ha arrebatado el secreto de su cara oculta, vista con el telescopio es un astro en el que reina la desolación; su atmósfera se congeló en tiempos remotos y sus valles y montañas aparecen desiertos, descarnados, sin vida.

Esta breve exposición de lo que se sabe (mejor, de lo que se trata de saber del Mundo y del Cosmos) hace recordar las palabras del Salmista y nos reduce a decir que los Cielos cuentan la obra de Dios. Hoy también podemos añadir la gloria del hombre, que con sus pobres recursos tiene la ambición de penetrar la obra divina y llegar a averiguar su forma y sus leyes.



Cráter de varios kilómetros de diámetro producido por un aerolito en Ontario (Canadá), igual a los que descubrimos en la Luna.



El volcán Kilauea en acción, durante la primavera de 1952. Hawai.

2 APARICION DE LA VIDA EN LA TIERRA

Hemos tratado de explicar en el capítulo anterior las teorías que prevalecen hoy acerca de la formación del globo terrestre; cómo éste, una vez arrancado, por decirlo así, de la nebulosa solar, fue creciendo por absorción de los cuerpos estelares, del polvo y los gases que encontraba en su camino; cómo se solidificó su núcleo por la presión y quedó una costra de escorias nadando en una capa intermedia viscosa o fluida, que según algunos perdura todavía y es la causa de los fenómenos volcánicos y terremotos. Pero aunque en este último punto distan mucho de estar de acuerdo los geólogos, la Tierra ya hemos dicho que se comporta como si fuera maciza y el famoso lago de fuego interior, la región infernal de roca fundida que creíamos llenaba por completo el centro del planeta, es muy posible que no sea más que un sólido bloque de metal.

Las vibraciones de un terremoto, por ejemplo, llegan más de prisa cuando éste acontece en los antípodas que cuando el centro de la conmoción se encuentra en otro punto cercano de la esfera: hecho que parece probar que cuando la vibración viene a través del centro de la Tierra corre con velocidad mayor, porque es más densa, o sea *más sólida,* en el interior que en su costra de rocas de la superficie. Existen, además, otras razones para creer que el globo terrestre es sólido, sobre todo la manera como responde al fenómeno de las mareas o atracciones del Sol y de la Luna... Tal es la convicción que tienen algunos geólogos de las tres zonas concéntricas que forman el

globo terrestre, que les han asignado nombres especiales para determinar cada una de ellas: al núcleo sólido central le llaman *nife,* la zona intermedia en fusión es la *sima* y la costra terrestre solidificada es llamada *sial.*

Está, pues, para muchos casi probado que el núcleo central del globo terrestre es sólido, y aunque el continuado aumento de la temperatura a medida que se ahonda un pozo o se excava un túnel indica que el centro de la Tierra, siguiendo la progresión, debería estar a más de 200.000 grados de calor, por otra parte, la presión enorme impediría la fusión.

La historia de la Tierra desde que era una acumulación de materia gaseosa hasta que tomó forma esférica condensada sólo se puede explicar por conjeturas. En un principio, como parte disgregada de la nebulosa, debía de ser una masa de vapores casi homogénea. Con el tiempo, los componentes se asociaron y formaron materiales sólidos y líquidos. Los más livianos flotaron sobre los cuerpos más pesados. Para esta solidificación fue necesario que la masa se enfriara. De otro modo, la materia hubiera quedado en estado gaseoso. Después intervinieron reacciones químicas de gran importancia, y formaron sobre la primera costra terrestre un baño salino en el que dominaban los cloruros, bromuros y yoduros, los sulfatos de cal y de magnesio. Se conjetura que esta capa de rocas cristalinas tendría un color predominante blanco, con manchas verdes, vetas rojas o grises por los filones de hierro, cobre o manganeso. La atmósfera por mucho tiempo debió de quedar inflamada, pero la alta temperatura producía la combinación del oxígeno e hidrógeno y el agua hirviendo se evaporaba en seguida para caer otra vez en lluvias torrenciales.

Hasta hace poco disponíamos sólo de los conceptos que nos daba la mecánica para explicar la forma que fue adquiriendo la Tierra, o sea de presiones, reacciones, atracciones, esto es, las fuerzas químicas y el calor que se producían al combinarse los cuerpos; pero últimamente la teoría de la radiactividad ha abierto la puerta para imaginar fenómenos de valores gigantescos. Los fenómenos de radiactividad que pueden producirse con las presiones y el calor son

Un aspecto del Vesubio.





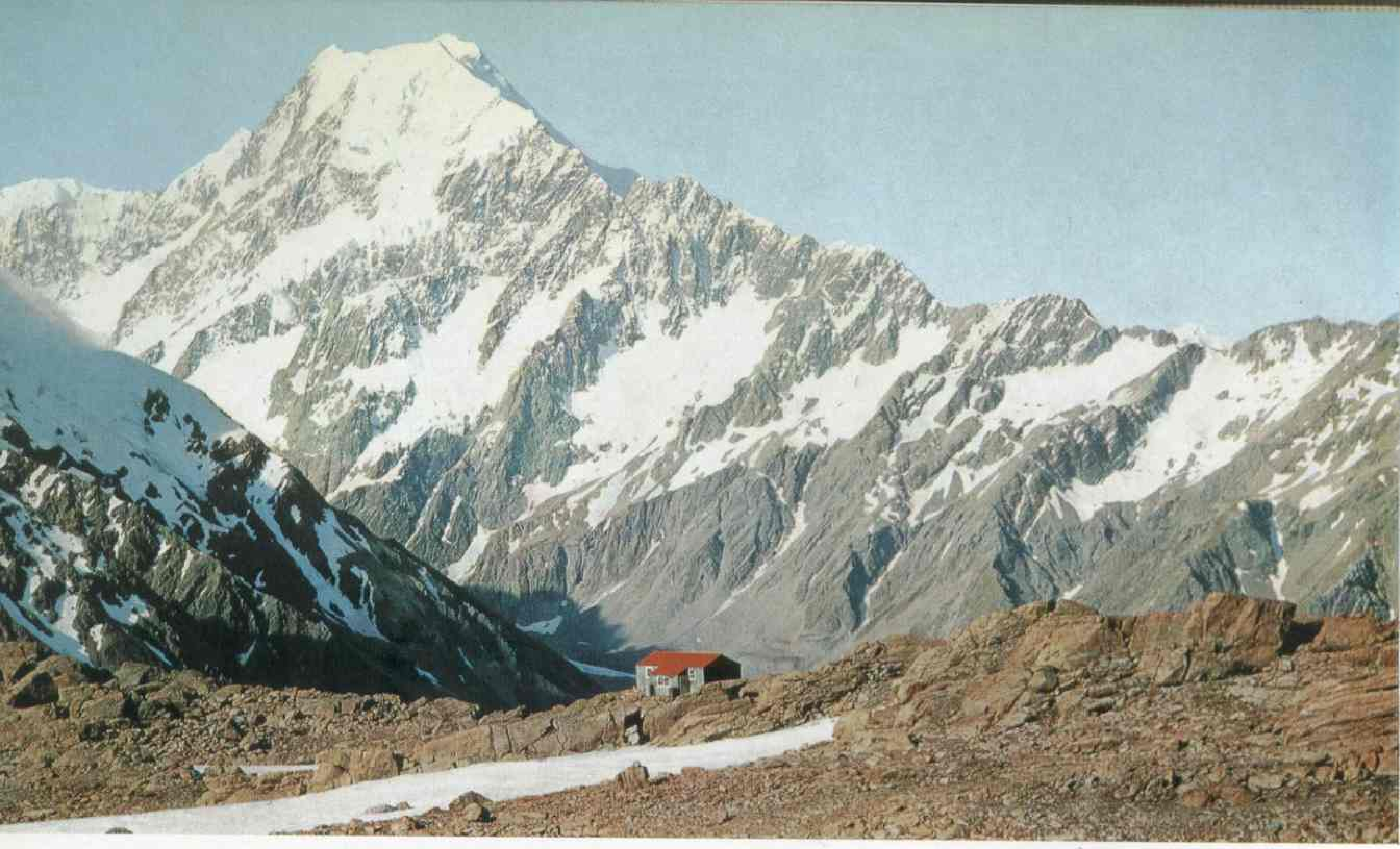
El Fuji-Yama, montaña sagrada del Japón.

aún hoy un problema; como lo es el modo como pudo contribuir la radiactividad a dar al astro que habitamos su forma actual. Pero en los nuevos tratados de geología se atribuyen a la radiactividad la mayoría de los fenómenos que han contribuido y contribuyen todavía a cambiar la forma de nuestra Tierra.

Fijémonos, por de pronto, en el levantamiento de las montañas y la formación de los continentes. Antes se explicaba la existencia de las rocas ígneas en las cumbres de las cordilleras por fenómenos puramente volcánicos; el granito y las otras rocas no sedimentarias habían sido proyectados como lavas líquidas que se abrieron paso a través de grietas colosales de la costra primitiva.

Hoy se cree más bien que el levantamiento de las partes altas del Globo ocurrió por compresión lateral, a la manera que una alfombra se arruga empujándola por sus extremos. Y estas compresiones enormes serían consecuencia de fenómenos de radiactividad que se desarrollarían en el núcleo central, naturalmente sólido. Así, repitiendo algunos de los conceptos ya expuestos, la historia del mundo, desde sus principios hasta que tomó la forma y aspecto que tiene ahora, podría hacerse en pocas palabras como sigue:

El núcleo primitivo, mucho menor que la esfera actual, sólido o viscoso, fue creciendo por absorción de materia, hasta que llegó un día que tuvo bastante masa para retener su atmósfera. La costra se enfrió y entonces, con las primeras lluvias diluviales, se formaron grandes charcos o lagunas que cubrían casi toda la superficie de la Tierra. Poco a poco las rocas más pesadas se hundieron, acumulándose las aguas en los océanos primitivos, mientras que, para restablecer el equilibrio, se levantaron los continentes y surgieron las cordilleras, como repliegues y arrugas de la corteza exterior. La costra sial o *litosfera,* cuyo espesor no pasa de ciento cincuenta kilómetros, dista mucho de ser compacta y homogénea,



El monte Cook, en Nueva Zelanda.

y mucho menos aún lo era en los primeros días del planeta. Por las grietas de la costra fueron empujándose también hacia fuera masas pastosas que se habían reblandecido por fenómenos de radiactividad; todavía hoy, en menor escala, los volcanes y terremotos sacuden y perforan esta corteza que pisamos.

El primer período de formación de la corteza terrestre, que se suele llamar período geológico, debió de durar millones de años. Tratar de fijar su duración con exactitud cronológica es imposible, pero debió de ser un período larguísimo, puesto que las rocas ígneas muestran a veces señales de haber sido elaboradas varias veces, fundidas y resquebrajadas y vueltas a plasmar con nuevas margas y escorias que las envuelven.

Hoy se intenta establecer la edad de las rocas más primitivas con un método muy ingenioso, basado en un fenómeno de radiactividad. Se sabe que el uranio se transforma en plomo emitiendo átomos de helio. La transmutación se verifica muy lentamente, pero de una manera constante y regular. Si una roca tiene uranio y además plomo producto de la descomposición, por las cantidades de plomo y uranio se puede calcular la edad de la roca. Por ejemplo, una roca de pegmatita de Manitoba, en Canadá, que es la que hasta ahora hemos considerado la más antigua del mundo por el análisis de la proporción de uranio y plomo, resulta tener una antigüedad de 1.750 millones de años. Con este solo dato ya sabemos que ha habido sial, o costra sólida en la Tierra, por lo menos durante dos mil millones de años.

Tan remotas edades inducen a sospechar si estos cálculos de geología física no serán fantásticamente aventurados. Pero la superposición de rocas que representa una serie ascendente de terrenos confirma que los más antiguos son los que tienen más plomo y menos uranio aún sin descomponer.

No es posible que en el período geológico apareciera la vida en la Tierra. Ni la temperatura era favorable ni la atmósfera, cargada de vapores de bióxido de carbono, lo

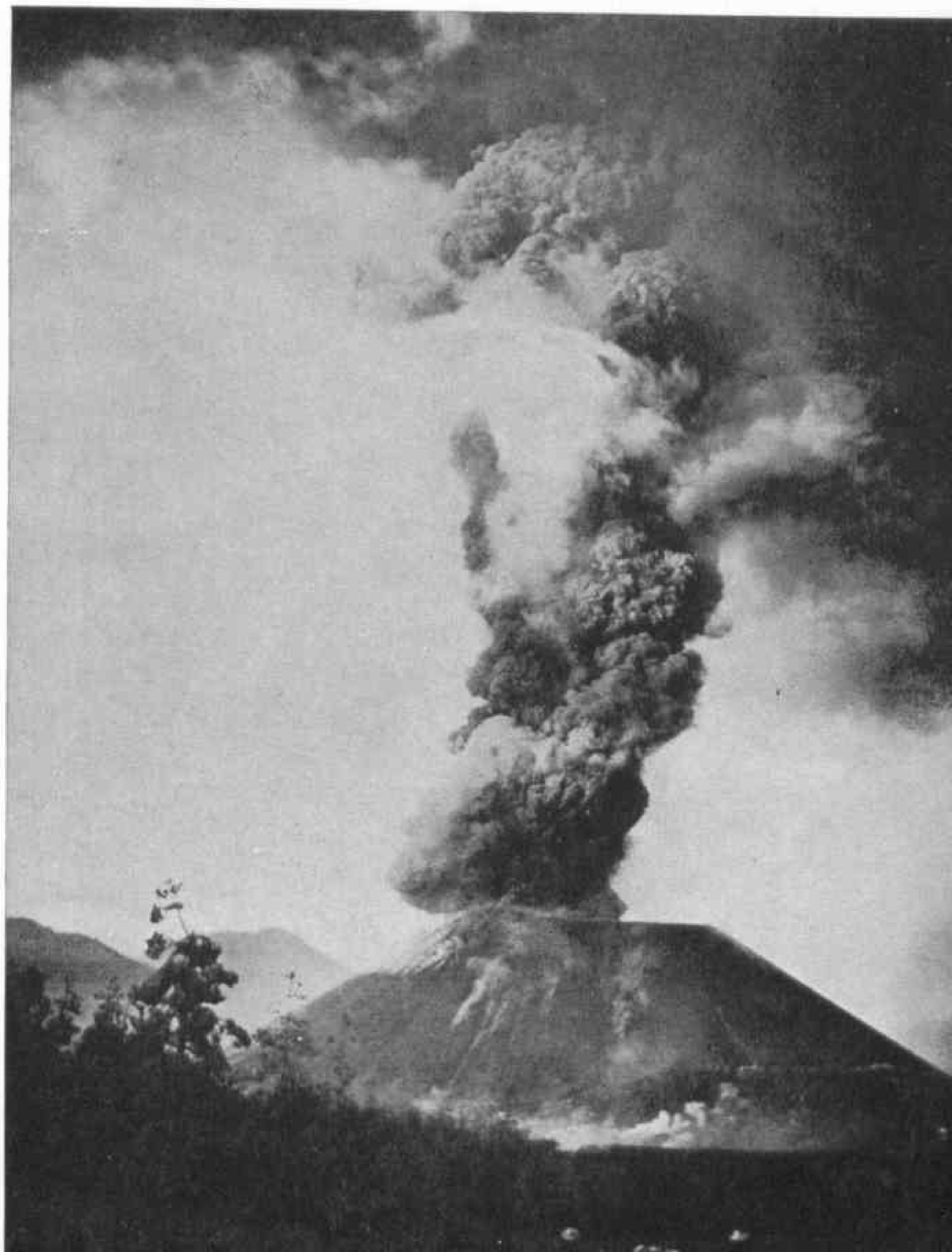
hubiera permitido todavía. Pero pronto la atmósfera fue haciéndose más semejante a la atmósfera actual, los rayos del Sol pudieron atravesar por fin la cortina de vapores que cubría la Tierra y doraron sus agujas de granito. Los fenómenos de erosión debían de ser mucho más poderosos que ahora. Las tempestades serían de terribles efectos en aquellas rocas saturadas de gases, y pronto aparecieron en los valles los nuevos terrenos, formados con el polvo de las rocas primitivas.

La característica de estos terrenos, llamados de aluvión, es que, con más o menos regularidad, están extendidos en capas paralelas, que en un principio, siendo depósitos sedimentarios, debían de ser naturalmente horizontales. Muchos de estos nuevos terrenos han sido levantados y, por consiguiente, la horizontalidad ha desaparecido; otros han sido comprimidos en sentido lateral y se han plegado en ángulo o doblado como un libro, pero a pesar de ello su estructura esencialmente hojosa se conserva todavía.

La formación de los terrenos sedimentarios exigió también gran número de años: como mera indicación diremos que se ha fijado en cien años el tiempo que se necesita para formar un sedimento de mármol de quince centímetros de espesor; si se calculan los millares de capas de terrenos calcáreos que a veces se encuentran superpuestas, podremos tener una idea del tiempo que se necesitaría para formar una sola clase de roca. Claro es que las fuerzas geológicas hoy están como amortiguadas, y que unas rocas se desintegraron con mayor rapidez que otras. Pero hay un dato que ha llamado poderosamente la atención, y éste es la cantidad de sal que se encuentra diluida en los mares. Toda ella proviene de sales solubles que se hallaban en las rocas primitivas y que poco a poco se han acumulado en el mar. Ahora bien, aunque el tanto por ciento de sal que hay en los mares es todavía pequeño (el tres y medio de sal por ciento de agua), así y todo indica un gran trabajo de destrucción de rocas ígneas o primitivas; la sal que contiene el mar viene a decirnos que, para extraerla de los continentes y cordilleras, tuvieron que lavarse capas de terrenos de más de dos kilómetros de espesor.

¿Y cuánto tiempo debió de necesitarse para ello? Difícil es calcularlo porque desconocemos la potencia de los fenómenos primitivos, pero al paso que se destruyen hoy las rocas y se lavan y arrastran sus residuos, para arrancar y lavar una capa de dos kilómetros de espesor se necesitarían cien millones de años. Los terrenos pierden más o menos según su dureza, pero por término medio se ha calculado que las tierras de los Estados Unidos pierden una pulgada cada 760 años. Y así y todo, esta pulgada representa 783 millones de toneladas de tierras que cada año los ríos de los Estados Unidos aportan al océano y de las que sólo una menor parte son sales solubles. Duran-

El Paricutín, el nuevo volcán mexicano.

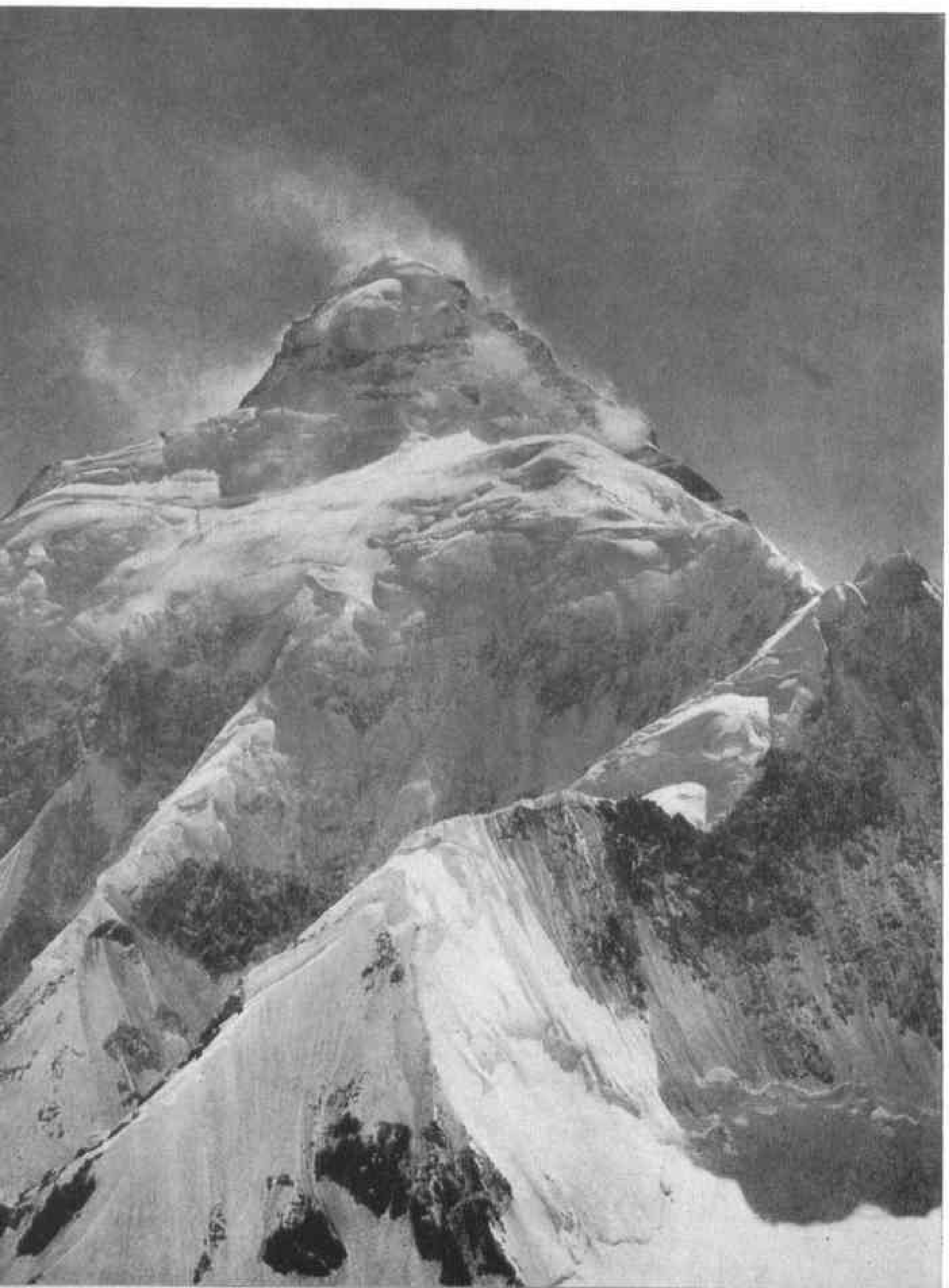


te este largo período de desintegración de las rocas primitivas y formación de los terrenos aluviales, la Tierra cambió varias veces de aspecto exterior; la distribución de océanos y continentes varió por lo menos seis veces, y varió también el clima, pasando el globo terráqueo al menos por cuatro épocas de enfriamiento, durante las cuales la Tierra se cubrió de ventisqueros y de casquetes sólidos de hielo. Los cambios de clima registrados en la Tierra, pasando por períodos glaciales y tropicales, se explican en los tiempos prehistóricos por un movimiento de todo el sistema solar dentro del conjunto de estrellas que componen una galaxia. El Sol y los planetas se mueven en la dirección de la estrella Cefeo a la notable velocidad de 275 kilómetros por segundo. Puede muy bien calcularse que su movimiento dentro de la galaxia tendría una duración de millones de años, pero es presumible que al pasar por las proximidades de grandes astros la temperatura terrestre subiría hasta producir épocas de gran calor e iría descendiendo conforme se alejase de las grandes estrellas.

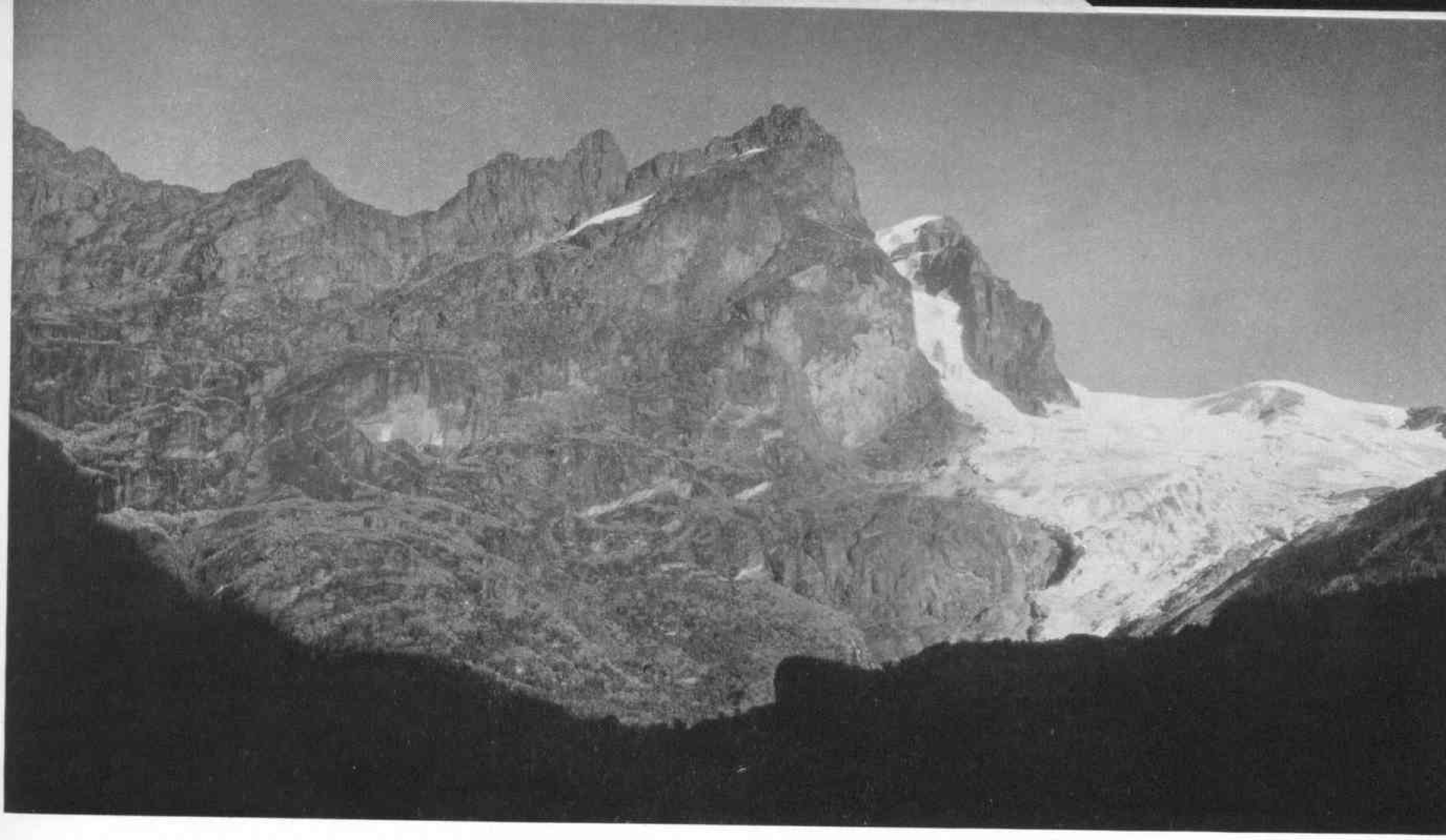
Mientras obraban así los astros vecinos, los fenómenos atmosféricos, la temperatura, la humedad y hasta la presión del hielo sobre las rocas primitivas, y éstas se rompían y pulverizaban, otras se resistían a disgregarse y quedaban formando colinas aisladas, o torres graníticas, y aun rocas solitarias de formas caprichosas. Estas son las peñas magníficas que admiramos como maravillas terrestres. En lo más alto de las cordilleras, donde la erosión ha deshecho valles enteros, se destaca a veces un picacho agudo que se resistió a quebrarse. A veces, los elementos no han sido capaces de atacar a un peñasco aislado, cuando todo lo demás a su alrededor se ha dejado arrastrar por el agua de las lluvias. A menudo, sierras magníficas se han recortado en siluetas fantásticas por la acción de los vientos y tempestades, sin más aparente ley que su capricho. Otras veces un nódulo resistente se ha quedado solo, disgregado de la masa que lo envolvía, y cuelga sobre el abismo, bamboleándose siglos y siglos, hasta que un día cae al llano. Así, por las acciones cósmicas, geológicas y atmosféricas, la Tierra ha recibido no sólo su existencia, sino también gran parte de su belleza. Pero un nuevo elemento aparece bien pronto, y es el que va a cubrirla de su decoración más espléndida; este elemento es la vida.

La vida es la organización de la materia con facultad para transformarse y reproducirse a sí misma, es decir, para crecer, multiplicarse y morir. ¡Qué insondable arcano, qué terrible misterio! ¡Y cuán lejos estamos aún de hallar su completa explicación!

Los problemas que por de pronto se presentan como fundamentales acerca del fenómeno de la vida en la Tierra son tres.



El tejado del mundo, 8.845 m. El monte Everest en la cordillera del Himalaya.



El monte Stanley, en la cordillera Ruwenzori (Uganda).

Primeramente: ¿Qué es la vida?

Segundo: ¿Cuándo empezó la vida en la Tierra?

Tercero: ¿Cómo empezó? ¿De qué manera?...

Vamos a tratar de repetir la explicación de la ciencia moderna acerca de estos tres problemas, aunque reconozcamos que sus soluciones distan todavía mucho de ser satisfactorias.

Los más rudimentarios de los cuerpos vivos, aun los puramente celulares, tienen la propiedad de absorber la materia con que están en contacto y transformarla en otra materia viva, semejante a la suya, esto es, de crecer. Además, se subdividen, produciendo así organismos análogos a los suyos, esto es, se reproducen. Aristóteles definió la vida como «el conjunto de operaciones de nutrición, crecimiento y destrucción». No quiso reconocer la generación, o reproducción, como un fenómeno esencial de los seres vivos.

Ahora bien, si se examina al microscopio uno de estos organismos celulares, se observa que, dentro de una especie de cápsula, hay un fluido espeso, granular, como espumoso, que llamamos protoplasma y es la materia en que se incorpora la vida. Analizado químicamente el protoplasma, no revela ningún elemento que sea exclusivo de la materia viva: contiene carbono, hidrógeno, oxígeno, nitrógeno, sodio, calcio, etcétera. Pero la estructura molecular en que están combinados estos cuerpos simples ya es especial del protoplasma. Las moléculas del protoplasma tienen diversas estructuras para cada clase de células; sin embargo, son predominantes las moléculas de una substancia llamada *proteína,* que parece ser la que, por voluntad de Dios, encierra el secreto de la vida.

De aquí no se ha pasado. Sabemos que la vida empieza en la célula; que la célula está llena de protoplasma; que el protoplasma, ya vivo, está compuesto de cuerpos químicos, llamados proteínas, que pueden cualquier día fabricarse artificialmente en un laboratorio... Pero las proteínas reciben la facultad de vivir dentro del protoplasma,



Estalactitas y estalagmitas en la cueva de Carlsbad. (Nuevo México.)

y esto sólo se consigue hoy por hoy mediante otras proteínas ya vivas, otro protoplasma. En una palabra, sólo la vida engendra la vida.

He aquí el resultado a que se ha llegado después de siglos de experiencia. Parece poca cosa, pero si se tienen en cuenta las vicisitudes experimentadas para conseguir esta simple verdad, resulta una conquista preciosa. Los antiguos griegos creyeron que la vida era un fermento de la Tierra. Lucrecio, que en su *De Rerum Natura* reprodujo las ideas de Empédocles, dice: «Con buena razón se da a la Tierra el nombre de madre, pues todas las cosas nacen de la tierra, formándose con el agua de la lluvia y los vapores del sol.» Virgilio asegura que las abejas nacen en Egipto del cuerpo muerto de los bueyes, y en la Edad Media se dan recetas para producir escorpiones, arañas, ratones... ¡Nadie dudaba de que la madera criaba los gusanos, y la tierra langostas, caracoles y mariposas!

Nadie, ni aun Leonardo de Vinci, ni Galileo, ni tantos otros ingenios que suponemos dotados de gran perspicacia, dudaron de error tan craso como era el asegurar que la tierra creaba la vida, que del fango salían los insectos y cuerpos vivos. El primero en *observar* que la vida sólo nace de la vida, y el ser vivo de otro ser vivo de su misma especie, fue Francesco Redi, quien en 1668 probó con experimentos que los gusanos no aparecen en la carne muerta sino cuando ésta ha sido contaminada por contacto con otros animales vivos. Pese a que

Efectos de la erosión: desolado aspecto de los Monegros (España).

la divulgación de los experimentos llevados a cabo por Redi preparó a las mentes, siguieron creyendo muchas gentes en la generación espontánea de la vida hasta que los notables trabajos de Pasteur, realizados a mediados del siglo pasado, destruyeron tal error.

Pasemos ahora al segundo punto capital, esto es: ¿cuándo empezó la vida en la tierra, esta vida que sólo se origina de otra vida? Así que empiezan a formarse los terrenos de aluvión, aparecen muy pronto ciertas capas calizas con grafito o carbono que no se conciben más que producidas por microscópicos animales o plantas en el fondo de grandes lagos. No tienen aún formas especiales, constituirían millones de cuerpos celulares, y no hay otra prueba de que fuesen organismos vivos sino estos residuos químicos que dejaron; pero el fenómeno de producir materiales calcáreos los seres vivos es tan universal, que unánimemente se aceptan estos peculiares sedimentos calizos como una prueba de la vida en la Tierra inmediatamente después del período geológico. Por tal motivo, al período inmediato al geológico se le llama arqueozoico, esto es, de la vida primitiva. En el siguiente, paleozoico, o de la antigua vida, los seres animados han dejado ya rastros de su forma y sus huellas o moldes, llamados fósiles, pero son todavía animales acuáticos, moluscos provistos de muchos pares de patas y tentáculos, extraños seres en los que parece inaudito fuese a refugiarse el tesoro de vida que con el tiempo debía embellecer el mundo.

En los siguientes períodos, de que hablaremos en el próximo capítulo (mesozoico y cenozoico), triunfan primero los peces y reptiles, pero las aves y los mamíferos acaban por conquistar la Tierra. La vida



ya existía en el planeta en el período paleozoico, y las formaciones calcáreas de que hemos hablado parecen asegurar también que ya había aparecido la materia organizada, según las condiciones de los seres vivos, en el período arqueozoico.

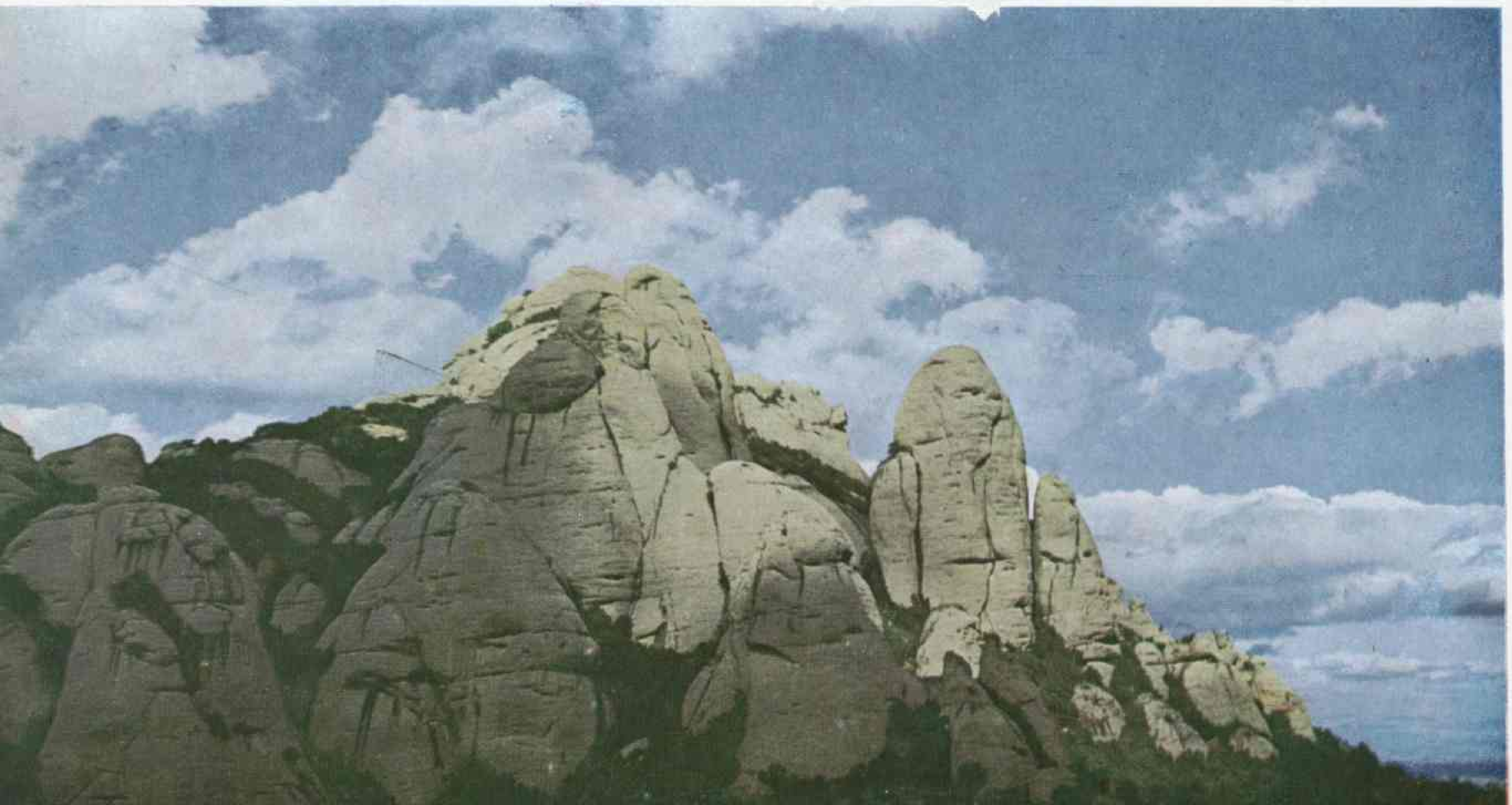
Llegamos, por fin, al tercer punto de discusión: ¿cómo envió Dios la vida a la Tierra? Parece extraño que los hombres se hayan propuesto resolver semejante problema, pero son tan ingeniosas sus divagaciones, que no podemos por menos de dar aquí un resumen de las modernas teorías acerca del origen de la vida.

Para unos la vida llegó a la Tierra en corpúsculos estelares, que flotaban con células vivas que llamaríamos *cosmozoos*. Las dificultades para admitir una hipótesis de materia cósmica animada no han asustado a lord Kelvin ni a Helmholtz: es verdad que los meteoritos no presentan señales de vida, pero éstos eran incandescentes al atravesar la atmósfera, mientras que los cosmozoos, por sus dimensiones microscópicas, no sufrirían tan gran resistencia ni se calentarían. Más bien hay que temer el frío absoluto que reina en los espacios interestelares, pero ciertas esporas parecen estar dotadas de la capacidad de resistir casi indefinidamente los efectos del frío.

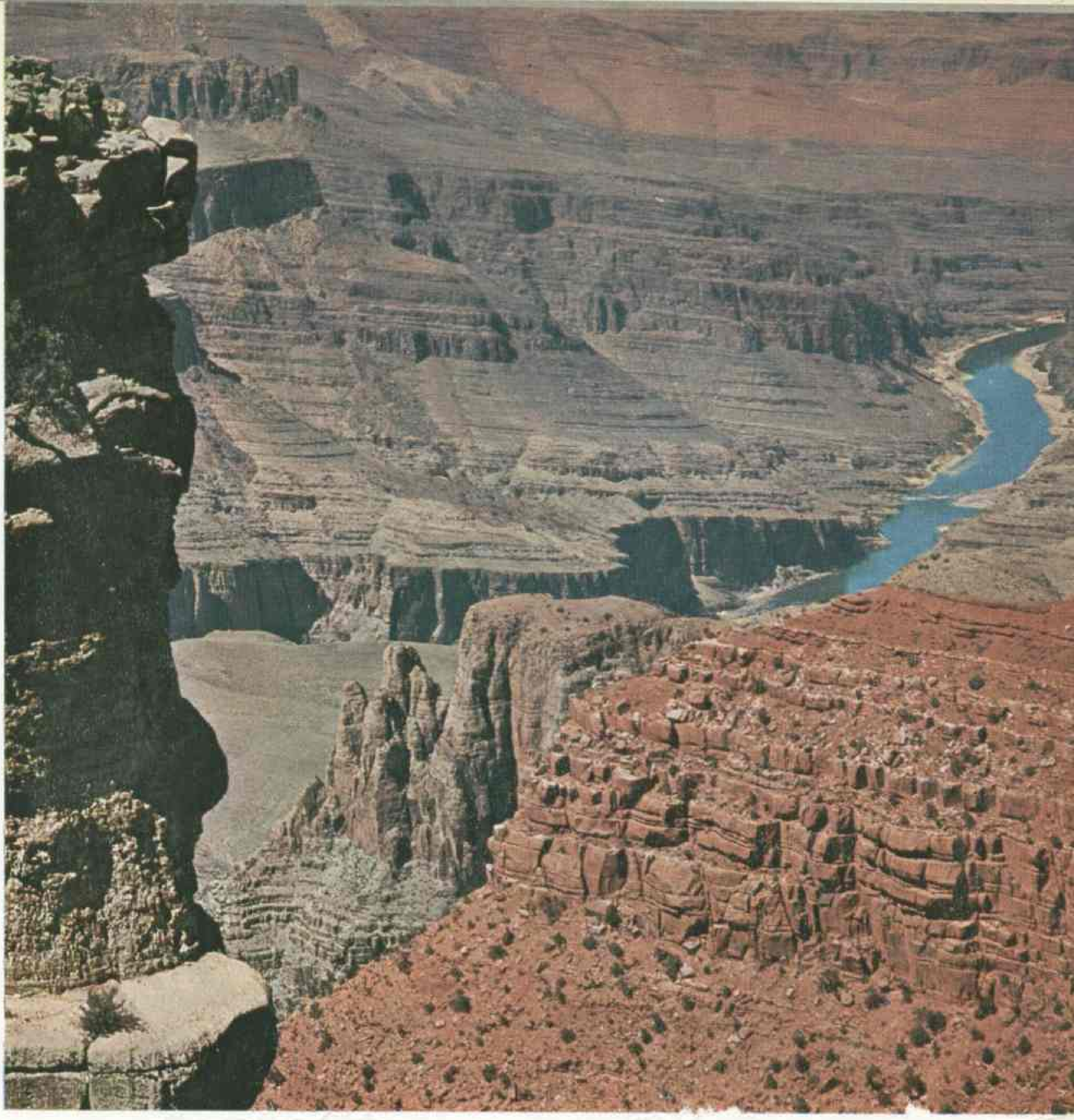
Otros imaginan que la vida pudo aparecer en las proteínas por la introducción de ciertos productos químicos llamados *cianógenos,* y como éstos sólo se producen con altas temperaturas y en los días primeros del mundo, el calor no era precisamente lo que faltaba; entonces fue, pues, cuando se incorporaron a las proteínas estos elementos cianógenos. Pero no se ha conseguido hasta ahora animar la materia inorgánica con productos cianógenos. Se creyó por un momento, hace como diez años, que un parásito, una especie de hongo, de la planta de tabaco se reproducía sin antecedentes de fertilización o progenitores, sólo por las condiciones físicas a que se sometían las hojas del tabaco, completamente esterilizadas de antemano. Hoy no se cree que ello constituyese un fenómeno de generación espontánea y hay que esperar o procurarse otra explicación.

Por esto, sabios menos audaces, más filosofos, se resignan a creer que es la vida una ley universal de la materia, como la ley de

Montserrat. Efectos de erosión. (España.)



Efectos de la erosión en el Gran Cañón del Colorado, Arizona.



la atracción y de la inercia. Apenas las condiciones atmosféricas hicieron la vida posible, ésta apareció sin hacerse esperar. Es la ley de la complejidad; la materia tiende a hacerse tan complicada como lo permiten las circunstancias; si por cualquier causa la vida se extinguiese en la Tierra, al restablecerse la normalidad climatológica la materia empezaría otro proceso de desarrollo por la ley de la complejidad y volveríamos al estado actual, con la vida otra vez en el mundo. Estas son las principales teorías: Dios como un sembrador, con los cosmozoos cayendo de los cielos; Dios como un químico, animando la proteína inerte con los productos cianógenos en la retorta fundida del globo primitivo; Dios como un mecánico, obligando a la materia a complicarse más y más según leyes preestablecidas... Pero ninguna de estas hipótesis excluye, sin embargo, la necesidad de la intervención de la mano providencial de un Creador.

Sea como quiera, la vida apareció ya en la Tierra en el tercer período de la Creación; al empezar fueron simples células que pronto fabricaron carbonatos de cal, como las esponjas y moluscos. Desde entonces el mundo ha ido creciendo en complejidad y belleza. «Es interesante — dice Darwin — contemplar un barranco cubierto de plantas, sobre las que vuelan pájaros de tantas clases, cantando cada uno su canción; lleno de insectos innumerables, de gusanos arrastrándose sobre la tierra húmeda, y todos ellos con formas tan complicadas, tan distintas..., y, sin embargo, unos dependiendo de otros de una manera tan compleja, pero en virtud de leyes admirables por su regularidad... Es grandioso el espectáculo de las fuerzas variadas de la vida, que Dios in-

fundió en los seres creados, haciéndolos desarrollar en formas cada vez más bellas y admirables, mientras el planeta iba prosiguiendo su curso según las leyes fijas de la gravedad.»

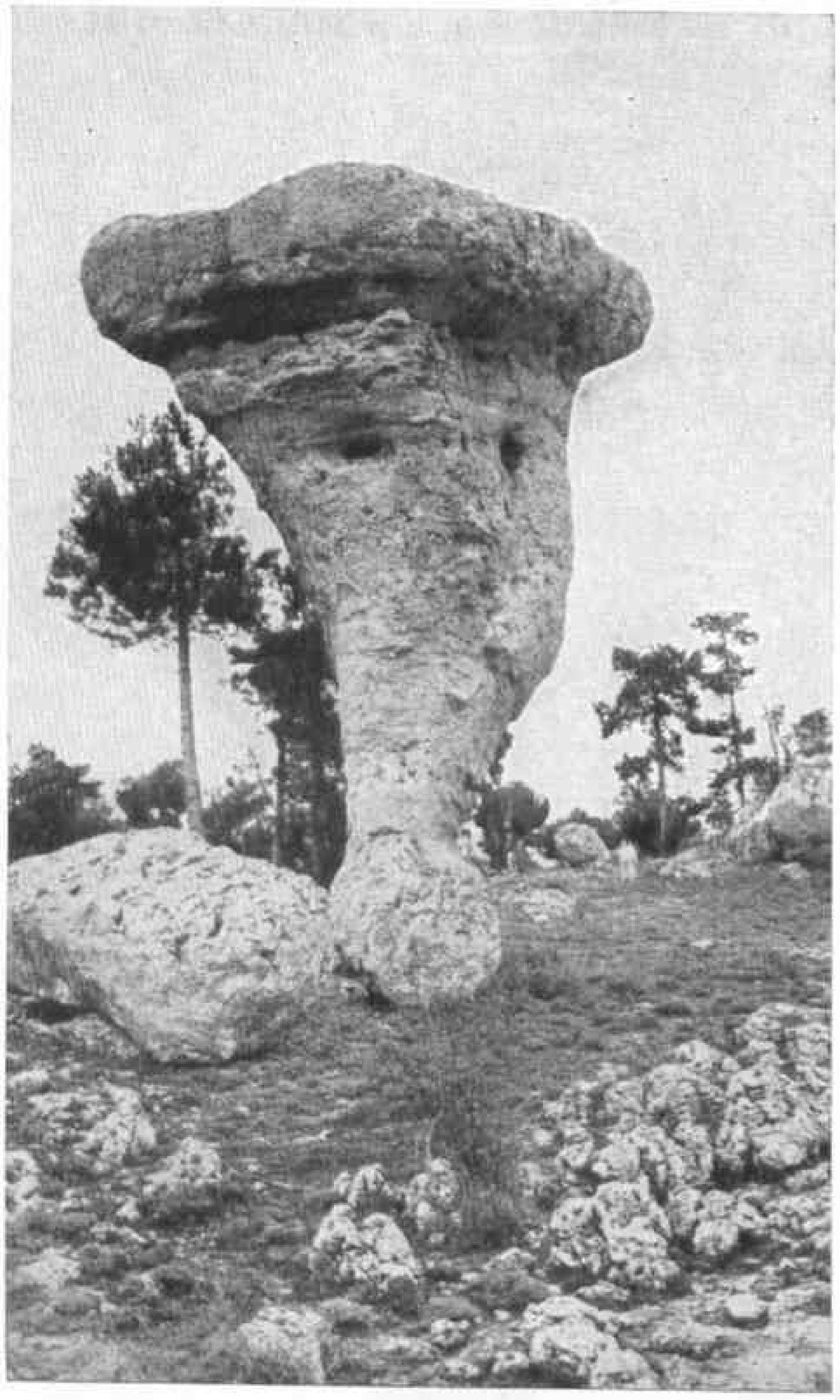
Así termina Darwin su libro tan discutido del *Origen de las Especies.* Hay en estas palabras una admiración casi religiosa; realmente parece que el autor podría repetir las palabras del Salmista: «A tu voz las montañas se levantaron y los valles se hundieron en el lugar que les habías señalado. — Tú les has marcado a las aguas un límite del que no pasarán. Ellas no cubrirán más la Tierra. — Tú haces brotar fuentes en los collados y las aguas bajan por las vertientes de las montañas. — En tus aguas se abrevan las bestias de los campos; en ellas las fieras salvajes apagan la sed. — Las aves del cielo habitan junto a las márgenes del torrente y hacen resonar sus cantos entre el follaje...»

¡Cuadro magnífico! Lo mismo Darwin que el Salmista admiran la obra de Dios, como la admiran todos los hombres modernos sedientos de verdad. Sólo que el Salmista se limita a explicar la Creación diciendo:

«¡Tú envías tu soplo y son creados! ¡Tú renuevas la faz de la Tierra!»

El hombre moderno pide más, pregunta más. Ya hemos visto las respuestas siempre incompletas que por ahora ha conseguido; pero sin rendirse ni desmayar por ello prosigue incansablemente su penoso trabajo de investigación.

**La ciudad encantada. Efectos de erosión.
(Cuenca.)**



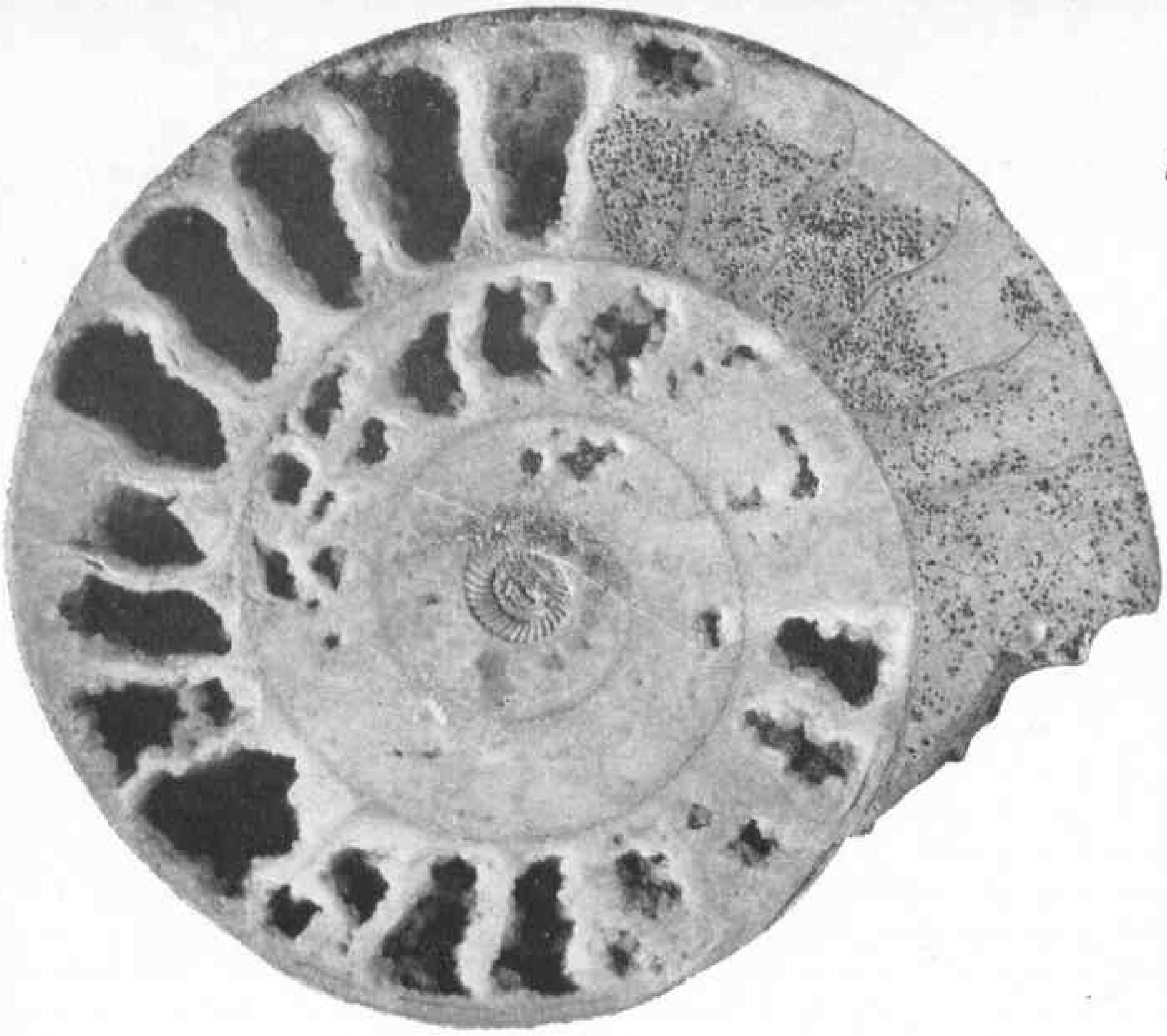


Selva tropical del Matto Grosso (Brasil).

3 EVOLUCION DE LA VIDA

La larga extensión de tiempo transcurrido desde que apareció la vida en la Tierra hasta la época moderna se dividía antiguamente por los geólogos en cuatro períodos: primario, secundario, terciario y cuaternario. Hoy los biólogos tienden a imponer su división, según la evolución de la vida, en cuatro períodos: arqueozoico, paleozoico, mesozoico y cenozoico. En el primero la vida está representada por organismos primitivos, que apenas dejan rastro; en el paleozoico predominan los invertebrados todavía, pero aparecen ya los peces; el mesozoico es el período de los reptiles, y el cenozoico, el de las aves y mamíferos. Por fin, el hombre triunfa en el cuaternario. La duración de estos períodos (que a su vez se subdividen en otros subperíodos) sería de millones de años; el *Génesis* habla de la mañana y la tarde de un día para cada período, pero ya Moisés dice: *Mil años son para ti como un ayer...*, y aun pudiera decir: millares de millones de años.

No queremos, de todos modos, insistir con



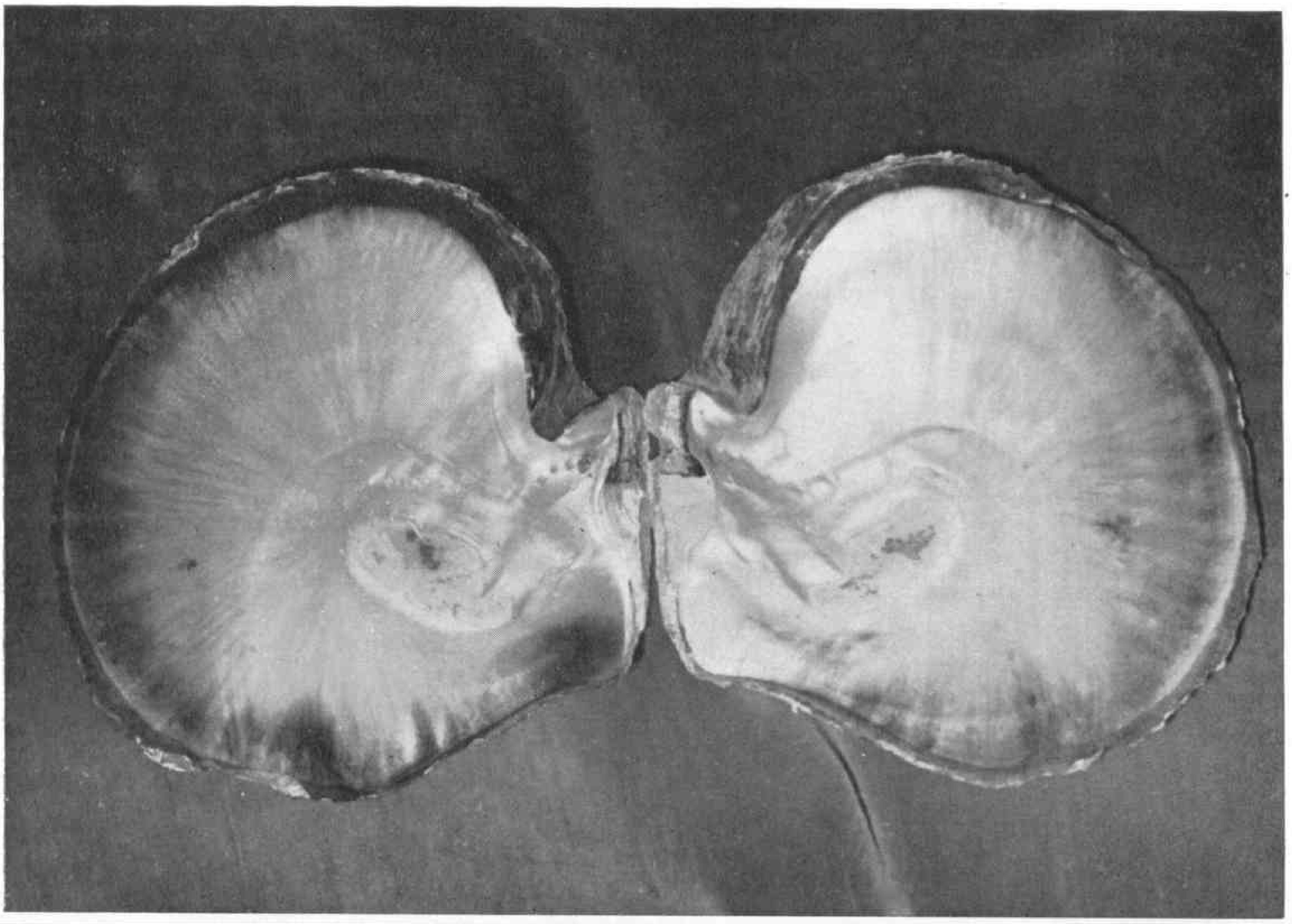
Stephanoceras bumphriesianus, **fósil del género Ammonites.**

números y abrumar al lector con cálculos de lo que, poco más o menos, debió de durar cada período y cada subperíodo; el poco más o menos en que discrepan los geólogos y biólogos consiste en unos cuantos millones de años; todos coinciden, empero, en la extensión fenomenal del tiempo que se empleó en producir la Tierra en su forma actual, con los seres vivientes que la ocupan.

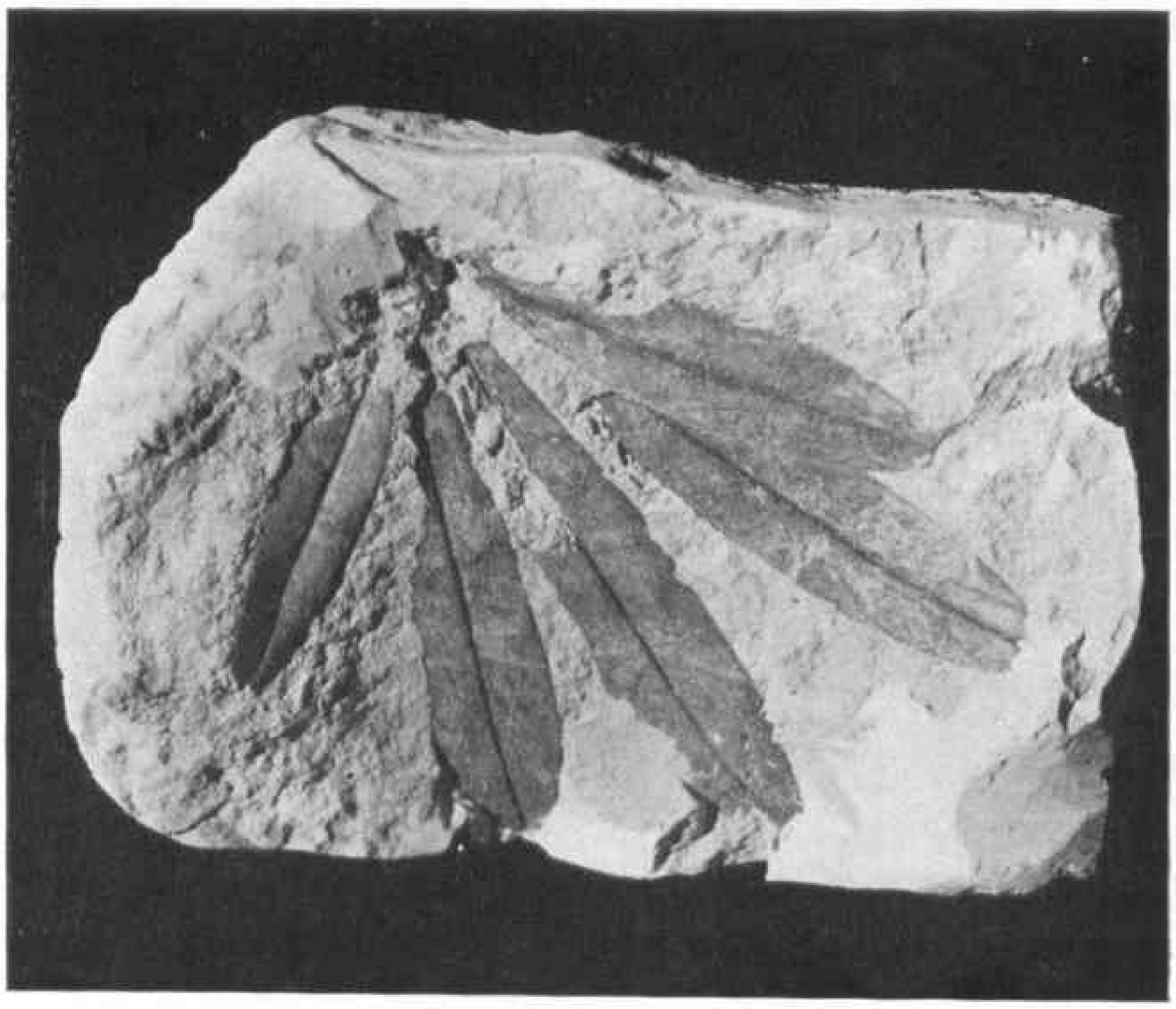
Decimos todos los geólogos, y no todo el mundo, porque aún habrá creacionistas extremados que insistirán en que, según las Escrituras, *cielos y tierra, y el hombre también, fueron creados por la Trinidad el 26 de octubre del año 4004 antes de Jesucristo, a las nueve de la mañana precisamente,* según aseguraba el doctor Juan Lightfoot, de la Universidad de Cambridge, en 1654.

Contra la opinión del doctor Lightfoot y otros creacionistas está el testimonio de los fósiles, asegurando que las familias de animales y plantas aparecieron con anterioridad unas a otras. De esto nadie duda; no puede negarse la sucesión cronológica de las especies, mas para poner de acuerdo el *Génesis* con el hecho indiscutible de la antigüedad de los fósiles de los animales y plantas más primitivas, algunos creacionistas obstinados supusieron varias creaciones, con diluvios y destrucciones, hasta que por fin,

Interior de las valvas de la *Pteria margaritifera,* molusco de Filipinas.

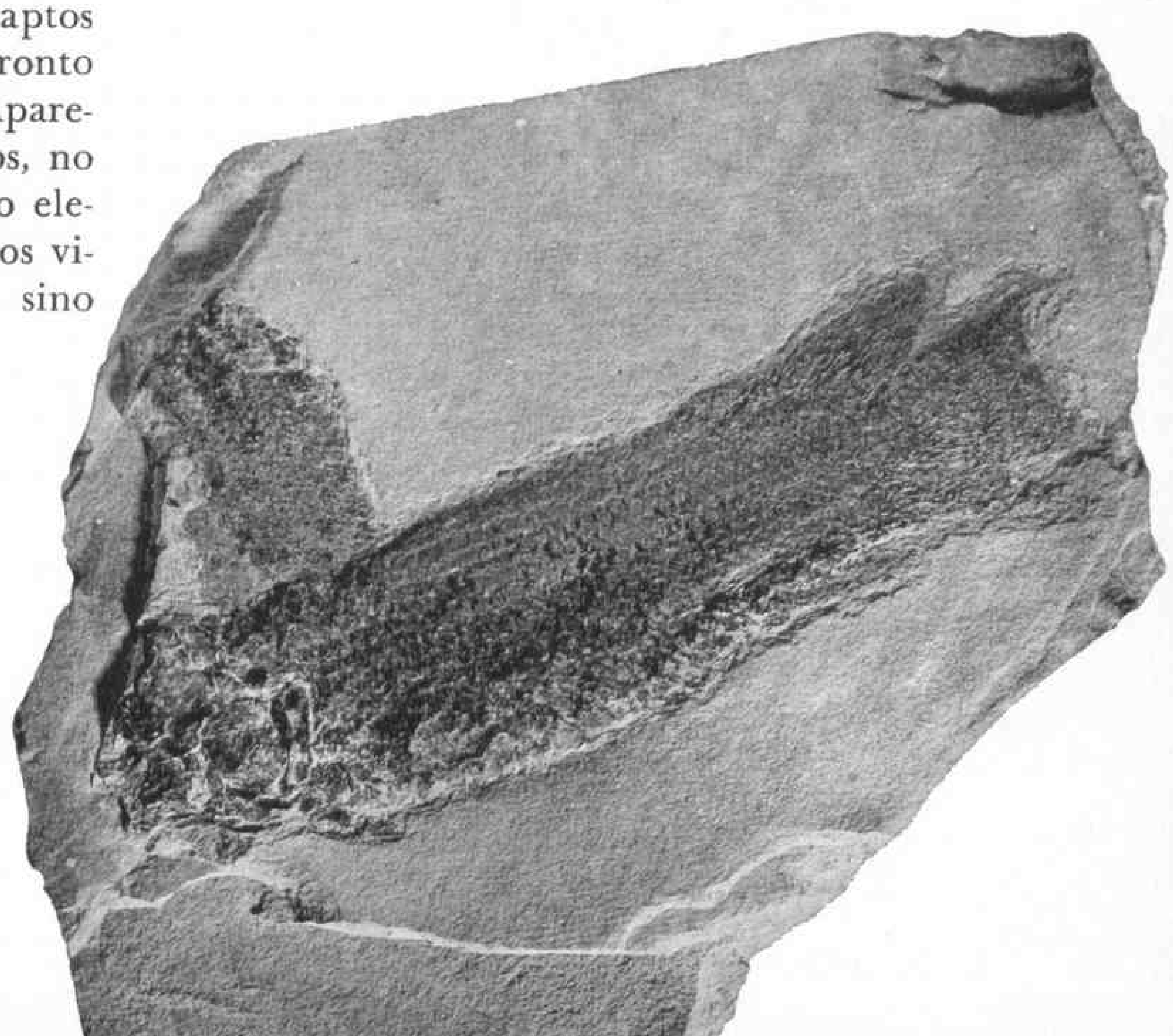


Impronta fósil
de una dicotiledónea.

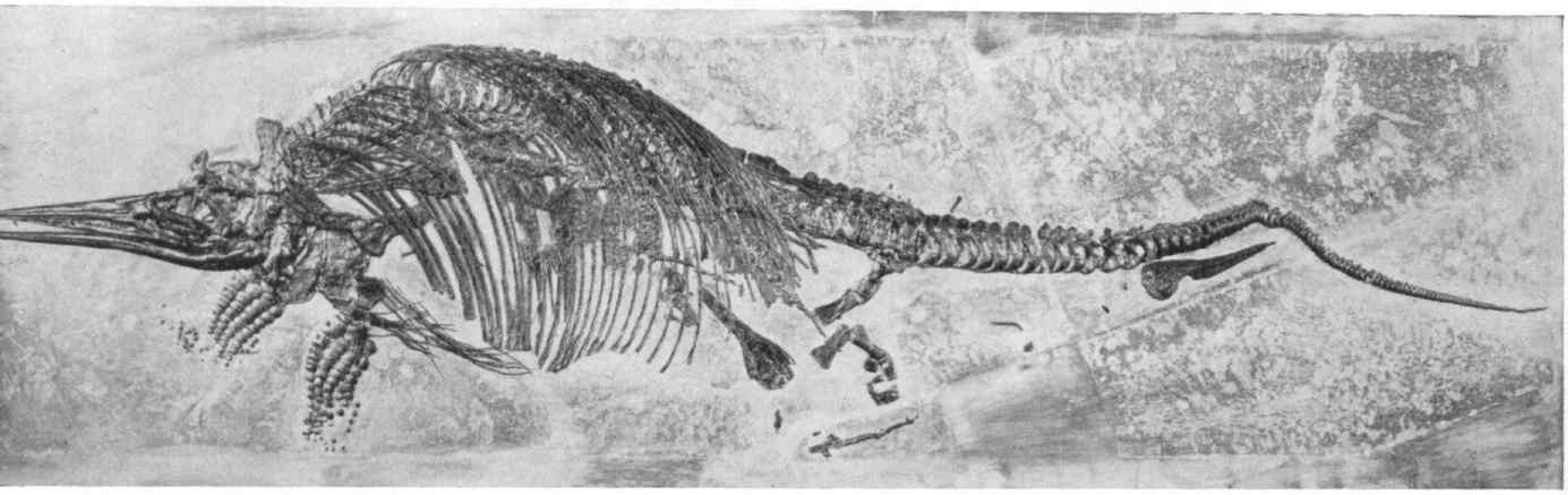


en aquel año deducido de los cómputos bíblicos, Dios creó la fauna y la flora actual.

No es del caso discutir aquí estas teorías creacionistas. Hoy se prefiere en general aceptar con algunas reservas la teoría de la evolución. Examinando la escala de los fósiles se ve la materia orgánica trabajar, luchando para producir seres vivos cada vez más complicados. En un principio son simples crustáceos, de cuerpo algo deprimido y contorno oval que estaba recorrido a lo largo por dos surcos que le dan aspecto trilobado. Los llamamos *trilobites*. Se encuentran en terrenos muy antiguos que parece que no habrían de tener condiciones favorables para la vida. Pero cortando estos primeros fósiles se ve que hay en su interior alvéolos que demuestran organización biológica. Pronto observamos que algunos irradian brazos o tentáculos para absorber nueva materia con que crecer y dividirse; y en seguida, por esa extraña facultad de los organismos vivos de secretar carbonatos de cal, se recubren de costras o caparazones, como los moluscos, o se acumulan en colonias, como los corales y esponjas. Así aparece la vida, pobre de inteligencia, pero dotada ya de caracteres aptos para modificarla y complicarla tan pronto como lo permitan las circunstancias. Aparece en el fondo de los mares primitivos, no en la tierra seca, porque en el líquido elemento no tienen que buscar los cuerpos vivos las substancias de que se nutren, sino sólo absorber del agua las materias que lleva en suspensión. El animal terrestre no puede estar pegado contra el suelo, porque agotaría pronto los recursos que le facilitan la tierra y los vegetales; por esta causa la vida se manifestó primero en el agua, cuyas corrientes renuevan constantemente el oxígeno y las materias que son necesarias para los organismos primitivos, que estaban adheridos al fondo o tenían medios muy pobres de locomoción. Los primeros fósiles con forma especializada están constituidos, pues, por las conchas; el animal ha des-



Pez fósil:
Dipterus valenciannensis.



Esqueleto de un *Ichthyosaurus quadricissus.*

aparecido y queda sólo su cubierta exterior más o menos petrificada. Pronto vemos a ésta complicarse; el animal se encierra o defiende dentro de una concha cada vez más seccionada, compuesta de anillos que van creciendo en número y diámetro. Tienden a tomar la forma de espiral y a embellecer esta dura cáscara de carbonato de cal con rebordes y verrugas. Más adelante, los anillos se desenroscan, y sus articulaciones permiten el movimiento del animal como si se tratara de una armadura. Aparecen antenas, patas, tentáculos.

El animal empieza a tener los miembros que serán característicos en todas las especies, hasta en las más complicadas. Vemos la cabeza, donde residen los órganos sensoriales; el cuerpo, donde se verifican las funciones de nutrición y reproducción, y los órganos para la locomoción, casi siempre pareados. Interiormente se complicaría la estructura en virtud de un trabajo que no nos explican los fósiles, pero cuyos resultados se distinguen claros en sus correspondientes seres vivos actuales. El sistema nervioso, en un principio esparcido por la masa, debía de localizarse en centros cada vez más especializados y, sobre todo, formarse el cordón longitudinal a lo largo del cuerpo que constituye la medula. Este cordón pronto se recubriría de materia calcárea o huesos, debidamente articulados, y formaría la columna vertebral. En un principio el ser vivo tenía que arrastrarse en el fondo del mar o agitarse con movimientos de vibración, o avanzar como los cefalópodos modernos, absorbiendo agua y contrayéndose al vomitarla, y así por reacción adelantar el cuerpo; pero al formarse la columna vertebral, ésta permitió que todo el animal se contrajese y distendiese en un amplio movimiento de vaivén con el que podría avanzar y evolucionar dentro del agua, por medio de la natación.

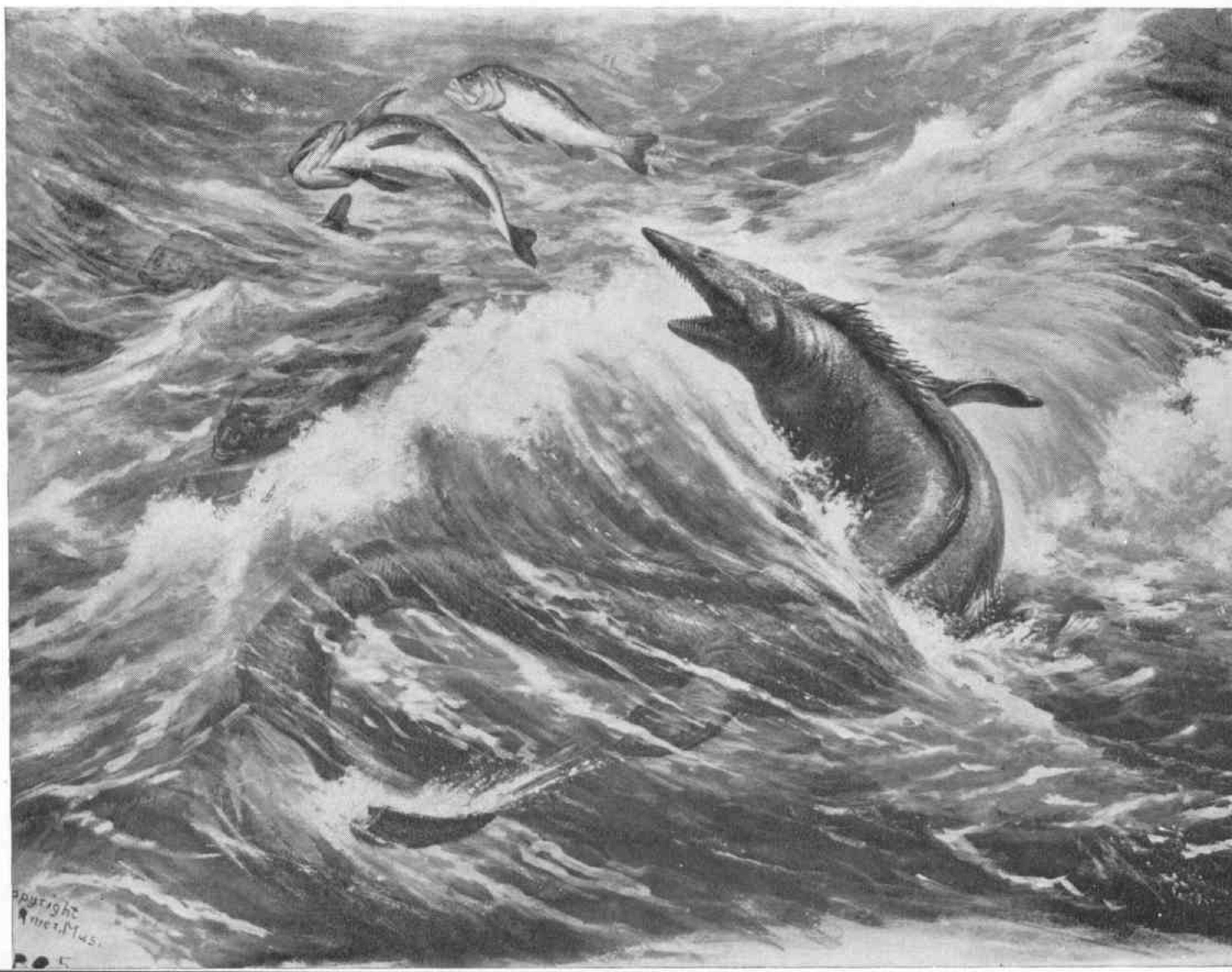
Todos los seres superiores tienen esta espina dorsal, formada de huesos llamados vértebras, y los primeros, y más sencillos también, son los vertebrados que viven en el agua, o sean los peces. Estos respiran el oxígeno que está disuelto en el agua por medio de unos órganos especiales, las branquias, que puede decirse que filtran el líquido y absorben los gases que lleva en suspensión.

Pero llegó un día en que los peces salieron del agua y se convirtieron en anfibios y reptiles, los primeros grandes animales terrestres. ¿Cómo y cuándo ocurrió esto? Según la información que nos proporcionan los fósiles, sería hacia la mitad del período

paleozoico, y para explicarnos este gran avance de la vida animal de conquistar los continentes, debemos comprender la formación de dos órganos necesarios, esto es, la pierna articulada, que substituye a las aletas para nadar, y los pulmones para respirar el aire en lugar del agua. Explicarnos cómo las aletas se transformaron en las patas de los reptiles no ofrece hoy gran dificultad; tenemos todos los tipos intermedios entre la aleta natatoria y el miembro que se dobla para andar; pero, ¿cuántos siglos hubieron de emplearse en este trabajo de adaptación? ¡Cuántas tentativas fracasadas, cuántas víctimas tal vez antes de llegar a conquistar los vertebrados los dos nuevos elementos: la tierra y el aire!

Algunos peces tienen todavía hoy pulmones rudimentarios con que pueden respirar en períodos de sequía. Acaso por pura necesidad, en un período o períodos en que las aguas se retiraron, los vertebrados de agua dulce tuvieron que adaptarse a respirar el oxígeno del aire. En los anfibios subsiste algún ejemplo de este trabajo de adaptación; algunas especies respiran toda su vida tanto en el agua como en el aire; otras, en un primer período de su existencia son verdaderos peces, después adquieren pulmones y son anfibios, y por último respiran sólo aire, como las ranas. Que este paso adelante en el proceso de la vida fue dificilísimo, se comprende al considerar que no sólo el esqueleto y los órganos respiratorios debieron transformarse, sino que ya desde el huevo mismo del animal todo debió adaptarse a las nuevas condiciones de vida. Pero en la naturaleza perdura el instinto de la vida acuática, como lo prueba el hecho de que tantos seres vivientes hayan de pasar todavía en el agua una primera etapa de su vida. Nuestra sangre es aún salada, con componentes de sales del mar. Los embriones humanos empiezan por tener branquias, como los anfibios, en lugar de los pulmones, que aparecerán en los últimos meses de la gestación. No es,

Un *Tylosaurus* persiguiendo a una bandada de *Partheus*. Reconstrucción de Knight.

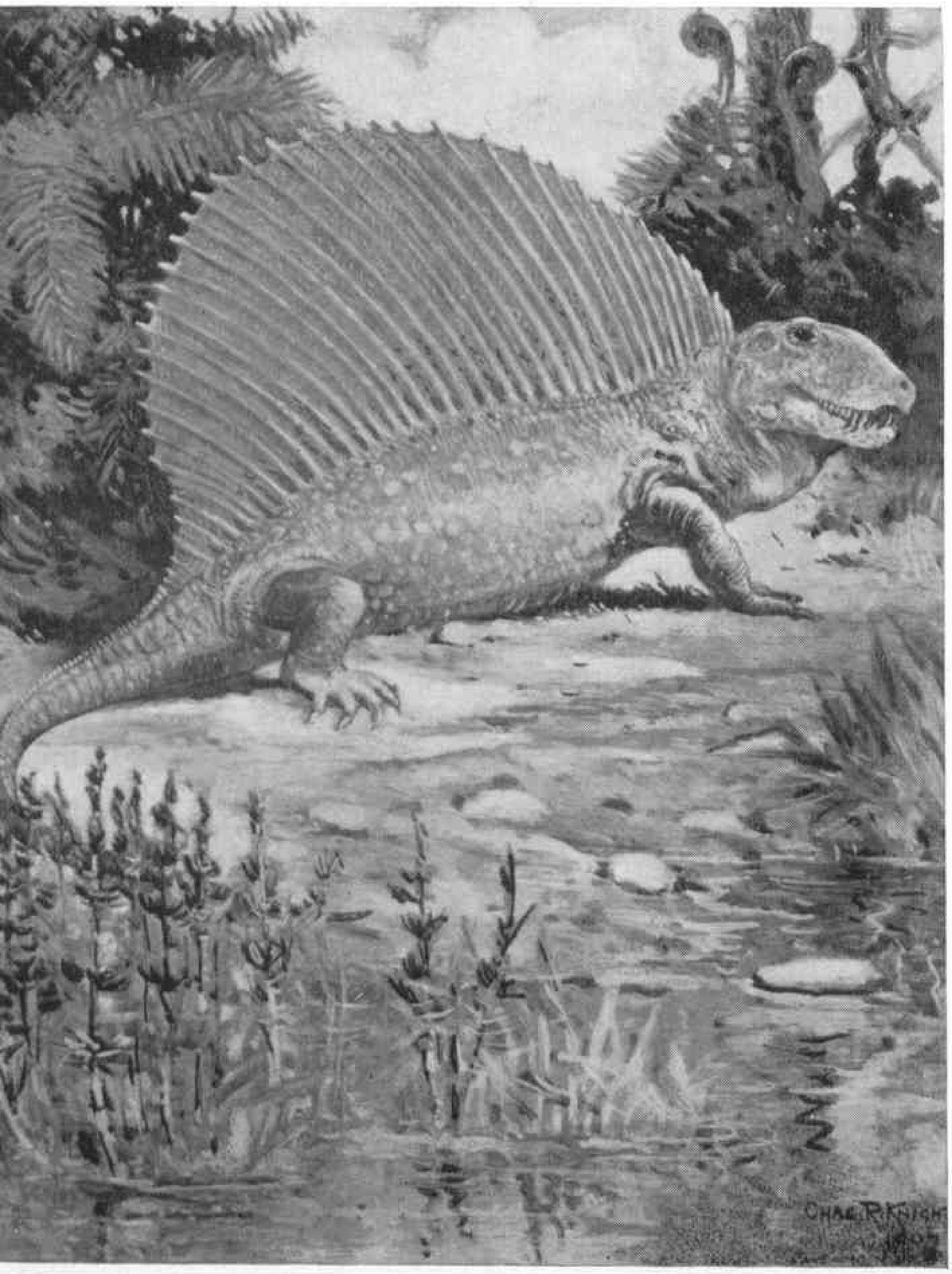


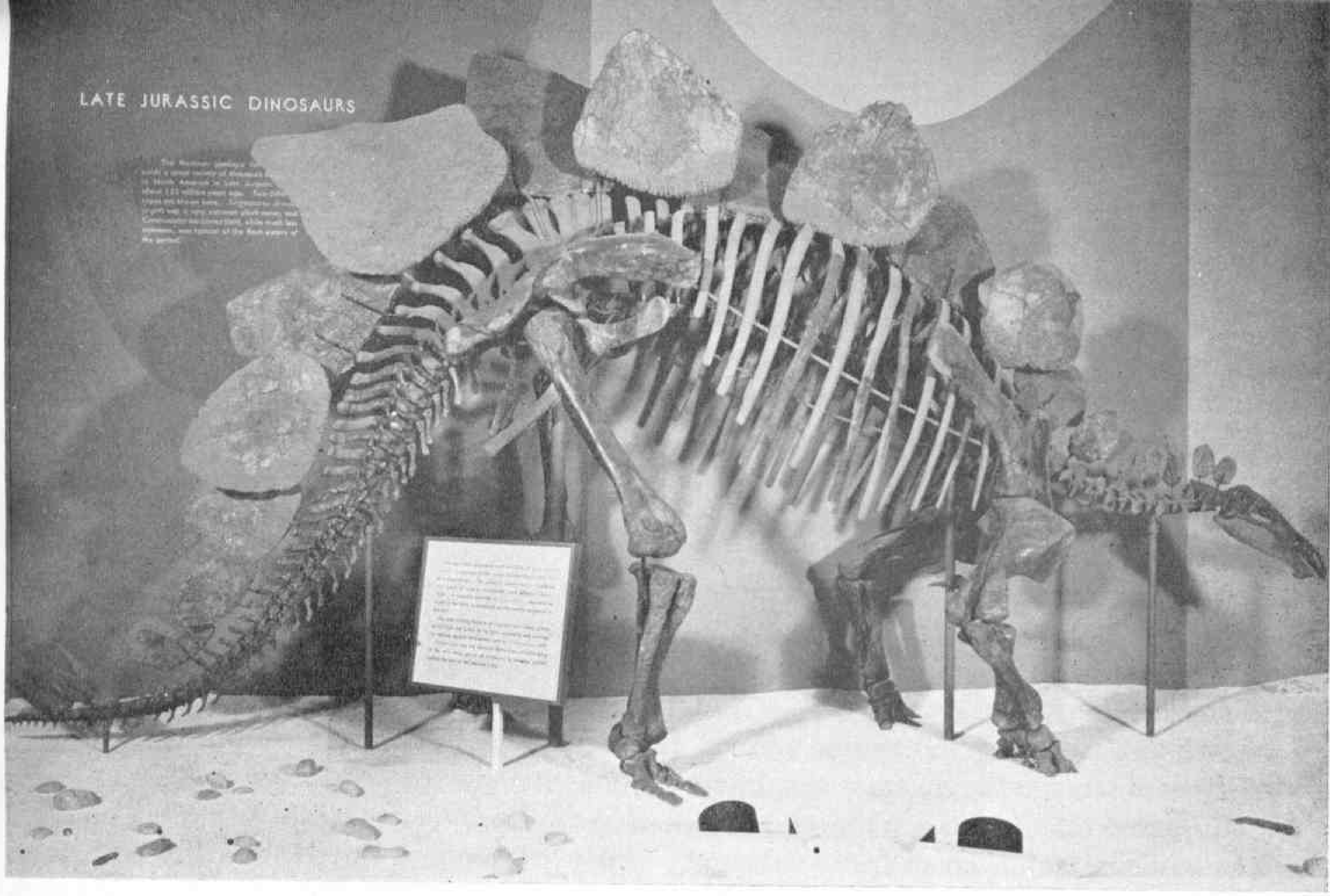
pues, la madre Tierra la que debemos mirar como la madre de todos los seres creados, sino el padre Océano o Neptuno, ya que del mar proceden los peces de agua dulce y de éstos los animales terrestres. Ibsen, en su drama *La Dama del Mar*, llega al extremo de hacer decir a uno de sus personajes que la humanidad sería mejor y más feliz si nunca hubiese abandonado la vida el piélago infinito de los mares.

Al ocupar los vertebrados los continentes, apareció pronto una nueva complicación en su naturaleza, o sea la sangre caliente, el maravilloso fenómeno de mantenerse el cuerpo en una temperatura constante a pesar de los cambios atmosféricos. Esto no lo necesitaban los animales acuáticos, pues las variaciones de calor y frío son mucho menores en el agua que en el aire. Para protegerse del frío excesivo que en algunos períodos reinó en la Tierra, los animales terrestres tuvieron tres medios de defensa: la grasa, que en enormes cantidades les formaba una coraza debajo de la piel; la pluma y el pelo, o sean las defensas exteriores, y, por fin, aquel maravilloso poder de mantener la sangre caliente por combustiones interiores. Los reptiles no alcanzaron la facultad de adaptación para conquistar estos últimos medios de defensa; su sangre es fría, su cuerpo está sólo cubierto con escamas, y tuvieron que acumular grasa y más grasa para resistir los cambios de temperatura. Esto debió de serles fatal, pero por algún tiempo fueron los reptiles los monarcas supremos del mundo y alcanzaron dimensiones gigantescas, no superadas por ningún otro animal viviente. Tenían formas fantásticas, largos cuellos, cabezas muy pequeñas y colas enormes, en las cuales se apoyaban. Marcharían sobre cuatro patas, pero algunos de ellos, con objeto de combatir, se levantarían sobre sus miembros posteriores apoyándose en la cola, como los modernos canguros. Se ha supuesto que algunos tendrían membranas colgantes de sus patas delanteras, con las que volarían o las harían servir a modo de paracaídas, y una especie de lagartos de Australia conserva aún estas aletas. Otros tenían formidables cuernos, como el dinosaurio; otros podían lanzar líquidos venenosos o gotas de sangre, como el lagarto californiano, por ejemplo, que se provoca una hemorragia debajo de los párpados para asustar a su enemigo con un chorro de líquido rojo que arroja con violencia por la nariz.

La humanidad tiene recuerdos extraños de una lucha persistente del hombre con los últimos supervivientes de estos reptiles gigantescos: son las leyendas de Marta y la tarasca, San Jorge y el dragón, Hércules y la hidra, Apolo y el saurio, y tantos otros monstruos. Estas tradiciones, que se encuentran ya en las razas inferiores, constituyen un gran enigma; parece como si la naturaleza conservara recuerdos de antes de la aparición del hombre sobre la Tierra, porque es muy difícil que el hombre haya sido nun-

Un *Dimetrodon*, según reconstrucción de Knight.





Esqueleto fósil del *Stegosaurus stenops*, un dinosaurio del Jurásico. (Smithsonian Institution, Washington.)

ca contemporáneo de los dinosaurios, plesiosaurios, etc., que reinaban todavía al comenzar el período medio de la vida, o sea el mesozoico. Su destrucción no pudo realizarse ni por el hombre ni por los otros vertebrados que le precedieron. Los reptiles se verían sorprendidos por algún cambio geológico que produciría una temperatura impropia para ellos; con su grasa enorme no pudieron escapar a tiempo y su sangre fría no les permitió reaccionar. Todavía hoy los reptiles en el invierno no pueden hacer más que adormecerse y enterrarse en el suelo, esperando los días en que volverá a calentar el sol. Pero cuando estos inviernos se convirtieron en largos años, ¿qué pudo ser de los enormes gigantes de sangre fría, sino morir al cabo sepultados en el fango medio congelado de los pantanos que habitaban?

En cambio, grupos de animales que no parecían tener la fuerza y resistencia de los grandes reptiles escaparon de la destrucción, porque lentamente se habían provisto de piel velluda en lugar de escamas o de un edredón de plumas que les protegía del frío y el calor. Los pequeños pájaros y mamíferos, después de la gran disminución de temperatura del final del mesozoico, cubren la tierra en bandadas, como si supieran ya que nada han de temer. Desde entonces la vida prosigue su marcha ascendente, sin más que pequeños tropiezos, produciendo siempre tipos más perfectos. Monstruos del carácter de los grandes reptiles no aparecerán más en las nuevas familias de pájaros y mamíferos. Existen, es cierto, en la fauna actual tipos imperfectos, que vegetan en un ángulo del mundo como abortos de la naturaleza; tal el ornitorrinco de Australia, que tiene pico y pone huevos al igual que los pájaros, se impone dietas fantásticas y ha de atormentarse buscando sus raros alimentos. Son tipos intermedios, fracasos de la evolución; pero, por lo general, ¡qué maravilloso cuadro de salud, de libertad y de belleza no presentan los modernos seres vivos! ¡Y qué cantidad de tipos! Cuando Aristóteles trató de calcular el número de animales que poblaban la Tierra, sólo pudo describir unas

quinientas especies; hoy, en una sola familia de insectos contamos 25.000. La variedad y el número de formas que toma la vida animal causan tanto estupor como el contar las estrellas. Por doquiera que el hombre mire con detención, encuentra maravillas sin límite en el universo.

Para explicar la aparición progresiva de las diferentes especies en lugar de las varias creaciones sucesivas se propusieron durante el siglo XIX tres explicaciones: la teoría del transformismo por Lamarck, la de la evolución por Darwin y la de las súbitas mutaciones por De Vries.

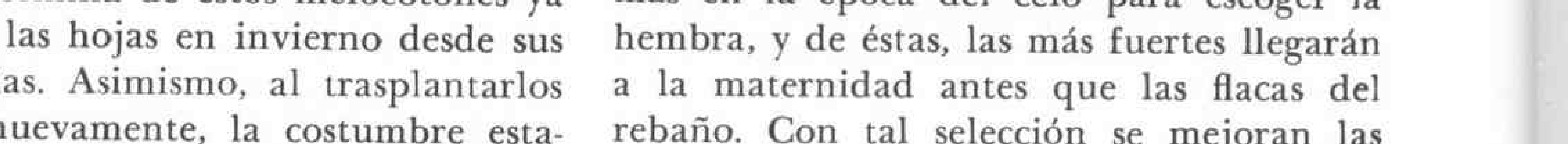
Lamarck supuso que los cambios y transformaciones de las especies eran resultado de la *adaptación al medio ambiente,* tanto en el ser viviente como en cada uno de sus órganos. Daba como ejemplos, o casos de transformismo, que los peces mantenidos en parajes obscuros cambian de color y pierden la facultad visual, que el topo es casi ciego porque vive debajo de tierra, que el árbol del melocotón, que en Europa se queda sin hojas en invierno, al trasladarlo a la isla de la Reunión, en los trópicos, se convierte, al cabo de algunos años, en árbol de hoja perenne. No sólo esto, sino que los árboles nacidos de la semilla de estos melocotones ya no pierden las hojas en invierno desde sus primeros días. Asimismo, al trasplantarlos a Europa nuevamente, la costumbre establecida persiste aún, impidiendo la caída de la hoja por algunos años.

Así, según la teoría del estricto transformismo de Lamarck, algunos órganos necesarios se van desarrollando y se hacen más complicados; los órganos inútiles degeneran, se atrofian y aun desaparecen. Poco a poco, de generación en generación, la forma cambia, la especie se transforma y se produce una nueva especie. Este método de creación por transformismo actualmente está desacreditado, pero se llegó a pensar, y por autoridad de tanta monta como Aristóteles, que los *hijos se parecen a los padres y no sólo en sus caracteres congénitos, sino también en aquellos otros que han adquirido durante la vida.* Es decir, que un herrero engendrará hijos de músculos poderosos como los que él desarrolló con su trabajo. Hubo en el siglo XIX discípulos de Lamarck que creyeron que cortando la cola a los perros al cabo de varias generaciones nacerían perros ya sin cola.

Poco quedaba sin embargo del transformismo integral de Lamarck cuando Darwin, con su *Origen de las especies,* lanzó la teoría de la selección. Con grandes reservas puede admitirse esta teoría, esto es, que sólo resisten y sobreviven los seres fuertes, bien dotados para la lucha por la vida, cuando hay que sostenerse en condiciones difíciles. Y no sólo los individuos, sino también las especies se extinguen. Los dinosaurios eran fuertes, pero de movimientos pesados, incapaces de salvar grandes distancias para huir del frío riguroso; su estructura resultaba impropia ya para su tiempo y de ahí que desaparecieran sin remisión.

Esta idea de la selección ha sido muchas veces erróneamente interpretada, como si sólo fuese una lucha por la existencia. No es así. Claro que en un rebaño de antílopes el macho más fuerte se impondrá a los demás en la época del celo para escoger la hembra, y de éstas, las más fuertes llegarán a la maternidad antes que las flacas del rebaño. Con tal selección se mejoran las crías, y ciertos caracteres predominantes en los individuos fuertes acaban por ser típicos de la especie. Como dice Goethe, la naturaleza parece tener como finalidad la creación de los individuos, pero no se preocupa de la especie. Siempre construyendo, siempre destruyendo, nadie puede adivinar su plan.

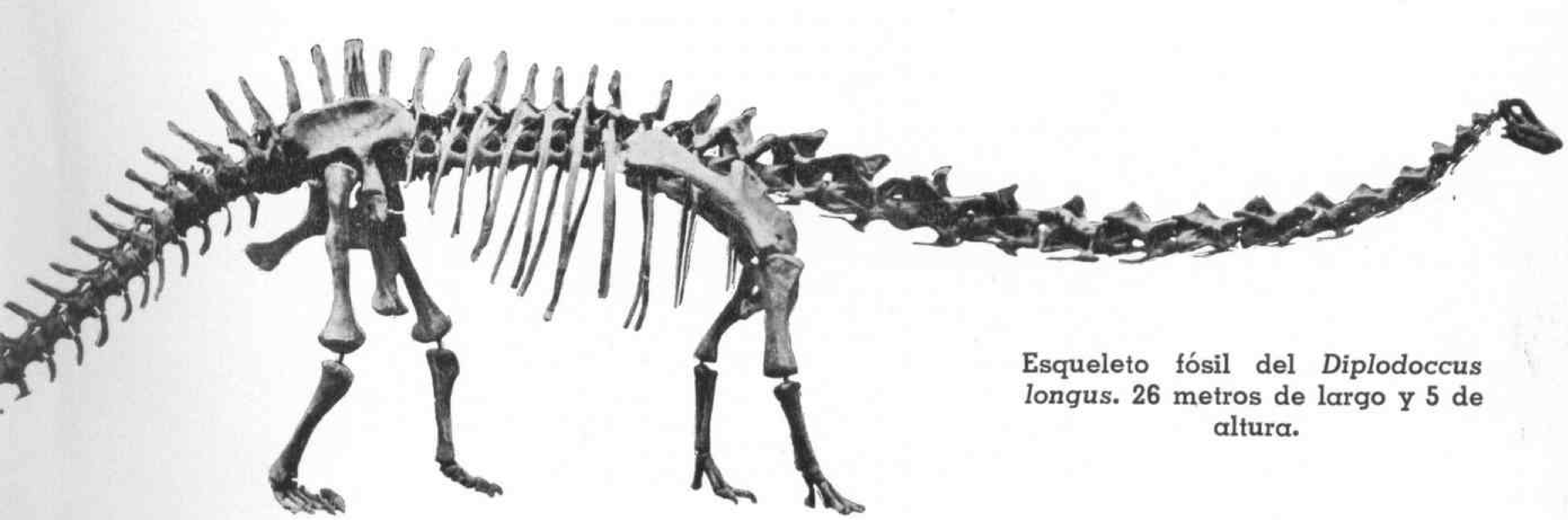
Pero la teoría de la selección propuesta por Darwin va asociada a la ley de la *complejidad,* que hemos encontrado ya en la materia inerte. La gran maravilla del mundo, que es la vida, tiene aún la predisposición a complicarse en su forma y acción en cuanto lo permiten las circunstancias.



Estas cambian. La Tierra cambia hoy todavía de aspecto exterior; comarcas que estaban pobladas de espesos bosques en otras épocas, ahora son regiones desnudas. Lugares que hoy se hallan lejos de la costa, se levantaban a orillas del mar en época no lejana. Pero nada de esto puede compararse a los grandes cambios de temperatura y humedad, y, por tanto, de flora y de fauna, que ha experimentado el planeta en el transcurso de los tiempos. Las causas de estas variaciones de clima y temperatura durante los períodos geológicos de la Tierra son aún muy obscuras. Se atribuyen a un ligero movimiento del eje de la Tierra que se ha observado y continúa todavía, combinado con un cambio de la órbita terrestre, que nos acercaría o separaría del Sol. Otra explicación sería el cambio de clima debido a la proximidad de algún lejano astro al que nos acercamos o del que nos separamos. ¡Quién sabe si todavía la radiactividad!... Pero lo que es innegable, por los efectos que notamos en las rocas, y por las especies que aparecieron o desaparecieron a causa del frío y del calor, es que la Tierra pasó por varios períodos de gran enfriamiento, o épocas glaciales.

Resulta, pues, de estos cambios, que la vida triunfó o pereció, según los individuos o las especies pudieron adaptarse o no. El examen de los animales fósiles arroja mucha luz a este respecto. Los vencidos, seres de capacidad cerebral desproporcionada respecto a su cuerpo, eran incapaces de defenderse, de movimientos pesados, figura grotesca y hasta feos por la falta de relación entre sus miembros. Otros, hoy desaparecidos, dejaron descendientes de su tipo que conservan sólo los caracteres que eran favorables a la vida. En cambio, los ágiles y bien conformados triunfaron y sobrevivieron, como el caballo, que empezando por ser algo más pequeño que el perro, creció y perfeccionó su estructura hasta llegar a ser el arrogante compañero del hombre actual. Pero ni aun del caballo se ha hecho una historia completa, a pesar de haber sido el más precioso auxiliar de la humanidad. A la hora presente no tenemos todavía bien claramente conocido el pasado de ninguna especie, si se exceptúa al hombre. Se han analizado los organismos, sus estructuras y funcionamiento..., pero las vicisitudes de su paso por la Tierra, o su área de dispersión, las luchas y victorias de cada animal en el mundo, no se han precisado todavía.

De todos modos, nos parecería hacer traición al lector si no le advirtiéramos las grandes dificultades que se presentan aún para aceptar sin vacilaciones las ideas de evolución, tal como pudieron adivinarlas los físicos griegos y como parecían establecidas hace veinte años. Por de pronto, la evolución no puede comprobarse por experiencia. El tiempo excesivamente largo que, según la ley de adaptación, ha de transcurrir para que cambien gradualmente los caracteres de una especie, hace imposible experimentos de laboratorio en que se vea surgir un nuevo tipo. Queda todavía un factor que no es bastante explicable. Es el de los fracasos, que no son tan abundantes como exigiría el trabajo de selección. Hay algunos fósiles de



Esqueleto fósil del *Diplodoccus longus*. 26 metros de largo y 5 de altura.

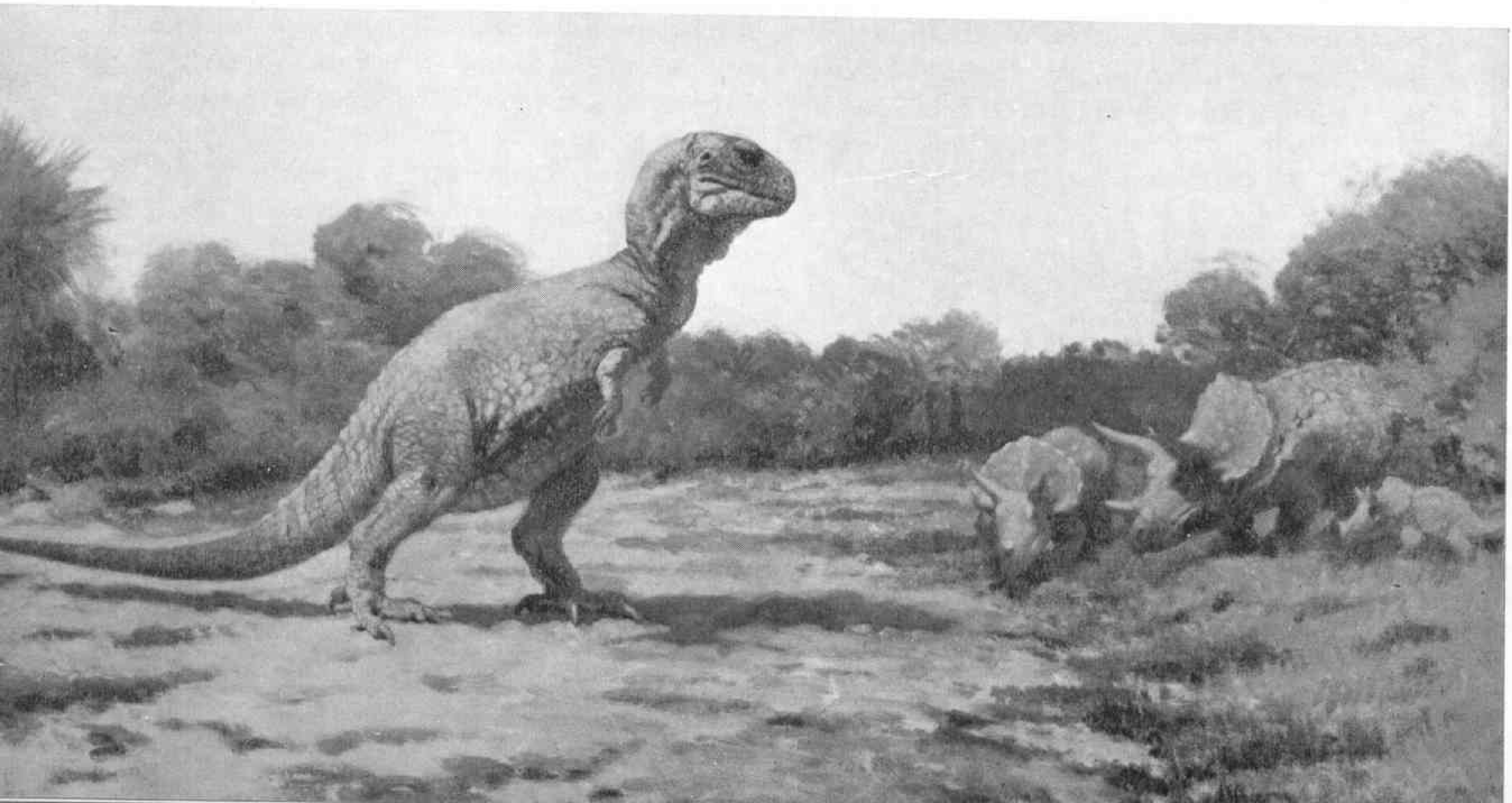
tipos intermedios entre las especies, como pájaros que son casi reptiles y reptiles que ya casi son pájaros. Hay tigres fósiles con colmillos para desgarrar en lugar de mascar... Otros tienen miembros atrofiados, pero en conjunto no se percibe en la escala de los fósiles muchos casos de especies a medio hacer, que deberían ser frecuentes según la teoría de la evolución. El número de los fósiles aumenta día por día, pero aún son tan escasos, que ha permitido a algunos recalcitrantes rechazar la idea de la evolución y declarar los fósiles ejemplares de degeneración, retroceso, casos de monstruosidad, sin caracterizar especies desaparecidas.

Además, se ha comprobado que las células del huevo se reproducen a sí mismas, y el organismo que crece al fecundarse el óvulo puede considerarse una excrecencia, una verruga gigantesca del óvulo, en potencia inmortal. Y como no es el óvulo, sino el organismo, el que sufre la acción del medio, el que se adapta y cambia según las circunstancias, y el individuo organizado sirve sólo para recibir y alimentar la célula germinal, ¿cómo podrán los cambios del organismo padre transmitirse al hijo, según pretendía Aristóteles y creyeron Darwin y sus discípulos? El huevo parece tener señalado su destino de ir repitiendo la vida y sobre todo reproducirse en otro huevo. Claro que para esto necesita de otro individuo, de otro elemento germinativo que venga a fecundarlo..., de modo que en el nuevo individuo existen ya asociados, por lo menos, los caracteres de dos progenitores. Sin embargo, ésta que podría ser una suma de caracteres no cambiaría la especie, porque los dos individuos padres son del mismo tipo y por tanto el hijo será trasunto de ellos.

Unánimemente fisiólogos y naturalistas se inclinan hoy a creer que no se transmiten los caracteres adquiridos por los padres, a menos que el cambio haya trascendido a la célula del huevo. Y cómo esto ocurre es todavía el gran misterio. ¿Cómo algo que ha sufrido o recibido el complejo organismo de un individuo puede alterar la célula germinativa de la que se desarrollará el hijo? ¿Se trata de algo físico o químico que pasa al huevo y altera sus caracteres cromosómicos? ¿Es algo impuesto por un agente divino que actúa siempre, que obra sobre la materia, lo que se ha llamado *el ímpetu vital*?

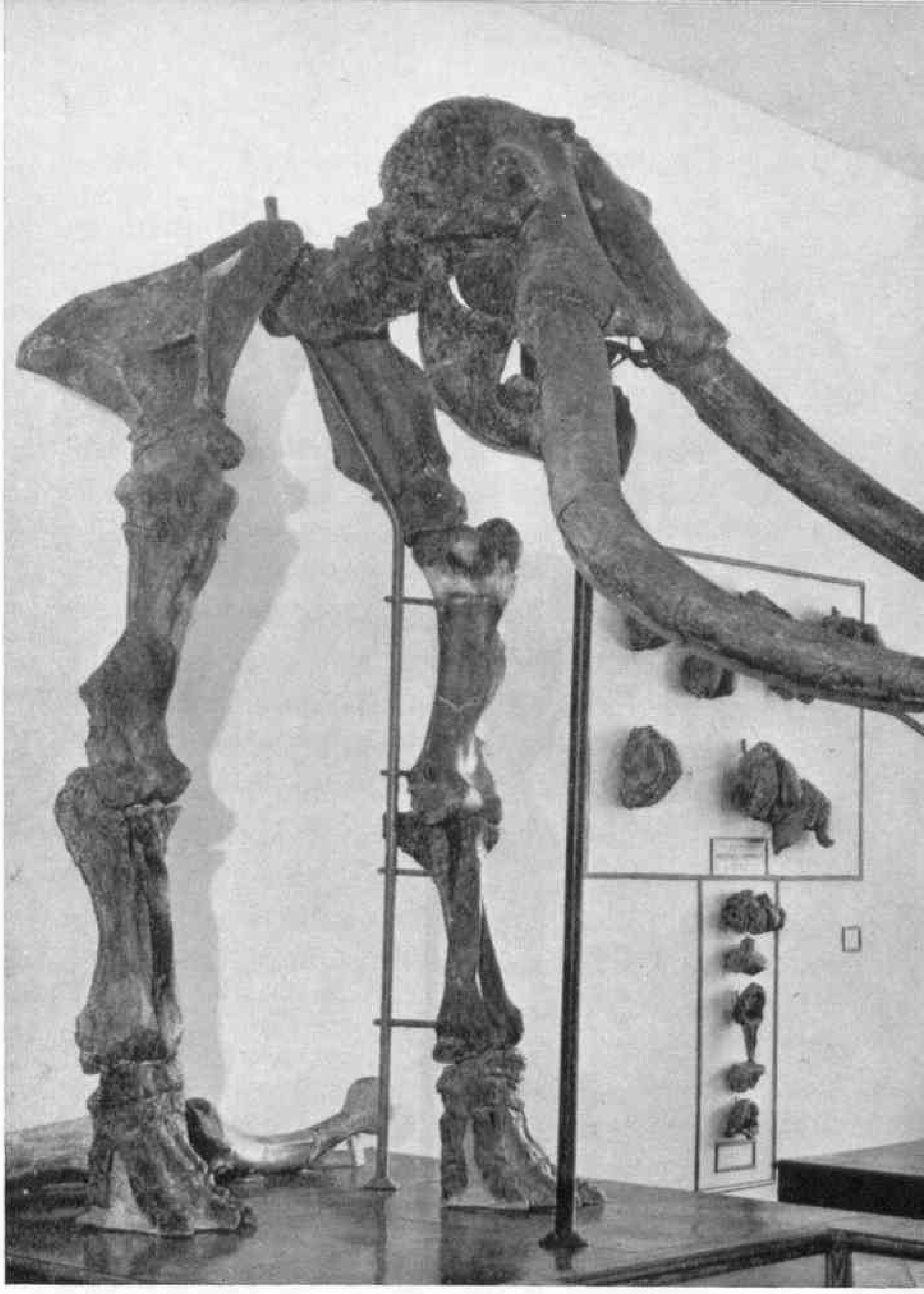
Además, la sola consideración del enorme espacio de tiempo que se necesitaría para

***Tyranosaurus* y *Triceratops*, según reconstrucción de Knight.**



producir una especie después de otra, por el lento proceso de adaptación al medio, selección y transmisión de los caracteres, modificados a través de innumerables generaciones, constituía una grave pesadilla para los biólogos.

Esta angustia del tiempo necesario, que preocupaba aún a los naturalistas, acostumbrados a contar por cifras fabulosas de millones de años, se ha desvanecido con la tercera teoría para explicar la evolución, propuesta por el botánico holandés De Vries. Según De Vries, las especies tienen períodos durante los cuales parecen dormitar, repitiendo monótonamente sus caracteres. De repente, sin saber bien por qué, la misma especie entra en un período de actividad loca, se reproduce, se extiende, y comienza lo que De Vries llama un período de *mutabilidad*. En este período aparecen individuos tan





El *Elephas antiquus* hallado en Villaverde Bajo (Madrid) y mandíbula de un individuo de la misma especie. Compárese su tamaño con el del reloj de pulsera. (Museo de Ciencias Naturales. Madrid.)

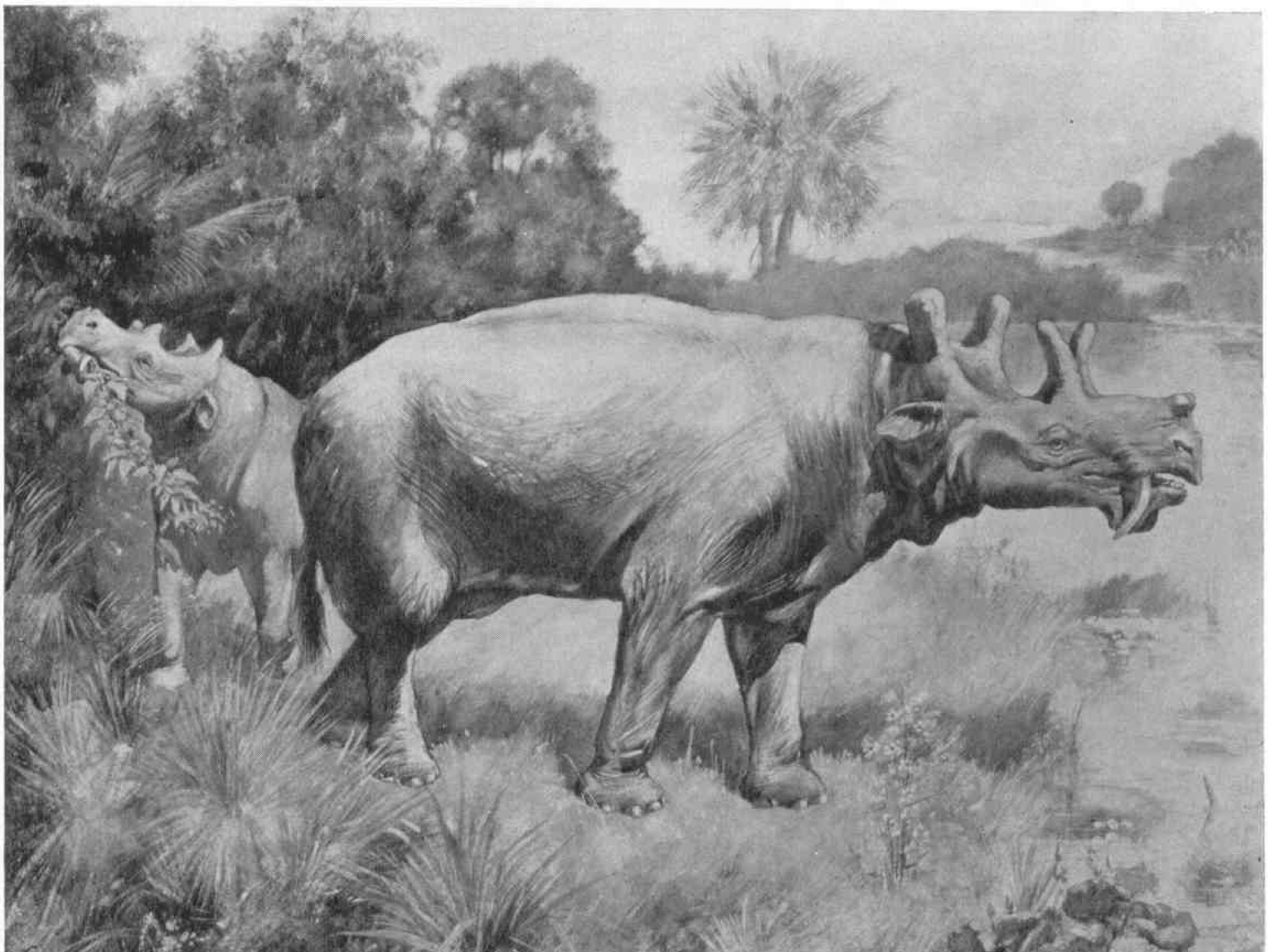
diferenciados de los demás, que inauguran una especie nueva. Sus caracteres peculiares se transmiten sin vacilación ni retroceso al tipo primitivo. El fenómeno, completamente comprobado, se ha llamado *mutación* o *variación*. Ya Darwin apreció algunos fenómenos de este género, pero en lugar de creerlos regulares y naturales, los llamó deportes de la naturaleza, o mejor, bromas, que producen no pocas veces verdaderas monstruosidades. Para él no había otro cambio posible sino el producido por el medio ambiente en el organismo desarrollado.

Según De Vries, estos períodos de vitalidad anormal de una especie explicarían cambios hasta en la naturaleza del huevo, y al cambiar éste, aparecería un nuevo tipo. Pero aunque nadie puede explicar todavía por qué pasan las especies por períodos de mutación, el hecho de evolucionar se puede observar en algunos casos con casi cronológica precisión. Tal es, por ejemplo, el caso

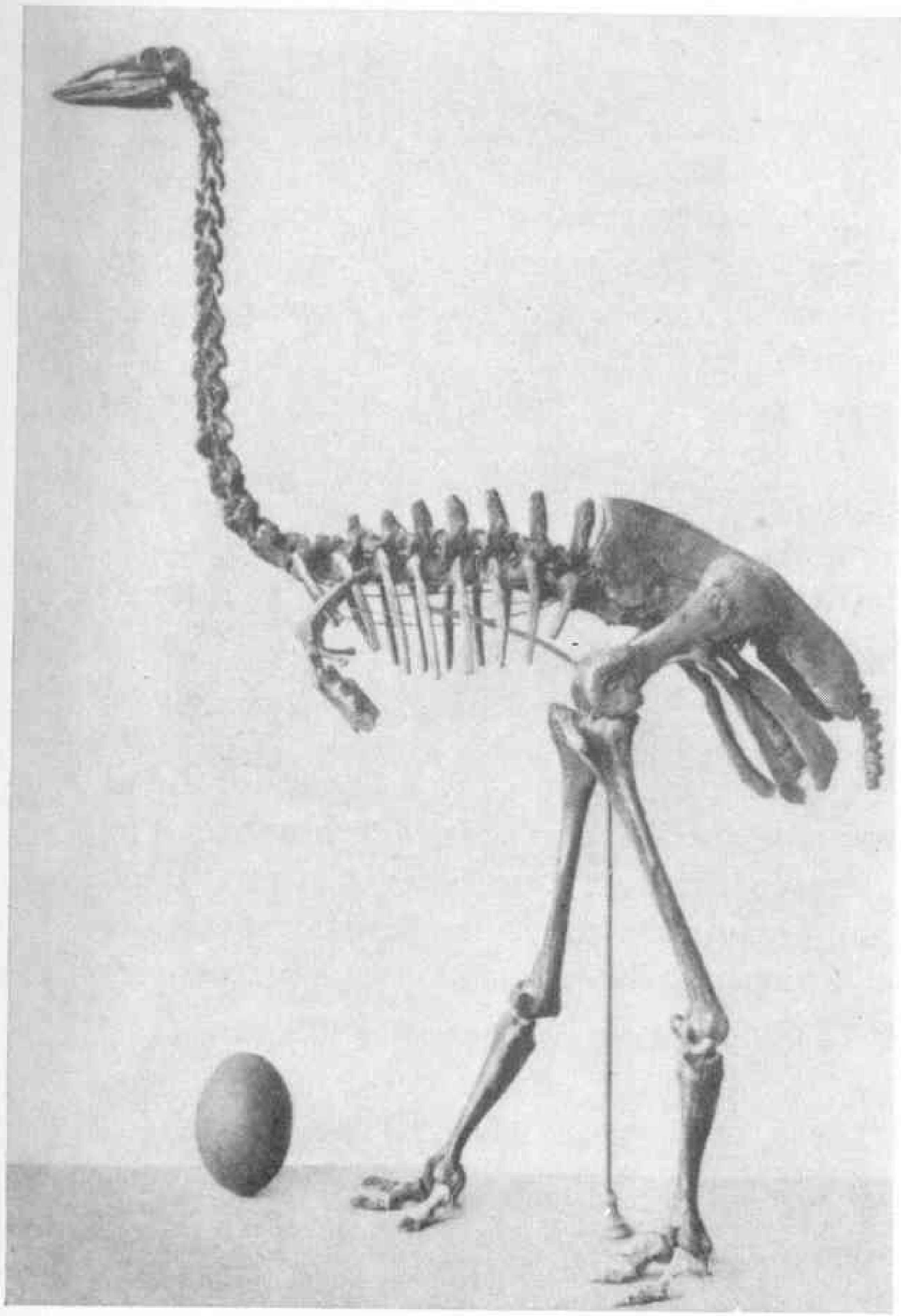
de los équidos o caballos. El primero, el *Eohippus,* con cuatro dedos, aparece en el eoceno; los fósiles del *Mesohippus,* con sólo tres dedos, se encuentran en los terrenos del período oligoceno; el *Miohippus,* en el mioceno, y el *Merihippus,* con tres dedos, en el plioceno; el *Hipparion,* en el pleistoceno, y por fin el *Equus,* caballo actual, cuyos restos se descubren en los terrenos geológicos recientes, que aparece ya con un solo casco en los pies. Todavía se dan casos en que, por un fenómeno regresivo, hay caballos que nacen con restos de dedos a cada lado de la pata.

Resta hacernos todavía una pregunta. Tanto si la materia viva obra según las leyes de adaptación, transformación y evolución, como si evoluciona mediante cambios bruscos, ¿quién, cuándo, cómo, impuso a los seres vivientes la obligación de desarrollarse y evolucionar? Ardua es la pregunta, y muy extraño que se haya siquiera intentado contestarla. Pero, al igual como ya hemos hecho al tratar de exponer el origen de la vida, daremos algunas de estas explicaciones *humanas* acerca del cómo y quién rige la materia viva.

Para unos, Dios, al crear los primeros seres, dio simplemente a cada cual la facultad de reproducirse, y en la semilla se halla, en



Uintatherium (Dinoceras). **Reconstrucción de Knight.**



Esqueleto del *Aepyornis maximus* de Madagascar. (3 metros de altura y 10 litros de capacidad su huevo.)

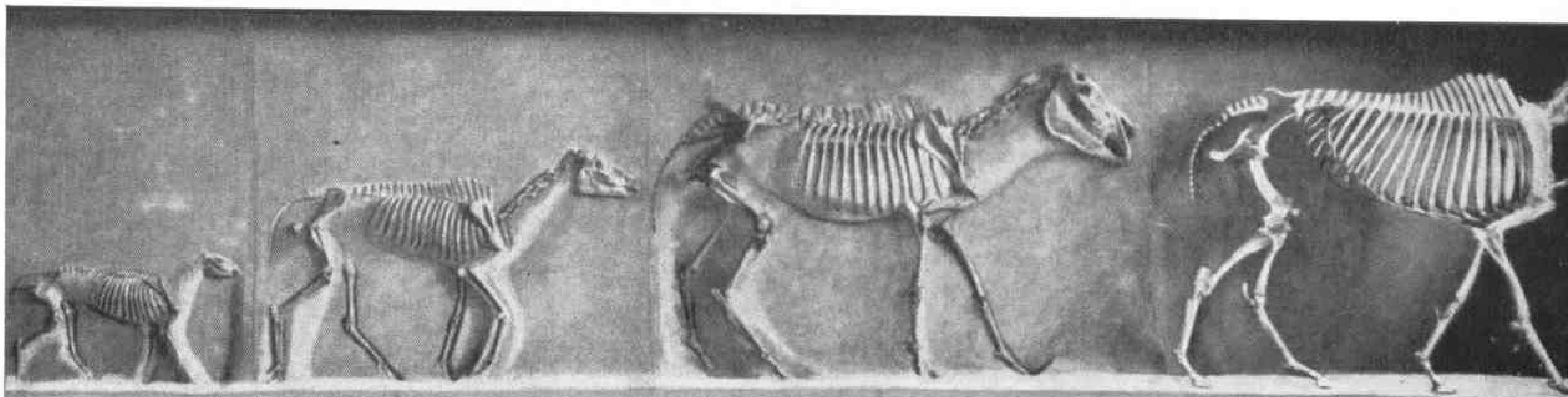
potencia (*potentialiter*), el ser que ha de suceder al progenitor. Pero esto no explica la aparición de especies nuevas, ni parece que pueda explicar la extinción de las especies desaparecidas.

Aristóteles supuso un principio, que él llamó *entelequia*, que impele a la materia a agregarse según formas. Entelequia, para algunos, sería un agente externo que obraría en la naturaleza. Para otros, entelequia es como una cualidad de la materia, el alma de la materia; en otras palabras, entelequia sería la conciencia, o mejor, la voluntad inconsciente de la materia viva. Porque debe recordar el lector que ya no tratamos de averiguar las causas que motivaron la aparición de la vida, sino las leyes que rigen su evolución.

Para los que la vida es un intrincado problema de reacciones químicas, la evolución y el progreso en la escala de los seres no son sino el resultado de reacciones cada vez más complicadas. Pero hay que reconocer que es harto difícil explicar con meros fenómenos físicos y químicos, por complicados que sean, muchas de las cosas que advertimos en la materia viva, especialmente los cambios y mutaciones de las especies. Es interesante observar que mientras los zoólogos, que estudian el organismo completo, se inclinan a esta solución, los histólogos, que estudian la vida de la célula, no ven manera de hacerla producir solamente por medio de reacciones químicas. Así, cuanto más se analizan, más difíciles son de explicar las leyes de la vida.

Para concluir: Bergson tuvo razón cuando

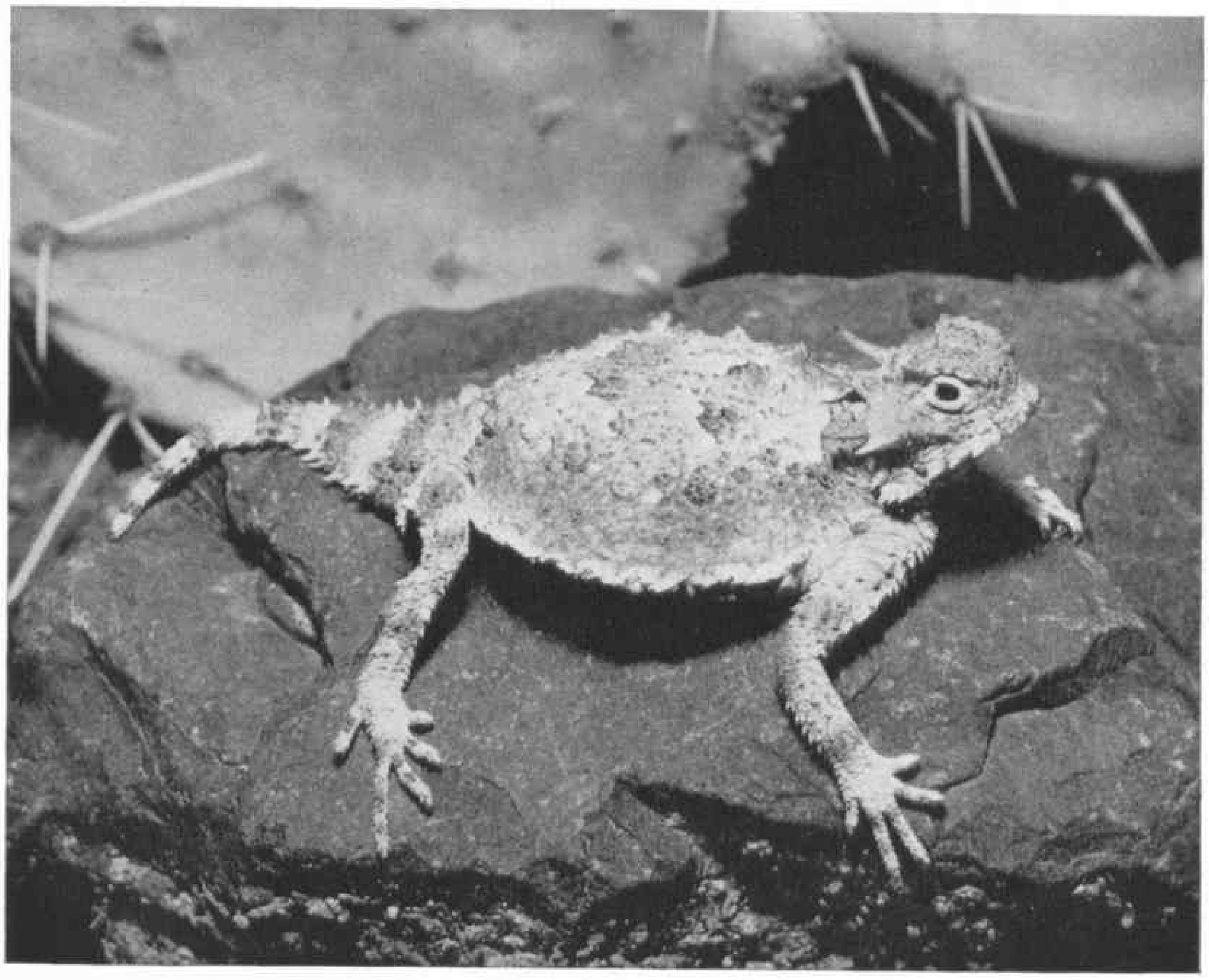
Evolución del caballo en el transcurso de los tiempos. (*Laboratorio de Ciencias del Amherts College*. Estados Unidos.)



dijo que *la inteligencia humana, tan capaz cuando ha de tratar con la materia inerte, es torpe cuando se trata de estudiar los seres vivos.* Y, sin embargo, también Bergson quiere darnos su solución: *Vida,* dice, *es conciencia puesta en la materia, aprovechándose de la elasticidad de esta materia para sus especiales objetivos... La conciencia, que es necesidad de creación, permanece inerte cuando la vida está condenada al automatismo, y se despierta cuando siente la posibilidad de escoger.*

Conciencia, entelequia, potencia. De temer es que todas estas palabras no harán avanzar mucho la solución del problema, pero el solo hecho de proponérselo y de precisar su significado ya resulta por sí misma una de las mayores maravillas del pensamiento humano.

Todo hace esperar, sin embargo, que pronto aceptaremos que la materia tiene posibilidad de desarrollarse espiritualmente hasta producir seres de vida moral. Actualmente una escuela de naturalistas cristianos acepta que las facultades humanas, como la inteligencia, la memoria y la voluntad, que parecían exclusivas del hombre, van manifestándose ya en los animales inferiores, muy vagamente y con incomprensibles contradicciones, pero reapareciendo cada vez con mayor claridad conforme nos elevamos en la escala zoológica. Hay pruebas evidentes de que existe una moralidad animal que supera a la del hombre. Por ejemplo: este ser que parecía estar situado por encima de todas las demás especies es el único que llega a comerse a sus propios semejantes.



Lagarto cornudo de California.



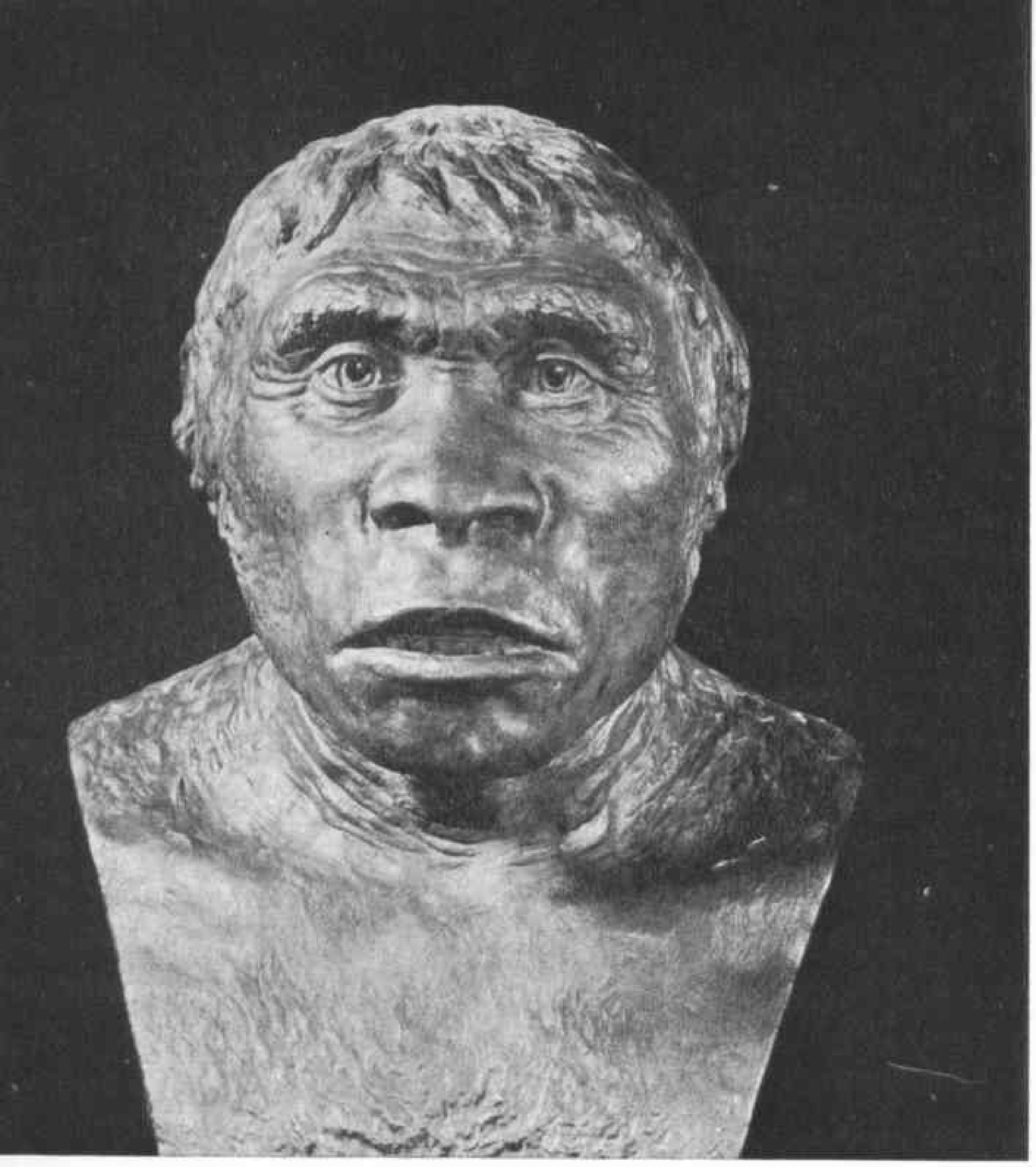
Cráneo del pitecantropo reconstruido con huesos de dos individuos de la misma clase.

4 LAS PRIMERAS RAZAS HUMANAS

CIENTÍFICAMENTE, el origen del hombre sobre la Tierra es todavía un misterio. Si de un lado resultan en extremo interesantes los esfuerzos de los antropólogos y paleontólogos para descifrar este enigma, por otro lado causa pena ver los pobrísimos resultados obtenidos y el material escaso de que aquéllos tienen que valerse para sus estudios. Al que no está iniciado en ellos, le sorprenderán las cifras fantásticas con que señalan la antigüedad del hombre sobre la Tierra y le maravillarán las descripciones de razas primitivas antiquísimas como si para trazarlas nos encontráramos perfectamente documentados. ¡Ya veremos cuán lejos se halla todo esto, por desgracia, de la realidad!

El hombre primitivo ha dejado una cantidad insignificante de sus restos orgánicos en las capas geológicas. Tenemos pruebas de su existencia por los útiles de piedra que se encuentran mezclados con los huesos de otros animales, en yacimientos muy antiguos, pero los huesos humanos, fósiles o solamente mineralizados, son de una escasez desconcertante. Esto se puede explicar, en gran parte, por ser el esqueleto del hombre frágil y delicado, en comparación con el de los otros mamíferos; pero sea lo que fuere, no hay duda de que los huesos del hombre primitivo resultan sumamente escasos, diseminados y en estado fragmentario. Vamos a estudiar los materiales más importantes uno por uno.

Los más antiguos huesos humanos son todavía los que fueron encontrados en la isla de Java, cerca del pueblo de Trinil, por un médico militar llamado Dubois y que en la actualidad están recogidos y conservados en la Universidad de Amsterdam.



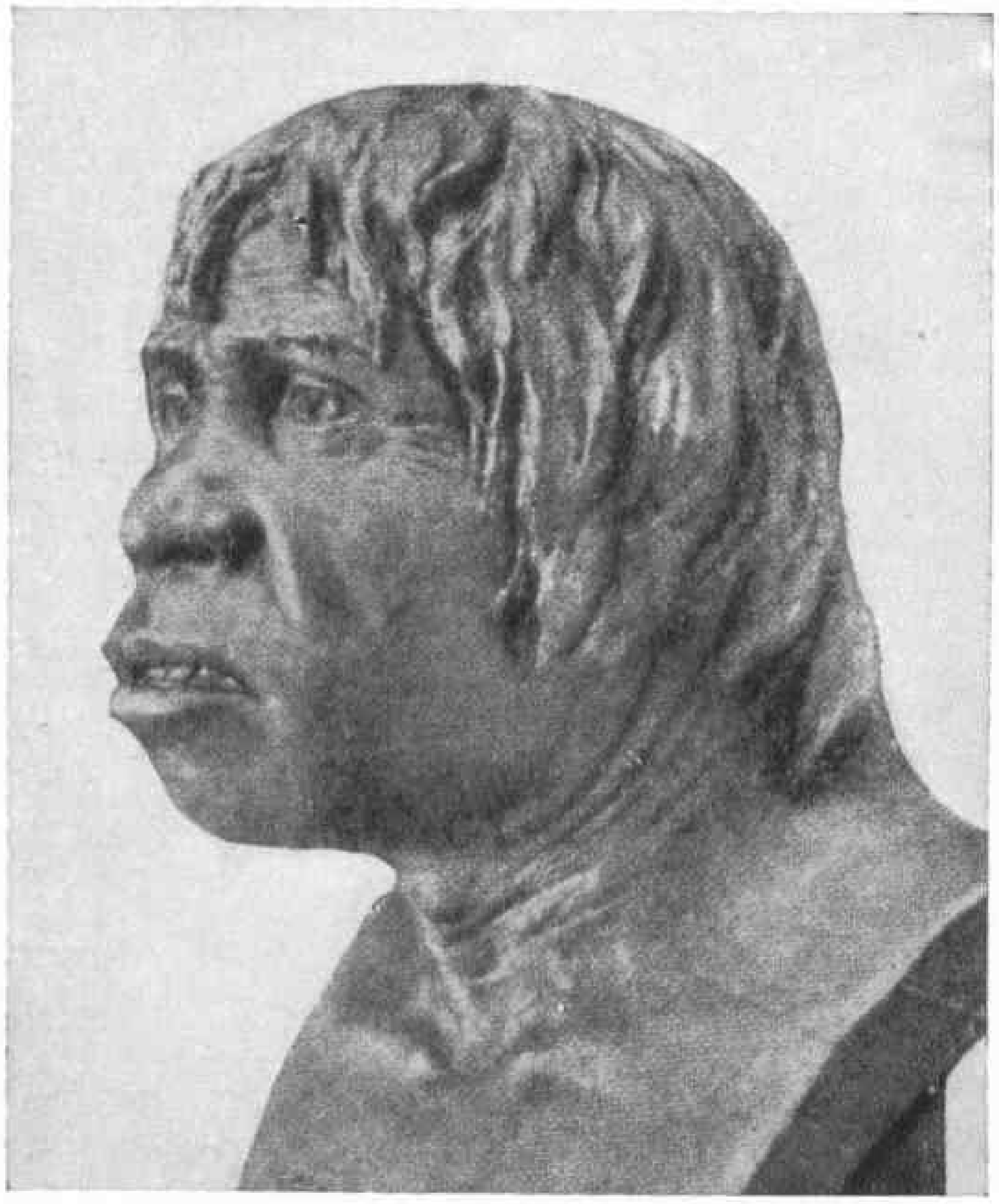
Reconstrucción del *Pithecanthropus*. Cabeza. (Museo de Historia Natural, Nueva York.)

Estos primeros restos del hombre de Java, sobre los que se han escrito ya centenares de páginas en Europa y América, consisten en la parte superior del cráneo, dos muelas y un fémur, que se hallaron esparcidos, en un espacio de veinte metros cuadrados, el año de 1891. Dubois describió estos restos humanos en 1894, dándoles un nombre que es ya una definición: *Pithecanthropus erectus* (supermono derecho). «El fémur — dice Dubois — tiene una forma que lo hace apto para el mismo empleo que el del hombre... Las articulaciones de este hueso prueban que el ser viviente que lo poseyó andaba derecho sobre sus piernas y que los brazos eran libres, pudiendo manejar armas y útiles. Del estudio del fémur y del cráneo se deduce con seguridad que este fósil no era un simio o un mono. Aunque muy avanzado ya en sus caracteres. el *Pithecanthropus erectus* es, sin embargo, un tipo todavía intermedio entre el hombre y los antropoides... Debe de ser el antecesor del hombre primitivo.» Hasta aquí Dubois; pero él y otros continuaron las exploraciones para comprobar el descubrimiento, multiplicar los hallazgos, si fuese posible, y fijar bien la edad de los terrenos en que se encontraron... Esto se consiguió. Hoy tenemos la seguridad de que, dada la cronología de las capas geológicas en la isla de Java, el terreno donde se descubrieron los huesos era del comienzo del cuaternario y por tanto viejo como de medio millón de años. No queremos hacer comentarios y sí sólo reproducir el cráneo del *Pithecanthropus erectus,* reconstruido valiéndose de fragmentos de esqueletos de dos individuos de la misma clase. No son todos idénticos; unos parecen pertenecer a una raza o familia del mismo género, pero mayores *(Pithecanthropus robustus),* y otros algo menores corresponden al primer hombre descubierto por Dubois *(Pithecanthropus erectus)*. Pero obsérvese que los llamados *Pithecanthropus* son casi hombres, *homínidos,* por precisar mejor, que es el término que se emplea hoy para los casi hombres.

A este tipo intermedio sigue el del *Paleoanthropus* de Heidelberg, en Alemania, que se reputa todavía como el resto más antiguo del hombre. Del homínido de Heidelberg no tenemos más que la mandíbula inferior, completa, eso sí, pero ninguno de los huesos del cráneo ni del resto del cuerpo. Sin embargo, con esta mandíbula se ha reconstruido también la cabeza y se han hecho no pocas suposiciones acerca de su capacidad craneal, inteligencia, etc. La mandíbula de Heidelberg fue encontrada el año 1907 en el villorrio de Mauer, distante de aquella ciudad sólo diez kilómetros. La quijada de este primer hombre se hallaba a una profundidad de 36 metros y en un terreno que había dado ya otros restos de animales y al que se atribuye una antigüedad de cuatrocientos mil años, aproximadamente.

Los caracteres de los cráneos de Java y de

Reconstrucción del *Paleoanthropus.*



Mauer con su frente aplastada, grandes órbitas con reborde sobre los ojos, mandíbula formidable sin barbilla, reaparecen en todos los restos fósiles de hombres y casi hombres. Los descubrimientos se hicieron en lugares apartados y presentaron variantes dentro del tipo, pero no mayores que las que pueden observarse en los individuos de una misma raza del hombre actual. Queda claro que, en la serie de la evolución, el *Homo sapiens* definitivo pasó por una etapa de *homínido* o casi hombre, que es la que reconocimos primero como *Pithecanthropus* de Java, y que, con el tiempo, en diversos lugares el casi hombre se humanizó con los caracteres que apreciamos en el *Paleoanthropus* de Mauer.

Pero en 1931 una misión angloamericana descubrió varios fragmentos de cráneo en grutas del Monte Carmelo, en Galilea, que repitiendo el tipo del *Pithecanthropus* se acercaron ya más al hombre actual. Otros restos de hombres bien caracterizados, aunque primitivos, aparecieron en diferentes lugares de Palestina (Tabun, Sukhul).

El hallazgo más sensacional y bien documentado fue el de los restos fósiles de hombres primitivos en las canteras de Chou-Kou-Tien. Las posibilidades del lugar fueron reconocidas ya en 1921 por un ingeniero inglés. Este, observando huesos de animales prehistóricos, algunos rotos intencionadamente, profetizó sin vacilar que allí se deberían encontrar restos de hombres primitivos. Y, en efecto, en 1927 se descubrieron dos muelas de un ser humano. Eran del *sinantropo,* hombre de la China, llamado también el *Homo Pekinensis* porque las canteras de Chou-Kou-Tien son las que surten a Pekín de materiales de construcción. Al extraer la piedra se encontraron cavernas que habían servido de refugio al hombre pekinense, con restos de hogares que demostraron que había conocido el fuego, y objetos de asta de ciervo y huesos trabajados.

Sobre todo, aparecieron abundantes huesos humanos. En 1929 se descubrió el primer cráneo y esto animó a intensificar las excavaciones. En poco tiempo se reunieron restos de más de cuarenta individuos, otros fragmentos de cráneo, mandíbulas, dientes y tibias... Pero como eran raros los huesos largos, mientras abundaban los astillados, se cree que el sinantropo comía de preferencia la medula, como los pigmeos y bosquimanos; y no sólo de animales, sino también de sus semejantes. Los útiles de piedra del hombre pekinense no pueden ser más primi-



Mandíbula de Mauer. Heidelberg.

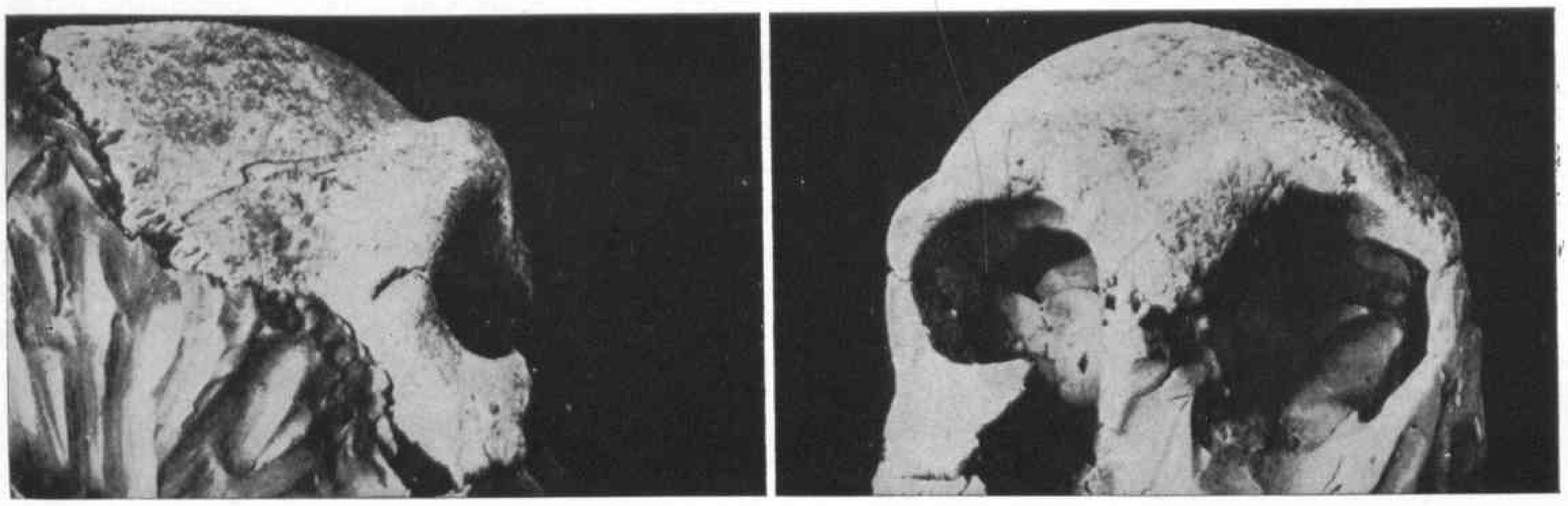
tivos: pedazos de sílex rotos para hacerlos cortantes sin ambición de darles formas de cuchillo, hacha o navaja.

Raramente con los restos de los homínidos se encuentran útiles de piedra; se ha supuesto que hubo una época en la que el hombre primitivo empleó sólo cuernos, huesos o maderas, y a este período lo calificaríamos de *alítico*, esto es, sin piedra. Tal idea parece confirmarse en el hecho de que, con los huesos del pitecantropo, no aparecieron objetos trabajados de ninguna clase.

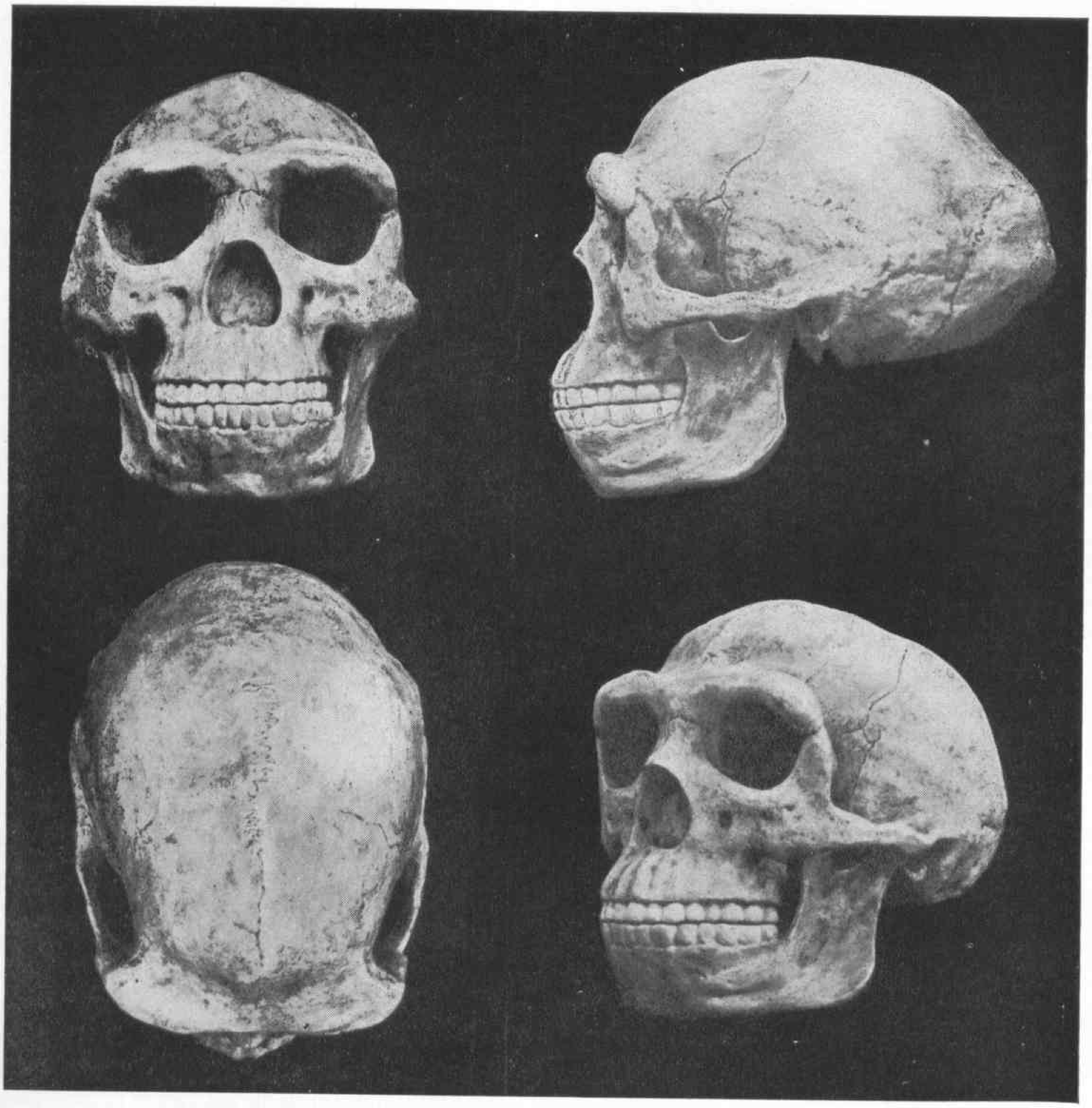
Cráneos de homínidos y huesos ya de hombres primitivos se han ido descubriendo, en lo que llevamos de siglo, en las más apartadas regiones del globo. Han aparecido hombres fósiles en Australia, en Africa, pero no hay certeza de hallazgos semejantes en América. Se esperan de un momento a otro; casi cada año se comunica por algún antropólogo americano impaciente que ha descubierto el deseado fragmento de un esqueleto humano, análogo a los de Java o de Pekín. Pero pronto se empieza a dudar de tal analogía y se acaba por desahuciar el pretendido hombre fósil americano y se olvida su descubridor. No hay que desconfiar, dicen los poligenistas.

El inmenso territorio donde se encuentran esparcidos los restos de homínidos y hombres primitivos hace suponer que no proceden de un mismo centro de dispersión. Es casi imposible imaginar que un ejemplar del homínido originado en Java, o en Mongolia, fuera a establecerse en Europa o Africa y allí continuar la evolución ascendente. Esta dificultad plantea el máximo problema. ¿Se originó el hombre en un solo lugar de la tierra y de allí se repartió o hubo muchos lugares donde el homínido se convirtió en *Homo sapiens*? Tal está el debate entre monogenistas y poligenistas. Actualmente parecen llevar ventaja los poligenistas. Pero entonces, ¿cómo se explica la semejanza de los diversos restos humanos en los períodos de evolución? No hay explicación satisfactoria: los hombres de Monte Carmelo, de Java o de Pekín son muy parecidos. Habrá existido alguna fuerza natural, genética, que les haya forzado a *devenir* análogos, parecidos, en los más apartados lugares de la Tierra.

Obsérvese que hemos dicho análogos, no idénticos. Los hombres fósiles tienen las semejanzas que encontramos en los individuos de una misma raza o familia, pero tienen también sus diferencias. Son a veces tan notables, que pueden convertirse en caracteres predominantes y forzar una mutación definitiva, un paso adelante para ya no retroceder. Se observa el proceso de evolución en estos cráneos primitivos. En el transcurso



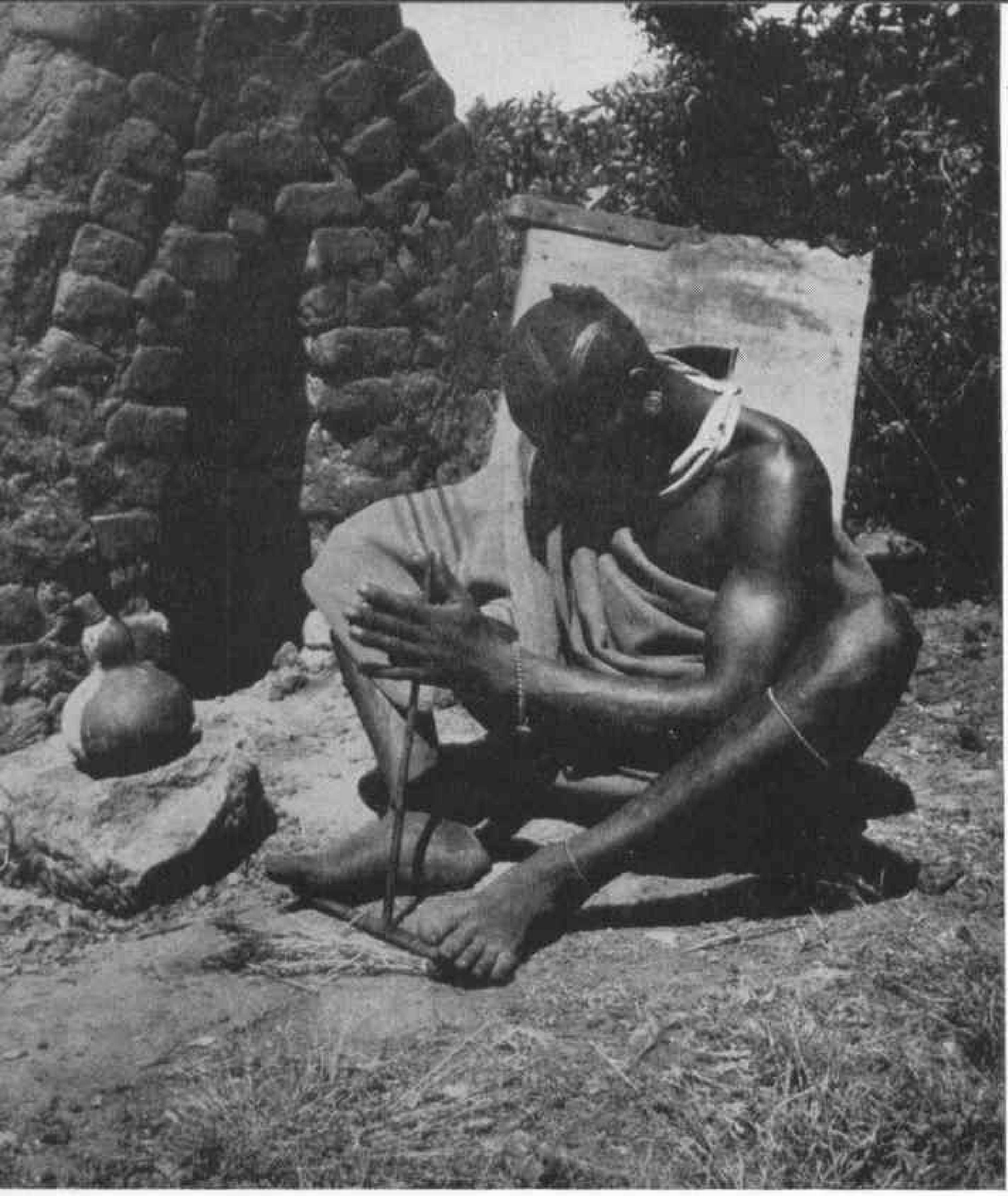
Cráneo de homínido (?) descubierto en Monte Carmelo. Galilea.



Cráneo del sinantropo *(Homo Pekinensis)*, según Weidenveich.

de algunos millares de años se manifiestan rasgos diferentes, y poco a poco nos vamos acercando al hombre actual.

La evolución es siempre progresiva: no hay fenómenos de retroceso. Una vez se ha modificado un órgano, un hueso, para hacerlo más apto a la vida más humana, no se vuelve atrás, no se pierde aquella conquista. Sin embargo, se ha observado recientemente que las partes del organismo no evolucionan con la misma rapidez; hay elementos que evolucionan anticipándose; los huesos craneales se «modernizan» más pronto que los del resto del esqueleto. Parece ser una ley de la vida, la que llamamos *lisis* (de una palabra griega, *λύω*, que quiere decir segregación, separación). Lisis en biología y genética significa que los caracte-



Negro encendiendo fuego por el procedimiento más primitivo.

res de un conjunto evolucionan separadamente. Así, el hecho de encontrar un fragmento de hombre fósil muy evolucionado no establece sin dudas que el resto del esqueleto tuviera que conseguir la misma condición de metamorfosis evolutiva en aquella fecha.

Hasta aquí, como vemos, sólo se ha podido disponer de escasísimos restos humanos, encontrados en regiones las más apartadas y siempre sin datos bastante exactos de sus hallazgos; éstos fueron hechos por personas poco o nada preparadas, que no pudieron dar información alguna acerca del estado de los restos en los respectivos terrenos al descubrirlos. En apariencia, pues, los estudios modernos que se basan sobre estos fósiles y huesos humanos son pura imaginación y se prestarían muy fácilmente a una crítica del todo irónica. Pero hay que recordar que el mismo trabajo de reconstrucción de un animal completo, sólo por el dato de un hueso y aun a veces de un diente, ha dado resultados admirables en la zoología comparada y se emplea invariablemente para restaurar fósiles, sin que nadie haya protestado.

El primero en observar que los órganos de un animal dependen estrechísimamente unos de otros fue Cuvier, a principios del siglo pasado, quien estableció su famosa ley de la correlación, que puede definirse así: *Un organismo forma una unidad de la que una parte no puede ser cambiada sin modificar las demás.*

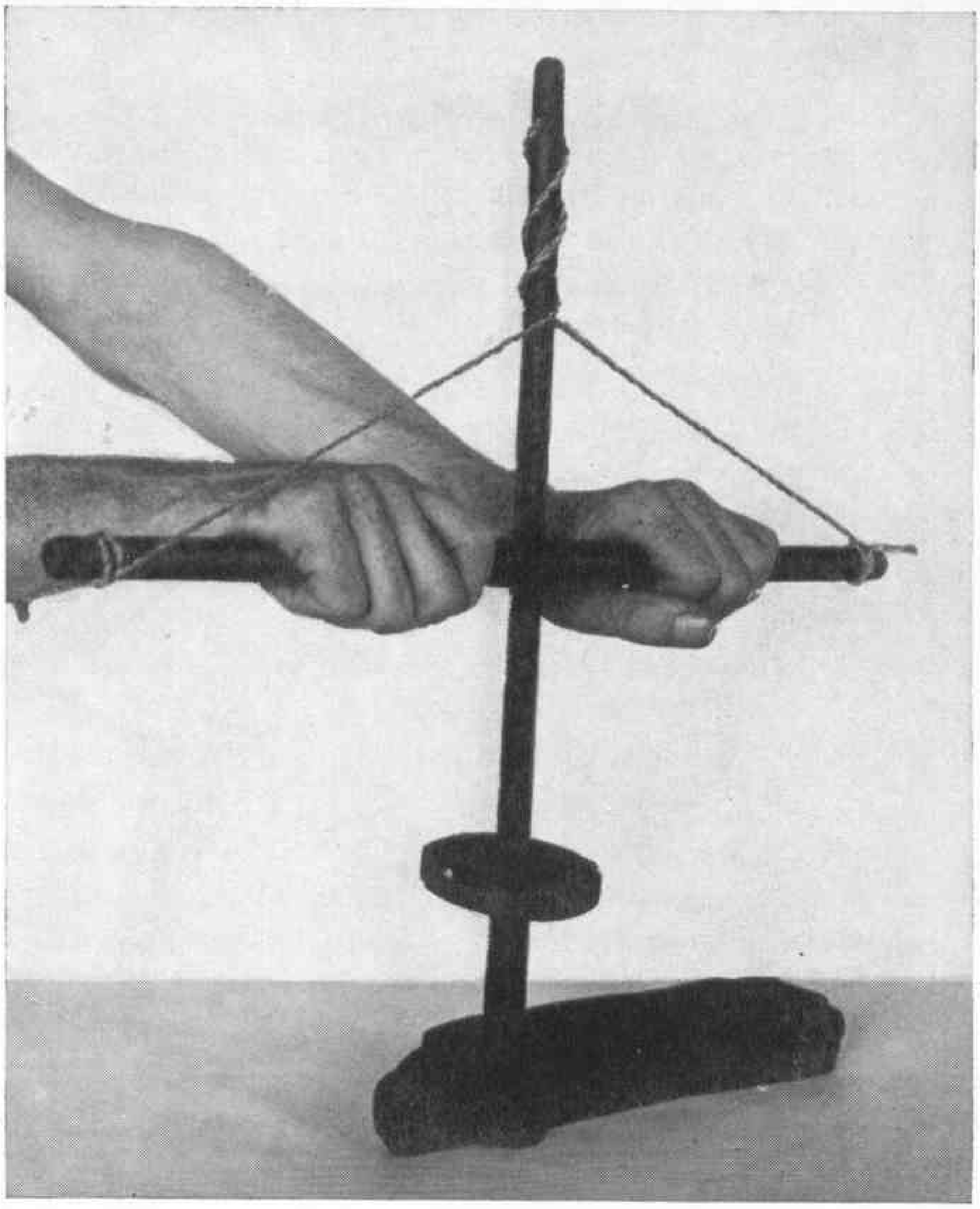
Claro está que la ley de la correlación tiene excepciones, pero se cumple en la mayoría de los casos. Un carnívoro, por ejemplo, tendrá dientes a propósito para la masticación y, al mismo tiempo, garras para apresar a sus víctimas. Una anécdota servirá para ilustrar la ley de la correlación, de Cuvier. Uno de sus discípulos trató en cierta ocasión de asustarle cuando dormía en su cama, disfrazándose como un animal antediluviano de los que tanto preocupaban al maestro. «Cuvier, tu hora ha llegado — gruñó el monstruo —, vengo para comerte —. ¿Qué dices? — respondió Cuvier despertándose —. Llevas cuernos, pezuñas... eres herbívoro, ¡no puedes comerme!»

Cuvier pronosticó por el estudio de los huesos, pocos y esparcidos, de los elefantes de la Europa glacial, que serían de una especie distinta del elefante actual, y el descubrimiento del mamut vino a corroborar lo que había previsto con gran anticipación. Hoy, las leyes de los organismos superiores son tan conocidas, que con unos pocos huesos puede restaurarse un esqueleto. Osborn dice que si tuviera que valerse de un solo dato para restaurar un animal, preferiría una vértebra para los reptiles, pero, para los mamíferos, un solo diente sería el auxiliar más precioso. En efecto, con un diente se averigua lo que hubo de comer el animal y cuáles eran su aparato digestivo, sus medios de locomoción y de defensa, etc.

Hecha esta explicación, ya se comprenderá con qué solicitud los antropólogos modernos restauran el hombre de Heidelberg, del que tienen sólo una mandíbula, o el de

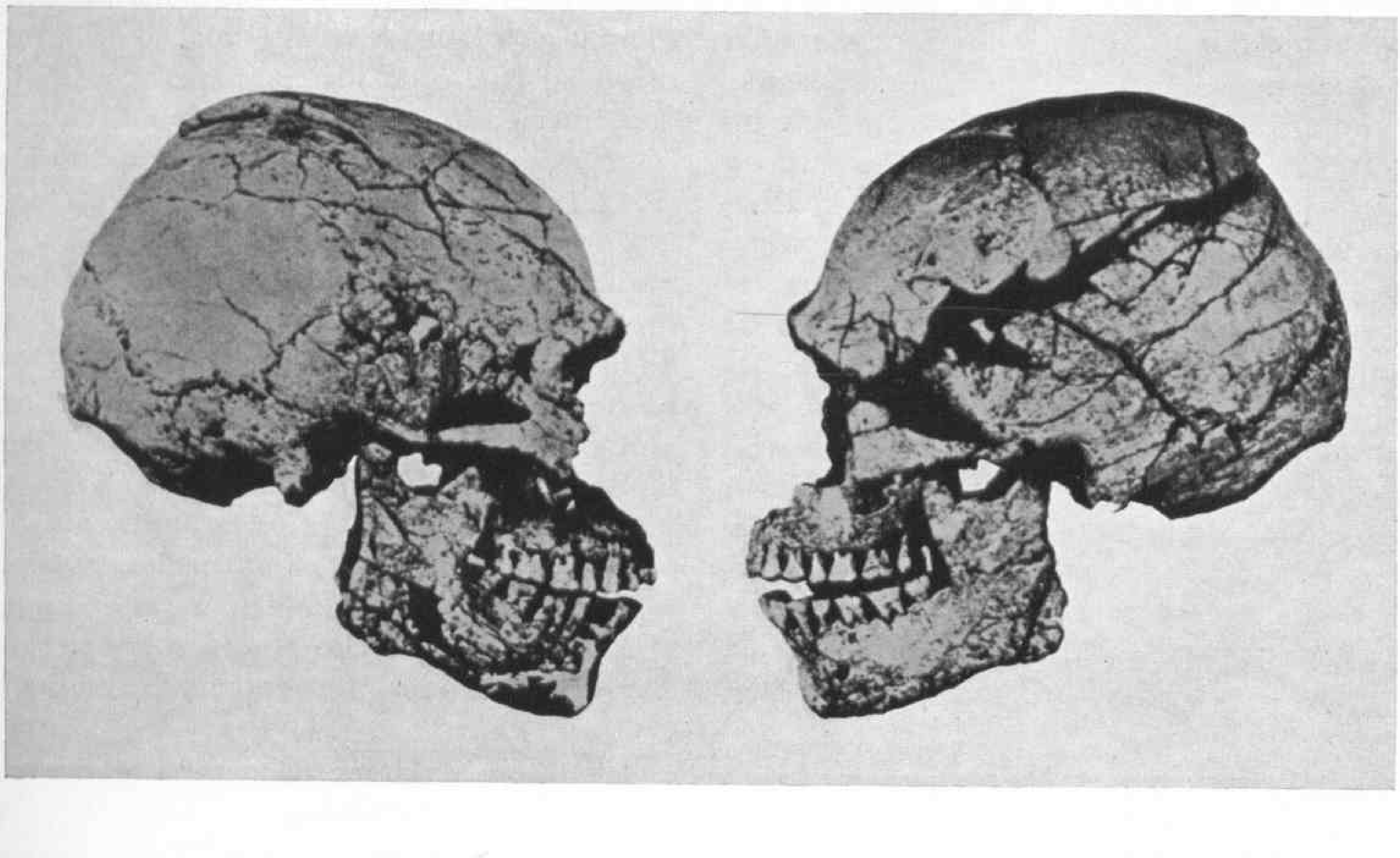
Java, del que poseen también contados huesos. En primer lugar, las mandíbulas de estos homínidos no tienen barbilla, son redondeadas, de enorme espesor y grandes apófisis articulares. El hombre de Java, suponiendo que fuese hombre, se defendía a mordiscos, como los monos; los otros también debían de valerse de la boca para menesteres como los de limar y cortar; todavía los australianos actuales curten y aplastan el cuero con los dientes. La indicación que proporcionan los molares gastados por este trabajo es, pues, importante, porque nos da idea del grado de civilización del individuo a que pertenecieron. Ya hemos visto también las consecuencias que dedujo Dubois del examen de las articulaciones del fémur de Java: el animal, o lo que fuere, que lo poseyó, tenía que andar derecho.

El cráneo, naturalmente, es lo que más nos enseña acerca del estado mental del hombre primitivo. Los ojos son grandes, con inmensas fosas, y protegidos por un gran repliegue del frontal. La forma de los cóndilos en el occipital prueba que llevaba la cabeza levantada, y, finalmente, el ángulo facial y la forma de la frente indican cuáles



Procedimiento del indio americano para encender fuego por frotación.

Cráneos de Tabun y Sukhul (Palestina), ya más parecidos al del *Homo sapiens*.





Australiano preparándose a lanzar el bumerang, en cacería con un compañero.

eran las facultades que el ser primitivo tenía más o menos desarrolladas. El cráneo de Java, con una capacidad cerebral mucho mayor que la de los monos actuales, es tan achatado por la frente, que no deja apenas espacio para albergar los centros de la memoria, de manera que aquella criatura intermedia apenas podía tener el recuerdo o la experiencia, que es la base de la civilización. Debía de vivir en los árboles, como el gorila actual. Zenker describe la vida del gorila en libertad, tan diferente de la de los míseros ejemplares que vegetan en las jaulas de nuestros parques zoológicos: «El gorila macho va acompañado de varias hembras y de sus pequeños. Cuando andan en busca de alimento por la selva, los pequeños marchan delante, las hembras detrás y cierra la comitiva el gorila macho, siempre vigilante, a menudo poniéndose de pie para cerciorarse de que no corren ningún peligro. Tiene la vista y el oído muy finos y su olfato es perfecto. Si no advierte peligro alguno y tiene hambre, se sube a un árbol y las hembras le llevan frutas y se sientan a su lado. A veces el macho echa los brazos al cuello de sus compañeras y se divierte haciendo ruido con la boca.» Esta descripción hará sonreír a muchos de nuestros lectores, que, con todo, no podrán menos de encontrar parecido entre la vida del gorila y la de algún hombre actual. El nombre de *orang-után* quiere decir, en la lengua de los pobladores de Borneo, hombre de los bosques, y creen que si no habla es sólo por temor de que le obliguen a trabajar. Vive también en los árboles, donde se fabrica un nido de ramas. Estos grandes antropoides emplean a veces, como armas, troncos y piedras, pero su mejor defensa es aplastar al enemigo en estrecho abrazo sobre su ancho tórax. Todos, sin embargo, caminan

apoyándose en sus cuatro extremidades, excepto el gibón, que anda casi derecho; viven en grupos que, más bien que rebaños, podrían llamarse familias, pues sólo hay en cada uno un macho adulto. No conocen el modo de encender fuego, aunque gustan de calentarse si encuentran las cenizas de un hogar abandonado. Mucho se ha divagado acerca de las maneras de comunicarse entre sí los grandes monos llamados antropoides; el gorila tiene en cada mejilla una especie de bolsa y las hincha a modo de tambor para producir ruido, batiéndolas con las manos, avisando así a sus compañeros en caso de peligro. Otros emiten sonidos casi articulados; se ha llegado a fotografiar la sonrisa del chimpancé, y decimos fotografiar porque siempre queda la duda en esta clase de informaciones.

Todas estas noticias sobre el modo de vivir de los monos antropoides pueden darnos alguna luz para adivinar la mísera existencia que llevó el hombre primitivo. Pero hay que recordar que aun el más antiguo de estos hombres fósiles hubo de poseer una capacidad cerebral mucho mayor que la de los simios actuales, y hoy día aun los más acérrimos partidarios de la evolución convienen en que de ninguna manera desciende el hombre del mono, sino ambos de otro ser del que no se ha encontrado rastro y al que llaman *Propliopithecus*... Las especies de los simios actuales serían una degeneración más bien que una evolución de este antecesor común del hombre y del mono. Pero los antropoides conservan ciertas cualidades del tipo primitivo que han desaparecido en el hombre; en cambio, en el feto humano, y aun en el niño, hay caracteres que revelan extraño origen, como el vello de las criaturas recién nacidas, la enorme fuerza de los brazos de los niños, su extraordinaria longitud, que es de las mismas proporciones que la de ciertos monos y hace suponer que nuestra especie habitaría en nidos hechos en los árboles y saltaría de rama en rama. En fin, la manera de valerse de los dedos nuestros pequeñuelos, la prensilidad del dedo mayor del pie, que persiste todavía en muchas razas primitivas y entre los japoneses, hacen disminuir la distancia que en este sentido se advierte entre el organismo de los antropoides y el del hombre civilizado. Sin embargo, las más primitivas razas humanas de que hay noticia tienen conocimientos que no poseen los antropoides; éstos no saben nadar, han perdido el instinto del líquido elemento, primer lugar común de todos los seres vivos. Los orangutanes de Borneo se dividen en razas o variedades específicas según el lugar donde habitan, porque no pueden vadear los ríos que los separan. En cambio, las primitivas razas humanas pasan gran parte del tiempo en el agua. El hombre primitivo pone en juego tantos medios y tantas estratagemas para pescar como para cazar.

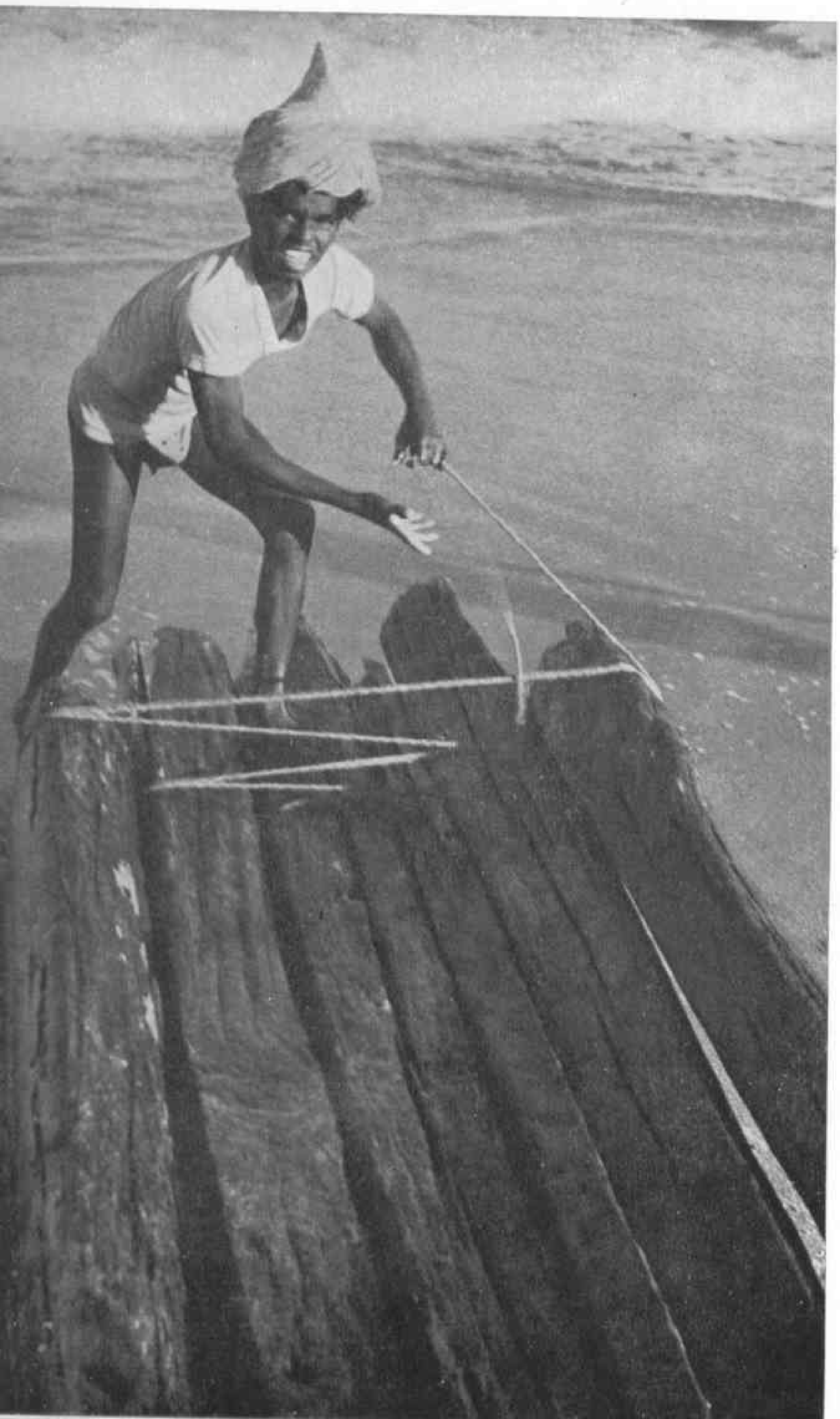


Vivienda construida en la copa de un árbol.

Todos los hombres primitivos conocen la manera de encender y conservar el fuego; los australianos lo llevan consigo aún para apartar los maleficios. La conservación del fuego por las vestales romanas sería una supervivencia de este rito, que puede llamarse antropológico. Los más primitivos de todos los salvajes que se han podido estudiar, los tasmanianos, recibieron a los primeros viajeros europeos con antorchas encendidas, creyendo atemorizarles por este medio.

El mito de Prometeo, escalando el cielo para robarles el fuego a los dioses, indica el valor que dio la humanidad primitiva a esta conquista. Alguien ha querido ver también en este mito al hombre escalando los volcanes para obtener la primera llama, que debía servir para encender, uno después de otro, todos los hogares. Pero es probable que el hombre obtuviera también el fuego en los incendios de los bosques que se originan a menudo por combustión espontánea.

Preparación de una armadía de troncos.



Todas, o casi todas, las razas primitivas producen el fuego por frotación de dos trozos de leño seco. Otras razas se sirven de un palo, que hacen resbalar velozmente sobre una tablilla; otros salvajes emplean un torno primitivo, que haciendo girar el palo rápidamente en un agujero del leño, calienta a éste de tal manera que brotan chispas, con las que encienden un puñado de musgo. En muchos países, civilizados sólo a medias, se emplea todavía este sistema de encender el fuego para los usos litúrgicos. Los indios americanos guardan todavía como mágico utensilio los palos de encender el fuego. Las fiestas del fuego (las hogueras de San Juan, de Pascua y de principio del verano) de todos los pueblos de Europa no son más que supervivencias de este culto.

Todos los antropoides son vegetarianos; es verdad que algunos comen huevos y hasta pequeños pájaros, pero sólo el hombre es omnívoro, con decidida tendencia a convertirse en carnívoro. Esto debió de contribuir a formar la mentalidad del hombre primitivo; para conseguir sus presas tuvo que viajar, pues agotó pronto la caza que podía hallar en la región que habitaba. Los animales mismos aprendieron a temerle como a su mayor enemigo, y escaparon; entonces él hubo de emigrar, persiguiéndolos.

Sus armas en un principio debían de ser tan sólo piedras sin labrar, tal como las encontraba en el suelo; ya hemos dicho que los restos del hombre de Pekín se hallaron mezclados con instrumentos de piedra de lo más rudimentario; una vez había derribado al animal que perseguía, se bebía la sangre y el cerebro era extraído del cráneo. Los australianos echan al fuego el canguro sin limpiarlo, hasta que la piel revienta por los gases que hinchan su cuerpo; entonces lo

cortan a tajadas y las engullen, y rompen los huesos para comerse la medula.

En un principio el hombre no hallaría dificultad para la caza, pues los animales de las regiones deshabitadas muestran una confianza y una curiosidad, al verle por primera vez, que habrá de serles fatal. Mas, desarrollado el gusto por los alimentos animales, el hombre ya no dejó de inventar cada día nuevos y mejores medios para perseguir a las bestias de que se sustentaba. Debió de sorprender a los animales en su sueño; los asustaría para que se arrojaran a precipicios, como hacen las hienas con su presa, y también aún los hotentotes y los australianos; sobre todo se disfrazaría, para acercarse engañándolos, como si fuera uno de los suyos, como la mayoría de los salvajes actuales practican todavía hoy.

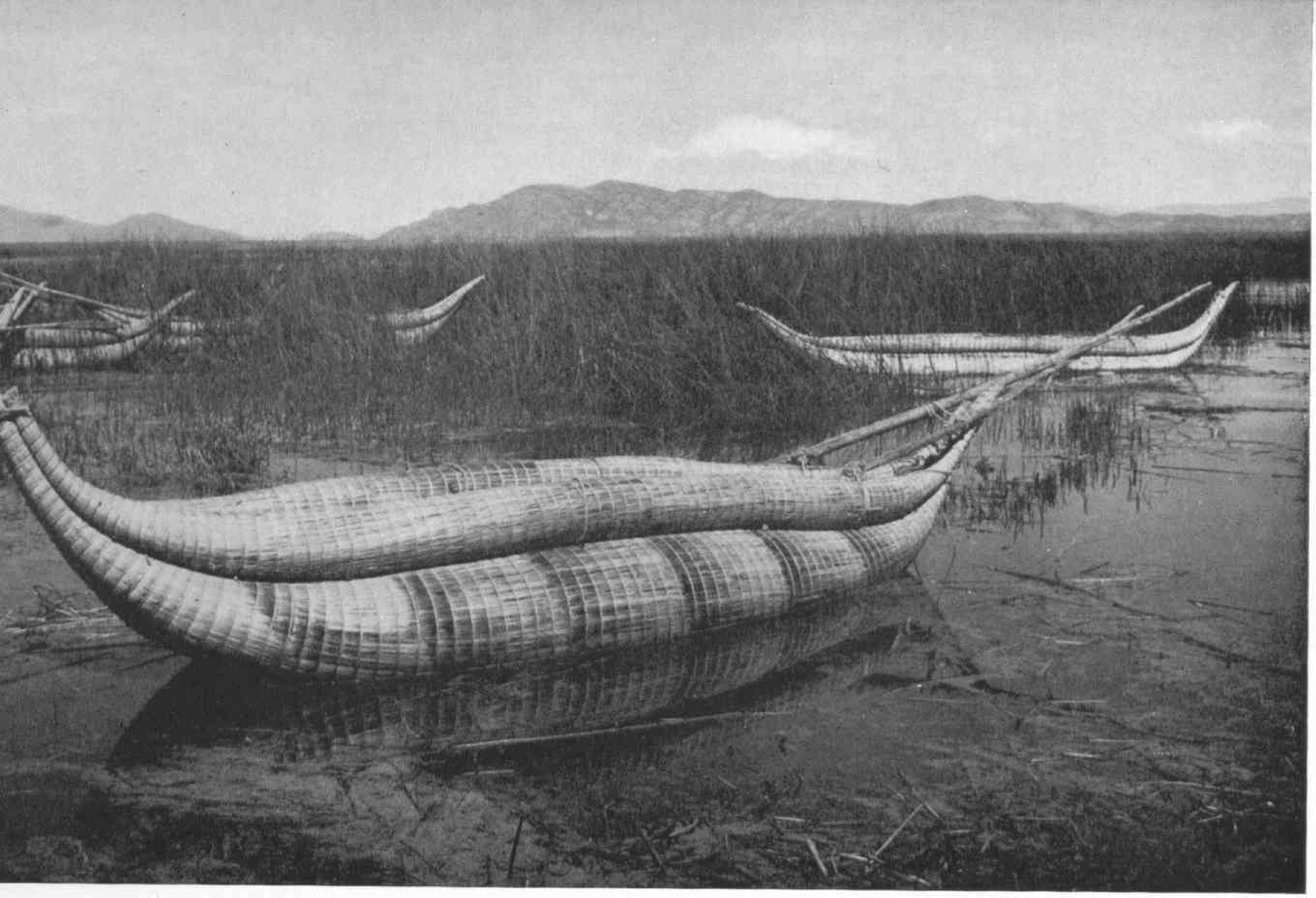
Debió, por fin, de perfeccionar sus armas. Al simple guijarro sin labrar substituyó la piedra sílex debidamente cortada, para que hiriera a su víctima. Pronto el sílex se sujetó a una ramilla para que hiciera oficio de flecha, disparándola por medio del *propulsor,* o sea un mango fuerte, que al sacudirlo empuja el dardo con gran violencia hacia delante. De estos tiempos primitivos debe de ser también el llamado *bumerang,* que usan todavía los australianos, pero que ya conocieron los egipcios y aun las razas germánicas europeas. San Isidoro describe, en sus *Orígenes,* un arma llamada *cateia,* «que es un bastón que se arroja al enemigo y vuelve a la mano cuando es bastante hábil el que lo tira». Aelfric, que escribía a últimos del siglo x de nuestra Era, le llama *bastón teutónico,* y Virgilio, en la *Eneida,* dice que «lanzaban sus garrotes a la manera germánica». El bumerang puede describir varios círculos, hasta que de pronto se detiene y vuelve silbando a los pies del cazador, o lo rebasa en arco extendido para herir una res que está detrás.

Además de armas, los hombres primitivos debieron de tener un rudimento de habitación, no chozas aún, pero sí algo para resguardarse del viento, como hacen los australianos y hacían los tasmanianos y los habitantes de la Tierra del Fuego, según los describe Pigafetta en el primer viaje de la expedición de Magallanes.



Pescador en el río Congo con una piragua construida de un solo tronco.

Ya hemos hablado de la propensión de algunas razas a vivir casi constantemente en el agua: el mito de los tritones debe de recordar estos tiempos de vida semiacuática. Por esta causa es posible que se inventara antes que la verdadera habitación la canoa para navegar a grandes distancias. Los jefes de las tribus de Nueva Zelanda tienen a orgullo poseer grandes canoas; es seguro que en los primeros días de la humanidad los viajes marítimos en canoas debían de contribuir mucho a la dispersión de las razas sobre el Globo. Todavía hoy los negros de la costa de Africa pasan en canoas a Fernando Poo, en la época de los trabajos agrícolas, y aunque el viaje dura varios días, llevan por todo alimento algunas hojas y nueces de cola. Al descubrir América, los españoles echaron de ver también que las razas primitivas navegaban a grandes distancias



Piragua de los indios del lago Titicaca construida con bejucos.

en canoas. El fiel Méndez, el piloto amigo de Colón, hubo de hacer el viaje de Cuba a Jamaica en una gran canoa tripulada por varios indios, debido a que las naves del almirante habían quedado inservibles para navegar.

A estos inventos puramente utilitarios acompañarían las grandes invenciones del tocado, que son las primeras manifestaciones artísticas de la humanidad. Podría definirse al hombre diciendo que es *un animal que se adorna;* ningún otro ser creado tiene esta facultad de decorarse a sí mismo, que es común a todas las razas humanas. Los salvajes oceánicos se cubren de collares de conchas y dientes y llevan cinturones de mariscos. A esta primera decoración superpuesta sigue la pintura, con tierras de colores ocre, rojo y blanco, que son las que se encuentran más fácilmente. El tatuaje no es en realidad más que una pintura indeleble, al igual que las cicatrices, que emplean casi todos los pueblos salvajes de piel obscura para realzar el brillo de ciertas partes de su cuerpo.

No sólo el color, sino también la forma del cuerpo, se trata pronto de modificar. El solo hecho de que los cráneos del hombre de Java no presenten deformaciones o perforaciones artificiales, ya es un síntoma de gran antigüedad, porque muchos de los primitivos actuales comprimen el cráneo de los recién nacidos para darles una forma alargada y es frecuente agujerear el cráneo, operación misteriosa que practicaron muchas razas prehistóricas europeas. Ciertas razas de salvajes actuales se arrancan parte de los dientes o se los afilan, para hacerlos puntiagudos como estiletes. Nada de esto se encuentra tampoco en el hombre fósil, y he aquí cómo la configuración de su casquete

craneal corresponde a lo que podemos adivinar de su civilización. El hombre que revelan los huesos de Java o de Heidelberg era aún más atrasado que los más atrasados de los primitivos actuales. A estos huesos, tan escasos como muy esparcidos, tenemos indefectiblemente que recurrir cuando queremos obtener alguna información acerca del origen del hombre sobre la Tierra.

La distribución de estos restos humanos parece indicar que la cuna de la especie debió de estar en el Asia. Las islas oceánicas y Australia, unidas al principio con la tierra firme, se separaron muy pronto y allí quedó el cuadro de civilización más atrasada que ha persistido hasta nuestros días. No sólo el hombre, sino la flora y la fauna son también primitivas en Australia. El aislamiento de este continente debió de ser completo durante millares de años. Al llegar los europeos a Australia no existía un solo ani-

Aborígenes australianos adornándose el cuerpo con pinturas antes de una ceremonia.



mal placentario (esto es, un completo mamífero), con la única excepción del hombre. La flora correspondía también a características muy primitivas.

La decoración del cuerpo humano con tatuajes y cicatrices ocupa la mayor parte del tiempo de los primitivos actuales. Hay verdaderos artistas especialistas que conocen el valor de cada forma que emplean para embellecer la piel humana. Son casi como profesionales de un rito, porque se transmiten el sentido y relación de los tatuajes. Algunas de las formas de tatuaje son como los blasones de familias nobles y no pueden emplearse más que por aquellos que tienen derecho a ellas, ya sea por herencia, ya por algún acto heroico realizado en los tiempos actuales. Todo cuanto tiene relación con la vida del hombre primitivo está regulado por secretos de magia y estética que son premisas preponderantes en su economía y su moral.



Tocado de cicatrices, con un disco de marfil en el labio perforado. Congo.



Pictografías rupestres de los indios caribes cerca de Puerto Cabello. Venezuela.

5 PRIMERAS CONQUISTAS ESPIRITUALES. ORIGENES DEL LENGUAJE, LA RELIGION Y EL ARTE

EMPECEMOS por recordar que en los fósiles de Java, Mauer y Pekín no se reconoce todavía al *Homo sapiens*. Son jalones de una serie, ejemplares de tipos fracasados que acaso, pero sólo acaso, acabaron por producir el verdadero ser humano.

A pesar de su gran superioridad respecto a los antropoides, el casi hombre, que ahora llamamos homínido, debió de vivir una vida de autómata, movido por el instinto y sólo superior a los grandes simios por algunas técnicas primitivas. Pero a lo menos, conocía la manera de valerse del fuego. Es difícil que pudiera articular sonidos complicados con su robusta mandíbula, más a propósito para morder que para hablar. Sin embargo, es sorprendente el parecido de gran cantidad de palabras de los idiomas indoeuropeos con algunas voces de las razas oceánicas. Mano, en latín *manus,* es *manda* en australiano; pluma, en latín *penna,* es *bina;* cabeza, *kapata...* Hay que observar que hasta el parecido de los sonidos puede ser superficial, pues la diferente forma del órgano bucal en las distintas razas no permitiría idéntica pronunciación.

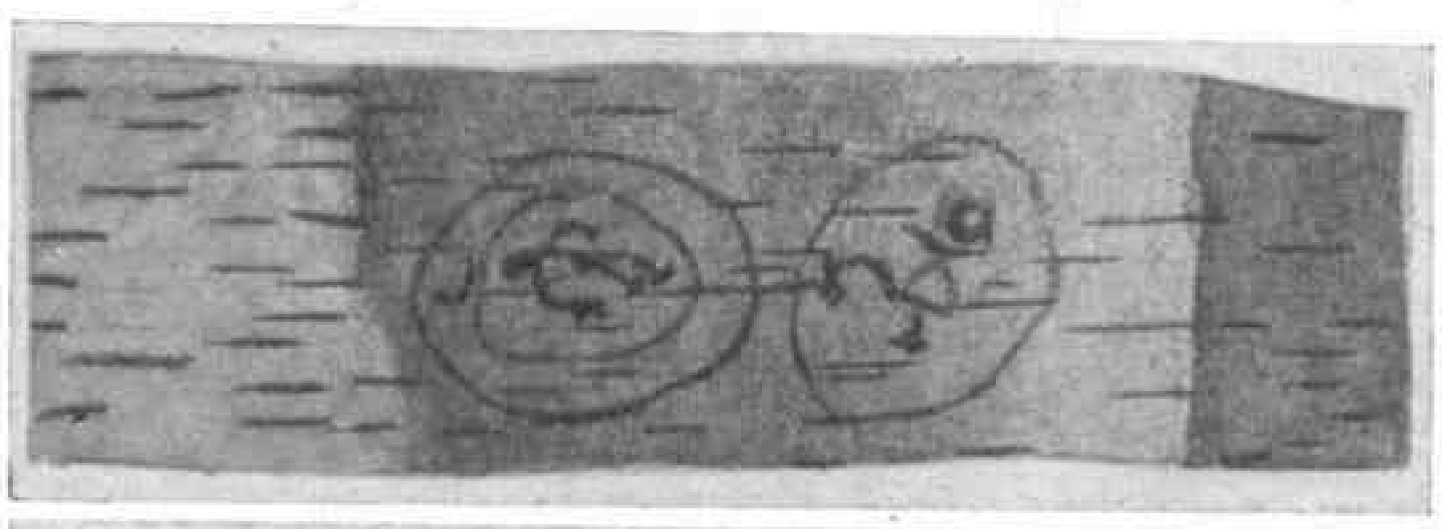


Pictografías de los indios de California con representaciones geográficas. Monte San Jacinto.

Hay razas — naciones enteras — que no pueden pronunciar la *v* o la *l*. Pero a pesar de esta evidente incompatibilidad, algunas semejanzas del lenguaje de todos los hombres son causa de preocupación constante en la ciencia; cada veinte años se repite el fenómeno de la aparición de un sabio iluminado que asegura haber descubierto el secreto del lenguaje del hombre primitivo. Este persistente sueño por encontrar los principios elementales de un lenguaje común a toda la especie tendrá, sin duda, cierta justificación para los partidarios de un origen paradisíaco de la especie humana, opuesto a las ideas de evolución.

Para ellos está justificado preguntarse cómo se comunicarían los primeros hombres al salir del Edén. Algunos creacionistas aparentemente creen que de no haber contaminación de los progenitores o de sus vecinos, los niños hablarían naturalmente aquella lengua divina que es fatal a la especie. Neco, faraón en el viejo Egipto, escogió una pareja sana de recién nacidos y los mantuvo bien aislados para observar en qué idioma hablarían. Se han hecho otros experimentos parecidos, hasta en época moderna, con resultados tan ridículos como esperar que hablarían hebreo o sumerio. Ha habido casos de *hombres del bosque* en la India, niños abandonados, que han crecido

Representación de un homicidio.
Relación de un viaje de siete días.
(Dibujos de los indios apaches en cortezas.)







Danza de los *Cazadores del Diablo*, en Port Moresby, Nueva Guinea.

solos y no llegaron a hablar ni lengua divina ni humana.

Caso de articular sonidos organizados como un lenguaje primitivo, los homínidos tendrían un repertorio de palabras extremadamente reducido, tal como podemos juzgar por el lenguaje de los pueblos primitivos actuales. Los tasmanianos no tenían adjetivos; para decir *fuerte,* decían: *como una piedra.* Los vocabularios de los indios del noroeste de América se reducen a unos cuantos centenares de vocablos. Pigafetta recogió también el cortísimo número de voces de que se valían los habitantes de la Tierra del Fuego, y lo mismo podríamos decir de otros pueblos oceánicos. La gramática es elemental en todos ellos; para contar se valen de unos cuantos numerales. Los australianos conocen sólo el uno y el dos *(unnar* y *dakala);* para decir tres, dicen uno y dos; el cuatro es dos y dos. Para expresar cinco dicen: *una mano entera.* Otros primitivos sólo pueden decir *muchos* al pasar de cinco, y *más que muchos* cuando tienen que señalar una gran cantidad. Corresponde este modo de expresarse a lo que vemos en nuestros campesinos europeos, los cuales, aunque su lenguaje es abundante, pues conocen acaso más palabras para cosas y fenómenos naturales que el hombre culto, usan poquísimos adjetivos y para contar dicen: tantas docenas, tantos centenares, etcétera. La costumbre de mover la cabeza hacia abajo para expresar la afirmación y la de moverla

de un lado a otro para la negativa; la de mover la mano para amenazar y de apuntar el dedo para señalar, son idénticas en todas las razas humanas. Más sorprendente aún resulta que algunos signos del lenguaje de nuestros sordomudos sean análogos a los de muchos de los primitivos actuales.

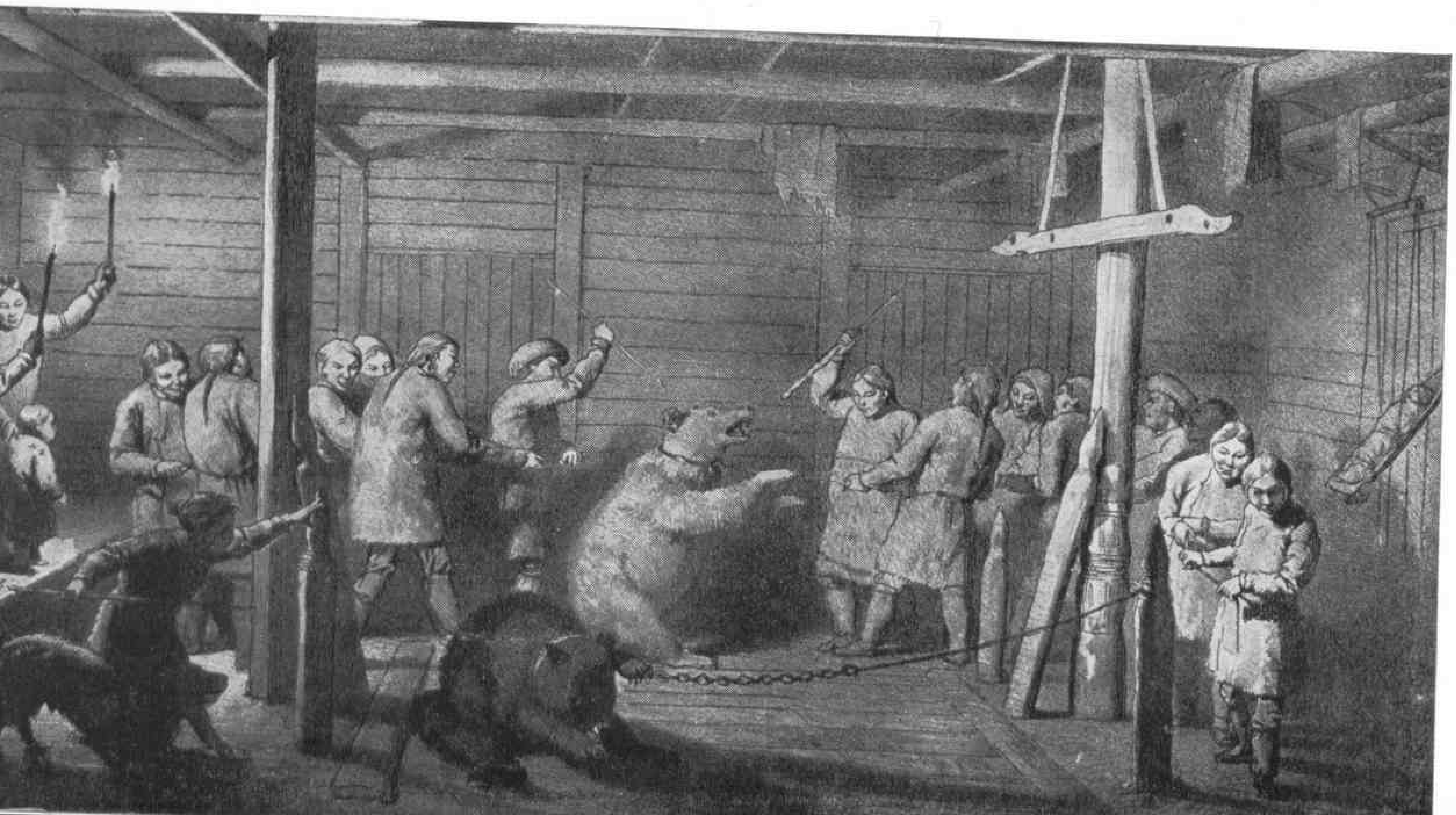
El lenguaje por signos es tan necesario entre los indios americanos, que se ha llegado a afirmar que ni aun los individuos de una misma tribu pueden entenderse en la obscuridad. Sirve además como lengua americana universal entre las diversas tribus o *naciones* que hablan lenguas distintas, pues, cuanto más primitiva es la humanidad, más variedad y abundancia parece haber de dialectos.

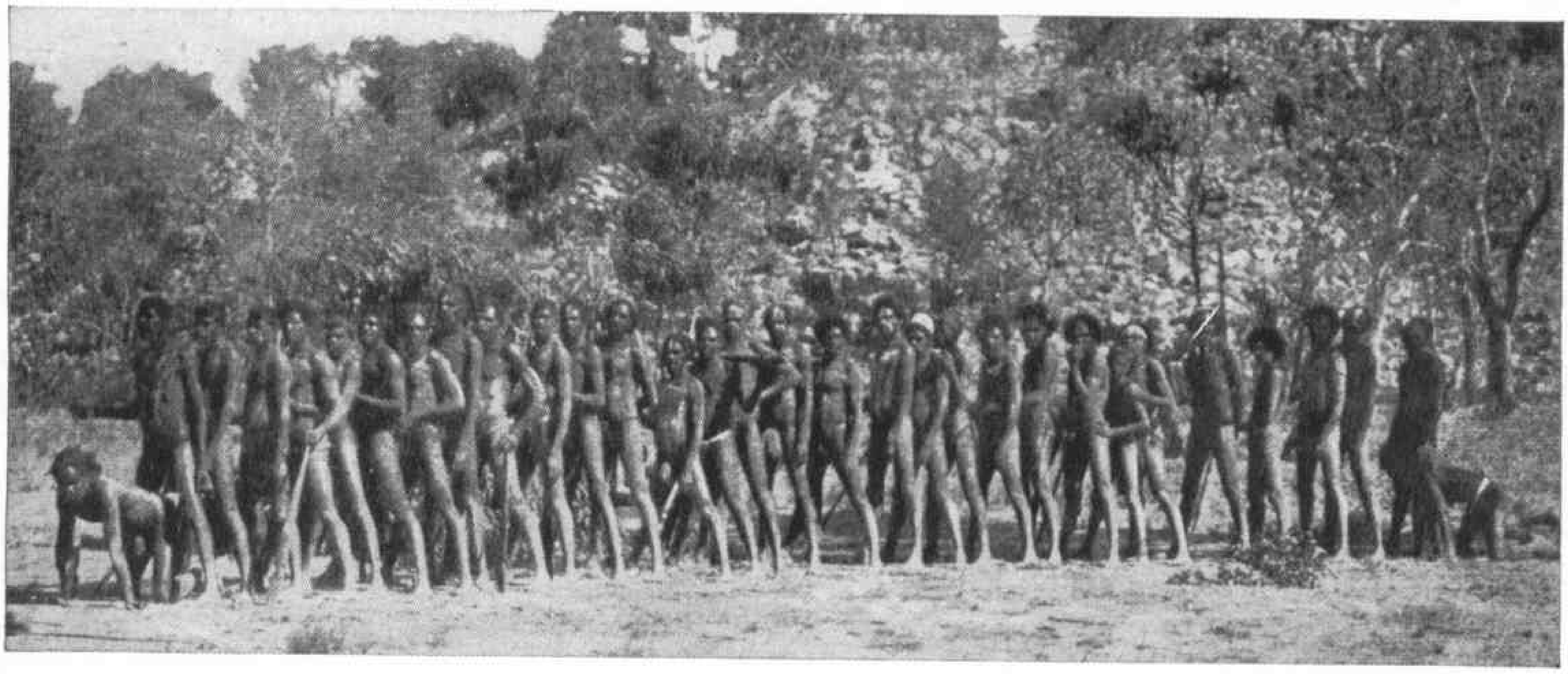
Alguien ha insinuado que la necesidad de emplear los brazos en las labores cada día más difíciles de la primitiva humanidad obligó al hombre a valerse de sonidos en lugar de gestos para comunicarse con sus semejantes. Así, el napolitano moderno, acostumbrado al *dolce far niente,* empleará más gestos que un obrero mecánico del norte de Italia.

Relacionados con el lenguaje de los signos pueden considerarse los dibujos o pictografías, que empiezan siendo señales en el suelo. Un palo clavado, inclinado, indica aún en América dirección; lo mismo quieren decir montones repetidos de piedras, y con pictografías que pronto constituirán los jeroglíficos primitivos se comunicaban los indios los acontecimientos. Es un hecho indiscutible que todos los primitivos actuales graban o pintan figuras esquemáticas en las rocas y en esto ya se distinguen de los antropoides. Ningún animal produce nada representativo que pueda convertirse en arte. ¿Pero es que lo que observamos en los primitivos actuales y en los hombres de la edad de piedra tuvo un principio en las familias de homínidos? ¿Acaso los hombres de Java y Pekín llegaron a borronear siluetas en las rocas? Es dudoso, mejor dicho, imposible.

Lo que parece evidente es que si los homínidos llegaron a poseer un lenguaje articulado, su imaginación se desarrollaría mucho más de prisa que su inteligencia, y la manera de expresar sus sentimientos debió de ser, como la de los primitivos actuales, por comparaciones, metáforas, apólogos y parábolas. Es lo que observamos todavía en el *folklore* de los negros, de los polinesios y

El oso totem de los pueblos tártaros de Siberia, martirizado sacramentalmente un día cada año.





Danza ceremonial del totem caimán en el noroeste de Australia.

australianos. El argumento, la trama de la acción, el cuento, es infantil; lo que le da verdadero valor a la narración son los episodios marginales.

Según los modernos estudios en psicoanálisis, hasta hace muy poco no consiguió la inteligencia humana ordenar la frase, hablando de una manera metódica y consciente, como la empleamos hoy los hombres civilizados de las razas indoeuropeas. Los semitas no parecen haberlo conseguido nunca totalmente; de aquí el desorden que encontramos en sus profecías cuando no están *organizadas* por una interpretación occidental. Aun en los tiempos históricos — hoy mismo —, cuando se traducen oraciones de indios americanos convertidos al cristianismo por los misioneros, ¡qué extraña confusión nos parece encontrar en sus palabras, que para ellos están llenas de sentido...!

Nietzsche notó que, durante el sueño, con nuestras pesadillas pasamos por el estado de pensamiento de la humanidad primitiva. «Quiero decir — añade —, que de la misma manera que ahora raciocina el hombre en sueños, raciocinó cuando marchaba despierto hace miles de años. La primera *causa* que acudía a su mente para explicarse alguna cosa que necesitaba explicación le satisfacía y era aceptada como la verdad.» Freud propone que el pensar en sueños fue causa de la formación de los mitos. ¡Son — dice— los sueños seculares de la joven humanidad!

Las adivinanzas y enigmas son también una supervivencia de esta imaginación primitiva. Heródoto cuenta un hecho que revela un primer contraste entre las mentes primitivas y la inteligencia lógica que poseemos hoy. Explica que las tribus de los escitas enviaron un mensaje al rey Darío, y que el embajador, sin despegar los labios, puso a los pies del monarca un pájaro, una rana, un ratón y un puñado de flechas. Al preguntarle el significado de aquel mensaje, el embajador escita contestó simplemente que no tenía orden de hablar, sino tan sólo de entregar aquellos presentes y marcharse. Darío y sus ministros no pudieron ponerse de acuerdo para interpretar la embajada: según Darío, quería decir que los escitas le entregaban el aire, el agua y la tierra; pero uno de sus dignatarios creyó entender que los escitas amenazaban con sus flechas y que, para librarse de ellas, tendrían que esconderse bajo la tierra, como el ratón, o volar por el aire o nadar debajo del agua... El



Sepultura de un jefe indio de Alaska, con el lobo totem individual del muerto.

mensaje quedó sin descifrar. El acertijo de Sansón —« del que come salió comida y del fuerte salió la dulzura» —, no lo comprenderíamos si la Biblia no explicara su significado, que fue «que las abejas hicieron un panal en el cuerpo de un león muerto y así producían miel o dulzura aprovechándose del fuerte o león». Por todo esto, es muy probable que si pudiésemos hablar hoy con el hombre de Heidelberg, aunque comprendiéramos sus palabras, no entenderíamos sus ideas.

Aristóteles declaró que un ser sin lengua sería «una bestia o un dios». Es natural, pues, que una cosa tan importante como la palabra, que caracteriza a nuestra especie, haya preocupado a los hombres de ciencia y se hayan hecho conjeturas para averiguar el origen de tan preciosa facultad humana. El problema interesó ya a los antiguos griegos, pero durante los dos últimos siglos el origen del lenguaje ha sido una de las más constantes preocupaciones de varias ramas de la ciencia. Los filósofos, los naturalistas, los filólogos, todos han tratado de encontrar una hipótesis satisfactoria, y aunque los resultados son más bien desconcertantes, queremos dar al lector una idea de las principales teorías expuestas para explicar el origen del lenguaje. Estas pueden reducirse a tres.

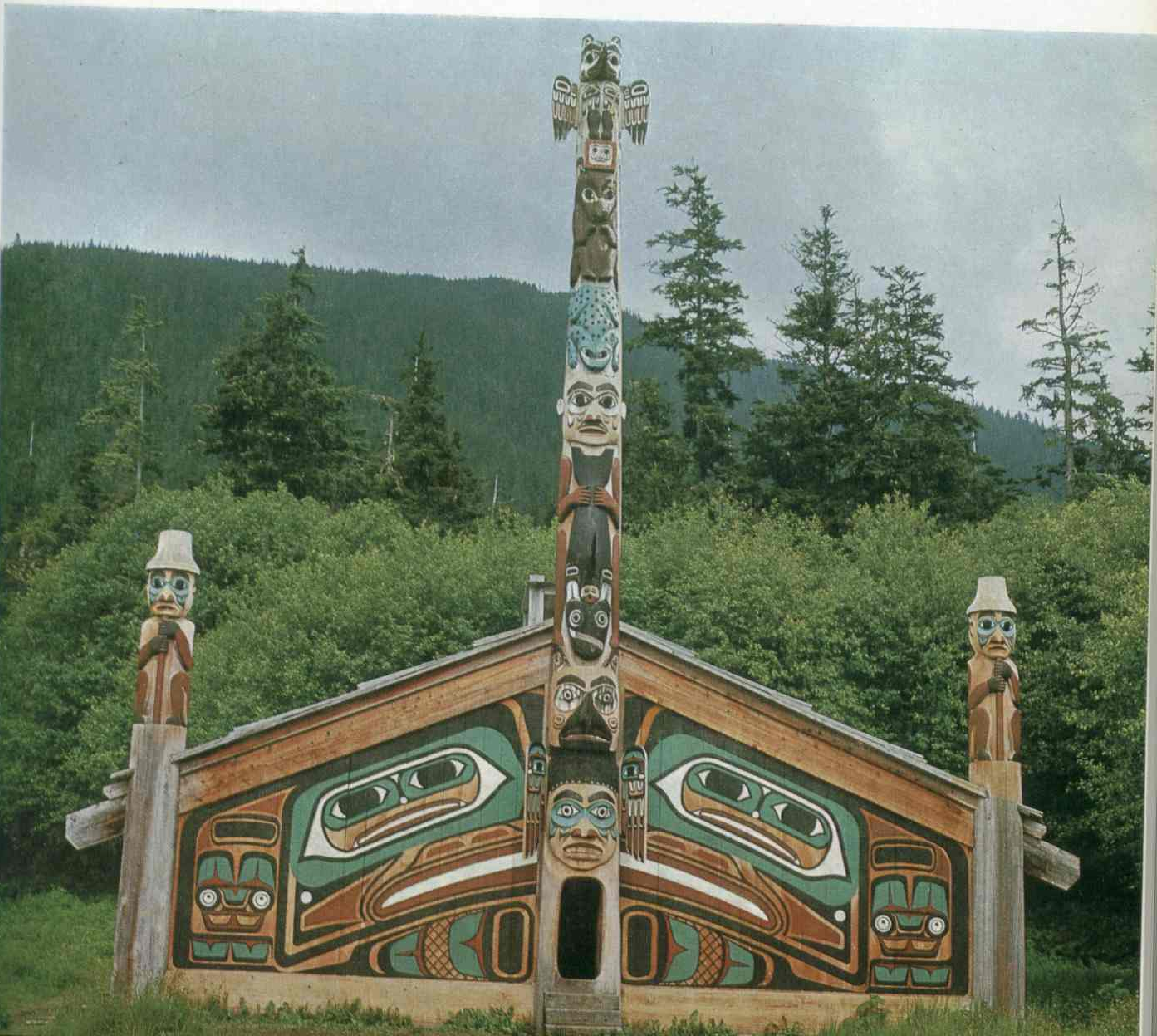
La primera teoría, que podríamos llamar mística, pretende que el *logos*, o la palabra, existió desde el principio. La palabra, si no estuviera corrompida por el uso, expresaría la esencia de las cosas. Las palabras son, pues, producto de la misma naturaleza, no creación del hombre. El hombre las reproduce por instinto o inspiración. Tal fue el concepto expuesto por Platón y los neoplatónicos, admitido durante toda la Edad Media por algunas escuelas filosóficas y enunciado otra vez en tiempos modernos por Heyse y otros filósofos alemanes. El mundo es como un órgano inmenso, en el que cada objeto emite su sonido, que es la palabra. La idea de que el lenguaje haya sido o pueda ser con el tiempo la expresión de la esencia de las cosas no ha asustado a hombres de ciencia como Leibniz, quien lanzó la idea de una *lingua characteristica universalis*, esto es, una lengua universal en la que cada palabra expresara lo característico de cada cosa. Claro está que la lengua que imaginaba Leibniz sería una creación artificial, como el esperanto, sólo que cada vocablo incorporaría la idea exacta de cada cosa, no una mezcla de palabras escogidas entre los diversos vocabularios.

Dentro de esta misma escuela mística pueden incluirse los que afirman que las lenguas son la materialización del espíritu de una raza; así es que un abisinio cambiará antes de color de la piel que de lenguaje y un europeo no llegará a hablar bien el chino hasta que se convierta en chino espiritual y materialmente.

La segunda teoría, que podríamos llamar

física, es la que hace al lenguaje producto del hombre por reflexión, quien fue llamando a cada cosa por su nombre a medida que la necesidad le obligó a ello. Así se explica en el *Génesis* el origen del lenguaje: «Y Dios había creado de la tierra a todas las bestias del campo y a todos los pájaros del aire, y los hizo venir hacia Adán para que les diese un nombre, y el nombre que Adán les dio fue su nombre.» Esta parece ser la idea de los semitas. El poema babilónico de la Creación empieza con estos versos: «En aquel tiempo, el cielo aún no tenía nombre — y el nombre de la tierra no se había declarado todavía—y el caos sin abrir era su dueño...» Y no hay duda que, sobre todo en la época moderna, algunas palabras han sido propuestas por la voluntad del hombre. Así la palabra *gas* fue sugerida por Van Helmont, la de *urbanidad* por Balzac, la de *beneficencia* por el abate Saint-Pierre y la de *madre-patria* por Disraeli.

Casa tribal de los indios de Alaska en Ketchikan, con el mástil totémico de la colectividad.



Un tercer grupo de teorías, resultado del naturalismo y materialismo contemporáneos, hace originar el lenguaje de la imitación de los sonidos naturales. Los antiguos egipcios, que no conocieron el gato hasta la duodécima dinastía, le llamaban *miau* y los chinos le llaman así todavía. Parece que los papúes llaman al perro *bau-bau* y al hacha de hierro *din-din.* Ejemplos de onomatopeya, o imitación de los sonidos naturales para significar las cosas, se pueden observar en el lenguaje de los niños que empiezan a hablar; por ejemplo, llaman *chu-chu* al tren por el ruido de la locomotora; además, se pretende que muchos vocablos fueron gritos espontáneos, interjecciones en momentos de dolor o de placer que quedaron definitivas para recordar la cosa o el acto. Así podrían originarse voces también de los gritos que profieren los hombres al agruparse para ejecutar una labor, como los vendimiadores al prensar la uva, los segadores al cortar las mieses, etc.

Suponemos que el lector no habrá quedado muy satisfecho con estas tres explicaciones, y aún menos lo estaría si pudiera conocer las enormes dificultades que se presentan al querer explicar, en todos los casos, cualquiera de estas teorías. Muchos de los vocablos que usamos no son producto de creación, sino de destrucción; el lenguaje se corrompe por pereza, acortando las palabras y destruyéndolas para imitar a otras que creemos mejores. Razas enteras han abandonado sus lenguas o hablan unas jergas mixtas de sus idiomas primitivos y los de otros pueblos superiores con los que han estado en contacto. Pero ni aun en los lenguajes más primitivos puede explicarse la aparición del corto número de *raíces* de que se forman todas las demás palabras por ninguna de las tres teorías mencionadas: el instinto, la invención y la imitación. La dificultad capital es la siguiente: el hombre primitivo, como el niño, no discurre con palabras, sino con frases hechas. El fenómeno de desenvolver una idea en sus distintos elementos supone una mentalidad muy avanzada. Ciertos indios americanos, que tienen hasta veinte palabras para expresar conceptos concretos de la acción de lavar, como lavar una cosa, lavarse las manos, lavar la ropa, carecen de una palabra que exprese simplemente la idea abstracta de lavar. Lo más probable será, pues, que las primitivas razas humanas empezaran empleando vocablos para expresar una idea completa, no una cosa, y que poco a poco los elementos gramaticales fueran diferenciándose hasta producir las palabras raíces. Y es más que seguro que todos estos pasos hacia adelante los dio el hombre empujado por impulsos más bien inferiores y por la dura necesidad.

Esto se ve también muy claro en lo que podríamos llamar el ciclo de los conceptos religiosos del hombre primitivo. Los poetas y filósofos románticos imaginaron la religión como una espontánea adoración de la criatura, maravillada ante la grandiosidad de los fenómenos naturales. Al ver salir el Sol, al contemplar en el firmamento las estrellas, el primer hombre debió de caer de rodillas, adorando a los astros y a la causa primera que lo rige todo tan sabiamente. A ella debió de elevar, no sólo su plegaria, sino también su agradecimiento y su amor. ¡Cuán lejos todo esto de la realidad! Hoy conocemos bastante bien el origen del fenómeno religioso en los salvajes actuales, y es muy probable que por las mismas causas apareciera en el hombre primitivo. El deísmo poético del primer hombre adorando al Creador ha sido substituido, no por el sabeísmo o adoración de los astros y fuerzas de la naturaleza, sino por el totemismo, o sea la misteriosa protección que un animal determinado dispensa a toda una tribu o a un simple individuo por separado. Para algunos el origen del fenómeno religioso es el miedo de lo invisible, desconocido, pero que se conoce que existe, y para protegerse hay que aceptar la idea de un animal protector.

La palabra *totem,* para designar a este animal protector, es de origen americano, pues la usaban los algonquinos, pero la idea que representa es acaso la más universal-

mente extendida entre los pueblos primitivos. Los australianos usan la palabra *kobory* para indicar la idea del totem, y nombres diferentes tienen los hotentotes e indios de Alaska para el mismo extraño concepto. El totemismo parece ser ingénito en la especie. Los egipcios en su Panteón tenían dioses híbridos de animales, que en un principio debieron de ser pura y simplemente totems de los varios clanes de Egipto prehistórico. Hasta los dioses clásicos hállanse acompañados de un animal, y lo que ahora parece un símbolo, es fácil que antes haya sido el totem, substituido más tarde por un dios de figura humana. Júpiter debió de suplantar al águila, Minerva a la lechuza, Juno al pavo real, Apolo a la serpiente, Diana a la cierva, Baco al asno, etc. En los tiempos históricos vemos a Roma recordar su totem en la loba, y ciertos pueblos germánicos, también hijos de lobos, tienen empeño en conservar como título nobiliario el recuerdo del totem que debió de protegerles en los tiempos prehistóricos.

Generalmente los devotos de un totem determinado se reúnen en fiestas anuales para danzar disfrazados e imitando los gestos del animal patronímico. Con aquella mímica se sentirán identificados con su totem. El resto del año le guardarán veneración y procurarán no enojarle, absteniéndose de comerlo; al menos tratarán de desagraviarle con obsequios; por ejemplo, si un indio de Alaska tiene que comer salmón, recogerá todas las espinas y las pondrá en lugar reservado junto al agua, para que pueda encarnarse de nuevo en ellas el totem salmón.

La rara manera de funcionar las mentes primitivas hace que los miembros de un grupo totémico se concedan un día de venganza para martirizar y comerse en banquete ceremonial a aquel animal al que han evitado dañar y comer durante el año.

Las danzas y fiestas en honor del totem de la tribu o linaje durará días, hasta meses, pero cuando la sociedad humana se reduce a una sola familia, ya aparece la idea del totem exclusivo de aquel clan.



Mástil totémico de una tribu de Alaska, con diversas representaciones animalísticas.



Piel de gamo de los apaches, con dibujos para hacer invisible al que la lleva puesta.

Muchas hipótesis se han emitido para explicar los fenómenos totémicos, y aunque sobre ellos existe gran diversidad de opiniones, a la hora presente la que parece más satisfactoria es la que se desprende de las ideas que respecto a la vida y la muerte tienen la mayoría de los salvajes actuales. Para muchos primitivos nada ni nadie muere por completo; una vasija que haya sido benéfica o maléfica para sus poseedores continuará ejerciendo saludable o perniciosa influencia aunque esté escondida o rota. Un animal muerto puede ser peligrosísimo si no está aplacado; el espíritu de un enemigo pueden absorberlo los individuos de la tribu comiendo su cadáver; pero lo más probable es que, después de andar errante algunos días, el fantasma penetre en el cuerpo de un animal vivo. En él habita cierto tiempo, hasta que se introduce el espíritu en el seno de una mujer y renace en forma humana. Si a esto se añade que algunos primitivos actuales desconocen la conexión entre las relaciones sexuales y la maternidad, no es tan de extrañar que la criatura se sienta dependiente del animal en que habitó su alma antes de nacer, más que del varón, jefe de la familia, que es su propio padre. Con estas ideas bien arraigadas es también natural que la mujer que va a tener un hijo, al sentir la primera sensación de la maternidad vea siempre un animal, real o imaginario, que será el totem del que aún no ha nacido. Este nunca perseguirá a su totem ni a sus *hermanos,* los otros animales de la misma especie. En ocasiones se sentirá presa de calentura y se figurará que se ha transformado en su animal totémico; los demás miembros de la tribu, hipnotizados por sus gritos y su furor, creerán verle cubrirse de pelos, o de plumas, volar, crecerle los colmillos, etc. Estas metamorfosis son de corta duración, pero la fiebre que las precede y la depresión nerviosa que acompaña a una de estas crisis duran varios días.

Al organizar la sociedad humana en familias y tribus, el totemismo se complica, como toda religión. Además del totem personal, hay que contar con la protección del totem de la madre; todos los hijos de una misma mujer tienen este segundo totem como un apellido de familia. El marido es adoptado por el totem de la esposa; puede aún conquistar otro al matar a un enemigo y agrega al mástil totémico el *totem* nuevo a continuación de los antiguos de su gente, al igual que los blasones en los escudos de armas de las familias nobles.

Todos los primitivos tienen lugares secretos, o *tabúes,* donde se reúnen los adultos de la tribu para preparar las ceremonias y danzas de iniciación. Los indios del noroeste de América se reúnen en la vivienda del jefe y allí celebran sus fiestas con objeto de conceder a un nuevo individuo la protección de determinado totem. Algunas de estas sociedades secretas practican sus ceremonias en despoblado, y el sacrilegio de acudir a ellas, durante el rito, un extraño a la cofradía es castigado con la muerte.

Como se ve, el totem no es un animal fantástico ni un espíritu que se manifiesta o encarna en la forma de aquél, sino que es

el animal mismo. Lo único misterioso es el modo como el animal ejerce la protección sobre su ahijado, de qué manera le ayuda o cómo su poder se extiende hasta el hombre; pero ya hemos dicho que la lógica es lo que menos interesa al hombre primitivo: no se pregunta el porqué ni el cómo, acepta con fe ciega lo que creen los viejos y cuentan los brujos de la tribu. Para él es innegable que el totem ayuda en casos difíciles, y que sobre todo alivia y cura las enfermedades. Las prácticas de nuestra medicina popular revelan muchas supervivencias de aquellos días prehistóricos; llenaríamos no pocas páginas de este libro si tan sólo quisiéramos reducirnos a detallar las que todo el mundo conoce.

Pronto los grupos totémicos tienen necesidad de una choza para disfrazarse y fabricar los objetos mágicos que utilizan en sus apariciones anuales. Allí se fabrican las máscaras, las matracas, los vestidos que sirven sólo para las fiestas. Las mujeres y los no iniciados ven surgir de la casa prohibida para ellos la máscara ataviada con plumas y collares; a menudo todo el cuerpo va escondido en una túnica de fibras que llega hasta los pies. Es inconcebible que sea uno de los miembros de la tribu que se ven cada día. Precede a su aparición el ruido misterioso de las matracas que resuenan y gimen como si fueran voces de los espíritus.

Con el tiempo los ritos se complican de tal manera que se necesita un maestro de ceremonias; éste es el primer tipo de sacerdote que conoce la humanidad. El nombre de *shaman*, que le daban los mongoles, ha sido aceptado por todos los hombres de ciencia para expresar esta idea del curandero y sacerdote. Un *shaman* es, además, brujo y encantador. Su poder es terrible; no sólo conoce la fórmula misteriosa que librará de todo mal al individuo, sino que además posee un objeto mágico, un tambor, un manto, que es único por su capacidad de producir efectos benéficos o dañinos, pues puede curar al paciente a distancia o infundirle profunda melancolía, que le causará la muerte lentamente. Para su actividad mágica a veces es necesario herir la efigie o maltratar algo que haya pertene-



Indio del Amazonas con vestido litúrgico de plumas y fibras.

cido a la víctima; escupirle es otro modo de provocar su destrucción; otras veces, bastará, en la obscuridad de la noche, señalarle con el dedo o con un hueso puntiagudo, lo que necesariamente le será fatal. El embrujado no tratará de defenderse, todo lo más acudirá a otro brujo o *shaman* que pueda acaso deshacer el maleficio del primero; por lo general se dejará morir, sumiéndose en una misantropía llamada *tanatomanía* o preocupación de la muerte.

A medida que la humanidad avanza a costa de dolorosas experiencias, trata de darse explicaciones sobre el origen de las cosas. Los indios del noroeste de América aseguran que el cuervo, el más sabio de los animales totémicos, ha sido el creador del mundo, y que se comunica por medio de apariciones misteriosas con sus devotos predilectos. Otros no llevan sus conocimientos más allá del origen de la tribu. He aquí cómo cuentan su historia los puraris, de la costa de Nueva Guinea, en el mar Pacífico. Ivu, el primer hombre, surgió de la tierra al pie de un árbol de ajenjo silvestre. Hizo salir a su esposa Ukapu, que quiere decir *serpiente,* de otro árbol, y bajo su sombra vivieron los dos. El primer hijo empezó a esculpir ídolos y luego instituyó las fiestas y ceremonias. El hijo menor preparó manjares para los espíritus, construyó viviendas y empezó a trabajar. Los dos hermanos se querellaron, el mayor marchó muy lejos y se casó con una mujer de otro país; para el segundo hijo, el viejo Ivu tuvo que sacar otra mujer de otro árbol y estableció para él y sus descendientes el sistema de vida y costumbres que todavía rige. La tribu creció en número, hubo disensiones más o menos graves y grupos de puraris llegaron hasta la costa, estableciéndose en diferentes puntos de ella.

Este principio de curiosidad por los orígenes revela ya un grado de cultura mucho más avanzado que el que hemos descrito como existente entre los australianos, y seguramente los homínidos del tipo del pitecantropo ni siquiera llegaron a intuirla.

Es, pues, algo prematuro anticipar aquí las ideas del totemismo y de la religión más elemental; sin embargo, conserva la humanidad las supersticiones más primitivas, y por eso, aun entre los salvajes que practican cultos superiores, como el de los manes o difuntos, o el culto de héroes divinizados, reaparecen supervivencias totémicas con rara unanimidad. El hombre primitivo no vacila en asociar lo que hoy llamaríamos creencias contradictorias, muestra empeño en enriquecerse con ritos que parecen incompatibles. Hay ceremonias que sirven para preparar a los muchachos para la pubertad y

Danza del fuego de los indios de la Columbia Británica.



disponer a las muchachas al matrimonio; en ellas los jóvenes guerreros de la tribu muestran su valor venciendo dificultades y soportando sufrimientos; son noviciados largos, que a veces duran meses, con períodos de silencio, reclusión y ayuno. En una palabra, el salvaje es infinitamente más religioso que el hombre civilizado y por esto se puede retroceder sin gran escrúpulo hasta sospechar que el casi hombre, el homínido, tuvo sentimientos de tipo religioso, muy rudimentarios y toscos, instintivos.

No queremos describir ninguna de las fiestas religiosas de los primitivos actuales, porque, a menos de conceder larguísimo espacio para el relato, nuestra descripción no revelaría la importancia, el volumen, la cantidad de sufrimiento y el sentimiento que contienen. Tales prácticas varían muchísimo de unos pueblos a otros; en todos tienen de común la duración, podríamos decir, la insistencia, la cantidad. Los cantos se repiten sin fatigarse; a veces son cortas estrofas en honor del totem, otras simplemente onomatopeyas y sonidos guturales; las matracas y los tambores atruenan el espacio durante noches enteras, acompañando danzas y más danzas, procesiones y nuevos cantos; sucédense días y más días en los que apenas se come ni se duerme, con apariciones espantosas de los cofrades, disfrazados con representaciones del totem, los cuales se hieren o muerden unos a otros, así dentro como fuera de la casa tribal.

Todo el ceremonial está regulado por los *shamanes*, que conocen antiquísimos cantos y los enseñan a las nuevas generaciones. A veces se improvisan nuevas canciones. Ya se comprende que el estado de enajenación a que llegan los salvajes primitivos en estas fiestas ha de ser favorabilísimo para manifestaciones de lo subconsciente, que es la primera forma de producción artística. Así empiezan el canto, el baile y aun el arte plástico; el ritual exige máscaras, disfraces y objetos litúrgicos, como mantos, bastones decorados, tambores y matracas.

Estos objetos, cosa sorprendente, son de rara uniformidad. Las matracas, por ejemplo, de los indios de la costa americana del Pacífico son análogas a las de los salvajes de Nueva Guinea y aun de ciertos primitivos africanos. Lo mismo podríamos decir de las máscaras y cinturones. Los grandes tambores, llamados *huehuetl*, cuyos redobles acompañaban los sacrificios humanos de los aztecas, en los teocalis, están en uso todavía hoy entre los indios de México, y análogos los encontramos en Nueva Guinea y otros pueblos primitivos. En las pinturas prehistóricas del Levante español aparecen los cazadores con una extraña decoración en la pantorrilla, como una liga, y en sepulturas de la misma época, en el lugar del tobillo, junto a los huesos, se encontraban conchas perforadas, que sin duda indicaban el uso del mismo anillo decorativo de la pierna. La explicación la tenemos quizá en una costumbre actual de los salvajes: algunos habitantes de Timor ciñen la parte alta de sus piernas con una liga, que llaman *ponor*, que sirve para indicar a todos que el bravo que la lleva es un gran *cazador de cabezas*.



Máscara de pájaro caníbal, en madera pintada. Columbia Británica.

La misma prenda o liga con cascabeles se encuentra en otras tribus salvajes del Pacífico, igual que en los hombres prehistóricos europeos, y acaso para el mismo objeto. En la danza llamada de la culebra, con que celebraban los brujos negros de la Habana el día de los Santos Reyes, algunos de

ellos llevaban todavía en sus disfraces el *ponor* o jarretera prehistórica.

Con las ceremonias religiosas y sociales de los cultos totémicos se originó el arte, y acaso también por la necesidad que sentían de adornarse todos los hombres primitivos. En el noroeste de América las máscaras son a veces complicadas obras de escultura. Algunas se abren por un mecanismo que mueve el salvaje con la boca y deja ver una segunda máscara interior, indicando así una transformación del ser mitológico representado.

Pero el arte más universal, como si fuera una necesidad biológica inevitable de la especie humana, es la danza. No puede concebirse que ni aun los homínidos fósiles de cráneo aplastado y mandíbula robusta no se expansionaran danzando. Algunos monos antropoides se dice que se agitan rítmicamente en noches de luna. Hasta las liebres se mueven en ronda algunas tardes, como si danzaran aprovechándose del buen tiempo. Las danzas de los primitivos van acompañadas de gritos que no son musicales. Es el gesto, la figura, lo que cuenta en la danza. Muchos se preparan con medicinas y embriagándose con el calor y el humo de plantas narcóticas.

Las danzas llevadas al paroxismo producen deseos de sufrimiento en honor del principio totémico o divino que agita a los participantes en los días de las fiestas tribales. Es la primera manifestación del masoquismo, o placer encontrado en el dolor, una casi universal desviación humana: sufrir, padecer con azotes, recibir sangrantes heridas causadas con garfios y cilicios. Todos los primitivos se dan este raro placer, que buscan todavía muchos pervertidos de la sociedad civilizada.

Entre los primitivos que poseen ya un sistema mitológico con espíritus propicios y malignos, así como entre los que practican el culto a los manes o antepasados heroicos, las representaciones de estos dioses y héroes substituyen en los mástiles a los totems y aun se les representa aisladamente, como las singulares esculturas de la isla de Pascua, en el océano Pacífico. Ya hemos dicho que con el tiempo los totems se convierten en espíritus o dioses, como en el caso de la mitología griega, pero a veces también otras generaciones se los representan como antepasados, humanizándolos a su manera. Tal es el caso de las tribus de Israel. Recordemos la bendición de Jacob a sus hijos, tal como la relata el Génesis, donde se revela el origen del totem de cada familia. «Judá es un león cachorro, Isachar un asno grande y fuerte, Neftalí una cierva, Benjamín un lobo...» Algunas razas representan, pues, a estos *divinos* antepasados con figura humana y el totem se ha convertido ya en un héroe o genio tutelar. Este también es otro de los orígenes del arte.

Además, los ritos de los pueblos trashumantes o cazadores les obligan a pintar santuarios en las rocas, para prepararse así a la cacería. Allí donde se representan animales, y aun figuras humanas, los artistas primitivos demuestran un admirable sentido estético para percibir sus menores movimientos. Así son los famosos frescos de los bosquimanos, tan parecidos a las pinturas del hombre prehistórico europeo.

Los antepasados continuarán ejerciendo una influencia tutelar después de muertos. Su carácter de héroe queda todavía muy vago, pero se reconocen sus comienzos. Así, en las famosas estatuas de piedra de la isla de Pascua, en el océano Pacífico, se distinguen dos categorías, la de los personajes que van con la cabeza descubierta y los que llevan una especie de gorro de piedra. Los primeros serían solamente héroes de una generación; los segundos serían ya divinizados.

Hemos venido hablando de grupo, tribu, nación o familia porque pronto el hombre primitivo se organizó en sociedad. Aunque trashumante, sin lugar fijo de permanencia, el homínido debió de tener ya un rudimento de tabúes o prohibiciones que más adelante serán la base de la moral y su legislación.

Los tabúes son variadísimos, según el grado de evolución de cada banda de primi-

Una de las misteriosas estatuas de la isla de Pascua, labrada en piedra volcánica.



tivos; pero hay algunos tan universales y constantes, que debemos aceptar que fueron impuestos cuando el homínido no podía pensar con entera claridad. Uno de ellos, el más estudiado, el más famoso, es el incesto. Todos, absolutamente todos los primitivos actuales y, no hay que decirlo, los hombres más modernos también, tienen tabúes prohibitivos para matrimonios consanguíneos. Es un asunto muy discutido, sin poder aclararse cuál fue la razón inicial del horror al incesto en la hora primera de la humanidad. La explicación fisiológica que damos hoy de que es pernicioso para una gente acumular los elementos de herencia cuando no son favorables, no puede atribuirse a los homínidos.

La otra explicación del tabú para el incesto es la psicológica. Los cónyuges serán más celosos si no se han acostumbrado a verse desde pequeños. Instintivamente el hombre prefiere lo que no le es familiar. Pero cualquiera que sea la causa, los hombres primitivos, incluso los más primitivos, todos son tenaces en aplicar, y a menudo con pena de muerte por su transgresión, las reglas del incesto. Algunos exigen que los matrimonios no sólo sean entre personas de diferente familia, sino también de otra tribu, y su sociedad se caracteriza por esta prohibición; son los que forman grupos exogámicos. Otros que, en cambio, tampoco consienten el matrimonio de los miembros de la misma familia, imponen que por lo menos se casen dentro de la tribu; así se forman los grupos endogámicos. He aquí, pues, una jurisprudencia que se remonta a la época de los hombres de Java, Mauer y Pekín, y a la que nosotros sólo en algunos casos dejamos de obedecer.

Algunos de los actuales pueblos primitivos dan carácter religioso simplemente decorando con figuras mitológicas la cabaña o choza del jefe. Para la iniciación a la pubertad otros levantan un tablado sobre troncos de árbol y allí disponen el santuario, donde los neófitos pasan varios días. Estas cabañas, que suelen decorarse con figuras y mascarones, son las primeras manifestaciones de la arquitectura y la escultura monumentales.

El canto y la poesía empiezan también, según hemos dicho, a tener valor social en las ceremonias de las cofradías primitivas. Es fácil, sin embargo, que el canto tenga un origen espontáneo y que el homínido emitiera gritos como los pájaros. El filósofo francés Taine, observando la aparición de la facultad de hablar en uno de sus hijos, notó que éste, antes que hablar, se lanzó al canto. «A los tres meses y medio — dice Taine—, la criatura, colocada sobre una alfombra en el jardín, empezó a mover brazos y piernas, a emitir cierto número de gri-

tos y exclamaciones, pero vocales solamente, nada de consonantes. Esto continuó por espacio de varios meses, hasta que añadió consonantes a las vocales y articuló sonidos. Por fin se acostumbró a una especie de canturreo que duraba cosa de una hora, y lo repetía, como un pájaro, unas diez veces al día.» Así, por una necesidad medio física de mover los pulmones, medio espiritual de producir sonidos y armonías, comenzó el canto.

Cómo empezó la poesía o el relato poético, ya parece ser más difícil de descubrir. Hoy no es corriente atribuir al pueblo ni a las razas primitivas el sentido artístico. Según los críticos modernos, el pueblo no hace más que imitar a los genios superiores, pero el autor de este libro persiste en creer que las mentes primitivas gozaron de la facultad de improvisar poesía. He aquí cómo cuenta la improvisación de dos canciones por los esquimales el doctor Jennes, de la *Canadian Artic Expedition:* «Al día siguiente de llegar al lugar, los esquimales poseían ya un canto acerca de nuestra llegada, con nuevas palabras adaptadas a una música vieja... Ikpakhanh se divirtió tanto cuando expliqué una aventura mía con una zorra, que antes que yo hubiese acabado con mi relato ya había improvisado una canción acerca de ella...»

Alguien dirá — y acaso esté en lo cierto — que los cantos, ritos y supersticiones que hemos descrito en este capítulo no tienen nada que ver con la primitiva humanidad. Son fenómenos regresivos, caídas, más que progresos, del espíritu humano. Estos primitivos nos dan, no una imagen del hombre apenas salido de la nada por voluntad de Dios, sino, puramente, una visión dolorosa de casos lamentables de degeneración y embrutecimiento...

Pero Dios hizo al hombre del fango, y hoy por hoy la mayor parte de los naturalistas insisten en que este fango — este pobre material de que Dios hizo al hombre, destinado a ser *sólo un poco inferior a los ángeles,* como dice el Salmista —; este fango, esta arcilla de la que debíamos salir nosotros, es el pobre material apenas humano de que están formados los australianos, bosquimanos, esquimales, fijianos y tasmanianos.

Máscara totémica. Columbia Británica.





Bisonte saltando. Pintura de la cueva de Altamira.

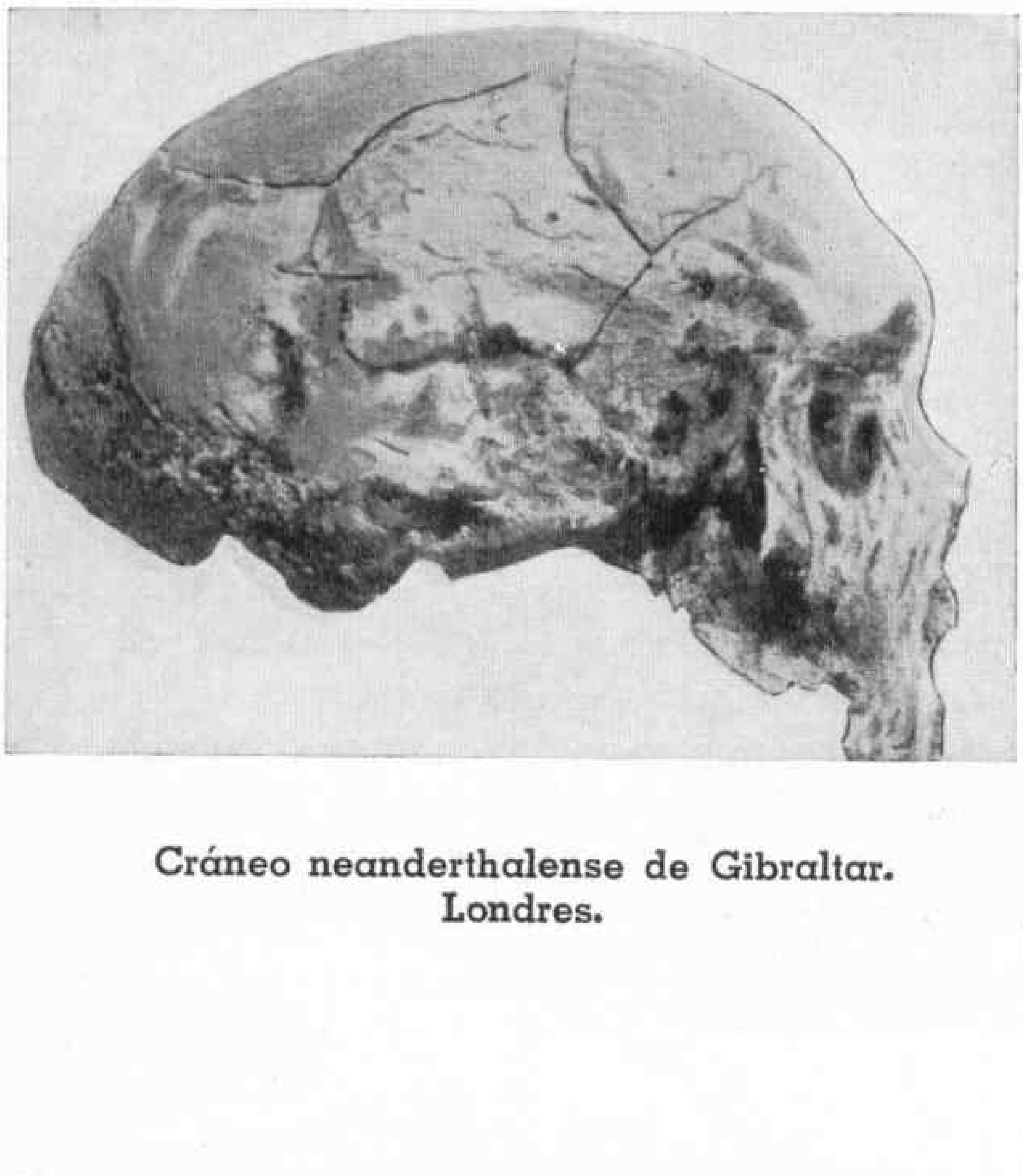
6 LAS PRIMERAS EDADES DE LA PIEDRA EN EUROPA

En un capítulo anterior hemos expuesto lo que actualmente se conoce de tipos de homínidos o seres casi humanos, no todavía hombres perfectos, pero ya más cercanos al *Homo sapiens* que los antropoides, puramente animales. Como en un paréntesis hemos insinuado que estos homínidos podían ya tener un lenguaje, aunque muy primitivo, maneras de pensar que corresponden a nuestros sistemas religiosos, el canto, la danza y tabúes, como las prohibiciones de incesto... porque todos estos elementos culturales se encuentran en todas, absolutamente todas, las variedades del hombre ya bien caracterizado y en todas las agrupaciones humanas en los más apartados lugares del planeta. Esta tan compleja uniformidad hacía pensar en una fatalidad de la especie y por esto los hemos atribuido en germen al homínido, como si fuera éste un embrión o larva del hombre definitivo.

Tal sugestión o hipótesis es algo aventurada, porque no conocemos de los homínidos más que algunos huesos y pocos y aun discutibles útiles de piedra. A menudo, valiéndose de fragmentos de cráneos de homínidos, se reconstruyen las fisonomías de aquellos prehombres, o casi hombres, sin tener en cuenta que no hay manera de imaginar qué músculos tendría su cara, si el cuerpo era lanoso o sin pelo. Pero hay grandes fuentes de información hasta en los meros

huesos; por ejemplo, los homínidos tienen *sinus* o cavidades en el hueso frontal que no tienen los antropoides. Sobre todo, sus dientes ayudan a imaginar la vida que hacían los homínidos y no sólo la vida que hacían, sino hasta lo que pensaban. Es incalculable lo que se puede aprender de los caninos y molares de los homínidos. Hay, pues, que tener paciencia y admitir las divagaciones de los antropólogos modernos cuando se esfuerzan en explicar, valiéndose de datos poco espectaculares, lo que podía ser un *hombre fósil,* en el primer período glacial, muchísimos miles de años antes de nuestra Era.

El hecho bien reconocido de que los homínidos y aun los hombres más primitivos vivieran en el período glacial explica su distribución mundial. Hemos reconocido homínidos bien parecidos en Java, en Pekín, en Rhodesia; a primera vista esta expansión en varios continentes desconcierta: ¿cómo podía un tipo humano formado en Asia o Africa ir a establecer sus descendientes en Java o Australia y acaso en Europa, si aceptamos por tales a los poseedores de la mandíbula de Mauer?... Pero debe considerarse que para formar los enormes depósitos de hielo de los períodos glaciales se tuvieron que vaciar los mares, y continentes como Australia pudieron tener acceso por puentes de tierra aparecidos al retirarse las aguas. Se calcula que en cada período glacial, la masa de hielo acumulada sobre cada una de las regiones más frías era de 40 millones de kilómetros cúbicos, que representaban agua procedente del piélago marino. Dejando bien sentado que todo o mucho de lo que llevamos dicho era hipotético y sólo para estimular a pensar, vamos ahora a entrar en un terreno mucho más firme, con los bien documentados restos de los hombres prehistóricos, ya verdaderos hombres.



Cráneo neanderthalense de Gibraltar. Londres.

Mucho antes que se descubriera la mandíbula de Mauer, que nos sugiere la idea de un tipo de casi hombre, homínido europeo, ya se habían encontrado en Europa huesos del hombre de la Edad de Piedra. Pero sólo en estos últimos años, con el estudio de los materiales acumulados en los museos y con los nuevos fragmentos de esqueletos que aparecen sin cesar, hemos podido reconocer dos tipos bien definidos de verdaderos hombres europeos primitivos, que hemos bautizado con los nombres de raza de Neanderthal y raza de Cro-Magnon, aunque el nombre de raza es impropio.

Vamos a explicar la historia de estos hallazgos. Ya en 1848 se halló en una cantera del Peñón de Gibraltar un cráneo al que, en un principio, no se prestó mucha atención y que hoy se conserva como pieza de positivo valor en el Colegio de Cirujanos de Londres. Se trata del cráneo del primer europeo, aceptado como tal sin discusión; no un hombre imperfecto, no un *hombre fósil,* sino un verdadero hombre. Sin embargo, no debía ser el cráneo de Gibraltar el que diera nombre a aquél.

El nombre de Neanderthal proviene de una pequeña caverna inmediata al valle así llamado, cerca de Düsseldorf, donde se encontraron en 1856 algunos huesos y un cráneo del mismo carácter que el de Gibraltar. Un maestro de escuela, llamado Tühlrott, reconoció en seguida la importancia



El cráneo de tipo neanderthalense de la Chapelle-aux-Saints y la reconstrucción de los músculos de la cara.



del extraño esqueleto a que pertenecían, y por su iniciativa fueron recogidos y conservados en el Museo Provincial de Bonn, donde se guardan todavía. Por espacio de algunos años nadie les concedió gran valor, sobre todo después de haberlos considerado Virchow como los huesos de un individuo gotoso — un caso patológico —, no de un hombre primitivo, añadiendo que aquel ser deforme y enfermo no hubiera podido subsistir con la vida dura que llevaban los nómadas y cazadores de la Edad de Piedra. La sentencia de una autoridad tan respetada como la de Virchow pesó sobre los huesos de Neanderthal por espacio de medio siglo. Es verdad que Huxley, Lyell y King insistieron sobre el carácter primitivo del esqueleto del Museo de Bonn y lo bautizaron con el nombre que ha quedado definitivo de *Homo neanderthalensis;* pero esta opinión de los naturalistas ingleses sirvió más que nada para que los alemanes continuaran burlándose del viejo esqueleto de Neanderthal. Según unos, los huesos debían de ser de un cosaco del tiempo de Napoleón; según otros, de un bárbaro merovingio, o de un celta, o de un viejo molinero holandés, o de un idiota...

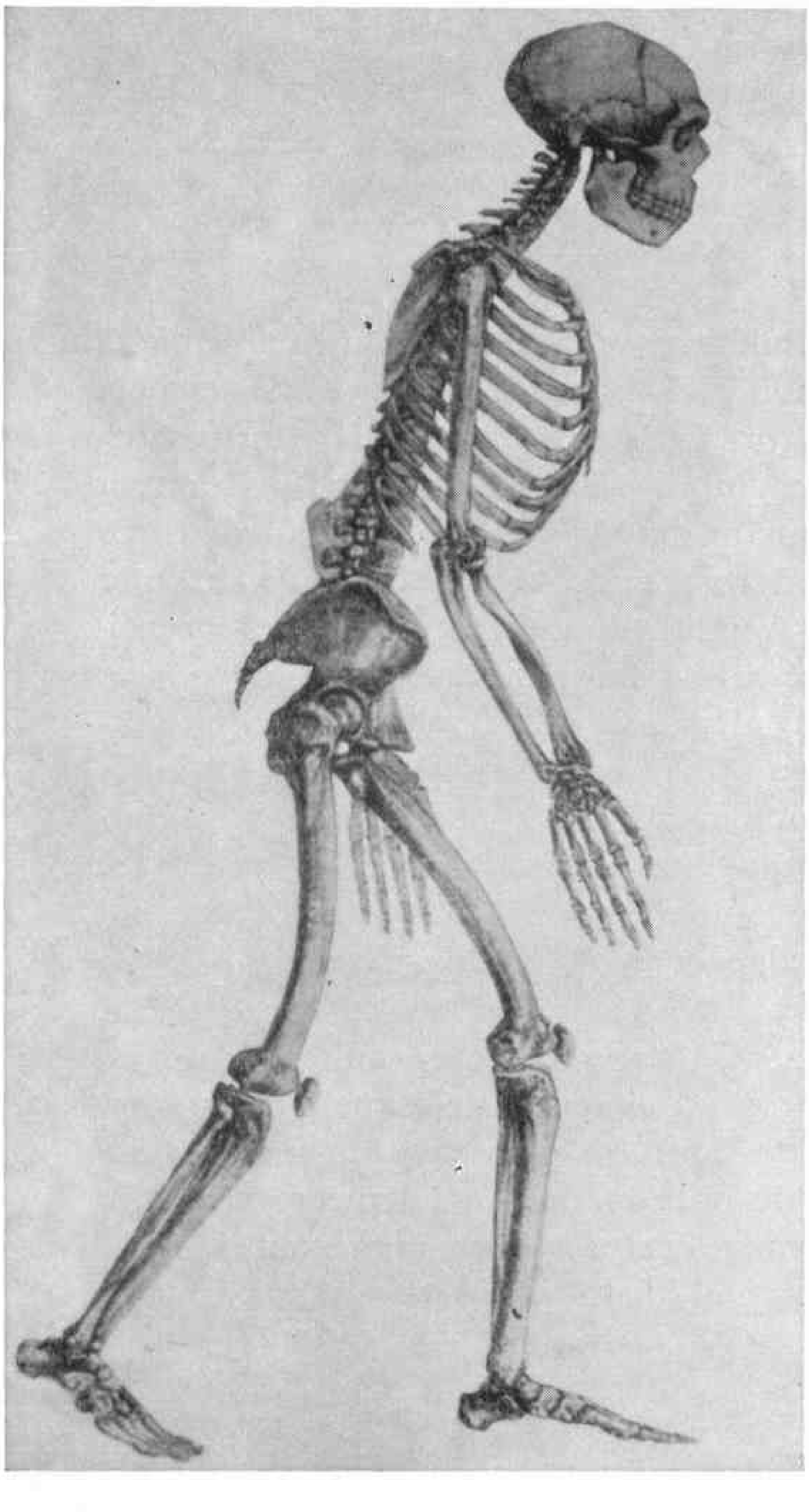
Como a menudo ocurre, sucesivos descubrimientos vinieron a confirmar que la opinión del humilde maestro de escuela Tühlrott valía más que la del ilustre Virchow. Sobre todo, comparando Klaatsch los huesos de Neanderthal con los de otros mamíferos, pudo demostrar que lo que para Virchow eran deformaciones artríticas, esto es, las curvaturas de los huesos de la pierna y del brazo, eran cosa normal en otros mamíferos superiores y que los huesos curvados del hombre de Neanderthal tan sólo indicarían que el primitivo europeo no debía de andar todavía derecho, sino algo encorvado de espaldas.

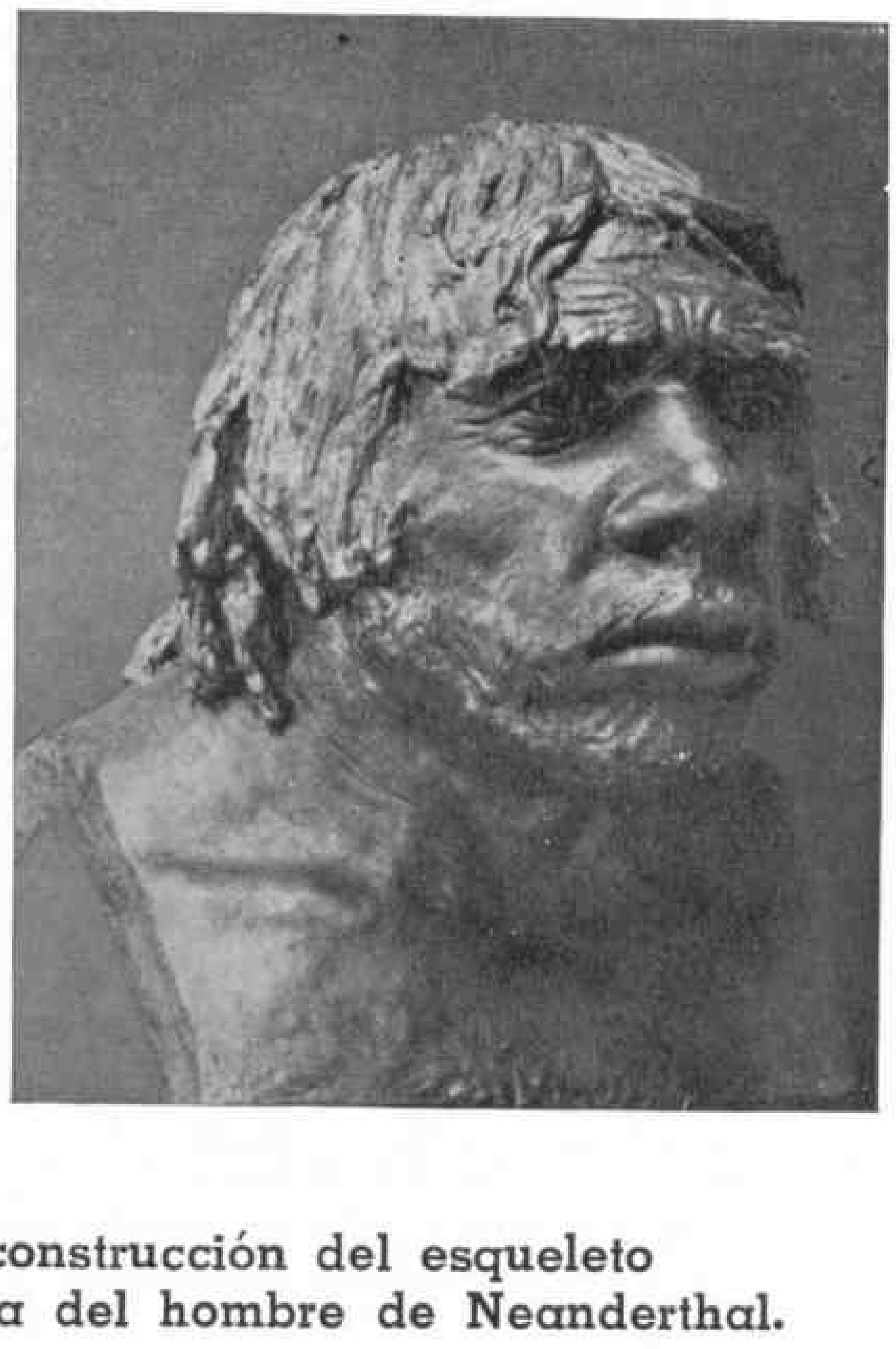
Hoy el tipo del hombre de Neanderthal queda vindicado por una veintena de esqueletos o fragmentos de esqueleto. Era una raza de hombres pequeños, la mayoría de ellos de talla menor de un metro y medio, los brazos cortos y las manos con el metacarpo y el dedo pulgar no tan perfectos

como los del hombre moderno. La cabeza es enorme en proporción a su cuerpo, pero el hueso frontal es aplastado, y conserva algo aplanado el reborde protuberante en la frente sobre las órbitas de los ojos, tan característico de todos los homínidos. El occipital es también prolongado, y la capacidad craneal para el cerebro es todavía muy reducida. La dentición revela un régimen de raíces y carne cruda. Este tipo de Neanderthal, cuyo origen sería prematuro querer fijar hoy por hoy, parece coexistir por algún tiempo con los homínidos y crear individuos mestizos, difíciles de clasificar, pero al fin se extingue para dejar campo libre a otros hombres de mayor estatura y más capacitados, a los que conocemos con el nombre de raza de Cro-Magnon, perteneciente al paleolítico superior.

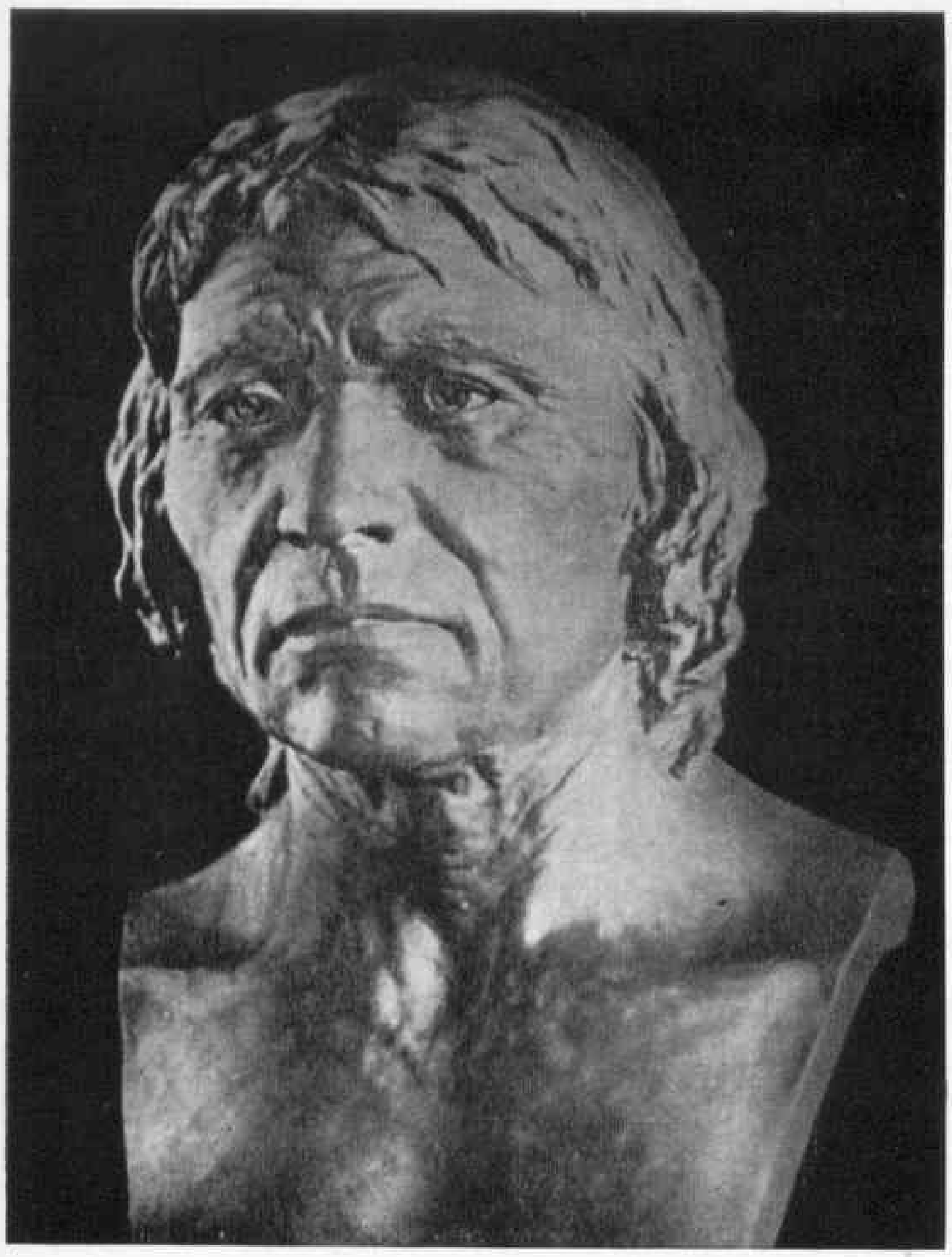
También de éstos se habían descubierto esqueletos desde 1823, pero como no se fijara la atención en los caracteres anatómicos que revelaban, pasaron casi inadvertidos hasta que, en 1868, Lartet exploró una gruta junto al pueblo de Cro-Magnon, en la Dordoña, donde se hallaron cinco esqueletos: uno de hombre adulto, dos de jóvenes, uno de mujer y otro de un niño, que no eran neanderthalenses.

El material arqueológico — piedras talladas y conchas perforadas — que los acompañaba permitió, desde el primer momento, fijar el período prehistórico a que pertenecían aquellos restos humanos de Cro-Magnon. Eran ya del *Homo sapiens* europeo, pero todavía asociado con el mamut y otros animales que después desaparecieron. Eran huesos de una raza magnífica de hombres de casi dos metros de estatura, gran capacidad craneal y esqueleto perfecto, como el del hombre moderno. No conocemos tampoco su origen. Sergi los cree procedentes





Reconstrucción del esqueleto y la cara del hombre de Neanderthal.



parecen muy pocos para representar a los hombres de la primera Edad de Piedra en Europa. Pero actualmente no sabemos más y trabajamos con lo que sabemos. Nuestros estudios sólo están comenzados; es infinitamente más lo que nos falta conocer que lo que conocemos. La exploración de las estaciones prehistóricas de Europa se ha reducido a una pequeña parte de ella; sabemos poquísimo de la prehistoria del Asia, y nadie puede adivinar lo que nos oculta el centro del Africa.

Hecha esta salvedad, y aun exponiéndonos a que lo que escribimos ahora resulte

Reconstrucción de la cara del hombre de Cro-Magnon.

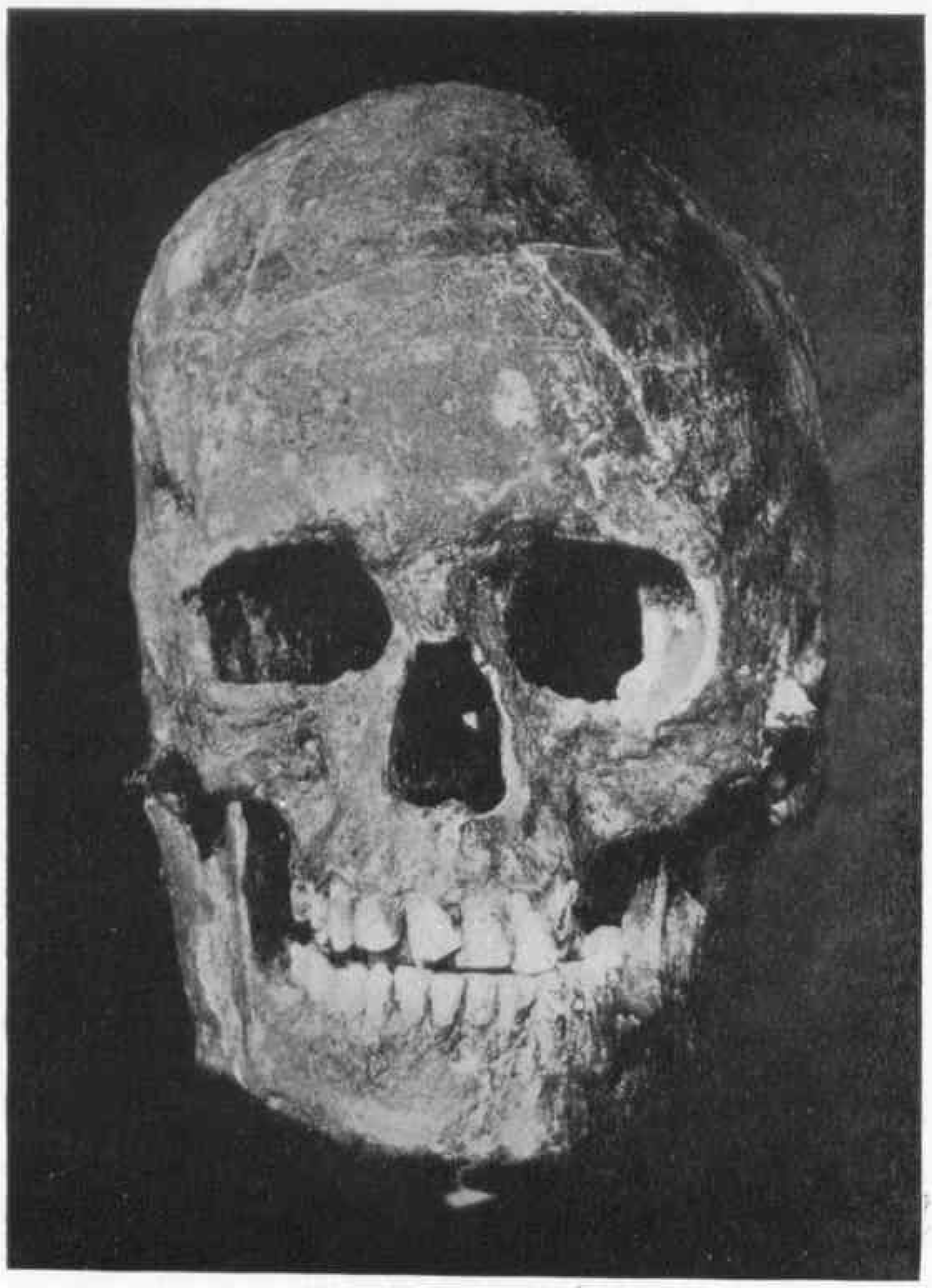


Cráneo del hombre de Chancelade. (Museo del Hombre. París.)

del Sur; Breuil añade que, con la información que tenemos hoy, es imposible atribuirles una procedencia oriental. Pero también estos *pequeños gigantes* de Cro-Magnon llegaron a extinguirse en Europa; otras razas los suplantaron al mediar la Edad de Piedra. Según unos, los descendientes del hombre de Cro-Magnon habrían subsistido hasta la época moderna en los vascos; según otros, en los guanches o primitivos habitantes de Canarias.

Así se hallan estos estudios en el momento presente. Con los nombres no muy científicos de *neanderthalenses* y *cro-magnones,* que corresponden a dos pequeñas localidades de Alemania y Francia donde se encontraron esqueletos de cada tipo, hemos identificado dos razas europeas. De la primera poseemos restos incompletos de unos veinte individuos; de la segunda algunos más, pero no pasan de cuarenta. Veinte neanderthalenses y algunas docenas de cro-magnones

viejo y sin ningún valor antes de algunos años, vamos a proseguir nuestro estudio con el examen de los útiles de piedra que usaban los hombres prehistóricos europeos. Tanto los neanderthalenses como los cro-magnones vivieron en una primera época de la Edad de Piedra, llamada paleolítica (de *palaios-lithos* en griego, o *antigua piedra),* que se caracteriza porque los útiles de piedra no son pulimentados, sino sim-



Cráneo de un adolescente de la raza negroide de Grimaldi.

plemente quebrados. El material es siempre el sílex, que se encuentra en terrenos areniscos formando nódulos o riñones de cuarzo. El sílex tiene la propiedad de que, siendo durísimo y aun poco frágil al darle golpes de plano, salta en astillas al golpearlo en sentido oblicuo. Los fragmentos dejan superficies de rotura concoideas, formando sus bordes un bisel cortante. Sin llegar nunca al pulimento perfecto, que obtendrá más tarde el hombre con otras piedras, el sílex se puede trabajar con roturas sucesivas, cada vez más finas, hasta que las facetas sean casi imperceptibles. El pedernal redondeado se llega a convertir en una lámina delgada, como una hoja de laurel o eucalipto. Navajas, cuchillos, hachas, puntas de lanza o de flecha se pueden labrar en el sílex de un modo admirable.

Como muchas razas de América y Oceanía viven todavía hoy en la Edad de Piedra, conocemos perfectamente la técnica de esta labra del sílex, que fue la primera industria humana. El riñón de cuarzo se desbasta primero con golpes laterales y después se hacen saltar pequeñas astillas comprimiéndolo con un hueso. La humanidad debe muchísimo a la pobre piedra de sílex, de color amarillento, triste, uniforme, sin nada que la haga parecer digna de tan grandes servicios. El hombre prehistórico utilizó el sílex sin competencia de ninguna otra clase de piedra durante muchos miles de años. Fue el material único para fabricar sus armas y útiles de trabajo; evolucionó su forma, hubo productos de sílex variados con las edades, pero siempre a base de la misma piedra, imposible de ser substituida con otra más bella, más fuerte o más blanda. El sílex proporcionó al hombre la materia indispensable para el progreso, por siglos y siglos; dio a nuestros antepasados posibilidades de vida y sirvió más al hombre que el metal, que llegó mucho más tarde. La época o épocas del sílex duraron más que las posteriores épocas del bronce y del hierro, y que las del vapor y de la electricidad, que estamos viviendo todavía. Además, lo extraordinario es su identidad en los países más remotos: las hachas, navajas y rascadores de sílex en Japón, Africa y Asia Central son iguales a los de Europa.

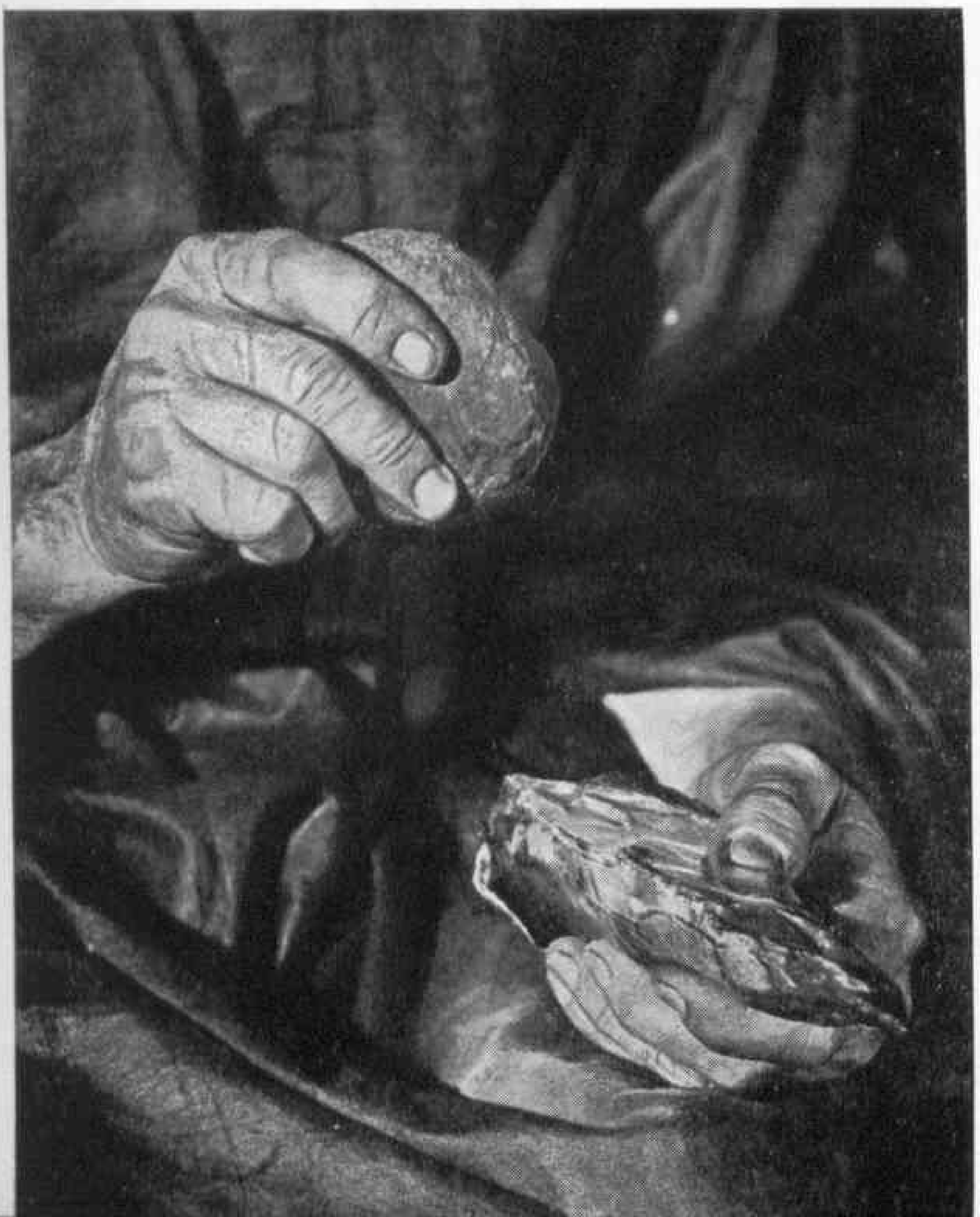
En la Europa prehistórica puede observarse más que en ninguna otra parte como los útiles de sílex evolucionan en formas y tallas que caracterizan diversos estados de cultura. Los nombres de estos períodos de la Edad paleolítica son derivados también de pequeños lugares de Francia, la tierra clásica de la prehistoria. La primera sistematización fue propuesta por Mortillet en 1869, en su *Ensayo de clasificación de las cavernas, fundado en los productos de la industria humana.* Estos nombres se han conservado hasta hace poco, pues en la actualidad esta clasificación ha experimentado amplia variación con la inclusión de nuevos períodos y el desdoblamiento de algunos de los fijados por Mortillet.

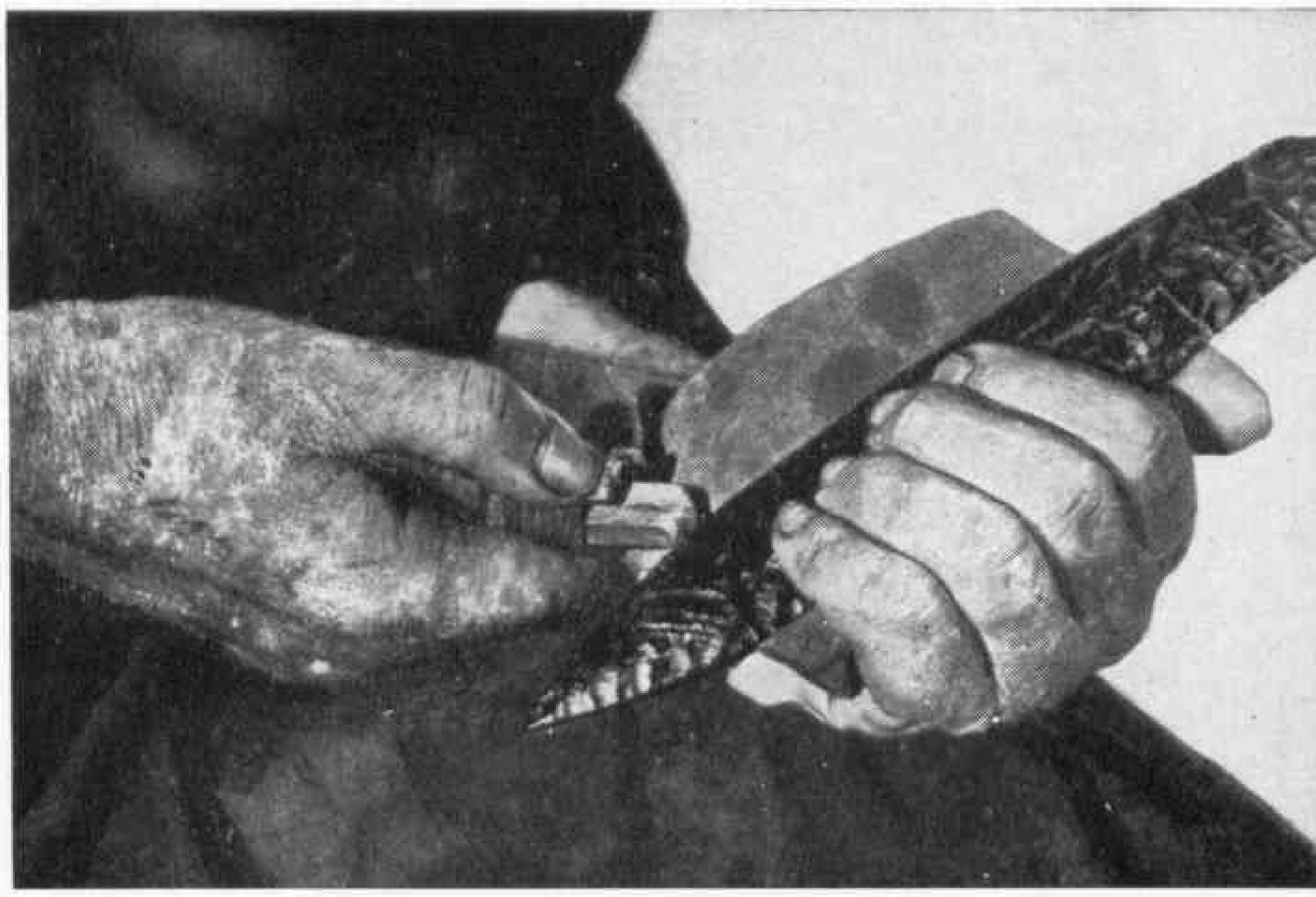
Nosotros sólo nos fijaremos en los más característicos y bien comprobados. El primero, que Mortillet no distinguió todavía,

es el *chelense,* del pueblo de Chelles, cerca de París, donde se encontraron depósitos de hachas de sílex y restos de elefantes y de rinocerontes. El arma chelense es triangular y está labrada con grandes roturas por sus dos caras; debió de manejarse empuñándola con la mano; por esto los franceses la caracterizan con el nombre de *Coup-de-poing,* y a veces tiene dimensiones colosales, hasta 25 centímetros. Parece absurdo aceptar estas armas formidables como el primer útil del hombre en Europa, porque revelan ya un conocimiento de las propiedades del sílex que no puede obtenerse más que por larga experiencia. Y en verdad mucho se ha discurrido para probar la autenticidad de otros tipos más elementales de sílex, tallados por la industria humana, y aún se insiste en reconocer el trabajo del hombre en riñones de cuarzo toscamente fracturados que se han llamado *eolitos.* Pero, por desgracia, el sílex se rompe por la acción de las olas o por el arrastre de los ríos en formas muy parecidas a las de los eolitos, y aunque no hay duda de que el hombre pudo haber aprovechado en sus orígenes estos sílex fracturados naturalmente, y también haber hecho él mismo otros iguales, sólo en las hachas chelenses aparece una forma regular y simétrica que no pudo producirse sino por la mano del hombre.

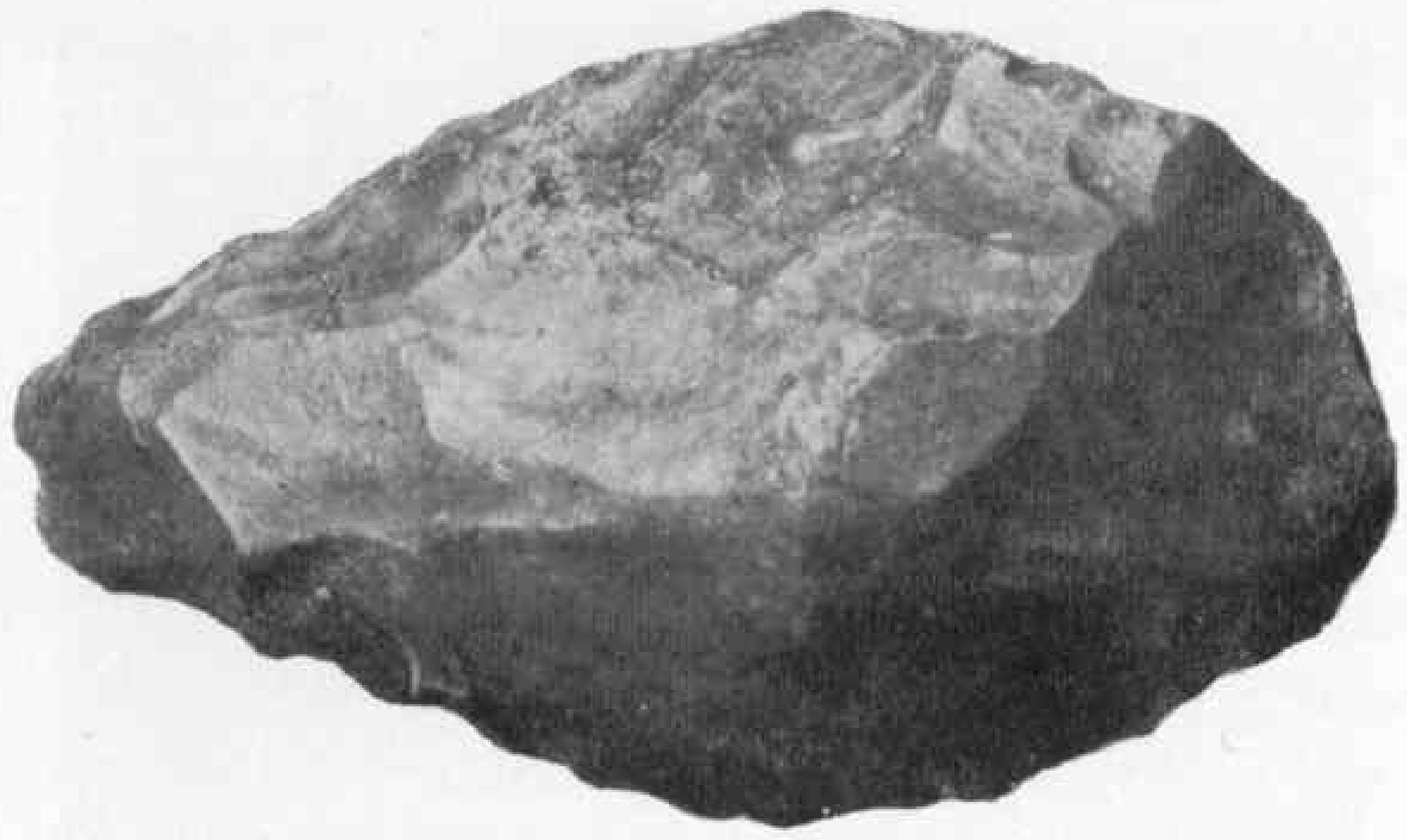
Después del *chelense* encontramos la segunda fase de la cultura paleolítica, que bautizó Mortillet con el nombre de *musteriense.* Esta denominación le fue sugerida por una gruta de la Dordoña, llamada Le Moustier, que en francés antiguo quiere decir iglesia. Así como el hombre en el período chelense vivía en chozas a campo abierto, porque disfrutaba de un clima templado, vemos que en el musteriense empieza a refugiarse en abrigos y canchales. Tiene por compañeros a animales que demuestran la existencia de un clima más frío que el de los que vivían en el chelense. Los instrumentos de piedra son todavía de formas simplemente triangulares u ovaladas, que debían de empuñarse con la mano, pero pre-

Primeras fracturas de un núcleo de sílex para fabricar un útil de piedra. (*Amer. Mus. of Nat. Hist.* Nueva York.)





Indio americano afilando un útil de sílex por el procedimiento de hacer saltar pequeñas lascas mediante la compresión con un hueso. (*Amer. Mus. of Nat. Hist.* Nueva York.)

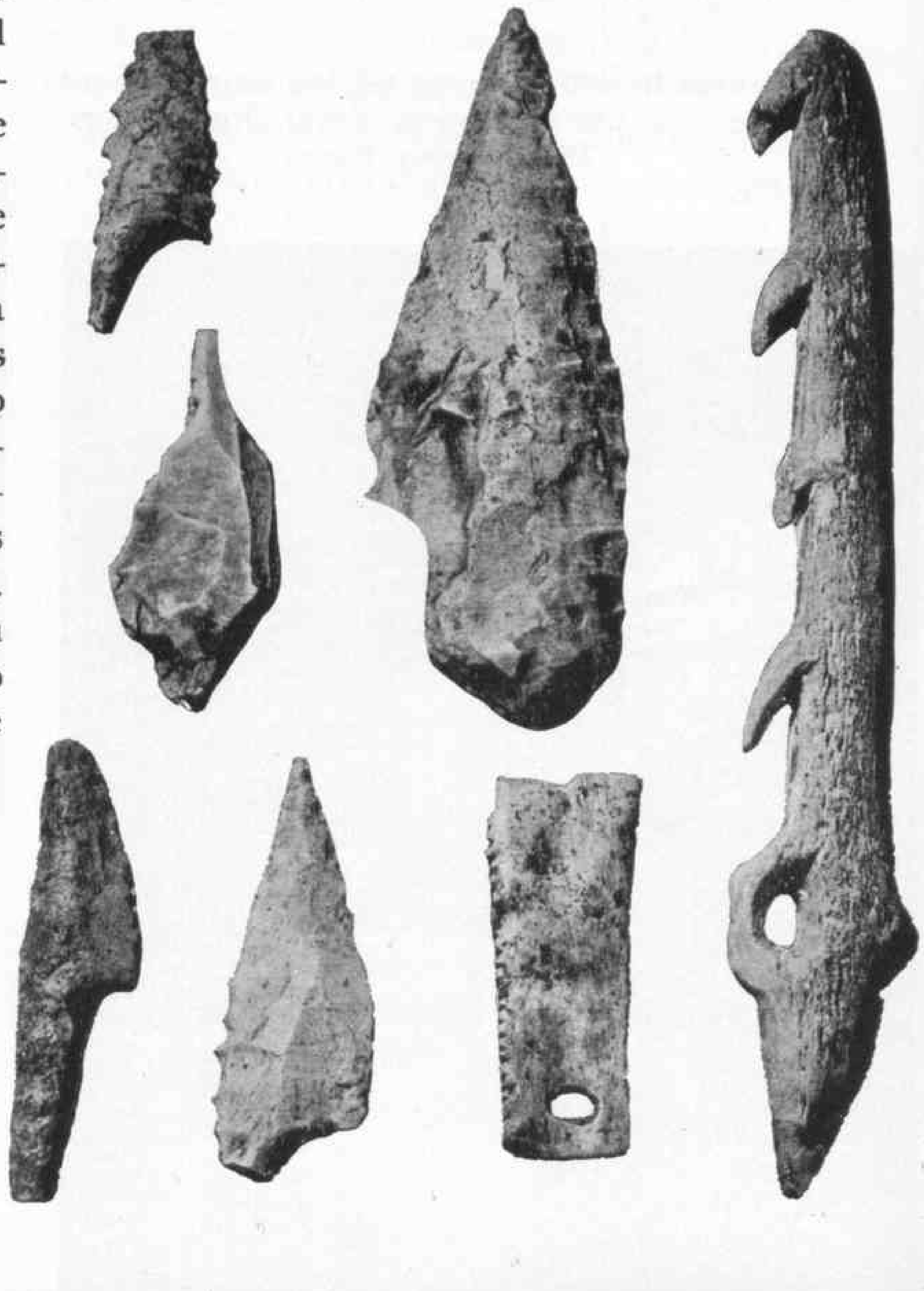


Hacha de mano de San Isidro. Período chelense. Madrid.

sentan ya retoques en los bordes, empezando a refinarse el contorno. Todos los esqueletos de neanderthalenses cuya situación ha podido estudiarse científicamente han aparecido en estaciones del musteriense o de una cultura intermedia que se ha llamado *achelense*.

Al musteriense hoy se hace seguir el *auriñaciense,* del pueblo de Aurignac, en el Alto Garona. El hombre continúa refugiándose en abrigos y chozas y la fauna confirma que el enfriamiento va acentuándose, preparándose la Tierra para un último período glacial. Los animales contemporáneos de este período son el mamut, el rinoceronte peludo, propio de climas fríos, el oso de las cavernas, el bisonte, el ciervo y sobre todo el caballo prehistórico, que debía de proporcionar el principal alimento al hombre de esta época, pues se han encontrado acumulaciones enormes de sus huesos y algunos de ellos rotos, para extraer la medula por medio de una espátula. Los sílex se tallan ya en formas diversas y especializadas y algunos irían atados al extremo de un mango o vara; otros son cuchillos, rascadores, buriles y punzones. La técnica consiste en cortar el riñón de cuarzo en grandes planos y afinar los bordes con retoques marginales.

Esta técnica del auriñaciense llega a su perfección en el período siguiente, llamado *solutrense,* del pueblo de Solutré, cerca de Mâcon. Los instrumentos de este período han sido trabajados en innumerables facetas y con bordes tan finos, que, concluida la labra, más que obra de la industria humana semejan productos de la Naturaleza; a no ser por el color, se los confundiría con hojas vegetales. Las formas son también muy variadas y empiezan a aparecer objetos de hueso y de marfil; los animales predominantes confirman la fauna de los climas fríos. El hombre sigue utilizando como santuarios las cavernas del último período glacial. Un inmenso témpano de hielo cubría a Escandinavia, las islas Británicas y parte de Europa Central; los ventisqueros de los Alpes y los Pirineos eran de extensión mayor que la que hoy tienen. Este frío, cada vez más intenso, caracteriza



Utensilios de hueso y pedernal del solutrense y magdaleniense. (Museo Nacional de Ciencias Naturales. Madrid.)



Venus de Lespugue.

humanos y éstos se nutren de pescado, que consiguen con los arpones de hueso, como hacen los esquimales. El arpón se lanza por un propulsor y es retenido por una cuerda de fibra vegetal. Los punzones de marfil irían clavados a largas picas como lanzas. Además del hombre de Cro-Magnon, que continúa refugiado en canchales, encontramos en algunas de las estaciones del magdaleniense otra raza de hombres pequeños y de esqueleto muy parecido al de los esquimales modernos.

Si el lector ha tenido la paciencia de leer con detenimiento lo que va de este capítulo, habrá notado que por ahora sólo hemos hablado de los esqueletos de los hombres de Neanderthal y de sus armas e instrumentos de piedra... Ello es todo lo que sabemos del período chelense y aun del musteriense. Si algo añadiéramos, no serían sino conjeturas, basadas en la comparación

el período final de la Edad de Piedra sin pulimentar, que Mortillet llamó *magdaleniense,* de la gruta de *La Madeleine,* también en la Dordoña. Los útiles de piedra son pequeños y escasos, predominando los arpones y flechas tallados en hueso o marfil. El mamut y el reno, cada vez más raros y empujados por los fríos, bajan hasta los Pirineos. Se comprende que los rebaños de reses, que ofrecían en el período auriñaciense abundantes animales de caza, por su rareza no son suficientes para alimentar los grupos



Cabeza de la «Venus de Brassempouy».

de sus huesos y sus armas con las que usan hoy los primitivos actuales, sobre todo los australianos. Y a decir verdad, si un diente o una vértebra han bastado muchas veces para reconstruir un animal entero, un hacha de piedra puede ser suficiente para reconstruir una cultura. Pero sería repetir lo que hemos dicho en los capítulos anteriores, al tratar de describir los albores de la civilización entre los salvajes modernos. Una sola cosa podríamos añadir: que estas piedras que proporcionaban a los hombres primitivos armas para cazar y para la defensa debieron de tallarse desde un principio según un ritual misterioso. Los indios de la Baja California todavía hoy labran sus sílex juntándose de dos en dos y modulando un canto litúrgico, siempre el mismo para este trabajo. También es fácil que los instrumentos de piedra se utilizaran como monedas y se acumularan a modo de objetos preciosos. En Torralba, una estación española del período chelense, ha aparecido una serie de colmillos de mamut y elefante, alineados como los tesoros de marfil que se encuentran a menudo en Africa. Y si se tiene en cuenta que la estación de Torralba es acaso la más antigua de Europa, vendremos a deducir que el primer hombre europeo sentía ya el afán de poseer y acumular como el capitalista moderno. No pudo ser ésta, pues, la edad dorada del hombre ajeno de ambición y cuidados, que vive como los lirios del campo. El hombre cuyo mayor tesoro, cuya perla de más precio sea la confianza en su Dios y en sus hermanos... éste ciertamente no es el primitivo hombre prehistórico, que vive ya acumulando piedras y colmillos.

Esto es todo lo que podemos decir del tipo de cultura representado por el hombre de Neanderthal, pero ya no ocurrirá lo mismo al tratar de los períodos sucesivos. Además de sus esqueletos y sus armas, los hombres que podríamos llamar solutrenses, o sea los cro-magnones, empiezan a adornarse y a menudo encontramos sus huesos mezclados con conchas en disposición que parece indicar que estaban formando cinturones, brazaletes y collares. Que los cro-magnones se pintaban el cuerpo con ocre y manganeso es indudable, pues se han encontrado hasta los recipientes en que guardaban sus colores. Más todavía: al enterrarlos se procuraba que el cadáver los tuviera abundantes en su sepulcro, como si, después de muerto, él o su espíritu necesitasen pintarse con figuras totémicas. En ciertos casos, el rito funerario obligaba a descarnar los huesos completamente y a pintar el esqueleto de rojo y ocre. Uno de los primeros cráneos de la raza Cro-Magnon que se encontró en Inglaterra estaba tan completamente teñido, que se llamó desde un principio *la Dama roja*. ¿Qué se proponían los hombres de la Europa prehistórica con esta operación de limpiar los huesos y pintar el esqueleto? ¿Quisieron acaso revestir al muerto de algo permanente que diera idea de la vida de la carne? ¿O se pretendía que el

Mapa que muestra la situación de las principales cavernas de Francia y España con pinturas prehistóricas.





Uno de los bisontes policromados que adornan el techo de la cueva de Altamira.

muerto, con el color de su raza o de su tribu, fuese a encontrar al *totem* personal para cruzar juntos las selvas vírgenes de un Olimpo prehistórico?

Todavía más. Si el hombre del período chelense, y aun del musteriense, no nos ha dejado más que sus huesos y sus armas, al llegar las nuevas razas que substituyen a los neanderthalenses aparece un nuevo elemento de cultura, una anticipación maravillosa de algo que después será una de las más excelsas glorias de la humanidad: aparece el arte. Los lugares en cuyo interior se ha refugiado el hombre, acosado por el frío, son pintados; sus armas de hueso se esculpen artísticamente, y aun labra el hombre prehistórico, por puro placer estético, figurillas de hueso y de marfil, como hacen todavía los esquimales. Y no se crea que estos productos artísticos del pobre cazador europeo de la Edad de Piedra sean bárbaras siluetas o grotescos ensayos, pues algunas obras de los hombres del paleolítico europeo no han sido todavía superadas en nuestra avanzada civilización. Algunas figuras de reno, de mamut, de bisonte y de caballo, de los artistas de la Europa prehistórica son aún las representaciones de animales más artísticas que tenemos. Algunos se representaron en movimiento, saltando o corriendo. Los hombres de la Edad de Piedra, como los primitivos actuales, parecen haber tenido una sensibilidad especial de la retina para percibir impresiones instantáneas. Entre las estatuillas de marfil y de piedra de yeso hay algunas de mujeres; éstas generalmente son *bellezas* con grandes masas adiposas, sobre todo en la espalda. Todavía hoy



Entrada de la caverna de Font-de-Gaume. Francia.

algunas razas negras se desarrollan artificialmente ciertas partes del cuerpo. En las estatuillas prehistóricas el cabello aparece trenzado y ondeado con gran arte. En las pinturas de esta época podemos observar como las mujeres van cubiertas desde la cintura a la rodilla con una falda corta.

Y que estas pinturas de las cavernas y las esculturas que las acompañan son antiguas, y contemporáneas de los hombres de la edad de piedra paleolítica, está comprobado hasta la evidencia. Las mismas especies animales representadas desaparecieron al empezar otras culturas; además, en ciertos parajes estos frescos prehistóricos están enterrados en parte o en su totalidad por un depósito de restos humanos algo posteriores. Algunas cavernas fueron abandonadas completamente al acabar la época paleolítica y hasta se cerró la entrada de otras por un desplome de tierras o por acumulación de huesos y residuos. La edad en que cada una de estas cavernas fue ocupada puede fijarse hoy con toda seguridad; se conoce la edad de muchas de sus pinturas y empieza a verse claro en la evolución de la técnica y los estilos. El primero que se consagró a estudiar los trabajos artísticos del hombre prehistórico fue el magistrado francés E. Piette, quien dedicó el tiempo que le

dejaba libre su profesión a reunir y estudiar las esculturas en hueso y marfil, que fueron las primeras obras del arte prehistórico que se descubrieron. En el año 1880 el español Sautuola reconoció las pinturas de la caverna de Altamira, cerca de Santillana, en la provincia de Santander, que fueron por espacio de veinte años las únicas conocidas de aquella época. Son todavía las más perfectas; el techo de la gran caverna, en una extensión considerable, está cubierto de animales pintados de tamaño natural y con una rica gama de colores, la más perfecta que se encuentra en las pinturas prehistóricas. No es de extrañar que maravillara su descubrimiento y aun se dudara de su autenticidad hasta que se reconocieron pinturas análogas en Francia y España.

Los estudios del arte prehistórico han avanzado grandemente estos últimos años, patrocinados por el difunto príncipe de Mónaco, sobre todo con los trabajos, muy a menudo en colaboración, del profesor de Toulouse, Emilio Cartailhac, y del abate Breuil, de origen suizo. Este último, además de gran arqueólogo, es un excelente dibujante: los dibujos de Breuil han contribuido mucho a divulgar las bellezas del arte prehistórico.

Las ideas predominantes hoy entre los especialistas de este arte de las cavernas se pueden resumir en pocas palabras del modo siguiente: el arte prehistórico se inicia en la época paleolítica, esto es, en el período de la edad de piedra sin pulimentar. Empieza en el auriñaciense, decae en el solutrense y consigue su mayor apogeo y belleza en el magdaleniense. De esta última época son los frescos sorprendentes de las cuevas de Altamira, Font-de-Gaume, Lascaux y los descubiertos en la cueva de Rouffignac. El arte paleolítico tiene gran unidad; en él no se distinguen, por lo menos hasta hoy, diversas escuelas que revelen diversidad de razas. La unidad del arte paleolítico, que se extiende desde los Pirineos a los Balcanes, es una de las más sólidas pruebas en favor de la homogeneidad de cultura y de tipo humano en Europa a partir del período auriñaciense. La gran unidad mental y espiritual que existe en los artistas paleolíticos no se explica todavía de manera satisfactoria. A veces se cree que los tipos que monótona-

Bisonte esculpido de la cueva de La Madeleine.





Bisontes corriendo. Del friso de los bóvidos de la cueva de Lascaux, Francia.

mente se encuentran repetidos tanto en esculturas de marfil como en pinturas eran imágenes que servían para celebrar ritos y cultos propiciatorios.

Las formas de los animales se han estabilizado: vemos el bisonte que salta, el bisonte que olfatea el peligro, el reno que pasta, siempre representados en la misma postura. Parece como si se tuvieran que reproducir en las mismas posiciones para que se produjera un efecto mágico al embrujarlas el cazador antes de salir a perseguir los animales.

Los pigmeos del interior del Africa dibujan en la arena el animal que desean cazar y lo hieren con un palo, al prepararse para la cacería. Muchas figuras de animales pintados en las cavernas prehistóricas tienen señales de haber sido embrujadas con marcas de flechas.

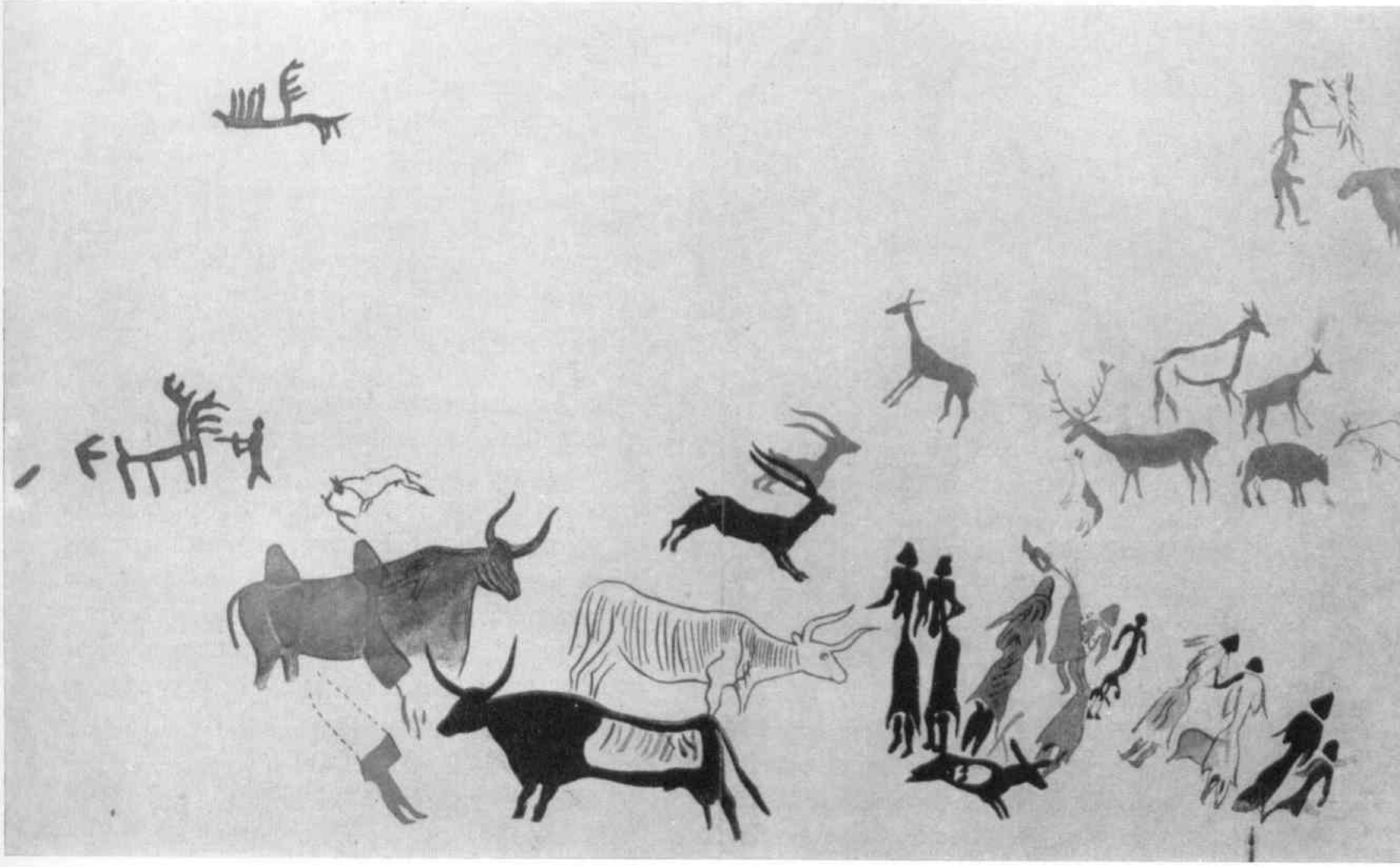
Pero las pinturas de cavernas, como las esculturas, podrían también ser resultado del instinto universal humano de crear formas dibujando, o tallando la madera para marcar líneas o hacer virutas.

Los hombres prehistóricos representan formas vivas con un maravilloso sentido de la perspectiva y la proporción que no se comunica, es innato. No es posible, pues, creer que unos míseros cro-magnones tuvieran escuelas y en ellas se enseñara a pintar; artistas del valor y la categoría de estos pintores de cavernas *nacen, pero no se hacen.*

Esto no quiere decir, ni mucho menos,

Ciervo de la cueva de las Chimeneas (Puente Viesgo, Santander).





Composición total de las pinturas del abrigo de Cogull, Lérida.

que el arte prehistórico apareciera perfecto desde el primer día; se distinguen etapas en la evolución del estilo, tanto en las pinturas como en las esculturas. Que algunas de estas pinturas son anteriores a otras, se conoce porque a veces nuevos frescos han sido pintados sobre otros más antiguos. El arte se ve avanzar uniformemente, no se distingue un centro de difusión, ni escuelas periféricas regionales. Tampoco se acepta hoy la idea, emitida por Piette, de que los cazadores del reno europeo comenzaron sus ensayos artísticos con la talla de pequeños objetos y que las pinturas eran ya una manifestación más avanzada y posterior.

Indicaciones en favor de esta teoría eran que los esquimales (que viven en plena vida glacial) esculpen, pero no pintan, ni incluso apenas se tatúan; además, cuando Piette estudiaba sus objetos labrados en asta y marfil, éstos quedaban ya bien comprobados, porque se habían encontrado en montones de residuos de fecha absolutamente cierta, mientras subsistían dudas acerca de la edad de las pinturas. Pero el estilo es el mismo en esculturas y pinturas; se ha logrado la perfecta confirmación de esta aseveración al encontrarse esculturas de gran tamaño y relieves decorativos prehistóricos de igual valor y significación que los de los grandes frescos.

Sin embargo, no están completamente de acuerdo los especialistas acerca de la cronología de las diferentes fases del arte prehis-



Mamut esculpido en marfil. Predmost. Moravia.

tórico. La más antigua fase parece ser la que representan ciertos grabados de líneas paralelas, como laberintos, análogos a los que esculpen aún en las rocas los australianos. De esta misma fase deben de ser otros grabados de animales con rayas profundas incisas. Pronto empiezan a aparecer pinturas, pero sólo de animales, dibujadas con trazos y aún pequeñas; a éstas siguen formas de animales con manchas de color, sin modelado, y, finalmente, puede decirse que la última conquista del arte de la pintura prehistórica es la técnica del color con claroscuro y policromía.

Además de representaciones de animales, han aparecido algunos frescos con figuras humanas, y así las pinturas prehistóricas nos enteran de un sinnúmero de detalles de la indumentaria y las costumbres de estos primitivos europeos, que nunca hubiéramos podido conocer si no los perpetuara el arte. El primer fresco con figuras humanas fue descubierto el año 1907 en Cogull (Lérida). En un canchal que serviría de santuario hay pintadas varias escenas de caza y aun domésticas, mientras, a un lado, nueve mujeres danzan alrededor de un pequeño sátiro desnudo. Al descubrirse este fresco se creyó que la danza de Cogull representaba la ceremonia de iniciación del hombre llegado a la pubertad; ahora más bien se cree que las nueve mujeres festejan a un cazador victorioso que vuelve de una primera expedición llena de peligros. En otros frescos del sudeste de España los cazadores persiguen ciervos y antílopes, o cazan, disfrazados, bisontes y caballos. En otras pinturas rupestres se representan verdaderos combates, como los que pintan los bosquimanos.

En Alpera vemos un gran jefe con plumas en la cabeza, otros llevan brazaletes y jarreteras, pero, salvo estas decoraciones, los hombres siempre van desnudos; en cambio, las mujeres se cubren con una falda corta y hasta parece como si llevaran una caperuza en la cabeza, mientras que los senos completamente al descubierto constituyen una prueba fehaciente de que no tapaban el cuerpo desde la cintura para arriba; no debían de creerlo necesario.

Podríamos, por comparación con otras razas humanas que viven todavía en el mismo estado de cultura, hacer aproximadas suposiciones acerca de sus ideas, religión y modo de vivir. Podríamos decir que lo más probable es que fueran polígamos y caníbales, que tuvieran las mismas supersticiones totémicas de los indios actuales, y que la mayor parte de su tiempo lo pasaran en pintarse y decorarse o en guardarse de embrujamientos y de espíritus malignos. Debían de vivir desparramados, luchando contra el frío; las mujeres mantendrían siempre el hogar encendido, mientras que el hombre inventaba nuevos artificios para destruir a los paquidermos gigantes y a las fieras, que eran una amenaza continua; o para capturar los ágiles caballos, los ciervos y los renos, sin más armas que un guijarro o un arpón, sin perros ni trampas que pudieran facilitarles su tarea.

Y, no obstante, este pobre predecesor nuestro pintaba y esculpía mejor que nosotros. El arte consigue que, en aquella remota época, el espíritu humano empiece a dar sus primeros frutos.

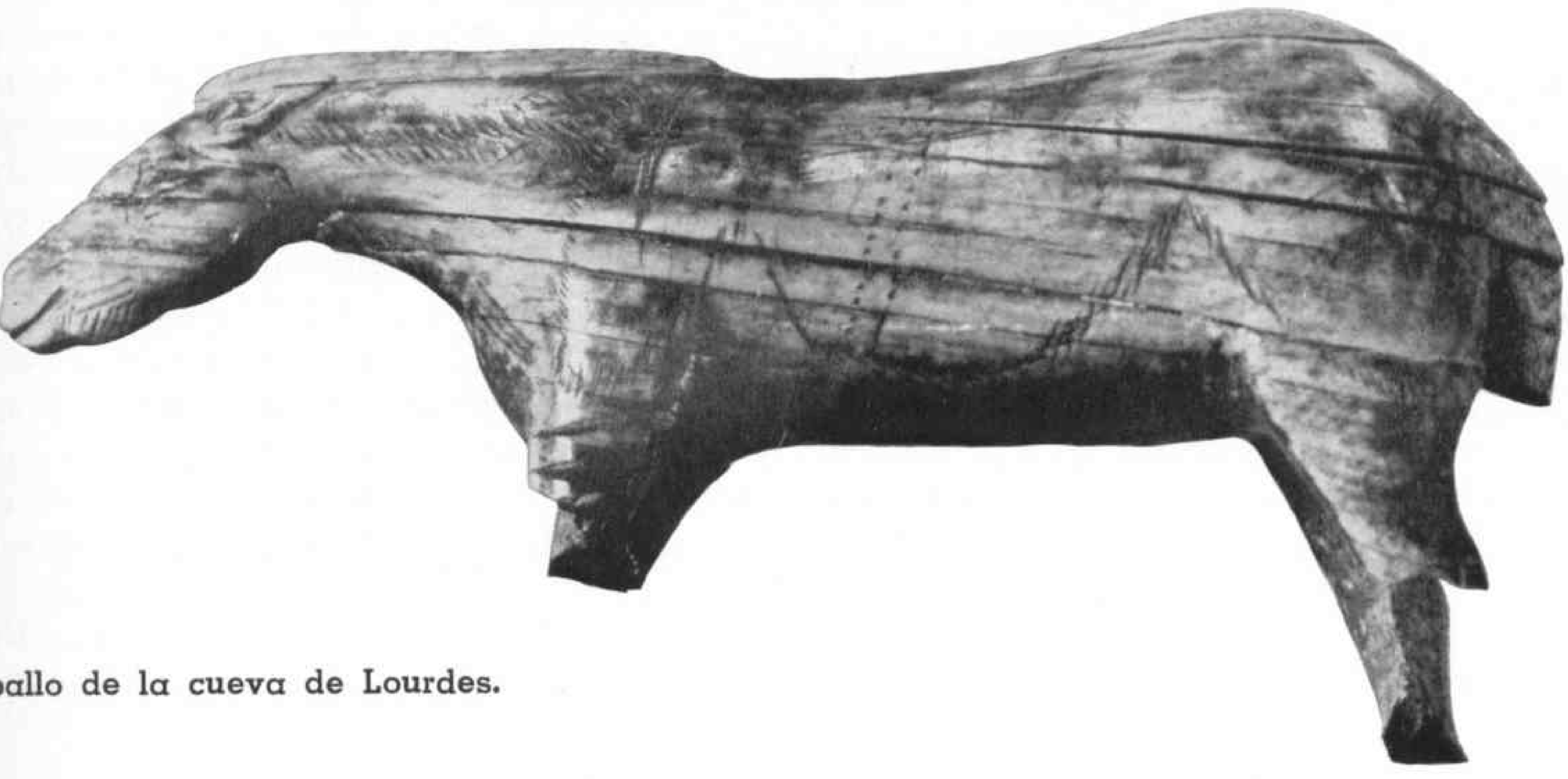
Cuando se estudiaron las primeras ca-

vernas pintadas, el hecho de estar situadas las pinturas en el fondo de largas galerías, a las que a veces no se podía llegar sin grandes dificultades, hizo nacer la idea de que los frescos paleolíticos tendrían un objetivo religioso o mágico. ¿Serían las cavernas verdaderos santuarios de los cazadores prehistóricos? ¿Serían los animales allí pintados representaciones totémicas, o simplemente figuras simbólicas para conseguir, con una ceremonia de brujería, hacerse propicia la res que se desea cazar? Así, por lo menos, se cree hoy.

Allí iban los cazadores para practicar un rito y embrujar con un golpe de su arma la imagen del animal que deseaban cazar. Una vez conseguida la res, se la acercaba a un fuego encendido en el interior de la cueva donde estaba pintada y se apaciguaba su totem echando a las brasas una estatuita de marfil o una placa de piedra con un grabado de la misma bestia que despedazarían para convertirla en alimento.

Por otra parte, la multiplicación de las representaciones de valor puramente histórico o decorativo del sudeste de España nos lleva a suponer que el hombre prehistórico sintiera también la necesidad de pintar con un fin puramente estético.

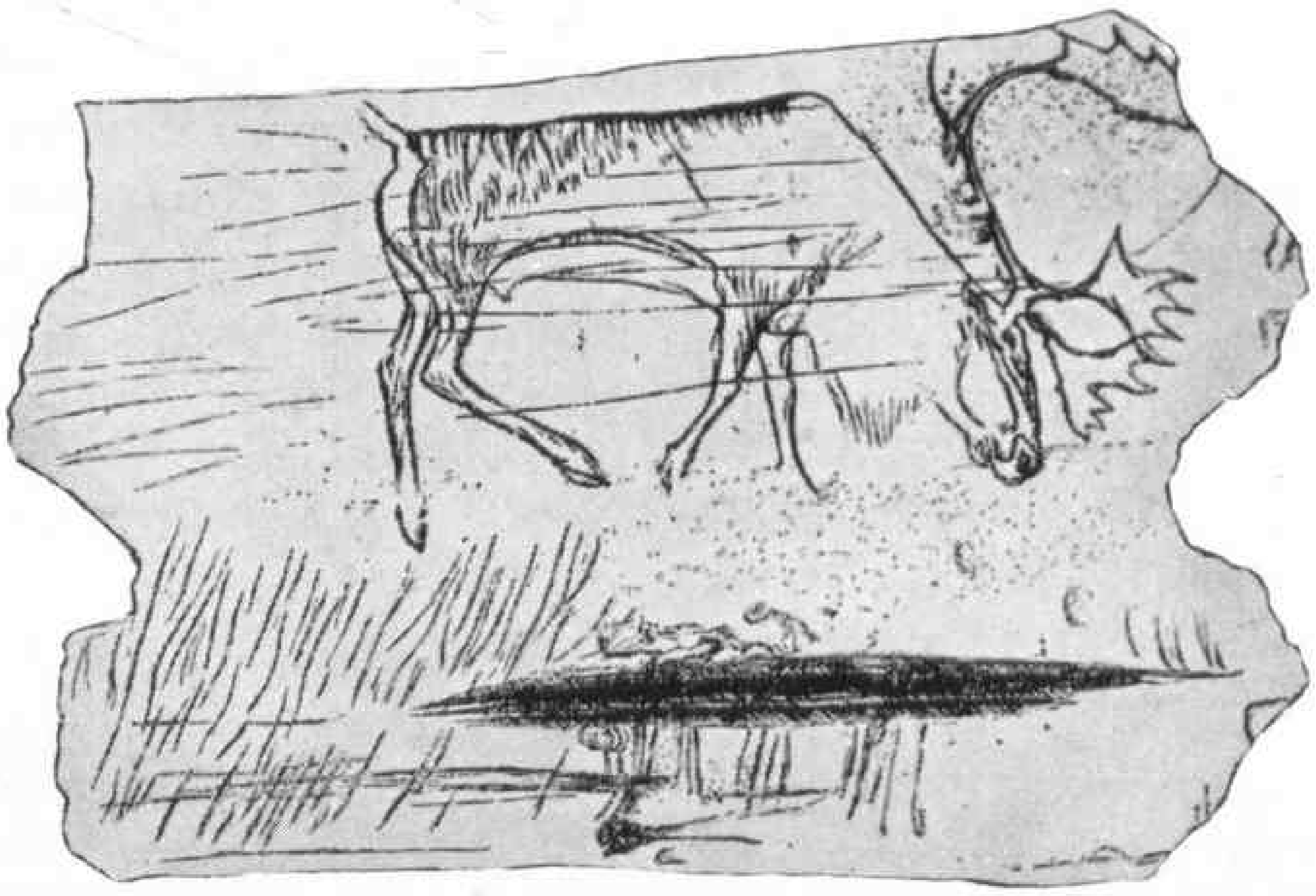
Queda, para el lector, un último e importantísimo punto que aclarar, el más importante acaso: ¿cuándo se pintaron estas cavernas? Hemos hablado de períodos solutrense, magdaleniense, etc.; pero, ¿qué número de años representan? ¿Puede fijarse una fecha, aunque sea aproximada, para esta cultura prehistórica europea? Hasta ahora es imposible aventurar ninguna idea acerca de cuándo empezó, mas para su terminación tenemos un dato que puede ayudarnos muchísimo. Los cazadores de renos vivieron en el último período glacial y es posible hacer conjeturas acerca del tiempo que emplearon los ventisqueros para retirarse a sus límites actuales. Por lo que retroceden todavía los ventisqueros de los Alpes cada año, se ha calculado que el último período glacial terminaría 8.000 años antes de Jesucristo. Más recientemente, el geólogo sueco barón de Geer ha inventado un ingenioso método para estudiar el retroceso de los bancos de hielo con mucha mayor exactitud. Sin entrar en detalles, he aquí el principio en que se funda el método del barón de Geer: un ventisquero deja escurrir, invierno y verano, una cantidad de agua que forma un río. Este curso de agua corre lentamente en invierno, porque el ventisquero apenas se funde, pero se convierte en un torrente desbocado en verano. El agua



Caballo de la cueva de Lourdes.

arrastra en invierno sólo tierras y fango, en verano la corriente arrastra grava y arenas pesadas. Los sedimentos que formaron, pues, las aguas que se derretían de los ventisqueros prehistóricos tienen capas alternadas de materiales finos y gravas pesadas. Cada dos de estas capas representan un año: un invierno y un verano. Con gran paciencia el barón de Geer ha contado las hojas de este calendario prehistórico, del ventisquero gigantesco que desde el Polo llegaba hasta Alemania. He aquí los resultados: desde que el hielo cesó de retroceder en Escandinavia han pasado 2.000 años. Para retroceder desde el estrecho de Jutlandia hasta donde llegó en este retroceso, otros 5.000 años, y como el casquete de hielo del norte de Europa llegó aún más al sur de los estrechos del Báltico y del mar del Norte, podemos contar otros 3.000 años. En total, las nieves del período glacial empezaron a retroceder hace 10.000 años. Y como los cazadores de renos de la Europa prehistórica continuaron aún su vida por algún tiempo después de haber empezado el retroceso de las nieves glaciales, no estamos, pues, muy lejos de la verdad al fijar para el período magdaleniense la antigüedad de una decena de miles de años.

Hace, pues, unos diez mil años, en Europa el hombre no sólo luchaba, cazaba y sufría, del mismo modo que nosotros, toda suerte de penalidades, sino que, impulsado por una fuerza de instinto superior a realizar obras de arte, pintaba y esculpía también como nosotros.



Reno paciendo en un paraje húmedo y brumoso. (Grabado en el cuerno de un animal de la misma clase.)



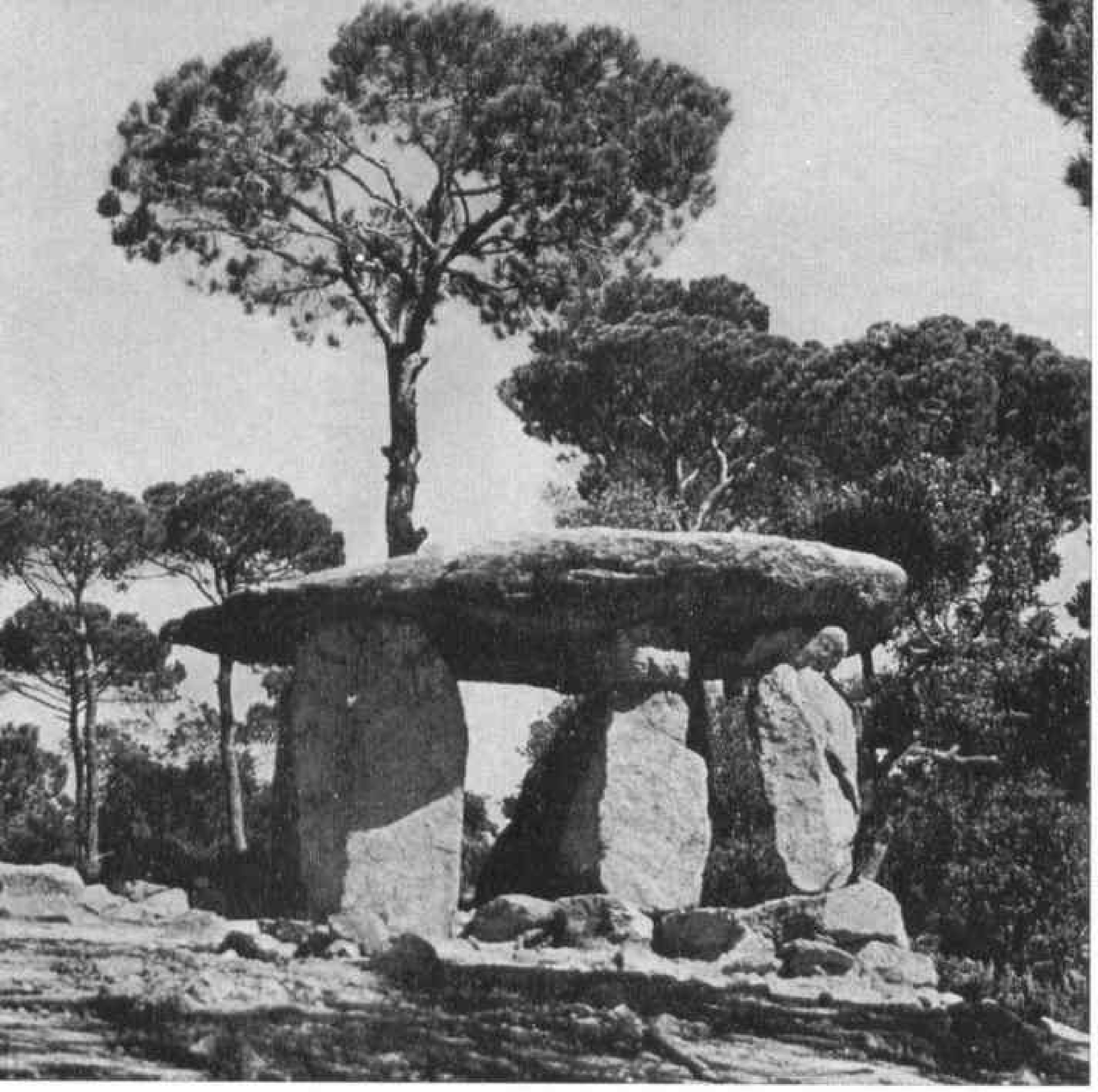
Monumentos megalíticos de Stonehenge.

7 EDAD DE LA PIEDRA PULIDA O NEOLITICA

Antes de entrar a describir el cuadro de la nueva edad de piedra o neolítica, que es el verdadero comienzo de la Europa moderna y del hombre actual, hay que empezar por establecer un mínimo de cronología. La hemos evitado en las páginas anteriores. No hemos querido agobiar al lector con fechas que son números casi astronómicos de épocas glaciales e interglaciales. Pero se impone fijar que el hombre paleolítico, compañero del mamut y el reno, vivió siempre asediado por el hielo, que con sólo algunas intermitencias dejó de cubrir el norte y el centro de Europa. Hemos dicho que el último período glacial acabó 10.000 años antes de Jesucristo, pero había empezado por lo menos unos 20.000 antes, durante los cuales el *Homo sapiens*, satisfizo casi todas las necesidades de su vida con el sílex. Fue lo único que elaboró, desconchándolo y retocando sus bordes haciendo saltar astillas. Emociona pensar que por tanto tiempo sólo empleó la piedra sílex como primera y única materia. No hay nada en la tierra que haya procurado tantos bienes a la humanidad. Se cambió la forma de los sílex, se vio el predominio o la moda de ciertas tallas, hubo épocas en que los sílex fueron grandes como cuchillos y martillos, otras en que se prefirieron hojas como navajas finísimas, pero siempre el sílex, el sílex duro, impenetrable aunque frágil, tuvo que atender a todos los servicios.

Desde mediados del siglo pasado empleamos tantos nuevos materiales para la industria, tantos artefactos movidos por vapor y electricidad, que acongoja pensar que nuestros antepasados tuvieron que valerse de sólo la piedra pedernal, el casi santo sílex, por miles y miles de años. Con la época siguiente de la piedra pulimentada, ya pudo el hombre escoger basaltos y otras rocas volcánicas para hacer hachas de piedra pulimentada, pero en la época paleolítica sólo el sílex amarillento, de color cerúleo, lechoso, fue utilizado como empleamos ahora los metales y el vidrio.

La desaparición de los cazadores prehistóricos, con su cultura paleolítica, y su substitución por otras gentes o quizá las mismas



Dolmen de Pedra Gentil, en Vallgorguina (Barcelona).

con un nuevo tipo de civilización, es un punto obscuro de la historia de Europa.

Que al cambiarse las armas de piedras talladas por otras pulimentadas se verificó un gran cambio en la cultura, es innegable; pero no sabemos cómo, ni por quiénes, ni de dónde vino. Algunos se empeñan en asegurar que la cultura paleolítica desapareció lentamente; afirman que al final del período glacial se advierte una decadencia de la civilización de los cazadores de renos que prepara el advenimiento de la que llamamos cultura neolítica. Los partidarios de esta evolución aseguran que no sólo se ve como decayeron paulatinamente el arte y los útiles de marfil de los últimos cro-magnones, sino que hasta se distingue bien una cultura intermedia entre el paleolítico y el neolítico, que han llamado el período *mesolítico* o intermedio de la piedra tallada a la pulimentada. Otros, en cambio, afirman que los hombres de la raza de Cro-Magnon desaparecieron sin transigir con la nueva civilización y que la cultura que ellos representan retrocedió hacia el Sur, hacia la parte meridional de la Península Ibérica y allí se extinguió o se refugió al otro lado del Estrecho.

Que existe una época mesolítica, intermedia entre la paleolítica y la neolítica, queda evidenciado sobre todo por los útiles de piedra. Al lado de los punzones de hueso subsisten microlitos u objetos pequeños de sílex tallado, truncado, astillado, sin formas bien establecidas para servicios determinados. Son pedernales que sirvieron para puntas de flecha o lanza, para raspar, para cortar aprovechando biseles mal afilados. Ya estos microlitos señalan un cambio, pero no precisan todavía una cultura de ganaderos y labradores, como indudablemente marcan las hachas de piedra pulimentada.

¿Qué duración tuvo esta edad mesolítica, de tan baja industria lítica y tan poco avanzada en otros aspectos? No puede asegurarse, pero se aventura hoy a fijar en cuatro mil años la duración del período mesolítico. Fue una época de decadencia cultural comparable a la llamada Edad Media que siguió a la caída del Imperio romano, sólo que duró cuatro mil años en lugar de los diez siglos que duró aquélla. ¿Cómo se produjo esta decadencia cultural? ¿Fue por fatiga de la vieja civilización paleolítica o por invasión de gentes bárbaras?

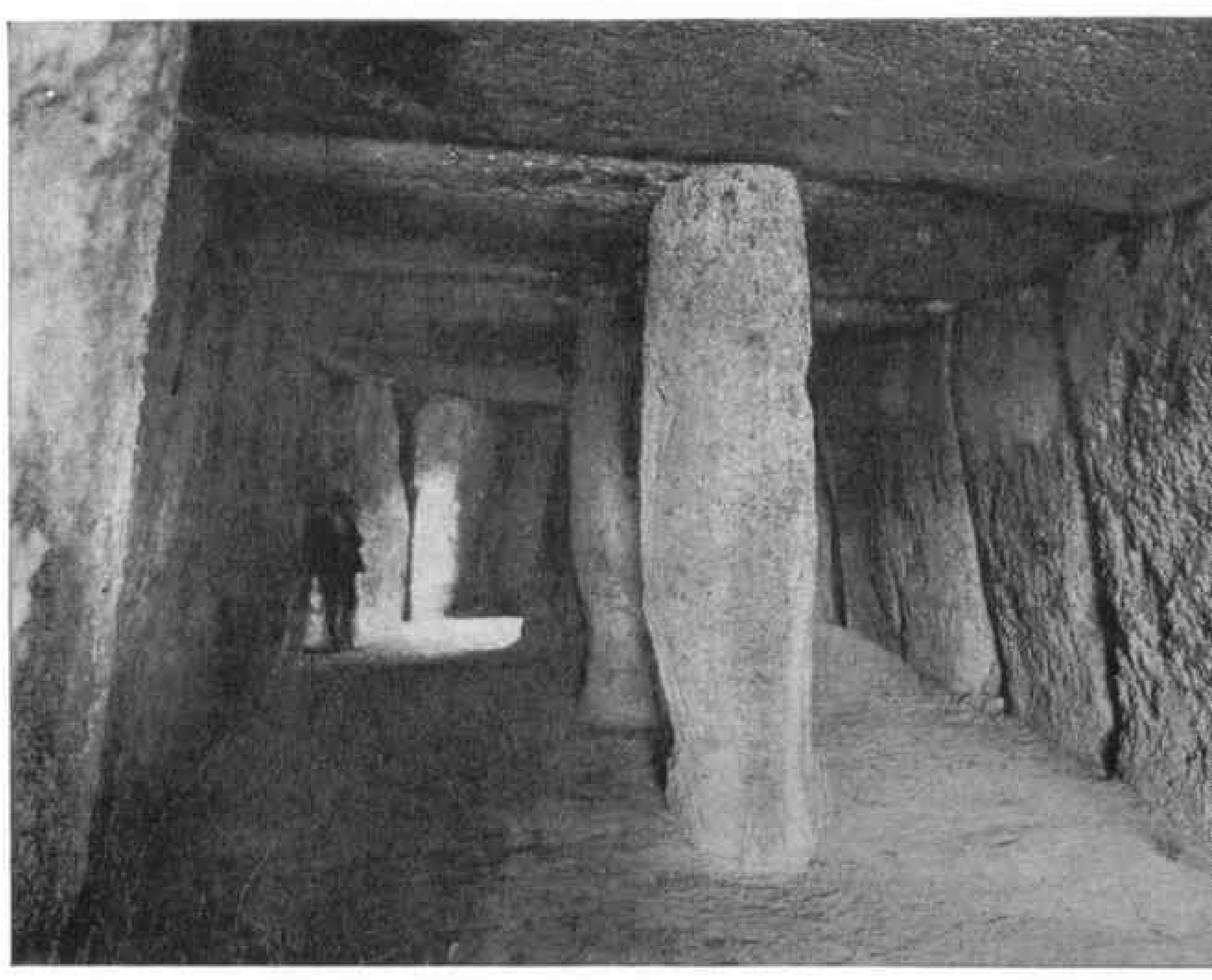
Pero tanto si los cro-magnones se corrieron hacia el Sur, escapando de unos conquistadores extranjeros, o si fueron degenerando, al faltarles los animales indispensables de su cultura, el reno y el mamut (que desaparecieron de Europa al cesar el último período glacial), lo positivo es que al cambiar los útiles de piedra, las costumbres, los gustos y aun la religión cambiaron también. El cuadro que presenta la civilización neolítica, o de la nueva piedra, es completamente distinto del que presentaba la civilización paleolítica, o de la antigua piedra sin pulimentar. En el período neolítico los hombres ya no viven en abrigos, sino en habitaciones o chozas construidas ex profeso; cultivan los campos, han domesticado los animales y aparece el perro. Sobre todo, se ha descubierto la propie-

dad maravillosa que tiene la arcilla de no deshacerse en el agua una vez se la ha sometido a la cocción, y, merced a ella, el hombre del período neolítico tiene vasijas y cacharros y su alimentación es más variada que la del cazador de renos de la Europa glacial. Por fin, en lugar de pintar y esculpir, construye notables monumentos que aún hoy producen asombro por sus grandes dimensiones.

Estos son los cambios más importantes; el lector en su imaginación se habrá representado en seguida otro tipo humano, sólo por la enumeración de tales inventos: la piedra pulimentada, los animales domesticados, la cerámica... Y, sin embargo, a pesar de la enorme cantidad de datos reunidos, conocemos menos de la vida y costumbres del hombre de la edad neolítica que de los bárbaros cazadores prehistóricos de la época paleolítica. Vamos a estudiar pacientemente los datos reunidos.

En primer lugar, los huesos. Los esqueletos del período neolítico se encuentran con relativa abundancia y el sistema de inhumación varía muchísimo. Unos están enterrados con sus armas y vasijas en disposición de dormir; otros esqueletos, en cuclillas, parecen haber sido atados al enterrarlos, para impedir que el difunto o su sombra pudiese hacer ningún daño a los vivos. Otros han sido previamente descarnados y se han depositado en una vasija, con parte del ajuar doméstico enterrado en la sepultura; otros en cistas o cajas mortuorias, construidas con grandes losas; otros, por último, se han enterrado en una cámara sepulcral de piedras gigantescas, recubiertas por un montículo artificial de tierra... ¿Será que estos diferentes ritos funerarios quieren representar diferentes razas y diferentes culturas? Tampoco lo sabemos. Los esqueletos de las razas más avanzadas no permiten distinguir variedades tan características como las que encontrábamos en los seres humanos más primitivos. ¿Quién es capaz de distinguir hoy el cráneo de un alemán o de un bereber? Lo mismo ocurre, pues, en la Europa neolítica. Es posible que hubiese ya tribus más avanzadas unas que otras y aun distintas razas, pero esto no puede actualmente distinguirse sólo por los cráneos. Los antropólogos miden ángulos frontales, pesan y cubican las cabezas, tratando de encontrar leyes que les orienten en sus hipótesis, pero hasta ahora todas sus afirmaciones sólo parecen servir para que otro especialista las contradiga y se entable una polémica de resultado incierto. No queremos aburrir al lector con una exposición de estas querellas de sabios: unos insisten en que se ven claros tres tipos, que responden a razas humanas bien caracterizadas: cráneos aplastados lateralmente o dolicocéfalos, cráneos redondeados o braquicéfalos y cráneos intermedios o mesocéfalos. En cambio, otros aseguran que no pueden distinguirse claramente áreas de preponderancia de uno u otro tipo. Pero aunque las razones no sean muy convincentes, la mayoría de los antropólogos está convencida de que el examen craneal prueba que la Europa neolítica habría estado habitada a lo menos por tres razas: una nórdica, que comprendería los escandinavos, anglos y daneses, de cráneo dolicocéfalo y gran estatura; otra alpina, de cráneo braquicéfalo, y de la que hay des-

La cueva de Menga (24 × 6 metros). Antequera. España.



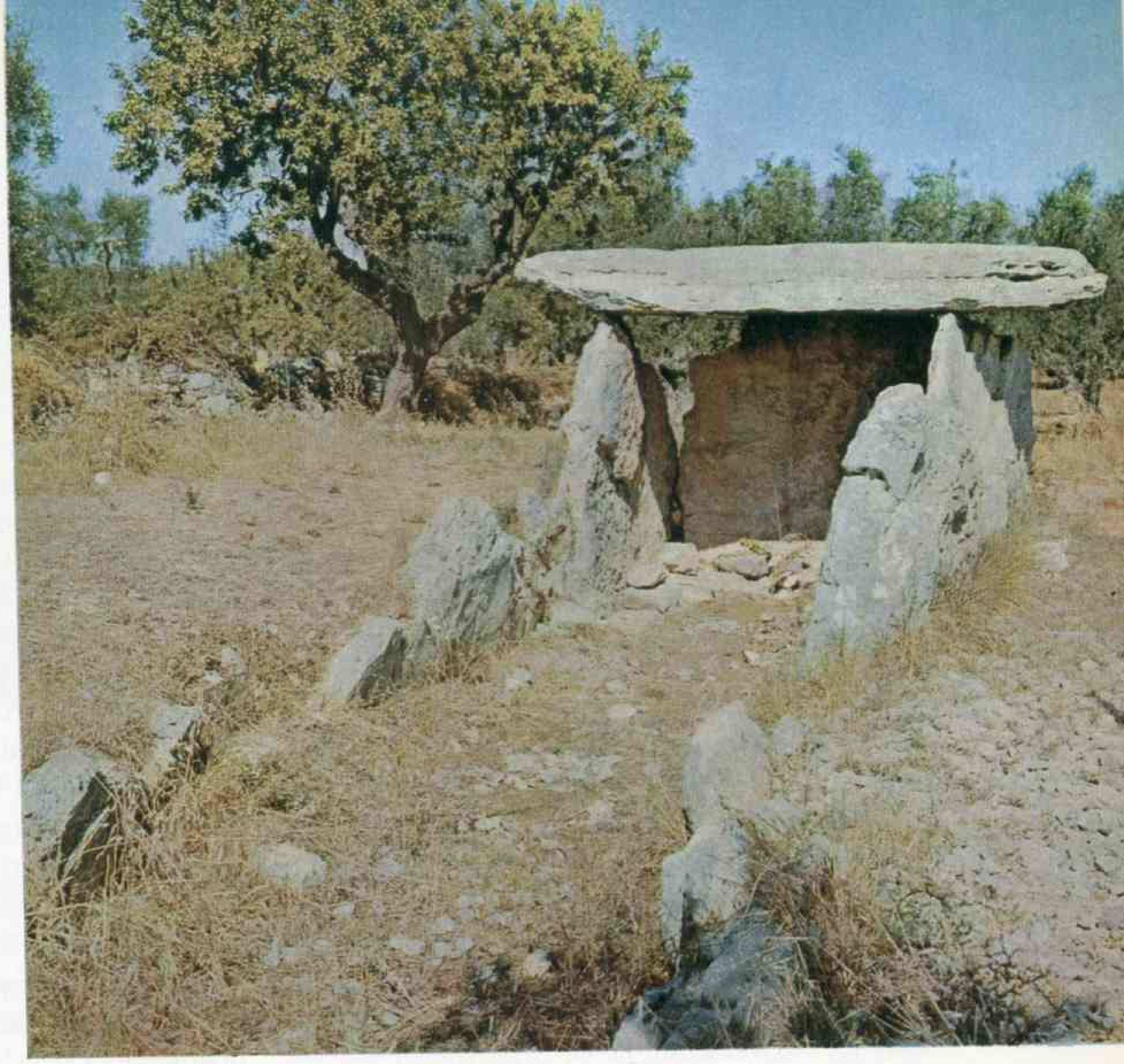
cendientes todavía en el centro de Europa, y otra mediterránea, de cráneo mesocéfalo, que ocupó las penínsulas del Mediterráneo y la costa norte de Africa, y era de estatura más bien pequeña.

A pesar de nuestro escepticismo acerca de los actuales resultados de la antropología, no queremos dejar al lector sólo enterado de nuestras dudas. Se han hecho y están haciendo trabajos formidables, y compilaciones de estadísticas que con el tiempo darán fruto. Se han examinado millares de cráneos de antiguos y modernos europeos; se han acotado las áreas de difusión de ciertos caracteres (color del pelo, color de los ojos o la tez; formas de los diversos miembros, de la nariz o los labios, particularidades, anormalidades, etc.). Y como, no obstante las ideas predominantes de evolución, se ha comprobado que las razas que viven sedentarias, en un lugar fijo, apenas cambian sus caracteres durante millares de años (como sucede en Egipto, donde los retratos de individuos de las primeras dinastías se confundirían con los de modernos pobladores del valle del Nilo), es de esperar que de todos estos trabajos se logre pronto mejor información acerca de nuestros primeros antepasados. Además, según los principios de genética formulados por Mendel, los caracteres físicos van asociados en los individuos y en las razas — por ejemplo, los albinos tienen los ojos colorados, la hemofilia está asociada con la masculinidad —; es fácil, pues, que, con el tiempo, con sólo el examen de un esqueleto podamos, por la falta o presencia de ciertos caracteres, asegurar en el individuo vivo la falta o presencia de otros caracteres sincrónicos, y así por detalles del cráneo conocer si el individuo era rubio o de tez obscura, de ojos claros o negros, y de este modo distinguir las razas prehistóricas mejor que ahora.

De lo que no hay duda es de que las razas neolíticas de Europa poblaron el continente de tipos humanos que perduran todavía. Al avanzar la historia llegan otras razas, nuevas oleadas de pueblos, pero éstas se diluyen en las grandes familias humanas que ocupaban ya las tierras de Europa desde la edad de la piedra pulimentada. En el examen antropológico de los modernos europeos se distinguen regiones donde la penetración de las invasiones posteriores llegó a modificar los tipos, como los celtas en Bretaña y el País de Gales; sin embargo, podemos ase-

La Roca de las Hadas. Galería cubierta de Retiers. Ille-et-Vilaine. Francia.





Dolmen en Apulia, Italia.

gurar que desde los días del período neolítico Europa ha seguido su historia sin interrupción y los modernos europeos son descendientes de aquellos otros de la edad de la piedra pulimentada.

Una pregunta surge en seguida, y tampoco podemos contestarla definitivamente: Si no las gentes mismas, por lo menos las técnicas e industrias neolíticas ¿fueron importadas ya en su completa perfección de otro continente, concretamente del Asia, donde se conoció primeramente la técnica de pulimentar la piedra y la cerámica, o se hicieron independientemente estos descubrimientos en Europa? Hasta ahora parecía inclinarse la balanza del lado de los que propusieron la hipótesis de la procedencia asiática de las actuales familias europeas, especialmente de las mesetas de alrededor del mar Caspio, pero también algunos empiezan a dudar de esta teoría.

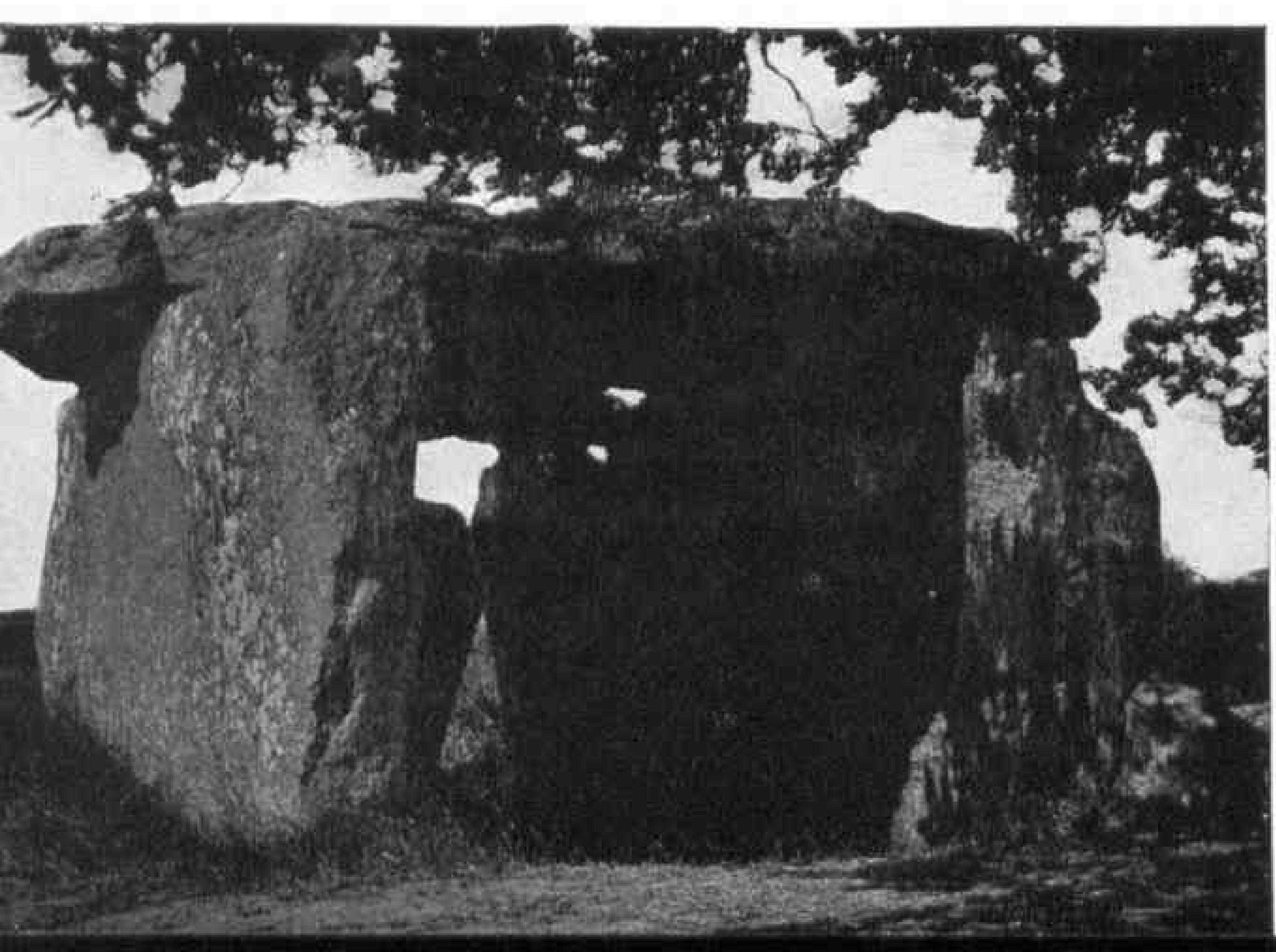
Parece probado que útiles de piedra pulimentada, de las mismas formas que se usaron en la Europa neolítica, se conocieron en el próximo Oriente antes que en Europa. Del Oriente llegaron los cereales: el trigo todavía crece silvestre en las faldas del monte Hermón. El Oriente conoció la cerámica también antes que los países de Europa, y la domesticación de los animales empezó en Oriente cuando los cro-magnones cazaban todavía el reno y el mamut en Francia y en España. Al comenzar el período neolítico desaparecen los animales que caracterizan el período glacial y el caballo, abundantísimo en la época paleolítica. Las pinturas de las cavernas y la enorme cantidad de huesos hallados en los vertederos prueban la gran estimación del caballo como manjar doméstico. Pero sobre todo aparece el perro, que permite otro género de caza, pues se le enseña a acosar a las fieras; desde este momento el can es el compañero del cazador. Antes, el hombre debía espiar, sor-

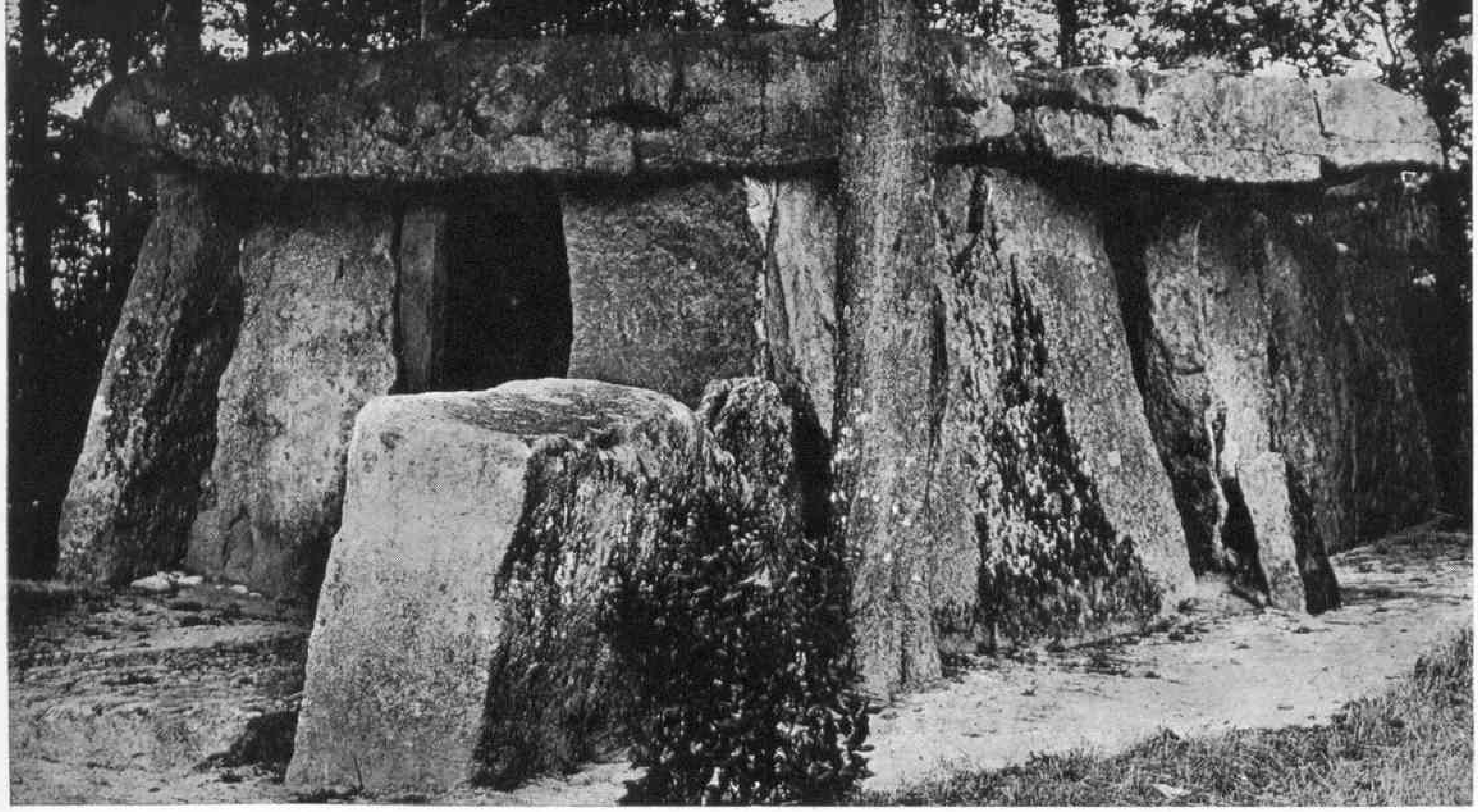
prender al animal que deseaba cazar; el perro lo descubre con el olfato y ayuda a perseguirlo. El *canis familiaris* pudo producirse también en Europa por la domesticación del lobo, pero es posible que fuera importado del Asia hacia el año 5000 antes de Jesucristo. Hay tantas analogías entre los monumentos megalíticos de Europa y del Asia, y, además tantas supersticiones y cantos análogos entre los pueblos europeos y los asiáticos, que, como hemos dicho, se pudo convenir en que, al moderarse la temperatura, al final del período glacial, grandes bandas de pueblos cruzaron el Cáucaso para ocupar Europa, sólo poblada a medias por las tribus de cazadores de renos. Los nuevos ocupantes llevaban ya consigo, no sólo la industria perfeccionada de pulir la piedra, sino ideas y costumbres, tradiciones y melodías, de todo lo cual debe de subsistir mucho aún en el *folklore* de las modernas naciones europeas.

Y explicado así brevemente lo que sabemos de las razas de la Europa neolítica, vamos a estudiar los restos que dejaron, además de sus esqueletos. Lo más sorprendente ante todo son sus monumentos. Mientras los cro-magnones se contentaban con cavernas naturales, que ni siquiera ensanchaban para hacerlas más cómodas o accesibles, los hombres de la época neolítica construyen túmulos, galerías con piedras superpuestas, y levantan colosales rocas en medio del paisaje. Tan grandes son las piedras de que se valen estos primeros europeos, que a sus monumentos se les conoce con el nombre de *mega-líticos*, de *mega*, grande y *lithos*, piedra. Son galerías formadas de lajas apenas escuadradas, unas dispuestas en sentido vertical y otras horizontal, que sirven de cubierta. A veces la cámara que resulta en su interior es tan ancha, que el techo ha de apuntalarse con pilares; pero, por lo común, la cámara suele ser un corredor o galería y el conjunto va cubierto con un montículo de tierra. A primera vista, diríase que sus constructores han querido competir con los cro-magnones y abren cavernas artificiales que sirven para enterrar a sus muertos. Pero el túmulo con cámara para sepultura es un tipo universal; las pirámides de Egipto no son más que túmulos gigantescos para las momias reales.

A menudo, las aguas han arrastrado la tierra que cubría la construcción megalítica, y aun parte de los bloques se han derrumbado, quedando sólo algunas piedras, o sólo dos, derechas y la horizontal apoyada sobre ellas. Entonces la apariencia se reduce a una mesa, formada con tres rocas, y de aquí el nombre de *dol-men* que se dio a estos monumentos, de *dol*, que quiere decir mesa, y *men*, piedra, en lengua bretona. Los dólmenes se encuentran en la mayoría de los países de Europa y aun del Asia y del Africa con tan poca variación, que se creería que son un producto natural del instinto de la humanidad. Tratándose de una obra tan simple, de bloques verticales formando un corredor cubierto con otros transversales, parece que pudo ocurrírseles a los hombres espontáneamente, sin necesidad de aprenderlo unos de otros. Pero existe un detalle que hace dudar de esta invención espontánea y repetida: muchos dólmenes, así en Asia como en Europa, tienen un agujero en una de las piedras, en su parte baja; un agujero pequeño, como si por él tuviera que entrar o salir algo, el espíritu del muerto. Es difícil que un detalle así pudiera repetirse sin tener los constructores de dólmenes una idéntica creencia de la vida futura.

Dolmen de Bagneux. Maine-et-Loire. Francia.

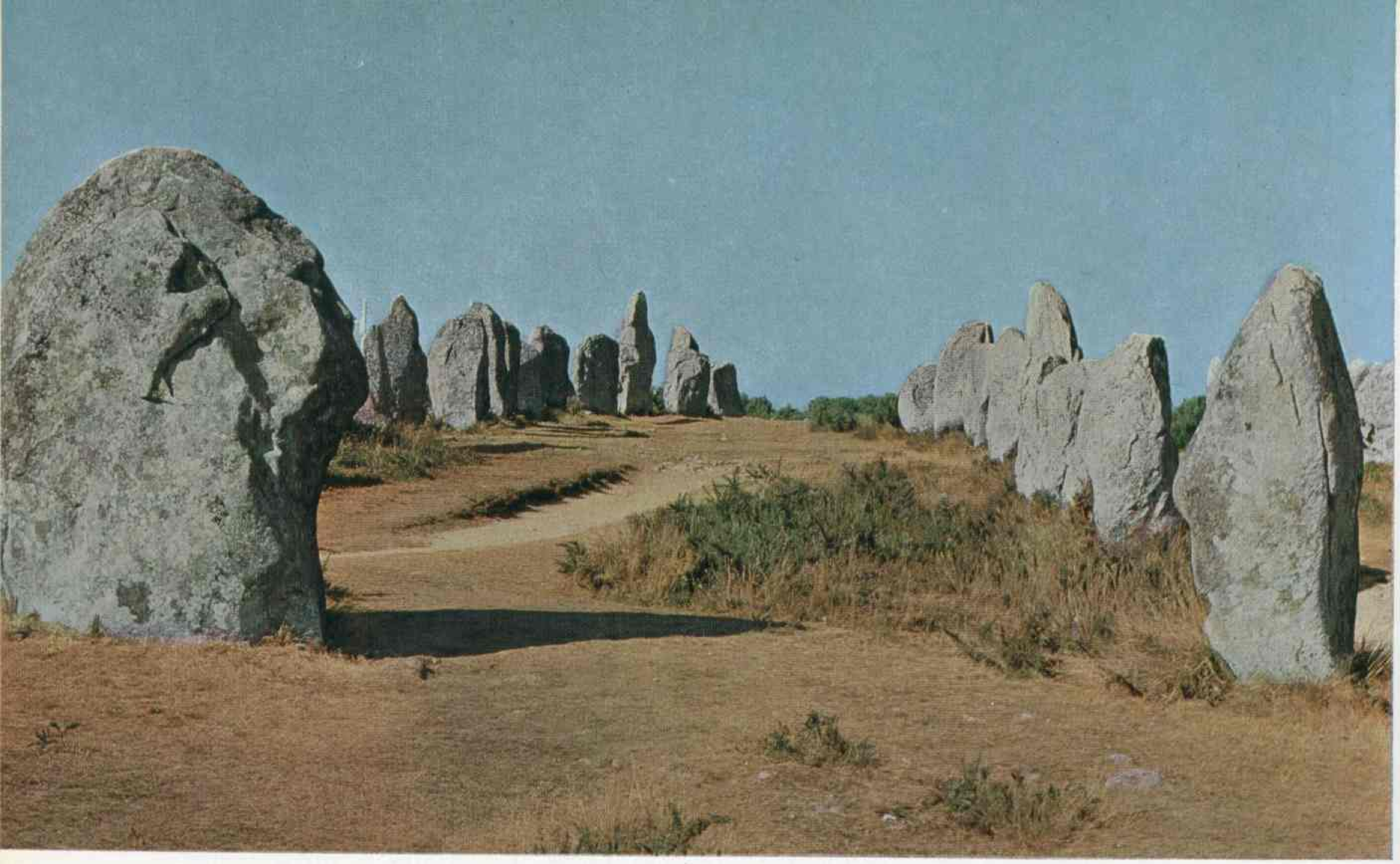




Galería cubierta de Bagneux. Maine-et-Loire. Francia.

A veces, varios dólmenes están recubiertos con un mismo montículo de tierra y no tienen reglas fijas en cuanto a su orientación. Es fácil que algunos de ellos, en lugar de estar tapados con lajas horizontales, tuvieran un techo formado con vigas de madera o troncos de árboles. Otros tal vez no tuvieron nunca el montículo de tierra, porque las piedras conservan señales y decoraciones que demuestran eran visibles al exterior. En algunos la galería se ensancha al final formando cámara, y al lado de una cámara principal suele hallarse un cubículo, que debía de ser la verdadera sepultura. La mayoría de los dólmenes fueron violados en el transcurso del tiempo, de manera que escasean los datos positivos acerca de los ritos de inhumación. Excepcionalmente en algunos dólmenes se han encontrado uno o varios esqueletos humanos depositados en el suelo y rodeados de hachas de piedra, vasijas y otros artículos del ajuar funerario. También parece seguro que algunos dólmenes, en forma de mesa, debían de ser ya así desde su construcción, pudiendo servir de verdaderos altares, o acaso eran monumentos conmemorativos, del mismo significado que los arcos triunfales que se erigirán más tarde. La Biblia y otros textos orientales nos hablan de altares que debieron de construirse precisamente con piedras sin tallar. Es superstición bien comprensible que la divinidad exija, para el ofertorio, piedras que conserven la forma natural que les impuso el Creador y las prefieran al bloque trabajado.

Los menhires nos consta también que sirvieron para conmemorar una alianza: «Y Labán dijo a Jacob: *Mira estas piedras y el monumento que yo he levantado entre tú y yo. Estas piedras y este monumento serán testigos de que yo no pasaré de aquí para acercarme a ti, y tú no pasarás de aquí para hacerme daño.*» ¿Qué eran *estas piedras?* Acaso sólo un montículo, más posiblemente un dolmen o mesa, porque dice la Biblia que Jacob y Labán comieron sobre aquellas piedras. En cuanto al *monumento,* el texto lo ha descrito antes sin dejar lugar a ninguna duda: «*Y Jacob tomó una piedra y la levantó como un monumento*», sin profanarlo con la talla. He aquí, pues, la explicación del segundo tipo de los monumentos megalíticos, llamados piedras derechas o *men-hires,* de las palabras bretonas *men,* piedra, e *hir,* larga. El texto bí-



Alineación de menhires de Carnac. Morbihan. Francia.

blico no puede ser más explícito, pues nos ofrece una imagen concreta.

Piedras derechas, piedras largas o menhires son, pues, simples monolitos clavados en el suelo como obeliscos rudimentarios. Eran mojones de frontera y también monumentos conmemorativos; alcanzan a veces dimensiones gigantescas. En Francia los había de más de veinte metros de altura. Para levantar aquellas piedras con los útiles rudimentarios del hombre neolítico, tuvo que organizarse el trabajo con grandes masas de peones.

A veces los menhires se levantan pareados o formando alineaciones o círculos, que ya tenían con seguridad un fin religioso. En Palestina *los lugares altos,* o santuarios cananeos, donde se sacrificaban los primogénitos a Baal, eran simplemente recintos grandes, como patios, con alineación de menhires. El culto a la piedra, tan general en el Asia Menor y la Siria, se asociaría a esta veneración de los monumentos conmemorativos, que no otra cosa fueron en un principio los menhires. Los orientales consideraban las piedras como el lugar donde se posaba con preferencia el Baal o dios local, más santo que la madera. A una divinidad representaba el aerolito, la Piedra Negra de Edesa, que fue trasladada más tarde a Roma con el título de la Magna Mater. Es muy probable que a los menhires estuviera también vinculado un culto fálico de la procreación. La tradición popular europea atribuye la erección de los menhires al diablo o a personajes fantásticos; algunos han sido purificados consagrándolos a un santo, otros coronándolos con una cruz; se ven en todo esto resabios de un primitivo culto idolátrico que fue combatido por la Iglesia.

De las alineaciones de menhires y de los

círculos de piedras, llamados *cromlechs,* ya podemos comprender algo más, aparte de su significado. El objetivo social más que religioso, de estos monumentos parece evidente; las alineaciones de piedras derechas debían de ser lugares de reunión para una feria periódica, con aglomeraciones de gentes que llegaban de las regiones apartadas. Es posible que cada piedra indicara el lugar señalado a los miembros de una tribu en el sagrado recinto, y aun que cada tribu levantara su piedra, como las ciudades griegas tenían cada una su templete en los santuarios de Delfos y Olimpia, y más tarde cada gremio u oficio tuvo su capilla en los claustros de las catedrales góticas. Así, los menhires de las alineaciones de Carnac y de Erveden, en Francia, y otros parecidos de Inglaterra e Irlanda, pudieron ser lugares de reunión para ferias y fiestas anuales.

Los *cromlechs* son grupos de menhires dispuestos en círculo. Muchos de ellos no serían sino las piedras de sostenimiento de dólmenes que han perdido su túmulo de tierra y aun la cámara se ha derrumbado, pero otros debían de ser círculos de menhires, independientes desde su origen. El famoso círculo de piedras de Stonehenge, en Inglaterra, tiene en su interior una avenida de menhires en dirección a la entrada y todo él se halla orientado con arreglo a maravillosos conocimientos astronómicos. Stonehenge es, sin duda, un santuario solar: sus constructores demostraron sorprendente conocimiento de la variación de los equinoccios. Tanto Stonehenge como otro círculo parecido de Avebury, también en Inglaterra, son de dimensiones extraordinarias; este último ocupa, con sus anillos de piedras, más de cien mil metros cuadrados de superficie. Pero, así en Inglaterra como en Irlanda, se encuentran otros muchos círculos del mismo tipo, aunque más pequeños y hay que imaginar para ellos un objetivo más vulgar que el de gigantescos observatorios astronómicos que se les atribuye. La idea de que eran centros de reunión, de ferias comarcales y de intercambio, nos parece la más verosímil.

Los monumentos megalíticos nos presentan, pues, un cuadro de pueblos organizados socialmente, con cultos, fiestas y reunio-

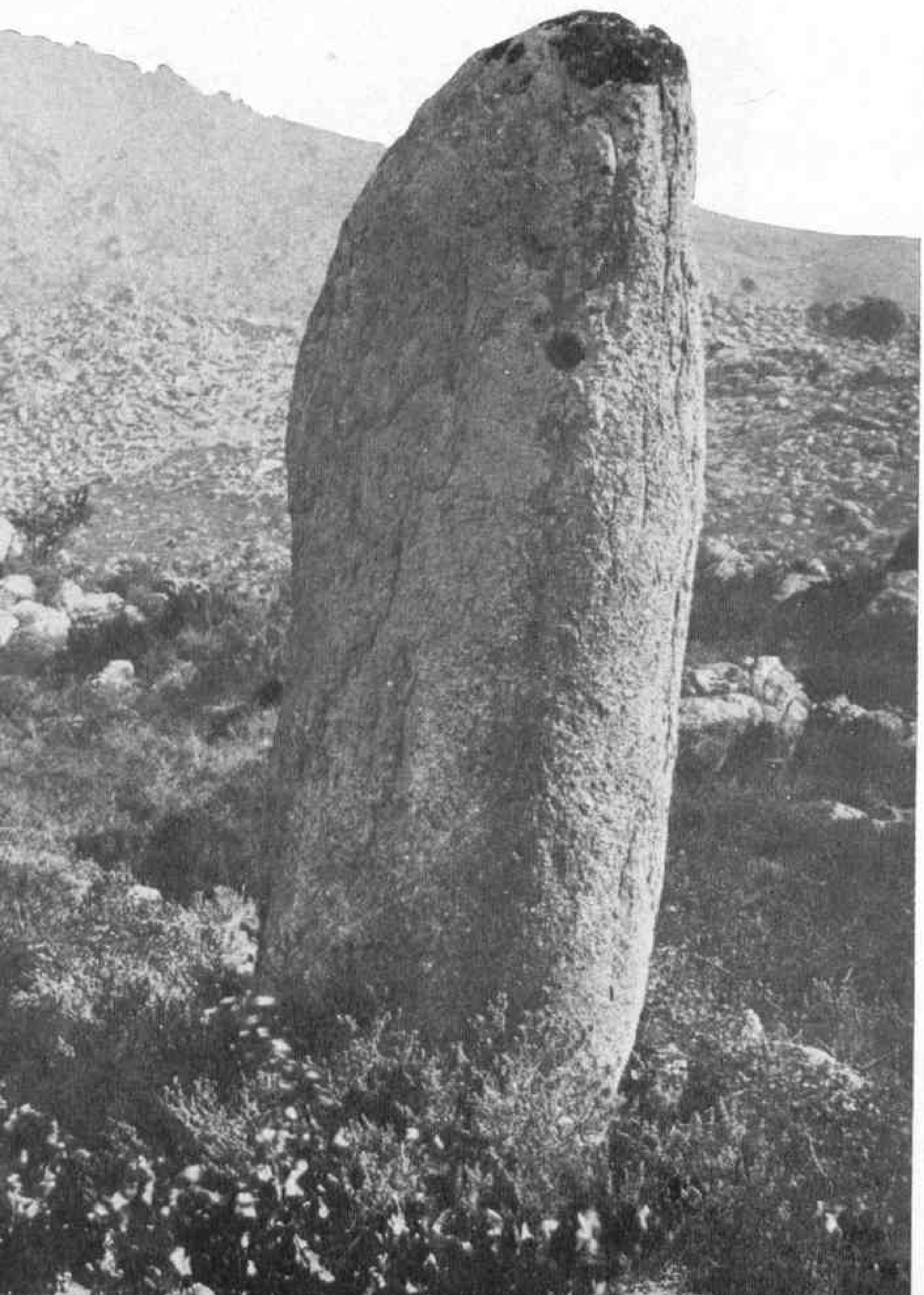


Menhir de Brignonau, Bretaña.

nes periódicas. En cambio, las habitaciones de estos pobladores de la Europa neolítica parecen haber sido simples cabañas de barro y de ramas. A menudo, al cultivar los campos, se reconocen manchas redondas de tierra quemada, que eran los fondos de estas chozas prehistóricas. Se las ve agrupadas en poblados, sin ninguna idea de urbanización. Pero en sitios pantanosos y lagunas, las cabañas estaban construidas sobre un tablado sostenido por pilotes hincados bajo el agua, y sobre esta plataforma artificial las chozas debían estar alineadas. Con el tiempo, todo se ha hundido, y hoy sólo se distinguen estos campamentos o ciudades por los restos de los pilotes o estacas que sostenían la plataforma y que aparecen en las épocas de sequía o al desecarse completamente los lagos. Entre estos pilotes se encuentran los objetos que del poblado cayeron al agua: los residuos de comida, cerámica rota y aun fragmentos de tejidos carbonizados, etc., todo lo cual se ha conservado con el limo del fondo del agua mejor que en contacto con el aire. Terrestres acumulaciones de otras poblaciones neolíticas son los llamados *restos de cocina*, montones enormes que forman verdaderas colinas de restos de animales, de huesos, conchas y aun de piedras y vasijas.

Con los materiales que se han encontrado en los fondos de las cabañas, en los *palafitos* o poblados lacustres y en los restos de cocina o vertederos de basuras prehistóricos, el cuadro de la civilización neolítica se va completando día por día. Primeramente aparecen las armas, o sean las piedras pulidas que han dado el nombre a esta cultura neolítica. Son, por lo común, triangulares; puntiagudas por un extremo y con un bisel cortante en el otro; su forma, muy característica, se repite con uniformidad sorprendente en las más apartadas regiones. No es de extrañar, pues, que los pobladores de la Europa prehistórica adoraran casi esta forma del hacha pulida, que les proporcionaba todos los bienes. Con ella cazaban, tallaban la madera y peleaban, sujeta a un mango o atada a un asta de ciervo o a un bastón. Es lo más probable que hubiera obreros y aun talleres especiales para fabricar estas hachas triangulares; se han encontrado acumulaciones de ellas que hacen creer que eran atesoradas para usarlas como moneda. Así como en nuestros días los indios de la costa del Pacífico, en América, trafican valiéndose de mantas como unidad monetaria y las mantas se amontonan en las casas de los jefes, los hombres neolíticos amontonaban más hachas de las que nunca podrían necesitar ellos y los suyos.

Ya hemos insinuado que la forma triangular del hacha se veneró como un símbolo, y el lector, acaso asustado, objetará que nos preocupamos demasiado de la religión de nuestros antepasados europeos. Es cierto;



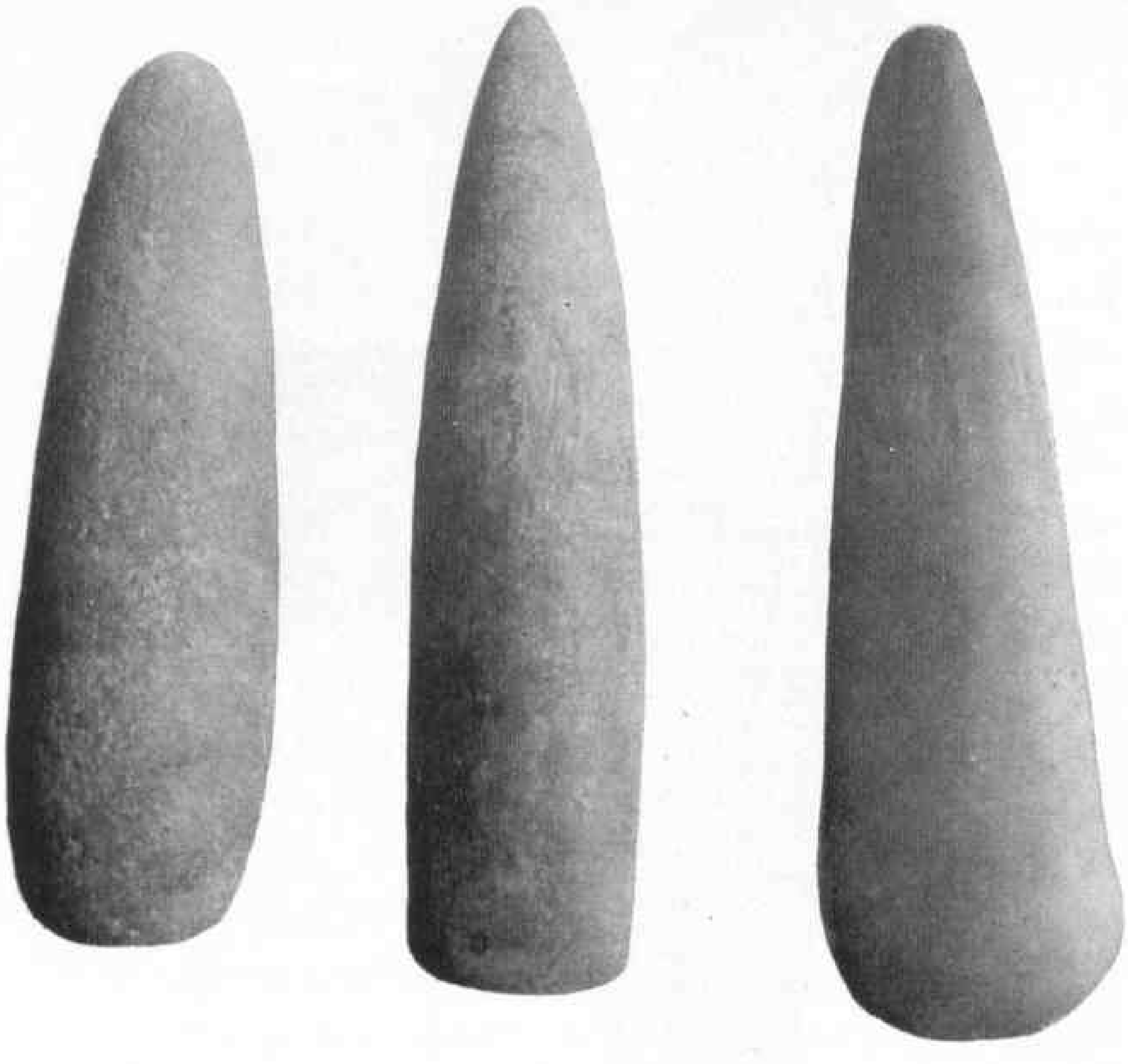
Menhir de Vallvenera, Gerona.

acaso la fantasía juegue un poco en las hipótesis que se hacen para restaurar la mentalidad primitiva y les concedemos a los primitivos europeos una facultad de adoración que no será nunca comprobada. Pero así se comportan los salvajes modernos; ya hemos dicho que los primitivos actuales son eminentemente supersticiosos. Además, el culto del hacha perduró hasta los tiempos históricos: en los próximos capítulos el lector volverá a ver reaparecer el símbolo del hacha triangular asociado al principio femenino. Claro está que no tenemos pruebas absolutas de que esta asociación empezara en los tiempos prehistóricos, pero tenemos ídolos neolíticos de figura femenina subdividida por triángulos. En otros ídolos, el triángulo, que representa el hacha, reemplaza sin ninguna duda a la mujer. Es posible que el hacha aluda al triángulo del pubis femenino llamado monte de Venus.

En el fondo de las cabañas y entre los escombros de los palafitos han aparecido fragmentos de cerámica y aun vasijas enteras. Después del fuego y de los útiles de piedra, el invento que les sigue en importancia es el de la cerámica, con la que el hombre podrá hacer vasijas, cambiar su régimen de vida y así alimentarse de manjares menos duros; reducir, por lo tanto, sus mandíbulas y darle al cráneo mayor capacidad para el cerebro. El arte de cocer la arcilla, que después de tostada ya no se diluye nuevamente en el agua, es uno de los más trascendentales descubrimientos de la humanidad. No sabemos dónde ni cuándo empezó a usarse la cerámica, pero por seguro era conocida en Oriente millares de años antes que en Europa. En un principio se decoró solamente con trenzas de barro, o cenefas hechas con auxilio de las uñas o los dedos. Hasta más tarde no supieron darle color, como no fuese rellenando las marcas con una arcilla blanca. Las vasijas neolíticas están hechas a mano, no se ve nunca que se moldearan con el torno, y esto hace pensar que no conocieron la rueda ni los carros, ni la carretilla de mano, de la que tampoco tenían noción los indios americanos.



Hacha de piedra pulimentada enmangada en un palo. De Totana. Murcia.



Hachas neolíticas.
Museo Arqueológico. Madrid.

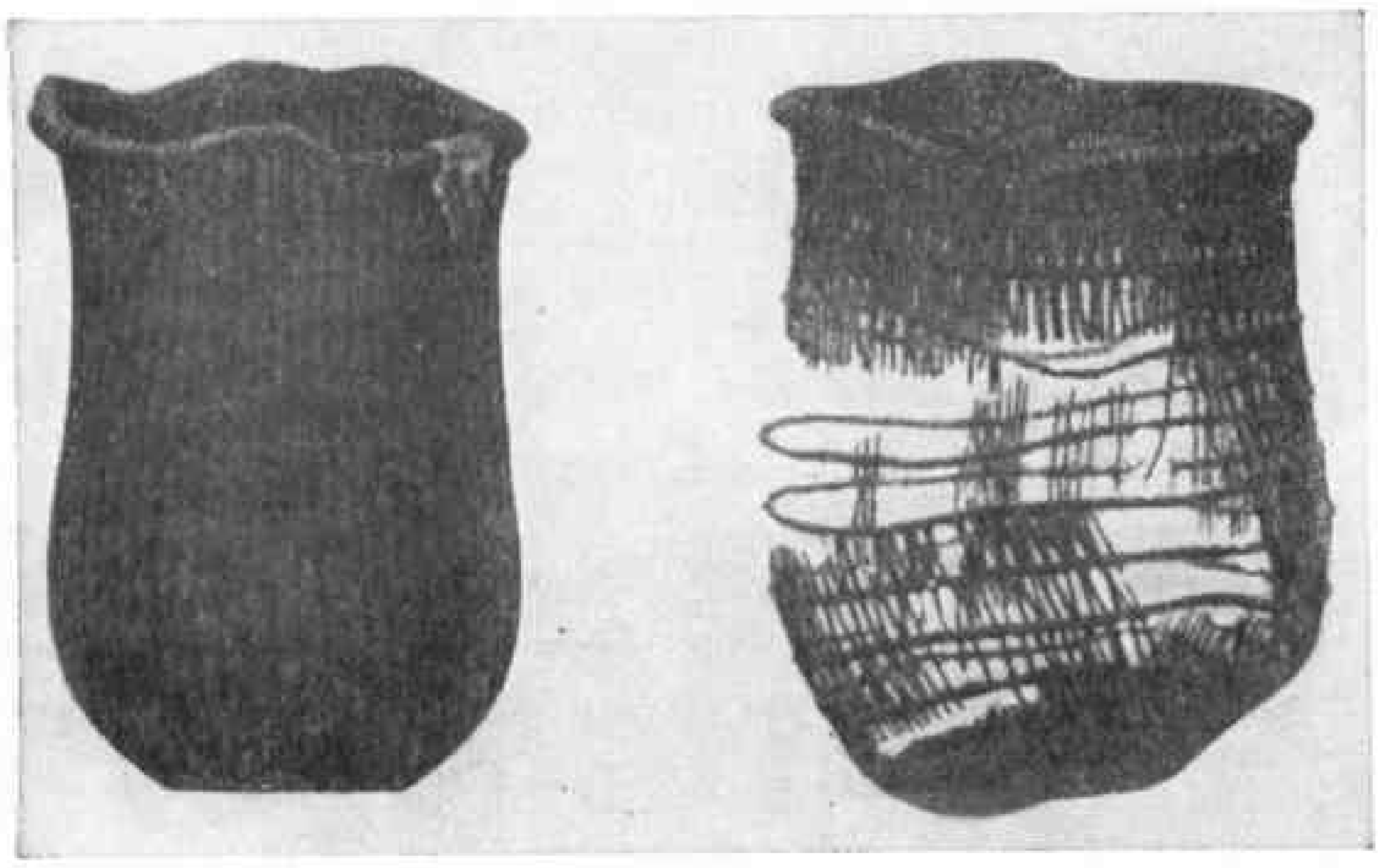
ran las mujeres prehistóricas las que, por este camino, inventaran el arte de hacer vasijas, de incalculables consecuencias para la humanidad. Mientras el hombre cazaba con el auxilio del perro y empezaba a labrar los campos con útiles de piedra, la mujer, a la puerta de su choza, tejía las fibras de esparto y la paja para hacer cestos. Ella, la mujer misma seguramente, hizo dar este primer gran paso a la industria humana, recubriendo de barro los cestos y descubriendo que la arcilla, después de cocida, no sólo se endurece y se hace impermeable, sino que ya no puede volver a desleírse con el agua.

El invento era tan trascendental, que los

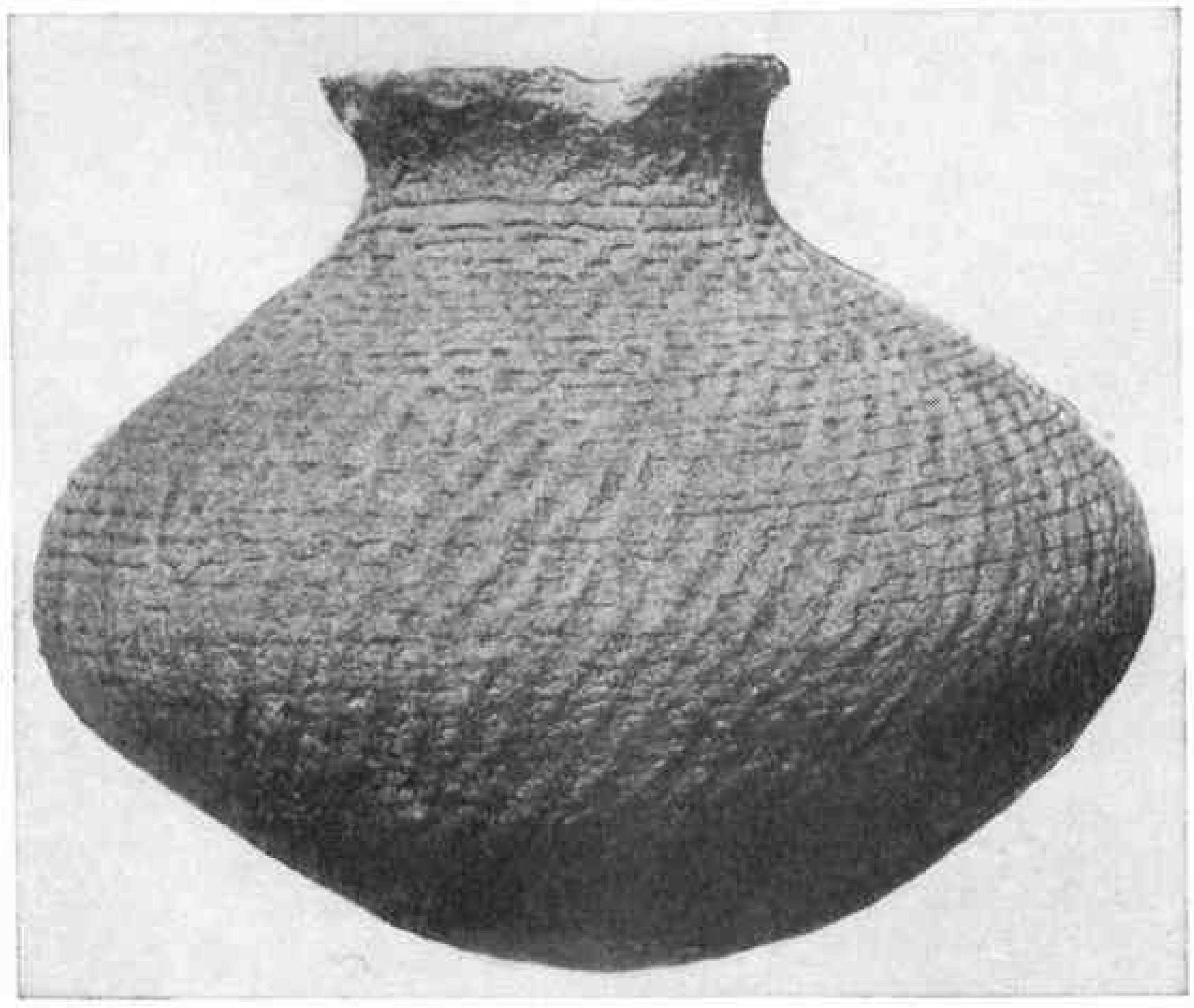
Idolo femenino con carrillos tatuados, collares y el hacha divinizada, como un amuleto, pendiendo sobre el vientre. De Les Vidals. Tarn.



Es muy posible que la idea de hacer vasijas de cerámica se dedujese naturalmente de la vieja práctica de revestir las obras de cestería con arcilla para hacerlas impermeables. Algunos de los pueblos primitivos actuales fabrican obras de paja tejida que casi no dejan rezumar el agua; nuestros sombreros *panamás* son una prueba de la habilidad con que todavía consiguen tejer las fibras los descendientes de los indios americanos. Pero, además, es técnica habitual y común de muchos de los pueblos salvajes revestir los cestos con una pasta de arcilla fina y dejarlos secar al sol para hacerlos impermeables. Del cesto cubierto de arcilla a la cerámica ya no hay más que un paso. Pronto se debió de suprimir el alma de tejido de mimbre, del todo innecesaria, para fabricar el cesto sólo con arcilla. El cesto sería, pues, el predecesor de la vasija y una vasija no sería más que un cesto de barro. Lo más probable también es que fue-



Vasijas de esparto.
Cueva de los Murciélagos. España.



Vasija de cerámica precolombina
que imita la obra de cestería.

hombres se apoderaron pronto de él y fueron ellos los alfareros, quedando las mujeres relegadas a la cestería. En un principio las vasijas se fabricaron con las mismas formas que tenían los cestos, y no sólo se repitió aquella forma con el barro, sino que se imitaron todos los detalles del trenzado de la paja en la materia blanda y pastosa de la arcilla. Con sorprendente paciencia se modelaron una por una todas las fibras, y el tejido regular de la obra de cestería se reprodujo en el barro. Los progresos de esta industria de la cerámica, emancipándose gradualmente de las formas del cestero, se ven claros en las vasijas de los indios americanos, pero en las cerámicas prehistóricas europeas encontramos muy a menudo reminiscencias del trabajo preliminar de cestería.

Claro está que una vez descubierto el secreto de dar dureza e impermeabilidad a la arcilla, cociéndola o dejándola secar al sol, pronto se imitaron con barro, no sólo los cestos, sino todos los demás recipientes usados por el hombre primitivo. Y así se repitieron en cerámica las formas de los grandes frutos de corteza dura, como calabazas y cocos, que aún sirven de vasijas en muchos países y que debieron de usarse también desde los tiempos prehistóricos en Europa. Se repitieron asimismo en cerámica las formas de los odres, cueros, estómagos, vejigas y otros recipientes de membranas animales. De manera que puede afirmarse que en las formas tradicionales de las vasijas de nuestro ajuar, si se observan bien, se notará que se reflejan uno de estos tres tipos primitivos: el cesto de mimbre, la cáscara del fruto o el odre de cuero. Lo mismo podríamos decir de su decoración: los relieves que decoran las cerámicas, o las pinturas que se les aplican después, provienen de los entrelazados de tejidos de mimbres de diversos colores, o de los dibujos que se hacían en las cortezas de las cucurbitáceas, o de las marcas de fuego que se ponían en los cueros. De esta manera nace y crece, por consiguiente, la industria cerámica, tan importante todavía.

Puede que el hombre del período neolítico continuara cazando las reses, que serían todavía abundantes en Europa. Pero ya tiene conocimiento del aprovechamiento de los cereales, amasa la harina, que se ha procurado aplastando groseramente los granos, e incluso llega a fabricar pan, del que se nos han conservado fragmentos carbonizados, en forma de galletas redondas, hallados en los palafitos de Suiza.



Vaso campaniforme procedente de Ciempozuelos. Instituto de Valencia de Don Juan. Madrid.

Sabe, además, tejer el lino y el esparto, para hacer espuertas y vestidos. Sería inútil describir a nuestros lectores el telar primitivo. Hasta hace pocos años continuó usándose por todas partes el telar de mano, que presentaba pocas innovaciones respecto al telar prehistórico. Dos tipos únicos de telar parecen repetirse por el mundo entero: el telar con la urdimbre vertical y el telar con la urdimbre horizontal. Cada tipo hubo de ser inventado separadamente, porque su manejo es muy distinto. En el telar vertical la aguja o lanzadera, que pasa entre los hilos de la urdimbre, hace descender el tejido hacia abajo, mientras que en el telar horizontal la parte tejida se va dejando arriba. Hecho curioso es el de que el área de distribución de estos dos tipos de telar no parece corresponder a ninguna área geográfica ni étnica bien defi-

Telar horizontal filipino.



Telar vertical de los indios «pueblos» de Norteamérica.



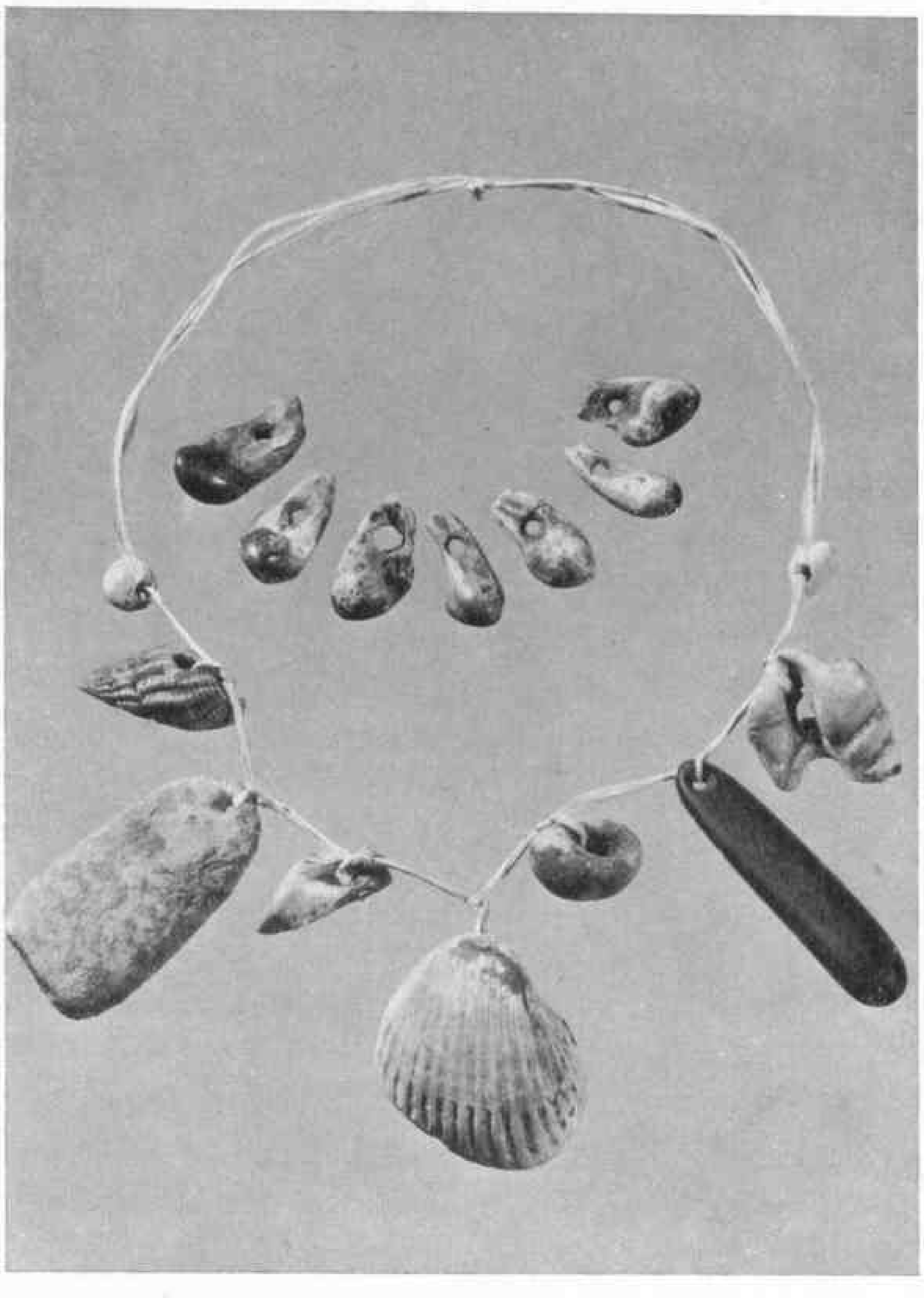
nida; algunas tribus de América han conocido y usado los dos tipos.

Este es el cuadro que presenta la industria neolítica. ¡Qué avance supone, respecto a lo que conocieron los hombres del período glacial, quienes no tenían más que sílex cortado! Pero, en cambio, el arte — a excepción del arte monumental — parece retroceder tristemente. Nos produce la impresión de que el hombre neolítico no quiere ver las cosas como son y se complace en formas abstractas, como las creaciones de los artistas ultramodernos. Los frescos y grabados de los períodos mesolítico y neolítico son como los que puede dibujar un niño moderno en su primera infancia. Rayas y círculos esquemáticos bastan para reproducir la figura del hombre y los animales.., Grandes ojos con pequeños cuerpos, hombres mayores que sus caballos sugieren algo muy indefinido, pero vivo. Al descubrirlos, los creímos sin valor estético; ahora los estimamos más que los grandes frescos naturalistas del período paleolítico. Es algo

parecido a lo que nos ocurre hoy, que preferimos el arte cubista y expresionista al realismo académico del siglo XIX: con el tiempo también evoluciona el arte.

Para terminar, hablaremos de unos guijarros o piedras de río en que se ven rayas y puntos pintados de rojo, que Piette y Cartailhac encontraron en varias estaciones mesolíticas; según algunos, serán un principio de alfabeto o jeroglífico. ¿Quién sabe si tales marcas, con el tiempo, abundando más y más, nos permitirán leer los anales de esas tribus prehistóricas? El autor de este libro es algo escéptico acerca del significado de los cantos rodados prehistóricos con marcas pintadas. Duda de que sean signos de una escritura primitiva. Es probable que estas pinturas de los guijarros tengan mucha menos importancia. Que representan algo material, esquematizado, parece innegable: hay signos fijos que se repiten y se les ve asociados según ciertas reglas que no conocemos. Pero los tasmanianos acostumbraban a marcar signos en guijarros que para ellos representaban una persona ausente. Cada uno tenía sus guijarros, con los que hablaba cuando sentía necesidad de comunicarse con los que estaban lejos. Así juegan todavía los niños; sorprende la facultad que tienen éstos para distinguir, unas de otras, varias muñecas de cartón y comunicarles determinado carácter. ¿Quién sabe si los guijarros prehistóricos pintados, en lugar de ser archivos, como hemos supuesto, no son más que imágenes esquemáticas o muñecas, mejor dicho, retratos?

Collar y adornos prehistóricos.





«Naveta des Tudons», Menorca.

8 PRIMERAS EDADES DEL METAL EN EUROPA. EDAD DEL BRONCE

Millares de años tardó el hombre en conquistar los primeros elementos de la civilización que hemos estudiado hasta ahora. Lo encontramos ya en Europa, antes del último período glacial, viviendo al aire libre, sin abrigo ni más armas que el guijarro desbastado que llamamos hacha de mano o *coup-de-poing*. Le hemos visto durante el período glacial refugiado en chozas o abrigos naturales, pintando y esculpiendo en cavernas con arte admirable, pero con una cultura rudimentaria todavía y el ajuar doméstico reducido a unos cuantos útiles de sílex y de marfil. Su lenguaje debía de ser muy primitivo y aun necesariamente acompañado de gestos y signos para lograr entenderse. Su religión sería un totemismo como el de los australianos. Ciertamente no tenía el culto a los antepasados, pues los cadáveres no eran objeto de ningún cuidado especial.

Al final del último período glacial lo hallamos en Europa utilizando todavía la pobre cultura mesolítica y neolítica. Abandona el refugio de sus chozas, por lo menos en verano, aprende a pulimentar los útiles de piedra en lugar de labrarlos por fractura, descubre la cerámica, fabrica vasijas de tierra cocida o simplemente secada al sol y, por último, construye monumentos conmemorativos y sepulcros para el jefe, el héroe, el patriarca... Todo esto representa grandes novedades: las razas parecen también cambiar, pero de ello ya no estamos muy seguros. Con cierta incertidumbre los antropólogos distinguen ya tres tipos de europeos. Dejando a un lado a lapones y vascos, que parecen supervivencias del pe-



Losa sepulcral de un guerrero enterrado con sus armas. Al lado del difunto caído, su gran escudo con la abrazadera. A un lado, la maza, la espada y la lanza de bronce, y a sus pies, el carro de cuatro ruedas. Museo Arqueológico. Madrid.

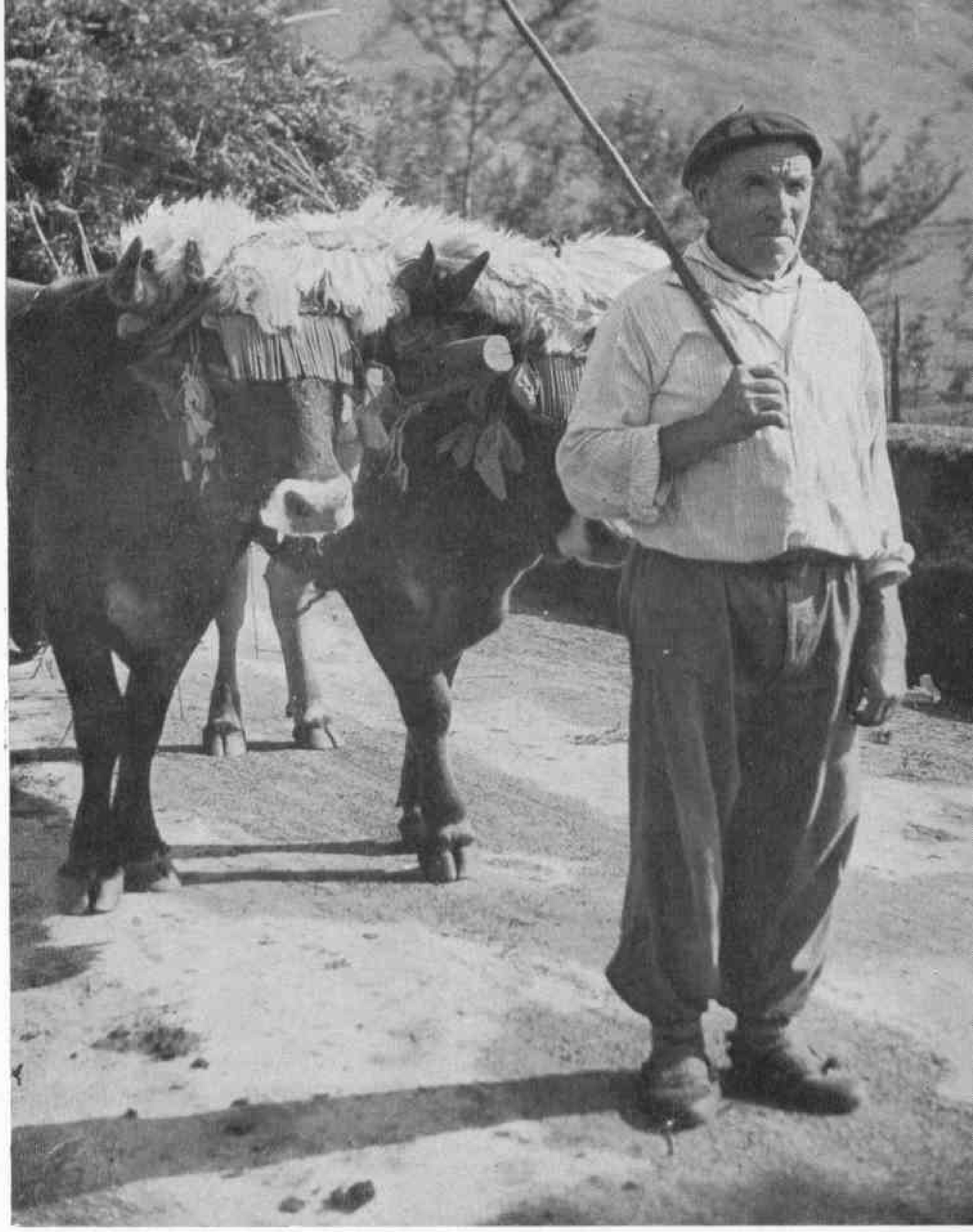
ríodo paleolítico, se reconocen como nuevos y definitivos europeos tres tipos: el mediterráneo, el alpino o de la Europa Central y el nórdico. Esta clasificación algo esquemática acaso responda a los nombres que les dieron los escritores antiguos: los iberos, los ligures y los celtas.

Hasta aquí hemos llegado. Tal es el cuadro, obscuro todavía, de la Europa neolítica que hemos tratado de describir en el capítulo anterior. Fácil será que el que admire uno de estos grandes monumentos de la Edad de Piedra, o examine una de las maravillosas hachas de basalto verde o azul pulimentado de nuestros museos, pretenda que la civilización que representan aquel útil y aquel monumento debió de ser casi perfecta y que el hombre que los fabricó viviría en una Arcadia feliz, con una cultura acaso más estimable que nuestra complicada civilización, mantenida con tanto esfuerzo. ¡Quién sabe! Todo parece preferible a la congoja en que vivimos, tal vez porque no conocemos las angustias y dolores que hubieron de experimentar nuestros antepasados. Contemporánea de esta hacha pulida, tan fina que parece de cera, vemos en el mismo museo la tosca vasija de la época neolítica, hecha a mano, sin ayuda del torno y sin esmalte. Recordemos que el hombre que manejaba aquella hacha de piedra no había domesticado más que al perro, y como los cereales que cultivaba le darían una cosecha escasa, insuficiente, tenía que vivir principalmente de la caza. Recordemos, por último, que quizá los colosales monumentos megalíticos se levantaron sin un solo útil de metal...

Este fue el gran paso: el metal substituyendo a la piedra, al final del neolítico. No sabemos con certeza cómo se llegó a este resultado, pero es muy probable que el hombre recogiera primeramente los metales que aparecen puros en la superficie de la

tierra: el oro, la plata y el cobre. El oro, que, aunque escaso, se halla en estado libre en las arenas de casi todos los ríos, por su brillantez debió de atraer la atención muy pronto; se observó que sus pepitas rojas, golpeándolas, se extendían y adherían unas con otras, y en su virtud, con él hicieron adornos, brazaletes, anillos y collares.

Pero el oro así nativo se agota en seguida; el ejemplo de las minas de California, que no duraron más que cuarenta años, nos indica que el oro no hubiera podido cambiar la faz de la Tierra, como hicieron otros metales más humildes. La plata también se encuentra en nódulos, a veces de gran tamaño, completamente pura en la superficie, pero está repartida con gran irregularidad; tampoco podía ser un material que substituyese a la piedra en absoluto. Hubo de ser el cobre, más abundante y también nativo, el que iniciara al hombre en los principios de la metalurgia. Grandes bloques de cobre puro se descubren todavía en Europa y en

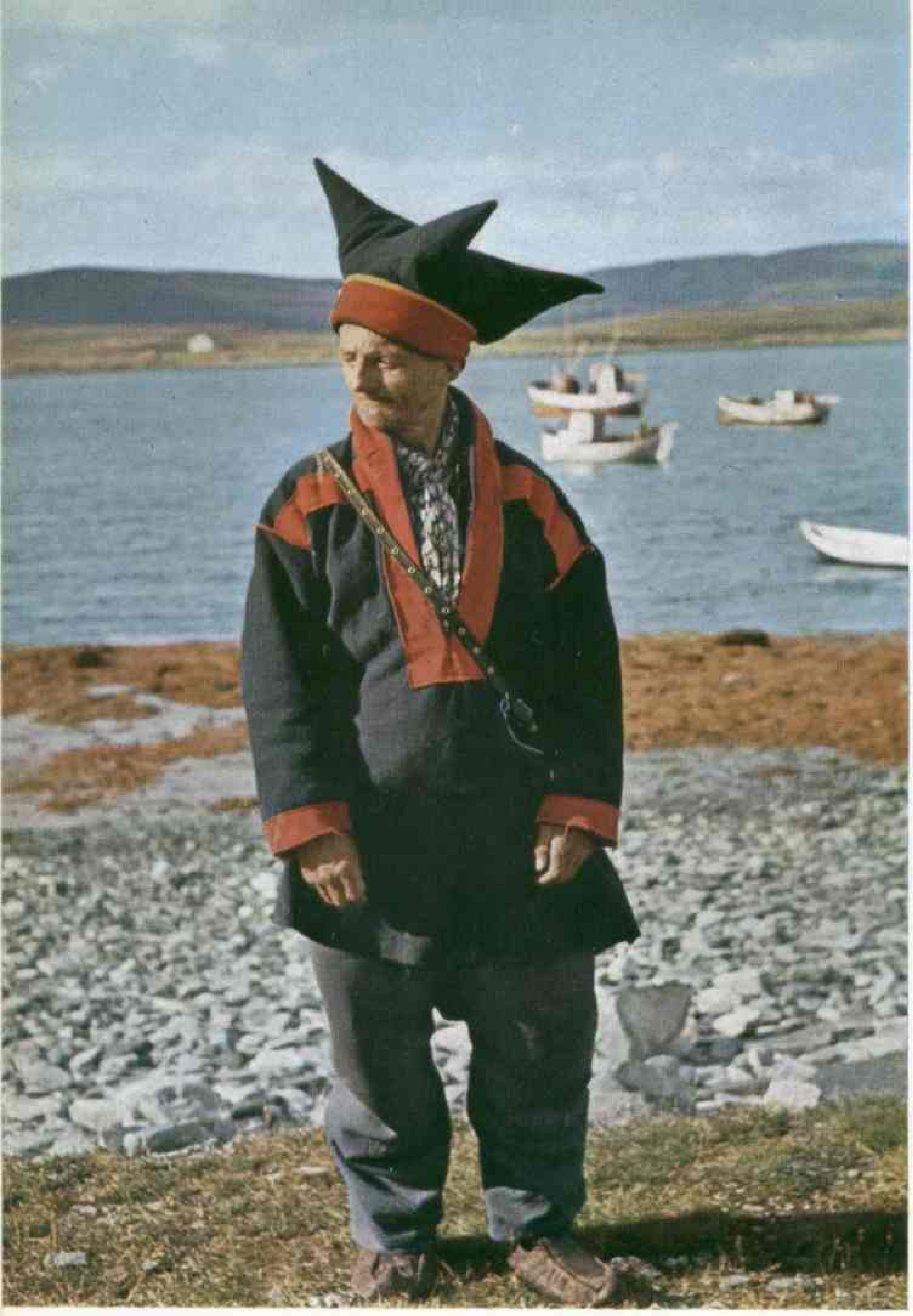


Tipo vasco.

Tipo lapón (mujer).



América. El lugar tradicional en Europa para minas de cobre era Chipre, de donde viene el nombre latino *cuprum*. En América los indios de las orillas del lago Superior no tenían que hacer más que cortarlo y trabajarlo golpeándolo. Pronto se averiguó que este precioso metal, con el que se hacían, no sólo objetos de adorno, sino también armas, más terribles que las de piedra, podía obtenerse calentando ciertas rocas que encontraban al lado de los trozos de metal nativo. Los indios del Nuevo México designan a los metales con el nombre genérico de *hewe,* que viene de *he-sho,* que quiere decir cera, y *a-we,* piedras, o sea cera-piedra o piedra fusible. Puesto que muchos primitivos, entre ellos los indios americanos, conservan todavía el método de hacer hervir el agua calentando piedras en un fuego vivo y



Tipo lapón (hombre) de Kvalsund, Noruega.

echándolas en el líquido, es fácil que un día observaran los nódulos de cobre entre las cenizas y esto les sugiriera la idea de que era posible extraer el metal de la roca con fuego continuo.

Las primeras armas de metal son, pues, de cobre, pero pronto aparece el bronce, con el sinnúmero de problemas de su elaboración y difusión. El bronce es una mezcla o aleación de nueve partes de cobre y una de estaño; esta combinación produce un nuevo metal, mucho más duro que los dos componentes, más fusible y fácil de trabajar que el cobre. Es probable que los hombres primitivos añadieran algún otro metal, como el antimonio, pues consiguieron que el bronce, que hoy no se puede templar, fuera elástico y flexible.

¿Cómo y dónde se llegó a inventar este material que tenía que substituir al cobre y a la piedra en la fabricación de los útiles y armas? Es evidente que la mezcla de los dos metales hubo de hacerse empíricamente, porque nadie podía prever que uniendo un metal blando a otro más blando todavía resultase una mezcla dura. Lo probable es que el invento se originara en un lugar donde los minerales de cobre y estaño se encontrasen reunidos. Ahora bien, sólo se encuentra el estaño junto con el cobre y en relativa abundancia en el Turquestán y Siam, en Asia, y en el País de Gales y España, en Europa.

La Biblia menciona a Tubal, al que la tradición señala como inventor de los metales. No era un semita al parecer, aunque los semitas se aprovecharon pronto de sus experiencias, y el bronce se empleaba en Caldea y el Elam millares de años antes que en Europa. Todavía hoy los judíos son preferentemente traficantes en metales, y sabemos que los fenicios acapararon el comercio del bronce en la antigüedad porque conocían el secreto de las minas de estaño del País de Gales y de España. El bronce, como el cobre, se exportaba en lingotes que tenían forma de grandes panes cuadrados de pocos centímetros de espesor, con los lados del cuadrado algo cóncavo para poderlos apoyar sobre la espalda. Pesarían unos cincuenta kilogramos. Su forma es tan característica, que la reconocemos en seguida en los frescos egipcios y en los relieves persas; los feudatarios llegan con tributos de animales u objetos elaborados, pero otros de provincias donde se benefician metales llevan lingotes cargados al hombro.

El tráfico del bronce en lingotes se hacía a través de grandes distancias por mar y

Tipo nórdico.



por tierra. César nos dice que los britones recibían el bronce, como un objeto de comercio, del Continente europeo. Y que los pobladores de la Europa neolítica no inventaron los metales, sino que los importaron como materiales preciosos, se comprende por lo escasos que son los objetos de metal en un principio, cuán lentamente van substituyendo a las puntas de flecha o las hachas de piedra, y cuán trabajosamente penetra el bronce en las regiones del norte de Europa. En Escandinavia no llegó a substituir a la piedra hasta bien entrada la Era cristiana. En Inglaterra señala Evans para el principio de la Edad del Bronce una fecha entre el 1400 y el 1200 antes de Jesucristo; en Italia y en España el bronce debió de predominar ya al principio del segundo milenario antes de la Era cristiana. Pero en todos estos lugares se continuaron fabricando útiles de sílex, aunque por su aspecto especial los llamamos cuchillos en forma de «barras de mantequilla»; son largos y de poco espesor. Hay talleres de fabricación de útiles de piedra que se mantienen activos en toda la Edad del Bronce, aunque por los desechos de los talleres comprendemos que estarían en decadencia progresiva.

No fue sólo el material lo que cambió con la introducción de los metales, sino también la forma de las armas y los útiles. En un principio, claro está, se reprodujeron servilmente las formas de la piedra, y así las primeras hachas, todavía de bronce, son pedazos de metal de forma triangular y, como las hachas de piedra, podían emplearse desprovistas de mango. Pronto se comprendió que al fundirlas era práctico darles formas adecuadas, y entonces se hicieron con un agujero para el mango y hasta unas aletas decorativas. El hacha era todavía el arma predilecta de los guerreros francos bien entrada la Era cristiana; los compañeros de Clodoveo preferían el hacha, llamada *francisca,* a las armas más perfeccionadas de las poblaciones galorromanas, acaso por un sentido caballeresco, refractario a novedades, como el que impulsa a Cervantes a deplorar, en el *Quijote,* la invención de las armas de fuego.

Sin embargo, el bronce hizo posible la nueva arma, todavía la más terrible hoy en la lucha cuerpo a cuerpo, esto es, la espada cortante, desconocida de los hombres de la Edad de Piedra. Es muy posible que la espada tuviera origen oriental; los griegos debieron de adquirirlas de los fenicios. El primitivo nombre griego de espada, ξίφος, es parecido al árabe *seifun*. En la *Odisea* se hace alusión a este tráfico de armas de los fenicios con los griegos, y en la *Ilíada,* que nos brinda un cuadro de la vida de los pueblos helénicos de las primeras edades del metal, los guerreros delante de Troya usan todavía armas arrojadizas, pero aprecian ya como un tesoro sus espadas, algunas de ellas obra de los dioses y don especial que hacen éstos a sus héroes favoritos. La misma vene-



Muchacha beréber.

ración por las espadas encontramos en los pueblos germánicos y perdura toda la Edad Media el respeto sobrenatural que inspiran ciertas espadas, reminiscencia del terror que hubieron de infundir en las primeras edades del metal. A nosotros, acostumbrados a ver espadas de todas formas y dimensiones, nos resulta algo difícil comprender la revolución que esta nueva arma había de producir en el arte de la guerra y aun en la organización social. La espada, en cierto modo, hacía posible el feudalismo, porque el poseedor de una espada podía imponerse a los que carecían de aquella arma excepcional. Todavía hoy, en nuestros ejércitos, los oficiales usan la espada como arma más noble que todas las demás.

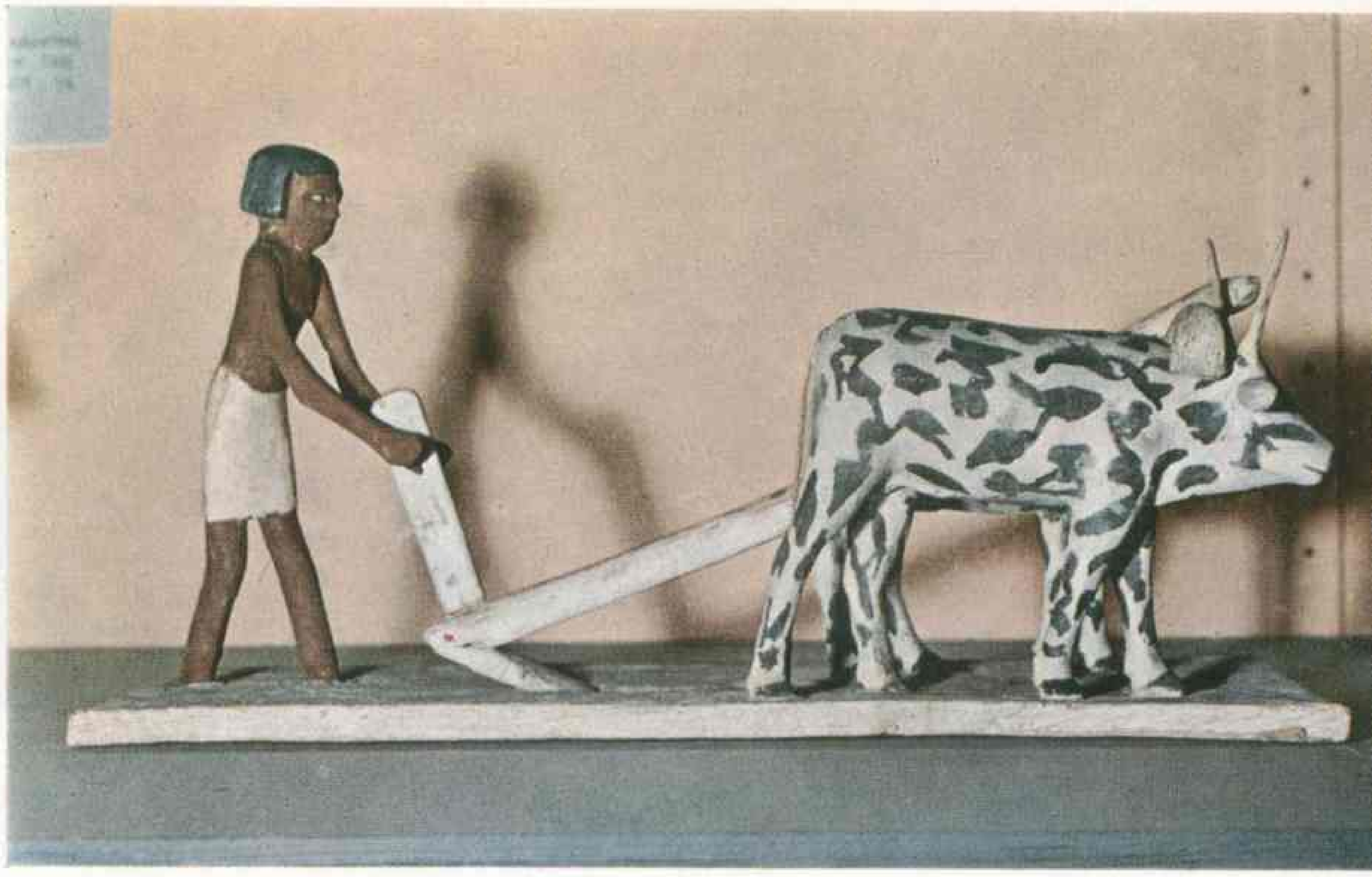
Tan importante juzgamos esta nueva conquista de la humanidad, que a veces por la forma de las espadas, de su hoja o de su empuñadura, clasificamos una estación o poblado prehistórico. Mientras las prehistóricas armas arrojadizas (las flechas, arpones, bolas, bumerangs) han sido hoy substituidas por las armas de fuego, la espada cortante, que blandiéndola sobre la cabeza del enemigo toma fuerza de su velocidad, continúa siendo un arma insubstituible. Algunos pueblos usaron espadas de madera, pero sólo el metal podía hacer eficaz un arma de esta forma. El valor de una espada depende de su dureza y elasticidad; pero los antiguos producían láminas de bronce de filo más cortante aún que las de acero.

Además del martillo, del punzón, del rascador y de otros antiguos útiles de piedra, que se funden también de bronce cuando este metal se va haciendo familiar, aparece otro instrumento que tenía que cambiar con el tiempo la vida humana y que tampoco hubiera podido nunca fabricarse de piedra: la hoz o la guadaña para cortar los cereales. Ya hemos visto que en los últimos días de la Edad de Piedra, los granos, base de la agricultura, se introdujeron en Europa. Es probable que los últimos pueblos cazadores europeos abandonaran a la mujer el cultivo de los cereales, en un claro del bosque

Primitivas razas europeas. Tipo alpino.



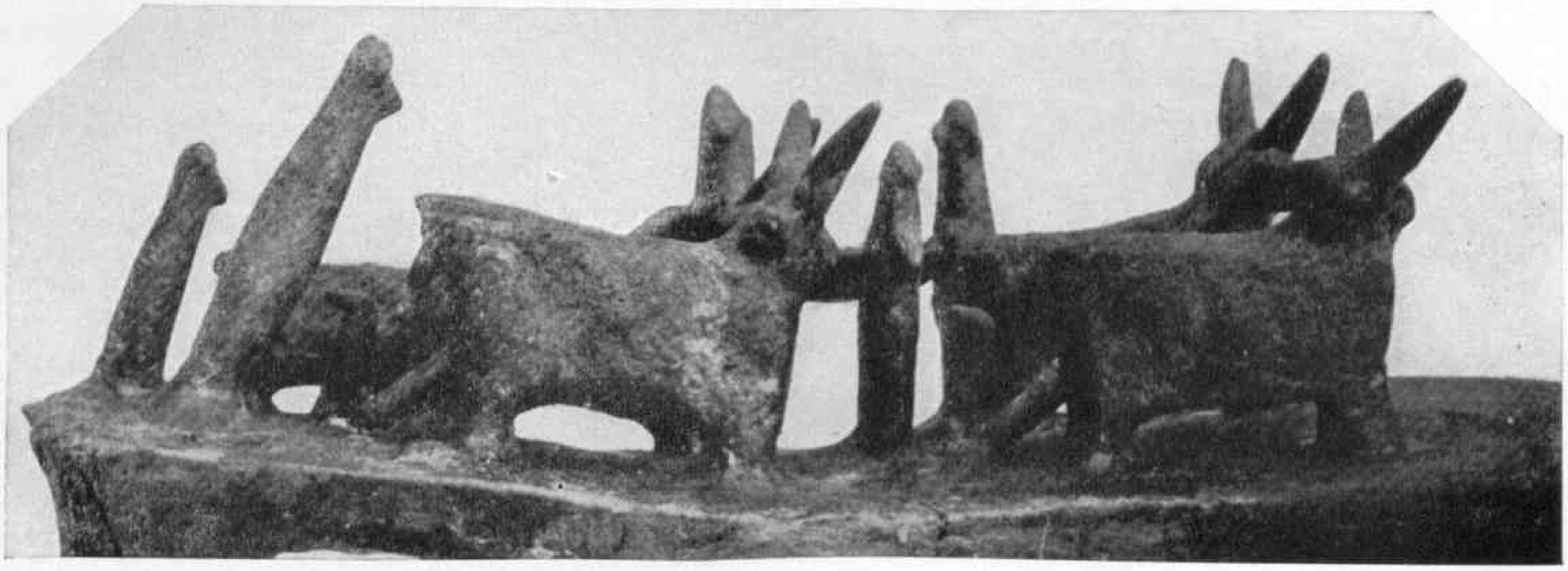
Arado prehistórico. Egipto. Figurita en cerámica policroma hallada en una tumba.



cerca de la caverna o de la choza, como todavía hoy el campesino europeo, por atavismo, abandona a su hijo, así que puede, el cuidado de los campos para convertirse él, a la vejez, en cazador. Los granos debieron de plantarse en un principio valiéndose de un bastón con un círculo o rodela para impedir que penetrara demasiado en la tierra, tal como lo empleaban los indios americanos, mas para segar las espigas hacía falta un instrumento especial. El cuchillo de piedra era de lentitud desesperante. Te-

Malgaches removiendo la tierra con bastones antes de sembrar.





Modelo en arcilla de arado prehistórico. Museo de Nicosia. Chipre.

nía que cortar uno por uno cada tallo de avena o de trigo, y aunque durante el período neolítico se había ingeniado una hoz rudimentaria, clavando varios cuchillos de sílex en una rama de árbol, sólo de metal podía construirse el cuchillo curvado que recoge, al cortarlos, los tallos de las plantas, formando un mazo de ellos a cada golpe. Los griegos representaron a Ceres, la diosa de los campos, con una hoz en la mano, porque, sin la hoz, la agricultura no hubiera sido posible. La hoz era un instrumento sagrado para los celtas, que la veneraban lo mismo que antes habían venerado el hacha de piedra. Los druidas o sacerdotes celtas llevaban como distintivo una segur de plata. ¡Y cuán maravillosos cambios no se han originado de este cuchillo singular, que ha permitido el cultivo de los cereales en grandes extensiones! Por él pueblan la Tierra multitudes inmensas, que no hubieran podido alimentar las selvas vírgenes. Pues éste es también un resultado inmediato del empleo de los metales. Los demás útiles del agricultor no son de ningún modo tan preciosos como la hoz; el arado no era tan necesario en aquellos campos de tierra, rica en mantillo, de la Europa prehistórica. Con seguridad hubieron de emplearlo, pero sería un simple tronco de árbol con una recia rama que se clavaba en el suelo. Los lapones, que con los vascos son acaso los únicos descendientes de las poblaciones primitivas europeas, tienen para el arado la palabra *kara*, que designa a la vez arado y rama. En sánscrito, *spandana* quiere decir a la vez arado y árbol.

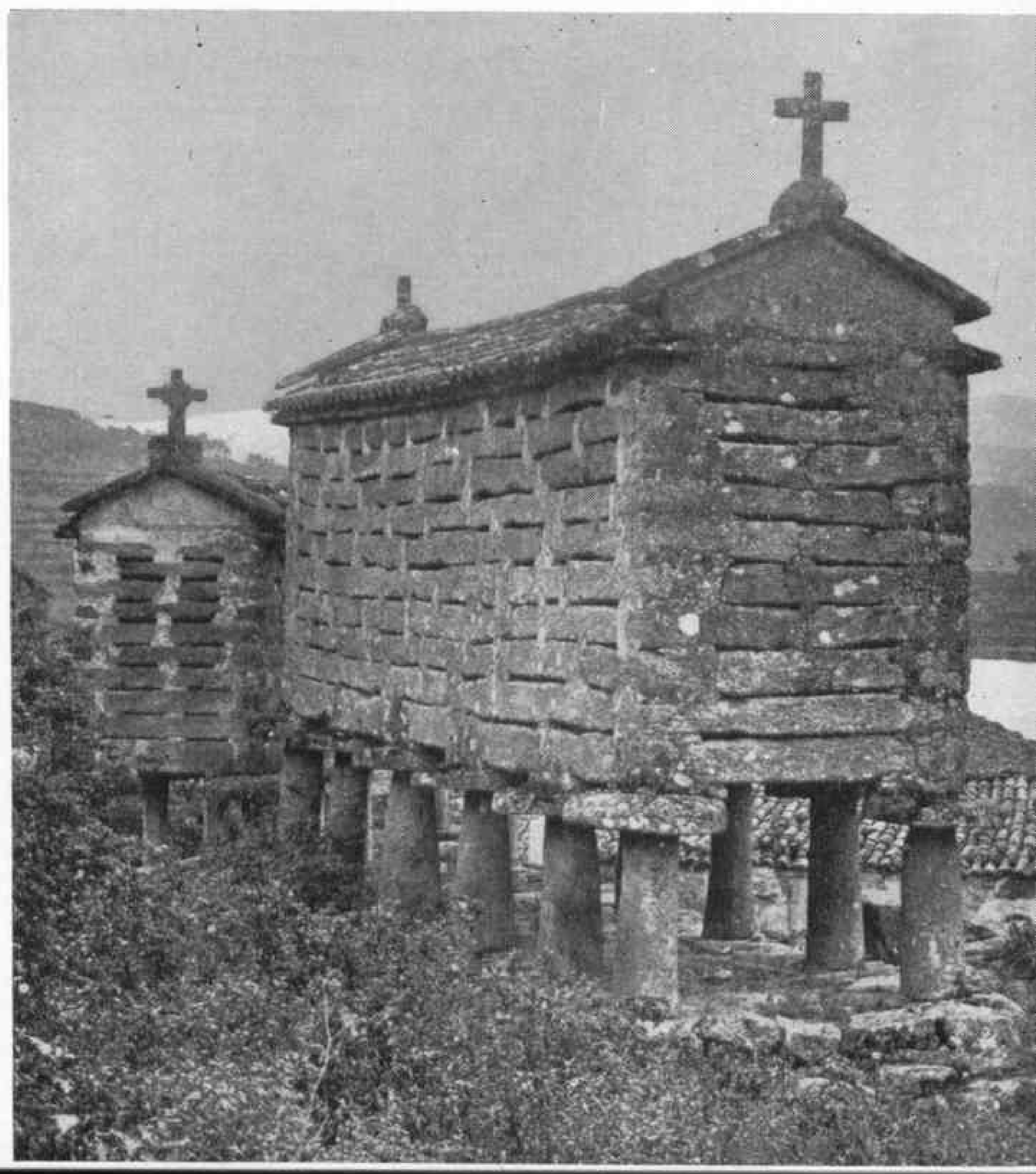
La pala para remover la tierra se conservó también muy primitiva hasta que se conoció el metal barato, o sea el hierro. Durante la Edad del Bronce se continuaron empleando, para remover la tierra, simples bastones o palas hechas con una piedra o paletilla de buey atadas a un largo mango. No era la pala un instrumento bastante necesario para fabricarlo de un material difícil de obtener, como era el bronce. El valor más precioso de los cereales, que proviene del hecho de poderlos almacenar en las épocas de abundancia para emplearlos como alimento en los períodos de escasez, debía de ser poco apreciado. Los indios americanos no conocieron bastante estos medios de prevenirse contra las épocas de hambre, y los depósitos de granos del primitivo europeo, que habitaba un país cubierto de bosques, estarían muy amenazados por los roedores. Así, en griego como en latín, teutón, eslavo y aun en sánscrito, la palabra *ratón* quiere decir también ladrón,

indicando que desde los primeros días del mundo el agricultor tuvo que prevenirse contra los roedores. De aquí los hórreos, construcciones elevadas sobre pilotes, que aún se construyen por tradición prehistórica en España. Sin embargo, es evidente que los cazadores de la Europa paleolítica (o quienesquiera que fuesen los que les sucedieron en las primeras edades del metal) no aceptaron los trabajos agrícolas más que a medias, y aun esporádicamente. En ciertas regiones particularmente favorables, el primitivo europeo se resignó al cuidado de los campos, pero en la mayoría de los casos el cazador se convirtió antes en ganadero que en agricultor.

Ya dijimos que el primer animal domesticado fue el perro, que se asociaría naturalmente al hombre para la caza. Las bandadas de lobos siguen a los pueblos cazadores para devorar las carroñas abandonadas. Darwin insinuó que todos los perros domesticados del mundo derivan de dos especies de lobos, y acaso de dos especies de chacales, pero el hecho positivo es que el perro debía de rondar en bandadas todavía medio salvajes, durante la Edad de Piedra, en torno de los campamentos del hombre europeo. En América, el perro de los pastores deserta del campamento para unirse a las bandadas de coyotes, que son pequeños lobos que aúllan de noche junto a los corrales del rebaño. Los huesos del perro se hallan en los montones de basuras prehistóricas de Dinamarca mezclados con los huesos de otros animales con que hubo de sustentarse el europeo primitivo y que el perro ha descarnado hasta roer las puntas y cartílagos.

Pero la gran conquista del hombre primitivo, y que decide la permanencia de las tribus prehistóricas en Europa, es la domesticación de los rumiantes. Ya hemos visto que la caza preferida de los cro-magnones fueron el reno y el bisonte; llegaría un día, necesariamente, en que el cazador, al herir a la madre, recogiera su cría y la llevara como juguete a su morada. Así se asociaba el hombre a los animales. El pequeño cérvido o el bisonte recién nacido debieron de habituarse a la compañía del hombre, jugaron con él y se encariñaron con los lugares en que habitaba. Allí debieron de procrear también y poco a poco formaron el rebaño. Las consecuencias de este hecho son incalculables; por de pronto, la vida del cazador y de su familia ya no tenía que depender de la lucha diaria con la res, que había que descubrir, perseguir y derribar; el sustento estaba asegurado mientras hubiese cabezas de ganado paciendo alrededor de la vivienda. A la alimentación intermitente de los pueblos cazadores, con grandes fiestas en los días de cacería, en que se atiborra de carne toda la tribu, pero que van seguidas de semanas de hambre, sucede la alimentación regular que proporcionan las reses del ganado. Además, era conveniente talar claros en el bosque y así facilitar el pastoreo de los animales; éstos constituían una riqueza capaz de procurar aún otros bienes. Los héroes de Troya calculaban el valor de las cosas por el número de bueyes que pueden procurárselas. Nosotros usamos todavía para referirnos a la moneda el adjetivo *pecunia-*

Hórreos en Corcubión. La Coruña.



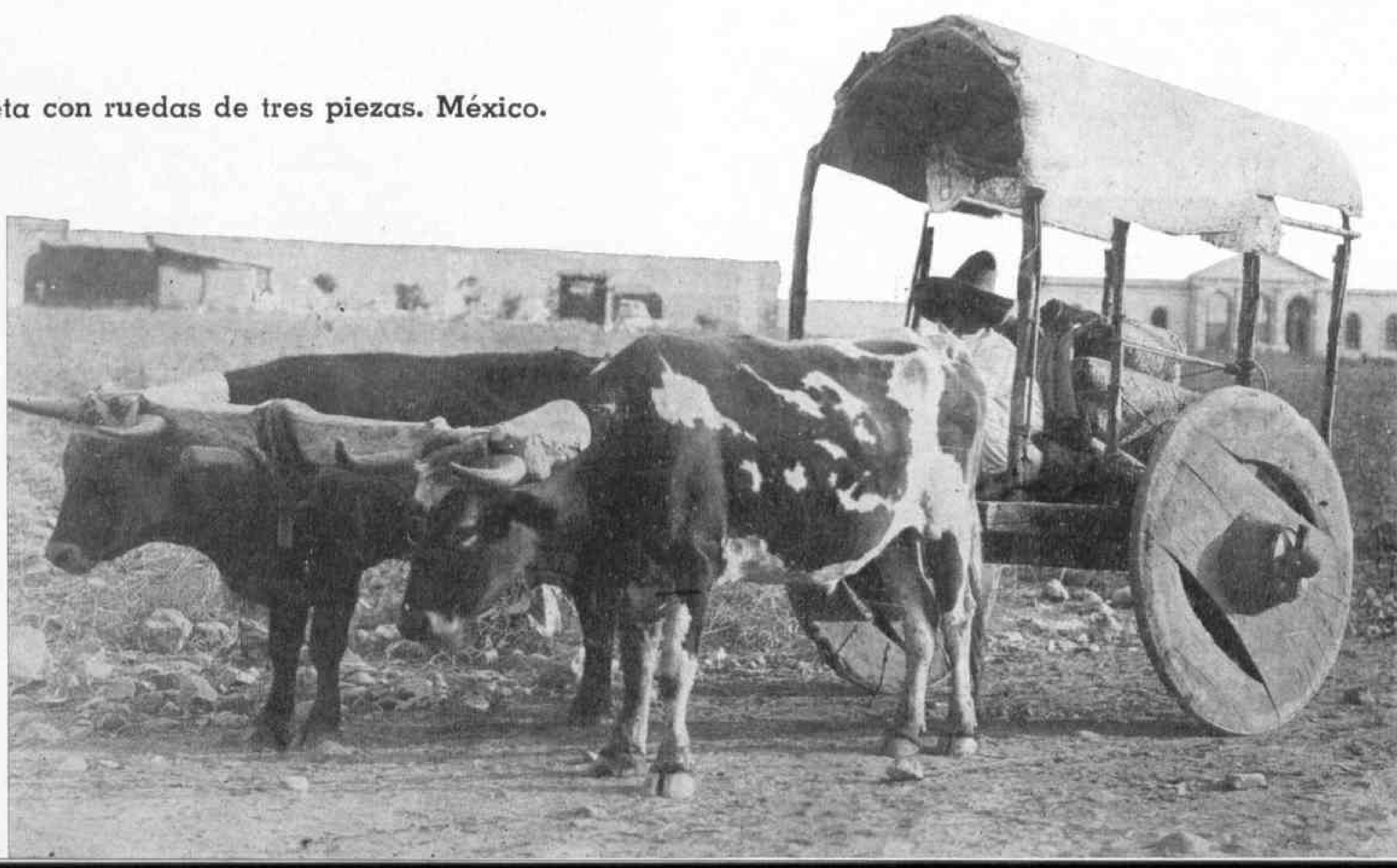
rio, que viene del latín *pecus*, que quiere decir *ganado*. El escritor español Angel Ganivet describe con gran ironía una civilización del centro de Africa donde las vacas sirven para el intercambio. Los lapones cuentan su riqueza por el número de cabezas de reno que posee cada tribu.

Además, el hecho de abrir claros en los bosques es el principio de los trabajos públicos o de transformación de la tierra, y el empleo de animales como medio de comercio es el principio del intercambio, que debía conducirnos a la civilización. Es inútil insistir; basta comparar el cuadro de vida que presentan los pueblos cazadores actuales, como los bosquimanos, australianos y tasmanianos, con el que ofrecen los pueblos pastores, como los beduinos, mongoles y lapones... La distancia es inmensa; el progreso físico y moral, indiscutible. Pues este paso se dio en Europa en los primeros días del metal; el empleo del bronce y la domesticación de los animales se realizó casi en la misma época. Es probable que las actuales razas bovinas de Europa fueran importadas del Asia, pero que el bisonte y el buey europeos fueron domesticados antes que el caballo, resulta de absoluta evidencia. Mientras para los héroes homéricos el buey es la bestia de carga, los caballos de tiro son animales casi divinos, a menudo regalo precioso de los inmortales. En las leyendas germánicas los caballos de montar tienen nombre y su árbol genealógico es tan conocido como el de los mismos héroes. En cambio, los caballos salvajes daban carne muy estimada de los primitivos teutones; todavía en tiempo de San Bonifacio tiene que recomendarle el Papa que prohíba a los germanos los banquetes con caldo de caballo que formaban parte del rito del dios de la guerra Wotan-Odín.

La domesticación del bóvido de tiro y de leche motivó, pues, los grandes cambios en la organización de las tribus prehistóricas europeas que hemos ya mencionado. La familia debió de aumentar en número, pues el cuidado del ganado exige más individuos que la caza; los grandes rebaños pueden mantener varias familias, y éstas casi por necesidad deben asociarse, constituyendo una tribu o clan. Mientras el cazador primitivo debió de mirar con recelo a los jóvenes que habrían de substituirle al llegar a la pubertad, y que en su juventud no podían luchar con las reses, el jefe de una tribu que poseyera grandes ganados se alegraría al ver niños y viejos ayudando en el campamento, cuidando de las pequeñas crías, de las bestias enfermas y de las recién paridas que no pueden salir aún al pastoreo.

Sin embargo, al crecer la familia, y también el rebaño, se hizo necesario cambiar a menudo de lugar, sobre todo cuando los pastos habían sido agotados. Ya hemos visto que también viajaban los cazadores primiti-

Carreta con ruedas de tres piezas. México.



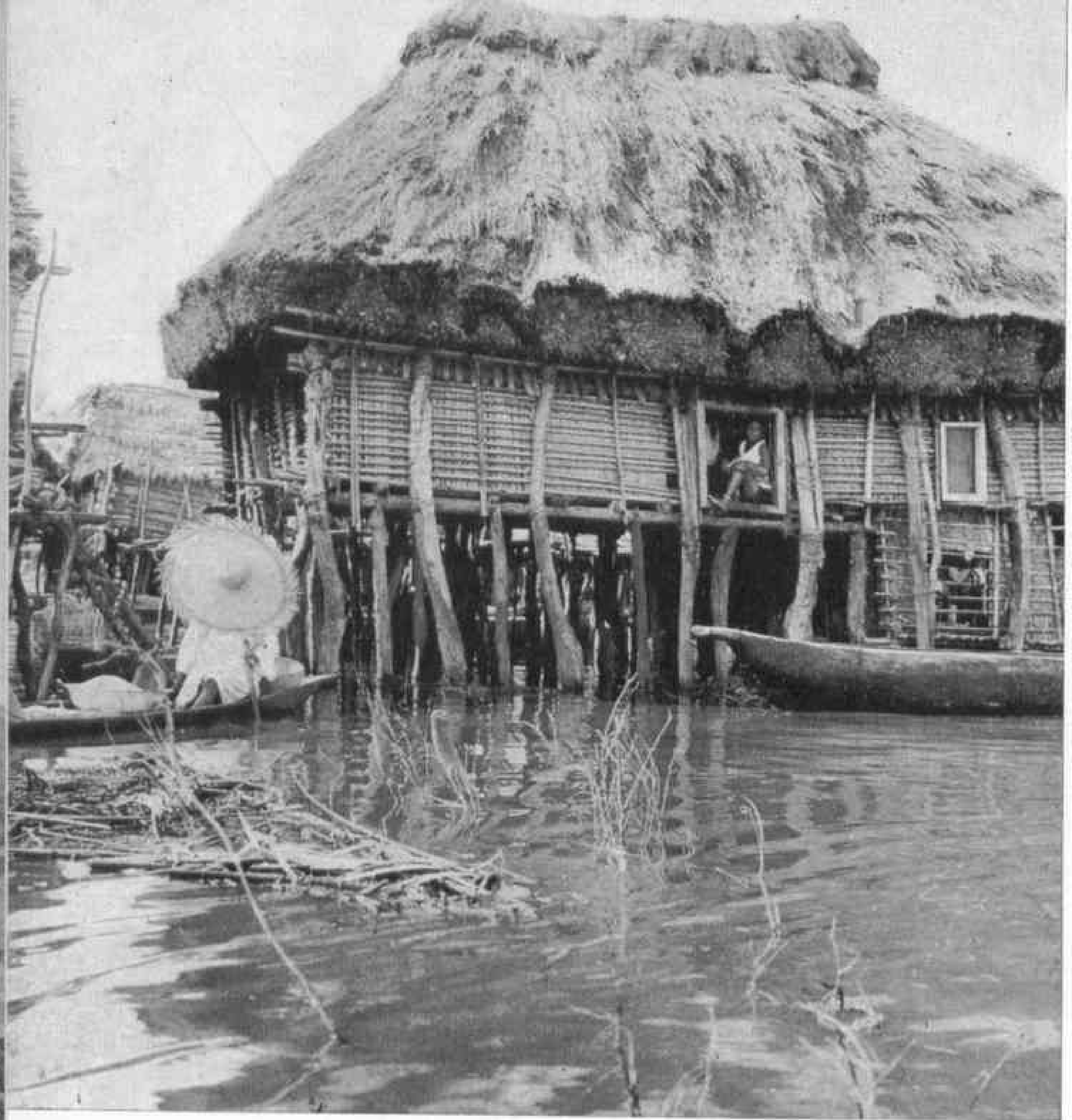


Carreta con ruedas macizas. Filipinas.

vos, persiguiendo a sus presas, que se alejaban cada día más de sus viviendas; pero la traslación de una familia de cazadores no tenía las dificultades que supone el desplazamiento de una tribu numerosa, con su ajuar doméstico y, sobre todo, el gran rebaño.

Estos amplios movimientos emigratorios de las razas de pastores dieron ocasión al invento del carro o vehículo de ruedas, uno de los más trascendentales progresos de la humanidad primitiva. Las distancias grandes que a veces había que salvar hasta encontrar una llanura con pastos suficientes para gran número de animales, obligaron a inventar el carro donde iban las mujeres y niños y aun los utensilios y pieles para construir nuevas cabañas. El invento de un artefacto para conducir todos estos enseres, y aun a los individuos más débiles de la tribu, debió de realizarse en los confines de Europa y Asia, en las estepas de la Rusia meridional, donde habitaban los escitas. Los escritores clásicos describen varias veces los carros de los nómadas escitas, arrastrados por bueyes, y es seguro que de ellos los tomaron los pueblos asiáticos, hasta los chinos. Hesychius nos ha conservado el nombre de estos vehículos cubiertos en que habitaban los escitas: se llamaban *karama,* análogo al latín *carrus* y al celta *karr.* En una moneda del siglo v antes de J. C., atribuida a los odomantes, que habitaban la Tracia, se ve un carro de dos ruedas hecho de mimbres, arrastrado por bueyes uncidos a una sola vara.

Es muy probable que una simple vara que se arrastra por el suelo fuese el carro primitivo, sin ruedas, como un trineo. Los indios de América que se dedicaban a perseguir bandadas de bisontes, cuando tenían que alejarse mucho, siguiendo a las bestias en su huida, recogían las pieles y el ajuar doméstico y ponían todo el petate sobre los palos que habían sostenido la tienda y que servían ahora de trineo. Los perros arrastraban este vehículo primitivo, y en toda América no se conocía nada más perfeccionado que esto antes de la llegada de los españoles. Cuando Colón puso los pies en el Nuevo Mundo, no había una sola rueda en todo el Continente americano. Esto solo explica el cuadro de la civilización precolombina; Moctezuma, el poderoso señor



Viviendas palafíticas de Ganevie, Africa occidental.

de México, salió a recibir a Hernán Cortés, como Atahualpa a Pizarro, llevado en andas sencillamente. El trineo, formado por dos palos que se arrastran por el suelo, fue, pues, el vehículo primitivo, que todavía se usa en muchos lugares de la Tierra. Es de presumir que, para facilitar el movimiento, se ideara apoyar estos palos sobre un rodillo, que fue primero un simple tronco de árbol, y para que éste no rozara tanto con el suelo, se desbastó en el medio, haciendo como un eje y apareciendo en los extremos algo semejante a unas ruedas. Así son todavía algunas carretas en Portugal, que tienen el eje y las ruedas de una misma pieza cilíndrica de madera.

Y así debieron de ser los primeros carros europeos, hasta que un día un bárbaro escita de las estepas se ingenió en hacer las ruedas por separado para que giraran alrededor de un eje...

Fue el más estupendo invento de la humanidad. ¡Una rueda! Un disco de madera con un agujero en el centro y un eje alrededor del cual gira. ¡Cuántas consecuencias del invento de este simple artefacto!

La rueda es, pues, como el carro, un invento de los nómadas escitas, pueblos pastores que vagaban entre Europa y Asia. Los pueblos agricultores sedentarios no tenían tanta necesidad del carro. Así puede observarse que en Irlanda los carros no se han introducido hasta nuestros días.

Una vez inventada la rueda, ya el carro fue perfeccionándose gradualmente, pero en muchos lugares del mundo las carretas, siempre tiradas por bueyes, tienen todavía a veces ruedas macizas, o de tres piezas, y en algunas la caja es de mimbres, como las *karamas* primitivas. El carro no sólo sirve de habitación durante las largas emigraciones, sino que ciertas razas acaban por acostumbrarse a vivir en él y constituye así una vivienda hasta en los períodos de permanencia en lugar fijo. Los carros sirven también de defensa, forman como una muralla del campamento, donde se refugian los guerreros de la tribu en caso de necesidad. Los cimbrios intentaron una última defensa detrás de sus carros en la batalla de Aquæ-Sextiæ, y Atila, después de la desastrosa batalla de los Campos Cataláunicos, refugiándose detrás de su muralla de carros pudo esperar a que los enemigos se dividieran y escapar así de una destrucción completa. El carro es, pues, para los nómadas, casa y refugio; cuando los americanos cruzaban el continente para poblar el Oeste, sus grandes carromatos eran muchas veces sitiados por los indios y los emigrantes se defendían desde dentro del círculo formado por sus carros como pudieran hacerlo desde un castillo ambulante.

Mientras así, en las llanuras del este y del norte de Europa, los nómadas pastores, en tribus cada vez más numerosas, iban formando naciones sin residencias fijas, en los valles del centro otras tribus, dando más importancia a la agricultura, perdían sus antiguos hábitos y se hacían sedentarias, construyendo poblados de chozas en los

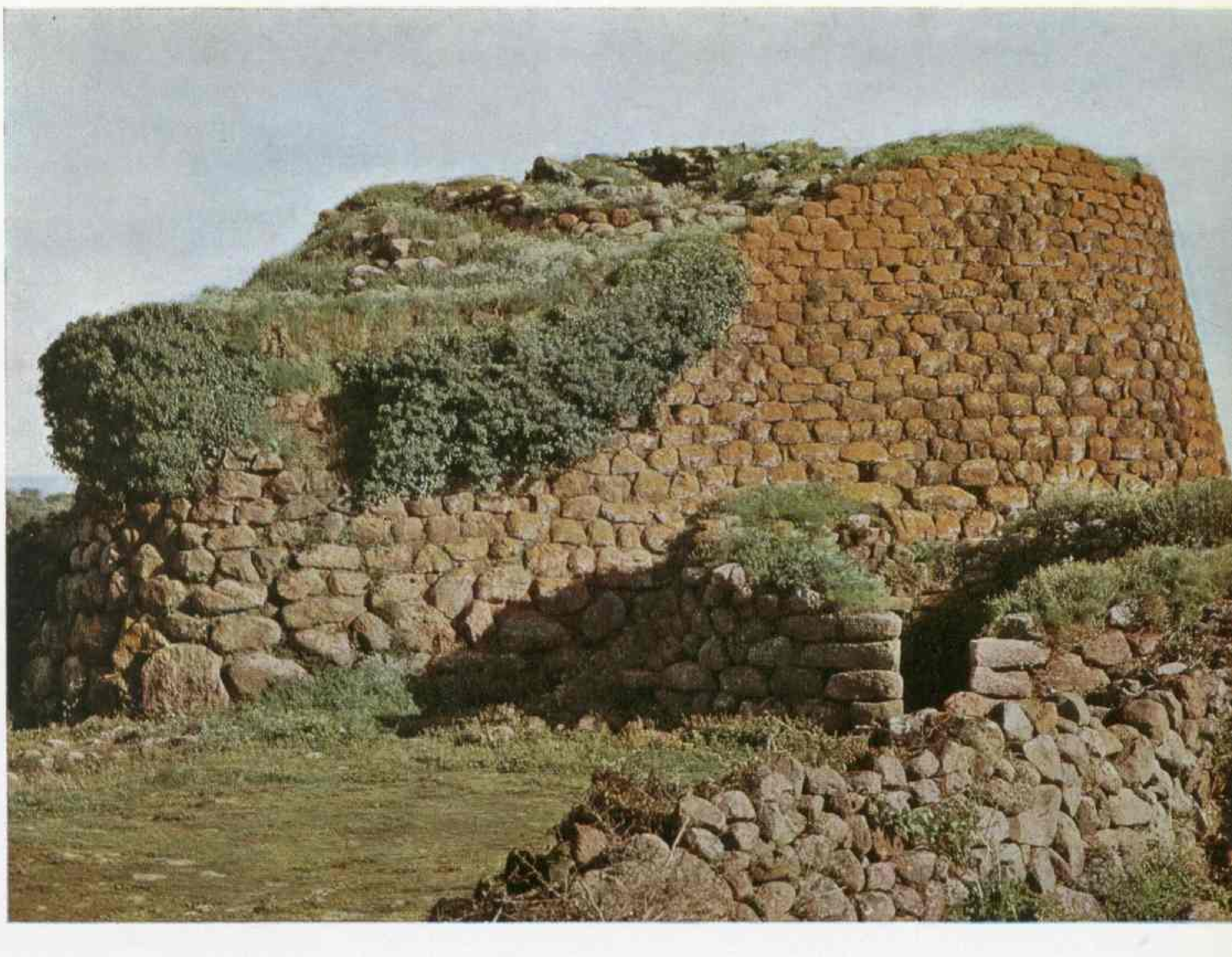
sitios que les parecían más favorables para aquel nuevo género de vida.

Algunas de ellas, para librarse de agresiones y de los animales dañinos, construían sus cabañas sobre pilotes en los lagos, y de tal manera se habituaron a estas viviendas sobre pilotes, que aun al establecerse más tarde en tierra firme continuaron construyéndolas sobre una plataforma elevada por medio de palos hincados en tierra. Las ventajas de estas construcciones son evidentes: no sólo estaban más protegidas, sino que eran más higiénicas; las basuras caían debajo de la plataforma, en lugar de acumularse en la puerta de las viviendas, como en la Edad de Piedra. El sistema de construcciones sobre pilotes, llamados *palafitos,* ha reservado hasta nuestros días grandes cantidades de material arqueológico: armas y toda clase de enseres que cayeron al agua mezclados con las basuras.

Lo mismo sucede con los campamentos de tierra firme sobre pilotes, que llamamos *terramaras;* también entre las hileras de troncos carbonizados que señalan, en los valles del norte de Italia, el asiento de una *terramara,* encontramos hachas, cuchillos, huesos y cerámica. En la plataforma de las *terramaras* las chozas debían de estar alineadas; la misma plataforma tiene naturalmente una tendencia al cuadrado; había escaleras para subir a ella en el centro de cada lado; he aquí, por consiguiente, un principio de urbanización.

Ya veremos más adelante que de los *palafitos* sobre el agua y de las *terramaras* en tierra firme se pasa a la ciudad latina, el municipio romano, otro de los grandes progresos de la humanidad. Pero no anticipemos los hechos: al final de la Edad del Bronce las *terramaras* sólo son la plataforma de las chozas de una tribu de agricultores.

El *nuraga* Losa, cerca de Abbasanta, en Cerdeña.



De todos modos, la construcción sobre pilotes requería gran abundancia de troncos; los incendios debían de ser frecuentes, y la acumulación de basuras debajo exigiría levantar el piso muy a menudo. De aquí que en las regiones donde la madera no abundaba, como en el sur de Italia y España, las tribus se encerraran dentro de recintos de piedras mal escuadradas. Los situaban en lo alto de un cerro y sus muros de defensa se adaptaban a la forma irregular de la colina: son las *citanias* portuguesas, los llamados *castros* de España y Sicilia. El recinto se halla ahora casi siempre vacío, lo que indica que sus viviendas eran chozas de cañas y barro. Acaso también se hicieran de paja y mimbres trenzados, como una obra de cestería en la que vivía cada familia. Así era, por lo menos, la construcción llamada por los autores clásicos *opus scotum*, en la Gran Bretaña, verdaderas casas de mimbres revestidas de barro, que se habitaron hasta la época romana.

Cuando era en absoluto imposible proporcionarse la madera y, en cambio, abundaban las piedras, hasta constituir una verdadera calamidad para los campos, como ocurre en Menorca, Cerdeña y el sur de Italia, entonces las chozas se edificaban de piedras tan sólo, construyéndose con paredes de enorme espesor, tanto para hacerlas más resistentes cuanto para emplear en la obra la mayor cantidad posible de estas piedras, que habían de ser la pesadilla del agricultor primitivo. Así se construyeron, en la Edad del Bronce, los *talayots* en las Baleares, los *nuragas* en Cerdeña, los *castellieri* en Istria, los *thruddi* en la región italiana de Otranto...

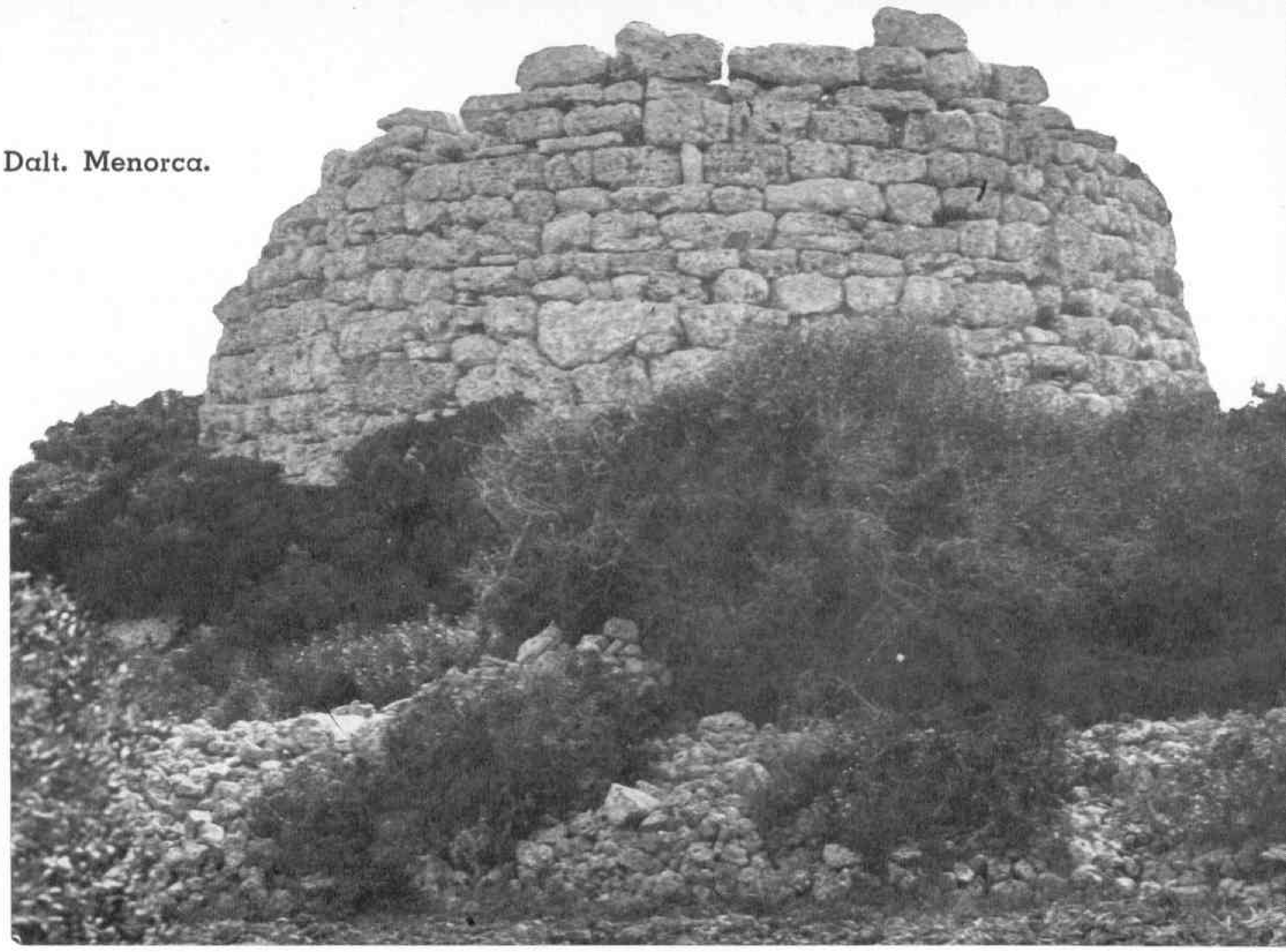
Mucho se ha escrito sobre estos monumentos primitivos, atribuyéndolos a razas fantásticas, como los pelasgos semigigantes, y creyéndolos fortalezas, tumbas o lugares de culto, pero es posible que no sean más que simples habitaciones primitivas de pueblos cuya mayor preocupación era librar de piedras a los campos.

Mientras la casa prehistórica, cuando está construida de madera, tiene generalmente una planta rectangular con tejado a dos vertientes, cuando está construida con piedras es, por lo común, de planta circular cubier-

Talayot en Ciudadela, Menorca.



Talayot de Talatí de Dalt. Menorca.



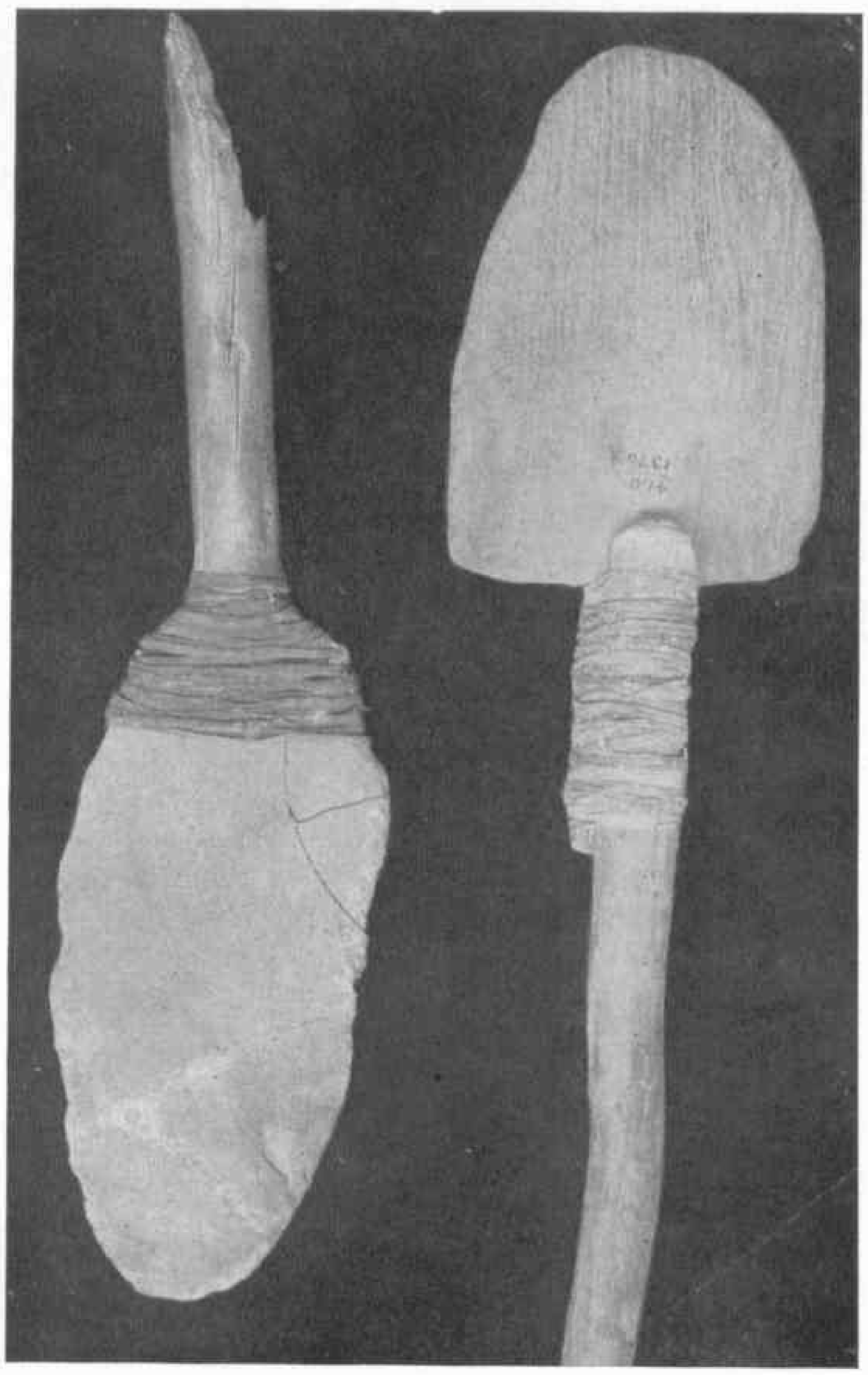
ta con bóvedas o cúpulas rústicas, mantenidas, si son muy grandes, con un pilar central. Mientras las casas rectangulares forman crujías independientes, las casas circulares tienden, en cambio, a apoyarse unas en otras con paredes medianeras de gran espesor, y el poblado adopta la apariencia de un laberinto sin urbanización.

El tipo de civilización que hemos sumariamente descrito de las primeras edades del metal en Europa debió de aparecer mucho antes en Egipto y el Asia, pero en Europa los materiales arqueológicos de esta época son más abundantes y mejor estudiados que en ninguna otra parte del mundo. La misma circunstancia de ser más recientes explica que podamos sistematizarlo mejor; en Egipto la Edad de Piedra, y aun las primeras edades del metal, aparecen tan remotas, por decirlo así, cronológicamente, que no es fácil darles su verdadero significado. Lo mismo ocurre en el Asia; no conocemos apenas nada de la Edad neolítica en el Continente amarillo y los materiales de su Edad del Bronce son difíciles de clasificar, incompletos e incoherentes. Por esto, aunque el Oriente se anticipó a muchos descubrimientos — y en esto ya le hemos hecho justicia —, hemos preferido continuar nuestra exposición de la historia del progreso de la humanidad tomando como ejemplo todavía la Europa coetánea de las primeras edades del metal.

Queda por explicar la naturaleza del europeo de esta época, pero el problema de las razas, en lugar de aclararse, se hace cada día más difícil de resolver. Los cráneos, que son objeto de ímprobo estudio por los antropólogos, explican todavía muy poco. Hay otro dato mucho más espiritual que los huesos, y éste es la lengua, pero las primitivas lenguas de los europeos de la Edad del Bronce han continuado evolucionando y recibiendo influencias de otras lenguas extrañas. Aunque algunas, en su estructura gramatical, continúan siendo las mismas que hablaron ya algunos de nuestros antepasados europeos, son tantos los vocablos

que se han tomado prestados de otras lenguas, que el antiguo idioma queda a veces desvanecido.

De las tres grandes razas que hemos visto ocupar a Europa en las primeras edades del metal, sólo de una, la nórdica, conocemos el lenguaje con alguna precisión. Su cultura y mentalidad resultan también claras. De ellas hablaremos en el próximo capítulo. El espíritu y la lengua de las gentes de raza mediterránea ya son más difíciles de precisar, pero si, como creemos, las poblaciones prehelénicas de Creta son de raza mediterránea, ya verá el lector más adelante que algo empezamos a conocer de su cultura. La raza alpina es todavía un misterio: su cultura parece estar representada por la civilización que llamamos de Hallstatt, pero con los datos puramente arqueológicos que poseemos hoy de esta época de la Europa Central, no creemos tener materia suficiente para interesar, con una exposición fragmentaria — y por tanto escasamente sugestiva — al lector de nuestro libro.



Palas o azadas prehistóricas de piedra.



Fragua primitiva filipina. Reconstrucción.

9 LA EDAD DEL HIERRO. HALLSTATT Y LA TENE

Se propone a veces una Edad del Hierro a continuación de la Edad del Bronce para última etapa de la prehistoria de Europa. Pero su caracterización y sus límites no son tan precisos como los de las Edades de la Piedra y del Bronce. No se puede asegurar cuándo empezó a conocerse el hierro. Se han encontrado fragmentos de hierro en tumbas de las primeras dinastías egipcias, pero se consideraría metal precioso, más raro que el oro y acaso extraído de meteoritos.

Las propiedades del hierro, superior al bronce por dureza y flexibilidad, fueron primero apreciadas por los hititas del Asia Menor. Parece que conservaron la técnica de su bonificación como un secreto militar. Al ser destruido el imperio hitita por los enjambres de invasores nórdicos, hacia el 1200 antes de J. C., los métodos de producción del hierro se difundieron en Asia y en la región del Danubio. En el palacio real de Khorsabad, cerca de Nínive, se descubrió una enorme cantidad de lingotes de hierro, que pesaban en conjunto 16.000 kilogramos. Tenían ya la forma almendrada, con un agujero para colgarlos, de los lingotes de la época romana. Fueron acumulados por los asirios para pagar servicios que debían ser bien retribuidos. No conocemos el origen del mineral ni el sistema de bonificación de los hititas y los asirios para reducir la pirita de hierro a metal.

En Europa, el hierro se encuentra en los terrenos pantanosos casi puro en forma de nódulos del tamaño de una pequeña nuez. Martilleándolos incandescentes con algo de

limpieza, permiten fabricar objetos domésticos de pequeñas dimensiones. No se explica la presencia de los nódulos de hierro nativo en los terrenos sedimentarios. Pero debió de ser un material conocido desde antiguo porque en la epopeya finlandesa *Kalevale* se cuenta que los leñadores prehistóricos iban a buscar el hierro «siguiendo las huellas de los lobos en los pantanos».

La pirita o mineral de hierro está abundantemente distribuida por toda la tierra. Al principio se extrajo el metal en hogares a cielo abierto. Una vez fundido y todavía incandescente hay que golpearlo en el yunque para que la sílice que contiene se mezcle con el oxígeno del aire y forme gangas esponjosas, escorias, que se separan del metal puro. Pero el hierro no fue de gran consumo hasta que con el invento del horno de fuelle pudo lograrse una temperatura de 1.500 grados. Entonces pudo verterse en moldes y dársele las formas más variadas.

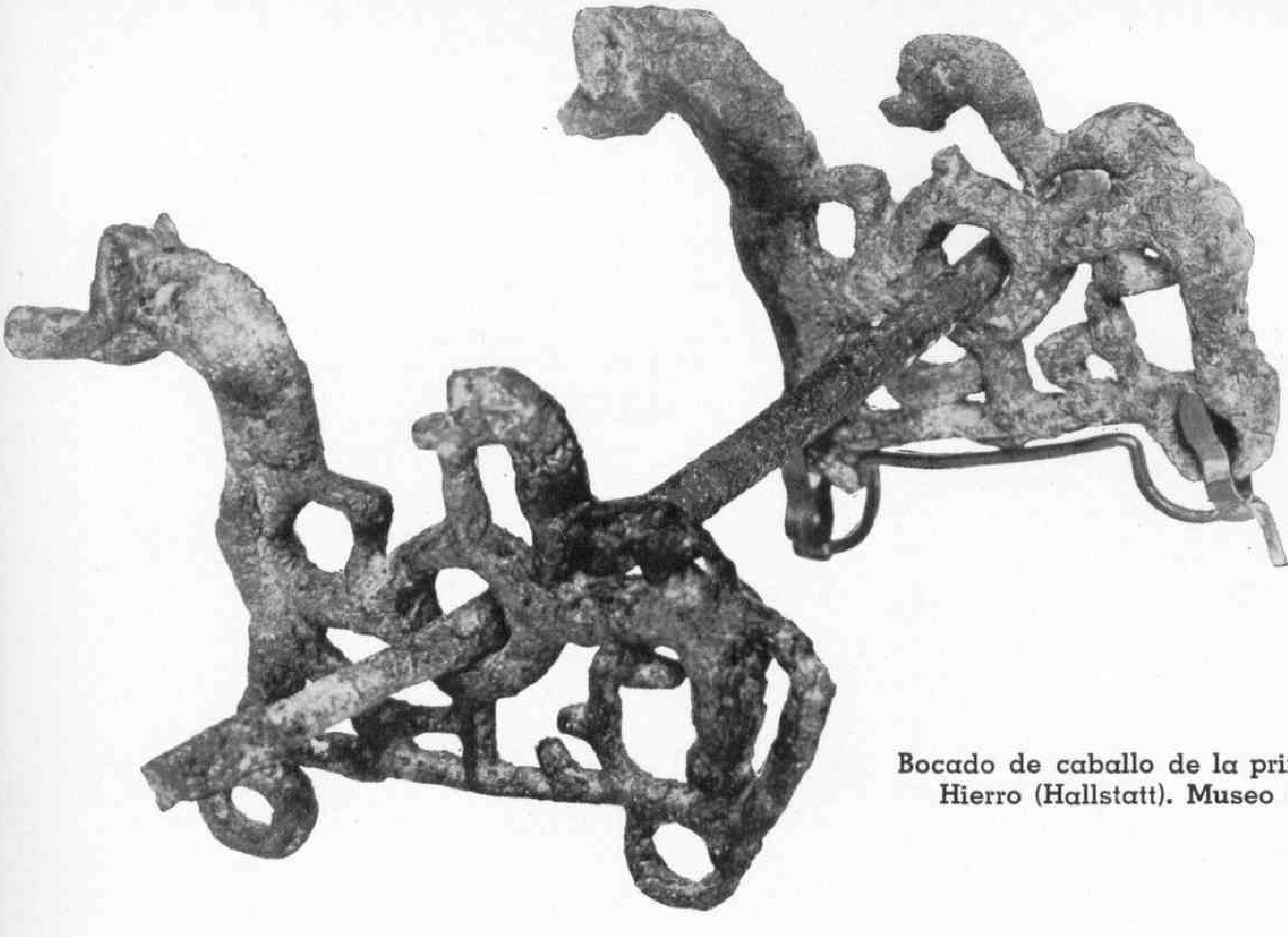
El gran defecto del hierro, que es de oxidarse y corroerse, hace difícil precisar la historia del nuevo metal. Se conservan muchísimos objetos prehistóricos de bronce, que con el tiempo no hacen más que enriquecerse tomando pátinas verdosas o azuladas; el hierro, en cambio, al contacto del aire se disgrega y pulveriza. Comprendemos la importancia que tiene el hierro en una cultura prehistórica, no por los raros objetos enmohecidos que se encuentran en las tumbas, sino por los montones de escorias que prueban que las forjas fueron activísimas durante largos siglos.

La primera cultura europea en la que aparece el hierro en cantidades importantes es la de Hallstatt, nombre de la estación en Austria más característica de esta época. En Hallstatt, el bronce aún se emplea más que el hierro para hachas, que se usaban como alabardas reforzándolas lateralmente. Los calderos, trípodes y objetos suntuarios continuaban también siendo de bronce. En cambio, el hierro se prefería para las espadas, aunque al principio repetían la forma de las espadas de bronce con nervio central para fortalecerlas. Pronto adquirieron la forma lanceolada plana que permitía hacerlas más afiladas y cortantes.

El hierro se hizo general en Europa hacia el año 1000 antes de Jesucristo, aunque no era abundante. Los celtas fueron muy famosos por sus espadas de hierro. La espada que Breno tiró en la balanza para pesar el rescate de Roma y abandonar la ciudad ocupada por sus huestes, era un gladio de hierro. Los herreros romanos aprendieron muchísimo de sus vecinos en la Galia cisalpina, pero todavía César se admira de los forjadores celtas, que sabían fabricar cadenas de hierro para áncoras de navíos cuando los romanos empleaban

Hacha y espada de bronce de la primera Edad del Hierro. Museo de Estocolmo.





Bocado de caballo de la primera Edad del Hierro (Hallstatt). Museo de Ginebra.

cuerdas de cáñamo. Según Varrón, la cota de malla fue una invención de los celtas y, como es dificilísima de fabricar, justifica su reputación de hábiles forjadores.

El bronce continuó empleándose para objetos de servicio religioso. En el rito etrusco de fundación de ciudades, el perímetro de las murallas tenía que marcarse con un surco abierto por un arado con reja de bronce. Otra tradición prehistórica latina obligaba a ciertos sacerdotes llamados *Flamen Dialis* a afeitarse con navajas de bronce. En Roma, la introducción de un objeto de hierro en un templo obligó a ceremonias expiatorias. La superioridad moral del bronce sobre el hierro se puede observar en la *Ilíada*. Homero, que califica al hierro de «metal difícil de obtener», en los combates delante de Troya provee a los héroes de armaduras y espadas de bronce, acaso porque confía en el valor algo mágico del viejo metal. En la *Odisea* ya se mencionan las espadas de hierro. En los templos de la época clásica, donde se enseñaban reliquias más o menos auténticas de legendarios semidioses, las espadas con que hicieron sus proezas eran de bronce. Así se ve que el hierro penetra por doquier, pero con gran resistencia por parte del bronce, metal más noble.

La substitución de un metal por otro —el hierro en lugar del bronce— facilitó el cambio de la forma. Las espadas de hierro son más largas y delgadas que las de bronce. Los cuencos y calderas fueron mayores al hacerse de hierro. Por otra parte, el hierro, que no podía repujarse en relieve, se decoró con aplicaciones de plata, formando la policromía metálica llamada *niello*.

En el próximo capítulo hablaremos de la distribución de las naciones o pueblos arios en Europa tal como los encontraron allí establecidos los romanos, pero hay que anticipar algo de los que consideramos como importadores de la metalurgia del hierro, que son los que dieron origen a las culturas que llamamos de Hallstatt y de La Tène. Los que produjeron la cultura de Hallstatt no están todavía caracterizados. No podemos explicar su origen y la manera como difundieron sus productos, que son casi uniformes en el centro y oeste de Europa. Objetos de la cultura de Hallstatt llegaron a Iberia y a las islas Británicas.

Es difícil presentar un cuadro de la cul-



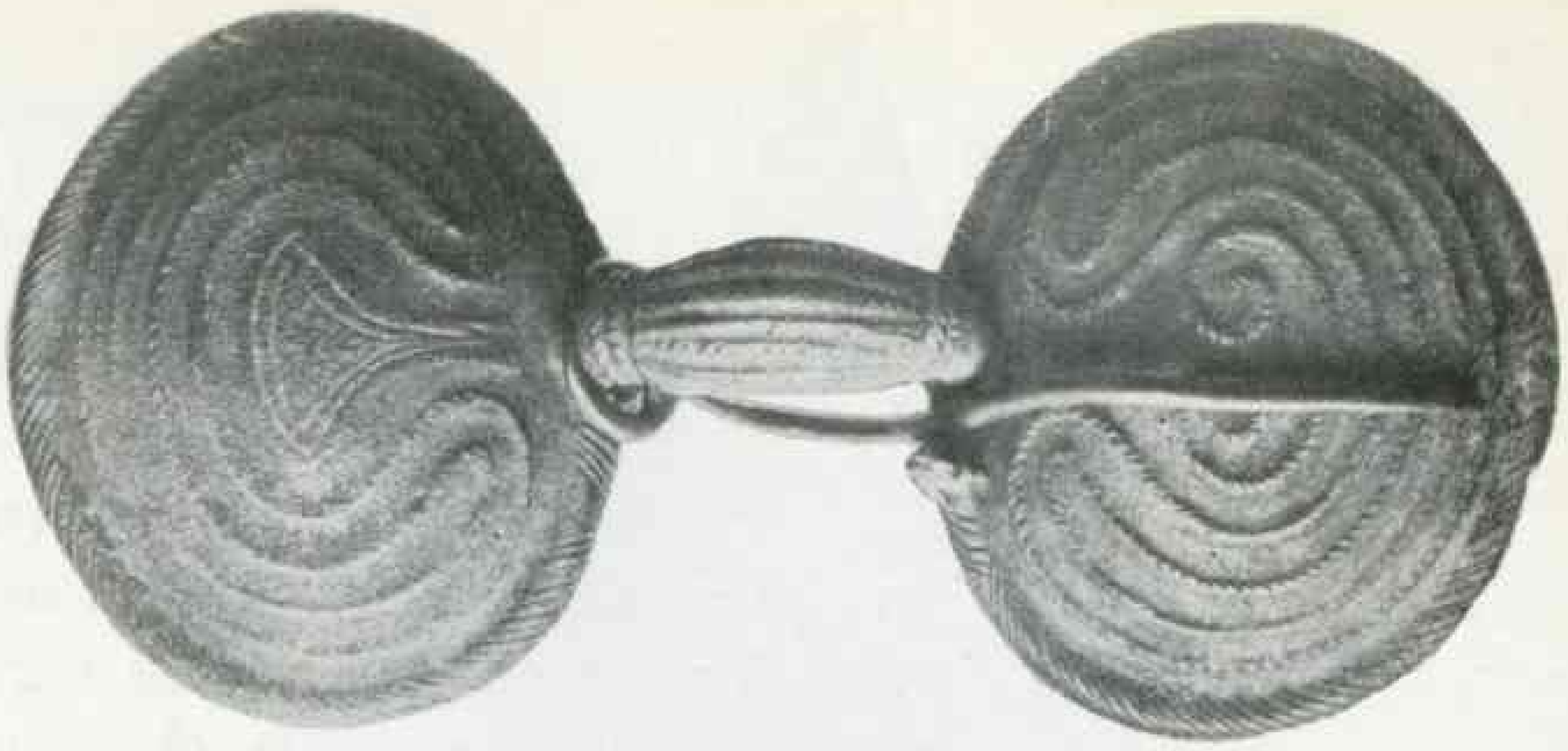
Hachas de bronce. (Museo Arqueológico de Barcelona.)

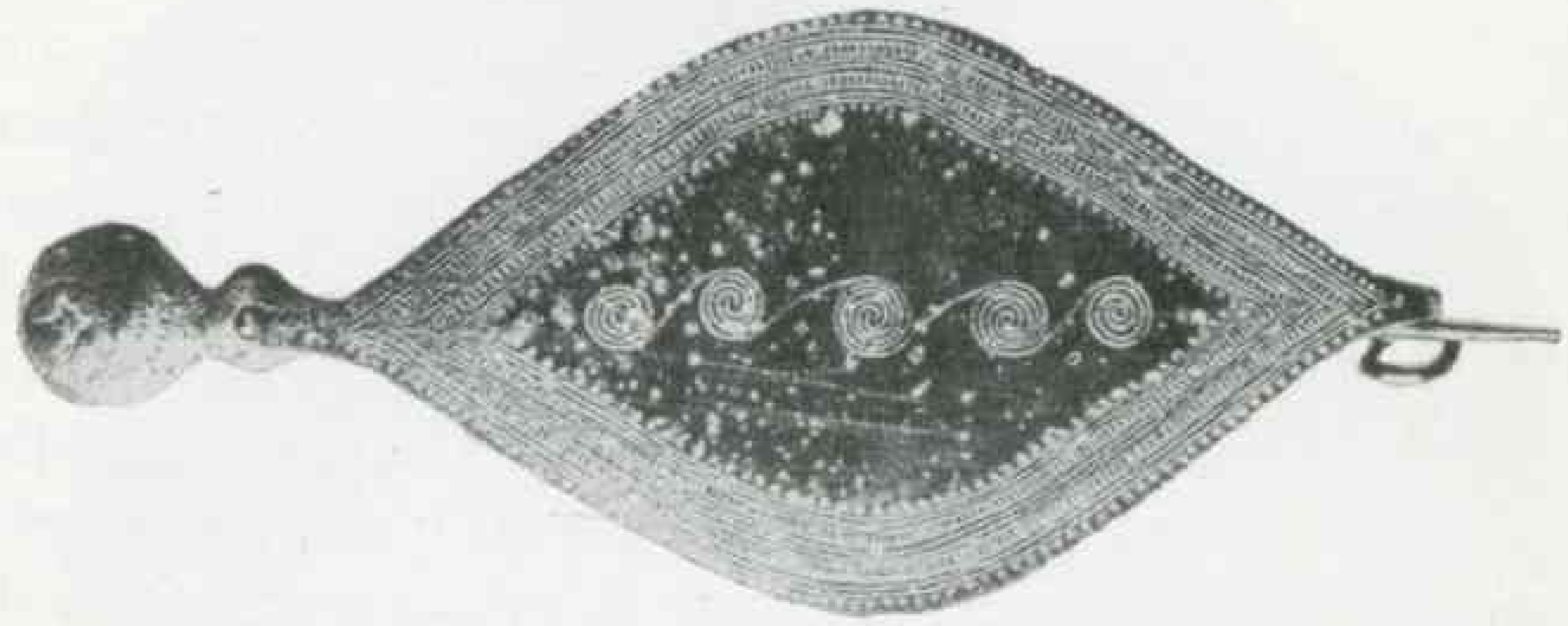
tura protohistórica de Europa en la época que calificamos de Hallstatt, porque si bien hay cierta semejanza de gusto en esta primera Edad del Hierro, las gentes debían de ser muy diversas, y aun deseando imitar los modelos y emplear un mismo estilo artístico hay variedad en las maneras de interpretarlos. Cuando se trata de clasificarlos tiene que hacerse provisionalmente. El territorio de difusión de las técnicas y arte de Hallstatt es enorme. Sobre una población poco densa — la de la Edad del Bronce — se superpusieron las bandas de emigrantes que conocían la manera de beneficiar el hierro. La mezcla debió de ser en proporciones muy desiguales, así que no podemos describir una Edad de Hierro con la misma uniformidad que describíamos una edad europea neolítica o una Edad del Bronce. Por ejemplo, las fíbulas, que servían para lo que nosotros empleamos los botones, esto es, para sostener los paños del vestido, cambian de forma en cada región y según el tiempo. Se inventan en un país y se exportan o imitan los modelos en lugares muy lejanos. El invento de un nuevo tipo de fíbula produciría sensación, como hoy un nuevo modelo de automóvil. Aquel pequeño objeto con un resorte para mantenerlo desplegado y que sujeta la aguja con una charnela, que es ya el imperdible que usamos todavía, fue tomando diferentes formas, que sirven para fijar la edad de una cultura. Hay fíbulas con un resorte o muelle, o con dos muelles, fíbulas en forma de arco de violín, fíbulas en forma de *navicella* o quilla de nave. La historia de la fíbula casi tiene tanta importancia como la de la cerámica, que produce una ceramicología: casi debería hablarse de una ciencia de la fíbula.

Veamos ahora cómo vivían. Se empleaban las dos formas de habitación: la choza circular la vemos reproducida en la columna Trajana cuando se representan los po-

blados de los bárbaros de la región del Danubio. La casa de planta cuadrada es preferida en el oeste y el norte de Europa. La choza circular tenía una parte excavada en el suelo, y en muchas partes se reconoce que hubo allí un poblado porque los terrenos tienen manchas obscuras que llamamos *fondos de cabañas*. Al excavarlos se encuentran fragmentos de cacharros y algunos objetos de uso doméstico. El ajuar debía de ser extremadamente pobre. Las barracas o casas de planta rectangular con una sola habitación tenían un entarimado para el suelo cuando era húmedo, y esto permite restablecer su planta. Se dormía sobre una banqueta junto a las paredes. El hogar en ambos tipos de vivienda estaba en el centro de la habitación. Se ha podido comprobar que los grupos de casas estaban a veces rodeados de una muralla que encerraba un poblado. Esto representa una organización social de la que no podemos formular conjeturas. Pero debía de haber entre estas agrupaciones humanas personajes de mayor calidad, porque se los entierra con más armas, algún objeto precioso en bronce y hasta a veces con el carro de combate.

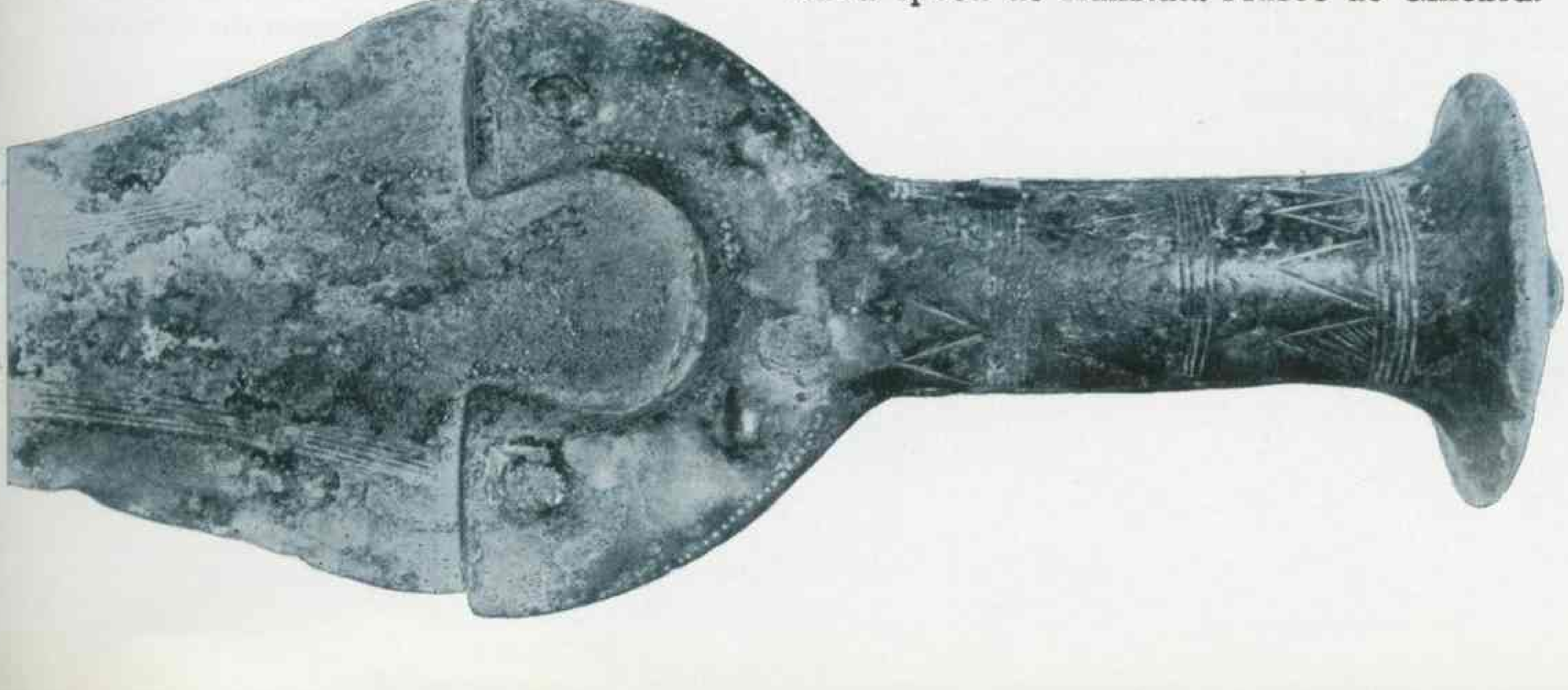
Las sepulturas son excavaciones en forma de cámara sobre la cual se levanta un túmulo. El rito funerario es muy variado, y en un mismo lugar se entierran los cadáveres o se queman, sin que pueda explicarse la razón de esta diferencia. Aunque observamos que se pasa con el tiempo de la incineración a la inhumación, a veces se emplean ambos ritos simultáneamente. Por los objetos encontrados en los poblados y en las tumbas no se puede precisar un sistema religioso. No se ha descubierto ningún ídolo, altar o símbolo que represente una divinidad o su culto. Carecemos en esta primera época del hierro, o sea de Hallstatt, de ídolo que substituya al fetiche femenino del triángulo asociado al hacha que hemos encontrado en la última Edad de Piedra. Sólo hay una sugerencia de rito o culto de reliquias: han aparecido entre los objetos de la época de Hallstatt varias vasijas decoradas con relieves repujados, que llamamos *sítulas*, y que parece que se llevaban en procesión sobre un carro de parada.





Fíbulas de bronce de la época de Hallstatt. Tipos de tambor doble y *navicella*.

Mango de espada con decoraciones rectilíneas de la época de Hallstatt. Museo de Ginebra.



Tenemos que acudir al arte. Aquí, como siempre, el estilo es lo más revelador del alma de las gentes. En este caso el estilo resulta obligado por la calidad del nuevo metal, el hierro. Los objetos de la época de Hallstatt tienen decoraciones de líneas verticales, espirales, triangulares, que se complican con volutas derivadas del reino animal o vegetal. Podrían calificarse de decoraciones abstractas, geométricas, cubistas. No puede decirse que el hombre europeo de la época de Hallstatt pretenda obtener principalmente resultados estéticos al embellecer sus armas, sino sólo acentuar su funcionalidad. Diríase que el estilo geométrico de Hallstatt es la primera aparición del arte genuinamente europeo; el que hace producir en Grecia el orden dórico en columnas estriadas y entablamentos sin relieves figurados; el que produce más tarde el estilo gótico de las catedrales, con sus molduras adornadas sobriamente y la belleza debida a su mecánica racionalidad. Nada de esto había ocurrido antes en el mundo; ni el Oriente ni el Egipto habían manifestado tan absoluta predilección por la línea abstracta como la que manifestaron los hombres europeos de la primera Edad del Hierro.

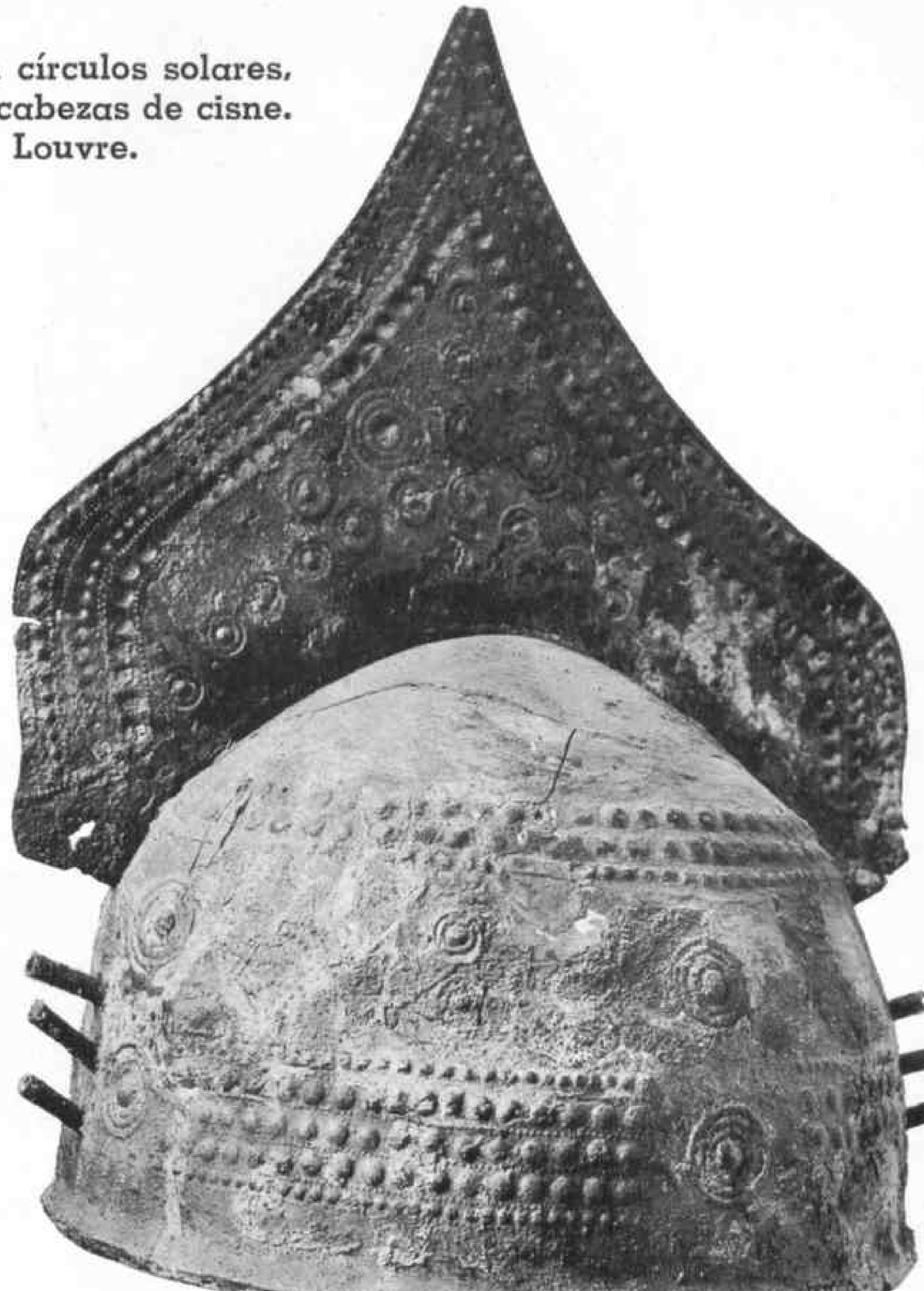
Los objetos más decorados son las espadas, mejor dicho, los puños, que terminan con antenas como brazos, o bolas, como si fueran cabezas estilizadas. Parece que se quiere personificar la espada con aquel puño antropomórfico.

Los cuencos, a veces de oro, que se venían empleando para uso litúrgico desde



Coraza de la época de Hallstatt decorada con puntos luminosos y cisnes reducidos al cuello y cabeza. Museo de Ginebra.

Casco decorado con círculos solares, puntos luminosos y cabezas de cisne. Museo del Louvre.



la época neolítica, otras veces de chapa de bronce curvada y arrollada, tienen decoraciones repujadas en forma de círculos o líneas de puntos que deben de tener un valor ideológico. Creemos que con los círculos concéntricos se alude al Sol y lo mismo las líneas de puntos más brillantes que el fondo de la chapa. Aunque sea muy arriesgado, fundamos esta suposición del sentido místico del arte geométrico en que en los objetos decorados con puntos y rayas se introduce la forma del cisne, aunque sea estilizada, y el cisne es animal hiperbóreo asociado al Sol por los pueblos nórdicos. Animal sagrado para los hombres de la época de Hallstatt debió de ser el caballo, también empleado como símbolo del Sol. La importancia del caballo desde las primeras edades de la humanidad subsiste en el lejano Japón y en la India. Los persas experimentaban respeto religioso por el caballo. Hasta en el templo de Jerusalén había establos para los *caballos del sol*. Helios, en Grecia, va en un carro tirado por caballos.

Por fin, símbolo eterno y universal que sugiere el movimiento y la radiación solar es la esvástica, que se encuentra por toda Europa en la época de Hallstatt. Puntos, líneas, círculos, espirales, esvásticas... Obsérvese que todo obedece a un esfuerzo mental; son formas que asocian el Sol con el mundo exterior, pero con figuras derivadas del pensamiento. La decoración de la primera Edad del Hierro es la primera y más terminante afirmación del genio de Europa. Compárese con lo que se producía en aquella época en la India o en Asiria y se verá la diferencia entre la acumulación de formas representativas del arte oriental y la simplificación geométrica del arte que se puede calificar de autóctono y genuino europeo. En Europa, lo mental predominará siempre sobre lo natural.

La época de Hallstatt, primera de la Edad del Hierro, se hace durar en las series cronológicas hasta el año 600 antes de Jesucristo. En tal fecha se produce un cambio y se presenta otro panorama cultural, otra escuela artística; empieza la época que llamamos de *La Tène*. La calificación procede de un lugar junto al lago de Neuchatel, en Suiza, donde se encontró una gran cantidad de objetos con el nuevo tipo de cultura. Ya se habían recogido allí muchos restos arqueológicos pescando, pero al bajar el nivel del lago en 1874, por desviar algunos cauces del Jura, apareció un espacio seco con restos de una población prehistórica. El sitio se llamaba La Tène, y aquel nombre sirvió para bautizar una época, una mentalidad, un tipo de belleza. ¡De qué tristes nombres se valen los sabios para clasificar las edades! Es lo mismo que ocurre con los terrenos, a los cuales los geólogos los bautizan con nombres que ni tan siquiera representan los más característicos, sino únicamente los primeros que por ellos fueron estudiados.



Carro votivo con disco solar hallado en Trundholm (Dinamarca). Año 200 antes de J. C.

La Tène hoy es un sitio desolado, con algunas estacas de pilotes medio carbonizadas. Las excavaciones descubrieron muchos objetos de hierro que se habían conservado mejor debajo del agua que si hubieran estado enterrados en el suelo... sobre todo espadas y vainas de hierro; algunas estaban decoradas con incrustaciones de plata. La decoración todavía geométrica de La Tène no tiene la estricta simplicidad rectilínea y de puntos del arte de la época de Hallstatt. Está formada por meandros, curvas que se revuelven sin cortarse, como lágrimas, que penden o se apoyan constituyendo un friso interminable. Parece derivarse de las palmetas griegas, que ciertamente conocieron y admiraron los hombres de las culturas de Hallstatt y de La Tène. En el siglo VI antes de Jesucristo se habían importado en la Europa Central muchos vasos griegos pintados y vasijas metálicas en las que la palmeta constituye el elemento más abundante de decoración. Los traficantes griegos que iban al norte de Europa a buscar el ámbar llevaban vino y aceite en jarros pintados, y los bárbaros copiaron los frisos de meandros y palmetas. Pero nunca sin abandonar su sentido geométrico, que será el que informe eternamente el arte europeo.

No es posible separar con frontera estética ni racial la cultura de La Tène de la de Hallstatt. Ambas se difundieron por todo el Occidente. Pero mientras para la época de Hallstatt no podíamos asignar un nombre a la nación o grupo de naciones que ocuparon en aquel tiempo la Europa Central (del 1000 al 600 antes de Jesucristo), para la época de La Tène nos creemos autorizados a conceder la prioridad entre los pobladores de la Europa Central y Occidental a los celtas, conocidos por los romanos. ¿Quiénes eran estos celtas que se difundieron en grupos desde las islas Británicas al valle del Po y del Guadalquivir y saturaron a Francia y la Europa Central? No lo sabemos. No sabemos ni siquiera si

los celtas eran emigrantes orientales o fueron los mismos hombres de la cultura de Hallstatt que evolucionaron en arte, religión y maneras de vivir. Hay recuerdos, tradiciones, que, recogidos por los escritores clásicos, perduran todavía en grandes naciones, como Irlanda, que son celtas, pero no es posible reconstituir el pasado de aquella gente que tanto influyó en la historia de la humanidad. Se han publicado desde la mitad del siglo pasado varios tratados especiales dedicados a los celtas, cada vez más sensatos y que deben de acercarse cada vez más a la verdad, pero precisamente porque están más limpios de fábulas y errores, no porque estén más bien informados.

Al principio se creyó que los celtas edificaron monumentos megalíticos, dólmenes y menhires, y se creó una religión y una organización social mitológica celta. Todo lo que no se explicaba de otro modo del pasado de Europa, entre los siglos VI y I antes de Jesucristo, se atribuyó a los celtas. Lo único positivo es que los celtas, en el momento en que podemos considerarlos bien caracterizados como tales, tenían un centro de difusión en el sur de Alemania. Así, el identificarlos con las gentes de las espadas de hierro en La Tène está bien justificado. La Tène era un lugar de paso, estrecho corredor, vado o puente entre la cuenca del Rin y la del Ródano. Era sitio inevitable para ir de las tierras del Sur al centro y al norte de Europa, y en aquel lugar de peaje, los celtas de La Tène no sólo hacían comercio de los productos de sus fraguas, sino que adquirían conocimientos y gustos tratando con los mercaderes orientales. Así aprendieron el estilo semigriego de palmetas y rizos y lo corrigieron simplificando, estilizando las formas, que de zoomórficas y vegetales se convirtieron en geométricas. No fue el lugar de La Tène el único en que se hizo la metamorfosis que produjo el arte celta decorativo. Hubo otros lugares de peaje donde la contaminación de lo puramente rectilíneo y lo animado se verificó con idénticos resultados artísticos. El fenómeno es importantísimo; en la Edad Media europea el arte celta irlandés consiguió el máximo esplendor decorando manuscritos y objetos de orfebrería con meandros y espirales entrelazadas en laberintos imaginarios.

El elemento celta no se redujo al espacio de la Selva Negra, de donde se movieron los grupos que emigraban. Para darse una idea de su difusión, basta recordar que según ya observó César, *Ipsorum lingua Cel-*



Escudo celta de la época de La Tène. De bronce dorado con incrustaciones de coral. Encontrado en el Támesis. Museo Británico.

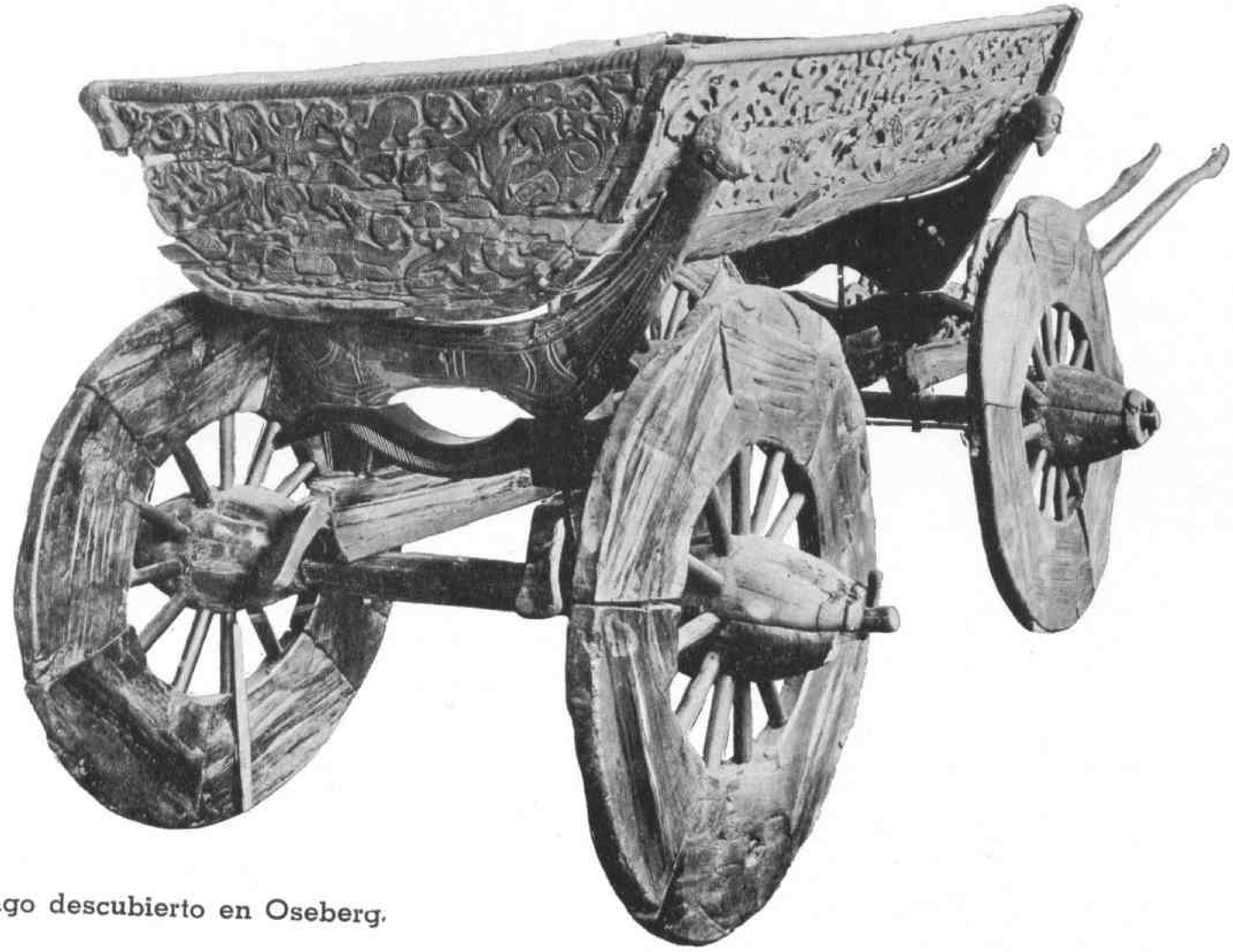
tae nostra Galli apellantur, esto es, que las palabras celt y galt son diferentes pronunciaciones de un mismo nombre. Y galt es la raíz de Gales, Galicia, Galitzia y Galacia. Gales recuerda una región en el oeste de Inglaterra; Galicia, un ángulo de la Iberia; Galitzia, una parte de Ucrania, y Galacia es una tierra del Asia. A estos cuatro ángulos extremos de expansión llegaron celtas en diferentes épocas. Conservaron su lengua y sus costumbres. San Jerónimo dice que los galos o celtas de Tréveris, en Alemania, con alguna dificultad podían entender a los gálatas del Asia. Naturalmente había dialectos celtas; los hay todavía. En Inglaterra, los celtas del país de Gales hablan un lenguaje parecido, pero no idéntico, al de los celtas de Escocia y de Bretaña.

No hay que olvidar que toda Francia fue enteramente ocupada por los celtas o galos transalpinos y el norte de Italia por los cisalpinos. Mucho se diluyó de los celtas transalpinos, que fueron los franceses, con la invasión de los francos y el contacto con los griegos de Marsella, y los celtas cisalpinos se romanizaron con vías de comunicación y algunos castigos infligidos por los cónsules después de varias rebeliones. Pero que se sentían más europeos que semitas lo prueba que cuando los cartagineses, con Aníbal, esperaban encontrar aliados en los galoceltas cisalpinos para ahogar el poder de Roma, que empezaba a sentirse conquistadora, los galos de Italia se mantuvieron al margen de la lucha, que era lo mismo que ponerse del lado de Roma. La ayuda de los galos con su número y poder hubiera hecho caer la balanza, y toda Europa hubiera sido cartaginesa, o sea semita.

Es lástima que el elemento celta, tan capital en los últimos siglos de la prehistoria de Europa, no haya podido estudiarse en sus orígenes y evolución. No tenemos más que unas pocas y cortas inscripciones celtas. No hay literatura celta de la época primitiva. El alma céltica más tarde produjo epopeyas, cantos, novelas. Hay todavía una corriente de pensamiento celta, un humor, algo sarcástico, que recientemente ha producido el genio de Bernard Shaw; hay una manera de interpretar lo trágico del mundo sin irritarse por nuestra incompetencia para definirlo y organizarlo. Los antiguos celtas nunca consiguieron establecer un poder central, crear un imperio y distribuir sus colonias. Marchaban en batallones sin más orden que el que imponía un jefe improvisado; no hubo monarquías celtas. Dejaban un país, conquistaban otro, como conquistaron a Roma, y de allí, o regresaban cargados de botín o se deshacían en grupos o familias, como en Galacia y en Galicia.

Símbolo solar. Insignia de jefe celta.
Museo de Ginebra.





Carro vikingo descubierto en Oseberg.

10 LOS ARIOS EN EUROPA

El tráfico de los metales motivó un principio de conocimiento geográfico del occidente y del norte de Europa. César se vale aún, para orientarse en sus conquistas, de estos *mercatores*, que debían de conocer desde muy antiguo los recursos naturales de cada región, los pasos en las montañas, los vados y caminos, así como los peligros que les acechaban de tribus indómitas, que había que evitar o ganar con regalos. Con sus lingotes de bronce iban al Norte a buscar, en las riberas del mar Báltico, el ámbar apetecido por los pueblos del mar del Sur. Sus trabajos y provechos problemáticos serían muy parecidos a los de los conquistadores europeos al llegar a América: atraídos por un espejismo de riquezas, exploraron un país inmenso que, en la mayoría de los casos, se negó a recompensarles sus fatigas.

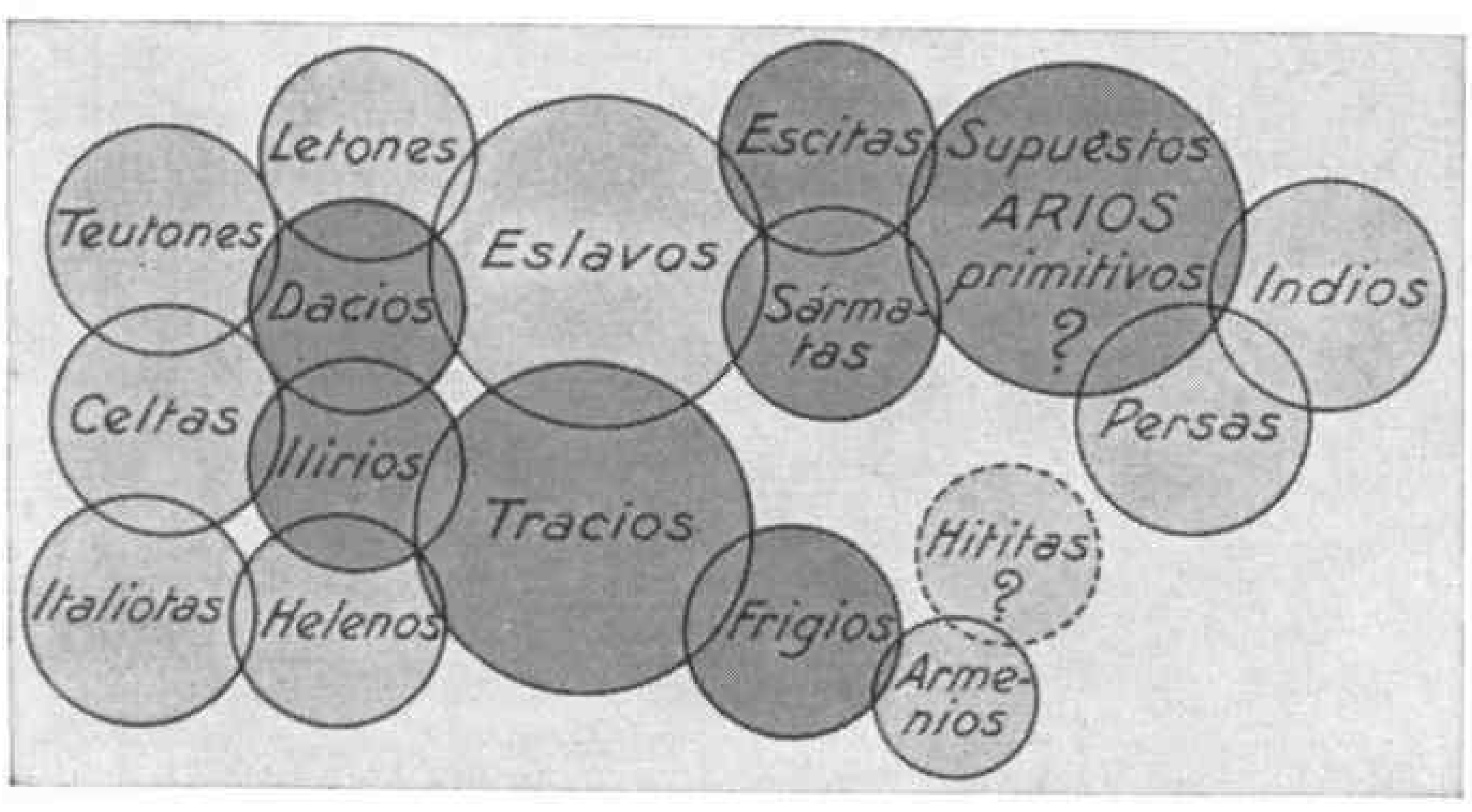
Del conocimiento empírico de los mercaderes prehistóricos, con su información vaga e incompleta, los escritores antiguos aprendieron a distinguir varias razas o pueblos entre los pobladores primitivos de Europa. Su clasificación no se funda en objetos de su ajuar: cacharros, vasijas, armas y joyas, como la nuestra, que ha permitido la división esquemática de culturas de Hallstatt y de la Tène. Los geógrafos griegos y romanos aprecian diferencias entre las varias gentes europeas que permiten una clasificación más precisa que la de los antropólogos modernos. Por de pronto, algunos exploradores y geógrafos clásicos trataron personalmente a los primitivos europeos,



Distribución de los pueblos de lenguas indoeuropeas.

distinguieron sus caracteres físicos y morales, color de su tez y cabello, y aprendieron sus lenguas y dialectos.

Simplificando en extremo, los escritores antiguos continúan distinguiendo en el occidente de Europa tres razas: iberos, ligures y celtas, que creemos responden a los tres tipos que presentaban los esqueletos neolíticos y que hemos designado con los nombres vagos de tipo mediterráneo, tipo alpino y tipo nórdico. Pero si los iberos y celtas quedan bien caracterizados, porque son razas que subsisten hasta los tiempos históricos, la obscuridad es todavía muy densa para poder precisar cuál fue el área de extensión de los ligures y si quedaron sobrevivientes de ellos en el norte de Italia y el sur de Francia. Es fácil también que los ligures no constituyesen en realidad una raza pura, sino que fueran el resultado de un cruzamiento de nórdicos y mediterráneos diluidos en diferentes grados.



Contactos entre las lenguas indoeuropeas. (Las manchas obscuras representan lenguas muertas).

Cuando los escritores griegos y romanos tienen que dar referencias de pueblos más alejados todavía, la información se va haciendo más vaga aún y fantástica; sin embargo, por ellos sabemos que el centro y el norte de Europa estaban habitados por los germanos o teutones, los dacios, tracios y eslavones, los escitas y letones, etc. ¿Qué pueblos eran éstos y de dónde venían? He aquí el problema que ha preocupado a los antropólogos y filólogos durante más de medio siglo. Como de muchos de ellos quedan sucesores de la misma raza en el país de su origen y hablan la lengua prehistórica (más o menos modificada por contacto con otras razas y por natural evolución), de su lenguaje recibimos las más inesperadas revelaciones. Sus lenguas tienen ciertas analogías que no pueden ser coincidencias.

Además, a últimos del siglo XVIII se observó que el sánscrito, o lengua literaria de la India, tenía palabras parecidas a las de muchas lenguas europeas, y prosiguien-

Guerrero franco.



do estos estudios se notaron también analogías con el *zendo,* o persa antiguo, y que estos dos idiomas, el zendo y el sánscrito, con el armenio y acaso el hitita y el frigio, formaban una familia de lenguas a la que pertenecían también la mayoría de las europeas, que se llamaron lenguas indoeuropeas, bien diferenciadas de las demás lenguas del mundo. No solamente tienen parecidas las palabras, sino la formación de casos y tiempos con sufijos, esto es: que se añaden partículas análogas a cada nombre para indicar el genitivo, el dativo, etc., del mismo modo que se añaden partículas a la raíz del verbo para indicar los diferentes tiempos y personas.

Vamos a poner algunos ejemplos para que se vea el trabajo a que se han dedicado los filólogos modernos al tratar de averiguar lo que eran las lenguas primitivas de estos pueblos indoeuropeos. El perro, que hemos visto tenían domesticado ya los indios americanos y los australianos, debía de ser conocido de todas estas razas que hablan lenguas indoeuropeas antes de esparcirse por Europa y Asia. Y así es. El nombre del perro en sánscrito es *svan,* en persa antiguo *span,* en lituano *szun,* en viejo irlandés *cun,* en griego *kúwn,* en latín *canis,* en viejo alemán *hun...* de manera que el sonido de C y de N pronunciado según las diferentes razas quiere decir *can,* que tal vez en un principio pudo significar *el prolífico,* por la facilidad con que se reproduce el perro en comparación con el hombre.

El nombre de la vaca, que estaría formado con vocales añadidas a la *v* y la *c,* aparece análogo en sánscrito, persa, armenio, griego, celta, teutón y eslavo, lo que quiere decir para los filólogos que la vaca fue domesticada antes de que se separaran estas familias de pueblos, y añaden que hay una confirmación de este hecho en la circunstancia de que los nombres de los colores que son comunes a todas las lenguas indoeuropeas son los colores que tienen las vacas. Ya veremos que todavía la vaca es venerada como el primer animal doméstico en la India; hasta a su estiércol se atribuyen propiedades antisépticas. Los arios de Persia también consideraban favorecida la tierra donde el ganado producía mucho estiércol, porque apisonado servía de pavimento y seco se usaba para combustible, como en los llanos de América se empleaba el estiércol de búfalo para calentarse hasta



Rutas de comercio de las primeras edades del metal.

hace muy poco. La vaca habría sido la compañera de la mujer aria primitiva, viviendo en su propio hogar; no es, pues, extraño que el nombre *rojo* sea común en sánscrito, griego, latín, eslavo, celta y teutón; en cambio, las primitivas lenguas indoeuropeas no tenían un nombre común para el azul y el verde. Parece algo arbitrario hacer derivar el nombre de los colores del de los animales, pero observemos que muchas razas africanas sólo tienen todavía nombres para los colores de los animales que cazan o domestican: negro, gris, blanco, amarillo y rojo. Todavía hay más: los lapones, para indicar *color* tienen la palabra *karva,* que quiere decir *cabello,* y carecen de nombres propios para los colores azul y verde, acaso porque no hay cabellos de estos matices.

Pero si los nombres del perro y de la vaca nos dicen que estos animales debieron de ser conocidos, mejor dicho, domesticados, antes de separarse los pueblos que hablaban las lenguas indoeuropeas, de los nombres de las plantas y de otros animales recibimos todavía más extraña información. La oveja, *ovis,* es fácil que fuese ya conocida, pero no la cabra. Su nombre latino, *capra,* se extiende al celta y al teutón; en cambio, en los otros idiomas indoeuropeos tiene un nombre análogo a la palabra griega αἴξ. completamente diferente. Lo cual quiere decir que un grupo de aquellos pueblos se separó del otro grupo antes de domesticar la cabra.

Lo mismo ocurre con los metales. La palabra antigua para designar el cobre sería algo así como *aes, aiz, erz, ayas,* pero triunfó el nombre semítico cobre, que impusieron los fenicios de Chipre.

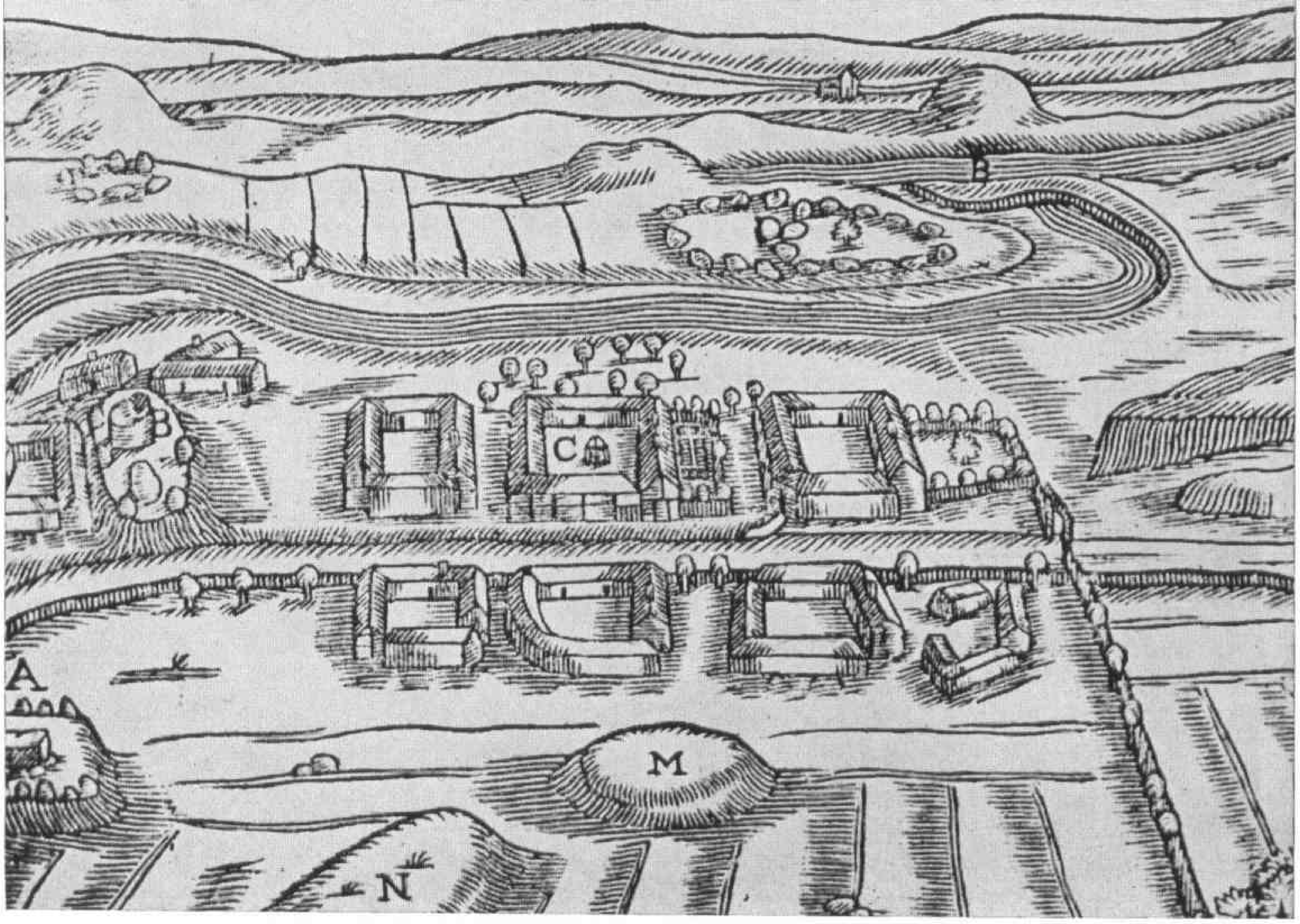
Sorprende que para el oro, un metal tan antiguo, se encuentren dos raíces distintas:

el latín *aurum* se reconoce en el sánscrito *iranyia* y el persa *zaranya,* mientras que los teutones adoptaron la raíz *gulth,* que quiere decir amarillo, brillante, y de ellos lo aprendieron los eslavos. Es curioso que *aurum* (en sabino *ausum*) quiere decir también brillante, reluciente, del que se ha derivado el nombre de aurora. He aquí, pues, una cualidad del oro expresada con dos sonidos diferentes por dos grupos de lenguas indoeuropeas.

¡Qué maravillosa e inesperada fuente de información parecía prometernos, pues, la filología! El lenguaje, como un fósil del espíritu, nos conservaría el pasado de las razas; no sólo los esfuerzos del conocimiento, sino sus relaciones políticas, las dependencias de unas culturas con otras. Así, poco a poco, vino a establecerse una teoría para el origen de estos pueblos de lenguas indoeuropeas, conocida con el nombre de *teoría de los arios,* que, aunque algo desacreditada, vamos a exponer a continuación. Todas las razas que hablan o hablaron una lengua indoeuropea habrían venido del Asia, de la vertiente norte del Himalaya: unas habrían descendido hacia el Sur, las otras habrían avanzado hacia el Oeste, hacia Europa. ¿Por qué? ¿Qué razones había para situar en el corazón de Asia el centro de irradiación de los pueblos arios? La principal era la tradición bíblica de que el Asia es la cuna de la humanidad, y el viejo criterio de que de Oriente viene la luz, y sólo de Oriente puede venir la civilización. Pero la vertiente norte del Himalaya no es el centro geográfico de los pueblos que hablan lenguas indoeuropeas, ni es un lugar muy propicio para desarrollarse las grandes familias de pueblos que debían invadir la India, Persia y Europa... Pero, en fin, continuemos con la hipótesis aria. Estos primitivos indoeuropeos fueron llamados *arios* por Max Müller, porque así son mencionados en los Vedas los invasores, que aún constituyen las castas superiores de la India, y los reyes persas se llaman asimismo arios entre sus títulos de honor.

Cantor ciego improvisando en la sala de banquetes de un jefe ario.





La residencia real de los príncipes daneses en Leyre, tal como pudo reconstruirse de las ruinas que se veían todavía en 1643. (Del libro *Danicorum Monumenta*, de Olaus Magnus.) A. Túmulo del rey Haroldo. B. Túmulo de una reina. C. Salón para banquetes con techumbre apiramidada.

Aceptado provisionalmente, pues, que una gente llamada aria partió del centro del Asia para invadir la India, Persia y Europa, el examen más detenido de los lenguajes hizo avanzar otro paso a la teoría, con la idea de las dislocaciones sucesivas y periódicas oleadas de pueblos que se derramaron hacia el Sur y hacia el Oeste. Estas invasiones prehistóricas eran movimientos de naciones enteras en marcha, como las que inundaron el sur de Europa en el siglo v de la Era cristiana. Primero se habrían desprendido los teutones, celtas e italiotas, que, empujados por los siguientes, habrían llegado al extremo oeste de Europa. A esta oleada siguió otra de letones, dacios, ilirios y helenos; la tercera dislocación fue la de los tracios y eslavos; finalmente, los últimos que partieron hacia el Oeste fueron los sármatas y escitas... Observemos que algunos de estos individuos de la familia de lenguas indoeuropeas, o arias, se han extinguido: el frigio es una lengua muerta; el sármata, el tracio y el ilirio son idiomas completamente desaparecidos.

Aquí ya empieza, pues, la primera dificultad, faltan anillos en la cadena. Además, el parentesco de estas lenguas, siendo todavía innegable, no es tan sistemático como podría esperarse de la teoría de las emigraciones sucesivas. Según esta hipótesis, los pueblos más alejados del centro de irradiación tendrían raíces comunes, en sus lenguas, sólo para los nombres de ciertas cosas prehistóricas. A cada nueva oleada de pueblos, las raíces comunes de los lenguajes que forman grupo deberían demostrar un grado más avanzado de cultura.

Pero no ocurre esto así; además, la información arqueológica contradice a la filología. Recordemos que de estos pueblos que hablan idiomas arios o indoeuropeos poseemos, no sólo sus lenguajes, sino también sus cráneos y no pocos objetos enterra-

dos con sus huesos. Y la arqueología se ha empeñado en desmentir la teoría de los arios. Nadie niega aún el parentesco de las lenguas, tenemos la evidencia de sus relaciones; por ejemplo, el teutón y el eslavo poseen cincuenta elementos comunes; el teutón y el letón, treinta y cuatro; las lenguas italiotas y el griego tienen ciento veintitrés puntos de identidad, y el sánscrito y el persa tienen noventa contactos con las lenguas del norte de Europa... Demasiados para ser simple casualidad, pero evidentemente no bastantes para establecer con ellos un sistema evolutivo de una cultura. Y mucho menos un parentesco de razas.

Actualmente las ciencias históricas parecen sospechar que algo de esta información filológica es aventurado, y volvemos otra vez a los museos, que ya habíamos abandonado ejercitándonos seriamente en comparar sonidos y construcciones gramaticales. Los cráneos y los vasos y armas vuelven a ser examinados con impaciencia, para comprobar o refutar las hipótesis que habíamos formulado con ayuda de la filología comparada. No sólo existe cierta decepción, sino verdadera suspicacia por estos estudios.

Hemos hablado de contactos de lenguas, pero lo que tienen de común no son sólo raíces de palabras, sino maneras de formar un tiempo del verbo o un caso, y esto ciertamente es impresionante. Pero las raíces, como hemos visto en el caso del *can,* nos dan sólo los sonidos de consonantes, las vocales cambian... Y aun en las consonantes, ¡cuántas posibilidades de error! Hay razas que tienen defectos de pronunciación, y les es imposible pronunciar ciertos sonidos. Recordemos que los hombres de Galaad, para aniquilar a los de la tribu de Efraím, les hacían pronunciar la palabra *shibboleth,* que éstos repetían torpemente. Los franceses, cuando las Vísperas sicilianas, eran reconocidos porque pronunciaban *sisiri* en lugar del *ciciri* siciliano. Los castellanos pronuncian *fetxe* por el *fetge* catalán, etc.

De esta variedad de pronunciación, debida a diferencias orgánicas, tenemos un espléndido ejemplo en la familia de lenguas indoeuropeas con la pronunciación de la raíz de la palabra *cien:* unas conservan el sonido gutural *k,* otras lo han convertido en el silbante *s. Centum,* que debía sonar *kentum* en latín, es *ekatón* en griego, *kunt* en teutón, *ket* en celta; mientras que en sánscrito es *zatem,* en eslavo *zuto* y *zimtas* en lituano. Los filólogos dirán que los primitivos arios tenían una palabra o un sonido para indicar el número cien y que, después de separarse, aparecieron estas dos variedades de pronunciación. Pero si las vocales ya no suenan, y las consonantes pueden convertirse una en otra, ¿qué es lo que en definitiva queda del sonido primiti-



Espadas prehistóricas de bronce. Museo de Estocolmo.

vo? Porque en el caso de las palabras que indican *cien,* se percibe todavía la relación de unas con otras, pero no hay duda que en la mayoría de los casos esta relación se habrá desvanecido hasta hacerse imposible de apreciar el origen común. Además, estas palabras que parecen comunes podrían ser palabras prestadas de un idioma a otro, como sucede actualmente que los latinos hemos aprendido *sport* y *bluff* de los ingleses y ellos usan nuestras palabras *guerrilla* y *desesperado*...

Sin negar, pues, la importancia de los trabajos de la filología comparada para la historia y la prehistoria, hoy por hoy hemos de reconocer que la información que nos procura es menos abundante y más sujeta a error que la que nos dan los materiales arqueológicos, y en el caso de los arios, sirvió sólo para edificar un castillo sobre cimientos de arena. Nadie cree hoy en la unidad primitiva de todas estas razas, y el centro de dispersión, si es que lo que hubo, no fue el poético y lejano Himalaya. En cambio, aun a trueque de que nos crean propensos a aceptar puras paradojas en lugar de teorías bien establecidas (que así parecerá para los no especialistas la hipótesis de los arios), aun a trueque de ser tenidos por extremados, podemos asegurar al lector que lo que predomina hoy entre arqueólogos y etnólogos es la tendencia a creer que los llamados arios procedían de Europa. Claro está que de su vida anterior a la época histórica no sabemos más que lo que nos enseñan sus lenguas y nos dicen sus huesos y sus armas. De sus primeras emigraciones carecemos de información documentada, pero de las últimas razas nórdicas, que todavía pudieron apreciar sin cruzamiento los escritores clásicos, vamos a decir algo de lo que conocemos.

Al final del período neolítico el norte y el oeste de Europa estaban poblados por pequeñas naciones o grupos de familias, enormemente espaciadas. La densidad de población no superaría a la que tenían los australianos, que se encontraban casi en el mismo estado de cultura. Se ha calculado que si la población de la Europa neolítica no era más densa que la de la Patagonia o el Artico, donde viven los esquimales, también con un cuadro de vida parecido al de los primitivos europeos, los pobladores de Dinamarca no excederían de 1.500 al final de la Edad de Piedra. Emigrarían de un lugar a otro empujados por las necesidades de sus rebaños y su agricultura rudimentaria, y más aún por sus querellas intestinas. La Tierra aparecería desierta.



Puño de espada vikinga hallado en Vendel, Uppland. Museo de Estocolmo.

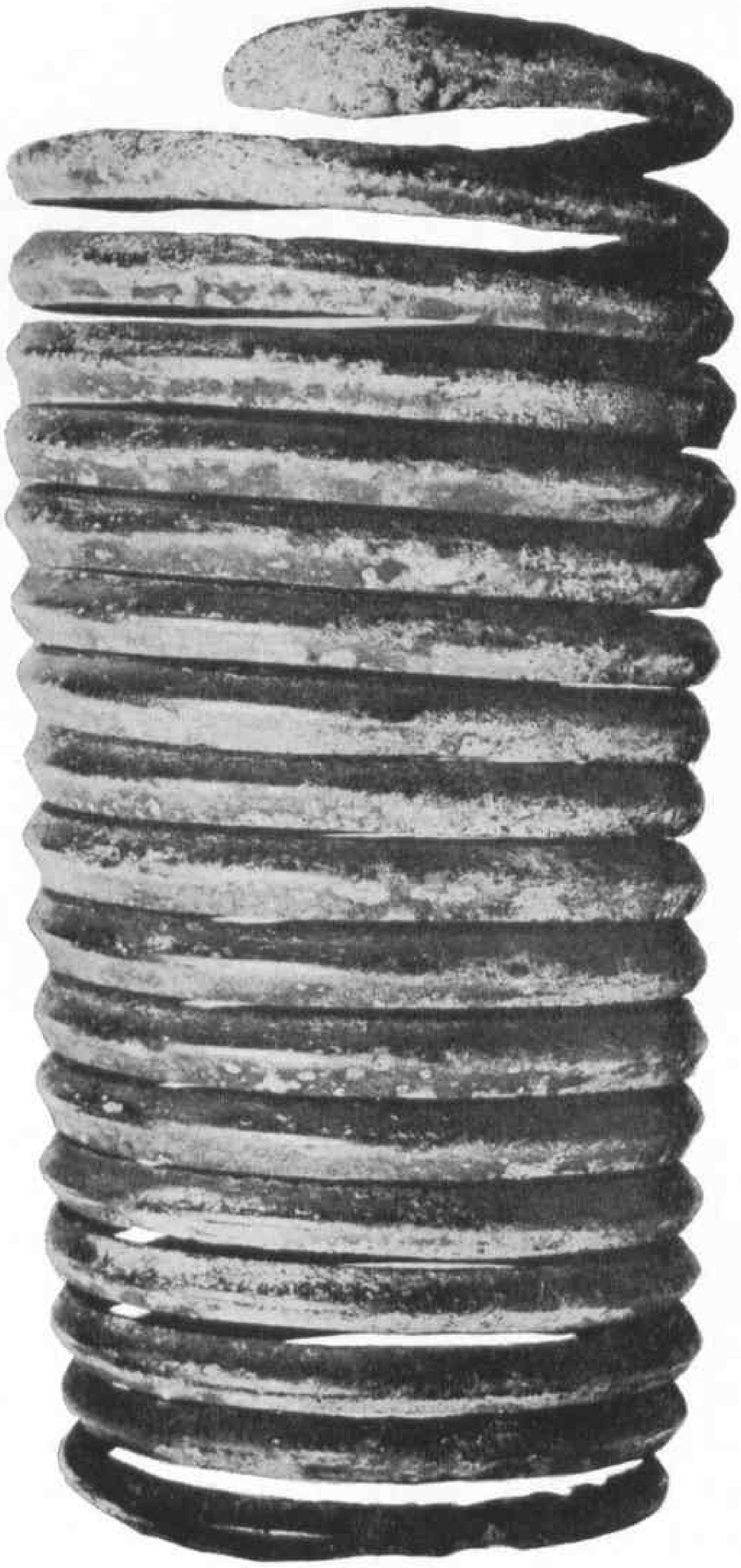
Estela con la figura de Odín-Wotan, el dios guerrero nórdico.



«¿Quién dejará la Italia, o el Africa o el Asia, para ir a habitar la Germania, un desierto, sin cultivos, mundo espantoso?», dice aún Tácito. Estas razas del norte y oeste de Europa pueden, pues, llamarse nómadas al principio de la Edad del Bronce sin miedo de caer en un error; a lo más podrían llamarse *cultivadores nómadas*. César insiste en que sus enemigos no tienen gran afición a la agricultura; cuidan de los rebaños preferentemente; la leche, el queso y la carne son sus principales alimentos, y aun abandonan todas las tareas domésticas a las mujeres y esclavos. El rebaño es en muchos casos la presa que justifica la guerra y hasta el exterminio de otra tribu o familia; pero el goce de pelear, por sí solo, ya mueve a estos pueblos a empuñar las armas.

Y para esta vida guerrera, los arios del oeste y norte de Europa eran de cuerpo robusto, bien conformado, *mirífica córpora*, dice César, sorprendido; Tácito también menciona el color claro de sus cabellos y sus miembros hercúleos, *rutilæ comæ et magni artus*... Y el mismo efecto de asombro, ante la musculatura formidable de estos que llaman bárbaros, manifiestan Estrabón, Amiano Marcelino, Vitruvio y, en una palabra, todos los escritores clásicos que llegan a ponerse en contacto con los pueblos que habían permanecido sin cambiar grandemente de cultura en el noroeste de Europa desde los primeros días de la Edad del Bronce.

Los puros arios parecían hechos ex profeso para los duros trabajos de la emigración y la guerra; en sus cantos, que se han conservado diluidos y cristianizados por generaciones posteriores, ensalzan los combates y las hazañas portentosas de sus héroes. Sus armas son todavía la daga o espada primitiva y el hacha de bronce, hermoseadas con decoraciones y relieves. Emprenden sus bélicas campañas en partidas poco numerosas, de un jefe y varios guerreros adictos: doce, catorce, a lo más veinte; vagan durante años combatiendo juntos, sin echar de menos, al parecer, ni hogar ni familia, ni el vínculo a una tierra, que es lo que hoy llamamos patria. La tribu para ellos es su patria; regresan de sus expediciones con el trofeo de riquezas y de gloria que presentan al rey o jefe de su clan; éste los recompensa con una parte del botín o con una vieja espada o una joya. Arranca a veces un anillo de sus brazaletes de oro, en espiral, para premiar a uno de sus hombres, y por esto al príncipe generoso se le llama *rompedor de anillos*. Pero sólo después de una larga serie de hazañas y servicios recibe el guerrero, como premio, tierras donde establecerse, y entonces se casa, separándose así del círculo de nobles que forman la corte del jefe. Estos guerreros de su guardia, con los que emprende las más arriesgadas expediciones, viven en una cuadra, el salón real, que sirve de sala de banquetes y de recepción. Cuando no vagan lejos, en temerarias empresas de guerra, pasan el día en esta sala de banquetes recordando las hazañas de los héroes, o juegan a carreras o se solazan escuchando



Brazalete de bronce. Museo de Estocolmo.

los cantos de un bardo ciego. La esposa del jefe, acompañada de sus hijas y sirvientas, desciende, como gran honor, a repartir dádivas entre ellos y les ofrece la copa con la bebida de miel fermentada o *mead*. De un jefe escandinavo se cuenta que, para no cansar a sus huéspedes, les daba un día carne y vino y otro pescado y miel fermentada. El *mead*, según parece, era una bebida exquisita, y por esta causa las abejas son animales casi sagrados.

La forma de los *royal-hall* o sala del jefe nórdico ha dado lugar a grandes discusiones. Ninguno de ellos se ha conservado; sólo se encuentran ruinas, por las cuales se comprende que la sala de banquetes y reunión tenía planta rectangular o cuadrada. Los arqueólogos alemanes han supuesto que imitaba la forma de la basílica, que pudieron ver los arios en sus expediciones depredatorias. Había una pequeña basílica para establecer el tribunal en todos los campamentos romanos. Pero si la planta podía parecerse a una basílica con tres naves, la elevación del techo no sería la clásica de un tejado a dos vertientes. Como el hogar estaba en el centro de la sala, para la ventilación, haciendo de chimenea, debía de haber una linterna como torre en el centro. Así se ve dibujado con esta techumbre el salón real de la residencia de los príncipes daneses en Leyre. El conjunto está formado por crujías o salas independientes, con su tejado aparte; así son todavía las habitaciones privadas en Islandia, en que cada sala tiene una cubierta aparte. El *royal-hall*, en el centro del patio rodeado de las cuadras, es un edificio poligonal con una especie de cúpula.

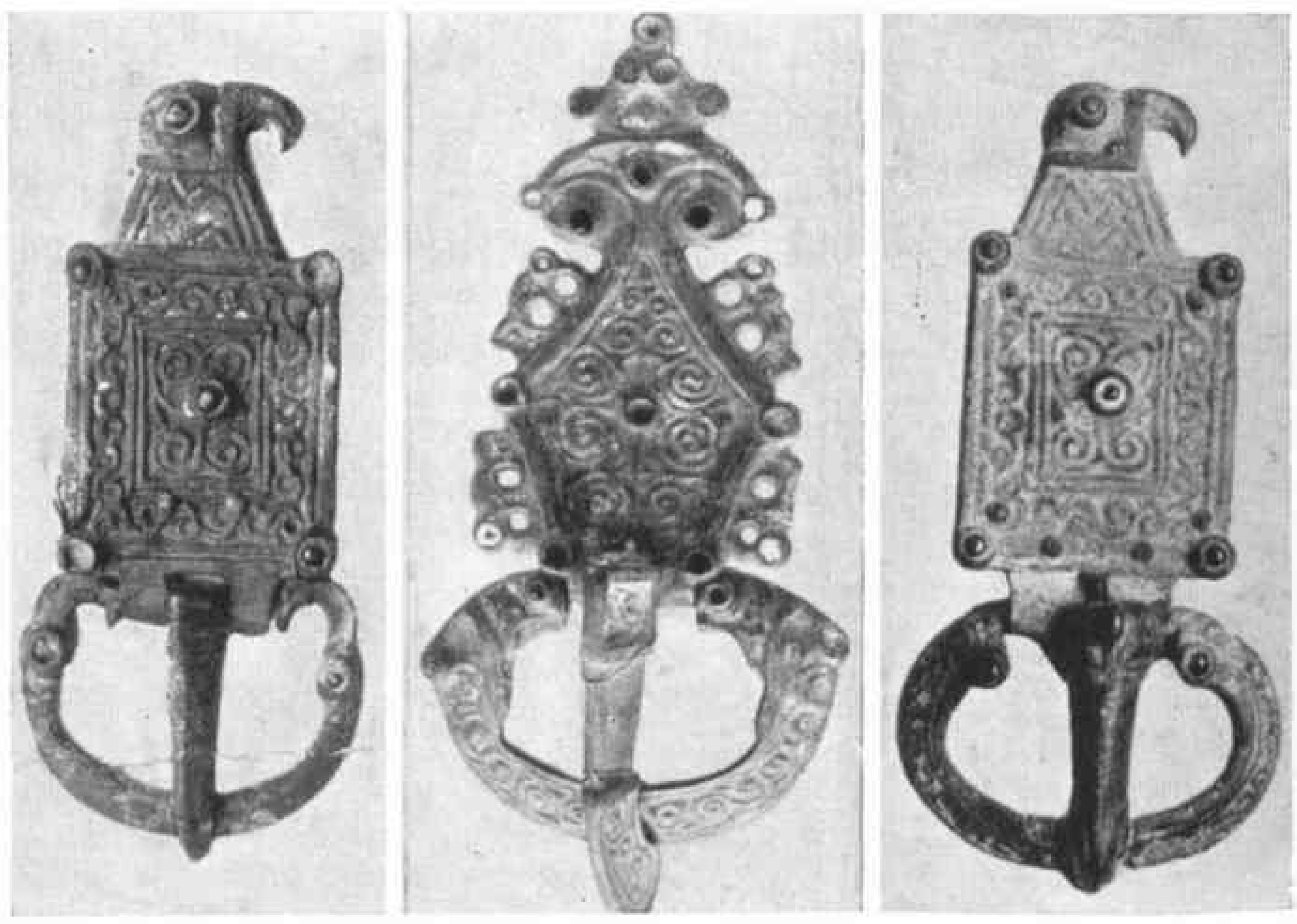
La vida que se hacía en las residencias de los príncipes arios del norte de Europa se explica en los *Eddas* o cantos escandinavos, que aunque son de redacción relativamente moderna, reflejan la civilización de las primeras edades del metal; en los *Nibelungos*, y más aún en el extraordinario poema anglosajón *Beowulf*, o en el antiquísimo poema irlandés *Chuchulainn*, donde se describe la algara de una tribu contra otra para robarle su rebaño. Como se ve, los materiales no faltan; no sólo tenemos la información de testigos extraños, cuales eran los escritores clásicos, sino que de los mismos hombres de la Edad del Bronce en Europa nos han quedado documentos literarios, aunque sean mutilados y transformados. Pero hay más todavía: hasta en las leyendas e historias posteriores se reconocen vestigios de esta organización militar prehistórica. Los doce pares de Carlomagno, la Tabla Redonda del rey Arturo, son poéticas idealizaciones realizadas en tiempos históricos y que se

basan en tradiciones de un pasado mucho más antiguo, de aquel pasado en que el jefe bárbaro iba tan solamente acompañado de un grupo de guerreros para llevar a cabo sus mayores proezas.

El personaje semidivino que veneraban los escandinavos y teutones como modelo y director para el eterno combate de la vida era Odín o, por otro nombre, Wotan. Parece que tuvo existencia real y fue Odín quien condujo a los arios del Cáucaso al norte de Europa. Allí los pelirrojos de las mesnadas de Odín encontraron descendientes de los primeros ocupantes de la Edad neolítica, y la mezcla fue el tipo nórdico ario, marino y guerrero. Los primitivos escandinavos tenían otros dioses: Frey-Freya, dios andrógino que ayuda a la generación, y Thor, el dios ordenador del caos del mundo primitivo. Al divinizar a Odín se formó una trinidad; Thor y Freya adoptaron a Odín como hijo. Mientras Thor continuó destruyendo los *jotems* o gigantes y los *nicor* o monstruos marinos y Frey fertilizó la tierra con sus fuerzas generadoras, Odín ayudó a los guerreros en el combate. A los que mueren combatiendo, sus hijas, las Walkirias, los conducen al Walhalla o palaciomansión de Odín. Va siempre montado en su caballo *Sleipnir* acompañado de mastines que aúllan, precedido y seguido de las cornejas del conocimiento presentido y recordado. Para conservar el recuerdo, Odín inventó el alfabeto nórdico, formado por caracteres de signos rectilíneos llamados *runas*. El mayor beneficio que Odín procuró a los humanos es la escritura rúnica.

A pesar de este gran invento de Odín, los primitivos arios del norte de Europa no llegaron a desarrollar las cualidades morales que alcanzaron los primitivos helenos, latinos y hasta los mismos celtas. Las raras virtudes de fiereza desordenada, su placer en el peligro superado con riesgo de la vida, se mantuvieron hasta en los sucesores de aquellos primitivos del norte que llamamos bárbaros empleando la calificación que les dieron los romanos.

En la historia de los longobardos, de Pablo el Diácono, encontramos detalles de la vida de los bárbaros que parecen corresponder a los arios prehistóricos. Alboíno, el jefe que conduce a los longobardos a Italia, cuando joven mata al príncipe Torisendo, de los gépidos, y como recompensa pide a su padre que le deje sentarse a la mesa con los guerreros. Pero no; por más que Alboíno ha demostrado su valor, no puede sentarse entre los capitanes de su padre hasta que lo haya adoptado un jefe extranjero por hijo de armas, lo que más tarde se llamará ser armado caballero. Para encontrar este padrino, Alboíno decide ir a la corte de los gépidos, con la idea de ser adoptado como hijo de armas por el mismo jefe cuyo hijo acaba de matar. Llega acompañado de cuarenta compañeros y es recibido inmediatamente, porque la hospitalidad es cosa sagrada entre los arios. En el salón real,



Fíbulas o hebillas de guerreros nórdicos con alusiones al culto de Odín, cuyos animales patronímicos eran la corneja y el mastín. Pueden reconocerse desfigurados en las formas geométricas de los objetos.

Alboíno toma el lugar del mismo Torisendo, a quien ha asesinado. El viejo rey de los gépidos suspira mirando a Alboíno. «¡Contemplo ese sitio con placer — dice el pobre padre —, pero no al que ahora se sienta en él!» Uno de los gépidos, hermano del muerto, se burla de las polainas blancas que llevan Alboíno y los longobardos. «Parecéis yeguas con patas blancas», les dice. Alboíno replica: «Pregúntale a tu hermano Torisendo qué clase de coces dan estas yeguas.» La fiesta continúa entre burlas y pendencias; al final, sin embargo, el viejo rey da a Alboíno las armas del hijo muerto porque admira el valor de su enemigo. No acaba aún aquí la historia. A la muerte de su padre, Alboíno, ya jefe de los longobardos, ataca al príncipe gépido que se burló de sus polainas blancas en el banquete, le mata y se hace una copa con su cráneo. Rosamunda, o la de boca de rosa, hija del gépido, pasa a ser la esposa de Alboíno y tiene que servir en los banquetes el *mead* y el vino en el cráneo de su padre. Esto es perfectamente histórico, Pablo el Diácono vio aquella copa; no hay duda alguna. Por fin Rosamunda hace matar a Alboíno por un amante, pero luego ella y su amante mueren también envenenados. ¿Son estas historias de apaches o iroqueses, cazadores de cabezas? No, son arios, y arios del siglo V después de Jesucristo, aunque en verdad debían de ser poco diferentes de los arios del siglo XV antes de Jesucristo.

Así vivieron, y si queremos saber cómo morían, otra historia nos contará cómo sabe morir un guerrero ario. En el año 553, Procopio nos cuenta que una banda de godos resistía a un ejército bizantino. La mayor parte habían muerto *haciendo proezas dignas de los héroes antiguos,* pero el jefe de la banda, llamado Tejas, se resistía aún, cubierto el cuerpo con un gran escudo. Cuando este escudo se hacía demasiado pesado, por las flechas que se iban clavando en él, un escudero le daba otro para cubrirse. Casi



Escudilla de oro para el mead de los arios del norte de Europa. Museo de Estocolmo.

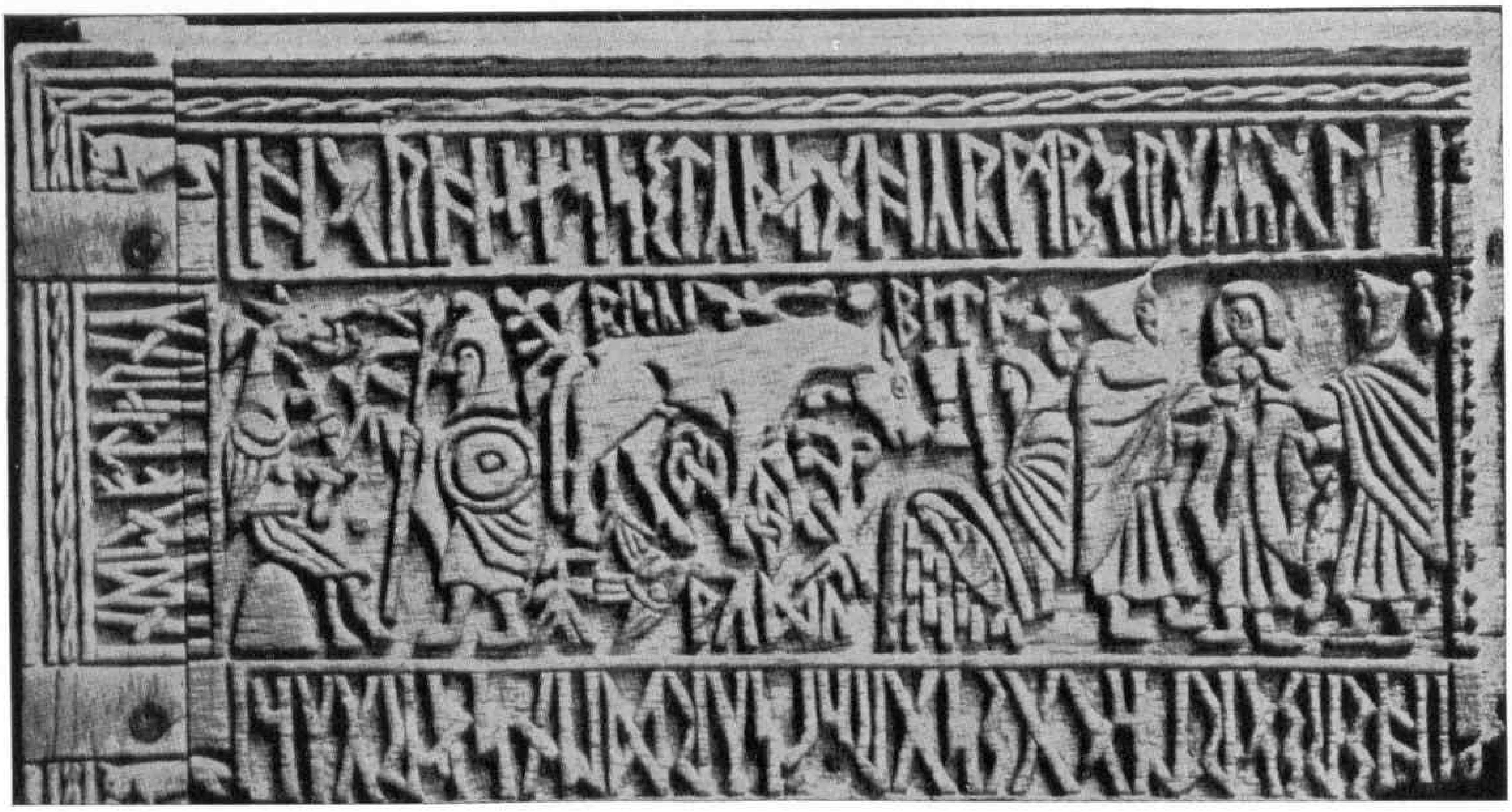


Relieve de un carro nórdico representando a Odín a caballo de *Sleipnir*, con el mastín en la grupa, en el acto de destruir a Sigmundo, cuyo brazo está sostenido por una walkiria.

medio día había pasado así, defendiéndose, sin retroceder un paso, hasta que, viendo otra vez el escudo atravesado por doce flechas, pidió a su escudero una nueva panoplia, y al cambiar el escudo por el nuevo, quedó al descubierto una parte del cuerpo del héroe, y herido en este momento por un dardo, cayó para no levantarse. ¡Qué escudos debían de ser éstos!

He aquí cómo muere otro ario. Beowulf, el héroe del poema anglosajón ya citado, después de haber servido largos años fielmente a su señor, a la muerte de éste es primero tutor de su hijo, joven aún, y después casa con la reina viuda. ¡Qué vida, qué fatigas, qué peligros hasta llegar a ser el jefe de la tribu! Por fin, a su vejez, tiene aún que pelear con un dragón que guarda un tesoro. Vence, pero sintiéndose herido de muerte por un zarpazo del monstruo, se despide de los guerreros que le rodean: «He pagado con lo que me quedaba de vida este tesoro de joyas que he conquistado para vosotros. Después de mi muerte, no lo demoréis, construidme un túmulo alto de tierra que se vea desde la playa, para que los navegantes perdidos en el Océano dirijan a él las proas de sus buques...» Beowulf hace aún un último esfuerzo para arrancarse su collar de oro, su yelmo y anillo, y darlos a su sucesor... Sus guerreros levantan la pira funeraria y en ella queman sus tesoros. Sería una profanación tocar aquel oro que ha costado la vida de su jefe. La viuda canta su dolor con *el cabello despeinado;* canta sus temores, el futuro incierto sin la protección del héroe... *Mientras tanto, el cielo iba devorando el humo,* dice el poema... Sobre las cenizas levantan los compañeros de Beowulf el montículo que cubrirá su tumba y doce guerreros dan vueltas al túmulo en fúnebre comitiva.

¡Qué teatral parece todo esto! ¡Qué poético y literario! Sin embargo, lo encontramos en un poema del siglo VI, aunque podría ser millares de años más antiguo. Si en nuestro mundo moderno se conservan algunas de estas prácticas, ¿qué no ocurriría en aquel tiempo? El canto de la viuda del poema de Beowulf es el *vocero* que todavía se



Uno de los lados de la cajita Frank, en hueso de ballena, con escenas de la leyenda de los Nibelungos. A la derecha, Brunilda insta a Hagen y Gunnar para que maten a Sigfrido. En el centro, el túmulo con el cadáver de Sigfrido velado por Brunilda y el fiel caballo Grani. A la izquierda, otra vez Grani sentado sobre el túmulo, interpelado por Odín. En el borde, inscripción en letras rúnicas. Museo del Bargello. Florencia.

canta en los funerales de la isla de Córcega. La marcha fúnebre la encontramos en los *Nibelungos,* en los funerales de Atila descritos por Pablo el Diácono, y todavía hoy subsisten reminiscencias de ella en los entierros militares.

Estos son los arios primitivos del norte de Europa: su vida está en peligro constante; su riqueza son las joyas; su ambición, fuerza y triunfos, dentro de su círculo de pares o compañeros. Son aficionados al mar. Se desafían en torneos natatorios; Beowulf se gloría de haber escapado a nado de una derrota y llevando una carga de treinta escudos. Por esto, más tarde, algunos se hacen enterrar con su buque de parada cubierto de relieves.

¿Y las mujeres? Cómo eran estas mujeres arias nos lo dice brevemente un episodio histórico, relatado por Gregorio de Tours. Un jefe franco, Childerico, perseguido por sus enemigos, se refugia en Turingia, en la corte del rey Basinus y su esposa Basina. Cuando tiene la seguridad de que no será asesinado, Childerico regresa a su país y empieza a gobernar sus Estados. Un día le sorprende la llegada de Basina, que ha abandonado a su marido. «Conozco tu valor y tu fortaleza, por eso he venido, para vivir contigo. Si hubiese sabido de alguien más fuerte que tú, a él hubiera ido, aunque hubiese tenido que cruzar el Océano.» Childerico se casó con Basina y tuvo de ella un hijo, que fue Clovis, el gran caudillo de los francos. El matrimonio debía de ser, pues, en la mayoría de los casos, un rapto, y la mujer debía de sentir orgullo en ser disputada. La poligamia, o, por lo menos, las concubinas viviendo con la mujer legítima, subsisten hasta después de convertirse estas razas al

cristianismo. En la crónica de los reyes noruegos se explica un caso parecido al de Basina. Noruega estaba dividida en varios feudos independientes y el príncipe de uno de ellos, Haroldo, deseaba para esposa una noble dama, también independiente, llamada Gyda. He aquí la respuesta de Gyda a la petición de Haroldo: «No sería conforme que yo casara con uno que no es más que los otros señores noruegos; conquístelos, hágase rey de todo el país y entonces trataremos.» Haroldo consideró a Gyda digna de ser su esposa. Prometió que no se cortaría el cabello hasta que Gyda fuera suya. Uno tras otro redujo a los nobles; tardó doce años en dominarlos y poderse llamar rey, y entonces Gyda lo aceptó sin reservas.

La residencia de los jefes, además del salón ya descrito para los banquetes y recepciones, tenía las dependencias en pabellones separados. De este tipo de granja real era todavía el palacio de los reyes francos en Braine, cerca de Soissons, tal como lo describe Gregorio de Tours. Había multitud de comedores, dormitorios y establos, todo dentro de un gran recinto rodeado de una cerca de postes clavados en el suelo.

Claro que estos conjuntos de edificios son sólo para los jefes; los lugartenientes nobles viven en casas más sencillas, de madera. Cuando los escandinavos emigraron a Islandia se llevaron los postes de sus casas, a los que habían asociado un valor religioso; al acercarse a la costa los echaron al mar y fueron a construir sus nuevas viviendas donde los postes arribaron. En sus emigraciones las mujeres acompañan al marido, pero no en sus expediciones depredatorias. Debían de continuar las antiguas tareas domésticas de fabricar cerámica y tejer; llevaban una túnica larga con mangas cortas, sostenida y decorada con joyas y fíbulas. Otro elemento de decoración es la hebilla para el cinturón, una aguja que priva de resbalar a la cinta o correa a través de un anillo que la retiene. He aquí los dos grandes descubrimientos después de la espada y de la rueda —la fíbula y la hebilla—, que para los hombres prehistóricos debieron de ser objetos tan estimados como para nosotros la máquina de coser o de escribir. Todavía hoy usamos fíbulas o imperdibles y nada mejor se ha encontrado que la hebilla, pero son útiles que no han evolucionado, no han tenido igual progreso que la rueda y la espada.

Las espadas son, de todos los útiles y armas, los objetos más preciosos, como obra, algunas de ellas, de Wayland, el divino forjador, el Vulcano de los primitivos arios. A veces estaban las espadas adornadas con empuñaduras de oro, pero lo que más se es-



Bastón procesional. Oseberg.



Casa de tipo prehistórico con sólo una habitación alta y al lado la granja para el ganado abajo y el pajar arriba. (Cerca de Oslo.)

timaba eran las hojas. Todavía el gran Teodorico escribe desde Ravena a su cuñado Trasamundo, el rey de los vándalos en Africa, para darle las gracias por su regalo de espadas, «más preciosas por sus hojas que por sus monturas de oro. Su superficie resplandeciente es pulida como un espejo, y su corte es tan fino, que parece que el metal sea líquido. El centro de la hoja es cóncavo, de manera que uno distingue en ella como un relampaguear de varios colores».

Así debían de apreciar las espadas los antecesores arios de Teodorico. La vida para el combate con la espada y el hacha arrojadiza, y el combate para la gloria, más que para conquistar el botín; éste parece haber sido el secreto de la fuerza moral que lanzó a los arios a la conquista del mundo. De

Trineo vikingo, descubierto en Oseberg.



los países nórdicos, de los estrechos del Báltico, descenderían primero unos cuantos a las tierras del Sur, donde estaban los iberos y ligures. Sin destruir completamente a estas antiguas razas prehistóricas, el puñado de héroes indogermánicos debía de imponer su lengua y su dominio. Vemos más tarde repetirse este hecho: en el siglo x después de Jesucristo, unos centenares de normandos conquistan Sicilia y la Italia meridional a los árabes o semitas. Cuando los visigodos llegaron a España, en el siglo v, no debían de ser muchos más tampoco, y, con todo, se impusieron a los iberos de la península, romanizados. Así debió también de ocurrir veinte siglos antes, cuando los primitivos arios ocuparon el norte de Italia, y por cruzamiento con los mediterráneos, ya establecidos, crearon el tipo mestizo italiota, que dura todavía. Otros clanes ocuparon la península helénica, otros se lanzaron a remotas tierras y llegaron al Asia Central, la India y Persia.



Taza de plata vikinga. (Museo Británico.)

Del centro de Europa al Norte y del Norte al Sur parece haber sido el camino de los arios. No siempre la humanidad se ha movido de Este a Oeste: en los tiempos antiguos, Alejandro conquistó el Asia; Trajano llegó hasta el golfo Pérsico; en la época moderna, Napoleón fue a Egipto y más tarde a Moscú, y, finalmente, los portugueses, holandeses e ingleses fueron a la India, siguiendo el camino de Poniente a Levante.

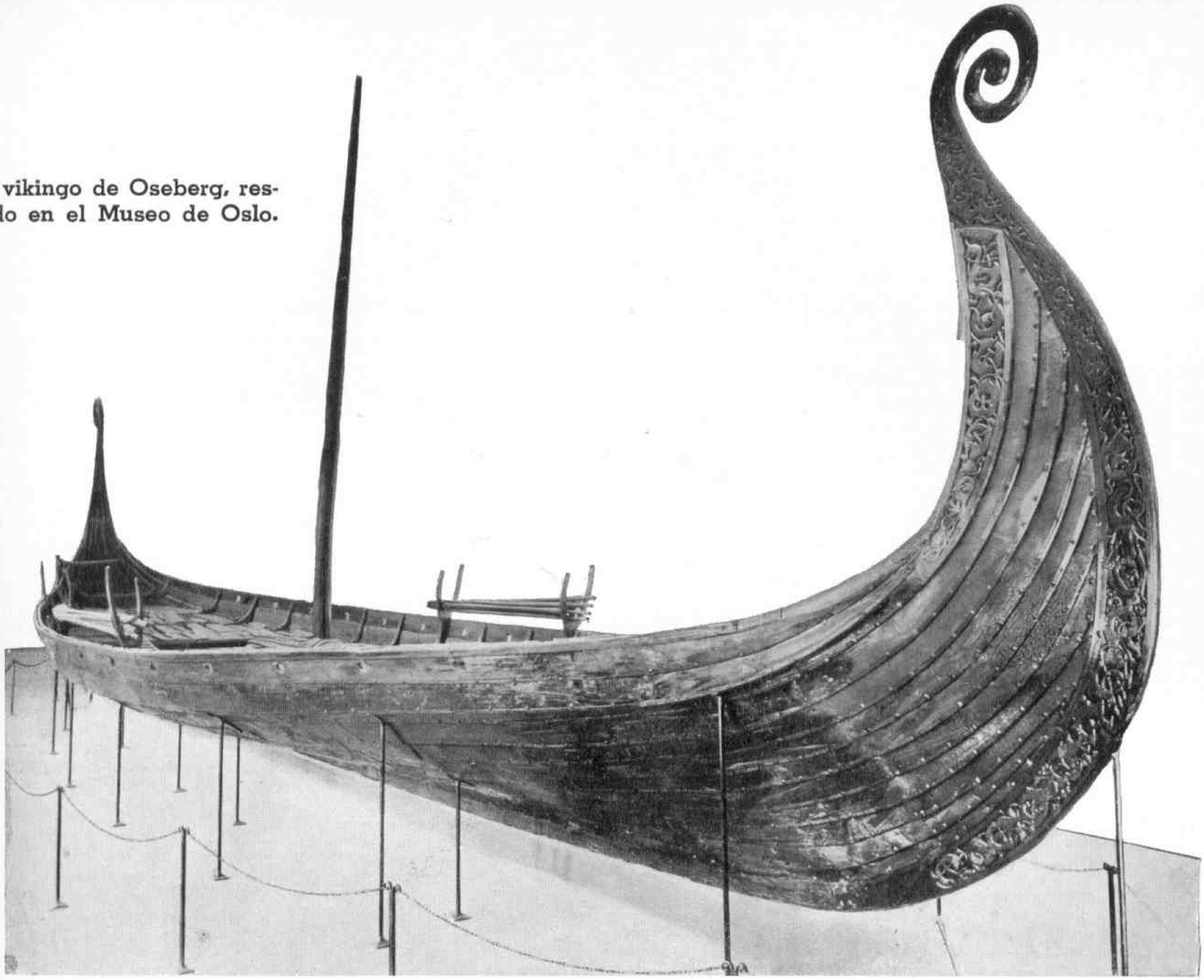
Queda por averiguar cuál era la mentalidad de los primitivos arios; sobre todo su religión. Este es un problema dificilísimo y sobre el cual volveremos a insistir en el transcurso de este libro. Según Max Müller, en la religión de los germanos encontramos los mismos mitos de los griegos, y aún reaparecen estos mitos en la teología brahmánica de la India. La explicación de estas coincidencias sería, tal vez, que los dioses clásicos de Grecia y Roma, como las divinidades del Edda y los Nibelungos, tendrían un mismo origen: la religión de los arios primitivos adorando al Sol (Apolo) y la Luna (Diana) y a las fuerzas de la naturaleza (Ceres, Venus, etc.). Esta teoría ha venido al suelo por completo al darse cuenta hoy de que la mitología griega es, en gran parte, copiada de las razas semíticas: el origen de Marte, Venus, Baco o Dioniso y los demás dioses clásicos no está en el Asia Central ni en el norte de Europa, sino en el valle del Eufrates. Hoy está completamente averiguado que Venus y Diana (o Artemisa) proceden ambas de la Ishtar babilónica; Marte es el dios Martu, que ocasiona las tempestades, también babilónico, y Dioniso es Dianisu, una divinidad solar venerada por los asirios. Así pues, la mitología clásica no tiene tanta relación con la mitología de la India como con la de los pueblos semíticos del Asia. Muy probablemente los griegos recibieron sus dioses, por mediación de los fenicios, de los semitas de la Mesopotamia. Por lo tanto, la concepción ideal de Max Müller y sus discípulos de una primitiva religión aria, de la que se derivarían las religiones de los pueblos europeos, la de los brahmanes indios y la de los persas, es insostenible. No hay un solo dios común a todas las diversas mitologías de los pueblos indoeuropeos; por lo

tanto, la esperanza de encontrar la primitiva religión de los arios antes de separarse se ha desvanecido completamente. Es cierto que dos o varias razas arias tienen divinidades análogas, lo que indica un culto común en un período que vivieron juntas, pero no hay un solo dios que sea común a todos los pueblos indoeuropeos y que pueda, por lo tanto, llamarse el dios de los arios. El nombre de Agni — el dios del fuego de los indos —, parece reflejarse en la palabra *ignis,* latina, y en la *ugnis,* lituana, ambas significantes de la idea de arder, pero este parecido de nombre no prueba que los lituanos primitivos y los latinos adoraran al fuego como los indos. El hecho de conservar los romanos un culto al fuego, con las vestales y la divinidad Hestia, no satisface tampoco, porque las más diversas razas y gentes poseen este culto del fuego sin haber tenido nunca ningún contacto ni tener ninguna relación de raza o civilización.

Así, pues, hoy por hoy, seguimos sin saber nada de la religión de los primitivos arios. Por lo que toca a los arios de Europa, no creemos tuviesen ideas muy precisas acerca del origen del mundo ni se propusiesen tampoco este problema. Creían primeramente en ellos mismos, éste es el secreto de la fuerza de los arios. «¿En qué crees tú?», le pregunta un emperador bizantino a un escandinavo de su guardia. «¡Creo en mí mismo!», contesta el rubio espatario. Debían de creer además en seres sobrenaturales que vivían y andaban por la Tierra aunque de manera distinta que nosotros. Creerían, asimismo, en prácticas y conjuros; sabían hacerse propicio el hado por medio de ceremonias y sacrificios. Las fuentes, los pozos, pueden proporcionar lo que se desea, así como los grandes árboles; todavía hoy en Irlanda existen pozos a los que se tiran las ropas de los enfermos para devolverles la salud. Los vados de los ríos, los puentes, son lugares sacratísimos, y para hacerlos propicios hay necesidad muchas veces de llevar a cabo un sacrificio sangriento. Las niñas inglesas tienen un juego de ronda, llamado «el puente de Londres», en que se hace alusión a la víctima humana que hay que enterrar en los cimientos. De la mayoría de los puentes de Europa conócese alguna leyenda relacionada con esta superstición; ya es el arquitecto, o bien su mujer,

Barco vikingo de Oseberg, tal como se encontró.





Barco vikingo de Oseberg, restaurado en el Museo de Oslo.

quien perece al construirlo, u otra víctima que substituye al hombre que debe morir para que el espíritu del puente o el diablo quede satisfecho.

Análoga era la costumbre de poner atados a los tablones, por encima de los cuales debe resbalar el buque que se lanza al mar, varios esclavos, que allí morirán aplastados y con su sangre teñirán la quilla del barco, proporcionándole feliz agüero con su sacrificio. Hoy, en lugar de sangre, los barcos se bautizan con champaña; pero en esta costumbre, a la que por nada del mundo faltaría un constructor de navíos, hay una reminiscencia de la antigua y cruenta superstición de los sacrificios humanos.

Entre los problemas espirituales que presenta este asunto de las razas de lengua indogermánica hay el de sus facultades artísticas. Sus objetos de oro y de bronce de la Europa Septentrional están decorados con líneas regulares, geométricas, principalmente espirales o círculos concéntricos y entrelazados. En sus vasos, armas, fíbulas, no se cansan de desarrollar esta decoración geométrica, sin valerse apenas de motivos animales ni vegetales. Cuando se representan figuras humanas o monstruos, los más elementales principios de proporción o perspectiva son despreciados. Tal es su falta de respeto al natural, que hemos de creer que, preocupándose tan sólo de su ornamentación geométrica, deforman ex profeso los contornos y sistemáticamente cometen errores en que no incurrirían ni los niños. Así, pues, una tendencia irresistible hacia la es-

tilización geométrica constituye el segundo estilo propiamente europeo. El primero era el arte de los pueblos mediterráneos y parece haber desaparecido con la Europa neolítica. El segundo estilo artístico europeo es ese estilo geométrico de espirales y entrelazados que, como ya hemos dicho en el capítulo anterior, será el fondo que ha alentado permanentemente en todos los estilos que en el transcurso de la historia han florecido en Europa.

Parece seguro que los arios no eran grandes constructores; sus salas de banquetes, los edificios más decorados que construyeron, eran de madera y toda su ornamentación consistía en entalles geométricos y astas de ciervo en el ángulo del tejado. Las construcciones de Atila, en Hungría, estaban sostenidas por vigas con escultura incisa. Nada de piedra. Para los arios del *Beowulf* los dólmenes y construcciones megalíticas son ya obra de gigantes. Los arios de la India no parecen haber sido grandes constructores antes de la llegada de Alejandro, y tampoco hay en Persia construcciones anteriores a su contacto con los semitas del valle del Eufrates. No; los arios no parecen haber sido un pueblo constructor, como los egipcios, ni amigos de acaparar riquezas y poseer millares de esclavos, como lo fueron los asirios. Su fuerza era tan sólo su brazo. *Mis arreos son las armas, mi descanso el pelear,* repite aún el último caballero de Occidente, Don Alonso Quijada o Quejano.



Mástil del buque de Oseberg, detalle.



Palacio de Minos en Knosos (Creta).

11 PRIMERAS CIVILIZACIONES MEDITERRANEAS

Hemos consignado en el capítulo anterior que grupos de emigrantes, de las tribus prehistóricas del Centro y del Este de Europa, se habían corrido hacia el Oriente, llegando hasta la India y Persia. A estas invasiones atribuíamos muchos de los fenómenos de unidad de lenguaje y de cultura de los llamados *arios*. Tal como los hechos han sido expuestos, el lector habrá comprendido que, en lugar de unos orientales que llegaban para poblar a Europa, preferimos relacionar coincidencias culturales y filológicas con movimientos de las mismas razas que más tarde invadieron el Imperio romano. Tan seguros estábamos de que los supuestos arios no eran más que los hombres prehistóricos europeos, que, para describir su tipo físico, su carácter y sus acciones, hemos substituido a menudo a los invasores del segundo milenio antes de Jesucristo por los bárbaros del Norte del principio de la Era cristiana. Anécdotas de Teodorico, Alboíno y Atila nos han servido para explicar los movimientos de sus antecesores de la primera Edad del Bronce. Y en verdad que no hay peligro de error en el hecho de cambiar un teutón del tiempo de Odín por un germano del tiempo de Ariovisto. La vida debió de evolucionar poquísimo en estas tribus esparcidas por el Continente, que no tenían otra ocupación que la guerra y la caza.

Pero Europa nos revela al menos la presencia de tres razas en la época neolítica: la raza nórdica, la alpina y la mediterránea. El problema que se nos propone ahora es el siguiente: Si las tribus nórdicas, por razón de su adiestramiento y organización militar, impusieron su cultura a los pueblos de raza alpina y mediterránea, ¿en qué estado se



Mapa que muestra la situación céntrica de la isla de Creta en el Mediterráneo oriental.

Planta de un templo-palacio prehelénico. Knosos. Creta.



hallaban éstos al llegar los bárbaros invasores? ¿Vivían los pueblos de las penínsulas mediterráneas en estado salvaje, su mentalidad era inferior a la de los hombres nórdicos, o tenían, por el contrario, su civilización original?

Hace años no hubiéramos podido contestar a esta pregunta sino con citas de los autores clásicos. De la mitología y la fábula griegas recibíamos algunas informaciones acerca de los primitivos helenos, conquistados y oprimidos por los invasores nórdicos, que los griegos llamaban aqueos y dorios. Sabíamos también algo de los primitivos pobladores de Sicilia, de raza mediterránea, llamados sículos, y las tradiciones itálicas nos transmitían leyendas de unos primeros reyes latinos que debían de ser de raza mediterránea y anteriores a las invasiones de etruscos e italiotas, que llegarían por el Norte. Para la Península Ibérica, la Biblia

habla de un pueblo de Tarsis y un imperio marítimo tartesio, cuya capital estaría en Cádiz o en la desembocadura del Guadalquivir, y los polígrafos y geógrafos griegos dan algunos nombres de reyes tartesios.

Como se ve, existían tradiciones, conservadas por los escritores antiguos, de los primitivos mediterráneos en las tres penínsulas, y en cada una de ellas la misma tradición prueba que la vieja cultura de estos pueblos fue arrollada por el ataque de unos invasores que llegaron por el Norte. Estos invasores, dorios, italiotas, celtas, para los defensores de la hipótesis aria habían salido del fondo común indoeuropeo y llegaron del Asia por la vía del Cáucaso. Para nosotros son europeos en vez de orientales, pero siempre reconocemos que hubo un cambio motivado por una invasión. ¿Cuándo? Hacia el principio del primer milenio antes de Jesucristo; en esto también están conformes los escritores clásicos con los descubrimientos.

Había, pues, en las tres penínsulas mediterráneas su correspondiente civilización; hasta aquí no hay dudas. Hemos recupera-





Mujer con un jarro y una flor. Fresco de Knosos. Creta.
Guerrero prehelénico. Fresco de Tirinto. Grecia.



Estatuita prehistórica de las islas del Egeo.

do objetos tangibles: edificios, cerámicas, pinturas, escritos, armas, de uno de estos centros de civilización mediterránea anterior a las invasiones. La pregunta que cabría hacerse ahora es si estas civilizaciones de las tres penínsulas mediterráneas eran análogas o parecidas; si la raza mediterránea se desarrolló uniformemente o si Tartesia, Sicilia y Grecia llegaron al arte, a la escritura y al derecho, cada una por diverso camino. No se puede todavía contestar a esta pregunta, porque de las tres penínsulas mediterráneas sólo de una tenemos datos suficientes para reconstituir su cultura, antes de las invasiones nórdicas, y ésta es Grecia y las islas del mar Egeo.

De Sicilia hemos recuperado vasos en sus necrópolis sículas; de la Italia neolítica es muy poco lo que se ha descubierto todavía, y de la civilización tartesia nada absolutamente. Hemos de contentarnos con citar a Isaías y los textos griegos que hablan del imperio andaluz de la Edad del Bronce. Las naves de Tarsis son, en la Biblia, sinónimo de riqueza, manifestación de opulencia, vehículo de tesoros de los que hasta ahora no han aparecido vestigios...

Pero en Grecia y en las islas el material de esta civilización primitiva, anterior a la invasión de los dorios, es tan abundante, que, para describirlo, necesitaríamos algo más que un capítulo. Lo sorprendente es que los griegos clásicos no conocieron sino vagamente este pasado de su raza, anterior a la invasión dórica. Poseían, sí, los poemas homéricos y muchas fábulas de héroes y dioses, donde se esconde gran parte de la verdad, pero un conocimiento científico y metódico de su pasado no lo tenían. Para los griegos su historia comenzó con la llegada de los dorios y el computar la cronología no empezaba hasta la primera Olimpíada, el año 776 antes de Jesucristo. Por esta causa a la civilización de Grecia y las islas anterior a la invasión de los bárbaros dorios la llamamos prehelénica, anterior a la helénica o griega. Y, sin embargo, ¡cuán claro hablaban los poemas homéricos! ¡Y cuántas claras verdades encerraban las fábulas y



Muros ciclópeos de la fortaleza prehelénica de Tirinto.

la mitología de los primeros helenos! He aquí algunos de los datos que unos y otras nos suministran:

En Creta nace Zeus (Júpiter) en una cueva del monte Ida. De Zeus y Europa nace Minos, el legendario rey de Creta. Minos, que no es sólo el hijo, sino también el amigo de Zeus, va a visitar a su padre en la cueva, y allí el dios le instruye y da su código, como otro Moisés. Este rey de Creta, que acaso personifique toda una dinastía, vive en Knosos y, según Tucídides, *fue el primero en establecer un poder naval*. Heródoto dice que Minos, *el rey de Knosos*, es el primero de los griegos que se hizo dueño del mar. No es sólo en Creta donde gobierna Minos; desde Knosos impone tributos a Sicilia y Atenas. El tributo de esta ciudad es odioso: cada nueve años Atenas tiene que enviar a Creta siete muchachos y siete muchachas, los cuales, al llegar a la isla, serán arrojados al laberinto, para que allí los devore el monstruo con cabeza de toro llamado Minotauro. Ya veremos más adelante como estos nombres: Minos, Knosos, Laberinto, Minotauro, contenían un reflejo de la verdad.

Prosigamos con la fábula. Un príncipe de Atenas, apellidado Teseo, marcna a Creta para tratar de poner término a la humillación de este tributo infamante. Al llegar, llama la atención de la hija de Minos, Ariadna, y con su ayuda mata al Minotauro, escapa del Laberinto y vuelve a Atenas. Según Baquílides, Teseo antes baja al fondo del mar para recobrar el anillo de oro que Minos ha lanzado al agua. He aquí otra fase de la leyenda: el anillo, símbolo del poder, el cetro del mar, pasa de Creta a Atenas con Teseo. Minos muere en una expedición contra Sicilia. Poco tiempo después de su muerte, Creta queda desolada y tienen que ir



Sacerdotisa cretense. Estatuita en marfil y oro.

a poblarla otras tribus, *especialmente griegas,* relata Heródoto.

En los poemas homéricos la supremacía ha pasado ya de Creta a la tierra firme. Los jefes de la confederación que marcha contra Troya son Agamenón, de Micenas, y Menelao, de Esparta. Los cretenses acuden con ochenta buques, cifra que revela aún su tradición marítima, pero sus jefes Idomeneo y Meriones ocupan lugar secundario en el consejo de los príncipes. De todos modos, Creta es todavía, en la *Odisea, la de las cien ciudades,* y de todas las poblaciones griegas, Knosos es la única a quien Homero da el título de grande.

Resulta claro de la fábula que la civilización prehelénica, que vamos a estudiar, tuvo su primer apogeo en Creta y que, más tarde, son las tribus de tierra firme las que se imponen a los pueblos de las islas. Pero, tanto en la primera etapa, representada por Minos, de Creta, y Teseo, de Atenas, como en la segunda, que representan Agamenón y Menelao, capitanes de la confederación de los griegos de tierra firme, e Idomeneo y Meriones, jefes de los cretenses, en ambas épocas la raza parece haber sido la misma; son todos mediterráneos, pueblos que no pueden mirarse entre sí como extranjeros, aunque a veces se ataquen y destruyan. En cambio, al llegar, a últimos del segundo milenio antes de Jesucristo, los destructores de esta civilización de Creta y de Micenas se comprende que son gentes extrañas; las bandas invasoras de rubios dorios penetran gradualmente, primero en la Tesalia, después en el Peloponeso y acaban por llegar a Creta, ya algo adulterados en su carácter. Son estos hombres nórdicos los que imponen su dura hegemonía a los pueblos de raza mediterránea, hasta el punto de que olvidaron completamente toda su propia historia.

Estos son los datos de la fábula, y recordemos que los historiadores griegos y los críticos severos, como Platón, no querían reconocer en estas leyendas nada más que patrañas y cuentos de viejas. ¡Quién podía imaginar que en nuestros días aquellas fábulas hallarían su más paladina vindicación por los más extraordinarios descubrimientos arqueológicos!

En marzo del año 1900, el profesor de Oxford Arturo Evans empezaba la excavación del palacio de Knosos; en abril del mismo año, el profesor Halbherr, de Roma, iniciaba las excavaciones de un palacio, análogo al de la casa de Minos, al otro lado de la isla, en un lugar llamado Festos. Los resultados de esta primera campaña fueron tan maravillosos, que un año después, en abril de 1901, en un interesante artículo de la *Monthly Review,* Evans podía anunciar que había descubierto el famoso Laberinto, la casa de Minos en Knosos, y que lo que allí aparecía era mucho más de lo que nunca hubiera podido imaginarse. Por varios años las excavaciones se continuaron en Knosos, en Festos, en un palacio o villa real explorado por los italianos en Hagia-

Tríada y en otros lugares de la isla, donde se hallaron restos de esta civilización prehelénica, incluso dos pequeñas ciudades, Gurnia y Gortina, con su urbanización, templos y palacios.

No falta, pues, material. En los palacios, tumbas y ciudades aparecieron frescos, vasos y objetos suntuarios. Además, la exploración no se limitó a Creta; en las demás islas y en Grecia se notó que, debajo de los restos de la civilización clásica, había una capa de la civilización prehelénica. A veces esta capa prehelénica de la Grecia propia resulta del todo uniforme con la que representaba el apogeo de la civilización cretense; otras veces revela un estado de cultura algo posterior, pero todavía prehelénico, del que se hallan también manifestaciones en las islas. Y como en los poemas homéricos los jefes de la confederación son los señores de Micenas, en la propia Grecia, por esta causa, a la última etapa de la cultura prehelénica se la llamó micénica, o de Micenas.

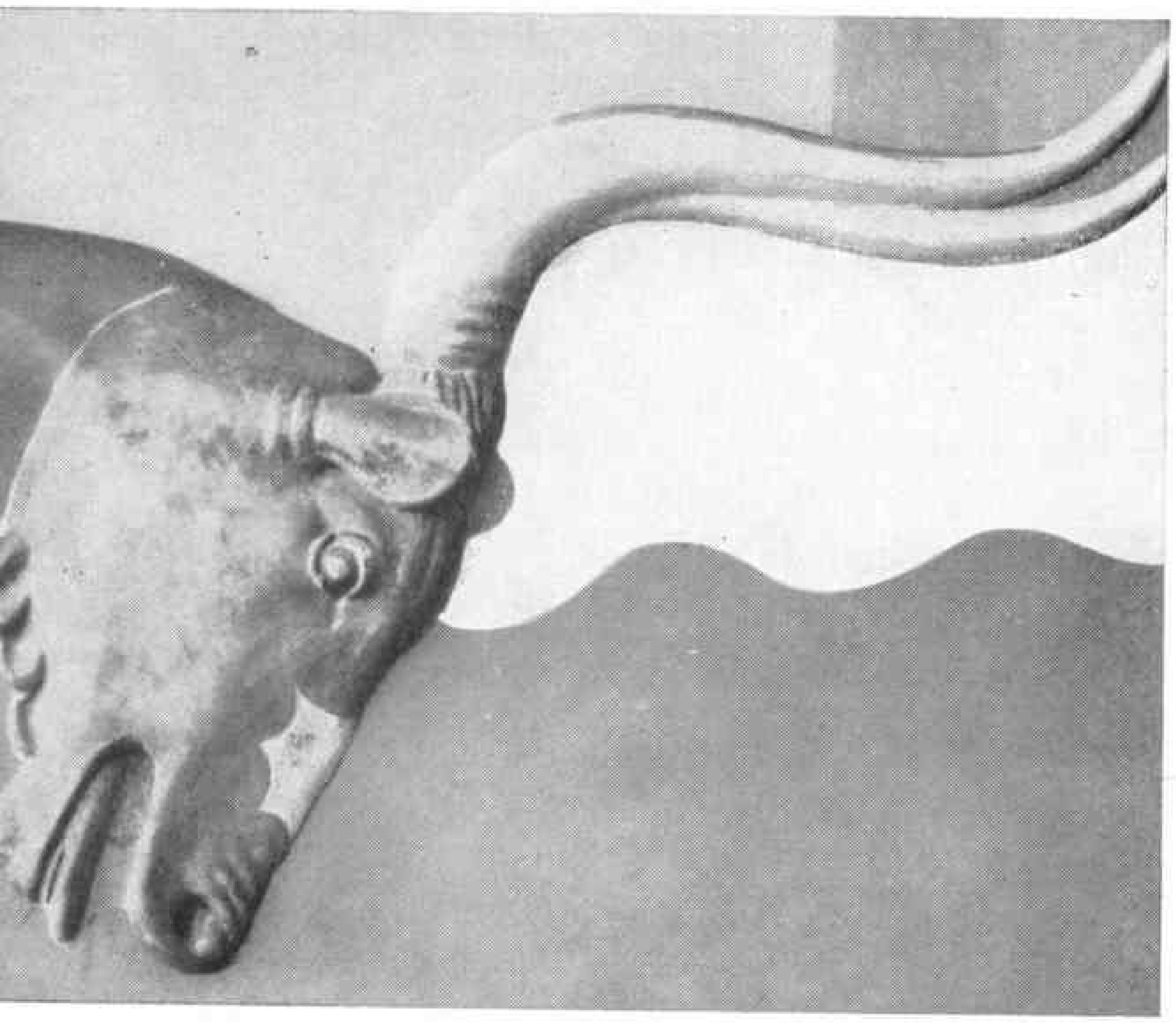
Así, pues, hoy distinguimos en la civilización mediterránea, que floreció primero en Creta y después en la Grecia propia, tres grandes tipos de cultura: minoico antiguo, minoico medio y minoico moderno. La cultura micénica parece pertenecer al tercero; los poemas homéricos serían un eco de esta última época, que fijamos hacia el 1300 antes de Jesucristo. Evans dice: «Nada posterior al 1200 puede llevar el nombre de minoico.» Y como de esta fecha a la primera Olimpíada van seis siglos, ello explica que se olvidara todo y que cuando Grecia volvió a tener noción de su existencia como pueblo, ya Minos era un monstruo o semidiós, Teseo un héroe legendario y el palacio de Knosos un laberinto.

Pero si el 1200 antes de J. C. es la última fecha de la civilización minoica, ¿cuál será la de su origen y cuándo empieza a revelarse esta civilización original mediterránea? Según Evans, los pueblos de las islas del Mediterráneo oriental desarrollaron su cultura sin grandes influencias exteriores, avanzando gradualmente desde la Edad de Piedra, y el primer período minoico puede hacerse empezar hacia el 3000 antes de J. C. En el año 1800 el palacio de Knosos sufre una destrucción, quizá causada por guerras de las gentes de Knosos con otros pueblos de la isla, acaso los señores de Festos, porque el palacio de éstos parece construido por esta época. La reconstrucción de Knosos en esta época caracteriza el estilo del minoico segundo. Por fin, hacia el 1400, Knosos sufre una segunda destrucción y es habitada después por gentes que sólo aprovechan una parte de las ruinas. Lo que allí aparece es de la cultura que calificamos como tercer minoico o micénico.

La cronología de estos palacios depende de la de Egipto. Siendo Egipto el único Estado de la antigüedad que pasó sin interrupción desde la prehistoria hasta la época romana, la historia del mundo antiguo se basa para la cronología en la de Egipto.



Vaso con relieves de guerreros prehelénicos.



El Minotauro o toro cretense. Relieve de estuco policromado, en Knosos.

Y aunque la civilización prehelénica de Creta se desarrolló independiente de la de Egipto, para conocer la fecha de las tres culturas minoicas hemos de valernos de los objetos egipcios de importación. Una estatuilla egipcia encontrada en Knosos, otra descubierta en Hagia-Tríada y un sello faraónico han servido para establecer los puntos de apoyo de un sistema cronológico de las tres culturas prehelénicas.

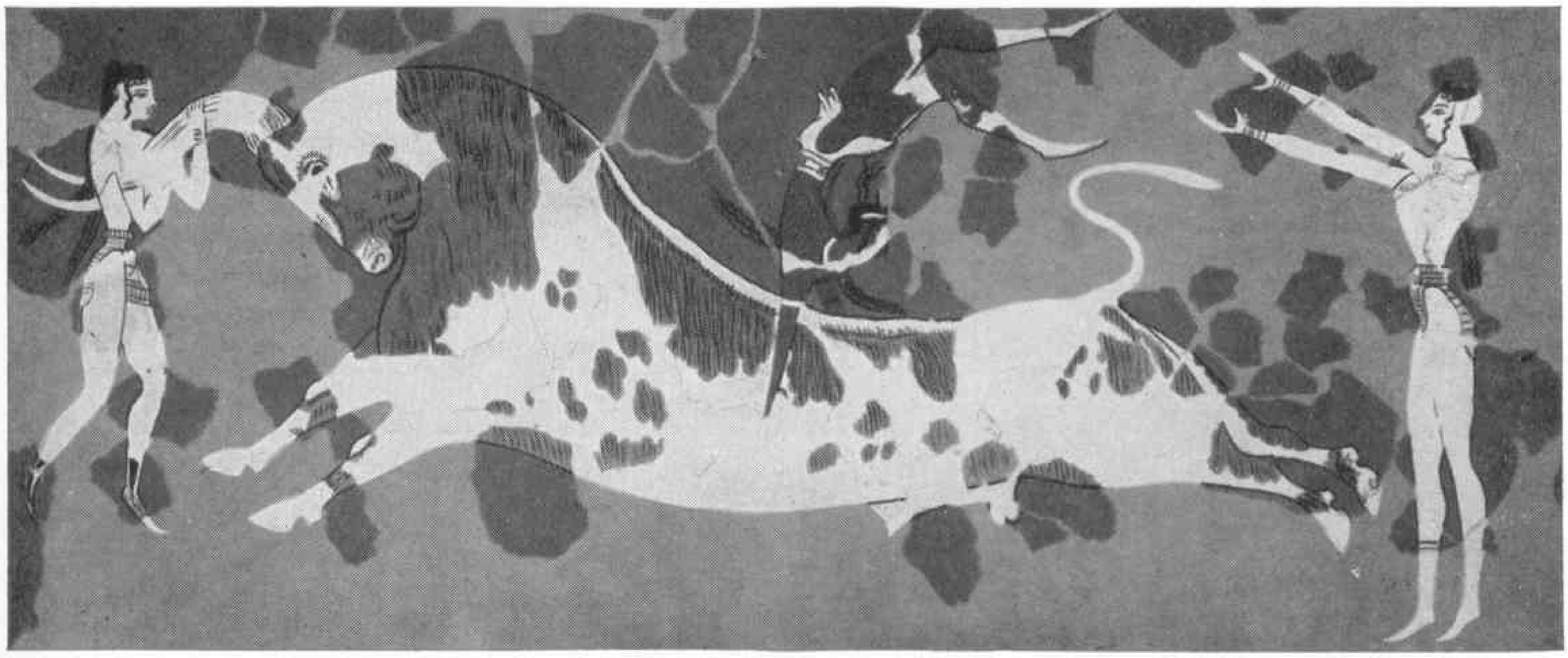
Y he aquí la primera sorpresa. No sólo recuperábamos con las excavaciones de Creta y de la Grecia prehelénica una civilización mediterránea, una civilización de esta raza de los hombres del Sur, sino que era antiquísima, casi tan antigua como la del venerable Egipto y del país *entre-ríos,* o sea la Mesopotamia. Los hombres de esta raza europea del Sur no permanecieron, pues, inactivos con sus útiles de piedra, sino que traficaron, creando con su espíritu y los contactos con el extranjero una civilización original. Al comenzar en Creta el estilo del primer minoico, Egipto estaba empezando también. El primer minoico comienza, pues, alrededor del año 3000 y la primera dinastía egipcia, según la cronología más aceptada, empezó hacia el año 3300 a. J. C.

Hemos hecho esta larga exposición preliminar porque tememos que al leer lo que sigue y al examinar los grabados de este capítulo, podría figurarse el lector que está siendo víctima de un embuste. Hasta ahora no ha visto aparecer en Europa más que razas con útiles primitivos, de piedra o de bronce, gentes de mentalidad grosera, viviendo en abrigos o chozas y construyendo a lo más monumentos de piedras sin desbastar, y ahora empezamos hablando de palacios, templos, ciudades... ¡Y si a lo menos nos preparáramos a explicar la civilización de Egipto, notable por su gran antigüedad, o de Mesopotamia, *cuna de la humanidad!*..., pero lo que vamos a describir son los palacios, la religión y el arte de simples mediterráneos, de los que nadie habría hablado hace sesenta años.

Y he aquí que no aparecen en cuerpo y alma en los palacios de Creta sólo sus productos, sino ellos mismos, los hombres pre-



Vaso de oro de Vafio, con escenas de tientas de toros salvajes.

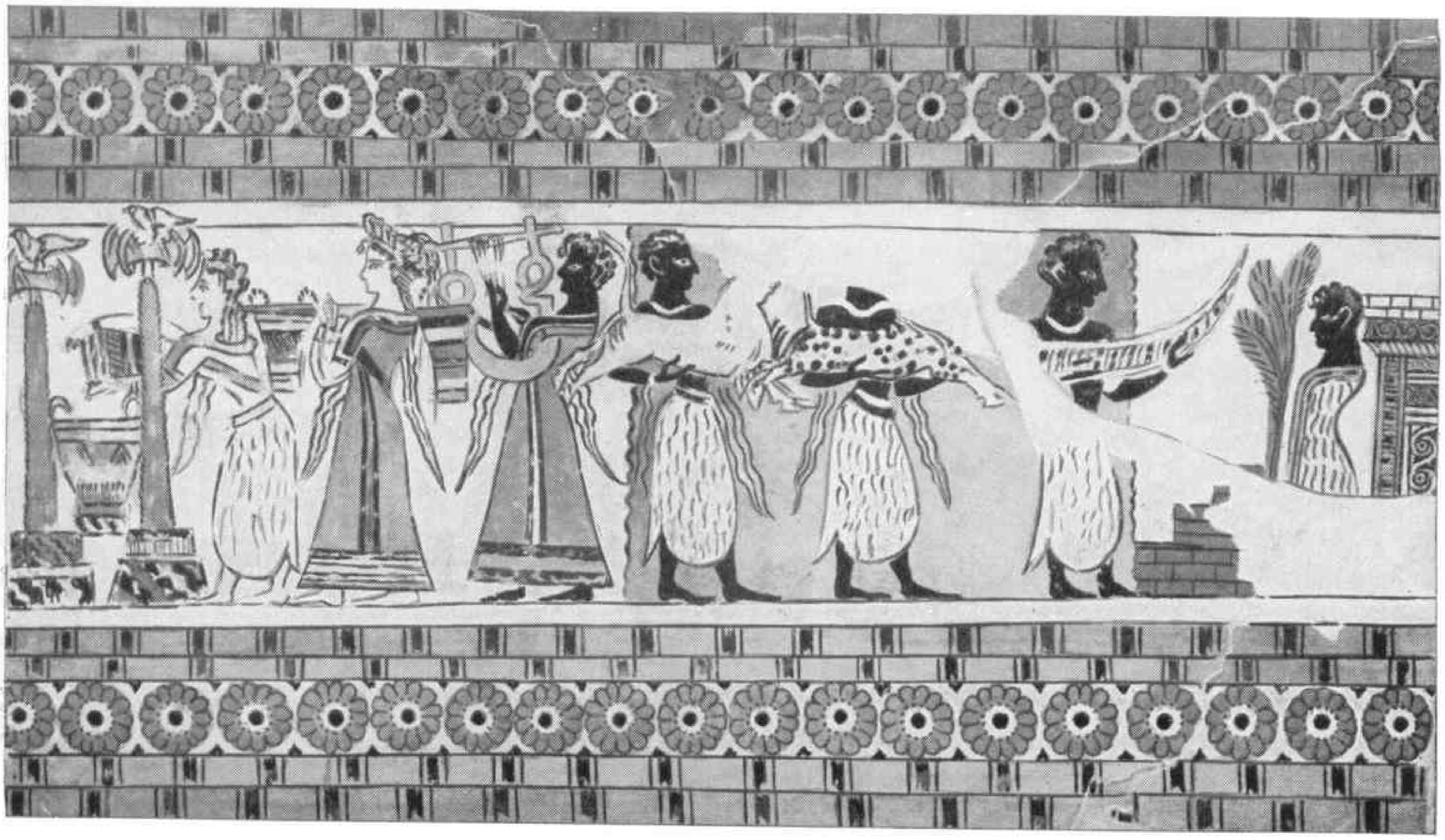


Taurokathapsia o salto del toro entrando por los cuernos. Fresco de Knosos. Creta.

helénicos y de la Grecia prehelénica. Estos personajes pintados de que vamos a hablar son los antepasados de las razas del sur de Europa. De sus frescos milenarios sacamos sorprendentes retratos: el guerrero de tez morena, pero de perfil que no tiene nada de semítico, que lleva un pequeño casco y la lanza de los héroes homéricos, una coraza de cuero almohadillado y un cinturón. El copero, con su gran copa cónica para los festines de palacio. Y, sobre todo, las damas palatinas, las descendientes de las hembras de la edad de piedra europea, ¡cuán extraordinarias apariciones! Visten faldas de volantes y un corpiño ceñido como una torera, dejando desnudo el pecho hasta la cintura. ¡Qué libertad, qué impudor, aun para nosotros! Al visitar Knosos un artista francés y ver los frescos con las damas prehelénicas así vestidas exclamó: «¡Pero si son parisienses!...» La misma complicación y refinamiento adviértese en el tocado; los cabellos artificialmente rizados forman como una corona sobre la frente y por detrás caen ondeando los tirabuzones.

En un pequeño templo doméstico de Knosos para el culto de las serpientes aparecieron dos estatuitas de cerámica.

En estas dos figurillas se admira el mismo tipo que aparece en los frescos que mencionábamos antes: la misma indumentaria de la falda con faralaes y la torera abierta, mostrando desnudos los senos. Una de ellas va cubierta de serpientes: las lleva en los brazos, en la espalda, en la cabeza y sobre el mandil; con su tiara se revela un ser superior, tal vez la diosa de las serpientes. La otra tiene sólo una serpiente en cada mano; es probablemente la sacerdotisa. En otro fresco vemos una muchacha con un nudo votivo en la espalda; debe de ser la devota que acude a una función de ritual. Pero en piedras grabadas y en otras pinturas diferentes encontramos mayor información acerca de este culto prehelénico. Una piedra grabada, de Knosos, nos muestra dos sacerdotistas acercándose a otra figura femenina que está sentada al pie de un árbol. En lo alto se distingue la luna y en el fondo la doble hacha, que era venerada también en el occidente de Europa como símbolo del principio femenino. En otra piedra grabada vemos una escena que debe de reproducir, sin duda, un acto erótico: el culto de la danza que produce éxtasis o pasmo. Una ceremonia del rito de la fertilidad.



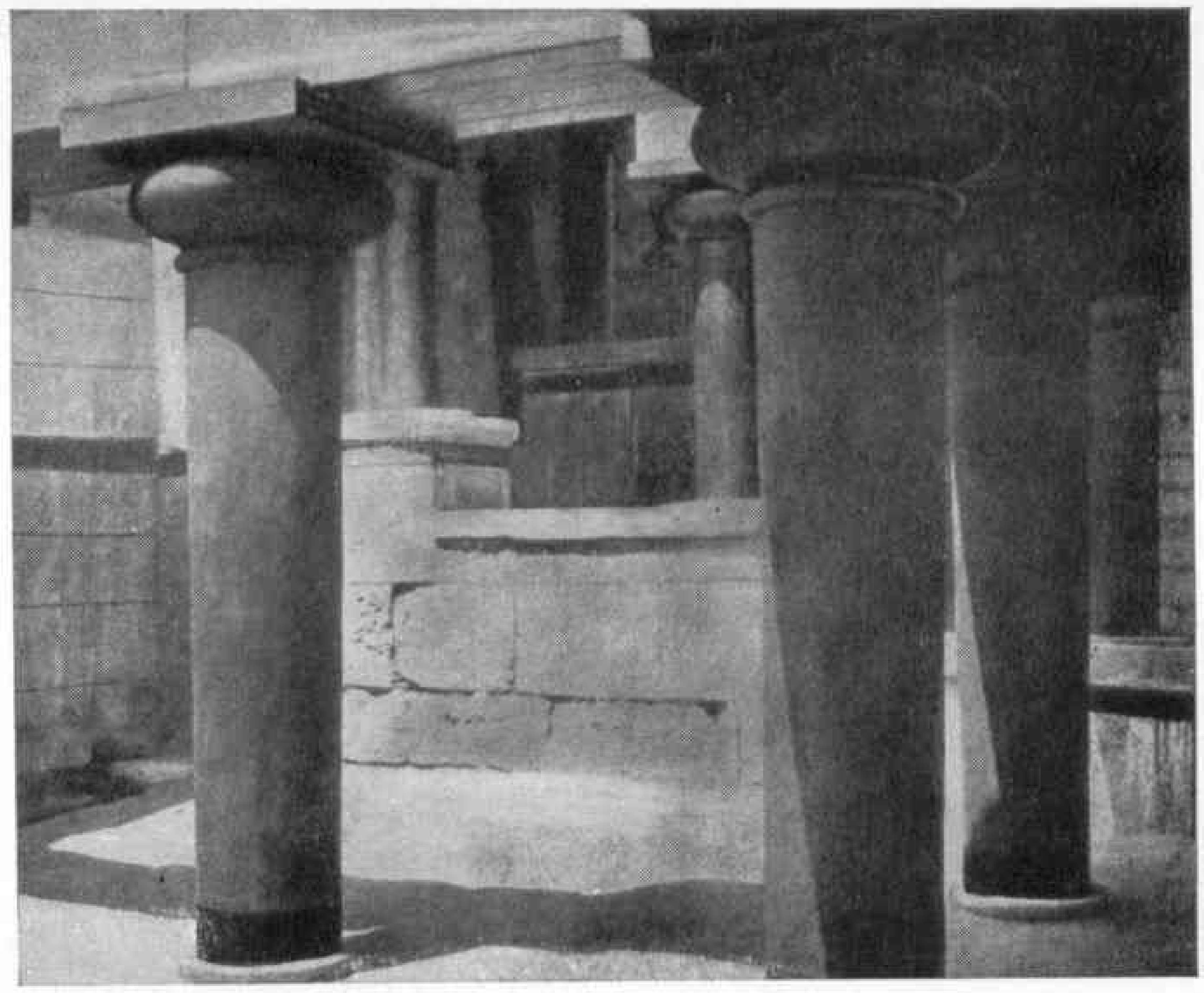
Sarcófago prehelénico. A la izquierda, representaciones del culto del pilar y el hacha donde unas oficiantes vierten el agua lustral en un caldero; a la derecha, el rito funerario de llevar las ofrendas a un difunto envuelto en bandas que se aparece delante de la tumba. Hagia-Tríada. Creta.

Así, cuando empezamos a conocer a estos hombres mediterráneos de la Grecia prehelénica, nos sorprende verles acompañados de las mujeres, tomando parte principal en las ceremonias de un culto. La mujer no está relegada a lugar secundario, sino que desempeña papel importante en los actos de un culto nacional. No sólo tiene la libertad en el vestir de la mujer moderna, sino que, aún más que ella, figura al lado del hombre en las ceremonias del culto y en las funciones del Estado. Ya la fábula nos había enterado de que Ariadna se halló presente a la llegada de los cautivos de Atenas, entre los que distinguió a Teseo. Ayudándole en su fuga, no revela encogimiento ni excesivo pudor; Ariadna podría, pues, ser representada por una de estas sacerdotisas del culto de las serpientes o del hacha. Sería asimismo bella como ellas, de carnes blancas y de porte elegante.

Los guerreros prehelénicos son de color tostado, exagerado en los frescos para acentuar su masculinidad, en contraste con la albura del cutis de las mujeres. Los vemos en filas, marchando como guerreros, en grupos cantando al compás del sistro que agita el capitán de la compañía. Mientras las mujeres practican ejercicios piadosos, los hombres se organizan en grupos para los trabajos agrícolas o la guerra. Pero, además, en pinturas y relieves, vemos revelarse un aspecto nuevo de la vida prehelénica, que son los deportes y los ejercicios atléticos, sobre todo el salto de los toros. El pugilato o boxeo está representado en pequeñas piedras grabadas y en un vaso de esteatita de Hagia-Tríada. Los atletas hacen los mismos gestos para esquivar los golpes y atacar que un campeón de hoy. Lo único que sorprende, así en los atletas como en las damas de palacio, es la excesiva estrechez de la cintu-

ra, que sería el ideal del cuerpo bien formado. Los cuerpos de estos hombres y mujeres prehelénicos nos parecerían inadecuados para la vida fisiológica si no supiéramos que la misma preocupación de cinturas microscópicas tuvieron nuestras abuelas, y que en el siglo XVI conocióse también la moda de los cuerpos agarrotados por la cintura.

Sin embargo, aunque en relieves y pinturas los hombres de esta civilización prehelénica sugieren el orgullo casi místico de su fuerza, no parece revelarse ningún culto asociado al pugilato. No ocurre lo mismo con las corridas de toros: el salto del toro, que constituía la suerte típica de este pueblo prehelénico, no se parece a nada de lo que vemos hoy en las corridas de toros españolas. El que salta la fiera debe recibirla de frente y entrando por los cuernos; con el movimiento de cabeza del toro, cae sobre la espalda de éste y es recogido por otro atleta que ya ha dado el salto. La figura de la página 161 da idea de este lance, mostrando por el color de las carnes que dos de los atletas son mujeres. En este fresco, quien está dando el salto es ciertamente un hombre, pero una mujer se apresta a saltar la fiera y otra recibe triunfante al que ha pasado ya el peligro de los cuernos. Esta escena está repetida en varios otros frescos y relieves, por lo que no queda duda acerca de la manera de practicar la suerte; lo que



Patio en una escalera interior del palacio de Knosos mostrando la profusión de columnas y su forma de tronco de cono invertido.

Reconstrucción del gineceo del palacio de Knosos, según Evans.



no resulta tan claro es si este ejercicio se verificaba sólo por profesionales o si era al mismo tiempo una iniciación peligrosa, y a menudo sangrienta, de un rito del culto del principio femenino, como el de las serpientes. Algunas cabezas de toro minoicas llevan en la frente el hacha de dos filos, relacionada con el culto del pilar y el principio femenino.

La participación de la mujer en los actos del culto hace suponer la existencia de una divinidad femenina, que se manifiesta en la fuerza vital que reside en la tierra. La serpiente, animal subterráneo, debe de ser el predilecto de esta diosa; además, aparece simbolizada por ciertas piedras o *betilos;* todavía hoy muchas razas primitivas adoran la piedra. Pero en Oriente el culto a las piedras fue universal y vivísimo. Un *betilo* está en la *kaaba* de la Meca, y la piedra negra de Edesa fue venerada en la Roma imperial, al lado de los dioses clásicos. Como símbolo, pues, del principio femenino, que reside en la tierra, madre fecunda, se veneró la piedra, ya en forma de monolitos o pilares, ya en la de hacha de piedra. He aquí asociadas la columna, el pilar y el hacha al principio femenino. La paloma, que después fue el pájaro de Venus, desde estos días prehelénicos es también animal simbólico de la diosa de Creta. Más difícil resulta comprender la relación del toro; recordemos, sin embargo, que según la fábula, Minos era hijo de Europa y que para fecundarla Zeus-Júpiter se convirtió en toro. Es indudable que alguna relación debían de hallar los hombres prehelénicos entre el Toro y el principio femenino, que era el centro de su culto. Difícil es decir si esta divinidad femenina era la única del panteón o había otras



Reconstrucción de la fachada de un megarón prehelénico.

Puerta de entrada a la ciudad de Micenas con el blasón cretense de la columna defendida por dos leones micénicos.



que participaban de la adoración de aquellas gentes. Hoy nos inclinamos a creer que la diosa femenina de Creta se desdobló en sus atributos, tras la invasión de los dorios, y convirtióse en Hera, Afrodita y Artemis... Que el pilar y el hacha eran las formas simbólicas de la diosa, es innegable. Knosos está lleno de incisiones con hachas grabadas, es el palacio del hacha, y si recordamos que el nombre frigio de hacha es *labrix,* esto acaso puede explicar el nombre que tomó el palacio del *laberinto.*

Tales son los hombres mediterráneos que desarrollaron en Creta una cultura comparable con la de Egipto. Comprendemos algo de sus ritos, pero quién sabe si con el tiempo percibiremos otros aspectos de su religión que hoy todavía no podemos distinguir. Ya fue una sorpresa extraordinaria el hallazgo de un sarcófago pintado en Hagia-Tríada, donde, además del culto del pilar y el hacha por las sacerdotisas prehelénicas, aparecen escenas de un culto funerario semejante al de Egipto, con ofrendas dedicadas al muerto.

Los textos literarios del pueblo de Creta y de la Grecia prehelénica son abundantes: en Knosos se encontraron archivos repletos de barras de arcilla con marcas que no se han podido descifrar todavía. En Festos apareció un disco de cerámica con caracteres jeroglíficos, divididos en palabras. Dos sistemas de escritura se distinguen por lo menos en los documentos descubiertos en Creta: uno, jeroglífico, que emplea representaciones de objetos reunidas por sílabas, no descifrado, y otro, constituido por incisiones en barras de plomo, que aparece no sólo en Creta, sino también en los palacios micénicos de la Grecia propia. Estas marcas lineales agrupadas como sílabas fueron descifradas en 1952 por el arquitecto inglés Ventris, y por lo que se desprende de sus estudios algunas veces son análogas al lenguaje griego más primitivo y otras reproducen nombres de personajes homéricos...

Los cretenses tuvieron relaciones comerciales con los pueblos del Asia Menor, frigios, lidios e hititas, y la unidad de raza con los pueblos de la Tróade está bien manifiesta en los poemas homéricos. De sus relaciones políticas con Egipto quedan pruebas abundantes. En los jeroglíficos se habla de los pueblos cretenses y helenos con la palabra metafórica *las islas.* Los *kafti* u hombres de las islas aparecen pintados en los frescos de las sepulturas faraónicas; tienen el mismo perfil de los representados en los frescos de Creta; llevan presentes al Faraón que son cabezas de toro, vasos de las formas típicas de la cerámica prehelénica y lingotes de bronce. Para el comercio con el valle del Nilo, los cretenses establecieron una factoría en la isla del Faro, de-

lante del sitio donde después se edificó Alejandría. Quedan restos del muelle, construido con grandes piedras. Quedó recuerdo en los griegos de aquella primera estación prehelénica y se creó la fábula de un dios, Proteo, que cambiaba de forma (a veces era terrestre, otras marino), pero siempre apareciendo sólo en la isla del Faro. En Palestina los cretenses empezaron con una factoría en Gaza, que era lugar famoso de disipación para los judíos primitivos. *Y Sansón, habiendo visto en Gaza a una mujer perdida, fuese tras ella. Más tarde amó a una mujer que se ponía en el torrente de Scorek y cuyo nombre era Dalila...* Gaza y Scorek no son hombres semíticos. Dalila, pues sería una mujer prehelénica, y por lo que sabemos de sus análogas de Knosos, muy capaz de hacer perder la cabeza a un hombre rudo como Sansón.



Vaso de esteatita con relieves representando diversos deportes.

Que los barcos de los navegantes cretenses llegaron a Sicilia, está confirmado; vasos prehelénicos se han descubierto en Venecia y Marsella, y unas cabezas de toro de bronce encontradas en Mallorca hacen presumir que los buques prehelénicos llegaron hasta la Península Ibérica. Minos y los reyes tartesios de Andalucía debieron de sostener relaciones que en todos los aspectos dejaron indelebles huellas en los pueblos españoles de raza mediterránea. La cerámica ibérica presenta influencias de las cerámicas prehelénicas.

Queda aún algo indefinido el régimen monárquico o imperial de los pueblos de Creta en la época de su apogeo. Hemos dicho que establecieron la factoría de Egipto (en la isla del Faro), y debían de ser análogas las del Mediterráneo occidental (Bocas del Ródano, sur de España), pero en Sicilia tuvieron una colonia sólidamente cretense. En Palestina, lo que empezó por ser un lugar de contratación, se convirtió en una Pentápolis, coalición de cinco ciudades que hicieron tambalear el incipiente reino de Saúl y David. A los cretenses la Biblia les llama filisteos y tal fue su im-



Vaso con lirios pintados.
Tercer minoico medio. Knosos.

portancia en Canaán, que la palabra actual de Palestina deriva de Filistinia.

Más importante es todavía la participación de los cretenses en la historia de la Grecia prehelénica. Las antiguas ciudades griegas tuvieron que sufrir el yugo de Minos, que imponía servidumbre de hombres y tributos. Ha quedado el recuerdo del ya mencionado tributo de Atenas de los siete jóvenes de uno y otro sexo. Probablemente parecidas contribuciones personales se exigían de otras ciudades de tierra firme. Por la fábula no se comprende la crueldad de Minos, que exigía aquellos jóvenes sólo para que fueran devorados por el Minotauro.

Hoy día nos podríamos explicar aquel tributo como un esfuerzo de los cretenses para unificar la cultura prehelénica y formar en una Escuela de Palacio a quienes, al regresar a su ciudad, importarían los gustos y disciplinas cretenses. El deporte del Minotauro, o taurokathapsia, no era necesariamente mortal; el ateniense que había adquirido en Knosos la agilidad indispensable, de seguro que aprendía en la corte de Minos otras maneras que las prehistóricas de su patria. En Rusia se imponía a la nobleza provinciana que enviara a Petersburgo las doncellas para refinarse en el Smolny Institut. Minos y su corte tendrían empeño en fortalecer su dominio en tierra firme con partidarios que estuvieran contaminados del refinado *minoísmo* adquirido después de unos años de residencia en la ciudad cretense de Knosos.

La educación de palacio dio origen, sin embargo, a generaciones a las que no era necesario hacer el aprendizaje en Creta. Y así, poco a poco, surgieron en Grecia las ciudades semiindependientes de Micenas, Atenas, Tebas. Esta independencia se consiguió con esfuerzo. Las naves de Creta atracaron varias veces en el mejor puerto natural del Atica, que es el de Maratón. Allí luchó

Placa con el tema del Bucoleón, o combate del león de Micenas con el toro de Creta. Museo de Atenas.





Jarro con delfines.
Tercer minoico medio. Pachyammos. Creta.

el toro de Creta y el león de Micenas, que al fin fue vencedor. Esta pelea secular se representó con un relieve conmemorativo llamado el Bucoleón, del que todavía quedaban restos en Bizancio. Homero nos describe una última etapa de la civilización prehelénica, cuando las ciudades eran gobernadas por monarquías hereditarias. Estas ciudades se asociaban para empresas de interés general, como lo fue la guerra de Troya, pero no llegaron a formar una confederación o un imperio. Su disgregación debió de facilitar en extremo la ruina de la civilización prehelénica; los dorios invasores, penetrando lentamente, derribaron una a una estas monarquías y se infiltraron casi sin resistencia en los viejos pueblos prehelénicos. La falta de unidad política caracteriza la civilización de Creta y de la Grecia anterior a la invasión dórica: los pueblos del Mediterráneo no llegan a producir el tipo de gobierno de Egipto o del Asia, con el monarca autócrata, hijo del dios, y señor por derecho divino de vidas y haciendas.

Aunque en la leyenda de Minos se hace alusión a su ferocidad, sus palacios están abiertos, sin murallas ni defensas; se desarrollan alrededor de un patio en el que se abre una sala principal, o *megarón,* centro religioso y político del palacio. La separación que existe en Egipto y en Oriente entre el templo y el palacio real no se aprecia en la civilización prehelénica. Acaso había santuarios o tabúes en las montañas, como la caverna del Ida, donde Minos visitaba a su padre Zeus, pero el culto popular se verificaba en el palacio. El jefe del Estado era además jefe religioso. Que vivía en el palacio-templo lo revelan ciertos servicios que eran sólo apropiados para una residencia real: hay cámaras con su baño y su retrete, que sólo pueden servir de habitación. Pero además hay largos corredores con cubículos estrechos, que han sido llamados *almacenes* por los arqueólogos, pero cuyo empleo religioso o utilitario no se comprende todavía. Estas largas hileras de cámaras estrechas, cuando el palacio quedó deshabitado, debieron de extrañar a las gentes que lo visitaron y justificar la idea del laberinto que ha llegado hasta nosotros.

Pero tanto en Knosos como en Festos existía el gran patio central; en Festos se llegaba a él por una escalinata ancha de veintidós metros, una de las más monumentales escaleras del mundo; en Knosos se encontraba franqueando unas puertas con columnas. Las columnas más anchas de arriba que de abajo son tan abundantes, que caracterizan el edificio. Aun cuando faltan las columnas, se distinguen en el suelo las bases donde se apoyaban, permitiendo aventurar una reconstrucción; el edificio parece en ciertas partes un bosque de columnas y pilares, como si hubiera habido especial empeño en aumentar el número de soportes verticales por algún motivo li-

túrgico. La decoración es también original, muy distinta de la griega clásica.

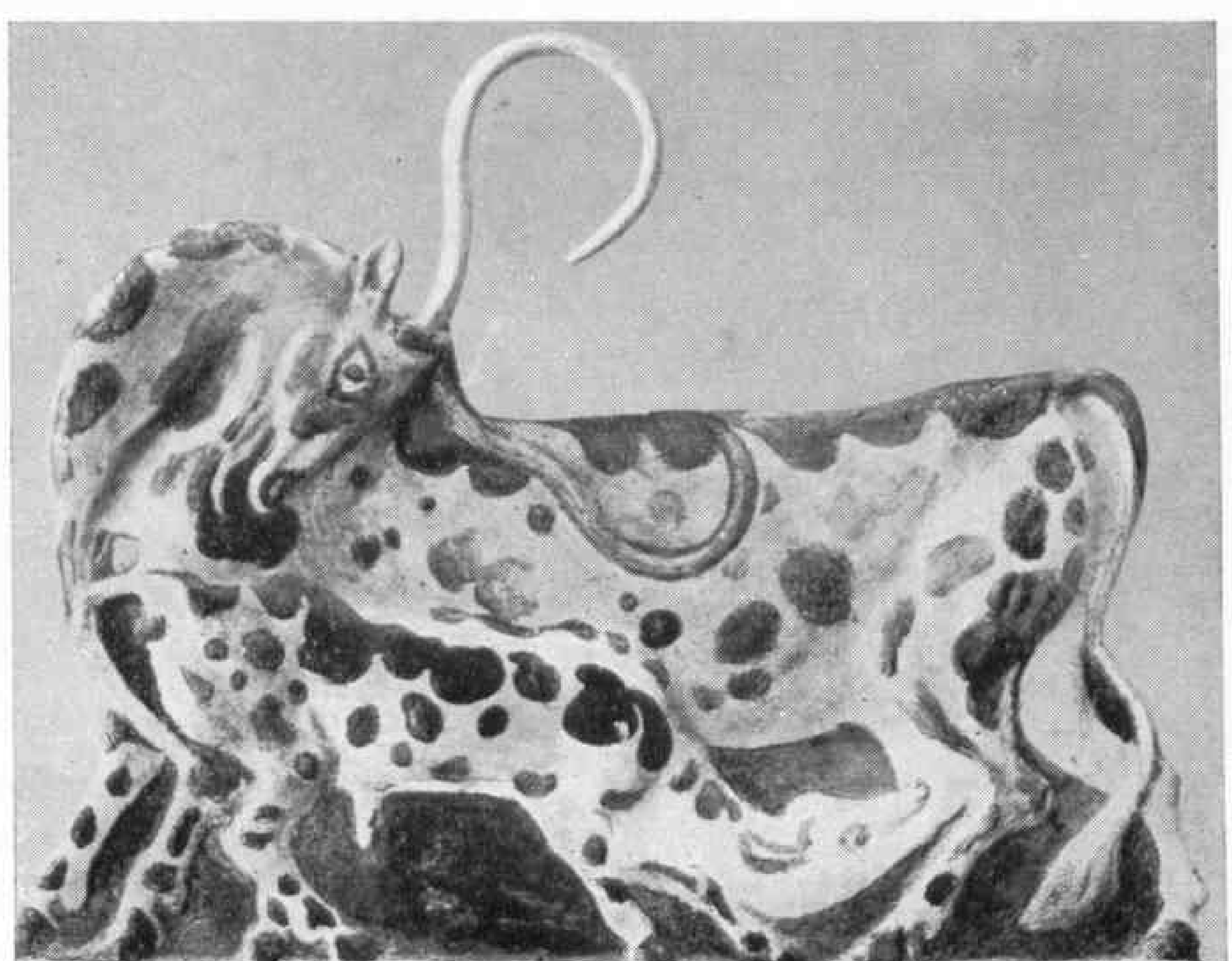
En Knosos se descubrió un trono de piedra, en el fondo de una sala rodeada de un poyo, donde es de suponer se sentarían los prohombres del consejo. Esto destruye la poca relación que pudiera haber entre el régimen monárquico de Egipto y el de Creta: el rey de Knosos tiene a su alrededor una corte que le asiste y aconseja. Detrás de este trono hay pintada una foca que aspira el aire salado del mar. Se ha interpretado como un símbolo del poder del monarca de Creta representado ingeniosamente, ya que la foca, que se alimenta de peces, es el rey del Mediterráneo oriental: los peces pequeños deberán obedecer en el mar o serán engullidos.

En la Grecia propia, la planta del castillo de Tirinto y el palacio real de Micenas presentan grandes semejanzas con los palacios de Creta. Homero describe también varios palacios reales: el de Menelao en Esparta, el de Ulises en Itaca y el de Nestor en Pilos, y en los tres hace mención del *pórtico resonante,* la sala de reuniones o *megarón* y el tálamo, en las partes más retiradas del palacio. Muchos pasajes y párrafos obscuros de la *Ilíada* y la *Odisea* han tenido su explicación clara después de las modernas excavaciones. Pero en la Grecia propia los señores prehelénicos habitaban en lo alto de colinas fortificadas; el palacio se construye allí con planta análoga a los de Creta, aunque dentro de un recinto de murallas. ¿Es que ya no se sentían seguros ni de sus propias gentes ni de un ataque del exterior?

La plebe vivía en ciudades urbanizadas, adaptándose a la forma del terreno, y algunas casas tenían varios pisos. Se han hallado en Knosos pequeñas porcelanas representando casas en miniatura que no dejan duda alguna acerca de su disposición; hemos reproducido alguno de los frescos que decoraban estos edificios. Poco podemos añadir por lo que toca al arte de la pintura, si no es mencionando las espléndidas obras de cerámica de los alfareros cretenses y griegos de esta época prehelénica. La cerámica ya no es la tosca obra modelada a mano del período neolítico, sino que los vasos se han afinado al torno. Sobre las pastas finas de estos recipientes se han pintado las más bellas composiciones decorativas de flores y formas geométricas. Rara vez aparece la figura humana, que será después el motivo preferido de los pintores griegos de cerámicas clásicas. En cambio, en los vasos prehelénicos abundan las representaciones de algas y animales marinos, y a veces conchas o el *nautilus* bogando sobre las olas. Verdaderamente, al ver estos vasos en los museos sentimos la nostalgia del bello mar Mediterráneo, tan poblado de recuerdos. Así, esta primera raza mediterránea, que despierta a la vida civil y se organiza en colectividad, anticipándose a las demás en sus manifestaciones de carácter artístico, paga digno tributo al mar, que la despertó a la vida.

En cuanto a la escultura, parece extraño que en los palacios de Creta no se haya descubierto ni una sola estatua, ni un frag-

Relieve de porcelana.
Tercer minoico medio. Knosos. Creta.



mento de bulto entero. Y más extraño aún porque los griegos de la época clásica tenían por inventor de la escultura a Dédalo, artista al servicio de Minos; que los artífices cretenses no carecían de facultades para producir obras escultóricas, lo demuestran los relieves de los vasos que ya hemos citado de Hagia-Tríada. En Knosos se encontraron varios relieves policromados de porcelana, que son verdaderas maravillas de técnica e inspiración. Si pudiéramos hablar con las muchachas y efebos de los frescos de Knosos, acaso nos espantarían su barbarie, superstición y brutalidad, mas en estos relieves aparece una exquisitez y un amor por los animales más humildes que es casi femenino. Pero la escultura monumental, que en Egipto es ya contemporánea de las primeras dinastías, no se revela en Creta ni en Grecia hasta el final del último período minoico. La puerta de la ciudad de Micenas tiene un alto relieve con unos leones, de tamaño mayor que el natural, que constituye hasta ahora la primera y única escultura prehelénica de este carácter que se conoce. Y todavía en el relieve de los leones de Micenas se halla la columna mística, símbolo de la divinidad cretense. Encima de la puerta de la ciudad los señores de Micenas esculpen este símbolo, pero flanqueado por el león, animal patronímico de Micenas. Sin embargo, en los alrededores de la ciudad de Micenas ya debían de acampar los hombres nórdicos, que con el tiempo acabarían con la cultura prehelénica. Acaso estos peligrosos vecinos eran sólo esclavos o bandas de jornaleros, mas la infiltración de otra raza es evidente al final del período minoico. Mientras los grandes señores que habitan los castillos se hacen enterrar en profundas tumbas con corredor y cámara, otras gentes están conviviendo ya con ellos que tienen distintos ritos funerarios: la cremación y el sepelio en el suelo.



Disco de arcilla con jeroglíficos, encontrado en Festos. Creta.



El Nilo a su paso por Mena.

12 ORIGENES DE EGIPTO

El lector habrá podido apreciar en los precedentes capítulos el desarrollo de una civilización mediterránea. En una región de Europa (la isla de Creta) las razas humanas han pasado del estado salvaje, con útiles de piedra y una vida casi puramente animal, a la cultura organizada que revela la Grecia prehelénica. Hemos escogido esta parte del mundo — de Europa — para estudiar el fenómeno de los orígenes de la civilización porque en ella los datos resultan más abundantes y el progreso es continuado; se ve al hombre avanzar paso a paso desde los primeros tiempos, cuando no tenía aún chozas ni había aprendido a refugiarse en abrigos, hasta aquellos días en que habita ya en los espléndidos palacios de Knosos y Festos y navega por los mares, trafica, funda colonias e inventa artificios de belleza comparables con los de nuestros tiempos.

Pero, debido acaso a que sólo estamos en vías de descifrar las escrituras prehelénicas, el lector tendrá que recordar que nuestro conocimiento de la organización política de las gentes de esta parte de Europa se basaba en puras conjeturas. No podíamos dar un *texto* completo; nuestras referencias eran de poemas posteriores, donde se notaban supervivencias de un pasado muy antiguo. Además, el hombre como individuo, el genio, el héroe, el monarca, el jefe de Estado, no ha aparecido destacado. Minos era un nombre, como Teseo, Dédalo, Ariadna... Esta circunstancia también es debida a la falta



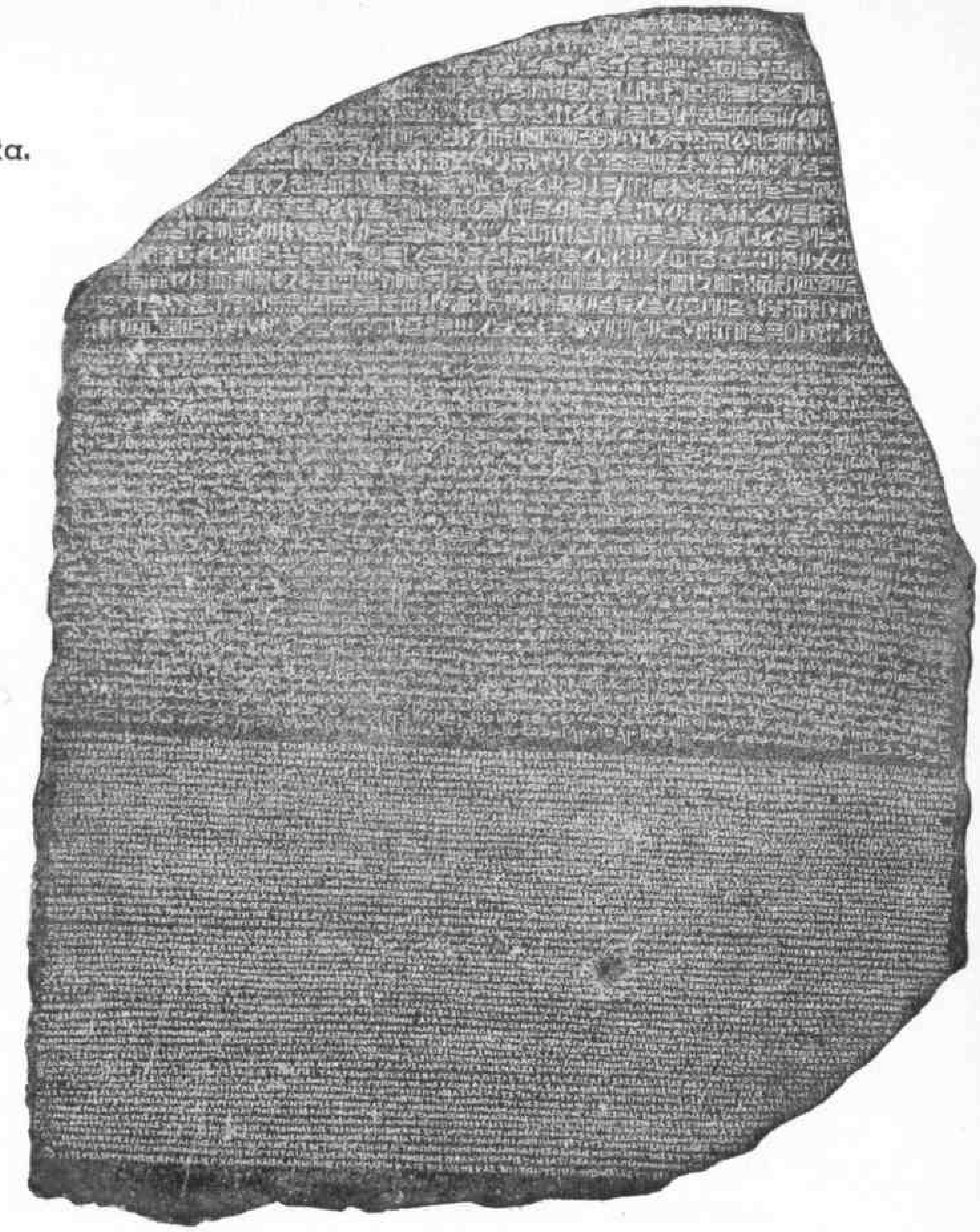
Cuchillo ritual de sílex con mango de marfil, hallado en Djebel-el-Arak.

de textos; ¿quién sabe las sorpresas que nos esperan cuando lleguen a leerse y comprenderse íntegramente los jeroglíficos cretenses?...

Por todas estas causas, pues, el mundo que hemos estudiado hasta ahora es espiritualmente inferior al que vamos a conocer ya desde este capítulo. En Egipto encontraremos reyes que serán personajes vivos; los oficiales de la administración y hasta los simples burgueses nos hablarán con las inscripciones de sus tumbas. No es que en Egipto la humanidad haya aprendido a escribir, sino que somos nosotros los que, hasta llegar a Egipto, no aprendemos a leer. Es posible que en el Occidente de Europa, ya en la época neolítica, los hombres se comunicaran unos con otros por medio de ciertos guijarros pintados, que son todavía un enigma, y es probable que en el Oriente europeo—en Creta precisamente—, los jeroglíficos fueran tan precoces como en Egipto, pero estos últimos pueden entenderse y los otros no; ésta es la grande y trascendental diferencia para nosotros. Una piedra encontrada en 1798 en Rosetta, en el delta del Nilo, sirvió para descifrar los jeroglíficos egipcios. En ella hay grabada una inscripción en honor de Tolomeo V Epífanes, escrita en jeroglíficos, en caracteres demóticos y griegos. Valiéndose de esta inscripción trilingüe, Champollion fijó las bases para un sistema correcto de descifrar las escrituras jeroglíficas.

Vamos a ver primero qué era este país privilegiado, sus orígenes y sus primeros pobladores. También Egipto tuvo un pasado prehistórico; también en el valle del Nilo el hombre primitivo vivió errante, como los modernos australianos, con groseros útiles de piedra, que hoy se encuentran debajo del limo acumulado por las inundaciones. Es difícil calcular la edad de estos restos humanos, porque no sabemos con qué rapidez se formó el terreno sedimentario que los cubre. Hoy el Nilo deja anualmente una capa de medio centímetro de espesor, pero en tiempos remotos debió de tener un clima muy distinto del que tiene ahora. A cada lado del valle del Nilo

La famosa piedra de Rosetta. Museo Británico.



hay *uadis* o torrentes secos con señales de haber sido ríos caudalosos. Hubo bosques con grandes árboles hoy petrificados en lugares donde no ha caído una gota de agua hace millares de años. El desierto que ahora se extiende a cada lado del valle absorbe de tal manera la humedad que se evapora del Nilo, que ya en tiempo de los faraones la lluvia en Egipto era un fenómeno muy raro. No ocurría así en los tiempos prehistóricos; útiles de piedra se han encontrado también en lugares apartadísimos de la corriente del Nilo, donde hoy no podría subsistir un ser humano. Es seguro que Egipto tuvo un clima moderado en el último período glacial. Entonces debió de estar ocupado por bandas errantes de salvajes que manejaban primitivos útiles de piedra. No sabemos a punto fijo si eran todavía mediterráneos o pertenecían ya a una raza africana. A los egipcios posteriores se les llama de raza hamítica, pero este nombre es tan poco preciso, que sólo sirve para aseverar que los habitantes de Egipto no eran semitas, sino de la raza de Ham o Cam, distinta de la de Sem.

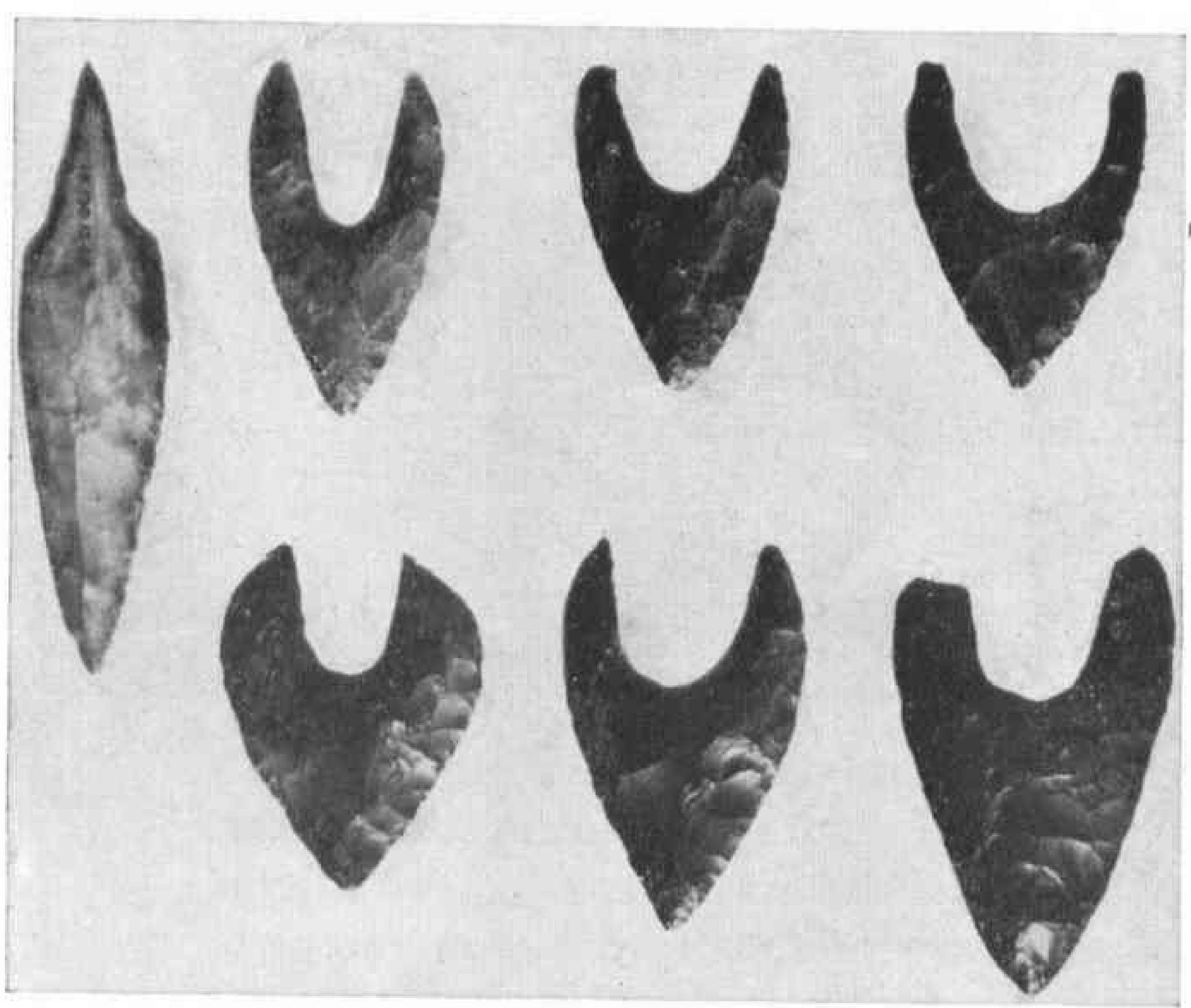


Sepultura predinástica de Egipto con el cadáver doblado en cuclillas.

Se descubre, sin embargo, que los antiguos egipcios eran mezcla de diferentes razas y que había en el delta grandes infiltraciones de semitas y libios mediterráneos, pues en muchas ocasiones estos extranjeros impusieron dinastías que fueron reconocidas como legítimas. Pero la raza más primitiva, que debió de formar la plebe, se ve reaparecer en el *fellah* o campesino egipcio de nuestros días, sin manifestar grandes cambios desde la época predinástica.

Al cesar el enfriamiento terrestre del último período glacial, Egipto debió de entrar en el régimen actual de país sin lluvia, fecundado solamente por la crecida anual del río, que además de humedecer el suelo, fertiliza los campos, dejándoles el abono natural de una capa de limo. Esta inundación periódica, cuya causa desconocían los antiguos egipcios, es debida a que el Nilo durante el verano crece con las lluvias tropicales y con la fusión de las nieves de las montañas del centro de Africa. Cuando la inundación cesa, entre los meses octavo y noveno del año, el *fellah,* para procurarse el agua, tiene que sacarla del río con cubos de cuero y valiéndose de artefactos sumamente primitivos, llamados *shadufs,* anteriores a las norias, que importaron los árabes.

Hacia el quinto milenio antes de Jesucristo, Egipto debió de verse invadido por otra raza superior, probablemente de africanos, en posesión de útiles de piedra pulida y de cerámica. Debían de conocer también los metales, pues en los más antiguos recuerdos de los egipcios se habla de estos invasores como de los *herreros.* Se dice que se hicieron fuertes primeramente en Edfú, en el alto Egipto. Sabiendo que sus enemigos se habían reunido cerca de Tebas, armados de lanzas y provistos de cadenas para los prisioneros, cayeron sobre ellos y consiguieron derrotar a los antiguos aborígenes del valle del Nilo que empleaban sólo armas de sílex.



Puntas de flecha talladas en pedernal correspondientes al Egipto predinástico. Con ellas, una punta de dardo o azagaya, también en pedernal.

Lo más probable es que los *herreros* llegaran a Egipto siguiendo la corriente del Nilo Blanco y después la del Nilo, de Abisinia y aun de más al Sur, de la costa oriental de Africa. Por de pronto su superioridad debió de fundarse en las armas de cobre, metal que no existe en Egipto y se encuentra en el Sudán. Además, hasta en los tiempos faraónicos se conservó la tradición de enviar expediciones a este país del Sur, que llamaban los egipcios el país del Punt, para proveerse de especias y perfumes que eran de uso litúrgico. El viaje en los tiempos históricos al país del Punt se hacía por mar, pero las caravanas traían también por tierra los productos del corazón de Africa, que eran muy apreciados por los egipcios. A los *herreros* invasores hay que atribuir la cerámica pintada prehistórica de Egipto. Sus vasos están hechos a mano, sin torno, pero de pastas finas, y sobre el color pardo de la arcilla se han pintado figuras y dibujos con otro color más obscuro. Los muertos se entierran en la arena, doblado el cuerpo en cuclillas y con su ajuar de cerámica y armas. En los dibujos vemos animales que ya habían desaparecido de Egipto en la época histórica, como el elefante y el okapi, de recios cuernos, y además otros como el avestruz, que nunca vivieron en el valle del Nilo. Esto probaría el origen africano de los invasores, como también las siluetas de montañas, que aparecen dibujadas según triángulos negros.

Así tendríamos, pues, dos razas, los aborígenes y los *herreros,* para explicar la constitución del primitivo Egipto; pero Flinders Petrie hace notar que ya en las más antiguas representaciones de los relieves de



Fragmento de paleta con un relieve de ciudades muradas cobijadas o dominadas por un animal conquistador.

las tumbas aparecen seis tipos de habitantes del valle del Nilo: unos son los hombres de nariz aguileña, probablemente de origen líbico o mediterráneo, que serían los aborígenes; los segundos llevan el cabello rizado y una barbilla plana, como si fueran sirios o asiáticos no semitas; otros tienen la nariz puntiaguda y una trenza de cabello, y visten ropas largas; debían de ser los habitantes de las orillas del mar Rojo; otros, que parecen de corta estatura, habitarían el valle central del Nilo; otros, parecidos a éstos pero con barba ancha y abundante, estaban establecidos en el delta; por fin otros, que deben de ser los invasores africanos, son de una raza mucho más fuerte, de nariz recta, que se ve penetrar en Egipto, primero en el alto valle del Nilo y después en el delta. Esta mezcla y cruzamiento de razas debió de ser favorable para la aparición de un nuevo tipo humano, como ocurre en América, donde al fundirse las diversas razas europeas, se está creando un tipo superior. No se hallan en ningún documento de Egipto restricciones o tabúes que impidan el cruzamiento; a menudo los faraones se casan con extranjeras, y lo mismo harían los simples ciudadanos. El extranjero no encontraba tampoco dificultades para conseguir cargos públicos y vivir de una pensión oficial, como lo prueban hasta la saciedad la historia de José relatada en la Biblia y otros casos que exponen con todo detalle las biografías y epitafios de las tumbas.

La variedad de razas obligó a constituir Egipto en un sistema de veinte provincias o *nomos,* que conservaban cierta autonomía hasta en los tiempos faraónicos, pero que en la época predinástica debían de ser completamente independientes. Estos gobiernos locales fueron la reserva de donde Egipto sacó sus dinastías superiores; cuando una familia de monarcas se agotaba o embrutecía en el poder, o pretendía reformas imposibles, siempre se encontraba dispuesta otra familia, con derechos a la corona, que pasaba a ejercer el poder en lugar del monarca destronado. Esto contribuyó a que fuese evitado el legitimismo intransigente, que en ciertos países puede llegar a alcanzar efectos desastrosos.



Anverso de un vaso del Egipto prefaraónico. Representa el valle del Nilo entre montañas con cabras monteses y avestruces.

Paleta con la derrota del León, vencido por la alianza de los Ibex, el Avestruz, el Ciervo y la Cabra.

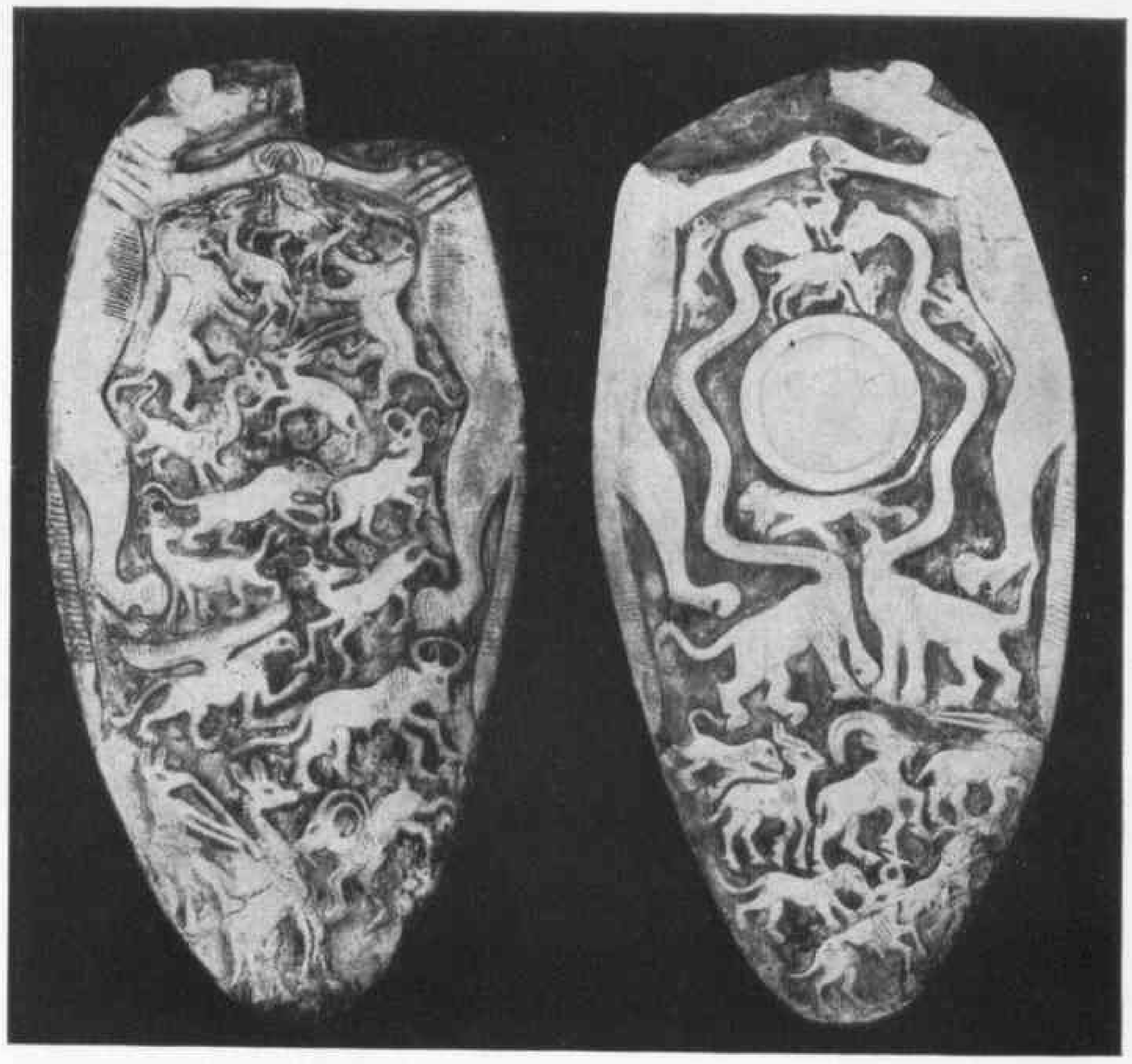


Cada uno de los nomos tenía un animal patronímico, acaso el primitivo *totem* del clan, que después se identificó con uno de los dioses del panteón egipcio. La historia de estos primeros tiempos predinásticos, cuando los nomos eran todavía independientes, la conocemos vagamente por una serie de relieves grabados en pequeñas placas de pizarra, que llamamos *paletas.* La razón de este nombre deriva de suponer que, en un principio, sirvieron verdaderamente de paletas para desleír los colores con que se pintaban el cuerpo los habitantes del valle del Nilo.

Algunas de estas tabletas o paletas muestran relieves en los que, evidentemente, se trata de conmemorar hechos históricos. En una de ellas se ven recuadros con torres que deben de indicar ciudades muradas, capitales representativas de los nomos. Dentro hay un *totem animal* y encima otro que parece dominarlas o poseerlas. En otra paleta vemos al León con los Halcones persiguiendo a unos hombres que van desnudos, de cabello rizado y barbudos. En otra, el León aparece vencido por unos guerreros que llevan grandes arcos. Claro está que la información que nos proporcionan las paletas predinásticas de Egipto resulta muy incoherente y confusa, pero nada parecido hemos hallado en la Europa prehistórica. Algunos animales representados son los mismos que con carácter de animal sagrado vemos en los tiempos históricos. En cambio, otros como jirafas y avestruces nunca existieron en el valle del Nilo.

Para los sacerdotes del Egipto faraónico su historia empezaba con el primer rey de la primera dinastía, que se llamaba Menes o Mena. Muchas tradiciones anteriores a Menes eran mitológicas; según ellas, no reyes, sino dioses, rigieron los destinos del valle del Nilo. Las paletas con relieves nos indican ya que la unificación de las diversas comarcas se verificó con grandes luchas. Probablemente los nomos independientes se juntaron en dos grupos, dos alianzas o confederaciones, una en el Alto Egipto, o sea la parte sur del valle hasta la primera catarata, y otra en el Bajo Egipto, en el delta. Los monarcas del Alto Egipto se distinguieron por llevar una especie de tiara alta; la corona del Bajo Egipto fue más bien un bonete circular. Al unirse los dos reinos los faraones ciñéronse las dos coronas, una dentro de la otra.

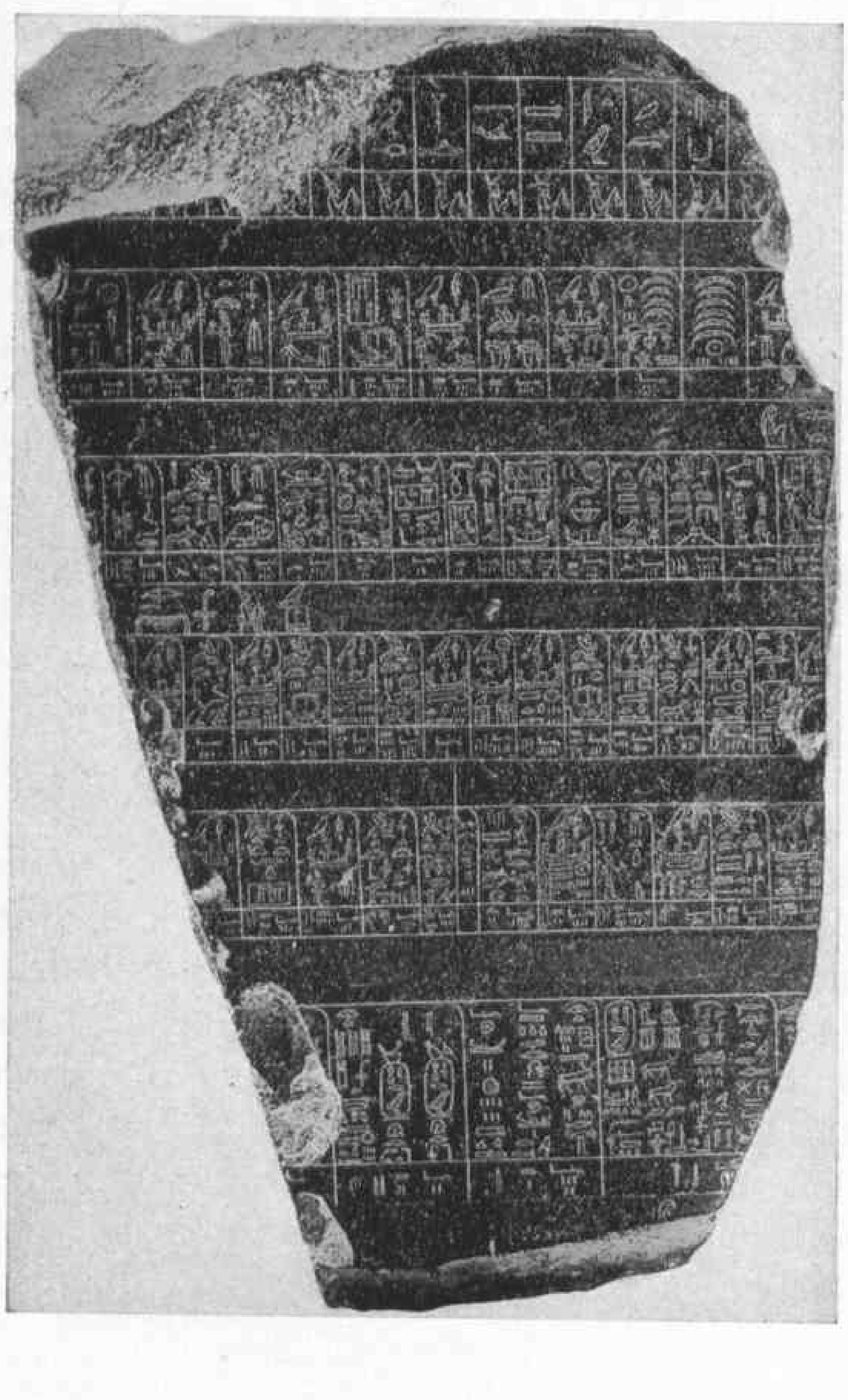
Por lo tanto, después de una primera unificación que momentáneamente produjo



Anverso y reverso de una paleta de pizarra prefaraónica, con jirafas, chacales y helechos gigantes del Africa ecuatorial. Louvre.

la invasión de los *herreros* o guerreros metalúrgicos, Egipto se subdividió otra vez hasta que un primer faraón, Menes, reunió las *dos tierras:* el Alto y el Bajo Egipto. Y al llegar aquí creemos necesario decir algo acerca de las fuentes literarias de la historia de Egipto y su cronología. Hasta ahora nos hemos valido de objetos: armas y paletas con relieves, que no tenían jeroglíficos o inscripciones, porque ya hemos insinuado que los recuerdos y archivos de los templos en el período faraónico no pasan más allá de Menes. Pero al llegar al primero de los faraones documentados empezamos a tener otra fuente de información: primero, los relieves en los muros de los templos con sus inscripciones; segundo, los escritos en papiros o en piedras, y tercero, la compilación de un sacerdote egipcio llamado Manetón, que redactó en griego la *Historia Egipciaca,* por encargo de Tolomeo I, a principios del siglo III antes de Jesucristo. Estas son las fuentes y parece que con ellas deberíamos tener amplia información, pero desgraciadamente suscítanse las siguientes dificultades. Primera: Las inscripciones de los templos son posteriores a las primeras dinastías y no se corresponden entre sí; además, son cronologías redactadas por encargo de un monarca, que tiene empeño a veces en disimular o exagerar ciertos hechos de sus antepasados. Segunda: Los papiros han llegado enormemente mutilados. El más precioso documento histórico de Egipto, el llamado *papiro de Turín,* con la lista de las dinastías, está roto en ciento sesenta y dos fragmentos, cuya reconstrucción es un acertijo desesperante para los egiptólogos. La piedra de Palermo, con la serie de monarcas de las primeras dinastías, es sólo un insignificante fragmento que po-

Piedra de Palermo con los anales de las primeras dinastías egipcias.





Anverso y reverso de la paleta de Narmer (a veces confundido con Menes). En el anverso, el rey mata con un mazazo al enemigo barbudo y crinoso. Detrás, en tamaño menor, su escudero portasandalias. El totem Halcón-Horus cuenta los vencidos. En el reverso, el rey regresa triunfal, precedido de los aliados que llevan estandartes con sus totems. Le sigue el portasandalias. En el suelo, los cuerpos decapitados de los contrarios. Todavía aparecen las jirafas, pero ya retenidas con lazo. Museo de El Cairo.

ne de relieve la importancia de lo que se ha perdido. Tercera: Manetón era un sacerdote del templo de Sebenitos, en el delta, que conocía bien la historia de Egipto y debió de escribir un libro lleno de erudición y exactitud; pero este libro ha desaparecido y sólo lo conocemos por extractos de escritores cristianos que no concuerdan entre sí, porque todos pretenden armonizar la cronología de Manetón con la de la Biblia y para lograrlo refundieron las dinastías con objeto de conseguir un número de años igual al que, según ellos, señalaba la Biblia para la creación del mundo, procedimiento que les indujo a error.

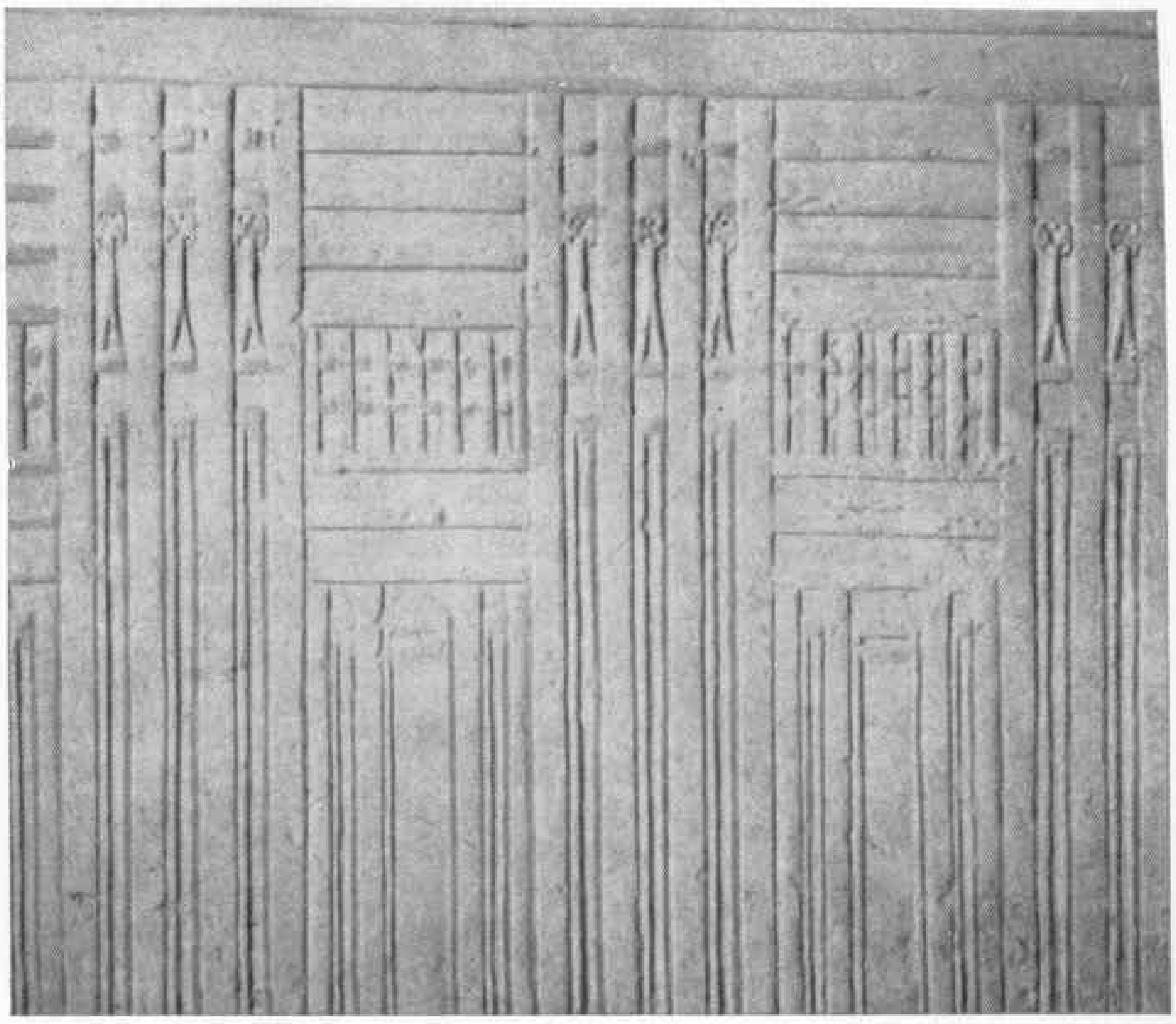
Este es el pro y el contra de la egiptología. Hay material abundante, aunque ya hemos dicho que es fragmentario y se contradice en la parte que toca a las primeras dinastías. Al llegar a la decimoctava ya no hay dificultades; empieza la XVIII dinastía el año 1580 antes de Jesucristo, y desde esta fecha, reinado por reinado, año por año, sabemos lo que ocurre en Egipto. Mas para las diecisiete dinastías anteriores, los historiadores están en desacuerdo. Por ser importante, y al mismo tiempo curiosísimo, vamos a tratar de iniciar al lector en los esfuerzos que se han hecho para resolver este problema. En primer lugar, recuérdese que por Manetón y otros documentos tenemos listas de los faraones desde Mena o Menes, con los años que duró su reinado; sin embargo, cabría la posibilidad de que algunas dinastías fuesen contemporáneas, por haberse dividido Egipto en dos monarquías durante cierto tiempo. En cambio, en las listas conservadas en los archivos de los templos que registró Manetón se excluirían probablemente las dinastías de los invasores extranjeros. Por fortuna, la cronología de Egipto puede aclararse con ayuda de su calendario.

Los egipcios contaban el año como de 365 días, cuando en realidad tiene 365 y 6 horas, y por esta razón añadimos nosotros cada cuatro años un día al mes de febrero. Esta pérdida anual de un cuarto de día hizo cambiar con el tiempo las estaciones y hasta los meses, porque los egipcios dividían el año exactamente en doce meses. Así es que, por ejemplo, el mes en que las aguas del Nilo se retiraban, que es el nuestro de diciembre, según una inscripción era el tercer mes cuando un tal Uni, servidor del rey Meruere, de la sexta dinastía, fue a buscar piedras para la pirámide del faraón. Según otra inscripción del año 2050 antes de Jesucristo, la cosecha del cáñamo, que ahora se hace en Egipto el mes de abril, fue aquel año en el mes undécimo. Por datos de esta clase, como quiera que cada año los meses se retrasaban un cuarto de día, sabemos que se necesitan exactamente mil cuatrocientos sesenta años para que vuelvan a coincidir las estaciones día por

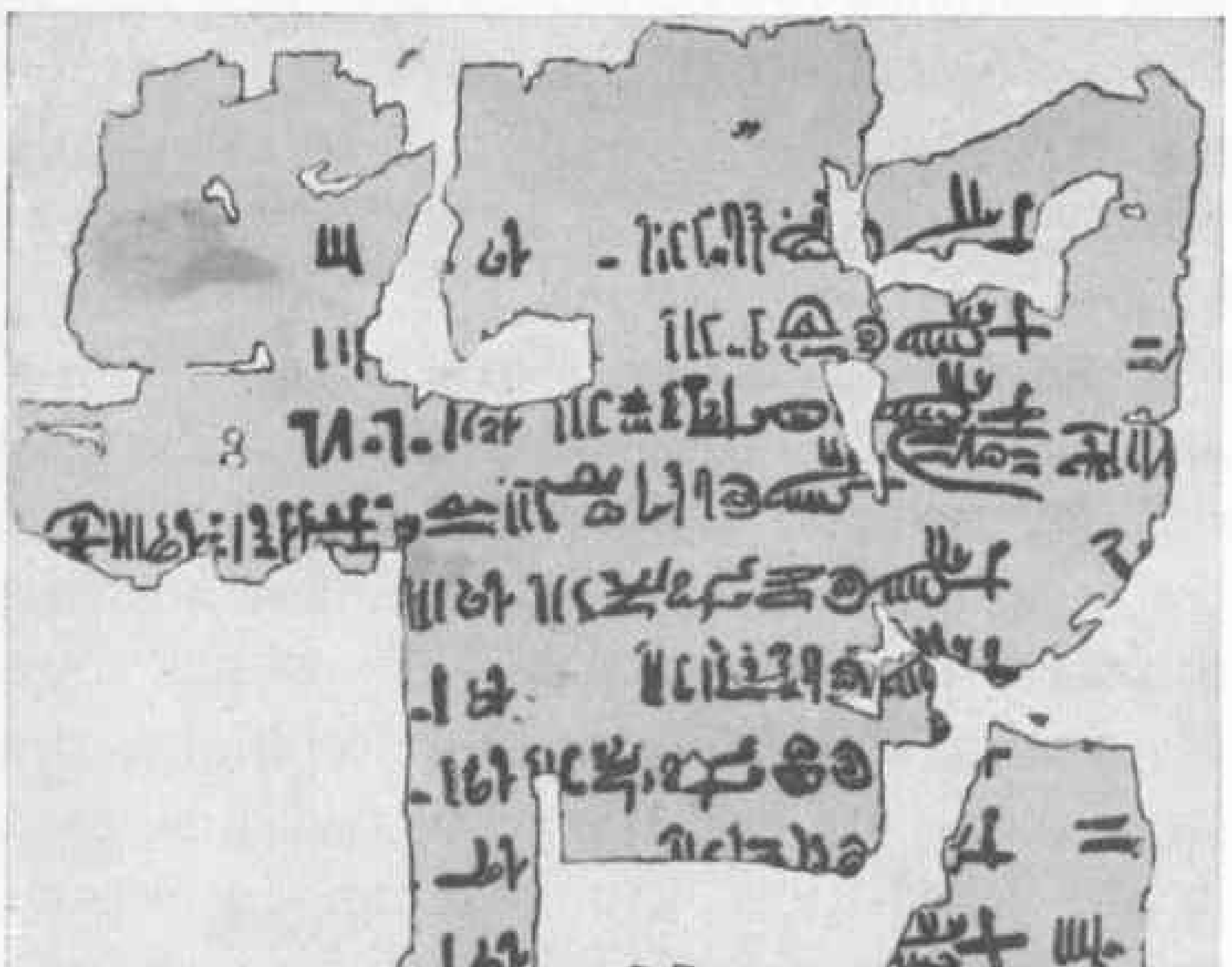
día; esto es, para perder 365 días se necesitan 1.460 años.

Hasta hace poco, los egiptólogos habían establecido dos sistemas para la cronología del Egipto. Ambos están de acuerdo en que la dinastía XVIII empieza el año 1580 antes de Jesucristo, pero según el sistema alemán, propuesto por Meyer, la primera dinastía empezaría el 4050 y la duodécima acabaría el 1786. La cronología propuesta por Flinders Petrie, el gran egiptólogo inglés, variaba sólo (¡como quien no dice nada!) de un ciclo de 1460 años. El primer faraón, según Petrie, reinaría 5510 años antes de Jesucristo, y la duodécima dinastía acabaría el 3246. Pero el inglés Arturo Evans, al fundar su cronología de las tres culturas minoicas de Knosos, se declaró partidario del sistema Meyer. Actualmente Petrie, a regañadientes, se considera vencido. Su defensa se basaba en que, tomando como final de la XII dinastía el año 1786, no quedan más que doscientos seis años entre la XIII y la XVIII, lo cual parece absurdo, a menos que fuesen contemporáneas varias dinastías. Y así debió de ser.

Menes realizó, pues, la unificación de



Fachada del palacio Muro Blanco de Menfis representada en el sarcófago de un faraón de las primeras dinastías.



Fragmento del papiro de Turín, con escritura demótica o cursiva.

Egipto hacia el final del quinto milenio antes de J. C. Morgan encontró la tumba de este faraón en Negadah, un edificio rectangular con estrías exteriores y dividido en cámaras. Entre los restos del ajuar funerario había un relieve de ebonita con jeroglíficos primitivos, en el que se leía la sílaba *men*. Así vemos que con la primera dinastía aparecen ya los jeroglíficos y en la tumba de una de sus reinas encontró Petrie brazaletes de oro. Vasos de piedra y objetos de marfil se fueron hallando también. El Estado se iba organizando civilmente. En las tabletas mortuorias encontramos el nombre de los siguientes funcionarios: chambelán, regulador de la inundación, copero o encargado de las bodegas, arquitecto real, archivero y maestro de ceremonias; perfumero real y zapatero, el que hace las sandalias. Menes y sus inmediatos sucesores son, pues, los fundadores de un Egipto ya monárquico. Por el protocolo, no hay demasiada diferencia entre uno de los primeros monarcas de Egipto

y Luis XIV de Francia o Fernando VII de España. La diferencia no está más que en la satisfacción o disgusto de sus súbditos, no en el criterio gubernamental del Estado que tienen los dinastas de Egipto, 4000 años antes de Jesucristo, o las testas coronadas de la Europa absolutista. Sin embargo, si el absolutismo sería hoy un anacronismo, fue sin duda favorable para el progreso humano pasar del régimen de los *clanes* independientes del Egipto prehistórico al estado centralizado, regido por un solo faraón.

Durante la primera dinastía, los hombres de las diferentes razas que poblaron Egipto dieron un gran paso, perfeccionando el sistema de escritura. Los jeroglíficos del período predinástico podrían calificarse de embrionarios, simples tentativas de escritura, con pictografías; las ideas y cosas se representan con figuras de los mismos objetos. Esta manera primitiva se mantuvo durante las dos primeras dinastías. Así, vemos a Menes en su paleta acompañado de un pez que significa su nombre personal y en la estela o piedra que iba sobre la tumba del faraón Uto hay la serpiente. que es lo que significa la palabra egipcia *Uto*.



El Halcón Horus con la corona-bonete del Bajo Egipto empenachada. Museo de El Cairo.



Retrato de un faraón de la primera dinastía con la corona-cofia del Bajo Egipto. University College. Londres.

Poco a poco las pictografías se estilizan, abrevian, y simultáneamente se precisan sus significados con signos silábicos. Otras veces se entienden por su valor metafórico: columna por fuerza, lengua por mandato.

Además, un mismo nombre o palabra que sería suficiente se acompaña con una pareja de jeroglíficos, que suenan lo mismo, compuesta de dos silábicos, y para más seguridad se añade un tercero metafórico. Esta simultaneidad de escritura complica la lectura, pero confirma la interpretación.

Los faraones de las tres primeras dinas-

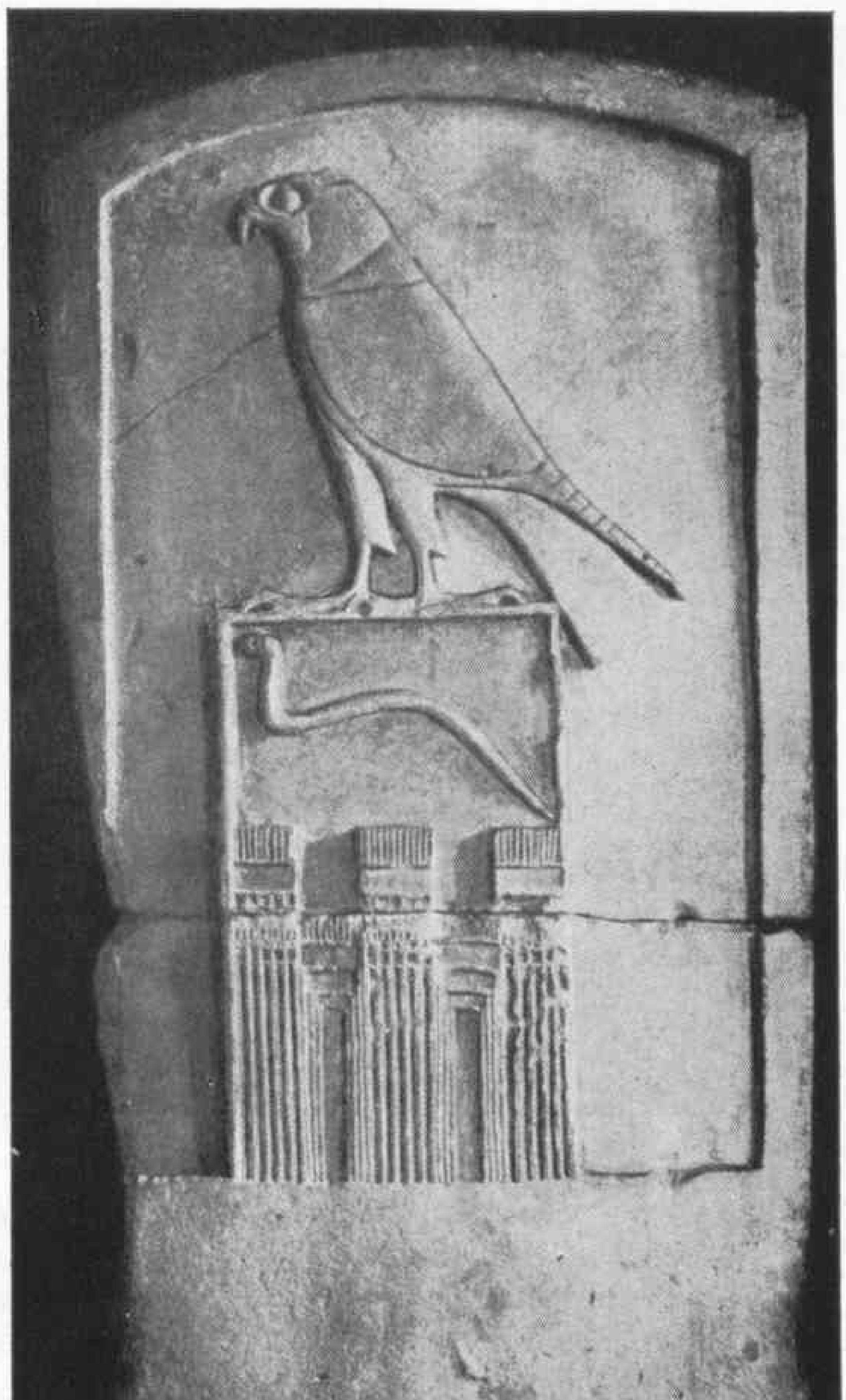


Retrato en marfil del llamado Faraón cansado, de la primera dinastía, con la corona-tiara del Alto Egipto.

tías, fundadores del Egipto tal como con pocas diferencias quedó hasta la época romana, se cree que procedían del Alto Egipto, de un lugar, Edfú, donde se veneraba un dios totémico en forma de Halcón. Es el pájaro maravilloso que se cierne en el gran cielo azul del desierto a cada lado del Nilo. Su divinización, en aquel lugar, no sorprende, y ya veremos que fue adoptado como un dios tutelar también en el delta, pero allí tuvo que explicarse su nacimiento con un episodio del mito de Osiris.

Horus el Halcón quedó como el protector, el animal patronímico y tutelar de los faraones. Hasta cuando otras divinidades suplantaron a Horus como dios principal, los faraones, además del nombre apellido compuesto de varios jeroglíficos, se firmaban con un segundo «nombre de Horus». Esto consolidaba la unidad del Estado. Los faraones llevaban simultáneamente las dos coronas, la tiara alta del Alto Egipto y la cofiabonete del Bajo Egipto.

La residencia del monarca fue en Buto, en el Bajo Egipto, país más fértil y con posibilidades de comercio, por su acceso al mar. La ciudad santa, porque tenía el templo de Ptah, fue Menfis. El palacio para la administración se llamaba el Muro Blanco. El faraón hacía su aparición en el Muro Blanco al coronarse y después cada treinta



Estela funeraria del faraón Uto, rey Serpiente, cuya pictografía, el reptil, se ve sobre la fachada del palacio real de Menfis. El cuadro jeroglífico, cobijado por Horus, el Halcón. Louvre.

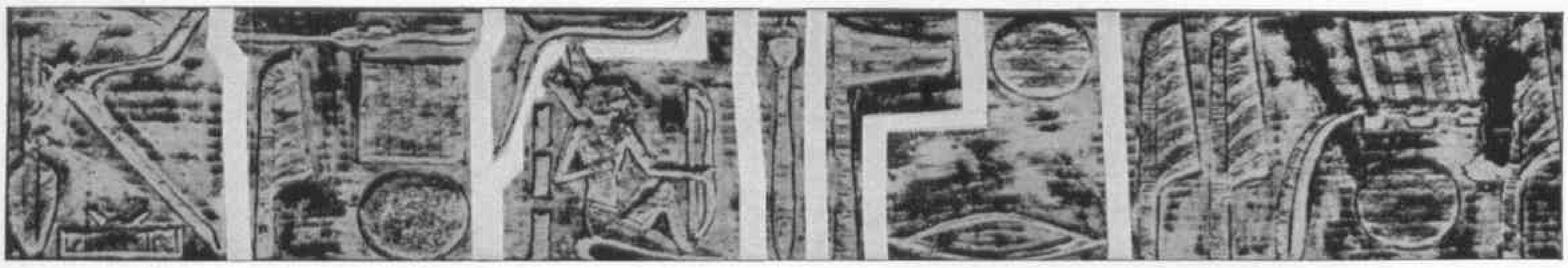
años, amortajado. Aquel día comenzaba el mismo faraón otro reinado, pero con distinto nombre. Estas ceremonias de ritos de coronación representaban una tradición histórica.

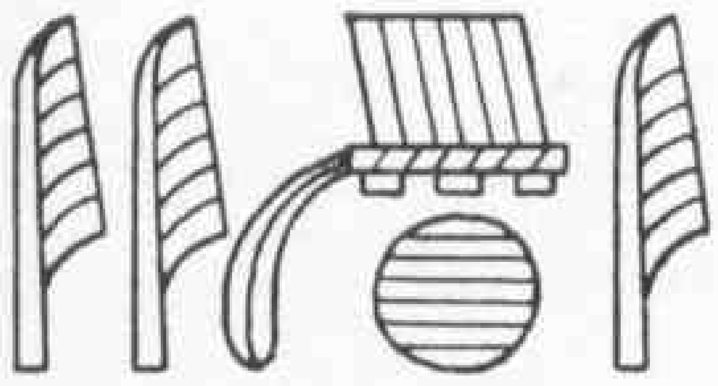
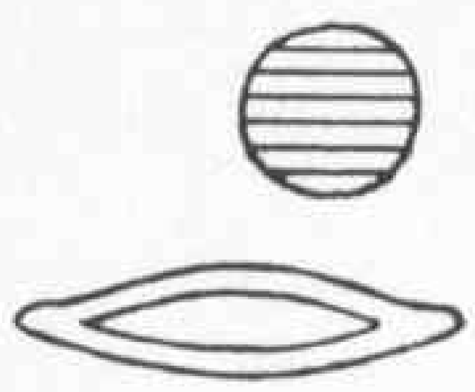
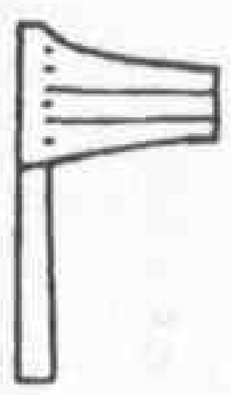
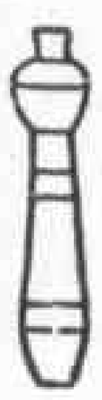
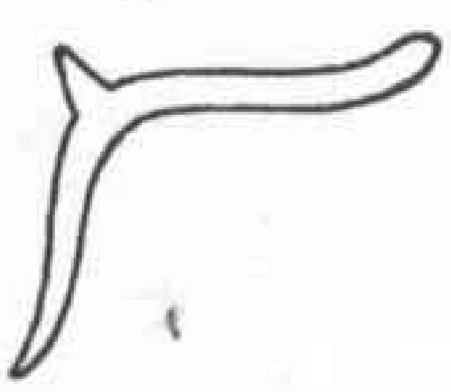
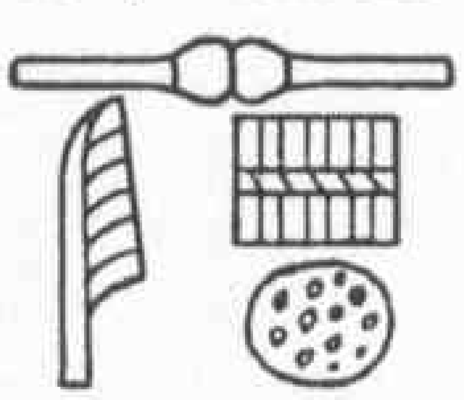
Durante las primeras dinastías, que duraron probablemente algo así como unos quinientos años, se ahogaron las rebeldías de los vasallos y desapareció la antigua organización feudal de los señoríos prehistóricos. El faraón gobierna solo, valiéndose de un visir o canciller. Se establece un censo para registrar «el oro y los campos», esto es, la fortuna y la propiedad. Se crea el Estado con los elementos que perduran todavía. Es ciertamente mucho más de lo que podamos figurarnos lo que en realidad debemos a Egipto, y precisamente al de las primeras dinastías, al de los faraones cobijados por Horus el Halcón.

El arte avanza también, creándose esculturas, retratos que son ya de gran belleza. Pero son raros, porque el Bajo Egipto, donde está establecida la corte, carece de piedras y las que se emplean para tallas han de importarse del Alto Egipto. La misma escasez de materiales retrasa el desarrollo de la arquitectura. El Muro Blanco o Palacio Real de Menfis estaba construido por postes de palma y cañas mantenidos con cuerdas de fibra de papiro. Por esta razón, mientras a partir de la tercera dinastía los faraones y magnates construyen tumbas y hasta templos de piedra, no nos queda un solo monumento de piedra de la época de las dos primeras dinastías. Los sepulcros de los farones que se excavaron en Abydos, junto a Thinis, en el Alto Egipto, son construcciones subterráneas de ladrillo cocido al sol. No se descubre en ellas ningún



Relieve representando, de tamaño doble que el natural, al faraón Zemesketi, de la primera dinastía, en las minas de cobre y turquesas del Sinaí. El monarca está figurado tres veces: una rematando a un beduino con la maza; en otra lleva la corona-bonete rojo del Bajo Egipto; en la tercera, otra vez con la tiara blanca, corona del Alto Egipto. Su nombre, en jeroglíficos primitivos, en el centro de un cuadro protegido por el Halcón.



LECTURA (de derecha a izquierda)	EQUIVALENCIA DE LOS SIGNOS	SONIDO	SIGNIFICADO
	Una hoja de caña: *i*. Tela plegada: *imakh*. Una criba: *kh*. Dos hojas de caña: *ii=y*. I-IMAKH-KH-Y	*makhy*	honrado
	Una criba: *kh*. Una boca: *ra*. KH-RA	*kher*	en presencia del
	La bandera en su asta delante del templo significa dios. NETHER	*nether*	dios
	Una columna significa fuerza. OA	*oa*	grande
	La lengua significa orden o mando. IMY-RA	*imy-ra*	el que manda
	Un soldado con varias barras significa ejército. MESHA	*mesha*	ejército
	Un cerrojo: *s*. Una estera: *p*. Una criba con grano: *sep*. Una hoja de caña: *i*. S-P-SEP-I	*sepi*	Sepi
	Una guadaña: *ma*. Medida justa: *mao*. Un remo significa la palabra hablada: *kheru*. Un rollo de papiro significa la palabra escrita: *kheru*. MA-MAO-KHERU-KHERU	*mao-kheru*	justa voz (encontrado recto) R. I. P.

Ejemplo de escritura jeroglífica egipcia.

Epitafio en el ataúd del general Sepi: «El honrado en presencia del gran dios; el que manda el ejército, Sepi, que descanse en paz.»

Obsérvese que a veces los signos son puras pictografías, como el *soldado* con varias barras detrás (plural) para representar ejército. Otras veces los signos tienen un valor metafórico, como *lengua*, por orden, mandato, el que manda; *columna*, por soporte, fuerza, grandeza; *bandera*, por dios. Pero en otros casos el sonido es casi silábico, formado por la combinación de varios valores, y muchas veces reforzado con otros signos que repiten el mismo sonido para que no quede lugar a duda. Por ejemplo, *i-imakh-y* podría escribirse con sólo el signo *imakh* e *ii*. Asimismo *ma-mao-kheru-kheru* podría entenderse con *mao* y *kheru*.

esfuerzo de arte suntuario. La industria, en cambio, se ve progresar; se han hallado restos de joyas de oro y turquesas que denotan la excelencia del arte del joyero en las primeras dinastías.

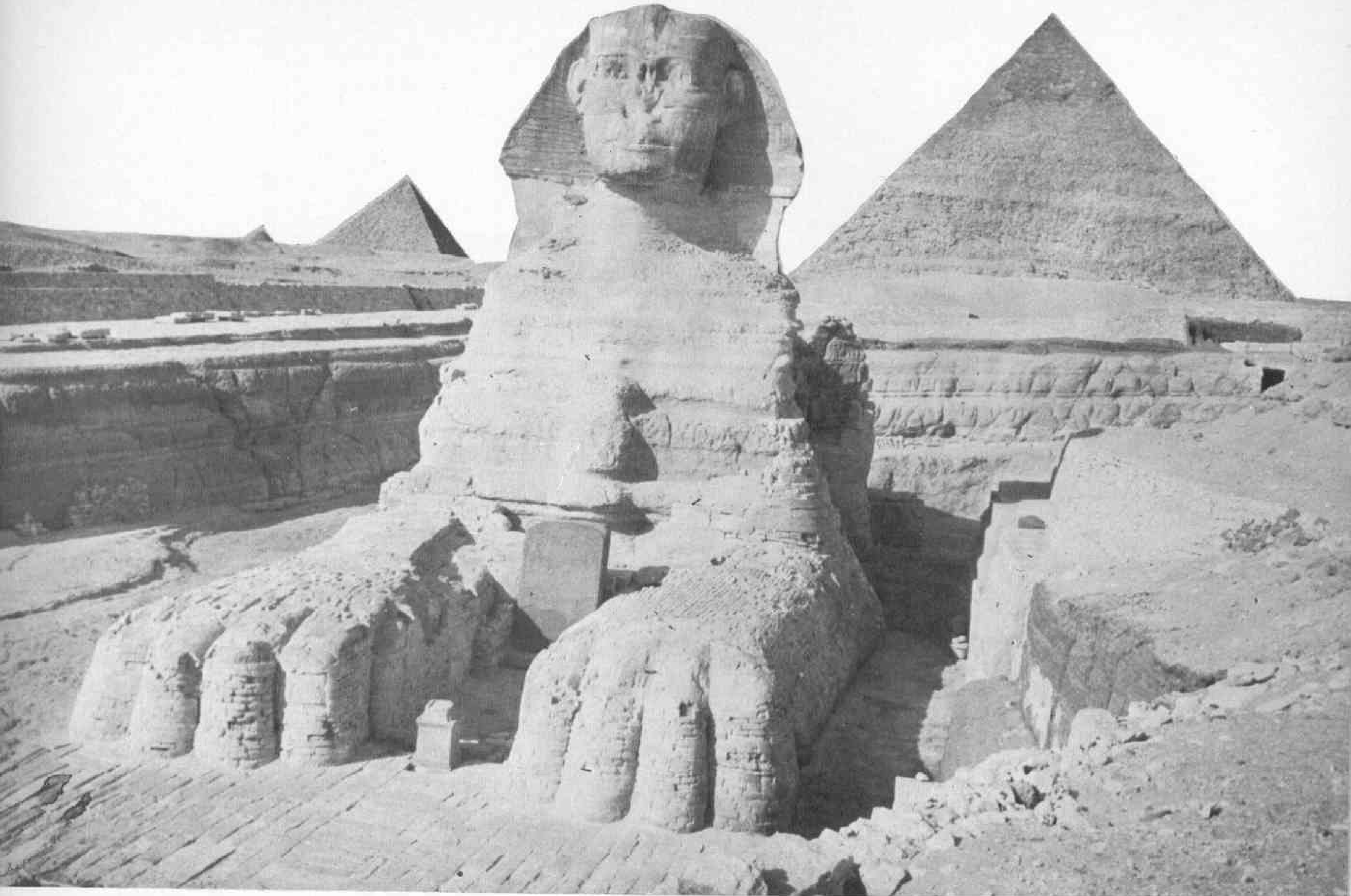
Ya en las dos primeras dinastías la centralización del gobierno permitió empresas coloniales. Hay inscripciones que recuerdan viajes para ir a la Nubia a recoger el oro que sus habitantes habían beneficiado de las arenas del Nilo y sus afluentes.

Otras conmemoran expediciones militares para castigar a los beduinos del Sinaí, a los que se había impuesto un tributo de turquesas y cobre. El faraón iba allí en persona con un pequeño ejército y se gloriaba de su dominación en aquel lugar apartado.

Desde las ciudades de la costa, con barcas de cabotaje se iba a Fenicia llevando grano para cambiar por vigas de cedro del Líbano. Ya en esta época, los cretenses llegarían con sus buques de alta mar a la isla del Faro.

Muchacha egipcia tocando el arpa. Madera pintada. Museo Británico.

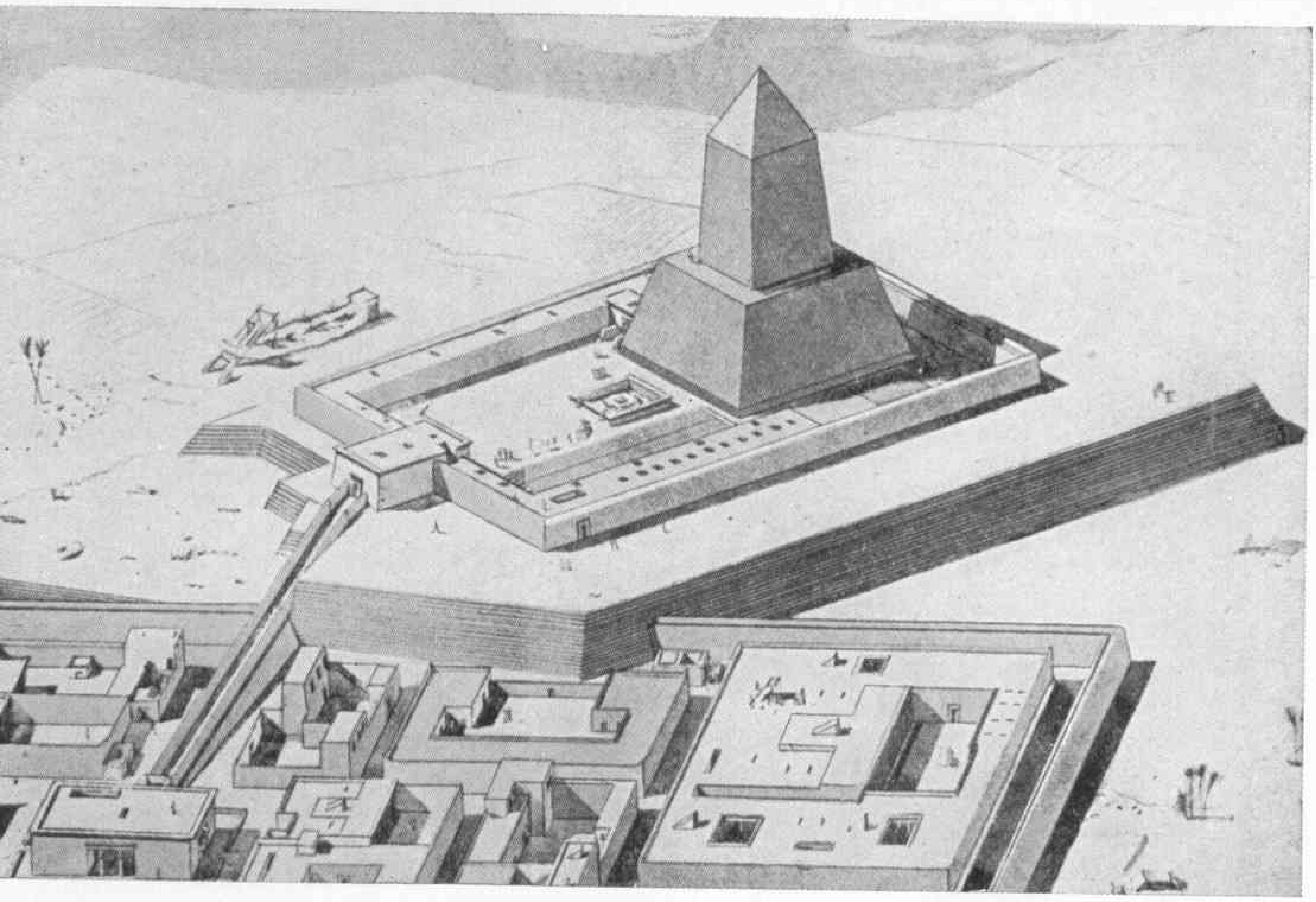




Esfinge con el retrato de Kaf-Ra, en el cementerio real de Gizeh.

13 CONCEPTOS PREHISTORICOS DE RA Y EL MITO DE OSIRIS

HEMOS explicado como el Egipto, durante las tres primeras dinastías, se organizó en monarquía unificada por los faraones que se llamaban hijos de Horus, el Halcón. Este era el animal tutelar del Alto Egipto, con sus áridos desiertos a cada lado del valle. De allí partieron los monarcas unificadores y allí querían ser enterrados desde Menes y sus sucesores. Pero aun conservando el respeto debido al lugar de Edfú, que es de donde procedían, establecieron la capital del Estado de ambos Egiptos en el delta, donde está hoy El Cairo, y se intensificó allí un centro cultural y religioso, Menfis, por la vecindad de la corte. En Menfis existiría desde la época prefaraónica un templo dedicado a Ptah, que después, al organizarse el Panteón egipcio con todos los dioses locales, quedó transformado en carpintero divino. Más que para cura de almas, los sacerdotes de Ptah servían de arquitectos y tuvieron fórmulas y maneras de replantear que fueron utilizadas por los faraones de las primeras dinastías.



Reconstrucción del santuario de Ra en Abusir, filial del de On-Heliópolis.

Junto a Menfis había otro santuario más venerable y más importante para la humanidad, el que los egipcios llamaban On y los griegos Heliópolis, ciudad del Sol, nombre con el que se conoce el lugar todavía. Allí se ha edificado el archilujoso y moderno *Shepards Hotel,* que ha impedido las excavaciones, manteniéndonos en una casi completa ignorancia sobre la disposición general del santuario. Una misión italiana hizo catas años atrás en Heliópolis, obteniendo sólo algunas esculturas poco explicativas y la seguridad de que el santuario de On-Heliópolis era un recinto circular a cielo abierto. Si había en él edículos o capillas no se pudo precisar.

La importancia de On, sobre todo para la historia del pensamiento, estriba no sólo en ser antiquísimo centro religioso, sino también en su carácter más filosófico y místico que moral. En On debieron de sincretizarse los esfuerzos prehistóricos más arriesgados para explicarse la existencia del cosmos natural por sistemas racionales, casi científicos. Sorprende que en el Egipto predinástico — pues que On existía ya antes de la unificación del Egipto — se pensara en tales problemas y de una manera tan aceptable en nuestros días. El genio divinizado de On-Heliópolis era Ra, que se identificó con el Sol, la luz, fuente de vida y conocimiento.

Pero mientras de otros dioses tenemos infinidad de representaciones en escultura, ni de Ptah, el dios arquitecto de Menfis, ni del dios Ra, de Heliópolis, tenemos ninguna imagen o efigie; no podemos precisar su iconografía, en el caso de que los egipcios llegaran a concretarla. Es muy posible que se dieran cuenta de que Ptah y Ra no eran entes con personalidad material y que ni para Ptah hacían falta atributos ni para Ra simulacro compatible con su esencia; sólo se asociaba al concepto de Ra el León, pues con sus melenas resulta ser casi una imagen del astro solar.

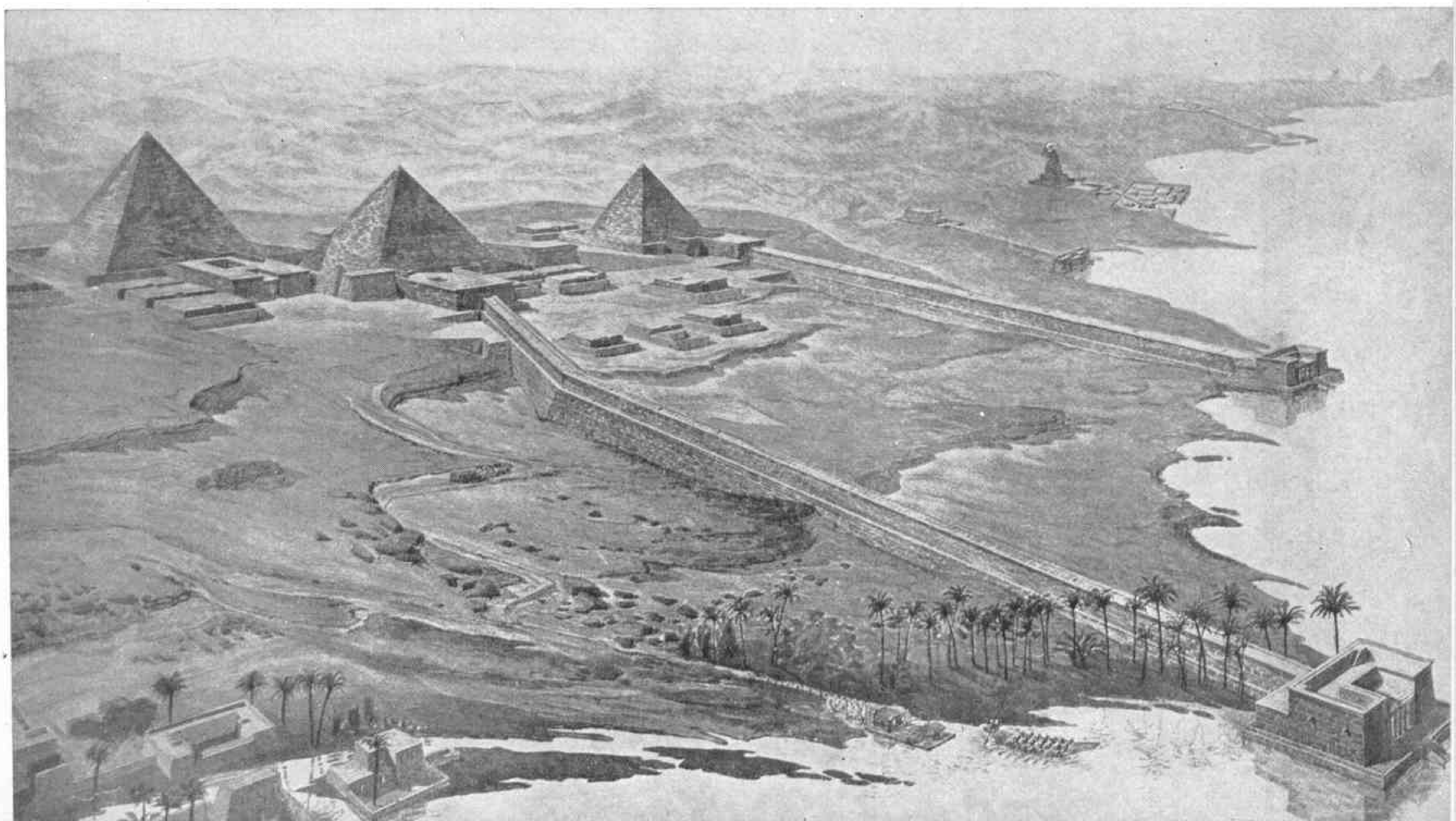
La ignorancia en que estábamos de la disposición del santuario central de Helió-

León que representa al Sol, concepto de Ra. El Cairo.



polis quedó mitigada por haberse descubierto una especie de filial en Abusir. Allí, los alemanes excavaron un santuario cuya disposición concuerda con lo que sabemos por los escritos, aunque tardíos, del centro del culto a Ra en On-Heliópolis. El lugar santo de Abusir era un recinto amurallado con una sola entrada. El de On-Heliópolis era circular. El de Abusir era como un gran patio rectangular con un obelisco chaparro a uno de los lados. Según referencias era el símbolo del Universo. Todo, al fin, puede reducirse a una figura geométrica; cada cosa puede definirse con una forma esencial sin detalles, y el mundo entero imaginarse concentrado en la más simple masa, que es el obelisco. Desde la punta piramidal, el Sol derrama sus rayos angularmente sobre el tronco prismático, que es el resto de lo creado. El obelisco contiene el Todo, en idea, desde el astro solar hasta el suelo. Los sacerdotes de On podían concebir cada cosa como formulada por mera geometría o con una ecuación. Y lo que se puede concebir plenamente es porque está ya creado en el intelecto; por consiguiente, la creación es resultado de un sistema de formas, números o acordes musicales.

Reconstrucción de las pirámides de Abusir, de los faraones de la V dinastía adictos a Ra.



Sabemos que, además del obelisco, había en On-Heliópolis un árbol sagrado, único en Egipto, el árbol de la Persea. Tenía hojas como lenguas y frutos como peras o corazones. Eran símbolo de la palabra y el pensamiento. Ha habido y hay escuelas místicas, sobre todo en Asia, para las que la palabra perfecta es la definición de cada cosa; así se explicaría que por la emisión de cada palabra justa se crearan las cosas mismas. «Al principio, según el evangelio de San Juan, era el Logos, la Palabra.» Durante la Edad Media hubo multitud de cábalas, judías y cristianas, que creían en la herejía de la no necesidad de un dios creador y que bastaba a los iniciados la palabra para definir y producir la cosa real.

Los faraones hijos de Horus hicieron compatible el respeto al Halcón con la veneración de Ra, el León y símbolo solar...

Relieve en Karnak, Tebas, representando el acto de colgar Seti I su nombre Ra en el árbol de la Persea en On-Heliópolis. Thot lo escribe también entre las ramas.



Más tarde, los faraones ramésidas iban a Heliópolis a recibir una especie de bautismo de Ra con un nombre de Ra, que hacían esmaltar en una joya y la pendían del árbol de la Persea, consagrándose así hijos de Ra, además de hijos de Horus.

Así tenemos ya dos maneras de formular el sistema del mundo sin preocuparse de la creación: el geométrico, de la forma esencial, diríamos hoy cubista, y el oral, evocador por la palabra con poder creador.

Como era de esperar, no se reducían a estos dos sistemas las tentativas de explicar el universo de los sacerdotes de On-Heliópolis. Heródoto, que visitó el santuario, vio el lugar donde se guardaba el ave Fénix, que muere cada quinientos años y renace de sus cenizas. Con esta fábula se explicaba la creación como un fenómeno biológico; todo lo que existe procede de otro de su mismo género y no hay que atormentarse para descubrir su principio de la nada.

La triple explicación del origen de cada cosa por lo que hoy llamaríamos magia de la definición por forma, por palabra o por generación espontánea, parecerá demasiado moderna, fabulosa e inútil si no se tiene en cuenta que de estos conceptos cosmológicos de los sacerdotes de Heliópolis participaron los griegos y que de ellos recibimos todavía nosotros beneficios. Consta que Tales, Pitágoras, Platón, Solón y Heródoto fueron a Egipto y no podían dejar de visitar a On, con ambición de aprender la ciencia esotérica concentrada en Heliópolis. Pitágoras debió de aprender allí que la música es geometría, y hasta en nuestros días Wagner pretendió definir personajes y sentimientos con *leit-motiv* o fórmulas musicales. Ya hemos mencionado la cábala, y todavía hay en París adeptos a las extravagancias cabalísticas. Por último, la solución biológica la descubrimos hoy en el *élan vital* de Bergson.

Lo único extraño de las soluciones propuestas en Heliópolis es la época en que se promulgaron y que hubiera faraones y cortesanos que las aceptaran, desahuciando los mitos bárbaros prehistóricos de dioses locales con sus bestias favoritas y sus ritos

Momia de Thent-Mut-En-Gebtin.
Museo Británico.



complicados. En Heliópolis la adoración sería intelectual y anicónica, o sea sin imágenes.

Mientras en On-Heliópolis se pensaba y se vivía según la regla de Ra, se iba concretando en el delta el mito de Osiris. Este dios forma el más destacado contraste con Ra; su mito parecerá una novela, como los tres sistemas del mundo parecen artículos de un tratado de Ontología. Pero el mito de Osiris, tan romántico, es complementario del tan intelectual de Ra. En Heliópolis sólo se intentaba explicar el origen de las cosas, no se tenían soluciones para la muerte y la vida futura. Estas las proporcionaba Osiris.

Tal como lo describiremos es una de las varias tradiciones que impuso la devoción; hubo otras leyendas del nacimiento y actuación de Osiris. Así ocurre en todas las historias sagradas de un fundador divino. Por ejemplo, a Buda, cuya vida está perfectamente documentada, se le hace nacer de una elefanta blanca fecundada por Brahma en la cumbre del Himalaya. Osiris y sus hermanos no necesitaban tanto. He aquí el relato más razonable.

En la época prehistórica, hacia el año 6000 antes de Jesucristo, el delta estaba dividido en dos reinos separados por el Nilo; uno era árido y se llamaba reino del Junco y otro, más fértil, era el reino de la Abeja. Estaban gobernados por dos hermanos: Osiris y Set; sus consortes eran también hermanas: Isis y Nefer. Set, rey del Junco, estaba celoso de Osiris, rey de la Abeja, que inventaba y divulgaba, generosamente, los principios de la agricultura. Set, rencoroso por su inferioridad moral, invitó a Osiris y a su esposa Isis a un banquete. Después, con la excusa de ver quién era capaz de entrar en una caja-ataúd, hizo que Osiris se echara dentro y cerrando la tapa, a traición, lanzó el ataúd al Nilo.

La caja con Osiris, muerto ahogado, fue llevada por las olas a la playa de Fenicia, al pie del Líbano, y allí, en el lugar de Biblos, quedó depositada en una mata de tamarisco. Isis corrió en busca de su esposo, hasta encontrarlo en Biblos, lo resucitó con conjuros mágicos y ambos regresaron al delta. Osiris perdonó a Set, y éste, para celebrar la reconciliación, le invitó a un segundo banquete. Esta vez no se limi-



Retrato de Men-Ka-Ra, Micerino, y su esposa, en el Museo de Boston.

tó a asesinarlo: dividió el cadáver en fragmentos y lo repartió en los lugares más distantes. Isis fue piadosamente a recogerlos y los reunió; pero no pudo infundir vida a Osiris porque faltaba una parte, que se había comido un pez del Nilo.

Osiris, amortajado con vendas, pasó al reino de los muertos, que está al Oeste, y quedó reconocido como Juez inapelable que decide la suerte de las almas que van llegando, después de pasar las pruebas del camino. Detalle importante es que Osiris fue entronizado en el mundo inferior de las almas por el propio Ra, lo que significa que Ra era más antiguo que Osiris. «Ra juzgó a Osiris y lo encontró bueno.»

De Osiris tenemos abundancia de esculturas que lo representan amortajado y con el cetro en una mano, y en la otra la llave de la vida que tiene la forma de una T, la misma que tenían las llaves en Egipto. Con el cetro castigador y con la llave recibe Osiris las almas y las que juzga buenas pesándolas en una balanza, aquellas cuyo peso no supera el de una pluma de ave, reciben la inmortalidad, algo apagada, de un limbo o infierno sin memoria ni conciencia. Esto es todo lo que pueden esperar los devotos de Osiris. Las almas de los que han pecado, cuyo peso hace caer la balanza, son devoradas por Amit, el hipopótamo, que espera el resultado del juicio aullando acusaciones y con la boca abierta.

Aun para las almas que salían bien libradas del juicio faltaba que los cuerpos embalsamados se conservaran en la tumba con un máximo de duración. Era necesario, porque los egipcios creían en la existencia de dos almas para cada persona, el Ba y el Ka. El Ba era el alma corporal que reside en el corazón y hay que mantenerla viva con ofrendas, funerales, preces y las fórmulas mágicas de que se valió Isis para resucitar a Osiris. Ka era el espíritu enteramente inmaterial; era el Ka al que juzgaba Osiris, pero su juicio no era eficaz si el Ba, o sea la materia que fue activa del difunto, no se conservaba con algo de existencia personal. Por esto el cadáver se encerraba en un ataúd y se depositaba en una cámara, un escondrijo en el suelo, como un pozo inaccesible. El alma quedaba en el sepulcro con la momia y el espíritu iba al Oeste, al reino de Osiris. Este dualismo de Ba y Ka lo

sienten todavía los negros, y más próximos a nosotros, griegos y romanos aceptaron la misma idea de alma doble: *anima et umbra,* alma y fantasma, lo que explica los banquetes funerales, las flores y coronas en los aniversarios.

En Egipto, el entierro era caro; Heródoto explica que había tres tarifas de embalsamamiento, y Diodoro precisa que una de ellas costaba un talento de plata, o sean mil pesos; la segunda, trescientos, y la tercera, de caridad, se obtenía pagando sólo lo que se podía, sin precio fijo. Para embalsamar un cadáver, se extraían las entrañas y la grasa superflua y todo ello se encerraba en varios jarros. El cuerpo, libre ya de sus partes más corruptibles, era envuelto con largas vendas de tela entre las que se mezclaban especias y ungüentos aromáticos. A cada vuelta del vendaje se pronunciaba una palabra mágica y se colocaban amuletos en lugares vulnerables.

Para mayor seguridad se enterraba con el cadáver un ejemplar en papiro del llamado *Libro de los Muertos,* que contenía las preces y conjuros enigmáticos que había enseñado Isis. Los que podían, colocaban el retrato del difunto en una de las cámaras accesorias de la tumba. Un retrato, para los egipcios y todos los pueblos primitivos hasta hoy, es una prenda de inmortalidad.

Hasta aquí nos hemos referido simplemente a los estrictos devotos de Osiris, creencia que perduró durante la época de los faraones de las tres primeras dinastías, los hijos de Horus el Halcón. Pero ya el último faraón de la III dinastía, que fue un genio excepcional, un gigante pensador, impuso como religión el sentido místico de Ra, casi una herejía, por lo menos para los grandes de la corte.

Se llamaba Soser o Sos-Ra, y el cambio consistió en reconocer la superioridad de Ra con sus sistemas explicativos del ser y del no ser, por encima de las prácticas mágicas de Isis y la supervivencia del alma espiritual, aunque fuera en parte, en el reino de Osiris. La tradición atribuye a Soser o Sos-Ra escritos morales casi científicos, que son apócrifos, pero que prueban la gran autoridad que logró en vida.

El cambio religioso que consumaron los faraones de la IV dinastía debió de ser iniciado por el visir de Soser, que se llamaba Imhotep. Este fue en realidad un sabio enciclopédico y original. Basta decir que Imhotep fue el fundador de la medicina experimental, que observó síntomas y apreció fríamente sus causas. No se conserva ningún



Estatua en madera llamada «Cheik-el-Beled» (alcalde del pueblo), con el bastón de caminante. Museo de El Cairo.

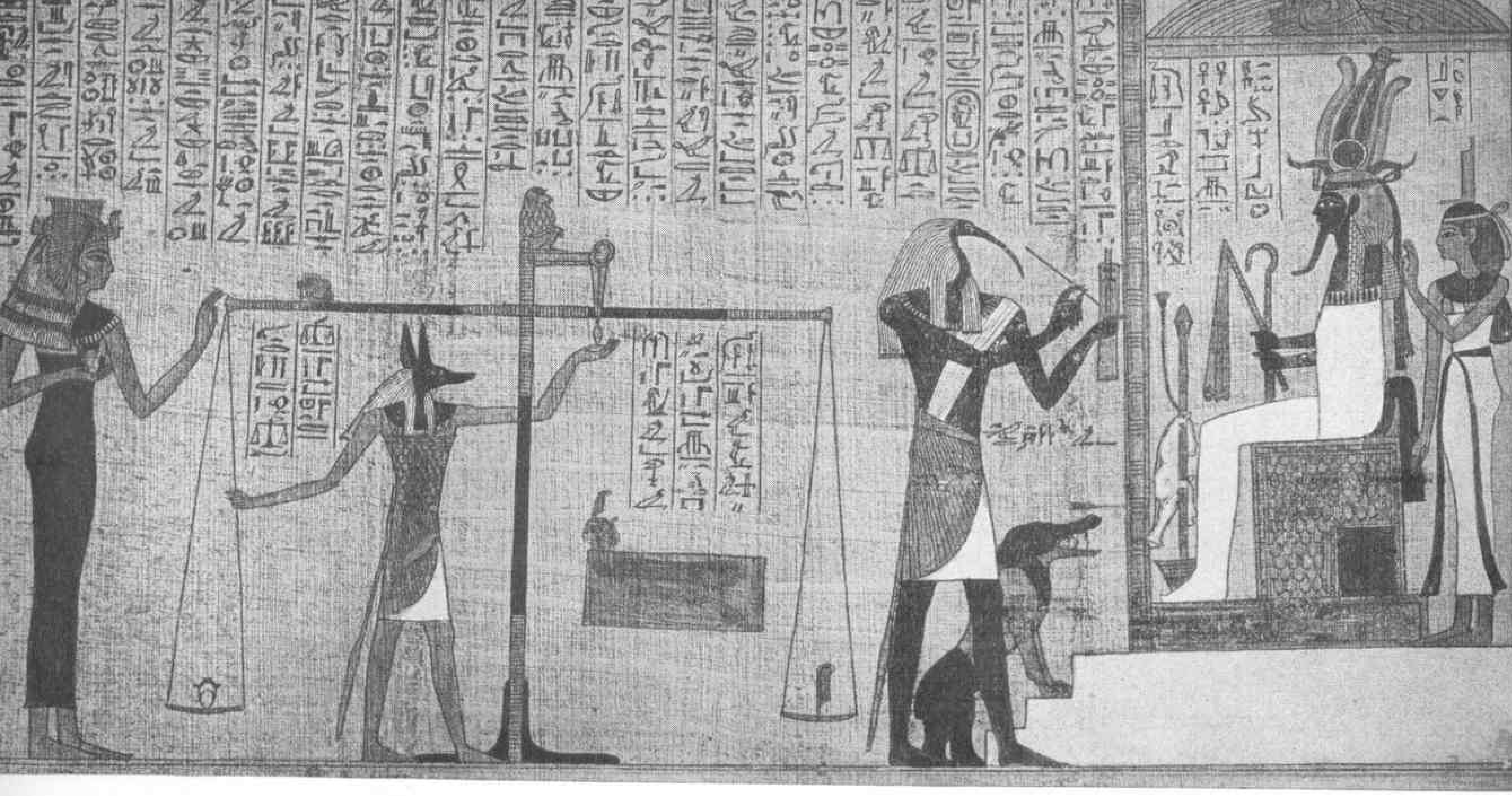
escrito que pueda asegurarse que sea de Imhotep, pero algunos papiros contienen textos que deben de proceder de su tiempo. Imhotep, divinizado por los egipcios, fue conocido por los griegos, que le llamaron Asclepios. Es nuestro Esculapio; de su tradición proviene Hipócrates, que ya es un médico especializado y de cuyos aforismos nos valemos todavía actualmente. La escuela de medicina del gran foco cultural de Alejandría, en tiempo de los Tolomeos, estaba en la isla de Cos y se llamaba de Asclepión, reconociendo así la deuda a Imhotep-Esculapio. Imhotep, además, observó las crecidas del Nilo y otros fenómenos naturales.

El cambio de religión, mejor dicho, de clima moral, se manifiesta en los reinados de la IV y V dinastías por la construcción de las pirámides reales. Mientras los hijos de Horus se hacían enterrar en tumbas subterráneas, acaso para estar más cerca del reino de Osiris, los faraones hijos de Ra construyeron sepulcros colosales en forma de pirámides. Desde su construcción han producido curiosidad, casi espanto, por sus dimensiones. Heródoto nos comunica la tradición de que para la obra de la pirámide de Keops, el primer faraón de la IV dinastía, se necesitaron cien mil trabajadores durante veinte años. Keops llamó a su pirámide *Khut* o *Gloriosa*. Se necesitaron tres millones de metros cúbicos de piedra y su planta cubre cerca de tres hectáreas.

Su sucesor Kaf-Ra, o Kefrén, construyó otra pirámide casi tan grande como la de Keops, que llamó *Ur,* la Grande. La tercera, la pirámide de Men-Ka-Ra o Micerino, es mucho menor que las dos anteriores. Se ha divagado, sin base ni razón, acerca del significado de las pirámides. Además de que es indiscutible que sirvieron de sepulcro de los faraones que las construyeron, se han emitido hipótesis peregrinas de si podían servir como observatorio astronómico, archivo de profecías, secreto formulario de medidas misteriosas. Lo único en que se pueden apoyar estas explicaciones es su orientación exacta y su pendiente perfecta, pues una pirámide ha de tener una inclinación de 52 grados. Su altura debe ser exactamente el radio de un círculo cuya circunferencia fuera igual al perímetro de



Estatuilla de la sacerdotisa Tui, superiora de las reclusas de Min. Louvre.

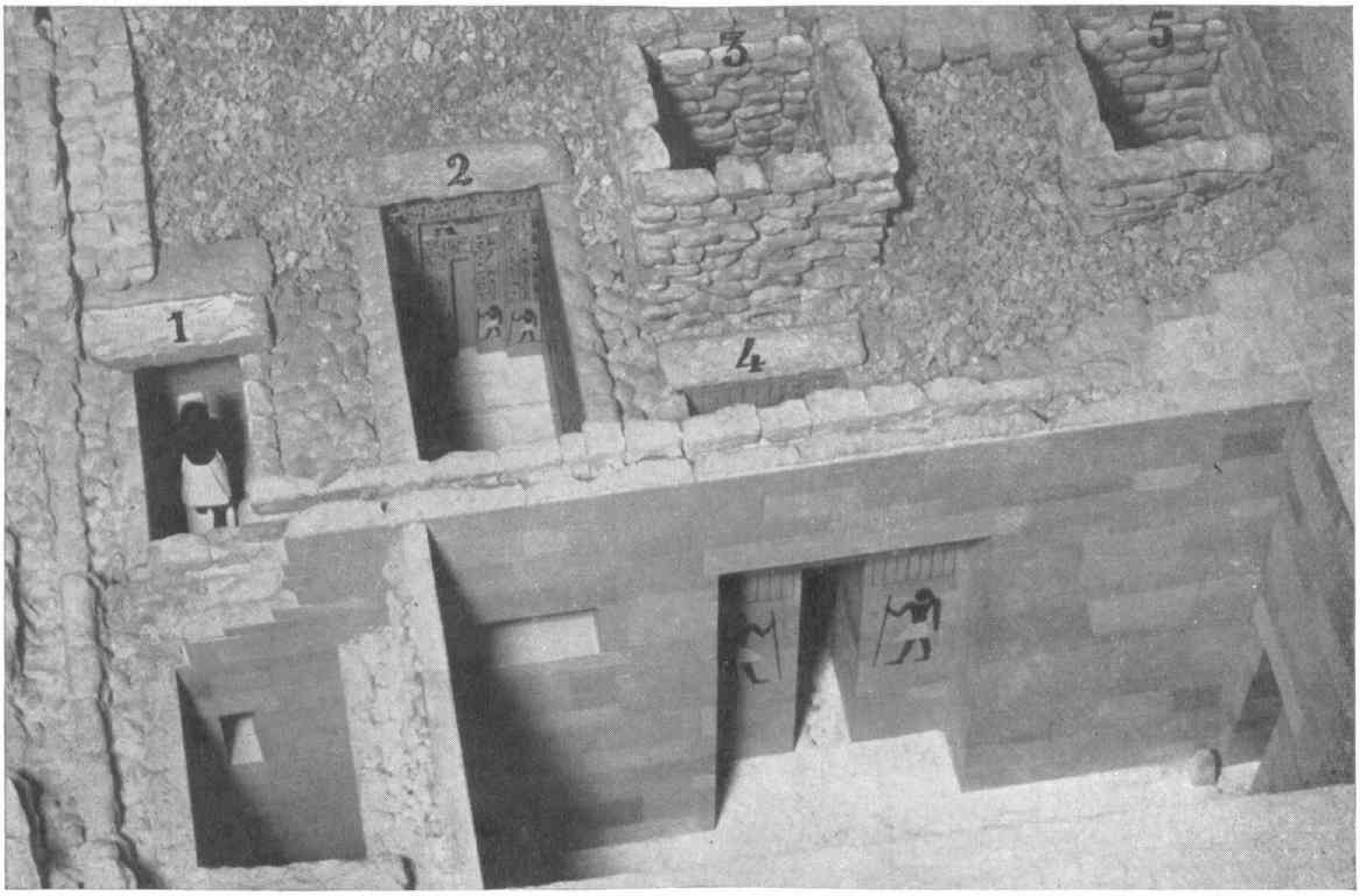


Juicio de un alma. En un platillo de la balanza, el alma, figurada como un vaso; en el otro platillo, una pluma. Osiris, sentado debajo de un baldaquín, escucha los descargos que lee Thot, el notario de los dioses, mientras el hipopótamo aúlla acusando, Anubis vigila el fiel de la balanza e Isis atiende la pesada. Miniatura del *Libro de los Muertos.*

la base. Cuando se han construido pirámides que no conservan estas proporciones, como la pirámide de Jena en Alemania, las mismas de México y tantas otras, la figura piramidal no es satisfactoria. Tal exactitud probaría que los directores de la obra, sacerdotes de Ra, aprovechándose de cómputos de larga tradición elaborados por los carpinteros de Ptah, conocían de antemano fórmulas estéticas y matemáticas que aplicaron con éxito hasta construir monumentos inmortales. Un historiador árabe, Abdulatif, dijo: «Todas las cosas tienen miedo al Tiempo, pero el Tiempo tiene miedo a las pirámides.»

Cabe preguntarse si las fórmulas geométricas y estéticas que descubrimos en las pirámides tenían un último significado esotérico. No hay ninguna inscripción jeroglífica en los corredores y cámaras de las pirámides de la IV dinastía, no hay pinturas, ni relieves contemporáneos de su construcción que expliquen el pensamiento que las originó. Pero, como el obelisco de Heliópolis terminaba en una pirámide, es de creer que los faraones adictos a Ra desearan cubrir su cadáver con el símbolo total del universo cobijado por el astro solar. Sin embargo, al pie de cada una de las pirámides, los faraones que las ordenaron hicieron construir también un templo para las devociones funerales, con una comunidad de sirvientes bien dotada de beneficios. Y aún más allá, otro edículo menor servía para el culto público y para recibir ofrendas. Ambos santuarios exteriores estaban unidos por una calzada cubierta, como un corredor, y en estos sitios para el servicio, sin comunicación con el interior de la pirámide, había varias estatuas del faraón, concesiones a la necesidad de sobrevivir aun en efigie, como era esencial para los devotos de Osiris.

Así, las dos religiones, aparentemente contradictorias de Ra y Osiris, se unieron en los faraones de la IV dinastía y los monarcas, que serían fervientes creyentes de Ra, como son siempre los neófitos, mantuvieron algunas liturgias osiríacas. En Egipto predominó la tolerancia religiosa; cuando la restauración política de las dinastías



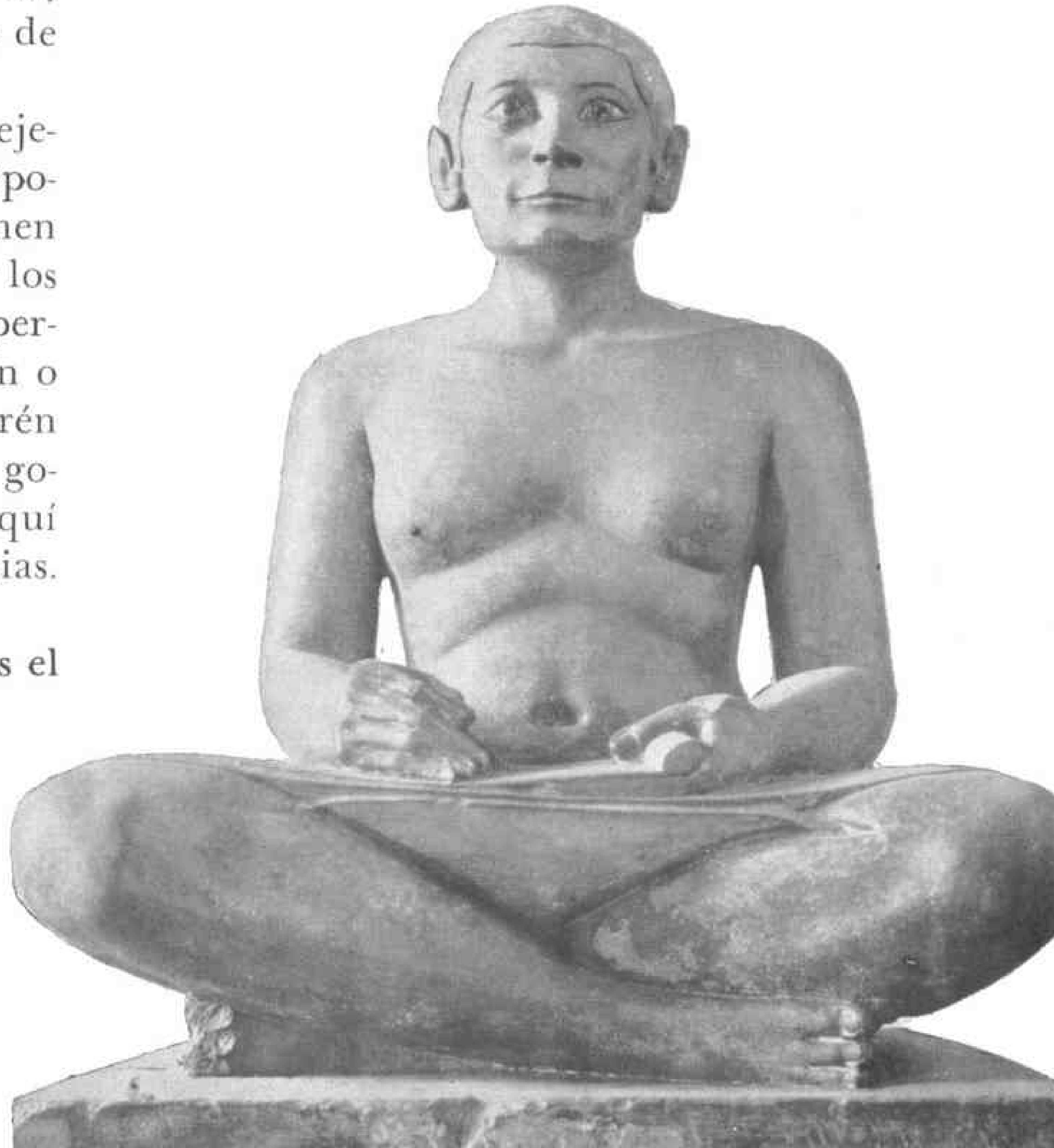
Conjunto del hipogeo llamado tumba de Perneb. — 1. Cámara de la estatua. 2. Capilla mayor o cámara para las ofrendas. 3. Pozo que conduce a la cámara sepulcral subterránea. 4. Vestíbulo. 5. Pozo para otra cámara cuya construcción no se acabó.

tebanas y cuando el sepulcro faraónico fue una tumba excavada en el suelo, los que se hacían enterrar según los métodos mágicos de Isis-Osiris en Tebas ponían a la entrada, vergonzosamente, una pequeña pirámide de piedra dedicada a Ra.

No hubo en Egipto persecuciones ni ejecuciones por motivos religiosos hasta la época romana; no se conoce un caso de crimen civil con sentencia de muerte dictada por los faraones. Y no se crea que vivieran en perfecta paz, sin peligros de insubordinación o rebeliones. Hubo golpes de mano de harén o cuartel, como en Asiria y Roma, y los gobernantes tenían que estar alerta. He aquí un documento del que hay varias copias. Habla un faraón aconsejando a su hijo:

«Cuida de los que te digan — que eres el

Escriba de las primeras dinastías. Piedra caliza policroma. Louvre.





Papiro de Hunefer, con la representación de Hunefer y su esposa Ra. 1300 a. de J. C. Museo Británico.

mayor rey del mundo, — pero cierra los oídos a tus subordinados: — el pueblo obedece a quien teme. — No te acerques a nadie solo. — No te imagines que nadie pueda ser tu hermano. — No creas en la amistad. — No intimes con nadie. — Al dormir, guarda tu corazón, — pues nadie tiene amigos — el día de la desgracia...»

«Era de noche, después de haber cenado — y empezaba a descansar; — estaba en mi cama, adormecido, — cuando los puñales de los asesinos surgieron a mi alrededor; —desperté para pelear completamente solo. — Tomé al punto mis defensas — y rechacé a los malvados...»

Los faraones hijos de Ra de la IV y V dinastías, que tanto influyeron en la vida de los egipcios y hasta en nosotros, no fueron soñadores, concentrados en una devoción intelectual sin realizaciones prácticas. Lo prueban sus pirámides; más todavía la conducta que impusieron, sin exageraciones místicas o cerebrales. Sus retratos los representan musculosos, desnudos, sólo con el klaft, una especie de pañuelo plegado que cae sobre sus hombros. Unicamente el faraón tenía derecho de llevar aquel tocado que cubría el cráneo, afeitado para evitar los parásitos.

Tal fue la impresión que causó la fisonomía de Kaf-Ra, que quedó estereotipada, como litúrgica imagen del faraón, hasta las últimas dinastías. Todos los faraones de las dinastías tebanas, representados en actos de gobierno, se retrataban con la cara de Kaf-Ra y sólo declaraban su responsabilidad con el nombre.

La psicología y moral de Ra trascendió a las clases elevadas, según revelan los textos conservados en papiros de épocas posteriores. Hay aforismos de filosofía práctica que se atribuyen a Imhotep o a otro sabio, Har-

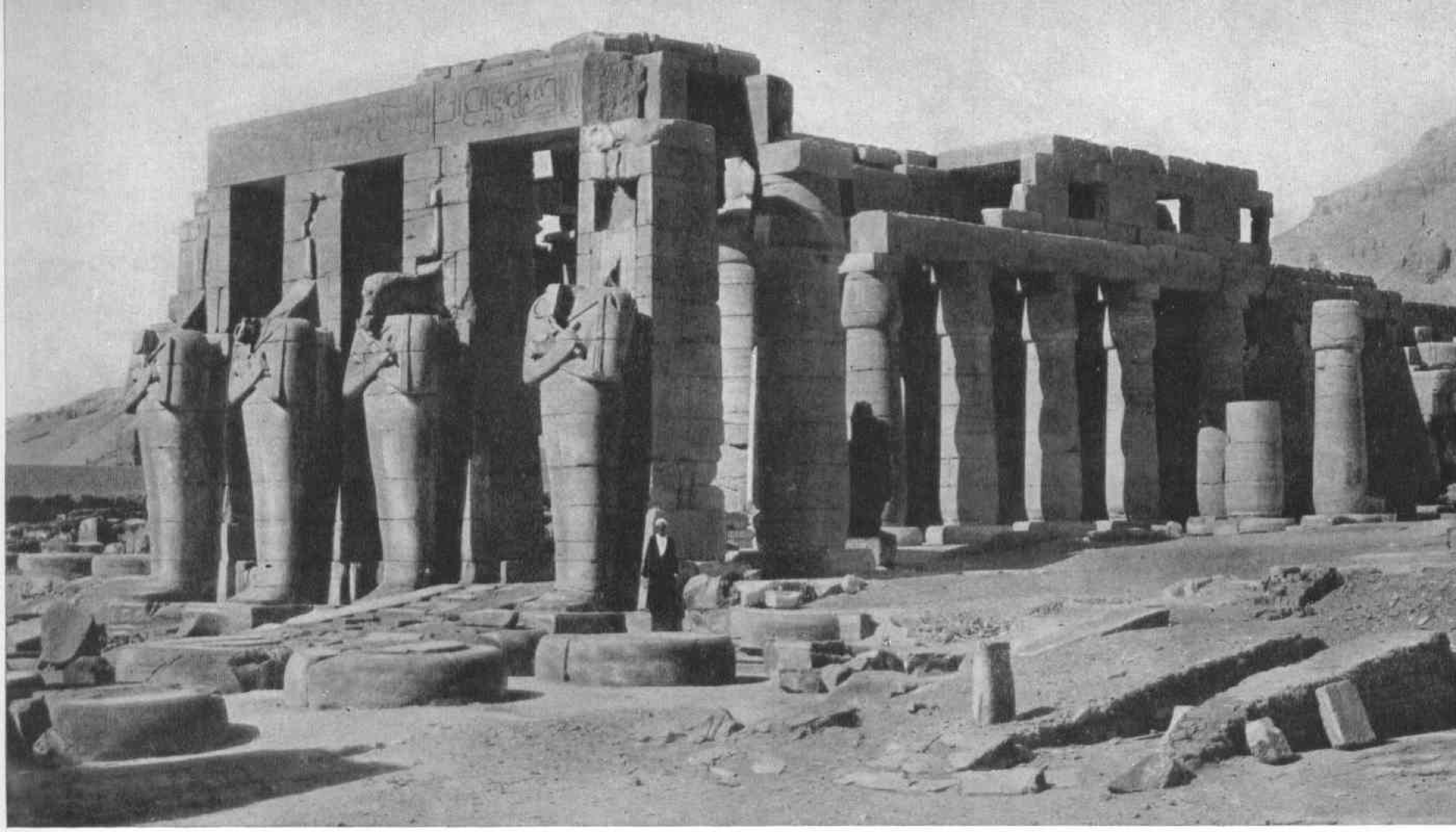
dedef, y aun al propio rey Soser. Se comprende que hubo una verdadera «manía de pensar» en las cortes de la IV y V dinastías. Fue costumbre entre los discípulos de Ra el publicar máximas y pensamientos políticos y religiosos. Algunas de las sentencias cortas premonizan los versículos de la Sabiduría de la Biblia, los párrafos de Epicteto y Marco Aurelio. Por ejemplo éstos: «Cuidado con la mujer extranjera que no es conocida en la ciudad, es como un remolino de aguas profundas que te engullirá. La mujer cuyo marido está lejos te escribirá billetes cada día, y si no hay testigos te envolverá en sus redes. ¡Oh, crimen mortal, si la escuchas!»

En las paredes de las tumbas de los altos funcionarios devotos de Ra se encuentran sentencias como éstas: «Esta tumba lujosa la he pagado con mis propios dineros, nunca he tomado nada de nadie.» Otro que era gobernador local de un distrito dice: «He dado de comer a los que tenían hambre en mi jurisdicción.» Otro se reduce a decir: «Yo nunca he dictado sentencia para confiscar a alguien la hacienda de su padre y darla a su otro hermano»... Uno más humilde se alaba sólo de no haber tenido que ser azotado por orden del juez.

A pesar de tantas órdenes y consejos, de la religión de Osiris y Ra, el pueblo, la gran masa de egipcios que cuidaban de un pequeño campo regado en tiempos de inundación, conservó sus supersticiones, sobre todo su fe en la magia, con preces, conjuros y amuletos. De ellos hemos recibido influencias, y hay mucho de prácticas egipcias entre los curanderos de nuestros días.



Escultura de un gato. Museo Británico.



El Rameseum. Tebas.

14 EXPANSION DE EGIPTO

Los faraones de las primeras dinastías no parece que tuvieran ambición de dominar más allá del valle del Nilo. Tenemos recuerdo de expediciones de la IV y V dinastías al país del Punt — el país de los dioses —, de donde probablemente procedían algunos de los pobladores de Egipto, pero la empresa se reducía a un simple viaje para procurarse especias y perfumes. El viaje empezaba subiendo el Nilo hasta Coptos y desde allí se cruzaba el desierto hasta la costa; el puerto de Koseir, en el mar Rojo, era el lugar de concentración de buques, gentes y provisiones y la navegación se hacía costeando Abisinia. Punt parece haber sido la actual Uganda.

Otro esfuerzo exterior de los faraones de las primeras dinastías ya hemos dicho que fue el de mantener su supremacía en Nubia y la península del Sinaí. Nubia, continuación del valle del Nilo hasta el Sudán, es un país seco, sin oasis, pero rico en oro, y por esto los faraones pusieron siempre gran empeño en mantenerlo libre de otras influencias. Sin establecer allí colonias permanentes, los primeros faraones tenían en Nubia pequeños fuertes — como las factorías en América— para canjear el oro de los trogloditas nubios por objetos vistosos de poco valor. Más tarde les impusieron contribuciones anuales y así obtuvieron el oro que les sirvió después para influir en la política del Asia.

Desde los primeros días del Egipto unificado, los faraones trataron de explotar la península del Sinaí. Allí había cobre y turquesas, y las inscripciones del valle de Uadi-Magara, donde estaban las mejores minas,

forman una ilustración cronologica de la metalurgia primitiva de Egipto. Hay ya relieves de la I dinastía con la figura de un rey de tamaño mayor que el natural que aplasta a un beduino con su maza. Hay también otros de la III dinastía, y uno de Keops, de la IV, el constructor de la gran pirámide. Pero los egipcios tampoco mantuvieron guarniciones permanentes en el Sinaí; cuando un faraón necesitaba cobre, organizaba una expedición, cuyo mando confiaba a un alto funcionario. Una de ellas llevaba 500 asnos para la carga; en otra expedición del tiempo de Ramsés IV tomaron parte 8.000 hombres, mandados por capataces que eran *los ojos y oídos* del faraón.

Hoy conocemos bien por qué y cómo los faraones se lanzaron a la conquista de Asia. Persiguiendo más allá del istmo a los *hiksos* o *pastores,* se les despertó la sed de dominio de las naciones vecinas. Pero no anticipemos los acontecimientos. Al llegar a la XII dinastía, Egipto parece haber caído nuevamente en un estado de disgregación feudal, con varias familias reinantes a la vez. Fue una época de descomposición y desorden que se describe como una edad media de Egipto. Incluso aventureros y extranjeros debían de aprovecharse de tal situación; uno de los faraones de la XIV dinastía se llama *comandante del ejército.* Otro de estos usurpadores era un negro; al menos añade el nombre de *Neshi,* negro, a su título real. No es de extrañar, pues, que los más belicosos, los asiáticos, que habían penetrado en el delta, hicieran un esfuerzo y consiguieran imponer su supremacía sobre los reyezuelos egipcios. La historia de la entrada de las tribus de Israel en el valle del Nilo da una idea clara de cómo hubieron de penetrar estas bandas de orientales durante épocas en que Egipto carecía de un gobierno fuerte que regulara la inmigración. Probablemente fue una infiltración gradual hasta que los extranjeros se sintieron fuertes para imponer su autoridad. Parece que los hiksos aprendieron el lenguaje de los egipcios, pues por lo menos emplearon correctamente la escritura jeroglífica.



Estatua de Amen-hotep II. Museo Egipcio de Turín.

Amen-hotep III.

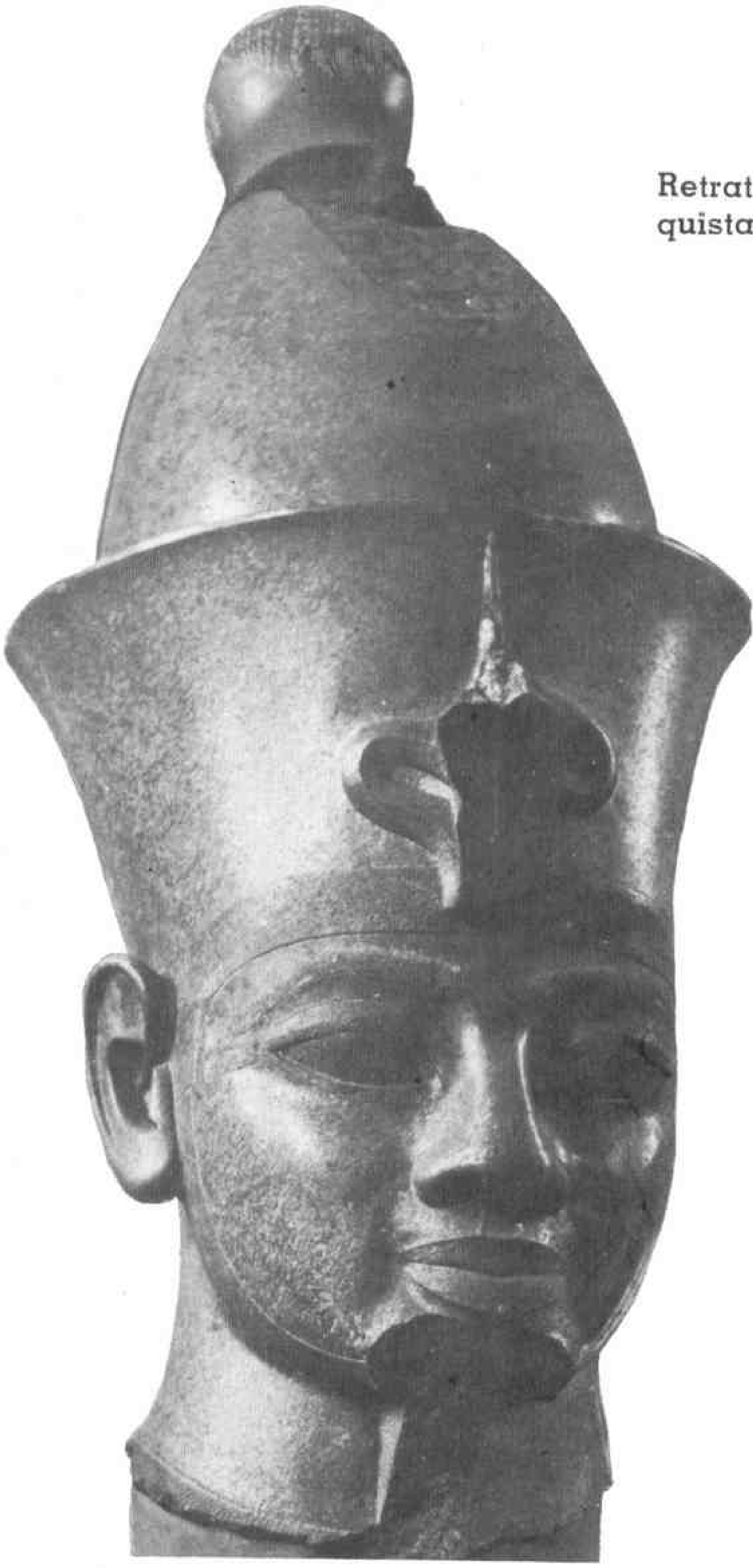


He aquí cómo Manetón cuenta la conquista de Egipto por los hiksos: «Yo no sé por qué los dioses permitieron que gentes mal nacidas de las partes del Oriente entraran en nuestro país y lo conquistaran sin siquiera dar una batalla. Quemaron nuestras ciudades, demolieron nuestros templos, asesinaron a nuestros ancianos y sujetaron mujeres y niños a la esclavitud. Por fin, uno de estos extranjeros, que se llamaba Salatis y vivía en Avaris, cerca de Menfis, se hizo rey del Alto y del Bajo Egipto y puso guarnición en el istmo, de 240.000 hombres... Salatis cada verano recorría el país para cobrar tributos y para adiestrar a sus soldados contra todo peligro exterior.»

Añade Manetón la etimología de la palabra *hiksos*. «Todos los de esta nación se llamaban *hiksos*: *hik* en el dialecto sacerdotal quiere decir *rey*, y *sos*, en lengua vulgar, significa *pastor*, y de estos dos sonidos se formó el nombre de *hiksos* o reyes pastores. Otros dicen que eran árabes.» No está clara todavía la raza de estos invasores, aunque en general se les cree semitas; no obstante, acaso se mezclaron con ellos algunos arios.

Los hiksos, o pastores, al llegar a Egipto no debían de tener arte, ni tradiciones nacionales, lo que hoy llamamos cultura. Algunas esculturas de la época de su dominio son bárbaras, usurpadas de los faraones de las IV y V dinastías. Procederían de Siria. Al menos hasta allí fueron perseguidos por los egipcios, tras las guerras de independencia. Un relato de carácter popular da idea de cómo empezaron los primeros conatos de insurrección. El faraón hikso, que vivía en Avaris, envió un mensajero al gobernador de Tebas, que debía de ser un egipcio de pura raza. El mensajero habló en nombre del rey: «Rumores han llegado a mí, concernientes al estanque del hipopótamo (título de la ciudad de Tebas), que no me dejan dormir. Día y noche oigo estos rumores en mis oídos...» Entonces el príncipe gobernador de Tebas se lamentó de aquellas murmuraciones. Después llamó a sus oficiales y les dio cuenta del mensaje del faraón; «pero todos permanecieron silenciosos por largo rato — dice el papiro —; nadie se atrevió a hablar en bien o en mal».

Ahmés I, que fue el fundador de la dinastía XVIII, según Manetón, y gobernador de Tebas hacia el 1580 antes de J. C., es quien libró a Egipto del poder de los orientales. Las guerras de independencia habían de ser largas y de suerte variable. Cuando en 1886 se deshicieron los vendajes que envolvían la momia del padre de Ahmés, el libertador de Egipto, se vio que ésta tenía el cráneo partido, la mandíbula inferior rota y la lengua partida, y aun encima del ojo se veía un gran corte de daga. Dos hijos de éste continuaron la lucha, pero sólo el tercero, Ahmés, logró triunfar. De las campañas de Ahmés contra los hiksos y sus partidarios dan noticia algunas inscripciones funerarias. El capitán de uno de los buques que peleaban por la causa de



Retrato de Tutmés III (XVIII dinastía), conquistador de Asia, con la doble corona. Museo Británico.

Ahmés en el Nilo mandó grabar estas palabras en su tumba: «Escuchad vosotros todos; yo os diré el motivo del honor que se me hizo. Siete veces recibí presentes de oro delante del pueblo, esclavos y tierras. La fama del que es valiente no perecerá en Egipto... Cuando el sitio de Avaris (por Ahmés) yo era capitán del buque llamado *El resplandor de Menfis*. Luché en el canal y el rey me premió con oro por mi valor. Una segunda vez que luchamos delante de Avaris recibí oro también por mis hazañas. Una rebelión nos hizo interrumpir el sitio y fuimos a luchar en el Sur. Cogí un prisionero dentro del agua y lo llevé como uno que lleva un prisionero en tierra firme. El rey me dio oro otra vez con medida doble. Por fin capturamos a Avaris y allí cogí cautivos un hombre y tres mujeres, total cuatro cabezas, que su majestad me dio por esclavos. Después sitiamos a Sahuren; el sitio duró seis años, hasta que su majestad (Ahmés) la tomó... Después que su majestad hubo degollado a los asiáticos (hiksos), subió por el río para destruir a los nubios trogloditas e hizo en ellos una gran degollina... Su majestad descendió el Nilo con el corazón alegre por sus grandes victorias. ¡Había conquistado a los del Norte y a los del Sur!...»

Pero ni Ahmés ni su inmediato sucesor Amen-hotep I pudieron continuar sus campañas más allá del istmo, en gran escala, para vengarse de los asiáticos en su propia tierra. Ahmés sólo persiguió a los hiksos hasta el sur de Palestina. El trabajo de consolidar su poder y la restauración interior que exigían las profanaciones de los extranjeros, debieron de impedir a Ahmés proseguir sus guerras fuera de Egipto. Tanto él como sus inmediatos sucesores deploran en las inscripciones el lamentable estado en que encontraron los templos nacionales y la mísera condición de las ciudades. La guerra de la independencia produjo, sin embargo,

Vista panorámica de los templos de Deir-el-Bahari, primeras construcciones de los faraones tebanos. En el fondo, el acantilado donde están los sepulcros reales.

dos importantes cambios: siendo los gobernadores de Tebas los que habían promovido y dirigido la insurrección, Tebas, naturalmente, pasó a ser la capital de todo Egipto. Más aún, la victoria se atribuyó a la protección dispensada durante la lucha por Amón, el dios local de Tebas, y así el templo de Amón, en Tebas, ascendió de la categoría de pequeño santuario de provincia a la de gran templo de la nueva capital de Egipto. Antes de la XVIII dinastía el templo de Amón, en Karnak, que era un barrio de Tebas, debía de ser un edificio insignificante, quizá con columnas y techos de madera.

El dios Amón se representaba como un personaje humano eternamente joven y con





Estatua de Hatchepsut, reina-faraón, corregente de Tutmés III, con el klaft en la cabeza, que sólo llevaban los faraones masculinos.

casco coronado de un altísimo penacho de plumas. Su animal patronímico era el carnero. Difícil es comprender bien hoy la verdadera significación del primitivo Amón tebano, porque los sacerdotes fueron acumulando en esta deidad suprema los atributos y caracteres de los otros dioses de Egipto. Hasta el punto de que, en la XXII dinastía, cuando los sacerdotes de Tebas usurparon el gobierno y actuaron como faraones, Amón llegó a suplantar a Osiris en el reino de ultratumba. Así se explican las grandes construcciones de Tebas en honor de Amón; a partir de la XVIII dinastía, la llanura de Tebas se cubre de monumentos magníficos. La historia de estos faraones de las dinastías tebanas podría, pues, reducirse, para cada uno, a esta breve síntesis: construyó nuevas alas de columnas en el templo de Amón, y levantó su templo-sepulcro, e hizo muchas campañas en Siria y en Palestina... Esta es, sin embargo, la mayor novedad que presenta la historia de Egipto después de la expulsión de los hiksos o reyes pastores: su política exterior.

Ya hemos dicho que ni Ahmés ni su inmediato sucesor Amen-hotep I habían podido infligir al Asia el castigo que merecía. Pero al ascender al trono Tutmés I, el yerno de Amen-hotep I, Egipto estaba suficientemente pacificado para poder arriesgarse a una campaña de conquista. Por la inscripción funeraria de un general que acompañó a Tutmés I en sus expediciones militares, sabemos que primero remontó el Nilo, para castigar a los trogloditas de la Nubia. El rey, dice un documento contemporáneo, «aplastó a sus enemigos como un leopardo». Después regresó a Tebas, llevando atado a la proa de su barca el cuerpo del jefe de los nubios para que pudieran verlo sus partidarios desde las orillas. En seguida marchó, libre ya de cuidados, contra el Asia. Y como los hiksos habían introducido el caballo en Egipto, que no conocieron los faraones del tiempo de las pirámides, Tutmés llevaba consigo una formidable caballería, además de los escuadrones de carros de guerra, tantas veces mencionados en la Bi-

blia. Porque desde el día en que Tutmés I cruzó el istmo, los pueblos de Asia aprendieron a bajar la cabeza al oír el nombre del faraón.

El momento era extremadamente favorable para Egipto. Asiria no había llegado a ser un gran Estado y Babilonia estaba pasando un período de postración y decadencia. Tutmés barrió sin dificultad los pequeños reinos de Siria y Palestina y llegó triunfante hasta *el país de los dos ríos,* o sea la Mesopotamia. Hay que imaginar la sensación que debieron de producir a los egipcios, que no habían salido hasta entonces de su valle, las llanuras fértiles de Siria y las nevadas montañas del Líbano, con sus frescas corrientes de aguas azules, en lugar de las ondas fangosas del Nilo. Uno de los compañeros de Tutmés I recuerda en una descripción que el agua del Eufrates, ¡oh maravilla!, en lugar de correr del Sur hacia el Norte, como el Nilo, iba de Norte a Sur. *Para subir el agua, has de bajar el agua,* dice. Subir el agua, para los egipcios, era remontar el Nilo, y el ir de Norte a Sur, en Egipto, se llamaba *subir el agua.*

Las campañas de Tutmés I fueron continuadas por su nieto Tutmés III. El segundo Tutmés, cuya momia se exhumó en 1886, parece haber sido un hombre que apenas llegó a los treinta años, de cuerpo defectuoso y con una enfermedad de la piel que le produjo grandes cicatrices. Así es que ya antes de su muerte fue suplantado por su hermanastra y esposa, la reina Hatchepsut, que luego gobernó arrinconando a su sobrino Tutmés III. Durante el largo reinado de Hatchepsut, Egipto sólo pudo mantener su influencia en Asia. Pero cuando Tutmés III gobernó personalmente, se reanudaron las campañas casi cada año, para asegurar y extender las conquistas de Tutmés I. La primera expedición salió de Egipto el 19 de abril de 1479 antes de J. C. y

Regreso triunfal de Amen-hotep III (duplicado). Delante del faraón hay los dos cartuchos-sellos elípticos con los nombres del monarca: uno el nombre como Hijo de Horus y otro como Hijo de Ra. El buitre le toca la cara con el ank, signo llave de la vida. Encima, el disco solar de Ra, y entre las dos figuras, el árbol seco que reverdecerá y del que surge otra vez la vida, símbolo de Osiris.



nueve días después llegaba a Gaza, en Palestina. El 10 de mayo el faraón acampaba ya al pie del monte Carmelo. Allí se enteró de que la confederación de los sirios rebeldes se concentraba en Megiddo. Había tres caminos para llegar a Megiddo, dos contorneando la montaña y otro por un collado que conducía al lugar donde estaba el enemigo. Tutmés, contra el parecer de sus generales, optó por esta vía directa. El 15 de mayo llegaba a Megiddo, sorprendiendo a sus enemigos. Subido a un carro ligero de metal resplandeciente, mandaba el centro de su ejército. «El rey, a la cabeza de sus columnas, como una antorcha de fuego, enseñaba el camino con su espada. El fue adelante, ¡nadie como él!, capturando a los príncipes enemigos.»

La batalla de Megiddo decidió la suerte de Asia por varios siglos. Claro está que los sirios se coligaron algunas veces para librarse de este nuevo yugo, al cual no estaban acostumbrados, pero el castigo del faraón no se hizo esperar; diecisiete veces cruzó Tutmés III el istmo en los cincuenta y cuatro años de su reinado. Algunas de estas expediciones debían de ser verdaderas marchas triunfales, sólo para percibir los tributos. Uno de sus generales explica cómo Tutmés, en la campaña del año 34 de su reinado, fue a cazar elefantes en Siria y mató ciento veinte de estos animales. Sus conquistas proporcionaron, no sólo los recursos necesarios, sino también innumerables prisioneros, con los cuales pudieron edificarse los grandes templos de Amón de Tebas. Tutmés III murió el 17 de marzo del año 1447 antes de Jesucristo. He aquí algunos párrafos del himno en honor de Tutmés III, que grabaron los sacerdotes en Karnak. Es el propio dios Amón quien habla: «Yo he venido a darte poder para aplastar a los príncipes del Asia. — Yo los he lanzado a tus pies desde las tierras altas. — Yo he hecho que tuvieras majestad irradiando poder. — Tú has brillado delante de ellos como si fueras mi imagen... Yo he venido a darte poder para aplastar los extremos de la Tierra, — el circuito del Océano está en tus manos; — he hecho que te vieran como un azor que se eleva —, llevándose todo lo que desea...»

Que esto no era adulación, lo hemos visto por el resultado de sus campañas. El gran visir, Rekmirhe, que estuvo en inmediato contacto con Tutmés III, dice en su inscripción sepulcral, alabando la sagacidad del faraón: «Su majestad lo adivinaba todo, era como Toth (el dios del conocimiento); no hubo asunto que no llevase a buen término.» Las ruinas de Karnak, en Tebas, cuentan todavía la gloria del conquistador de Asia, y los obeliscos de Tutmés III, trasladados uno a Roma, otro a Londres y otro a Nueva York, dan a las modernas multitudes una idea de su grandeza.

Los sucesores de Tutmés III parecen haber sido, como él, hombres fuertes y capaces de empresas difíciles. En la tumba de su hijo, Amen-hotep II, se lee que nadie po-



Retrato escultórico de Aken-Atón (Amenhotep IV), en el Museo Metropolitano de Nueva York.



Convoy de prisioneros orientales a su llegada a Egipto. Museo de Leyden

día doblar el arco del faraón. El nieto de Tutmés III, llamado Amen-hotep III, debía de ser cazador y gustar de la vida de deportes al aire libre, pues él mismo nos cuenta, en una inscripción, que tuvo un sueño, durmiendo la siesta a la sombra de la Esfinge, un día que cazaba cerca de la necrópolis de Menfis. «Las conquistas del Asia ya no exigían campañas peligrosas, como las que tuvo que realizar Tutmés III. Los tributos llegaban regularmente; tenemos listas de lo que enviaban del Asia a Egipto. Un año llegaron de Mesopotamia a Tebas: 513 esclavos, 260 yeguas, 45 *medidas* de oro, 564 toros, 5.323 cabras, 828 jarros de incienso, vasos de plata...»

Pronto los caciques y reyezuelos de Siria y Palestina tuvieron a honor el ser súbditos de Egipto. Se ha conservado gran parte de la correspondencia de estos jefes asiáticos con los faraones de la XVIII dinastía. Una de las cartas (desnuda de fraseología y jaculatorias orientales) viene a decir, poco más o menos, como sigue:

«Al rey de Egipto, mi hermano, el que me ama y a quien yo amo. Deseo que todo vaya bien para ti, tu casa, tus esposas, tus hijos, tus carros, tus caballos, etc. Nuestros padres ya fueron amigos, seamos diez veces más amigos nosotros. Que tu dios y mi dios ordenen prosperar esta amistad. Tu mensajero me ha pedido mi hija para ser tu esposa y reina de Egipto. Y yo he llevado mi hija a tu mensajero y a éste le ha gustado y ella va ahora con él... Tú enviaste a mi padre mucho oro. Mándame oro también a mí, en grandes cantidades, porque en Egipto el oro es abundante como el polvo...»

Otro dice que su hija, que pidió en matrimonio el faraón, ya ha crecido y se la mandará en seguida. Otros se quejan de sus vecinos, pidiendo protección al rey de Egipto; otros envían cobre, otros predicen rebeliones y murmuran descontentos.

Pero no fue el espíritu de rebeldía en los pueblos sujetos a Egipto lo que hizo peligrar las conquistas de Tutmés III. Fue que en el propio Egipto sobrevino una extraña aventura religiosa. Y lo más notable es que el reformador fue el propio monarca, el faraón Amen-hotep IV, legítimo sucesor de los grandes libertadores de Egipto y de los conquistadores de Asia.

La reforma acaso se venía preparando ya en tiempo de su padre Amen-hotep III, pero sólo con el nuevo faraón tomó decidido carácter revolucionario. A pesar de su constitución física, más enclenque que robusta, Amen-hotep IV no dio muestras de timidez al implantar el nuevo culto. Todos

los antiguos dioses de Egipto fueron declarados pura superstición y sus nombres borrados de las leyendas y relieves, sus templos cerrados o consagrados al nuevo dios, único y omnipotente: Atón, el dios solar. El faraón empezó por dar ejemplo, cambiándose el nombre: no se llamaría ya Amen-hotep, que quiere decir Amón-descanso, sino Aken-Atón o Espíritu de Atón. La antigua Tebas se llamaría «el Resplandor de Atón», y un nuevo templo para el nuevo dios se levantaría entre los dos grandes santuarios de Amón: los templos de Luxor y Karnak. Iguales cambios presenciaron los otros lugares sagrados de Egipto, y el celo de Aken-Atón llegó hasta edificar templos a Atón en Nubia y Siria. Es evidente que las multitudes ignorantes de Egipto no comprendieron toda la trascendencia de esta nueva religión monoteísta, pero Aken-Atón encontró bastantes devotos entre su familia y sus dignatarios y amigos

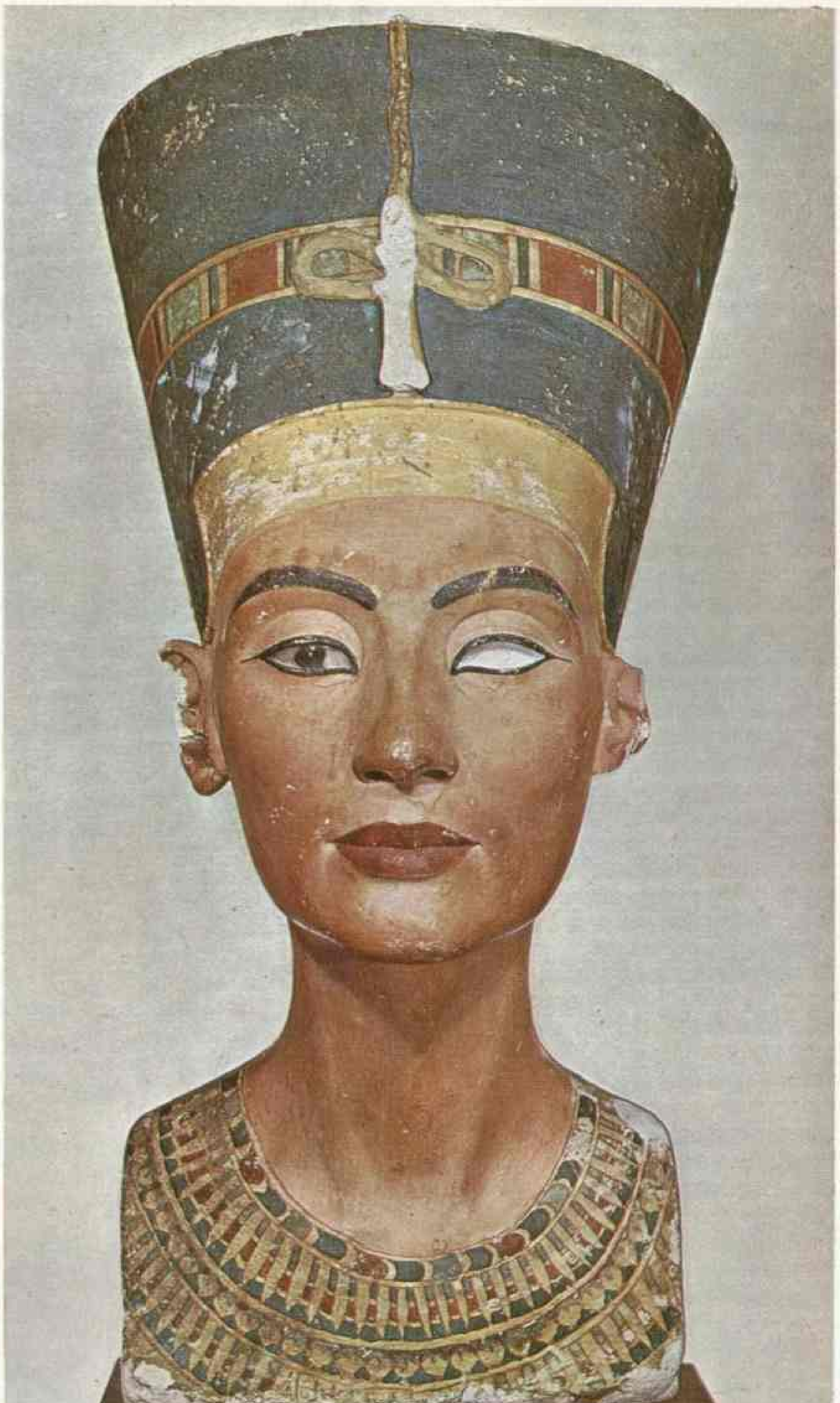


Retrato de Horemheb, general y sucesor de Tut-ank-Amón.

Retratos gigantescos de Ramsés II con el klaft en la cabeza y la fisonomía estereotipada de todos los faraones desde Kefrén, en la IV dinastía.



Retrato de Nefer-nefru-Atón, esposa de Amen-hotep IV (XVIII dinastía). Museo de Berlín.



para llevar a cabo la reforma sin gran oposición. A pesar de la ruina que para las comunidades de sacerdotes significaba el nuevo culto, no pudieron éstos oponerse a la voluntad del monarca. Porque, ¿de quién procedía la autoridad de los sacerdotes sino de Amón? ¿Y no habían ellos acostumbrado al pueblo a creer que el faraón era el propio dios Amón encarnado? ¿Cómo podían, pues, oponerse a la voluntad del monarca, que *ex cathedra* declaraba a Amón destituido y elevaba a Atón en su lugar? De la trascendencia de la reforma nos dará una idea el famoso himno a Atón, dictado por el propio Aken-Atón y esculpido en las tumbas reales. Se titula: «Alabanza de Atón por el rey Aken-Atón y la reina Nefer-nefru-Atón.» El lector debe recordar que Atón quiere decir *Sol* o *disco solar* y sabe ya también que este extraordinario himno fue escrito hacia el año 1450 antes de J. C. y es, por lo tanto, anterior de cuatro siglos a los salmos de David y cerca de tres mil años más antiguo que los himnos de los puritanos. Invirtiendo sólo algunas paráfrasis, el himno a la gloria de Atón dice lo siguiente:

«Tu aurora es hermosa en el horizonte del cielo, — ¡oh, vivo Atón, principio de la vida! — Cuando tú apareces en el Levante, — llenas toda la Tierra de tu hermosura. — Eres hermoso, grande, resplandeciente y alto sobre el mundo. — Tus rayos se esparcen por los campos — y por todo lo que tú has creado. — Tú lo unes todo con amor. — Tú estás lejos, pero tus rayos llegan a la Tierra. — Tú estás alto, pero las huellas de tu paso forman el resplandor del día.

»Cuando tú te escondes en el Poniente — la Tierra queda en tinieblas como los muertos — que duermen en sus sepulcros; — sus cabezas envueltas, sus narices cerradas — y sin ver el uno al otro—; no sienten robar los tesoros que tienen bajo sus cabezas. — Por la noche los leones dejan sus guaridas — y las serpientes venenosas sus madrigueras. — Reina la obscuridad, el mundo está en silencio, — porque quien lo ha creado descansa en su horizonte.

»Resplandece la Tierra—cuando tú te levantas; — las tinieblas desaparecen — cuando tú envías tus rayos. — Un día de fiesta es cada día para el Egipto. — Despiertan todos — y después del baño se visten — y alzan los brazos en adoración a tu aurora. — Des-



Nefer-te, o la bella esposa de Ramsés II. Obsérvese que su tocado está compuesto por los cuernos de Osiris, el disco solar símbolo de Ra y el penacho de plumas de Amón. Templo de Luxor. Tebas.

pués todo el mundo continúa sus trabajos.

»Los rebaños descansan sobre la hierba.— Los árboles y plantas florecen. — Los pájaros cantan en los pantanos. — Los corderos bailan sobre sus pies. — Todas las criaturas con alas vuelan — cuando tú has brillado. —Las barcas suben y bajan la corriente del río. — Los caminos están abiertos porque tú has aparecido. — Los peces saltan fuera del agua para verte. — Y tus rayos caen sobre el ancho mar.

»Tú creas al hijo del hombre, — tú fabricas su simiente, — tú le das vida y le cuidas antes de nacer. — Y cuando viene el día de nacer — tú abres su boca — y le proporcionas alimento.

»Cuando el polluelo pía en la cáscara del huevo, — tú le das aire para que respire allí dentro y viva. — Cuando tú le has hecho perfecto, — le haces romper el huevo — y sale con toda su fuerza, — marchando sobre sus dos patas — cuando ya ha nacido.

» ¡Cuán múltiples son tus obras! — ¡Cuán incomprensibles son para nosotros! — ¡Oh dios, nadie puede abarcar tu poder! — Tú creaste la Tierra según tu deseo, — mientras tú estabas solo. — Hombres, animales, grandes y pequeños, — los que van sobre sus pies y los que vuelan, — las tierras de la Siria y de la Nubia — y el país de Egipto, etc.»

El lector puede imaginar lo demás: hemos copiado la mitad del himno solamente. El himno acaba con una estrofa declarándose Aken-Atón el único que conoce bien a su padre. Pero a pesar de esta fórmula para divinizar al faraón, es evidente que el mundo no estaba preparado para saltar de la religión de las divinidades totémicas prehistóricas y el culto de los antepasados heroicos a este misticismo naturalista de Aken-Atón. Los súbditos debieron de ser los primeros en notar que las riendas estaban flojas en manos de este faraón filósofo. Y si Egipto se mantuvo quieto, Nubia y Siria se rebelaron. Ya antes de morir, Aken-Atón cedió el gobierno a su yerno Sakerhe, pero éste no debía de ser persona grata a los sacer-

dotes de Tebas porque coronaron como faraón al otro yerno de Aken-Atón, el tan popular Tut-ank-Amón, cuya tumba descubrió en 1922 lord Carnarvon. Como ya revela su nombre, «la imagen viviente de Amón», que esto quiere decir Tut-ank-Amón, el yerno de Aken-Atón fue ya un restaurador del culto nacional. La ciudad de Tebas volvió a ser la capital de Egipto, y Amón, después de este eclipse, brilló con renovada gloria y esplendor en los templos de Karnak y de Luxor.

La reacción religiosa, mejor dicho, teológica, consumada por el clero tebano en favor de Amón fue mucho más extremada que la revolución que había iniciado Aken-Atón al endiosar a Atón. Se creyó transigir asociando Amón a Harmakis, que era una advocación de Ra. El Ra de Heliópolis, universal, intelectual, activo por el símbolo geométrico y la palabra viva, se degradó hasta convertirlo en Harmakis, con cabeza de chacal, que es el animal del desierto árido, infecundo, azotado por el sol canicular y eterno. Para su identificación con Ra lleva el disco solar en la cabeza. Simultáneamente a la restauración de Amón como dios supremo con todo su poder en la tierra, se intensificó la piedad por Osiris, que había sido postergado con la devoción

Faraón invocando a Osiris con la mano izquierda, la de buen agüero, mientras con la derecha vierte un líquido santo en tres copas. El incienso humea a la altura del aliento de Osiris. El gran rey de los difuntos está amortajado, con sus insignias, el cetro, el cayado y el plumero para recoger la goma de los árboles resinosos. Lleva la tiara cónica, corona del Alto Egipto, y detrás, asistiéndole, Horus, que le bendice, mientras con la izquierda sostiene el signo ank, llave de la vida. Relieve del sepulcro de Seti I en Abydos.

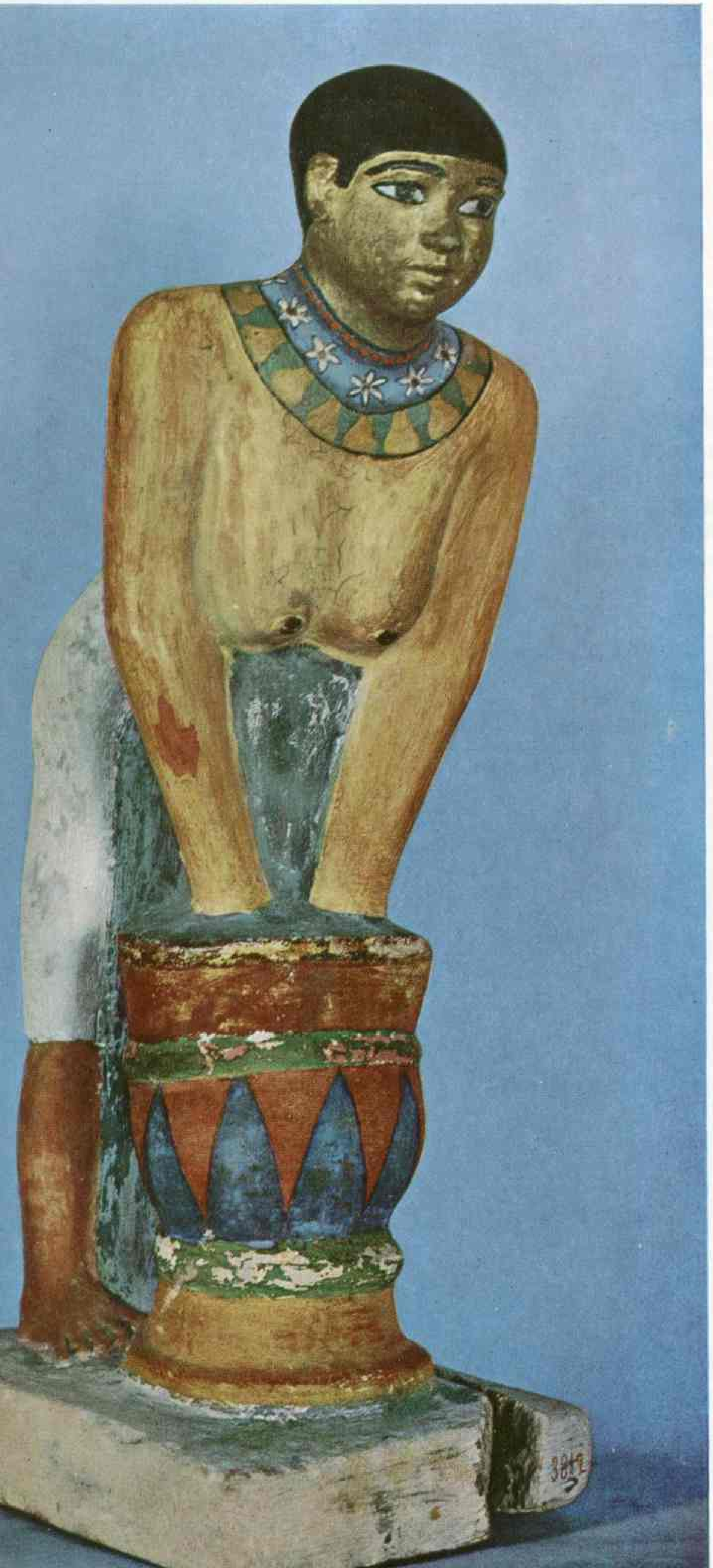


de las dinastías de Tebas. De Horus el Halcón se hizo un hijo de Osiris. Así la trinidad Amón, Harmakis y Osiris vino a suplantar la antigua de Ptah, Ra y Osiris. Consecuencia de la rehabilitación de Osiris fue el prestigio aumentado de Isis y sus magias, que perduraron hasta la época romana. Isis se convirtió en la madre y nodriza del faraón.

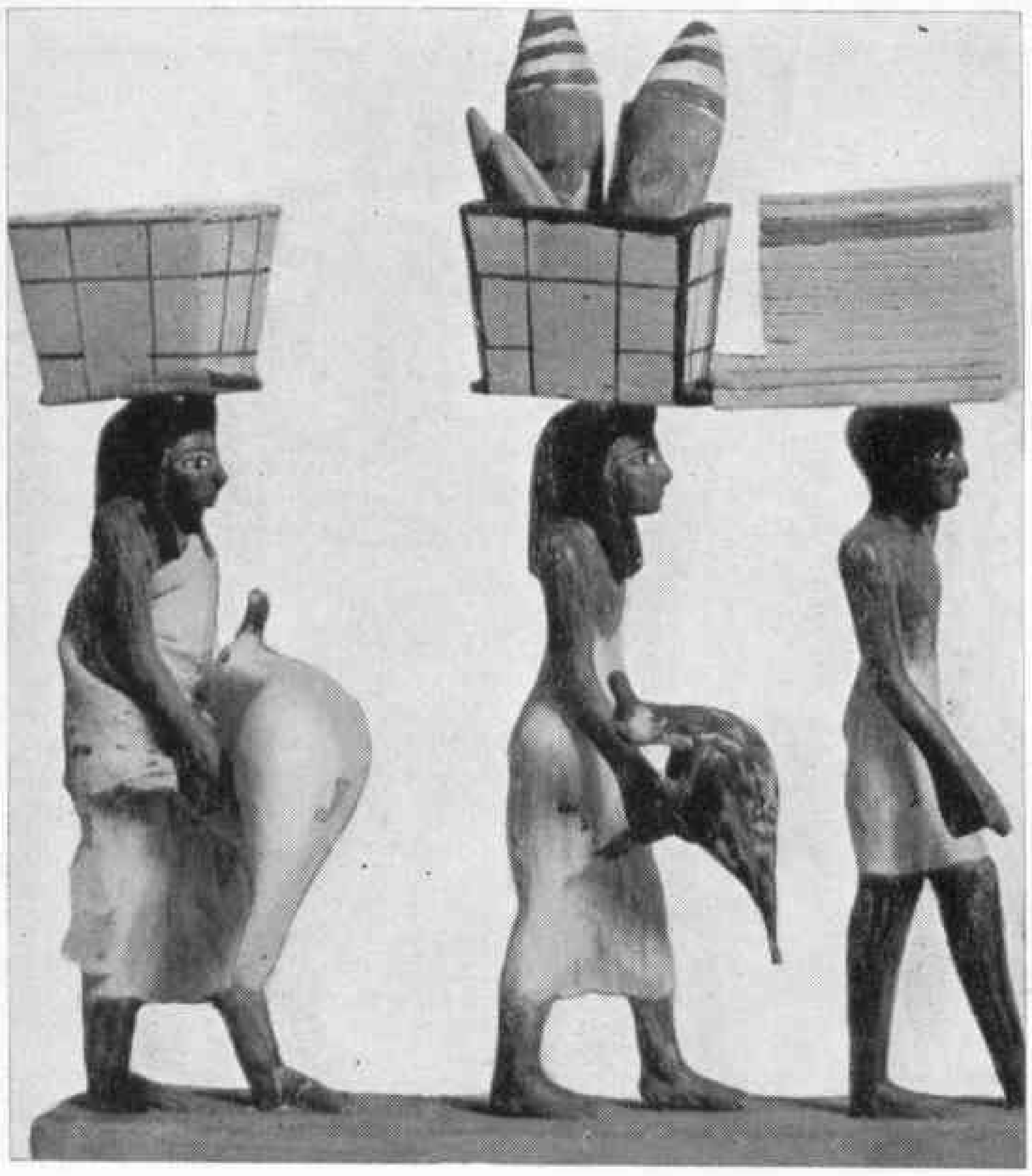
Pero ni aun con Tut-ank-Amón pareció el clero persuadirse de que la reforma estaba definitivamente ahogada, y para mayor seguridad entronizó una nueva dinastía. La transmisión del poder real se hizo con gran c a u t e l a, sin destronar a Tut-ank-Amón. Un caudillo llamado Horemheb que pertenecía a ilustre familia, de general de los ejércitos pasó a ser el «grande de los grandes» y, por fin, príncipe heredero. El inauguró la XIX dinastía, que dio a Egipto otros grandes monarcas conquistadores. Con estos faraones militares los intereses de los sacerdotes estuvieron asegurados; al hereje Aken-Atón desde entonces se le llama el criminal Aken-Atón y su nombre es borrado de las listas de las dinastías reales.

Hay que reconocer, sin embargo, que si Egipto quería conservar su influencia en Asia, necesitaba faraones como los de la dinastía que inaugura Horemheb, quien restableció la disciplina y castigó con mano dura a los que no cumplían con su deber. Un funcionario corrompido pierde indefectiblemente su nariz. El soldado que roba una piel recibe cien latigazos. Exime a los jueces de pagar tributos, para que así no tengan que vender sus sentencias. Estas sanas y civilizadas reformas substituyeron al culto idealístico del disco-dios, y aunque Horemheb ascendió hasta la Nubia y envió una expedición al Punt, sin embargo, el nuevo faraón era demasiado buen general para no demorar la dura empresa de recobrar lo que se había perdido en el Asia.

Su sucesor, Ramsés I, empezó a preparar la reconquista de Siria y organizó las campañas de Seti, su primogénito, a quien se asoció en el trono. Pero Seti halló los pue-



Sirvienta egipcia filtrando cerveza. Estatuita en barro de una tumba.



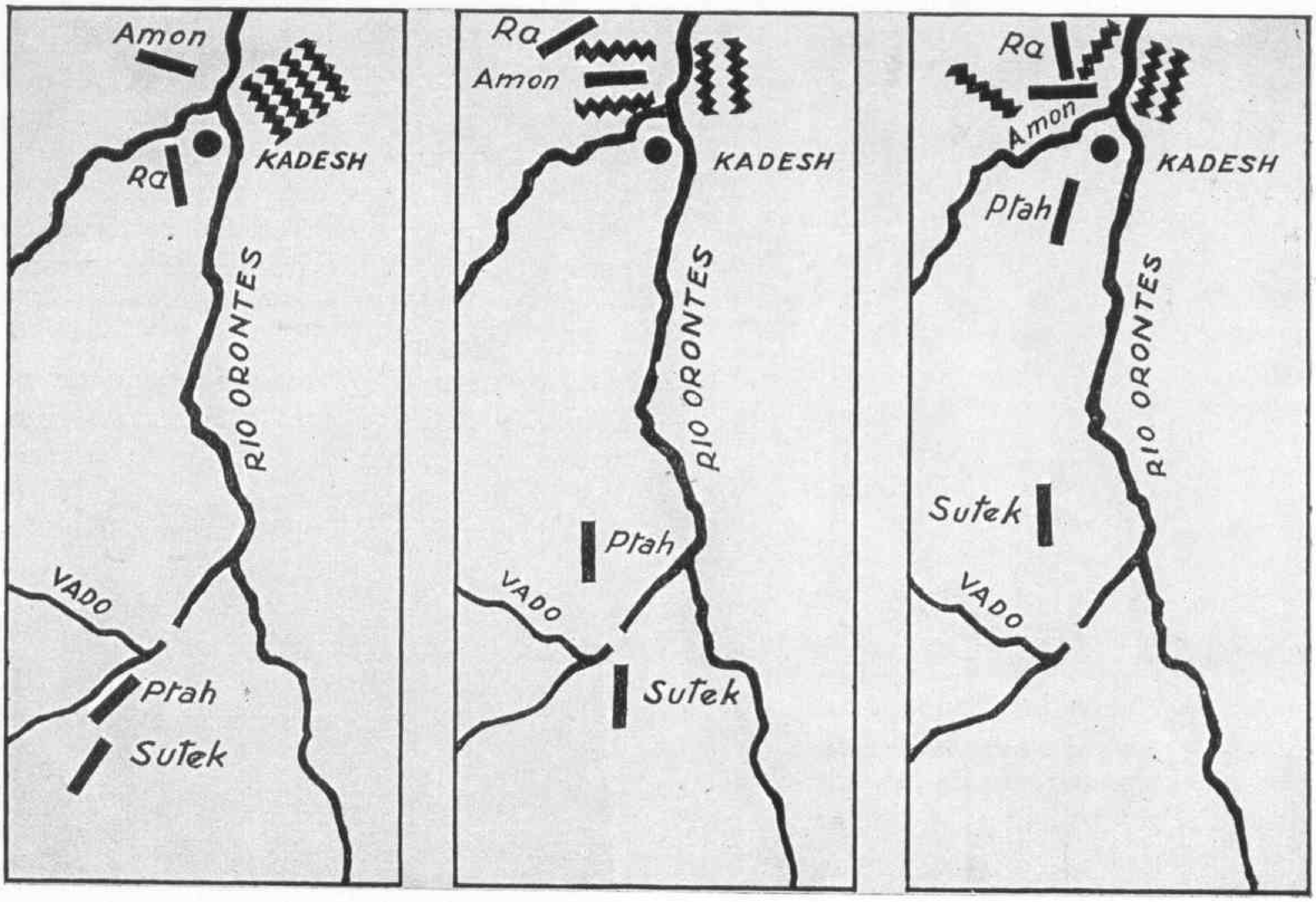
Siervos llevando ofrendas para aniversarios funerales.

blos de Asia muy cambiados desde los días de los faraones de la XVIII dinastía. Un formidable poder se había constituido en las montañas del Asia Menor: era el imperio de los hititas, o heteos, probablemente una confederación de tribus indoeuropeas. Los hititas, como han hecho siempre los arios o indoeuropeos, no sólo conquistaban como los egipcios, sino que se establecían en el país y lo colonizaban con bandas de guerreros a las órdenes de un jefe. La Biblia nos los señala ya establecidos en Palestina; el área de la ciudad de Jerusalén pertenecía a los hititas antes de comprarla David con el firme propósito de erigir allí la capital de su reino.

Estos fueron los nuevos enemigos de Egipto, y Seti I no pudo hacer más que mantenerse a la defensiva en los límites de Palestina. Fue su sucesor, Ramsés II, el que se lanzó a recobrar las tierras de *entreríos,* o sea el valle del Eufrates. Después de reanudar la explotación de las minas de Nubia, Ramsés II marchó hacia el Norte para repetir las hazañas de Tutmés III. Los hititas le dejaron avanzar sin resistencia hasta el río Orontes, en Siria, y allí le aguardaron detrás de los muros de la ciudad fortificada de Kadesh. Para despistar al invasor, enviaron dos espías disfrazados de emisarios, que engañaron a Ramsés, haciéndole creer que el enemigo se estaba retirando más allá de Alepo. Era a fines de abril de 1288 antes de J. C. El faraón había dividido su ejército en cuatro divisiones, Amón, Ra, Ptah y Sutek, y la primera, guiada por Ramsés en persona, marchaba a la vanguardia por la orilla izquierda del Orontes. Al llegar a la vista de Kadesh, otros dos escuchas prisioneros, después de

Barco egipcio con remeros. De una tumba.





1 ▬▬ *egipcios* 2 *hititas* ⩘⩘⩘ 3

Batalla de Kadesh (abril 1288 a. de J. C.) entre Ramsés II y los hititas. 1. Posición de las cuatro divisiones egipcias, Amón, Ra, Ptah y Sutek, por la mañana. 2. Ramsés II al mediodía, con la división Amón envuelta por dos divisiones hititas. Ra en desbandada. 3. Llegada de Ptah por la noche y repliegue de Ra, que permite rechazar al enemigo.

haber sido duramente atormentados, confesaron que el enemigo estaba a pocos pasos de distancia, al otro lado del río. Ramsés II, que con su división se había adelantado bastante al grueso de su ejército, comprendió el peligro que corría de ser envuelto si los hititas atravesaban el Orontes. Despachó en seguida a su visir para que fuera en persona a acelerar el avance de las divisiones de retaguardia, mientras él proseguía animosamente su marcha adelante. Conocemos los detalles de la jornada de Kadesh porque en ella el joven faraón dio tales pruebas de valor, que sus hazañas se cantaron en un poema, llamado *el poema de Pentaur* (del nombre del poeta áulico que lo compuso), que se grabó varias veces en las paredes de los templos. Además, existen seis colecciones de relieves en que se representaron los incidentes de la batalla, de manera que no carecemos de información. El gráfico de esta página dará al lector una idea de la gloriosa jornada. Ramsés, con la división Amón, se adelantó hasta más allá de Kadesh. La división Ra le siguió a poca distancia. Allí fue envuelto por dos ejércitos hititas que cruzaron el Orontes. La división Ra se desbandó y la de Amón se sostuvo por el valor de Ramsés, que cargó varias veces contra los hititas.

La situación al mediodía era desesperada, pero los hititas, creyendo ganada la batalla, se lanzaron sobre el botín del faraón para repartírselo, y en medio de la confusión, Ramsés cargó furioso sobre ellos; se

restableció el orden en la división Ra, que acudió al punto como refuerzo, mientras a lo lejos aparecía la Ptah y se decidía la jornada en favor de Egipto.

La campaña terminó con un tratado del que se han conservado dos copias, una en egipcio y otra en hitita. He aquí sus términos: 1.° Se recuerdan las antiguas alianzas entre los dos países. 2.° Se hace solemne declaración de paz. 3.° Compromiso mutuo de mantener las antiguas fronteras. 4.° Egipto pacta alianza con los hititas para mutuo auxilio en caso de agresión de un tercero. 5.° Extradición de refugiados políticos en ambos Estados. 6.° Extradición de emigrantes. 7.° Los dioses de ambos países son testigos del tratado. 8.° Maldición al que lo violare primero. 9.° Bendición a los que lo observaren. 10. Promesa mutua de no tomar venganza en las personas cuya extradición se ha convenido.

Este fue el resultado de la batalla de Kadesh. Sin humillaciones, y aun con gloria, recobró Ramsés II lo que había conquistado Tutmés III, pero no hizo avanzar ni un paso la frontera de Egipto. Trece años más tarde, en 1259 antes de J. C., el rey hitita fue a visitar a su aliado, en Egipto, para efectuar el casamiento de su hija mayor con Ramsés. Libre de cuidados exteriores, Ram-



Un faraón arrodillado delante de Amón. El gran dios de Tebas con su penacho de plumas en la cabeza pasa al monarca el sable real curvo para dar órdenes y la maza con la bola para rematar a los heridos. Del largo cayado de Amón se exhala el signo de vida que va a parar a las narices del faraón. Otro signo igual emana del cayado de Harmakis, una personificación tebana del astro solar. Lleva el círculo de Ra en la cabeza y su cara es la del chacal del desierto asoleado. Relieve del sepulcro de Seti I.



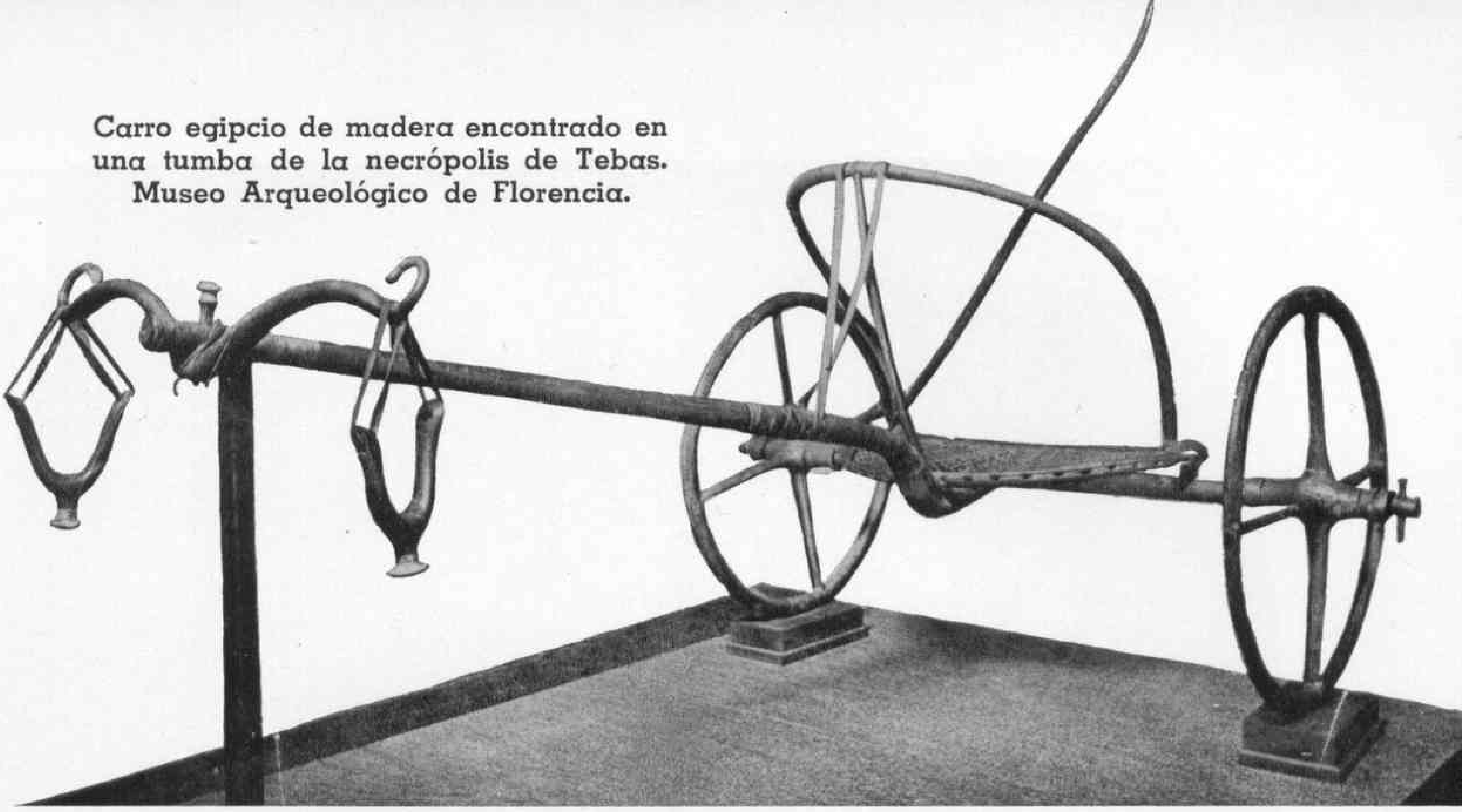
Patio del templo de Amón en Luxor. Tebas.

sés II construye templos y levanta estatuas gigantescas para perpetuar la fama de su nombre.

Los sucesores de Ramsés II ya no pudieron extender sus conquistas e influencia política. Tuvieron que defenderse de agresiones, y con grandes peligros mantener la independencia. Egipto tenía fama de ser un país rico y los vecinos, hasta los lejanos, ambicionaban los tesoros allí acumulados en siglos de paz y guerras. Dos veces se formaron coaliciones de *bárbaros* para invadir el valle del Nilo, y en ambas los faraones de la XIX y XX dinastías tuvieron que movilizar grandes ejércitos y armadas para detenerlos en la frontera de Libia y en el istmo. La primera coalición fue de «pueblos del mar», esto es, de los habitantes de las islas del Mediterráneo, Sicilia y Cerdeña, que habían constituido un pueblo de piratas, con los libios africanos, quienes, sometidos nominalmente a los faraones en un principio, fueron adquiriendo poco a poco mayor agresividad. Sólo pudo detenerse con grandísimas pérdidas, y, en especial para combatir a los piratas, las gentes del delta tuvieron que crear una marina de guerra. La segunda coalición fue la de los filisteos o cretenses, establecidos en Palestina, con los reyezuelos de Siria. Atacaron dos veces en tres años y para detenerlos se tuvo que recurrir no sólo a los hombres, sino también a los dioses. La victoria se atribuyó al socorro de Amón, el dios de Tebas, y el sacerdocio lo aprovechó para obtener nuevas concesiones y donativos.

Al fin de la XX dinastía, la influencia del templo de Amón y sus sacerdotes se hizo predominante hasta el punto de que el sumo sacerdote tebano se erigió en faraón sin cortapisas. Una sombra de monarca faraónico fue relegada a una ciudad del istmo, pero la política local e internacional se dirigía desde el templo de Amón. Se ha comparado su influencia con la de otras metrópolis sacerdotales; algo parecido ocurrió en Bagdad cuando los califas son jefes

Carro egipcio de madera encontrado en una tumba de la necrópolis de Tebas. Museo Arqueológico de Florencia.

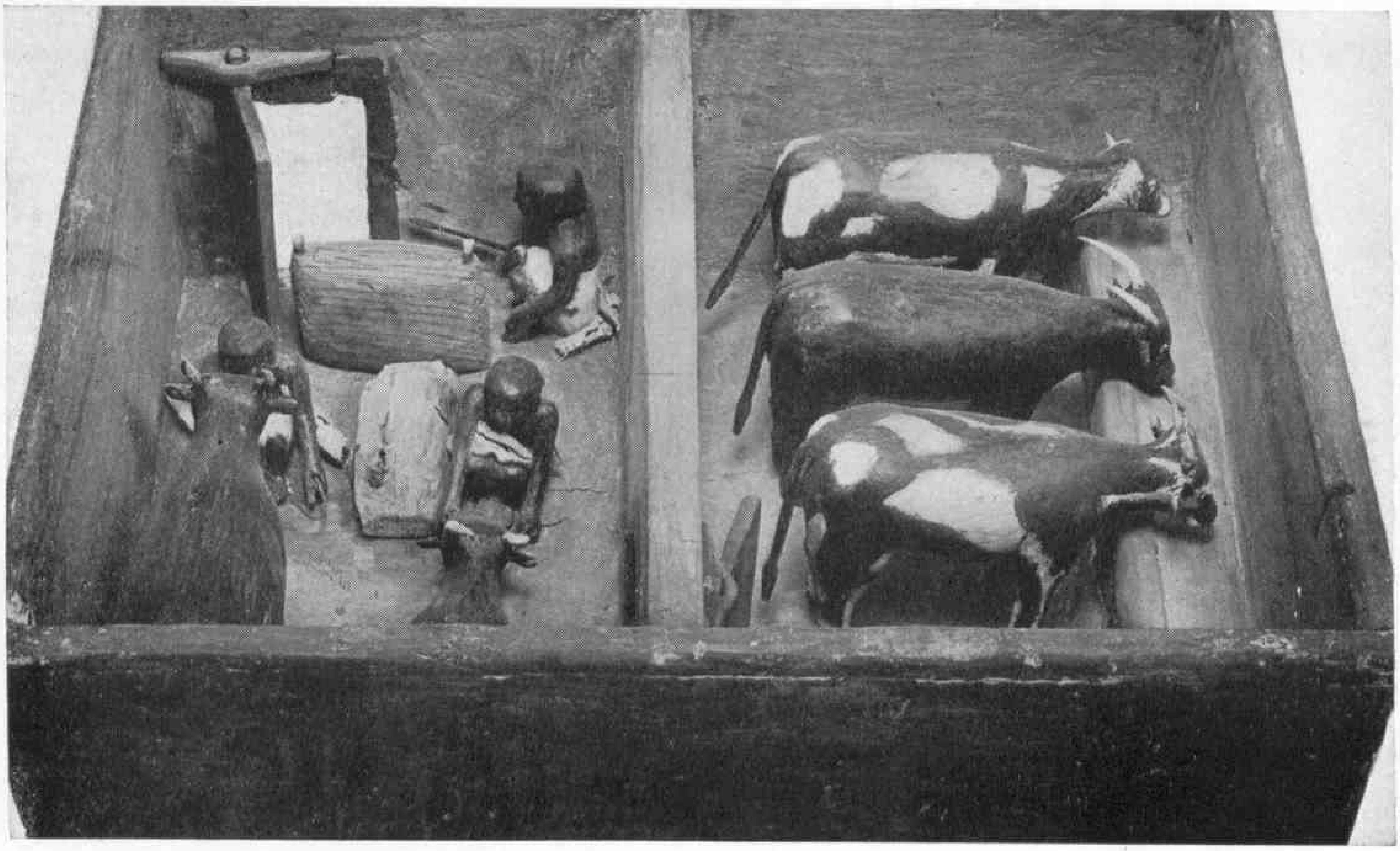


del Islam «que reinan pero no gobiernan». La fuerza del clero tebano dependía no sólo del prestigio de Amón, con sus auxilios espirituales y sus oráculos, sino más todavía de sus riquezas. Los templos no pagaban impuestos y además recibían regalos de tierras: el papiro Harris, de varios metros de largo, nos informa de las propiedades de Amón. Todo el Egipto le pertenecía.

Pero este bosquejo de Egipto, durante las dinastías de los faraones guerreros y de los inactivos, no sería completo si no diéramos, además, una idea de la vida ordinaria de sus súbditos. Claro está que siendo el faraón la encarnación de un dios, la prosperidad de Egipto dependía de su salud y por él

Patio de ingreso al templo de Edfú con la sala hipóstila en el fondo.





Modelo funerario de un corral.

rogaba diariamente todo el pueblo. El rey, en teoría, debía gobernar personalmente, pero, en la práctica, las comunidades religiosas de los templos gozaban de tal influencia, que eran los sumos sacerdotes los que de hecho gobernaban en Egipto. Ellos veían al dios y éste les comunicaba oráculos e instrucciones para su hijo el faraón. Los sacerdotes egipcios dieron prueba, en muchos casos, de gran habilidad y refinada cultura; los textos religiosos de Egipto son buena prueba de su elevación moral. Practicaban el ascetismo y se preparaban para los actos del culto con el ayuno, la castidad y la oración, lavándose el cuerpo con aguas perfumadas. El gran sacerdote de Menfis era llamado *el Sumo Artesano* y el de Heliópolis era *el Gran Vidente*. Además de estos altos dignatarios, había una multitud de categorías inferiores: *los divinos padres, los sacerdotes de la hora, siervos de los dioses,* cantores, escribas, amanuenses, etc. Al margen de estos cultos superiores, el pueblo entero creía en magias, brujerías y encantamientos. Los amuletos son abundantísimos en las tumbas; las oraciones para librarse de las serpientes venenosas, innumerables. Se conservan las actas de un famoso proceso por las que sabemos que se descubrió una conspiración para embrujar a Ramsés III con retratos suyos de cera. Las tumbas proporcionan infinidad de estatuillas de madera, que, si por algún tiempo acompañaron al muerto en su segunda vida, ahora nos auxilian a nosotros para enterarnos de las faenas diarias de los siervos y campesinos. Incluso hay en las tumbas modelos en miniatura de las casas, barcas, establos, mataderos, etc.

Los egipcios iban vestidos casi exclusivamente de tejidos de hilo, porque la lana era considerada impura. El vestido era un trozo de lienzo sujeto a la cintura, pero en las fiestas y ceremonias usaban una especie de túnica de mangas cortas y espléndidas joyas. Por lo general, los egipcios llevaban

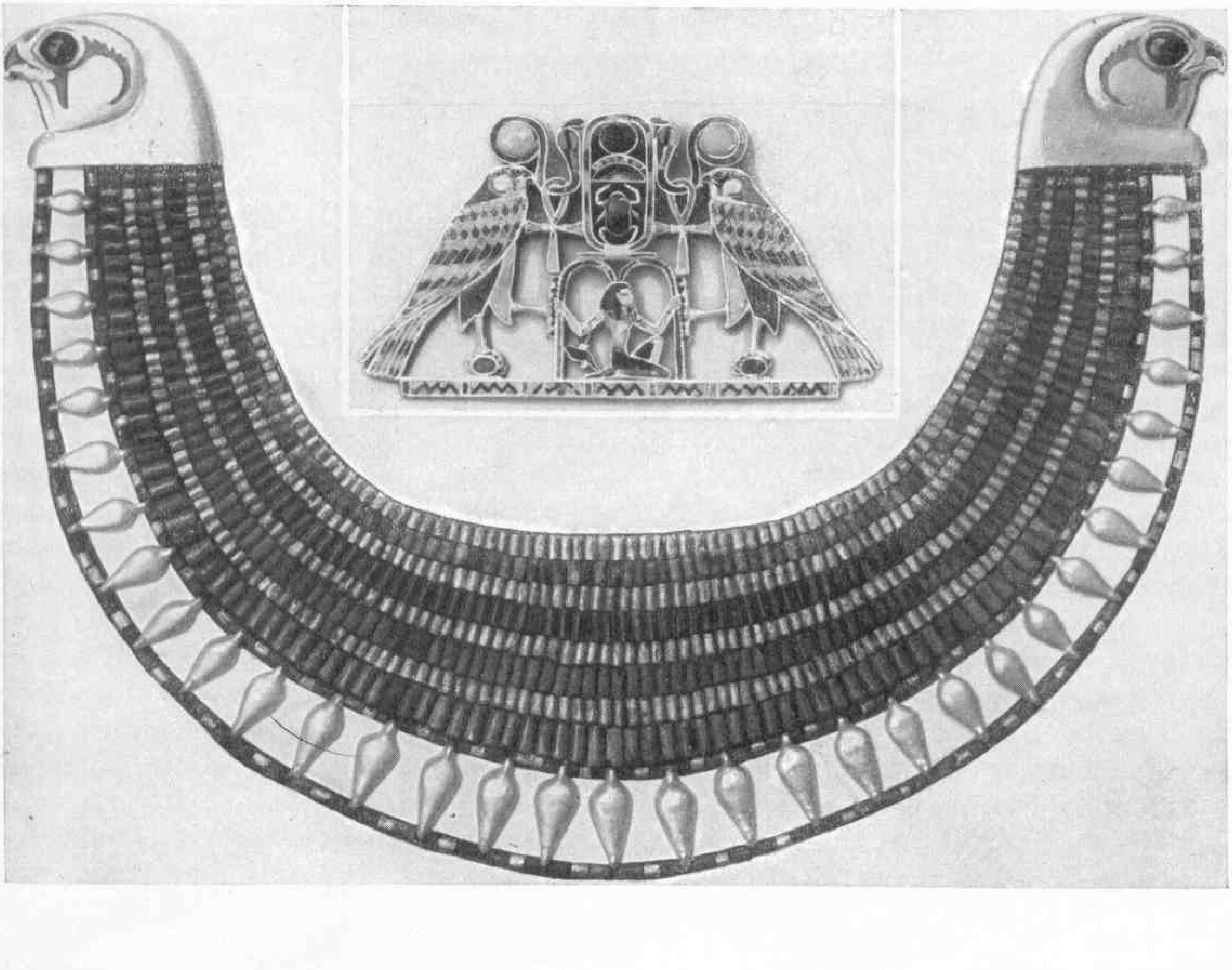
la cabeza y la cara afeitadas, pero en ocasiones se ponían una barba postiza proyectada hacia fuera; ésta era una forma de barba tradicional del país del Punt, lugar de origen de los primeros *servidores de Horus.*

Las casas estaban generalmente construidas de barro, con techo de palmas y barro. En el interior sólo había dos o tres habitaciones, pero al lado de la casa una escalera conducía al tejado, donde dormía la familia en las noches calurosas. Todo el afán de los egipcios se concentraba en su familia, sus esposas y sus hijos. Aunque algunos se casaban con varias mujeres, sólo una de ellas gobernaba la familia y era llamada *nebt-per,* señora de la casa. El nacimiento de los hijos era motivo de regocijo y se les daban nombres que revelan un cariño ingenuo y maternal. Estos nombres siguen la moda de la época y por ellos se puede conjeturar la edad de una tumba o una estatua. Otros sólo quieren decir: el fuerte, el dulce, el gatito. Las madres de alto rango confiaban el niño a la nodriza, que inmediatamente pasaba a ser, por ello, un miembro más de la familia. En los esfuerzos que hace para legitimar su usurpación, un faraón se asegura en el trono casándose con la nodriza del faraón anterior.

Hasta los animales parecen haber recibido un trato cariñoso: algunos fueron embalsamados y sus momias encerradas en cajas magníficas.

Todo esto revela que los egipcios eran, a pesar de sus supersticiones, una raza dotada de natural bondad. No encontramos en ellos ni en su historia los rasgos de cruel-

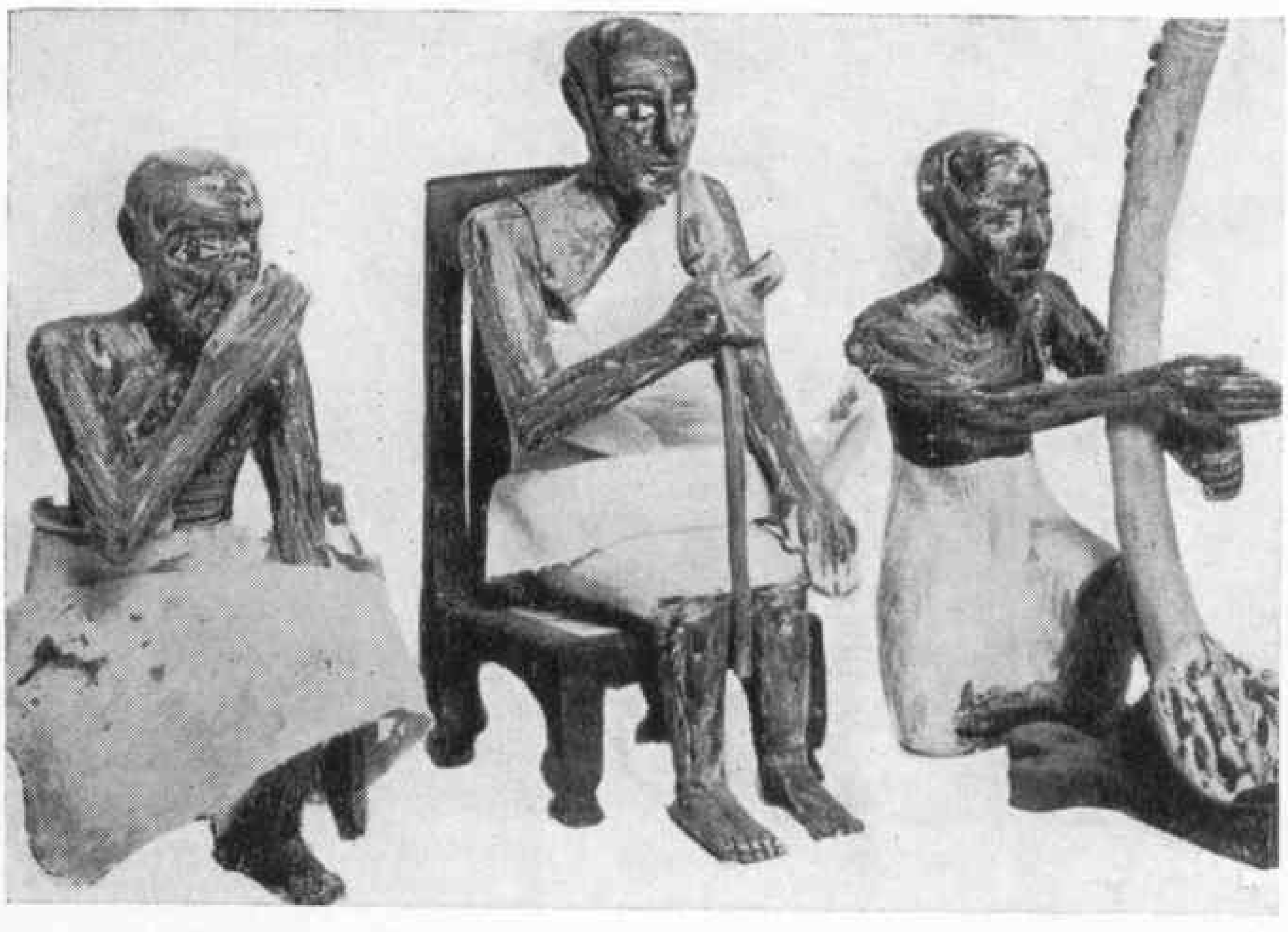
Joyas de un faraón. Museo de Nueva York.



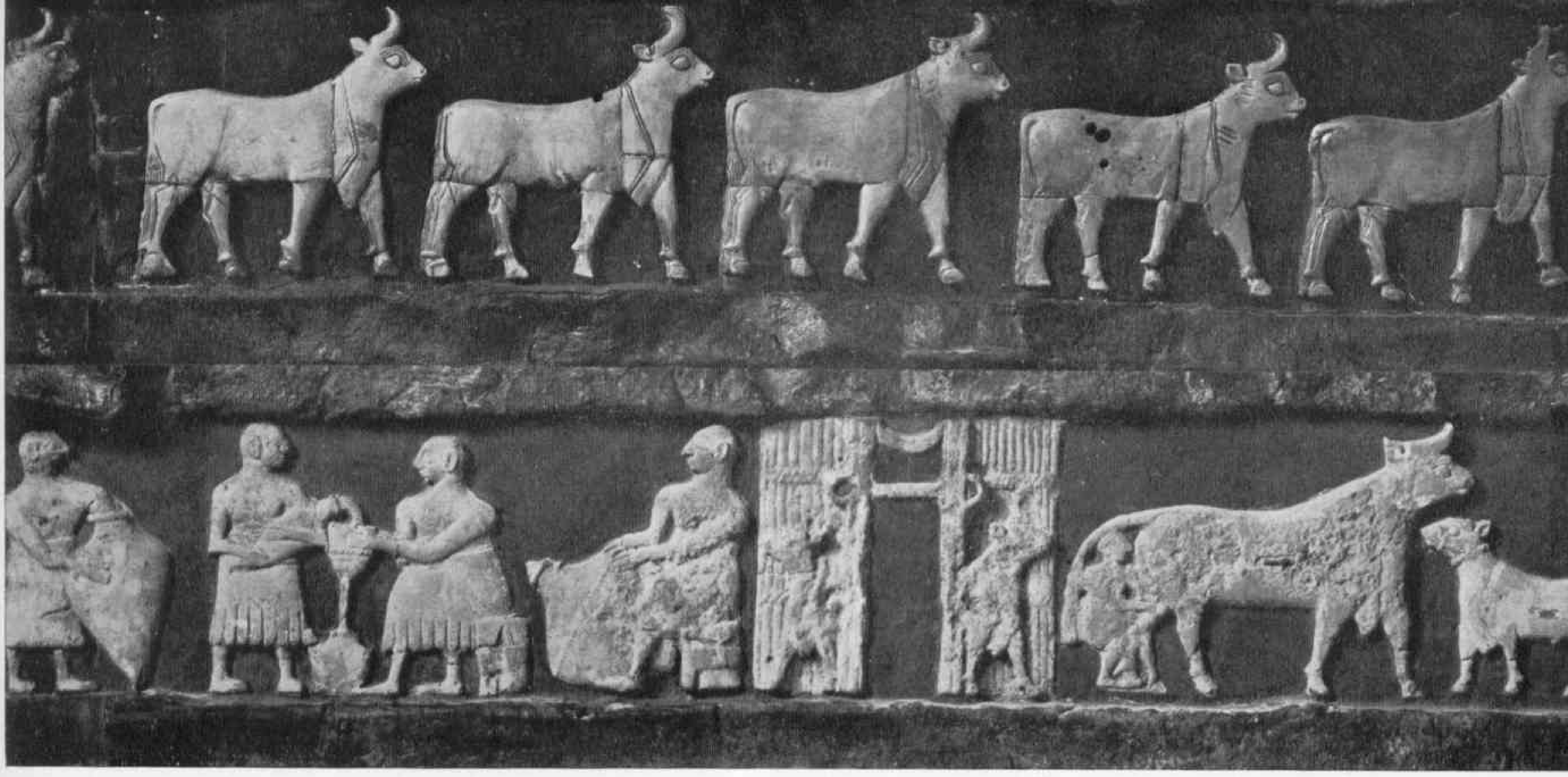
dad que son característicos de los pueblos de Asia. Pero éstas son cualidades negativas. Lo que importa es saber, en definitiva, qué debe la humanidad a Egipto. Su arte, sus construcciones gigantescas, tanto las de las primeras dinastías, en forma de pirámide, como más tarde, las de los grandes templos de las dinastías tebanas, fueron y son un estímulo a proyectar en grande y edificar sin vacilación grandes santuarios con columnas. La visión y el recuerdo de aquellas construcciones del valle del Nilo inspiró a los arquitectos romanos y ellos nos inspiraron a nosotros. Aunque la forma de nuestras obras monumentales no conserve trazo del estilo egipcio y nos valgamos con preferencia de los órdenes griegos, la proporción y magnitud de nuestras actuales construcciones oficiales no son helénicas. Mantenemos el ímpetu faraónico.

En escultura, los griegos reconocían que habían aprendido de los egipcios y las primeras estatuas masculinas del arte griego arcaico imitan los retratos funerarios egipcios, con el gesto de los brazos y avance del pie izquierdo, el de buen agüero en el valle del Nilo.

No se puede discernir perfectamente lo que debe la humanidad al pensamiento egipcio, pero no hay duda que mucho de lo que enseñaron los filósofos presocráticos lo recibieron —acaso mal comprendido, pero intensamente creído — de los santuarios de On y de Menfis. Por último, la magia, la fe en la vida intensificada o renovada con conjuros, es enteramente una herencia del culto de Isis. ¡Pobre herencia para muchos! Pero eficaz para algunos todavía en nuestros tiempos. La humanidad avanza hasta con errores.



Músicos ambulantes. Figurillas de un sepulcro.



Placa de madreperla y betún representando a sumerios ordeñando vacas y fabricando mantequilla.

15 PRIMERAS CIVILIZACIONES DE MESOPOTAMIA

Los griegos llamaban Mesopotamia, que quiere decir *entre-ríos*, al país de los valles inferiores del Eufrates y el Tigris. Los dos ríos corren paralelos atravesando un llano de aluvión que forman con sus inundaciones; ambos crecen regularmente cada primavera, pero su crecida no dura tanto como la del Nilo. El Tigris suele subir a principios de marzo, al fundirse las nieves de las montañas de Armenia; a mediados de mayo empieza a decrecer y vuelve a su cauce normal a últimos de junio. El Eufrates, que recoge las aguas del Taurus, empieza a hincharse a últimos de marzo y sigue subiendo hasta junio, mes en que llega a unos cuatro metros sobre el nivel ordinario. A mediados de julio vuelve a descender y sigue descendiendo hasta el período de las aguas bajas, que comienza en septiembre.

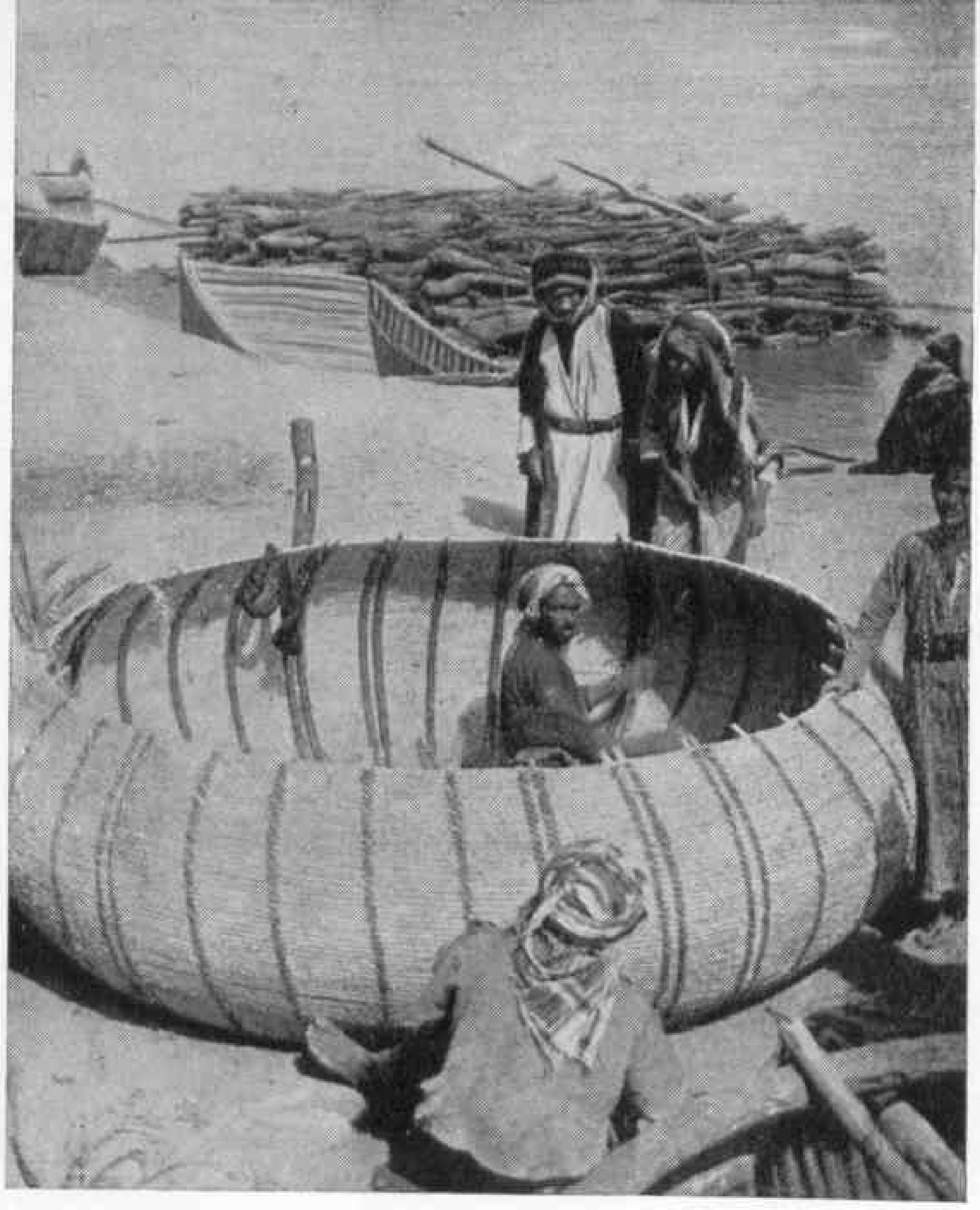
La lluvia en Mesopotamia es tan escasa como en Egipto, de aquí la necesidad de aprovechar para el riego este fenómeno de la inundación. En la antigüedad, las riberas estaban protegidas por muros de ladrillo, y numerosos canales conducían el agua a través del llano y la embalsaban para distribuirla en los períodos de sequía. Este sistema perfecto de acequias y lagunas está hoy completamente destruido, y el país, que, según los escritores griegos, producía hasta el trescientos por uno del grano que se sembraba, es ahora un desierto inculto, con grandes regiones pantanosas y malsanas. Los cursos de agua, hoy cegados, servían en otro tiempo para la navegación, y los viajes, tan penosos por el desierto, se hacían cómodamente por los canales. Para esto se usaban armadías sostenidas por odres de cuero o botes hechos de cañas y arcilla, que todavía están en uso en los dos ríos.

El *Génesis* pone en la Mesopotamia la cuna de la humanidad; allí creó Dios al hombre y allí estaba el Edén o Paraíso te-

Dos tipos primitivos de embarcaciones:

Kufas o botes de cañas y arcilla que surcan el Eufrates.

Construcción de una armadía sostenida con odres hinchados.





rrenal. Allí vivieron los patriarcas hasta el Diluvio, allí se edificó la torre de Babel, y de una ciudad del delta del Eufrates, llamada Ur, partió Abrahán para Palestina. La Biblia está llena de referencias a este país de entre-ríos; su historia está relacionada con la del *pueblo escogido*, y esto ha hecho que se explorara Mesopotamia con un interés superior acaso al que despierta Egipto.

No vamos a describir aquí con todo detalle la penosa labor de los arqueólogos para excavar las ruinas de las antiguas ciudades mesopotámicas. Ha sido un trabajo que ha necesitado un siglo entero y al que se han dedicado cuatro generaciones de hombres ilustres. Como sea que el llano de la Baja Mesopotamia carece de piedra, las construcciones, hechas de ladrillos sin cocer, han formado una sola masa con el terraplén sobre que estaban edificadas, destacando ahora su silueta sobre la llanura uniforme del desierto. Algunas ruinas son simplemente un montículo solitario; otras están compuestas de varias colinas artificiales, cada una de las cuales sería un monumento o grupo de ellos sobre un mismo pedestal; a veces la extensión de las ruinas ocupa, como en Babilonia, varios centenares de hectáreas de terreno. Los *tells* o montículos de ruinas han sido explorados, más o menos completamente; en algunos sólo se han abierto trincheras y zanjas paralelas para reconocer su contenido; otros han sido excavados metódicamente, reconociendo con cuidado las capas arqueológicas de su interior. Porque en este llano. expuesto ya en la antigüedad a las inundaciones, no se apartaban los escombros al erigir un monumento sobre el área de las viejas edificaciones, sino que se construía sobre ellos, para así levantar más el nivel de la construcción, y por lo tanto estos montículos constituyen una verdadera superposición de ruinas.

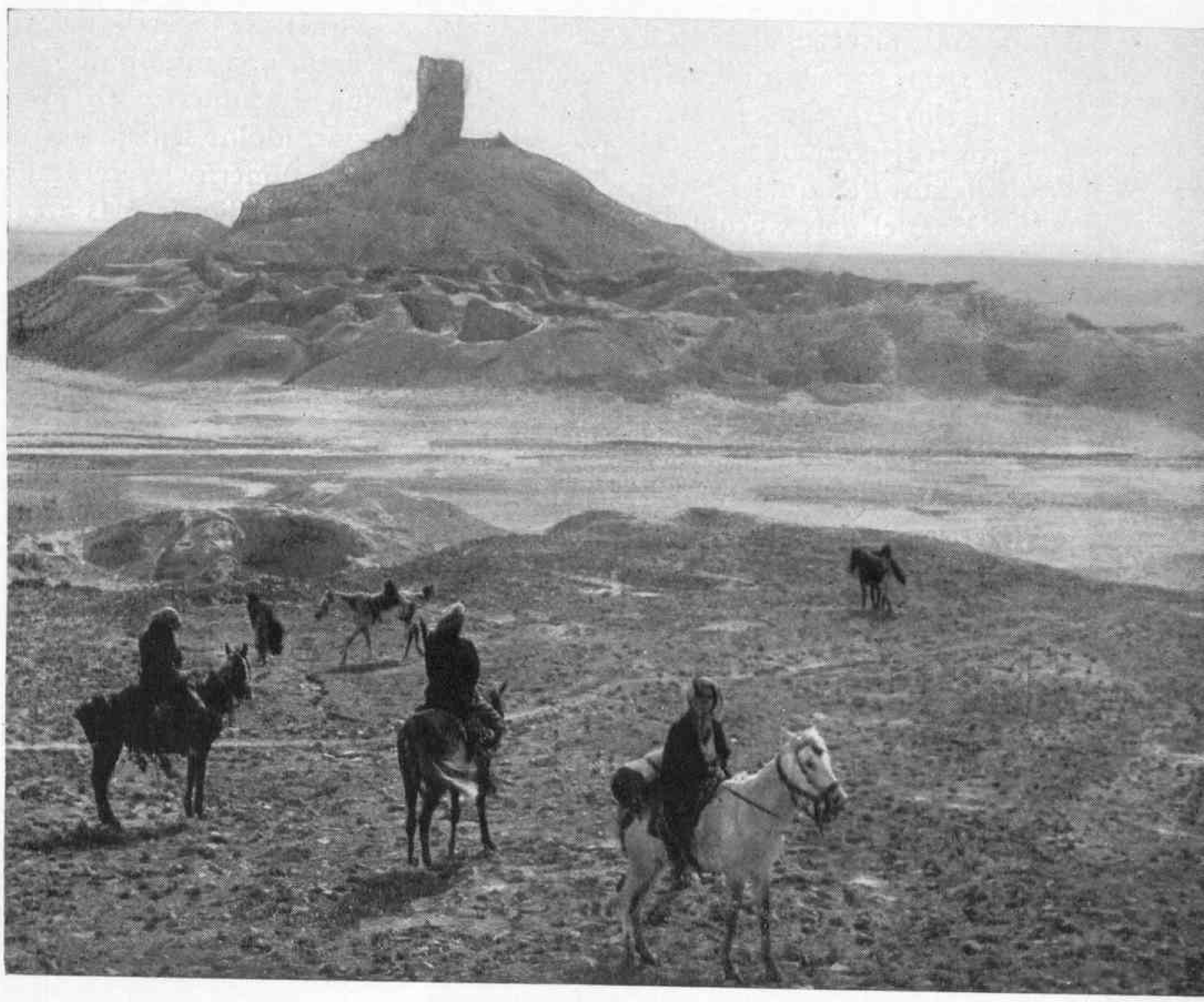
Pero, a pesar del riguroso método científico adoptado en estos últimos años, no ha sido posible encontrar todavía en Me-

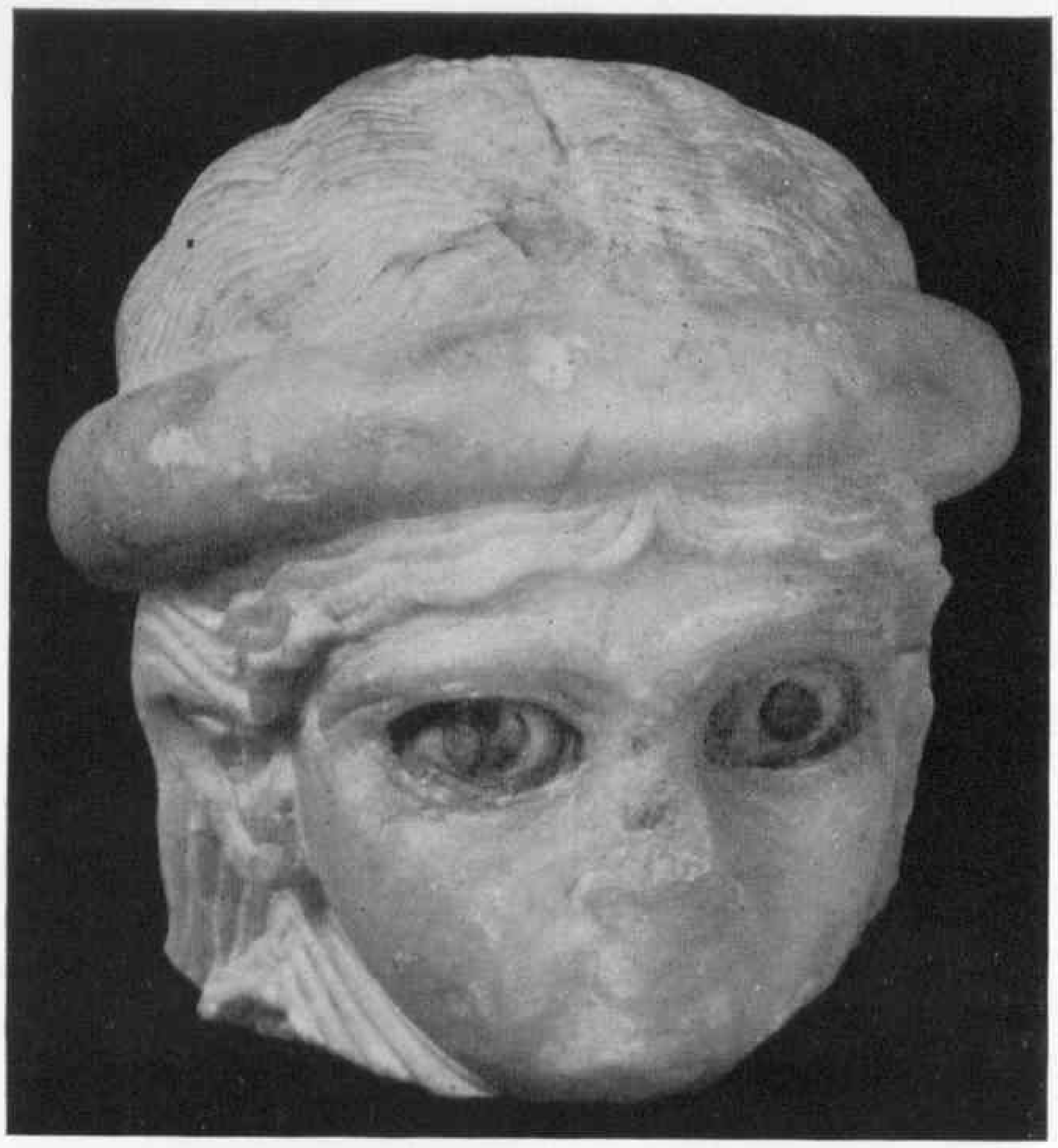
sopotamia una estación humana con útiles de piedra anterior a las civilizaciones históricas. Hay que recordar que con sus periódicas crecidas los ríos han cubierto la llanura de una espesa capa de aluvión que impediría reconocer el paso del hombre si no fuera por las plataformas artificiales de que ya hemos hablado, y que, además, al hacer capas algo profundas en el suelo, el agua que por ellas se infiltra impide continuar la excavación. Por esto resulta la paradoja de que el país que se ha supuesto ser la cuna de la humanidad no proporciona restos del hombre primitivo; las más antiguas pruebas de la existencia del hombre en Mesopotamia son esos *tells* de ruinas superpuestas de que antes hemos hablado. Y en las más profundas de sus capas, en los más primitivos palacios edificados sobre ellas, en los primeros días de su construcción, ya aparecen restos de un pueblo organizado civilmente, con principios de Derecho, con un culto complicado y, sobre todo, con un sistema de escritura apto para recordar su historia a las generaciones futuras.

Otra gran sorpresa ha sido tener que reconocer que los primeros pobladores de este país singular, los que se organizan allí en Estados ya cinco mil años antes de J. C., no son, como habíamos imaginado y hacía sospechar la Biblia, de raza semítica. Los semitas llegaron más tarde, fueron unos invasores; antes de su llegada había establecidos en los valles del Eufrates y el Tigris otros pobladores que conocemos con el nombre de *sumerios*, de Sumer, como ellos mismos llamaban a su país.

Hoy la historia de estos primeros pobla-

Aspecto de un *tell* o montículo de ruinas antes de las excavaciones. Birs-Nimrud o castillo de Nemrod, cerca de Babilonia.





Dama sumeria con peluca.
Cabeza procedente de Ur.

dores de la Mesopotamia (o sea los sumerios) está documentada, porque ya hemos dicho que poseían un sistema de escritura, y sus inscripciones y tabletas se leen sin mucha dificultad debido a que los semitas posteriores, para quienes la lengua de los sumerios era tan extraña como para nosotros, tuvieron buen cuidado en conservar los textos de aquella otra raza que les precedió en el país y acompañados a veces con traducciones en su lengua semítica puestas al lado.

Hoy no queda ninguna duda de que la lengua de los sumerios no es semítica; parece más bien emparentada con las lenguas del grupo turanio, a que pertenecen el turco, el finlandés y el mongol. Tampoco el tipo físico de los primeros pobladores de Mesopotamia es semítico: tenemos relieves y estatuas que nos dan perfecta idea de su parecido y los muestran muy distintos de los típicos semitas que habían de llegar después. Los sumerios llevan rapadas la cara y la cabeza, tienen la nariz grande y puntiaguda, los labios carnosos, pero no curvados como los semitas. Visten un simple manto doblado desde la cintura hasta los pies, como unas enaguas; a veces este manto sube hasta el hombro. Algunos cubren su cráneo afeitado con un turbante, que parece signo de autoridad. Las mujeres llevan una túnica de lino y encima un manto de lana que cubre el cuerpo.

Desde luego, cabe preguntarse de dónde venían estos primitivos habitantes de Mesopotamia, si no queremos aceptar que hubieran sido creados del limo del Edén, como nuestro padre Adán. Ya hemos señalado el parentesco de la lengua de los sumerios con la de los turcos y mongoles; hay, pues, que buscar su origen común en el Turquestán. Hoy se cree que emigraron al acabar el último período glacial, cuando las regiones del centro de Asia empezaron a adquirir su climatología actual.

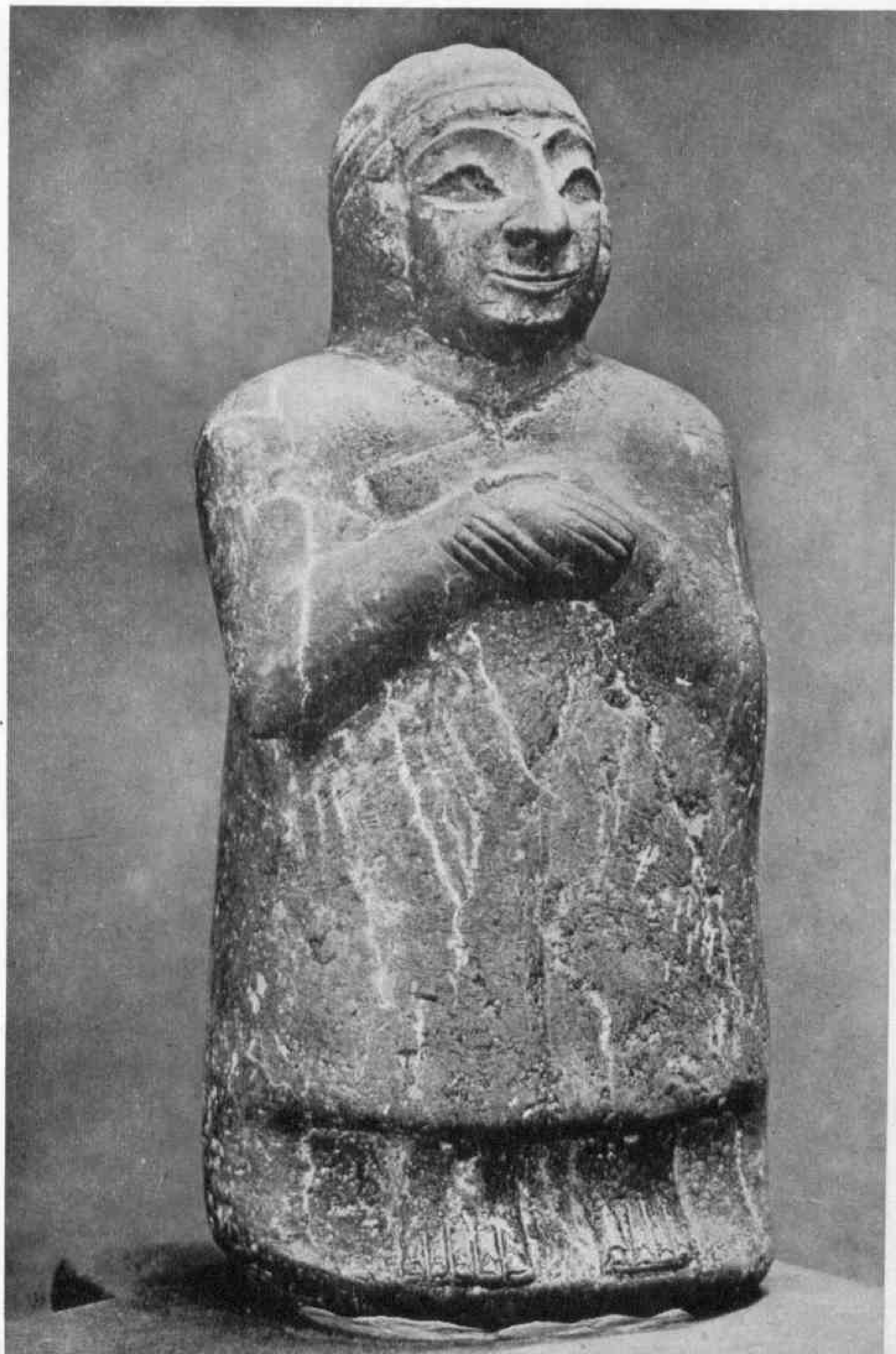
Las modernas exploraciones han puesto de manifiesto que, en una época remota, aquellos lugares estuvieron habitados, y hasta una misión de la *Carnegie Institution* ha descubierto, en los montículos de ruinas, ídolos semejantes a los primitivos ídolos sumerios y cerámica pintada análoga a la de Sumer más arcaica; en cambio, las inscripciones o pictografías que podrían relacionar los primitivos jeroglíficos chinos con los caldeos no han aparecido todavía.

Al notarse los primeros síntomas del cambio de clima, al acabar el período glacial, grandes enjambres de sumerios debieron de emigrar siguiendo las corrientes de agua hasta establecerse en el delta del Eufrates. Donde la tierra quedaba al descubierto de las aguas, se formaron grupos de chozas que después fueron las viejas ciudades de Caldea. Cada una de éstas reconocía un espíritu protector, de carácter semitotémico, y hasta cuando estas divinidades locales se hicieron antropomórficas, cada dios o diosa tuvo un animal sagrado predilecto, que es reminiscencia de la mentalidad prehistórica

y subsiste al lado de una concepción más espiritual. Además, el culto tan fuertemente radicado para cada dios en una ciudad determinada indica que en un principio los dioses eran espíritus protectores de un clan o de una familia que se estableció primeramente en aquel lugar. En Eridu, la más venerable de las ciudades de la Baja Mesopotamia, se practicaba el culto de Ea, que en su origen debía de ser el espíritu del abismo, el remolino de las aguas, del que encontramos recuerdo hasta en la Biblia. Así Eridu era, pues, la ciudad santa, la Reina de las ciudades, que con este epíteto se la nombra centenares de años antes de que Babilonia fuera la metrópoli. El animal consagrado a Ea era, naturalmente, el pez con cabeza humana; pero, además, Ea tenía un dios consorte, Dakina, la tierra. El agua y la tierra eran, por consiguiente, los dos primeros elementos de que se creó el mundo, según los primitivos habitantes de Eridu.

A veces, estas divinidades pareadas tenían su culto establecido en distintas ciudades. En Ur, la ciudad de donde procedía Abrahán, se practicaba el culto a la Luna, que era un dios masculino, el *padre de los dioses* y padre de su paralelo el dios Sol, femenino. La diosa Ishtar, que después fue la Astarot o Astarté de los fenicios y aun la Venus de los griegos, parece haber sido también, en principio, un espíritu masculino, un planeta. Su culto empezaría en Ereck. Otras ciudades tenían espíritus parecidos y toda la cohorte celestial se organizó después en un gran panteón presidido por Marduk, el dios de Babilonia. Marduk o Merodac es el famoso Bel o Belo de los griegos, pero en los días prehistóricos debió de ser únicamente el dios local de Babilonia. Es significativo que Marduk sea hijo de Ea, el dios-abismo; esto hace pensar que Babilonia pudo haber sido una colonia de Eridu. De todos modos, en la época del apogeo de Babilonia, Marduk pasa a ocupar el lugar de Zeus en la mitología griega, y Ea, el viejo dios, queda relegado a lugar obscuro, como reliquia de otra religión más antigua, al modo de Kronos, el padre de Zeus.

He aquí cómo Pirenne explica la cosmogonía de los primitivos sumerios. Empieza por fijar que las ideas religiosas se concretaron como sistema organizado en Nippur, que era la ciudad más central del delta y donde había un templo a Enlil, dios del suelo fértil y creador. La creación, según los sacerdotes de Nippur, había comenzado con los dos elementos en que se dividió el caos primitivo: el genio masculino Apsú era el espíritu; Tiamat, femenino, era la materia inerte. Apsú se identificó



Estatuilla sumeria.

también con el Océano, siempre en agitación. El mundo se creó al penetrar la energía de Apsú en la gleba. De Apsú nacieron tres hijos masculinos: Anu, el dios celeste con su bóveda estrellada; Ea, el genio del agua fecunda, con peces que nacen sin que nadie los haya sembrado, y Enlil, el rey de la tierra. Enlil es el que castiga y premia a los humanos. Vale la pena de copiar el texto de Nippur que explica la creación: «Cuando el dios Apsú hubo creado el Cielo y que el Cielo creó la Tierra y que de la Tierra salieron los ríos y los ríos formaron los pantanos y en los pantanos aparecieron gusanos...», entonces la vida comenzó en el mundo.

Mientras en Egipto la creación se explicaba como una realización de la conciencia divina, un acto de fe y voluntad del espíritu, Ra actuando por medio de ideas, en Sumer la creación es el producto del carácter mismo de la materia que desde el origen está ya penetrada del principio de vida. Empieza con un gusano y evoluciona hasta el hombre.

Es seguro que la teogonía sumeria, tal como la expusieron los sacerdotes de Nippur, nunca fue popular, como tampoco debió de serlo la de On-Heliópolis en Egipto, y que el vulgo debió de satisfacerse con una mitología prehistórica de dioses locales que favorecían las necesidades inmediatas para curar, procrear, embrujar, maldecir... pero no hay duda del contraste entre Sumer y el Egipto de las primeras dinastías, bien definido por Pirenne: «El idealismo egipcio proponía como fin supremo de la vida el reconocimiento de la divinidad para volver a ella con la muerte, lo que llevó a los egipcios a formular una moral considerada como revelación divina. El materialismo sumerio concibió la muerte como el final de la conciencia humana y el regreso de cada ser al caos material. El objetivo de la existencia consistía, pues, en obtener las mayores satisfacciones sensibles, y por esto aún más tarde, en plena preponderancia del elemento semítico, los babilonios no tuvieron preocupaciones morales. Su mentalidad estaba preocupada por resultados prácticos y beneficios utilitarios en todos los órdenes de la vida, lo que nos explicará que les debamos el derecho comercial.»

La teogonía de los sacerdotes de Nippur sufrió alteración considerable al penetrar en los valles inferiores del Eufrates y el Tigris enjambres de semitas que acabaron por predominar. Como todos los semitas (árabes, judíos, sirios y fenicios) tienen tendencia irresistible al monoteísmo, el sistema politeísta de la creación sumeria fue transformándose en monoteísta con la adopción de un dios superior, casi dios único, cuya corte forman los otros dioses.

Como la metrópoli de los semitas en Mesopotamia fue Babilonia, se elevó el dios local de Babilonia, Shamash (con otros nombres Marduk o Merodac), a dios supremo. He aquí el himno que se cantaba en el templo de Marduk, tal como lo ha traducido Sayce:

«Dios de la Tierra, dios del mundo, — primogénito de Ea, omnipotente en los cielos y la tierra —; poderoso señor de los humanos, rey de todas las naciones, — dios de los dioses, — príncipe sin rival del cielo y de la tierra. — El piadoso entre los dioses, — el piadoso que resucita a los muertos a la vida. — ¡Merodac, rey de Babilonia, — el cielo y la tierra son tuyos! — El círculo de los cielos y de la tierra es tuyo.— Las palabras encantadas que dan vida son tuyas; — el aliento que da vida es tuyo; — la escritura santa es tuya. — La humanidad, incluso los *hombres de cabeza negra,* son tuyos. Todas las almas que tienen un nombre, — los cuatro ángulos de la tierra, — los espíritus del cielo y del mundo...— ¡Míranos, oh Marduk, escúchanos!»

El lector interpretará esta referencia a los hombres de cabeza negra como extranjeros también aceptados por Marduk; éstos eran los semitas. Muy probablemente venían de Arabia, que debió de secarse también al acabar el último período glacial, pero su llegada a las tierras de entre-ríos fue posterior a la de los sumerios. Es posible que bandas de semitas, marchando



Príncipe sacerdote sumerio y profesa, ambos con gesto de adoración. Vestido él con el simple refajo y ella con manto cruzado sobre el hombro, hechos de hojas de caña, lo único que se encontraba en el delta en los tiempos prehistóricos.

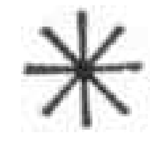
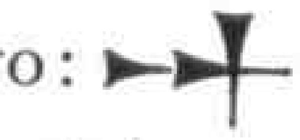
hacia el Norte desde la Arabia, llegaran al Asia con un grado de cultura muy inferior a los pueblos ya establecidos en Mesopotamia. Por de pronto, no conocían la escritura y adoptaron los jeroglíficos sumerios, que poco a poco se convirtieron en las inscripciones cuneiformes, llamadas así porque todos sus signos están hechos con marcas a modo de cuña. Los semitas adoptaron la religión y algunas de las costumbres de los sumerios, pero en otras cosas mantuvieron sus diferencias raciales, como, por ejemplo. la costumbre de no raparse la cabeza, por lo cual fueron llamados cabezas negras por los sumerios, que la llevaban afeitada. Asimismo se dejaban crecer la barba y el bigote, lo que les daba un aspecto muy diferente del de los antiguos pobladores de Mesopotamia.

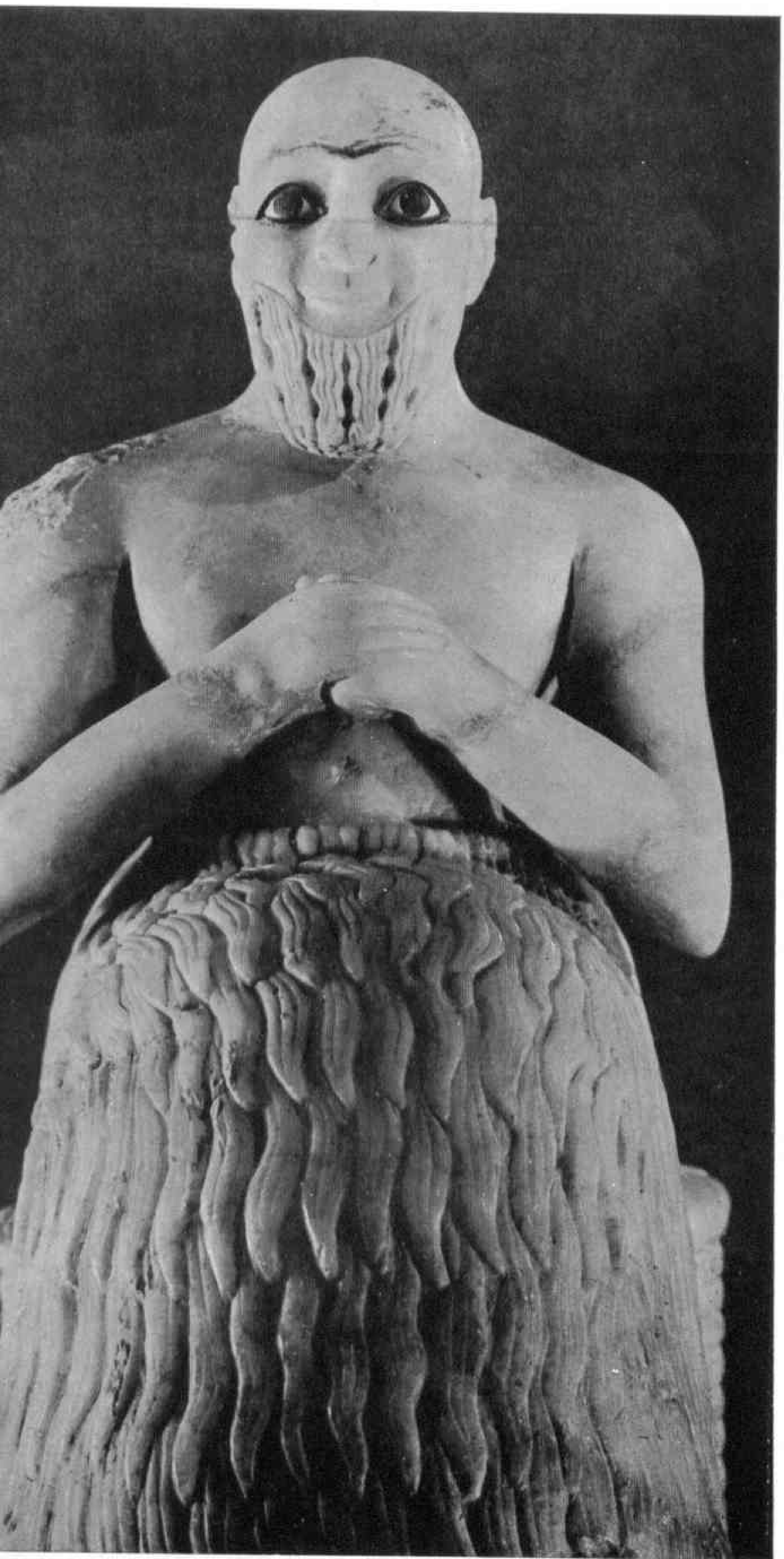
Conservaron también su lengua y hasta llegaron a imponerla a los antiguos sumerios; el viejo idioma de Sumer quedó como lenguaje litúrgico y se continuó usando por los sacerdotes aun en épocas relativamente modernas. El sumerio, en las grandes épocas de Asiria y Babilonia, fue empleado en las ceremonias religiosas, como el latín de la Edad Media, corrompido y

lleno de expresiones y modismos semíticos. Pero, en otras ocasiones, la supersticiosa fe en la eficacia de las palabras mismas del texto obligó a conservar fórmulas anacrónicas. Cuando se cantaban aquellas estrofas por los patios del templo de Babilonia, los semitas ocupaban ya el lugar predominante entre los pueblos de Mesopotamia y muchos de ellos no entenderían su remoto significado.

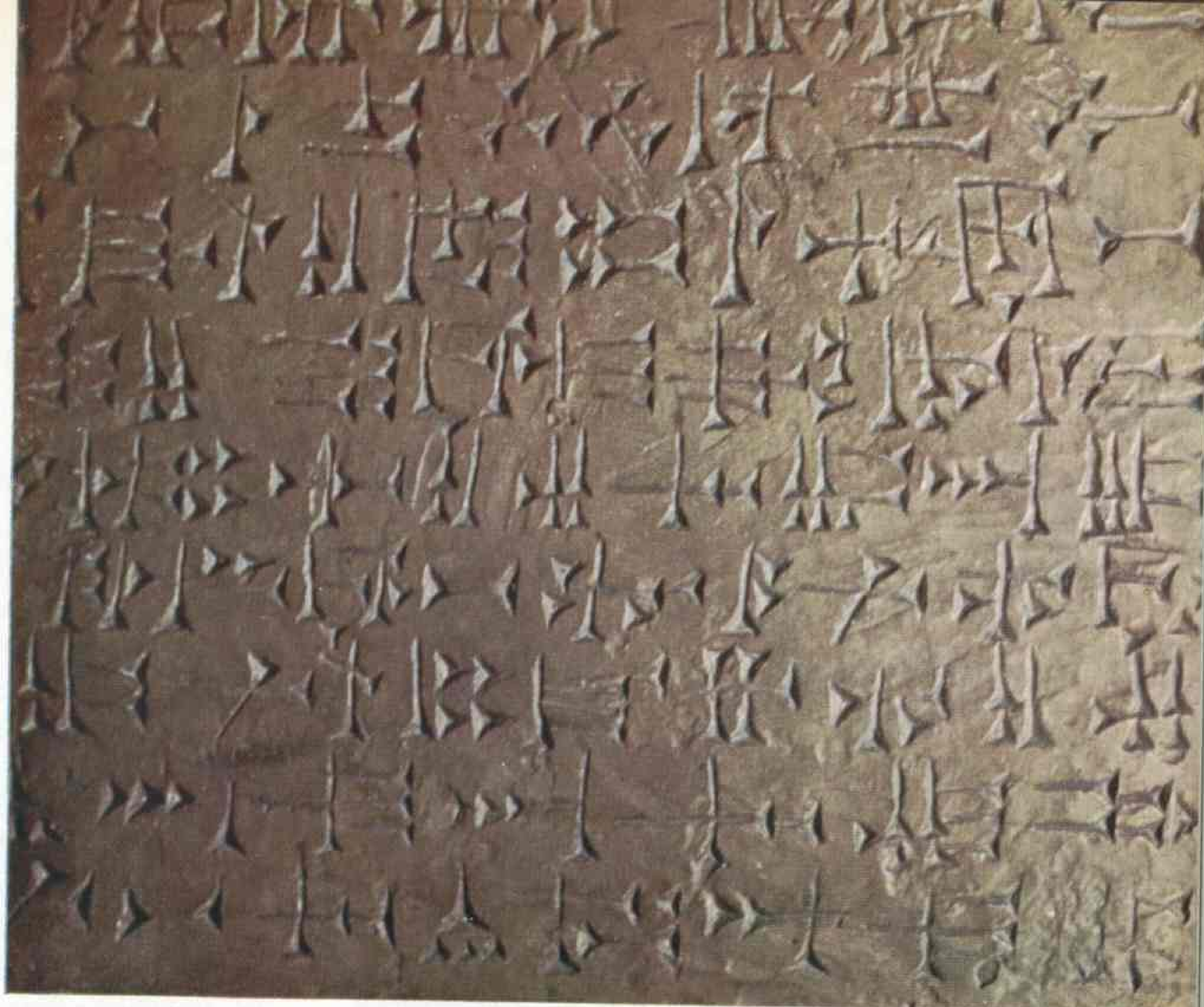
Estas dos razas de sumerios y semitas acabaron por habitar el mismo país, sin antagonismo; pero los sumerios predominaban en el delta, mientras que los semitas hubieron de extenderse hacia el Norte, en las tierras que después fueron de Asiria. De los semitas procede, pues, el carácter violento de los ejércitos babilonios, mientras que a los sumerios debemos, sin duda, innumerables inventos y toda la literatura que fue usurpada por los babilonios.

Posible será que ya en los primeros días de su estancia en el valle del Eufrates los turanios de Sumer descubrieran métodos de riego y cultivo de los cuales todavía nos aprovechamos hoy. Por de pronto, los cereales son originarios de Asia; en el llano del Eufrates se cultivaron por primera vez el trigo y la cebada, que se encuentran aún en estado silvestre en Palestina. La mayoría de nuestros árboles frutales son también originarios del delta del Eufrates, y es fácil que allí, por artificios que todavía admiramos en los chinos y japoneses, de una misma especie obtuvieran los sumerios la almendra, el albaricoque y el melocotón, y de una misma legumbre cultivaran la col, la coliflor, el brécol y otras hortalizas.

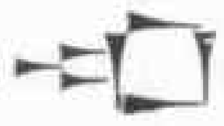
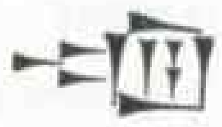
Pero, sobre todo, el gran invento de los sumerios fue la escritura cuneiforme. En un principio debió de ser pictográfica, representando cada pictografía un objeto; luego éstos se estilizaron, haciéndose geométricos. Finalmente, estas figuras esquemáticas tomaron formas que podían dibujarse con elementos en forma de cuña, porque se grababan con un punzón sobre la arcilla, y ello hizo que el trazo tendiera a tomar un aspecto triangular. Por ejemplo, el jeroglífico *dios, cielo,* que primero fue una estrella , se convirtió en éste  y después en este otro:  , el signo definitivo de la palabra *cielo*.



Estatua de Ebih-il, intendente de Mari. Alabastro de fines del siglo XXIX antes de J. C. Obsérvese que lleva ya la barba de los semitas. Museo del Louvre.



Ejemplo de inscripción cuneiforme. Cada grupo de cuñas forma una sílaba. Louvre.

Otras veces, por la reunión de dos signos se consigue expresar una idea totalmente distinta. Así, juntando el signo de agua  con el de boca  se representa la idea de beber . Pero siempre las marcas tienen forma de cuña y están grabadas de arriba abajo y de izquierda a derecha, como incisiones hechas mediante un punzón triangular.

La labor de descifrar las escrituras cuneiformes fue empresa que duró casi un siglo. El primero en interpretar algunos nombres fue el profesor de Gotinga J. F. Grotefend, en 1802. Este sabio coligió que algunos signos que se repetían en una inscripción debían de ser un título real y los interpretó exactamente, leyendo: *Darío, hijo de Hitaspe.* Por el mismo método de Grotefend, aunque acaso sin conocer sus resultados, H. C. Rawlinson consiguió llevar mucho más adelante el desciframiento de las inscripciones cuneiformes, y Sayce fijó completamente la gramática. Hoy utilizamos las inscripciones cuneiformes como material histórico cuya lectura no presenta insuperable dificultad. Es cierto que para los primeros pasos en la interpretación de las escrituras cuneiformes no teníamos un texto griego, como el que en la inscripción de Rosetta acompaña a los jeroglíficos egipcios, y esto hizo más difícil el descifrarlas, pero hay que recordar que la mayoría de textos cuneiformes pertenecen a las lenguas semíticas, emparentadas con el árabe y el hebreo y de más fácil comprensión que el egipcio. Además, entre las tabletas con inscripciones cuneiformes había material de escuela, silabarios y textos con aclaraciones, que daban mucha luz para las palabras obscuras y frases difíciles. Con bastante frecuencia se encuentran los signos cuneiformes rellenando casi por completo los huecos de los relieves históricos, y ayudándose con la representación es fácil descifrar la correspondiente inscripción.

Con este material parece que no habría de ser difícil restaurar la cronología de Mesopotamia, pero hemos de reconocer que



Gudea sentado. Estatua en diorita. Louvre.

la historia de los acontecimientos y el orden de su sucesión son muchísimo más obscuros que en Egipto. Los primitivos sumerios mezclaron de tal manera la fábula con la historia, que a pesar de haber recuperado varias tablas de cómputos y listas de reyes, no podemos decir todavía que andamos sobre terreno firme. En primer lugar, según las tabletas con inscripciones cuneiformes, los primeros reyes de Caldea reinaron cada uno varios millares de años. Es de admirar la precisión de los sacerdotes babilónicos que trazaron estos cómputos fabulosos; según uno de ellos, veintitrés reyes de la ciudad de Kisch reinaron ni más ni menos que 24.510 años, tres meses y tres días y medio. Muchas dinastías hubieron de ser contemporáneas, y sus monarcas no extendieron su autoridad más allá de su capital y territorio circundante.

Los documentos nos recuerdan muchas de las guerras intestinas de estos antiguos centros de civilización sumeria. Las ciudades tuvieron que fortificarse para defenderse de sus vecinos, y algunas inscripciones recuerdan obras y mejoras hechas en las murallas. Muchos de los príncipes de las ciudades del delta del Eufrates se alaban de haber castigado a sus vecinos como *un terrible huracán.* La idea de comparar la venganza con las redes del cazador se encuentra muy a menudo. «A los hombres de Umma, yo, Eannatum, tiré la gran red», dice vanagloriándose un reyezuelo de Sírpula. La Biblia hace también alusión frecuente a la red del cazador de pájaros. «Líbrame, oh Señor, de la red del cazador», dice el Salmista.

Uno de los príncipes pide a su dios que le proporcione soldados *abundantes como la hierba.* Las campañas se resolverían con la anexión de los territorios vecinos, que debió de ser efímera, pues no se llegó a establecer un imperio sumerio. Pero las anexiones, aunque fueran temporales, prepararon el advenimiento de un conquistador, que fue ya semita, que reuniría bajo su dominio todas las ciudades mesopotámicas. Algunos de los esfuerzos de conquista de los sumerios son tan importantes, que fijan fechas de la cronología; pero quedan grandes lagunas en las series de los monarcas, y para ciertos reinados vacilantes entre dos dinastías, separadas a veces por más de mil años. De todos modos, a pesar de esta incertidumbre y de lo caótico del material, tenemos positiva información histórica sobre personajes sumerios desde el año 4.000 antes de J. C. por lo menos. Y por lo que sabemos de ellos, comprendemos que les faltó a los príncipes patriarcas de la Baja Caldea la tenacidad y, sobre todo, la crueldad, que harán triunfar más tarde a

los semitas. Son más bien sacerdotes que monarcas, hablan siempre en nombre de su dios, y por él gobiernan el Estado. Es evidente que los primitivos príncipes de Mesopotamia encuentran mayor placer en las ceremonias religiosas que en las expediciones guerreras y no se vanaglorian de cacerías, que fueron el deporte favorito de los monarcas asirios.

He aquí un ejemplo característico de la mentalidad sumeria: un *patesi* o patriarca de la ciudad de Sírpula, en el delta, llamado Gudea, a causa de una larga sequía vio perderse las cosechas en los campos y a su país amenazado del hambre. Sin saber qué hacer, fue favorecido Gudea con un sueño. En él vio al dios local de Sírpula que le dice: «En mi ciudad (Sírpula) el agua no sube por los canales; el agua no brilla, no muestra su esplendor. El canal no lleva agua, como el Tigris. Manda fabricar un templo, el más espléndido en la Tierra y en los Cielos.» Gudea atiende estas instrucciones, y para comprender mejor el sueño, visita los templos y hace sacrificios. Mientras está rezando, otro dios llega hasta él y le explica claramente el sentido de su sueño. Añade que, si hace la correspondiente ofrenda, el dios mismo le comunicará más detalles y las medidas de su santuario. Gudea deposita sus tesoros a los pies de la estatua de la divinidad, se tiende en el suelo y espera instrucciones. El dios se acerca a él. Gudea lo percibe de pie, hablándole como un amigo. Le da las medidas de las diversas cámaras del nuevo edificio y le explica cómo debe adornarlo. Le promete que, cuando el templo esté terminado, las aguas volverán a subir por los canales y la tierra recobrará su fertilidad. Gudea se esfuerza en cumplir estas instrucciones, sus obreros trabajan de día y de noche, una brigada releva a la otra. Se envían expediciones a las montañas para procurarse pinos y cedros, y otras parten a buscar la piedra necesaria. Grandes armadías van a descubrir betún y yeso más arriba del valle. Mineral de cobre llega de Kimash; el oro, la plata, el pórfido y el mármol son mencionados entre los materiales reunidos para el templo de Sírpula. Todo recuerda por extraño modo los trabajos de Salomón para construir su templo, pero no olvidemos que Gudea vivía 2500 años antes de J. C. y 1500 antes que Salomón. Hay, además, detalles muy interesantes en estas inscripciones de Gudea. El dios le ha dicho que podrá conocer si su obra es aceptable cuando sienta la quemadura de una llama en el costado... El mismo Gudea fabrica el primer ladrillo para el templo, después rompe el molde y levanta su ladrillo a los cielos para que el Sol lo seque con amor; ve cómo surge la obra y la compara a una montaña, a un cedro creciendo en el desierto: las vigas son fuertes *como el dragón del abismo*. Después de explicar la construcción y decoración del templo, vienen los sacrificios de su dedicación, largos



Estatua sedente de una mujer caldea. Louvre.



Gudea de pie. Estatua en diorita. Louvre.

rituales de las hecatombes, a los que sigue el banquete ceremonial. El monarca, todavía vestido con su falda prehistórica de hoja de caña, bebe acompañado de sus hijos al son del arpa del músico cantor del templo. Probablemente las endechas litúrgicas de los sumerios serían como las de los actuales cantores de la sinagoga. La larguísima inscripción de Gudea continúa describiendo cómo el dios pasó al nuevo santuario igual que *un torbellino de viento;* los otros dioses, sus compañeros y ayudantes, entraron con él; se hace, por ejemplo, mención del dios que conduce el carro, del dios pastor, del dios músico, del inspector de las pesquerías, del mayordomo y del arquitecto, todos servidores del gran dios de Sírpula para quien Gudea levanta el templo.

Estos dioses-funcionarios dan idea de la organización del Estado en Sírpula. Como su dios, tendrá Gudea un auriga, un músico mayor, inspectores, mayordomos, arquitectos. En ciertas ciudades los cambios de dinastía se justifican con la excusa de reducir los impuestos y el número de funcionarios. «En los límites del territorio de Ningirsu había inspectores hasta el mar», dice Urukagina, un usurpador que se precia de sus reformas para purificar la administración. «He suprimido — dice — los inspectores de graneros, los inspectores de buques, de pesquerías, de rebaños y cultivos...» Explica los abusos que ha tenido que corregir, sobre todo en las tarifas para tramitar el divorcio, y de los entierros y adivinaciones. «Por el antiguo régimen (dice Urukagina, 3.000 años antes de J. C.), si un hombre quería divorciarse, tenía que pagar cinco medidas de plata al príncipe y una a su visir.» Es probable que, en un principio, esta tarifa elevada tuviera por objeto dificultar los divorcios, pero en la práctica ocasionaba corrupción; una misma mujer era impunemente poseída por dos hombres. Urukagina redujo a la mitad las tarifas para los funerales y las de los oráculos por el aceite. Cada raza tiene una manera distinta de augurar el porvenir, y los sumerios obtenían oráculos echando aceite en la superficie del agua,

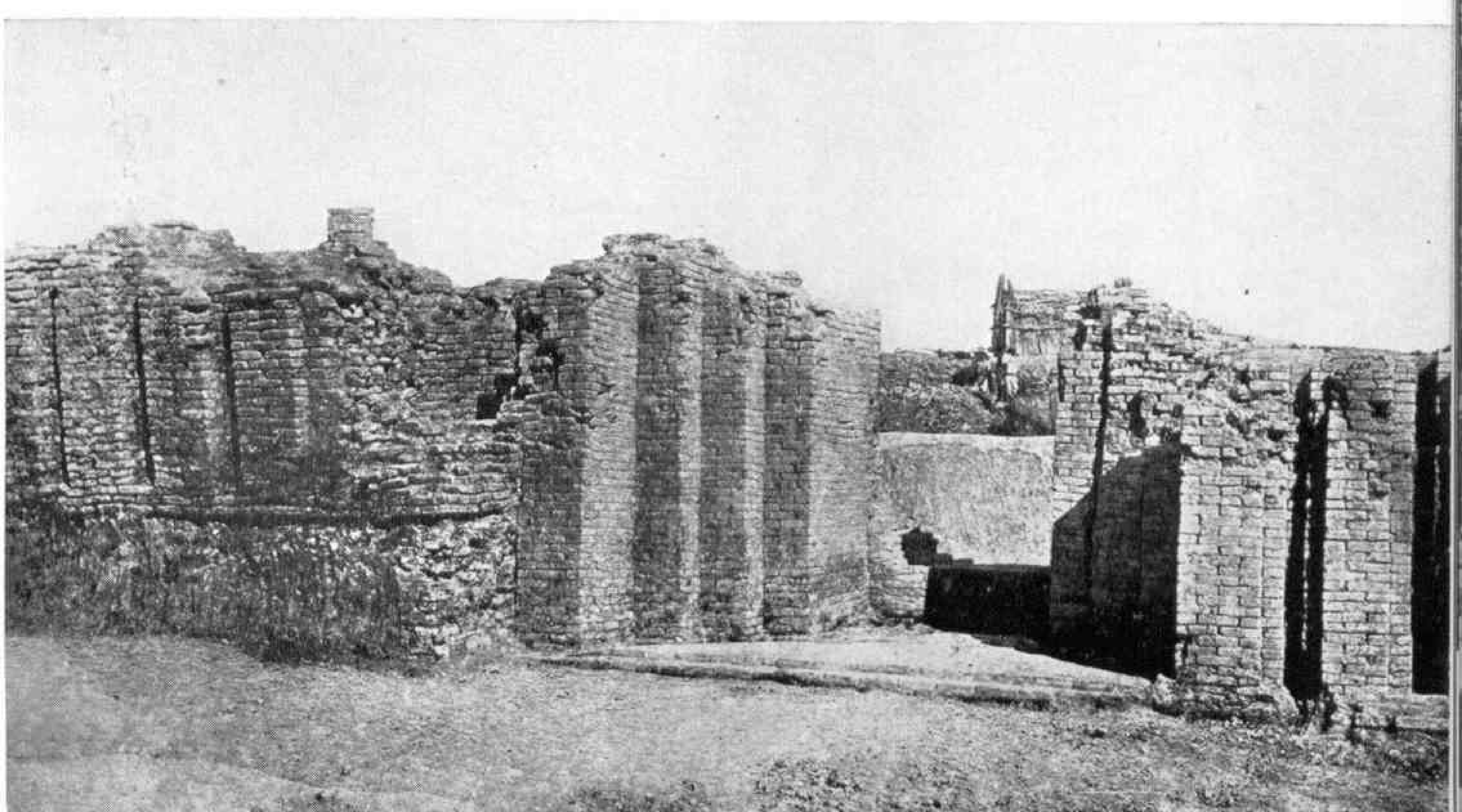
y examinando las formas de las manchas podían predecir los acontecimientos.

Al lado de sus casi grotescas supersticiones, los sumerios tenían gran superioridad sobre sus vecinos y hasta los egipcios. Fueron ellos los que establecieron los pesos y medidas de que nos valemos todavía, la vara de tres pies y la libra. El ya citado rey constructor Gudea creó el sistema duodecimal, o por docenas, cuya unidad, el 12, es divisible por 2, 3 y 4. Como consecuencia, el círculo de cuatro cuadrantes se divide en 360 grados. Gudea dividió también el año en doce meses.

Estos son los sumerios, pero pronto aparecen en Mesopotamia los famosos *cabezas negras* o semitas. Los vemos representados en los monumentos con sus largas barbas de pelo ondulado, en contraste con los rapados sumerios. Hasta los dioses cambian de aspecto: ahora serán también peludos y barbudos, con la nariz y los labios de tipo semítico. Sólo mantienen para usos litúrgicon las faldas de cañas empleadas por los sumerios desde los días prehistóricos. Los semitas, hábiles como los árabes, astutos como los judíos, debieron de penetrar gradualmente en el país, absorbiendo, en todo lo que eran capaces, la vieja cultura de los sumerios. No se llevó a cabo la destrucción sangrienta de la primera raza; sumerios y semitas llegaron a vivir en buena armonía, disfrutando de la fertilidad de Mesopotamia, por lo menos durante un par de miles de años. De la compenetración de las dos razas resultó el apogeo de Babilonia, que al principio debía de ser una ciudad pequeña más al Norte, sin la fuerza tradicional que caracterizaba a las ciudades sumerias del delta. Allí los semitas pudieron ser, pues, el elemento predominante, y aun dentro del cuadro propio de las costumbres y la religión de los sumerios, hubieron de producir algo original.

La mezcla de los primitivos sumerios con los semitas obligó a codificar las costumbres jurídicas de los antiguos pobladores de Mesopotamia. Desde los primeros días de las excavaciones de las ciudades sumerias se iban recobrando tabletas con sentencias y decisiones del juez patriarca que mostraban que se iba elaborando un sistema de leyes. Más todavía, un rey, Sulgi, antes de la llegada de los semitas, ya compiló un código de derecho civil y comercial con muchas de las técnicas de banca que usamos todavía: la letra de cambio o el reconocimiento de una deuda que puede endosarse o traspasarse está ya reconocida como de empleo frecuente. El derecho pe-

Fachada del palacio construido por Gudea en Sírpula.



nal en el código de Sulgi es todavía cruel y brutal. Lo que se pretende es la protección de los bienes, no del deudor. La responsabilidad de la deuda se aplica a los hijos y a la viuda. Pero no se recuperó la compilación completa del derecho hasta 1907, cuando la delegación francesa, explorando las ruinas de Susa, encontró el famoso monumento conocido por el *Código de Hamurabi*. Está grabado en un magnífico basalto negro; en la parte superior hay un relieve con la imagen de Hamurabi, quien escucha las leyes que le dicta su dios Shamash, la divinidad solar. Hamurabi es el sexto de los reyes de la primera dinastía babilónica y debió de reinar hacia el año 2000 antes de J. C. Es seguro que a pesar de esta declaración de ser el código inspirado por el dios, Hamurabi no hizo otra cosa sino simplemente compilar la costumbre de los sumerios; los semitas no habían tenido tiempo de lucubrar sobre tantos casos de jurisprudencia.

El prólogo del Código de Hamurabi empieza así: «Cuando Anu y Enlil, señores del Cielo y de la Tierra, que determinan los destinos del mundo, entregaron a Marduk, hijo de Ea, el dominio de la humanidad; cuando ellos lanzaron el nombre de Babilonia y lo hicieron grande hasta los cuatro ángulos de la Tierra... me llamaron a mí, Hamurabi, el príncipe excelso, el que honra a los dioses y hace prevalecer la justicia sobre el suelo para destruir el mal, para que el fuerte no abuse del débil, y para que yo pueda, como Shamash, levantarme sobre los hombres de cabeza negra, para mejorar la tierra y llevar la bendición a los humanos...»

Así continúa el prólogo por varios centenares de palabras, hasta que acaba diciendo: «Cuando Marduk me envió a gober-



Sacerdote o caudillo sumerio recibiendo la redoma de líquido santo de su dios, sentado en un trono de cañas. Obsérvense las inscripciones; ya no son pictografías, sino jeroglíficos, pero anteriores a los signos cuneiformes.

nar a los hombres y a promulgar justicia, puse en orden la tierra y procuré el bien del pueblo, ordenando: 1. Si un hombre acusa a otro de un crimen capital y no puede probarlo, el que acusa será castigado a muerte. — 2. Si un hombre acusa a otro de brujería, el acusado será llevado al río, y si echado al agua el dios del río le ahoga, el que lo ha acusado tomará posesión de su casa. Si el acusado se salva, el acusador será castigado de muerte, y aquel que ha sido salvado por el dios del río tendrá la casa del acusador. — 3. Un falso testimonio en materias de grano o moneda se castigará con pagar la cantidad de que él ha acusado a otro. — 5. Si un juez ha juzgado y sellado una causa y después cambia la sentencia, pagará veinte veces el valor de la sentencia y será desposeído de su cargo. — 6. Si un hombre ha robado algo del templo o del palacio, morirá. El que compre lo robado, también morirá...»



Patesi sumerio llevando el canasto para el primer ladrillo y banqueteando después de la ceremonia.

Siguen varios artículos referentes a infracción de contratos y a los esclavos, hasta que encontramos éstos, muy curiosos: «21. Si un hombre hace un agujero en una casa para entrar a robar, se le matará y enterrará delante del agujero... — 25. Si un hombre entra a apagar el fuego en una casa y roba algo de ella, se le castigará echándole al fuego...»

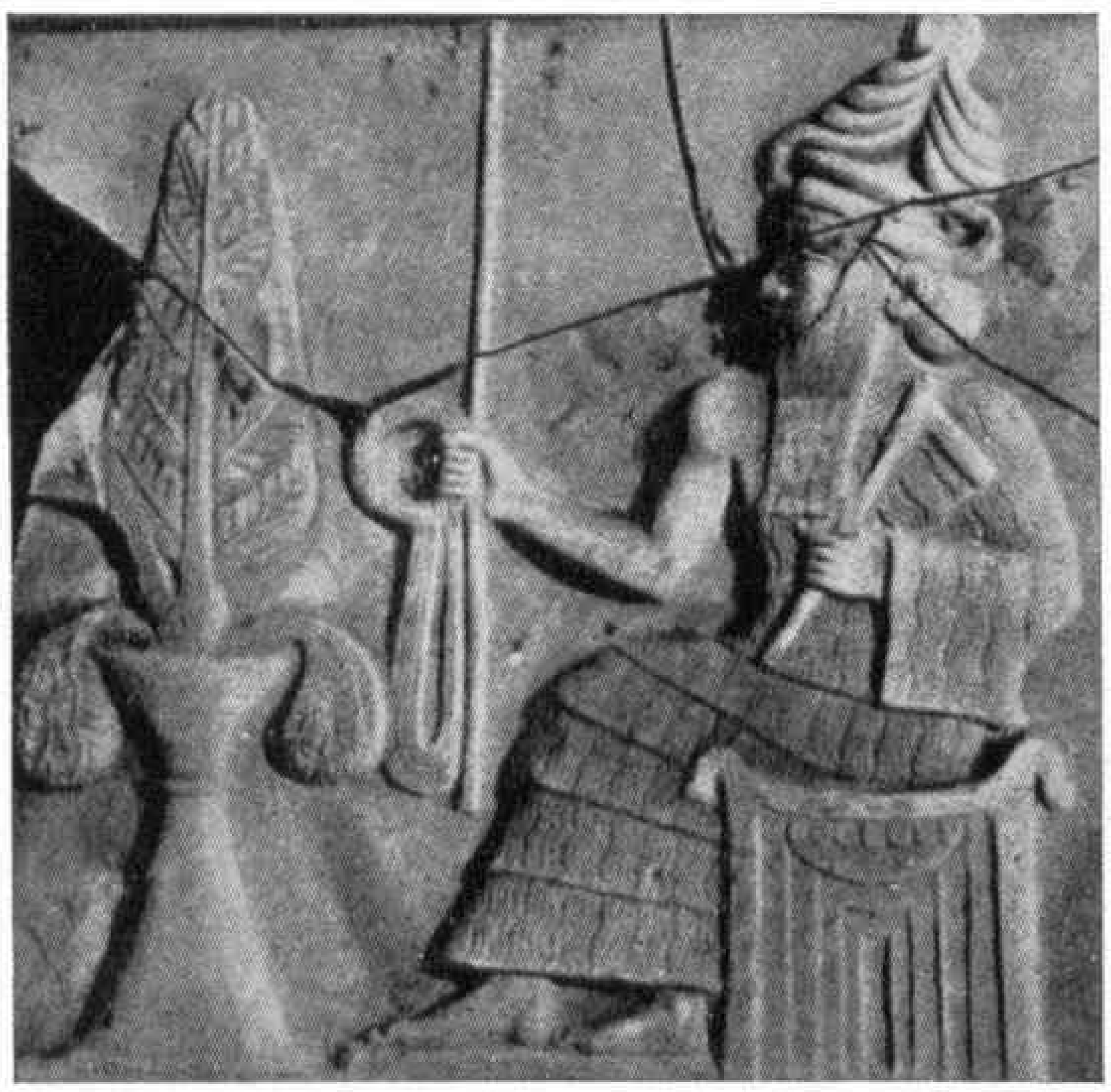
Las leyes que regulan la propiedad, las ventas, cambios y expropiación, ocupan la mayor parte del código, pero de pronto aparecen otros artículos tan pintorescos como los siguientes: «108. Si una vendedora de vino tiene la medida corta, se echará la tabernera al río. — 109. Si bandidos se refugiaren en la tienda de una vendedora de vino, y ella no los descubriese, se castigará a la tabernera con la muerte. — 112. Si un carretero pierde la carga, el remitente tiene que recibir una indemnización de cinco veces el valor de lo que ha confiado al carretero... — 115. Si un hombre encarcela a otro por deuda, y éste muere en casa del acreedor, no hay razón de más disputa...»

La legislación referente a la familia abarca nada menos que setenta artículos, de los que vamos a transcribir algunos: «128. Si un hombre toma esposa y no ha hecho contrato, el matrimonio no es legal. — 129. Si se sorprende a la esposa de un hombre acostada con otro hombre, se atará a los dos adúlteros y se los echará al río. El marido tiene derecho de perdonar a la esposa y el rey puede también salvar al hombre. — 130. Si un hombre ha abusado de una virgen, que vive con su padre, él será condenado a muerte y ella quedará libre. — 131. Si un hombre acusa sin pruebas a su mujer de haber dormido con otro hombre, ella puede justificar su inocencia con un juramento e irse a casa de su padre...»

Las leyes, aunque crueles, no puede menos de reconocerse que están inspiradas por un alto sentido de moralidad y de rectitud. No hay privilegios de clase; los nobles y los libertos gozan naturalmente de más consideración que los esclavos, pero también para éstos hay indemnización y rectitud. Son, por ejemplo, ya famosos los siguientes artículos, que constituyen el primer ejemplo de la llamada ley del Talión, que aparecen también en el código que Moisés dio a los israelitas unos 600 años más tarde: «196.

Si un hombre destruye el ojo a otro hombre, se le destruirá el ojo.—197. Si un hombre rompe un hueso a otro hombre, se le romperá un hueso a él. — 198. Si un hombre destruye el ojo a un liberto o le rompe un hueso, pagará una *mina* de plata. — 199. Si un hombre destruye o rompe un hueso de un esclavo, pagará media *mina* de plata. — 200. Si un hombre hace saltar un diente a otro hombre, se le hará saltar un diente a él. — 201. Si ha hecho saltar un diente a un liberto, pagará el tercio de una *mina* de plata.»

Así sigue la relación de injurias y castigos, hasta que llegamos a estos nunca bien ponderados artículos, que hacen desear la aparición de un legislador como Hamurabi en nuestros días: «215. Si un médico opera a un hombre con la lanceta y le cura o le extirpa una catarata, recibirá diez *siclos* de plata. — 216. Si el enfermo es el hijo de un hombre libre, recibirá solamente cinco *siclos* de plata. — 217. Si el enfermo es un esclavo, recibirá dos *siclos* de plata. — 218. Si un médico ha operado con una lanceta a un hombre y le ha causado la muerte, o queriendo extirpar una catarata le ha vaciado el ojo, se castigará al médico cortándole la mano.»



El dios lunar de los sumerios ataviado a la moda semítica con barba y peluca. Lleva todavía el vestido de faralaes de cañas. Está en acto de ofrecer a un patriarca constructor la vara para medir, el círculo para ángulos, la cinta para el replanteo, y con la izquierda sostiene la escuadra.

Las penas de los veterinarios son proporcionadas a las de los cirujanos. Los arquitectos tienen también su paga señalada en el código, pero si la casa no está bien construida y cae, matando a su propietario, el arquitecto será castigado con la muerte. Si el que muere es el hijo del propietario, se matará al hijo del arquitecto, y si es un esclavo, el arquitecto dará esclavo por esclavo. Por fin, el código acaba con un largo epílogo maldiciendo a los que se atrevan a destruir el monumento sobre el que están escritas las leyes. Las maldiciones son realmente terribles: «Que se destruya su ciudad... que se escurra la vida de su pueblo como se escurre el agua... que Shamash destruya su nación... que le deje sin bebida... que sufra hambre... que Ishtar haga que, en medio de la batalla, se le rompan las armas... que se llene su cuerpo de tumores que el cirujano no pueda curar...», etc.

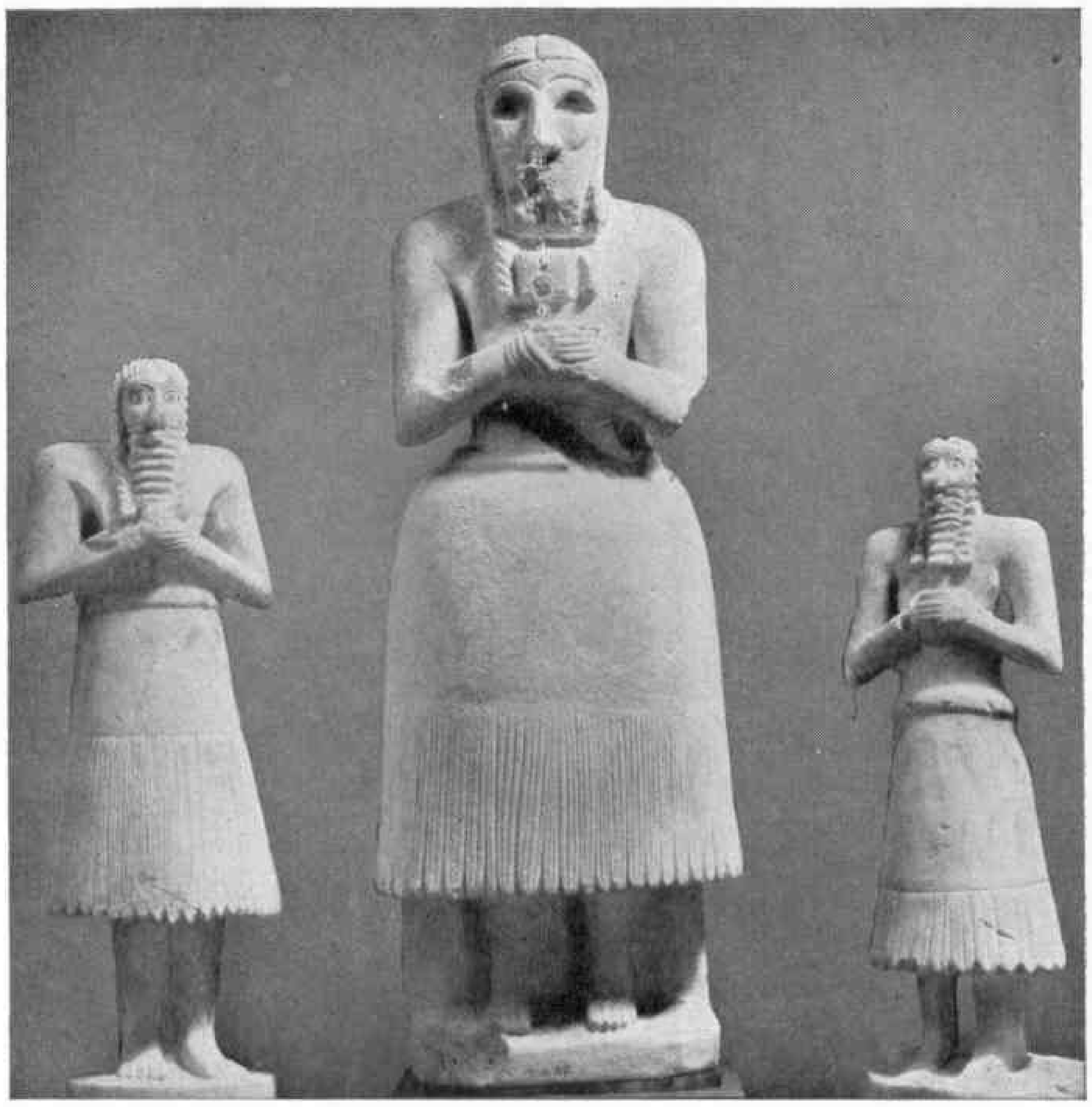
Las reglas para los contratos son todavía las establecidas por los sumerios. Hamurabi no hace más que precisar. Se fija la responsabilidad mutua del amo y del obrero. Este tiene que recibir un salario mínimo y gozar de tres días de vacación cada mes. El interés legal no puede ser mayor del 33 por ciento en casos de deuda privada, pero para el comercio se reduce al 20 y el Estado—o sea los templos — no puede prestar a más del 12 y medio por 100. La obligación del sacerdocio de prestar dinero del tesoro del templo fue ya establecida por los sumerios.

Hamurabi concluye su formidable trabajo con improperios y maldiciones para los que no lo apliquen a la letra. El arte de maldecir y embrujar fue una especialidad de sumerios y semitas babilónicos. Forma contraste con Egipto. Los conjuros y las

preces de Isis son para curar y devolver la vida. Los conjuros de los babilonios son para vengarse y perjudicar con enfermedad y miseria. Se conservan innumerables tabletas con inscripciones que son sólo fórmulas de encantamiento, formulario de maldiciones peores que las de Hamurabi. Pero además hemos recuperado en los últimos años grandes fragmentos de poemas épicos; la poesía lírica no parece haber florecido entre los sumerios. Algunos de estos poemas tratan, como es natural, de hazañas de los dioses, y de cosmogonías o historias de la Creación y el Diluvio. El más interesante, y que se encuentra casi completo, es el poema de Guilgames, un héroe que se ha comparado a Hércules, perseguidor de monstruos, y a Ulises, incansable viajero.

El poema empieza con un pequeño resumen, a modo de sumario. Después describe al héroe, Guilgames, vástago de los dioses, con esta sola línea, que parece un verso moderno: «Era dos tercios un dios, y un tercio de él era hombre.» Sin embargo, las gentes de Uruk se quejan de la aparición de aquel ser superior sobre la Tierra. Entonces uno de los dioses toma un pedazo de barro, escupe en él y queda creado un monstruo, Engidú, destinado a ser el enemigo de Guilgames. Engidú está cubierto de pelo, tiene patas de toro y vive, en un principio, entre los animales, protegiéndolos contra las artimañas de los hombres que tratan de cazarlos. Viendo que Engidú, en lugar de ayudarles, les perjudica, los hombres acuden a Guilgames, quien les aconseja que procuren seducir a Engidú valiéndose de una mujer perdida; ésta encanta a Engidú y le obliga a seguirla a Uruk, donde el monstruo se encuentra con Guilgames. Y he aquí que, al hallarse frente a frente el monstruo y el héroe, en lugar de pelearse, traban tal amistad, que durará toda la vida y continuará más allá de la muerte.

En compañía de Engidú, realiza Guilgames proezas de todas clases. Un día sueña Engidú que un demonio se lo lleva al reino de ultratumba. «Donde uno entra, pero no sale jamás; — por el camino por donde todos van y nadie vuelve; — a la habitación donde no hay luz, — donde la tierra es pasto y la arcilla comida.» Esta es la profecía de la muerte de Engidú, pero antes los dos amigos rescatan la estatua de Ishtar, en las montañas del Elam, un episodio que llena dos de las tabletas.



Un sacerdote sumerio, con sus acólitos, en acto de pronunciar letanías y conjuros, vestidos todavía con las enaguas de cañas, pero adoptando ya la peluca y barba de *los cabezas negras*.

Reconocida por haber recobrado su estatua, Ishtar, la Venus babilónica, ofrece sus amores a Guilgames. «Ven a mí, Guilgames bien amado; — dame tus frutos, entrégate a mí. — Sé mi esposo y yo seré tu esposa.— Yo te daré un carro de oro y lapislázuli, — con ruedas de oro y ejes de diamante. — Cada día tú uncirás mis grandes caballos — y entrarás en mi casa de cedros aromáticos. — Reyes, señores y príncipes se inclinarán delante de ti y besarán tus pies, llevándote los presentes del llano y la montaña.» Pero Guilgames rehúsa los amores de Ishtar y le dice: «¿Cuántos amantes has tenido ya? — Y cítame uno que acabara en bien.—



El héroe sumerio Guilgames y su amigo Engidú peleando con monstruos feroces.

Si me escuchas, yo te diré los infortunios que has originado.» Ishtar, enfurecida por el desprecio de Guilgames, se queja a su padre Anu y éste envía un toro feroz para aniquilar al héroe. Guilgames y Engidú logran matar al bruto y arrojan su cuerpo a los pies de la diosa. Guilgames ha tenido buen cuidado, sin embargo, en arrancar los cuernos al toro divino, con los que se pasea por las calles de Uruk. Los hombres, al verle, le saludan cantando: «¿Quién es el más hermoso entre los hombres?—¿Quién es el más glorioso entre los hombres?» Las mujeres responden a coro: «¡Guilgames es el más hermoso entre los hombres! — ¡Guilgames es el más glorioso entre los hombres!»

Engidú tiene otro sueño terrorífico y por fin muere, probablemente del maleficio producido por las imprecaciones de Ishtar. En un principio, Guilgames cree que su amigo está dormido. «Engidú, amigo mío, tigre del desierto; — después de haber triunfado de tantos obstáculos, — de haber dado muerte al toro celeste, — ¿ahora te ha cogido este extraño sueño? — ¿Por qué estás tan sombrío? — ¿Por qué no me abrazas? — ¿Por qué no levantas los ojos?»

Guilgames toca el corazón del monstruo y nota que no palpita. «Entonces envuelve a su amigo como a una desposada, — y llora como un león, — como una leona a la que han quitado sus cachorros...» Y marcha desesperado al desierto. Comprende que no hay hierba que pueda impedir la muerte, pero sabe de uno de sus antepasados que se ha librado de morir y vive *más allá del mar del Oeste*. Llega a la orilla de este mar del Oeste, que es el Mediterráneo, y allí encuentra en una montaña, que probablemente debe de corresponder al Líbano, a un rey que no sabe darle razón alguna del porqué de la muerte... Por fin, se decide a emprender la travesía del mar del Oeste y llega hasta el Atlántico, donde halla al anciano que ha escapado de morir. «Nadie ha atravesado aquel mar desde los días de Shamash; — la travesía es larga y difícil, — profundos los abismos del agua...»

Al llegar a las riberas del Atlántico, Guilgames encuentra a su antepasado, que ha de revelarle el secreto de ultratumba; pero éste, en lugar de descifrarle el problema, le explica la historia del Diluvio, un episodio largo que no tiene nada que ver con la muerte, pero que ha interesado mucho porque permite una comparación con el relato de la Biblia. Guilgames, después de varias aventuras en el otro extremo del mundo, regresa a Uruk, sin haber conseguido aclarar el enigma. Ya en su país del Eufrates, invoca a los dioses y es atendido, porque Ea, dios del abismo, ordena al espíritu de Engidú que se aparezca a Guilgames.

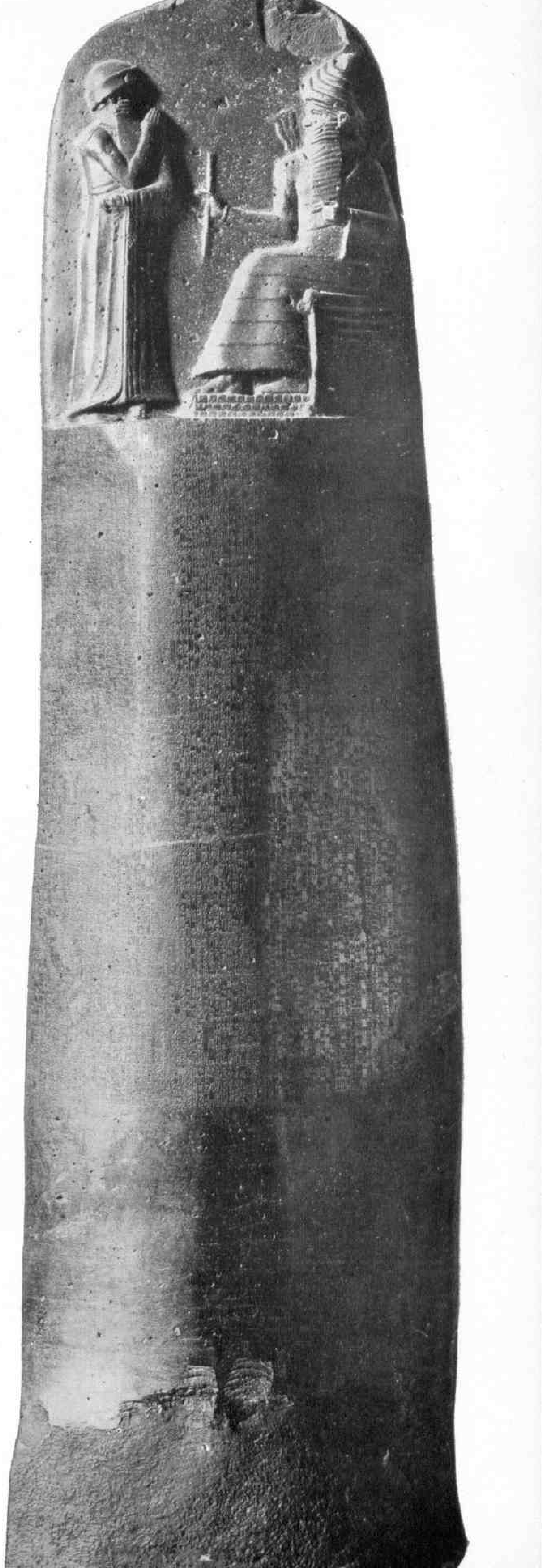
«Y el espíritu de Engidú salió, como un viento, de debajo de la tierra.» El poema

acaba con un diálogo entre los dos amigos, en el que Engidú no logra levantar el velo que cubre el gran misterio de la muerte, pero por lo menos consuela a Guilgames con la seguridad de que, en el otro mundo, las almas de los amigos viven reunidas como aquí en la Tierra.

No es posible resumir toda la literatura de los primitivos mesopotámicos en pocas páginas, pero hemos querido dar una idea al lector de lo más importante que de ella conocemos. Conviene recordar que aún quedan millares de tabletas sin descifrar; solamente en Sírpula se encontraron 32.000 documentos sumerios que corresponden a la época de Gudea.

Mientras los egipcios, sobre todo los devotos de Ra, investigaban las relaciones de los números y descubrían maneras de cubicar volúmenes y de medir áreas, los babilonios, entregados a la astrología, observaban los movimientos de los cuerpos celestes. Para formular los horóscopos era necesario conocer la posición de las estrellas y las fases de los planetas. La vista de los cielos brillantes de la Baja Mesopotamia despertó el deseo de conocer las leyes que rigen los astros y sus eclipses. Los primitivos sumerios descubrieron la ley de repetición llamada *saros;* esto es, que los eclipses se repiten en igual orden cada dieciocho años, sólo que con un retraso de diez días.

Algunas tabletas con inscripciones cuneiformes contienen también maneras de calcular áreas de terrenos y de construir diques o muros de contención. Otros dan soluciones para computar intereses de capital y para dividir propiedades en caso de repartición de herencia complicada. Esto exigía conocimiento de raíces cuadradas, y se han conservado tablas semejantes a las que usamos ahora. Los babilonios consiguieron hacer adoptar su sistema de pesas y medidas por todos los pueblos de la antigüedad. El sistema babilónico tenía por unidad la do-



Estela de basalto negro del rey Hamurabi con el texto del célebre Código.

cena, con múltiplos y submúltiplos. La libra babilónica o sumeria, que es de 450 gramos, se usa todavía por los anglosajones. Su mismo nombre, *pound* — peso —, indica que los bretones la conocieron por medio de los romanos. El *pie* inglés es exactamente la medida del pie babilónico, mejor dicho, sumerio, porque es el que empleaba Gudea en sus edificios.

La tan admirable institución del descanso sabático es de tradición mesopotámica; el mismo nombre *Sa-batu* es sumerio. Viene de la palabra *Sa*, que quiere decir *corazón*, y *bot*, cesar. Cesar de latir el corazón por las labores diarias, esto quiere decir *sábado*. Es admirable que los sumerios primitivos reconocieran la necesidad fisiológica del cuerpo humano de trabajar seis días, y el séptimo descansar. Es fórmula como la que enunció Andrés Carnegie, el rey del acero, cuando dijo que este metal puede doblarse, incluso gana elasticidad doblándolo hasta cierto punto, pero que si se pasa se rompe y no se puede soldar.

Así, con experiencias milenarias en un país que carece de materias primas, sin metales, ni aun el oro, que no existe en pepitas en Mesopotamia, con poco contacto con Egipto, anticipándose en muchos siglos a las otras culturas del Mediterráneo, los sumerios sentaron la base de muchas ciencias prácticas. Sobre todo calcularon los movimientos de los planetas, distinguiéndolos de las estrellas fijas cuya posición permanente determinaron creando el sistema de grupos de constelaciones que empleamos todavía en nuestro Zodíaco. Allí, en aquel país árido, sin más vegetación que las cañas, los sumerios reconocieron en el cielo el león, el toro, el escorpión, los animales que sirvieron de guía a griegos y romanos para ensanchar el mundo por el Oeste.



Un héroe prehistórico del delta del Eufrates combatiendo las alimañas primitivas.



Reconstrucción del barrio de los templos en Babilonia, por Koldewey. La torre, truncada, carece de los últimos pisos, que eran siete.

16 LOS SEMITAS EN MESOPOTAMIA. BABILONIA

En el capítulo anterior hemos ya anticipado que, al lado de las colonias de los sumerios en los valles del Eufrates y del Tigris, existían poblaciones semíticas que debían de haber llegado de las comarcas del Sur. La Arabia, hoy casi desierta, parece haber sido el centro de irradiación de los semitas. Bandas o tribus de semitas se instalaron en Palestina, el Líbano y Siria, mientras otras penetraban poco a poco en Mesopotamia, cuya población de turanios sumerios, todavía muy escasa, estaba en condiciones de recibir a estos inmigrantes de otra raza inferior. Parece opinión dominante entre los orientalistas que la cultura babilónica o mesopotámica es casi toda de origen sumerio, y que los semitas, llegados más tarde, no hicieron sino imitar y copiar a sus predecesores.

Pero, en cambio, son los semitas los progenitores del pueblo militar y conquistador del Asia, la terrible Asiria, que con sus ejércitos formidables, sus crueles y sanguinarios monarcas, hizo temblar por espacio de más de mil años a todos los pueblos vecinos. El genio conquistador y agresivo de los semitas mesopotámicos se manifestó ya desde muy antiguo. Un primer imperio de semitas se estableció en Akad o Agadé, cerca de Babilonia; su fundador fue Sargón, o Sargani, hacia el año 2600 antes de J. C., respecto al cual más tarde hubo de forjarse una leyenda: «Yo soy Sargón, el poderoso rey de Agadé — decía el poema asirio —. De mi padre no sé nada; mi madre era de baja condición y el hermano de mi padre habita en las montañas. Mi ciudad está en la orilla del Eufrates; he aquí que mi madre me concibió en secreto y me puso en una canasta cerrada con betún. Ella me llevó al río, y flotando sobre las aguas, el jardinero Akki me recogió. Mientras fui jardinero, me amó la diosa Ishtar, y por años goberné el reino. Por años reiné sobre los *cabezas negras*... Destruí los pueblos de las montañas con hachas de bronce, las altas montañas escalé y en las bajas penetré, y el país del mar sitié tres veces...»

Estas expansiones poéticas de un escriba asirio se explican perfectamente porque al-



Tableta con el mapa y relato de las conquistas del rey Sargón de Agadé.

gunos de los monarcas de Asiria trataron de hacer derivar su genealogía del viejo Sargón de Agadé. Pero, por un capricho del destino, de este primer conquistador asiático no se ha conservado más que su maza, con una inscripción en que la dedica al dios solar Shamash. Que realmente Sargón hubo de ser un gran capitán, lo prueba el hecho de que llegó a imponer sus tributos hasta la lejana isla de Chipre. En la inscripción de una tableta, ya en cuneiforme, se encuentra el mapa esquemático de sus conquistas y se consigna aquella aventura a ultramar.

De Naram-Sin, el biznieto de Sargón, ya tenemos más documentos. En una estela con su magnífico retrato encontrada en Diarbekir, en el alto Eufrates, el rey se alaba de sus victorias. Por fin, en otra estela de Susa, vemos a Naram-Sin en la cumbre de una montaña, seguido de sus soldados, con dos enemigos implorando piedad a sus pies. He aquí al primer conquistador semita de quien tenemos auténticos retratos: el de Diarbekir nos lo muestra con su larga barba, que ofrece tan vivo contraste con los rapados sumerios. En la estela de Susa, con el arco todavía en la diestra, Naram-Sin parece que va a perdonar al caído, gesto de piedad muy raro en los guerreros semitas. ¡Qué contraste el de estas figuras de Naram-Sin con las que hemos reproducido en el capítulo anterior de los príncipes sumerios, intelectuales y piadosos, como Gudea!

Ya hemos dicho que la primera dinastía semítica, la de Sargón, había comenzado en Agadé, pero pronto el centro de la monarquía hubo de pasar a Babilonia. Debió de existir allí una población desde muy antiguo, al menos desde el 4000 antes de J. C. Se encuentra ya mencionada Babilonia en una tableta del tiempo de Sargón de Agadé, aunque es probable que entonces no pasara de ser una ciudad de segundo orden, acaso colonia de una de las ciudades del delta. Con nuevas invasiones de semitas empezó a aumentar su población y creció rápidamente, de una manera prodigiosa. Pero el secreto de la prosperidad y grandeza de Babilonia parece atribuirse, no sólo al hecho de haber sido el centro de fusión de las dos razas, sino, además, por haber allí un puente o vado que era centro comercial en la ruta que por Persia iba hasta la India. Al sur de Babilonia predominaban los sumerios, pero hacia el Norte empezaba la Asiria, con los semitas puros. Babilonia era para ambas razas la ciudad santa común, y su dios Marduk acabó por tener un lugar supremo sobre todas las demás divinidades asirias y caldeas. Resultó finalmente un centro histórico de cultura por haberse archivado allí las viejas tradiciones sumerias. Ejercía una fascinación en todos los que la visitaban, como algo muy venerable y superior al resto

del mundo. Así se explica que los monarcas de las primeras dinastías, que sucedieron a la de Agadé, fueran una mezcla de reyes conquistadores, sumos sacerdotes y letrados, como el gran Hamurabi (del que hemos hablado en el capítulo anterior), quien, siendo ya un semita, compiló o codificó las leyes antiguas de Sumer. Pero hasta este mismo Hamurabi se alaba de conquistas y venganzas; Naram-Sin, en una de sus inscripciones, dice que derrotó a 90.000 enemigos... lo que revela ya en estos semitas un arte de exagerar las victorias en el que fueron maestros más tarde los monarcas asirios.

Ninguna de las metrópolis del Oriente ha dejado un recuerdo tan vivo como el de Babilonia. No sólo la Biblia, sino también los escritores griegos clásicos están llenos de pasmo ante aquella a la que consideran capital del Asia. Heródoto describe la gran ciudad como si la hubiera visitado y como en ciertas cosas exagera, se duda de su veracidad. Etesias, el médico griego al servicio de Artajerjes, también la describe con términos de gran admiración y de éste sí que no se puede dudar de que la vio personalmente.



Estatuas en bronce de Ishtar y Marduk, ambas con cabeza de cuatro caras para significar omnipresencia y omnipotencia.

Durante la Edad Media, las ruinas de Babilonia fueron identificadas por los árabes como restos de la torre de Babel. En los montículos aparecían ladrillos con inscripciones cuneiformes que aseguraban que allí estuvo la auténtica Babilonia. La vasta extensión de los escombros y ruinas, en el lugar donde había habido la gigantesca metrópoli, desanimaba a los arqueólogos. No era tarea como la de excavar el *tell* de una de las ciudades del delta. Nadie se veía con recursos y tiempo bastantes para atacar las formidables masas de arcilla deshecha de los ladrillos secados al sol. La Universidad de Pennsylvania mantuvo allí una misión, pero por sólo pocos años y con poco éxito. Aparecieron tabletas con inscripciones preciosas y objetos interesantes, pero nada extraordinario y que estimulara a seguir adelante en las tareas de excavación.

En 1899, el sultán de Turquía concedió la exploración del lugar a la Sociedad Alemana del Oriente y desde aquel año los alemanes mantuvieron en Babilonia un escuadrón de obreros. Cuando en 1917 los ingleses llegaron a Bagdad, Koldewey, director de las excavaciones, estaba a pocos kilómetros, en su casita bien poco confortable, en el campo de las ruinas de Babilonia.

Los trabajos de Koldewey y sus colaboradores aclararon la topografía de la ciudad y despejaron el barrio del palacio y de los grandes templos, donde estaba la torre escalonada, pero al limpiar los escombros se observó que el centro religioso donde estaba la torre era sólo parte del gran santuario nacional de Babilonia. En realidad había dos santuarios bien separados, uno era el E-Temen-Antí, al que tenían acceso todos los devotos forasteros y peregrinos y donde había hospederías, almacenes y lupanares. A un lado, la famosa torre de siete pisos simbolizaba los siete planetas; el inferior,



Estela de Naram-Sin, rey de Agadé. El monarca está contemplando la agonía del enemigo que acaba de derribar junto a la montaña cónica, símbolo de la fuerza, con los astros favorables al vencedor. Está labrada en piedra caliza amarilla y fue descubierta en Susa, adonde había sido llevada como botín. Museo del Louvre.

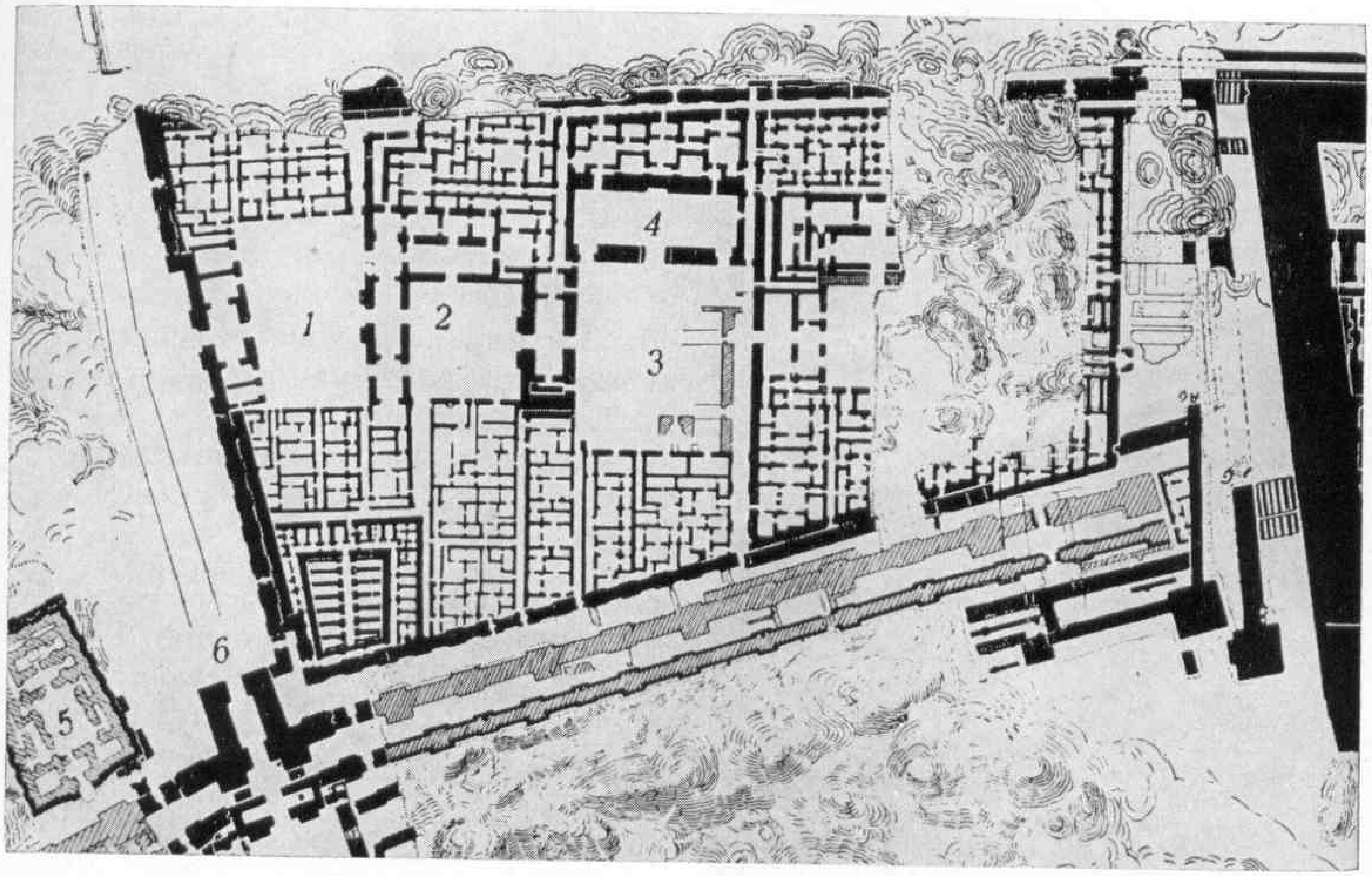
da, dios mío, a mi diestra — y que la gran diosa Ishtar quede a mi siniestra.»

Ya en este salmo vemos a Ishtar participar de la gloria de Marduk, el Baal, señor de Babilonia. Ambos permanecen inseparables. Ishtar, que los asirios transformaron en diosa guerrera, en esta época es todavía la divinidad sumeria de la fecundación. «Es la estrella del alba, la estrella vespertina—que abre los cielos y calma la tierra.» En Marduk e Ishtar se concentró toda la divinidad de los antiguos sumerios. Al principio, Marduk no era más que Shamash, el dios local de Babilonia, e Ishtar la diosa de Ereck, reina del cielo; Marduk, hijo de Ea;

dedicado a Saturno, estaba cubierto de estuco negro. En lo alto, según Heródoto, estaba la cámara para el dios Marduk. Pero enfrente de E-Temen-Antí estaba E-Sagila, otro santuario secreto, morada preferida del gran dios, lugar de revelación e iniciación. En salmos penitenciales se apellida a Marduk «señor de E-Sagila y protector de Babilonia». Así dice el suplicante: «¡Señor de E-Sagila, conservador de la vida — que la concedes exuberante! —Tu nombre es agradable—por ti yo vivo — por ti estoy sano— y puedo contemplar tu divinidad. — Que-



Retrato de Naram-Sin de Agadé. La inscripción todavía en caracteres arcaicos no cuneiformes (2800 a. de J. C.).



Esquema de reconstrucción del palacio real de Babilonia, según Koldewey. 1, 2 y 3. Patios. 4. Salón del trono. 5. Templo de Ninac. 6. Puerta de Ishtar.

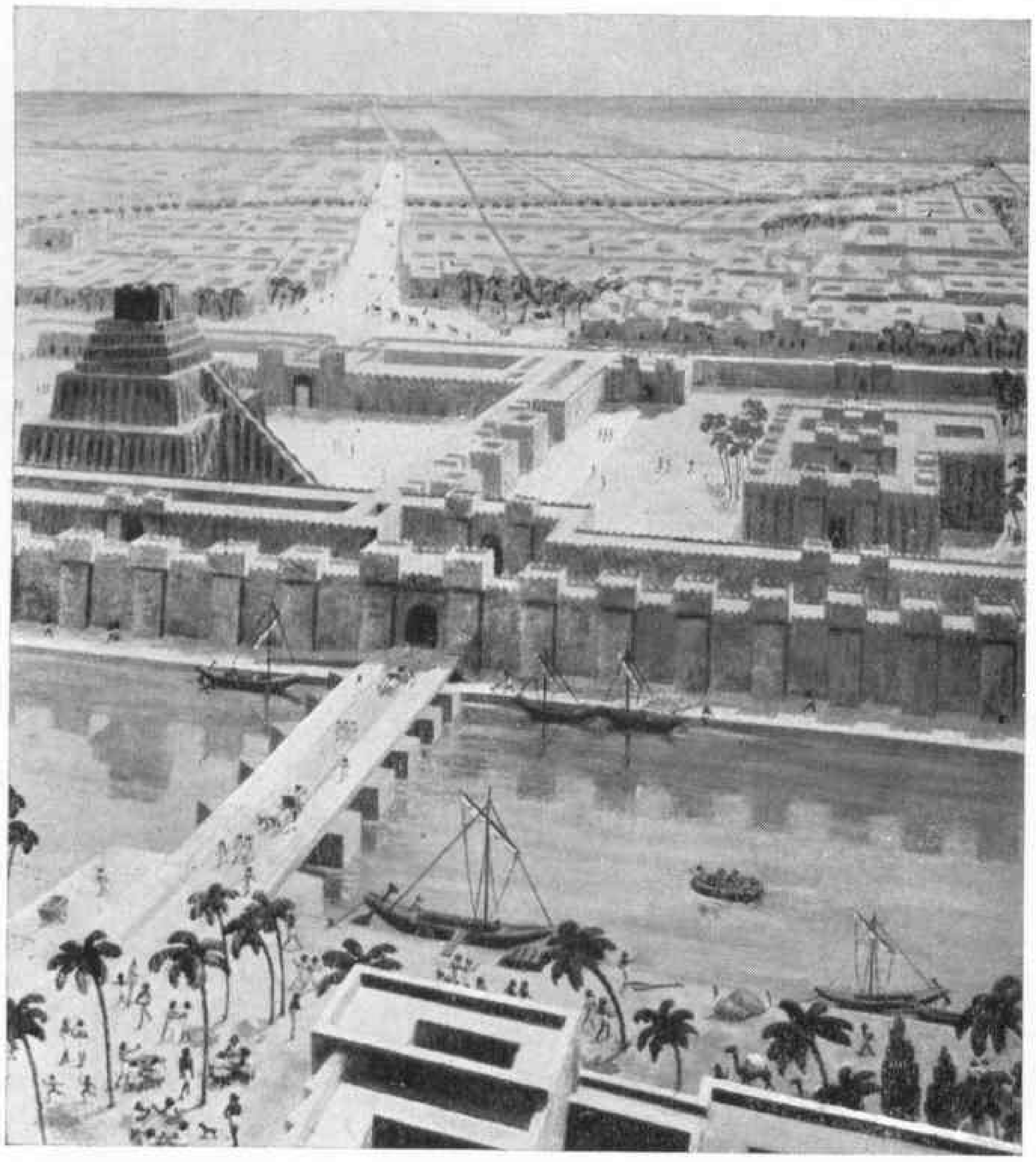
Ishtar, hija del dios lunar de Ur. Pero todos los dioses sumerios se fueron acumulando primero en una corte divina y después identificándose con Marduk e Ishtar.

Las inscripciones cuneiformes han conservado muchísimos textos de procesiones y liturgias. Hay también calendarios que señalan las fechas para grandes ceremonias. El año empezaba en el mes de Nizam, que corresponde al equinoccio de primavera. Esta división del tiempo se conservó hasta el renacimiento en Europa: la Iglesia la mantuvo, lo mismo que la Sinagoga. Los cantos rituales de los babilonios, «lamentaciones», «suspiros», eran tan eficaces para pedir bendición como para destruir. Son interesantes por su terrible elocuencia, pero de poco han servido a la humanidad. En cambio, se explica que por vivir los babilonios en lugar llano y atmósfera transparente pudieran observar las constelaciones y se arriesgaran a establecer horóscopos de las vidas humanas.

Aunque mucho de la astrología lo aprendieron de los primitivos sumerios, los babilonios, semitas puros, establecieron las definitivas leyes del movimiento de los astros-planetas, que se mueven independientemente en la bóveda del cielo, como si tuvieran alma y pudieran ejercer una influencia en la tierra y sus habitantes.

La astrología ha sido desde los babilonios una ocupación lucrativa; durante la Edad Media europea se dedicaron a ella hombres de ciencia tan eminentes como Copérnico. Todavía hoy son millares los que toman en serio las conjunciones de los planetas en la hora del nacimiento. Basta fijar la fecha exacta y el lugar, para que el astrólogo, haciendo y deshaciendo cómputos, se arriesgue a predecir el futuro de su cliente.

Más seria parece que fue la observación que hicieron los babilonios de los eclipses.



Vista panorámica ideal de Babilonia desde la orilla derecha del Eufrates.

En ocasiones pudieron predecir eclipses que cambiaron el rumbo de la historia. Un enemigo a punto de conseguir la victoria perdía la fe al obscurecerse el cielo y apagarse el Sol. Imagínese el terror que produciría la lluvia de estrellas o un cometa. Los varios Apocalipsis judíos y cristianos que profetizan lluvia de sangre, estrellas, escorpiones, son de tradición babilónica. Astros favorables daban mayor protección que los ejércitos y hasta que los dioses menores. Porque Marduk era — no lo olvidemos — la humanización del sol omnipotente y la diosa Ishtár, su consorte, encarnación de la estrella matutina y vespertina. Todavía hoy la Iglesia compara la Virgen a la estrella que reina entre todas al alba y al atardecer.

Los babilonios estaban agobiados por pesadillas y visiones fatales, por haber visto animales inmundos, por haber tropezado con algo de mal agüero. Para remedio tenían oraciones y ritos que aseguraban profilaxis y terapéutica sin medicinas. Copiaremos un himno recogido en una tableta de arcilla con caracteres cuneiformes del año de 1800 antes de J. C. para que se vea la seguridad que se tenía en la protección de Marduk:

«Rey de los cielos y la tierra,
maestro de justicia y equidad,
señor que gobiernas los demonios,
que nadie sin ti puede esquivar,
y cuyo número es incalculable.
Señor, que devuelves vida al moribundo,
que liberas al prisionero,
yo me he acercado a ti,
y me he cogido a la orla de tu vestido,
porque una serpiente funesta
ha entrado en mi casa,
y he cogido pánico de este presagio fatal.
Presérvame y te exaltaré,
celebraré la salvación
que me has dado y todos
los que me vean alabarte
te alabarán eternamente.»

Hay en este salmo-endecha la familiaridad del que acude a su dios como a un amigo. La misma que en los de David, sólo que éste pide perdón por transgresiones y pecados, mientras que el babilonio acude a Marduk para que le libre de la serpiente. La capacidad de imaginación para descubrir monstruos compuestos de partes de animales inmundos fue una de las grandes cualidades de los babilonios. Les atribuían poder demoníaco no sólo para destruir con venenos; más aún, para enloquecer y embrujar con la simple mirada. En los muros de las murallas, en la entrada de la casa y la ciudad, había campanas y bestias pintadas o en azulejo para ahuyentar el maleficio. Los mismos endriagos que podían dañar, debi-

damente exorcizados ejercían su poder para ayudar a los que se acogían a su protección. La gran mayoría de los textos descifrados de las tablas en escritura cuneiforme son plegarias para obtener curas de melancolía, histerismo, pústulas, hidropesía, artritismo. Pero ¿es que no ocurre algo parecido entre nosotros? Cuán pocas de nuestras preces son de adoración; también nosotros rogamos sobre todo para evitar o curar dolencias que nos afligen personalmente.

Los babilonios tenían una medicina basada, como la de todos los primitivos, en conjuros y eméticos. Tenían incluso un dios médico, Nabú, que actuaba también como notario y archivero. Su santuario en Borshipa, suburbio de Babilonia, era inmenso; en cambio, la torre escalonada no se elevaba a más de tres pisos. Nabú era un gran dios, hijo adoptivo de Marduk. Se le sacaba del templo para ir a asociarse a las festividades del año nuevo, que duraban diez días, en E-Temen-Ankí. Iba en un carro, algo menor que el de su padre. Los profetas hebreos hacen alusión a estas procesiones. Isaías dice: «Marduk se ha inclinado, Nabú saludó, sus ídolos iban sobre bestias y llevados por toros, las carrozas cargadas con peso excesivo.» Jeremías también se acuerda de las estatuas descomunales.

Resumiendo, poco debemos a los babilonios, pero acaso sea debido a que nunca pudieron establecer un imperio durable. Cuando, con Sargón de Agadé y Hamurabi, Babilonia disfrutaba de prestigio de gran ciudad, fue ocupada por tribus de nórdicos que no eran semitas. Llegaron a adoptar algunas de las maneras de los sumerios y babilonios; pero pronto el poder de Asiria vino a interrumpir su vida civil. Quedó como una ciudad sagrada, metrópoli religiosa siempre renaciente. Los asirios la convirtieron en una dependencia provincial; respetuosos, enviaban a Babilonia al príncipe heredero como gobernador. Se independizó al destruir a Nínive los medos, y hubo cuatro siglos de imperio neobabilónico, que es el que recuerdan los libros históricos de la Biblia. Fueron de crueldad y revuelta: Ciro entró en Babilonia para restablecer el orden, el derecho y la paz.

Babilonia tenía un constante peligro en los vasallos sumerios del delta. Allí los semitas descontentos iban también a refugiarse y a conspirar con las gentes de la antigua raza. El Sur podía esconder guerrillas y aun ejércitos insurrectos en regiones donde los pantanos no habían sido saneados. Había cañaverales, con maniguas impenetrables para los asirios, lo mismo que para los ba-



Tableta de piedra que contiene el relato de la nueva fundación del templo del Sol por el rey Nabu-apal-idina.

bilonios, pero cuyas veredas conocían los sumerios. La Biblia recuerda los esfuerzos que uno de los caudillos caldeos, Merodac Baladán, hizo para asociar al rey de Jerusalén a una alianza de enemigos de Babilonia. Se contaba con el apoyo del faraón, lo que significaba un duelo a muerte.

A través de los siglos, sufriendo invasiones y destrucciones, Babilonia continuó manteniéndose como la gran capital del Asia. Es significativo que Alejandro fuese a morir precisamente en el alcázar que con anterioridad habían ocupado Nabucodonosor y Ciro. Con su muerte se inauguraba la nueva Asia helenística.

Políticamente debemos a Babilonia todavía menos que en el aspecto cultural. No consiguió nunca organizar un estado con monarquía sólidamente unificada, como hizo Asiria, ni un mosaico federativo de vasallos semiindependientes, como después logró establecer Ciro, el persa, con las satrapías. Fiaba únicamente en su prestigio secular y en sus dioses omnipotentes. Sin embargo, aún empleamos reliquias de la cultura babilónica, casi podríamos decir supersticiones. Por ejemplo, el rito de fundación de un edificio, colocando en lo más profundo de los cimientos un amuleto, ya sean monedas u objetos benditos, es todavía de tradición babilónica. En todos los monumentos que se han excavado de los babilonios se encuentra la caja de piedra que contiene una estatua o ídolo y frecuentemente un prisma de arcilla con inscripciones cuneiformes que han servido muchísimo para restablecer la secuencia de la historia.

Y la fe en la maldición, el mal de ojo, los agüeros, días nefastos, lugares propicios, diablos en forma animal, etc., la mantenemos todavía desde los tiempos de la preponderancia de Babilonia en el Próximo Oriente.



Toro caldeo con cabeza humana personificando al dios lunar Sin. Louvre.



Asurbanipal con la reina, en el jardín del palacio de Nínive (668-625 a. de J. C.).

17 ASIRIA

Assur, la primera capital de Asiria, era, al principio, sede de un gobernador feudatario de Babilonia. Excavaciones también llevadas a cabo por la Sociedad Alemana del Oriente procuraron preciosa información de Assur y de los semitas que la ocuparon en el segundo milenio antes de Jesucristo. Quedan todavía muchos puntos obscuros; no sabemos si el país estaba ya habitado por otras gentes antes de la llegada de los asirios. No sabemos tampoco con certeza si sirios y asirios son dos ramas de una misma nación que se dividió; mientras los sirios se difundieron hasta la costa y el alto valle del Eufrates, los asirios se quedaron más al sur, en una comarca algo accidentada que el Tigris cruza zigzagueando.

Los primitivos asirios tributaron culto a una divinidad solar llamada Assur. En la que fue su primera capital, que también se llamaba Assur, hubo un templo mayor calificado de Ekarsagukurkura, que quiere decir la «casa de la montaña de toda la tierra», nombre excesivamente orgulloso, pero que los reyes asirios conquistadores justificaron después. El fundador legendario de Assur era cierto Uspia, cuyo nombre no parece pertenecer a un semita. Pero es frecuente en la fábula que el jefe creador de un Estado sea un extranjero.

La ciudad de Assur estaba emplazada en lugar fértil y el Tigris corre rápido y profundo en la hendidura que dejan las colinas. Las excavaciones han despejado los an-

tiguos muelles de Assur y las lanchas de los arqueólogos fueron a amarrar en los muros de contención edificados por los monarcas asirios. La masa colosal del gran templo de Assur, siempre engrandecido por los dinastas que conquistaban la tierra en su nombre, fue limpiada imperfectamente; su disposición no resulta clara, sólo se comprende que tenía asimismo una pirámide escalonada y estaba cerca del palacio real. Había también junto al santuario una «casa de la fiesta» u hospedería para albergar a los peregrinos, como en Babilonia.

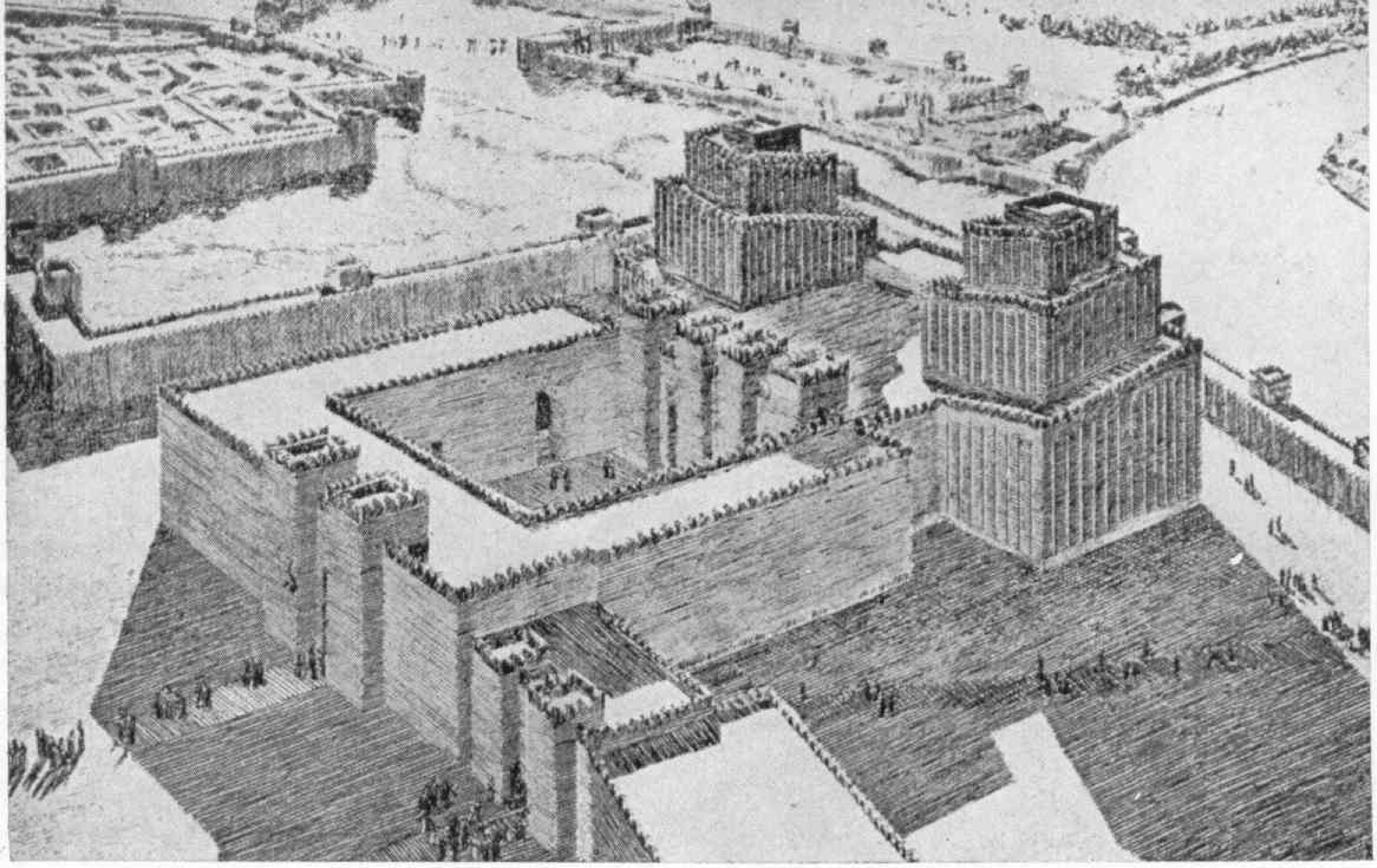
Si el templo del gran dios de Assur es todavía un enigma, el templo doble de Anu y Adad, en la misma ciudad de Assur, fue restaurado completamente. Ambos dioses tenían el patio común, pero cada uno su cella separada, incomunicables, y cada uno su pirámide escalonada o zigurat. Es comprensible esta separación, porque Anu era un dios sumerio, el patrono de la antigua ciudad de Uruk, que los babilonios habían hecho dios de la medicina y del protocolo, adoptándolo como un verdadero babilonio e hijo de Marduk. En cambio, Adad era un dios extranjero, importado por los semitas asirios de la vecina región montañesa de Capadocia. Se representaba a Adad montado encima de un toro, porque es animal que muge como el trueno. He aquí, pues, las tres divinidades principales del Panteón asirio, procedentes de tres distintas razas: Assur, el dios solar, era semítico; Anu, de origen sumerio, y Adad, el dios del trueno, que tal vez fuese hitita o ario. En nombre de esta trinidad llevaban a cabo los monarcas asirios sus atroces degollinas, incendios, empalamientos y devastaciones. Al principal, Assur, lo representaban como un círculo alado dentro del cual había una figurita que disparaba el arco.

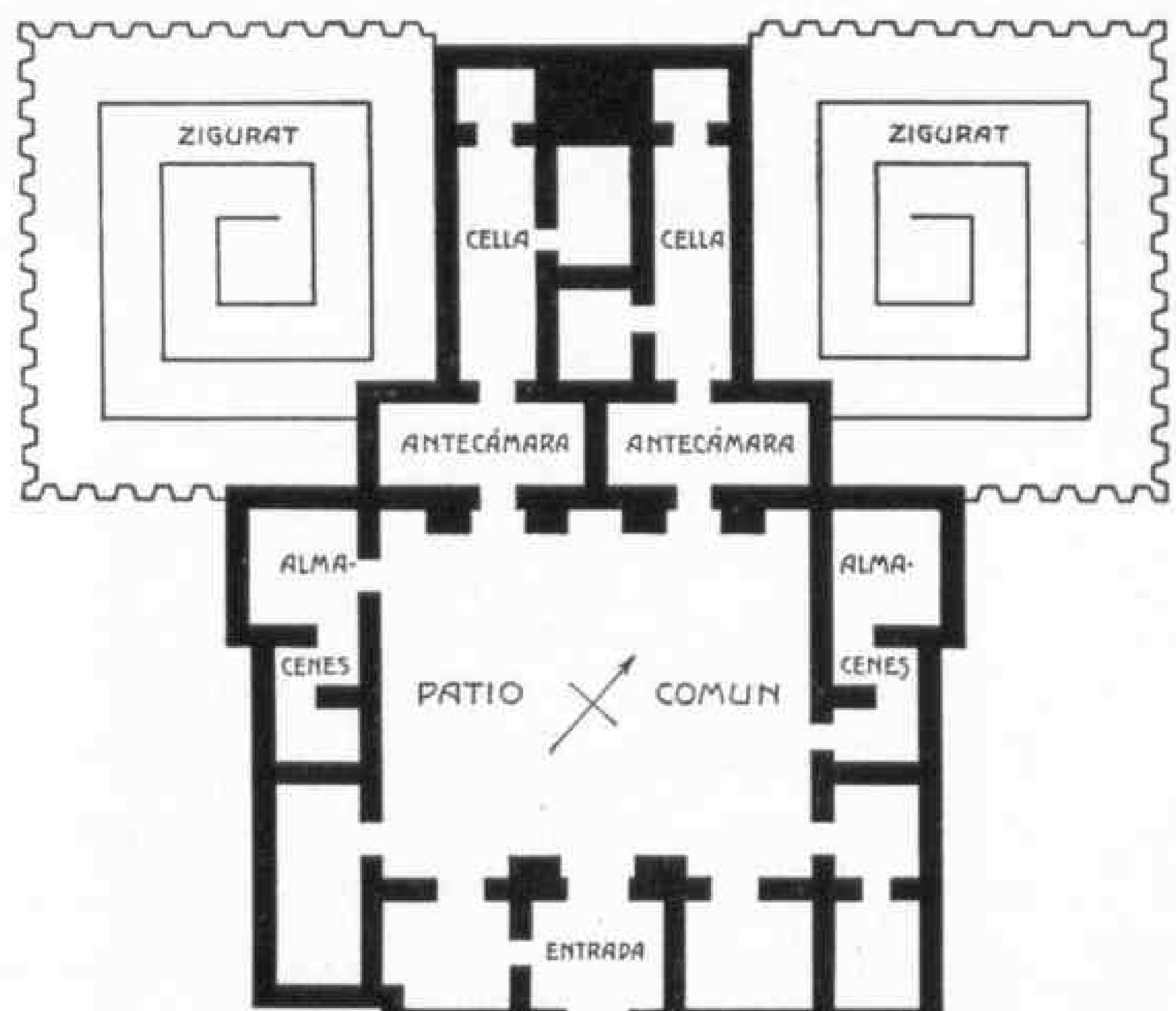
Los gobernadores asirios se mantuvieron en una honorífica dependencia de los reyes de Babilonia, hasta que las conquistas de los egipcios perturbaron el equilibrio de los pueblos de Asia. Al avanzar el faraón Tutmés III hasta el Eufrates, después de la batalla de Megiddo, los magnates asirios comprendieron que podían aprovecharse de aquel nuevo poder y le enviaron un valioso presente, como si le hicieran ofrecimiento de su amistad.

Algo más tarde, un monarca de Babilonia se queja ya al faraón de que hubiera reconocido la independencia de Asiria. En cambio, he aquí cómo el *patesi* asirio escribía, hacia el 1400 antes de J. C., al faraón, que era el místico Aken-Atón, o Amen-hotep IV, de quien hemos hablado en un capítulo an-



Retrato de Asurnasirpal, en traje doméstico de harén.



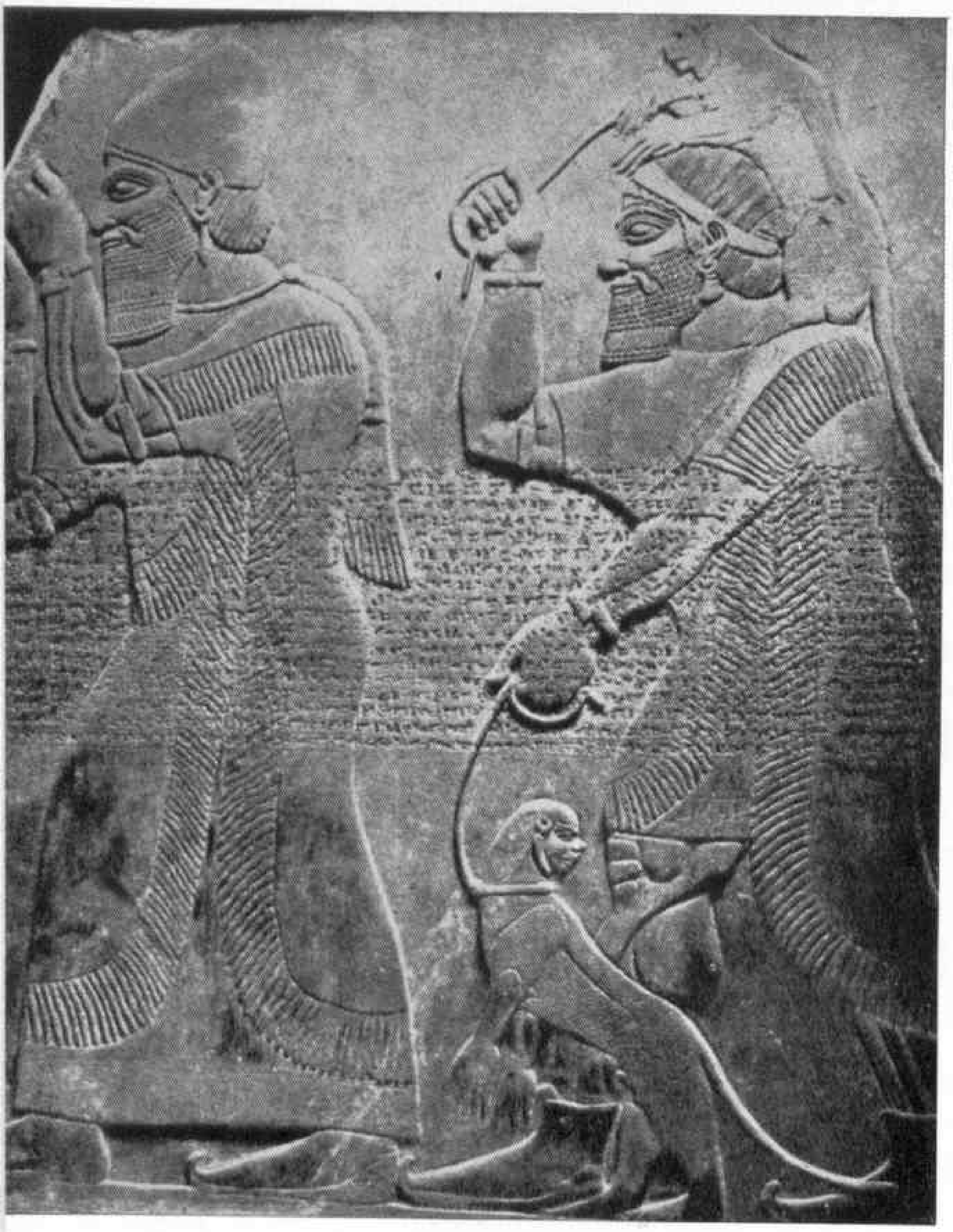


El templo doble de Anu y Adad en Assur. Reconstrucción y planta.

terior: «Al rey de Egipto, mi hermano; Assur-Uballit, el rey de Asiria, su hermano. Paz sea a ti, a tu casa y a tu país. Cuando yo vi a tus embajadores, me alegré grandemente. Te envío un carro y dos caballos blancos, otro carro sin caballos y un sello de lapislázuli. Envíame... etc., etc.» Poco podía imaginar el faraón que aquel reyezuelo asiático cuya independencia acababa de reconocer era el antecesor de unos futuros conquistadores de Egipto.

Babilonia no pudo hacer más que aceptar el hecho consumado y trató de conservar la amistad del nuevo reino, casándose el rey de Babilonia con una hija del rey de Asiria. Así creció el nuevo Estado, llevando un doble juego con Egipto y Babilonia. Las aventuras de los faraones en Asia no hicieron más que favorecerles, porque al destruir Ramsés II la confederación de los hititas en la batalla de Kadesh, destruyó el único poder que podía impedir el crecimiento de Asiria por el Norte.

Al ascender al trono de Asiria Tiglatfalasar I, en 1115 antes de J. C., la soberanía de Egipto en Asia era ya puramente nominal; Babilonia se había acostumbrado a no pensar más en conquistas y el poder de los hititas se había desvanecido. El campo estaba libre para un nuevo conquistador. Los anales de Tiglatfalasar se nos han conservado en un prisma octagonal del que se conocen varias copias. En ellas, Tiglatfalasar I empieza enumerando a los dioses en cuyo nombre ha combatido. El primero, claro está, es «Assur, el gran dios, el jefe de la hueste de los dioses»; después Marduk de



Emisarios de feudatarios ofreciendo un tributo de monos a Asurnasirpal.

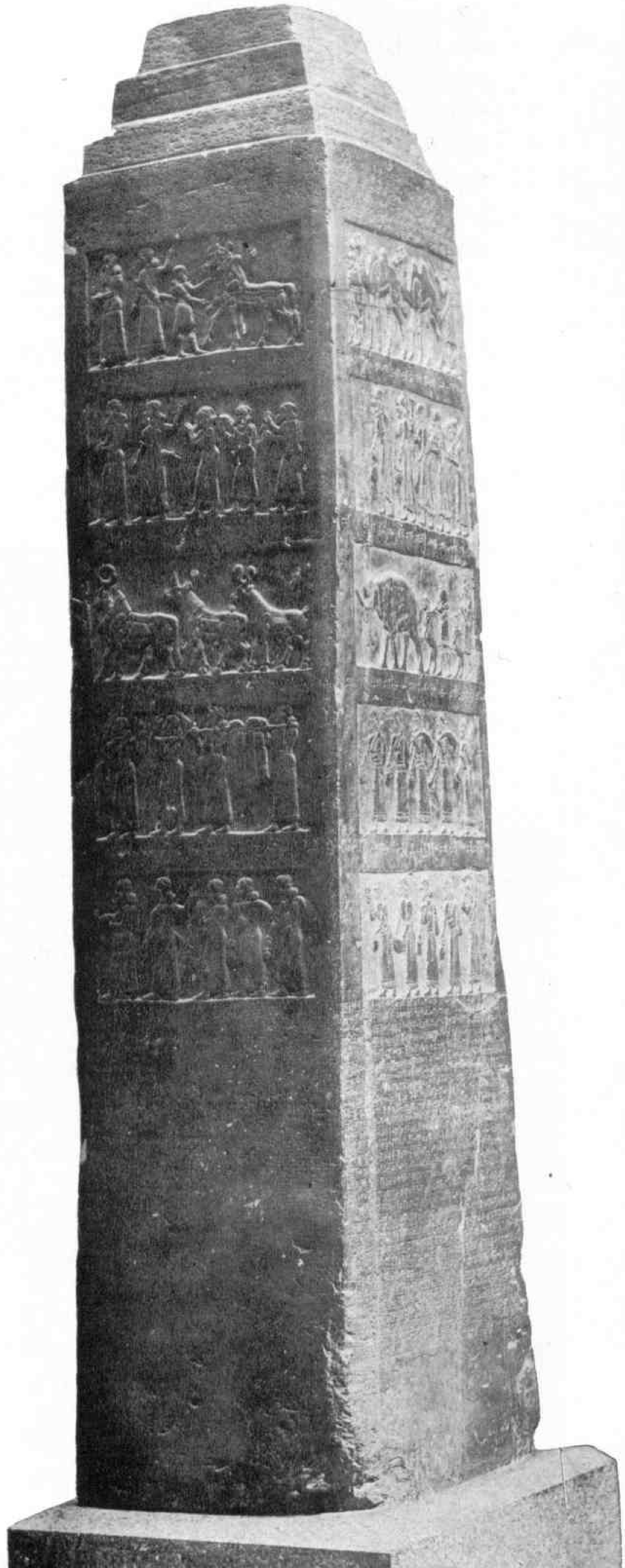
Babilonia, Shamash, Adad, Ishtar, etc. Después sigue la descripción de sus campañas; por ella se advierte que Tiglatfalasar I no quiso aventurarse a hostilizar a Babilonia al principio de su reinado. Las primeras anexiones de Asiria fueron hacia el Norte: el Asia Menor y la Armenia. El estilo de los anales de Tiglatfalasar quedará como modelo para los sucesivos conquistadores. ¡Qué audacia de expresión, qué falta de humanidad, hasta de decoro! La sangre de sus enemigos «cubría los barrancos y la cima de los montes»; los habitantes de las sierras huían con sus dioses, «como pájaros». En otra campaña, degollaba a sus enemigos «como corderos». La parte militar de los anales de Tiglatfalasar acaba así: «Entre todo, desde el principio de mi reinado conquisté cuarenta y dos naciones, desde el río Zab hasta las montañas de las fuentes del Eufrates, y desde la tierra de los hititas al mar Superior. Impuse mi voluntad, tomé rehenes y cobré tributos.»

Cómo recibió Babilonia las noticias del crecimiento de este nuevo poder, no lo sabríamos por los anales de Tiglatfalasar, pero lo cuenta la llamada *Historia Sincrónica de Babilonia*. Un tal Marduk-Nadin-Akhi, que reinaba entonces en la ciudad santa, se dirigió contra Asiria y debió de castigar duramente a Tiglatfalasar, pues se llevó a Babilonia las estatuas de algunos de sus dioses, entre ellas las de Adad, que no recuperó Asiria hasta 400 años más tarde. En otra segunda expedición ya no parece haber sido Marduk-Nadin-Akhi tan afortunado, y por fin Tiglatfalasar se atrevió a hacer una incursión devastadora en las tierras del Sur. Después del esfuerzo realizado por Tiglatfalasar I, Asiria parece mantenerse en sosiego por más de tres siglos sin extender sus conquistas, pero sin perder terreno tampoco, hasta que Asurnasirpal II en 884 antes de J. C. recomenzará las agresiones. Con él los pueblos de Asia aprenderán a temblar. Abundante material histórico nos permite seguir casi día por día los acontecimientos. Una magnífica inscripción en alabastro, de 389 líneas, nos refiere en tono épico la historia de las campañas de Asurnasirpal, y como si esto no fuera bastante, dieciocho textos más completan la información. Y aunque la índole de este libro no permite narrar la historia de un monarca ni perder tiempo reseñando sus crueldades, de todos modos los documentos de Asurnasirpal nos describen tan perfectamente el tipo humano y la psicología de los asirios, que debemos molestar al lector puntualizando este desagradable episodio de la historia del mundo. Asurnasirpal empieza su reinado con una campaña devastadora para sojuzgar a los pueblos conquistados, que se resisten a enviar el debido tributo. Se dirige primeramente al Norte y coge *en su red* a los rebeldes; después cuenta su botín en caballos, plata, oro, plomo, cobre... manda degollar a doscientos sesenta prisioneros y con sus cabezas levanta una pirámide; que-

ma y destruye ciudades... El hijo de un jefe rebelde es despellejado y la piel extendida y clavada en los muros de su propia fortaleza. Esta es la primera campaña; la misma historia se repite cada año. En una ocasión, los jefes rebeldes se acercan al monarca asirio para decirle: «Si tal es tu voluntad, mátanos. Si es tu voluntad, viviremos. Lo que tu corazón desee, será.» Pero ni esta entrega incondicional satisface al conquistador, que manda cortar las piernas a todos los jefes enemigos, los magnates son despellejados y la ciudad arrasada. En sus marchas y contramarchas, Asurnasirpal cuida de hacer grabar estelas e inscripciones que perpetúen el recuerdo de su paso y construye palacios de gobierno en los países conquistados. «En la barranca del río Supnat mandé esculpir mi retrato al lado del de Tiglatfalasar», y en Suri «hice grabar una poderosa imagen de mi real persona e inscribí en ella mis títulos y poder y gloria y la puse dentro del palacio... También hice grabar relieves con inscripciones en mi honor y gloria y los puse dentro de la puerta de la ciudad». Tenemos abundantes retratos de Asurnasirpal que nos lo representan en todos los momentos de su vida: en el harén, en funciones de gran rey o de príncipe sacrificador. La fisonomía no desdice de lo que nos hacen suponer las crónicas de sus campañas.

Las campañas de devastación y saqueo de los monarcas asirios le procurarían enormes riquezas, pero no el regular ingreso de un estado civil. Se ha comparado la riqueza de Asiria con el oro que los españoles importaban de América, que produjo más daños que real prosperidad. La misma afluencia de metales preciosos debió de aumentar el valor de los productos agrícolas y los monarcas asirios tuvieron que intervenir a menudo para regular el mercado. Pero no fue esto lo peor; lo más terrible era que, para cobrar violentamente los tributos, el déspota asirio tuvo que mantener un ejército, que a su vez, para pagarlo, imponía nuevas campañas devastadoras. La noticia de que un súbdito rehusaba enviar

El obelisco de Salmanasar III (859-825 a. de J. C.), decorado con la representación de embajadas que traen sus tributos al monarca.



su contribución anual debía de ser recibida con satisfacción por los capitanes asirios. Asiria es, en realidad, el primer caso de militarismo que podemos estudiar a fondo. Al principio, los ejércitos de Asiria debían de estar formados por sus propios súbditos, pues el tipo semita predomina en los relieves de las campañas, pero más tarde hubieron de agregárseles voluntarios y mercenarios, que esperaban hacer su fortuna combatiendo por Assur. Los documentos mencionan a menudo desertores que hay que castigar y que eran extranjeros; por ello los jefes del ejército, oficiales y veteranos, fueron asirios. El rey era, en tiempo de guerra, el primer soldado: lanzaba la primera flecha a la ciudad sitiada, que por ser del monarca tenía valor mágico. Los reyes acompañaban la expedición a lugares montañosos y difíciles, que no serían agradables de transitar. A sus órdenes estaba el *turtán,* o gran visir, con facultades casi reales, como el visir de Turquía; además, un segundo y un tercer visires ayudaban especialmente en las negociaciones para cerrar un tratado, fijar el tributo y capitulaciones. El ejército estaba dividido en grupos de cincuenta unidades; cada unidad constaba de un soldado lancero y de otro soldado arquero, de manera que el grupo era de un centenar, acompañado de varios carros y caballos. Estos soldados debían de estar acostumbrados a marchas fatigosas y habituados a las terribles escenas de sangre y fuego que eran el final de todas las campañas. A hombres así no se les podía tener inactivos, había que luchar siempre, aun para prevenir revoluciones y guerras civiles. Por esto Salmanasar III, que sucede a su padre Asurnasirpal, dirige él en persona veintiséis campañas, además de las que confió a su *turtán,* llamado Assur-Dayán.

He aquí las propias palabras de Salmanasar III, explicando la campaña del año 854: «En el día 14 del mes de Airu (el segundo mes de la primavera), crucé el Tigris y me acerqué a las ciudades de Giammú y de Balik. El terror de mi nombre y el poder de mis armas las llenaron de espanto, y con sus propias manos los habitantes mataron a su rey. Puse mis dioses en sus templos y festejé en sus palacios. Abrí sus tesoros y sus riquezas y envié sus dioses a Assur. De allí partí cruzando el Eufrates durante la inundación, en barcos hechos con cueros hinchados. Recibí el tributo de los pueblos del otro lado del Eufrates y llegué a Kalman (la moderna Alepo). Sus habitantes temieron a mis huestes y se abrazaron a mis pies. Plata y oro recibí como tributo. Ofrecí sacrificios a Adad, el dios de Kalman (lo que prueba que Adad se veneraba en Alepo también)... Capturé Adana, Pargú y Argana, la ciudad real; gané botín, dioses y posesiones. Después incendié sus palacios y partí. De Argana fui a Karkar, la ciudad real; la saqueé,



Eunuco de palacio manteniendo un amuleto estrellado, símbolo de Ishtar, para propiciar al monarca.



Sargón II y su Rabsarés o eunuco mayor, del palacio de Khorsabad. Louvre.

tes, donde, según se ve, tuvo que luchar contra un ejército compuesto de todos sus enemigos del Oeste. Hasta debía de haber árabes, porque habla de un contingente de camellos, pero Hamath, Damasco e Israel formarían el núcleo principal de la alianza. No hay duda que la batalla hubo de ser una victoria para Salmanasar, aunque en la inscripción del famoso obelisco de basalto negro, que es la que hemos copiado, los enemigos muertos, como habrá visto el lector, fueron 14.000; en otra inscripción del propio monarca su número se ha elevado hasta 20.500; en una tercera, grabada en un toro, la cifra es 25.000, y por fin, en un cuarto documento del Museo de Berlín, se ha hinchado hasta 29.000. No consta, en cambio, el número de pérdidas; por lo que se ve, el sistema de abultar las victorias de ciertos imperios es muy antiguo.

A pesar de esta gran victoria junto al Orontes, no parece haber conseguido Salmanasar III imponer su autoridad en Siria

destruí y quemé; 1.200 carros tomé y 1.200 caballos. Vinieron 20.000 hombres de Damasco con 700 carros y 700 caballos; 10.000 hombres de Hamath con 2.000 carros; 10.000 hombres de Ahab el israelita, etcétera. Con el poder que Assur me dio, peleé contra ellos y los derroté. Maté 14.000 guerreros; como el dios Adad, hice llover destrucción sobre ellos y esparcí por el campo sus cuerpos. No había bastante lugar para los muertos; con ellos cegamos el curso del río Orontes, hicimos una presa de cadáveres...»

En estos términos explica Salmanasar la batalla llamada de Karkar, junto al Oron-



Asurnasirpal II en su harén con un eunuco que le abanica.



Asurnasirpal II hace una libación sobre el auroc o toro salvaje para propiciarse al genio de un lugar que va a conquistar.

y Palestina. Debió de recibir tributos, pero los reyes de Damasco, de Samaria y de Jerusalén continuaron gobernando sus Estados. En cambio, la fortuna le favoreció por el Sur. Salmanasar estaba en buenas relaciones con el rey de Babilonia, tanto, que a la muerte de éste, su hijo y sucesor llamó a Salmanasar para que le ayudara a someter a su hermano, que se había rebelado. Cabe suponer con qué satisfacción debió de recibir Salmanasar la propuesta de intervenir en los asuntos de Babilonia. Esto era en 852 y hasta entonces Babilonia había sido respetada por los monarcas asirios. Salmanasar entró en la gran capital no como enemigo, sino como defensor del dios Marduk. Después de haber pacificado el reino del Sur, Salmanasar resultó ser, naturalmente, el protector de su aliado, el joven rey de Babilonia, lo que, dado el carácter de los monarcas asirios, en realidad significaba una inmediata anexión.

Es interesante que en este reinado aparecen recuerdos históricos de la famosa Semíramis, la fantástica reina de que tanto hablaron los escritores griegos y que aún recuerdan los beduinos del desierto. En Assur se encontró una estela con la siguiente inscripción: «En honor de Semiramat, la señora del palacio, esposa de Sam-si-Adad, madre de Adad-Nirari, nuera de Salmanasar, el rey de los cuatro ángulos de la tierra.» Según la leyenda, Semíramis, en los orígenes de Asiria, fue la esposa de Nino, el fundador de Nínive, y al quedar viuda fundó ella a su vez Babilonia. ¡Cuán lejos está todo esto de la realidad! Semíramis, como Roldán y el Cid, fue un personaje histórico, documentado hoy con la inscripción que hemos copiado y aun con otra de algunos años más tarde, en la que Samiramat, o Semíramis, es llamada todavía la señora del palacio. Semíramis debió de ser una princesa babilónica que Salmanasar procuró ganar para su hijo, la cual, debido a su superior educación, su tacto y arte para la vida, y aun acaso a su belleza, consiguió ser no una simple manceba del harén, sino una verdadera reina. Sus consejos debieron de ser atendidos por su

suegro, su esposo y su hijo, y su reputación, recordada en inscripciones (acaso mal interpretadas por los persas más tarde), dio lugar a la leyenda de una semidiosa fundadora de Babilonia, constructora, guerrera, maestra en el amor.

Acaso esta intervención de una mujer en el gobierno del Estado contribuyera a la degeneración de la dinastía fundada por Tiglatfalasar I. Esto explicaría, por lo menos, la serie de reinados cortos y sin brillo de los sucesores de Salmanasar y la revolución que puso en el trono a un advenedizo, que tomó el nombre del gran conquistador Tiglatfalasar, llamándose Tiglatfalasar III. Sería éste un jefe del ejército, y no de sangre real, pues aunque habla en los anales de «los reyes mis padres», no dice cuáles, por lo que es evidente que se refiere a ellos porque le conceden el derecho de ser, como todos los monarcas asirios que le precedieron, el representante de Assur sobre la Tierra. La revolución que puso a Tiglatfalasar III en el trono no debió de ser muy cruenta, y el nuevo monarca se sentiría muy seguro de su autoridad cuando, habiendo sido coronado en mayo del 745, ya en el mes de septiembre del mismo año emprendía su primera campaña contra Babilonia. Inútil repetir una vez más el relato de estas expediciones. Tiglatfalasar III procede como buen monarca asirio. En la campaña contra Damasco se alaba de haber destruido 591 ciudades, cuyos habitantes fueron trasladados a Asiria. El sistema de los trasplantes de colonias, que habían iniciado sus antecesores, se va repitiendo en mayor escala a partir de esta época. Es un hecho que ha impresionado a la humanidad extraordinariamente, porque los israelitas más tarde fueron víctimas de este régimen de deportación en masa. La Biblia nos ha predispuesto ya a abominar de los asirios, que empezaron por arrojar a



Guerrero asirio del cortejo real de Sargón. Louvre.

Uno de los toros alados asirios que flanqueaban la entrada del palacio de Khorsabad. Louvre.

muchos judíos de Palestina para establecerlos en otros países del Oriente. Pero aun en la Biblia no podemos comprender todo lo fatal del sistema, porque ella nos transmite sólo el clamor de las víctimas; hay que añadir a los males de los deportados, el daño que sufrió con estas deportaciones el propio conquistador. Sus tierras estaban llenas de grupos de gentes descontentas, que sufrían la nostalgia del país natal, que, idealizado por la distancia, se lo imaginaban manando leche y miel, y odiaban a la nueva patria, impuesta por un tirano, aunque fuera a veces mejor que su propia tierra natal. La caída de Asiria, y aun la de Babilonia, fue facilitada por los deportados, que ayudaron a los medos y a los persas en sus excursiones triunfales.


Pero no anticipemos los acontecimientos, que Asiria no ha llegado aún al apogeo de su poder. A Tiglatfalasar III sucede Salmanasar V, y después de su reinado, que duró sólo cinco años, una nueva revolución, probablemente dirigida esta vez por el clero, puso en el trono a Sargón II. A este Sargón de Asiria le llamamos Sargón II para no confundirlo con Sargón de Agadé, el fundador del primer imperio semítico, del que hablamos antes.

Acaso porque no se sentía seguro en el viejo alcázar de Assur, amenazado por restauraciones dinásticas, Sargón construyó un palacio de nueva planta junto a Nínive. Los textos cuneiformes le llaman Derr Sarukin y los árabes modernos Khorsabad o castillo del señor. Había allí antes una aldehuela con rústicos habitantes que hubo que expropiar, abonándoles el precio que habían pagado al instalarse ellos o sus antepasados. Tenían que presentar para ello los títulos de propiedad, las tabletas con los sellos.

El terreno arcilloso ofrecía excelente material para hacer ladrillos; era, además, fértil, a propósito para plantaciones de palmeras, olivos, higueras y granados. No lejos había canteras de alabastro y caliza blanda que podían servir para tallar relieves. En sus crónicas, Sargón menciona a menudo las obras del nuevo palacio. Explica con cierto orgullo que a ninguno de sus antecesores se les ocurrió aprovechar aquel lugar. «Yo medité el plano de la ciudad día y noche y escogí para empezar la construcción un mes y un día con favorables augurios. En una fiesta de ayuno llené el canasto de tierra para fabricar el primer ladrillo de las obras.»

Obsérvese en este texto que Sargón habla de una ciudad, no sólo del palacio. Es debido a que éste tenía barrios planeados al mismo tiempo que la residencia real. El que se alabe el propio rey de ser el arquitecto recuerda la vanidad que puso Adriano en ser el que realizó los planos de sus obras, porque el emperador romano tuvo también la misma ansia de edificar que Sargón de Asiria. Pero del mismo modo que sabemos que el arquitecto de las edificaciones de Adriano se llamaba Apolodoro y el emperador sólo colaboró en ellas con ideas, sabemos que el arquitecto de Sargón se llamaba Tab-sar-Asur, que sería un técnico más científico que el monarca conquistador. Las ruinas de Khorsabad se encontraron en buen estado, porque el castillo residencia real no fue reconstruido al acabar la dinastía de los sargónidas, y la exploración metódica ha permitido restaurar con bastante precisión la planta y aun el alzado de aquel gigantesco palacio.

Pero Sargón no perdió mucho tiempo en el placer de construir, que sienten a menudo los potentados. En el primer año del reinado de Sargón II, el 722 antes de J. C., cayó Samaria, la capital del reino de Israel, y 27.290 de sus habitantes fueron transportados al sur de Babilonia, sin contar las ejecuciones en masa. Hamath, en Siria, hubo de ser conquistada de nuevo; Karkar incendiada y su rey despellejado; Gaza fue tomada otra vez y su rey enviado a Asiria.





Guerreros asirios transportando un carro de guerra. Relieve de Khorsabad. Louvre.

El único que se libró del castigo fue el reino de Judá, con su capital Jerusalén, que se sometió a Asiria.

Cuando tuvo al Oeste aterrado con sus castigos, Sargón II volvió la vista al Nordeste, a las tierras altas de Armenia y a lo que quedaba del país de los hititas, en el valle alto del Eufrates. Del mismo modo que los pueblos del Oeste habían sido trasladados a la Mesopotamia, los habitantes de las tierras altas tuvieron que sufrir la deportación, para llenar los huecos que la política asiria había dejado en Siria y Palestina. Karkemish fue poblada con colonos asirios y todavía hoy sus habitantes poseen el correcto perfil de los relieves de Nínive y Assur. Grupos de pobladores de la Media fueron llevados a Damasco. Asiria pretendía y conseguía desmoralizar de tal manera la vida nacional de los pueblos vecinos, que no les quedaban deseos de rebelión. Pero ya hemos dicho que esto no fortalecía al Estado conquistador, aunque se cambiara el nombre del país conquistado, se le llamara provincia asiria y se le pusiera un gobernador extranjero. Aun levantando un templo a Assur y una estela con el retrato del monarca, el país continuaba siendo hostil a Asiria.

Sargón II continuó sus conquistas, y después de una larga y penosa campaña en el delta del Eufrates, pudo proclamarse rey titular de Babilonia, en 709, y tomar en sus manos las del dios Marduk para que le adoptara por su regente en la Tierra. El Asia estaba pacificada, pero comprendiendo bien Sargón que el mayor peligro para Asiria estaba en el Nordeste, lo que llamaríamos hoy el Turquestán, el año 706 marchó contra los escitas, que empezaban a mostrarse amenazadores. El año 705 moría Sargón II en una escaramuza contra estos bárbaros nómadas, y aun parece que su campamento fue saqueado. Pero medos y escitas, que más tarde debían acabar con Asiria, no estaban todavía preparados para aprovecharse de esta victoria. El cuerpo de Sargón II fue rescatado y, según una de las versiones que poseemos, enviado a Nínive, donde su hijo Senaquerib lo enterró con todos los honores; pero otra crónica dice, sin embargo, que «no fue sepultado en su casa».

A la muerte de Sargón II, dos problemas se presentaban a su sucesor: el primero era cómo debía gobernarse a Babilonia, que Sargón había anexado a Asiria; el segundo era el de castigar a Egipto, en el que ponían su esperanza los rebeldes del Oeste, como leemos en la Biblia. Por lo que respecta a Babilonia, el hijo de Sargón II, llamado Senaquerib, adoptó una política brutal, sin miramiento alguno. Nada de establecer una monarquía doble y, aunque fuese simple ceremonia, irse a coronar en Babilonia y estrechar las manos de Marduk, como hi-

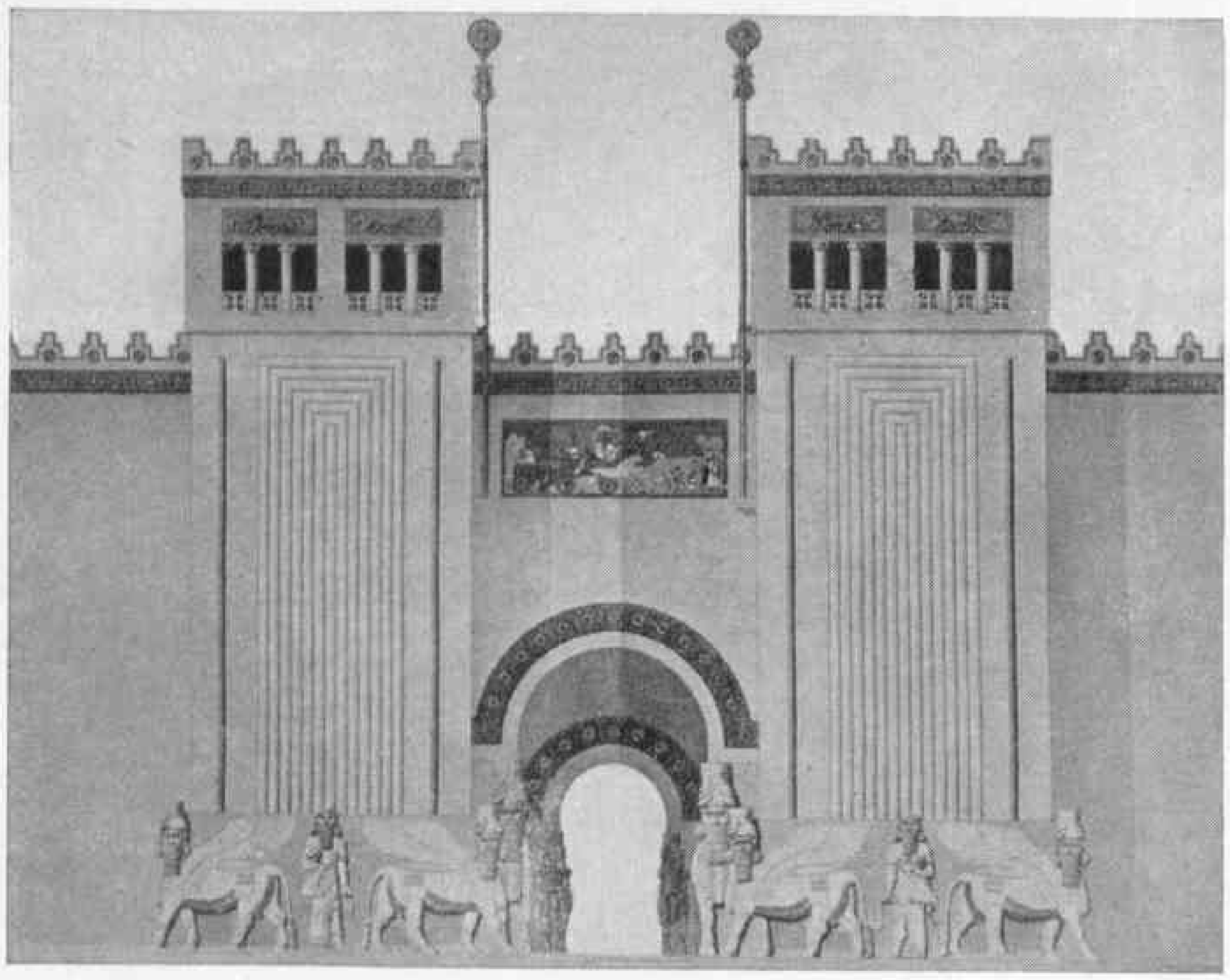
ciera su padre. Nada de eso. Babilonia fue tratada como una provincia asiria, sin consideración a su glorioso pasado, a sus prerrogativas de capital, a su sacerdocio omnipotente.

Resultado de ello fue una rebelión en que todo el pueblo tomó parte y un hombre de obscura condición, llamado en un documento *el hijo del esclavo,* fue coronado rey. Otro pretendiente de familia real, Merodac Baladán, a quien había combatido ya Sargón II, se levantó en el delta y envió mensajeros al rey Ezequías, de Jerusalén, incitándole a rebelarse también. Probablemente se trataría de hacer intervenir a Egipto en esta coalición, ya que por fuerza tenía que ver con recelo el faraón los peligros del crecimiento de Asiria. En una primera campaña contra Babilonia, Senaquerib tomó la capital, pero el astuto Merodac Baladán pudo escapar hacia Susa. El resultado fue, como siempre, acumular inmenso botín; la pacificación no se consiguió sino a medias y el descontento creció más y más.

Pero Senaquerib tenía que conjurar la grave amenaza que para él suponía la alianza de Ezequías de Jerusalén con el faraón. Con una marcha rápida Senaquerib invadió la Siria, descendió a la Palestina y, sin atacar a Jerusaién, salió al encuentro del ejército que enviaba Egipto para socorrer a Ezequías. La batalla se dio en un lugar llamado *Altaku* en los anales de Senaquerib y *Elteken* en la Biblia, que no ha podido identificarse todavía. Parece evidente que, a costa de grandes pérdidas, los asirios resultaron vencedores, porque, si bien no pudieron extremar la persecución de los egipcios, marcharon en seguida contra Jerusalén. Al ver llegar a los ejércitos de Senaquerib, comprendió Ezequías que no había esperanza y envió mensajeros al rey de Asiria, al que encontraron en su campamento de Lachish. Senaquerib pidióles, sólo para comenzar las negociaciones, treinta talentos de oro y ochocientos de plata, según dicen las crónicas asirias; trescientos talentos de plata, según la Biblia. Ezequías tuvo que despojar el templo y los palacios para ob-



Relieve con representación de Guilgames ahogando a un león. Louvre.



Puerta del palacio de Khorsabad, con la entrada defendida por toros alados y Guilgames.

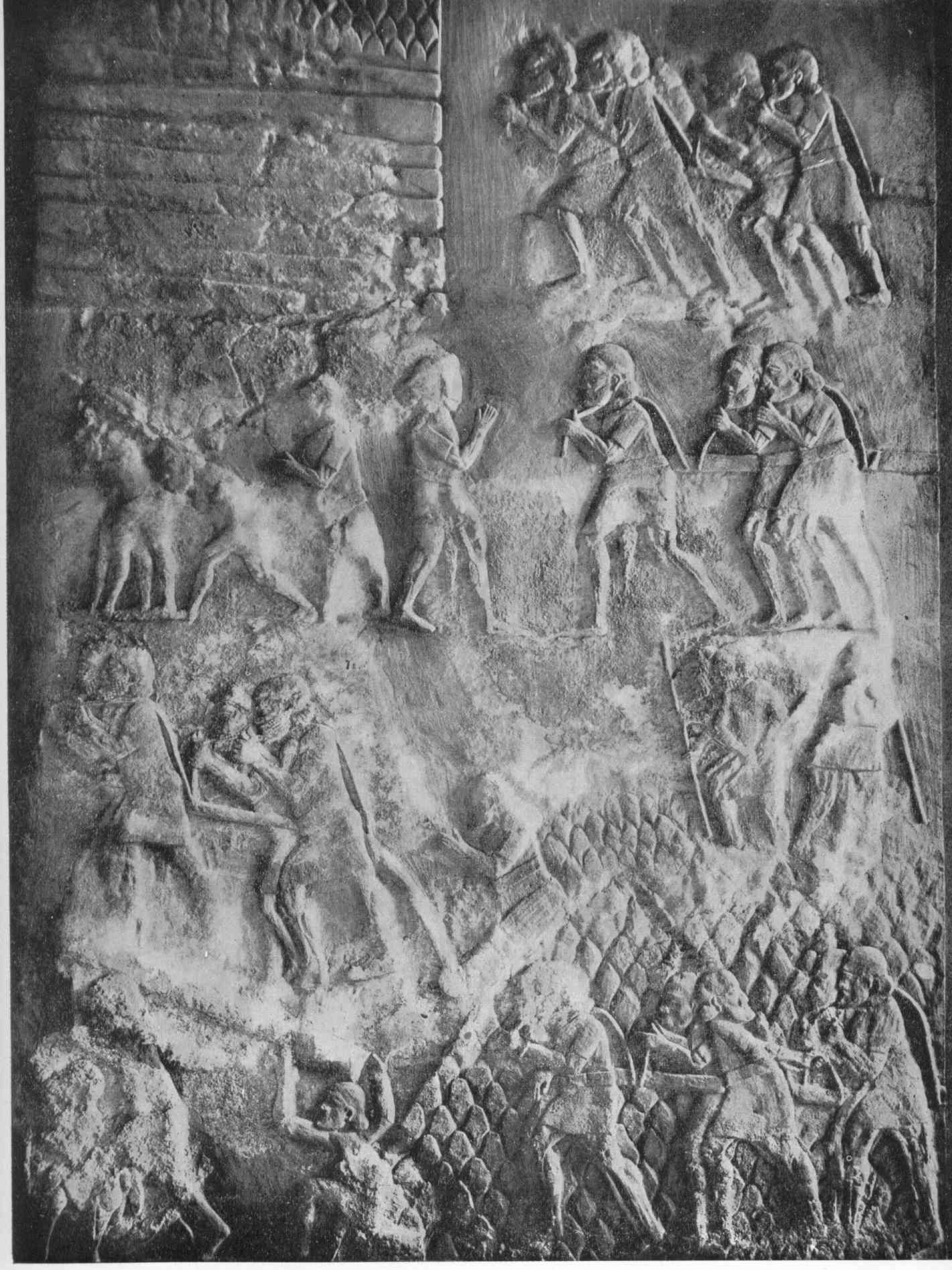
tener tan considerable suma, y después de obtenidos el oro y la plata, exigió aún Senaquerib la entrega a discreción de Jerusalén. «Encerré a Ezequías en su ciudad real, como a un pájaro en su jaula», dice el terrible conquistador. Pero Ezequías se resistió y los asirios tuvieron que marcharse sin tomar a Jerusalén, porque Babilonia se había rebelado otra vez. Ocurría esto en el año 700 antes de J. C., y entonces Senaquerib decidió satisfacer a los babilonios, enviando allí de gobernador a su propio hijo con el título de rey de Babilonia. Tampoco los viejos caldeos quedaron satisfechos con este soberano honorario que les mandaba el rey de Asiria, y seis años más tarde volvieron a rebelarse, con ayuda del dinero enviado por los babilonios deportados... Así los irlandeses luchaban hace poco contra Inglaterra con los fondos recibidos de los irlandeses de América.

Esta vez Senaquerib juró la destrucción de la ciudad santa. Se preparó con tiempo; hizo venir marineros de Chipre y Fenicia para que construyeran buques en el Tigris, que se llevaron luego al Eufrates sobre rodillos y valiéndose de camellos. Esta armada pacificó el delta, pero por tierra los babilonios recibieron grandes auxilios de los emigrados y un inmenso ejército llegó del Elam. Claro está que los aguerridos veteranos del monarca asirio dieron pronto cuenta de estos patriotas voluntarios, y en 689 Babilonia fue tomada y destruida. No juzgue el lector que estas palabras sean metafóricas. No; la gran ciudad fue saqueada, incendiada y arrasada, lo mismo que uno de los pequeños pueblos de las montañas de Armenia que los asirios estaban acostumbrados a aniquilar. Lo que no destruyó el incendio, lo sepultaron las aguas; el curso del Eufrates fue cambiado y cegado su cauce, para que, lo que había sido una ciudad, quedara reducido a un pantano. Y para que nadie dudara de su suerte, Marduk, el famoso Baal de Babilonia, fue llevado prisionero a Asiria.

Las excavaciones llevadas a cabo por los alemanes en el sitio donde estuvo asentada Babilonia han comprobado la veracidad de los relatos de Senaquerib cuando se alaba de la destrucción de la ciudad. Todo lo descubierto por la Sociedad Alemana del Oriente pertenece al período de las reconstrucciones llevadas a cabo un siglo más tarde por Nabucodonosor.

Senaquerib fue víctima de una conjuración de palacio y le sucedió su hijo Asarhaddón. Este, libre de preocupaciones por el Sur, realizó el complemento de la obra militar de Asiria, que era la conquista de Egipto. Primero asedió a Sidón, en Fenicia, necesitando tres años para rendirla; después, en 671, los ejércitos asirios cruzaban el delta y en tres batallas sucesivas derrotaban a los egipcios. Menfis, la ciudad milenaria, fue saqueada y destruida; Tebas se rindió y el faraón escapó a Nubia. Egipto fue dividido en veintidós provincias, cada una con un gobernador asirio, y cuando en 668 se rebeló contra la ocupación extranjera, Asarhaddón en persona marchó a sofocar la insurrección. Por el camino murió, rendido de fatiga; quedó heredero de sus dilatados dominios su hijo Asurbanipal, a quien los griegos llamaron Sardanápalo.

Este monarca es una de las figuras más extrañas de la Historia. Merece el respeto de la posteridad por la gran biblioteca que



Guerreros asirios construyendo un campamento. Bajo relieve de Khorsabad.

reunió en su palacio de Nínive y que, descubierta en nuestros días, está hoy en el Museo Británico.

Los monarcas asirios anteriores a Asurbanipal trataron de dejar un recuerdo eterno de su reinado construyendo cada uno su palacio, y así los levantaron en Assur, en Kalaah y Khorsabad; pero el de Asurbanipal, en Nínive, sin desmerecer de los anteriores como monumento, tenía su principal riqueza en la biblioteca. El monarca se había interesado personalmente en reunir la colección; muchas de las tabletas llevan un colofón o noticia final que dice fueron copiadas expresamente por orden suya. La dispersión de las riquezas literarias de Babilonia, en tiempo de Senaquerib, dificultó la recogida de los textos, pues a veces los copistas ponen paréntesis, diciendo que el original está roto o indescifrable.

De todas maneras, de la biblioteca real de Nínive proceden millares de textos en la lengua antigua de Sumer, o refundiciones posteriores, como el poema de Guilgames citado en un capítulo anterior. En las treinta mil tabletas de la biblioteca de Asurbanipal hay toda clase de textos; el gusto literario del gran monarca era muy ecléctico.

Y, sin embargo, este príncipe bibliófilo, este monarca del Oriente que realiza los mayores esfuerzos para reunir una biblioteca tan copiosa que todavía hoy nos causa admiración, en sus campañas de conquista es tan cruel como Tiglatfalasar I. Han pasado quinientos o seiscientos años y el rey de Asiria no muestra aún el más leve sentimiento de piedad. En sus escritos dice: «Yo teñí los ríos de color de sangre y saqueé el país.» En Egipto mandó despellejar a sus enemigos y las pieles fueron clavadas en las murallas de las ciudades; otros rebeldes fueron empalados, terrible suplicio que consiste en clavar a la víctima por el vientre a un palo puntiagudo que le desgarra las entrañas. Cabría pensar que todo esto fueran *figuras poéticas* y que Asurbanipal no hacía más que emplear el estilo oficial de las crónicas asirias. Cabría pensar que él no fue responsable de la crueldad de sus



Expugnación de una ciudad amurallada por el ejército de Asurnasirpal II. La catapulta empieza a batir los muros. El rey, caracterizado por su fez-turbante, tira la primera flecha mágica que hará inevitable la rendición.

La gran estela (3,46 × 1,35 metros) de Asarhaddón (680-668 a. de J. C.). Las dos figuras en actitud de súplica representan a los reyes de Egipto y de Tiro.

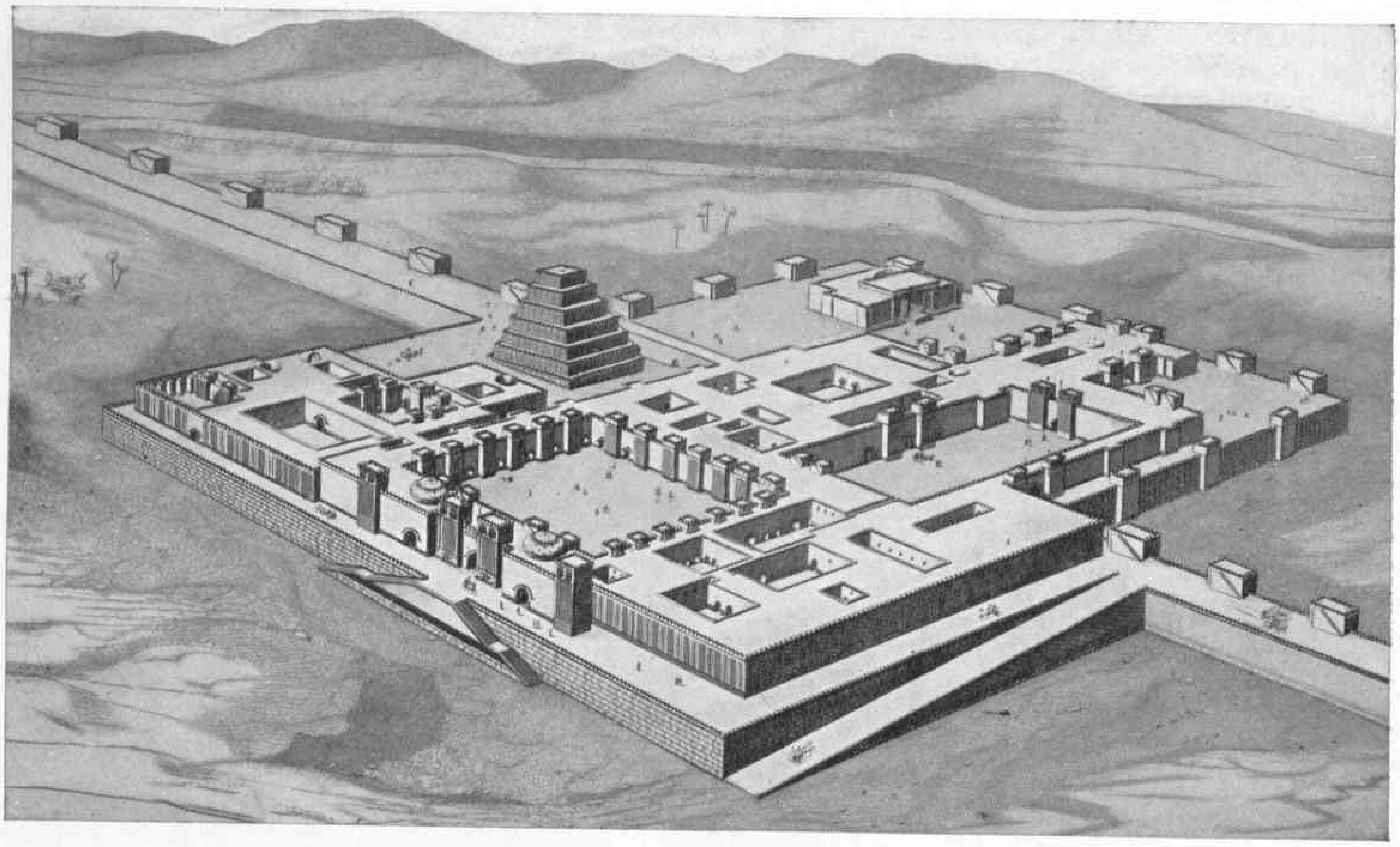


campañas y que sus subordinados no hicieron más que poner en práctica, como de costumbre, los métodos de guerra de sus antepasados. Se hace difícil aceptar que un rey que colecciona millares y millares de libros raros, nobles y valiosas creaciones de otros pueblos, se deleitara en los tormentos de los vencidos.

Y, sin embargo, hay que rendirse a la evidencia: Asurbanipal no era mejor que los demás monarcas asirios. En uno de los relieves de su palacio de Nínive se le representa en su jardín, comiendo con la reina su esposa y sirviéndole los esclavos manjares y bebidas deliciosos, en tanto que de un árbol pende la cabeza de un jefe rebelde que uno de sus generales le ha enviado como trofeo. El problema que se presenta al leer la historia de Asiria es el de saber si hay razas incorregibles, lo que llamaríamos hoy incivilizables. En la historia del mundo aparecen personajes tanto o más crueles que los monarcas asirios, pero en Asiria vemos la crueldad erigida en sistema de gobierno. Asiria no daba nada a cambio de los tributos que imponía, no llevaba a los pueblos que esclavizaba ni una administración ni una cultura, ni aun seguridad; los que habitaban en la periferia de sus dominios tenían que defenderse ellos mismos de los ataques de sus enemigos. El régimen de Asiria consistía tan sólo en nombrar para cada una de las provincias en que dividía a los países conquistados un gobernador, encargado de cobrar y enviar los tributos al monarca.

Maquiavelo decía que los dos únicos medios de conquistar un país son: dividirlo o destruirlo. Asiria empleó este último sistema, y hay que reconocer que lo hizo con éxito durante varios siglos; pero en el día de su desgracia, ninguna de sus provincias quiso ayudarla. Nínive, la famosa capital de los últimos reyes asirios, cayó sin remisión, en 625, atacada por las bandas de escitas y medos que empezaban a extenderse por el Asia. Son los arios, los guerreros nórdicos de que hemos hablado ya en otro capítulo, los que destruyeron la ciudad de Nínive, *la madriguera de leones,* según la Biblia.

Nadie lamentó su destrucción ni nadie



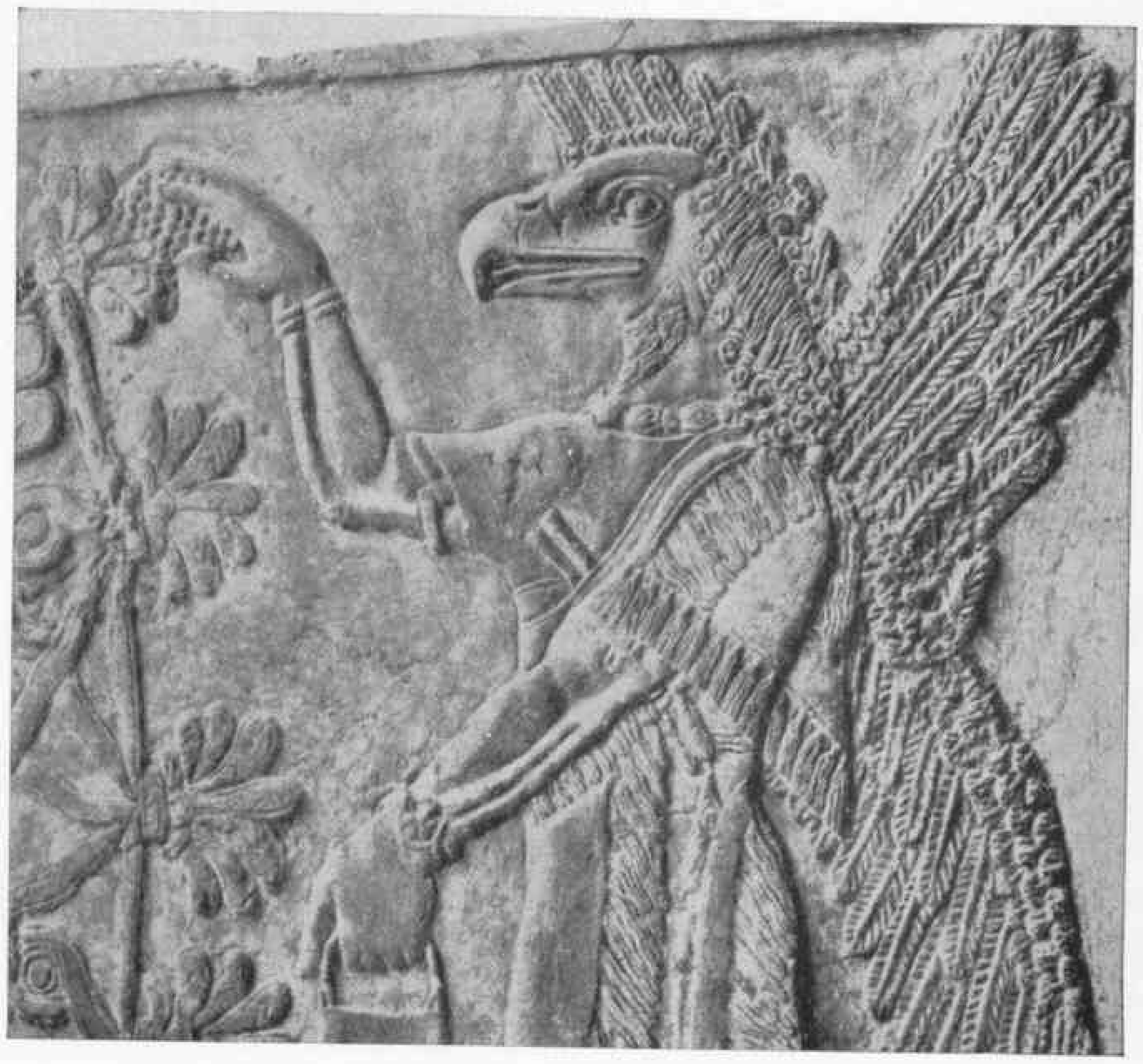
Khorsabad. «el Castillo del Señor», junto a Nínive.

se preocupó de reconstruirla. Mientras Babilonia se iba poblando de nuevo, después de cada castigo, Nínive quedó abandonada completamente, y hasta se perdió el recuerdo del lugar donde se levantaba. Jenofonte, un griego cultísimo, el que dirigió la retirada de los 10.000 mercenarios griegos, tres siglos más tarde pasa cerca de Nínive y ni la menciona siquiera en su itinerario...

Y, sin embargo, con su dura disciplina Asiria había empezado, en cierto modo, la unificación del mundo. Sus divisiones en provincias eran sólo para cobrar mejor los tributos, pero preparaban a los pueblos para una administración superior. Los persas, y sobre todo el Imperio romano, debían aprovecharse de las sangrientas tentativas uniformadoras llevadas a cabo por los monarcas asirios.

Aunque no tengan grandes consecuencias para nosotros, hay que recordar algunas de las ideas religiosas de Asiria, que contribuyeron a producir grandes obras de arte. Las entradas de los palacios reales fueron protegidas por parejas de grandes toros alados. Eran monstruos con cabeza humana cubierta con tiara y cuernos dobles o triples; tenían cuerpo de toro, a menudo con garras de leona y alas de buitre o águila, que pendían de un collar sobre la espalda. Estos animales sintéticos eran un símbolo de la fertilidad. En los tiempos prehistóricos, cuando el delta, con sus palmerales, producía el único alimento de Mesopotamia, que eran los dátiles, pues los cereales todavía no se habían cultivado, la fertilización de las flores en las palmeras hembras la realizaban las alas de los buitres que habían ido a posarse en las palmeras macho. Así se relacionaba la abundancia de los dátiles con la abundancia de pájaros que llevaban el polen en las alas. Por otra parte, el cuerno del monstruo alado asirio, que corresponde al toro, es un recuerdo del animal patroní-

mico de Sin, el dios lunar de Ur, y como es de rigor, la luna en lenguas mesopotámicas es masculina, pues son los rayos lunares los que, atravesando el suelo, obligan a la semilla a abrirse y dar salida al tierno tallo cuyo crecimiento el sol, femenino como la nodriza, fomentará más tarde. Es, por tanto, la luna con su toro lunar la que produce la fertilidad. Las garras de la leona aluden, en cambio, a Ishtar, la diosa del amor, y la cabeza humana, por último, a la capacidad de producir fertilización.



Oficiante disfrazado de buitre o águila con alas postizas en el acto de impregnar con la flor masculina las flores femeninas del árbol místico en el santuario.



El rey con las alas litúrgicas suspendidas al cuello en el rito de fertilizar las palmeras.

Son, por consiguiente, cuatro los elementos que se han acoplado en esta síntesis: el hombre, el toro, el león y el águila, que activan la vida en la semilla inerte.

Así, los toros alados de los palacios asirios no sólo los defienden con la síntesis de la masculinidad, sino que predicen abundancia en cosechas y campañas. Es posible que el rito fertilizador asirio tenga ya un origen prehistórico, o por lo menos sumerio, pues la palmera era el origen de todos los bienes en la aurora de la humanidad. El rito se conservó como una obsesión histórica y el rey-sacerdote, revestido de alas de buitre y con máscara de pájaro fertilizador o sin ella, realizaba la liturgia de tocar con la piña masculina la flor femenina abierta para recibir el polen. En los relieves abundantísimos de este rito se representa al oficiante, rey o prelado, llevando el cubilete en el que se depositó el polen amarillo de

las flores macho. Hace el gesto de tocar con la piña masculina un árbol que sería de oro, de forma sumamente estilizada, que apenas llegaríamos a reconocer como de tronco y tallos de palma, pero en el que se destacan de manera extraordinariamente real las abundantes flores entreabiertas.

El gesto propiciatorio de tocar con la piña se usaba también para exorcizar y evitar el maleficio. Al principio fue sólo un rito de cultivadores del palmeral, pero pronto el campesino se apresuró a fertilizar las palmeras artificialmente subiéndose a la copa con un cubilete lleno de polen y rociando las flores con un plumero. Así se universalizó el rito. Para toda clase de bendiciones, aumento de bienes y evitación de los males que amenazan al rey y al Estado, bastaba tocar con la piña de la palmera la persona o la cosa que se deseaba proteger.

Cabe preguntarse si la sintetización del principio masculino en el toro alado asirio contenía ya un concepto de universalidad, pues reunía elementos de las diversas razas que en aquella época ocupaban la región de Mesopotamia. ¡Quién sabe!



Convoy de cautivos arameos escoltados por guerreros asirios.



Israel. Vista parcial del lago Tiberíades o *Mar de Galilea.*

18 ESTABLECIMIENTO DE LOS SEMITAS EN PALESTINA. EL DECALOGO

Entre el desierto de Arabia y el mar se extiende el país montañoso que llamamos Palestina. Cerca de la costa, llanos fértiles forman el camino natural para ir de Egipto a Mesopotamia, sin atravesar el desierto, pero pronto aparecen las primeras colinas que formando sierras paralelas van subiendo hasta las montañas de Judea. Su punto más elevado son las alturas que rodean a Jerusalén, a unos ochocientos metros sobre el nivel del mar. Hacia el Este, Palestina está protegida por el más extraordinario fenómeno geológico: un foso gigantesco, de cientos de kilómetros de longitud, corre paralelo a las montañas y el mar. Es el valle del Jordán, la grieta más profunda de la Tierra, con sus expansiones o lagos, el de Tiberíades y el mar Muerto. Para dar idea de su profundidad, bastará decir que el lago de Tiberíades está ya a



Israel. El desolado aspecto del mar Muerto.

más de doscientos metros bajo el nivel del mar, y cuando el Jordán ha llegado al mar Muerto, su nivel es cuatrocientos metros más bajo que el Mediterráneo. Al otro lado de esta cortadura inmensa del valle del Jordán, las tierras se levantan otra vez en plataformas rocosas, que constituyen las dos grandes regiones de la Transjordania: Moab y Edom. Más allá, el desierto, hasta Mesopotamia.

Así, Palestina está protegida al Oeste por el mar y al Este por el desierto y el foso del Jordán. Pero por el Norte, a través de los pasos del Carmelo y del Líbano, se llega fácilmente a Siria y al valle del Eufrates, mientras que, por el Sur, un viaje de siete jornadas de desierto lleva al istmo de Suez y a Egipto. De este modo, Palestina, como ya hemos dicho, es el puente de comunicación entre Siria y el valle del Nilo. Cuando Napoleón quiso conquistar a Egipto, se aseguró la posesión de Palestina, y para proteger a Egipto en la guerra de 1914-1918, los aliados tuvieron que conquistar también a Palestina. En la antigüedad cada conquistador quiso retenerla en su poder, por considerarla necesaria para atacar o defenderse. Ya hemos visto al faraón egipcio Tutmés III en la batalla de Megiddo, al pie del Carmelo, decidir la suerte de Asia por varios siglos.

Pero a pesar de la proximidad de Egipto, la raza preponderante en Palestina fue asiática. Los semitas establecieron allí la comunidad que, como Grecia, ha aportado una trascendental contribución al pensamiento humano. Ya se comprenderá que nos referimos a las tribus de Israel, que más tarde formaron la nación judía. En aquella encrucijada de Egipto y de Asia, país difícil, sin agua ni grandes montañas ni extensas llanuras, sin riquezas naturales, y siempre amenazado de caer en manos de un nuevo conquistador, aparecieron hombres dotados de una sensibilidad espiritual impropia de su tiempo. Impulsados por una ambición que aún admiramos, los semitas de Palestina se plantearon con claridad no superada los más grandes enigmas del Universo. Los escritos de los profetas hebreos, muti-

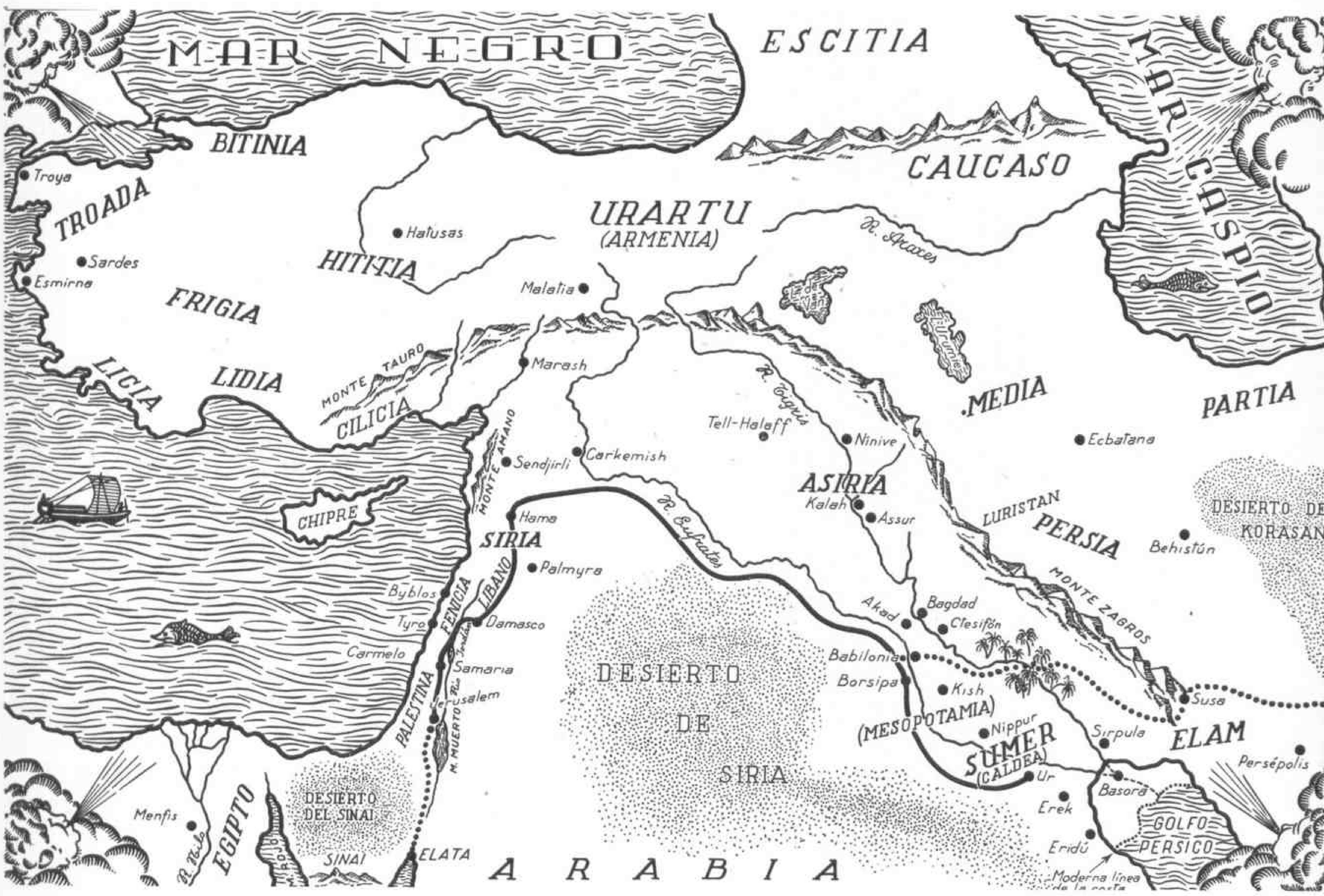
lados y fragmentarios, han llegado hasta nosotros en la compilación llamada *la Biblia,* que se ha convertido en el texto santo de casi toda la Humanidad. No hay que decir, pues, que la historia del pueblo que dio origen a este libro ha despertado más curiosidad que la de ningún otro del mundo.

Y, sin embargo, no fueron los judíos los primeros pobladores de Palestina. Sílex tallados del período paleolítico, encontrados en Judea y Transjordania, se han acumulado en el museo de Jerusalén y en el de la Universidad de Beyrut. El hombre paleolítico en Palestina debía de vivir en abrigos como su contemporáneo de Francia y España.

Acaso de estos primeros habitantes de la Palestina prehistórica quedaron sobrevivientes diseminados entre los otros invasores posteriores, y descendientes de ellos podrían ser los terribles gigantes Refaim, que atemorizaron a los espías que envió Moisés como exploradores al otro lado del Jordán. Según otra información del Libro de Josué, este caudillo judío aniquiló a los gigantes que vivían aún en su tiempo en las montañas de Hebrón, de Judá y de Israel, de manera que debían de estar esparcidos por toda Palestina. Sus cavernas fueron utilizadas en épocas posteriroes; David y Sansón se refugiaron en circunstancias críticas en las cuevas de los Refaim. Goliat y otros gigantes de la historia judía serían sin duda sus últimos representantes.

A éstos parece haberse superpuesto otra raza neolítica de tipo más bien pequeño, que poseía vasijas de cerámica hechas a

La ruta de los abrámidas desde Ur a Bethel.



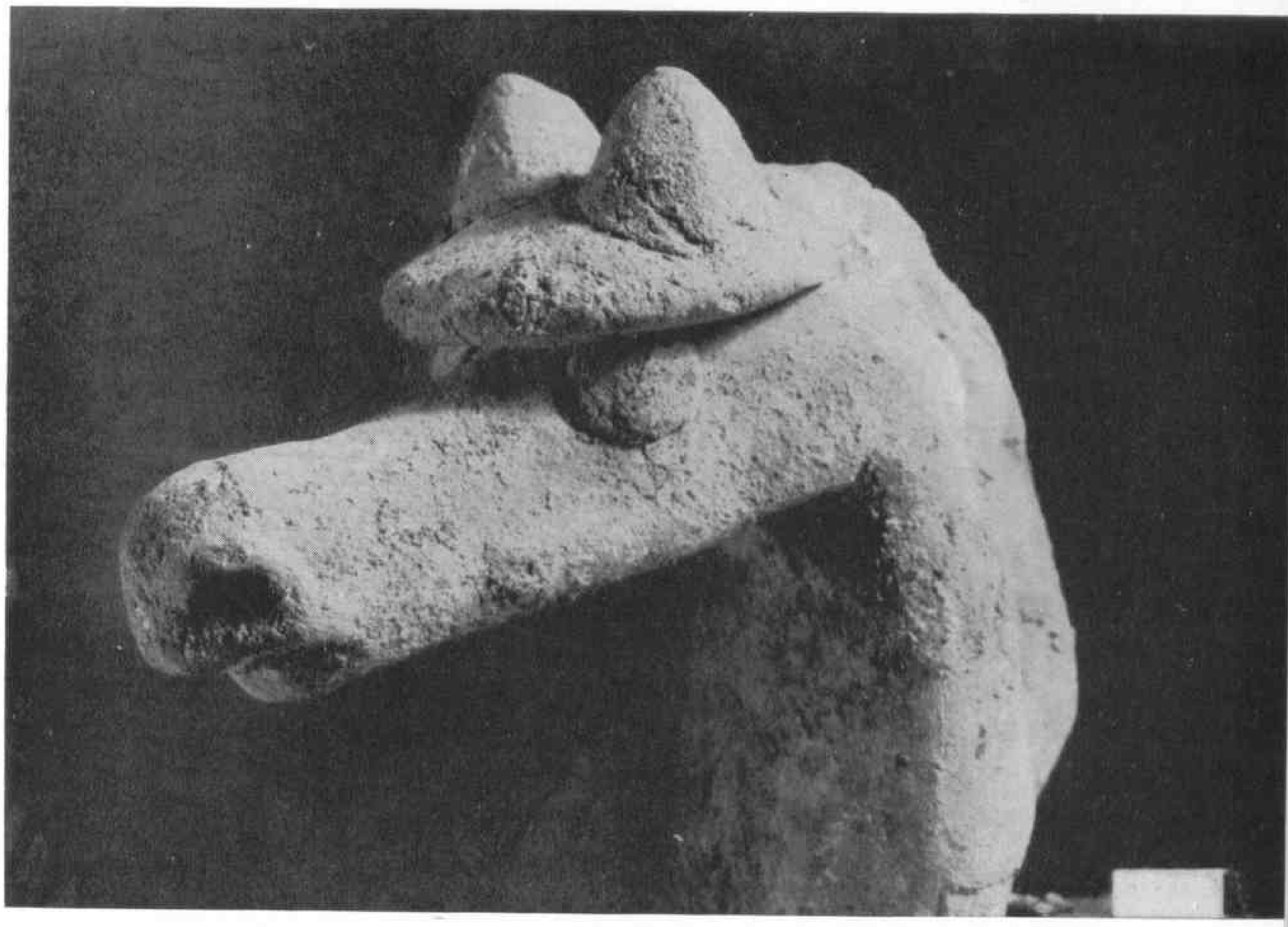
mano, con adornos que imitan la cestería, y conocían ya los cereales. Por los huesos de animales que acompañan sus restos sabemos que habían domesticado el buey, la cabra, la oveja y el cerdo.

La civilización neolítica de Palestina debió de alcanzar un período larguísimo, hasta que hacia el año 3000 antes de J. C. se derramaron sobre el Asia las primeras oleadas de emigrantes semitas. Los hemos visto llegar a la Mesopotamia, conviviendo primero con los sumerios para acabar siendo el elemento preponderante en Babilonia. Otros, sin detenerse en Mesopotamia, ya poblada, marcharon más al Norte, fundando las colonias que después serán Asiria; otros, siguiendo siempre el curso del Eufrates, llegaron hasta el Orontes y el Líbano, instalándose en las tierras donde florecieron los reinos arameos de Siria, Damasco y Fenicia. Otros pueblos, acaso directamente (infiltrándose a través del desierto) o haciendo todo el itinerario desde Arabia a Mesopotamia y de allí a Siria, bajaron a Palestina, desposeyendo de ella a sus primitivos pobladores. Los inmigrantes semitas conocían ya los metales, de manera que estaban en condiciones muy favorables para imponerse a sus predecesores, que no habían salido de la Edad de Piedra. Es probable que los hombres neolíticos que subsistieron a la invasión se mezclaran pronto con los recién llegados semitas, que representaban un grado más avanzado de cultura. De la mezcla de ambas ramas proceden los llamados *cananeos*, que encontró Abrahán al llegar al país.

Las emigraciones periódicas de los semitas de Arabia han sido siempre sucesos importantísimos en la historia del mundo. Parece como si cada mil años la misteriosa península arábiga experimentara una crisis de extraña actividad genésica y espiritual que obligara a sus habitantes a emprender aventuras, predicaciones y conquistas. La emigración que tuvo efecto en el tercer milenio antes de J. C. debió de ser una penetración pacífica de familias o tribus nómadas, que dejaron la vida del desierto para establecerse en los valles fértiles, al lado de sus antiguos pobladores. No hay en la historia de Babilonia recuerdo de expediciones de conquista de los semitas recién llegados, como las que sucedieron a la muerte



Cabeza de alfiler en marfil representando un pájaro. Data de unos 3500 años antes de J. C. y se ha hallado en las excavaciones de Bersabé, Israel.



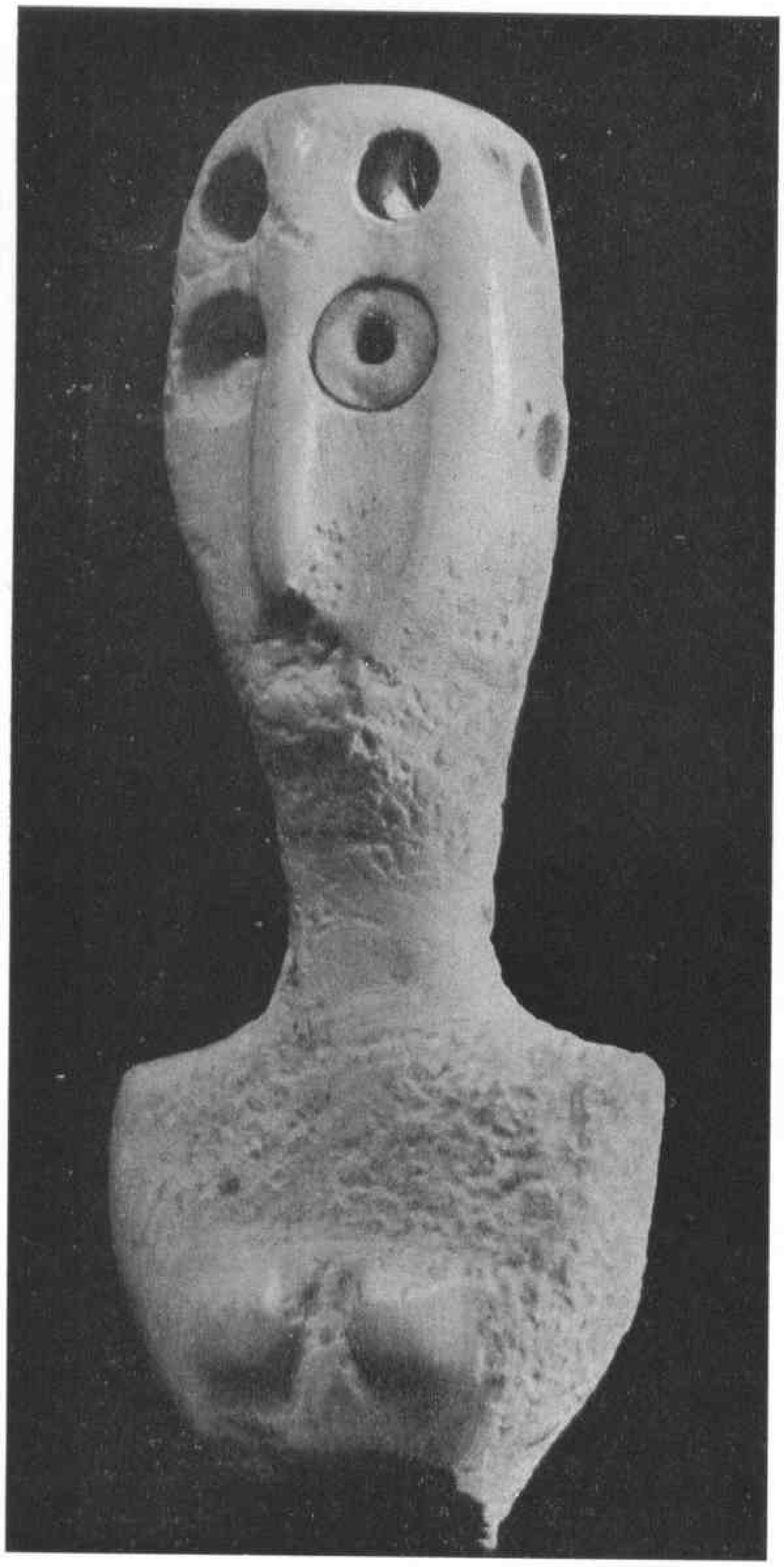
Cabeza de caballo de Akhziv. Siglo IX antes de J. C.

de Mahoma, pero ya se advierte en los semitas primitivos un espíritu de proselitismo que no tienen otras razas, que están bien celosas de *su verdad*.

La historia de Abrahán, conservada en las tradiciones de judíos y mahometanos, ha sido comprobada por los modernos descubrimientos arqueológicos; es el más vivo ejemplo de las emigraciones de los semitas primitivos. Los abrámidas, sin embargo, no conservaban ningún recuerdo de su origen de la Arabia. La familia de Abrahán estaba establecida en Ur, en el delta del Eufrates. Ur quiere decir ciudad; era, pues, la ciudad por excelencia; una idea enteramente contraria al nomadismo de Abrahán y de sus descendientes por varios siglos. Las ruinas de Ur, que se destacaban como un montículo informe en el llano del delta, fueron excavadas por una comisión mixta del Museo Británico y de la Universidad de Pennsylvania; debajo de los escombros apareció la torre cuadrada, el zigurat del templo de Sin, o la Luna, el famoso dios de Ur.

Al pie de aquella gigantesca mole, Ur, la ciudad santa, extendía sus hileras de chozas de barro y cañas. Más allá todavía, en el llano que rodea a Ur, debían de apacentar sus ganados los nómadas semitas como Abrahán, tolerados en aquellos tiempos con mayor razón que hoy toleramos a los gitanos.

Cuánto tiempo vivieron Abrahán y sus antecesores en Ur, no lo han recordado las tradiciones de los abrámidas; debieron de ser varios siglos, pues allí aprendieron las ideas sobre la Creación y el Diluvio de los pueblos sumerios, con mil otras leyendas y costumbres. Por ejemplo, Abrahán, no teniendo todavía hijos, adopta por tal a un esclavo, Eliezer, según costumbre babilónica que vemos legalizada en el código de Hamurabi. Sara, la esposa de Abrahán, se procura descendencia dándole a su marido una esclava suya para que de ella tenga un hijo, que lo será de Sara, método también legal según el mismo código. En una palabra, el olvido de su común origen de la Arabia y lo mucho que aprendieron los abrámidas durante su permanencia en la Mesopotamia hacen suponer que su estancia en aquella tierra duró bastante tiempo.



Figurita de marfil usada como pinjante. Procedente de la excavación de Bersabé, Israel.

Por otra parte, debieron de quedar en los nómadas acampados en las afueras de Ur recuerdos de la religión monoteísta prehistórica de los semitas. La Biblia no lo precisa tanto, pero en el Talmud y el Corán se explica la repugnancia que sintió Abrahán al presenciar los cultos idolátricos de las divinidades sumerias. El padre de Abrahán, que se llamaba Tera, fabricaba imágenes de fetiches. Es cosa frecuente todavía en nómadas, como los gitanos, procurarse un ingreso con un oficio manual. Abrahán se resistía a fabricar aquellos ídolos de su padre que se venderían en el gran patio del templo de Ur. Le repugnaba poner fe en las imágenes del dios lunar o del Sol y los astros. Se rebelaba a continuar practicando un oficio que ayudaba a la superstición y pidió y consiguió que su padre consintiera en emigrar a un país de estricta raza semítica. Es necesario hacer observar que mientras los otros grupos de semitas en Sumer y en Caldea adoptaron sin resistir la mitología de los sumerios, los abrámidas, que después serán los judíos y los árabes, no aceptaron la religión de las gentes que les precedieron en el delta del Eufrates, y evitando el desierto marcharon hacia Siria siguiendo la ruta de tierras fértiles, el semicírculo fértil.

El itinerario de Abrahán y su caravana está correctamente especificado en la Biblia. Remontaron el curso del Eufrates hasta Siria o Padan-Aram. Allí murió el padre de Abrahán, y éste, con su primo Lot, por la ruta de Damasco, entraron en Palestina. Su primer campamento se puso en Sichem. «Y había ya cananeos en el país», añade el *Génesis*. Ya hemos dicho que los cananeos eran la mezcla de los primeros pobladores neolíticos y de los semitas que precedieron a los judíos en Palestina.

Además de los cananeos, había allí bandas de hititas, quienes formaban grupos de otra cultura muy distinta de la semítica. Siglos más tarde, Jeremías, para insultar a Jerusalén, le dice a esta ciudad: «Tu madre era una cananea y tu padre un hitita», queriendo dar a entender que acaso, en un principio, Jerusalén fue una ciudad doble, o *dipolis*, con un barrio cananeo y otro hitita. Los abrámidas se apoyaron naturalmente en el elemento cananeo, que era de su misma raza, y la Biblia recuerda los nombres de los amigos de Abrahán que le ayudaron en su instalación. Pronto las familias y ganados crecieron de tal manera, que

se hizo necesario separarse; Abrahán, generosamente, cedió a Lot los mejores pastos del valle del Jordán.

En el capítulo XIV del *Génesis* se cuenta que un rey de Susa, Kedor-Laomer, emprendió una campaña contra varios jefes cananeos del valle del Jordán (el mar Salado o sea el mar Muerto) y que en esta incursión Kedor-Laomer hizo prisionero a Lot, el primo de Abrahán. Según la Biblia este incidente ocurría en tiempo de Amrafel, rey de Sinar, o sea Babilonia. Añade, además, que Abrahán, teniendo noticia de la desgracia que había ocurrido a Lot, armó a 318 de sus criados, persiguió a Kedor-Laomer y regresó con su botín después de haber rescatado a todos los prisioneros. El relato bíblico ha adquirido verosimilitud al descubrirse la existencia de un tal Kudur-Lagamar, que es el mismo Kedor-Laomer del *Génesis*. Además, éste se titula señor de la tierra de Ammón, con derechos a lo que hoy llamamos Transjordania. Más aún, se ha probado hasta la saciedad que Amurafel, rey de Sinar, no es otro que Hamurabi de Babilonia, mal leído por los hebreos. Hoy se acepta sin vacilación que el relato de la batalla entre Kedor-Laomer y Abrahán fue registrado en una tableta con escritura cuneiforme, lo cual explicaría la mala lectura por los hebreos de estos nombres y aun su prefacio: «En tiempo de Amurafel, o Amurabil», que es la manera de comenzar los textos históricos de Babilonia.

Ya Abrahán en Palestina, logró confirmar su alianza con el dios único haciendo una especie de contrato que fue de la más grande consecuencia para la humanidad. Abrahán creyó poder pactar con su dios aceptando la obligación de circuncidarse y recibiendo en cambio la posesión a perpetuidad de la Palestina.

Al hacer voto para él y sus descendientes de no prostituirse con idolatrías, el dios único se le apareció como una ráfaga de fuego ardiente atravesando entre las dos mitades de tres animales sacrificados. Fue una visión, fue una alucinación o lo que fuera, pero quedó establecido como un rito tremendo que se repetía en horas difíciles para los descendientes de Abrahán.

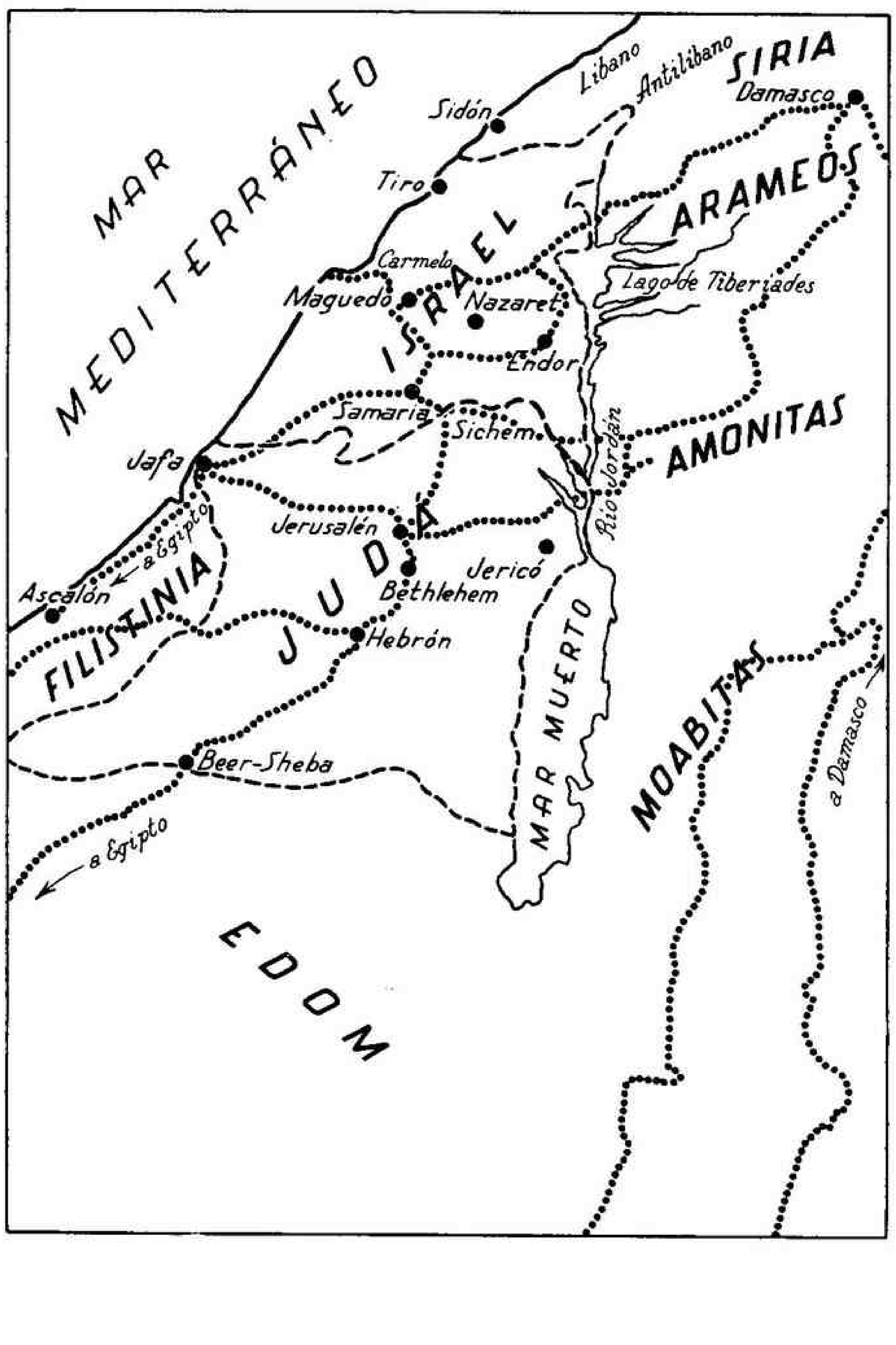
Creemos inútil continuar aquí la historia de Abrahán, Isaac y Jacob, ni explicar la instalación en Egipto con otros nómadas semitas. Difícil es distinguir, en la emocionante historia de los patriarcas y de José y sus hermanos, lo que puede haber de verdad y lo que son embellecimientos posteriores.

Pozos en el desierto sur de Palestina



Cuando los judíos se hallaban en Egipto, Palestina continuaba todavía bajo la soberanía nominal del faraón. Pero el faraón ya no era un guerrero como Tutmés III, sino el místico Aken-Atón, y su intervención en los asuntos de esta provincia lejana había de ser por fuerza intermitente e ineficaz. El estado de relajamiento de la administración egipcia de Palestina en tiempo del faraón místico se comprobó hace pocos años, al descubrirse en Tell-el-Amarna la correspondencia de los gobernadores egipcios de Asia con su amo. Los despachos oficiales de las autoridades egipcias están escritos en tabletas con escritura cuneiforme, no en jeroglíficos ni en papiros, y la lengua es la de Babilonia. Todos se quejan del desorden en que se halla el país, se acusan unos a otros de conspirar contra los demás y contra el faraón; todos piden que se manden tropas. «Si vienen auxilios este año — escribe el gobernador de Jerusalén —, las provincias del rey mi señor se salvarán; pero si no llegan auxilios, las provincias serán destruidas.»

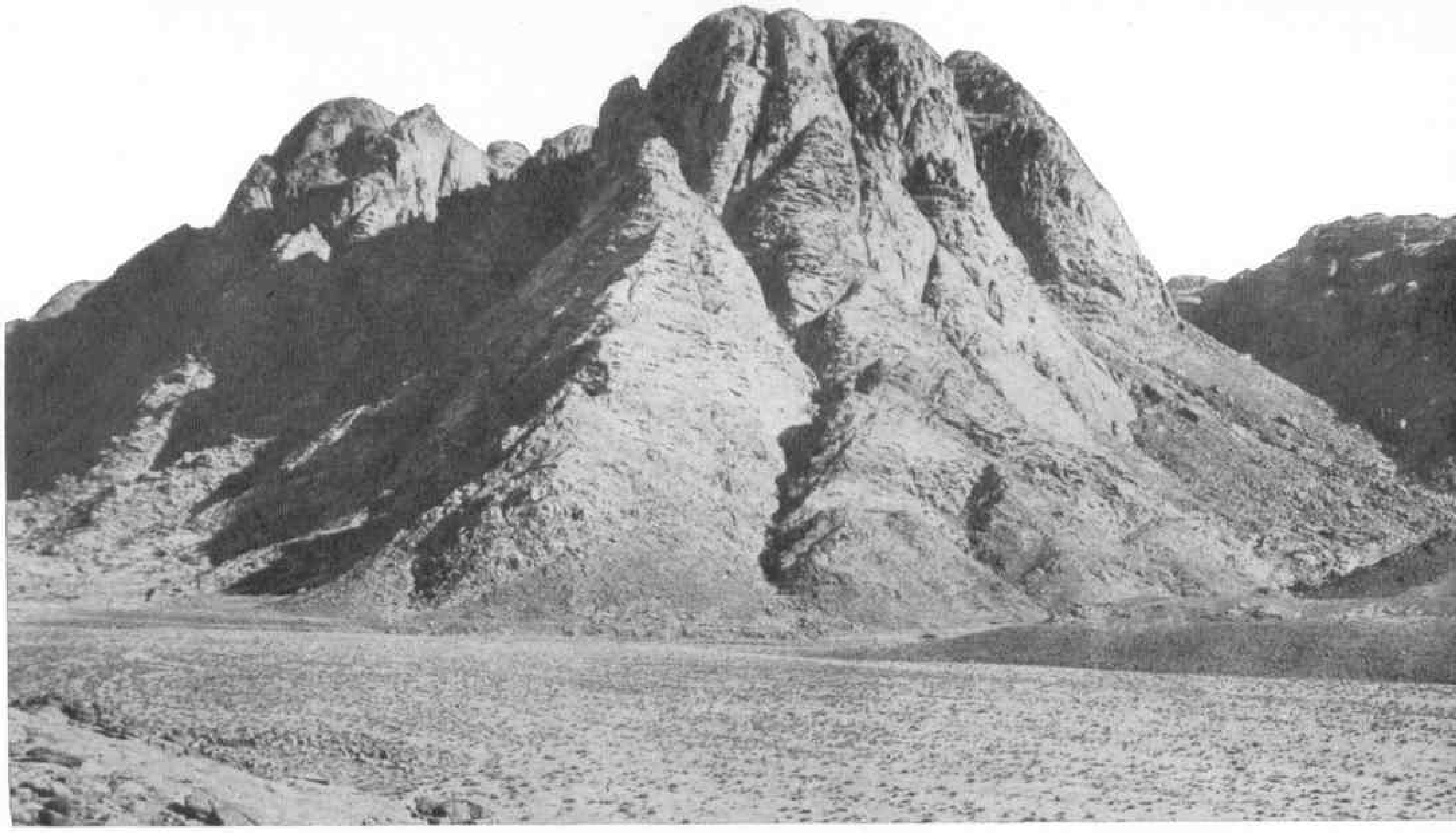
Mapa de Palestina con indicación de los lugares históricos más importantes.



Los documentos de Tell-el-Amarna nos informan de que la organización egipcia había respetado las antiguas divisiones del país; a los clanes y ciudades independientes de cananeos e hititas habíaseles impuesto sólo un gobernador elegido por el mismo faraón. Inspectores o comisarios, como agentes enviados por aquél, recorrían periódicamente el país, tratando de pacificarlo con el solo prestigio, que a veces era insuficiente, de la autoridad del faraón al que representaban.

El estado de la Palestina prejudaica se aclara también con un poema humorístico egipcio, donde se relatan las aventuras de un viajero que deja su cómoda vida del valle del Nilo para ir a curiosear por las provincias del Asia. El autor, que se llamaba Nek-Sotep y era profesor de literatura de la corte de Ramsés II, se burla de un amigo suyo, al que da el apodo semítico de Mohar, quien, habiendo efectuado un viaje por toda Siria, se daba aires de importancia a su regreso.

«Yo os describiré el carácter de Mohar y lo que él hizo y lo que dice:—¿Has llegado tú a la tierra de los hititas; has visto tú el Orontes, Alepo, Beyrut?, etc., etc.» Así empieza Nek-Sotep; después sigue explicando las delicias del viaje. «¿Qué te ha pasado, Mohar? Tu carro está caído, tú estás por tierra y tus miembros doloridos. ¿Tienes algún hueso roto?... Has quedado sin conocimiento. De pronto te despiertas; es de noche y estás solo. ¡Oh, solo no! Un ladrón ha acudido para robarte. Después sueñas que la policía lo descubre, lo coge y te devuelven tus bienes. Tú viniste a Jaffa, ¡oh Mohar!, cuando las palmeras estaban en flor. La muchacha que cuidaba del vergel te concedió todo lo que pedías. Pero tu-



El pico del Sinaí donde se cree que Moisés recibió la revelación.

viste que defenderte ante el juez y pagar como lienzo fino lo que no era sino un trapo.»

Las alusiones a los malos caminos de Palestina son abundantes en los *Trabajos de Mohar,* pero también se encuentran allí herreros nómadas para reparar los carros. Sus habitantes, los cananeos, carecen, al parecer, de dignidad; leyendo la novelita de Mohar, casi se comprende la política de exterminio que los judíos adoptaron al llegar allí después del Exodo.

¿Cuándo ocurrió el Exodo o salida de los israelitas de Egipto? Probablemente en la época de Amen-hotep II, aunque otros creen que fue en la de Merneptah, sucesor de Ramsés II. Difícil es señalar los años que pasaron los israelitas en Egipto. Cuando entraron en el delta Jacob y sus hijos, según la Biblia no eran más de setenta; al salir los judíos de Egipto eran una multitud.

Tampoco hemos de repetir en detalle la historia del Exodo, pero en aquel preciso momento apareció entre los judíos una figura de profeta, de caudillo y de legislador que merece toda nuestra atención. Este es Moisés. También sobre Moisés y su obra la alta crítica se ha entregado a un trabajo de examen que demuestra siempre gran desconfianza. Hasta se ha puesto en duda su existencia, y todavía se insiste en negarle participación en la redacción de lo que llamamos *la ley mosaica* y el *Decálogo.* Renan escribió, tal vez temiendo llegar a creer demasiado:

«¿Qué pensar del hombre que se ha hecho colosal entre las más grandes figuras de la humanidad, y a quien todos los relatos antiguos hacen representar el papel más importante en la salida de Egipto de los judíos? Difícil es responder categóricamente. La figura de Moisés aparece envuelta por la leyenda, y aunque su existencia resulta muy probable, es imposible hablar de él como se habla de otros hombres divinizados o transformados.»

Así discurre Renan, con habilidad, reserva y elocuencia, mas sin atreverse a asegurar la existencia del gran caudillo. Pero desde que Renan escribió, Moisés ha renacido del polvo del pasado con los restos recuperados de documentos y ruinas. Hoy sabemos con seguridad que, por una u otra causa, un hebreo de la tribu de Leví, llamado Mesu, recibió una educación esmerada entre los egipcios. Manetón dice que Moisés



Cadena de montañas en que se levanta el Sinaí.

creció en la colonia sacerdotal de Heliópolis, pero lo más probable es que su erudición se redujera a un superficial conocimiento de la teogonía egipcia y que en la corte se le educara para gran señor, noble o soldado.

Cuando Mesu o Moisés llegó a su mayoría de edad, Egipto fue invadido por los etíopes, y el joven hebreo se distinguió no poco persiguiéndolos, consiguiendo entrar en Meroe, la capital de Etiopía. Mesu quedó en Meroe como virrey del faraón y allí debió de casarse con una etíope o cushita. De esto se encuentra una curiosa confirmación en la Biblia. Más tarde, en el desierto, cuando Moisés, caudillo del pueblo de Israel, tiene que desbaratar conspiraciones que traman sus enemigos entre los propios israelitas, es acusado de haber tomado una mujer etíope. «Y Miriam y Aarón murmuraban contra Moisés porque había tomado una mujer etíope, porque él se había en verdad casado con una etíope.» Esta es toda la referencia que se hace en la Biblia de la actuación oficial de Moisés como dignatario del faraón.

Al regreso del semita Moisés de Etiopía, ocurrió un incidente que fue decisivo para la historia del pueblo judío: este hebreo, que era ya general del faraón, acertó a ver que un egipcio maltrataba a un paisano suyo, y llevado de la ira, mató al egipcio y tuvo que escapar, abandonando su cargo y su posición.

En lugar de esconderse en Etiopía, donde acaso tenía parientes y amigos, Moisés se fue al Sinaí, y allí encontró las avanzadas de los semitas, los nómadas beduinos, gentes ya de su raza. Moisés recobró entonces su naturaleza, oyó los cantos y leyendas de sus hermanos del desierto, no corrompidos como los judíos por la servidumbre de Egipto,

y se sintió otra vez puro semita. Es interesante observar su transformación espiritual, producida por la soledad en el desierto. David también recibe su inspiración en los desiertos de Judea; asimismo Jesús y San Pablo se van al desierto antes de su predicación.

La estancia de Moisés en el desierto debió de durar varios años, pues allí se casó con la hija de un jefe de los nómadas beduinos y tuvo de ella dos hijos. Allí se despojó completamente de su carácter egipcio, y desde el fondo subconsciente de su alma salieron a la superficie las viejas tradiciones de los abrámidas. En el desierto tuvo Moisés sus primeras visiones o éxtasis, en los que Dios se le manifiesta ya como el Dios de Abrahán, de Isaac y de Jacob. La Biblia habla de la aparición de Dios entre una zarza ardiendo, pero también la Biblia dice que Moisés veía a Dios cara a cara. Las visiones debían de ser terribles para estas almas primitivas, mucho más plásticas y reales que las visiones espiritualizadas de nuestros místicos modernos. «Las primeras visiones de Mahoma — dice uno de sus compañeros — eran tan claras como las cosas que vemos con la luz del día.»

Estos contactos con la divinidad causarían una impresión enorme en un hombre práctico, guerrero y político como Moisés. Dios se le manifiesta como Iavé (Jahveh o Jehová), *el que es*, solo, único, terrible y celoso de su pueblo. Moisés recibe la orden de regresar a Egipto y disponer allí la emigración en masa de sus compatriotas hacia el desierto y la Palestina. La empresa no era fácil.

Por de pronto, había que conseguir permiso de las autoridades egipcias; ade-

Caravana en el desértico paisaje de Palestina.





Mujeres beduinas cociendo tortas.

más, tenía que convencer a todo un pueblo, habituado ya a una vida sedentaria, para que volviera al nomadismo. Pero Moisés debía de estar poseído de la fuerza espiritual que mueve las montañas. Así como había abandonado su carrera, movido a piedad de sus compatriotas, esclavizados y maltratados, abandona ahora el desierto y hasta su familia. Anticipándose a la fórmula evangélica, «los que creen como yo, son mis padres y mis hermanos», Moisés abandona a su esposa del desierto y a los hijos que ha tenido de ella, quienes tristemente regresan al campamento de su abuelo. La Biblia cuenta este episodio de un modo que hace sospechar que Moisés llegó a poner en duda la verdad de esta ley capital del espíritu y Dios quiso castigarle. Marchando hacia Egipto con su familia, «ocurrió que en el camino se detuvieron en una posada, y allí el Señor trató de matar a Moisés». La esposa de Moisés procura apaciguar a Iavé apresurándose a circuncidar a sus hijos, pero no basta este sacrificio, y Moisés comprende que tiene que abandonar a su familia para poder cumplir libremente su misión. Antes de entrar en Egipto tiene una entrevista con un pariente suyo, de la misma tribu de Leví, llamado Aarón, y ambos preparan allí, en el desierto, el plan de campaña. «Y Moisés y Aarón fueron juntos a los ancianos de Israel, y Aarón contó las palabras que Iavé había dicho a Moisés y las señales que le había dado. Y *el pueblo creyó...*»

He aquí la fuerza comunicativa de la fe. ¡Moisés no se había desterrado y sacrificado en vano!

Creemos inútil describir el Exodo con todos sus detalles. Sólo recordaremos que este viaje de Egipto a Palestina, que se hace ordinariamente en siete días, duró, según las tradiciones judías, cuarenta años. Así todo el pueblo pasó por la misma experiencia de soledad y de amargura que había pasado su caudillo. La abstinencia, el sacrificio continuado de esta caravana de familias ineptas ya para el nomadismo, prepararon al pueblo entero para experimentar esos paroxismos de fervor místico que son frecuentes en las mentes primitivas. Ellos explican las visiones colectivas de la columna de fuego y la nube que precedía a la caravana en su camino por el desierto, y los truenos y relámpagos en el inhospitalario Sinaí. «Y todo el pueblo tembló», dice la Biblia. Y claro está que en estas condiciones la multitud podía ver arder la montaña y oírla gritar, así como también percibir voces y sonido de trompetas entre las nubes experimentando pavor, profundo espanto.

La larga estancia de los israelitas en el desierto puede explicarse por causas puramente políticas. Palestina continuaba siendo una provincia egipcia, y aunque entonces la autoridad del faraón era allí nominal, mientras le quedase un resto de fuerza Egipto no toleraría la destrucción de sus aliados cananeos e hititas, que ocupaban el país. Era necesario, pues, esperar un período de perturbación, como los que acostumbraban ocurrir al final de cada dinastía, para atreverse Moisés a lanzar a su pueblo sobre unas tierras que dependían del faraón; además, era esencial extirpar de la mente de los israelitas las supersticiones que podían haber admitido de Egipto, y para conseguirlo, nada tan indicado como el ayuno y la peniten-

cia en el desierto. Estas supersticiones serían tal vez superficiales y aun superpuestas a la tradicional religión de Abrahán y sus descendientes. Cuanto más conocemos de Egipto y de Mesopotamia, mejor comprendemos que los israelitas conservaron muy poco de la cultura y la religión de los habitantes del valle del Nilo con quienes habían convivido, y que, en cambio, debían muchísimo a la tradición caldea que Abrahán pudo haber importado de Ur.

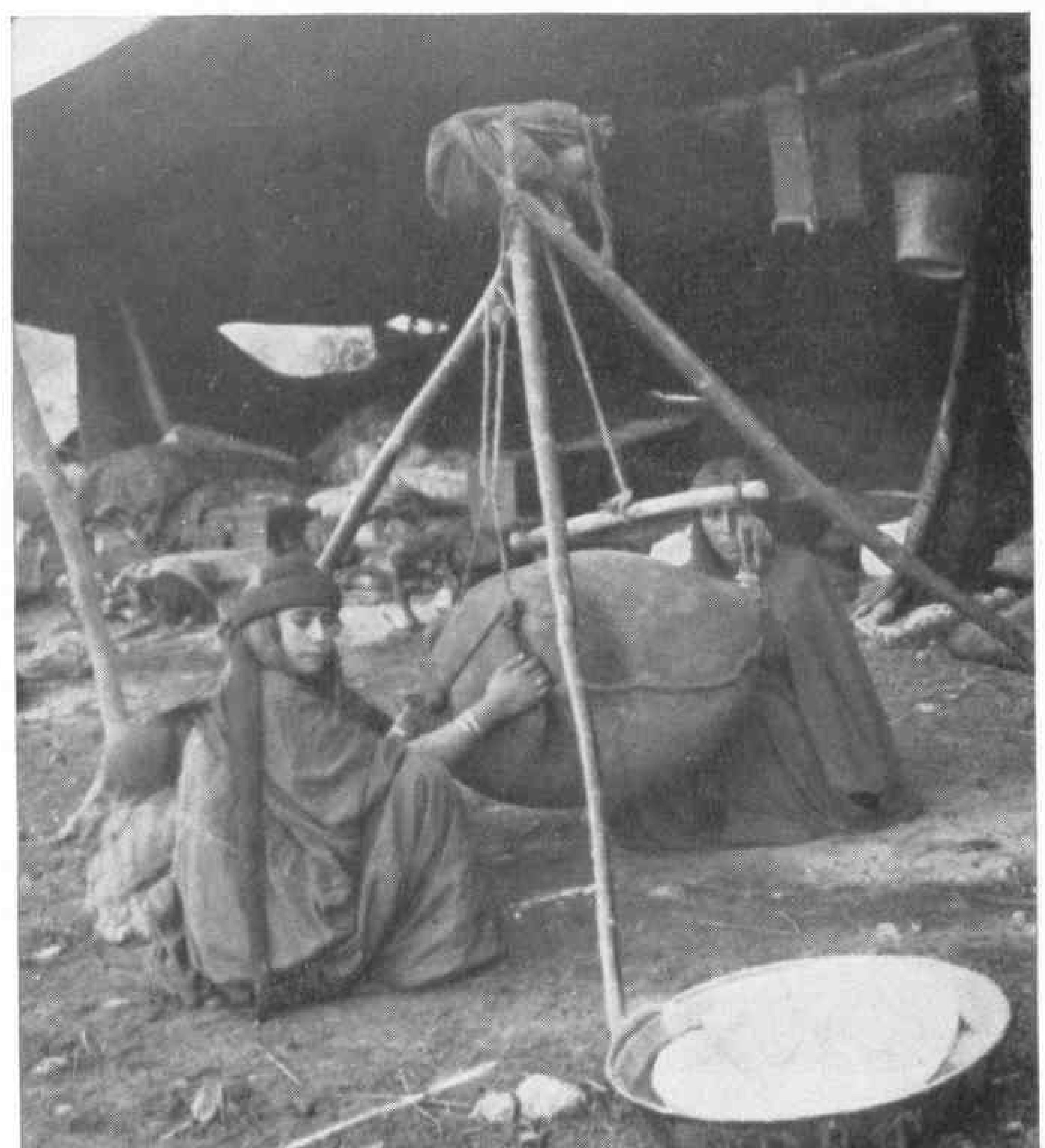
Eduardo Naville, el gran egiptólogo, creyó poder distinguir solamente dos rastros de cultura egipcia en los primeros libros de la Biblia. En el paraíso, la tierra no está regada por la lluvia que cae del cielo, sino por un río, como en Egipto; además, los israelitas adoraron un becerro de oro. Pero el becerro estaba asociado al dios Sin, de Ur, desde tiempo inmemorial y podía ser también el culto de los semitas del Sinaí. Ya hemos dicho anteriormente que, aun cuando los egipcios enviaban a menudo expediciones al Sinaí con la finalidad de procurarse cobre, la península estaba ocupada por tribus de raza semítica.

Más tarde, cuando los judíos estuvieron establecidos en Palestina, la influencia de Egipto se dejó sentir fuertemente, y así vemos a Salomón casarse con una princesa egipcia; además, existen aún fragmentos arquitectónicos de edificios judíos que tienen molduras egipcias. Pero en la época del Exodo es evidente que se verifica una depuración del espíritu de los israelitas y que prefieren éstos las antiguas tradiciones mesopotámicas a las egipcias. Esto es muy importante, porque allí, en el desierto, el dios único de Abrahán se erige en dios nacional del pueblo judío, y además se fijan ciertos principios fundamentales de moral como mandamientos del propio Iavé, que con el tiempo formarían el núcleo de la Ley, o *Thora*. Estos son los dos grandes beneficios que la humanidad entera debe al caudillo y legislador Moisés.

Muy cierto que Iavé, o Iau, el dios único, es todavía un dios nacional, el dios del pueblo judío únicamente; pero se le venera solo, no está acompañado de una esposa ni de la indispensable cohorte de dioses menores como ocurre en las teogonías de todos los pueblos del mundo, a excepción del judío.

Iavé es un dios celoso, colérico, que pide sacrificios expiatorios, pero se complace en el bien y no exige mutilaciones, ni aquellas hecatombes de recién nacidos de otros dioses orientales. A través de la historia se ve a Iavé humanizarse, podríamos decir divinizarse, hasta que puede afirmar, por boca de David, que no son sacrificios, sino un corazón contrito lo que él desea. De este Iavé al Dios del Evangelio ya no hay más que un paso. Además, Iavé facilitaba la espiritualización de la idea de Dios con un *mandamiento* importantísimo. Después del primero: «No tendrás más dioses que Iavé», seguía otro capital, fundamental, y, por desgracia, demasiado pronto olvidado. El segundo mandamiento, según lo transcribe el Exodo, decía: «No harás ninguna imagen de lo que hay en el cielo, ni en la tierra, ni en las aguas que están debajo de la tierra;

Mujeres beduinas en la tienda, agitando un odre con leche para hacer mantequilla.



—ni las adorarás, ni las servirás, porque yo soy un dios celoso, que castiga la iniquidad de los padres en los hijos hasta la tercera y cuarta generación, — pero misericordioso para los que me aman y guardan mis mandamientos.»

Todo hombre medianamente culto debería enrojecer de vergüenza al leer este segundo precepto de la Ley de Dios. Todos hemos pecado, olvidando ésta prohibición. Causa pena advertir que hace ya más de tres mil años que Moisés se anticipaba al Cristo proclamando, en este segundo mandamiento, que Iavé desea que se adore «en espíritu y en verdad». Fuerza es reconocer que la humanidad es dura de oído, *tiene oídos y no oye*. No hay que decir que la nación judía fue la primera en faltar a este segundo mandamiento: las estatuas de Baal y de Astarté se cobijaron al lado del arca del tabernáculo, donde estaba la *Thora*, y aun se habla de imágenes de Iavé, que debían de ser becerros, como las imágenes del dios lunar de Ur. Al culto de los dioses, *labrados por mano de hombre*, como dicen los Salmos, se asoció el de las reliquias. El piadoso rey Ezequías tuvo que destruir la vara de Moisés, convertida en serpiente de oro, que era adorada por el pueblo judío.

Los otros ocho mandamientos son bien conocidos, pero los copiaremos tal como están redactados en el Exodo:

3.° Tú no invocarás el nombre de Iavé en vano, porque Iavé no perdona al que le invoca vanamente.

4.° Acuérdate del sábado. Santifícalo. — Trabajarás seis días, y en ellos harás toda tu labor. — Pero el séptimo es el sábado de Iavé. No trabajarás en sábado, ni tu hijo, ni tu hija, ni tu criado, ni tu criada, ni tus bueyes, ni el extranjero que está en tu casa. — Porque en seis días hizo Iavé el cielo y la tierra y el mar, y todo lo que hay en ellos, y descansó el séptimo día, bendiciendo el sábado y santificándolo.

5.° Honra a tu padre y a tu madre para que vivas largos días sobre la tierra que Iavé te ha dado.

6.° No matarás.

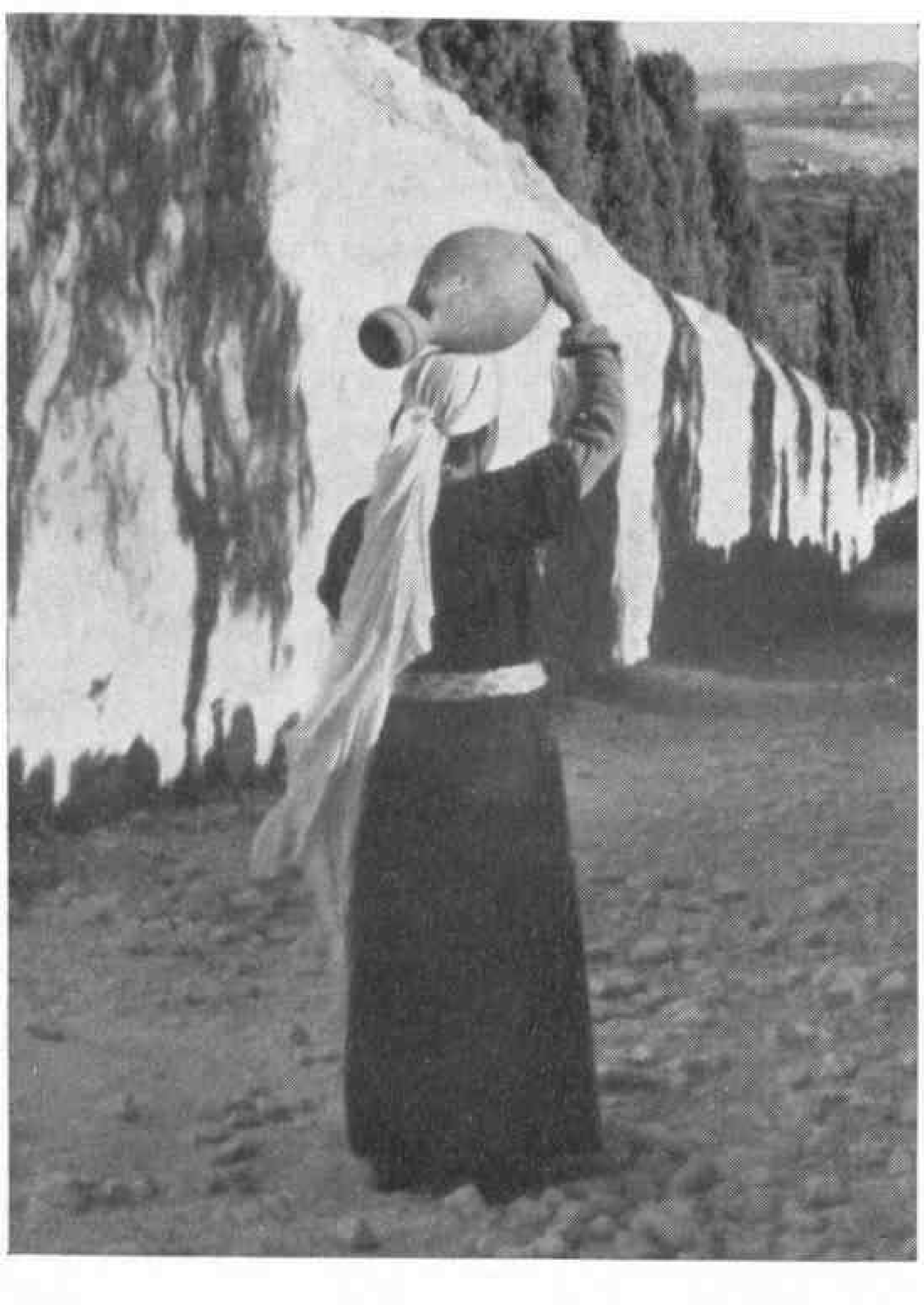
7.° No cometerás adulterio.

8.° No robarás.

9.° No levantarás falso testimonio contra tu vecino.

10. No desearás la casa de tu vecino, ni la mujer de tu vecino, ni su criado, ni su criada, ni su buey, ni su asno, ni ninguno de los bienes de tu vecino.

La lectura sumaria de estos ocho mandamientos últimos refleja un estado de vida muy distinto del que llevaban los israelitas nómadas en el desierto. Se habla de la tierra que Iavé ha dado a cada uno, de su casa y sus bueyes, y de extranjeros admitidos como huéspedes. La misma institución del sábado parece incompatible con la vida de los nómadas. El cuidado de los ganados, abrevarlos y llevarlos al pasto, son ocupaciones diarias que no pueden interrumpirse cada seis días. Todo esto ha hecho suponer que el *Decálogo*, por lo menos en su forma



Mujer cananea yendo por agua en los alrededores de Jaffa.



Las colinas de Efraím, cerca de Bethel. Palestina.

actual, no pudo haber sido redactado por Moisés. Pero la crítica ha empezado a reaccionar estos últimos años, y arqueólogos tan equilibrados como Eduardo Naville han llegado a sostener que no sólo el *Decálogo,* sino toda la *Thora* o ley mosaica es obra personal de Moisés. La balanza todavía parece caer del lado de la alta crítica que niega toda participación a Moisés en la redacción de la *Thora.* Pero el *Decálogo* creemos que es obra del gran caudillo que arrancó a Israel de Egipto. Claro está que las alusiones que hace a una vida sedentaria son innegables, pero no olvidemos que Moisés guiaba a su pueblo para establecerlo en Canaán, o sea la Palestina. Los judíos sabían lo que era la vida sedentaria; darles una legislación hablando de casas y bienes permanentes no era en ninguna manera un despropósito. Además, es evidente que Moisés no piensa instituir el sábado como cosa nueva. Dice: *Acordaos del sábado...* y ya hemos visto que el sábado era una institución mesopotámica, y hemos afirmado en otro capítulo que hasta su propio nombre es sumerio. Los israelitas debían de guardar el sábado desde los tiempos de Abrahán; por lo que Moisés se limita solamente a dar carácter de precepto religioso al día de descanso.

Moisés, pues, en los dos primeros mandamientos no hizo más que expresar lo que todo hombre religioso y culto siente y piensa: un solo Dios, adorado en espíritu y en verdad. Los otros ocho mandamientos reflejan una tradición más antigua que Moisés mismo. El código de Hamurabi, en sus artículos primeros, impone castigos tremendos al que levanta falsos testimonios. La gloria de Moisés consiste en haber concretado en diez breves mandamientos los principios de religión y moral que algún día podría aceptar la humanidad entera. Pero si, por lo que toca al *Decálogo,* no hay dificultad insuperable en aceptarlo como obra de Moisés, por lo que hace referencia a la *Thora,* o ley sacerdotal, ya no es tan fácil eliminar las dudas. La *Thora* es una larga compilación de preceptos morales, leyes civiles y canónicas. El rito y el culto de Iavé, con sus complicados símbolos y sacrificios, forman parte de la *Thora* y están redactados (en los primeros libros de la Biblia) como obra exclusiva de Moisés.

Pero es evidente que en la *Thora* hay mucho material moderno y que los levitas que la compilaron introdujeron en ella el ceremonial del templo de Jerusalén de una época muy posterior al Exodo; pero hay una parte, lo que llamaríamos código civil, que es muy posible que sea obra de Moisés.

El Exodo dice que *Jethro, el suegro de Moisés, sacerdote del Sinaí,* habiendo oído las aventuras de su yerno en Egipto y sabiendo que éste se encontraba en la vecindad del Sinaí con todo su pueblo, fue a visitarle con su hija y sus nietos (que eran la esposa y los hijos de Moisés) y Moisés salió a recibirle y se prosternó ante él y le besó. Y cuando el suegro de Moisés vio a su yerno administrando justicia a aquella multitud le dijo: *Esto os cansará a ti y a tu pueblo; es trabajo demasido pesado para ti, tú no puedes juzgar personalmente todos los casos de tu nación.* Y entonces Jethro aconsejó a Moisés que diera un código de leyes a su pueblo para que los jueces pudieran fallar las causas según la Ley. Y si recordamos que Jethro era un rey-sacerdote del Sinaí, y además semita, y por tanto de una cultura de tipo babilónico, ya podemos prepararnos, pues, a encontrar en la redacción del texto de la *Thora* resabios del código de Hamurabi que reflejan la antigua *costumbre* por la que se regían desde tiempo inmemorial los habitantes del delta del Eufrates.

Moisés murió en el desierto de Moab, a la vista de la tierra prometida o de Canaán. La traducción literal del quinto versículo del capítulo 34 del Deuteronomio puede ser ésta: «Y Moisés, el siervo de Dios, murió en la boca de Iavé.» Esto es, que Iavé se llevó su alma con un beso. Después el mismo Iavé lo enterró en los valles de Moab. «Y nadie conoce su sepulcro hasta nuestros días», añade el texto sagrado. ¡Qué grandeza en este final! El animoso guerrero, el sagaz político, el vidente, el profeta, el legislador, muere al pasar Iavé, que le besa con su soplo. Ningún mausoleo, ningún sepulcro, ninguna pirámide o imagen ha señalado su tumba. Su monumento eran unas cuantas tabletas de arcilla, con escritura cuneiforme, que, encerradas en una arca, guardaban diez simples reglas de conducta o preceptos de moral que no han caducado todavía porque en ellas se enseña a vivir y comportarse dignamente.



El toro celeste de Ur,
con la piel que lleva las constelaciones.

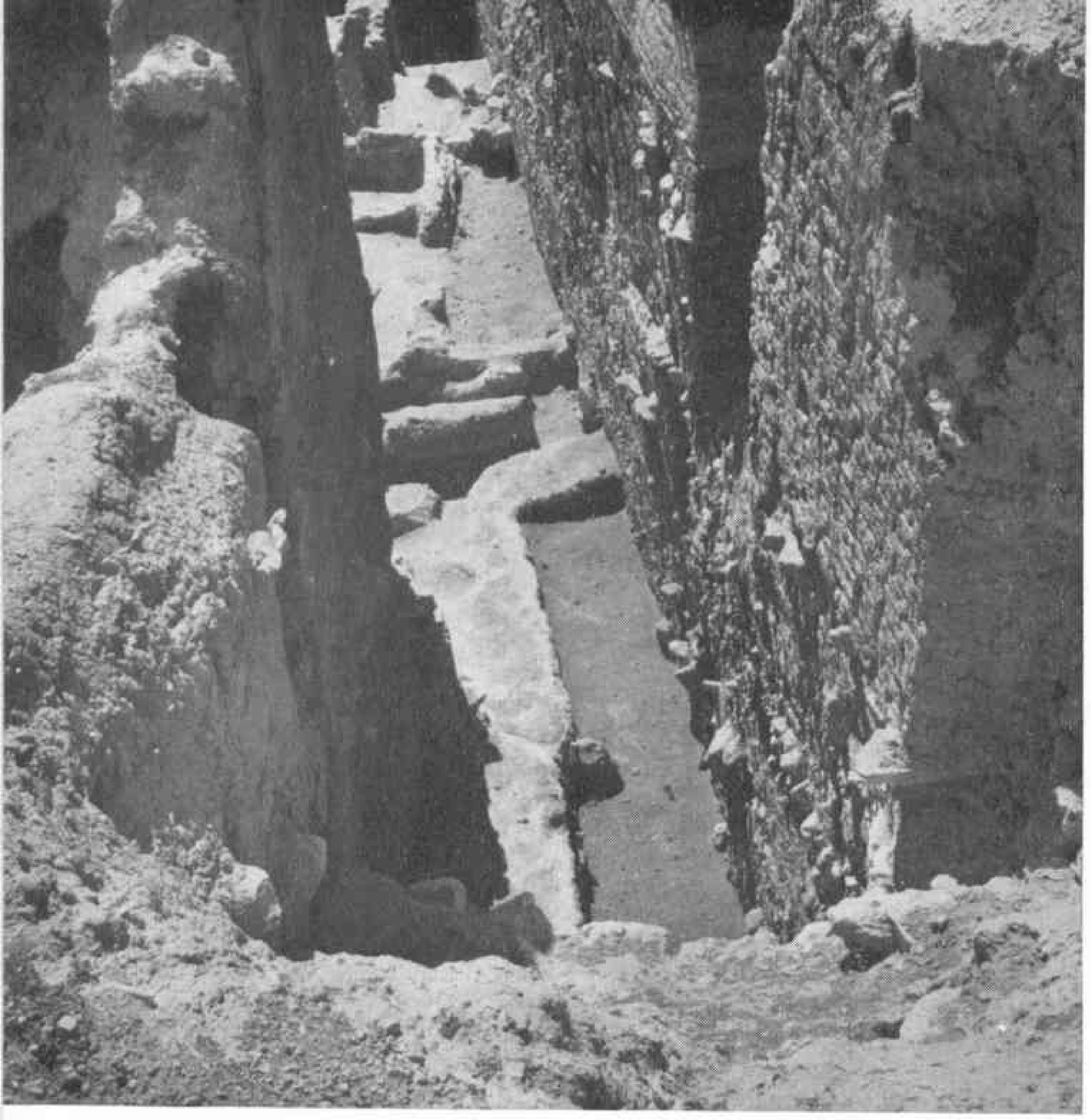


Vista panorámica de Jerusalén.

19 LOS PROFETAS HEBREOS ANTERIORES A LA CAUTIVIDAD

La historia política de los hebreos constituiría un episodio sin importancia para la humanidad si no fuese porque sus catástrofes nacionales estimularon la aparición entre ellos de grandes espíritus superiores, videntes y poetas, cuya fuerza de expresión no ha sido superada todavía. Los antiguos hebreos les llamaban *nabís,* palabra de dudoso significado, pero que tal vez quiera decir *el que habla;* nosotros usamos la voz griega *profeta,* que significa *el que habla por otro.* Este Otro es el Dios Unico de Abrahán, Jacob y Moisés. En su tiempo, los profetas hebreos no tuvieron ninguna influencia fuera de la nación judía, pero más tarde su eficacia fue enorme: todos hemos experimentado, directa o indirectamente, los efectos del entusiasmo y de la fuerza moral que animaban a Isaías, a Jeremías y hasta a los profetas menores. Como los profetas eran al mismo tiempo agitadores políticos, interviniendo en los asuntos de Estado con sus comentarios violentos, y a veces fomentando revoluciones, se impone aquí un previo resumen de la historia de los judíos desde su regreso de Egipto.

Los relatos bíblicos y los resultados de la moderna investigación están de acuerdo en que, a la muerte de Moisés, los israelitas continuaban vagando al este del Jordán.



Aspecto de las excavaciones que se llevan a cabo en Jericó.

Ya hemos dicho que allí el país se levanta en altas mesetas rocosas, que son el Moab y Edom, mencionados en la Biblia. Estaban ocupados por tribus de semitas, sin organización suficiente para oponerse a los hebreos, a quienes Moisés, recordando tradiciones de los abrámidas, había infundido un sentimiento de solidaridad nacional ignorado por las gentes del desierto.

Pero pronto el país de Canaán, o la Palestina, que se veía como una tentación al otro lado del Jordán, despertó las ambiciones de algunos grupos de familias israelitas. «Y Judá dijo a su hermano Simeón: Ven conmigo y combatiremos a los cananeos...» Así empieza el Libro de los Jueces, revelando una versión más exacta que la que aparece en el libro de Josué, según la cual los israelitas atraviesan milagrosamente el Jordán a pie enjuto y Josué, como un héroe de Plutarco, organiza la conquista de Canaán, ayudado por Dios, que hace caer las murallas al son de las trompetas. No; la invasión del país al otro lado del Jordán se verificaría gradualmente y no estaban los hebreos solos en esta aventura, ni todas las tribus de Israel se lanzaron a ocupar la tierra de promisión. Algunas familias israelitas quedáronse para siempre en la Transjordania; en cambio, la Biblia habla de aliados beduinos, *descendientes del suegro de Moisés,* aliados de la tribu de Judá en la campaña contra Canaán.

Gradualmente, los israelitas desposeyeron a los antiguos cananeos de sus dominios. Es de creer que se aprovecharían de sus rivalidades para desembarazarse de ellos, por lo menos en parte. La correspondencia oficial de Tell-el-Amarna, que hemos mencionado en el capítulo anterior, da cuenta del lastimoso estado de disgregación política a que había llegado Canaán en sus últimos tiempos como provincia de Egipto. En el macizo montañoso del Norte predominaron las tribus guerreras de Efraím y Manasés; en el Sur, en las sierras entre la costa y el mar Muerto, se establecieron las familias de Benjamín, Judá y Simeón. La ocupación de Palestina por los israelitas debió de verificarse a principios del siglo XIV antes de Jesucristo, en un momento de debilidad de Egipto y cuando Asiria no había alcanzado aún la categoría de gran potencia asiática. Los únicos enemigos, pues, que tuvieron que vencer los hebreos fueron los débiles reyezuelos de raza semítica o cananeos y los grupos de hititas que ocupaban algunos lugares fuertes del país. El trato que recibieron unos y otros fue muy distinto. Según la Biblia, Iavé había ordenado el exterminio de los ocupantes de Canaán, pero también cuenta que Iavé fue desobedecido, y si en unos casos fueron pasados a sangre y fuego los lugares y sus habitantes, en otros se llegó a un arreglo, conviviendo los hebreos con los antiguos ocupantes en regular armonía. Los hititas fueron respetados por lo fuerte de sus poblados; por lo que toca a los cananeos, en la Biblia se especifica de manera categórica, en el Libro de Josué, que «cuando los israelitas fueron más pode-

rosos, hicieron tributarios a los cananeos, pero no los exterminaron por completo».

Según los profetas, este error inicial en los días de la conquista fue la causa de todos los males del pueblo judío. Se aseguraba que, por medio de un oráculo pronunciado en Boakim, Iavé, el Dios Unico, había dicho: «Yo no repudiaré el pacto que hice con Abrahán, a pesar de que os ordené que no tratarais con los habitantes de este país y teníais que destruir sus altares... Y porque no habéis obedecido, yo tampoco destruiré a los cananeos; ellos estarán a vuestro lado, y sus dioses serán un peligro constante para vosotros.» He aquí unas palabras muy propias de Iavé, que a veces probaba a sus elegidos con la tentación del error.

El peligro de la vecindad de los cananeos era verdaderamente temible para los israelitas, que llegaban allí después de una larga peregrinación por el desierto. Los cananeos no eran nómadas, pues vivían en ciudades amuralladas, y aunque su agricultura era rudimentaria, tenían ciertos refinamientos que no conocían los israelitas. Por los *Trabajos de Mohar* hemos podido enterarnos de que las mujeres cananeas provocaban con su lascivia hasta a los viajeros egipcios. Además, hebreos y cananeos eran de la misma raza y hablaban una misma lengua; no hay grandes diferencias entre las varias lenguas semíticas, y el hebreo y el cananeo eran prácticamente idénticos. El gran peligro era, pues, para Iavé. Iavé, único, invisible, sin compañía en el cielo, se satisfacía con ofrendas y una sincera piedad. En cambio, el culto de los cananeos era una sucesión de ritos sangrientos, prácticas que, aun siendo muy duras, como el sacrificio de los primogénitos, no exigían una conversión espiritual. Los dioses cananeos eran el Belo o Baal fenicio y la Astarté o Ishtar sumeria, que adoptaron los semitas de Mesopotamia. Tenían diferentes nombres o atributos: Ishtar, que era a veces masculino, parece ser el *Kamos* de los semitas de Moab y el *Athar* de los beduinos de la Arabia. En un principio era la estrella matutina; después se consideró como la Luna en creciente, diosa también de la fecundidad y la fertilidad de la tierra. Se la representaba como un tronco de árbol o una piedra. Baal (el Señor) quería las torturas y mutilaciones del cuerpo humano, en que se complace morbosamente el hombre exaltado en todos los países y más en el Oriente. Cuando se reflexione que estos mismos cultos semitas tuvieron el poder de trastornar a los seudos romanos muchos siglos más tarde, y que los *misterios* de la iniciación y los ritos sangrientos triunfaron del paganismo clásico, no extrañará que los hebreos olvidaran a Iavé por los Baalims y Astartés que sólo se satisfacían con ceremonias cruentas.

Excavaciones recientes en el país de Canaán han puesto de manifiesto la vida de los primitivos cananeos al llegar allí los israelitas. En Guezer, en el centro del poblado, había una fuente a la que se descendía por una larga escalera labrada en la roca. Las casas eran chozas cubiertas



Excavaciones de Jericó que han sacado a la luz la ciudad cananea.

con cúpulas de barro, y las murallas tenían un grueso de cuatro metros. Las murallas de Megiddo y las de Jericó eran más gruesas todavía. Las ciudades cananeas que no estaban amuralladas tenían un *Milo* o ciudadela para refugio, y además el lugar alto o santuario. El de Guezer consistía en diez enormes piedras derechas, de las cuales ocho están todavía en pie, en el centro de un recinto pavimentado. La segunda de ellas parece haber sido más venerada que las demás, porque se halla gastada y pulida por los besos de los fieles, y la séptima no es de las canteras del país; debió de ser llevada a Guezer desde los alrededores de Jerusalén. En Tell-el-Safi hay tres monolitos en el santuario, y en Megiddo dos, pero el recinto es más artístico. Tanto en Guezer como en Megiddo hay un altar. Muchas veces los santuarios cananeos están construidos sobre cuevas que son verdaderas necrópolis de niños. El horrible rito del sacrificio de los primogénitos se ve aparente en todos estos lugares altos, pero además hay que imaginarse mil otras prácticas crueles, ejecutadas en el paroxismo del fervor, con la excitación que producen el vaho de la sangre y las bebidas y la aglomeración de gente congregada para la ceremonia.

En medio de estas poblaciones de diferentes creencias pasó a habitar el pueblo de Iavé. De momento el Arca, que era de madera de acacia y guardaba las tradiciones del desierto y los diez preceptos de Moisés, se instaló en Silo, donde ya había existido un santuario cananeo. Pero el culto a Iavé se practicaba también en Bethel, Gilgal, Mizpa, Guilboa y Hebrón. Pronto, junto a estos santuarios se instalaron también los cultos cananeos.

Actualmente se explica y hasta se excusa este dualismo, porque mientras Iavé es el dios que atiende a servicios espirituales y combate por los judíos en tiempo de guerra, los baalims son dioses de la fertilización, de los cultivos, de las cosechas, de la lluvia. Un teólogo moderno establece una comparación de las funciones de Iavé con las



Jerusalén. Una de las torres de la primitiva población cananea que fue luego incorporada a las murallas de la ciudad de David.

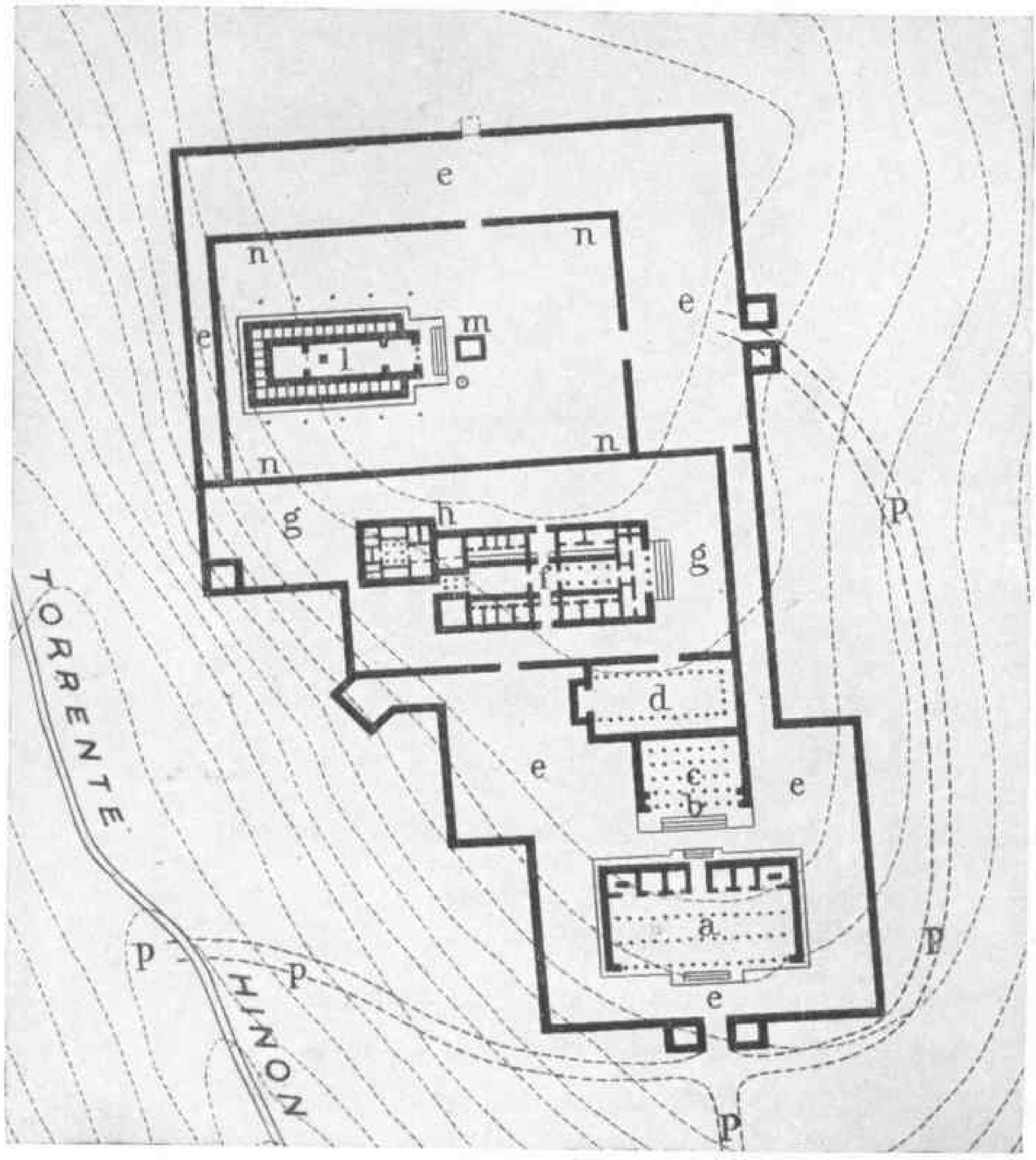


Filisteos cautivos. Relieve egipcio en Medinet-Abu. Egipto.

del ministro de Estado y Guerra y las de Baal a las del ministro del Interior.

Durante más de un siglo las tribus israelitas vivieron sin organizarse en Canaán. Pero a los enemigos seculares, hititas y cananeos, vino a sumarse otro factor que obligó a los hebreos a agruparse bajo las órdenes de un caudillo: este nuevo factor fue el poder siempre creciente de los filisteos. En un principio los filisteos ocupaban sólo cinco ciudades de la costa: Gaza, Ascalón, Ashod, Ekrón y Gad. Era, pues, la Filistina una pentápolis o confederación de cinco ciudades, casi emporios o mercados, sin ambición política. Estos nuevos enemigos de los hebreos no eran semitas, sino hombres de raza mediterránea; eran los primitivos helenos que habían tenido en Creta su centro capital de dispersión. Fueron los filisteos, cretenses minoicos, los que dieron su nombre moderno a Canaán (pues que Palestina viene de Filistina). Los relieves egipcios nos los representan altos, delgados, de cuerpo ceñido y estrecha cintura, con la cabeza decorada con penachos de plumas. Al tratar de ellos en el capítulo destinado al estudio de las primeras civilizaciones mediterráneas, ya hemos hecho alusión a sus lascivas cortesanas, que hicieron perder la cabeza al pobre Sansón. En la Biblia se llama a los filisteos *el pueblo de Kaftor* (y también Kretim). Es muy posible que a la llegada de los hebreos a Canaán los filisteos pensaran sólo en comerciar desde la costa, pero al empezar la destrucción de la cultura minoica con la invasión de Creta y Grecia por las bandas de bárbaros nórdicos, los cretenses debieron de refugiarse en las colonias y sintiéndose estrechos en ellas, empujarían a cananeos y hebreos hacia el interior. La Biblia refleja este cambio. Mientras en el Libro de Josué se ve a Israel pelear con los cananeos, en el Libro de los Jueces los enemigos más peligrosos son los filisteos.

Sansón, Gedeón, Débora y Barac son los héroes más o menos legendarios del período de transición entre la organización patriarcal y la institución de la monarquía. Esta se hizo inevitable. Un primer caudillo, Abimelec, fue coronado en Sichem, pero su reinado sólo duró tres años. Las dificultades con que hubo de luchar y su trágico fin prueban que los hebreos no estaban maduros para una monarquía centralizada. Mas las incursiones de los filisteos en Canaán se hi-



El palacio y el templo de Salomón en el monte Moria. Jerusalén.

a. Puerta y cuerpo de guardia. — b. Puerta doble. — c. Salón de recepciones. — d. Gineceo. — e. Patio de los peregrinos. — f, g, h. Palacio real. — l. Sancta Sanctorum. — m. Altar. — n. Patio del templo. — p. Camino de ronda.

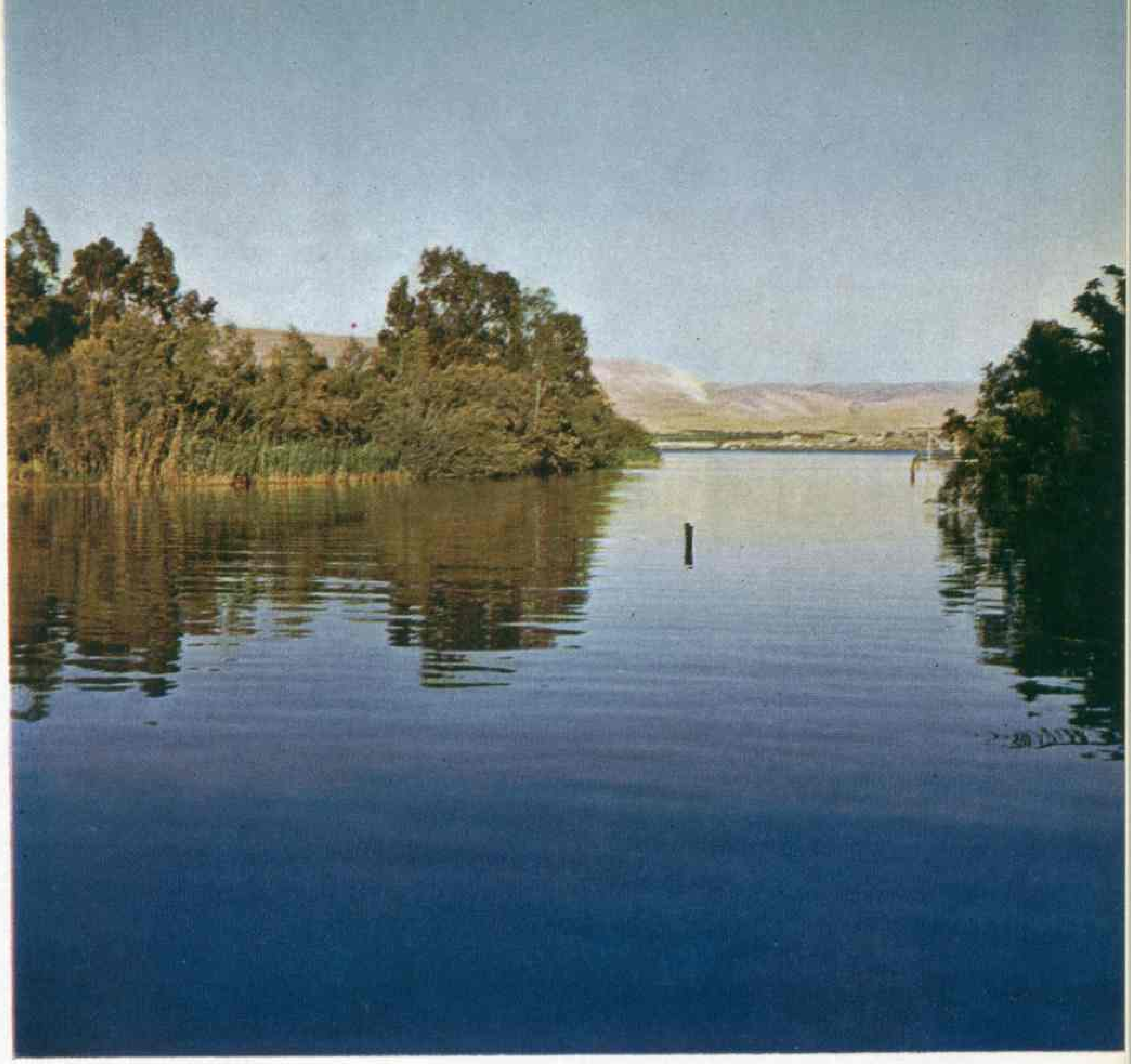
cieron tan molestas, que se pensó en organizar la resistencia. Un día, en la batalla de Eben-Ezer, los filisteos se apoderaron del arca de Iavé, que los hebreos llevaban para que les protegiera en las batallas. El arca no fue buen talismán para los filisteos, y pronto la devolvieron cubierta de exvotos de oro. Quedó depositada en Kirjat-Jearim, en casa de un tal Abinadab, el cual la recibió como una gran fortuna, haciéndose en seguida él y su hijo sacerdotes de Iavé. Esto causó desolación entre la comunidad de Silo, que era la que antes guardaba el arca, y un sacerdote, Samuel, coronó rey a Saúl.

Antes de Saúl es seguro que no había en Israel más autoridad que la que encontramos todavía entre las tribus semitas de la Arabia, cuyo jeque señala el emplazamiento de los campamentos y dirige las campañas, representando a su grupo en las reuniones con otras tribus; pero no puede intervenir en asuntos privados entre los miembros de su propia tribu, ni castigarlos ni impedir sus íntimas querellas. De pronto aparece, substituyendo al Consejo de los jeques o cabezas de familia, un monarca con autoridad absoluta. ¿Quién, cómo y cuándo se elige a este personaje superior, que dispone de las vidas y haciendas de sus compatriotas, muchas veces a pretexto del bien común, pero a menudo por la sola enunciación de su soberana voluntad? Las vacilaciones que observamos en el relato bíblico de la proclamación de Saúl complican el problema. Sin embargo, parece indudable que Saúl fue ungido y coronado rey casi contra su voluntad, lo que está de acuerdo con los resultados de la etnografía moderna. Hasta hace poco se creía que el fenómeno del monarquismo era el resultado de la ambición de un caudillo, que con su brazo o su astucia se imponía a los demás, en una palabra, el héroe-rey, y es evidente que un monarca así subsistiría mientras no apareciese otro más fuerte. Pero hoy se cree que en las sociedades primitivas el cargo de rey se impone, a la fuerza, a un individuo elegido para dirigir la comunidad en circunstancias difíciles, y cuando éste ha terminado la misión que le fue impuesta, se le mata o se le substituye por otro. Así, por lo menos, parece que ocurría en los tiempos prehistóricos y en algunos pueblos salvajes.

Algo de esto encontramos en el relato bíblico de la instauración del sistema monárquico entre los hebreos; además, se ve que la autoridad de Saúl fue discutida desde el primer día porque no quiso adoptar el porte ni el tono de un monarca. No abandonó, por ser rey, la hacienda de su padre. «Y Saúl se fue a su casa en Guibea... Y los hombres de mal corazón dijeron: — ¿Cómo es posible que éste nos liberte? — Y lo despreciaron...»

Saúl tuvo, pues, que luchar con esta falta de respeto de algunos de sus compatriotas,

Vista del Jordán al salir del lago Tiberíades.



con los enemigos exteriores y hasta con el mismo sacerdote influyente que lo había coronado. Su final también fue trágico: murió peleando contra los filisteos en los campos de Guilboa, atravesado con su propia espada por su escudero y abandonado de todo el mundo.

Su sucesor David, elegido también por el sacerdocio, no cayó ya en el error de despreciar las apariencias exteriores, que había perdido a Saúl. Por de pronto, estableció una capital para su reino, escogiendo un lugar en las montañas de Judea donde había una antigua ciudad de cananeos amurallada. En las cartas de Tell-el-Amarna es llamada Uru-Salem, que Sayce traduce por Ciudad de Salem, o de la Paz. El episodio de la conquista de Jerusalén, por David, revela todavía en este tiempo, hacia el año 1000 antes de J. C., la presencia de comunidades cananeas independientes entre los hebreos y bastante fuertes para desafiar al nuevo rey. Los cananeos, sitiados por David, se burlaban de él gritándole desde las murallas que se rendirían cuando no quedaran dentro de la ciudad ni ciegos ni cojos. David no sólo conquistó la plaza fuerte, sino que transportó a ella el arca de Iavé, que se hallaba todavía en casa de Abinadab. Así se estableció un centro religioso y político en aquel paraje apartado, lejos de las rutas comerciales, al borde del gran barranco del Jordán. Era un lugar escasísimo en agua, a dos pasos del desierto, apartado del mar y del tráfico de las gentes. ¿Qué podían hacer, pues, los espíritus superiores en Jerusalén, sino dedicarse a meditar acerca de los grandes problemas religiosos y morales que siempre han atormentado al hombre así que llega a tener uso de razón?

Fue tal la compenetración que más tarde se verificó de Iavé con Jerusalén, que se llegó a olvidar el contrato que hizo Abrahán con el Dios Unico, y hasta hay quien supone que Iavé sería un dios local cananeo. Pero tanto si Iavé era un dios nacional antiguo (el que se apareció a Abrahán en Mamré y a Moisés en el Sinaí), como si era el dios local cananeo, no hay duda que su transformación en el creador del Universo y aun en el padre espiritual del Cristo se verificó en Jerusalén.

Jerusalén ocupa hoy dos colinas, separadas por un barranco llamado *Tyropeum*. En la colina occidental está la mayor parte de la población; la colina de Levante fue ocupada por la plataforma del templo, que es todavía hoy una área extensa cubierta por multitud de edificios religiosos. En un principio David ocupó sólo una parte de la colina oriental, la parte inferior, que tenía la ventaja de estar más cercana a la única fuente de Jerusalén. Este espolón de la colina oriental se llamó después Millo, Ofel, Sión, y también *la ciudad de David*, y allí se instaló el arca de Iavé, en un principio en una tienda, dentro del propio recinto reservado al rey.

Pero, ya antes de morir, David había expropiado la parte alta de la colina, o monte Moria, con la idea de edificar en ella un templo digno de Iavé y de su pueblo. David no llegó a realizar este proyecto y el templo fue construido finalmente por su hijo Salomón, valiéndose de obreros fenicios y empleando materiales de construcción que desde Tiro llegaban por mar a Jaffa, el puerto más cercano a Jerusalén. Las construcciones no se reducían al templo; éste, en realidad, ocupaba sólo una pequeña parte de la colina. Entre los orientales, y entre las gentes del mundo entero, perduran los recuerdos de David y Salomón envueltos en leyendas gloriosas de santidad y de justicia. Pero muchos de los Salmos que constituían la principal gloria de David se atribuyen ahora al período posterior a la cautividad de los judíos, y, en cambio, la Biblia recuerda hechos muy censurables de este monarca. Salomón, a quien se ha despojado modernamente de muchos de los escritos que por error se le atribuían, aparece en el Libro de los Reyes como un déspota oriental, hábil, sanguinario y fatuo, constructor de exóticos edificios. La misma Biblia cuenta por centenares las mujeres de Salomón y recuerda su lujo, impropio del monarca de un pueblo que acababa de salir del nomadismo.

Pero ambos, David y Salomón, serán siempre recordados como los fundadores o reconstructores de Jerusalén. Porque si ellos pierden en valor espiritual a medida que la crítica los contempla desapasionadamente, Jerusalén crece y crecerá cuanto más tiempo vaya pasando. Es la ciudad santa por excelencia.

David y Salomón dieron a los hebreos sus únicos días de prosperidad. El reinado de



Guerrero cananeo de Moab. (Museo del Louvre.)



Estela con la imagen de un Baal de la fertilización. Sostiene una rama que termina en una flecha para clavar en el suelo. Con la diestra fulmina el rayo. Procede de Ugarit. Louvre.

David, desde el año 1005 hasta el 972 antes de J. C., fue una época extraordinariamente favorable, porque Asiria no era todavía un peligro. Además, David era un gran guerrero y, al mismo tiempo, poeta, preciosa mezcla de artista y hombre de acción que resulta siempre irresistible. Salomón, viendo que su país era pobre, se había ingeniado en traficar con la India, y asociado con su amigo el rey fenicio Hiram, de Tiro, mandaban ambos, cada tres años, sus armadas a Ofir, que al parecer estaba en las costas del océano Indico. Hiram contribuía con marineros y técnicos navales para construir los buques; Salomón proporcionaba el puerto de Elat, en el golfo oriental del mar Rojo, que había sido una de las conquistas de su padre David. Las ganancias eran enormes y se repartían a medias, proporcionando a Salomón recursos suficientes para sostener una corte fastuosa de gran monarca oriental, pero que impresionó sólo a medias al pueblo judío. La prueba es que, a la muerte de Salomón, la nación judía se dividió en seguida en dos reinos. Además, las tribus guerreras del Norte no vieron con buenos ojos esta monarquía fastuosa de la casa de David, con una capital en el territorio de Judá y con tendencia a centralizar el culto en Jerusalén. El descontento ocasionó la secesión, con un Estado en el Norte, cuya capital fue Samaria, constituido por la mayoría de Israel, y otro en el Sur formado por las tribus de Judá y Benjamín, que se mantuvieron fieles a los descendientes de Salomón, con la capital en Jerusalén.

Estas dos monarquías rivales fueron una de las causas de la corrupción de los hebreos. Las dos pequeñas cortes de Jerusalén y de Samaria dieron ejemplos lamentables de desorden e idolatría. Un santuario de Iavé para las tribus del Norte se estableció en Betel, pero pronto se llenó de los ídolos de Baal y de Astarté. Igual sucedía en la colina del templo de Jerusalén. Copiamos, con temor de escandalizar al lector, la descripción que hace la Biblia de la purificación del templo en tiempo del rey Josías de Judá: «Y ordenó que todos los vasos para el culto de Baal y para el culto de Astarté, y de las demás huestes de dioses, fuesen sacados del templo y destruidos en el torrente de Cedrón... Y quitó del templo la estatua de



Judíos llevando lingotes, esencias y frutos al rey de Asiria Salmanasar.

Astarté... Y destruyó las casas de los sodomitas que estaban dentro del templo del Señor y de las mujeres que tejían velos para Astarté... y quitó los caballos consagrados al Sol, que tenían sus establos a la entrada del templo, y quemó con fuego los carros del sol...»

He aquí, pues, el primer problema que se presentó a los profetas. Si Iavé, el Dios Unico, había cumplido su parte en el contrato, dando a su pueblo la tierra de Canaán, ¿cómo podía tolerar tanta perversión y apostasía?... Iavé, el que hacía humear al Sinaí, el que tronaba en las nubes peleando contra los filisteos en tiempo de Saúl, ¿cómo podía ahora perdonar tanta herejía?

El primero que trató de contestar categóricamente a esta pregunta fue Amós, un pastor de Tekoa, cerca de Jerusalén. Un día de fiesta, hacia el año 760 antes de J. C., Amós se presentó en el santuario de Betel, lleno de gente, y pronunció un terrible discurso, que nos ha conservado la Biblia, con párrafos muy cortos llenos de fulminantes amenazas. Aquel pastor, que se alimentaba con el fruto amargo del sicómoro en los desiertos de Judea, levantó su voz delante del gran sacerdote Amazías, en el santuario real de Betel, para decirle: «Tu esposa se venderá en la ciudad y tus hijos e hijas morirán al filo de la espada; tu patria será dividida a cordel y tú morirás en tierra extraña... Así ha dicho Iavé.

»Yo detesto, dice Iavé, vuestras fiestas; huyo de vuestras asambleas; aunque me ofrezcáis inciensos y presentes, no los recibiré, ni miraré vuestros sacrificios. ¡Alejaos ya con vuestros cantos, no quiero oír la melodía de vuestros laúdes!»

Las imprecaciones de Amós rayan en lo indecoroso. «Las mujeres de Samaria son vacas de Basán, que maltratan a los pobres, estrujan a los necesitados y dicen a sus maridos: — Traed vino y beberemos... Venid a Betel a pecar y al santuario de Guilgal a multiplicar vuestras faltas. ¡Podéis ofrecer sacrificios por la mañana y vuestros diezmos cada tres días!... — Pero Iavé ha jurado que os cogerá con un gancho, y cogerá a vuestros hijos con un anzuelo, y saldréis como vacas por la brecha de la muralla y se os repartirán como una presa.»

De manera que la solución de Amós parece ser ésta: Iavé ha dado la tierra a su



Judíos llevando calderos y barras metálicas al rey de Asiria Salmanasar.

pueblo, y como su pueblo no le ha sido fiel, Iavé quitará a su pueblo esta tierra de Canaán y será llevado a un país extraño. Pero, así y todo, no se explica la lentitud con que Iavé procede a ejecutar su venganza. El segundo problema es, pues: Si Iavé es un dios fuerte y justo, ¿por qué demora para otra generación el castigo?

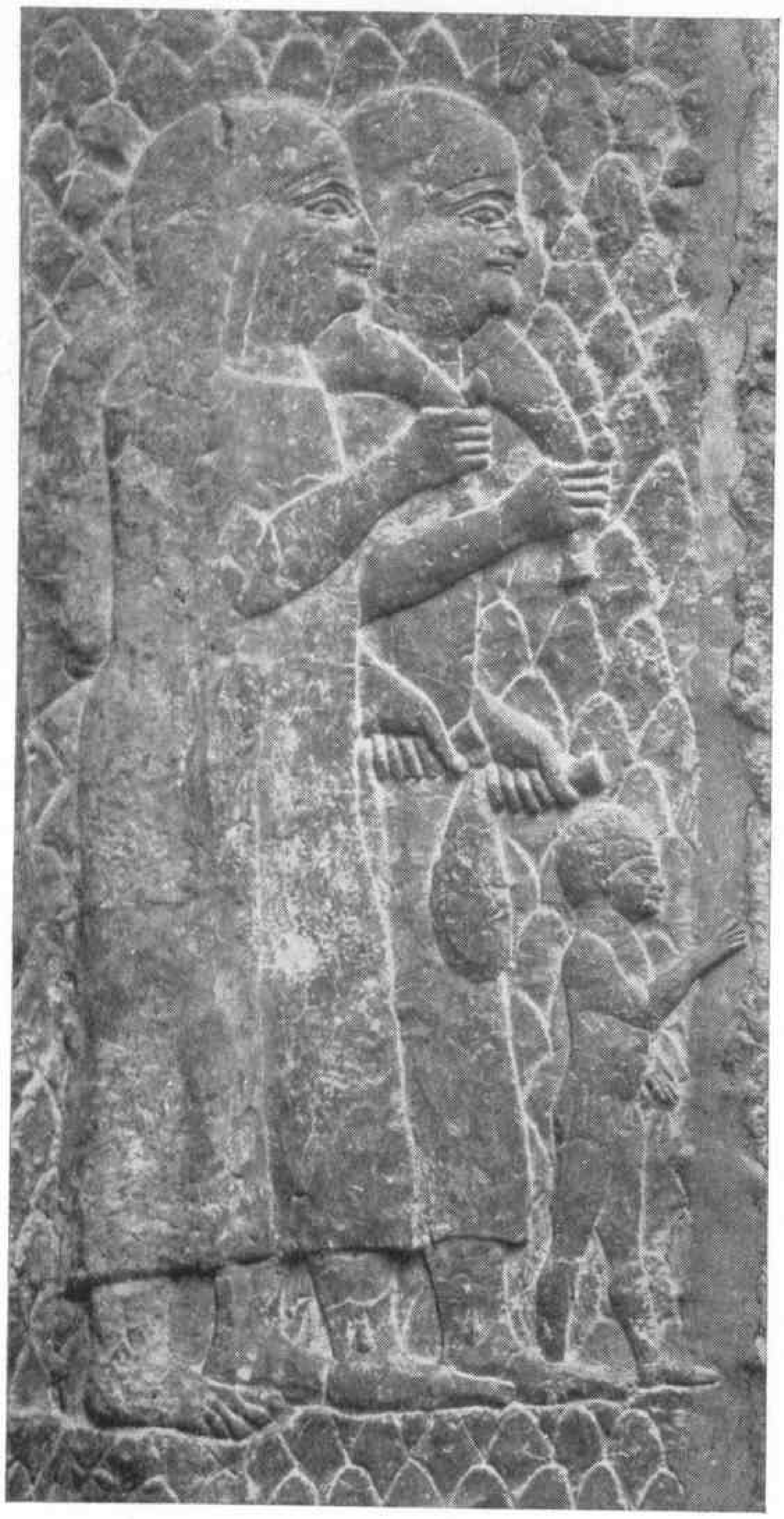
Otro profeta, poco posterior a Amós, el llamado Oseas, hijo de Beri, da la solución de este enigma: Iavé no castiga a su pueblo todavía porque lo ama a pesar de la corrupción en que ha caído. Para hacer evidente esta verdad a los ojos de sus contemporáneos, da un ejemplo con su vida. «Y Iavé dijo a Oseas: —Ve y toma por esposa a una prostituta, porque el pueblo se prostituye lejos de Iavé. —Y Oseas tomó por esposa a Gomar, hija de Diblaim, la que concibió y tuvo un hijo. Y Iavé dijo a Oseas: —Llama a tu hijo *Jizreel,* que quiere decir *dentro-de-poco,* porque dentro de poco castigaré al reino de Israel y a la ciudad de Samaria.

»Gomar concibió otra vez y tuvo una hija y Iavé dijo a Oseas: —A ésta llámala *Lo-Ruchama,* que quiere decir: *basta-de-piedad.* —Por fin nació un tercer hijo y Iavé quiso que se llamara *Lo-Ammi,* esto es: *ya-no-sois-mi-pueblo.*»

Con esta parábola viviente de su propia historia, Oseas trata de explicar la conducta de Iavé. Dios ama a su pueblo prostituido, como Oseas ama a su esposa prostituta y a sus hijos; ella le es infiel y el profeta la rescata, comprándola otra vez a su nuevo amante. Así lo hace Iavé. ¡Cuánta paciencia por amor! Pero la ruina es inminente. Iavé va a arrojar a su pueblo de la tierra que le ha dado; no puede consentir por más tiempo tanta corrupción. Oseas habla con la misma desnuda impudencia que Amós. «Mi pueblo—añade Oseas—consulta estatuas de madera y espera oráculos de un bastón.»

La profecía de Oseas es terrible contra el reino del Norte. Samaria es aún peor que Jerusalén. «El reino de Samaria desaparecerá como la espuma se deshace en la superficie del agua.»

Sobre todo, estos primeros profetas, Amós y Oseas, muéstranse furiosos contra las injusticias sociales. He aquí otro problema, el capital problema de la vida, que



Samaritanas prisioneras yendo al destierro.

es el tema predominante del Libro de Job. «Los impíos obran el mal, abusan de los pobres, adulan al rey con su malicia y a los jefes con sus falsos testimonios; corrompen a los jueces, son todos adúlteros, y Iavé no los castiga, antes bien parecen favorecidos por el Cielo.» Este es todavía el problema. ¡Y qué problema, para hombres del siglo octavo antes de J. C.! Porque hay que recordar que los hebreos no creían en la recompensa de una vida futura. Como en el poema babilónico de Guilgamés, como en el Libro de los Muertos de los egipcios, la Biblia anterior al Cristo no presenta otra perspectiva de la existencia de ultratumba que la de un *hades* subterráneo, llamado *scheol,* donde los muertos llevan una existencia lánguida, apagada, sin pena ni gloria. La justicia de Iavé parece debería castigar a los malvados aquí en la Tierra, mientras en ella habitan, y, sin embargo, se le escapan impunemente.

La solución que dan a este tercer problema es también interesante. Todo el pueblo debe ser solidario de las culpas de unos cuantos, porque Iavé no va a castigarlos uno por uno... Si uno obra mal, es porque no hay piedad en la mayoría. Iavé quiere también vengar las injusticias sociales con la ruina de la nación entera. El pobre y el oprimido serán vengados al mismo tiempo que Iavé. Así tomó cuerpo entre los profetas la idea, casi el dogma, de la ruina de Israel. Sólo la destrucción nacional, como holocausto colectivo, podía satisfacer su deuda con Iavé y resarcir el daño que hacían los malvados. Esta solución nos repugna; acostumbrados a nuestro individualismo moderno nos parece muy cruel e injusto el sacrificio de toda una nación. Pero si recordamos que ya en el *Decálogo,* según la propia palabra de Moisés, Iavé castiga hasta la cuarta generación, la idea de los profetas no puede ser más razonable. Aun tomando lo de la cuarta generación al pie de la letra, cada uno tiene 64 antecesores directos, harto suficientes para que haya entre ellos uno culpable en un pueblo corrompido.

De manera que la ruina de la nación era inevitable, según la ley de Iavé, y las señales de su cólera eran evidentes. El nubarrón de Asiria se iba haciendo cada vez más amenazador; Nínive sería el instrumento de Iavé para consumar su venganza. Era hacia el año 746. Los ejércitos de Tiglatfalasar habían tomado ya a Hamath en Siria; Damasco y Samaria iban a caer dentro de poco. Después tocaría el turno a Jerusalén. ¡He aquí la venganza de Iavé! Porque ya se sabía lo que significaba la

conquista asiria: destrucción y deportación en masa, lo mismo que Iavé había predicho por boca de Amós y Oseas. Cabía preguntarse, como un último enigma: Sí, el pueblo es culpable, ¿pero no pueden el rey y el pueblo, con un cambio de vida y sincero arrepentimiento, mover a Iavé a compasión?

El que trató de contestar a este punto fue el más grande de todos los profetas hebreos, el llamado Isaías, sublime poeta cuyas palabras todavía conmueven a la mejor parte de la humanidad. Isaías era judío, de Jerusalén, y probablemente de sangre real, mas para dar mayor fuerza a sus predicaciones, usaba de los mismos métodos de los profetas anteriores: iba vestido de saco, imponía a sus hijos nombres proféticos, llevaba letreros en la espalda, y hasta llegó al extremo de presentarse, durante tres años, completamente desnudo por las calles de Jerusalén, como significando la desnudez en que se encontrarían los judíos en el cautiverio. Algunas de sus imprecaciones no tienen nada de nuevo; nada dicen que no hubieran dicho ya Amós y Oseas. Por ejemplo, aquellas estrofas con que empieza la compilación de sus profecías en la Biblia:

«¡Cielos, escuchad; Tierra, prepárate a oír! Porque Iavé va a hablar: —He criado hijos, los he hecho crecer y se han rebelado contra mí. El buey conoce a su amo y el asno conoce su establo, pero Israel no comprende, mi pueblo no quiere comprender. ¡Oh nación corrompida, cargada de iniquidad! ¡Raza de negociantes, hijos de perdición!...»

Así empieza Isaías, y cuando parece que va a lanzar no más que una serie de maldiciones, de pronto cambia de tono y deja ver un rayo de esperanza:

«Lavaos las manos, purificaos, dice Iavé. Que yo no tenga delante de mí vuestras malas acciones. Cesad de hacer el mal. Aprended a hacer el bien. Honrad la justicia. Proteged a los que sufren violencia, y cuando hagáis justicia a los huérfanos y defendáis a la viuda, entonces venid y hablaremos.

»Aunque vuestras faltas fuesen rojas como escarlata, seréis hechos blancos como la nieve; aunque tuvierais el color del bermellón, seréis blancos como la lana. Si queréis ser dóciles, comeréis lo mejor de la tierra.»

¡Ah!, todavía queda una esperanza. *Venid y trataremos,* ha dicho Iavé; *comeréis lo mejor de la tierra.* ¿Y qué hay que hacer para esto? Pues ni más ni menos que poner siempre por obra la justicia. ¡Qué sorpresa produce escuchar esta respuesta de labios de un hombre del siglo octavo antes de Jesu-



Judíos prisioneros.
Fragmento de relieve asirio.

cristo! Cuando se recuerdan los extravagantes oráculos babilónicos y los de Egipto, ¡qué extrañas, qué modernas suenan estas palabras de Iavé!

Pues que hay una esperanza, ha dicho Isaías, es necesario aprovecharla. Es el año 722; el reino judío del Norte ha caído ya, y Sargón de Asiria se alaba de haberse llevado cautivos 27.290 habitantes de Samaria. Las palabras de Amós contra las *vacas* de Basán se han cumplido. En este momento subió al trono de Jerusalén Ezequías, joven de veinticinco años y amigo personal de Isaías. Ezequías trató de reconciliarse con Iavé. Por de pronto, mandó limpiar el templo; y sobre todo, como dice el texto bíblico, «Ezequías puso su confianza en Iavé». Y Iavé, según profetizara Isaías, ayudaba a Ezequías en todo lo que emprendía. La Biblia añade, como el colmo de la protección de Iavé, que Ezequías *se rebeló contra la Asiria y no fue castigado*. Este punto, el más interesante de las experiencias de Ezequías e Isaías, merece explicación.

Allá por el 701, cuando Senaquerib, que había sucedido a Sargón en el trono de Asiria, se presentó otra vez amenazador en Palestina, instaló su campo delante de la ciudad de Lachish, en el norte de Palestina, mientras sus milicias arrasaban las ciudades de Judea: era la *nube de langostas* que habían anunciado los profetas. La única ciudad que se defendía era Jerusalén, llena de fugitivos. Para obtener la retirada del ejército asirio, Senaquerib impuso a Ezequías la entrega de treinta talentos de oro y trescientos de plata: una suma enorme. Pero ni esto satisfizo a Senaquerib, que desde su campo de Lachish envió tres embajadores para que parlamentaran con los sitiados de Jerusalén. Los representantes de Ezequías hablaron desde lo alto de las murallas con los enviados de Senaquerib. «Habladnos en siríaco, que nosotros entendemos bien, y no nos habléis en hebreo, que puede espantar al pueblo que nos escucha», dijo el parlamentario judío. Sin hacerle caso, uno de los capitanes asirios gritó todavía en hebreo: «No os dejéis engañar por vuestro rey Ezequías, esperando la ayuda de Iavé... No escuchéis a Ezequías. Haced la paz y comerá cada uno de su viña y de su higuera y beberéis el agua de vuestras cisternas... No escuchéis a Ezequías, que os engaña diciendo: Iavé nos salvará. ¿Han salvado a sus naciones los dioses de Hamath y Arpad? ¿Han salvado a Samaria? De todos estos dioses, ¿cuál ha salvado a su país? ¿Cómo esperáis, pues, que Iavé os salve a vosotros? — Y todo el pueblo calló y no dijo palabra, porque Ezequías había ordenado que no se contestase a los parlamentarios.»

¡Qué terrible ansiedad! Por fin iba a manifestarse el poder de Iavé. En esta ocasión demostró Isaías que era el gran profeta de Israel... Parecía insensatez, locura rematada resistir, pero Isaías aconsejó a Ezequías la resistencia. Milagro, suerte, vicisitudes de la guerra, o lo que fuere, lo cierto es que Iavé triunfó; una peste asoló el campo de los asirios delante de Jerusalén y Senaquerib tuvo que regresar a Nínive sin haber tomado la ciudad de Iavé porque se había rebelado Babilonia. Por espacio de algunos años, *el dogma de la ruina de la nación* fue olvidado y hubo paz para cantar, esperando todavía un reino mejor. ¡Qué efecto debían de hacer entonces, en pleno triunfo de Iavé, estos versos de Isaías, que todavía nos enternecen a nosotros! :

«El pueblo que marchaba en tinieblas ha visto una gran luz, una luz que resplandece sobre todos los que habitaban el país de la sombra de muerte.

»Tú, Iavé, has multiplicado la nación; tú has aumentado su alegría; se alegran delante de ti, como se alegran las gentes el día de la cosecha...

»Porque nos ha nacido un niño, nos has dado un hijo que llevará el reino sobre sus espaldas. Le llamarán el consejero, el admirable, un dios, padre eterno, príncipe de paz...»

¿Quién es este niño, que será el príncipe de paz, admirable y consejero?... No lo sabemos, pero la esperanza en un Mesías em-



Senaquerib recibiendo la sumisión de los judíos en su campamento delante de Lakish.

pieza a notarse. Sin embargo, el tema capital es el júbilo de la paz; no se advierte rencor, ni deseo de venganza, en aquellas consoladoras palabras. Otro profeta, contemporáneo de Isaías, añade estas frases, que se recordaron con insistencia en los días que siguieron al armisticio, después de la guerra de 1914-1918:

«Y llegará un día — dice Miqueas — que la montaña de Iavé se levantará sobre todas las otras montañas y colinas, y los pueblos acudirán a ella.

»...Y Iavé juzgará a las naciones de los países lejanos, y de las espadas se harán guadañas y de las lanzas se harán arados —y ninguna nación levantará la espada contra otra nación — ni se harán más la guerra...»

¡Sublime esperanza! ¡Y cuán lejos estamos aún de este sueño de bondad de los profetas hebreos!

El período de paz que siguió a la liberación de Jerusalén, después de la amenaza de Senaquerib, parece que fue de gran actividad intelectual y religiosa. El territorio de Judá había quedado devastado por los ejércitos asirios y el reino se había reducido en extensión, pero todo lo que quedaba era para Iavé. A él se debía la milagrosa liberación; él, pues, tenía derecho a todo. Esto provocó la aparición del último profeta anterior a la cautividad, el famoso Jeremías. Como la conversión del pueblo no había sido total, Jeremías se quejaba de lo externo y material que tenían todas las manifestaciones de agradecimiento a Iavé. Para Jeremías no había remedio: Asiria volvería, Iavé no estaba satisfecho todavía. Jeremías era de la casta sacerdotal, pero no sabía leer ni escribir. Sus profecías hubo de dictarlas a un amanuense, Baruch, quien tenía el gran valor de recitarlas en público. Tan odioso se hizo Jeremías con sus persistentes maldiciones, que hubo necesidad de encarcelarlo varias veces. Un día, Iavé le dijo:

«Ponte a la puerta del templo y grita diciendo: — Escuchad las palabras de Iavé, hombres de Judea que pasáis esta puerta para prosternaros ante Iavé. — Así ha dicho el Iavé de los ejércitos: Corregíos y yo os haré habitar este lugar. No os fiéis de los que os engañan, diciendo: — ¡Aquí está el templo, aquí está el templo, aquí está el templo de Iavé! Pero si realmente os corregís, y practicáis la justicia unos con otros, y no hacéis daño al extranjero, ni al huérfano, ni a la viuda, y no derramáis la sangre del inocente, y no sacrificáis a dioses extraños, yo evitaré vuestra ruina, yo os haré habitar este país, que he dado a vuestros padres por siglos y siglos...»

El *discurso del Templo* debía de ofender a los sacerdotes, pues el profeta llega a lla-

mar al templo *caverna de ladrones* y otras expresiones por el estilo. La Biblia nos ha conservado el relato del proceso contra Jeremías; el sacerdote quería condenarle a muerte, pero Jeremías se salvó diciendo que si había profetizado así había sido por orden de Iavé. Pero la tolerancia de los grandes era imposible, porque Jeremías no se reducía a predicar el retorno a la piedad mosaica, sino que se anticipaba como reformador político, proponiendo que «todos los que tenían servidores judíos les libertaran, a fin de que nadie esclavizara a su hermano».

Jeremías, de todos modos, se hizo insoportable porque era contrario a la política del rey y sus ministros, los cuales creían aún en una alianza con Egipto para defenderse de Asiria. Pero Egipto era «una caña rota», les decía Jeremías. Un día se presentó con un yugo al cuello, prediciendo el yugo que todos los habitantes de Jerusalén habrían de llevar dentro de poco. El sacerdote Ananías arrancó al profeta su yugo y lo rompió delante de todos. Jeremías dijo: «Así ha dicho Iavé: Porque has roto mi yugo de madera, llevaréis uno de hierro...» Todo esto revela una lucha enconada entre Jeremías y el Templo: es la eterna querella entre el sacerdote y el puritano. Por fin Jeremías fue encarcelado, aunque continuó haciendo públicas sus profecías por medio de su escriba Baruch. El rey mismo quemó el rollo en que estaban escritas. Pero los profetas tenían razón: Iavé no estaba satisfecho, y Jerusalén cayó el año 586 antes de Jesucristo. Nada puede explicar mejor la tragedia que las frases concisas del relato de la Biblia:

«Entonces Nabucodonosor mató a todos los jóvenes con la espada, y no perdonó hombre joven, ni virgen, ni viejo de cabellos blancos. — Y llevó a Babilonia los vasos del templo de Iavé, grandes y pequeños, y los tesoros del templo y los tesoros del rey y de los jefes. — Y quemaron el templo de Iavé; demolieron las murallas de Jerusalén y entregaron al fuego todos los palacios, y destruyeron todos los objetos preciosos. — Y tomaron al rey Sedecías y en su presencia degollaron a sus hijos, y después le vaciaron los ojos, y con una doble cadena de cobre se lo llevaron a Babilonia.»

Figurita de una mujer en estado, procedente de Akhziv, siglo IV a. de J. C.





Excavaciones en Biblos, Líbano.

20 LOS NAVEGANTES Y MERCADERES FENICIOS. INVENCION DEL ALFABETO

HEMOS tratado de explicar en los capítulos anteriores la entrada de los pueblos semíticos en el escenario de la Historia. Hemos visto un primer aspecto de la raza semítica en las conquistas de Asiria, con sus caracteres de crueldad y de despotismo. El pueblo hebreo nos ha presentado otra faceta del espíritu semítico: su empeño en investigar el porqué de la Creación y el problema del bien y del mal. Vamos ahora a estudiar en los fenicios, otra rama de la misma raza, sus aptitudes prácticas para el comercio y su adaptabilidad al modo de ser de los otros pueblos, para mejor descubrir sus flaquezas y explotarlos traficando.

El lector habrá advertido, sin embargo, que, por el afán de facilitarle la comprensión de los fenómenos históricos, hemos acaso acentuado la nota, simplificando demasiado el carácter de las naciones de que hemos tratado anteriormente. La crueldad, por ejemplo, no es exclusiva de Asiria. David y Salomón, si hubiesen podido disponer de ejércitos, hubieran sido tan crueles como Tiglatfalasar, y en las conquistas de Asiria había también sus razones económicas. Al lado del *tartán* o visir, que marchaba a castigar a los rebeldes, debían de ir forzosamente los mercaderes para comprar el botín. El establecimiento de la capital en Nínive (que hubo de ser fatal para Asiria) obedeció al propósito de estar cerca de los vados del Eufrates y de las rutas comerciales, que pasaban más al Norte. Los



Uno de los famosos cedros del Líbano.

mercaderes de Mesopotamia y de Asiria debieron de anticiparse a los fenicios en muchas de las prácticas del comercio. Entre las tabletas babilónicas encontradas en Nippur, hállase el archivo de una familia de banqueros, los Egibi, que durante varios siglos aumentaron su fortuna prestando dinero y traficando. Este es un ejemplo vivo de una familia de negociantes semitas en que va pasando la gerencia de padres a hijos; además, el código de Hamurabi, al regular las transacciones, da idea de la importancia del comercio en Babilonia.

Sin embargo, sólo los fenicios hicieron del comercio la base de su política, y con tanto éxito se dedicaron a la navegación, que llegaron a ser considerados como los indispensables especialistas a quienes tenía que acudirse para todos los negocios marítimos. Ya hemos visto a Salomón asociado a un monarca fenicio para sus negocios con el Extremo Oriente. Los faraones recurrían a los fenicios para construir y organizar sus armadas. Darío, Jerjes y Alejandro se valieron de los marineros fenicios para sus empresas en la paz y en la guerra. La naturaleza del país ocupado por los fenicios parecía obligarles a lanzarse al mar en busca de aventuras. Habíanse establecido más al norte de Palestina, pero las montañas estaban allí tan cerca del mar, que no había sitio para sus ciudades y cultivos. Las dos cordilleras paralelas del Líbano y del Antilíbano, con la estrecha faja de la costa, puede decirse que constituyen toda Fenicia. Estas dos sierras altas estaban en la antigüedad cubiertas de bosques de cedros y cipreses, árboles los más preciosos para las construcciones navales, porque proporcionan maderas incorruptibles. Los faraones tenían gran empeño en procurarse estas maderas para sus embarcaciones de recreo y las barcas sagradas para los dioses, y ya hemos visto que Salomón tuvo que importar de Fenicia las vigas para sus construcciones de Jerusalén. Así Fenicia, que no podía producir frutos para exportar, tenía en cambio la madera, tan escasa en todo el Oriente. La costa debía de ser forzosamente un vasto arsenal, y sus habitantes, marineros desde su nacimiento.

Conocemos muy poco de la historia de los fenicios; a diferencia del pueblo de Israel, se ha conservado poco, o casi nada, de sus libros históricos y religiosos. Fragmentos de una compilación tardía, del siglo II antes de J. C., hecha por un tal Filón-Biblo, nos han transmitido algunas tradiciones fenicias. Pero aunque Filón manifiesta haber aprovechado los escritos de un sacerdote fenicio llamado Sanchuniatón, ni éste era mucho más antiguo que Filón ni tenía Filón un espíritu bastante imparcial para comprender al sacerdote fenicio. Filón era partidario fanático de ciertas ideas filosóficas helenísticas, que pretendía probar con ayuda de la mitología fenicia. Además, tampoco el texto de Filón se ha conservado;

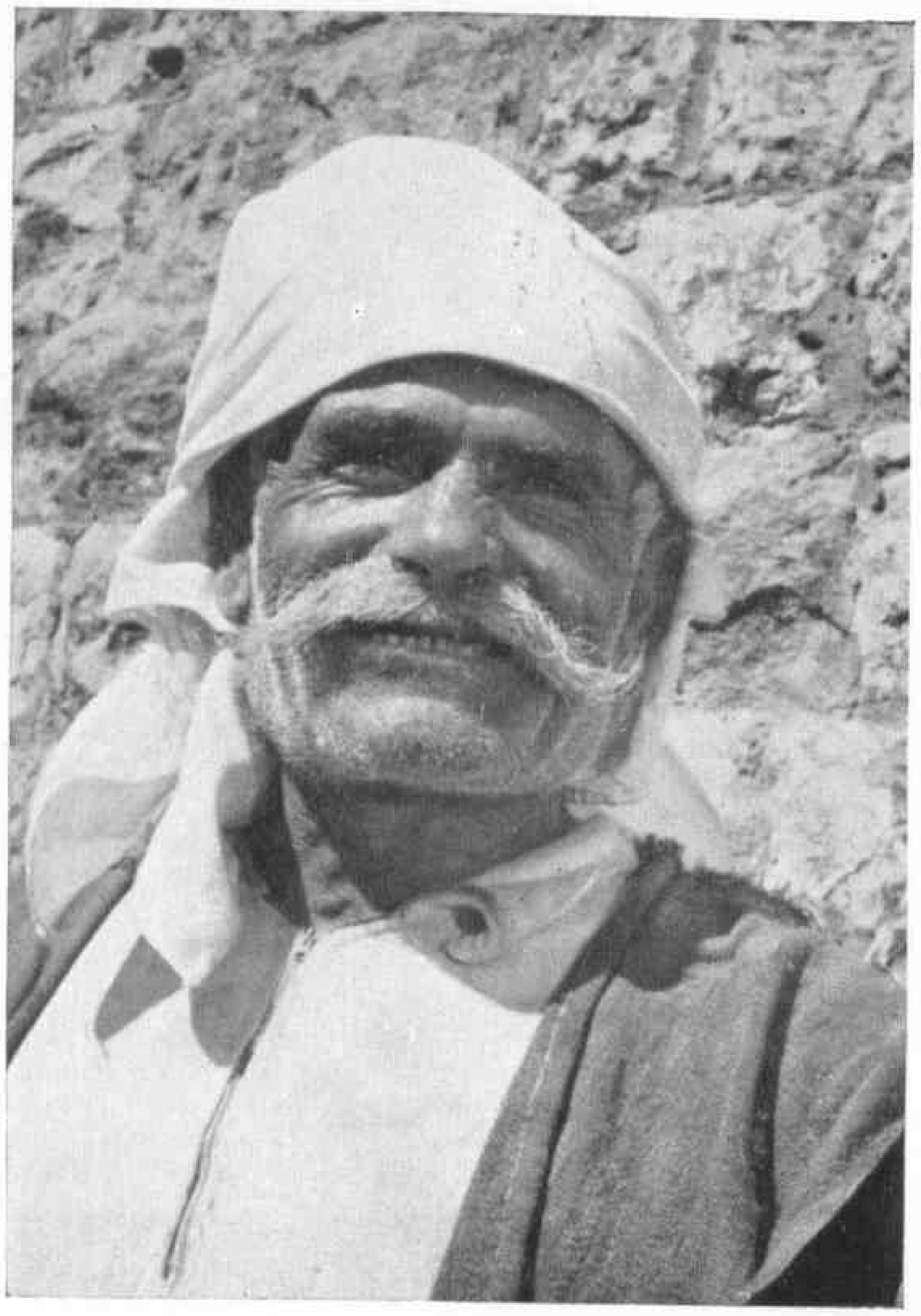
Necrópolis fenicia de Biblos.

sólo tenemos algunos fragmentos que cita Eusebio, de manera que poco o nada se puede esperar de una información que ha pasado por tres diferentes traductores o intérpretes. ¡Causa pena considerar en qué pobres materiales se funda la Historia! He aquí el secular pasado de todo un pueblo, que tuvo gran influencia en la antigüedad y al que debemos preciosos inventos, perdido en el naufragio de las edades. De toda su historia sólo nos han llegado, como un eco lejano, los párrafos que Eusebio copia del libro que, a su vez, Filón compiló en griego de los originales semíticos. Así y todo, he aquí un fragmento de Filón:

«En el principio fue un caos obscuro y tempestuoso, sin límites y de infinita duración. Al cabo, este aire se enamoró de ciertos principios elementales de sí mismo y se realizó una unión que fue el origen de la creación de todas las cosas. Pero aunque no hubo intención consciente de este acto creador, con su abrazo el viento engendró lo que unos llaman fermento, otros putrefacción, y de ésta salieron las semillas de lo creado y la generación del Universo...»

La mitología y cosmografía de los primitivos fenicios está en vías de aclararse con el hallazgo de un sinnúmero de tabletas cuneiformes en las excavaciones de una ciu-





Un libanés, fenicio de hoy.

dad de la costa llamada Ras Shamra y que los antiguos llamaban Ugarit. Como las tabletas no forman un cuerpo organizado de doctrina ni pueden ponerse en serie cronológica, no sirven para establecer ni los fundamentos de la religión fenicia hacia el año 2000, que es la época de Ras Shamra; pero ya podemos decir que era muy distinta de la divulgada por Filón.

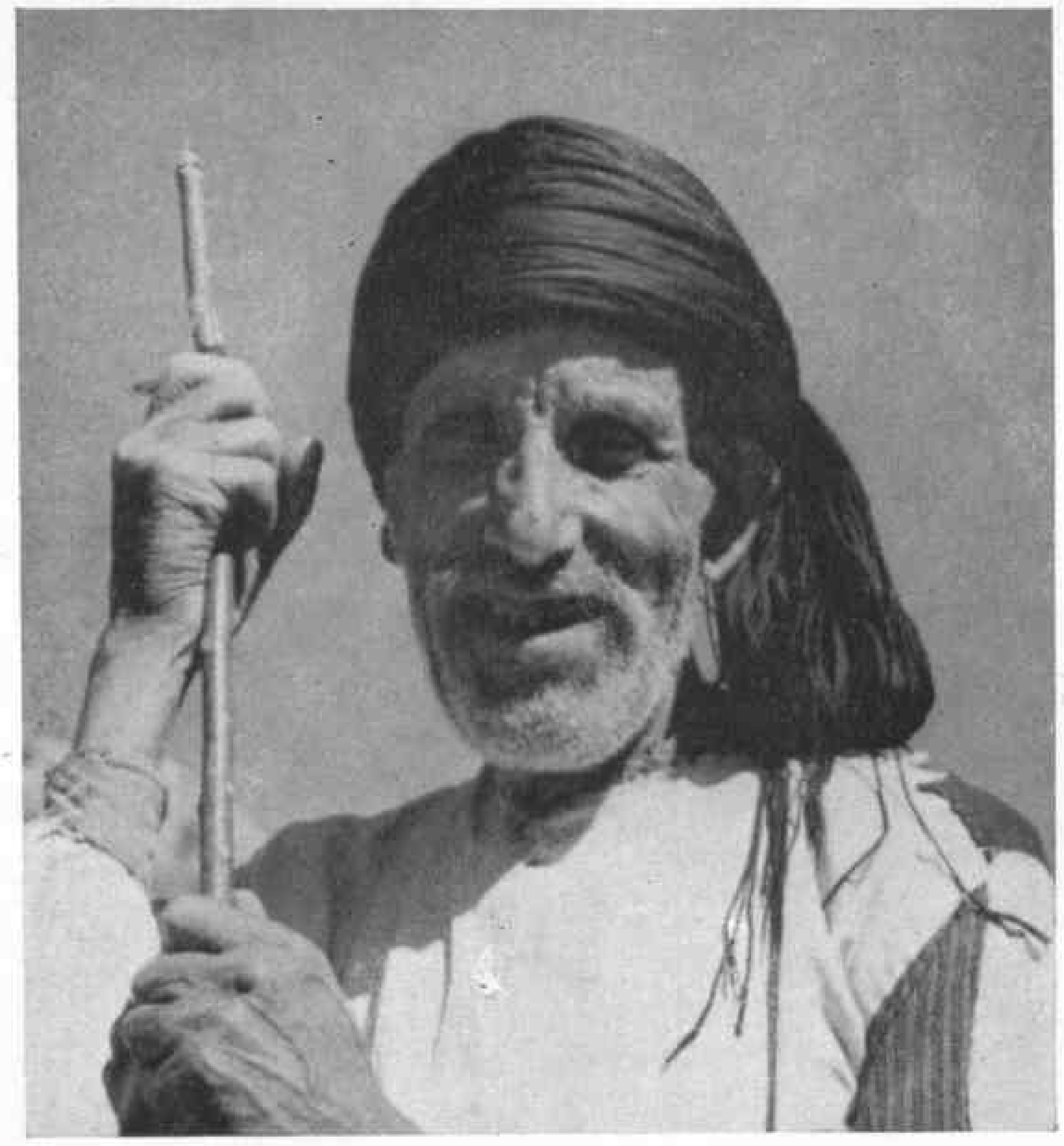
En las tabletas de Ras Shamra encontramos preces, imprecaciones y conjuros a divinidades que después se convertirán en los Baalims y Astartés fenicios. Aunque no hay manera todavía de establecer una jerarquía celeste ni fijar la participación de cada uno de los dioses en el régimen del bien y el mal en la Creación, o dicho de otro modo, no podemos concretar hoy por hoy el *sistema del mundo* fenicio, las tabletas de Ras Shamra permiten esperar que se podrá sistematizar su mitología prehistórica.

Los fenicios llegaron a la costa oriental del Mediterráneo con el gran movimiento de pueblos que trajo a los semitas a Canaán, hacia el año 2400 antes de J. C. Hablaban una lengua semítica muy poco diferenciada de la de los cananeos y sin ningún vestigio de otro lenguaje anterior.

La Biblia, en el *Génesis,* llama a Fenicia el primogénito de Canaán. Sin embargo, una tradición, confirmada por las excavaciones, supone que la más antigua ciudad fenicia fue Biblos o Gebal. Los nombres de sus principales ciudades son semíticos: Sidón, por ejemplo, quiere decir *pesquería;* Tiro viene de la palabra fenicia *Tsor,* que quiere decir *roca.* Los fenicios se consideraban originarios del golfo Pérsico, donde habitaban aún los descendientes de sus antepasados, y los generales de Alejandro encontraron unas islas, llamadas de Tylo, en el Oriente, que creyeron eran el lugar de donde procedían los fenicios. Pero lo más probable es que los generales y exploradores de Alejandro se equivocaran, del propio modo que los conquistadores españoles creían encontrar en América a los descendientes de los visigodos que se escaparon por mar a la llegada de los árabes a España.

Sea cual fuere su origen, los fenicios se identificaron de tal manera con los otros pueblos semíticos que les rodeaban por el Norte, por el Este y por el Sur, que en realidad pueden considerarse como pueblo semítico sin vacilación. Se comprende que en su emigración debían de ir divididos en tribus o familias, como los judíos. Al llegar a la costa, en vez de dedicarse, como otros semitas del interior, al pastoreo, se lanzaron a la pesca y poco a poco llegaron a ser maestros en el arte de la navegación; pero no teniendo que defenderse de enemigos interiores (porque el Líbano los protegía suficientemente), conservaron su organización en tribus, más o menos disimulada bajo la forma de monarquías locales o repúbli-

Libanés.



cas municipales. Las ciudades fenicias eran, pues, otra forma de la tribu; nunca se congregaron para constituir un Estado, y así puede decirse que Fenicia nunca tuvo capital. Aunque Biblos traficó desde el principio con los egipcios, los primeros en emprender navegaciones de altura fueron los sidonios, pues así la Biblia como Homero dan aún el nombre de sidonios a los fenicios en general. Para el templo de Jerusalén se dice que se enviaron a buscar carpinteros fenicios, *porque* — dice el texto — *nadie sabe trabajar la madera como los sidonios*. Y esto es más de notar por cuanto, en realidad, no eran fenicios de Sidón, sino de Tiro, los artesanos que fueron a Jerusalén, pero sidonio era ya un nombre genérico. Lo mismo podríamos decir de Homero. Al redactarse los poemas homéricos, la decadencia de Sidón había comenzado ya, y era la ciudad de Tiro la que tenía la iniciativa del comercio fenicio.

Sidón es hoy un pequeño pueblo de pescadores en la lengua de tierra donde estaba la ciudad antigua, cuyos suburbios se extendían por el llano vecino, y eran famosos sus cultivos y jardines. El puerto estaba formado por una línea de arrecifes que hoy dificultan más que ayudan a la navegación.

Tiro estaba en una isla, distante poco más de medio kilómetro de la costa (cuarenta pasos dice Plinio). Como faltaba espacio en Tiro, dice Estrabón que las casas eran muy altas y tenían más pisos que las de Roma. Además del agua de las cisternas, sus habitantes bebían el agua que les llevaban en botes desde tierra firme. Tiro tenía dos puertos, uno al norte, que todavía subsiste, llamado puerto sidonio, y otro al sur, el puerto egipcio, cegado hoy por las arenas. Una gran parte de la isla la ocupaba el templo de Hércules-Melkart, que era un vasto recinto donde, además de los lugares para el culto, debía de haber edificios para la administración civil y la justicia, algo así como las lonjas de mar de la Edad Media. El nombre de Hércules-Melkart es el que le daban los griegos; los fenicios le llamaban Melkart-Baal-Tsor, o sea Melkart-el-señor-de-Tiro. La Biblia le llama Moloch. Melkart debía de favorecer la navegación y el comercio; por esto los griegos le identificaron con el andariego y cosmospolita Hércules. Pero Melkart empezó como un Baal semita; las colonias le enviaban presentes y los navegantes apresuraban su viaje para llegar al tiempo de las grandes fiestas que cada año se celebraban en Tiro en su honor. Para contentarle, sus devotos tenían que sacrificarle lo que más estimaban, generalmente los primogénitos.

Las ciudades fenicias se gobernaban por un consejo de ancianos que delegaban su autoridad en varios de ellos, llamados *sufetas* o magistrados. A veces, una familia conseguía imponer una especie de dictadura por algún tiempo, y, como en Venecia más tarde, durante varias generaciones la suprema magistratura pasaba de padres a hijos. Esto despertaba celos y se formaba una oposición, que con el tiempo hacía pasar el mando a la familia rival. Así por lo menos ocurría en Cartago, una colonia de Tiro

cuya historia y administración conocemos mejor. Así ocurrió también más tarde en las ciudades del Báltico que llamamos *hanseáticas*. Las repúblicas de comerciantes parecen tener que organizarse fatalmente a la manera que lo hicieron Tiro y Sidón. En el fondo, la monarquía puramente nominal de Inglaterra, desde el siglo XVIII, no ha sido más que una aristocracia con dos grupos sociales que se suceden en el poder.

Acaso la razón de no adoptar francamente la monarquía las comunidades de mercaderes sea cierto desdén que muestran siempre los ricos hacia el gobierno, que saben que pueden comprar con sus tesoros. ¿Para qué un título de rey, cuando se dispone del poder sin su responsabilidad ni sus molestias? No obstante, en ciertas ocasiones aparecen en Tiro y Sidón efímeras dinastías. Hiram, el rey de Tiro amigo de Salomón, era ya hijo de un primer monarca, Aben-Baal, o hijo de Baal; pero el nieto de Hiram fue asesinado, y una nueva influencia se entronizó con un sacerdote de Astarté llamado Et-Baal. Parece, pues, como si los grandes mercaderes de Tiro abandonaran deliberadamente los cuidados del gobierno a familias sacerdotales que debían de manejar con facilidad. Más tarde reinó en Sidón una dinastía fundada por el llamado Esmunazar, de la cual se conocen también varias generaciones.

Sin embargo, los mercaderes de Tiro y Sidón podían decir, en verdad, que su imperio estaba sobre las olas, no en una pequeña ciudad congestionada de Fenicia. Como los mercaderes venecianos de la Edad Media, estas familias, que eran simples ciudadanos en Tiro y Sidón, tenían grandes factorías allende los mares, posiblemente incluso islas enteras, en las que eran amos absolutos. Regresaban a su ciudad de origen en épocas regulares de descanso, con lo exótico de los países lejanos reflejado en sus hábitos y vestidos. He aquí unas cuantas líneas de la famosa descripción de Tiro que hace Ezequiel:

«Tú has dicho, ¡oh, Tiro!, yo soy perfecta de belleza. — Tus bordas están en el corazón del mar, — tus constructores te han hecho hermosa, — te han hecho de tablones de pino, — y de los cedros del Líbano han labrado un mástil para ti. — De los robles de Moab han hecho los remos, — y los bancos están decorados de marfil...

»...Los habitantes de Sidón y Arvad (otra antigua ciudad fenicia) se han hecho tus remeros, tus hijos son los pilotos, y los

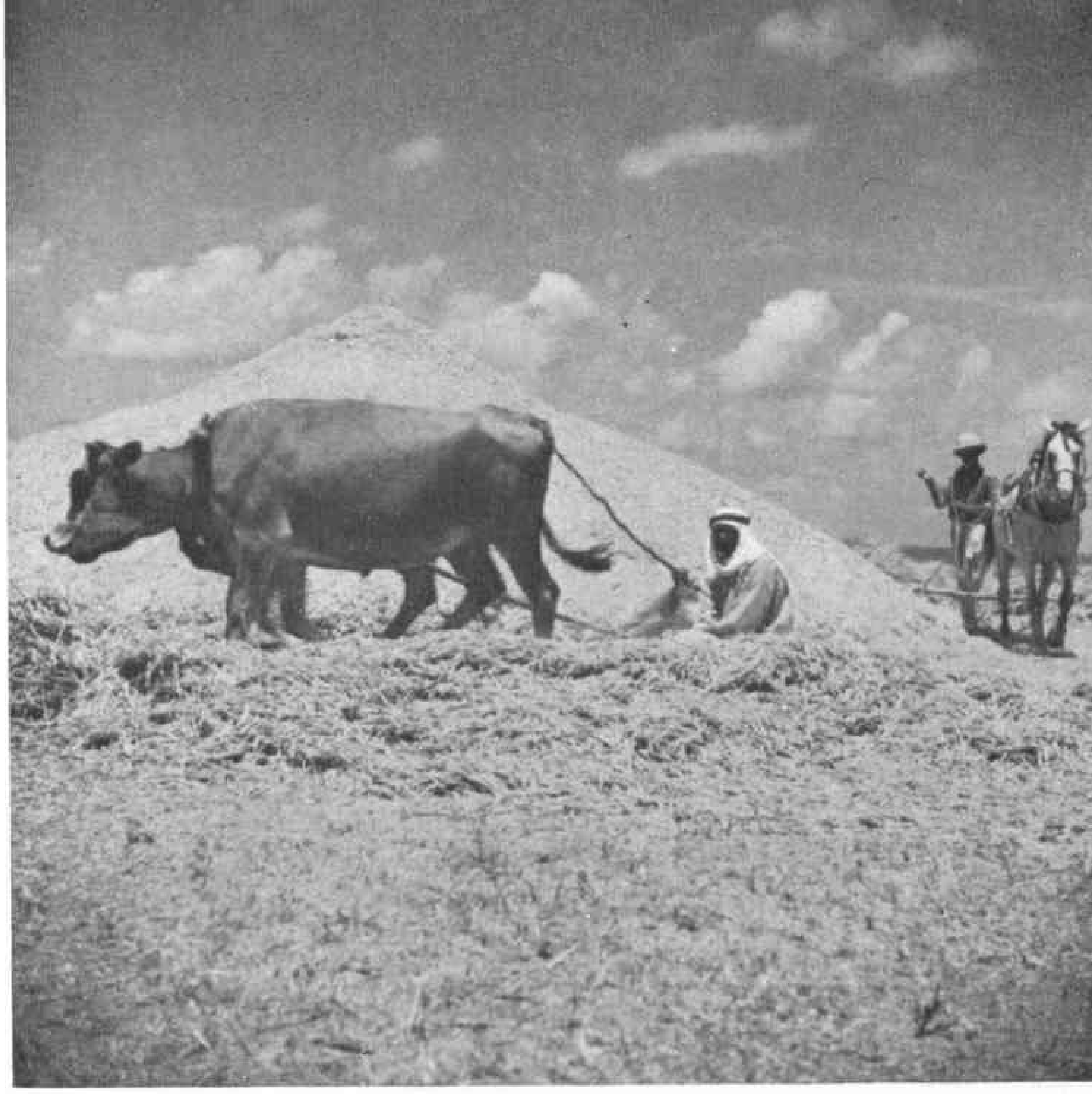
Castillo turco en el lugar de la antigua Sidón. Fenicia.



hombres de Biblos (también en Fenicia) son los calafates.»

Con estos párrafos declaraba la supremacía de Tiro sobre Sidón, Arvad y Biblos, al decir que los tirios son los pilotos; pero Ezequiel continúa con una letanía de los objetos y los países con los cuales Tiro comerciaba. «Tarsis (o sea la Andalucía) es tu comprador por la multitud de sus riquezas. Cambia plata, hierro, estaño y plomo por tus mercancías...» Otros dan en cambio esclavos, vasos de cobre, caballos y mulas; otros, colmillos y ébano. Siria cambia, por artículos manufacturados, esmeraldas, púrpura y alfombras. Judea paga con trigo, miel, aceite y bálsamo. Arabia entrega ganado lanar, especias y oro, etc. He aquí el intercambio de objetos y productos, pues la moneda no se había inventado todavía. Un comercio de esta clase exigía un complicado conocimiento del valor o estimación de las mercancías en los diferentes países y regiones. El mundo, lleno aún de misterios, proporcionaba tesoros a los que conocían una parte de sus secretos y tenían el valor de afrontar los peligros de la navegación. Surcaban el mar los fenicios en buques de quilla plana, con la proa curvada y un puente doble para dos hileras de remeros. Con estas frágiles barcas penetraron en el océano Indico, cruzaron en todas direcciones el Mediterráneo y hasta se aventuraron en el Atlántico. Debían de haber tenido predecesores en los marineros cretenses; los griegos decían que Minos había fundado una primera *talasocracia* o imperio de los mares. Pero con las vagas nociones que tenemos de la historia prehelénica, hemos de considerar a los fenicios como los fundadores del comercio marítimo.

Ya hemos visto a Salomón asociado a un fenicio para sus negocios con el Extremo Oriente. Los faraones recurrían también a los fenicios para construir y organizar sus armadas; es famosa la relación que hace Heródoto del viaje de circunnavegación de Africa por los fenicios, por orden del faraón Necao, en el siglo VII antes de J. C. Heródoto cuenta que la flota se refugiaba cada invierno en lugar seguro, donde plantaban trigo, y así, al llegar el buen tiempo, y con nuevas provisiones, emprendían otra etapa del viaje. Es el sistema de vivir sobre el país, que muchos siglos más tarde no supieron practicar los españoles en América, muriendo de hambre por falta de provisiones en los países más ricos del mundo. Es el sistema que no se había practicado hasta ahora en el Artico, donde los exploradores han aprendido al cabo que debían vivir como los esquimales si querían subsistir en las regiones polares. El viaje de los fenicios alrededor de Africa duró tres años; los buques, que habían partido del mar Rojo, volvieron por el estrecho de Gibraltar, y a su llegada contaron «una *historia* que otros pueden creer, no yo — dice el superescéptico Heródoto —; esto es, que navegando alrededor de Africa, tenían el sol a la mano derecha, o sea al norte.» Lo cual prueba que los fenicios descendieron, por lo menos, más abajo de la línea ecuatorial, ya que veían el sol en el norte. Este



Trillando como en tiempo de Hiram y Salomón.



Sepulcro del rey Hiram, aliado de Salomón.

viaje, cuya iniciativa se debe a los egipcios, probó de modo indudable que Africa era un continente rodeado por el océano y se averiguó su forma más o menos exactamente.

El litoral del Atlántico fue explorado con detenimiento más tarde por los fenicios de Cartago. Se ha conservado por milagro el relato de un viaje de los cartagineses a la costa occidental de Africa y no queremos privar al lector del gusto de leerlo en toda su franca ingenuidad:

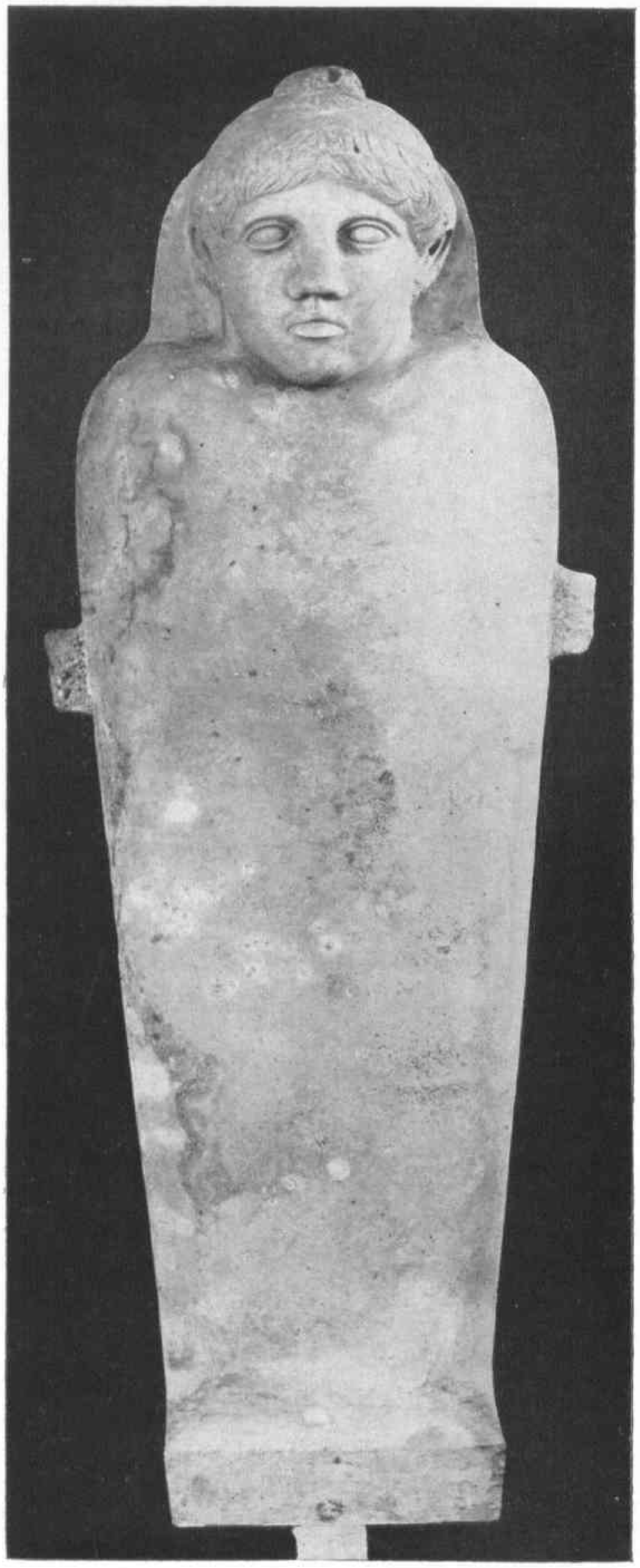
«Fue decretado por el Senado de Cartago (hacia el año 520 antes de J. C.) que Hanón navegaría más allá de las columnas de Hércules y fundaría allí colonias. Marchó con sesenta barcos, de cincuenta remos cada uno, y llevando hombres y mujeres en número de treinta mil, con provisiones y artefactos. A los dos días de haber pasado el estrecho de Gibraltar, fundamos una ciudad que llamamos Timiaterium. Más allá hay un llano, hasta el cabo de la Libia, cubierto de árboles. Allí construimos un templo a Neptuno y continuamos nuestra marcha al Este, hasta que llegamos a un lago donde había muchos elefantes y otros animales salvajes. Después de un día de navegación más allá de los lagos, fundamos otras ciudades y llegamos al río Lixus (probablemente el Uadi-Draa); en sus márgenes había una tribu de pastores bereberes con rebaños; hicimos con ellos amistad y descansamos allí varios días. Más allá habitan los inhospitalarios etíopes, en un país lleno de montañas y abundante en bestias feroces. Después de tres días de navegación, llegamos a una bahía donde había una isla llamada *Cerné* (la desembocadura del río de Oro) y fundamos allí una colonia. Calculamos que este lugar debe de estar a la misma distancia de las columnas de Hércules desde el oeste que lo está Cartago desde el este. Remontamos un río (el Senegal) hasta llegar a un lago con islas. En los bordes de este lago había altas montañas, donde viven salvajes cubiertos de pieles, que nos impidieron desembarcar apedreándonos. De allí fuimos a otro río ancho, lleno de cocodrilos y caballos acuáticos (hipopótamos). De allí regresamos a Cerné y navegamos por el mar otros doce días hacia el Sur. Toda la tierra está habitada por etíopes (negros) que no nos esperaron al desembarcar. Por fin llegamos a unas montañas cubiertas por árboles de maderas odoríferas de diversos colores. Navegando a lo largo de esta costa montañosa, por dos días, llegamos a un gran golfo que los intérpretes dijeron se llamaba *el Cuerno del Oeste* (Monte Bisagos). Desembarcamos para hacer aguada, pero nos asustaron los innumerables fuegos que se veían en tierra y el sonido de las flautas, címbalos y tambores, y una gritería salvaje. Navegamos cuatro días, costeando un país lleno de fuego; por

la noche las llamas parecían llegar al cielo. Al hacerse de día llegamos a una montaña que llamamos *el Cerro de los Dioses* (Monte Sagres), y con tres días más entramos en una bahía que llaman *el Cuerno del Sur* (Sierra Leona). En esta bahía hay una isla con un lago, donde hay otra isla llena de gente salvaje, la mayor parte hembras. Sus cuerpos están enteramente cubiertos de pelo y nuestros intérpretes les llamaron *gorilas*. Tratamos de coger a alguno, pero no pudimos atrapar a ningún macho, porque se subían a las rocas y se defendían con piedras. Pero cogimos tres hembras, sólo que al ver que mordían a los que las llevaban, las matamos, y despellejándolas, llevamos sus pieles a Cartago...»

Así acaba el relato de la expedición de Hanón, que, según se dice, hubo de estar depositado en el templo de Moloch, en Cartago. Plinio el Viejo, recordando este viaje de Hanón, dice que por la misma época otro navegante cartaginés, llamado Himilcón, fue enviado a explorar las costas del norte de Europa. Del viaje de Himilcón no tenemos el relato original, pero un poeta pedante del siglo cuarto después de J. C., llamado Festus Avienus, escribió unos versos en los que incluyó, bien o mal, la descripción de las costas según el periplo de Himilcón. Así, pues, la literatura fenicia debía de consistir principalmente en documentos geográficos, como los dos interesantes relatos de Hanón y de Himilcón, que se guardarían con gran celo, y esto ha sido la causa de su desaparición. Todas las comunidades de mercaderes han tenido empeño en no divulgar los orígenes de sus ganancias. Los portugueses hicieron lo mismo, guardando el secreto de las islas Molucas, donde obtenían las especias, el clavo y la canela en el siglo XVI. Particularmente el comercio del Atlántico parece haber sido monopolio de estos navegantes semitas.

Sepulcros excavados en la roca, junto a Saida. Fenicia.





Sarcófago fenicio. Museo de Constantinopla.

Se tiene noticia de un buque fenicio que, viendo que una nave romana le seguía de cerca en su viaje por el Atlántico, fue a encallar deliberadamente en un bajo de la costa. Allí pereció también encallada la nave romana con toda su tripulación; sólo pudo salvarse el capitán del buque fenicio, quien llegó por fin a la patria. Al contar su aventura, fue recompensado con grandes honores y una indemnización igual al valor del cargamento perdido. Con estratagemas de este género, y haciendo circular falsas noticias de terrores y peligros, los semitas de Tiro y de Cartago apartaron por largos siglos del Atlántico a sus competidores.

Las observaciones náuticas de los pilotos fenicios no se reducían a la geografía de las costas, con las distancias de los puntos más señalados, sino que añadían observaciones de vientos y corrientes favorables o contrarios para la navegación. No sabemos cómo la ciencia náutica de los fenicios pasó por herencia a los griegos, pero es seguro que hubo manuales náuticos redactados por los griegos de la isla de Rodas que contenían en substancia todo el saber de las gentes de mar del Mediterráneo, empezando por los fenicios. De aquellos manuales deriva el libro titulado *El piloto mediterráneo,* que resume la tradición milenaria de la navegación por el mar interior. Fue indispensable para la navegación de cabotaje de barcos de vela hasta mediados del siglo XIX. Precisa la hora del día más favorable, según las estaciones, para doblar los cabos, cruzar las bahías, evitar los vientos y soslayar las mareas.

De la manera de comerciar de los fenicios tenemos también referencias en los escritores clásicos. Como todos los comerciantes, eran honrados sólo cuando les tenía cuenta proceder con cierta dosis de moral. ¡Pobre moral, sin embargo, la que se practica solamente porque aprovecha! Para tratar con razas primitivas, no maleadas por una rudimentaria civilización, los fenicios hacían gala de una honorable confianza, porque sabían que, si les engañaban una vez, no podrían engañarles la segunda. Así resulta típico el sistema, que describe Heródoto, adoptado por los cartagineses para traficar con los salvajes de la costa occiden-

tal de Africa. Llegaban allí cada año, en época fija, y depositaban sobre la playa la pacotilla que sabían que gustaba a sus bárbaros clientes. Cuando habían extendido sus mercancías en el suelo, los fenicios se embarcaban otra vez; entonces comparecían los salvajes y depositaban, al lado de cada cosa, el oro que creían podía valer. Los fenicios desembarcaban de nuevo, y si no les parecía haber recibido bastante oro, volvían a embarcarse sin tocar ni el oro ni la mercancía. Esto quería decir a los salvajes que debían añadir más metal si querían los objetos, y sólo cuando los fenicios se daban por satisfechos y retiraban el oro, los salvajes acudían a la playa a recoger las mercancías.

Pero la mala fe de los fenicios era proverbial entre los demás pueblos de la antigüedad. En la *Odisea,* un esclavo, pastor de puercos de Ulises, explica a su amo cómo lo robaron los fenicios y lo vendieron después al padre de Ulises. La historia de Eumeo es como sigue: Eumeo era hijo de un rey, o jefe, de un pueblo de Siria. En su palacio había riquezas de todo género. Un día llegaron a la tierra de Eumeo mercaderes fenicios, *con mil cosas para vender; vinieron como lobos para el lucro, falsos de corazón.* Estuvieron allí traficando todo un año, sin establecerse; debían de vivir en un campamento provisional con sus mercancías, cerca del poblado. Durante este año los mercaderes entraron en relación con una criada fenicia del palacio y prepararon su fuga. Ella marcharía con ellos cuando partiesen, pero se convino que, al escaparse, robaría todo lo que pudiese del oro y la plata de su amo y, lo que es peor aún, al hijo y heredero, que era el propio Eumeo. «El día de la partida, al llegar la noche, la criada, escondiendo tres vasos de oro en su seno y llevándome a mí de la mano — dice Eumeo —, marchó al buque ligero, y una vez embarcados y extendida la vela, no faltó el viento para empujar la nave; seis días y seis noches navegamos, y en el séptimo mi nodriza cayó al mar y los peces la devoraron. Yo quedé llorando. Vientos y olas nos arrastraron hasta Itaca, y aquí Laertes, tu padre, me compró con otras mercancías, para que mis ojos no vieran más que estas rocas y estos bosques...»

Así habla el porquerizo Eumeo a Ulises, y en su historia, ¡cuántas cosas nos dice en pocas palabras! Los fenicios no parecen llevar prisa, dejan a sus clientes que vean las mercancías y se enamoren de ellas. Venden artefactos que pueden resistir la inspección y aun la prueba del uso todo un



Escultura gigantesca del Moloch o Baal de Tiro, llamado Hércules-Melkart por los griegos. Museo de Constantinopla.

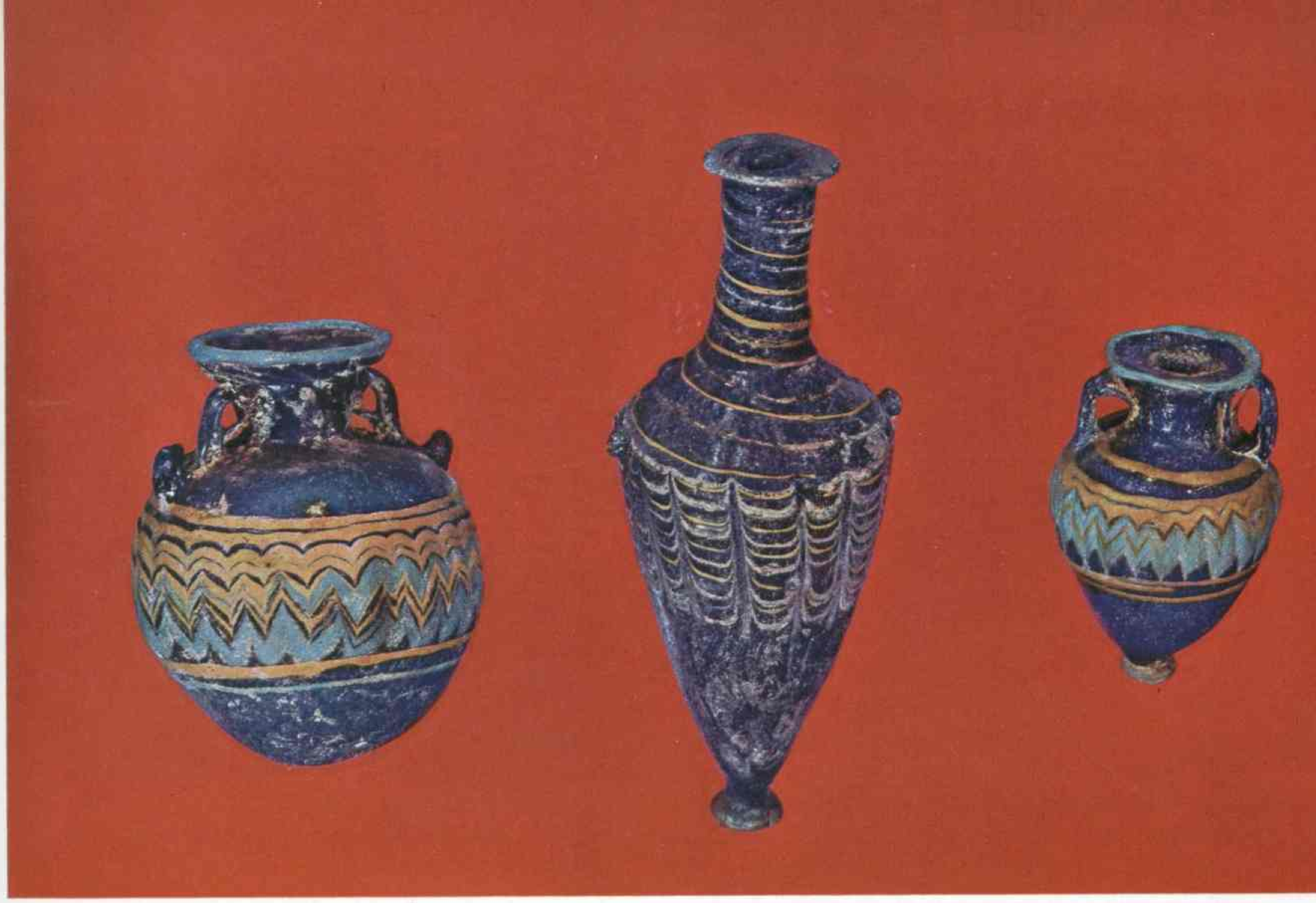
año. No debían, pues, de engañar al comprador en la calidad de sus mercancías, y así los objetos fenicios que conocemos son sólidos y los metales de buena ley; pero, si en el momento de partir pueden dar un golpe de mano y robar a su cliente, ya entonces *tiene cuenta no ser honrado* y arrebatan al cliente hasta su propio hijo. Es la misma moral de los comerciantes judíos en la Edad Media, orgullosos de la calidad de sus mercancías, pero capaces de aprovecharse de cualquier descuido del comprador. De todos modos, ya se comprenderá que las mercancías fenicias podrán ser objetos de valor, sólidos y hábilmente ejecutados, pero nunca tendrán el refinamiento de las obras de los artistas griegos y egipcios que tratan de imitar.

Perfumarios púnicos de pasta de vidrio, procedentes de Ibiza. Museo Arqueológico de Barcelona.

Además de los buques cargados de mercaderías, verdaderos almacenes flotantes, tenían los fenicios depósitos establecidos en los puntos estratégicos de la costa, *emporia,* que con el tiempo se convirtieron en ciudades. Las gentes de su vecindad eran de las primitivas razas mediterráneas y no parece que los fenicios consiguieran modificarlas mucho con su presencia. El caso más conocido es el de Cartago. Fue fundada por un grupo de descontentos de Tiro, que se marcharon de su patria por motivos políticos, como los escandinavos que fueron más tarde a poblar Islandia, por odio al rey Haroldo. Los emigrados de Tiro desembarcaron en la costa norte de Africa, cerca del lugar donde ya había una factoría de la propia Tiro, llamada Utica. Cuando los colonos de Utica vieron llegar tan lucida cohorte de ciudadanos de su misma patria, ofrecieron ayudarles en la fundación de la *Kart-hadast* o ciudad-nueva, que los griegos llamaron *Karkedon* y los romanos *Cartago.* Los emigrantes de Tiro, al llegar a Cartago, parece que llevaban consigo una personalidad de la más alta aristocracia, que después la leyenda transformó en la reina Dido, fundadora de la ciudad. El



Sacerdote fenicio con la paloma y la copa sacramental.



asiento de Cartago fue bien elegido. La ciudad nueva levantóse frente a la pequeña bahía de un gran puerto natural, el mejor que puede hallarse en la costa norte de Africa. La ciudad de Túnez ha crecido sobre las ruinas de Cartago, lo cual prueba que, después de tantos esfuerzos para destruirla, la *Kart-hadast* ha renacido por las ventajas de su situación. Lo mismo ocurre con Marsella, donde hubo de existir una colonia fenicia antes de establecerse allí los griegos. Mahón, Barcelona, Cartagena, Málaga, Almería, Algeciras y Cádiz fueron factorías de Tiro o de Cartago.

Y hay que reconocer que sabían escoger muy bien los lugares; situada Cádiz en una isla, en la desembocadura del Guadalquivir, enfrente del reino de los tartesios, forzosamente tenía que convertirse en una ciudad floreciente. Era la última etapa de la navegación por los mares conocidos; allí empezaba el temido Océano, lleno de peligros. Allí se abastecían las naves para la misteriosa travesía de las islas Casitérides, o sea Inglaterra, adonde iban los fenicios a buscar el estaño, que les era indispensable para la fabricación del bronce. Los bretones de Cornuailles cambiaban pieles y estaño a los fenicios por tejidos y objetos manufacturados. La púrpura era también casi un secreto de los fenicios: la obtenían de un molusco, el llamado *Murex trunculus,* que secretaba un líquido rojizo que, en lugar de decolorarse con su exposición al sol, más bien aumentaba en brillantez y riqueza de tono.

Los fenicios nunca consiguieron organizarse en un imperio colonial como más tarde el de Roma. No había entre las varias colonias y la madre patria otro vínculo que el puro sentimiento de unidad de raza y las mutuas conveniencias del común tráfico. Se asemejaban, pues, al actual Imperio británico, en el que las antiguas colonias no tienen más que obligaciones morales para defender a Inglaterra. Pero cuando el sobera-

no persa Cambises quiso obligar a los fenicios de Tiro a atacar a Cartago, éstos se negaron a luchar contra los de su misma raza y el *Gran Rey* hubo de ceder.

La falta de cohesión política hizo que los fenicios, y más tarde los cartagineses, no se preocuparan mucho de obtener la soberanía sobre los países que económicamente dominaban. Polibio, que vio en los archivos de Roma el tratado del año 509 antes de Jesucristo entre Roma y Cartago, parece sorprenderse de que los cartagineses se contentaran con ventajas comerciales como las siguientes:

Los romanos no navegarían más allá de Cartago. Los cartagineses no satisfarían derechos de entrada para sus artículos en Cerdeña, *solamente pagarían la tarifa regular del notario y el pregonero...* Luego incurrió Cartago en el error de creer que tenía que conquistar para vender, y el resultado de este nuevo concepto fueron las guerras púnicas, que acabaron con el comercio fenicio.

Con sólo lo que hemos dicho, el lector podrá preguntarse si los navegantes y traficantes fenicios son merecedores del lugar que les concedemos en este bosquejo de la Historia. Sus viajes ayudaron a conocer la configuración de las costas, pero, en cambio, con feroz egoísmo se reservaron sus experiencias para ellos solos. No hicieron arte original; su religión no se aparta mucho de las groseras prácticas y sacrificios de los demás pueblos de Siria, pero dieron al mundo antiguo un tipo de religión o culto que si no hizo un gran bien procuró a muchos, deseosos de severo misticismo, un modo de entregarse a su dios. Fue el culto de Adonis. Ya hemos dicho al empezar que la primitiva religión de los fenicios no podía organizarse, hoy por hoy, en una teología o sistema del mundo creado y dirigido por dioses, pero que se preveía que los mitos se concretaban en la pareja de Baal y Astarté, el primero dios de la vegetación y la segunda diosa de la reproducción. Al final de la historia nacional de los fenicios, antes de romanizarse, la pareja se unificó en una Astarté, madre y consorte de su hijo Tamuz, que es el que llamamos Adonis.

La influencia que ejerció en el mundo el culto de Astarté y Tamuz, o Venus y Adonis, fue enorme en la época romana. Los adeptos hacían sacrificio de su masculinidad para poder consagrarse más intensamente a la devoción de Adonis. Este era, como su padre-madre, dios de la vegetación. Moría cada año al empezar el invierno y renacía en primavera. Las fiestas de Venus y Adonis se celebraban con todo esplendor en Biblos de Fenicia, pero se imitaban en pequeña

Mercaderes fenicios de viaje.
Relieve de un sarcófago hallado en Chipre. Museo de Nueva York.





Máscara de oro de una momia fenicia. Louvre.

escala en todas las colonias. Eran manifestaciones ruidosas de consagración. Las fiestas de Venus y Adonis continuaron celebrándose hasta el tercer siglo después de Jesucristo. En Sevilla dos vendedoras de cacharros cristianas fueron martirizadas, y son las santas patronas de la ciudad, porque no quisieron participar en los cultos de Adonis.

En Fenicia, país montañoso y árido, el reaparecer de la vegetación era un milagro; por esto las fuentes que conducían a este renacer eran lugares santos de la pasión de Adonis.

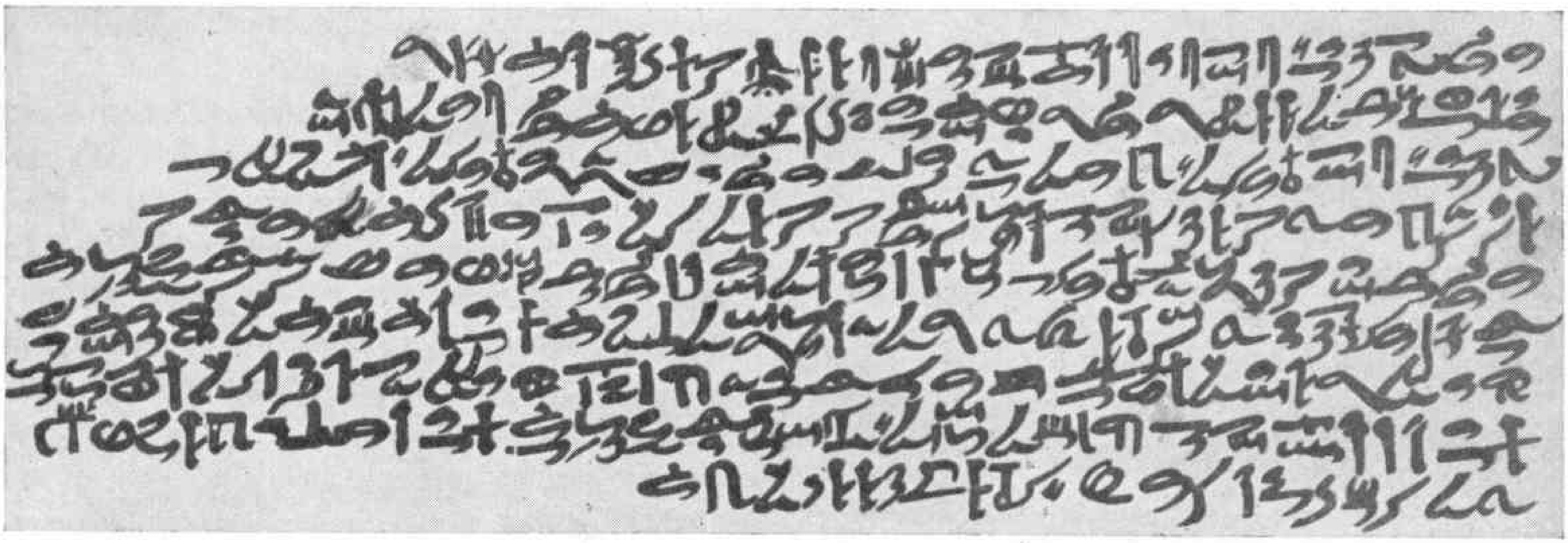
También las letras del alfabeto, que permiten al lector leer y entender este libro, las debemos a los fenicios. Si ellos no las inventaron, por lo menos las propagaron, y si hubo otros alfabetos más antiguos, ninguno mereció conservarse como el de los fenicios.

Los griegos creían que el alfabeto les había sido enseñado por *Kadmos,* que quiere decir *el oriental.* Heródoto añade que los helenos recibieron el alfabeto de los fenicios, cambiando sólo ligeramente la forma de las letras, y Plinio y otros autores antiguos repiten la misma tradición. Además, la prueba decisiva del origen semítico del moderno alfabeto es el nombre de las letras, que todas significan algo en hebreo. A es *alfa* en griego, que no quiere decir nada, y *aleph* en hebreo, que quiere decir buey. B es la *beta* de los griegos, que deriva del hebreo *beth,* casa. G es la *gamma* griega, corrupción del *gimel* hebreo, que significa camello. D es *delta* en griego y *daleth,* o puerta, en hebreo, y así sucesivamente. Cada nombre de letra quiere decir algo en hebreo y no significa nada en griego. Parece, pues, que las formas de las letras deberían ser la simplificación de viejos jeroglíficos semíticos de buey, casa, camello, puerta, etcétera.

Y aunque podría ser así, no tenemos ningún resto de escritura fenicia jeroglífica. Las más antiguas inscripciones de los fenicios

La fuente de Adonis, en la vertiente del Líbano.





Fragmento del papiro Prisse, con escritura hierática egipcia.

son unos fragmentos de vasos de bronce con inscripciones del tiempo de Hiram, contemporáneo de David y, por lo tanto, del año 1000 antes de J. C. El campesino que encontró estos vasos, en 1876, los rompió para vender el metal, creyendo que era oro; sólo se rescataron algunos fragmentos con inscripciones que ahora están en el Louvre.



Su escritura ya es la clásica semítica, que se lee de derecha a izquierda y con las formas lineales de las letras del alfabeto semítico. Pero en el año 1922 se descubrieron en Biblos de Fenicia los sarcófagos de la necrópolis real, y uno del rey Ahiram, del siglo XIII antes de Jesucristo, tiene ya grabada una larga inscripción en caracteres alfabéticos.

Sin embargo, la inscripción capital del primitivo alfabeto semítico es la del rey Mesha de Moab, también en el Louvre. La descubrió en 1868 un misionero alemán, viajando por los llanos de Moab, al este del Jordán. Por fortuna, el misionero tuvo la buena idea de copiar la inscripción. Los árabes que le enseñaron la inscripción creían que era un talismán que favorecía las cosechas.

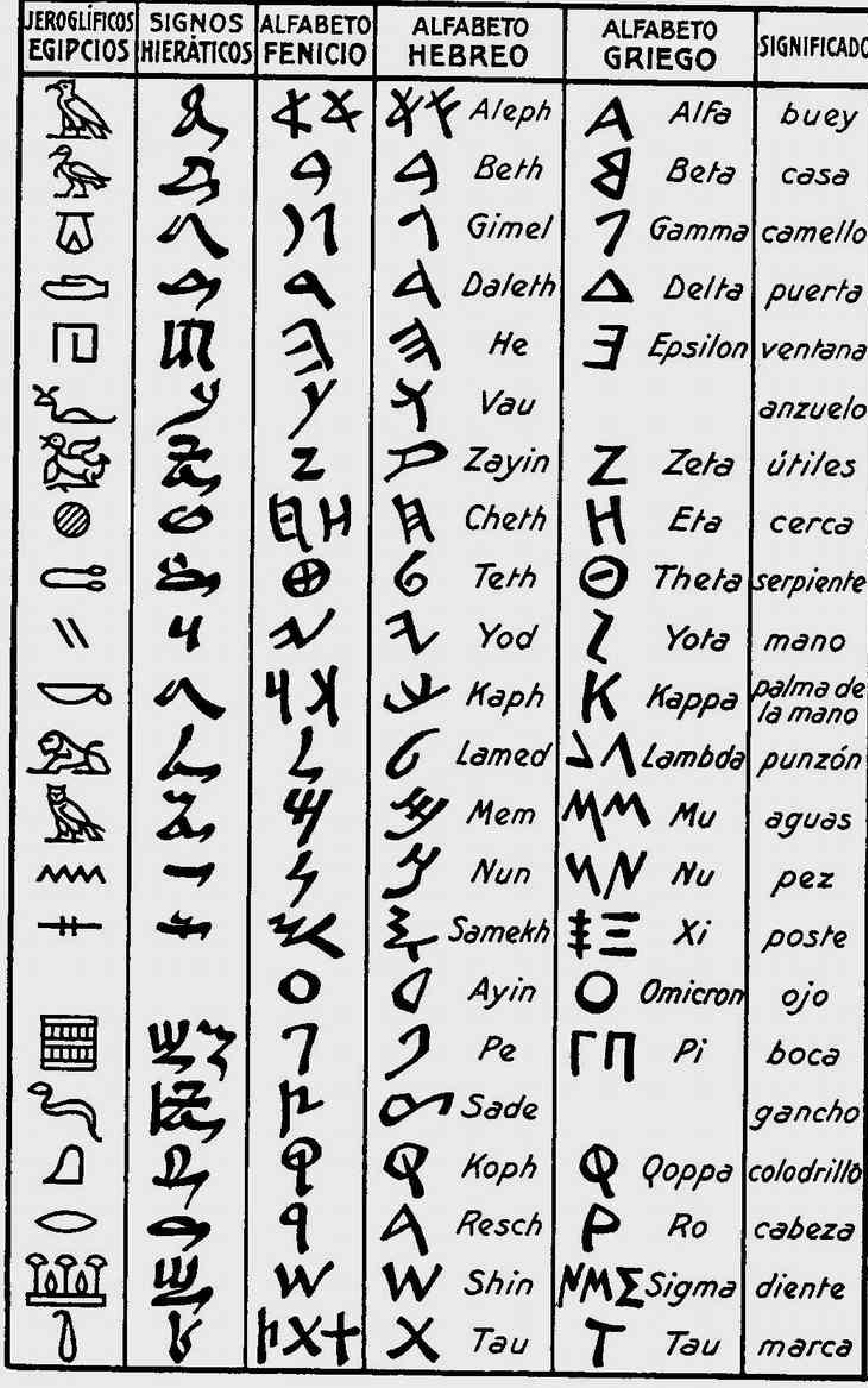
El prestigio mágico de la inscripción de Mesha dificultó su adquisición por el Museo del Louvre. Los árabes la rompieron, para conservar fragmentos de la piedra, y sólo con el calco que copió el misionero pudo reconstituirse el texto completo. Para

La estela del rey Mesha de Moab, con la inscripción histórica más antigua en signos alfabéticos. Siglo IX antes de J. C. Museo del Louvre.

comprender el interés histórico de la inscripción de Mesha, basta sólo decir que éste era un enemigo de los hebreos y las campañas que conmemora están también recordadas en la Biblia. He aquí el suceso recordado en el Libro de los Reyes y en la inscripción de Mesha. Mesha era un rey de Moab que, encerrado en su capital, se defendía de un largo sitio de sus enemigos judíos. Un día, desde el campo de los sitiadores se observó que subía al cielo una espesa columna de humo. Por el olor, los judíos comprendieron que Mesha y el pueblo de Moab estaban haciendo una hecatombe, sacrificio que consistía en quemar niños en honor de su dios Baal. Los judíos tuvieron temor que con aquel sacrificio el dios de Moab, satisfecho, ayudaría a Mesha y que los judíos estarían en inferioridad porque su Baal no había recibido tan sangrienta ofrenda, y levantaron el sitio. Para la historia del alfabeto, la inscripción de Mesha es la piedra fundamental. Aquel príncipe cananeo, de raza análoga a la de los fenicios, levanta un monumento conmemorativo en el siglo IX antes de J. C.... No graba la inscripción en caracteres cuneiformes asirios, ni en jeroglíficos egipcios, sino en magníficos tipos lineales, cada uno representando un sonido; en una palabra, el rey Mesha de Moab usa ya el alfabeto como nosotros.

No hay, pues, ninguna duda. Los fenicios, si no inventaron el alfabeto, fueron los primeros en usarlo; en este punto los descubrimientos han comprobado también la tradición.

Pero ya los mismos fenicios, según escribe Eusebio, confesaban que en la invención del alfabeto no habían hecho más que simplificar y mejorar lo que otros habían inventado. Cosa que está muy en carácter con el espíritu de los fenicios, pues ya hemos visto que también en arte no hicieron más que industrializar los tipos que crearon otros pueblos con quienes comerciaban. Concedido, pues, que en la invención del alfabeto los fenicios no hicieron más que convertir en práctico, universal y manejable lo que *otros* descubrieron, el problema ahora es:



Origen del alfabeto, según la teoría de Rougé, que lo hace derivar de los signos hieráticos egipcios.

¿quiénes fueron estos *otros*? Los fenicios estaban rodeados de cuatro pueblos que tenían escrituras jeroglíficas o cuneiformes: éstos eran los hititas por el norte, los semitas de Mesopotamia por el este, los egipcios por el sur y los pueblos minoicos o cretenses por el oeste. ¿Cuál de éstos fue el que empezó a simplificar los signos para reducirlos a los simples sonidos de vocales y consonantes?

Por de pronto, hay que descartar a los hititas; sus jeroglíficos son de una bár-

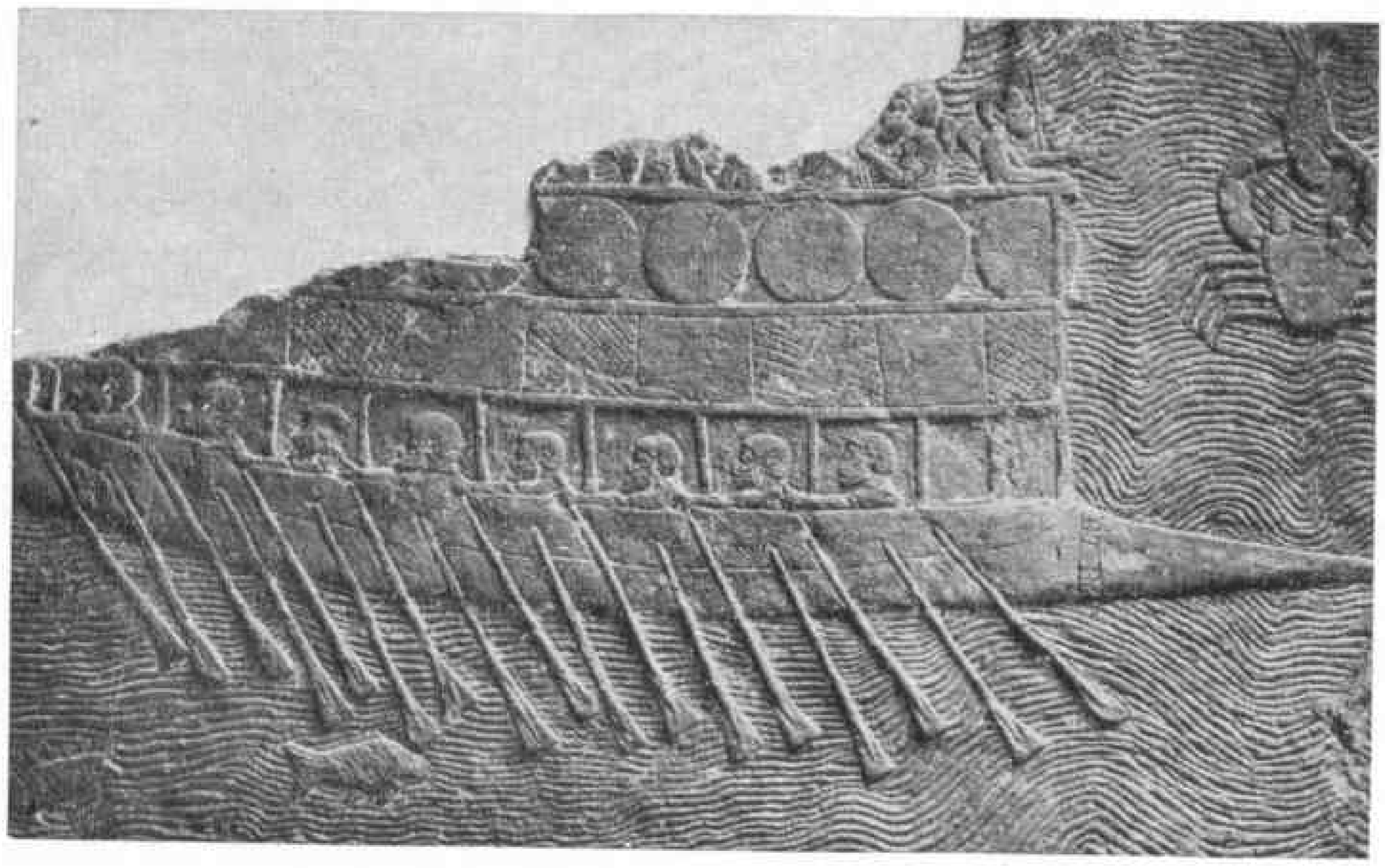
bara complicación. Los signos cuneiformes de Asiria y Babilonia no tienen relación ninguna con los signos alfabéticos; son signos silábicos, y no se encuentra en Babilonia ninguna escritura *cursiva* o abreviada para reducirlos a sonidos simples. Egipto es el que hasta hace poco se ha supuesto ser el creador de tipos lineales, de los que los fenicios escogieron unos cuantos para el alfabeto. Había en Egipto, además de la escritura monumental de los jeroglíficos, otra escritura cursiva, llamada *escritura hierática,* que, como la taquigrafía moderna, dibujaba los jeroglíficos, abreviándolos. Los simples trazos de pluma de la escritura hierática parecerán signos alfabéticos a los no iniciados, como una especie de escritura árabe. Pero no es así; los signos hieráticos de Egipto son tantos como los jeroglíficos.

Sin embargo se han descubierto en las minas de turquesas del Sinaí, que explotaban los egipcios, inscripciones de los capataces de las minas, que eran semitas, cuyos caracteres, extraídos de la escritura cursiva egipcia, son de gran simplicidad. Se reducen a líneas que podían satisfacer las necesidades de apuntaciones de los mineros. Traficando por el Sinaí, los fenicios pudieron admirar aquel sistema de signos que empleaban gentes de su misma raza. De todos modos, es posible que los pueblos de la costa norte de Africa tuvieran un reducido número de signos lineales con los que se comunicaran sólo cosas elementales; acaso los pueblos de Tartesia, o Andalucía, tuvieran jeroglíficos esquemáticos que inspiraran el alfabeto a los fenicios...

No sabemos, pues, de dónde pudo venir el primer impulso de reducir los sonidos humanos a un corto número de voces, que son las letras. Pero lo que sí parece es que los signos que los fenicios tomaron por modelo serían mucho más numerosos: los pueblos primitivos tienen muchas más vocales y aun más letras que nosotros.

El hecho de simplificar y escoger los sonidos esenciales es ya por sí solo un invento de gran importancia. Y cuando se piensa que con sólo dos docenas de símbolos nos entendemos y comunicamos con todos los pueblos de la Tierra, el hecho ciertamente produce asombro. La humanidad debería mostrarse reconocida al escriba o tenedor de libros fenicio que, trabajando en la soledad de una factoría, en el desierto acaso, para abreviar sus inventarios empezó a usar unos cuantos signos lineales, que sirven hoy para recoger y perpetuar sobre la Tierra las más altas manifestaciones del espíritu facilitando la relación entre los hombres.

Birreme fenicia. Relieve asirio.





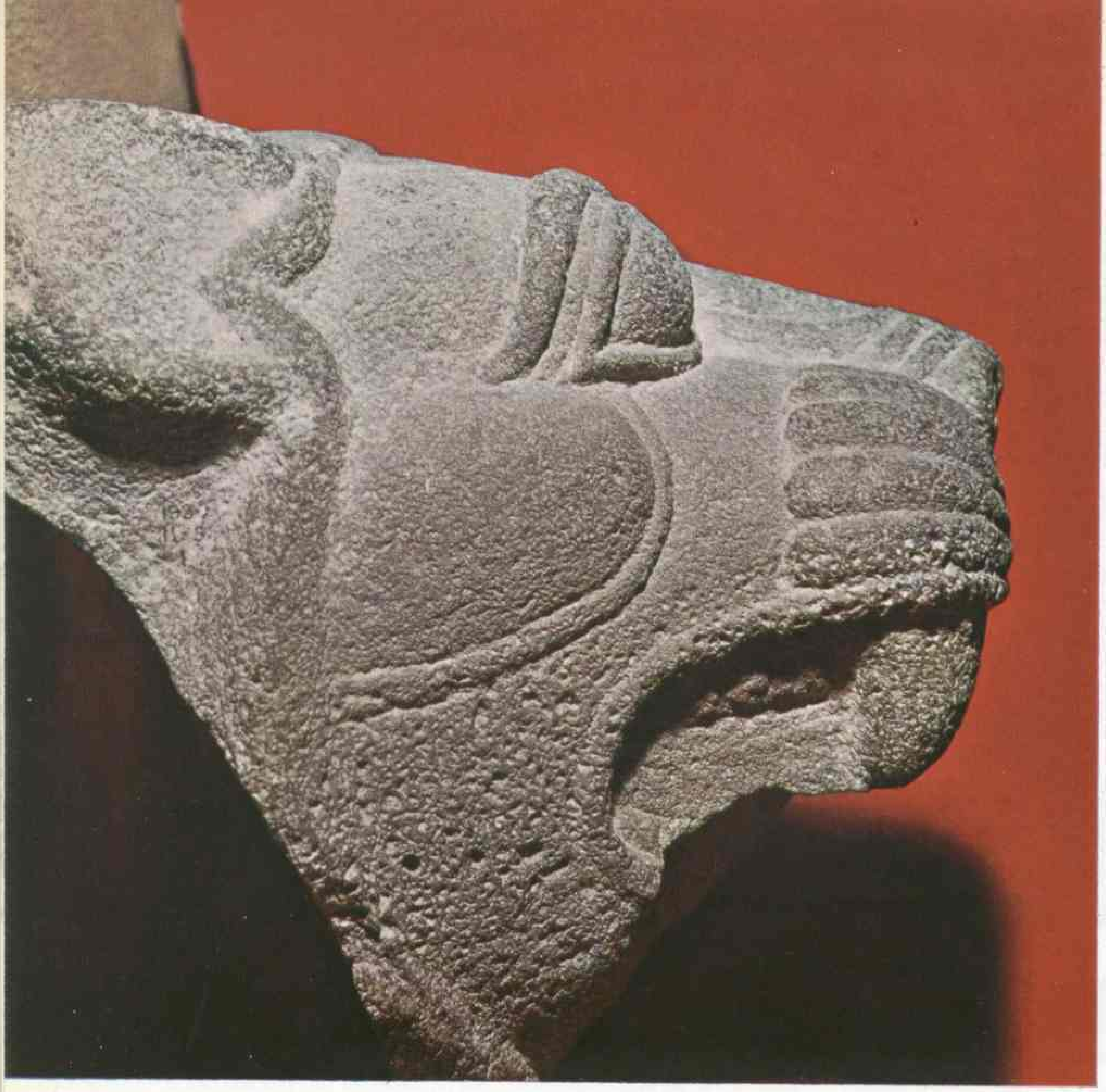
Puerta Imperial de Bogaz-Keui, la antigua Hatussas.

21 GRANDEZA Y DECADENCIA DE LOS HITITAS

En los capítulos anteriores hemos mencionado a menudo a los hititas como un pueblo belicoso, que disputaba a Egipto y a Asiria el imperio de Asia. Hemos visto a Ramsés II, en la batalla de Kadesh, luchar contra una confederación de pueblos organizada por los hititas, y el lector recordará que la campaña terminaba con un tratado de paz y casándose la hija del rey de los hititas con el faraón. El rey de los hititas en persona acompañó a su hija a Egipto para entregarla a Ramsés II, y de este hecho deducimos una impresión de respeto a la dignidad de la princesa hitita que no es común entre los pueblos antiguos. ¿Quién era esta mujer, por la cual un monarca oriental se decidía a emprender un viaje que duraba meses y otro monarca la recibía con pompa inusitada?

Más tarde, al hablar de la ocupación de la Palestina por los hebreos, hemos hecho notar la presencia de grupos hititas esparcidos por el país de Canaán. Jerusalén probablemente era una colonia hitita, igual que Hebrón. Se ve, pues, que los hititas no sólo defienden su territorio, sino que emigran y se establecen en tierras vecinas.

Más tarde aún, cuando descartado Egipto Asiria vuelve a luchar por la supremacía de Asia, los hititas organizan contra Nínive varias de aquellas aglomeraciones de ejércitos que hubo de aniquilar tan a menudo el terror asirio. Recuérdese que Salmanasar III, a mediados del siglo IX antes de



Cabeza de león hitita en basalto. Museo Británico.

Jesucristo, se alababa de haber destrozado una coalición de pueblos de la Siria y del Asia Menor en Karkar y de cobrar tributos de los reyes de Karkemish, Kunuch, Alepo y otros nombres, todos hititas.

Los hititas están representados en las grandes escenas de los relieves históricos asirios, y en los templos construidos por Ramsés II no faltan las glorificaciones del faraón en el acto de realizar insignes proezas, como la de vencer a los hititas en la batalla de Kadesh. Allí algunos de los hititas son de frente achatada, ojos oblicuos y el cabello trenzado sobre la espalda, y parecen de tipo mongol o turanio; otros tienen facciones regulares, como los nórdicos arios, y muchos son de cráneo esférico, como los semitas babilonios. Debían de ser, pues, de raza algo mezclada, como los turcos modernos, que hoy ocupan los países que en la antigüedad habitaron los hititas: el Asia Menor y parte de Siria. Los egipcios les llamaban *khetta,* y parece distinguieron entre ellos un grupo que ocupaba el Asia Menor y otro la Siria. Las crónicas asirias los mencionan a cada momento, llamándoles *khatti.* La Biblia, en el *Génesis,* les llama «los hijos de Heth», o solamente heteos o hititas, pero, en cambio, los griegos olvidaron incluso el nombre de los hititas y ésta es la causa de que se desconociera la existencia de este gran pueblo. La Historia de la antigüedad hasta hace poco se fundaba únicamente en los escritores griegos y romanos, los cuales no dedicaban ni una palabra a los hititas. Las referencias de la Biblia a los hititas se consideraban como alusiones a tribus locales de Palestina; nadie podía figurarse que los destacamentos hititas que ocupaban lugares fuertes en el país de Canaán eran las avanzadas de una gran nación establecida más al Norte.

Así es que la mera existencia de los imperios hititas, sus esfuerzos militares, su historia y su descomposición final, han tenido que ser referidos punto por punto por los monumentos. La tradición los había olvidado completamente. Este pueblo, que en su tiempo figuraba entre los más grandes del mundo, casi al mismo nivel que Egipto y Asiria, se había desvanecido sin dejar otro rastro que un nombre obscuro en los libros de la Biblia. La pérdida del recuerdo de toda una nación, que en su tiempo estuvo en contacto con las más grandes del mundo, es una severa lección de la Historia. Todavía hoy, a pesar de lo mucho que

Teshub, dios del trueno, amenazando con el hacha y el tridente.



hemos averiguado en estos últimos años sobre el pasado de los hititas, nos parece este pueblo como uno de aquellos fósiles restaurados difícilmente, de aquellos monstruos fracasados que hubimos de reproducir en las primeras páginas de este libro. Despierta curiosidad, hasta simpatía, por su trágico destino. No es, pues, de extrañar que cuando se empezó a conocer algo de los hititas, la imaginación de algunos exaltados intelectuales se desbordara, creyendo reconocer las pisadas de estos hombres en los más lejanos rincones de la Tierra. Hubo quien los identificó con los pelasgos y de estos heteos-pelasgos hizo descender a fenicios, etruscos e iberos y hasta a los irlandeses, que pasarían por todo con tal de no ser anglosajones. Otros, más disparatados todavía, publicaron libros para probar que los japoneses y los indios americanos eran emigrantes hititas que habían salido de Asia cuando la ruina de su imperio.

El concepto que tenemos hoy de los hititas ha cambiado mucho. Los conocemos mejor, y no podemos, por consiguiente, atribuirles tantas conquistas. Su área de expansión queda ahora bien deslindada; ya no forman un *superpueblo* que, poseyendo el don de la ubicuidad, participara de un modo misterioso en todos los fenómenos más o menos obscuros de la historia de los pueblos de la antigüedad. Su centro principal y más antiguo estaba en el Asia Menor, en su parte central, aunque llegaron hasta la costa y desde ella se extendieron hacia el sur. Forman, pues, un puente entre Asia y Europa, interceptando sobre todo las vías de comunicación que desde los tiempos más remotos atravesaban el Asia Menor.

Los hititas llegarían al Asia Menor probablemente por el Cáucaso. En los relieves se los representa a menudo calzados con grandes botas de punta doblada, para proteger el dedo mayor, como las usan aún muchos pueblos montañeses. Son como los *mocasins* o botas de nieve de los indios americanos. Los actuales habitantes de su país y aun los campesinos griegos llevan un calzado que denota su origen de un lugar mon-



Guerrero hitita.

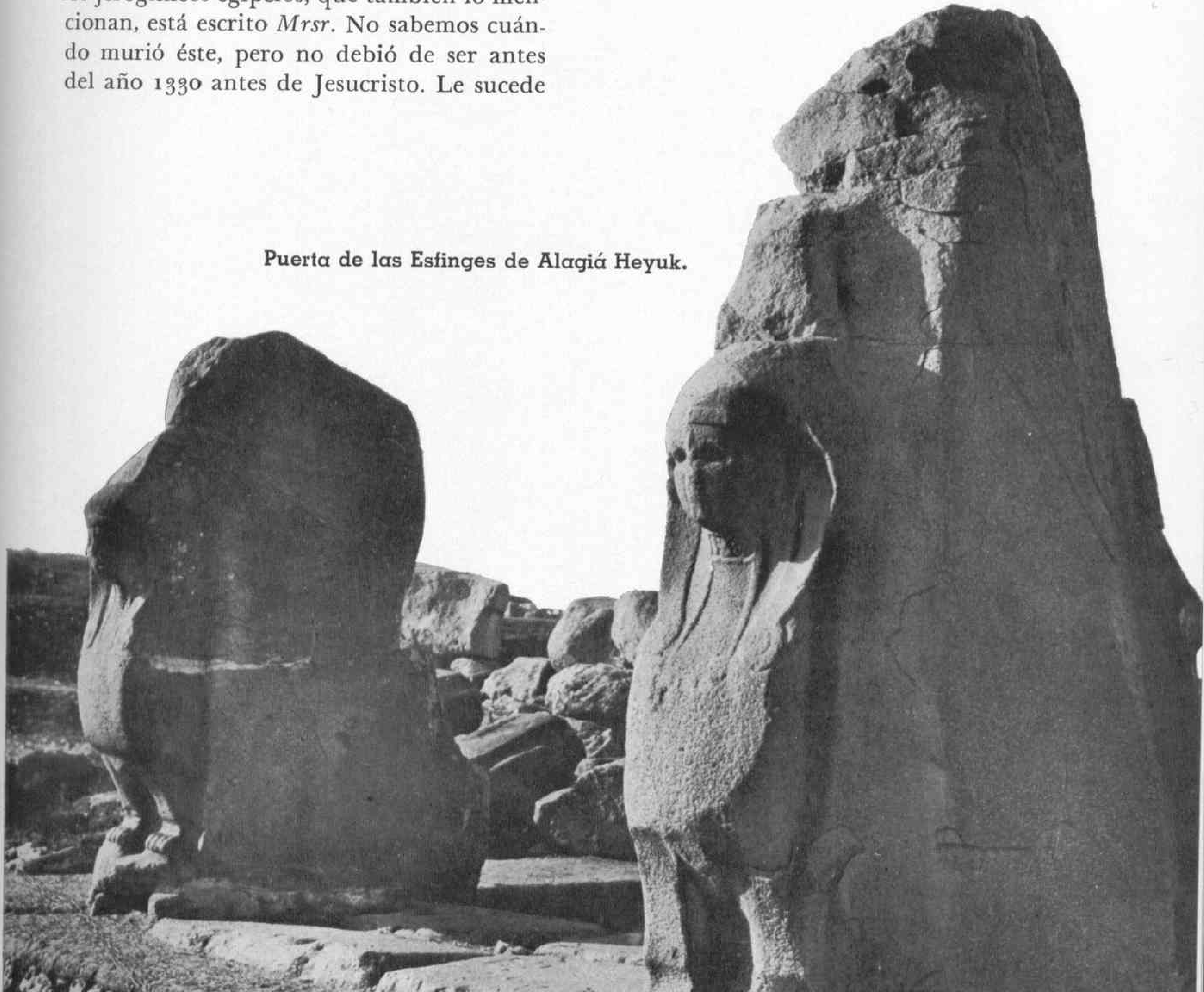
tañoso, que para los hititas no puede ser otro que el Cáucaso.

Debieron de llegar en bandadas, y así descendieron por las puertas de Cilicia a las llanuras de Siria, fundando algunas ciudades en la ribera del Eufrates, como Alepo y Karkemish. Otros, más atrevidos, se establecieron en Palestina y hasta un contingente muy numeroso invadió la Mesopotamia, conquistando a Babilonia. Una crónica del tiempo de Hamurabi dice lacónicamente que «los hombres de la tierra de los Khatti marcharon contra la tierra de Akad», y ya hemos dicho que Akad es el nombre sumerio de Babilonia. Esto debió de suceder antes del año 2000. Pero no permanecieron en Babilonia *la Grande* mucho tiempo; debieron de saquear la ciudad y escapar en seguida con su botín, al comprender que no eran capaces ni dignos de conservarla. Siglos más tarde, en 1650 antes de J. C., un rey de Babilonia envió una embajada al país de los hititas para pedirles que devolvieran la estatua de Belo o Marduk que se habían llevado sus antepasados, como botín de guerra.

Las bandas de los hititas debieron de instalarse finalmente de un modo sedentario, aunque conservando cierta organización feudal. En los tiempos de sus contiendas con Egipto, esto es, hacia el año 1400 antes de Jesucristo, parece como si el poder fuera a centralizarse en el «Gran Rey» de los hititas, que tenía su capital en Hatussas, la actual Bogaz-Keui. Las ruinas de esta población están en el centro de la altiplanicie del Asia Menor y han sido exploradas concienzudamente por los alemanes. Poco se encontró allí de los templos y palacios, pero, en cambio, se descubrieron abundantes documentos históricos. El archivo del gran rey de los hititas estaba formado por unas veinte mil tabletas, todas con inscripciones cuneiformes y algunas escritas en asirio, que era la lengua internacional del Oriente. Otras lo están ya en la lengua de los hititas, que actualmente no ofrece dificultades. Pero, como hemos dicho, tanto los documentos en asirio como los escritos en la lengua de los hititas de Hatussas estaban transcritos en escritura cuneiforme: los peculiares jeroglíficos hititas, de que hablaremos más adelante, no están representados en Bogaz-Keui. Las veinte mil tabletas recobradas hasta ahora no abarcan más que una serie de cinco reinados. Por fortuna, éstos son los

del apogeo del poder de los hititas y algunos resultan contemporáneos de los documentos egipcios que hablan de las campañas de Ramsés II. Incluso aparecieron, entre las tabletas de Hatussas, fragmentos de la copia hitita del famoso tratado de paz con el faraón, facilitando así una interesantísima comprobación de la exactitud de las versiones egipcias grabadas en los muros de sus templos. Cuando los documentos hititas están escritos en dialecto babilónico, no pueden calificarse como modelos de lenguaje pulcro. Parece como si los secretarios del rey de los hititas hubieran tenido más relaciones con los comerciantes de la Mesopotamia que con los escribas versados en las viejas literaturas del llano del Eufrates. La colección del archivo real hitita empieza hacia el año 1350 antes de J. C., cuando sube al trono un tal Mursil cuyo nombre, en los jeroglíficos egipcios, que también lo mencionan, está escrito *Mrsr*. No sabemos cuándo murió éste, pero no debió de ser antes del año 1330 antes de Jesucristo. Le sucede su hijo Mutallú, quien empieza su reinado guerreando con Seti I de Egipto en las llanuras de Siria, y es el mismo que combate con Ramsés II en la batalla de Kadesh. De los documentos hititas resulta claro que, a consecuencia de la derrota de Kadesh, el gran rey de los hititas fue destronado y substituido por su hermano Hattusil; éste es el que va a Egipto con su hija para casarla con el faraón Ramsés II. El reinado de Hattusil fue largo; al morir le sucedió su hijo y a éste su nieto. De manera que tenemos cinco reinados hititas bien documentados; pero en este punto cesan de informarnos los archivos de Hatussas. Hasta es posible que la capital pasara a ocupar un lugar secundario, llevándose la dirección de los negocios políticos a Karkemish.

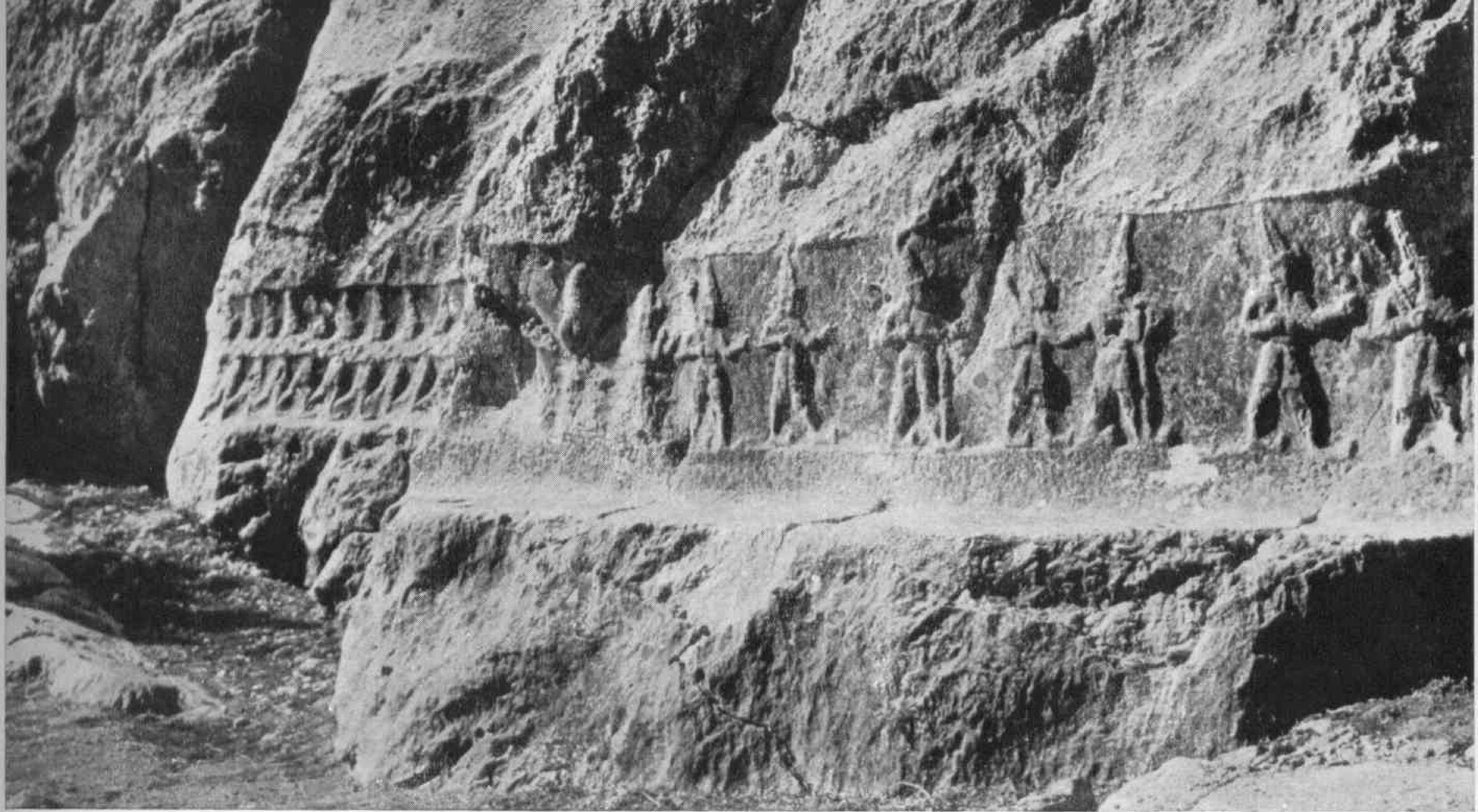
Puerta de las Esfinges de Alagiá Heyuk.



El nombre de Karkemish resuena en la Biblia y aparece a menudo en las inscripciones de Asia; Egipto habla de Karkemish, y persiste todavía un eco de su fama en los escritores griegos. La importancia de Karkemish derivaba de estar defendiendo uno de los tres vados del Eufrates en la Siria, el vado más central y estratégico, por donde pasaba la ruta comercial preferida para trasladarse a Nínive desde la costa del Mediterráneo. Mientras el lugar de Hatussas, llamada modernamente Bogaz-Keui, en la alta meseta de Armenia, fue la capital de los hititas del Norte en el Asia Menor, Kar-

Relieve hitita hallado en Beth-Shan. Museo de Jerusalén.



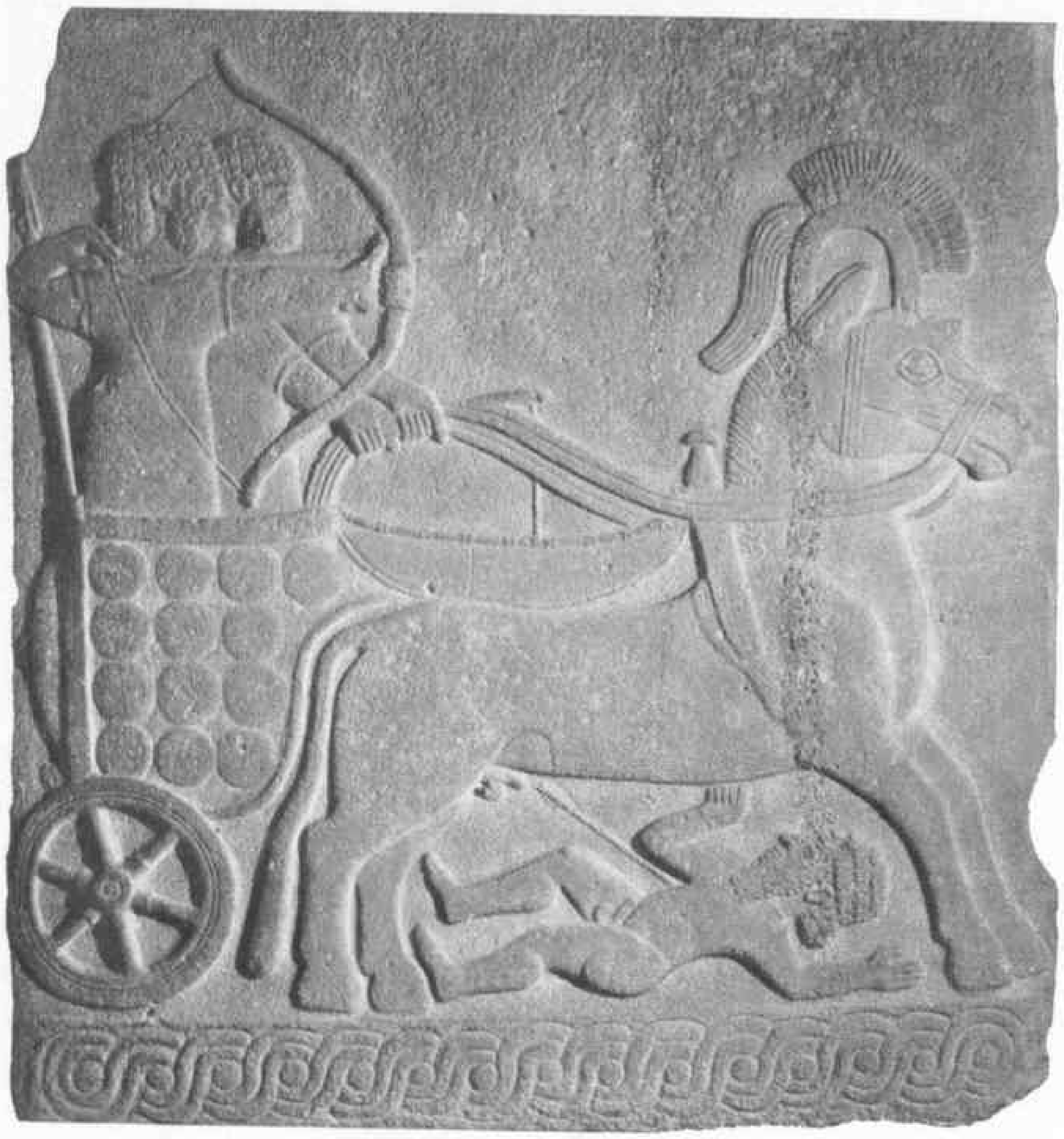


Procesión de los dioses. Relieve hitita de Iasily-Kaya.

kemish, más al Sur, resultó capital de los hititas de Siria. La exacta ubicación de Karkemish, señalada desde mediados del siglo pasado, sólo hace unos lustros que fue explorada por una comisión arqueológica. El cónsul inglés de Alepo, Mr. Henderson, presintiendo que las ruinas de Karkemish debían de hallarse debajo de un montículo de la ribera izquierda del Eufrates, compró todo el espacio que había ocupado la ciudad y empezó las excavaciones. El lector quedará maravillado al saber que todo el dinero que pagó Mr. Henderson por el terreno que ocupara Karkemish sirvióle a su antiguo propietario para comprar una vaca. ¡Una vaca a cambio de la capital de un reino!

Karkemish está representada en los relieves asirios rodeada por dos lados por el Eufrates; Tutmés III luchó a la sombra de sus murallas, y los mejores soldados de su guardia, en su empeño por asaltarla, perecieron ahogados en el río. Tiglatfalasar se contentó con amenazarla desde la otra orilla del Eufrates; la atacaron Asurnasirpal y Salmanasar, pero sólo Sargón pudo jactarse de haberla doblegado bajo el yugo asirio. El comercio de Karkemish había llegado a imponer sus pesas y medidas a toda el Asia... y ahora, lo que quedaba de la gran ciudad era vendido por el precio de una vaca.

No hubo la fortuna de hallarse en Karkemish un archivo como el de Bogaz-Keui. Su historia por consiguiente es muy obscura. En el tratado de paz entre el rey de los hititas y Ramsés II, después de la batalla de Kadesh, se menciona a Alepo entre las ciudades de los hititas, pero no se cita a Karkemish. Esto podría hacer pensar que Karkemish, en un principio, no había formado parte de la confederación de los hititas, pero Alepo, en el llano del Eufrates, no tiene más derechos para ello que Karkemish. Las excavaciones practicadas por cuenta del Museo Británico y dirigidas por Hogarth pusieron al descubierto los basamentos de varios grandes edificios, uno de los cuales debía de ser el palacio real. Los muros estaban defendidos por torres y todo



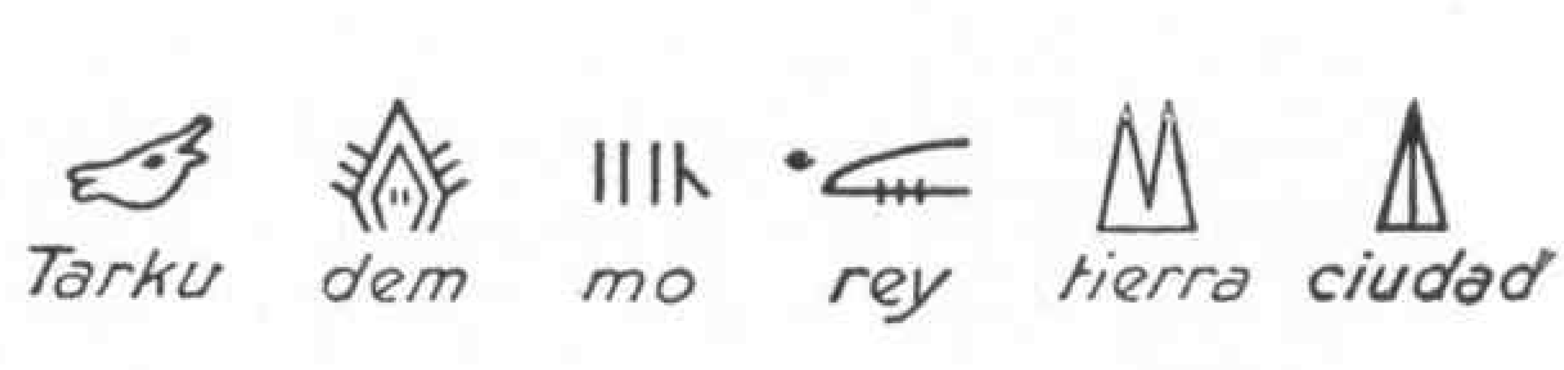
Carro de guerra hitita esculpido en el «largo muro» de Karkemish.

el recinto decorado con hileras de soldados, procesiones de sacerdotes y eunucos. Un friso de basamento representa al monarca apoyado en su ministro en el acto de pronunciar un discurso, acaso promulgando una ley, que está escrita en jeroglíficos hititas delante de los dos personajes. Dispuestos detrás de ellos, nueve príncipes del harén real, de diferentes edades, están jugando a los dados o se entretienen con sus animales favoritos.

Ya hemos dicho que mientras en el Norte los hititas usaban para su idioma nacional y para los documentos diplomáticos escritos en pobre babilónico los signos cuneiformes, en el Sur los relieves hititas que se han hallado tienen jeroglíficos cuya lectura no ha sido descifrada hasta los últimos años. Si los hititas del Sur hablaban la misma lengua que los hititas del Norte, empleaban por lo menos otro tipo de escritura. Actualmente se reconoce que en los jeroglíficos hititas hay caracteres para expresar ideas, como rey, ciudad, dios, y signos para los sonidos simples, como puros signos alfabéticos. Los jeroglíficos hititas son conocidos desde mediados del siglo pasado; empezaron a llamar la atención los grabados en relieve sobre un león de piedra encontrado en Marash, cerca de Karkemish. El primero que logró identificar esta escritura como la de los hititas del Sur fue Sayce, quien también observó que las inscripciones empezaban siempre donde hay una figura de hombre con un dedo en la boca, y seguían de derecha a izquierda para continuar en la línea siguiente de izquierda a derecha y así sucesivamente, como los surcos del arado en el campo. Sayce observó también la repetición de algunos signos para fijar el plural y los casos.

B. Hrozny, profesor de la Universidad de Praga, dio en el año 1913 el gran paso hacia la gramática de los hititas descubriendo que algunos nombres eran de carácter indoeuropeo. Así *vadar,* que en hitita significa agua, es *water* en alemán antiguo; el *uga* hitita es análogo al *ego; kuis* al *quis,* y otras semblanzas parecidas. Ya por este camino, Hrozny consiguió poder leer los documentos de lengua hitita escritos en cuneiforme. Pero quedaban aún por descifrar los textos escritos en jeroglíficos.

La dificultad mayor provenía de la falta de una buena inscripción bilingüe. La única de esta clase que se conoce está en un sello de un monarca llamado Tarkudemmo, que tiene escrita en caracteres cuneiformes y jeroglíficos hititas esta leyenda:



«Tarkudemmo, el rey de la tierra, de la ciudad», extraño título que aparece también en la fraseología de las tabletas hititas de Bogaz-Keui.

Toda la información que proporciona el sello de Tarkudemmo es, pues, el valor de tres signos, que deben leerse: *Tarku, dem* y *mo,* y tres signos más, que ya no sabemos



Sello de Tarkudemmo con la única inscripción bilingüe, hitita y asiria, que se conoce.

cómo suenan, pero que evidentemente quieren decir rey, tierra y ciudad. Esto era lo único positivo; lo demás, meras conjeturas. Sin embargo, estudiando los textos jeroglíficos se interpretan actualmente en todo o en parte. Una larga inscripción bilingüe que se descubriera, podría derribar en un momento todo el castillo de naipes que se ha levantado en veinte años de comparar y analizar las inscripciones de los hititas. Otra de las dificultades que retardan la solución del problema es la escasez de textos. Los jeroglíficos hititas parece que no comenzaron a usarse hasta que ya había empezado la decadencia política de su raza y apenas tuvieron tiempo de evolucionar. Se grabaron, es cierto, hasta en los territorios de los hititas del Norte; están diseminados por toda el Asia Menor, desde Esmirna hasta el Cáucaso, pero alcanzaron un tiempo relativamente corto, porque habiendo empezado a usarse hacia el año 1000, no debían serlo después de la toma de Karkemish por Sargón, el año 717 antes de J. C.

He aquí, pues, que en la penumbra de la Historia vemos la silueta de un pueblo fuerte, establecido en una de las regiones más fáciles de defender, que es el Asia Menor; en posesión de las rutas y los vados que más convenían a su comercio; activo, valeroso, emprendedor hasta crearse una escritura casi perfecta para él solo... y, sin embargo, fracasar, sin dejar rastro. ¿Por qué? ¿Cuál debió de ser la causa de su fracaso? Esto es lo que interesa más que nada en la historia de los hititas.

Ni las tabletas de Hatussas en el Norte, ni los jeroglíficos de la región de Karkemish en el Sur, nos han proporcionado ningún texto literario hitita comparable con los que hemos recobrado de Sumer y Babilonia. Todos los documentos son tratados de paz, cartas reales e inventarios. Con ellos se puede recomponer en parte la historia

El rey Katuvas, relieve procedente de Karkemish. Museo de Ankara.



civil de los hititas, pero no su mentalidad. Abundan solamente preces, conjuros y encantamientos. Así resulta un sarcasmo que el único documento que tiene valor literario sea un tratado sobre la manera de domar potros. El autor es cierto Kikuli, palafrenero de la corte en Hatussas. Describe con precisión meticulosa día por día, hora por hora, las operaciones para domar caballos salvajes. El tratamiento dura seis meses; se empieza por seleccionar los animales con un galope en libertad, después se les hace ayunar y sudar para que pierdan la grasa superflua, se les administran eméticos, y ya reducido su vigor, se les conduce paso a paso a aceptar la brida. Aun sin dar exagerada importancia a este manual de caballerizo, es interesante, porque los hititas hicieron comercio exportando caballos y los troyanos sirvieron de intermediarios para el tráfico de estos animales entre Europa y Asia. Tal servicio explica la riqueza de Troya, y el porqué de las guerras troyanas. Algunos nombres troyanos como Alexandros y Paris son hititas.

Indirectamente, por leyendas y tradiciones en las que aparecen hititas mezclados con otras gentes, se manifiestan como un pueblo fuerte. Tenemos una prueba del carácter de los hititas en el episodio de Urías el hitita, uno de los treinta valientes de David. Vamos a transcribirlo tal como está expuesto en el libro de Samuel: «Y aconteció que, levantándose David de su cama, se paseaba por la terraza de su palacio y desde allí vio a una mujer que se bañaba, y esta mujer era muy hermosa. — Y David envió a preguntar quién era aquella mujer y le dijeron que era Betsabé, esposa de Urías, el hitita. — Y David envió a ella sus mensajeros, se la trajeron y yació con ella... Después Betsabé volvió a su casa. — Entonces David mandó recado a su general Joab para que le enviara a Urías, el hitita. — Joab envió Urías a David y éste le interrogó acerca del estado de Joab y del ejército y de la guerra. — Y David finalmente dijo: «Ve a tu casa y lávate», y Urías salió, habiendo recibido un presente del rey. Pero no fue a su casa, sino que durmió en la puerta del palacio, con los servidores del rey, su amo. Y al día siguiente se lo contaron a David; le dijeron que Urías no había ido a su casa aquella noche, por lo que David dijo a

Jeroglíficos hititas.





La nodriza con el infante y el cervatillo mimado. Karkemish.

Urías: —¿No llegas tú de un largo viaje? ¿Por qué no has ido a tu casa a descansar? —A lo que Urías respondió: —El arca de la Alianza está en el campamento, y mi general Joab duerme en una tienda y todos los soldados de mi señor duermen en el suelo, ¡y yo iría a mi casa a yantar, a beber y a dormir con mi hembra! Por tu alma misma te juro que yo no sabría hacer tal cosa...»

Al día siguiente, David trata de emborrachar a Urías para que vaya a dormir con su mujer, y no consiguiéndolo ni aun de este modo, decide desembarazarse del marido de Betsabé, escribiendo una carta a Joab que decía así: «Pon a Urías en el lugar más peligroso de la batalla y después retírate para que muera... —Y Urías murió así...»

Hay en la historia de la muerte de Urías una cantidad preciosa de detalles. El palacio del rey, la terraza o jardín suspendido donde pasea el monarca; la antesala donde duermen sus guardias; la carta, que sería una tableta cuneiforme envuelta en un sobre o saco de arcilla, y sobre todo, el pobre Urías, que lleva él mismo la carta fatal, muy probablemente sin saber leerla. La crueldad oriental del rey, sacrificando por capricho a uno de los treinta fuertes de su guardia, y la complicidad del general Joab son también asombrosas; pero nada admira tanto como el pundonor y la nobleza de Urías *el hitita*.

El episodio de la Biblia es tanto más importante por cuanto Urías es el único hitita de quien sabemos algo de su manera de pensar y de sus sentimientos. Las tabletas de Bogaz-Keui son historia, no psicología. En verdad que Urías es un capitán de fortuna, un emigrado, o acaso un descendiente de las familias hititas establecidas en Palestina desde tiempo inmemorial, y, por lo tanto, contaminado de semitismo: pero, así y todo, hay en él una noción exacta del deber



Amazona en la puerta de Hatussas-Bogaz-Keui. Museo de Ankara.

que parece un anticipo del *imperativo categórico* moderno. Además, Urías da su vida sin reservas; como los guerreros nórdicos de que hemos hablado en otro capítulo, cree que el mejor uso que puede hacer de su vida es venderla cara en el combate. Cuando Joab le hace traición, no retrocede, muere como un bravo. La fidelidad y devoción de Urías reaparece en los guerreros germánicos. Con las informaciones que procuran los documentos comprendemos que la mera existencia de los hititas explica algunos de los mitos de la prehistoria griega; al fin y al cabo, los hititas eran vecinos de los griegos por el este; necesariamente debieron de tener algún contacto con ellos los pueblos prehelénicos de que hemos hablado antes y cuya historia se esconde en la mitología griega. Y así es: en la *Odisea* se menciona a Telefo, rey de los *heteoi,* o hititas del sur de Troya. Agamenón, en su marcha a la guerra de Troya, pelea en el camino con estos *heteoi,* probablemente para evitar que le ataquen luego por la espalda.

La expedición de los argonautas oculta también una campaña de los griegos contra una tribu hitita del Cáucaso. Colcos está en la costa del mar Negro, hasta donde llegaba la influencia de los hititas. La misma personalidad de Medea, princesa de Colcos, que se escapa con los argonautas, refleja, algo helenizada, la figura de una princesa o sacerdotisa hitita, porque lo que conocemos de la religión hitita revela la existencia del culto de una diosa que tenía sus colegios o cofradías de sacerdotisas que peleaban como los hombres; éstas serían las amazonas, y así Medea sería una amazona también. Trasplantada en tierra griega, Medea causa desastres a su marido Jasón y acaba asesinando a sus propios hijos. La sacerdotisa de Colcos actúa entre los griegos como una personalidad exótica, que les sorprende y asusta con sus brujerías o sortilegios. Los griegos recordaban con leyendas los combates de los atenienses prehelenos con otras bárbaras orientales, llamadas las amazonas; ya puede, pues, figurarse el interés que ha despertado un relieve gigantesco descubierto en Bogaz-Keui en que aparece un guerrero de pechos prominentes, cintura muy ceñida y cabellera que sale por debajo del casco. Si verdaderamente esta figura de Bogaz-Keui fuese un guerrero del sexo femeni-

no, sería el retrato auténtico de una amazona, anterior en varios siglos a las primeras representaciones de amazonas por los griegos. En los documentos de Bogaz-Keui se firma en nombre de la reina madre, como si ésta fuese el supremo jefe del culto nacional.

Además de una divinidad femenina, los hititas tuvieron un dios guerrero, Teshub, dios de la montaña que dispara rayos, análogo al famoso Anu, adoptado por los asirios, y otro dios más benévolo parece favorecer los cultivos de la vid y las espigas. Los hititas hubieron de tener una complicación de cultos que por fuerza debía de resultar enervante. En el tratado de Hattusil con Ramsés II se jura la paz en nombre de dieciocho dioses de los hititas. Cerca de Bogaz-Keui hay un santuario, en una cortadura de la montaña, adornado con relieves figurando procesiones de sacerdotes que llevan cubierta la cabeza con una alta tiara; los dioses aparecen de pie, conducidos a lomo de animales sagrados.

Parece como si los hititas hubieran saltado, pues, del animismo prehistórico a los estados místicos de hombres y mujeres enajenados por las prácticas de un rito violento; ésta sería, en definitiva, la herencia más importante que legaron los hititas a la posteridad. El Asia Menor es todavía el asiento de cultos místicos exaltados, y lo fue mucho más durante la época romana. Todas las grandes locuras religiosas de la antigüedad, si no se manifestaron por primera vez en esta península del Asia Menor y Siria, por lo menos allí fueron aceptadas sin vacilar. Allí se encontraron adeptos para las más extremadas filosofías y para ritos tremendos, que podían conducir al éxtasis. Allí se agitaron los derviches convulsionados y alentaron otras obscuras supervivencias de una humanidad perturbada por un esfuerzo continuado de llegar a lo ultra-



El rey Salumeli liba junto al dios de las tempestades.

consciente. Luciano, que era natural de Samosata, país de hititas, describe las prácticas que todavía en su tiempo se verificaban en el templo de Mabog, cerca de Karkemish. El templo estaba en un gran recinto, como un parque, lleno de animales sagrados: toros, caballos, águilas, leones, los mismos animales que están representados en los relieves hititas. El santuario propiamente dicho se hallaba sobre una alta plataforma y tenía a cada lado unas piedras cónicas de gran altura, símbolo de la fertilidad. Luciano describe dos imágenes, que interpreta como Júpiter y Juno, pero que representan dioses evidentemente orientales. La llamada Juno por Luciano llevaba un cetro en la mano y una tiara, como la de las esculturas de Bogaz-Keui. Además, la diosa de Mabog estaba de pie sobre dos leones, mientras que el dios se apoyaba en dos toros. El carácter hitita del templo de Mabog es evidente. Luciano nos explica también el culto, en que tomaban parte más de trescientos sacerdotes, todos vestidos de blanco; tenían lugar preferente en la comunidad los *gali* o eunucos, que se mutilaban y herían en las grandes festividades de su dioses.

Imposible seguir a Luciano en su largo relato, pero es evidente que en el santuario que visitó manteníase la supervivencia de un culto hitita que después sería importado a Roma con el nombre de Cibeles o *Magna Mater,* y que algo de sus prácticas y misterios afectó hasta al cristianismo naciente, aunque no fuera más que por tener que combatirlos.

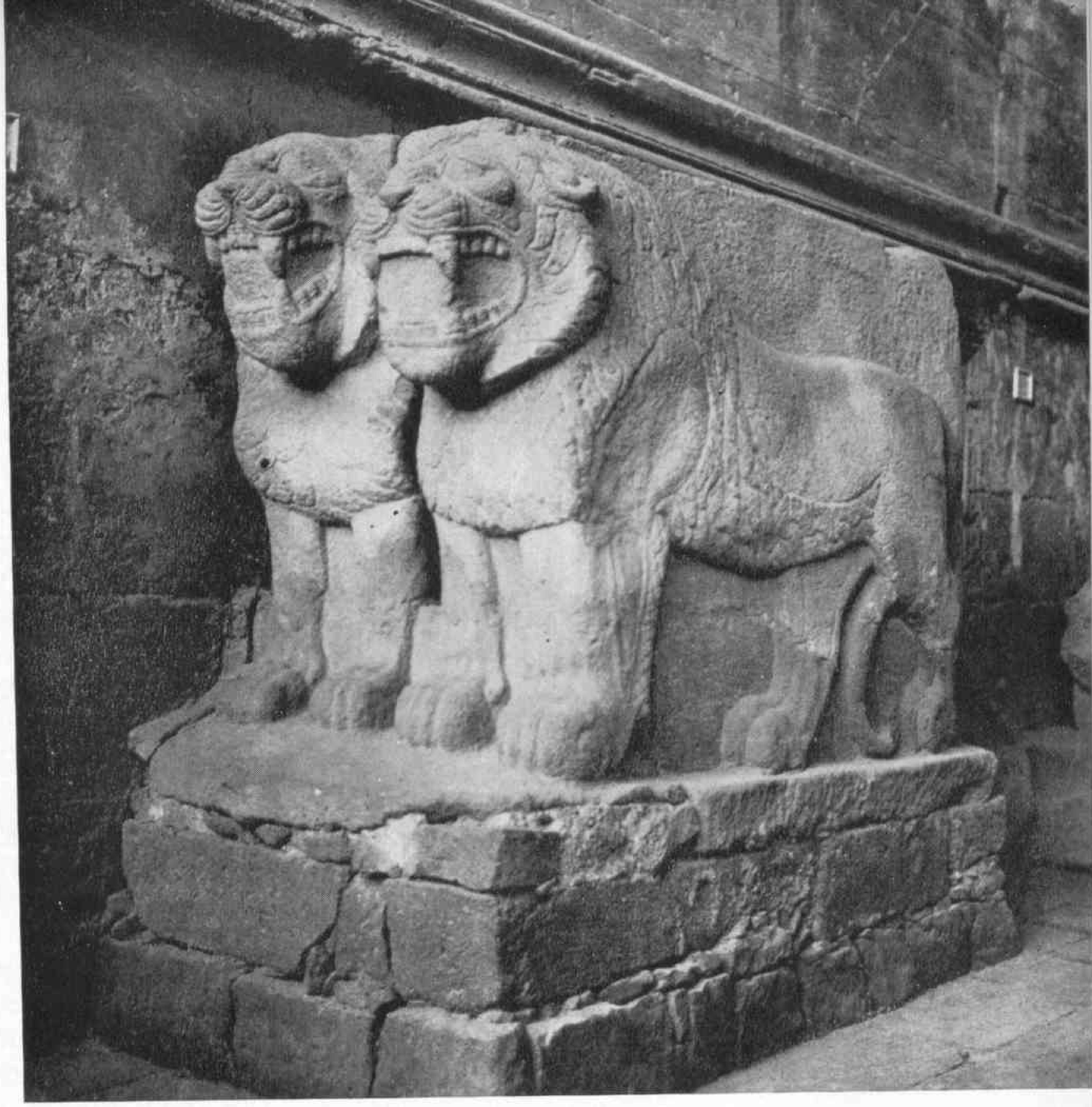
Cabe pensar ahora si la causa de la ruina del pueblo hitita no sería, por ventura, algún extremismo religioso para el que el mundo no estaba preparado. El error de las religiones de Egipto debió de ser la magia; en Babilonia el pecado fueron las prácticas adivinatorias y los agüeros, pero nada de esto debilitaba el espíritu de modo excesivo. En cambio, el fenómeno místico, que se ve sobrevivir en el Asia Menor después de la destrucción de los hititas, es un peligro terrible cuando se convierte en religión popular. La sociedad romana experimentó el efecto de los cultos de la *Magna Mater* y de Cibeles, así como el de los misterios importados de Siria y Asia Menor. Ya puede colegirse, pues, el desastroso efecto de estos éxtasis colectivos en un pueblo embrutecido por su historia fracasada y gobernado por una casta sacerdotal en que predominaban las mujeres.

Por esto resulta tan interesante el último cuadro de la tragedia de los hititas, que podemos recoger ya de los historiadores griegos. Nos referimos aquí a la leyenda de Creso y de su reino en Lidia, tal como la describe Heródoto. La Lidia es la parte más occidental del Asia Menor, la que tocaba ya con las colonias griegas de la costa; este país debía de ser, de tiempo inmemorial, un Estado fronterizo de la confederación de los hititas. Su escritura peculiar revela un lenguaje muy parecido al de aquéllos. Sus reyes no eran de raza griega; se les hacía descender de fantásticas genealogías orientales. En una palabra, ni los lidios ni sus monarcas eran griegos y hoy nos vamos acostumbrando a la idea de ver



Ciervo. Relieve procedente de Karkemish. Museo de Ankara.

Leones hititas encontrados en Kultepe (Anatolia).



en ellos una reliquia de los hititas. La Lidia, en las grandes épocas de la confederación hitita, a causa de su posición algo alejada del centro, no pudo desempeñar más que un papel secundario, pero esta misma situación la favoreció cuando los hititas hubieron de sufrir el azote de Asiria. A la caída de Nínive ya se comprende que Lidia, que había conservado sus fuerzas casi intactas, tenía que ser la que recogiese la herencia de los hititas en el Asia Menor, y así ocurre. Creso, el último de los reyes de Lidia, con su capital en Sardes, se apoderó de las vetustas ciudades de los hititas y conquistó las grandes ciudades griegas de la costa, incluso algunas de las islas. Sus riquezas, hasta hoy, continúan siendo proverbiales: nadie parece haber sido nunca más rico que Creso; sus tesoros provenían del botín del Asia Menor y de las ciudades griegas, y además, eran ganancia legítima de su comercio. En Sardes iban a reunirse las dos grandes rutas del Asia Menor: la que venía de Karkemish y por las puertas de Cilicia subía al llano hasta Tiana y después doblaba al oeste para llegar a Sardes, y la que venía de la lejana Persia, bordeando el lago de Van y la Armenia hasta Bogaz-Keui, desde donde transversalmente llegaba también a la ciudad de Sardes.

Creso había llegado al apogeo de su fortuna cuando vio aparecer un nuevo poder que iba a disputarle el goce de sus riquezas. Este nuevo factor era Persia, que se preparaba para la conquista del Oriente.



El dios Sharma en el acto de abrazar al rey Tutalyas. Relieve de Iasily-Kaya.

Presintiendo un ataque, Creso se trasladó a Bogaz-Keui para conducir la campaña lejos de Sardes. En Bogaz-Keui fue vencido una vez por Ciro, el rey de los persas, pero Creso pudo retirarse a Sardes, salvando parte de su ejército. Poco después, Ciro tomó también a Sardes, y al caer Creso prisionero, el rey persa ordenó su ejecución; aquél debía ser quemado en una pira, y ya empezaba a arder la leña que rodeaba su cuerpo cuando la serenidad con que se disponía a morir hubo de impresionar a Ciro, que ordenó le retirasen de la hoguera. Desde aquel momento, Ciro y Creso vivieron como amigos; el rey lidio entretenía a Ciro con sus agudas respuestas. Ciro, hombre de una raza nueva, se sorprendía por el tono del lenguaje del viejo Creso. Heródoto se complace en llenar páginas de su historia con anécdotas de estos dos monarcas y el lector que quiera conocerlas en detalle hará bien en acudir al relato mismo del Padre de la Historia.

Pero además Creso, antes de la guerra y durante ella, se muestra excesivamente supersticioso: no hace nada sin consultar a todos los oráculos conocidos. Heródoto consigna respuestas del oráculo de Delfos a consultas que le hacen los embajadores de Creso. Habla, además, de otros oráculos que Creso mandó consultar, sin contar naturalmente los que ya debía de tener en Sardes. Y aunque, como hemos dicho, la adivinación y los agüeros son de origen babilónico, en el afán de Creso por obtener revelaciones de orden sobrenatural hay un síntoma de creyente ecléctico de todas las cosmogonías. Su misma resignación parece la de un hombre seguro de encontrar en la desgracia el consuelo interno de los dones espirituales. Creso, mercader, rico, soldado, místico y filósofo, parece, pues, haber sido el lejano descendiente de los hititas. Creso y Urías son los únicos hititas que podemos ver casi transparentes, en cuerpo y alma. Dos individuos nada más, y aun descritos por escritores de otras razas, el Urías de la Biblia y el Creso de Heródoto son todo lo que conocemos de un gran pueblo.

Resumiendo: ¿Qué fueron los hititas y qué les deben los hombres que viven actualmente; en una palabra, qué aportaron a la civilización? Para empezar, los hititas, pueblo ario, o por lo menos que hablaba un dialecto de la primitiva lengua indo-aria, llegaron muy pronto al Asia Menor, ya con fuerte infiltración de sangre mongólica, y, como los turcos, fundaron allí un imperio agresivo que se impuso hasta las tierras bajas de Siria y Mesopotamia. En el Sur, los conquistadores se mezclaron con las gentes semíticas y lo puramente hitita quedó sumergido debajo una capa de cultura babilónica y fenicia.

A cambio de lo que recibieron en el Sur, que fueron, sobre todo, mitos concretos y legendarios, los hititas aportaron a las gentes del tipo semítico el resultado de sus ex-

periencias místicas. La Capadocia, el primer hogar de la nación hitita en Asia Menor, es un país alto, seco, sin gran interés ni en el paisaje ni en la vida que puede allí desarrollarse. Buscaron primeramente la gran realidad de la existencia con las conquistas, pero rechazados al solar nacional de Capadocia, encontraron completa satisfacción en la vida interior practicando cultos a dioses fantásticos, imaginados, sin posibilidad de suponer que tuvieran realidad material. La Azinna, o sea Atargatis, madre y consorte de su hijo Atis, son entes de razón, pero que para los habitantes de mesetas desoladas eran más accesibles que los Baalims y Astartés semíticos; a éstos al fin y al cabo se les oye tronar y producen efectos, como la fertilización, los cultivos, el crecimiento, la lluvia, el viento y hasta el éxito en las campañas. Teshub, el dios nacional hitita prehistórico, era de este tipo, un dios de combate que atiende a sus criaturas como un Baal semítico, pero Arinna, la Mater, la Cibeles, la Atargatis. que con estos nombres fue conocida por griegos, romanos y sirios, no es invocada para ningún servicio material: es una divinidad que se reconoce en el fondo del alma y por ella el devoto se tortura, se castra, se hiere y se hunde en el silencio de una eternidad individual. La Magna Mater a lo sumo puede confundirse con la tierra, y por esto cabalga un león; Atis, su hijo, se confunde con el sol, y por esto se renueva cada año eternamente joven y cabalga el toro. En Atis se reconoce al Agni hindú, dios del sol y del fuego de los primitivos arios. Pero junto a estas divinidades aparecen otras en grandísimo número, pues el pueblo hitita adopta a todos los dioses de los pueblos con quienes establece contacto, los acepta a todos, y así se mezclan en

Cofrades hititas bailando la danza del toro y del león, decoración del palacio real de Karkemish.



su panteón dioses locales de la región de Anatolia, dioses arios, dioses babilónicos... No sabemos si esta mística hitita puede considerarse como una contribución a la Historia de la Humanidad, pero los fenómenos místicos son tan abundantes en todas las



El rey de Karkemish y su visir promulgando un edicto que se encuentra grabado frente a la boca.



razas, que es justo recordar el valor que tuvieron para los hititas, pues todo parece indicar que hicieron de ellos una experiencia capital.

Hemos mencionado ya en un capítulo anterior que los hititas fueron los primeros en producir el hierro en abundancia y generalizaron su empleo. Esta industria y el arte de domesticar potros les dan derecho a nuestro reconocimiento. Antes de su apogeo, el único animal de carga y de cabalgadura de los hititas es el asno. Con él se movieron los patriarcas y con él están representados en los relieves de Caldea. Pero a mediados del segundo milenio antes de Jesucristo, los faraones tenían ya escuadro-

Un príncipe-mercader hitita de Siria. Museo de Ginebra.



El Altar, sobre Eflatun Pinar (Fuente de Platón), cerca de Beysehir.

nes de caballería y los asirios empleaban sin reserva carros de guerra tirados por caballos y mulos. Para los europeos, el caballo llegó más tarde. Los griegos delante de Troya emplean troncos de corceles, presente de los dioses.

¿Qué podemos decir de la contribución de los hititas a la vida organizada socialmente? En Bogaz-Keui se encontraron más de cien tabletas que forman un código civil. Se cree que fueron redactadas hacia el año 1500 antes de J. C. Hay sólo dos categorías, la de los hombres libres o señores con patrimonio y la de los esclavos. La clase intermedia de los burgueses comerciantes que encontramos en el código de Hamurabi no existe entre los hititas. En el casamiento de los señores el marido entrega una dote a la esposa, que queda depositada en la casa de los padres y se devuelve cuando hay divorcio. Si el marido muere, su hermano debe casarse con la viuda, como entre los israelitas. Hay reglas para la transmisión de la propiedad, que debe hacerse con el concurso de un sacerdote-notario. Se recompensa la restitución de un esclavo fugitivo.

Hay tarifas hititas para fijar los precios, y la proporción es ésta: si un mulo vale una mina, un caballo para carro bien domado, veinte minas; un buey, quince; un campo de labranza, veinte veces lo que una tierra con viña plantada. Se fijan los salarios de los obreros técnicos como doble

del de los esclavos. Por la muerte de un hombre libre, el criminal debe pagar con cuatro hombres; por la de un esclavo, sólo con dos. Pero únicamente en ocho casos se condena con pena capital; por lo regular, basta con cortar la nariz o las orejas. Se mencionan circunstancias agravantes: por ejemplo, un crimen en despoblado es más grave, porque los gritos de la víctima no podían ser oídos por los que podían ayudarla.

Como se puede apreciar por el código de Bogaz-Keui, los hititas no estaban absortos ni alucinados completamente por su misticismo. Algo parecido ocurrió en España en el transcurso del siglo XVI, cuando la corriente mística fue predominante en Castilla y se pudieron redactar al mismo tiempo las *Moradas* de Santa Teresa y las leyes de las Indias.

Es de creer que los hititas tenían danzas y música religiosas, como sus vecinos los asirios. Los relieves de Karkemish representan, más que estados místicos, bailes de guerreros disfrazados; los veteranos van cubiertos con pieles de animales y ocultan la cara tras una máscara que impide reconocer al danzante. Otros, simplemente disfrazados, jalean a los que danzan. No hay en estos relieves hititas de la frontera de Siria ninguna representación de crueldad ejercida sobre los vencidos. Hay algo idílico en las escenas del palacio real de Karkemish. Y así vemos en ellas que el rey habla apoyado en su visir para asegurarse de que no se extralimitará y la nodriza lleva al más pequeño infante en brazos y atado con una cuerda un cervatillo domesticado. ¡Qué sencilla y cálida humanidad la que se adivina en los relieves de los hititas!



Escultura de león hallada en Babilonia.



Ahura-Mazda con la tiara real, la flor sin edad ni vejez y dentro del círculo alado de la eternidad.

22 LOS ARIOS EN PERSIA

En los capítulos anteriores hemos visto a los semitas ocupar la Mesopotamia y la costa oriental del Mediterráneo. Sólo en el norte de Siria, en lo que hoy llamamos Asia Menor, los hititas parecían una avanzada de los arios, la raza que ha acabado por tener la hegemonía del mundo.

Quiénes eran estos arios, hemos tratado de explicarlo también en el capítulo X de este volumen. En un principio, creíamos que eran de una raza de tipo antropológico bien definido, que emigró en diversas épocas, diríamos en sucesivas oleadas, del mismo centro de origen, que se creía ser el Asia Central, la región montañosa del Pamir, al norte de la India. Creíamos que cada banda de tribus o familias que emigró fue el núcleo de un pueblo ario. Las naciones de Europa, decíamos, son, pues, de esta raza blanca, rubia, de buena estatura y pelo abundante; los antiguos persas y las castas superiores de la India son del mismo tipo. Creíamos que el *Homo europœus* era de origen asiático y hermanos suyos los persas e indos, que no se corrieron tan lejos del país de origen.

Ya anticipamos también las grandes dificultades que hay para aceptar esta simplicísima explicación de hechos históricos mucho más complicados. Por de pronto, no todos los pueblos que hablan lenguas arias (o indoeuropeas como las llamamos tam-



Un ario trillando con bastón. Estatuita de plata del tesoro del Oxus.

bién) son de la misma raza. En cambio, otros, seguramente arios, adoptaron otra lengua en sus peregrinaciones; además, no parece ser el Asia Central el lugar de la dispersión de los arios. Es cierto que en la región de Pamir y en los valles del Oxus y del Indo existen individuos de tipo rubio o trigueño que, según afirman los viajeros, se confundirían con un marsellés o un normando, pero éstos son descendientes de persas que se refugiaron en el corazón de Asia cuando la invasión musulmana. En los valles altos del Asia Central el tipo alto, rubio, de barba o cabello abundante, aparece superpuesto a una raza antigua de tez obscura, afín a las castas inferiores de la India. Así, por estas y otras razones más técnicas, nos inclinamos ahora a aceptar un origen europeo de los arios de Asia, en lugar de un origen asiático de los arios de Europa. Lo que hay que explicar es cómo los arios de Asia, los persas e indos, llegaron allí para establecer las naciones cuya civilización peculiar describiremos en este y el próximo capítulos.

Por de pronto, indos y persas debieron de vivir juntos mucho tiempo antes de separarse. Las formas más antiguas de sus lenguas casi son idénticas; la mitología tiene muchos dioses comunes, y muchas prácticas del ceremonial religioso de los brahmanes y de los parsis son parecidas.

Los persas y los indos debieron de separarse cuando no habían salido aún del nomadismo; practicaban el pastoreo en un país mitológico, llamado por los persas *Airyana-Vaeja*, que se ha localizado en las estepas del norte del Turquestán. El *Zend-Avesta*, o libro sagrado de los persas, ha conservado una descripción de la creación del mundo, mejor dicho, de los países que ocuparon los arios de Asia, que refleja una tradición de cuando indos y persas no se habían separado aún. Ahura-Mazda, el dios supremo de los persas, crea dieciséis tierras o comarcas. Sus nombres nos dan idea de la extensión de los conocimientos geográficos de los persas primitivos. La primera tierra es, naturalmente, la cuna de los arios, Airyana-Vaeja, o Ariana la Vieja. Esta comarca tenía buenas cosas; no tantas, sin embargo, dice el prudente dios Ahura-Mazda, para que el mundo entero la invadiese. Pero el demonio, que es el mal y la muerte, creó despechado el invierno y las serpientes. Hay allí diez meses de invierno y dos de verano, y hasta éstos son fríos para las aguas, para la tierra y para los árboles. Ahura-Mazda confiesa que el invierno en Airyana-Vaeja *es la peor de las plagas.*

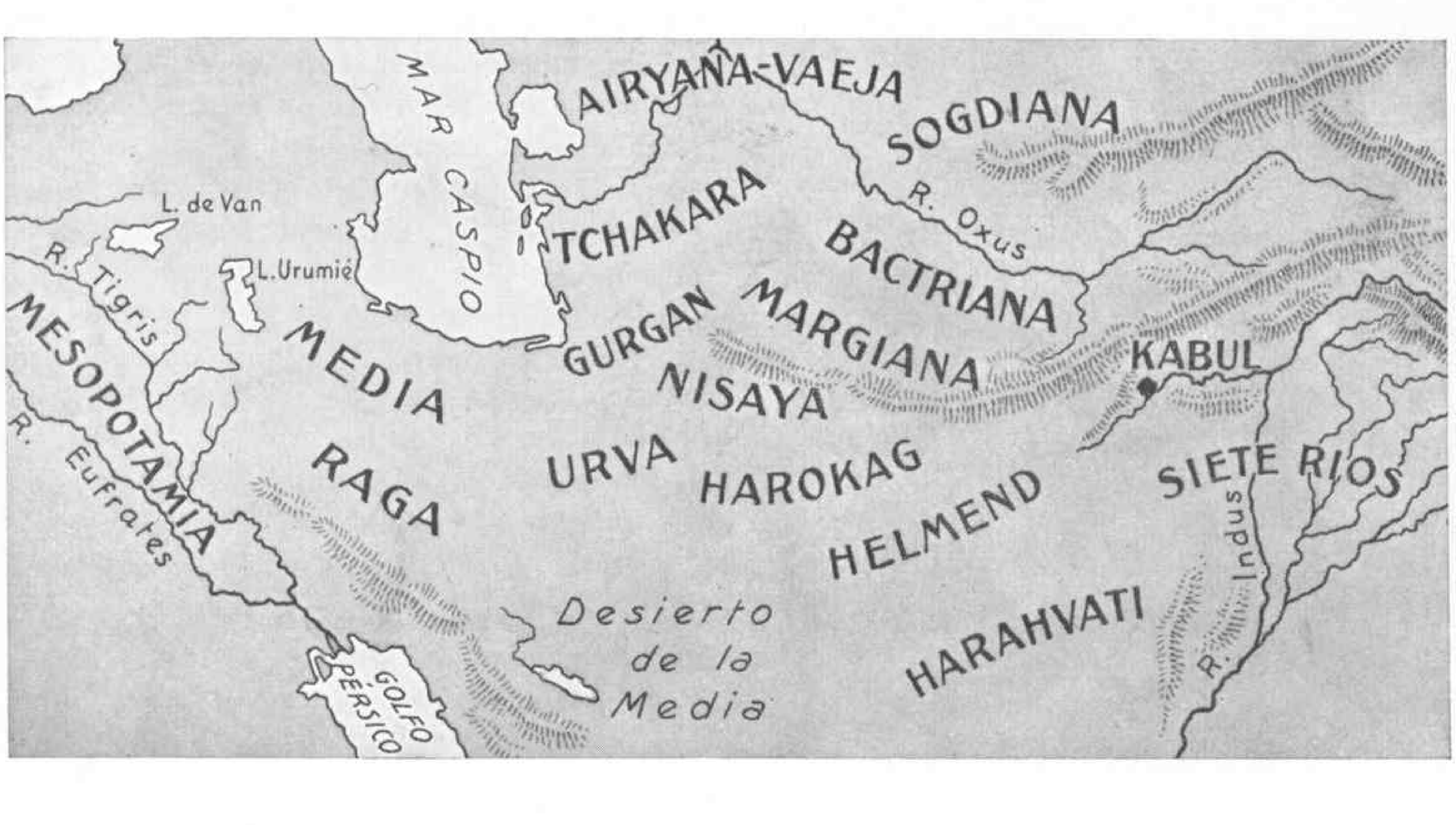
La segunda de las tierras creadas por Ahura-Mazda es la Sogdiana, al oeste del Pamir; pero despechado por este acto creador, el demonio, que es el mal y la muerte, creó la langosta, que destruye las plantas y los rebaños. La tercera tierra es la Margiana, entre el Oxus y el mar Caspio, la *Margiané* de los griegos; pero el demonio, que es la muerte, creó las hormigas para contrarrestar este beneficio de Ahura-Mazda. La cuarta tierra o comarca sería la Bactriana, y el demonio, en su daño, creó el pecado de la impiedad. La quinta tierra es Harokag, que Ahura-Mazda califica de

tierra donde la gente abandona la casa, porque, según un comentario del *Avesta,* es un país donde, cuando uno muere, los suyos dejan el cadáver y abandonan la casa. Es interesante saber que contra esta tierra de buenas costumbres — porque ya veremos que, según los persas, no hay que tocar a los muertos —, el demonio hubo de crear el duelo y los cantos funerales. Y así sucesivamente, Ahura-Mazda crea Samarkanda, Raga, Kabul y hasta el Punjab o la India, que se llama *el país de los siete ríos.* El demonio contrarresta cada creación de Ahura-Mazda con una calamidad o un pecado; éstos son: orgullo, brujería, mala fe y sodomía, *para la que no hay perdón,* dice el *Zend-Avesta.* Otros pecados son el quemar o enterrar a los muertos, la bárbara opresión de los humildes y el vivir sin jefes. La desgracia que creó el demonio, al crear Ahura-Mazda la India, fue, en cambio, el excesivo calor.

Esta historia de la creación de las tierras de los arios en el Asia, tal como se nos ha conservado en el *Avesta,* va seguida de una fabulosa leyenda que se refiere a su emigración. Un primer rey mitológico de los arios, llamado *Yima,* es quien se cuida de *ensanchar la tierra.* Ahura-Mazda pregunta a Yima si quiere ser predicador y dar una ley a su pueblo. Yima contesta que no, que él no ha nacido para ser predicador o fundador de un credo religioso. Es, pues, Yima uno de estos conquistadores de Asia que extienden la tierra bajo sus pies. El poético texto del *Avesta* explica la *expansión* de los arios, como obra de Yima, en tres sucesivas emigraciones. «Entonces yo, Ahura-Mazda, le dije al rubio Yima: — ¡Oh, rubio Yima!, la Tierra está llena de rebaños, de hombres y perros y hogares, y no hay sitio para más hombres y bestias. — Entonces Yima avanzó hacia el sur por el camino del Sol y empujó la Tierra con su sello y su puñal, diciendo: — ¡Abrete, Tierra, y extiéndete para mantener más hombres y rebaños!—Y entonces Yima hizo la Tierra un tercio mayor de lo que era antes...» Y como Yima, según el *Avesta,* hizo crecer la tierra de los arios tres veces, y cada vez un tercio, así consiguió hacerla el doble de lo que era en un principio.

Tenemos, pues, en el *Avesta* una explicación poética de las emigraciones de los arios. Iban dirigidos por jefes rubios, marchaban hacia el sur con sus rebaños y sus perros; no tenían ley, ni su religión se había concretado en un sistema. Los espí-

Las dieciséis tierras creadas por Ahura-Mazda.



ritus de todo lo existente se habían personificado en *devas* o demonios y en dioses o *ahuras,* tanto para los indos como para los persas. Pero mientras se revela claramente en el *Avesta,* o libro sagrado de los persas, el carácter maligno de los *devas* y la naturaleza benéfica de los *ahuras,* los primeros libros sagrados indos, o Vedas, no tienen todavía una idea justa de la oposición entre *devas* y *ahuras.* Así, pues, cuando ambas razas se separaron, sus supersticiones eran lo que llamamos un *animismo.* Todas las cosas y fenómenos naturales están sostenidos por un espíritu, que hay que hacer propicio con fórmulas mágicas y sacrificios.



Oficiante llevando el haz de tallos de baresma. Tesoro del Oxus.

Los persas tenían una manera especial de adivinar que es común a persas e indos. Cada raza se procura augurios favorables o nefastos de diferente manera; los babilonios auguraban con manchas de aceite en el agua; los etruscos y asirios, examinando los lóbulos del hígado en animales sacrificados; los mayas, por la posición de los granos de maíz; los romanos, con el vuelo de las aves; los arios primitivos, con la posición que toman al caer los tallos de una hierba del desierto llamada baresma.

Con este tipo de mentalidad los arios penetraron en las mesetas entre el mar Caspio y el golfo Pérsico al comenzar el segundo milenio antes de J. C. Los documentos asirios y babilonios no hacen referencia a ellos hasta algo más tarde. Debieron de infiltrarse sin conquista, imponiéndose a los antiguos habitantes por las cualidades de disciplina y organización feudal que caracterizan a los primitivos arios en todo el mundo. Son, pues, los arios de Persia un pueblo joven, si se los compara con los viejos semitas de la Mesopotamia y los más viejos todavía hamitas de Egipto. Los griegos hablan de los persas con una curiosidad estimulada por los sorprendentes progresos de esta nueva nación que aparece en el Oriente. Heródoto, Ctesias y otros escritores clásicos no pueden menos de admirar la disciplina y la moral de los persas. Adivinan, sospechan que son hermanos suyos de raza aquellos bárbaros contra quienes combatieron en Maratón y Salamina. Así es que también de los escritores griegos recibimos información acerca de la historia de los persas; pero sobre todo del *Zend-Avesta,* ya citado, es de donde obtenemos los datos más importantes acerca de la religión y la cultura de los arios de las mesetas del Irán.

Resulta evidente, de algunos fragmentos del *Zend-Avesta,* que, cuando los arios lle-

Unica representación de Zarathustra, en Tak-i-Bostan.



garon a Persia, los únicos animales que tenían domesticados eran el perro y la vaca, y acaso el gallo. El perro era un animal tan precioso, que se habla de él en el *Avesta* como si fuera solamente un poco inferior a los humanos.

Así, por ejemplo, al dar reglas para evitar todo contacto con los cadáveres, adviértese que sólo los cuerpos muertos del perro y del hombre causan una contaminación que requiere sacrificios purificatorios. Se castigan los malos tratos a un perro como si fuera un hombre de raza inferior; se discute seriamente en el *Avesta* si es preferible un híbrido de perro y loba o un híbrido de lobo y perra, y se distinguen las diferentes variedades del perro en categorías. Como castas superiores tiénense los perros domésticos y los perros de pastor. El *Avesta* llega a decir: «El que da mala comida a un perro de pastor es tan criminal como el que sirve mala comida a un noble.» El *Avesta* señala como buena comida de los perros la leche y la carne, pero también castiga a los perros rabiosos como si fueran conscientes y responsables. Se les cortan las orejas a los que muerden por primera vez, una pierna a los que muerden dos veces..., a la quinta se les corta la cola, etcétera.

Largas páginas del *Avesta* están consagradas a los perros, y aunque hoy nos parezcan de un ridículo infantilismo, son preciosas porque nos demuestran el gran beneficio que fue para las razas primitivas la domesticación del perro y el amor con que se recibió en la sociedad familiar primitiva la presencia de este primer compañero de los humanos.

Al llegar al nuevo país, propicio para los cultivos, los arios se decidieron a abandonar la vida nómada para dedicarse a la agricultura. Acaso la visión de la vecina Mesopotamia, que era entonces el jardín del mundo, les inspiraría un cambio tan radical de su vida, pero la conversión de los arios de pastores en agricultores fue asociada a la predicación del gran profeta del Irán, el famoso Zarathustra, del que hablaremos luego. Entre los varios himnos auténticos de Zarathustra que se han conservado en el *Avesta*, se encuentra a menudo este punto de su doctrina: debe abandonarse el nomadismo para empezar una vida sedentaria. «Yo, dice Zarathustra, despertaré y enseñaré a los que quieran ser colonos de un lugar determinado.»

He aquí otro elogio a las prácticas de la vida civil y agrícola que encontramos también en el *Avesta:*

«¡Oh, creador del mundo, tú, dios santo! ¿En qué lugar la tierra es más feliz? —Ahura-Mazda respondió: —En el lugar donde el hombre piadoso celebra sus prácticas religiosas, entonando himnos y haciendo su oración.

»¡Oh, creador del mundo, tú, dios santo! ¿Cuál es el segundo lugar donde la tierra es más feliz? —Ahura-Mazda respondió: —El lugar donde se levanta una casa con un sacerdote dentro, y ganados y mujer y niños y rebaños, y donde el ganado cría y abunda el alimento, donde el perro procrea y la mujer trabaja y el niño crece, y el fuego brilla, y donde toda la bendición de la vida se desarrolla.

»¡Oh, creador del mundo, tú, dios santo! ¿Cuál es el tercer lugar donde la tierra es más feliz? —Ahura-Mazda respondió: —Es el lugar donde el campesino siembra el trigo o el heno, y recoge frutos, donde riega lo que era seco y seca lo que era húmedo y pantanoso.

»¡Oh, creador del mundo, tú, dios santo! ¿Cuál es el cuarto lugar donde la tierra es más feliz? —Ahura-Mazda respondió: —Es el lugar donde pastan más rebaños y ganados.

»¡Oh, creador del mundo, tú, dios santo! ¿Cuál es el quinto lugar donde la tierra es más feliz? —Ahura-Mazda respondió: —Es el lugar donde rebaños y ganados producen más estiércol para quemar y calentarse.»

Por la enumeración de las excelencias del trabajo se ve que el cultivo de los campos es el preferido del genio de la tierra, el dios del suelo. El pastoreo viene ya en cuarto lugar: es el drama de Caín y Abel, que no debió de pasar sin violencias tampoco entre los arios de Persia. Hasta en el *Avesta* encontramos una nota de piedad para la víctima de este cambio. Es la vaca la que habla; la vaca, que probablemente ha sido uncida a la carreta y al arado, lanza un grito a Ahura-Mazda, diciéndole:

«Hacia ti habla el alma de la vaca. ¿Por qué me has creado? ¿Por qué me has hecho, Ahura-Mazda? Todos me fuerzan, todos me oprimen y me roban, y se me llevan con terror y violencia. Nadie más que tú eres mi pastor, concédeme las delicias y el deleite de los pastos.»

Ya se comprende que un cambio así, cambio de país y de ocupación, debía por fuerza de traer un cambio religioso. No en vano los arios dejaron las estepas frías de Asia, todavía llenas de espíritus malignos que atormentan a los nómadas y a los mercaderes que las atraviesan. Marco Polo explica que, aun en su tiempo, los que quedaban rezagados de las caravanas que iban de Turquestán a la China eran desviados del camino por voces de espíritus y se perdían en el desierto. Los relatos de los modernos viajeros dan idea de la mentalidad supersticiosa de los tártaros del Asia Central, que viven todavía en un estado de cultura muy parecido al de los antiguos arios antes de abandonar su Airyana-Vaeja.



Tumba de Ciro I en Pasargada.



Altares del fuego sagrado en las alturas de Persépolis.

¿Pero qué hacer cuando ya los arios viven en un país de sol, en una tierra fecunda y bella, donde los genios maléficos de las estepas son tan extranjeros como los mismos arios invasores? ¿Quién librará a los arios de la Persia de las viejas supersticiones, herencia de sus días de vida nómada? Un profeta.

Un profeta nació de los arios del Irán, cuyas palabras resuenan modernas al cabo de más de 2500 años. Los griegos le llamaron Zoroastro; su verdadero nombre era Spitama Zarathustra. Este nombre extraño no parece tener ningún significado esotérico, ni aun en la lengua más antigua del *Avesta*. Spitama es el nombre de familia. Zarathustra es más bien un apodo que una palabra de alto vuelo. Zarathustra fue un personaje real, que vivió y predicó hacia el siglo VII antes de J. C. No queremos importunar al lector con leyendas póstumas sobre la vida y milagros de Zarathustra, que no se distinguen mucho de los de todos los fundadores de religiones.

Según el *Avesta,* la creación entera lanzó un grito de alegría al nacer Spitama Zarathustra; pero entre tan varias leyendas, hay algunas que deben de reflejar el carácter y ocupaciones de Zarathustra en su mocedad. En una época de sequía, el profeta comparte las provisiones de su padre con los necesitados. Otra vez encuentra en su camino una perra, con cinco cachorros, que están muriéndose de hambre; Zarathustra trata de reanimarla, dándole el pan que lleva, pero la bestia muere a pesar de su auxilio. A los veinte años abandona su casa y viaja por el mundo para averiguar quién es el hombre más justo y que más socorre a los pobres. Cuando llega a la pubertad, su padre, según costumbre del Oriente, debe buscarle esposa, pero él quiere verla antes de casarse. Los griegos añaden que Zarathustra guardó silencio durante siete años seguidos, y el *Avesta* conserva el recuerdo de sus meditaciones en una cueva.

Es posible que Zarathustra tuviera al principio la tentación de transigir con las supersticiones y prácticas prehistóricas de los magos; debió de reconocer que algunas de las maneras de la vieja religión eran compatibles con la verdad que él deseaba imponer y por esto aceptó el culto del fuego sagrado, que transforma en vapor y humo todo lo que es impuro. El culto del fuego fue el principal de los persas; más tarde recono-

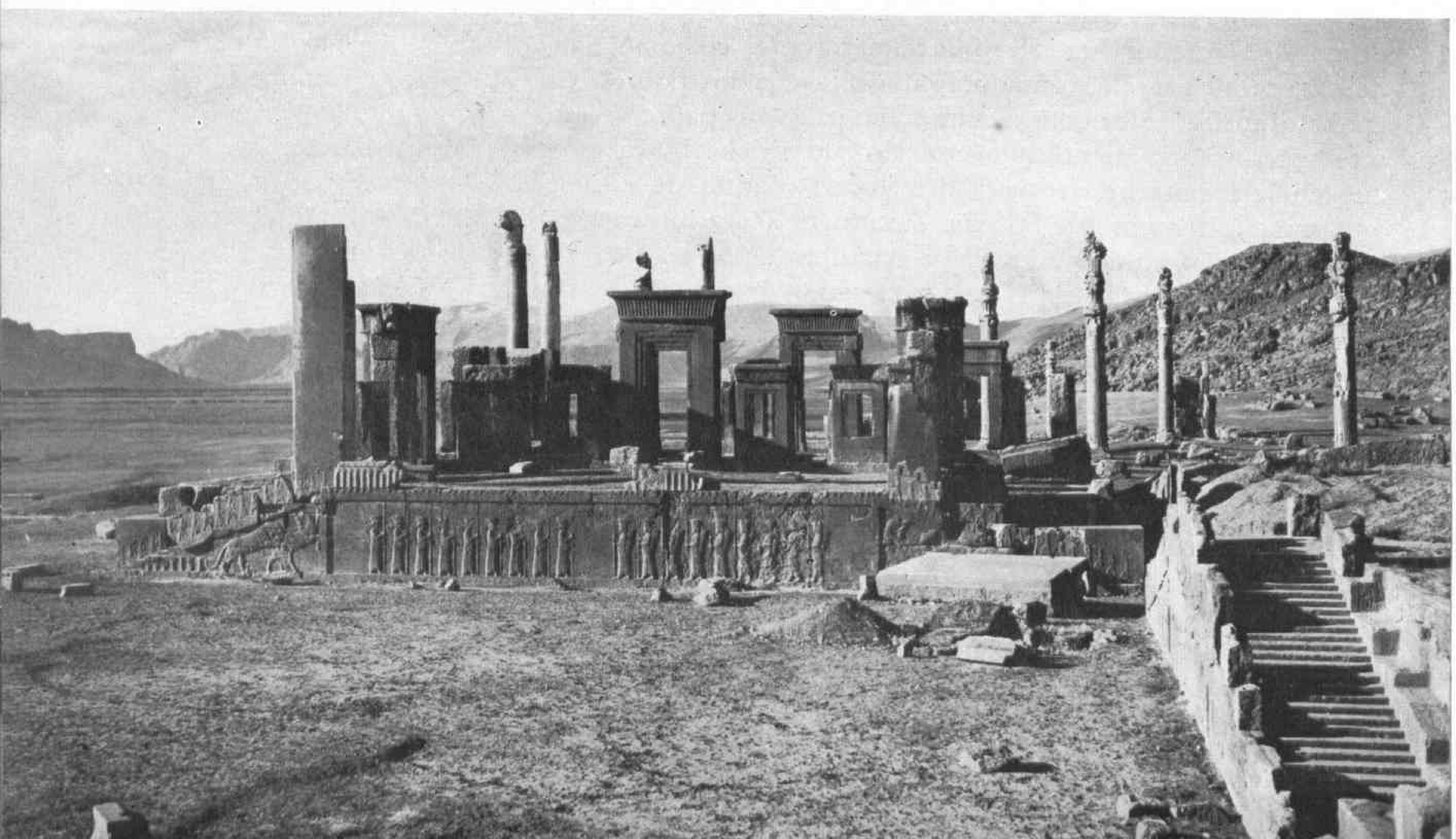
cieron la santidad del agua, que personificaba una diosa, Anahitis, pero secundaria, pues el agua limpia y clarifica las impurezas, mientras que el fuego las elimina definitivamente. En tiempo de Zarathustra y sus discípulos, Anahitis no aparece todavía emparejada con Ahura-Mazda, el dios del fuego, de la luz, de la verdad integral. Ya mucho más tarde se elevó en categoría.

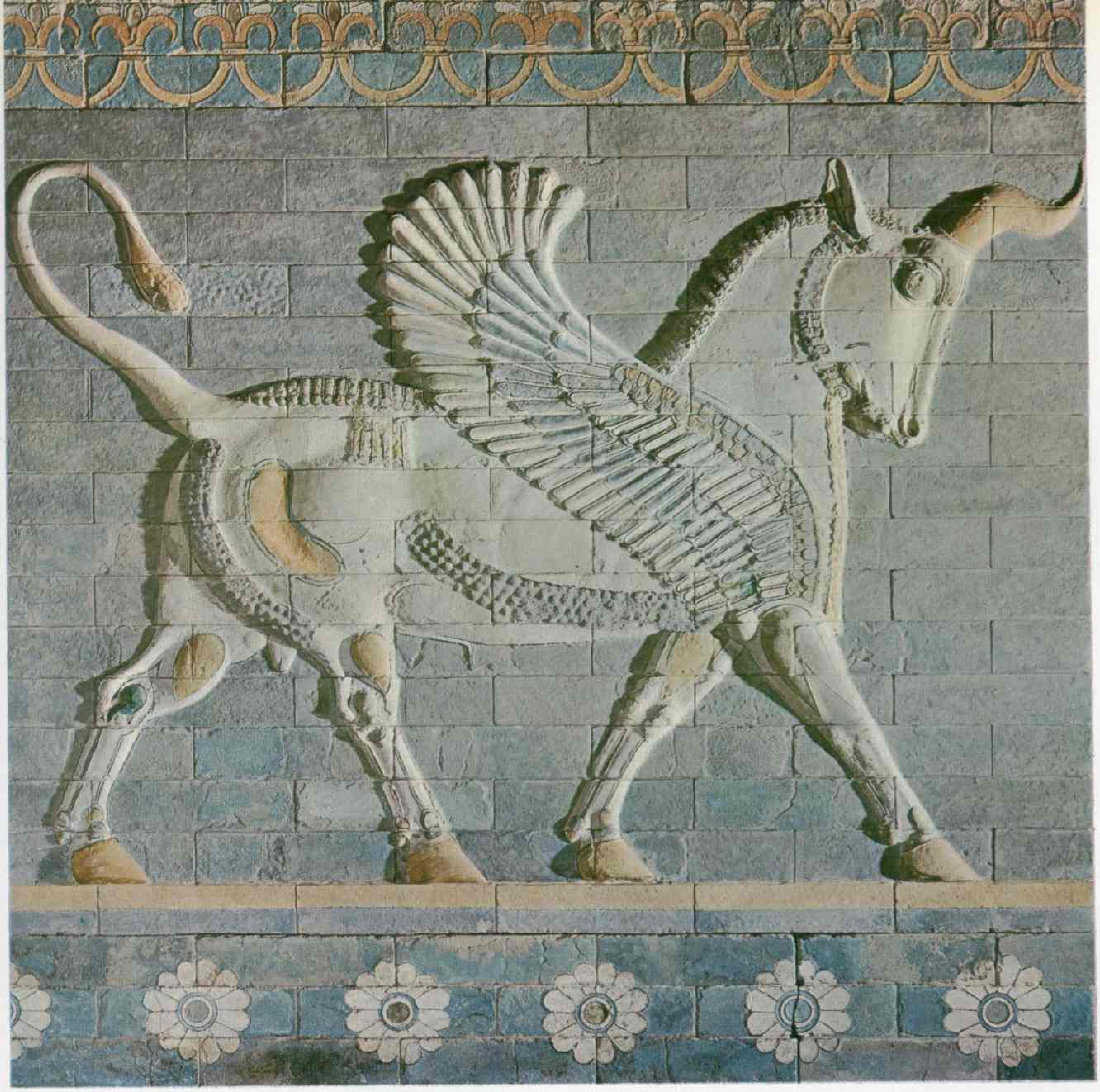
Debió de luchar duramente para fortalecer su fe. A veces se queja de cuán difícil es comprender la razón de las cosas; sus palabras carecen de diafanidad, se ve que cada frase debía de parecerle inspirada luego de largos períodos de éxtasis sin comprensión. Zarathustra es, en este sentido, mucho más primitivo que los profetas hebreos, se nota que no ha tenido precursores. Como Mahoma, encuentra a su pueblo hundido en una superstición irracional y con dificultad logra excitarlo para emprender un nuevo camino, que, sin ser el mejor, representa un gran progreso. Pero su fe es positiva; la fe de Zarathustra es una de las concepciones más nobles que ha producido la humanidad. Es probable que Zarathustra fuera, en su juventud, un sacrificador o *shaman,* y como tal aprendiese fórmulas tradicionales y exorcismos asiáticos que tuvo que olvidar. Al menos, así parece poder entenderse de estas palabras: «Yo, como un sacerdote, buscaré los caminos de justicia y aprenderé las maneras de cultivar los campos...»

Zarathustra hubo de sufrir persecuciones. He aquí sus palabras, que no son palabras de un ser mitológico, sino de un hombre de carne y hueso: «¿A qué país huiré, dónde me esconderé? Mis compañeros y los nobles se separan de mí, y el pueblo no me quiere, ni los mentirosos que gobiernan la Tierra. ¿Cómo podré satisfacerte, oh, Ahura-Mazda? Ahora conozco que he fracasado; tengo muy pocos amigos en mi casa y pocas vacas en mi establo. No me abandones, Ahura-Mazda, ayúdame como un amigo ayuda a su amigo. Enséñame rectamente a pensar bien.» Así habló Zarathustra. El profeta del fuego, de la acción, de la luz, de la verdad, también tenía sus horas de sombrío pesimismo.

Por fin triunfó. Un profeta ario como Za-

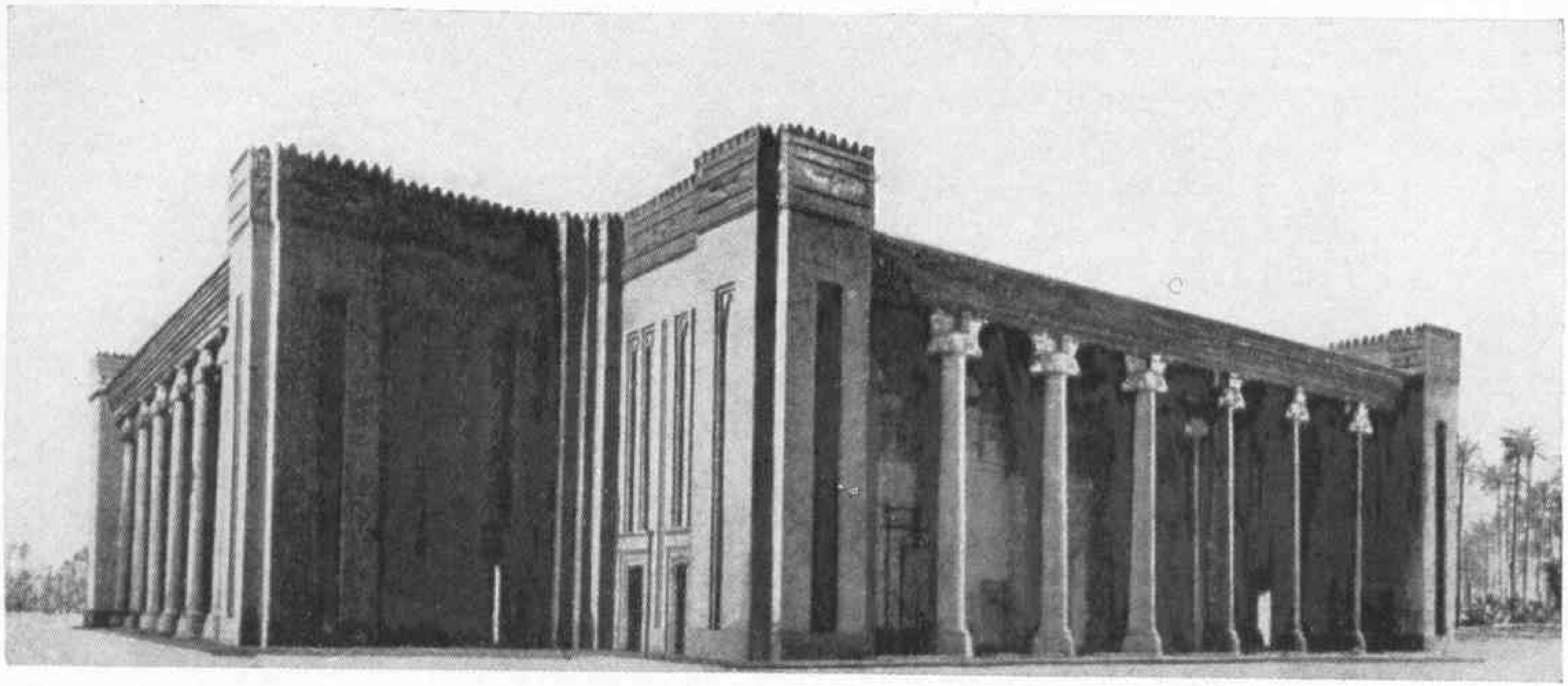
Ruinas de Persépolis, la capital de Darío y sus descendientes.





Toro alado del palacio de Darío en Susa. Cerámica policroma. Louvre.

rathustra no podía ganar el Cielo muriendo apedreado, como un profeta semita. A los diez años de predicación, Zarathustra consiguió convertir al primer adepto, su primo Maidiomaná. Dos años más tarde convirtió Zarathustra a un jefe, Histaspes, que se entregó con todo el ardor de un neófito a la propagación de la nueva fe. Histaspes, que es el Constantino de la religión de Zarathustra, emprendió campañas temerarias contra los nómadas vecinos para imponerles la fe nueva de los arios. Fácil es que Zarathustra le excitara en sus guerras contra los turanios, adoradores de los espíritus malignos y rebeldes a la vida sedentaria. Zarathustra, en sus años de proselitismo, predicando como un misionero, también fue a predicar a los *gentiles* de otra raza. Aca-



Reconstrucción de un palacio persa en Susa.

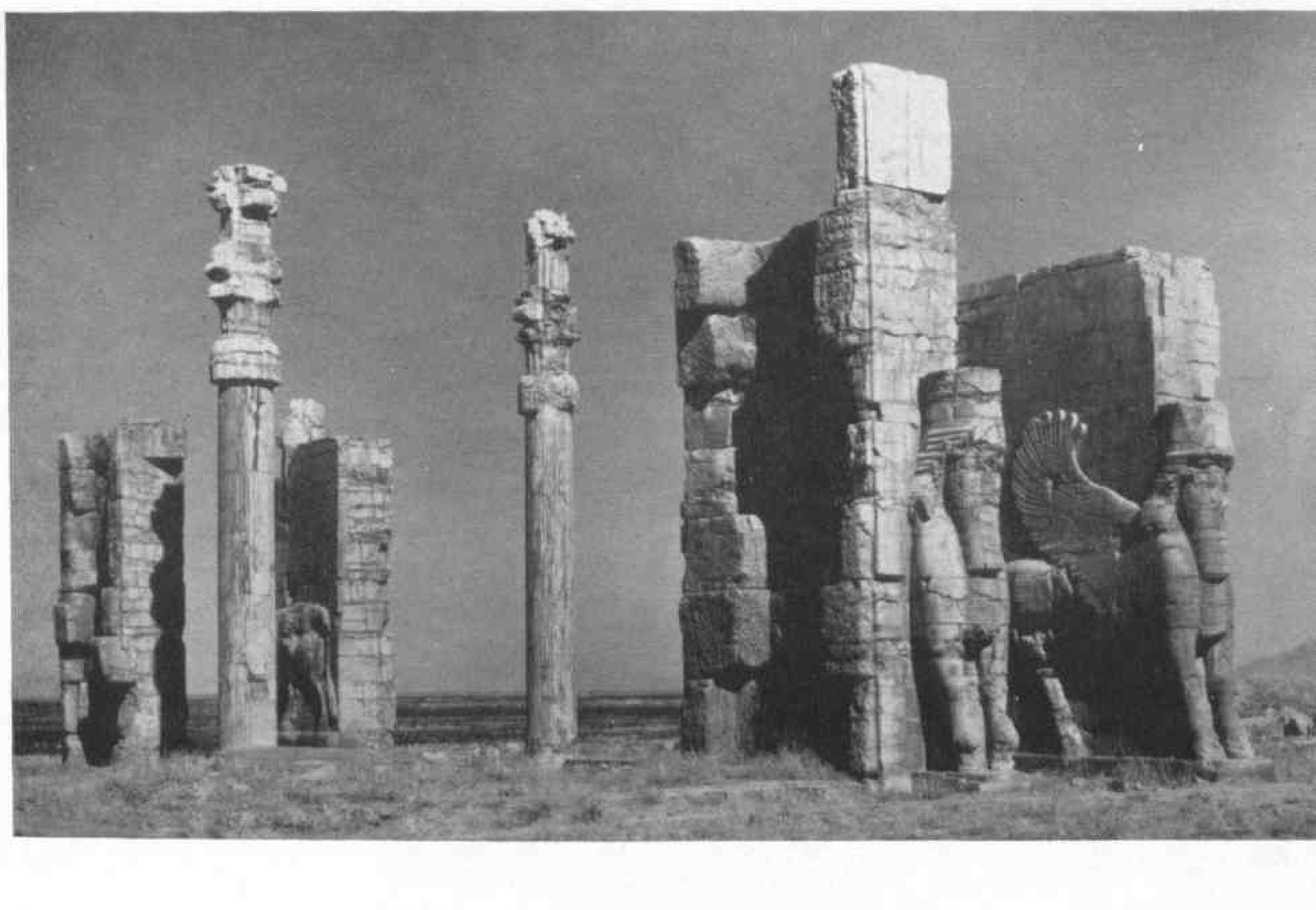
so creyó encontrar en ellos más deseo de conocer la verdad que en los hombres de su pueblo. ¡Vana esperanza! Los turanios nómadas le recibieron tan mal como los arios y su propia gente. Detalle interesante es que Zarathustra pide a un jefe tártaro que le entregue cien adolescentes de uno y otro sexo, con caballos, para consagrarlos a las nuevas ideas. Eso recuerda el plan de Bolívar, en su proyecto de la Gran Colombia, de educar a jóvenes escogidos, dándoles una preparación para la vida civil y creando artificialmente una aristocracia. ¿Es que Zarathustra quería, con sus cien parejas, dar una prueba convincente de las ventajas de su nueva religión? No lo sabemos. El jefe tártaro a quien Zarathustra hizo esta proposición le contestó con una frase despectiva. El predicador vagabundo volvió a su casa, y ya hemos dicho que entre los suyos consiguió los primeros adeptos.

Sobre todo, la conversión de Histaspes cambió por completo la situación de Zarathustra. Una amistad fraternal se estableció entre el rey y el profeta. La corte entera de Histaspes se convirtió a las nuevas ideas. El hermano del rey, su hijo, su esposa Hutaosa o Atosa, el visir Farahrusta y su hermano Jamaspes se mencionan en el *Avesta* como formando el pequeño círculo de escogidos que rodea al profeta. Algunos de los himnos del *Zend-Avesta* se atribuyen a los miembros de este cenáculo religioso de la corte de Histaspes. En uno de estos himnos, Zarathustra parece dirigirse a un grupo selecto, congregado en torno del fuego sagrado: «Y declararé en esta asamblea de santos las palabras justas de Ahura-Mazda, los himnos del buen espíritu y la verdad que yo veo surgir de las llamas de este fuego. Abrazad el espíritu de la tierra, arad y cultivad los campos, contemplad las llamas del fuego santo con devoción. Que cada uno de vosotros, hombre o mujer, escoja entre el bien y el mal. ¡Vosotros, descendientes de antepasados ilustres, aprobad mi mensaje, despertad!»

No se conoce con exactitud el lugar de la corte de Histaspes, pero es evidente que éste no debía de ser un gran monarca, sino un príncipe feudatario que tenía que pagar cierto tributo a los tártaros nómadas vecinos. Para acabar con esta vergüenza, el protector de la fe (ya hemos dicho que tal vez inspirado por Zarathustra) emprendió dos guerras santas contra los infieles. Es el mismo proceder de Mahoma, que, en lugar de imponer el Alcorán a los árabes del in-

terior, lanza su puñado de conversos de la Meca y de Medina contra Siria y Mesopotamia. Consiguiendo triunfar en el exterior, una fe nueva tiene siempre más seguridad de éxito. Estas *guerras de religión* del Irán están vagamente mencionadas en el *Avesta.* Es posible que sólo fueran dos esfuerzos de Histaspes para rechazar las invasiones de los turanios, que pretendían a la fuerza cobrar los tributos acostumbrados. Más tarde se describen las batallas como acciones heroicas en las que realizan proezas los hijos y parientes de Histaspes. Zarathustra no combate; las *guerras de religión* acaecieron en los últimos años de su vida.

Se cree que el profeta murió asesinado por un tártaro fanático, o acaso por un mago, partidario del viejo sistema religioso de los espíritus malignos. Para que no faltara a su vida un final sobrenatural, se inventó más tarde la leyenda de que Zoroastro o Zarathustra murió disuelto en un rayo que envió el Cielo para librarle de las torturas de la agonía. A su muerte la vieja superstición recobró alientos por algún tiempo, pero la reacción no sirvió más que para completar la gloria del profeta. En el *Avesta* ya encontramos este versículo, divinizando al predicador: «A Mazda y Zarathustra nosotros adoramos.» Se le representó como un ser fantástico, con alas y un cetro, o bastón, en las manos. Más tarde aún, se le identificó con los magos, sus peores enemigos. Pertenecían éstos a una tribu de los medos, vecinos de los persas, y hasta es dudoso que fueran arios, pero se habían asociado con los persas en la emigración y trataron de imponerles su gobierno. No fueron capaces de conseguir políticamente grandes resultados, pero consiguieron, adulterándola, diluir la religión de Zarathustra. Los magos debían de ser los sucesores de los mismos curanderos brujos que Zarathustra combatió toda su vida. Al ver que la nueva fe tomaba arraigo y no era una moda pasajera, aceptaron los magos también a Zarathustra tratando de armonizar sus rituales con la noble predicación del gran profeta. Por desgracia, la humanidad ha mostrado siempre una clara tendencia a admitir estas síntesis entre la vieja superstición, que ha arraigado en los corazones, y la fe nueva, que satisface a la razón. El *Zend-Avesta,* en su redacción actual, es la obra de los magos y un patente ejemplo de cómo pueden llegar a deformarse los más elevados preceptos cuando caen en ma-

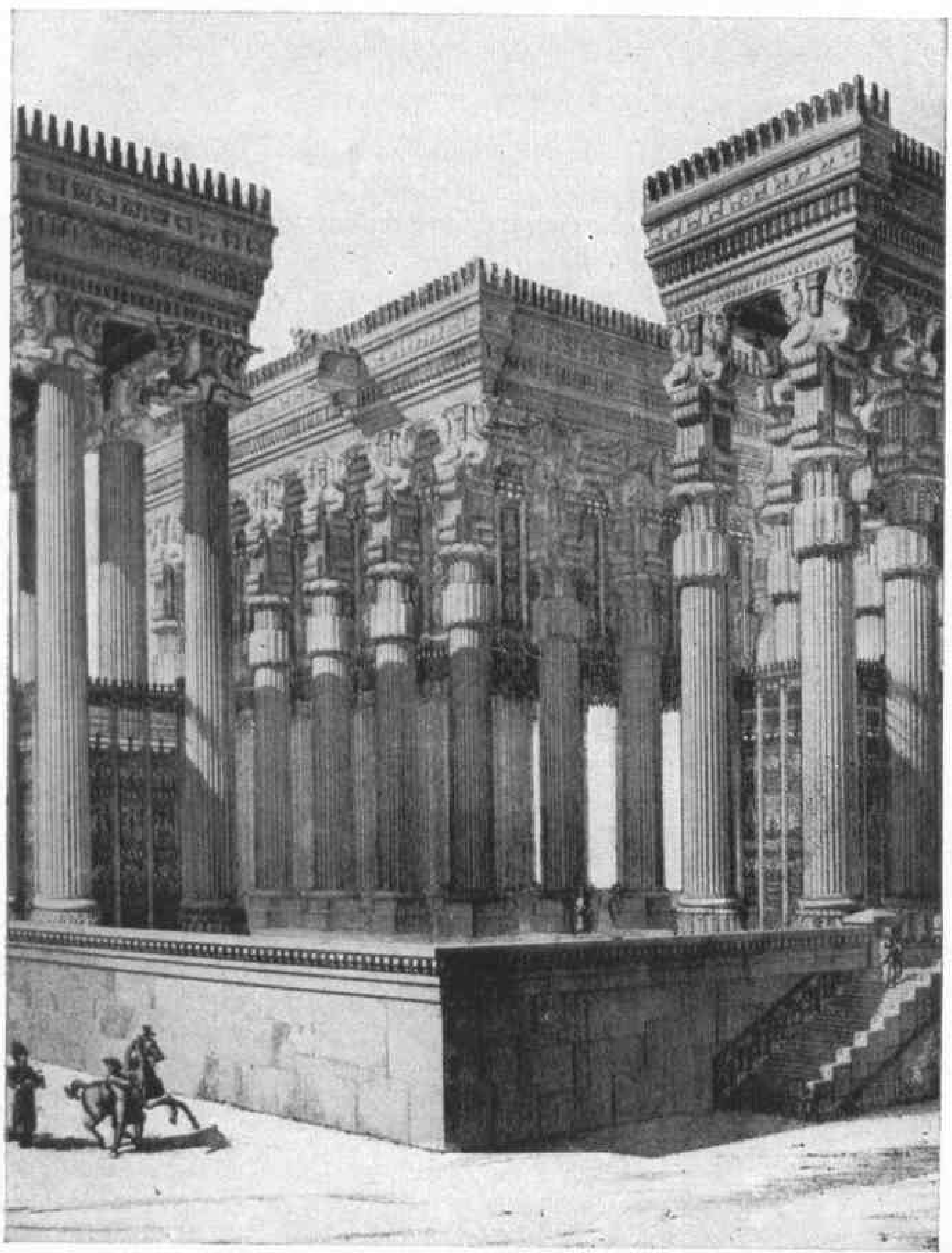


Restos de los propileos de la residencia real de Persépolis.

nos de una casta sacerdotal. Ya hemos visto que en el *Avesta*, mezcladas con los himnos de Zarathustra, había fábulas sobre la Creación y tradiciones milenarias de los arios. Pero no es esto lo peor: hay en el *Avesta* capítulos y más capítulos con detalles menudos del ritual de los magos que acaban por desesperar al lector más avezado a esta clase de lecturas. Largos capítulos del *Avesta* exponen el método de purificación de los que han tocado el cadáver de un hombre o un perro; y como toda parte muerta de hombre o de perro contamina irremisiblemente, hay un capítulo que prescribe lo que ha de hacer un hombre al cortarse los cabellos o las uñas. Precisa enterrar los cabellos y las uñas que se han cortado según un ritual muy puntualizado. Cuando un hombre se peina o se corta las uñas, debe hallarse a una distancia mínima de diez pasos de los demás, para no contaminarlos con un pedazo de uña o un cabello que podrían caer; estar a veinte pasos del fuego, a treinta del agua, etc. El *Zend-Avesta* produce hoy el mismo efecto que nos produciría la Biblia si los judíos hubiesen reconocido a Jesús como uno de sus profetas y mezclado con desorden las parábolas del Evangelio con el *Génesis* y el *Talmud*. Y aun con el agravante de que no nos hubieran llegado más que fragmentos.

Porque, según los escritores clásicos, Zarathustra escribió mucho más de lo que positivamente suyo se ha conservado en el *Avesta*. Afírmase, por ejemplo, que al incendiar Alejandro, en una noche de orgía, a Persépolis, la capital de los persas, se quemaron doce mil cueros de vaca en los que se habían escrito tratados de los que el actual *Avesta* es sólo un fragmento. No creemos que nadie deplorase mucho su destrucción si tales escritos debían reservarnos sólo las pintorescas instrucciones ya mencionadas, pero la pérdida de las palabras de Zarathustra ya es más deplorable.

Con seguridad que el lector comienza a impacientarse, preguntando cuál es, al fin y al cabo, el mensaje de este famoso Zarathustra, que hemos comparado con Mahoma y con los profetas hebreos. Se ha señalado ya su intervención en materias de la vida práctica, como la del paso del nomadismo a la vida sedentaria. En las cuestiones morales su criterio es también decisivo. A los innumerables espíritus, genios de cada cosa y causas de todo el bien y de todo el mal, Zarathustra opone dos principios, *nacidos gemelos:* el buen espíritu, Ahura-Mazda, trabaja por unir y edificar; el maligno, Angra-Mainyu, trabaja por desintegrar y destruir todo lo que existe. Estos dos espíritus, mejor dicho, estas dos fuerzas, luchan continuamente; vienen peleándose desde el origen del mundo. No hay descanso para ellas, ni puede lógicamente haberlo. El hombre, en este conflicto, no debe hacerse propicio al maligno con exorcismos—sería cobardía, maldad—, pues no haría sino



Reconstrucción de uno de los palacios de Persépolis.

Toro alado de Persépolis, herencia del sincretismo religioso mesopotámico y asirio.



agravar sus males. Debe, en cambio, aumentar la vida y la acción, para así ayudar a Ahura-Mazda en su perpetuo construir y afirmar. He aquí descritos, en términos algo modernos, los principios capitales de la predicación de Zarathustra. Ya hemos dicho que su concepción es algo obscura; la mente primitiva del profeta del Irán no puede expresar las ideas con el tecnicismo científico que usamos ahora. Al leer los balbuceos de Zarathustra, nos duele que no pudieran llegar hasta él los conocimientos modernos. Hoy más que nunca, él insistiría en que la vida es acción, lucha, trabajo, afirmación, verdad, luz, fuego... Este mundo no es una sombra, sino una poderosa realidad, de la que el hombre no sólo es testigo, sino una parte principal. Por obra del hombre triunfa Ahura-Mazda, el espíritu creador. El maligno produce el mal y la muerte, pero el hombre se mantiene y procrea. Ya se comprenderá que las virtudes capitales, según el *Avesta,* han de ser la fe, la veracidad y la actividad. Pensar bien, hablar bien y obrar bien son las tres cualidades que Ahura-Mazda reclama de sus adeptos.

Tan sorprendentes recomendaciones produjeron un pueblo que causaba maravilla a los antiguos. Heródoto, cinco siglos después de la predicación de Zarathustra, describía las costumbres de los persas con estas palabras: «No tienen los persas imágenes de dioses, ni templos ni altares. Suben a las altas montañas para ofrecer sacrificios al dios del firmamento. Asimismo ofrecen sacrificios al Sol, a la Luna, al fuego, al agua y a los vientos...» Aquí Heródoto se refiere, naturalmente, a los ritos de los magos después de la muerte de Zarathustra, pero añade que las ceremonias consistían principalmente en cantar himnos. «De todos los días del año, el que más celebran los persas es el aniversario de su nacimiento... Después del valor personal, lo que

más admiran es la fecundidad... Cada año el rey envía un presente a aquel que puede enorgullecerse del mayor número de hijos... Los hijos son educados, desde que tienen cinco años hasta que cumplen veinte, en sólo tres cosas: montar a caballo, tirar al arco y decir la verdad.

»Los persas — continúa diciendo Heródoto — consideran que es injusto hablar de algo que no sea justo de hacer. La cosa más infamante para ellos es decir una mentira, y después de ésta, la peor cosa es contraer deudas, porque el que tiene deudas, tiene que mentir por necesidad... Los persas nunca ensucian las aguas de los ríos con letrinas, ni aun se lavan las manos en el agua corriente, porque consideran sacratísimos a los ríos...»

Así continúa expresándose el Padre de la Historia, mezclando auténtica información con disparatadas ideas sobre el origen y las costumbres de los persas, pero, por lo copiado, el lector habrá advertido que Heródoto sabía algo de la religión de Zarathustra, aunque no lo mencione. El respeto a la verdad y el capítulo de las deudas, ya aparecen en el *Avesta;* el deseo de procrear, el tirar al arco, son también ideas de Zarathustra; en cambio, la superstición que refleja el respeto a las aguas de los ríos, y otros puntos mal interpretados por Heródoto, son parte de lo que introdujeron los magos.

Sin embargo, cuando un destello del espíritu divino relampaguea en el mundo, las malas artes de los magos o sacerdotes-brujos no pueden conseguir apagarlo por completo. Algo quedó en los persas de la fe de Zarathustra, a pesar de las supersticiones renacientes. Cuando Creso se preparaba a pelear contra los persas, he aquí lo que le dijo, según Heródoto, uno de sus consejeros hititas: «Vas a hacer la guerra contra hombres que llevan pantalones de cuero y van vestidos de cuero; que no comen sino lo que produce el suelo pobre e ingrato de su país; que no beben vino, sino agua; que no tienen higos ni nada bueno al paladar... ¿Qué vas a ganar si los conquistas, si no tienen nada que perder? Y si ellos te vencen a ti, calcula las riquezas que perderás.» Creso no se dejó persuadir por estos consejos, que decían la verdad, añade Heródoto, «porque en realidad antes de la conquista de Sardes los persas no tenían nada superfluo».

Pero ya el mismo Heródoto, en otros párrafos, nos dice que los persas eran muy aficionados al vino y que lo bebían en grandes cantidades. «Es una práctica suya el deliberar los negocios importantes cuando están borrachos, pero no toman ninguna resolución hasta el día siguiente, cuando su cerebro está despejado. Algunas veces discuten los asuntos antes de emborracharse, aunque siempre vuelven a tratarlos después de haber bebido.» Las borracheras de Cambises, el hijo de Ciro, son famosas en la Historia y su suicidio final pudo ser resultado del alcoholismo.



Columnas de la «apadana» de Persépolis.

Monarca persa combatiendo a un *deva*, o espíritu maligno, alado y leonino. Persépolis.



Y el peligro, en una doctrina toda acción y entusiasmo, como la de Zarathustra, consiste en traspasar los límites de la moderación y del justo medio. Zarathustra no se atrevió a condenar las bebidas alcohólicas porque los arios de Persia tenían, desde muy antiguo, la costumbre de embriagarse con una bebida sagrada que se llamaba *la Haoma*. Los indos bebían también este excitante, y lo beben aún los brahmanes en sus ceremonias. Ya se comprenderá qué partido sacarían los magos de esta tolerancia de Zarathustra para la bebida. Especialmente los medos, que habitaban al noroeste de Persia, y nación a la cual pertenecía la casta sacerdotal de los magos, debieron, como dice Heródoto, de abusar del vino.

Y vamos, por fin, a explicar brevemente algo de su historia. Los medos fueron los primeros que trataron de unificar el gobierno de todas las tribus más o menos arias y más o menos convertidas por la predicación de Zarathustra entre el Oxus, la Mesopotamia y el mar Caspio. Tenían su capital en Ecbatana, la moderna Hamadán. El año 608 antes de J. C. los medos contribuyeron a la toma de Nínive, acompañando a una correría de nómadas escitas, mejor dicho, contribuyeron a incendiar y saquear la madriguera de los feroces conquistadores asirios, que los escitas habían tomado casi por sorpresa. Nunca más Nínive volvió a reedificarse; cayó una sola vez, y su castigo fue tan duro como lo había sido su dominación.

Al principio del siglo VI antes de J. C. la hegemonía pasa a los arios del Sur, los persas, y en seguida se nota un gran cambio en la política. Aunque al principio Persia era un pequeño estado montañés, pronto apareció el fundador y conquistador, el gran Ciro. Este debió de ser un caso de jefe ambicioso que se impuso a vecinos mucho más fuertes que él: Media, más al norte, y Lidia, con Creso, que había sucedido al reino hitita en Asia Menor (555). Después de cortas campañas contra los que resistían, Ciro entró en Babilonia, la metrópoli del Asia, como un libertador. Hay en realidad una gran diferencia entre el vuelo de buitre de los medos, en Nínive, y el planear de águila de Ciro, en Sardes. Pero no parece que Ciro fuera todavía un persa, sino un jefe turanio de la primitiva raza que encontraron los arios al entrar en Persia. No es Ciro un adorador de Ahura-Mazda ni un discípulo de Zarathustra. La genealogía de Ciro ha podido aclararse recientemente. Heródoto dice que Ciro era hijo de una princesa meda y de un magnate persa; ya para los antiguos no fue, pues, Ciro un persa de pura sangre. Pero en las modernas excavaciones de Babilonia ha aparecido un cilindro de Ciro con ins-

cripciones cuneiformes, en el que el jefe de los persas declara ser hijo de un elamita o turanio, y así pierde Ciro todo derecho a ser llamado persa. Es verdad que conduce a los persas a la conquista de Babilonia, pero esto debió de hacerlo al modo de un caudillo de la vieja raza que se aprovecha de la sangre nueva y del entusiasmo de los recién llegados. Su conducta, después de haber entrado en la gran ciudad de Babilonia, es la de un admirador de la antigua capital del Oriente. Restaura todos sus templos y las estatuas de los dioses semitas son tratadas con respeto.

Ciro cae mortalmente herido en una batalla con los escitas nómadas del sur de Rusia y le sucede su hijo Cambises, quien lleva a medos y persas a la conquista de Egipto. Heródoto (que pretende ser autoridad para la historia de Egipto porque ha visitado el delta como turista) quiere hacernos creer que Cambises cometió en Egipto atrocidades, destruyó los templos y mató por su propia mano al buey Apis. Ahora bien, el buey Apis del tiempo de la estancia de Cambises en Egipto ha aparecido en nuestros días embalsamado, sin señales de muerte violenta. Inscripciones de Cambises en los templos egipcios demuestran que, no sólo no los destruyó, sino que hasta los restauró y practicó su culto. La conducta de Cambises en Egipto resultaba muy extraña para el jefe de un Estado inspirado en la religión de Zarathustra. El sucesor espiritual de Histaspes, muriendo de borrachera y apresurándose a sacrificar a los dioses extranjeros, parecía una aberración. Ahora todo esto se aclara al advertir que Ciro y Cambises no eran persas ni adoradores de Ahura-Mazda.

A la muerte de Cambises, la casta sacerdotal de los magos trató de recobrar el poder, pero su dominio duró pocos meses. Heródoto nos ha conservado los más pintorescos detalles de la revolución de los persas y la matanza de los magos, que siguió después. Esta *San Bartolomé* de los magos se conmemoraba, en el calendario persa, con una fiesta anual que Heródoto llama *Magofonía*. «Ningún mago se atreverá a salir de su casa en este día.» La diferencia, mejor dicho, el antagonismo entre la religión de los magos y la de los persas queda, pues, bien patente. El nuevo rey Darío es ya un persa y un ario y un adorador de Ahura-Mazda. Así se llama él en sus inscripciones; para Darío la mentira es lo mismo que la maldad. Siguiendo al *Avesta*, Darío usa indistintamente la palabra *mentira* para significar crimen, traición, bajeza. Hasta en los detalles de su proclamación, referidos por Heródoto, vemos un extraño recuerdo del *Avesta*. Los magnates persas, conjurados contra los magos, acuerdan aceptar por rey a aquel cuyo caballo relinche primero al rayar el alba. En el *Avesta* se habla a menudo de la virtud de madrugar y el gallo es sagrado porque anuncia la salida del Sol. El caballo de Darío debía de estar acostumbrado a relinchar al amanecer, acaso porque su amo solía montarlo muy temprano. Heródoto, empero, con picardía helénica, recuerda una tradición según la cual el caballerizo de Darío, llamado Eabanes, engañó al bruto con el olor de una yegua. Nosotros preferimos imaginarnos a Darío cabalgando muy temprano, con su cortejo de guerreros, para dirigirse a la montaña, a cuya cumbre ascenderían todos para entonar los himnos del *Avesta*, creyendo distinguir entre las brumas del amanecer el resplandor de Ahura-Mazda. He aquí las palabras textuales de Darío en su gran inscripción de la roca de Behistún. Juzgue el lector si son o no de un discípulo de Zarathustra.

«...Así dijo Darío, el rey: — Estas gentes (los magos) se habían rebelado; la mentira les había hecho rebeldes, habían engañado al pueblo. Ahura-Mazda me los entregó en mis manos. Todo lo que he hecho yo, lo he hecho por obra y gracia de Ahura-Mazda. Quienquiera que seas tú, que lees esta inscripción, créela firmemente, no hay en ella mentira. Que Ahura-Mazda sea testigo de que digo verdad, y no mentira, en el relato de mis hazañas...»

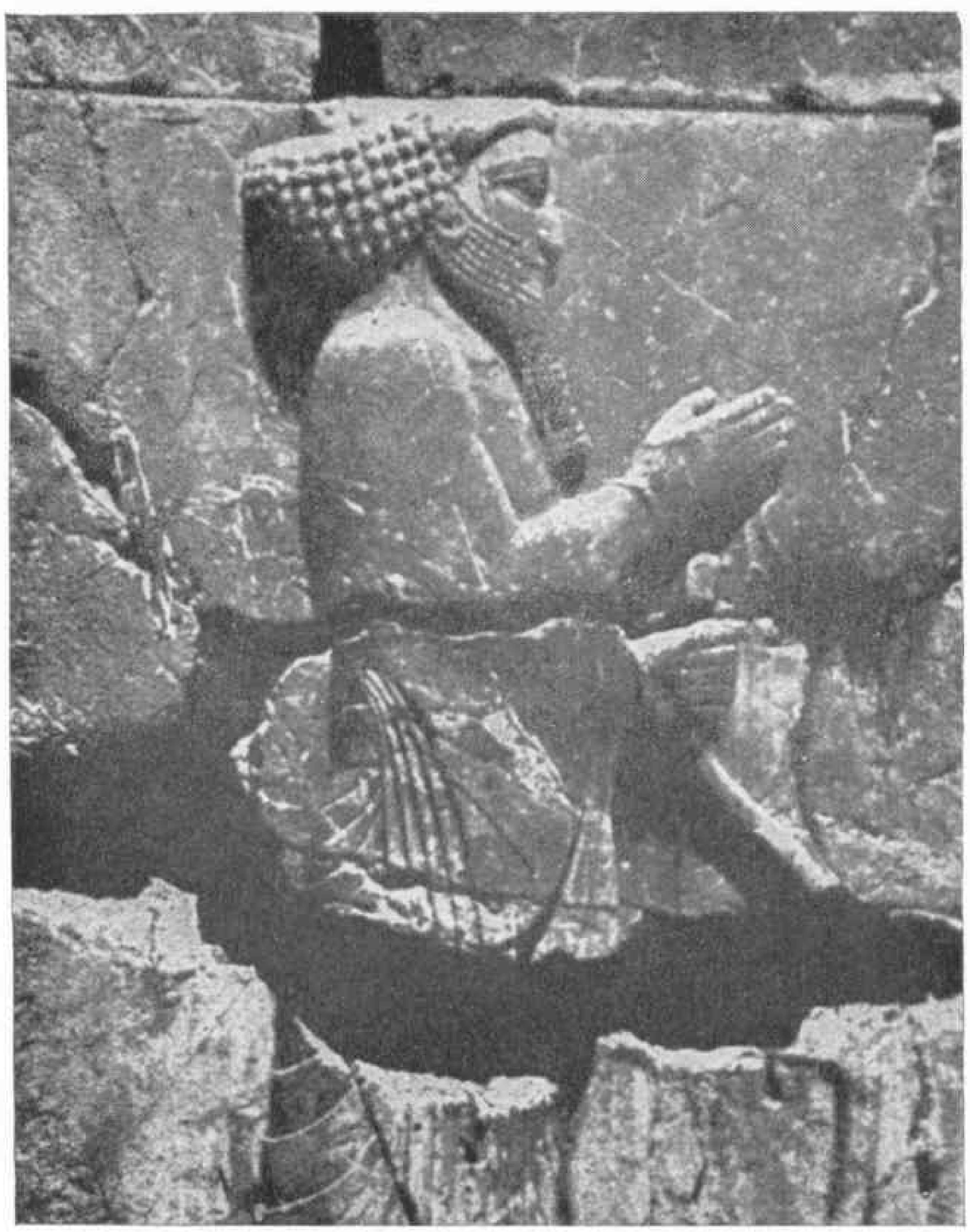
¿Quiénes eran aquellos persas cuyos mo-

narcas, sin antecedentes históricos, habían unificado el Asia y establecido un nuevo régimen más digno? Hablaban una lengua indoeuropea, o aria, pero respetaban las de sus súbditos y subordinados, pues no había esclavos entre los persas. Estos no habían llegado a crear una escritura original; se valieron siempre de los signos cuneiformes y no hay manifestaciones artísticas de estilo persa anteriores a la época de Darío. Los primitivos monarcas Ciro y Cambises tenían su capital en el llano de Pasargada, al extremo sur de su Estado. Allí queda una columna en pie, sin forma característica, y un bloque con el relieve de un genio alado y gran corona que se identifica como un retrato del propio Ciro.

La tumba sí que existe y fue visitada por el joven Alejandro en su ruta hacia la India. Se desvió para ver lo que quedaba dentro del humilde edículo rodeado de columnas que sirvió para guardar el cadáver del gran Ciro. ¿Qué había dentro? ¡Nada! Nada, de aquel que había sido el más fabuloso conquistador del Asia... Allí está todavía, en el llano de Pasargada, con un nada aterrador. De su hijo Cambises, todavía menos; sin retrato honorífico, sin tumba, sólo algunas inscripciones en Egipto, agregadas a los jeroglíficos de los templos, confirmando sus derechos.

Se desconoce cuál era la religión de los primitivos persas del tiempo de Ciro y Cambises. ¿Cuál era la fe que les empujaba a lanzarse a sus conquistas? Ciertamente todavía no la religión de la verdad y el culto del fuego que predicó Zoroastro. Probablemente algo como las complicadas supersticiones de los magos, o sacerdotes de los medos (augurios, profecías y ritos propiciatorios), pero aplicados sin empeño de proselitismos, sin insistir en proponer el mismo fanatismo a todo el mundo. Ello explica que Ciro, al entrar en Babilonia, concediera a los judíos y demás pueblos esclavizados el derecho de regresar a sus países llevándose los dioses y ajuares de los templos que los asirios transportaron a tal metrópoli.

La tolerancia de los persas les permitió distribuir sus posesiones, es decir, toda el Asia, desde el mar Caspio al Mediterráneo, en 20 regiones o provincias autónomas, que llamaron *satrapías*. Mientras los conquistadores asirios imponían a los pueblos vasallos un gobernador que no tenía que dar cuenta más que al omnipotente rey de Asiria, los sátrapas persas reconocían la variedad de los vasallos que gobernaban y los permitían valerse de sus costumbres tradicionales, diferentes en cada satrapía. Esto parecía que debía ser la perfección y producir inmediato bienestar. En las satrapías occidentales había dos partidos, formados en los siglos de la colonización helénica: el aristocrático, el de los antiguos señores, que con un senado de ricos financieros y propietarios rurales dirigían los negocios, y otro más de-

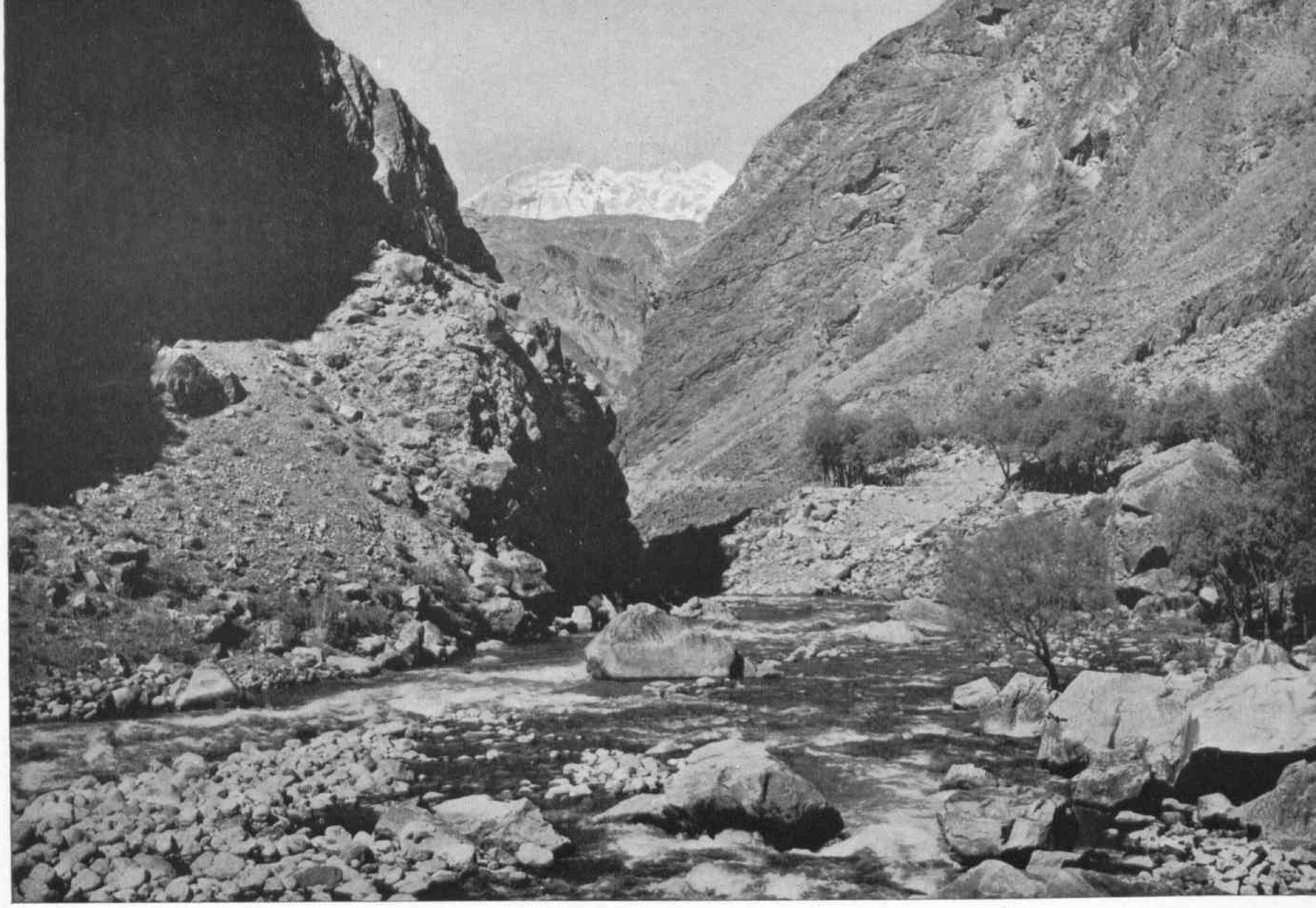


Darío el Aqueménide, adorando el fuego.

mocrático, de asambleas municipales regidas por un cacique o tirano. Así sucedía sobre todo en las grandes ciudades de la Jonia, en Naxos, Samos, Focea, Efeso y Mileto. Los sátrapas establecidos en Jonia se mantuvieron dignos, con gran respeto por el partido aristocrático, pero también aceptaron la alianza de los tiranos cuando se ofrecían a colaborar. Al lado del sátrapa, casi siempre miembro de la familia real, estaba el canciller, que entendía de la policía o gobierno interior, y un comandante del ejército de los sátrapas, siempre poco numeroso. Inspectores itinerantes tomaban cuentas para informar al Gran Rey establecido en Susa, Babilonia o Persépolis, la nueva capital, que substituía a Pasargada. El impuesto era uniforme en todo el imperio y consistía en el 10 por 100 de los beneficios. Tal regularidad permitía a los sátrapas enviar grandes sumas al monarca, y así pudieron los reyes persas acumular fuertes reservas. Alejandro encontró aún en Susa un tesoro de 180.000 talentos, lo que significa más de medio millón de kilogramos de plata. Para comprender su moderación, diremos que en Egipto el impuesto era del 33 por 100 y en Babilonia, antes de la ocupación persa, era del 20 por 100. El tributo servía para los gastos del emperador, pero además, se empleaban sumas para construir caminos. La vía central del imperio, que iba de Susa, en el Golfo Pérsico, a Sardes, en Asia Menor, tenía una longitud de 2.400 kilómetros, que los correos recorrían en ocho días. Estos datos estadísticos deben servir para explicar con qué clase de imperio asiático se iba a enfrentar la Grecia europea, que no contaba con una organización militar ni tampoco con recursos. Grecia antes de Pericles no tenía ejércitos ni haciendas nacionales.



Grifo decorativo de un capitel de Persépolis.



El Himalaya en Cachemira

23 LOS ARIOS EN LA INDIA

Cuando llegaron los arios a la India, que se calcula con buen fundamento que fue hacia el 1800 antes de J. C., encontraron ya establecidas en la península indostánica gentes y naciones con las que no se mezclaron, formando así una primera división de castas. Los arios les dieron el nombre de *dasyus*.

En un himno dedicado a Indra, el dios de la guerra de los arios, recogido en el *Rig-Veda,* se encuentran estos versos que nos informan hasta cierto punto de quiénes eran los dasyus a quienes tuvieron que combatir los arios recién llegados al vasto Indostán.

«Tu red es grande, oh heroico Indra; tú eres fuerte y vales por mil. Tú puedes vencer cien enemigos.

»Lanzando rayos y confiando en tu valor, marchas adelante, destruyendo ciudades de los dasyus.

»Tú distingues entre el ario y el dasyu, entre el que ofrece sacrificios y el hombre sin ley.

»Protege, oh Indra, en todas las batallas al ario que sacrifica; castiga al hombre sin ley, de piel negra, hijo de Manu.

»Tú, Indra, has humillado y muerto al dasyu, has ayudado al color ario.

»Tú te has lanzado con tu carro de rue-



El paso de Kyber, en el Indo-Kush, por donde entraron los arios en la India.

das sobre los setenta jefes enemigos y has destruido sus sesenta mil fortalezas.

»Maldice, oh Indra, al salvaje que detesta al brahmán, al que come carne y cuya sola vista es abominable.

»Oh, dios esforzado: en la tierra de los Siete Ríos tú has desviado la flecha del dasyu que amenazaba al ario.»

Este himno, uno de los más antiguos de la compilación del *Rig-Veda,* contiene ya mucha información acerca de los primitivos habitantes de la India. Fue escrito en el valle del Indo, el cual, cerca de la desembocadura, se divide en siete brazos. Es la parte más occidental de la India, al pie de la cordillera que cruzaron los arios para llegar hasta su tierra de promisión. Explica que tuvieron que combatir para poder instalarse y piden auxilio al dios de los arios para vencer a los dasyus.

¿Quiénes son estos temibles y bien radicados aborígenes? Viven en ciudades fortificadas, no son nómadas; tienen jefes, que debían de estar confederados para resistir la invasión; se hace gran hincapié en el color obscuro de los dasyus: su piel es negra y contrasta con el color ario.

Los arios se ufanan de su cultura. Ofrecen sacrificios; los dasyus son abominables porque no tienen ley y se permiten comer carne. Los arios no intentarán convertirlos, sólo piden a su dios poder vencerlos en batallas.

La información documental casi escondida en el himno del *Rig-Veda* ha sido confirmada en los últimos cincuenta años con el descubrimiento de dos ciudades de los dasyus en los sitios de Mohenjo-Daro y Ha-

rappa. Ambas están en el valle del Indo, enterradas con escombros y sedimentos que ha dejado el río. Ocupan un espacio considerable; Mohenjo-Daro significa ciudad de los muertos; tiene una área de 1.200 metros de longitud por 610 de anchura. Se comprende que los arios pidan a sus dioses que les ayuden.

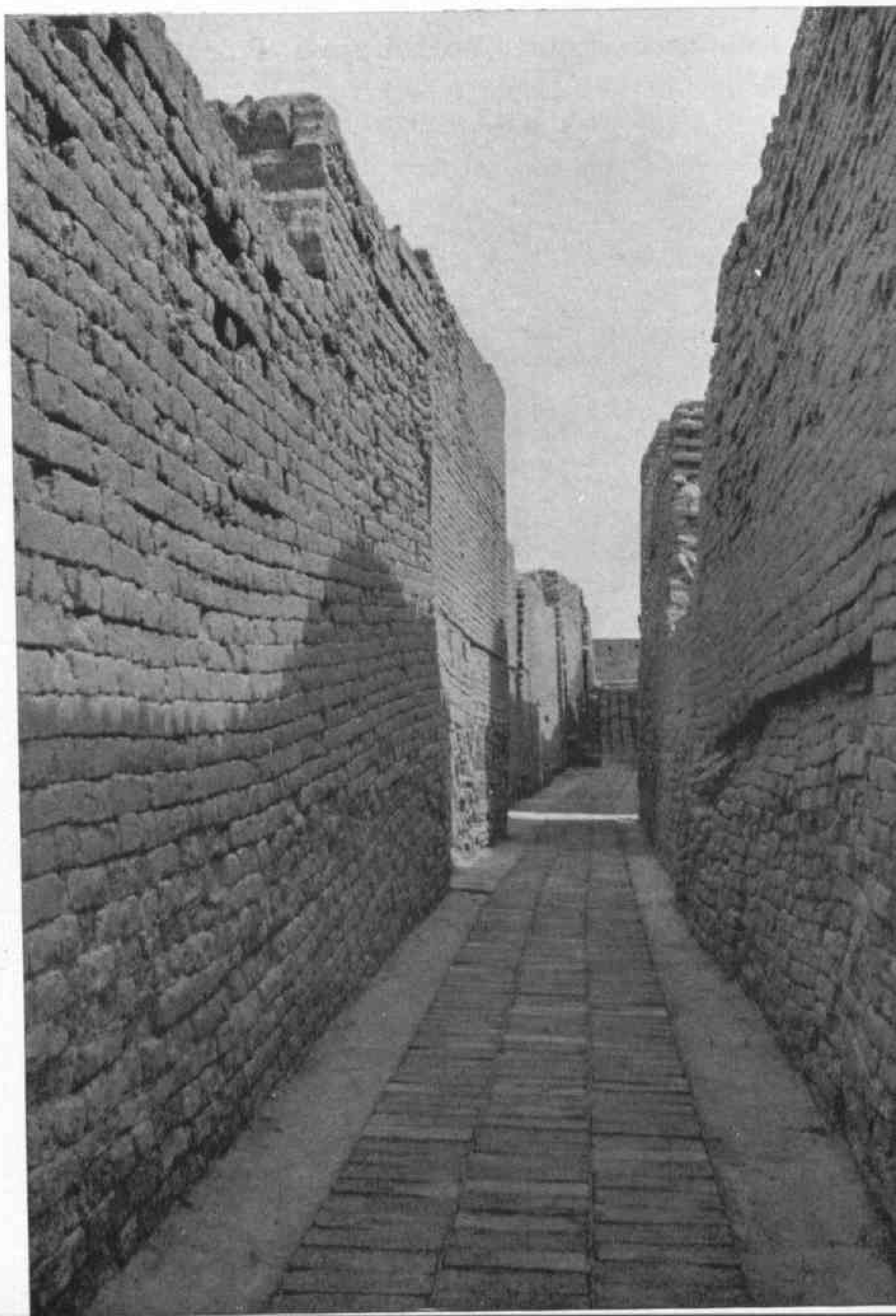
Tanto Mohenjo-Daro como Harappa revelan que sus habitantes no eran gentes salvajes, como las califica el *Rig-Veda*. Vivían en casas construidas con ladrillo cocido, en las cuales hay siempre un baño. Los conductos de desagüe para el agua y las letrinas están dispuestos hábilmente, higiénicamente. Las calles son anchas, bien orientadas y, lo que es más sorprendente, el cuadriculado de la urbanización se comprende que fue proyectado de antemano; no se han dispuesto las viviendas al azar, según los gustos o intereses de los ocupantes. Esto causa más maravilla porque se puede asegurar que Mohenjo-Daro y Harappa fueron construidas en el tercer milenio antes de la Era cristiana. Son los primeros casos de ciudades planeadas con un sistema de conjunto. En Egipto no hay nada parecido, y en Babilonia sólo algunos barrios están dispuestos con plan premeditado.

Las dos ciudades excavadas hasta ahora no son las únicas, pues se reconoce que deben de haber otras sepultadas en montículos del valle del Indo. Su abundancia confirma la información, acaso algo exagerada en el *Rig-Veda,* de las sesenta mil fortalezas gobernadas por sesenta jefes.

No se descubren, sin embargo, en las ruinas de las ciudades de Mohenjo-Daro y Harappa construcciones monumentales que puedan haber servido para palacio real o templo. Las innumerables calles se suceden paralelas con casas de dos o tres habitaciones. En la única parte que se empleó gran esfuerzo, diríamos arquitectónico, fue en las murallas con foso de ladrillo sin cocer y mortero de barro, que han resistido cuatro mil años. La cerámica pintada era de color obscuro y figuras rojas.

Las excavaciones de Mohenjo-Daro y Harappa han proporcionado poquísimos objetos suntuarios y ninguno de valor. Como parece imposible que gentes que habitaban casas tan confortables no tuvieran algún lujo, hay que creer que fueron destruidas por una invasión ya antes de la llegada de los arios: acaso por los bárbaros del Beluchistán, los más primitivos de la tierra. La invasión y saqueo de países civilizados por sus vecinos bárbaros se ha repetido muchas veces en el Oriente. En la América precolombina es parecido el caso de la destrucción del imperio tolteca por la horda de los tarascos. Los salvajes, como debió de suceder en la India, no se aprovechan de la conquista más que para llevarse botín. Hay en Mohenjo-Daro cadáveres en posiciones violentas, que parecen corresponder a habitan-

Mohenjo Daro. Aspecto de las ruinas excavadas.



tes que hubieran sido sorprendidos en su huida por los enemigos.

Tal destrucción y abandono por la violencia de las ciudades de la India prehistórica explican algo el carácter de los dasyus que encontraron los arios. Los primitivos pobladores del valle del Indo que construyeron Mohenjo-Daro y Harappa, exterminados en su mayoría, quedaron en pequeños grupos que ni siquiera trataron de reconstruir las ciudades. Muy poco arte tendrían antes de la invasión; las casas no tienen molduras en el marco de las puertas, ni cornisas, ni friso en las fachadas. Conocían el cobre y fabricaron algunas armas y útiles de metal. Sólo han aparecido algunas muestras de escultura. Placas de esteatita, que podían servir como sellos o amuletos, llevan grabadas en relieve figuras de animales y signos jeroglíficos; revelan un sistema completo de escritura que no es pictográfica. Los sellos o amuletos encontrados en Mohenjo-Daro y Harappa hacen suponer que los primitivos habitantes, los dasyus, tenían una religión basada en el culto de ciertos animales sagrados. Bueyes y elefantes allí representados están delante de un receptáculo como el pesebre de un establo precioso. En una placa hay una diosa sentada con tres caras. Acaso sería una anticipación de Siva, el dios indo que tiene tres o cuatro caras en la religión clásica de los brahmanes. Pero además hay ídolos femeninos que reflejan el rito de la fertilidad, común a todos los pueblos primitivos. Podría ser que los arios, tan orgullosos de su blancura, su pureza, su ley, sus prácticas morales, adoptaran algunas de las supersticiones de los primitivos pobladores de la India.

Lo más sorprendente es que algunos sellos como los encontrados en Mohenjo-Da-

Excavaciones en Harappa (Pakistán).





Sellos con imágenes de divinidades de los dasyus o agentes indostánicos. De Mohenjo-Daro. Obsérvense los animales sagrados en sus establos (1, 5, 7) y la diosa con tres caras, acaso ya una Siva prehistórica (2).

ro han aparecido en Mesopotamia. No sólo la forma es análoga, sino que hay además grabados animales exclusivamente indostánicos, como el elefante, el rinoceronte, el cocodrilo ictiofágico, o que se nutre de peces, que no han existido nunca en el valle del Eufrates. Hay que imaginar, pues, que hubo comercio entre el Oriente antiguo, o sea el Asia occidental, y la India prehistórica.

Todavía quedamos sin saber quiénes eran los dasyus, si pertenecían a una sola raza o estaban ya divididos en castas. No aparece una estricta separación en las ciudades prehistóricas de la India. De los cráneos descubiertos en las excavaciones se desprende que contribuyeron a poblarlas tipos muy variados.

Algunas castas actuales de la India conservan una vida que por su primitivismo hace imposible aceptar que sean descendientes de los pobladores de Mohenjo-Daro y Harappa. Los dasyus que habitaban ciudades bien urbanizadas, por muy bajo que cayeran después de su destrucción, no podían ser los antecesores de algunos modernos intocables.

Todavía en la India contemporánea se mencionan prácticas de canibalismo; otras tribus comen sólo pequeñas porciones del cadáver de los parientes muertos. En cambio, he aquí cómo define el censo gubernativo a una casta de los llamados *aghori,* en 1916: «La más relajada clase de mendicantes, que se nutren de cadáveres humanos y antiguamente practicaban el canibalismo...» Los *aghori,* como es natural viviendo entre pueblos civilizados, han tratado de justificar su prácticas con una doctrina religiosa, diciendo que si el Universo está lleno de Brahma, o sea de la divinidad, tan pura es una cosa como otra. Comiendo el más repugnante alimento, se dominan los apetitos humanos y así se ad-



las prácticas diarias. Cada casta o subcasta tiene sus fiestas anuales, con ritos especiales que se transmiten por tradición. Aunque la vida exige el engranaje de todas las castas, éstas persisten en su radical separación. En la antigüedad parece que las castas arias eran sólo cuatro: los brahmanes o sacerdotes, los katriyas o guerreros, los vaicias o mercaderes y los sudras o servidores, y por debajo de ellas, los innumerables *dasyus.* Quedan todavía en la región de la cordillera, en el paso del Indo-Kush, descendientes de los primitivos arios que no se contaminaron poco ni mucho con los dasyus. No conservan tradiciones, y sus antecesores debieron de quedar allí rezagados por ser los más débiles de la horda. No tienen separación de castas y su tipo físico es el de los perfectos arios.

A medida que vamos penetrando en la península indostánica se aprecia la gradual disminución de la pureza de la raza. Era inevitable que en los primeros días de la entrada de los arios en el país de los Siete Ríos, o sea el Punjab, aceptaran algunas hembras dasyus por esposas... La intransi-

Joven y niña indias con los signos distintivos de sus castas.

quiere, afirman los *aghori,* un gran poder sobre sí mismo y sobre las fuerzas de la naturaleza. Un *aghori* puede transformarse en pájaro o pescado y aun devolver la vida a los muertos. Pero conviene añadir que el caso de los *aghori* constituye una excepción.

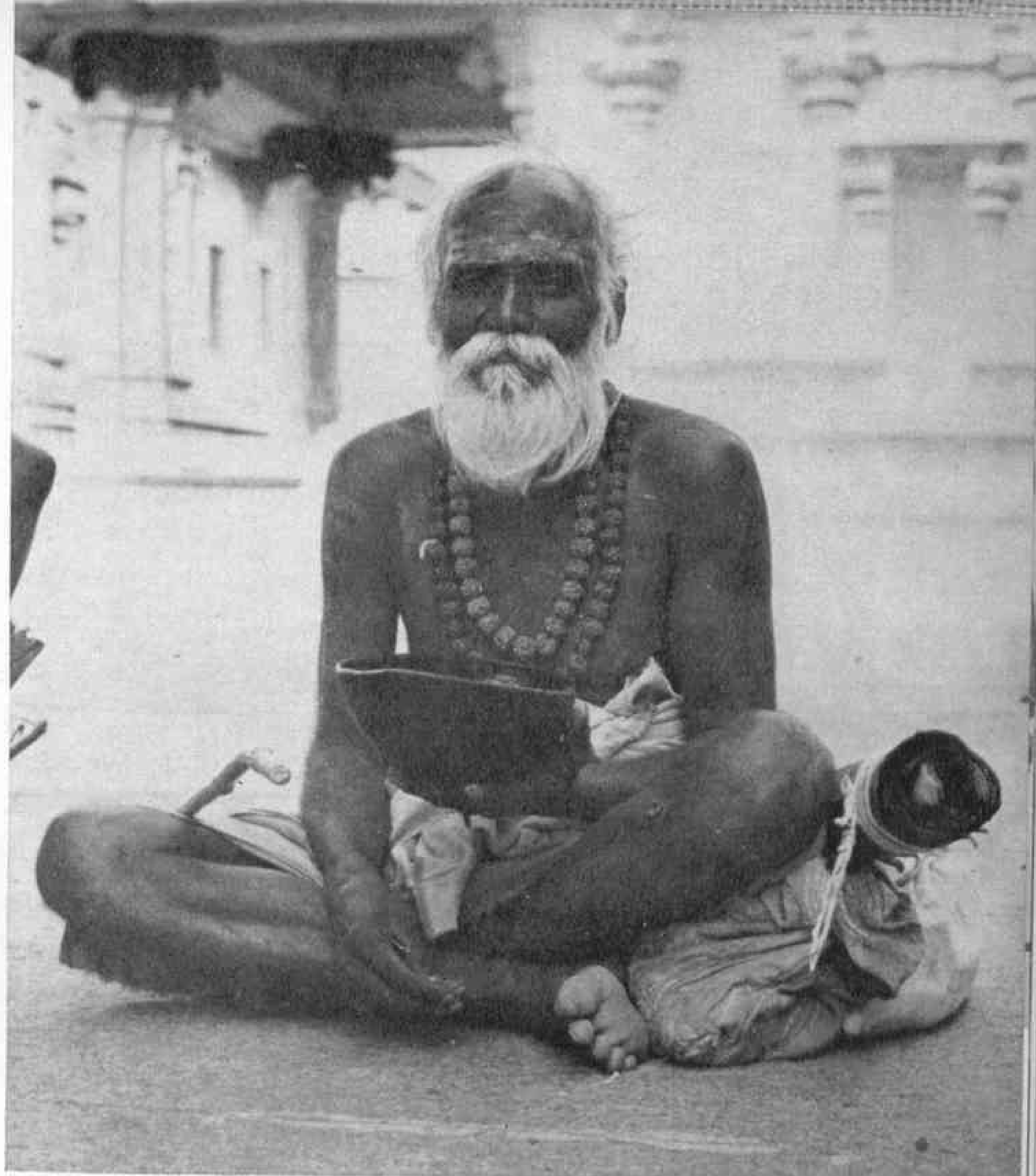
La inmensa población de la India, sin embargo, refleja en su vida actual un pasado prehistórico. Las castas están divididas en linajes, que tienen nombres totémicos; incluso se continúa, en la mayoría de los casos, venerando animales. Hay en todas las castas una cantidad enorme de *tabúes,* que regularizan el matrimonio, el funeral y casi todas



gencia y el régimen de casta no se habían formulado con entera precisión. En la región de Kashmir, montañosa y retirada, los dasyus no debían de haber penetrado o no habían alcanzado preponderancia, lo que facilitó la ocupación de los arios. Actualmente las castas en la India se cuentan por millares; sólo los brahmanes forman dos mil castas, y como los individuos de una casta no pueden comer el alimento preparado por manos de otra casta ajena, de aquí el proverbio indio que dice: «Ocho brahmanes, nueve cocinas.» Pero hasta en los brahmanes hay ligeras infiltraciones, lo que significa algo de contaminación en los orígenes y explica que incluso ellos se subdividan en varias castas.

El solo contacto de un individuo de casta inferior contamina al de la superior y hay que proceder a un largo ceremonial para recobrar la limpieza. Otras castas contaminan sólo con la sombra, otras no pueden acercarse sino a distancia determinada. Los artesanos, como albañiles, carpinteros, curtidores, impurifican a las castas superiores al acercarse a una distancia de doce metros; los labradores contaminan a una distancia de quince metros; un individuo de una casta que coma carne de vaca puede contaminar a un brahmán si se le acerca a una distancia de veinticuatro metros. Los de ciertas castas no tienen derecho a escupir; otros tienen que llevar con ellos una escoba para barrer el suelo después que han pasado; otros no pueden vivir en poblado con los de otras castas y han de formar barrios en las afueras. Ciertas castas tienen que sacar el agua del pozo del pueblo desde un lado, mientras las otras la sacan por el opuesto. En la actualidad, las castas se dividen en dos grandes grupos: aquellas que pueden dar de beber agua a un brahmán y las que no pueden dar de beber a un brahmán sin contaminarle.

Hoy las castas tienen por base la ocupación, no la raza. Un carpintero no comerá lo que ha cocinado un herrero. Nuevas castas aparecen con los oficios nuevos, o al desdoblarse éstos con la especialización. Los



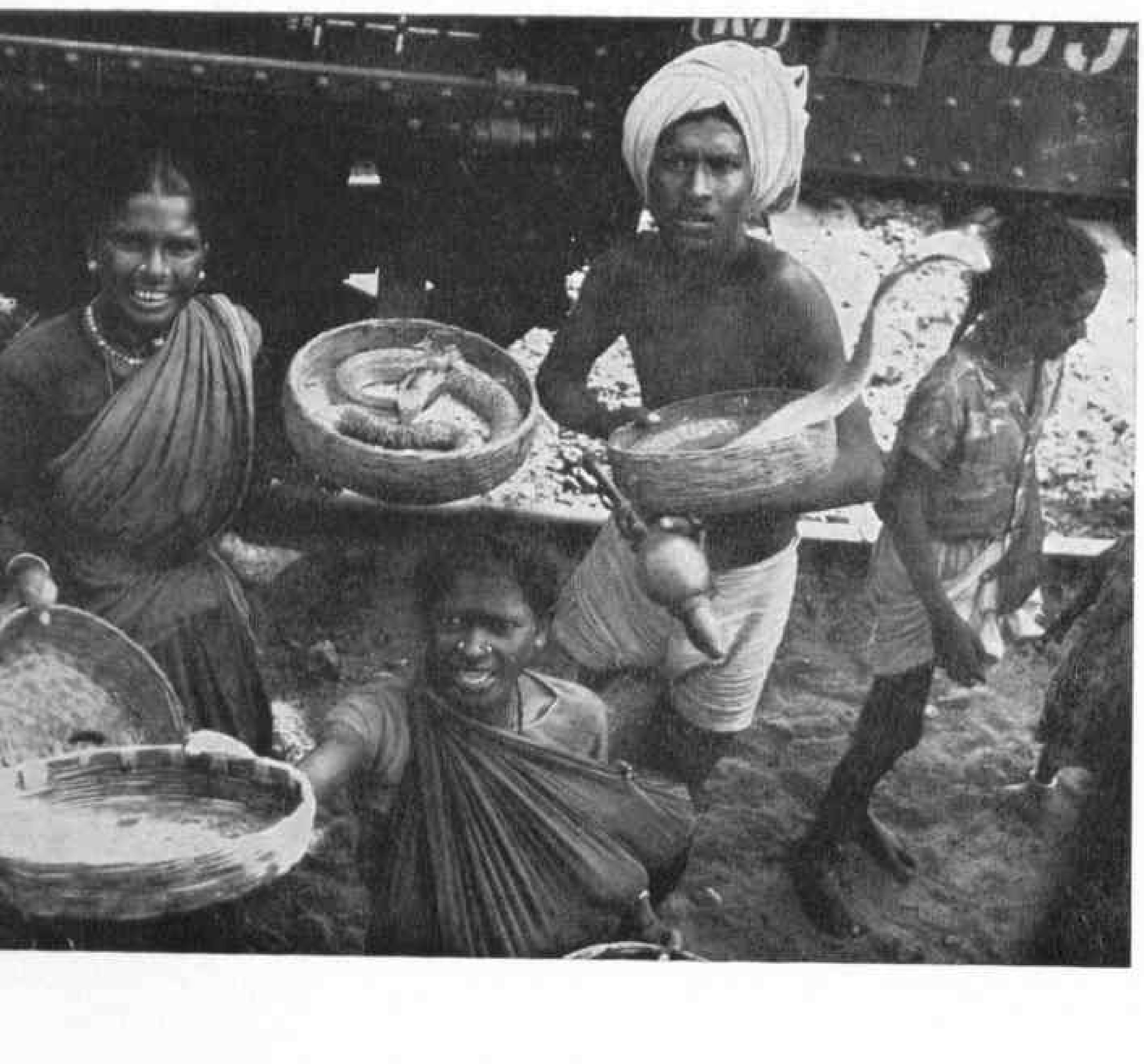
Un «saddhu» o santón indio mendigando al exterior de un templo.

alfareros que hacen vasijas al torno, trabajando sentados, no aceptarán alimento de los que hacen ollas grandes y trabajan de pie. Los pescadores que tejen las redes de derecha a izquierda no comerán nada de lo que han cocinado los pescadores vecinos, que tejen las redes de izquierda a derecha; éstos forman ya otra casta. Esto ha hecho aparecer la teoría de que las castas reflejan el pasado de toda la humanidad en la India. Las clases más inferiores son aquellas formadas por los cazadores u oficios relacionados con la caza; más arriba ya están los pescadores, porque el pescar es algo superior al cazar, pues las aguas son un elemento más sagrado que los bosques. Más elevadas en jerarquía se reconocen las castas de los pastores y agricultores, y en la cúspide se hallan los guerreros y brahmanes. Los oficios también están escalonados por categorías, según las etapas del progreso realizado: las castas inferiores son las que se dedican a

oficios que preceden a la metalurgia, de los que trabajan la madera y la piedra o hacen tejidos; siguen en excelencia los que trabajan el hierro y el cobre y, por fin, los plateros. A la hipótesis de la aparición de nuevas castas al progresar la humanidad se opone la costumbre de perder la casta en casos de infracción de alguno de sus preceptos. Por ejemplo: los descendientes de un brahmán y de una mujer de casta inferior no recobran sus derechos de brahmán hasta varias generaciones después de haberse cruzado nuevamente con brahmanes. Esto sugiere la idea de que las castas debieron de aparecer como un medio de defensa para mantener la pureza de la raza; algo así como una vaga idea de los principios genéticos de selección de que tanto se ha hablado y escrito en nuestros días, aunque sin practicarlos estrictamente.

Y, en efecto, en la tradiciones de algunas castas se cuenta que el primero de ellas fue un expulsado de otra casta por su nacimiento irregular; es decir, que un híbrido de dos castas, bastante satisfecho de su condición, prefirió ser el primero de una casta inferior que vivir sin casta, estigmatizado por sus hermanos de más categoría.

Mendicantes veddas, encantadores de serpientes.

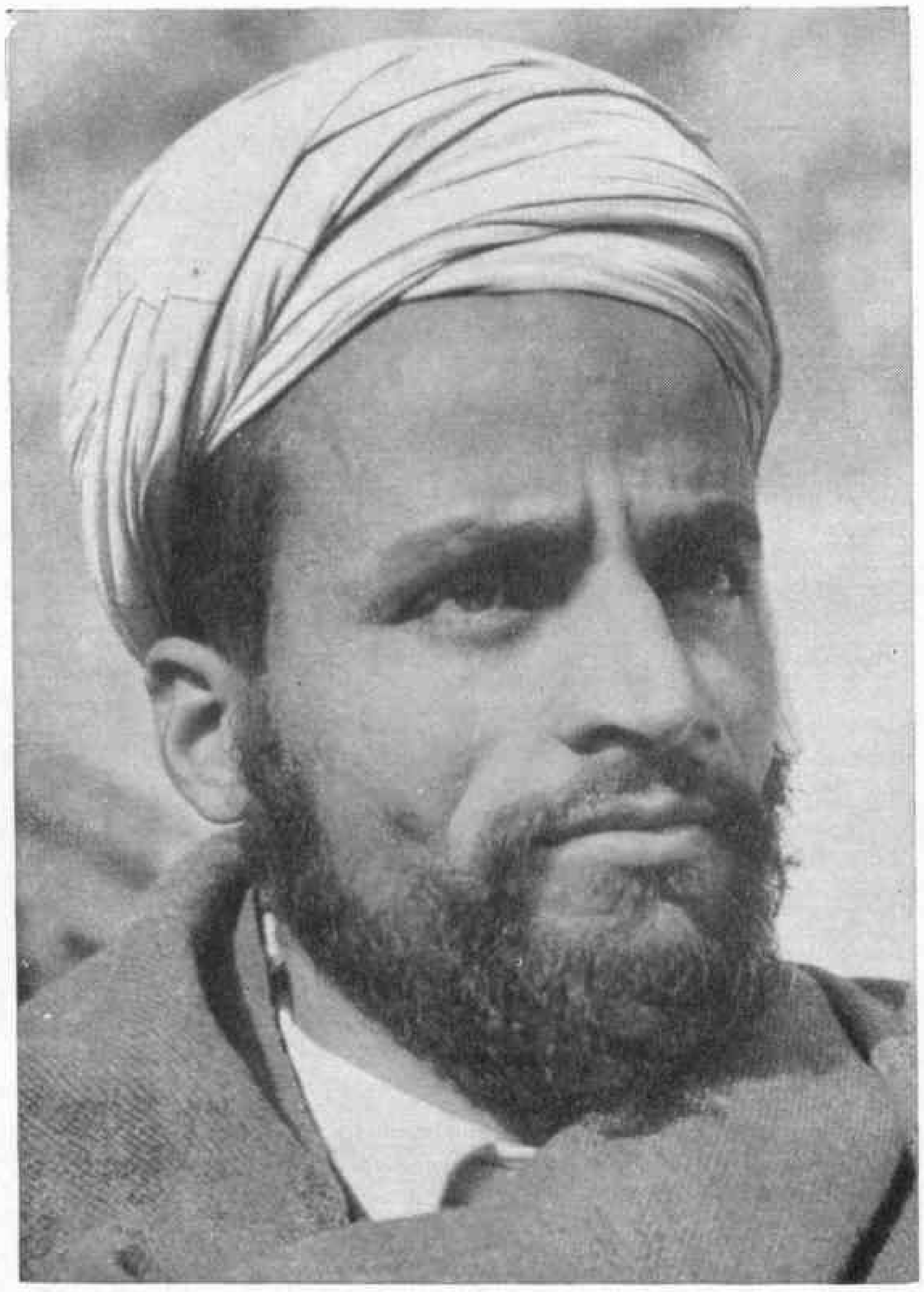


Todo lo cual revela, pues, prejuicios raciales y señala como origen, en el pasado, de las castas de la India las invasiones de extranjeros que desdeñan mezclarse con los anteriores ocupantes. Y así debió de ser desde muy antiguo; pero ya hemos dicho que si la población revela gran variedad de tipos, no hay datos para establecer la historia de estas repetidas invasiones. Sólo de una estamos informados y ésta es la que llevaron a cabo los arios, hombres pertenecientes a la raza blanca indoeuropea.

Los arios de la India debían de ser de la misma procedencia y hablaban una lengua parecida a la de los arios de Persia. El *Zend-Avesta* ya hemos visto que menciona el valle del Indo, al que llama «la región de los siete ríos». Se ha llegado a afirmar que entre la lengua del *Avesta,* o persa antiguo, y la lengua de los *Vedas,* o indo antiguo, hay menos diferencia que entre el indo antiguo y el indo moderno. Resulta, pues, indudable que los arios de la Persia y los arios de la India vivieron algún tiempo juntos en época muy remota. ¿Por qué se separaron? ¿Fue simplemente para probar fortuna, cruzando las montañas, o hubo una razón más fuerte que el deseo de aventuras que mueve todavía a los arios a explorar el mundo? Se ha insinuado que los arios de la India pudieron haberse separado de los arios de la Persia por incompatibilidad religiosa. Los dioses primitivos de los arios de la India son llamados *devas,* y con este mismo nombre designó Zarathustra a los espíritus malignos. En los arios de la Persia el combate eterno es entre *devas* y *ahuras;* Ahura-Mazda consigue la categoría de dios supremo, mientras que los *devas* continúan siendo lo que nosotros llamaríamos demonios. En cambio, los arios de la India entonan himnos a los *devas,* como dioses, en una lengua parecida a la que usaba Zarathustra. Cabe, pues, preguntarse si fue una discordia religiosa la que obligó a emigrar a los arios

de la India. La respuesta no es fácil. Un *deva* o dios de los indos, el famoso dios solar Mitra, es también un dios o *ahura* para los persas; el Mitra indo es un compañero de Ahura-Mazda.

Sea como fuere, antes del 1800 antes de Jesucristo, grupos de arios se atrevieron a cruzar el Indo-Kush, estribación de la cordillera del Himalaya que cierra la India por el oeste. La ruta fue probablemente el famoso paso de Kyber, de setenta kilómetros de longitud, aún hoy peligrosísimo. Setenta kilómetros de rocas que gravitan a veces sobre el viajero y otras forman anfiteatros pedregosos sin apenas una brizna de hierba para el ganado. Los peligros que corrieron los primeros grupos de arios al atravesar estas montañas fueron compensados al ver ante sus ojos el valle del Indo con sus floras tropicales; sus ricos frutos debieron de parecer un sueño a los emigrantes que acababan de atravesar las estepas de la Bactriana y las frías llanuras de Persia, donde se contaban los años por *inviernos*. El río Indo, sobre todo, «cae de las cumbres de la Tierra y en corriente impetuosa recoge a los demás ríos...» El Indo muge como un toro, dice otro texto sagrado. «Brillando, relampagueando, centelleando majestuoso, el invencible, el más caudaloso de los ríos, el Indo, como una yegua indómita, conduce sus aguas a los llanos.» Para otro poeta de los *Vedas*, el Indo es como una amazona guiando un carro de nobles caballos. Para otro, el Indo ha uncido su carro, tirado por caballos, para dar a los arios vigor en el combate.



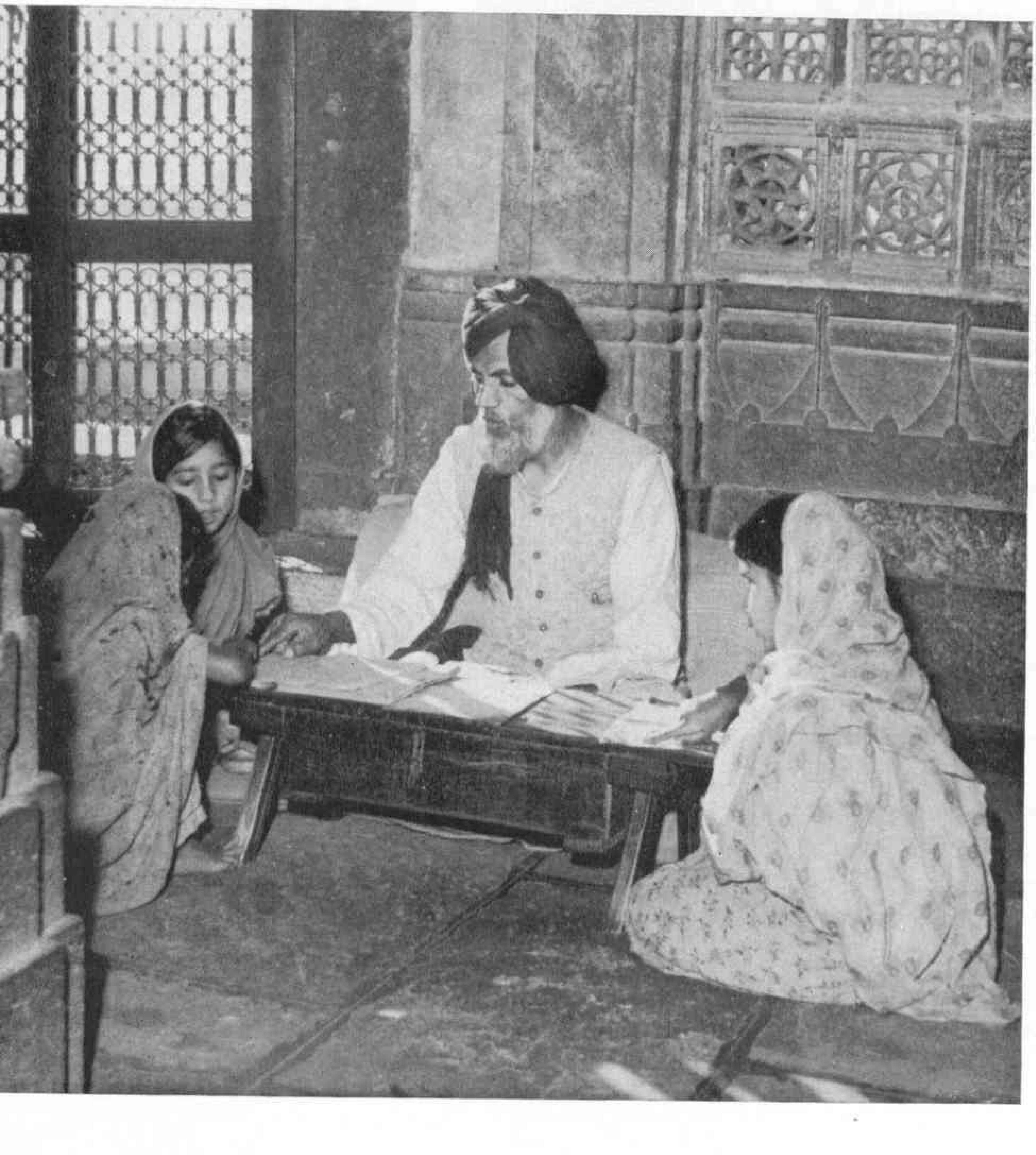
Tipo racial de la frontera del noroeste del Pakistán.

El problema de los arios al llegar a la India era el mismo que se presentó a los hebreos al encontrar en Palestina a los cananeos ya establecidos, pero no hay que decir que en escala infinitamente mayor. Los cananeos eran de la misma raza semítica que los hebreos, hablaban prácticamente la misma lengua, y su número era comparable al de los hebreos. Y así y todo, sólo para preservar la pureza del culto nacional, Iavé, Jehová, ordenó a los hebreos la completa destrucción de los cananeos, prohibió los casamientos mixtos, castigó duramente toda infracción de su consigna de exterminio. Es evidente que los arios, en la India, no podían exterminar a los dasyus, pues no eran más que un puñado de aventureros, mientras aquéllos sumaban millones. Además, Palestina era una estrecha faja de tierra entre el desierto y el mar, y en cambio la India, desde el Himalaya al cabo Comorín, mide treinta grados de meridiano.

La solución que dieron los arios de la India a este colosal problema de conservar la pureza de su raza en una tierra donde estaban en ínfima minoría nos ofende hoy, después de veinte siglos de venir predicando la fraternidad universal, pero no podemos menos de reconocer que era la única solución posible. Nos referimos a la casta. Los dasyus

serían una casta aparte; el simple contacto de un ario con ellos, y particularmente el matrimonio, llevaría consigo la pérdida de todo derecho a ser llamado ario. Sólo así podía preservarse este color blanco, tan apreciado, y las cualidades morales de que los arios estaban tan orgullosos. Y, en verdad, sin movernos de la misma India, vemos a los portugueses, degenerados por cruzamientos con los hindúes, desposeídos de su conquista, mientras que noventa mil ingleses rigieron hasta hace poco los destinos de la India, con una población de más de doscientos cincuenta millones.

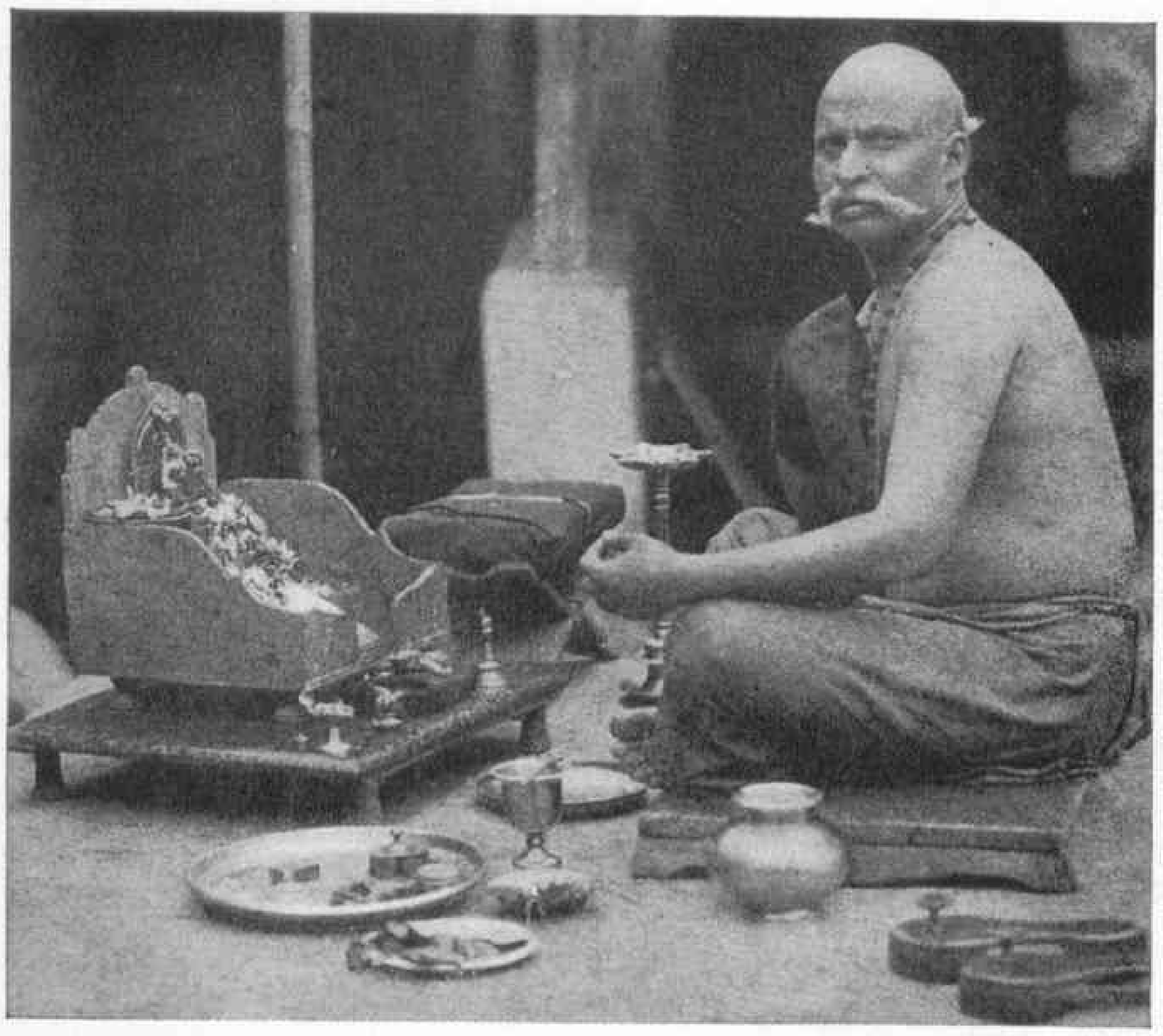
Con estas experiencias modernas, hemos de admirar la fortaleza de los arios de la India para resistir las tentaciones. En los grupos de emigrantes las mujeres siempre están en minoría. Acaso por estas razones en el *Mahabharata* se ensalza a la princesa Draupadi, que dio un hijo a cada uno de cinco hermanos, los príncipes Pandavas, lo cual ha hecho pensar en un matriarcado o poliandria como primitiva organización de los arios de la India; pero lo más probable es que la historia de Draupadi sea una prueba de la escasez de mujeres en los primeros tiempos de la conquista. Igual explicación se atribuye al gran respeto que sienten los indos por la vaca, a la que can-



Una escuela musulmana en Ahmedabad (Gujrat).

Danza del Ciervo, popular entre las tribus de Assam, en la Unión India.





Brahmán de la casta más elevada, que conserva el primitivo tipo ario con ligeras infiltraciones, preparando su comida.

tan alabanzas en sus himnos religiosos. Las vacas son todavía hoy animales sagrados en la India, y la explicación de este hecho se hace derivar de su escasez al empezar los arios la agricultura en la India. «Si el ganado hubiese podido sacrificarse en los tiempos de carestía—dice un indo moderno—, hubiera sido imposible comenzar otra vez el cultivo de los campos, y por esta causa los arios de la India, comprendiendo el gran peligro que corrían si sacrificaban animales vacunos, renunciaron a comer carne como estaban acostumbrados.»

He aquí, pues, casi justificados por principios científicos los dos puntos capitales que separan a las castas de la India: el horror al contacto y el puritanismo en la alimentación, más o menos acentuado.

Físicamente, los arios de la India debían de ser los más bellos productos de las razas blancas. Entre los arios del Punjab, o valle del Indo, cuéntanse los famosos *shik,* guerreros de estatura gigantesca, que Inglaterra llevó en 1915 a las trincheras de Flandes, asombrando a todos los beligerantes. La mayoría de los *shik* pasan de dos metros de altura; cuando un *shik* no llega a esta medida, en seguida trata de explicar la causa por una caída en la infancia o una enfermedad, para que no se atribuya a degeneración. Los *shik* tienen color moreno claro, abundante pelo ondulado, ojos negros, facciones finas y, sobre todo, un magnífico esqueleto como un castillo.

Al moverse hacia el Este y el Sur, los arios de la India perdieron algo de su blancura y su piel tomó el color tostado y la palidez que tienen los blancos que viven en los trópicos. Pero, dado el rigorismo del principio de castas, se mantuvieron los caracteres raciales con pureza sorprendente. Es muy probable que en un principio las castas fueran sólo dos: la de los arios y la de los dasyus, aunque muy pronto cada una se desdobló en otras varias, hasta llegar a la confusión actual de los millares de castas de la India.

Las cuatro primeras subdivisiones de los arios se atribuyeron por los brahmanes a un origen divino. Las castas son parte del cuerpo de Brahma. De la boca de Brahma salieron los brahmanes, los katriyas de los brazos, los vaicias de los riñones y los sudras de los pies. En un principio, no era obligatorio más que el matrimonio con una mujer de la misma casta, pero se toleraban otras esposas de castas inferiores, lo que por necesidad tenía que producir mestizos de dudosa casta.

En la antigüedad se comenzó a señalar la onerosa distinción del tratamiento entre los miembros de distintas castas. Los sudras contaminaban con su sola presencia. No podían asistir a los sacrificios que practicaban las otras castas, cuyos individuos debían guardar silencio al acercarse un sudra. Por el solo hecho de escuchar la lectura de un texto sagrado, los sudras estaban condenados a perder las orejas; por pronunciar una palabra de los *Vedas,* debían cortarles la lengua, y por retenerlas en la memoria, el castigo era cortar el cuerpo del sudra

Habitantes del Estado de Kerala, en la Unión India, tejiendo una red.



en dos pedazos. Un sudra que ha violado a una mujer aria es condenado a muerte. En el *Atharva-Veda* se dispone que cuando un brahmán recibe un presente de otro brahmán, debe darle las gracias pronunciando una palabra sagrada. En cambio, cuando un brahmán recibe algo de un katriya le dará las gracias en voz alta; cuando reciba algo de un vaicia se lo agradecerá en voz baja, y cuando lo reciba de un sudra no dirá nada, sólo mentalmente pensará: «Está bien.» Preceptos semejantes, y aún peores, suscitan la duda de si los sudras serían arios, o gentes de otra raza que se agregaron a los arios al cruzar la cordillera.

El predominio de los brahmanes no fue inmediato; en los tiempos de lucha y de conquista debió de ser preferido un guerrero a un letrado o sacerdote. La condición de los *rishis* o poetas fue más bien humillante en un principio. Los rishis aparecen a veces asociados a grandes familias de rajaes, pero otras veces se manifiestan en sus himnos necesitados de la *dakshina,* que es el ofertorio o propina. La *dakshina* de los primitivos brahmanes, más que el diezmo regular, parece el *bakish* que implora aún hoy todo el mundo en Oriente. El *bakish,* más que un suplemento de salario, es el salario mismo. En los himnos del *Rig-Veda* encontramos frases como ésta: «¡Provocad la generosidad en nuestros clientes!» O esta otra: «Concede, oh diosa, a nuestros nobles jefes, gloria e hijos, para que no sean escasos en sus dádivas». El generoso habitará los Cielos. El que da caballos, vivirá en el Sol; el que da oro, logrará la inmortalidad... «Escuchad, oh gentes, un canto en honor de un héroe. Seis mil noventa vacas nos ha dado Kauruma, rey de los ruzamas...» Así, a la sombra de los *conquistadores* arios de la India, crecía la casta del brahmán, o poeta-sacerdote, que tenía que suplantar al noble guerrero. Ya no quedan en la India descendientes de los katriyas; en cambio, los brahmanes están en la cúspide de las castas. Y en verdad hay que reconocer que si los brahmanes no lograron resolver el problema, insoluble, de hacer de toda la península indostánica una sola nación, por lo que toca a la religión y el arte se hicieron merecedores de la supremacía que consiguieron sobre las demás castas de la India. La humanidad entera lee hoy asombrada los cantos religiosos de los brahmanes, que si no son tan viejos como algunos textos egipcios y babilónicos, los superan infinitamente en lógica y en elevación. Decimos en lógica porque hay algo de incoherencia mental en las imprecaciones de los primitivos semitas que no se encuentra en los himnos de los arios de la India. No, la raza blanca, aria, o indoeuropea, que hasta hace poco tenía un sentimiento algo triste de su propia inferioridad en el pasado, puede hoy oponer orgullosa, a los salmos de los semitas babilónicos y a los himnos de los egipcios, los cantos de los arios de la India, contenidos en los llamados *Vedas.*

Veda quiere decir conocimiento; es una palabra de la misma raíz que *ver,* en latín *videre,* en inglés *wit,* y *weiss* en alemán. Los

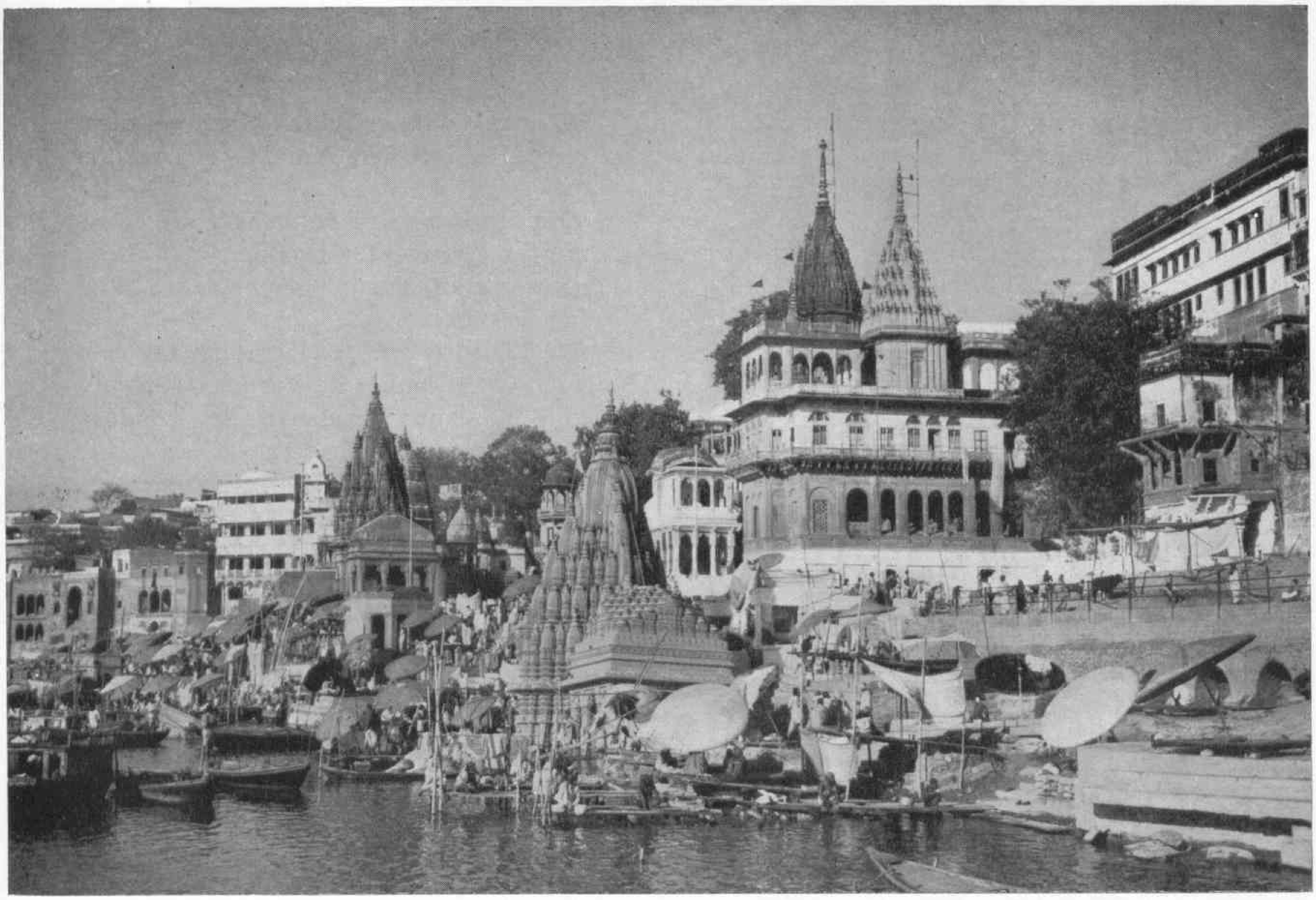
El sagrado Ganges a su paso por Benarés.

libros védicos han llegado hasta nuestros días por tradición oral. No existen manuscritos antiguos de los *Vedas* ni se hubieran conservado con el clima húmedo y destructor de la India, pero tenemos aún hoy textos vivientes, los llamados *zrotryas,* que conocen los *Vedas,* o alguno de ellos, desde el principio hasta el fin. Para darnos idea del valor de estos *zrotryas,* el erudito indo que publicó hace algunos años el *Atharva-Veda* se valió de tres de esos seres de privilegiada memoria cuyos nombres da y cita en el texto con sus iniciales, para señalar las variantes, como si fueran tres manuscritos. Pero las variantes son insignificantes, porque como ocurre al cabo de algún tiempo con todos los libros sagrados, pronto se hizo esencial para los *Vedas* el recitarlos al pie de la letra. Hoy la letra vale más que el espíritu, la frase más que su significado. Un proverbio indo dice que un brahmán se alegrará más con una letra acentuada de los *Vedas* que con el nacimiento de un hijo, lo cual es suficiente para indicar con cuánto cuidado y veneración procederá a recitarlos procurando evitar equivocaciones.

Los *Vedas* forman un grupo de libros redactados, con poca diferencia de dialectos, en la lengua primitiva de los arios. Algunos de los *Vedas* no se han publicado todavía y sólo cuatro de ellos pueden considerarse como canónicos: son los llamados *Rig-Veda, Jagur-Veda, Sama-Veda* y *Atharva-Veda.* Entre estos cuatro libros hay una gran diferencia de valor y contenido. El *Jagur-Veda* es mucho más moderno y representa ya un culto pomposo establecido según fórmulas rituales. El *Sama-Veda* y el *Atharva-Veda* no son más que compilaciones de extractos del *Rig-Veda,* como libros de rezo en los que se han reproducido fragmentos del *Rig-Veda* con otras oraciones intercaladas. De manera que, en definitiva, el *Rig-Veda* es el único que verdaderamente nos interesa y suponemos que el lector estará ya impaciente por conocer este libro, que venimos nombrando desde el principio del capítulo.

El *Rig-Veda* es una colección de más de mil himnos, con un total de diez mil estrofas, producto de diferentes autores. De éstos se recuerdan los nombres en los himnos: se llaman Vismamitra, Vamadeva, Atri, Vasista, etc. Hay grupos de himnos que se atribuyen a miembros de una sola familia; parece como si en un principio ciertos linajes o familias de cantores *rishis* tuvieran el monopolio de una divinidad y de sus cantos. En cambio, se ignora quién fue el autor de la compilación, cómo se llamaba el sabio o brahmán que reunió estos himnos y los ordenó como están ahora. Esto no es de extrañar tampoco, porque más tarde se supuso que las palabras del *Rig-Veda* habían salido de la boca de la divinidad y, por lo tanto, hubiera sido irreverente preguntar el nombre del autor del libro. Pero parece absolutamente cierto que el *Rig-Veda* acabó de producirse antes del año 1000 a. de J. C. y que, desde entonces, sin cambiar una letra, sus diez mil estrofas se han transmitido de viva voz, de maestros a discípulos. Largos comentarios se han escrito sobre el *Rig-Veda,* así como muchos tratados de su gramática y diccionarios de sus palabras de difícil significado.

El estilo de los himnos del *Rig-Veda* muestra que sus autores eran poetas profesionales, aunque usaban a veces imágenes y expresiones populares. Uno dice: «Como un carpintero construye un carro artísticamente, y pone adornos donde conviene, así construiré mi canto lo mejor que sepa, con todo el arte posible». El poeta es a veces ingenuo y hasta infantil: se asombra de que las aguas de los ríos corran sin cesar al Océano, sin llenarlo nunca, y atribuye a un milagro de la divinidad que las vacas rojas produzcan leche blanca. Otro se admira de que el Sol no caiga de los cielos: «Nada lo sostiene, nada lo aguanta; ¿cómo es posible que el Sol no caiga, marchando abajo?» Otro se pregunta a dónde van las Pléyades cuando se hace de día. La luz, la aurora so-



bre todo, les impresiona como una novedad. Se puede asegurar que estos poetas proceden de países donde el Sol no brilla como en la India.

«Hemos cruzado del otro lado de las tinieblas; — resplandeciente Aurora, has preparado el camino, — brillas y sonríes como el ritmo de un poema — y tu cara hermosa nos ha traído la felicidad.»

Los poetas del *Rig-Veda* dedican a *Usas,* la aurora, frases muy dulces:

«...La diosa radiante esparce el resplandor, — y envuelta con la luz, abre el portal del cielo; — la vida se levanta, nos muestra sus tesoros. — La Aurora ha despertado a todos los seres vivos.

»Al hombre adormecido, la diosa le hace andar; — uno va a divertirse, otro va a atesorar, — mirando alrededor las cosas que aparecen. — La Aurora ha despertado a todos los seres vivos.

»Uno va al gobierno, otro va a ganar gloria, — uno a ganar provecho, y el otro a trabajar; — marchan por los caminos diversos de la Tierra. — La Aurora ha despertado a todos los seres vivos...»

No se puede hablar más bellamente. Este himno a Usas recuerda a Leopardi y Shelley. Pero el infantil ario primitivo reaparece a cada instante. En otro himno a la misma Aurora, después de cantar sus glorias y el resplandor de sus colores, *que no se destiñen nunca,* acaba con esta comparación: «Y tú por fin te llevas las vidas de las gentes como un tramposo esconde los dados con que juega.»

En este sentido el *Rig-Veda* es a menudo grotesco. El mismo Max Müller, que lo editó con todo el entusiasmo de que es capaz un romántico alemán, se ponía furioso por las simplezas que descubría de continuo, porque no olvidemos que las escuelas de brahmanes no llegaron a tener un monoteísmo más o menos vago hasta muy tar-

de. En el *Rig-Veda* se han querido descubrir treinta y tres dioses, o sean tres familias de once divinidades. El catálogo de estos seres sobrenaturales se hace muy difícil de precisar, pues algunos parecen sólo atributos de otros. Por ejemplo, además del *Dyaus pitar*, que es el *Zeus páter* de los romanos, los indos tienen Usas, la aurora; Varuna, o sea Urano, el cielo resplandeciente; los Aevines, que son dos jinetes como Cástor y Pólux, y además Indra, que es el dios de la tormenta y de las batallas, y Agni, el dios del fuego. Muchos de estos *devas* atmosféricos o luminosos debían de ser de tradición prehistórica; así no es de extrañar que reaparezcan sus nombres en la mitología griega, y aun menos sorprende encontrarlos en el *Avesta* persa. Hasta es fácil que Varuna sea el propio Ahura-Mazda; por lo menos, en un himno del *Rig-Veda* se atribuye a Varuna cierta categoría de patriarca de la región celeste:

«El gran guardián de todos estos dioses — los mira desde el Cielo. — Si el uno piensa algo, si el otro lento anda, — Varuna ya lo sabe.

»Si el uno va de prisa, y el otro se entretiene, — y el otro va a esconderse; — si dos solos conspiran, Varuna se presenta, — Varuna es el tercero.

»La Tierra entera toda, y el ancho cielo encima, — son ambos de Varuna, — lo mismo que el océano; Varuna va y se esconde — en su gota de agua», etcétera.

El culto de Agni, dios del fuego, recuerda también el culto de los persas. Hay en el *Rig-Veda* un himno para el acto de ofrecer el leño al fuego purificador:

«Acepta, oh Agni, el leño que vengo yo a ofrecerte; — acepta mi servicio y escucha mi oración.

»Con este pobre leño, oh Agni, yo te adoro; — tú, hijo de la fuerza, de potros domador.

»¡Oh, puedan tus sirvientes servirte con canciones ! — Te gustan los tesoros y amas la canción.

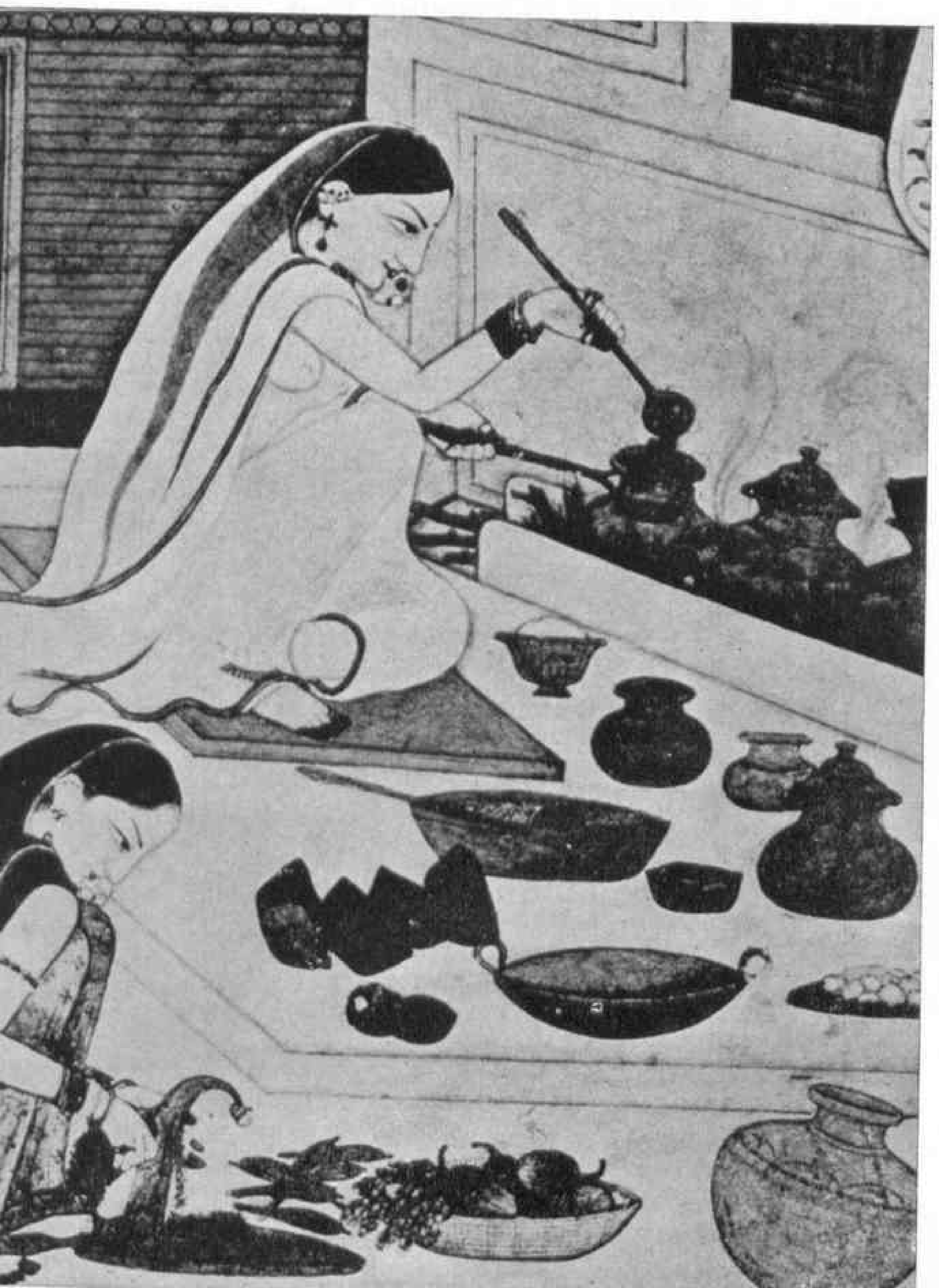
»Señor de las riquezas, concédenos los bienes; — astuto y poderoso, ahuyenta al malhechor.

»Tú das lluvia del cielo, tú das la fortaleza, — tú das el alimento en múltiple ración.

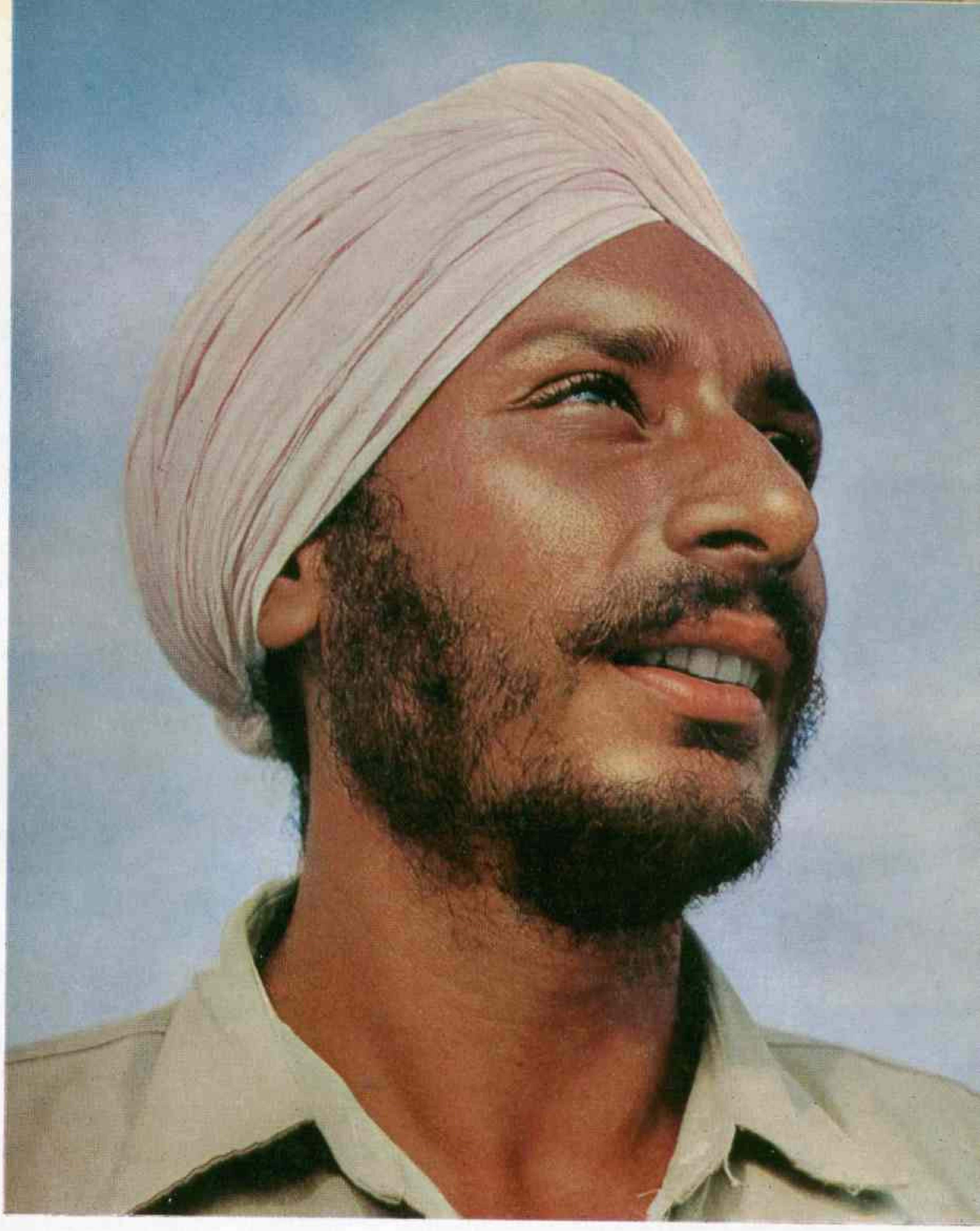
»Joven entre los dioses, su heraldo y mensajero, — escucha la plegaria de tu adorador...», etcétera.

Agni, nacido después del Diluvio, bajó del Cielo con el rayo y espera escondido en el leño hasta que por la mañana el sacrificador le llame, haciéndole aparecer frotando la madera. Por esto se tiene al Fuego por el más joven de los dioses, porque renace cada día. Sale de repente, y con su lengua aguda deshace el leño, y cuando el brahmán lo rocía con grasa derretida, da gritos y cambia de colores como un enamorado.

Es imposible dejar de sonreír ante este



Mujer aria cocinando: la sirvienta corta verduras.



Individuo Sij (o Sikh) del Indostán septentrional.

intento de dotar de cuerpo al fuego. ¡Que diferencia de las nobles palabras de Zarathustra! Pero también, en cambio, ¡qué imaginación, qué color, cuánta alegría! Indra, el dios de las batallas, resulta aún más pintoresco: es un dios poderoso, pero hay que despertarle y animarle dándole a beber un líquido alcohólico, hecho con el jugo de una planta trepadora, la *Asclepias ácida,* la soma, que se exprime tres veces al día. Todos los dioses e incluso los mortales gustan de beber la soma, pero Indra más que ninguno; la soma del mediodía es sólo para él; Indra bebería lagos enteros de soma, no se sacia nunca. El brahmán rocía la tierra con la soma para que el suelo la beba también como si deseara saturarlo perpetuamente.

«Dejad que cante hazañas de Indra,—que empuña una maza antigua. — Mató al dragón, abrió paso al agua — y el vientre de los montes reventó.

»Mató al dragón, que duerme en la montaña; — un dios forjó a Indra la maza celestial, — y el agua, cual ganado, mugiendo corrió al mar.

»Ardiente como un toro, Indra pidió la soma, — bebió tres grandes tragos, la maza disparó, — matando al primogénito de monstruos y dragones...», etcétera.

Ciertos himnos del *Rig-Veda* podrían llamarse bacanales o cantos de taberna:

«Señor Soma, sé generoso, — haznos prosperar. — Somos tuyos, sólo tuyos, — tú lo sabes bien. — Furia y Rabia ya levantan — sus cabezas. — Haznos, Soma, del contrario — triunfar.»

«Tú eres, Soma, nuestra ayuda — y capitán; —tú habitas en nosotros,—dentro nuestro. — Si faltamos a tus decretos — a menudo, — nos perdonas, nos excusas — con amor», etcétera.

Estos son los dioses que hemos llamado prehistóricos, que subsisten entre los arios de la India; la *soma* era también la *haoma* de los medos y los persas. Pero pronto aparecen nuevos dioses, más filosóficos, más universales. Los arios de la India no tienen un profeta de personalidad exaltada, como Zarathustra, que se destaca como un clamor generoso sobre la turba de los sacrificantes y cantores. En cambio, apenas han penetrado los arios en la península indostánica, empieza a inquietarles el problema de la Creación y la razón de ser de todo lo existente. Ya en el mismo *Rig-Veda* aparecen síntomas de este gran esfuerzo para conocer el enigma de la vida con su constante transformación, para acertar a ver este calidoscopio de imágenes que hoy son y mañana no... Cierto que los brahmanes establecieron su culto con preceptos tan complicados y prácticas tan insoportables como las de los magos que condenaba Zarathustra; pero además del ritual, y por debajo de su politeísmo incongruente, empezaron a comprender la vaciedad de todas las doctrinas, y para librarse de unas apariencias sin realidad, se recogieron en el silencio de los bosques, anulando en la soledad todos los deseos. De esto al budismo no había más que un paso.

Se cuenta que un rey llamado Ganaka congregó en su corte a varios sabios para proponerles problemas filosóficos. Había entre ellos hasta una mujer, llamada Garki, que tomó parte en las discusiones. Los temas eran asuntos como éstos: «¿Cómo es que un hombre se libra de la muerte cuando hace un sacrificio? Y si la muerte lo engulle todo, ¿quién engulle a la muerte? ¿Qué es el alma? ¿Qué es lo que lo gobierna todo y, sin embargo, es diferente de todo?...» Claro está que las respuestas que se dieron a éstas y a las demás preguntas distan mucho de ser satisfactorias, pero el resultado de estas discusiones se manifiesta en lo que cuentan del propio rey Ganaka, quien, viendo un día arder su ciudad con un gran incendio, exclamó tan sólo: «Mi ciudad y mi palacio arden, pero nada mío arde ahí».

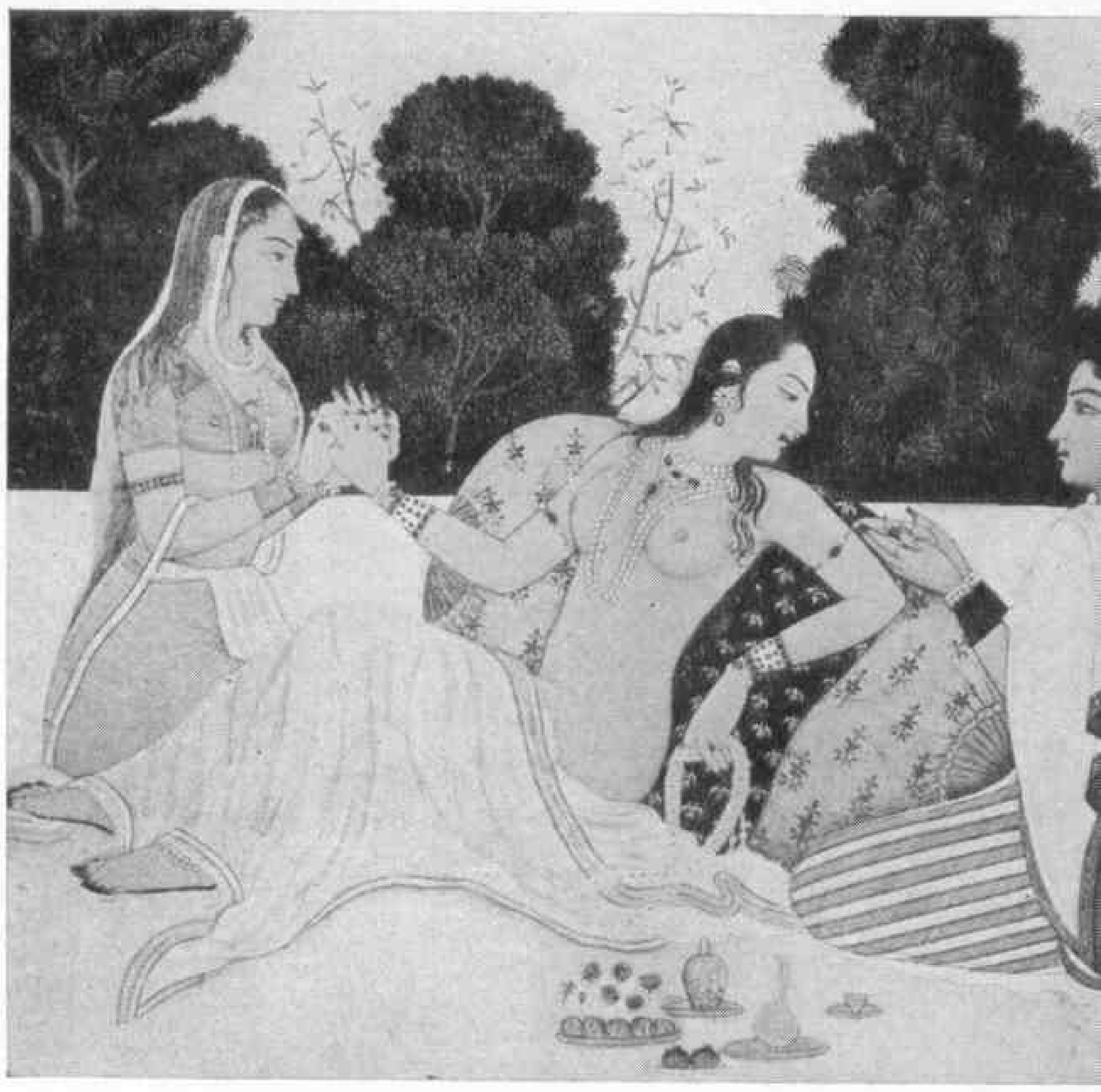
¿Por qué, pues, afanarse por el buen gobierno de una ciudad, o de una casa, si *nada mío* está allí? He aquí una invitación al retiro de los bosques, y la India era para ello un lugar privilegiado. Un árbol solo, como el baniano, cubre varias hectáreas de terreno. Los frutos abundantes de los trópicos, en el sur, y los avellanos silvestres de la cordillera, en el norte, permiten a un anacoreta vivir libre de cuidados. El indo moderno, aun sin ser un discípulo de Buda, sólo por el contexto de los *Vedas* y de la literatura posterior de los brahmanes estará esperando la hora de la liberación. La vida de un hombre bien educado, teóricamente, habrá de ser como sigue: después de varios años de juventud, pasados en la casa paterna, irá a servir a un maestro, que le enseñará los *Vedas*. Cuando haya llegado a pronunciarlos sin error de palabras ni de acentos, el maestro despedirá a su discípulo con una frase ritual; éste entrará en acción: se casará, tendrá hijos, empleará su vida en pro de la comunidad y aumentará su patrimonio.

El período de actividad de la vida llega, pues, preparado por unos años de escuela y sacerdocio. El indo bien educado pondrá, por tanto, en sus acciones un noble desinterés, que le hará fuerte para vencer las dificultades. La esposa cuidará personalmente de la comida de su señor, para evitar que manos impuras puedan contaminar los manjares; ella misma, con abluciones y baños rituales, cuidará de su cuerpo, para que resplandezca su belleza en la casa del que es su amo, señor y esposo. La mujer recitará también sus plegarias cotidianas, pero a solas, lejos del marido;

éste, si es sobradamente rico, rodeado de los parientes y amigos de su propia casta, se ocupará en labores poéticas o en un trabajo artístico. Además de los principales miembros de la familia, la morada del noble indo se encuentra llena de sirvientes, mendicantes y huéspedes de todas clases. Es, en realidad, un organismo complejo y que se basta a sí mismo; la casa del noble ario, en la India, es lo que la tribu para los semitas y la ciudad para los griegos. Acaso por su gran complicación y desarrollo impidió el fomento en la India del espíritu ciudadano, que fue la herencia legada por Grecia al mundo moderno.

Pero los arios de la India transmitieron a las generaciones modernas otra clase de experiencias. Aquel mismo brahmán o magnate indo que hemos visto empezar como estudiante y sacerdote, y después actuar como padre de familia, llega por fin un día que se despide de los suyos y se va a vivir al bosque. Es un mendicante, vive de la caridad, aunque mantiene todavía relaciones con los suyos, los atiende con sus consejos, viaja, anda en peregrinaciones; no es, pues, todavía el asceta o ermitaño que será más tarde. Sólo cuando se sienta del todo libre de deseos y afectos, después de llevar varios años la vida de mendicante, se esconderá en un valle del Himalaya para acabar sus días como anacoreta. Pero estos penitentes, o faquires, son una parte insignificante del grupo de los que han abandonado las vanidades del mundo. La India está llena de mendicantes, algunos pertenecientes a las castas más elevadas. Decimos pertenecientes y no es exacto: deberíamos decir que han pertenecido a las castas más elevadas, porque al llegar a este punto ya no hay distinción de castas: los mendicantes comen todo lo que les dan, y un sudra, entre ellos, es a veces más venerado que un brahmán.

Esto es lo que ha dado la India al mundo: los modernos filósofos han aprendido de los viejos brahmanes que la imagen de las cosas se hace y deshace como un sueño. *La vida es sueño,* dice un ario en España. *Somos del material de que se hacen los sueños,* dice otro casi al mismo tiempo en Inglaterra. Pero los de la India se les anticiparon en tres mil años.



Tocado de una mujer india. Miniatura india.

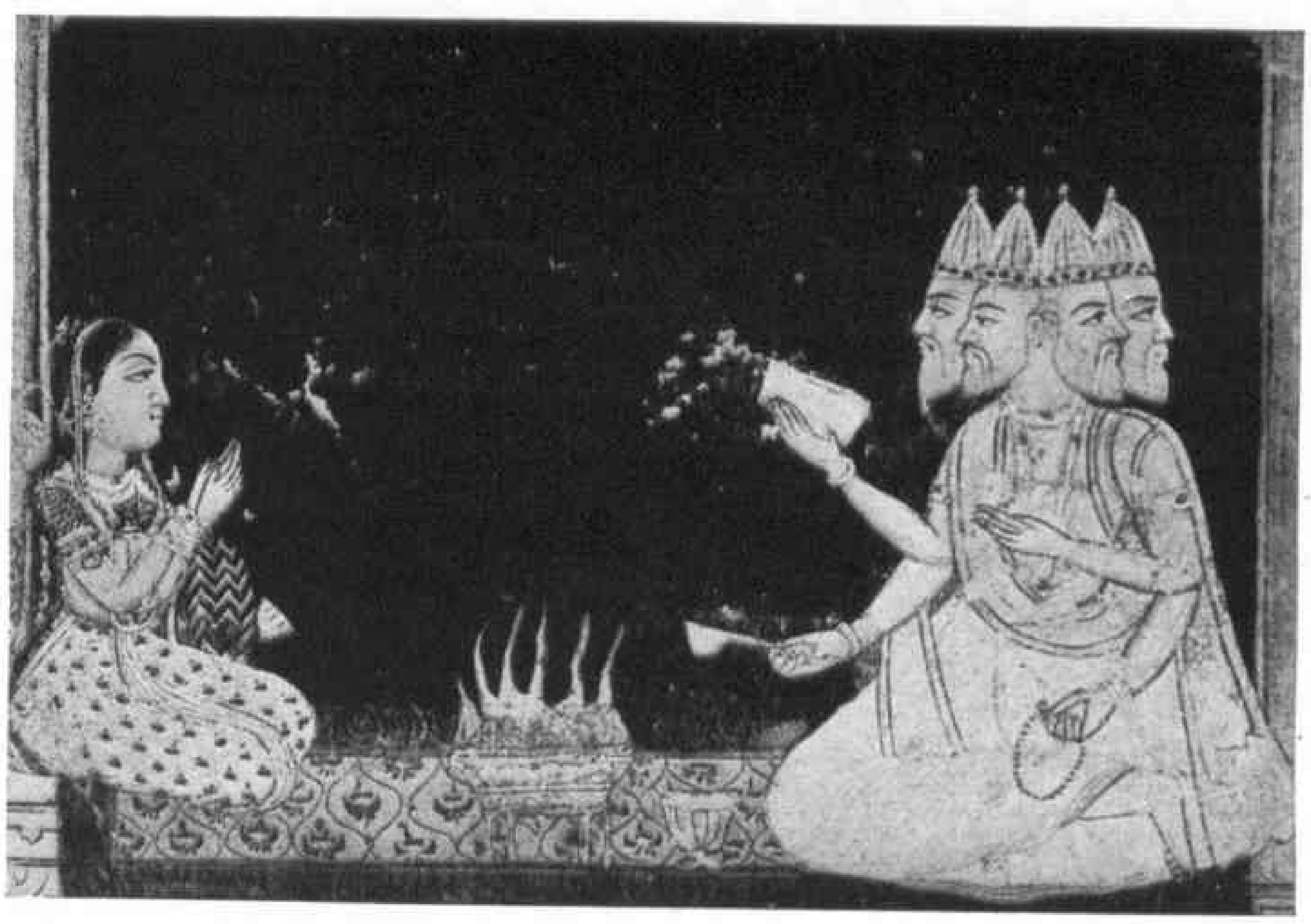
Notemos la diferencia. Mientras un semita, como David, al perder su hijo dirá: «El Señor me lo dio, el Señor me lo ha quitado, alabado sea el Señor»; un ario de la India, al perder sus riquezas, y aun al perder un hijo, dirá: «Nada se me había dado ni nada se me ha quitado verdaderamente mío. El yo — que es lo único mío — está intacto». Sin embargo, a esta trascendental verdad no hubieran llegado los arios de la India sin un largo y penoso itinerario: la humanidad, como el individuo, aprende viajando. Desde el remoto país donde tuvo origen su raza, los arios caminaron atravesando tierras ingratas, pobladas por gentes hostiles, supersticiosas, incapaces de comprenderles. Vivieron en su camino con los escitas crueles; estuvieron en contacto con los semitas, apáticos y egoístas a la vez; tuvieron que enfrentarse y luchar contra los nómadas turanios, y, por último, se detuvieron, después de haber traspuesto las montañas más altas de la Tierra.

«Hemos llegado del otro lado de las tinieblas; —resplandeciente Aurora has preparado el camino, —brillas y sonríes como el ritmo de un poema; —y tu cara hermosa nos ha deparado la felicidad...»

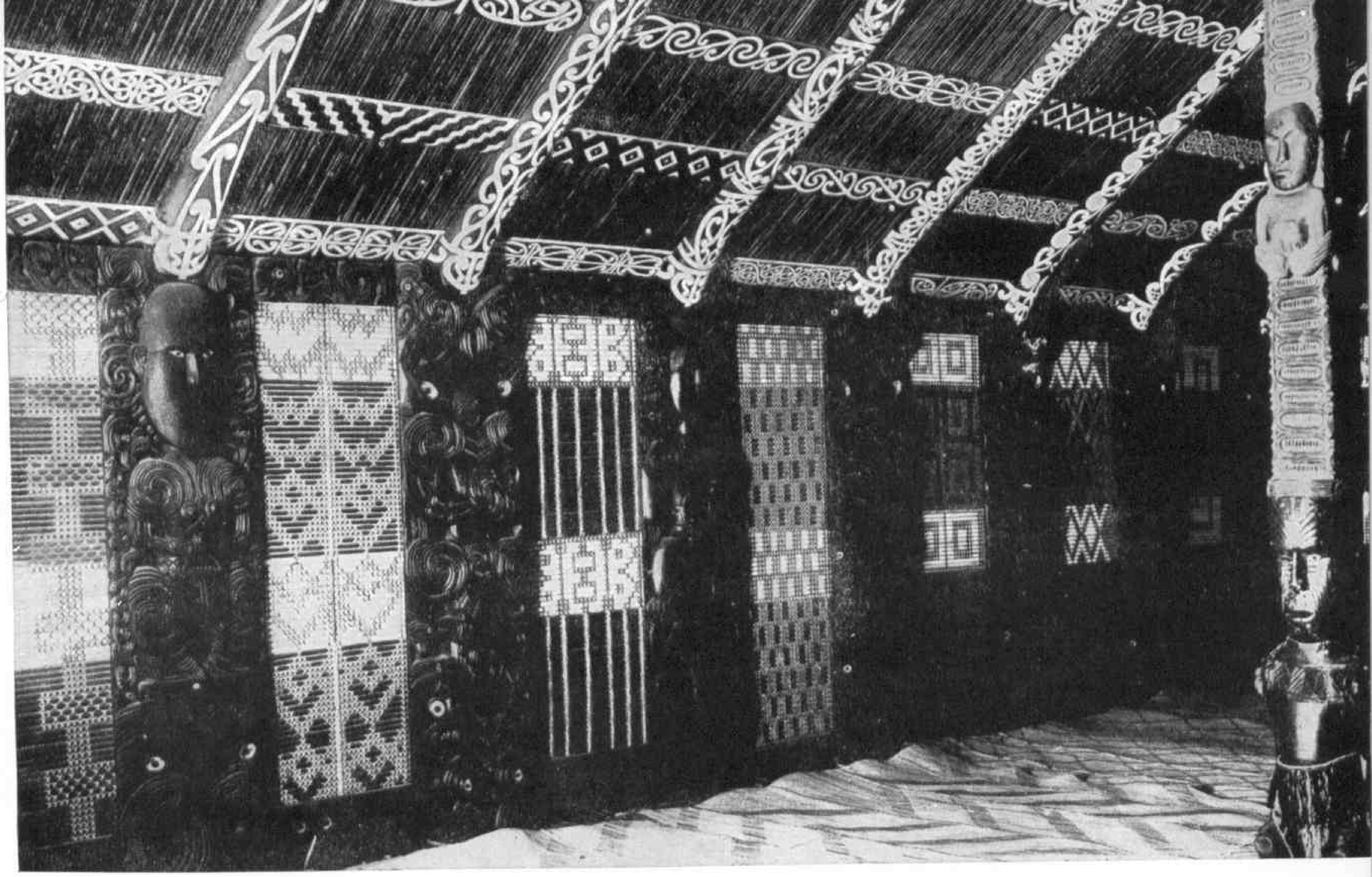
¿Felicidad corporal, placeres? ¡No! ¿Posesión de esclavos, tierras, riquezas, gloria, prestigio, reputación? ¡Tampoco! *Nada mío está allí.* ¿Qué hacer, pues? ¿Qué buscar, cómo vivir? Una solución debía proponer otro ario de la India, el Buda, de quien hablaremos más adelante.

En este esfuerzo para conseguir la plenitud de su humanidad, el indo tiene que resistir tentaciones, hasta producidas por un sentido del deber que exige sacrificios. Es entonces cuando el alma se encuentra combatida por deseos del ser y del no ser, del más y del menos. En una especie de obscuridad nocturna, el relámpago agita los horizontes de calma en que ha vivido. El espíritu no es un habitante de un bosque en donde todo se forma según leyes fijas que es suficiente con atender. ¡No! Hay que luchar. El alma es un campo de batalla entre los sentidos. Se despiertan al retumbar el trueno y hay que cubrirse con un manto o esconderse en un pabellón para que, invocando a los dioses de los Vedas, consiga el sabio recobrar la paz.

Sin embargo, a veces hay que retroceder y es preciso regresar al mundo del que se había huido creyendo que la vida empezaba en la nada, en el no ser.



Culto doméstico. Brahma con los Vedas, el rosario y la cuchara para alimentar el fuego sagrado. Miniatura india.



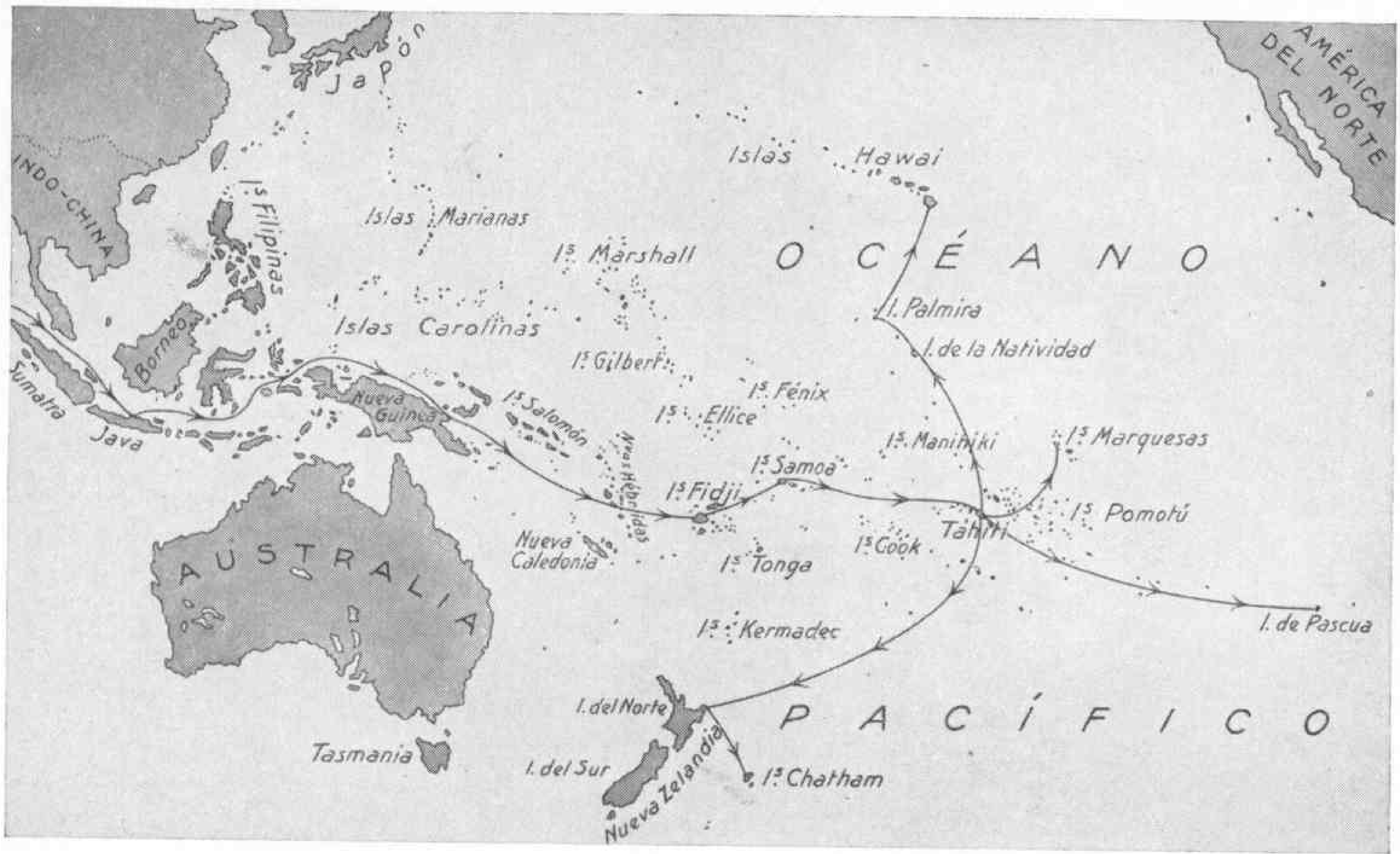
Casa para ceremonias de los maoríes. Nueva Zelanda.

24 EMIGRACIONES ARIAS EN EL OCEANO PACIFICO

HEMOS visto a los arios de la India penetrar a bandadas en la península indostánica y organizarse feudalmente entre el Himalaya y el mar. Diluidos en un territorio inmenso, parece que los arios debían agotar en la India las energías de la raza o que, por lo menos, debieron perder todo deseo de nuevas aventuras después de haberse impuesto más o menos a las razas inferiores que encontraron en el país. Pero recientemente nos hemos enterado, con asombro, de que de la India partieron, hacia el año 500 antes de J. C., grupos de navegantes de raza blanca, y que, por lo tanto, debían de ser indoeuropeos, que se desparramaron por las islas del océano Pacífico y acaso llegaron hasta las costas occidentales de América. Esto parecerá extraño a la mayoría de los lectores, pero ha sido comprobado científicamente en los últimos años.

Que los habitantes de las islas de Polinesia son de color más blanco que los que pueblan los archipiélagos de la Melanesia, y que las facciones de algunos de sus individuos se parecen a las de los europeos, nadie se atreverá a negarlo; pero esto se podría atribuir a la infusión de sangre portuguesa y española que penetró en el Pacífico desde los tiempos de Magallanes.

Claro está que algunos navegantes europeos quedaron abandonados en las islas de la Polinesia en los siglos XVI y XVII, ya por naufragio, ya por deserción; pero éstos no serían suficientes para cambiar la raza,



Rutas de las emigraciones de los polinesios.

que tiende siempre a reproducir el tipo primitivo si no se repite el cruzamiento. Además, de los lenguajes de la Polinesia, del *folklore* de los pueblos de las islas, de sus costumbres y supersticiones, obtenemos la confirmación de la procedencia indostánica de las gentes casi blancas de las islas del Pacífico.

Con la singular memoria que poseen todos los pueblos primitivos, los habitantes de las islas de la Polinesia conservaron la tradición de sus diferentes emigraciones de un archipiélago al otro. Sus genealogías más remotas coinciden con sorprendente precisión en pueblos que han estado separados por espacio de siglos en apartadas islas del Pacífico. Y como no tienen escritos de ninguna clase (excepto los jeroglíficos de la isla de Pascua), las genealogías sirven para establecer una aproximada cronología. Por las listas de sus generaciones, que, como ya hemos dicho, constituyen la tradición más preciosa de los polinesios, venimos a enterarnos de que procedían de una tierra hacia el oeste que llamaban *Atia-te-varinga*. La traducción de esta palabra era, generalmente, como sigue: *Atia la grande cubierta con fango,* porque la partícula *vari,* en la mayor parte de las lenguas polinesias, quiere decir *tierra fango;* pero últimamente se ha tratado de darle otro valor a la palabra *vari.* El arroz es llamado *pari* actualmente en Polinesia y cabe suponer si *vari* no sería el nombre primitivo de *pari.* En Madagascar *vari* o *vare* y en Java *pare* es arroz, y en otros lugares del Pacífico arroz es *fare, padi* y *pari,* mientras que en sánscrito o indo antiguo el arroz se llama *vrihi.* Pero el arroz, que crece sin cultivar en el sur de la India, es llamado *nevari* por los dasyus no arios de la casta de los telingas. Todo esto es, pues, suficiente para hacernos creer que Atia-la-grande estaba cubierta de arroz, no de fango, y así el misterioso país de origen de los polinesios es una Atia-la-grande donde el principal alimento es el arroz, lo que claramente indica la India. Según las listas de generaciones, el éxodo de los polinesios de Atia-te-varinga ocurrió hacia el 500 antes de J. C. y debe de ser anterior también a la propagación del budismo, del que no existe ni la más remota influencia en el carácter de los pueblos polinésicos. Y, en efecto, según la

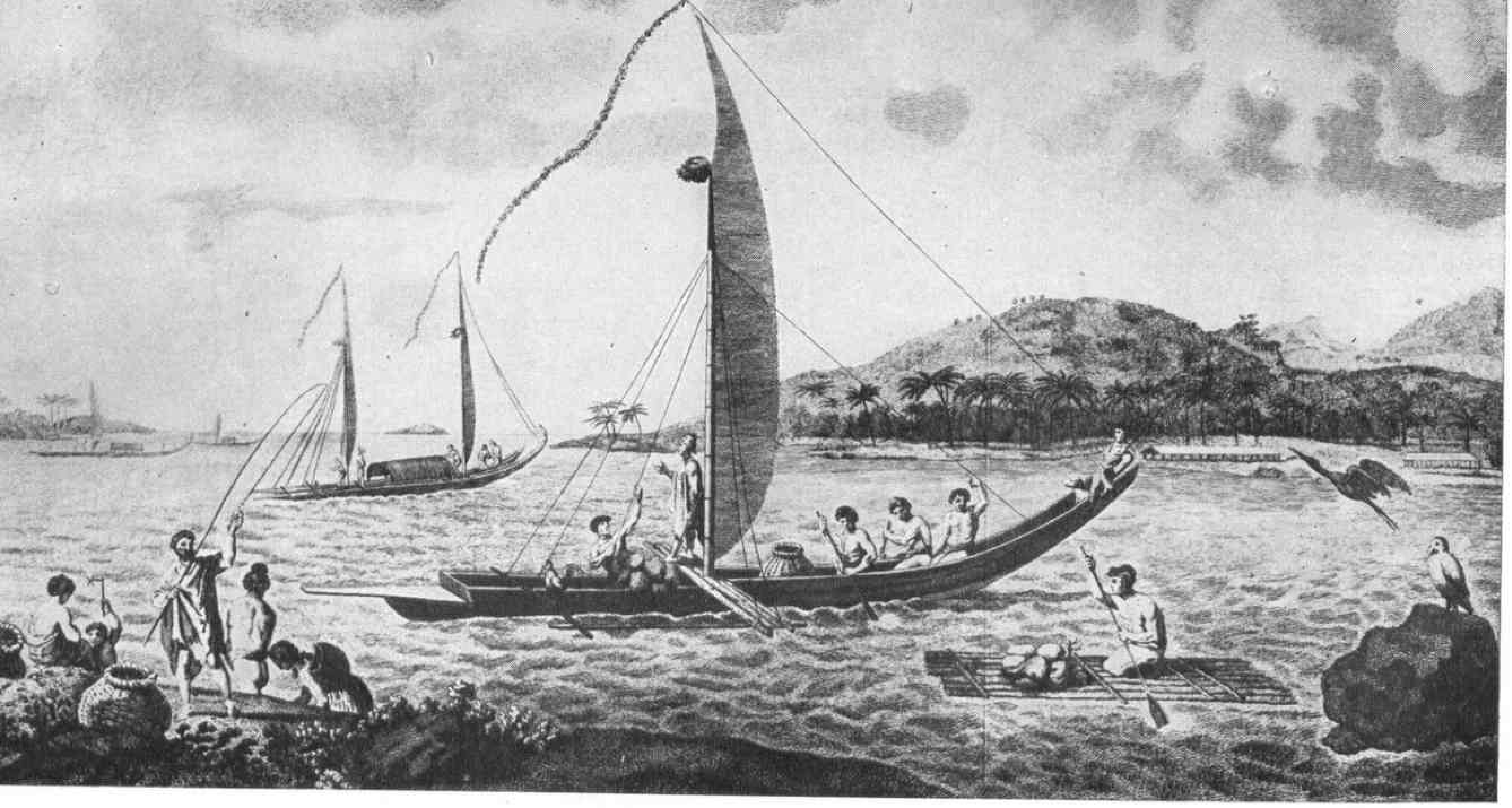
cronología que hoy tenemos por aceptable, los arios llegaron el año 1800 antes de Cristo al valle del Indo y hasta el 800 no dominaron completamente el llano del Ganges, donde tenían que establecer sus comunidades más florecientes. Hacia el año 500 antes de Jesucristo, acaso por un levantamiento en masa de los dasyus, o por haberse arriesgado demasiado hacia el sur, algunos arios, rodeados de multitudes hostiles, no tuvieron más remedio que buscar su salvación cruzando el mar. Y he aquí un fenómeno extraordinario: los arios de la India no se acordaban para nada del mar en los *Vedas;* en su larga peregrinación habían olvidado el Océano y apenas hablan de él en sus cantos: su admiración mayor eran los ríos. Desde que dejaron el Oxus, en la Bactriana, debieron de pasar siglos sin ver más corrientes de agua que las del Indo y del Ganges. Los arios habían olvidado el arte de la navegación; para cruzar estos ríos valiéronse de odres o cueros llenos de aire... Y, de pronto, la necesidad los hizo navegantes. Con flotas de grandes canoas se atrevieron a surcar los inmensos desiertos de agua del Pacífico. En la sangre de los arios de la India existía tal vez una herencia de facultades para la navegación que ellos mismos desconocían; posible es que en el fondo subconsciente de la raza se hubiesen acumulado experiencias de antepasados nórdicos que sólo esperaban la ocasión de manifestarse. En la mitología escandinava, la lucha con los monstruos marinos es el principal esfuerzo de los dioses.

Y he aquí ahora que en Oriente, los arios de la India, después de una peregrinación que había durado siglos por las estepas más áridas del mundo, descubrían otra vez el líquido elemento y, por instinto o por necesidad, recobraban sus facultades de grandes marinos e intrépidos descubridores. ¡Qué extraña herencia! Generaciones y más generaciones habían olvidado ya el arte de navegar, pero no así la raza.

Las tradiciones de la isla de Java recuerdan que hacia el siglo VI antes de Jesucristo una emigración en masa de veinte mil familias procedentes de la India hizo escala en las grandes islas de Indonesia, o sean Java, Sumatra y Borneo, y acaso llegó a Madagascar. Una segunda emigración de otras veinte mil familias de la India, en el año 290 antes de nuestra Era, hizo otra escala en la isla de Java, y de allí debieron de partir los pobladores de las islas del Pacífico. La fecha citada concuerda

Pared de lava en una de las islas Hawai. Polinesia.





Embarcaciones de los polinesios de Tahití al momento de descubrir la isla el capitán Cook.

con la época de su partida de Atia-te-varinga, según las referencias que tenemos de las generaciones de los polinesios.

De su primitivo hogar en Atia-te-varinga los polinesios recuerdan algo más. Había allí un templo de prodigiosa altura con varios recintos, construido para que los dioses celebraran en él sus consejos. Era un lugar muy venerado; de allí proceden sus tambores y trompetas, y en Atia-te-varinga, según dicen, tuvieron principio las guerras.

En cambio, de su estancia en Java y otras islas de la Indonesia los isleños del Pacífico conservan pocos recuerdos. Probablemente, Java será la mitológica tierra llamada *Avaiki,* adonde van los espíritus después de la muerte; además, en las tradiciones de los maoríes de Nueva Zelanda a menudo se habla de serpientes o grandes reptiles que no existen en la Polinesia, e incluso los maoríes representan en sus relieves serpientes que nunca habrán visto. Una sola especie de pequeña culebra inofensiva, que existe en Samoa, es llamada *nagata,* lo que recuerda la palabra india *naga,* que quiere decir serpiente. En Nueva Zelanda los maoríes llaman *nagata* a los caracoles, acaso porque se arrastran como las serpientes. Por lo tanto, el recuerdo de los reptiles de Java, subsistió después de las emigraciones, y hasta en ciertos cultos polinesios hay que apaciguar a un monstruo de forma de serpiente con ritos propiciatorios y sacrificios.

De los grandes felinos, que no existen tampoco en las islas del Pacífico, guardan escasos recuerdos los polinesios. Los maoríes explican innumerables historias de luchas con un animal devorador de hombres, que debe de ser el tigre, y hablan de un monstruo de fuertes mandíbulas, dorso cubierto de escamas y cola poderosa, que será el caimán, también desconocido en Nueva Zelanda. Y en otro de sus relatos históricos, un héroe explica haber visto gentes «que no conocían el arte de encender el fuego, que vivían en los árboles y tenían muy grande el cuerpo y pequeña la cabeza, y no eran hombres...» Al parecer, por la descripción, son los orangutanes de Java y de Borneo. He aquí un recuerdo singular también, porque no debemos olvidar que en las islas del Pacífico, antes de los viajes de

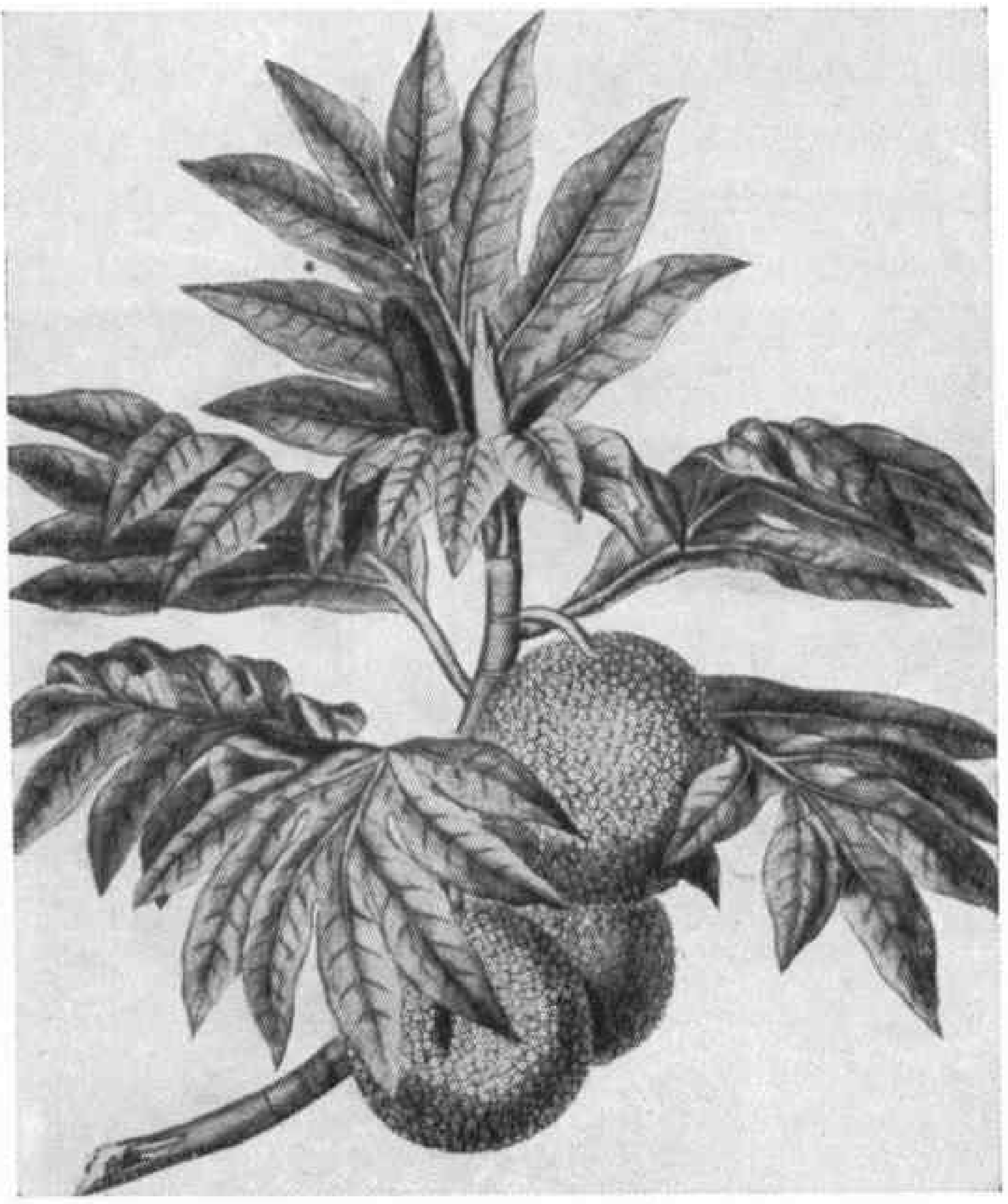
los españoles, no existían otros mamíferos que algunas variedades de murciélagos.

Del período de su estancia en Java es el mito del gran héroe polinesio llamado Tangaroa, quien descubrió el árbol del pan, que produce la preciosa farinácea que debía substituir al arroz en la alimentación de los polinesios. Según las genealogías (contando treinta años por cada generación), Tangaroa debió de vivir en el siglo tercero antes de J. C. La leyenda de su casamiento con una princesa de la isla, y su lucha con un caimán que lo derribó de un coletazo, sus viajes, todo queda en segundo lugar, comparado con la gran revolución que produjo el hallazgo del árbol del pan. Tangaroa lo descubrió en las montañas, se celebró la novedad con grandes festejos y desde entonces dejaron los emigrantes de plantar arroz; en esto muéstranse conformes todos los polinesios, como también en que el descubrimiento ocurrió en Avaiki, que debe de ser la isla de Java, porque allí el árbol del pan crece espontáneamente.

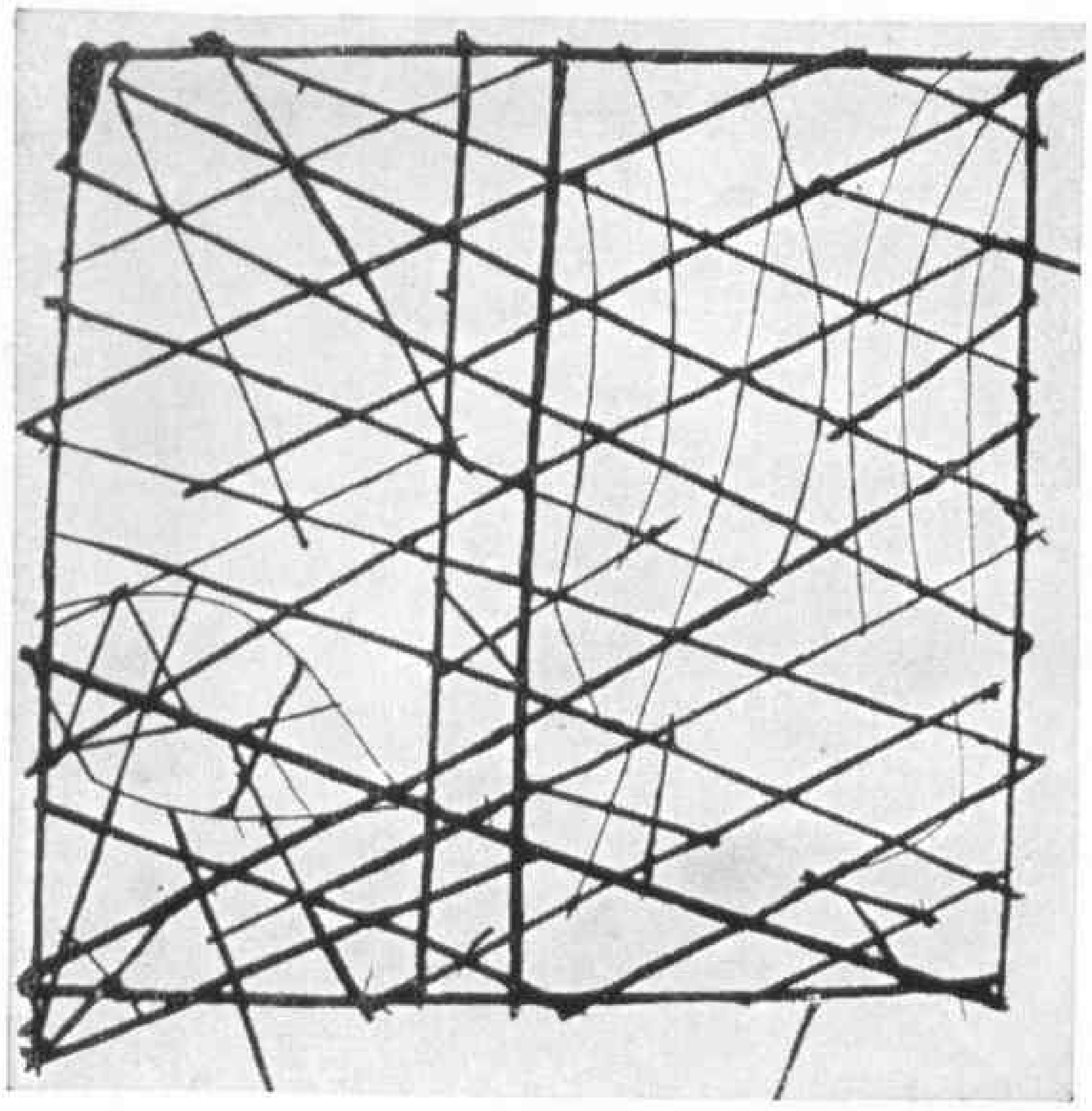
A Tangaroa sucedió su hijo Maui, el cual es el primer gran viajero del Pacífico. En su tiempo los polinesios llegaron hasta las islas Fidji. Las leyendas polinesias dicen que Maui «levantó los cielos», lo que significa que navegó hacia el Oriente, deshaciendo el camino del Sol. Esto recuerda la frase del *Avesta* cuando dice de Yima que extendió la tierra, para indicar una emigración. Siendo Maui un héroe común a todos los polinesios, cada isla tiene de él sus tradiciones propias y es natural que, por la ley general de desarrollo de las leyendas, se le acumularan hazañas de otros héroes contemporáneos y aun posteriores. Pero en lo que coinciden unánimemente las leyendas es en asegurar que Maui fue un gran navegante, que guió a sus gentes en su viaje a través del Pacífico. Por él salieron de los lugares peligrosos de las islas de la Indonesia y de Nueva Guinea, pobladas de razas negras, malayas y mongólicas, y llegaron al paraíso terrenal, que son las bellas islas del archipiélago de Fidji, y más allá aún, a Samoa, Hawai y Tahití.

Allí no había enemigos de ninguna clase ni animales dañinos; la naturaleza tropical produce frutos en abundancia para proveer a todas las necesidades. Estos frutos son principalmente tres: el plátano, que es indígena de aquellas islas; el árbol del pan, que ya hemos visto lo trajeron los polinesios de Avaiki o Java, y la batata o patata dulce, que parece originaria de América o por lo menos sólo en América crece espontáneamente. Esto ha hecho pensar que los polinesios llegaron en sus navegaciones hasta las costas que ahora son de la república del Ecuador o del Perú. Pero la batata también podría haber sido importada más tarde, ya que se considera hoy imposible que los polinesios llegaran al Continente americano. No parece tampoco que los polinesios llegaran a tocar Australia; resbalaron, podríamos decir, a lo largo de sus costas sin darse cuenta de su existencia.

Durante todo el período heroico de los polinesios, que coincide con la Edad Media en Europa, sus leyendas describen innu-



El fruto del árbol del pan, que es el alimento primordial de los polinesios. *Viajes* del capitán Cook (1769).



Mapa de los primitivos polinesios, hecho con varitas, para indicar la dirección de los vientos y las corrientes del Pacífico.

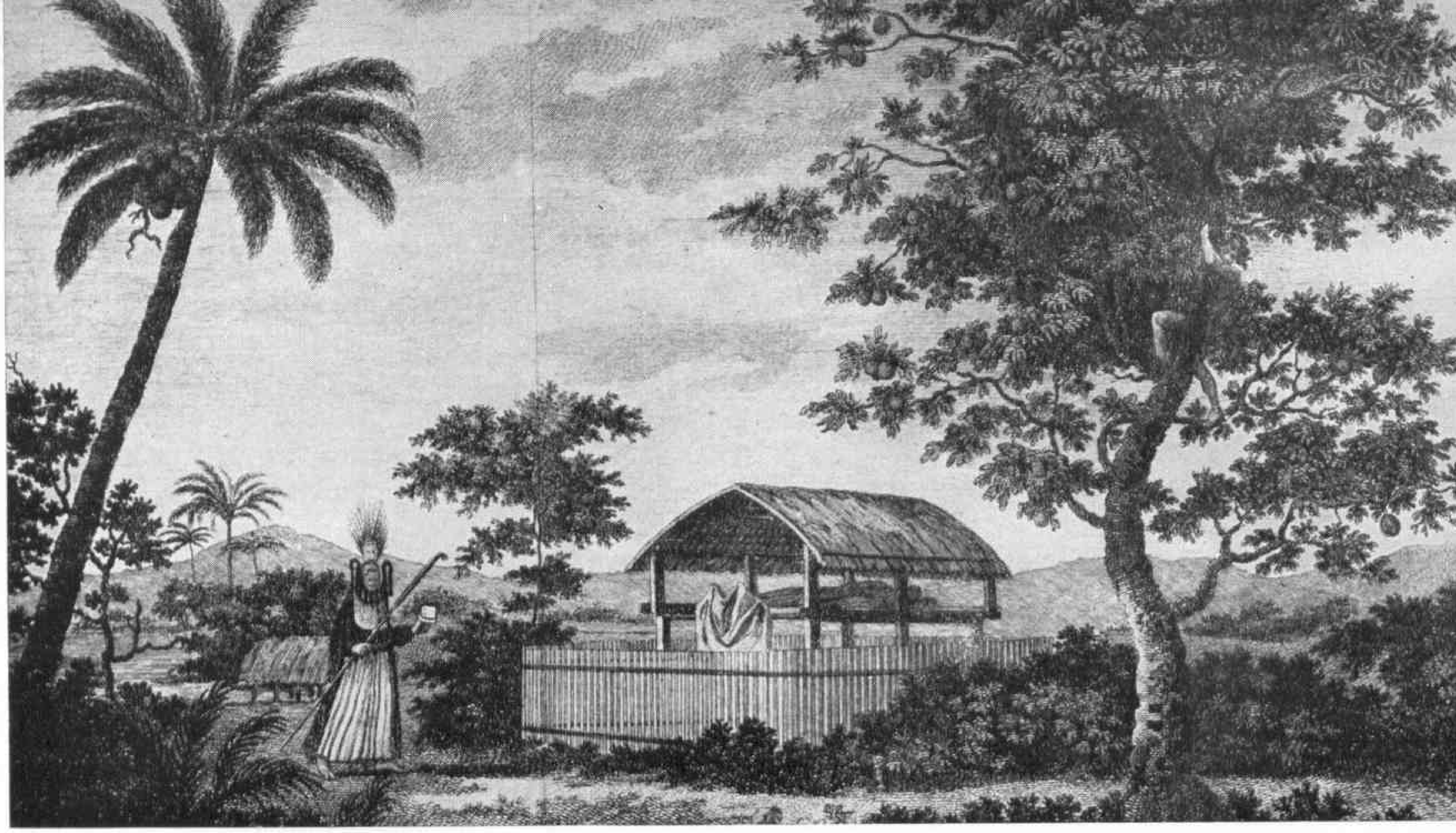
merables viajes, conquistas y descubrimientos. Los polinesios hablan de esta época como de su edad dorada; dicen que «visitaron todos los lugares de la Tierra» y se hicieron «prácticos en la navegación». De uno de sus héroes se cuenta que, cuando las canoas se le pudrían, construía otras para continuar sus expediciones; pero también a veces se dice fríamente de algunos «que fueron hacia el oeste y se perdieron». Entre las tradiciones de los sobrevivientes de los pobladores de las islas Marquesas se cuenta que «un tal Gataneva marchó con cuatro canoas a descubrir tierras, llevando gran cantidad de agua y provisiones; pero nunca más se supo de él...» De otra expedición se dice: «...Cuatro días después de haber marchado, los brujos y sacerdotes empezaron a gritar que habían tenido revelaciones de que la expedición había conseguido descubrir nuevas islas, donde había abundancia de todo lo deseable. Excitados por estas noticias, otros aventureros construyeron nuevas canoas y partieron también, pero ni de unos ni de otros se ha sabido nada más.» Algunas islas fueron descubiertas varias veces. El grupo de Hawai, por ejemplo, debió de descubrirse ya el año 650 después de J. C., pero no se pobló hasta mucho más tarde. Lo mismo ocurre con Nueva Zelanda; la fecha bien conocida de la llegada de los polinesios a Nueva Zelanda, en una expedición famosa llamada *la flota,* de seis canoas, fue en 1350, pero ya antes debieron llegar al archipiélago expediciones menos documentadas.

De un tal Ui-te-rangiora, navegante del siglo VII que viajó en su canoa, llamada *Ivi-o-atea,* se cuentan infinidad de aventu-

Casa de ceremonias de los aborígenes de Samoa (exterior e interior).







Sepulcro de un alto personaje en Tahití, según dibujo del capitán Cook.

ras. De otro se explica que marchó solo para superar las aventuras de éste y vio extrañísimas cosas en el Océano, como trenzas y cintas cubriendo las aguas, que debían de ser el sargazo, alga marina que no se halla en los trópicos, y además *la hembra* que vive en las aguas, o sea la foca, y los témpanos de hielo, *el mar cuajado*.

Como el área de expansión de los polinesios en el Pacífico tiene un diámetro de cinco mil millas, parece un mito que pudieran recorrerla con los pobres elementos de que disponían al llegar los europeos. Pero antiguamente los polinesios usaban para los grandes viajes embarcaciones especiales que llevaban un balancín para darles estabilidad, o bien eran dobles, con una canoa mayor y otra más pequeña y entre las dos había un puente de tablas, sobre el cual iba *una casa* para las provisiones. Las canoas estaban construidas con tablas unidas por medio de nervios. La quilla era de un solo tronco, las tablas se le unían ajustadas, cosidas y calafateadas. Muy a menudo, en las historias de los héroes polinesios, se habla del arte de reparar o calafatear una canoa en alta mar. Estas embarcaciones tenían a veces más de treinta metros de longitud y podían transportar buen número de guerreros; varios centenares llegaron a Nueva Zelanda en la expedición de las seis canoas del año 1350. El alimento era el producto del árbol del pan, que, debidamente amasado, se guarda más de un año, y los cocos, que procuraban comida y bebida al mismo tiempo. Agua se llevaba también en receptáculos de bambú, y existe una tradición en Samoa según la cual los antepasados conocían una planta que, mascándola, hacía pasar la sed y de esta manera podían prescindir de la provisión de agua en los viajes que realizaban.

Como todos los pueblos que viven en inmediato contacto con la naturaleza, los polinesios tenían señales seguras para orientarse, no sólo en las estrellas, sino en los vientos, que son de corrientes muy regulares en el Pacífico. «Si marcháis de Hawai a Tahití — dice un relato —, descubriréis nuevas constelaciones sobre el abismo del agua». Parece que los antiguos maoríes incluían entre sus enseñanzas religiosas la de la astro-

nomía. Algunos pueblos polinesios conservan aún de sus antepasados mapas hechos con varillas de madera, que señalan las corrientes del agua y del viento en el Océano. El color y la temperatura del agua les servían también para su orientación en las vastas soledades del Pacífico.

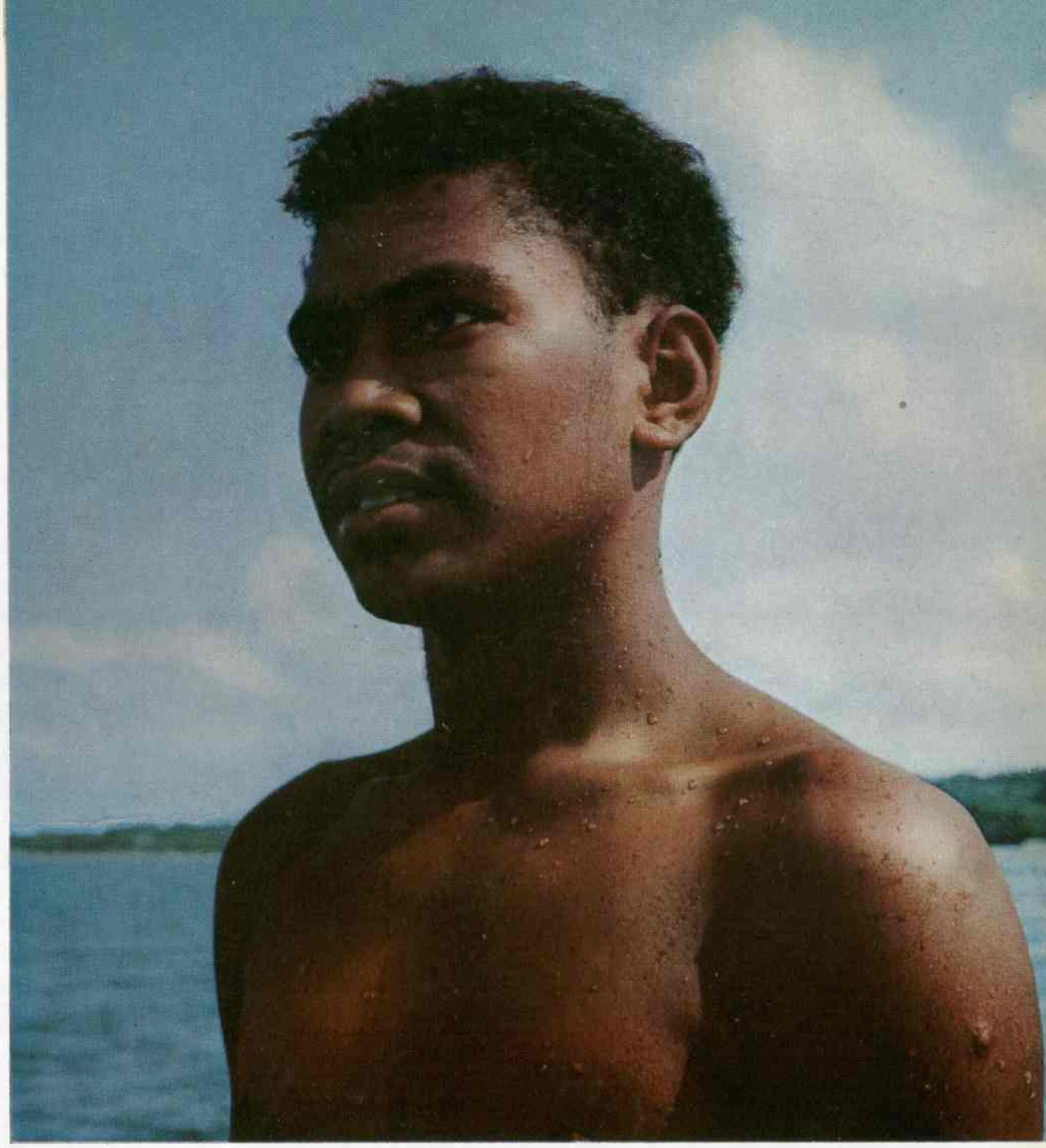
Las canoas eran extremadamente tabúes y no se permitía el acceso a ellas de las mujeres. Todas las operaciones de construir una canoa, desde el instante de derribar los árboles hasta su decoración, eran dirigidas por el sacerdote, que conocía el rito ancestral. Todavía hoy los contados habitantes que sobreviven a la destrucción de su raza, en las islas Marquesas, no permiten a sus mujeres que se embarquen en las canoas destinadas a la pesca. Los misioneros que han mencionado este hecho tratan de buscar su explicación en el miedo que tienen los indígenas de perder a sus mujeres por naufragio o por robo de piratas, pero no hay duda que el tabú refleja una superstición bien conocida, según la cual las mujeres por su impureza no podían tocar una canoa.



Tipo polinesio.

Esto era consecuencia natural de los grandes viajes. En las expediciones lejanas, las mujeres debieron de estar en ínfima minoría y los guerreros tenían que procurárselas entre las poblaciones extrañas que encontraban en las islas que recorrían. Los malayos habían también arribado, por el norte, a algunas de las islas de la Polinesia y representaban una mentalidad muy inferior. Este hecho de la mezcla de sangre malaya, que se ve claro en el aspecto físico de los polinesios, está documentado hoy históricamente. Ya hemos referido que durante la permanencia de los emigrantes en Avaiki, que es la isla de Java, el jefe Tangaroa casó con una princesa de la isla. Antiguas tradiciones, conservadas por los maoríes y otros polinesios, atribuyen la iniciación de toda la raza en el canibalismo a los consejos de otra princesa llamada Waitiri, esposa de Kaitangata, que fue abuelo de otro héroe, cuya existencia por las genealogías podemos fijar en el año 700 después de Jesucristo. No hay duda de que Waitiri debía de ser también una extranjera, y como por aquel entonces los polinesios habían llegado ya a las islas Fidji, es de creer que allí encontraron establecido un grupo de malayos, al que la princesa Waitiri pertenecería. Los malayos practicaban el canibalismo desde los tiempos más remotos; así ya no sorprende tanto ver a los polinesios caer en un antiguo pecado por seducción de una extranjera. No obstante, las mujeres, por su misma condición inferior, no podían tomar parte en los ritos religiosos, ni acercarse a los *maraes*, o plataformas para danza, y casas de ceremonias para la iniciación a ritos ancestrales.

La mayoría de las construcciones de los polinesios para servicios religiosos y sociales son de madera, de troncos atados con cuerdas de fibra, pues no tenían clavos de metal. Pero en algunas islas hay monumentos de grandes piedras, como los megalíticos en Europa. Es extraordinaria la seme-



Pescador de las islas Fidji.

janza de los muros construidos con bloques sin labrar con los que en Europa llamamos pelásgicos o ciclópeos. La misma semejanza asombra con los monumentos que pueden ser conmemorativos, como las piedras derechas o menhires, y los trilitos o puertas, casi como los arcos triunfales. Parece que la especie humana tenga como fatal necesidad el levantar un menhir análogo en Polinesia o en el oeste de Europa. Pudo la forma llegar importada a través de los continentes; pudo también, por ser tan simple, repetirse instintivamente. Hay menhires en el Asia Central y también en América. ¿Pero acaso no ocurre lo mismo con los útiles de piedra? Los artefactos neolíticos son casi idénticos en Europa, Asia y Oceanía. El hacha de piedra pulimentada de forma triangular, es uniformemente labrada por los hombres que no han llegado a emplear metales.

Sin embargo, los monumentos megalíticos de los polinesios son escasos y sin decoración de molduras. No manifiestan capacidad de tallar la piedra ni deseo de poseerla; sólo en la isla de Pascua hay abundantes esculturas que por muchos años han sido un enigma. Además, los polinesios de la isla de Pascua tallaron la única madera que crece en la isla, los troncos de hibisco, árbol enano que los vientos retuercen hasta darle formas casi humanas. Las ramas



**Un archivo viviente polinesio.
El centenario de la isla Roratonga.**

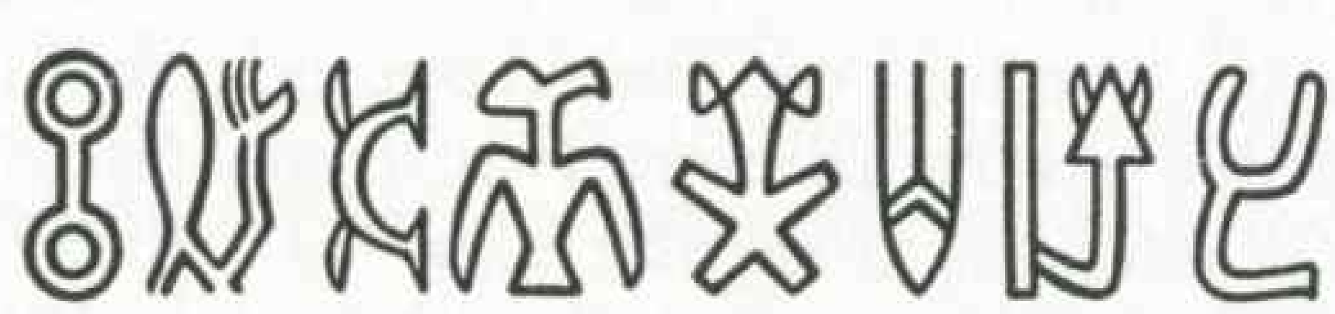
dobladas del hibisco sugieren imágenes de personas y a veces peces o monstruos raros, y los polinesios de la isla de Pascua se sintieron inspirados a completar la obra de los elementos acabando de tallar la forma que imaginaban en la torcida madera de los arbustos. Tanto para las estatuas de piedra como para las esculturas de madera, los habitantes de la isla de Pascua no tenían modelos; no podían imitar productos artísticos de otras razas. Se impone, pues, una digresión, ya que es un caso de instinto que interesa para explicar las leyes de la mentalidad primitiva. No hay otro ejemplo de aislamiento total de gentes durante varios siglos en una isla que llegue a producir arte.

La isla de Pascua fue descubierta por un navegante holandés en 1721. Después la visitaron González en 1770, Cook en 1774 y La Pérouse en 1786. Estos exploradores recogieron algunos datos, hicieron grabados de las esculturas, pero no permanecieron bastante tiempo para comprender el carácter de sus habitantes y lo que representaban las estatuas ni llegaron tampoco a ser capaces de comprender sus escrituras. Porque los habitantes de la isla de Pascua grababan inscripciones en la madera, caso único de todos los polinesios.

Como el misterio de la isla de Pascua intrigaba a sabios y profanos, varias veces viajeros curiosos y misiones científicas se han instalado en dicha isla para descifrar aquel enigma. Acaso hayan llegado tarde... pero con ingenuidad increíble aprendieron muchísimas cosas de aquellos mismos polinesios que las conservaban en la memoria, adormecida y obscurecida por los siglos de aislamiento.

Precisemos algunos datos: la isla de Pascua está a unas 2.000 millas de la costa americana y a más de 1.000 de la isla más cercana. Cuando fue descubierta, había allí 3.000 habitantes; hoy quedan sólo un centenar, degenerados sobre todo a consecuencia de las enfermedades que han aportado los europeos. Pero son estrictamente polinesios y hablan una lengua emparentada con las de los otros pobladores de las islas.

Actualmente comprendemos que las esculturas en piedra son retratos estereotipados. ¿Qué hicieron los que merecieron tal recuerdo? Esto no se ha averiguado, pero el hecho de que haya más de 100 estatuas todavía en pie en la isla hace pensar que no son de grandes héroes fundadores, ni pudieron ser guerreros, pues en la isla de Pascua no hay nada que comba-



Pu, Rutu te Pahu, Rei, Kura, Atariki, Henva,
Toko, Rangi, Tane
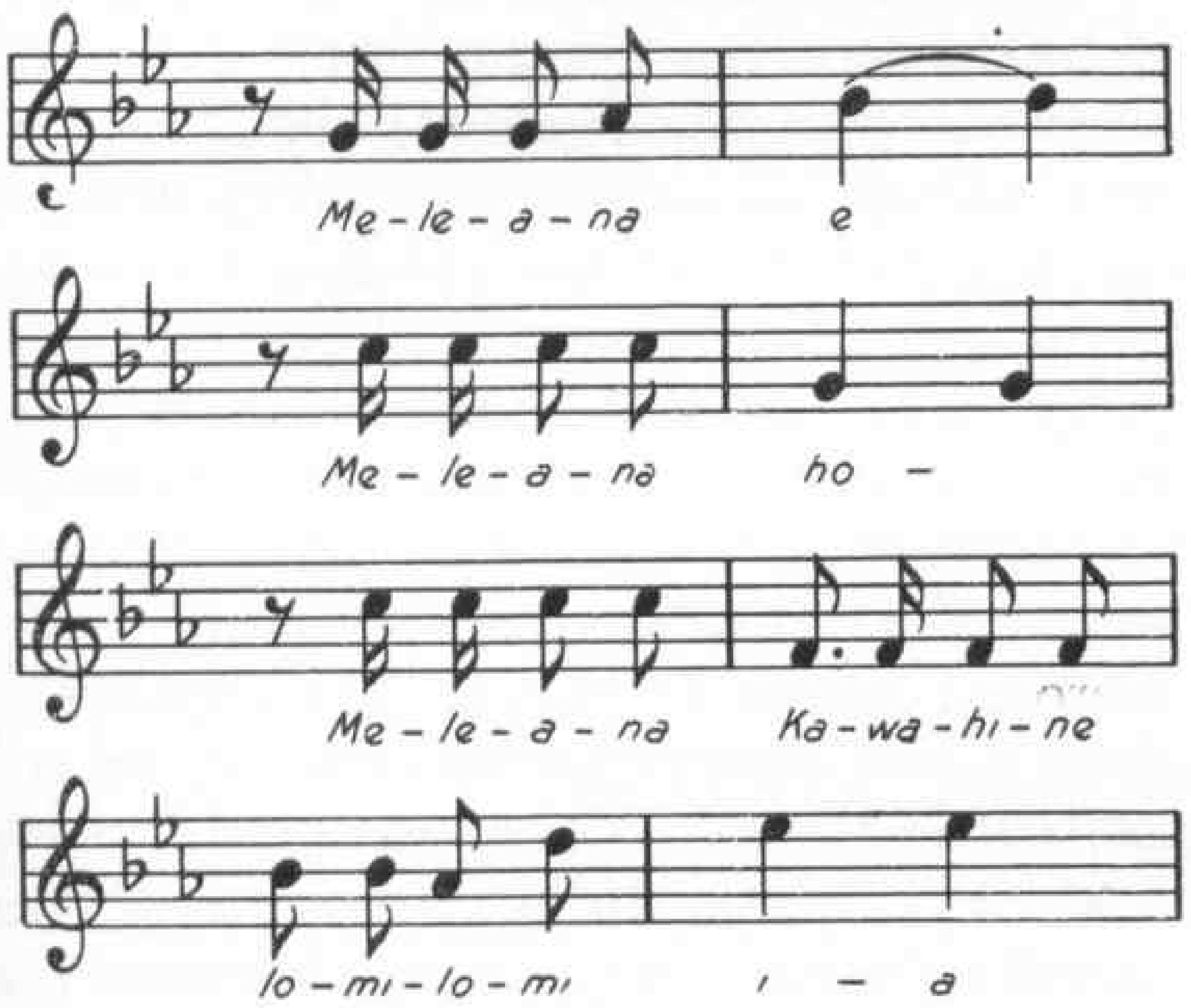
Jeroglífico polinesio. Traducción con su transcripción fonética e interpretación:

Suena la caracola y redobla el tambor
por el precioso ornamento,
por el primogénito de la tierra,
por la columna del cielo,
por Tane.

tir más que el viento que la azota y la pobreza de la alimentación, que se reduce a pescado y a huevos de pájaros marinos que acuden cada año a hacer sus nidos en las rocas. El que primero descubre un huevo es considerado un ser excepcional, casi divino, durante el año. Se le representa transfigurado con pico de ave.

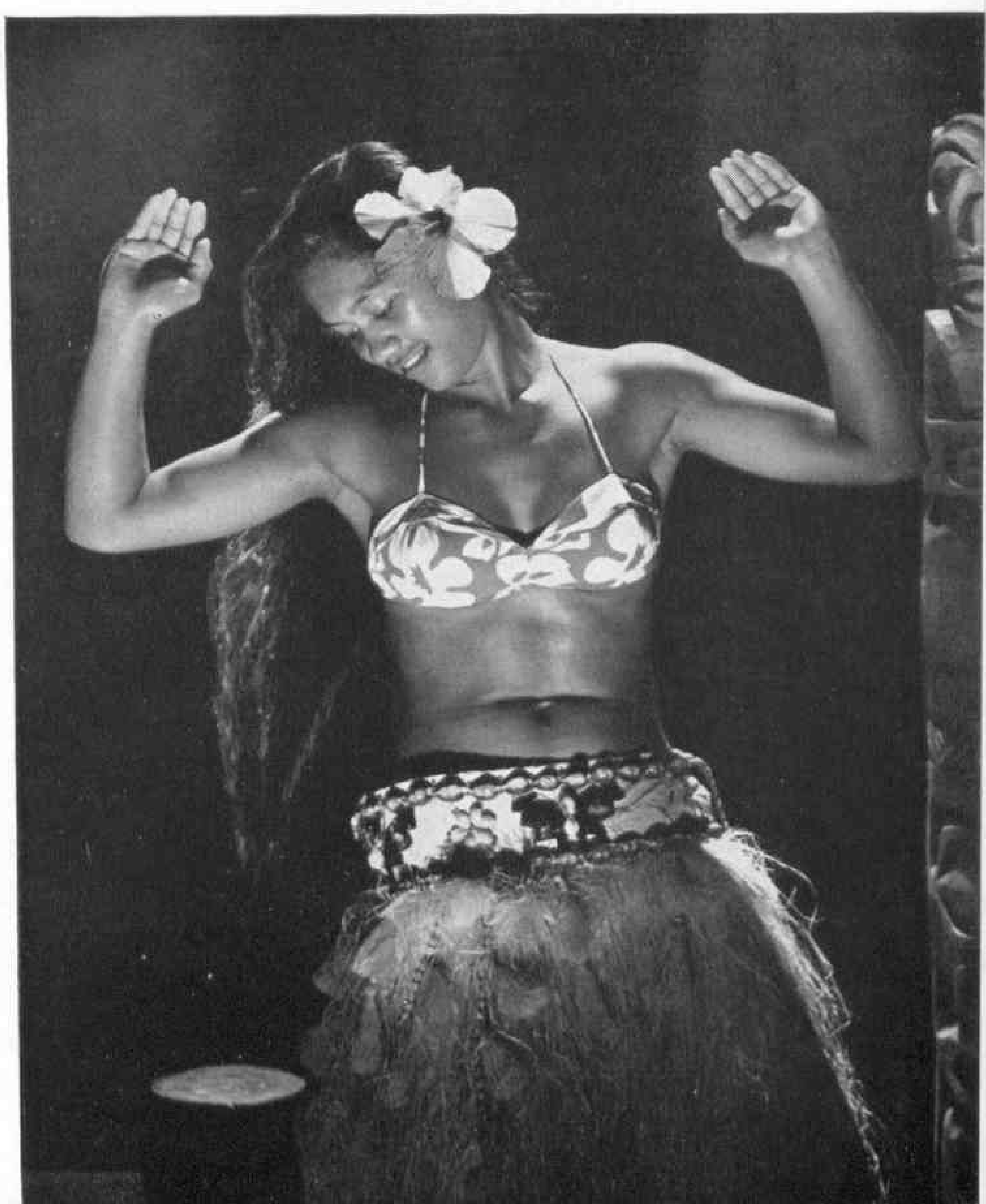
Así los personajes glorificados con las grandes esculturas no son dioses ni héroes, sino caciques que se impusieron en una época favorable a sus intereses personales. Algunos llevan sobre la cabeza un bloque que forma como un sombrero; son los que ya habían muerto cuando se erigió su estatua. No se intentó identificarle con su nombre en inscripción, ni darle sus rasgos fisonómicos. ¿Para qué? Todos los vecinos de aquella pobre comunidad se lo comunicaban de generación en generación. Para los primitivos, todos los vivientes son idénticos, no hay que precisar las caras de cada uno. Pero al hacer tanto las esculturas en piedra como las labradas en madera, los tallistas de la isla de Pascua caen en los errores comunes a todos los primitivos: son siempre formas humanas vistas frontalmente, en las que se acentúan las partes importantes (cabeza, brazos, pecho) y se atrofian las partes menos capitales, representando por transparencia costillas, esternón y vértebras. Los mismos errores que hacen los niños y los hombres prehistóricos europeos.

Quedan finalmente los jeroglíficos. Acaso los grabaron para entretenerse. Algunos arqueólogos modernos han creído poder interpretarlos porque hay signos comprensibles de hombres, peces y pájaros que se repiten y pueden pronunciarse con palabras del vocabulario actual de los polinesios. Pero como siempre que se trata de descifrar un texto de lenguaje antiguo (ibero, etrusco, osco, etc.), sorprende la vaciedad, insignificancia de lo que ha querido recordarse con la inscripción. Es posible que los signos de las inscripciones de la isla de Pascua sean abreviaturas mnemotécnicas, como una escritura taquigráfica, pues cuando fue-



Una de las tonadas Ulas de Hawai.

Joven tahitiana ejecutando una danza de las islas.





Estatua de Hoa-Haka-Nana-Ia, isla de Pascua. Museo Británico.

ron dadas a leer a los últimos que pretendían conocer su sentido, canturrearon durante varias horas y una sola línea llenaría un tomo de doscientas páginas.

Sorprendió a los descubridores de las islas del Pacífico que aquellos habitantes, físicamente tan hermosos, de carácter tan dulce y noble y tan hospitalarios, practicaran el canibalismo. El mismo capitán Cook pereció víctima de esta costumbre; hasta los pueblos que modernamente no la practicaban, tenían supervivencias de un rito de canibalismo. Costumbre de los habitantes de las islas Samoa era la de ofrecer al jefe un prisionero envuelto en hojas de cocotero, preparado para asarlo, aunque no se llegaba a sacrificar a la víctima ni en simulacro; y los maoríes tenían por costumbre comer algunas partes del enemigo decapitado para adquirir su *mana* o alma.

Con costumbres de este género debemos reconstituir casi todo el pasado de los polinesios; pero por fortuna se ha llegado a tiempo de recoger de la tradición oral muchas leyendas y cantos históricos. He aquí cómo Percy Smith, el gran compilador de las genealogías de los maoríes, describe su visita a un anciano de la isla de Rarotonga, donde hicieron escala las seis canoas de la flota que fue a Nueva Zelanda en 1350: «Me dijeron que en Rarotonga vivía un viejo llamado Tamarúa, que me daría noticias del paso por allí de la flota... Encontramos a Tamarúa reclinado sobre una estera, debajo de unos cocoteros y árboles del pan y plátanos. Era un anciano de aspecto agradable e inteligente, pero por desgracia muy sordo. Con ayuda del marido de su nieta le hicimos entender que deseábamos conocer cosas del pasado. Al preguntarle si sabía algo de las canoas que fueron a Nueva Zelanda el año 1350, contestó que sí, repitiendo los nombres de las seis canoas tal como los recuerdan los maoríes. "El capitán de la canoa *Tainui* se llamaba Oturoa — dijo el viejo —, pero no recuerdo los nombres de los demás."» Percy Smith transcribe el relato de la expedición con todos los detalles que le contó el viejo Tamarúa: «Yo aprendí esto de mi padre y de mi abuelo y ellos lo aprendieron de sus antepasados. Todo el mundo sabía la historia de estas canoas cuando yo era joven. Esto era antes de la llegada de los misioneros (1823). Por aquel tiempo yo había asistido a diez fiestas ceremoniales del año, y era de esta altura — dijo el anciano, señalando a un niño de doce años». Por estos datos se deduce que Tamarúa tendría 96 años en 1907, cuando lo visitó Percy Smith.

De archivos vivientes, como Tamarúa, se han recogido, además de cantos y descripciones de ceremonias, leyendas épicas que recuerdan las de los arios de Europa; por

lo general tratan de guerras y emigraciones. Las guerras, terribles, sanguinarias, con exterminio de la gente de toda una tribu o toda una isla, tienen por motivo fútiles querellas; parecen las disputas de los caballeros andantes por triviales cuestiones de etiqueta. He aquí un sucedido que, en crueldad, se puede comparar con la leyenda castellana de los infantes de Lara. Había en Rarotonga una princesa, llamada Apakura, que tenía diez hermanos; éstos estaban celosos del hijo de Apakura, que era un hermoso muchacho, el más apuesto de la tribu. Los hermanos de Apakura determinaron matar a su sobrino porque éste les venció en el juego de tirar la lanza. Los diez hermanos fueron en busca de Apakura y le exigieron que les entregase a su hijo para sacrificarlo en la plataforma donde se practicaba el canibalismo. Después de varios mensajes y cantos de despido, Apakura adornó para el sacrificio a su hijo; éste se despidió de su madre. Madre e hijo se frotaron la nariz, que es la manera de besarse de todos los polinesios, y el muchacho bajó armado de su lanza al lugar donde le esperaban sus tíos con todos los guerreros.

Estos le recibieron con grandes gritos, a los que el joven héroe contestó insultándoles: «¡Alejaos vosotros, *constructores de cocinas,* engendro del humo de los hornos, gente de largas lanzas!» Estos característicos insultos eran para llamarles cobardes, porque usaban armas largas, y afeminados, porque todas las labores domésticas, y especialmente las de cocina, eran relegadas a las mujeres. Hasta el humo de las viandas impurificaba a los guerreros y a las canoas. Por fin, el hijo de Apakura perece a manos de sus tíos y la madre desciende, enlutada, a cantar el *vocero* o canto funeral de su hijo. Los guerreros contestan a sus maldiciones, diciendo: «¿Por qué gritas, Apakura? Tu hijo está ya en nuestros cestos».

Pero Apakura prepara la venganza, y se marcha a otra isla para buscar apoyo en unos parientes lejanos; éstos, que detestan a los hermanos de Apakura, le prometen vengar a su hijo. Salen en una expedición a buscar a los asesinos y encuentran a tres de ellos en sus canoas, pescando en alta mar. Los tres hermanos de Apakura no sospechan el peligro y aceptan la invitación de pasar a las canoas de sus perseguidores. Cuando están allí sentados, los atan y les cortan la cabeza. Pero después de entregar a Apakura la cabeza de tres de sus hermanos, ya no quieren proseguir la venganza con los demás. Apakura tiene que buscar otros parientes para completar su obra de exterminio. Otros primos, habitantes de otra isla, se preparan para vengar al hijo de Apakura. Dos meses se pasan calafatean-



Estatua lígnea de Tangaroa, dios del mar, en el acto de crear a los otros dioses y al hombre. Isla de Pascua. Hoy en el Museo Británico.

do las canoas de guerra, fabricando lanzas, hondas y mazas. Por fin, la expedición de los vengadores aparece frente a la playa donde se cometió el crimen. Los hermanos de Apakura gritan a los invasores: «¡No desembarquéis todavía, mañana combatiremos!» A lo que acceden los enemigos.

Al día siguiente empieza el combate por mar y tierra. Algunos de la isla tratan de llegar nadando hasta las canoas, para volcarlas, pero son decapitados al sacar la cabeza para respirar. Otros pelean en la playa, «por siete días». Durante la noche, los extranjeros debían retirarse a sus canoas para volver a tierra, a combatir, al día siguiente. Una noche, uno de los agresores sale a escondidas y prepara una trampa con una cuerda, que llega hasta la playa. Cuando el peor de los hermanos de Apakura va a combatir, es insensiblemente atraído hacia la trampa; al cogerse el pie en ella, tiran de la cuerda los de las canoas y pueden decapitarlo fácilmente...

Así es vengado el hijo de Apakura; otro retoño menor de la desolada madre es elegido rey de Rarotonga.

Las leyendas se presentan hoy mezcladas con fenómenos y personajes sobrenaturales que ayudan o molestan a los héroes. A veces los relatos, mezclados con cantos, duran varios días, pero en el fondo contienen siempre algo histórico. He aquí, por ejemplo, la explicación de cómo fueron pobladas las islas Marquesas por los habitantes de Tahití y Rarotonga. El héroe que condujo la expedición, un tal Onokura, era a la vez capitán, navegante y poeta. Con sus innúmeras hazañas podrían componerse varias comedias. Debió de vivir hacia los comienzos del siglo XII después de Jesucristo; fue, pues, casi contemporáneo del Cid. Onokura nació en un lugar de Tahití, en la montaña que todavía señala la tradición. Los habitantes de la isla, habiéndose multiplicado extraordinariamente, decidieron enviar una expedición en busca de otras tierras y para jefe eligieron a Onokura; éste dirigió la construcción de las canoas, que por fin se botaron al agua. En su ruta desembarcaron en Akaau, donde Onokura se casó con la hija del jefe de esta isla. Por fin continuaron su viaje, dejando Onokura en Akaau a su esposa con dos hijos. Llegaron a las Marquesas y allí encontraron gentes de otra raza, con las que combatieron. La guerra debió de ser larga, pues llegó de Akaau un hijo de Onokura para ayudar a su padre; éste, finalmente, se casó con otra princesa del país, lo que demuestra un cruzamiento con los aborígenes o malayos llegados antes a las Marquesas. Onokura aún emprendió nuevos viajes y murió de vejez en una isla llamada Tupai.

Podríamos multiplicar las leyendas históricas de los polinesios y el lector continua-



Figura de madera de Kukailimoku, dios de la guerra. Hawai. Museo Británico.

ría sorprendiéndose del carácter casi *europeo* de estas tradiciones del Pacífico. Pero ello será porque las damos desprovistas de su vestidura polinesia, adaptándolas ya a nuestra mentalidad mejor que traduciéndolas. La leyenda de Onokura, por ejemplo, es un relato que llena cincuenta páginas, contado con todo detalle, y son precisamente los detalles los que habrían de parecer exóticos al lector. De todos modos, algunos cantos sugieren vagamente las estrofas de los *Eddas* escandinavos.

He aquí el canto de un héroe, Tavahaki, que navega buscando en las islas del Pacífico los huesos de su padre:

«El arco iris estaba en el camino de Tavahaki; — Tavahaki subía, Tavahaki remaba, — envuelto en el recuerdo embriagador de Tane, — fascinado por los ojos de Kariki, — navegando entre los rayos de luz — que brillaban sobre hombres y canoas...», etcétera.

Otro héroe, expulsado de su patria por una guerra civil en la que ha sido vencido, se despide así de su isla:

«Grande es mi amor por ti, tierra querida; — mi amor por Tahití, que dejo ahora. — Grande es mi amor por mi sagrado templo, — mi amor por Pure-Ora, que abandono. — Grande es mi amor por la fuente de que bebía, — Vaikura-mata, que dejo ahora. — Grande es mi amor por mi vieja casa; — por Rapa, que dejo ahora, que queda lejos. — Por el río donde me bañaba, y las queridas montañas de mi isla. — Grande mi amor por mis amados hijos, por Pou-te-anuanua y Motoro, los dos muertos. — ¡Ay, hijos míos, queridos hijos! — ¡Mis hijos, mi dolor! ¡Pou-te-anuanua! — ¡Ay, Motoro!, ¡ay, Motoro!»

Estos cantos polinesios raras veces consiguen retener su belleza en las traducciones. Todos los editores del *folklore* del Pacífico se lamentan de no poder conservar el encanto original. Pero en la música algo nuevo se percibe: un extraño espíritu al que no estamos acostumbrados. La música de las islas Hawai, por lo menos la de los cantos llamados *Ulas,* ha pasado a ser popular en



Retrato ancestral en madera de hibisco de los polinesios de la isla de Pascua.

América. Tienen una nostalgia de lascivia mal satisfecha, como si toda una raza se quejara de su suerte. Quizá tras la desaparición de los polinesios, cuyo número disminuye cada día, sólo queden incorporadas al tesoro de la humanidad algunas melodías que señalen su paso por el mundo.

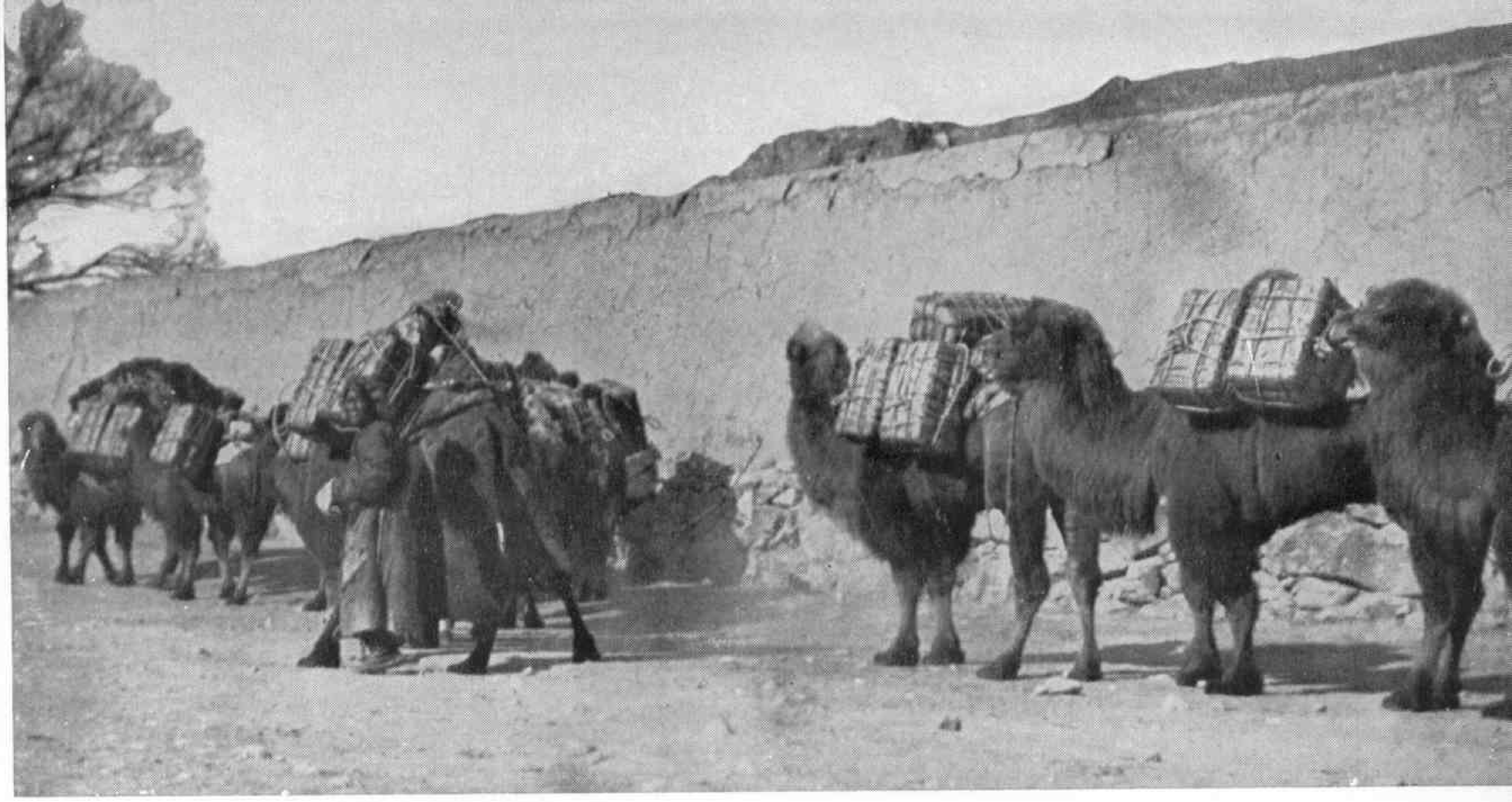
Desde que se ha comprobado su origen indostánico, los polinesios no son puros caníbales, sino salvajes que han retrocedido en el proceso de la civilización debido a las extrañas condiciones en que vivieron. Son un fenómeno regresivo que debe preocupar a todos los hombres cultos. Faltos de estímulo, en las hermosas islas de los trópicos se les atrofian todas las facultades adquiridas, excepto la de la navegación. Olvidaron hasta las industrias más primitivas, como el arte de la cerámica, y casi perdieron el concepto del hogar y la familia. Esto no quiere decir que cuando se ha presentado la ocasión de probar otra vez sus aptitudes no hayan recuperado pronto sus facultades.

Los habitantes de Hawai, desde que las islas han pasado a manos de los americanos, han demostrado ser capaces de emprender grandes negocios, y un maorí de pura sangre fue ministro del gran dominio británico de Nueva Zelanda con la misma dignidad y tacto que pudiera mostrar un europeo. De todos modos, el lector no debe olvidar que antes de que los polinesios se aventuraran a navegar desde la India hacia el Oriente, el Pacífico ya había sido explorado desde el Norte por los malayos de raza turania, que todavía hoy habitan en las islas occidentales, el Japón, las Filipinas y las Marianas. Y antes, todavía, las razas negras y negroides del Africa se habían establecido en Madagascar, y desde allí, navegando a través del océano Indico, llegaron a la Nueva Guinea, islas de Salomón y Nueva Caledonia, que estaban en la ruta de los polinesios. El contacto de negros y turanios malayos tenía que influir forzosamente en los navegantes arios que hoy llamamos polinesios, y así no es de extrañar que a pesar de su tipo étnico y sus facultades excepcionales, el cuadro de su cultura, al llegar los europeos, parezca una monstruosa recaída en la barbarie, casi una apostasía de las primeras conquistas de la civilización.

Para terminar hay que insistir en que no consta que los polinesios llegaran a América ni que sean retoños dispersos de gentes americanas. Ha alcanzado notable popularidad el relato de unos noruegos que hicieron la proeza de cruzar del Continente americano a las islas de Polinesia en una balsa formada por troncos. La *Kon-Tiki,* título del libro, es una historia divertida, pero que no tiene derecho a reclamar un origen americano para los polinesios después de los esfuerzos científicos, para descubrir su procedencia mediante el concienzudo estudio de las lenguas y el folklore, realizados exhaustivamente por parte de los antropólogos de la Carnegie Corporation y el Museo Bishop de Hawai.

Remate de proa para decorar una canoa de guerra. Maoríes de Nueva Zelanda.



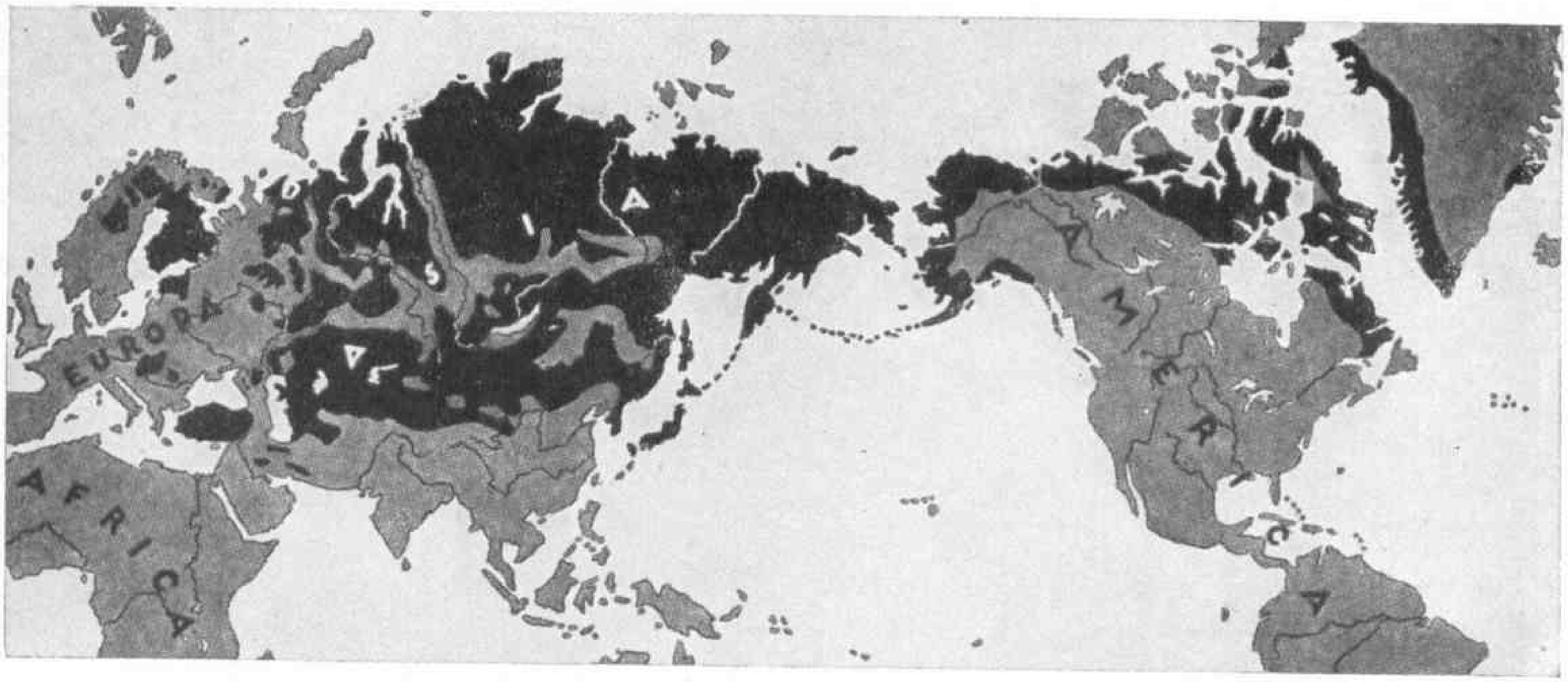


Caravana de tártaros llegando a Urga, capital de Mongolia.

25 LOS PUEBLOS TURANIOS. LA CHINA DESDE SUS ORIGENES HASTA CONFUCIO

En el transcurso de nuestro relato el lector habrá visto mencionados, repetidas veces, pueblos de raza turania en oposición con los arios y semitas. Al hablar de los comienzos de la civilización mesopotámica, insinuábamos que los primitivos sumerios, que se establecieron antes que los semitas en los valles del Eufrates y el Tigris, eran acaso turanios y habían llegado a Mesopotamia desde las estepas del Asia Central. En Persia el contraste hacíase patente entre los arios, que adoptaban la vida sedentaria, y los nómadas turanios, que los envolvían por el norte, rebeldes a la civilización, según la entendía Zarathustra.

Más adelante reaparecerán los pueblos turanios en otros capítulos de esta obra. Aunque tienen un lugar secundario en el mundo y han permanecido estacionarios por largos períodos de tiempo, sus incontables multitudes han hecho sentir su peso en la balanza de la Historia. El lector comprenderá en seguida la importancia de los pueblos turanios con sólo recordar que éstos ocupan todavía la mayor parte del Asia: los mongoles y manchúes, chinos y japoneses, malayos y esquimales, y que además todos los indios americanos son de raza turania. Por el oeste se extendieron varias veces sobre Europa; los hunos y los turcos, los magiares y finlandeses son también turanios. La raza aria ha sido varias veces amenazada de destrucción por estos pueblos turanios, que parecen completamente opuestos a ella; algunos, como los húngaros y finlandeses, son capaces de convivir con los arios de Europa sin grandes dificultades, y los japoneses parecen susceptibles de asimilarse, por lo menos en parte, la mentalidad europea; pero otros, como los turcos,



Extensión de la raza turania en el hemisferio norte.

han pasado a ser un proverbial ejemplo de incompatibilidad entre los turanios y los arios europeos.

Por lo que hemos dicho se comprenderá que los pueblos de raza turania deben presentar gran variedad de matices de cultura y el pretender resumir los problemas de sus orígenes en unos cuantos párrafos de este libro parecerá falta de respeto y de ponderación. Se creerá que vivimos embriagados en un fetichismo que nos hace admirar exclusivamente a las razas caucásicas: arios y semitas, que indudablemente son los que más han contribuido al progreso de la humanidad. Y algo hay de esto: avanzamos, nuestro espíritu tiene más comprensión cada día, pero nos sentimos aún del todo extraños a razas enteras que, como los pueblos turanios, constituyen, sin embargo, una parte principal de nuestra especie.

Físicamente, los turanios se distinguen de los arios y semitas por su pelo lacio y negro, nunca rizado. En realidad, sólo hay tres tipos de cabello por los que se pueda dividir a la humanidad entera: los cabellos rizados y ondulados, de los arios y semitas; los cabellos en crin lanosa, de los negros, y los cabellos estirados, como cerdas, de los turanios; éstos tienen poco pelo en el resto del cuerpo, y la barba y bigote son ralos y muy escasos. La cara es redonda, la nariz achatada, pero, sobre todo, lo que distingue a los turanios de los demás tipos humanos son los ojos pequeños, oblicuos, inclinados hacia los lados. Su tez es amarilla, cobriza o roja, nunca blanca completamente, y la estatura más bien pequeña; aunque entre ellos se encuentran a veces individuos altos, son más raros que entre la raza aria.

Conocemos todavía muy poco de los orígenes y prehistoria de los pueblos turanios. A pesar de los estudios de los rusos y finlandeses, que fueron los que empezaron la exploración metódica del Asia Central, y de los modernos trabajos de ingleses, franceses y americanos, el problema del origen del *Homo asiaticus* sigue todavía envuelto en el misterio.

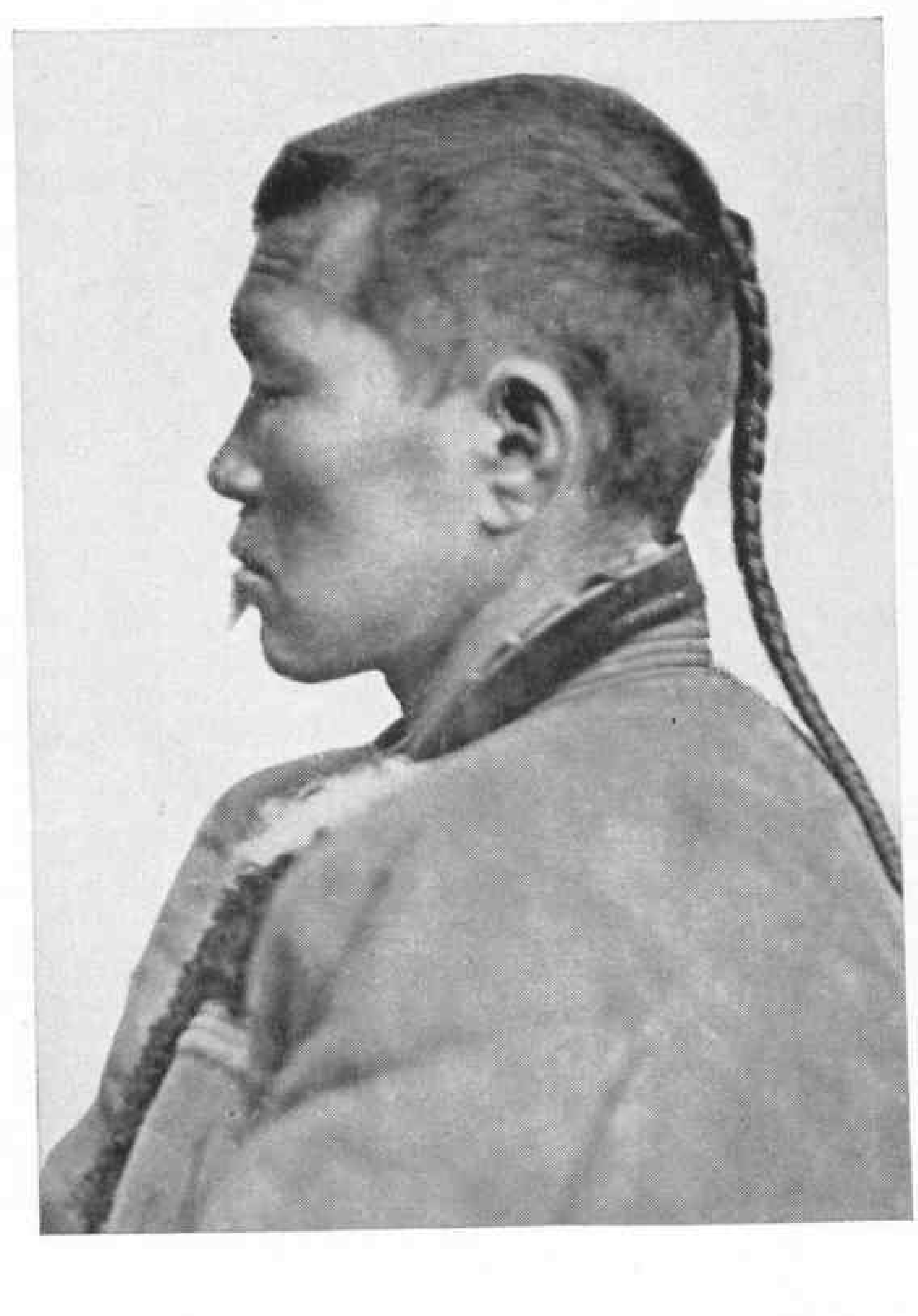
En un capítulo anterior hemos mencionado los descubrimientos cerca de Pekín, en 1921, de un tipo humano muy primitivo, análogo al *Pithecanthropus* de Java y a los hombres prehistóricos europeos. El hombre u homínido pekinense empleaba útiles de piedra y hueso con las formas características de la civilización paleolítica. Más tarde se

hallaron abundantes reliquias en el lugar de Ordos, también en China, de otro tipo de humanidad, ya con cerámica, es decir, de civilización neolítica. Por último, una comisión enviada por el Servicio de Geología de Pekín descubrió en el lugar de Yang-chao un poblado con abundantes instrumentos de labranza de piedra y cacharros con dibujos entrelazados que revelan que las gentes de Yang-chao cultivaban una planta para fabricar tejidos. En los vasos se encuentran pintados pájaros, perros, figuras humanas, aunque predominan las formas geométricas. En otro lugar de Kan-Su había ya objetos menores de bronce y jade. Así, por etapas, vamos reconstruyendo la prehistoria del Asia, aunque sin poder asegurar que sus habitantes actuales sean descendientes de los de la Edad de Piedra.

Se espera que estos hallazgos se multipliquen y que haya quienes puedan interpretarlos de manera prudente y adecuada al carácter de los turanios, como parece indicar el hecho de que los exploradores sean ya asiáticos y que inicien las empresas instituciones nacionales, como el Servicio de Geología y los Institutos de Antropología de la Universidad de Pekín. Porque no hay duda de que se lograrán grandes resultados el día en que los chinos y otros turanios, aceptando sin reservas la cultura moderna, se decidan también a colaborar intensamente en los trabajos de exploración. La prehistoria de un país debe ser estudiada por sus mismos habitantes: los documentos prehistóricos son, por lo regular, objetos pequeños que apenas se distinguen de los demás, o fragmentos de vasijas y huesos, que se arrojan como basura si no hay sobre el terreno mismo, para impedirlo, quien sea capaz de percibir su trascendental importancia. Las comisiones de exploración americanas, que después de un viaje de millares de leguas llegaban a las estepas del Turquestán y de Mongolia, habían de explorar montículos de ruinas que revelan ya cierta civilización. Lo más antiguo y precioso quién sabe si estaría allí, a su lado, y lo recogería del suelo el guía de sus camellos cuando volviera del desierto con su caravana, para tirarlo después de examinarlo a la ligera.

Por lo que comprendemos hoy, debieron de existir dos centros de dispersión de la raza turania en época anterior al año 3000 antes de J. C. Uno de estos centros hállase al norte de Siberia, entre los ríos Obi y Yenisei; de allí partieron las tribus que poblaron las estepas del Turquestán y de Mongolia, los finlandeses y los indios americanos. Otro centro de dispersión parece hubo de ser la altiplanicie del Tibet; de allí proceden los chinos por lo menos. Pero los caracteres raciales de los turanios son tan idénticos, que sugieren una remota comunidad de origen para sus primeros antepasados.

Ya casi en períodos históricos, la raza turania abandonó grandes extensiones de



Mongol de una tribu de tártaros.



Jóvenes tibetanos.

Asia por causas puramente climatológicas. La topografía del centro de Asia es de mesetas o estepas poco modificadas por cordilleras que corren diagonalmente del NO. al SE. Los grandes y pequeños lagos, adonde van a morir muchos ríos del Asia, están saturados de sal y apenas tienen vida animal o vegetal de ninguna clase. Grandes extensiones carecen de agua en absoluto. Pero no era así hace tres mil años; la aridez y sequedad se van agravando todavía. Desde los tiempos de Marco Polo hasta hoy, el proceso de desecamiento de Asia se ha acentuado considerablemente. Marco Polo habla de desiertos donde se encuentran aguadas para las caravanas, mientras que en la actualidad esos mismos lugares están completamente secos. Esta aridez es precisamente la que obliga a los mongoles a trasladarse con sus rebaños de ovejas y camellos.

Los tártaros y mongoles no tienen el concepto de la propiedad de la tierra, sólo comprenden como posible la posesión de sus rebaños. Ni los que viven juntos en el desierto construyen casas, sino que habitan en *yurtas,* o tiendas hechas con palos y pieles. Algunas yurtas son de grandes dimensiones, verdaderos palacios de la estepa, con varios compartimientos, aunque construidas con materiales ligeros, como para una estructura provisional. Hoy las yurtas descansan en el suelo, pero algunos viajeros cuentan que antiguamente se levantaban sobre una plataforma que, al emigrar la tribu, era arrastrada por varias parejas de bueyes. El geógrafo árabe Ibn Batuta, que vivió en el siglo XIV, describe el carromato tártaro en que viajó, una verdadera casa ambulante sobre cuatro ruedas. Esquilo ya dice que «los nómadas escitas viven en chozas dispuestas sobre ruedas», y Hesíodo habla de «la tierra de las gentes que viven de leche y cuyas casas son carros». Por esta razón, de la gran ciudad de Karakorum, la capital del imperio de Gengis-Kan, no queda apenas rastro en el desierto; hasta se pone en duda su verdadera situación. Debía de ser una fenomenal aglomeración de yurtas, mejor campamento que ciudad. Marco Polo describe así a Karakorum: «Caracoron es una ciudad de tres leguas de diámetro que está rodeada de una muralla de tierra, porque la piedra allí es muy escasa. Al lado hay la gran ciudadela, con el palacio del gobernador; ésta fue la primera ciudad que tuvieron los mongoles. Antiguamente habitaban en el Norte... Vivían en grandes llanuras con pastos, sin pueblos ni ciudades, grandes ríos y mucha agua... Y he aquí que los mongoles se multiplicaron excesivamente...», añade Marco Polo para comenzar a explicar sus movimientos; él mismo, con su ingenuidad medieval, nos ha hecho una relación de cómo se originó uno de estos levantamientos de pueblos tártaros y mongoles que tantas veces sembraron el terror. Así describe Marco Polo el origen del poder de Gengis-Kan, que lo mismo pudo ser el de Atila, de Tamerlán o Bayaceto: «En 1187 de la Encarnación del Señor, los tártaros eligieron rey a uno que se llamaba Chingis-Khan. Era hombre poderoso, de mucha habilidad y elocuencia y de gran valor. Y cuando corrieron las nuevas de su elección, todos los tártaros del mundo vinieron a él y le aclamaron por emperador... ¿Y qué os diré? Que los tártaros se reunieron en tal número, que cuando él vio su multitud, mandó hacer una gran cantidad de arcos y flechas y lanzó a los tártaros a la conquista de otras

regiones, hasta que hubo conquistado ocho provincias...»

El fenómeno no puede estar más claramente explicado, ni más conforme con la realidad. La raza turania pasa por largos períodos de somnolencia, hasta que un día, por sugestión misteriosa, se levanta en masa; los nómadas dispersos se agrupan, y como en realidad no tienen patria ni ciudades ni bienes que los retengan, avanzan con tal libertad de movimientos que los hace irresistibles. Ya Heródoto hablaba así de los escitas: «No tienen ciudades ni fortalezas, y llevan además sus habitaciones adondequiera que vayan; están acostumbrados también a tirar al arco montados a caballo, y viven, no de la agricultura, sino de sus rebaños. No es de extrañar, pues, que sean los escitas, como son, invencibles». Para aquellos nómadas adormecidos, que malgastan su salud y energía en las labores cotidianas del pastoreo, llega un día en que suena la hora del triunfo, y entonces son capaces de apreciar la bondad y la belleza mejor que los pueblos corrompidos por la vida sedentaria. «Cuando conquistaban una provincia — sigue diciendo Marco Polo —, no castigaban a la gente ni la despojaban de sus bienes; solamente establecían allí a algunos de los suyos para gobernarlos, marchando los demás a conquistar nuevas provincias.» Los tártaros y mongoles parecen menospreciar las riquezas. Gengis-Kan se hizo enterrar debajo

Un turcomano domador de caballos.



de un pino a cuya sombra había reposado en una de sus cacerías. La tumba de Tamerlán, en Samarkanda, tampoco guarda relación con el gigantesco poder del gran conquistador. Se cuenta que, al apoderarse de Bagdad un caudillo tártaro, encontró al viejo emir musulmán en un palacio lleno de riquezas. Para probar su desprecio por ellas, el tártaro hizo encerrar al viejo emir en una estancia con todas sus joyas y dinero, pero sin darle de comer, hasta que murió de hambre rodeado de sus tesoros.

Los flujos y reflujos de energía de los pueblos turanios, movidos por fuerzas tan extrañas al entusiasmo y afán de conquista que mueve a los arios y semitas, constituyen para los occidentales un irritante problema. Se ha dicho que la causa de los largos períodos de indolencia de los pueblos turanios, seguidos por sus cortas etapas de agitación, hay que buscarla en la aridez del Asia Central, que florece repentinamente en los breves días de primavera de la estepa. Claro es que el régimen de unas horas de embriaguez anual, en el llano rebosante de verdor, seguidas del sopor que originan el frío intenso o el calor excesivo, puede haber contribuido a formar el carácter de la raza, pero existe algo más espiritual que hace cometer a algunos de los pueblos turanios grandes excesos de todo género en un momento determinado. Este algo es lo que podríamos llamar su sistema religioso, su superstición o *shamanismo*. La palabra *shaman*, que ya hemos hallado en los primeros capítulos de este libro, es de origen turanio, empleándola los buriatos y tunguses para nombrar a sus sacerdotes-brujos, adivinos y exorcistas. Lo característico del *shamanismo* es su pretendido dominio de las fuerzas de la naturaleza. Lo que parece ordenado, tranquilo, cumpliendo su ley, de acuerdo con el plan de la Creación, puede alterarse por la intervención humana. El shaman pronunciará un conjuro y, en su virtud, el vivo morirá o el muerto resucitará, las nubes se agolparán, el viento cesará... Los viajeros cuentan interesantísimos *milagros*, obrados por los shamanes mongoles, cuya trampa no han podido descubrir. Claro está que hay mucho de prestidigitación y sugestión en estas experiencias, pero también es cierto que los shamanes, viviendo en contacto directo con las fuerzas de la naturaleza, deben de conocer secretos que ignoramos los occidentales. No olvidemos que muchas cosas que eran magia y ocultismo hace cincuenta años, como la telepatía y el hipnotismo, son hoy fenómenos científicos, regulados por leyes conocidas. Y hay que imaginarse el formidable efecto que un fenómeno de esta naturaleza, con el espectáculo imponente de la estepa, a la puerta de una yurta solitaria, ha de causar en un reducido número de primitivos jinetes tártaros, ávidos de sensaciones de un orden sobrenatural. Todos los manipuladores europeos de estos fenómenos reclaman del que los contempla fe absoluta, y declaran no podrán producir sus efectos si encuentran hostilidad mental en los espectadores. Si esto es así, el evocador europeo ha de envidiar al shaman asiático, que, en lugar de un público prevenido y escéptico, *trabaja* para espíritus sencillos, rudos y propensos a creer. Tal es el temperamento tártaro, huno o mongol, y éste el secreto de sus conquistas.

Los shamanes no constituyen una casta especial, como los brahmanes indos, ni están divididos en jerarquías, como los sacerdotes de la Iglesia católica. Algunos transmiten sus secretos de padres a hijos, de manera que la posesión resulta hereditaria. Pueden serlo hasta mujeres; su categoría depende de sus méritos personales. A la cuestión tan debatida de si los shamanes son impostores y nada más que impostores, hoy se tiende a replicar diciendo que, en todo caso, los shamanes comienzan por engañarse a sí mismos y que son ellos las primeras víctimas de su extraña creencia. Generalmente el shaman produce sus efectos extraordinarios estando él mismo en estado de trance o éxtasis que se ha procurado haciendo sonar un tambor.

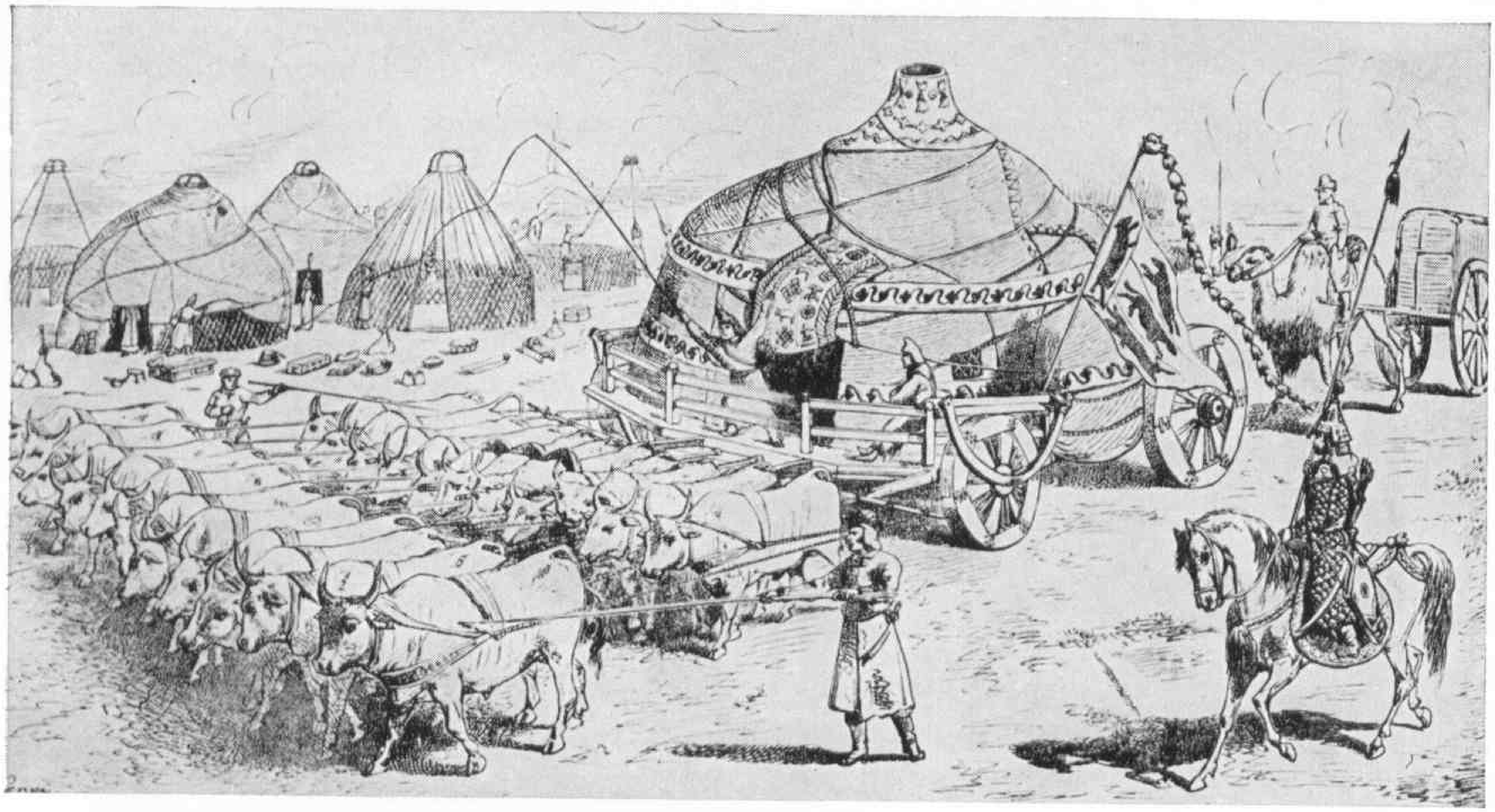
Tales son los pueblos turanios que tuvieron que combatir Zarathustra e Histaspes en sus guerras de religión, y que los empera-



Grupo de mujeres de una tribu mongólica en traje de ceremonia.

dores chinos trataron de contener más adelante con la construcción de la Gran Muralla. Pero antes de levantar esta barrera, la historia de China puede resolverse en una serie de cambios de dinastía producidos, no por levantamientos populares, sino por intrigas de palacio, con sólo las guerras o campañas para rechazar las repetidas invasiones de los nómadas turanios, los verdaderos bárbaros del norte de China. Porque lo que se desprende de los anales de la China, y de la manera de ser de sus habitantes, es que el vasto espacio que es hoy la China fue desde muy antiguo ocupado por gentes dedicadas a la agricultura, mientras que los mongoles siempre fueron, como son todavía, pastores nómadas.

Y, sin embargo, ya hemos dicho que es fácil que chinos y mongoles tuviesen en muy remota antigüedad un origen común. Por desgracia, los chinos no recuerdan ninguna inmigración de sus antepasados de un país lejano, pero se cree que llegaron del Occidente y siguiendo el cauce de los ríos. Su literatura establece el origen de la raza en las provincias del noroeste de la China actual, las que llamamos hoy provincias de Shen-Si y Kan-Su. Todos los dioses y semidioses de la protohistoria de China nacieron o crecieron en estos territorios del Noroeste; pero seguimos ignorando los movimientos de la raza hasta que pasó a ocupar la propia China. Parece asegurado que al llegar los chinos a la región del río Amarillo, que es el corazón del imperio, encontraron a unos primitivos ocupantes que tuvieron que rechazar hacia el Sur. Las antiguas historias les llaman *miao* y todavía algunos de sus descendientes habitan las provincias meridionales conservando maneras tradicionales que no se avienen completamente con las de los chinos. Mantienen resabios de matriarcado y nomadismo, mientras que los chinos han sido siempre esencialmente agricultores y la familia se desarrolla alrededor de un jefe. Sin embargo, cierta mezcla de



Yurta transportada por bueyes, según Yule, en *The Book of Ser Marco Polo.*

las dos tendencias se ha producido sin debilitar ni a los chinos ni a los miao.

En unos anales primitivos encontramos este párrafo: «Antiguamente no había reglas morales ni sociales. Los hombres conocían a su madre, pero ignoraban quién era el padre. Cuando tenían hambre se procuraban comida y una vez satisfechos tiraban los restos. Comían de los animales hasta la piel y se cubrían de cueros y de hojas de caña». Es señal de infiltración del régimen del matriarcado que el signo chino de escritura actual para indicar familia es el mismo que sirve para significar mujer.

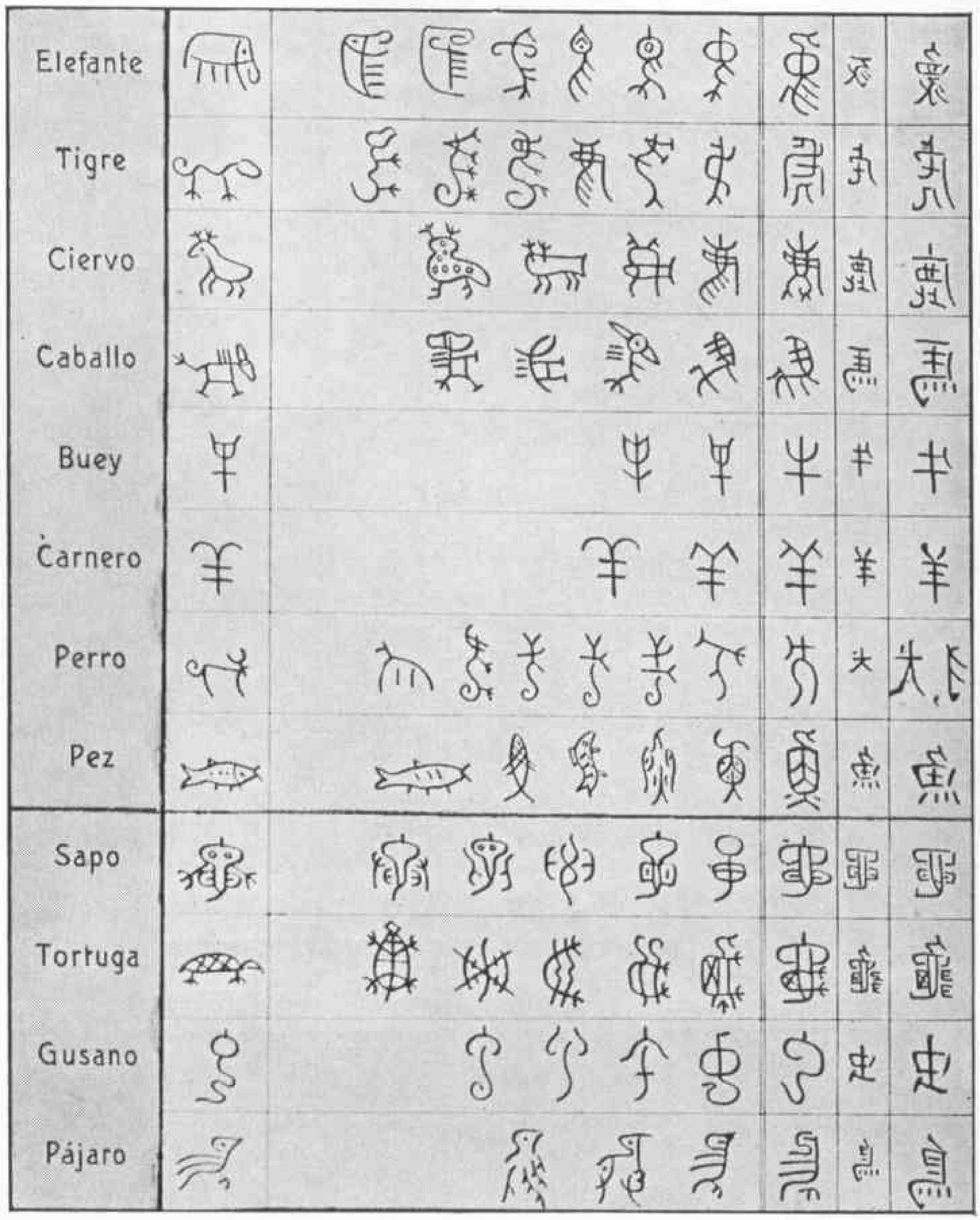
Para explicar los orígenes de la humanidad y de su raza, los chinos tienen mitologías de fundadores que se extienden por millones de años. Pero en cierto momento empiezan a suponer la existencia de jefes humanos, aunque, como los patriarcas de la Biblia, tengan una vida de duración extraordinaria. Comienza esta protohistoria con el que los chinos llaman *período de los emperadores celestiales,* trece hermanos que se dividieron el poder, reinando cada uno de ellos mil ochocientos años. Durante este tiempo la humanidad vivió en perfecta inocencia, sin conocer el bien ni el mal, el día ni la noche, el Norte ni el Sur. Luego de los trece emperadores celestes siguen once hermanos más, que se llaman *los emperadores terrestres.* Estos empezaron a distinguir entre el día y la noche y averiguaron que los meses tenían treinta días. A los emperadores terrestres siguieron *los emperadores humanos,* nueve hermanos también, que dividieron la Tierra en Estados y ciudades. A éstos suceden cinco dragones, que parecen ser un retroceso mitológico, pero en seguida empiezan de nuevo otros emperadores, que señalan con su nombre, cada uno de ellos, un progreso: son éstos los fabricantes de nidos o casas, los inventores del fuego, los inventores de la escritura (por medio de nudos hechos en cuerdas, etc.). El mito chino del descubrimiento del fuego no deja de ser interesante: su inventor empezó a darse cuenta de la existencia del fuego mirando a las estrellas, pero no logró producir la llama hasta que observó que un pá-

jaro, picoteando repetidamente la corteza de un árbol, hacía saltar chispas. El resultado fue descubrir que el fuego podía obtenerse frotando dos maderas, y esto condujo con el tiempo a inventar el arte de la cocina. Como se ve, el período de los emperadores humanos coincide con el que los occidentales conocemos con el nombre de Edad de Piedra.

El primer emperador al que los chinos atribuyen una fecha aceptable es el famosísimo Fu-hi, que, según los anales, debió de reinar 115 años y morir el 2852 antes de Jesucristo. Fu-hi parece haber sido aún un semidiós; por lo menos se le ha representado como un tritón, la mitad superior hombre, y la inferior, serpiente con escamas, igual que su esposa o hermana Niu-Kua.

Según los historiadores chinos, Fu-hi fue el primero que organizó el Estado por familias, instituyó el vínculo matrimonial e inventó las artes de la pesca, la caza y el pastoreo; fue también músico y filósofo e inventó los ocho signos del *Pa-kuá,* donde se encierra, al decir de los chinos, la más profunda filosofía. Los signos del Pa-kuá están formados de tres líneas: las enteras son elementos masculinos, y las cortadas, femeninos. Según el Pa-kuá, los elementos masculinos y femeninos pueden combinarse de estas ocho maneras:

Desarrollo de algunos caracteres chinos. (A la izquierda, los jeroglíficos prehistóricos; a la derecha, los signos actuales.)



EL CIELO; representado por tres líneas masculinas.

LA TIERRA; representada por tres líneas femeninas.

EL TRUENO; dos líneas femeninas sobre una masculina.

LA MONTAÑA; dos líneas femeninas debajo de una masculina.

EL AGUA; una línea masculina entre dos femeninas.

EL FUEGO; una línea femenina entre dos masculinas.

LAS NUBES; una línea femenina sobre dos masculinas.

EL VIENTO; una línea femenina debajo de dos masculinas.

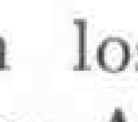
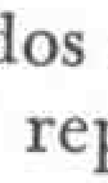
Estos ocho signos, atribuidos a Fu-hi, que aparecen en los más antiguos bronces chinos, han dado lugar a comentarios sin número. Los occidentales que se han ocupado en la historia de China confiesan que, por más esfuerzos que han hecho, no han podido llegar a sondear la profundidad misteriosa de estas ocho combinaciones de elementos masculinos y femeninos; en cambio, los chinos, superponiendo los ocho signos del Pakuá de dos en dos, han producido sesenta y cuatro combinaciones, en las que se resume, según dicen, toda la ciencia del Cielo y de la Tierra. Es posible que sea así, pero

añaden también que hay que ser chino para valorar su significado. Así, pues, desde los días prehistóricos la China mostró ya afición por las sutilezas de pensamiento y el símbolo substituyó a la idea pura, en que nos complacemos los occidentales.

Según las tradiciones, el emperador Fu-hi no sólo inventó los ocho misteriosos signos del Pa-kuá, sino que compuso los primitivos jeroglíficos chinos, que eran verdaderas pictografías. Ya hemos dicho que anteriormente a Fu-hi los chinos conservaban sus recuerdos por un sistema de nudos hechos en una cuerda, como los *quipus* peruanos, que eran también cuerdas con nudos y lo único que tenían los incas del Perú para archivar fechas o datos antes de la llegada de los españoles. En China, el cambio de los quipus a las pictografías-jeroglíficos, si hemos de creer a la tradición, se verificó en el reinado semimitológico de Fu-hi y desde entonces la escritura china fue sistematizándose hasta llegar a su complicación actual. Como vemos, los jeroglíficos chinos, aun aceptando la cronología de sus fantásticos anales, no son anteriores al tercer milenio antes de J. C. y, por lo tanto, más modernos que los jeroglíficos egipcios y caldeos. Pero los chinos, muy respetuosos con la tradición, han conservado en sus caracteres rectilíneos modernos mucho más de las pictografías antiguas que los signos cuneiformes y el alfabeto fenicio.

Muchachas chinas estrellas del cinema.



El moderno sistema de escritura chino no se estableció hasta el año 250 antes de J. C. Anteriormente, los caracteres se grababan con un estilete sobre bambú o cobre, tendiendo a producir líneas curvas, porque con un buril o estilete es más fácil grabar una línea curva que una recta. Hacia el año 250 antes de nuestra Era, el pincel substituyó al buril y el papel al bambú, y sólo entonces aparecieron los caracteres dibujados con líneas rectas. Así, el jeroglífico que representa *campo,* que en un principio era ⊕, que quiere decir área subdividida en cuatro parcelas, se convirtió en el moderno ⊞. Esta innovación de la técnica cambió tanto el estilo del dibujo de los caracteres antiguos, que a veces resulta difícil reconocerlos en la nueva escritura. Por fortuna, algunos ejemplos de escritura curvilínea jeroglífica se han conservado hasta nuestros días en libros de los arqueólogos chinos, reproducidos como antiguallas, así como en objetos de cobre, de hueso y aun en conchas de tortuga. Por ellos se puede precisar algunas veces con certeza la procedencia de los signos rectilíneos modernos y de los jeroglíficos antiguos. Así el signo de largo, 大, tiene su precedente en , el, cual proviene de , y éste quiere decir *dos hombres,* uno encima de otro.

A Fu-hi le sucede otro fabuloso emperador, llamado Shon-ming, que puede traducirse por *el divino labrador*. Se le repre-

senta a veces con cuerpo humano y cabeza de buey, y como a él se atribuye la invención de la agricultura. Esto prueba que, según los recuerdos más antiguos, el cambio de la vida nómada pastoril por la del agricultor lo verificaron los chinos hacia la mitad del tercer milenio antes de J. C. El divino labrador extendió los límites de sus Estados, llegó hasta el mar por el este, y por el sur hasta el río Amarillo. En cambio, se cuenta que ya por el norte tuvo que empujar a los *hiungs*, o sean los mongoles, antecesores de los hunos que tres mil años después invadieron a Europa. Los descendientes del *divino labrador* continuaron la obra de civilización empezada por Fu-hi; inventaron los ladrillos, construyeron templos y mercados, reglamentaron los sacrificios funerarios, instituyeron el sistema sexagesimal de medidas, precisaron los doce tonos musicales. El propio hijo del *divino labrador* descubrió una mina de cobre en la provincia de Ho-Nan y allí se fundieron los primeros vasos litúrgicos, que después habían de tener tanta importancia en el rito de los emperadores chinos.



Esquimales del Artico.

Mientras tanto, las mujeres de la corte imperial daban a conocer las propiedades de la seda y se tejían los primeros vestidos; la gente, que iba cubierta de pieles desde los tiempos prehistóricos, pudo vestirse ahora con capuchas, túnicas y delantales. Esto contribuyó a facilitar la distinción de clases por el empleo de diferentes colores y uniformes, a los que se daba tanto valor en la etiqueta china.

Con los datos confusos y a veces contradictorios que nos procuran los textos podemos restablecer algo la serie de las primeras dinastías. Cierto Yu, que había servido como ministro de trabajos públicos, fue elegido emperador después de tantos semidioses y héroes mitológicos. Con Yu se inaugura la historia. Yu es el fundador de la primera dinastía documentada, la llamada de los Hia, que empieza en una fecha que fijamos hacia el año 2000 antes de J. C. Con él la soberanía, que antes era electiva, pasó a ser hereditaria. Los Hia establecieron los ritos del ceremonial y el calendario que aseguraba el orden en la corte y en la naturaleza. Cada emperador precisaba el régimen de las cuatro estaciones y cuándo empezaban, y examinaba si los hombres y los animales se comportaban según las reglas que imponía el cielo. Los astrónomos de la corte tenían obligación de observar las estrellas y decir en qué día tenían que empezar los cultivos. Predecían los eclipses y si se equivocaban eran severamente castigados.

El cambio de dinastía de los Hia a la de los Chang fue anticipado por desórdenes celestes. Era evidente que el cielo se había disgustado con los Hia, y hubo necesidad de elegir un soberano de otra familia. Este fue Tang, el victorioso. El cambio se hizo el año 1766 y la dinastía duró hasta el 1150. Fue época caracterizada por un profundo sentimiento religioso, aunque en lugar de reclamar auxilio a los astros y a las fuerzas

de la naturaleza el culto se dirige hacia los antepasados, que se supone que viven sobre las nubes y se ocupan en dispensar beneficios a los humanos. Se hacen ofrendas para obtener larga vida y salud. Se confía en presagios; por ejemplo, un emperador soñó que el cielo le enviaba un ministro excelente. Hizo pintar una imagen con las facciones del que vio en sueños y expidió emisarios para descubrir al hombre que se le pareciera. Lo encontraron en un obrero que servía en trabajos manuales. Gracias a él se consiguió una época de gran prosperidad para el reino.

De la dinastía de los Tang o Chang es la *Gran Regla*. Se compone de nueve capítulos. El primero trata de los cinco agentes naturales: agua, fuego, madera, metal y tierra. El segundo, de los actos: gestos, palabra, mirada, oído y reflexión. El tercero, de la administración, en ocho partes: provisiones, comodidades, sacrificios, trabajo, educación, justicia, hospitalidad y deberes militares. El cuarto, del año, del mes, del día, de las constelaciones, etcétera.

El quinto capítulo de la *Regla* se refiere al soberano. Dando el príncipe ejemplos de perfección, los súbditos le imitarán y obtendrán felicidad. Así conservará el poder, no habrá conspiraciones ni traiciones. Escogerá funcionarios virtuosos. No oprimirá a los débiles y huérfanos. Que pueda el pueblo decir: «El emperador, Hijo del Cielo, es el padre y la madre de todos nosotros».

El sexto capítulo trata de las tres virtudes: ecuanimidad, firmeza y bondad. Hay que tratar con firmeza a los que son perezosos y con dulzura a los que son laboriosos y ser ecuánime con todos.

El séptimo capítulo trata de la previsión de las dificultades futuras y para esto se apoya en oráculos. Se obtienen calentando la concha de tortuga, y con las grietas que se producen en ella se adivinan lluvias o buen tiempo. La información de presagios para decidir la conducta del Estado y de los individuos no es suficiente. La *Regla* prescribe: primero, meditar a solas; después, consultar ministros y hombres de experiencia, y a sus consejos añadir lo que predice el oráculo de la concha de tortuga.

«Si hay desacuerdo, consultad al pueblo, a la gente sencilla, que piensa sin prejuicios.»

El octavo capítulo trata de lo que hay que hacer en caso de calamidades.

Y el noveno está dedicado a los cinco bienes: longevidad, riqueza, salud, amor y diligencia.

Hemos copiado las partes esenciales de la *Gran Regla* de los Tang o Chang, porque contienen las ideas dominantes de la mentalidad china tanto para el gobierno como para la conducta de los individuos. Todo lo que ocurre y se piensa a partir de la época de los Chang no es más que una continuación de los mismos principios de economía y moral. Hay interrupciones por la voluntad de monarcas extremadamente personales, o por invasiones de otra raza (mongoles y manchúes), pero se recae en los principios de la *Regla* así que se sobrepone el carácter chino clásico al impuesto.

Las fuentes capitales de información para la historia de la China son tres: el *Shu-king*, de Confucio; el *Shi-ki* del historiador Sima-Tsien, y los llamados *Anales de Bambú*, descubiertos el año 280 de nuestra Era, en una tumba, y desde entonces tenidos por los chinos como documentos de la mayor autoridad. Sus tabletas, que son de bambú, estaban escritas en caracteres curvilíneos, pero expertos paleógrafos de aquel tiempo se encargaron de ordenarlas y copiarlas para las bibliotecas imperiales.

Estos tres documentos discrepan en muchos detalles, pues los chinos no parecen haber tenido un sentido muy estricto de la cronología. Además, continúan llenos de leyendas pintorescas, aun tratándose de emperadores de épocas más recientes. Sima-Tsien, el autor del *Shi-ki,* ha sido llamado *el Heródoto de la China;* esto servirá para comprender el carácter de su texto. El *Shi-ki* fue traducido por primera vez en lengua europea, la francesa, por el profesor E. Chavannes, pero desgraciadamente no pasó del capítulo cuarenta y siete, y tiene el libro ciento quince. El *Shu-king* y los *Anales de*

Bambú fueron traducidos por Legge al inglés, en su gran edición de los clásicos chinos. He aquí un fragmento de los *Anales de Bambú,* referente al reinado de Chu-siu, el último emperador de la dinastía Chang.

«En este año (el 1102 antes de J. C.) subió al trono Chu-siu, quien vivía en Yin. En el tercer año de su reinado, un gorrión produjo un halcón. En el cuarto año fue a cazar a Li. Inventó el castigo de tostar a los condenados. En el quinto año construyó una torre en Nan-tan. Llovió tierra en Po. En el sexto año ofreció sacrificios a sus antepasados en Pi. En el séptimo año los ejércitos reales atacaron el Estado de Su y le trajeron cautiva a Ta-ki, que después fue su favorita. Chu-siu hizo construir para ella un palacio de piedra encarnada, con las puertas adornadas de piedras preciosas. En el décimo año realizó una gran cacería en la frontera del Oeste», etcétera.

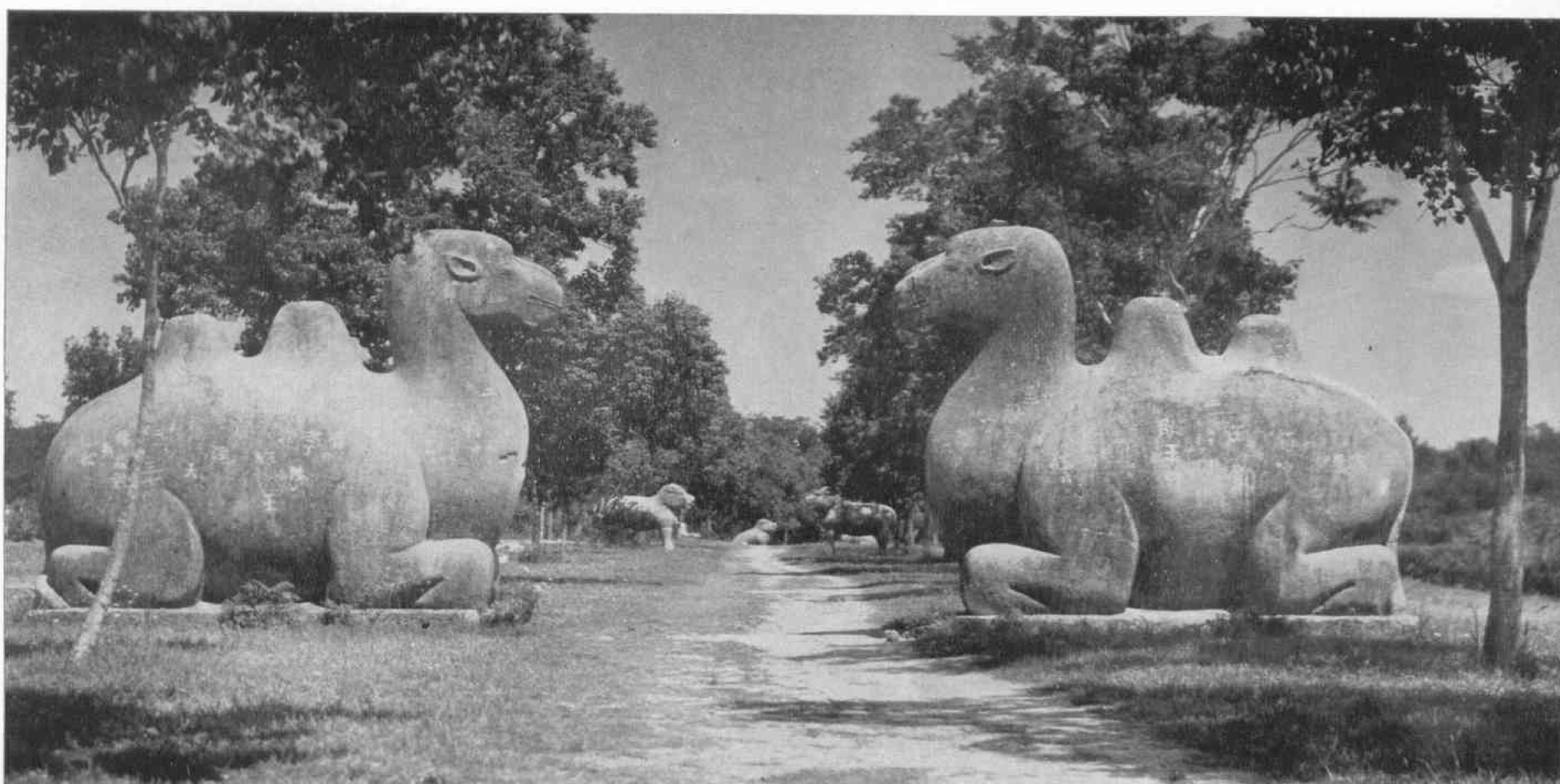
Las cacerías continúan, y también las campañas contra los vecinos. Un año *hay una grande hambre.* Otro año, *el príncipe de Chou hace una torre para los espíritus. Una muchacha se cambia en hombre. Se ven dos soles.* Estos portentos, sin embargo, no privan de que nos enteremos de algunos hechos históricos, como el de que, a los cincuenta y dos años del reinado de Chu-siu, el príncipe Chou ataca a la capital, Yin, y se establece una nueva dinastía.

Acabamos de dar un ejemplo del estilo de los *Anales de Bambú;* vamos a copiar ahora un párrafo del *Shi-ki,* que nos traza el retrato del mismo monarca Chu-siu:

«Era éste de gran viveza y comprensión, con habilidad mental que pasaba de lo ordinario. Su fuerza física era de un poder brutal enorme. El conocimiento de las cosas le permitía apreciarlas desde lejos. La elocuencia le ayudaba para disimular sus vicios. Alabándose de continuo de su habilidad y ponderando su propia fuerza, mantenía aterrado a todo el mundo. Se complacía con delectación en los desórdenes del vino y las mujeres, y en particular adoraba a su consorte, la bien amada Ta-ki, a quien obedecía siempre.»

No hay duda de que el Heródoto de la China sabe dibujar bien un personaje. ¡Qué diferencia del estilo seco, de cronicón, de los *Anales de Bambú!* Vamos a reproducir ahora un párrafo del tercer

Avenida que conduce a las tumbas de los Ming, en Nanking.



texto clásico, el *Shu-king,* de Confucio, donde el sabio nos pinta a esta Ta-ki con los más negros colores: «Ta-ki era indecorosamente lujuriosa y cruel. Las más escandalosas canciones fueron compuestas para divertirla, y las peores danzas para su regalo... La corte estaba en un lugar llamado Ki y allí se erigió un palacio para Ta-ki, con una torre muy grande y un jardín con animales raros a su alrededor. Los gastos que ocasionaron estas construcciones irritaron a la gente... Los príncipes empezaron a rebelarse, y entonces Ta-ki dijo que las sublevaciones eran porque no se castigaba bastante a los culpables y las ejecuciones eran escasas... Ella inventó entonces dos nuevos instrumentos de tortura: uno fue el llamado *calentador,* que consistía en una barra de metal, enrojecida al fuego, que los condenados tenían que coger con las manos. El otro era el *tostador.* Las víctimas tenían que pasar por encima de un cilindro de cobre, puesto sobre carbones encendidos. Ta-ki se divertía en extremo viendo a las víctimas caer en las llamas. Estas enormidades hicieron al imperio gemir y *humear* de indignación».

Aunque hemos escogido estos tres ejemplos sólo para mostrar al lector en qué clase de documentos se funda la historia primitiva de China, de todos modos no queremos dejarle en la incertidumbre acerca de la suerte que cupo a Chu-siu y a Ta-ki. Una formidable insurrección acabó con sus crueldades y ambos tuvieron un final desastroso. Con ellos terminan los personajes semilegendarios, y con su sucesor Wu-wang empieza la dinastía de los Chou, que tenía que durar desde el año 1122 hasta el 249 antes de J. C. Este es el gran período de China, cuando la nación consigue organizarse en armonía con su espíritu. Los preceptos morales de Confucio no son más que el formulario del protocolo de la época de los Chang. Chou, además de la etiqueta y las maneras de la corte, enseñó cómo debe conducirse cada individuo para satisfacer a los espíritus de sus antepasados. El sistema ritual estaba graduado por categorías. Sólo el emperador podía ofrecer el líquido consagrado al cielo y a sus antepasados mitológicos; los duques, a sus abuelos hasta la décima generación, y los simples humanos a sus padres. Sólo el emperador podía llevar un cetro o vara de jade blanco; los príncipes, de jade verde, y los altos dignatarios, de jade azul. El sentido simbólico de estos objetos, que por su color ya significaban autoridad, venía precisado por la forma y decoración. Puede decirse que todos los objetos de jade constituyen una especie de escritura figurada, expresan una asociación de ideas, deseos y cualidades características, y están en relación con la personalidad del posesor. Así muchos jades encontrados junto a sarcófagos en las tumbas de magnates de la época Chou pueden considerarse como anagramas o firmas que perpetúan el espíritu del muerto. Cada señal o curva indica un episodio importante de su vida: algunos son de gran simplicidad, como los jades de forma de disco (revelan la ecuanimidad de su genio, sin violencias ni emociones); otros, como anillos interrumpidos por una gran verru-



«Dvarapala», guerrero del templo. Escultura china. Museo Quimet, París.

ga, indican que el genio del difunto habría llegado a la paz del círculo celeste de no haber tenido un gran contratiempo en la mitad de su carrera. Otros son tumultuosos.

El espíritu de la raza se manifiesta especialmente en los bronces chinos de las épocas Chang y Chou. Las formas de los vasos rituales están fijadas por el uso. Los arqueólogos chinos, ya desde muy antiguo, han explicado la manera de fundir los bronces. Se hacía el modelo en cera y se iba cubriendo de varias capas de barro diluido en mucha agua. Cuando la costra era suficientemente espesa, se escurría el metal por un agujero superior, y se permitía la salida de la cera por otro agujero inferior. La mezcla de cobre y estaño era diferente según el objeto que se iba a fundir. Para campanas y platos sólo un quinto de estaño; para cuchillos y flechas, un tercio; para espejos, mitad por mitad. Los bronces, sobre todo los empleados para el culto de los antepasados, tienen formas simbólicas que han provocado toda una literatura de especialistas chinos. Tanto la forma de líneas sutiles, abstractas, con reflejo de monstruos mitológicos, como la decoración y hasta la pátina, que causan admiración y estupefacción en nosotros, hacen cavilar a los letrados chinos, que ven incorporados en ellos los más íntimos y más antiguos sentimientos de su raza.

He aquí cómo describe la pátina de los antiguos bronces un arqueólogo clásico chino: «Los que han sido enterrados durante siglos toman un color azulado, como el plumaje del martín pescador. Este color, en las primeras horas del día, es apagado, pero por la tarde el azul del martín pescador reluce de manera que parece mojado... Los bronces que han estado dentro del agua se vuelven de color verde purísimo y transparente que parece de jade»...

A pesar de tantas manifestaciones de cultura superior, que revelan un progreso moral y técnico que se anticipa en siglos a nuestra civilización occidental, se conservan todavía en las costumbres de la China actual muchos detalles que reflejan su pasado prehistórico. La organización de la familia está



Retrato de un bonzo.
Pintura de la dinastía Ch'ing.

mantenida dentro de los vínculos tradicionales del clan o tribu, bajo la autoridad suprema del jefe, como en los días anteriores a la institución de la ciudad. Algunas supersticiones son también herencia de épocas muy remotas; hasta se han reconocido reminiscencias de cierto canibalismo. La sangre humana tiene todavía usos profilácticos; en casos de ejecución capital se permite mojar con sangre bolas de metal, que después se usan en medicina.

Dos supersticiones todavía muy generales entre los chinos parecen arrancar de los tiempos prehistóricos: una es la creencia en agüeros y adivinaciones del porvenir; la otra es la creencia en el influjo que los espíritus de los muertos pueden ejercer sobre los individuos de sus familias. Legge explica una escena, que él presenció, que dará idea de la mentalidad de los chinos respecto a los agüeros: «En cierta ocasión vi a un padre y un hijo echando suertes por medio de unas raíces de bambú. Por doce veces las raíces, al caer, quedaron en posición que era

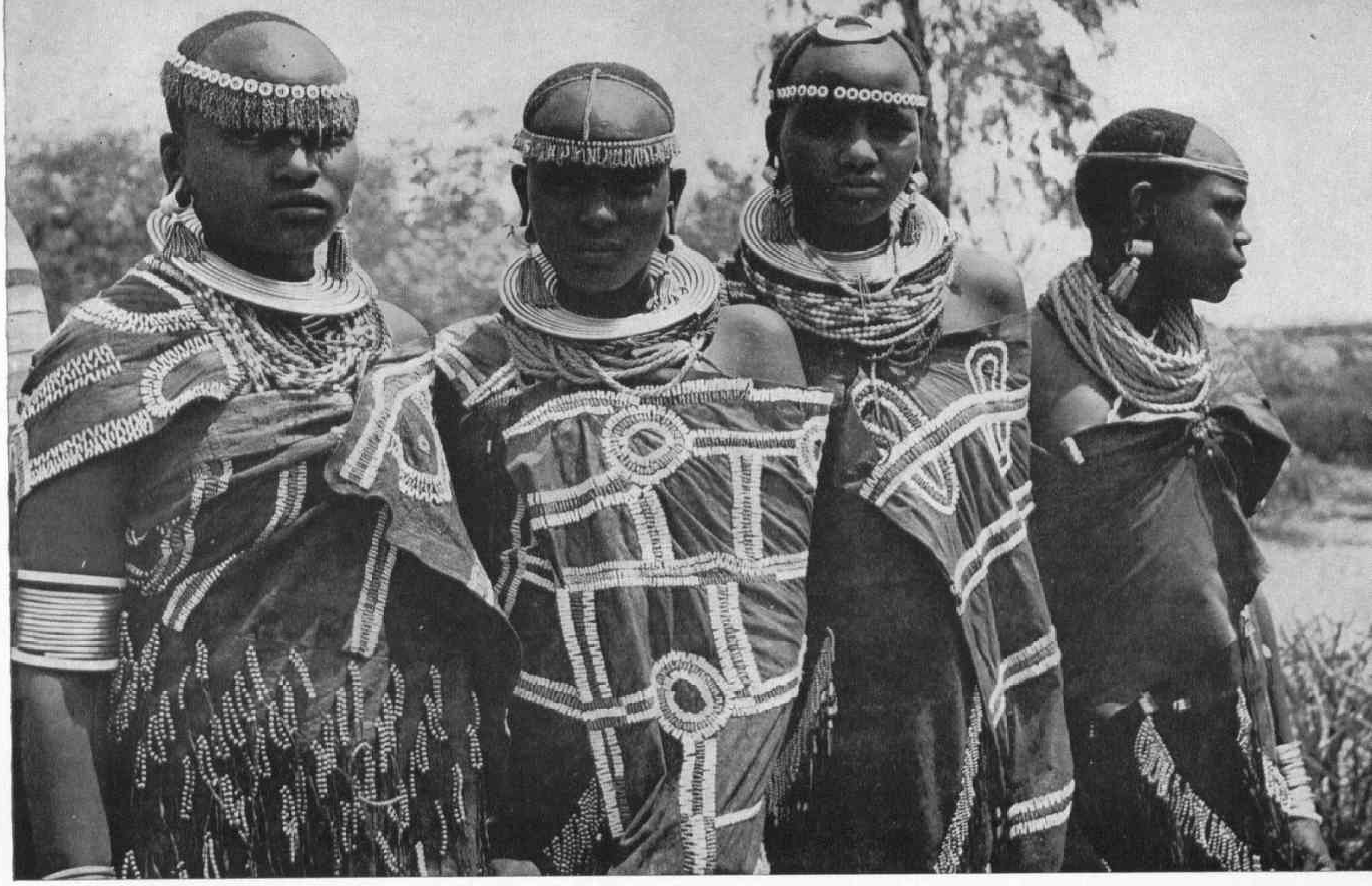
de mal agüero. Por fin, hicieron una tirada buena; entonces ambos, padre e hijo, se miraron con alegría y se apartaron, sin querer probar la suerte otra vez»... En la antigüedad se sentía predilección por adivinar el porvenir mediante manojos de hierba y conchas de tortuga; éstas se calentaban al fuego y se reconocía el futuro por las grietas que en ellas se producían.

El culto a los manes o difuntos es otra gran superstición de los chinos. Confucio no se atrevió a combatirla; al contrario, casi la legitimó con sus preceptos. Suponen los chinos que los espíritus de los muertos conocen lo que va a ocurrir a sus descendientes y pueden alterar el curso de los acontecimientos. Algunos emperadores amenazaron a sus magnates sublevados con el daño que sus antepasados podían hacerles. Los difuntos son realmente los dioses de China, lo único que puede regular e influir en el curso de los sucesos.

En resumen, basándonos en lo que sabemos de la manera de pensar común a todos los turanios y lo que podemos apreciar de su mentalidad, puede decirse que lo que diferencia al blanco, ario o semita, del amarillento turanio es que mientras el blanco razona con lógica, según el orden de premisas o causas de las que se desprenden los resultados, el hombre turanio no concede valor al raciocinio; los hechos se suceden por orden inexplicable y aun pueden originarse por valores mágicos. En la vida del ario o semita por lo general sus actos son razonados antes de llevarlos a ejecución. El turanio obra por intuición y obtiene lo que desea por conjuros y gestos mágicos, más que por su esfuerzo físico y mental, que no le reportaría la satisfacción de sus deseos.



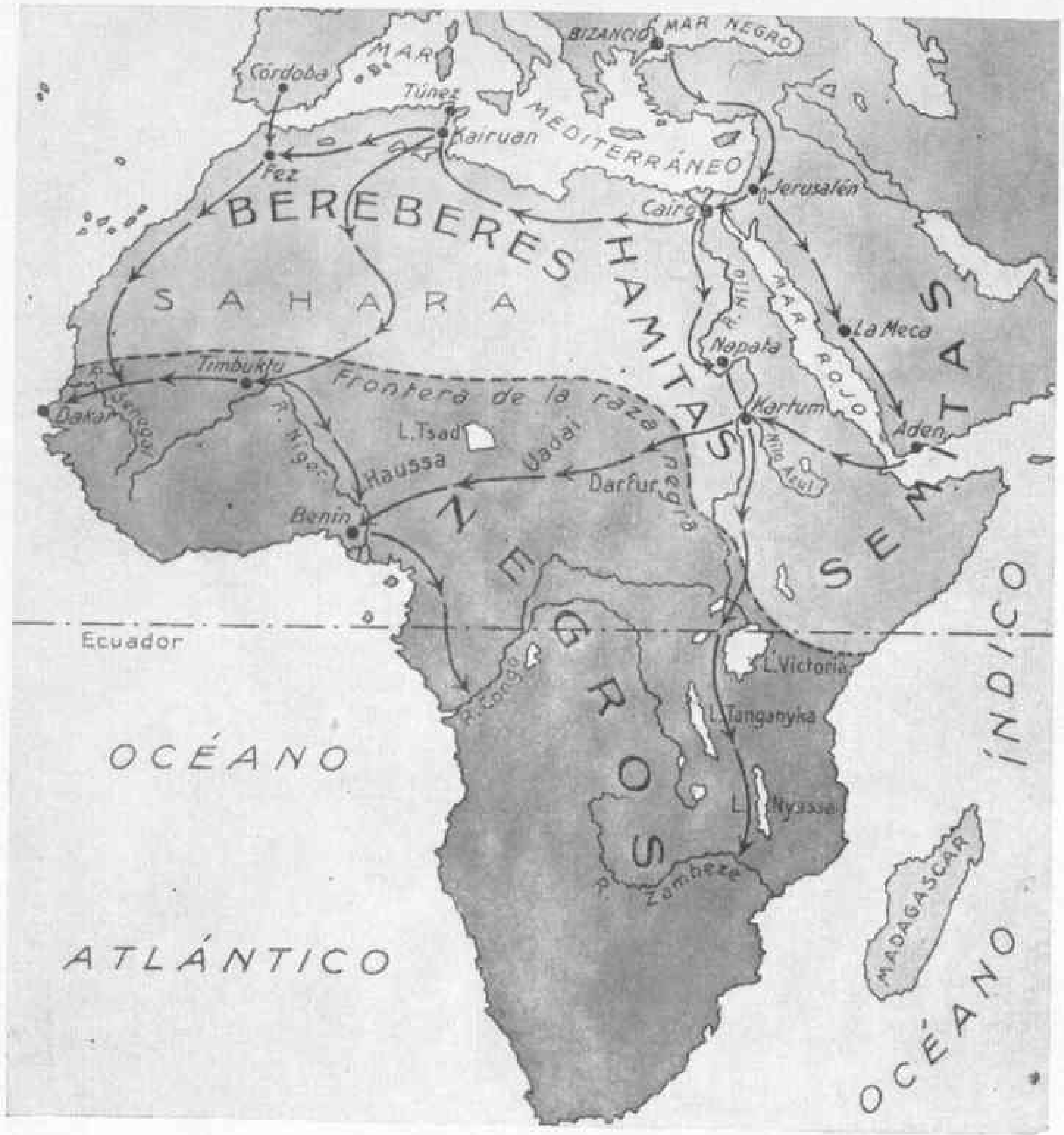
Caldero de bronce de la forma Xyw, para ofrendas. Colección Sumitomo. Osaka, Japón.



Muchachas de una tribu Mbulu de Tanganyka.

26 EXTENSION Y CULTURA DE LAS RAZAS NEGRAS Y HAMITICAS

La exploración de las costas de Africa, comenzada por los fenicios al servicio del faraón Necao, de quien ya hemos hablado, y continuada por los cartagineses más tarde, apenas progresó hasta que los portugueses, en el siglo XV, se esforzaron en dar la vuelta al continente para descubrir la ruta de las Indias. Pero el interior no comenzó a estudiarse científicamente hasta 1795, cuando Mungo Park trató de explorar la corriente del Níger desde su nacimiento hasta el mar. Todas las relaciones de viajes al interior de Africa anteriores a Mungo Park resultaban tan fantásticas, que parecían completamente desprovistas de valor científico. Así ocurría, por ejemplo, con los relatos de los árabes, que penetraron en el corazón del Africa como traficantes y misioneros. Así ocurría también con los pocos europeos que en la Edad Media se aventuraron a recorrer la región del sur del Sahara, como el famoso franciscano español que en 1330 dijo haber atravesado el continente desde el cabo Bojador hasta el Nilo, regresando por Egipto y la costa de Berbería. A fines del siglo XVIII las descripciones de lo que habían visto, tanto los árabes como los europeos habían adquirido características tan fantásticas, que hacían decir al irónico Swift: «Basta llenar los espacios blancos con pinturas de elefantes en lugar de ciudades y fronteras para hacer un mapa del Africa».



Primitivas rutas comerciales y límite de separación de las razas y culturas africanas.

Pero a partir de Mungo Park, y durante todo el siglo XIX, la exploración de Africa constituyó una de las más grandes preocupaciones de las naciones de Europa. Movía a los geógrafos, y a los políticos que los financiaban, un sentimiento de humanidad, porque imaginaban el horror del tráfico de esclavos, pero además esperaban obtener del continente africano productos que empezaban a escasear en Europa. Empleando misioneros que deseaban introducir un tipo de cristianismo, la exploración era relativamente económica, y sin grandes expediciones empezóse a una distribución preliminar de las razas y de las culturas del Continente africano.

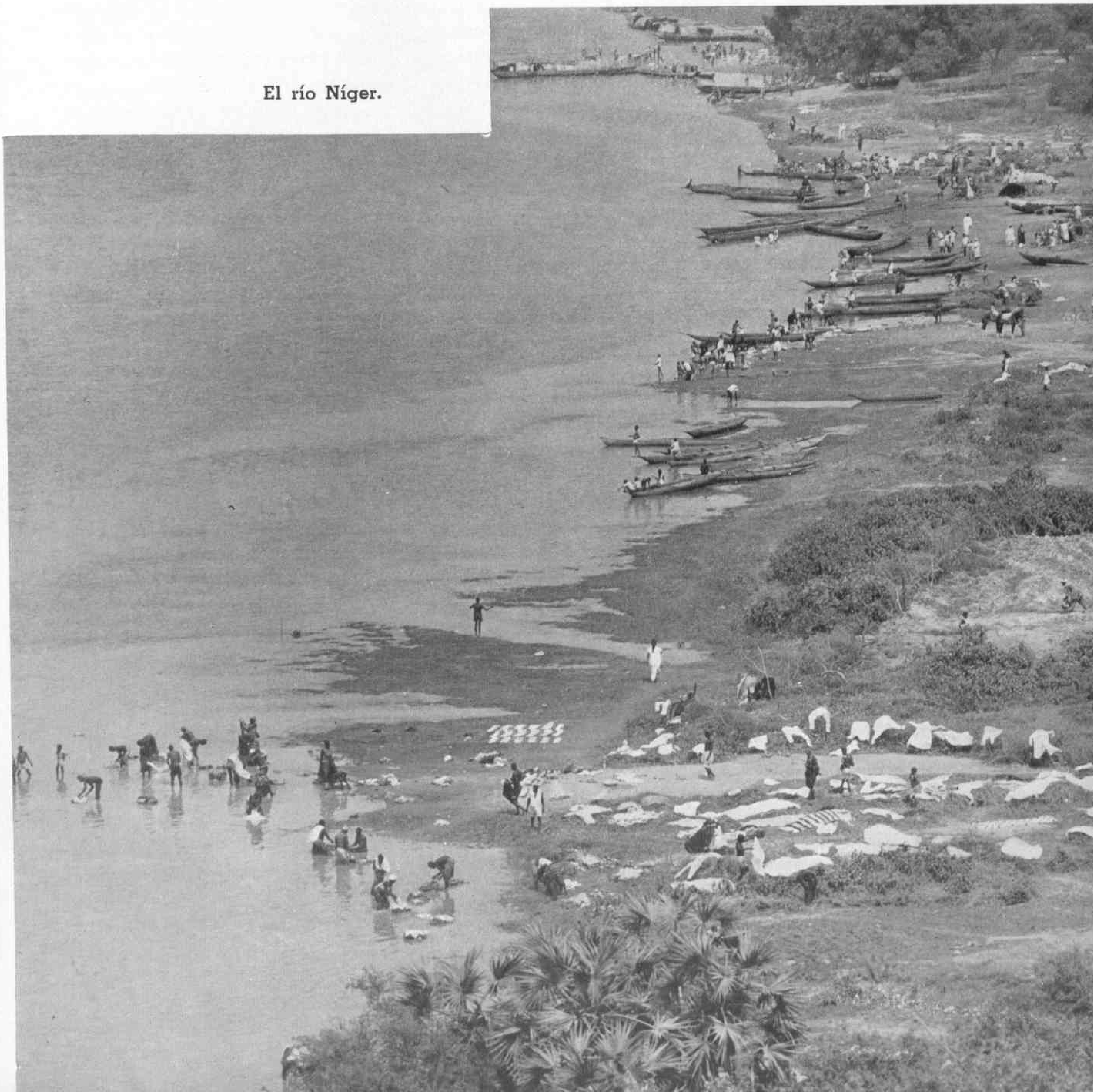
He aquí el primer resultado: Africa carece de una cordillera que la atraviese y forme, por decirlo así, la espina dorsal del continente, lo que son los Andes para América.

Los macizos montañosos son raros en Africa y no determinan su estructura ni separan regiones diversas, como en Europa y en Asia. Las montañas de Africa vienen a ser como islas diseminadas, no cadenas de alturas que sirvan de frontera entre diversas razas y diferentes civilizaciones. Africa se compone de varios sistemas de altiplanicies superpuestas unas a otras, como escalones geológicos. Cada altiplanicie tiene un reborde de colinas que dejan en el centro una cubeta poco profunda. El desagüe de esta cubeta lo forma un río, que a veces da un gran rodeo para encontrar la garganta por donde se derramará en la planicie inferior, ya por medio de rabiones, ya formando cascada, como las del Zambeze, del Congo y del Níger. Consecuencia de esta estructura de Africa, sin grandes montañas, es que los ríos no se forman de fuentes al pie de los ventisqueros, sino que son el resultado de las lluvias torrenciales de la zona tórrida, desde el grado 10 de latitud Norte hasta el grado 15 de latitud Sur. En esta región tienen origen y reúnen sus caudales los ríos importantes de Africa, cuyas crecidas en el período de lluvias son grandes, empezando por el Nilo, que ya admiró por ello a todos los pueblos de la antigüedad, y concluyendo con el Níger, que, mientras es navegable en su época de grandes aguas hasta casi Tombuctú, en el período de sequía sólo puede navegarse unas trescientas millas desde la costa. Tampoco son, pues, los ríos de Africa creadores de naciones, en el sentido que lo son el Yang-tse, el Ganges o el Danubio. Carecen de afluentes y de valles tributarios; a lo más, el curso de sus aguas atraerá las gentes a sus orillas de manera esporádica.

Puede decirse que lo único que separa a las gentes de Africa son los desiertos. En el Norte, la primera altiplanicie de Berbería, que va desde Trípoli hasta el Atlas, está separada de la altiplanicie del Sudán por la depresión del Sahara, mientras que las planicies del Sur están separadas de las del Centro por otra zona de desiertos. Estos desiertos son en ocasiones casi infranqueables, como debía de serlo el Sahara antes de

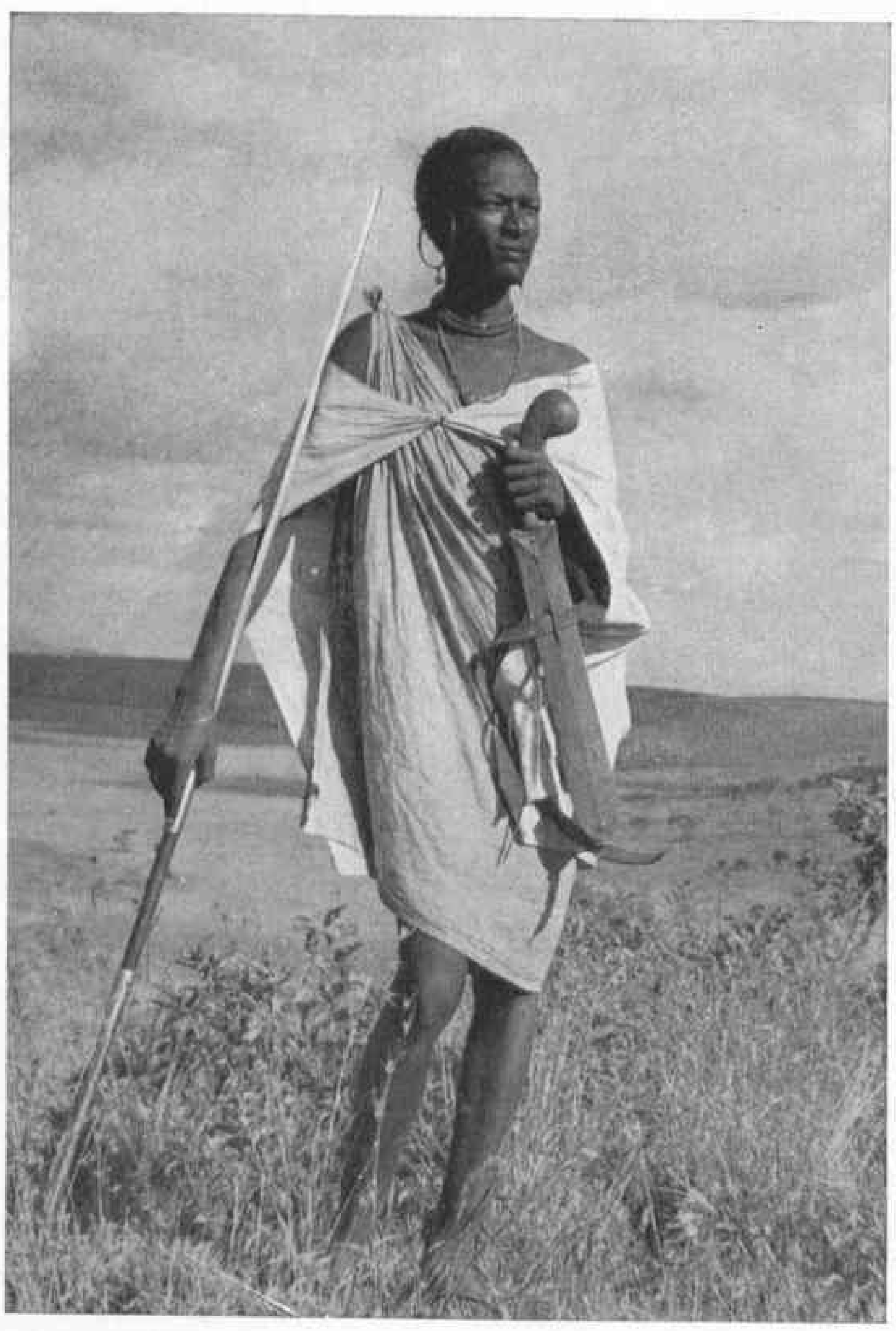
que los árabes introdujeran allí el camello, pero los pequeños cambios producidos por el hombre son los únicos que parecen haber alterado la vida de Africa desde los tiempos prehistóricos.

La orografía del continente no parece haber cambiado mucho en el transcurso de las edades. En el momento de escribir estas líneas existe la tendencia entre los geólogos a creer que la estructura general de la corteza terrestre y sus formas principales han variado muy poco desde que el Globo empezó a solidificarse. El sistema general de los continentes y de los océanos, formados por lo que llamamos bloques o *escudos* de masa sólida, los más pesados en el fondo de los mares y los más ligeros surgiendo del líquido elemento, no deben de haber cambiado mucho desde que el mundo tiene forma determinada. Son sólo las montañas las que



El río Níger.

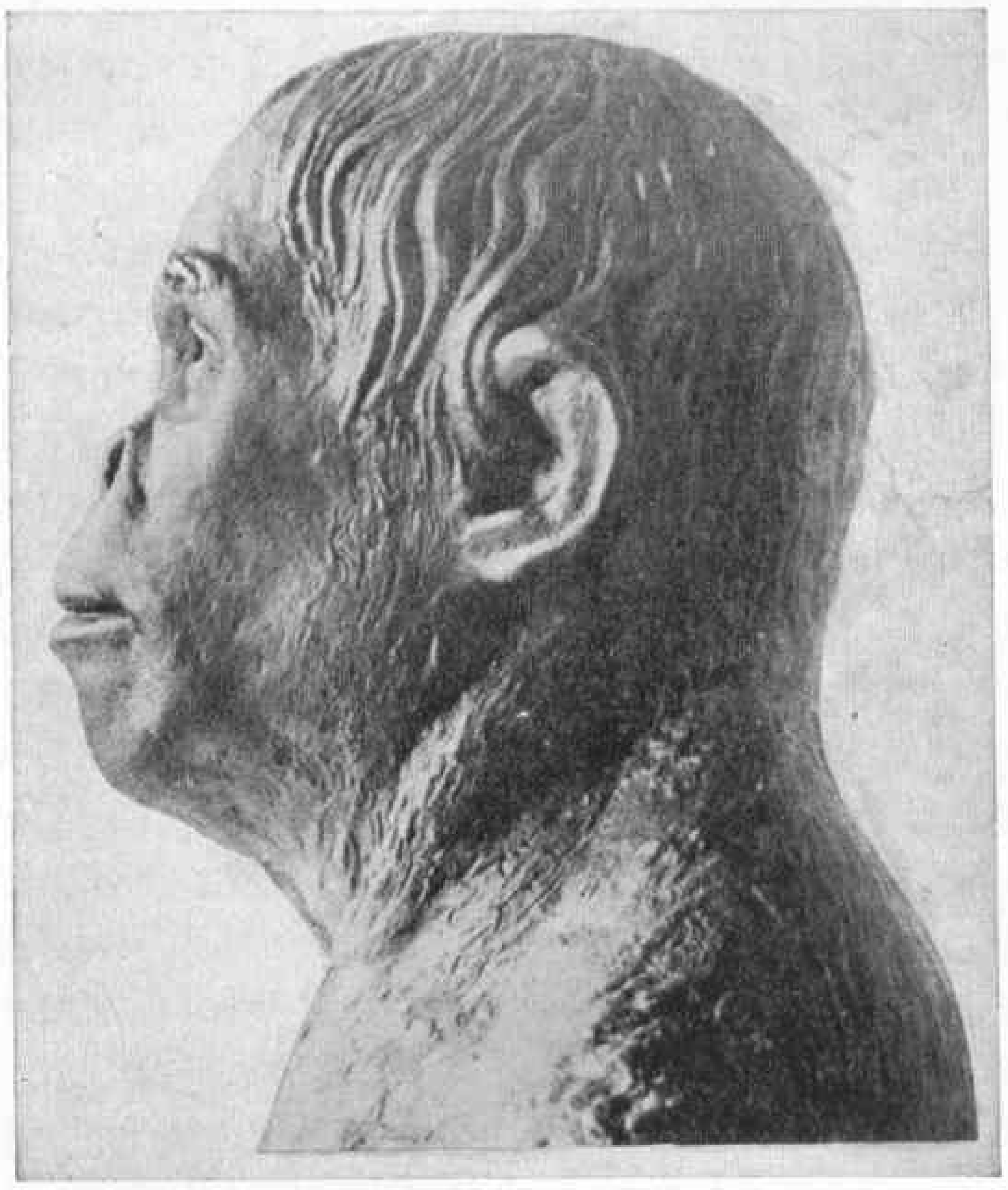
han crecido y cambiado, las que crecen y cambian todavía, las montañas o cordilleras, situadas siempre en la juntura de dos de estos bloques o escudos y formadas por la compresión de tales bloques sobre la masa semifundida que rodea al núcleo central. Decimos esto porque el misterioso continente africano ha sido el más castigado por las teorías geológicas, creyendo algunos que acaso estuvo reunido con América y que restos de una Atlántida tienen que encontrarse a ambos lados del Océano, así en el Sahara como en la América Central. Lo más probable es que Africa haya sido, por lo menos desde el final del último período glacial, lo mismo que es ahora, un tablero con grandes planicies escalonadas, separadas por desiertos. La parte central, cubierta de manigua o selva impenetrable, donde la vegetación crece con las lluvias tropicales, sin permitir el paso de la luz, es acaso más malsana y hostil al hombre que los llanos secos, calcinados por los rayos crueles del Sol asfixiante.



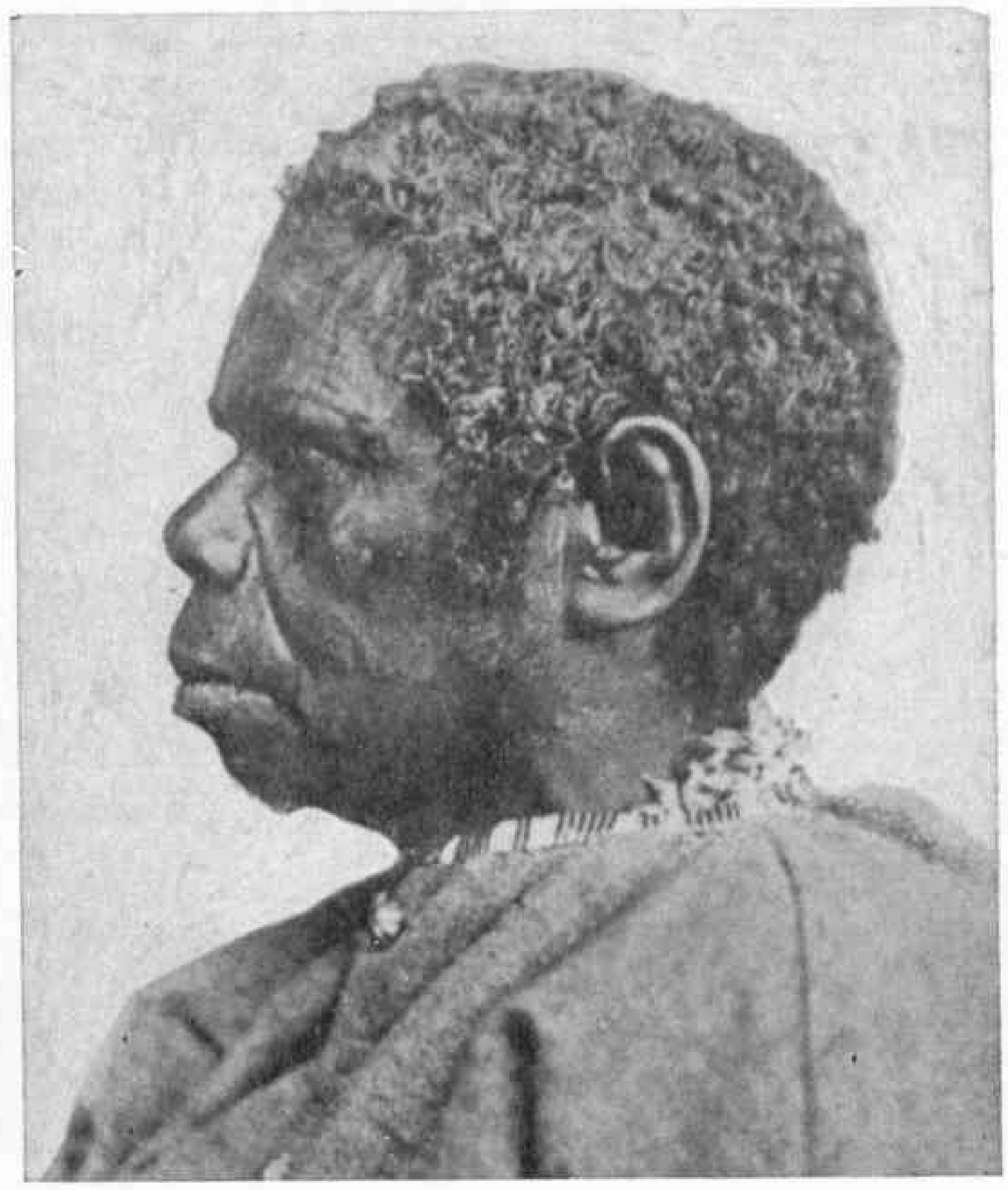
Pastor masai de Tanganyka.

Antropológicamente, Africa es todavía un enigma o un conjunto de problemas. Cráneos y huesos humanos se han encontrado recientemente en el subsuelo, tan antiguos como los huesos fósiles de Europa, pero no podemos asegurar que los actuales habitantes del Africa sean descendientes de aquellos prehistóricos. Para empezar es un error torpe la calificación de *continente negro* para Africa, pues hay africanos que tienen poco de negro y, además, es evidente que las actuales razas negras son relativamente recientes y que estuvieron precedidas en el continente africano por otro tipo más primitivo paleonegro, más parecido al malayo, australiano y tasmaniano que al negro actual. Los paleonegros debieron de ser propensos a la emigración, sobre todo hacia el oeste, porque rasgos de estos tipos anteriores a la raza negra se conservan en los bosquimanos y pigmeos.

Aunque no hay manera de establecer un sistema para catalogar las actuales razas africanas, podemos asegurar que han cambiado poco en los tiempos históricos. En los frescos de los antiguos egipcios vemos a los negros pintados con los mismos caracteres étnicos que tienen todavía hoy; incluso se reproducen los pigmeos de las selvas tropicales como enanos barrigudos, de grandes pies y enorme cabeza, que con su exotismo debían de completar el cuadro de la corte del faraón. Los griegos, que daban al Africa el nombre de Libia, reprodujeron también a los negros en escultura, y en particular las escuelas alejandrinas mostraron especial curiosidad por las razas africanas. Los romanos, que fueron los primeros en dar a la costa sur del Mediterráneo el nombre de Africa (del vocablo cartaginés *afryah*), se dieron cuenta exacta de la especial psicología de los negros, y además de reproducirlos en las artes plásticas, los describieron en la literatura con el cabello lanoso, labios gran-



Paleonegro. Primitivo hombre africano, según el cráneo de Taungs. Reconstrucción del profesor Dart. Johannesburg.



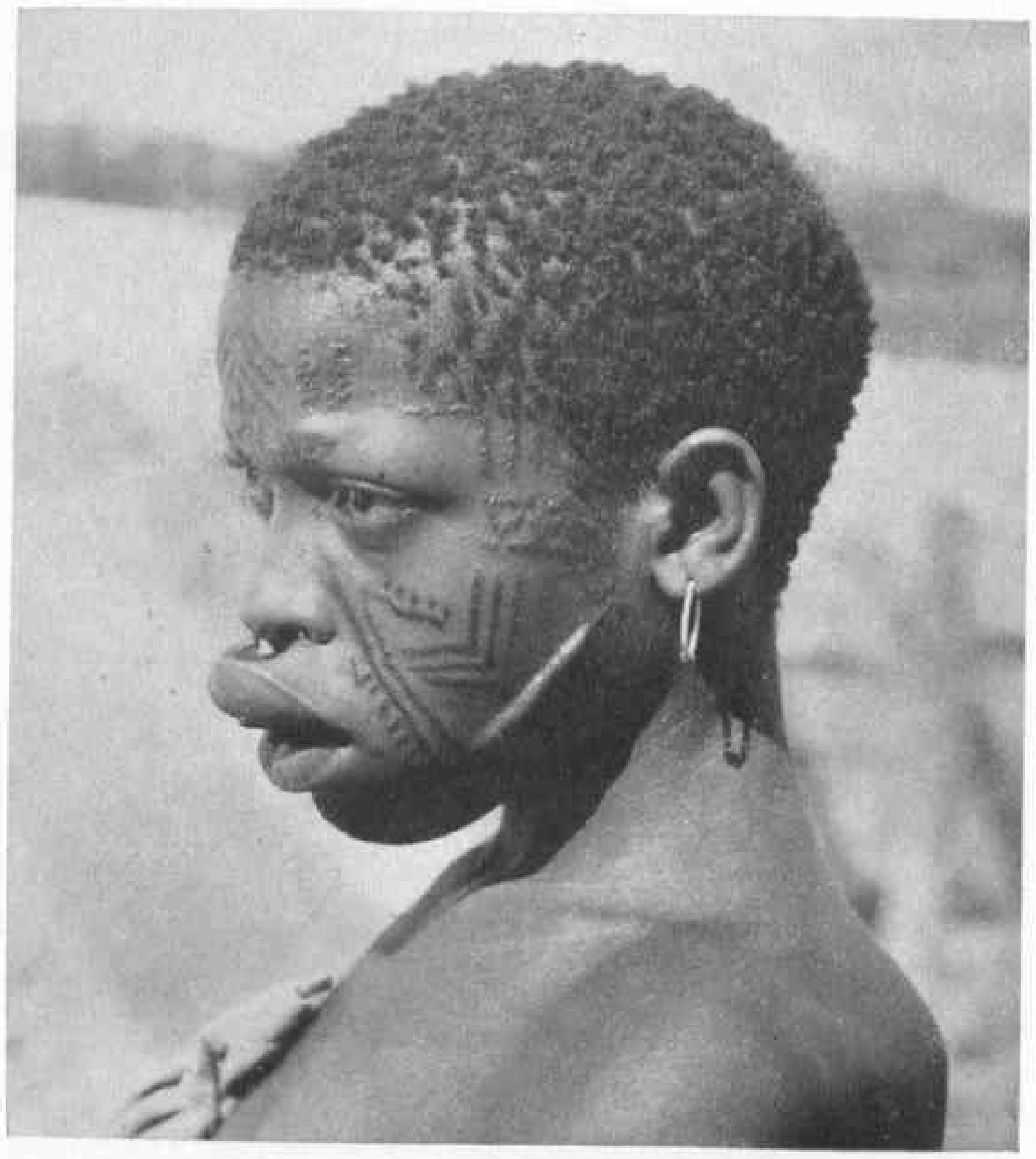
Una reliquia de la raza paleonegra. El último superviviente de los tasmanianos, la más primitiva raza del Pacífico.

des de color morado, amplio pecho y *iacentibus mammis,* cuerpo redondo y grandes pies.

Por lo que se refiere a los animales, Africa ha dado a la humanidad la cabra y, en cambio, ha recibido de los árabes el camello, y sirviendo de intermediarios los hititas, recibieron los faraones el caballo, oriundo de las estepas del Asia Central. Puede decirse que hasta hace cincuenta años los únicos productos africanos que había aprovechado la humanidad eran el marfil y los esclavos. Y el marfil, que ya empieza a escasear, hemos aprendido a fabricarlo artificialmente con la caseína, los esclavos negros tampoco los necesitamos ya, porque la mano de obra sigue siendo abundante.

Pero desde hace años, las minas del Transvaal proporcionan más de la mitad de los diamantes del mundo, y empiezan a explotarse los yacimientos de cobre de la costa oriental de Africa, que ya beneficiaron los negros con sus fraguas primitivas desde los tiempos prehistóricos, y al cobre seguirá el hierro, que existe también en abundancia, y añadiendo todavía el caucho del Congo, el algodón de Egipto y los frutos de la Unión Sudafricana, es seguro que la humanidad obtendrá grandes beneficios en el próximo futuro del gran continente africano. Así, pues, exploración y explotación han sido hasta ahora un buen negocio, pero para mantenerlo debe llevarse con tacto.

Para la ciencia, lo más interesante de Africa, todavía en la actualidad, son sus habitantes: ellos nos han procurado datos interesantísimos sobre la humanidad primitiva; en ellos podemos descubrir nuestros propios atavismos ancestrales, reconocidos legítimos por una sociedad que no ha repudiado todavía ciertas prácticas como supersticiones o malas costumbres. ¡Cuántas veces, leyendo los cuadros de vida primitiva de las poblaciones africanas, nos hemos encontrado con detalles de *malas costumbres* que son idénticos a los que podríamos descubrir fi-



Muchacha de Tanganyka con adorno facial de cicatrices.

jándonos un poco en los barrios bajos de nuestras grandes ciudades europeas!

Como ya hemos dicho, la raza negra ocupa sólo una mitad del continente. El norte y el este de Africa han estado desde tiempo inmemorial ocupados por gentes de raza mediterránea o de la misma que encontramos ya en Egipto y hemos llamado hamítica, y tanto la una como la otra, con grandes infiltraciones de semitas. Los hamitas del Norte comprenden los kabilias, bereberes, tuaregs, fellahs y acaso los guanches de Canarias, mientras que los hamitas del Este reúnen a los egipcios, nubios, abisinios y eritreos. Pero es evidente que los llamados hamitas del Norte de Africa son de raza mediterránea y deben, por lo tanto, excluirse de entre los grupos exclusivos del mal llamado continente negro. Las razas exclusivamente africanas comienzan en Egipto. Son todavía de piel clara y color bronceado o rojizo; se extienden a lo largo del Nilo y sobre los altos llanos de Abisinia y costas de Somalia y Eritrea. Sus facciones no tienen ningún rasgo característico de los negros. Claro que hay allí individuos con señales de sangre negra en sus venas y otros con señales de penetración del tipo semítico, pero los verdaderos hamitas, como los antiguos egipcios, consideran al negro como un tipo inferior.

Algunos, como los abisinios, han sido cristianizados desde tiempos muy remotos, aunque es curioso apreciar en la Iglesia abisinia las reincidencias y recaídas de la superstición africana. «Al entrar en una iglesia de Abisinia — dice Bruce —, debéis descalzaros, pero cuidad de dejar alguien que guarde vuestros zapatos, porque si no, serán robados sin remedio por los monjes y sacerdotes». Los misioneros protestantes, al entrar en Abisinia, no podían comprender tal mezcla de primitivismo con los más elevados preceptos del cristianismo. Se usan pruebas y sueños para descubrir un crimen, como en tiempo de los faraones. Los monjes son en extremo supersticiosos y aseguran que tienen trato con los espíritus. De todos modos, cierta organización militar, comparable con la de Europa en la Edad Media, prevalece en Abisinia, y un régimen pastoril y sano desarrolla en los pueblos de la altiplanicie del Nordeste sentimientos morales en la familia que no se encuentran en los demás pueblos de Africa. Estas gentes de color rojizo se extienden por el Sur, a lo largo de la costa del océano Indico, hasta la línea ecuatorial, y además, siguiendo el borde del Sahara, se han corrido hasta el Atlántico. Claro está que a medida que avanzan hacia el sur y se alejan de su lugar de origen, que es la meseta de Abisinia, tienen más infiltraciones de sangre negra, y a medida que avanzan hacia el oeste abundan los mestizos, con señales de cruzamiento con los tuaregs, de raza mediterránea, y, sobre todo, con los semitas, que les han seguido a lo largo de esta vía. Hamitas, semitas y bereberes ocupan, pues, casi la mitad de Africa y han introducido elementos de las culturas europea y asiática en algunos puntos donde la raza negra es dominante.

Las vías naturales de comunicación son pocas e interrumpidas. De Norte a Sur existe la gran vía a lo largo del Nilo, el único curso que va de norte a sur en Africa, cruzando el desierto, y aun después esta ruta, por la región de los grandes lagos, llega hasta el Zambeze. Es posible que hasta allí bajaran mineros semitas, y acaso también bizantinos, en la Era cristiana, porque en Rhodesia se han encontrado torres y monumentos hechos con grandes piedras escuadradas que no pueden ser obra de los negros.

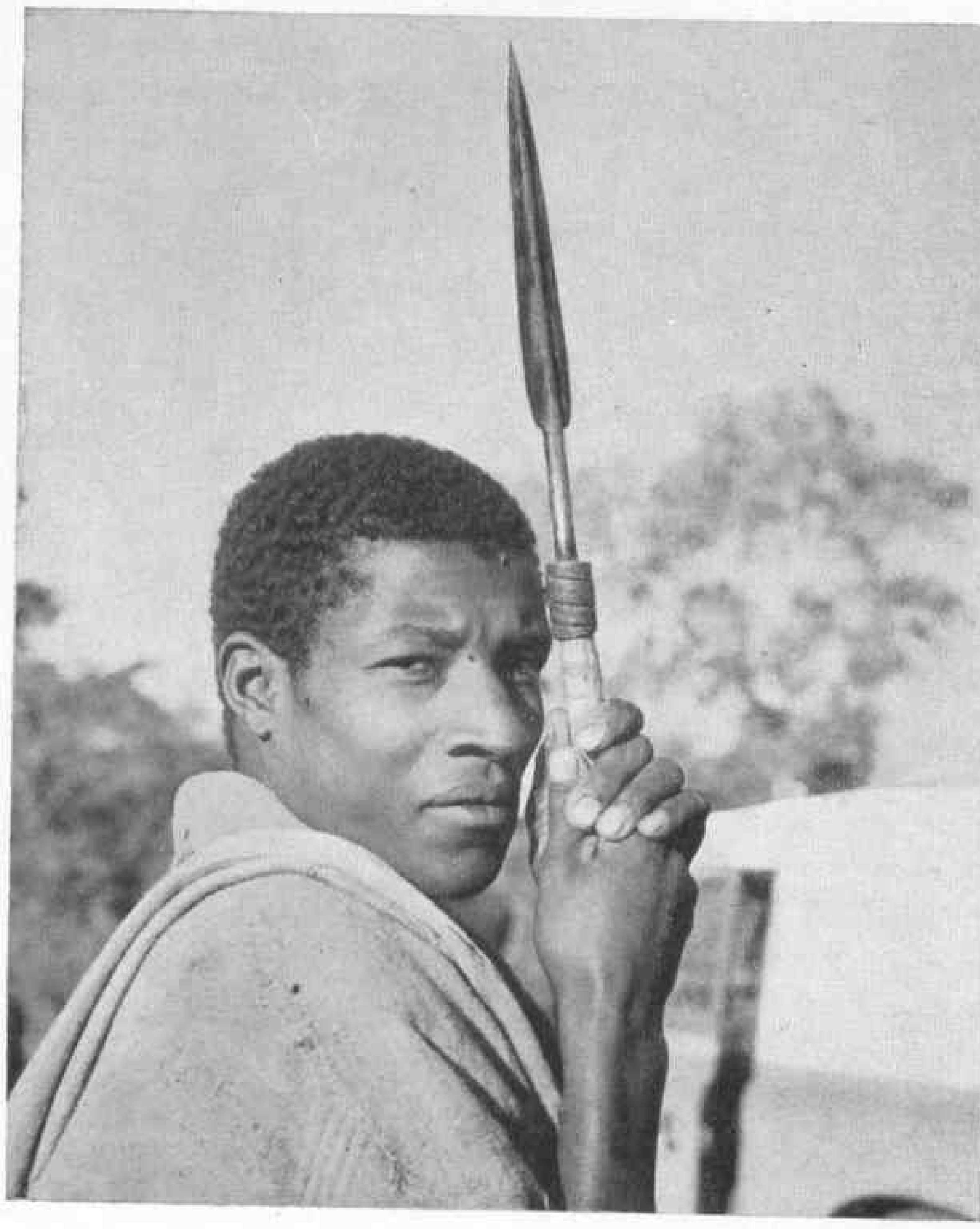
Otra ruta fácil de comercio y penetración de cultura hacia el corazón de Africa es la que bordea el Sahara por el Sur, sin llegar a la región de los trópicos, siguiendo la faja de tierra fértil entre las que llamamos *la zona del camello* y *la zona del ganado* o *región de los pastos*, que atraviesa el Africa desde el Nilo hasta llegar al Níger y el Senegal. Una serie de reinos de gentes de raza negra se habían allí contaminado de las culturas del Norte y conservaban todavía su organización militar, con varios conocimientos del arte y de metalurgia, al llegar a aquellos países los europeos. Su centro principal era Benín, famoso por sus bronces y marfiles. La ruta a través del Sahara desde Berbería llegaba a Tombuctú, y algo se infiltraría por la costa, aunque el inhospitalario Sahara es capaz de detener el movimiento de gentes y de civilización.

Tanto las gentes hamíticas como las sudanesas se mezclaron con los negros y mestizos del sur, no sólo por el comercio que se estableció a lo largo de los desiertos, sino también por razón de importarse esclavos que introducían sus caracteres genuinamente africanos.

Uno de los conceptos más universales de negros sudaneses y hamitas es la idea del *ka* de los antiguos egipcios, que los modernos espiritistas llaman *periespíritu* o *espíritu* de la periferia y otros llaman *cuerpo astral*. Los romanos, además de creer en el alma, admitían este segundo elemento espiritual del individuo, llamado *umbra*, que es lo mismo que nosotros llamaríamos sombra o fantasma. Mas para los negros, como para los antiguos egipcios, el *ka* es esencial para la vida del cuerpo y también del alma. El *ka* hace funcionar los órganos del cuerpo vivo, y al desintegrarse éste, mantiene el alma todavía en acción. Según el negro moderno, y también el antiguo egipcio, el *ka* tiene hambre, necesita mujeres, y si se trata de un gran jefe, precisa servidores. El *ka* puede absorberse comiendo una parte del individuo, y así se condena el alma del muerto a una muerte total. El *ka* es juguetón, travieso, y su influencia sobre los vivos resulta más bien perturbadora. La vida de ultratumba para el negro no tiene grandes atractivos; aunque no se conoce



Mujer butende de Kenya.

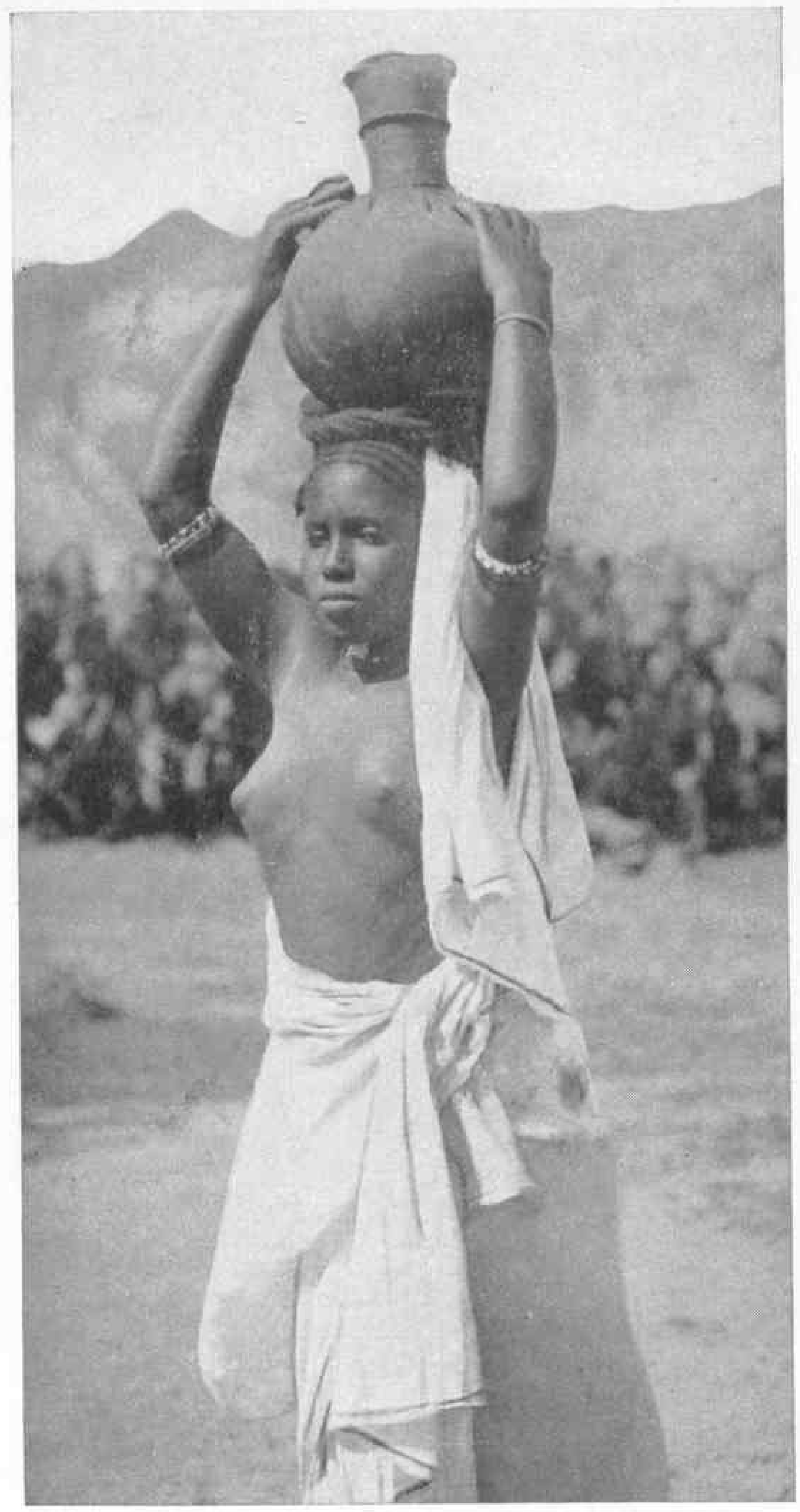


Guerrero abisinio de la provincia de Arrussi.

exactamente si ha resuelto o siquiera se ha planteado este problema, el negro tiene miedo a la muerte, se resiste con todas sus fuerzas a morir, nunca ataca de frente si hay algún peligro; el duelo y el suicidio son rarísimos entre los negros. Este concepto del *ka* y el fetichismo son, aunque absurdos, las más importantes contribuciones con que la raza negra ha participado en el común esfuerzo del conocer, al que vive entregado el hombre desde que tiene conciencia de sí mismo. El fetichismo es el poder que se atribuye a una imagen o un objeto cualquiera, a veces sin forma determinada, de participar en la vida, y que ayuda o perjudica a los que están sujetos a su acción. El fetiche es generalmente una escultura rudimentaria, pero puede ser un pedazo de tela, un bastón. La fuerza se incorpora al fetiche por un rito religioso, esto es, un fetiche se consagra y se puede desconsagrar por otro rito análogo. La mayor parte de los fetiches que se venden a los europeos en Africa, como antigüedades, o curiosidades, han sido previamente desconsagrados por los negros. El alma o *ka,* con anterioridad, se ha retirado del fetiche. Los únicos fetiches activos, con poder mágico, que obtienen los extranjeros en Africa son los que a la fuerza pueden procurarse. Pero cuando un fetiche ha sido previamente consagrado, tiene capacidades variables según su categoría: puede actuar como un animal, como un espíritu humano o como un dios. A veces un esclavo robusto, adicto a su amo, es llevado al pie de un árbol y allí degollado por sorpresa, bañando el tronco con su sangre; el fetiche esculpido con aquella madera tendrá incorporado el *ka* del esclavo y su amo recibirá su ayuda, sin que su fuerza disminuya con el tiempo. Otros son fetiches nacionales, que cuidan del bien de toda la tribu; otros están simplemente provistos de facultades limitadas para un servicio determinado, como procurar feliz parto a las mujeres, o ayudar a los hombres en la cacería. A veces los fetiches se muestran perezosos y hay que estimularles regándolos con sangre humana o un substitutivo de ésta, y escurriendo sobre ellos el jugo excitante de la nuez de cola. A otros hay que castigarlos como a los caballos, clavándoles espuelas para que anden, y a este objeto se les hincan clavos, que llegan a cubrir toda la estatua, sin abandonar por esto el tratamiento de las abluciones de cola.

Estos dos principios de la doble alma y del fetichismo puede decirse que son comunes a todos los negros; pero en lo demás de su vida y costumbres, la raza negra tiene tantos matices, que se hace muy difícil resumirlos en pocas páginas. El estudio resulta más arduo todavía porque casi no se puede distinguir entre lo que es verdaderamente primitivo en el negro y lo que ha sido introducido por contactos con los tratantes de esclavos y primitivos inmigrantes malayos, árabes o indonesios, que son

Raza hamítica. Muchacha de Eritrea.



tanto o más supersticiosos que los negros.

Además, la raza negra, desde hace varios siglos, parece haber ido degenerando, en lugar de evolucionar dentro de sus propias culturas. Grandes grupos de gentes que casi podríamos llamar naciones, como los bosquimanos, han desaparecido, empujados por razas más brutales, más groseras. Actualmente hay una tendencia entre las variedades de la raza negra a ser absorbidas por los dos tipos fuertes: el sudanés por el norte y el bantú por el sur. Ninguno de estos dos tipos es completamente puro: el sudanés tiene mucho de tuareg, y, por lo tanto, de bereber, y el bantú tiene algo de semita. Por lo tanto, los verdaderos negros primitivos hay que buscarlos en las selvas del centro del continente, donde viven sin adulteración los pigmeos y negrillos, los pamues y los fongos.

Los pigmeos ya fueron conocidos de los antiguos griegos. Homero, en el tercer canto de *La Iliada,* habla de las cigüeñas que vuelan sobre el Océano para llevar el terror a los hombres llamados *pigmeos*. Aristóteles, en su historia de los animales, habla de los pigmeos como habitantes de las fuentes del Nilo... Y así sucesivamente, los escritores clásicos se aprovechan de los pigmeos para darnos noticia de un pueblo extraordinario. Actualmente ocupan las regiones tenebrosas del Africa ecuatorial, donde las lluvias casi constantes hacen crecer la vegetación hasta el punto de que la selva resulta impracticable. Los pigmeos son pequeños, aunque bien constituidos, viven de la caza, que practican con redes, y habitan en chozas de hojas y barro que levantan sólo



Abisinia. Mujer gala.



Negro bantú de la tribu Bukusu con máscara ornamental y el cuerpo pintado. (Nyanza.)

poco más de un metro del suelo. Son de carácter alegre, monógamos, no conocen la esclavitud, ni tienen una organización social más allá del grupo de familias que constituyen el poblado. Una variedad de esta raza son los llamados *negrillos,* que se encuentran también en la costa oriental, llegando hasta el Camerón.

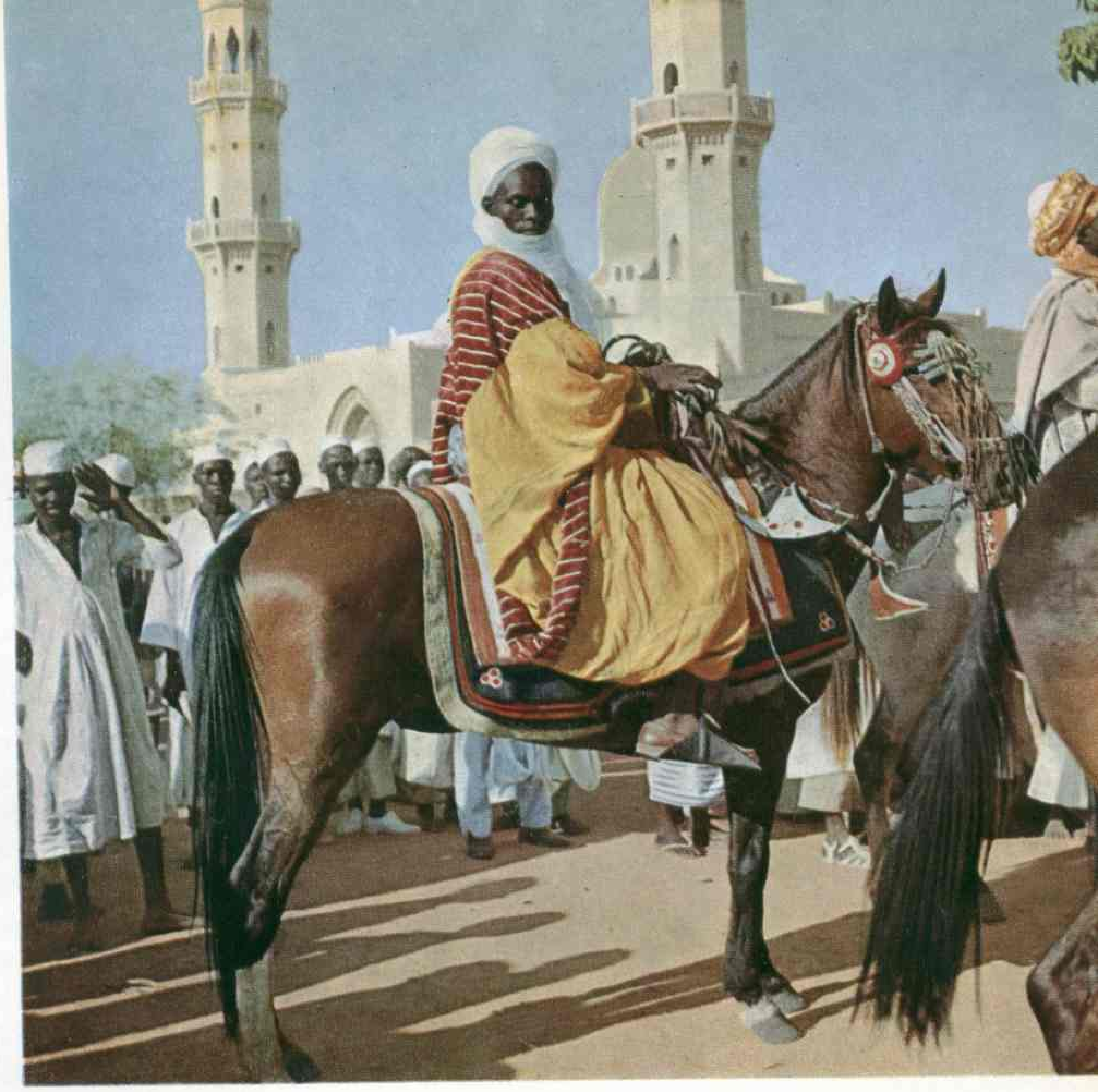
Los fang, o fongos, parecen tener ya algo de sangre tuareg en sus venas. Habitan hoy las partes cubiertas de bosque del Congo y se les ha descrito como altos, delgados, bien hechos, de color negro claro, algo amarillentos. Son fuertes, inteligentes y capaces de asimilar, de una manera superficial por lo menos, lo que se les enseña. El canibalismo, que todavía practican en nuestros días a escondidas, no parece tener por objeto ningún motivo religioso.

Por último, mencionemos a los sudaneses, que ocupan las altiplanicies del Africa ecuatorial. Su variedad es inmensa y se encuentran entre ellos los más diversos tipos de cultura. Desde los grupos dispersos, que no tienen otra organización superior que la del poblado regido por un jefe, hasta los reinos extensos, con un monarca que reside en una capital y allí decide los asuntos importantes, hay todos los matices intermedios de gobierno. Una ancha zona del Africa Central está poblada por esta raza sudanesa en sus mil diferentes variedades. Por lo regular, el sudanés es alto y delgado, de carácter astuto. Es capaz de comprender y aceptar las ideas modernas; sin embargo, retrocede a sus antiguas costumbres de un modo alarmante.

En los reinos del Dahomey y de Benín, organizados con una aparatosa monarquía, las costumbres y supersticiones eran peores que en los pueblos más primitivos de

Bantú de la tribu Mluhya con tocado de plumas de avestruz. (Nyanza.)





Un jefe de tribu de Kano. Nigeria.

Africa: pigmeos, bosquimanos y negrillos. Los sacrificios humanos se practicaban en el Dahomey en gran escala, sólo comparable a las hecatombes de los aztecas. Todavía hoy, a pesar de los esfuerzos de todo orden realizados en la zona del Africa Occidental, suelen repetirse los casos de sacrificios humanos en las grandes fiestas religiosas.

He aquí cómo Frobenius, jefe de la expedición alemana al Africa Central por cuenta del Museo de Hamburgo, en 1912, describe una ceremonia de iniciación a la que él asistió: el acto ritual se efectuó con la condición de que los europeos, Frobenius y sus compañeros, no participarían de la comunión de sangre humana y que un negro sería su substituto en esta parte del ceremonial. Dos ídolos, uno masculino y otro femenino, presidieron la escena. Sobre ellos se decapitó una víctima humana, de manera que la sangre corriera sobre las figuras: nueces de cola se colocaron sobre los ensangrentados fetiches y de la víctima debió comer el novicio, con los ojos vendados. Esto ocurría en Ibadán, una estación de ferrocarril del protectorado inglés de Nigeria, y Frobenius añade: «Pocos días después, el 13 de noviembre, el tórax, un brazo y una pierna de un joven negro fueron reconocidos por su madre en el mercado de Ibadán. Todas las circunstancias indicaban que el muchacho había sido víctima de un asesinato religioso. La madre fue a ver al comisario de policía, deshecha en lágrimas y puntualizando todos los detalles que podían servir para descubrir a los culpables del crimen. Pero el comisario — continúa diciendo Frobenius —, que era *un negro con pantalones,* contestó que no



Tipo fongo, cruzado de raza bantú y sudanesa.

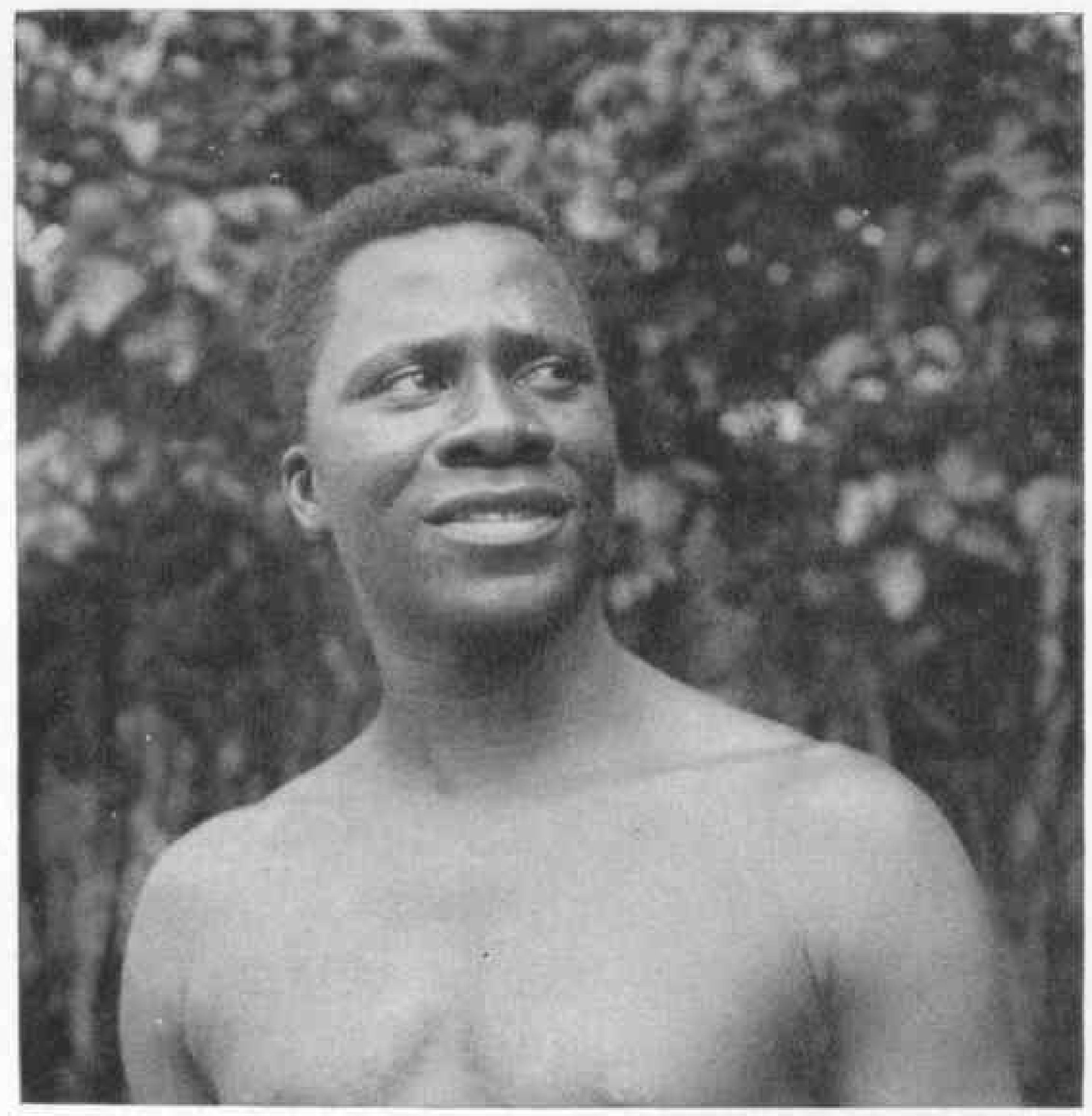
podía mezclarse en aquel asunto a menos que la madre pudiese manifestar quiénes habían sido los asesinos y dar sus nombres en una declaración». Esta es la mentalidad del negro, que descorazona a los misioneros y a los jefes de administración que gobiernan aquellos países en nombre de los Estados europeos. La civilización material ha penetrado en el Sudán con sus ferrocarriles, bicicletas, telas de algodón pintado, cinematógrafo, y hasta casas de banca y marcas registradas, y los indígenas han aceptado todas estas novedades con relativo entusiasmo, pero en la moral y en sus principios religiosos continúan todavía *pensando en negro.*

Además, la raza negra parece experimentar gran dificultad para percibir la noción del tiempo como una sucesión de hechos históricos. El sentido de la cronología, que es la base de la tradición, falta en absoluto en la mayoría de las razas africanas. Algunos de los Estados negros del Congo y del Sudán tuvieron, como ya hemos dicho, monarquías hereditarias, resultado de la influencia de los árabes, pero se deshicieron con la misma rapidez que se habían erigido, y sus infantiles relatos históricos, que algunos europeos demasiado entusiastas han llamado *crónicas nacionales,* son una sarta de episodios, mezclados con nombres y genealogías, de los que es muy difícil extraer el pasado de la raza.

Pero acaso el fenómeno más interesante de Africa, en los tiempos modernos, fue el rápido crecimiento y expansión de la raza bantú; ésta, que se halla hoy todavía en plena fuerza de desarrollo, parece pasar por uno de esos períodos de actividad loca que acometen a las especies en sus épocas de mutación o evolución para producir un nuevo tipo. Actualmente el bantú ha suplantado a la mitad de los otros negros de Africa; sólo el tipo sudanés, por el norte, parece resistirle eficazmente. El bantú ha eliminado toda competencia en regiones vastísimas, y en otros lugares se ha infiltrado por cruzamiento con los pueblos que no pudo exterminar. Así los zulúes y hotentotes son hoy ramas de la raza bantú y, en cambio, los más débiles bosquimanos han desaparecido casi por completo. No se conoce todavía el lugar de origen de la raza bantú, que hoy se extiende ya desde la línea ecuatorial hasta la Unión Sudafricana, sobre todo en los territorios de la costa occidental y al sur del Congo. El bantú es el típico negro que se ha exportado a América y posee todos los caracteres que parecen propios de los negros: cuerpo musculoso, sólido, capaz de penosos trabajos y hasta disciplinado, y relativamente valiente.

Sin embargo, a pesar de estas cualidades, los bantúes no han sido capaces de crear un imperio de su raza. Acaso los más interesantes ejemplos de falta de espíritu cívico son los que revela la historia de los

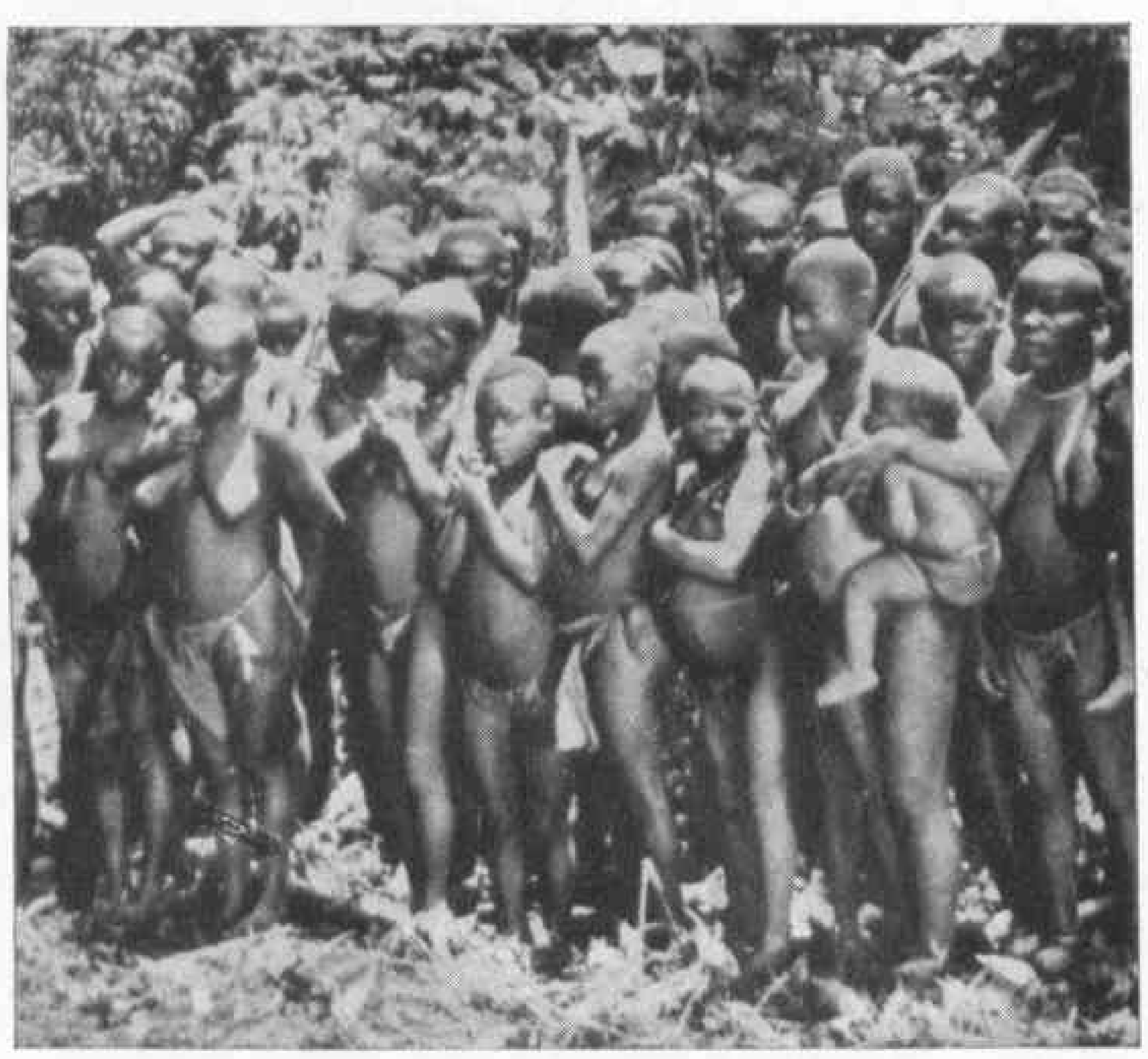
bantúes-zulúes en los territorios del sur de Africa. Hacia el 1783 una de las mujeres de un jefe bantú tuvo un hijo, llamado Chaka, que despertó los celos de su padre. También este *fundador* tuvo que huir y esconderse durante su juventud. Refugiado en la tribu de un poderoso jefe vecino, después de haberle ocurrido mil extrañas aventuras, Chaka demostró su valor y sus dotes en grado tal, que consiguió elevarse a la categoría de general de las tropas de su huésped. Así comenzó el poder de los zulúes. Chaka empezó sus conquistas exterminando a los indígenas de los territorios que forman hoy el Natal, poblados entonces de bosquimanos.



Negro del Congo ex francés.

Más tarde, uno de los compañeros de Chaka, llamado Makololo, subiendo hacia el norte con algunos bravos, fundó el Estado militar de los matabeles. Para obtener completa seguridad contra toda agresión por parte de los colonos europeos, y aun de su antiguo jefe Chaka, Makololo quiso rodearse de un desierto. Todo el territorio alrededor de los matabeles fue saqueado, quemado y arrasado, para que nadie pudiera aprovecharse de sus recursos naturales. La historia de las guerras de bóeres e ingleses con los zulúes es una larga serie de muestras de incapacidad por parte de los negros, aunque fueran acompañadas de actos de gran valor. Chaka fue asesinado en el año 1828 por sus hermanos, uno de los cuales, llamado Dingan, le sucedió como jefe de los zulúes. Dingan pereció también asesinado en 1840, dejando por herencia sólo el terror que infundía su nombre. Así el imperio — si es que imperio puede llamarse — de los zulúes se desvaneció como una sombra. Lo mismo ocurrió con Makololo; sus razzias atrevidas, cruzando extensiones inmensas, hicieron famoso al jefe bantú y a su pueblo, pero dice uno de los historiadores del Africa del Sur que nadie podrá señalar hoy un lugar determinado y decir: «¡Aquí estuvo el reino de Makololo!» Tanto Chaka como Makololo fueron los Atilas del hemisferio boreal, pero no el Gengis-Kan o el Tamerlán de la raza negra.

Pigmeos de las selvas del Congo.

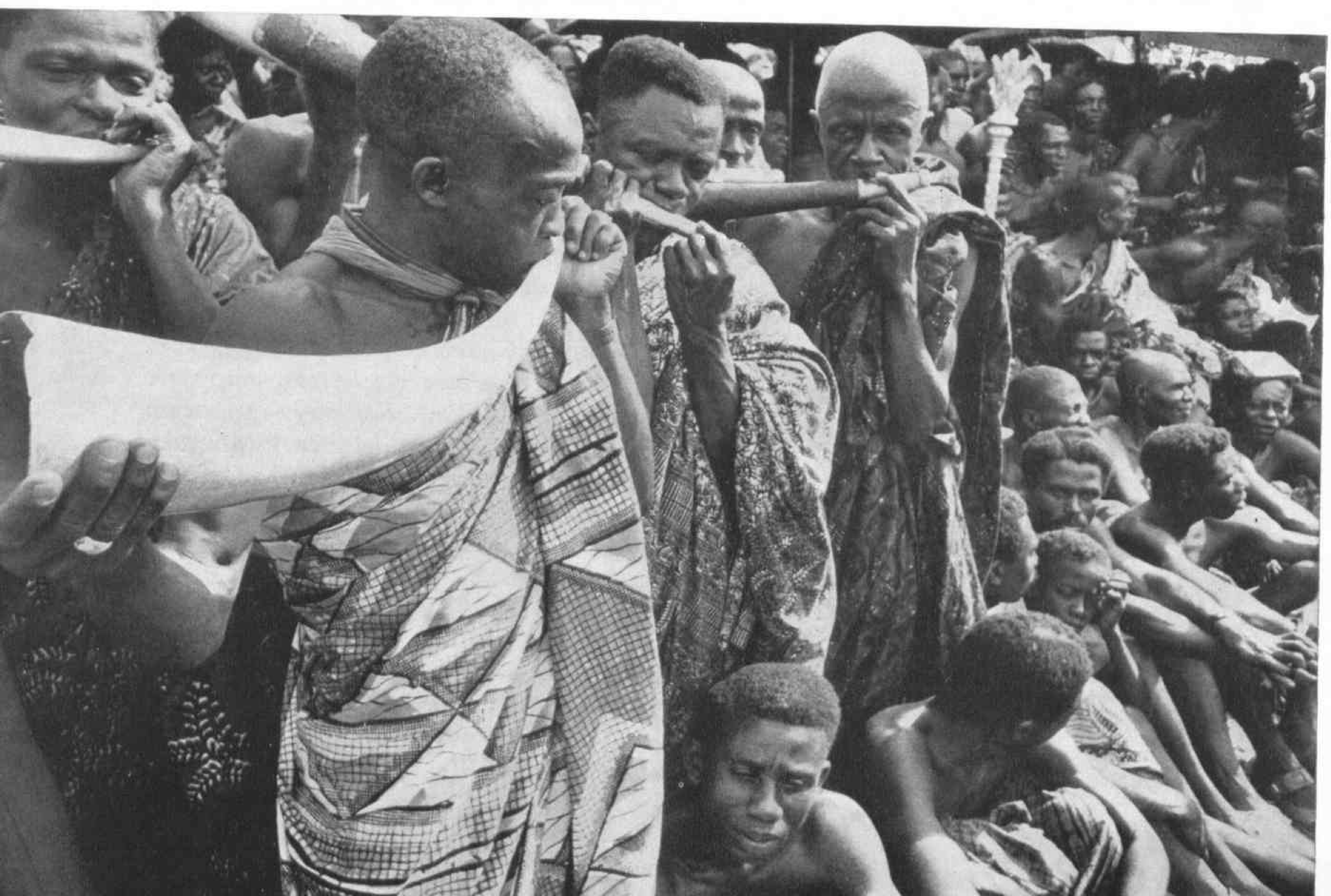


Mucho se ha discutido si la incapacidad política de los negros proviene de sus cualidades morales o es un resultado del medio en que viven; es curioso que los europeos que se lanzan sin prejuicios a estudiar el alma negra, acaban por contagiarse y *pensar en negro* también. Así es que tenemos de las culturas negras dos versiones casi opuestas: la del enemigo blanco, misionero, o

peor todavía, la del oficial de administración colonial, que distrae sus ocios examinando superficialmente las curiosas prácticas de los negros que han sido puestos a su cuidado, y la otra versión, la del sabio etnólogo que, entusiasmado por el resultado de sus estudios, pierde el sentido de la proporción y ve en el negro tan sólo lo que es extraordinario y misterioso. Y, por lo regular, la vida del negro es más vulgar y monótona de lo que hacen sospechar los libros de los exploradores científicos. Nacido en una pequeña aldea de varias chozas, por lo general muere antes de los cuarenta años sin haber conocido gran cosa más allá de lo que se distingue desde las alturas vecinas. Si es una muchacha, empieza su esclavitud desde que puede trabajar, primero con su madre, después por cuenta del marido. El matrimonio es, por lo regular, una transacción comercial; la mujer es vendida por su padre al marido, quien paga por ella según las cualidades que reúne: un fusil, varias cargas de sal, un fetiche o algunas telas. Cuando la pareja ha conseguido ahorrar algo, la mujer suplica al marido que compre otras esposas, para aliviarla de las faenas domésticas y del trabajo de los míseros cultivos, que ella cuida también cerca de la choza. Así la familia aumenta con los hijos y los esclavos, que son llamados también hijos por su amo. «La indecisión entre los hijos y los esclavos es tal —dice Cureau—, que cuando el negro quiere indicar su prole, les llama hijos del vientre, para distinguirlos de los que ha adquirido por compra.» El número de esclavos y de mujeres es lo único que puede indicar la riqueza de un negro.

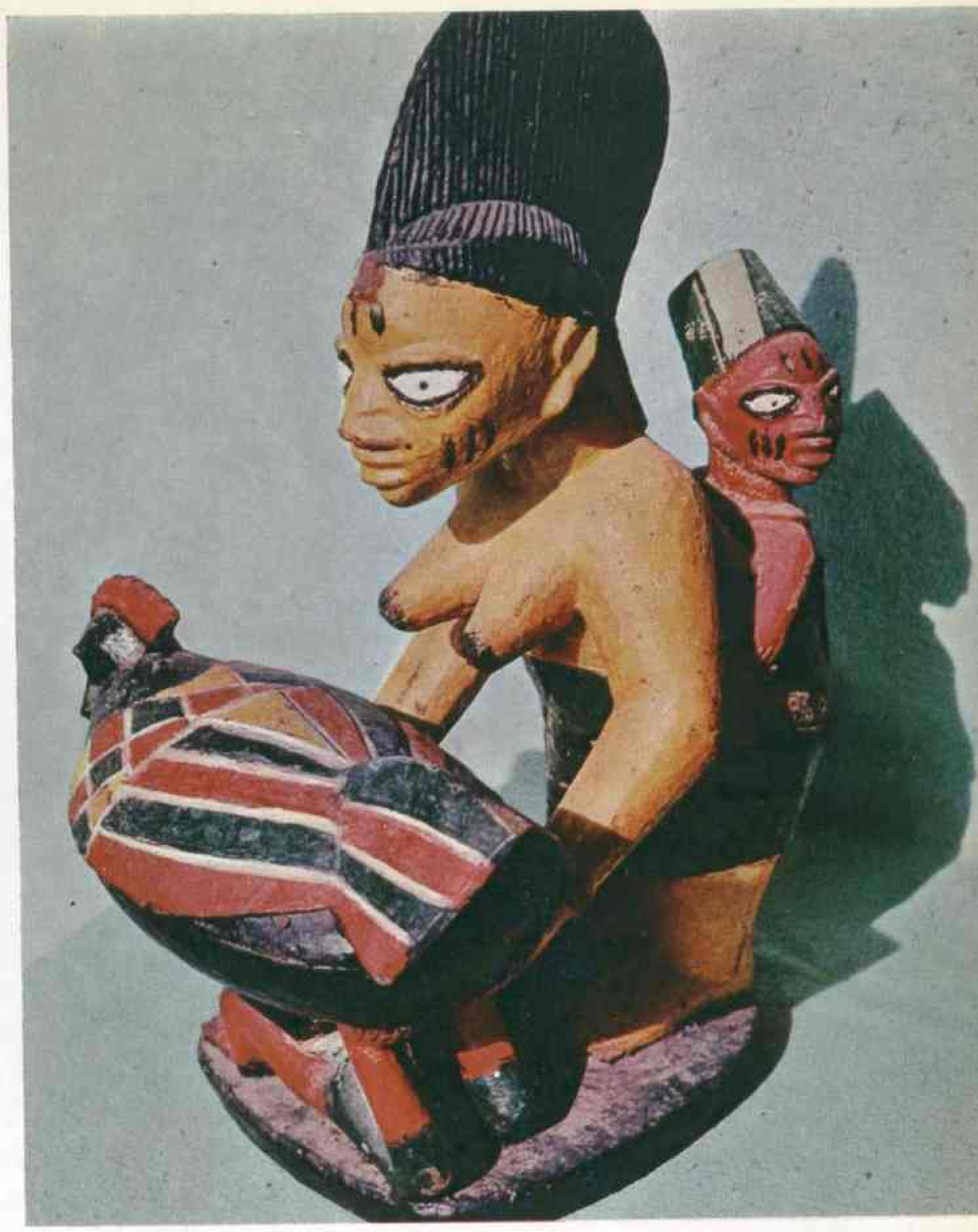
La condición del esclavo africano no era tan deplorable como la del mismo negro trasplantado a América. He aquí un párrafo del más filantrópico y cristiano comentador de la esclavitud, el gran David

Orquesta indígena de Ghana.



Livingstone: «La costumbre de cambiar los prisioneros obtenidos en la guerra por grano y ganado haría creer que los esclavos son considerados como objetos sin alma y condenados a toda suerte de abusos. El amo africano no pide la puntualidad y la prontitud que harían necesarios los castigos en caso de descuido. No pide tampoco la habilidad y perfección que exige el amo europeo. En Europa lo principal es emplear bien el tiempo, pero eso no es preciso en Africa.

»Descontando la pérdida de vidas humanas que causan las razzias para obtener los esclavos, una vez establecida, la esclavitud no tiene el sello infamante que adquiere entre los blancos. Cuando vemos como en Africa los esclavos encuentran fácilmente la comida necesaria, no podemos evitar de compararlos con los pobres obreros blancos que sufren tanta pena para no morir de hambre. ¡Con qué ardor y timidez buscan los proletarios blancos el trabajo más rudo! La vida del esclavo negro no es como la "de nuestros pobres".»

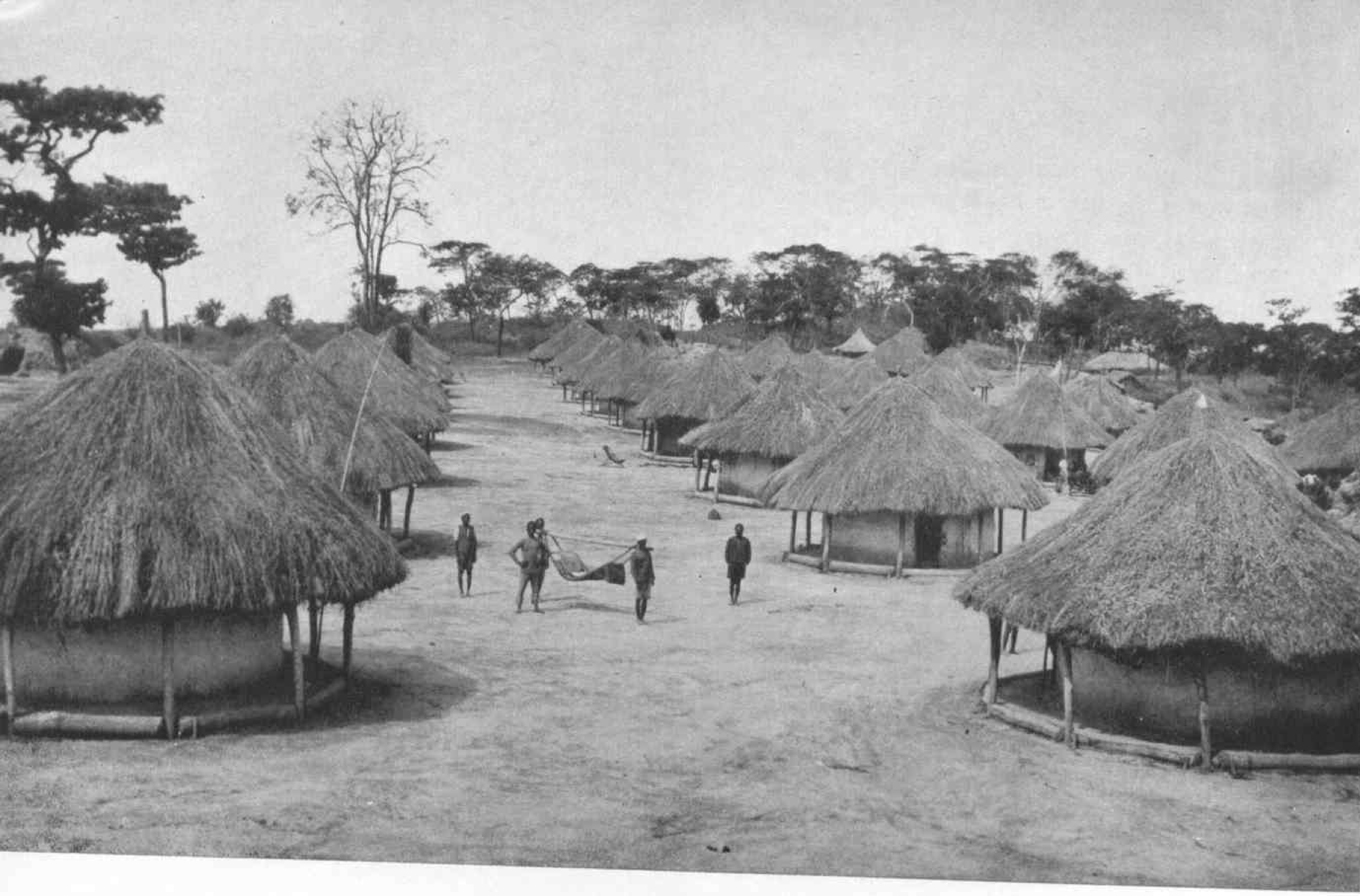


Vaso de sacrificios. Madera pintada. De la tribu Yoruba. Museo de Dakar.

El negro no tiene, naturalmente, el instinto de posesión de riqueza y no se esfuerza en acumular propiedad.

¿Para qué acumular tesoros, si las terribles *termitas,* u hormigas de los trópicos, la humedad y el calor, lo destruirían todo en pocas horas? Unas cuantas escuálidas gallinas, el perro, las esteras y catres de su choza, ahumada para combatir los insectos, serán toda su hacienda, suficiente ajuar para la zona tórrida y acaso en ella el único posible. Los negros tienen dos formas de choza: las de tipo cuadrado, levantadas sobre troncos y con la cubierta cónica de hojas, y las de tipo circular con tejado en forma de cúpula, también de hojas y ramas. En la frontera de la raza negra por el norte, las cabañas son de arcilla, con muros recios y el tejado plano.

El negro es señor absoluto de sus bienes, y como la principal parte de ellos son sus mujeres y sus esclavos, puede tratarlos a su gusto sin que nadie intervenga en sus acciones. A su muerte, para evitar incestos, que son tabúes o prohibidos entre los negros, la propiedad la heredan, no los hijos, sino los hermanos, quienes adoptan la familia del muerto y se apoderan de las mujeres. En caso de disputa, que por lo común proviene de bienes mal adquiridos, los dos querellantes aceptarán el juicio de un tercero, o en caso de especial importancia se convocará un *palaver:* asamblea y tribunal de los mayores del poblado. El *palaver* lo preside el jefe o cacique, que es el negro más fuerte o más hablador, que se ha erigido en tal por su propia autoridad. Nada le distingue de los demás hombres de la aldea, pero hasta que otro no demuestre tener más fuerza o ser más hablador, nadie dudará en seguir sus consejos, que no son sino órdenes. He aquí cómo des-



Poblado de chozas en el Congo ex belga.

cribe Cureau un *palaver* de una aldea del Congo: «No hace falta convocar a nadie. Entremetidos y curiosos, los negros se reúnen con una espontaneidad y una puntualidad admirables. En un acto así, están en su elemento. Hablar de lo que no les importa, discutir sin orden ni concierto, reír, gritar, aparentar entusiasmo o admiración, representar la comedia y el drama, aplaudiendo a éste, insultando al otro con interjecciones obscenas... he aquí al negro en su elemento y su mayor felicidad. Y menos mal que las mujeres son excluidas del *palaver* por su misma condición de seres inferiores. Los esclavos y los niños que no han llegado a la pubertad no pueden tampoco participar de la fiesta. La manera de comenzar un discurso parlamentario negro es: *Yo os digo que...* a lo que todo el mundo responde con una voz de aprobación que suena como: *¡Hum!* El orador sabe que será escuchado y continúa su oración. A menudo se hacen alusiones, como en nuestros parlamentos. "Veamos, ¿qué dices tú, Obaga, que eres un hombre justo?, ¿qué te parece una conducta como ésta?..." A esta descripción habría que añadir el color, darle al discurso su entonación salvaje, las voces guturales de los negros, sus gritos agudos, sordos, la cara del orador con las venas hinchadas, la boca abierta y el cuerpo cubierto de sudor...»

Cuando ni los amigos, ni el pueblo entero, han conseguido resolver el caso jurídico, entonces interviene el *nganga*, que es el curandero y brujo de la tribu; éste resuelve la cuestión con pruebas o con el sueño. Las pruebas acostumbran ser bebidas venenosas, que el inocente vomitará a tiempo, mientras que el culpable morirá envenenado o curará, lo cual es también prueba de su falta. Sólo el que arroja el veneno queda libre de culpa. Cuando el acusado se halle, pues, convicto del crimen por



este procedimiento, se le condenará al suplicio y aun a la muerte, ahogándolo en un río o despeñándolo, que es la manera más frecuente de aplicar la pena capital entre los bantúes.

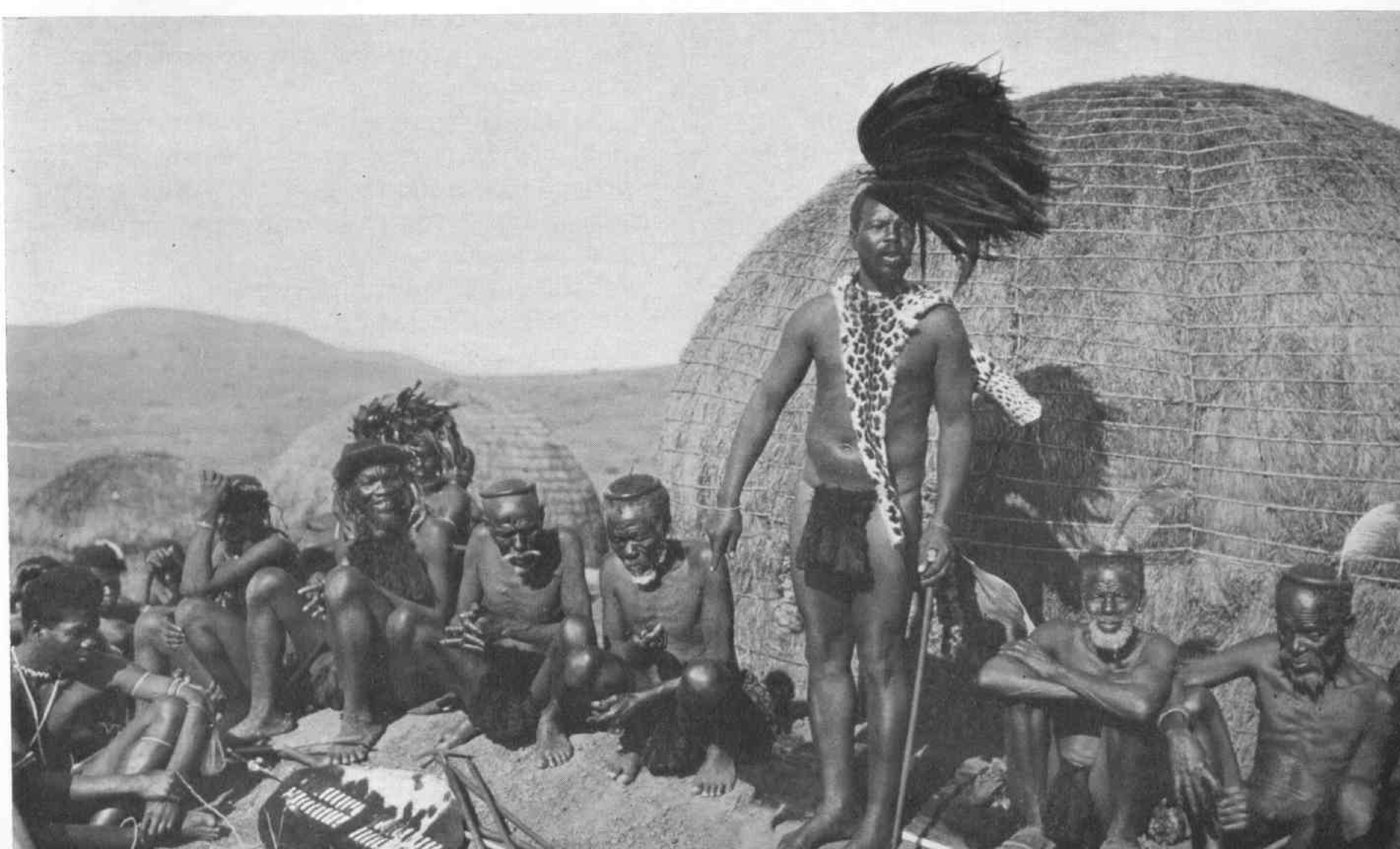
Los servicios de curandero y brujo, en Africa, suelen estar reunidos en una sola persona, aunque a veces el brujo negro desdeña las prácticas de la medicina y se ocupa sólo en encantamientos e iniciaciones religiosas.

Hay especialistas: hay los que saben producir o evitar la lluvia, los que conocen sistemas de encontrar las reses y cazarlas valiéndose de talismanes y rogativas; otros venden drogas indispensables para derribar al elefante. «Ningún cazador, dice Livingstone, se aventuraría a atacar a este noble y sagaz animal sin el específico que procura el *doctor de elefantes.* Los *doctores* de cocodrilos venden un producto también necesario para protegerse del peligroso reptil. Un día, sin querer, ofendimos a los doctores de esta especialidad tirando a cocodrilos que se calentaban al sol. No podían consentir que los matáramos sin su remedio.» Los brujos saben descubrir también objetos escondidos y esclavos ladrones: examinan el suelo, siguen las pistas y se orientan tirando los dados.

Algunos misioneros aseguran que los *ngangas* africanos, como los *shamanes* mongoles, tienen verdaderamente facultades extraordinarias y conocen algo de lo que se ha llamado *magia negra* entre los europeos. Pero la mayoría de los brujos de Africa son charlatanes, que si engañan a las gentes de su aldea no llegan a engañarse a sí mismos por un fenómeno de autosugestión.

Ocupación principal de los *ngangas* consiste en dirigir los ritos de iniciación a la pubertad de los muchachos de uno y otro sexo y el ingreso en las cofradías o sociedades religiosas, que están muy extendidas en Africa. Es un hecho común en las mentalidades primitivas, que reaparece hasta en ciertos grupos de las gentes de raza blanca, la necesidad de la cofradía, que reúne

Jefe zulú con sus consejeros. Unión Sudafricana.



a unos cuantos iniciados en algo que es exclusivo para ellos. Ya hemos hablado de esto en los primeros capítulos de este libro, al tratar de las primeras conquistas de la humanidad. El método casi universal de iniciación, que se repite también en Africa, es el mezclarse la sangre de los cofrades.

En casos de enfermedad, el curandero, principalmente, tratará de combatir el mal con oraciones. No es que deje de emplear los más repugnantes tratamientos y mejunjes, sino que para las enfermedades internas hay que procurar reanimar al *ka* con prácticas menos materiales. Si el cuerpo desfallece, si la vida se apaga, y la regularidad funcional del organismo se interrumpe sin causa visible, ni herida, ni llaga, ni fractura, ¿de quién puede ser culpa sino del alma o *ka,* que descuida su misión de animar al cuerpo como era su costumbre?

Además de las brutales diversiones de los ritos de las cofradías, *palaveres* y hasta luchas entre dos tribus, el poblado negro goza de horas alegres, fiestas bulliciosas en las que todo el mundo participa. Son los bailes interminables en los crepúsculos de luna creciente, las borracheras con vino de palma en días de casamiento y funerales, los conciertos con el famoso *tam-tam* o gran tambor de madera, que sirve al propio tiempo para establecer comunicación de un poblado a otro.

Vamos a terminar, pero quedan aún dos inquietantes preguntas en el aire, que sin duda se las habrá hecho ya el lector, como todos los hombres cultos que se interesan sinceramente por estos problemas. La primera pregunta es la de si el negro podrá asimilar, en todo o en parte, la civilización que se le impone, a fuertes dosis, en nuestros días. La respuesta a esta pregunta será, decididamente, que los procedimientos que se emplean hoy perjudican al negro más que lo mejoran. Existe la tendencia a hacer del negro un hombre blanco, cuando ni todos los métodos que han empleado y emplean los funcionarios de los gobiernos europeos ni las traducciones de la Sociedad Bíblica del Evangelio en todas las lenguas del Africa conseguirán este resultado. Hay que hacer evolucionar la cultura negra hasta que, por su natural desarrollo, coincida en muchos puntos con la civilización de los blancos y puedan entonces colaborar con nosotros.

Sólo así se conseguirá un resultado apreciable; todo lo que se está haciendo hoy, llenando de misiones, escuelas y bancos el Africa, aprovechará a los europeos, pero no a los africanos.

La segunda pregunta consiste en si el alma negra tiene algún aspecto interesante, algo más elevado y utilizable para la humanidad entera que su grosero animismo y fetichismo.

A esto ya no es tan fácil responder. En arte, el negro ha producido cierto tipo de



Herrería primitiva en Angola.



Pintura en un abrigo rupestre de Sefar (Sahara): hombres enmascarados con palos en forma de tridente y otros ocupados en labores agrícolas o de pastoreo.

belleza. En el Senegal y el Dahomey los edificios importantes estaban decorados con frescos históricos, las puertas eran de bronce con relieves, y, sobre todo, hubieron de causar no poco asombro los bronces de los templos de Benín, que los ingleses saquearon en el año 1902.

Los negros del país de Luanga también esculpen imágenes en marfil y madera; el arte del Congo interesó a los cubistas franceses por su franca interpretación de los planos de las formas. En música, el negro manifiesta una falta de secuencia en el ritmo que se ha puesto de moda con el *jazz,* y los negros de las plantaciones del sur de los Estados Unidos improvisan canciones que a veces se hacen populares en toda América. Por lo general, el negro no es refractario a la belleza; pruébanlo sus tatuados. collares y vestidos; sólo que en arte, como en religión, y acaso como hará al entrar en el campo de la ciencia, el negro, por desgracia para el europeo, *piensa en negro...* y probablemente pensará en negro hasta el fin del mundo. Y que esta capacidad para el arte es muy antigua lo prueban las pinturas rupestres descubiertas en la región de Ahaggar, y especialmente en Tassili, en el Sahara. Las razas negras o negroides que habitaron esta zona (desde el VIII milenio hasta la época histórica) pintaron en las paredes rocosas de los abrigos naturales series de representaciones de sus modos de vida y de la fauna que vivía

en aquel país cálido y de vegetación exuberante. La serie más antigua parece corresponder a una raza neolítica de cazadores de una especie de búfalo africano extinguida, y reproduce hombres tatuados o pintados y con máscara, elefantes, rinocerontes y antílopes. La segunda es de otra raza dedicada al pastoreo de bóvidos, a los que representa siempre formando rebaños; no olvida los animales de fauna tropical y es curiosa la cacería de tres hipopótamos por hombres que navegan en una piragua; abundan las escenas de vida familiar, y la influencia egipcia es patente. La tercera serie, con representaciones de carros, puede corresponder al siglo XII antes de J. C. Por último, la cuarta serie es ya de época plenamente histórica, cuando el Sahara tendía a ser un desierto.

Por otra parte, los bosquimanos han conservado hasta casi nuestros tiempos una técnica pictórica de extraordinaria belleza, emparentada con los frescos prehistóricos europeos, y en los bronces y marfiles de Benín alentaba la inspiración artística junto a la perfección técnica.

Acaso en lo que se distingue más el negro del hombre blanco es en la manera de valorar los sentimientos. Muchas veces el negro reirá de cosas que a nosotros no nos producen hilaridad. La broma del negro es superficial y constante. Y ello no como resultado de su infantilismo mental, sino como consecuencia de la capacidad que tiene para ver el aspecto ridículo en todos los momentos de la vida.

Algunos cuentos populares de los negros, evidentemente importados de Africa, han circulado entre la población blanca de los Estados Unidos con singular delectación. Esto hace esperar un posible enriquecimiento del patrimonio común de la humanidad con algo que podrá hacerse universal de la psicología africana. Pero de todos modos será muy poco, y aun desnaturalizado por traducciones e interpretaciones, lo que podrán asimilar los europeos. Además de que el espíritu y el gusto de los negros son tan diferentes de los de los blancos, existe la dificultad casi insuperable del lenguaje. Cuando, merced a los esfuerzos de varias generaciones, se logró publicar el *folklore* de los hotentotes, se vio con sorpresa que muchas palabras eran intraducibles y aun resultaba imposible el pronunciarlas, porque los negros se expresan a veces por medio de ciertos sonidos, llamados *clics,* que no son sino chasquidos de la lengua y las mejillas. ¡Y si no somos capaces de reproducir los sonidos de las mejillas de los negros, cuánto menos podremos interpretar el alma que alienta tras sus pensamientos!

León en cerámica negra decorada en blanco. Sudán.





